J.G. FRAZER

El folklore en el Antiguo Testamento

Una de las mayores figuras de la literatura antropológica es, indudablemente, *sir* James George Frazer, autor de *La rama dorada*, obra fundamental que apareció originalmente en doce volúmenes, y de la que el propio autor hizo un resumen magistral que ha tenido múltiples ediciones en todas las lenguas cultas del globo. La parte de ese trabajo prodigioso relativa especialmente a las narraciones y costumbres del Antiguo Testamento fue desgajada por *sir* James y estructurada en un volumen aparte que presentamos ahora a los lectores de nuestra lengua.

El autor reúne en este volumen relatos semejantes a los del Antiguo Testamento, que son parte del folklore de pueblos y naciones muy alejados de las tierras palestinas, y las presenta aquí para probar la universalidad de la experiencia psíquica que evocan estas narraciones. Por ejemplo, hay relatos del Diluvio Universal en por lo menos veinte diferentes culturas, ninguna de las cuales parece tener que ver nada con la de los antiguos hebreos.

La escritura de Frazer es extremadamente lúcida, y el lector gozará, además, de su excepcional elegancia expositiva.

epublibre

James George Frazer

EL FOLKLORE EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

ePub r1.0

Titivillus 22.05.2022

Título original: *Folklore in the Old Testament*
James George Frazer, 1918
Traducción: Gerardo Novás

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

INDICE GENERAL

Parte Primera
LAS EDADES TEMPRANAS DEL MUNDO

I. La creación del hombre

II. La caída

III. La marca de Caín

IV. El diluvio

V. La torre de Babel

Parte Segunda
LA EDAD PATRIARCAL

VI. La alianza de Dios con Abraham

VII. La herencia de Jacob o la ultimogenitura

VIII. Jacob y las pieles de cabrito, o el segundo nacimiento

IX. Jacob en Bet-El

X. Jacob, junto al pozo

XI. El pacto hecho sobre el majano

XII. Jacob, en el vado del Yabbok

XIII. La copa de José

Parte Tercera
LOS TIEMPOS DE LOS JUECES Y LOS REYES

XIV. Moisés en el cestillo de mimbres

XV. Sansón y Dalila

XVI. El haz de los vivos

XVII. Saúl y la pitonisa de En-Dor

XVIII. El pecado de empadronamiento

XIX. Los guardianes del umbral

XX. Las encinas y los terebintos sagrados

XXI. Los lugares altos de Israel

XXII. Las viudas que no hablan

Parte Cuarta
LA LEY MOSAICA

XXIII. El lugar que ocupa la ley mosaica en la historia de los judíos

XXIV. No cocerás el cabrito en la leche de su madre

XXV. Las incisiones por los muertos

XXVI. El buey que acorneaba

XXVII. Las campanillas de oro

Indice analítico

Parte Primera

LAS EDADES TEMPRANAS DEL MUNDO

I. LA CREACION DEL HOMBRE

Los lectores atentos de la Biblia difícilmente pueden dejar de percibir la sorprendente diferencia que hay entre los dos relatos de la creación del hombre registrados en el primero y el segundo capítulos del Génesis. En el primer Capítulo leemos que el quinto día de la creación Dios creó los peces y las aves, las criaturas que viven en las aguas y en el aire; y que el sexto día creó los animales de la tierra, y después de ellos el hombre, al que hizo a su imagen y semejanza, tanto a él como a la mujer. De la narración deducimos que el hombre fue el último de los seres vivos de la tierra en ser creado, y de paso aprendemos que la distinción entre los sexos, característica de la humanidad, es compartida también por la divinidad, aunque el narrador no nos dice nada acerca de cómo se puede reconciliar esa distinción con la unicidad de Dios. Dejando a un lado ese problema teológico, quizá demasiado profundo como para que el hombre pueda comprenderlo, volvemos la atención al más sencillo aspecto de la cronología, y tomamos nota de las afirmaciones según las cuales Dios creó primero los animales inferiores, y los seres humanos después, y de que los seres humanos eran dos, un hombre y una mujer, aparentemente simultáneos, y que reflejaban en igual medida la gloria del original divino. Eso es lo que leemos en el primer capítulo. Pero cuando examinamos el capítulo segundo, nos desconcierta en gran medida encontrarnos con una versión completamente distinta y además contradictoria de los mismos e importantes acontecimientos. Nos hallamos aquí con la sorpresa de que Dios creó primero al hombre, a los animales inferiores a continuación, y por último, a la mujer, que no fue más qué una idea tardía de la divinidad y surgió de una costilla extraída al hombre mientras dormía. De un

relato al otro se invierte claramente el orden de importancia. En el primero, Dios comienza con los peces y va ascendiendo de modo continuo a través de aves y animales de la tierra hasta llegar al hombre y a la mujer. En el segundo comienza con el hombre y desciende a través de los animales inferiores hasta llegar a la mujer, que parece representar el nadir de la creatividad divina. Y en esta segunda versión no se dice nada de que el hombre y la mujer hubiesen sido creados a imagen y semejanza de Dios. Se nos cuenta, simplemente, que «el Señor Dios formó al hombre del polvo del suelo, y le insufló en las narices aliento vital, y el hombre quedó constituido como ser vivo». A continuación, para aliviar la soledad del hombre, que erraba sin ninguna compañía viviente por el hermoso jardín creado para él, Dios hizo los demás animales, aves y bestias, y los puso junto con el hombre, aparentemente para que le sirviesen de diversión y le hiciesen compañía. El hombre los miró y les puso nombres; pero aún no estaba satisfecho con tales compañeros de juego, de modo que Dios, por fin, como medida desesperada, creó a la mujer sacándola de una parte insignificante del cuerpo masculino, y la presentó al hombre para que fuese su esposa.

Se explica con facilidad la flagrante contradicción por la circunstancia de que los dos relatos se derivan de dos documentos distintos y al principio independientes; después, combinados en un libro único por alguien que juntó las dos versiones sin preocuparse de suavizar o compaginar las discrepancias. El relato de la creación que figura en el primer capítulo procede de lo que se conoce como el Códice Sacerdotal, compuesto por miembros de la casta sacerdotal durante su cautividad en Babilonia o después. El relato de la creación del hombre y de los animales del segundo capítulo se deriva del llamado Documento Jahvista, escrito varios cientos de años antes que el otro, probablemente durante los siglos VIII o IX antes de nuestra era. La diferencia entre los puntos de vista religiosos de los dos autores

es evidente. En el posterior, el escrito sacerdotal concibe a Dios de una manera abstracta, apartado de la conciencia humana y creador de todas las cosas mediante un simple *fiat*. En cambio, para el escritor más antiguo, o jahvista, Dios es algo concreto que habla y actúa a semejanza del hombre; que modela con barro una efigie humana, que planta un jardín, que se pasea por él cuando la tarde refresca, que dice al hombre y a la mujer que salgan de entre los árboles donde se han escondido, y que hace vestidos de pieles para reemplazar la ropa, harto escasa, de hojas de higuera con que nuestros avergonzados primeros padres trataban de ocultar su desnudez. La encantadora simplicidad, casi la alegría del primer relato contrasta con la elevada seriedad del último; aunque no deja de sorprendernos la vena de tristeza y pesimismo que corre bajo la representación, brillantemente coloreada, de la vida en la edad de la inocencia que el gran artista jahvista ha pintado para nosotros. Ante todo, apenas trata de ocultar el profundo desprecio que siente por la mujer. Lo tardío de su creación y la manera irregular y poco digna en que ocurre —a partir de un trozo de su amo y señor, después de haber sido creados los animales inferiores de manera decente y regular—, bastan para poner de relieve la mala opinión que el autor tenía de la naturaleza femenina; y en lo que sigue, su misoginia, como en justicia podemos llamarla, se intensifica todavía más, cuando atribuye las desdichas y tristezas de la especie humana a la crédula insensatez y los apetitos desenfrenados de su primera madre.

De los dos relatos, el más antiguo o jahvista es no sólo el más pintoresco, sino también el más rico en folklore, y conserva muchas características impregnadas de simplicidad primitiva cuidadosamente eliminadas por el escritor posterior. Por consiguiente, ofrece más puntos de comparación con las historias de corte infantil con las que los hombres, en muchas épocas y naciones, han tratado de explicar el gran misterio del principio

de la vida en la tierra. En páginas posteriores citaré algunos de estos sencillos relatos.

Parece que el escritor jahvista imaginó a Dios moldeando con barro al primer hombre, de la misma manera que lo haría un alfarero o un niño que hiciese un muñeco con tierra mezclada con agua; y que tras haber amasado y golpeado el barro para darle la forma pretendida, el Creador lo animó echando su aliento sobre la boca y las narices del muñeco, exactamente como se nos cuenta la forma en que el profeta Elíseo resucitó al hijo de la sunamita: tendiéndose sobre él, cubriendo con los suyos los ojos del niño y tocando con su boca la boca del niño, sin duda para insuflar el aliento en el cadáver; con lo cual, el niño estornudó siete veces y abrió los ojos. A los hebreos se les ocurrió con toda naturalidad que la especie humana procedía del polvo del suelo porque en su idioma la palabra correspondiente a «suelo» (*adamah*) tiene la forma del femenino de la palabra correspondiente a «hombre» (*adam*). A partir de diversas alusiones encontradas en la literatura de los babilonios se podría pensar que también éstos concibieron al hombre como hecho originalmente de un muñeco de arcilla. Según Beroso, sacerdote babilonio cuyo relato de la creación ha llegado hasta nosotros en versión griega, el dios Bel se decapitó a sí mismo, y los demás dioses recogieron la sangre que corría, la mezclaron con tierra, y con la masa sangrienta dieron forma al hombre, y de ahí —dicen— procede la sabiduría humana, porque el barro mortal se halla mezclado con sangre de la divinidad. La mitología egipcia cuenta que Khnoumou, padre de los dioses, formó en su rueda de alfarero a los hombres, y los hizo de arcilla.

También las leyendas griegas dicen que el sabio Prometeo formó de arcilla a los hombres en el Panopeo, en Fócida. Concluida la tarea sobró parte del barro; mucho tiempo después aún se podían ver estos restos en el mismo lugar del suceso, en forma de dos grandes masas situadas al borde de una barranca.

Un viajero griego que visitó el lugar durante el siglo segundo de nuestra era afirmó que las prominencias tenían el color de la arcilla y que olían fuertemente a carne humana. También yo visité la región, unos mil setecientos cincuenta años más tarde. Se trata de un vallecillo estrecho y desolado, o más bien de una cañada situada en la cara sur del cerro de Panopeo, por debajo de la larga línea de torres y muros en ruinas, pero, todavía imponentes, que corona las rocas grises de la cima. Era un día cálido de: finales de otoño —el día primero de noviembre— y, tras el prolongado verano sin lluvias de Grecia, la cañada se hallaba completamente seca; de sus laderas cubiertas de matorrales no rezumaba el agua, pero en el fondo encontré tierra rojiza y deleznable, reliquia quizás de la arcilla con la que Prometeo modeló a nuestros primeros padres. El lugar era solitario y desierto: no se veía ni un ser humano, ni señales de población humana; solamente la línea de torres y almenas desmoronadas que coronaba la cima del cerro hablaba de la vida animada desaparecida en un pasado remoto. El paisaje, al igual que tantos otros de Grecia, era apropiado para despertar en el ánimo de quien lo contemplaba el sentimiento de lo transitorio en la breve y agitada vida del hombre sobre la tierra, comparada con la permanencia de la naturaleza y, por lo menos, con su aparente tranquilidad y paz. La impresión que ejercía en mí se hizo más profunda cuando al aumentar el calor del día me tendí a descansar en la cima del cerro, bajo la sombra de unos hermosos robles, y me quedé contemplando el panorama distante, lleno de recuerdos del pasado, mientras perfumaba el aire el suave aroma del tomillo silvestre. Al sur asomaba, finamente delineado, el pico de Helicón, por encima de las bajas crestas interpuestas. Al oeste aparecía entre brumas la mole maciza del monte Parnaso, cuyo flanco oscurecían los pinares como sombras de nube que sobre él se cerniesen; mientras que en sus estribaciones, gravitando por encima del profundo y estrecho valle, anidaban los

muros de Daulis cubiertos de hiedra, muros cuya belleza romántica tan bien armonizaba con los amores y penas de Proene y Filomela, que asocian al lugar las leyendas griegas. Por el norte, al otro lado de la vasta llanura sobre la que se eleva el empinado y desnudo cerro del Panopeo, la vista se posaba en la brecha abierta entre las colinas que sirve de curso tortuoso al río Cefisos, sombreado por sauces grises, al pie de elevaciones desnudas y pedregosas, hasta que sus turbias aguas se pierden no ya en los vastos pantanos cubiertos de cañas del hoy desaparecido lago Copais, sino en una oscura caverna de piedra caliza. Al este, aferradas a las yermas pendientes de la cadena de montañas a la que pertenece el cerro Panopeo, se veían las ruinas de la antigua ciudad de Queronea, cuna de Plutarco. Allá lejos, en la llanura, se libró la batalla fatal que dejó a Grecia a los pies de Macedonia; allí, también, en épocas posteriores, se enfrentaron en lucha mortal Oriente y Occidente, cuando los ejércitos romanos mandados por Sila derrotaron a las huestes asiáticas de Mitrídates.

Tal era el panorama que se desplegaba ante mí en uno de esos días de finales del otoño, de esplendor casi patético, cuando el verano que se va parece demorarse con ternura, como si no se resignase a entregar al invierno las encantadas montañas de Grecia. Al día siguiente el cuadro ya era otro: el verano se había ido. Sobre los cerros que aún ayer brillaban esplendorosos al sol, se descolgaba la niebla gris de noviembre, y bajo su manto melancólico la muerta planicie de la llanura de Queronea, vasta extensión sin árboles encerrada entre laderas desoladas, despertaba en el ánimo un sentimiento de tristeza helada, apropiado a un campo de batalla en el que una nación había perdido la libertad.

No cabe duda de que concepciones tan rudas sobre el origen de la humanidad, comunes a griegos, hebreos, babilonios y egipcios, llegaron a los pueblos civilizados de la antigüedad por

sus antepasados bárbaros o primitivos. Entre los pueblos salvajes y bárbaros de ayer o de nuestros tiempos, se hallan recogidas historias del mismo tipo. Así, por ejemplo, los negros australianos de las vecindades de Melbourne decían que Pund-jel, el Creador, cortó con su gran cuchillo tres grandes trozos de corteza de árbol. En uno de ellos puso arcilla y la amasó con el cuchillo hasta darle la consistencia deseada. Cogió entonces parte de esa arcilla y la puso sobre otro de los trozos de corteza y formó con ella una figura humana; hizo primero los pies, después las piernas, a continuación el tronco y los brazos, y por último la cabeza. De este modo hizo una figura humana de arcilla en cada uno de los otros dos trozos de corteza, y complacido con su trabajo danzó alegremente en torno a ellas. Luego arrancó largos y delgados trozos de corteza de eucalipto y con ellos hizo cabellos que pegó sobre las cabezas de las figuras de arcilla. Entonces las miró otra vez, le gusto su obra y de nuevo danzó alegremente a su alrededor. A continuación se tendió sobre ellas y les echó el aliento en la boca, en la nariz y en el ombligo; las figuras se movieron inmediatamente, hablaron y se pusieron en pie como hombres adultos. Los maoríes de Nueva Zelanda dicen que cierto dios, llamado indistintamente Tu, Tiki y Tane, tomó arcilla roja de las orillas de un río, la amasó con su propia sangre e hizo una figura o imagen parecida a él, dotada de ojos, brazos, piernas y todo lo demás, verdaderamente copia exacta de la divinidad; y tras haberla perfeccionado, la animó respirando en su boca y narices, con lo cual la figura de arcilla cobró vida inmediatamente y estornudó. De modo que, a semejanza de sí mismo, creó el dios maorí Tiki al hombre, al que llamó Tiki-ahua, que significa «semejante a Tiki».

En Tahití existía una tradición muy extendida según la cual la primera pareja humana fue hecha por Taaroa, el dios principal. Se dice que tras haber formado el mundo, el dios creó al hombre y lo hizo de tierra roja, que fue también alimento de la

humanidad hasta la creación del árbol del pan. Además, algunos dicen que cierto día Taaroa llamó al hombre, nombrándolo, y que cuando acudió le hizo caer dormido. Mientras el hombre dormía, el Creador le extrajo uno de los huesos (*ivi*) y de él hizo una mujer, que entregó al hombre para que fuese su esposa, y esos fueron los progenitores de la humanidad. El relato fue recogido directamente de los labios de los nativos de Tahití durante los primeros años de las misiones. El misionero que lo registró, William Ellis, observa: «Siempre he pensado que se trataba de una mera repetición del relato bíblico de la creación que los aborígenes habrían aprendido de boca de algún europeo, y nunca le concedí importancia, aunque me aseguraron repetidas veces que se trataba de una tradición familiar entre ellos, anterior a la llegada de cualquier extranjero. Algunos me han dicho incluso que el nombre de la mujer era Ivi, cuya pronunciación aborigen es muy semejante a la pronunciación inglesa de Eve (Eva). Ivi es palabra de los nativos y tío sólo significa hueso, sino también viuda y víctima muerta en la guerra. A pesar de lo que digan los nativos, me siento dispuesto a pensar que Ivi, o Eva, es la única parte aborigen de la historia, en cuanto se refiere a la madre del género humano». Sin embargo, en otras partes de la Polinesia, además de Tahití, ha sido recogida la misma tradición. Así, por ejemplo, los aborígenes de Fakaofo o isla Bowditch dicen que el primer hombre fue creado a partir de una piedra. Pasado algún tiempo se le ocurrió hacer una mujer, de modo que recogió tierra y con ella formó la figura de una mujer, y una vez terminada se sacó una costilla del lado izquierdo y la clavó en el muñeco de barro, que cobró vida inmediatamente y se levanto. El hombre la llamó Ivi o «costilla» y la tomó por mujer, y de esa pareja procede la especie humana. Se dice también que los maoríes creen que la primera mujer fue hecha de las costillas del primer hombre. Tan amplia difusión del relato en Polinesia hace dudar de que se trate, tal como pen-

só Ellis, simplemente de la repetición de lo que narra la Biblia, y de que hubiese sido aprendido de los europeos.

Sin embargo, por todas partes tropezamos con la historia de la creación de la primera mujer a partir de una costilla del primer hombre, y en formas tan parecidas a lo que relata la Biblia que resulta difícil considerarlas independientes de ella. Así, los karen de Birmania dicen que Dios «creó al hombre, ¿y de qué lo hizo? Creó primero al hombre de tierra, y terminó luego la creación. Creó a la mujer, ¿y de qué la hizo? Tomó una costilla del hombre y de ella hizo a la mujer». También los tártaros bedel, de Siberia, cuentan que Dios al principio hizo un hombre, que vivía solo sobre la tierra; pero en cierta ocasión, cuando ese ser solitario se hallaba dormido, el demonio le tocó en el pecho, del que surgió entonces una costilla que cayó al suelo, la cual aumentó de tamaño hasta convertirse en una mujer, la primera mujer. Como vemos, los tártaros han sido aún más cínicos de lo que fue el escritor del Génesis, pues han dado al diablo parte en la creación de nuestra madre común. Pero volvamos al Pacífico.

Los isleños de Pelew cuentan que un hermano y una hermana hicieron hombres de arcilla amasada con la sangre de algunos animales, y que el carácter de esos hombres primigenios y de su descendencia fue determinado por los de los animales cuya sangre había entrado en la mezcla original con la arcilla; por ejemplo, los hombres en los que hay sangre de rata serán ladrones, los que tienen sangre de serpiente son sinuosos, y los que tienen sangre de gallo son valientes. Según una leyenda de la Melanesia, oída en Mota, una de las islas Banks, el héroe Qat moldeó hombres con la arcilla roja de las riberas pantanosas del río, en Vanua Lava. Al principio hizo iguales a los hombres y a los cerdos, pero sus hermanos se lo reprocharon, de modo que obligó a los cerdos a andar a cuatro patas e hizo en cambio que el hombre caminara erecto. Qat hizo a la primera mujer de ramitas flexibles, y cuando la vio sonreír supo que había hecho

una mujer viva. Los nativos de Malekula, una de las Nuevas Hébridas, dan el nombre de Bokor al gran ser que amasó la arcilla para hacer con ella el primer hombre y la primera mujer.

Los habitantes de Noo-hoo-roa, de las islas Kei, dicen que sus antepasados fueron hechos de arcilla por el dios supremo Dooadlera, que les insufló la vida. Según los toradja que hablan bare'e, de las islas Célebes centrales, al principio de los tiempos no había seres humanos sobre la tierra. Entonces i Lai, dios del mundo superior, e i Ndara, diosa del mundo inferior, decidieron crearlos. Encomendaron la tarea a i Kombengi, que hizo dos figuras, una de un hombre y otra de una mujer, de piedra o, según otros, de madera. Una vez hecho el trabajo, las puso al lado del camino que conduce del mundo superior al inferior, de modo que los espíritus que por allí transitaran pudiesen ver la obra y criticarla. Por la noche los dioses hablaron de ella y estuvieron de acuerdo en que las pantorrillas de las dos figuras no eran lo bastante redondas. De modo que Kombengi se puso de nuevo a trabajar e hizo otro par de modelos que sometió también a la crítica divina. Esta vez los dioses convinieron en que las figuras eran demasiado barrigonas, por lo cual Kombengi hizo un tercer par de modelos, que mereció la aprobación de los dioses, una vez realizado un pequeño cambio en la anatomía de las figuras, por el cual el autor transfirió una pequeña porción de material del hombre a la mujer. Ahora lo que faltaba era dar vida a las figuras, de modo que el dios celestial Lai regresó a su mansión a buscar el aliento eterno pará el hombre y la mujer; pero, mientras tanto, el Creador mismo, ya fuese por inadvertencia o por impaciencia, había permitido que el viento común soplase sobre las figuras, que de él tomaron su aliento y su vida. Por eso el soplo vital vuelve al viento cuando un hombre muere.

Los dyak de Sakarrán, del Borneo británico, dicen que el primer hombre fue hecho por dos grandes aves. Al principio trata-

ron de hacer al hombre a partir de los árboles, pero no lo lograron. Después lo labraron de las rocas, pero el hombre fue incapaz de hablar. Entonces formaron al hombre con tierra húmeda e introdujeron en sus venas la resina roja del árbol de Kumpang. Hecho esto lo llamaron y él respondió; le hicieron un corte y de la herida manó sangre, de modo que le dieron el nombre de Tannah Kumpok, que quiere decir «tierra moldeada». Sin embargo, algunos de los dyak del mar son de diferente opinión. Para ellos el hacedor del hombre es un cierto dios llamado Salampandai. Ese dios coge arcilla y le da forma con un martillo; crea así los cuerpos de los niños que van a nacer en el mundo. Hay un insecto que hace por la noche un ruido tintineante muy curioso; cuando los dyak lo oyen dicen que es el dios Salampandai martilleando en su fragua. Según se cuenta, los dioses le encargaron que hiciese un hombre y él lo hizo de piedra; pero ese hombre era incapaz de hablar y fue rechazado. De modo que Salampandai se puso de nuevo a trabajar e hizo un hombre de hierro; pero tampoco éste pudo hablar y los dioses no quisieron saber nada de él. Entonces Salampandai hizo un hombre de arcilla, que sí tenía el don de la palabra, por lo cual los dioses se sintieron complacidos y dijeron: «El hombre que has hecho está bien; que sea el padre de la especie humana, y tú haz otros semejantes a él». Así pues, Salampandai se puso a fabricar seres humanos, y aún sigue haciéndolos en el yunque, y trabaja con sus herramientas en regiones desconocidas. En ellas forja niños de arcilla, y cuando ha hecho uno lo lleva a presencia de los dioses, que le preguntan: «¿Qué te gustaría manejar y usar?». Si responde: «Una espada», los dioses lo declaran niño; pero si su respuesta es: «Algodón y una rueca», los dioses lo declaran niña. Así que los niños nacen del sexo masculino o del sexo femenino de acuerdo con sus propios deseos.

Los aborígenes de Nias, isla situada al suroeste de Sumatra, tienen un largo poema en el que se describe la creación; lo reci-

tan en las danzas que tienen lugar cuando se celebran los funerales de algún jefe. En el poema, escrito en pareados, a semejanza de la poesía habitual entre los hebreos, en la que el segundo verso repite la misma idea del primero aunque con palabras ligeramente diferentes, leemos que el dios supremo Luo Zaho se estaba bañando en un estanque celestial, cuyas aguas cristalinas reflejaban como si se tratase de un espejo la figura del dios; de modo que éste, al verse reflejado en el agua, cogió un trozo dé barro del tamaño de un huevo y formó con él una figura semejante a las figuras de los antepasados que suele hacer la gente de Nias. Una vez hecha la figura, la puso en el platillo de una balanza y la pesó; pesó también el viento, y una vez pesado lo depositó sobre los labios de la figura que había hecho; y la figura habló como lo haría un hombre o un niño, y el dios le dio el nombre de Sihai, pero aunque Sihai era semejante a Dios en su forma, no podía tener descendencia; y el mundo estaba a oscuras, porque aún no existían ni el sol ni la luna. De modo que Dios lo meditó y envió a Sihai a la tierra para que viviese en una casa hecha de árboles de helecho. Pero como aún seguía sin tener mujer ni hijos, un día, cuando el sol estaba en su cenit, Sihai murió. Sin embargo, de su boca surgieron dos árboles, que dieron brotes y florecieron, y el viento sopló y arrancó las flores, que cayeron sobre el suelo y dieron lugar a enfermedades. Y de la garganta de Sihai brotó un árbol, del que procede el oro; y en su corazón nació otro árbol, del que descienden todos los hombres. Mientras tanto, de su ojo derecho brotó el sol, y de su ojo izquierdo brotó la luna. Como vemos, según esta leyenda, la idea de crear al hombre a su imagen y semejanza parece habérsele ocurrido a la divinidad cuando ésta se vio reflejada en las aguas transparentes de un estanque.

Los bila-an, tribu salvaje de Mindanao, una de las islas Filipinas, cuentan la creación del mundo de la siguiente manera. Según ellos al principio existía un cierto ser llamado Melu, de ta-

maño tan enorme que ningún ser conocido es capaz de dar idea de él; era de color blanco, con dientes de oro; se sentaba sobre las nubes y ocupaba todo el espacio que hay por encima de ellas. Tenía el hábito de la limpieza extremada, por lo que estaba continuamente frotándose con el fin de mantener impoluta la blancura de su piel. Los desechos que de esa manera arrancaba de su persona los depositaba a un lado, por lo que cuando la magnitud del montón empezó a molestarlo, los cogió e hizo la tierra, para deshacerse de ellos, y sintiéndose complacido ante la obra que había salido de sus manos resolvió crear dos seres que se le pareciesen, aunque de tamaño mucho menor. Por consiguiente cogió los restos de desechos que habían sobrado después de hacer la tierra e hizo a su imagen y semejanza el hombre y la mujer, y esos fueron los primeros seres humanos existentes. Pero mientras el Creador aún se hallaba trabajando y había acabado uno de ellos con excepción de la nariz, y el otro estaba completo con excepción de la nariz y otra parte, se le acercó Tau Dalom Tana y le pidió permiso para encargarse de las narices. Tras disputar vivamente con el Creador se salió con la suya e hizo las narices, pero al colocarlas en la cara de nuestros primeros padres se equivocó y las puso al revés, con los orificios hacia arriba. La discusión entre el Creador y su ayudante respecto a las narices fue tan viva que aquél olvidó por completo la otra parte que faltaba en la segunda de las figuras, y volvió a su residencia encima de las nubes dejando inacabado a nuestro primer padre o a nuestra primera madre (pues el relato no dice, de quién se trataba). También Tau Dalom Tana se volvió a la suya en el seno de la tierra, tras lo cual comenzó a llover copiosamente y los dos primeros especímenes de la raza humana estuvieron a punto de perecer ahogados, porque el agua que les escurría de la cabeza les entraba por las narices vueltas del revés. Por fortuna, el Creador se dio cuenta de lo que pasaba y bajó de las nubes para rescatar a sus criaturas, lo

que hizo arrancándoles las narices y volviendo a ponérselas ahora de forma correcta.

Los bagobas, tribu pagana del sureste de Mindanao, cuentan que al principio de todas las cosas un tal Diwata hizo el mar y la tierra y plantó árboles de muchas clases. A continuación tomó dos puñados de tierra, les dio forma humana y escupió en ellos; y de esa manera nacieron el hombre y la mujer. El primer hombre se llamó Tuglay y la primera mujer Tuglibung. Se casaron y vivieron juntos, y él primer hombre levantó una gran casa y plantó semillas de diferentes clases, que le dio la mujer.

Los kumis, que pueblan partes del Arakan y la región montañosa de Chittagong, al este de la India, contaron al capitán Lewin la siguiente historia de la creación del hombre. En primer lugar Dios creó el mundo y los árboles y los animales que se arrastran, y a continuación el hombre y la mujer, a los que hizo de arcilla; pero cada noche, cuando Dios había acabado el trabajo y estaba dormido, aparecía una gran serpiente que aprovechándose del sueño divino devoraba a las dos figuras. Esto ocurrió dos o tres veces consecutivas, con lo cual Dios ya no sabía qué hacer; el trabajo le ocupaba toda la jornada, porque no era capaz de acabar las dos figuras en menos de doce horas, y, por otro lado, si no dormía «no estaría en condiciones de servir para nada», como observó con visos de probabilidad el narrador nativo. De modo que, como ya queda dicho, Dios no sabía qué hacer. Pero al fin, una mañana se levantó más temprano que de costumbre y empezó por hacer un perro al que infundió vida, y por la noche, cuando había acabado de hacer las dos figuras humanas, encargó al perro que las vigilara, y se echó a dormir. La serpiente acudió como tenía por costumbre, pero el perro ladró y la puso en fuga. Por eso, en la actualidad, cuando un hombre está a punto de morir los perros ladran; pero los kumis piensan que ahora el sueño de Dios es más pesado que antes, o que la serpiente se ha hecho más decidida, porque

los hombres mueren a pesar de los ladridos de los perros. Si Dios no se durmiera no habría enfermedades ni muerte; la serpiente llega cuando él está descansando, y nos lleva consigo. Los khasi de Assam (territorio dé la India), cuentan una historia similar. En el principio —dicen— Dios creó al hombre y lo puso en la tierra, pero al volverse para contemplar la obra de sus manos halló que el espíritu maligno lo había destruido. Lo mismo sucedió una segunda vez, por lo cual la deidad creó primero un perro y después el hombre; y el perro montó guardia junto al hombre e impidió que el demonio lo destruyera. De ese modo se conservó la obra de la divinidad. Entre los korkus, tribu aborigen de las provincias del centro de la India, se narra la misma historia, aunque con un ligero barniz de mitología hindú. Según ellos, Rawan, rey de los demonios de Ceilán, observó que las cadenas de montañas de Vindhyan y de Satpura no estaban habitadas, por lo que instó al gran dios Mahadeo para que las poblase. Mahadeo, nombre que los korkus dan a Siva, encargó entonces a un cuervo que le buscase un hormiguero de tierra roja. El ave descubrió entre las montañas de Betul uno de tales hormigueros. El dios acudió al lugar, tomó con las manos un puñado del polvo rojo y formó con él dos imágenes a semejanza de un hombre y una mujer. Pero no bien había acabado de hacerlo cuando dos fogosos caballos enviados por Indra brotaron de la tierra y pisotearon las figuras hasta reducirlas a polvo. Durante dos días el Creador persistió en su obra, pero tan pronto como terminaba las imágenes los caballos las destrozaban. Por fin el dios hizo la imagen de un perro y le insufló vida, y el animal mantuvo a distancia a los salvajes corceles de Indra. De esa manera el dios fue capaz de terminar sin tropiezos las dos figuras de un hombre y una mujer, y tras haberles insuflado el aliento vital los llamó Mula y Mulai. Tales fueron los antepasados originales de la tribu korku.

Los mundá, tribu aborigen primitiva de Chota Nagpur, cuentan, con una curiosa variación, una historia semejante. Según ellos el dios sol, que se llamaba Singbonga, empezó por hacer dos figuras de arcilla, una que representase al hombre y la otra a la mujer. Pero antes de que pudiera otorgarles la vida, el caballo, temeroso de lo que tendría que sufrir más tarde a sus manos, las aplastó con los cascos. En aquel tiempo el caballo tenía alas y podía moverse con mucha más rapidez que en la actualidad. Cuando el dios sol halló que el caballo había destrozado las dos figuras de barro, creó primero una araña y luego formó otras dos figuras semejantes a las destruidas. A continuación ordenó a la araña que las guardase de los ataques del caballo, con lo cual el insecto tejió su tela alrededor de ellas de tal modo que el caballo no pudiese volver a romperlas. Y entonces el dios les infundió la vida, y fueron los primeros seres humanos.

Los cheremises de Rusia, un pueblo finés, cuentan un relato de la creación del hombre que recuerda episodios de las leyendas de la India y de los toradja acerca del mismo acontecimiento. Cuentan que Dios moldeó el cuerpo del hombre con arcilla y subió después al cielo para buscar el alma que habría de animarlo. Durante su ausencia el perro quedó encargado de vigilar el cuerpo recién hecho. Pero entonces se acercó el diablo, que primero hizo soplar un viento frío y sedujo después al perro, ofreciéndole un capote de pieles para que descuidara la guardia. El espíritu malévolo escupió sobre el cuerpo de arcilla y lo ensució de tal manera que cuando Dios regresó se sintió incapaz de llegar a limpiarlo nunca, por lo que se vio en la penosa necesidad de volver el cuerpo del revés. Esa es la razón de que el interior del hombre sea ahora tan sucio. Y ese mismo día Dios maldijo al perro por haber descuidado indebidamente sus obligaciones.

Dirigiendo ahora nuestra atención a África nos encontramos con la leyenda de la creación del hombre a partir de la arcilla entre los shilluks del Nilo Blanco, que explican ingeniosamente los distintos tonos de la piel de las diversas razas, atribuyéndolo al diferente color de la arcilla con que cada una de ellas fue formada. Para los miembros de esa tribu, el creador Juok formó de barro a todos los hombres, pero mientras los creaba iba caminando por el mundo, de modo que en las tierras que ahora ocupan los hombres blancos encontró un barro o arena puro y blanco y con él formó a los hombres de raza blanca. Se dirigió luego a las tierras de Egipto y con el barro de las orillas del Nilo formó hombres de color rojo o pardo. Por último llegó a las tierras de los shilluks, y al encontrar en ellas barro de color negro formó con él los hombres de la raza negra. Para formar el cuerpo de los hombres Dios procedió de la siguiente manera: cogió un puñado de barro y se dijo: «Voy a hacer el hombre, pero tendrá que ser capaz de andar y correr y de ir a los campos, de modo que voy a darle dos largas piernas como las que tiene el flamenco». Y así lo hizo; pero de nuevo pensó: «El hombre tendrá que ser capaz de cultivar su mijo, de modo que voy a darle dos brazos, uno para empuñar la azada y el otro para arrancar las malas hierbas». De modo que le dio dos brazos. Entonces volvió a pensar y se dijo: «El hombre tendrá que ser capaz de ver su mijo y por lo tanto voy a darle dos ojos». Y obró en consecuencia. A continuación pensó una vez más: «El hombre tendrá que ser capaz de comer su mijo, por lo que voy a darle una boca». Y le dio una boca, tal como lo había pensado. Y siguió pensando Dios: «El hombre tendrá que ser capaz de danzar, de hablar, de cantar y de gritar, y con ese fin voy a darle una lengua». Y lo hizo tal como lo había pensado. Por último la divinidad se dijo: «El hombre ha de ser capaz de oír el sonido de la danza y las palabras de los grandes hombres, y para ello necesita dos

orejas». Y le dio las dos orejas, y lo envió al mundo como hombre perfecto.

Los fan, del África occidental, dicen que Dios creó al hombre y lo hizo de arcilla, y que primero le dio la forma de un lagarto, y lo puso en un estanque y lo dejó en él durante siete días. Una vez transcurrido el plazo, Dios gritó: «Sal fuera», y: del estanque salió un hombre en lugar del lagarto.

Las tribus de lengua ewe, de las tierras de Togo, en África occidental, piensan que Dios sigue haciendo de arcilla a los hombres. Cuando sobra algo del agua que utiliza para humedecer la arcilla, la vierte sobre el suelo y de ahí saca a la gente mala y desobediente. Cuando desea hacer un hombre bueno lo hace con arcilla de buena calidad; pero cuando desea hacer un hombre malo, emplea solamente arcilla mala. Al principio de los tiempos Dios formó un hombre y lo puso en la tierra; después formó una mujer. Los dos se miraron y comenzaron a reír, con lo cual Dios los envió al mundo.

La historia de la creación de la humanidad a partir de la arcilla se encuentra también en América, tanto entre los esquimales como entre los hombres de raza india, desde Alaska hasta Paraguay. Así, los esquimales de Point Barrow, en Alaska, hablan de una época en que no existían hombres sobre la tierra, hasta que un cierto espíritu llamado A-se-lu, que vivía en Point Barrow, hizo un hombre de arcilla, lo puso a secar en la playa, sopló sobre él y le dio la vida. Otros esquimales de Alaska relatan cómo el cuervo hizo a la primera mujer de arcilla, para que fuese compañera del primer hombre; cogió hierbas de agua y las colocó en la parte de atrás de la cabeza, para que fuesen sus cabellos, agitó sus alas sobre la figura de arcilla y ésta se levantó siendo una mujer hermosa y joven.

Los indios acagchemem, de California, dicen que un ser poderoso llamado Chinigchinich creó al hombre haciéndolo de la

arcilla que encontró en las orillas de un lago; creó macho y hembra, y los indios de la actualidad son los descendientes de aquel hombre y aquella mujer de arcilla.

Según los indios maidu, de California, el primer hombre y la primera mujer fueron creados por un misterioso personaje llamado Iniciado de la Tierra, que bajó del cielo por una cuerda hecha de plumas. Su cuerpo relucía como el sol, pero su rostro estaba oculto y nunca fue visto. Una tarde tomó barro rojo oscuro, lo mezcló con agua e hizo dos figuras, una la de un hombre, la otra la de una mujer. A su derecha puso la imagen del hombre, a su izquierda la de la mujer, en su casa. Entonces se tendió a descansar y sudó toda aquella tarde y toda la noche siguiente. Por la mañana temprano la mujer comenzó a hacerle cosquillas en el costado. El se mantuvo inmóvil, sin reírse. Más tarde se levantó, arrojó al suelo un trozo de madera y brotó fuego. Las dos figuras humanas eran muy blancas. Hoy nadie es tan blanco como lo eran ellas. Tenían los ojos de color de rosa y negro el cabello, sus dientes relucían con brillantez, y eran muy hermosas. Se dice que Iniciado de la Tierra no terminó las manos de las dos figuras, porque no conocía cuál era la mejor manera de hacerlo. El coyote, o lobo de las praderas, que desempeña un papel importante en los mitos de los indios occidentales, vio las dos figuras y sugirió al creador que les diese manos como las suyas, las del coyote. Pero Iniciado de la Tierra dijo: «No, sus manos serán como las mías». Y terminó de hacer las figuras. Cuando el coyote preguntó por qué las manos habían de ser así, Iniciado de la Tierra respondió: «Para que, si son perseguidos por un oso, puedan subirse a los árboles». El primer hombre fue llamado Kuksu y la primera mujer, Mujer Estrella Matutina.

Los indios diegueños o, como ellos se llaman, los kawakipais, que ocupan el extremo sur-occidental del estado de California, tienen un mito que explica cómo fueron creados el mundo con

su forma actual y la especie humana. Dicen que al principio no existía la tierra ni terreno sólido alguno; solamente había agua salada, un océano vasto y primigenio. Pero bajo las aguas vivían dos hermanos, el mayor de los cuales se llamaba Tcaipakomat. Ambos mantenían los ojos cerrados, porque si no lo hubiesen hecho así el agua salada los habría cegado. Al cabo de un tiempo el hermano mayor subió a la superficie y miró a su alrededor, pero no pudo ver nada más que agua. También el hermano menor se dirigió a la superficie, pero antes de emerger abrió sin darse cuenta los ojos y el agua salada lo dejó ciego; de modo que cuando salió a la superficie no pudo ver absolutamente nada y por ello se hundió de nuevo en las profundidades. A solas, en la superficie del piélago inmenso, el hermano mayor emprendió la tarea de crear una tierra habitable con los desechos de las aguas. Antes que nada hizo hormiguitas rojas, que formaron la tierra rellenando el agua con sus cuerpos diminutos. Pero el mundo estaba todavía a oscuras, porque hasta entonces no habían sido creados ni el sol ni la luna. Entonces Tcaipakomat hizo que adquirieran vida ciertos pájaros negros de pico plano; pero a causa de la oscuridad los pájaros se extraviaron y no pudieron encontrar un lugar donde posarse. A continuación Tcaipakomat tomó tres tipos de arcilla, roja, amarilla y negra, y con ella hizo un objeto redondo y plano que cogió y lanzó contra el cielo y en él quedó adherido; el objeto empezó entonces a irradiar una luz suave, y fue la luna. Insatisfecho con la pobre iluminación del pálido disco, Tcaipakomat cogió más arcilla, hizo con ella otro disco redondo y plano y lo arrojó hacia arriba, contra el otro extremo del cielo. Quedó adherido allí y fue el sol, que lo alumbra todo con sus rayos. Después Tcaipakomat cogió un puñado de arcilla de color claro e hizo un hombre con ella. Luego sacó una costilla del hombre y con ella hizo una mujer. La mujer creada de ese modo de la costilla del hombre fue llamada Sinyaxau, que, significa lo mismo que Primera Mu-

jer (pues *siny* quiere decir mujer y *axau* primera). De ese primer hombre y esa primera mujer hechos de arcilla por el Creador desciende la humanidad.

Los indios hopi o moqui de Arizona creen de manera semejante que al principio no había más que agua por doquier, y que dos divinidades, aparentemente diosas, llamadas ambas Huruing Wuhti, vivían en casas en el océano, una de ellas en el este, la otra en el oeste; y con sus esfuerzos esas dos diosas hicieron aparecer tierra en medio de las aguas. Sin embargo, el sol, que pasaba todos los días sobre la recién creada tierra, observó que no existía ser vivo alguno sobre su superficie, y puso en conocimiento de las dos divinidades lo que consideraba como un defecto radical. En consecuencia, las diosas se reunieron en conferencia, después de que la diosa oriental hubo atravesado el océano pasando sobre el arco iris como si de un puente se tratase, para visitar a su colega occidental. Tras haber juntado sus cabezas resolvieron hacer un pajarito; de modo que la diosa del este hizo con arcilla un ave llamada reyezuelo. Entonces ambas diosas entonaron sobre él una fórmula de encantamiento y el pájaro de arcilla no tardó en dar señales de vida. A continuación lo enviaron para que volase sobre el mundo y viese si podía descubrir algún ser vivo sobre la superficie de la tierra; el pájaro obedeció y al regresar comunicó a sus creadoras que por ninguna parte existía semejante ser. Tras lo cual las diosas crearon muchas especies de aves y bestias de la misma manera que lo habían hecho con el primero y las enviaron para que viviesen sobre la tierra. Al final, las diosas se decidieron a crear al hombre. Para ello la diosa del oriente cogió arcilla, y formó con ella primero una mujer y después un hombre; y ese hombre y esa mujer de arcilla adquirieron vida de la misma manera que la habían adquirido antes las aves y las bestias.

Los indios pima, otra tribu de Arizona, afirman que el Creador tomó arcilla en sus manos, y que tras haberla mezclado con

el sudor de su cuerpo, la amasó y formó un montón con ella. Entonces sopló sobre el montón hasta que éste comenzó a vivir y moverse y se transformó en un hombre y una mujer.

Un sacerdote de los indios natchez, de Luisiana, dijo a Du Pratz que «Dios había amasado arcilla como la que usan los alfareros y había formado con ella un hombrecito; y que tras haberlo examinado y hallándolo bien hecho sopló sobre él y a partir de ese momento el hombrecito comenzó a vivir, a crecer, a actuar y a andar, y se halló a sí mismo muy bien hecho». En cuanto a cómo había sido hecha la primera mujer, el sacerdote confesó francamente que no lo sabía y que las antiguas tradiciones de la tribu no decían nada acerca de cualquier posible diferencia en la creación de los sexos masculino y femenino, y que, por tanto, lo más probable era que el hombre y la mujer hubiesen sido hechos de la misma manera.

Los michoacanos de México cuentan1 qué el gran dios Tucapacha comenzó haciendo un hombre y una mujer de arcilla, pero Cuando la pareja fue a bañarse al río absorbió tanta agua que la arcilla de que estaba hecha se deshizo. Para remediarlo, el Creador se pliso de nuevo a trabajar y volvió a hacerlos de cenizas, pero los resultados no fueron mejores que los precedentes. Por último, dispuesto a salirse con la suya, los hizo de metal. Su perseverancia se vio recompensada. El hombre y la mujer eran completamente impermeables; podían bañarse en el río sin deshacerse, y de su unión procede toda la especie humana.

Según una leyenda de los indios peruanos contada a un sacerdote español en Cuzco, unos cincuenta años después de la conquista, había sido en Tiahuanaco donde había renacido el género humano tras el Diluvio universal que había acabado con toda la especie a excepción de un único hombre y una única mujer. Allí, en Tiahuanaco, que se encuentra a unas setenta leguas de Cuzco, «el Creador comenzó a crear los individuos y

pueblos que habitan la región, haciendo un individuo de cada pueblo, formándolo de arcilla y pintando los vestidos que cada uno de ellos había de llevar. A los que habían de llevar cabellos, los hizo con cabellos; a los que habían de ir rapados los hizo con el pelo cortado; y dio a cada pueblo la lengua que había de ser hablada por sus miembros, y las canciones que habían de entonar, y las semillas y alimentos que habían de sembrar y cultivar. Cuando el Creador hubo terminado de hacer de arcilla y de pintar los dichos pueblos y figuras, puso un alma en cada uno de ellos y les infundió la vida, tanto a los hombres como a las mujeres, y les ordenó atravesar la tierra, de modo que cada uno de los pueblos y naciones surgió en el lugar en que él les había ordenado que lo hiciesen».

Los indios lengua, del Paraguay, imaginan que el Creador, en forma de escarabajo, habitaba en un agujero del suelo, y que formó al hombre y a la mujer con el barro que extraía de su morada subterránea. Al principio hombre y mujer estaban unidos, «igual que dos hermanos siameses», y fueron enviados al mundo en esa incómoda situación. Una vez en él tuvieron que luchar con gran desventaja contra una raza de seres poderosos que el escarabajo había creado anteriormente. De modo que el hombre y la mujer rogaron al Creador que los separase. El accedió a la petición y les dio la capacidad de propagar la especie. Y el hombre y la mujer fueron los primeros antepasados de la humanidad. Pero el escarabajo, tras haber creado el mundo, dejó de interesarse por él o de tomar parte activa en sus destinos. El relato nos recuerda la fantástica historia que Aristófanes, en *El banquete* de Platón, nos ofrece de la condición original del hombre; según la narración, al principio, el hombre y la mujer estaban unidos y formaban un único ser dotado de dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas, hasta que Zeus lo partió en dos y separó de esa manera los sexos.

Ha de notarse que en muchas de esas historias se dice que la arcilla con la que se formó a nuestros primeros padres era de color rojo. Al citar el color se tenía probablemente la intención de explicar el tono rojo de la sangre. Aunque el escritor jahvista del Génesis deja de mencionar el color de la arcilla con que Dios formó a Adán, podríamos aventurarnos quizá, sin ser demasiado osados, a decir que era roja. Porque la palabra que en hebreo se emplea para designar al hombre en general es *adam*, la palabra que designa el suelo es *adamah*, y la que designa el color rojo es *adom*; de modo que por una concatenación de causas, natural y casi necesaria, llegamos a la conclusión de que nuestro primer padre fue hecho de tierra de color rojo. Si pudiese quedar en nosotros algún remanente de duda acerca de la cuestión, no dejaría de disiparla la observación de que hasta nuestros días el suelo de Palestina es de un color pardo rojizo oscuro, «lo que sugiere», como justamente hace notar el autor que tal observa, «la conexión existente entre Adán y el barro de que fue formado; especialmente se aprecia esa tonalidad de color cuando la tierra se halla recientemente removida, ya sea por el arado o por el azadón». De ese modo tan notable da testimonio la naturaleza misma de la exactitud literal de las Sagradas Escrituras.

II. LA CAIDA

Lo que se dice en el Génesis

Al escritor jahvista le bastan unas pocas leves pinceladas, aunque magistrales, para presentar ante nosotros la dichosa vida de nuestros primeros padres en el edénico jardín que Dios había creado para que les sirviese de morada. Allí crecían en abundancia los árboles, agradables a la vista y cuajados de frutos; allí los animales vivían en paz mezclados unos con los otros y eran amigos del hombre; allí el hombre y la mujer desconocían la vergüenza, porque tampoco conocían la maldad; aquella era la edad de la inocencia. Pero esa época dichosa duró poco, y muy pronto las nubes oscurecieron el sol. Tras contarnos la creación de Eva y cómo fue presentada a Adán, el escritor comienza a narrar inmediatamente la triste historia de la caída, la pérdida de la inocencia, la expulsión del Edén y la maldición del trabajo, de las fatigas y de la muerte, lanzada sobre nuestros primeros padres y sobre su descendencia. En mitad del jardín crecía el árbol de la ciencia del bien y del mal, y Dios había prohibido al hombre comer de esa fruta, con las siguientes palabras de advertencia: «El día en que comas de ese árbol morirás sin remedio». Pero la serpiente era astuta, y la mujer débil y crédula. La serpiente persuadió a la mujer de que comiese del fruto prohibido, y ella se lo dio a su marido, que también lo comió. Tan pronto lo hubieron probado abriéronse los ojos de ambos y comprendieron que estaban desnudos, por lo que llenos de vergüenza y confusión ocultaron su desnudez ciñéndose unas hojas de higuera: la edad de la inocencia se había ido para siempre.

Aquel desgraciado día, cuando ya había disminuido el calor del mediodía y las sombras se iban alargando en el jardín, Dios se paseaba por él, como tenía por costumbre cuando caía la tarde y soplaba la brisa del anochecer. El hombre y la mujer le oyeron acercarse, quizá oyeron el rumor de las hojas caídas al ser pisadas (si es que en el Edén podían caer las hojas de los árboles), y se escondieron entre la arboleda, porque sentían vergüenza de que El los pudiese ver desnudos. Pero Dios los llamó para que saliesen de la espesura, y cuando la confundida pareja le contó cómo había desobedecido sus órdenes y comido del fruto del árbol del conocimiento, se encendió en ira y maldijo a la serpiente, a la que condenó a caminar sobre el vientre, a comer polvo y a ser enemiga de la humanidad por todos los días de su vida; maldijo también la tierra y la condenó a producir espinos y abrojos; maldijo a la mujer, y la condenó a sufrir las molestias de la gravidez y a parir hijos con dolor, y a estar sujeta a su marido; maldijo al hombre y le condenó a arrancar de la tierra el pan de cada día con el sudor de su frente, y a tornar al polvo del que había salido. Tras haber desahogado su ira con las copiosas maldiciones, la divinidad, irascible pero blanda de corazón, se aplacó hasta el punto de hacer túnicas de piel para reemplazar los insuficientes mandiles de hojas de higuera de los culpables; y, cubierta con las nuevas vestiduras, la avergonzada pareja se retiró entre los árboles, mientras al oeste moría el crepúsculo y se espesaban las sombras en el Paraíso perdido.

En esta narración todo gira alrededor del árbol de la ciencia del bien y del mal: por así decirlo, él ocupa el centro del escenario en que se desarrolla la gran tragedia, mientras el hombre, la mujer y la serpiente parlante se agrupan a su alrededor. Pero un examen más atento nos permite percibir un segundo árbol, que se levanta al lado del otro en medio del jardín. Se trata de un árbol muy especial, nada menos que del árbol de la vida, cuyos frutos confieren la inmortalidad a todo aquel que los come. Y

sin embargo, en la presente descripción de la caída, un árbol tan maravilloso no desempeña papel alguno. La fruta que pende de sus ramas al alcance de la mano pasa inadvertida; a diferencia de lo sucedido con el árbol del conocimiento, no le afecta la prohibición divina; y no obstante nadie piensa que valga la pena alargar la mano y probarla, para vivir para siempre. Los ojos de los actores se hallan vueltos hacia el árbol del conocimiento: no parecen percibir el árbol de la vida. Tan sólo cuando ya todo ha pasado dirige Dios el pensamiento al árbol magnífico que se levanta ignorado, colmado de posibilidades infinitas, en medio del jardín; y con el temor de que el hombre, que se ha hecho semejante a El en cuanto al conocimiento, tras haber comido de la fruta del primer árbol, pueda hacerse también su semejante una vez haya comido del segundo árbol, y se haga inmortal, lo expulsa del jardín y pone «al oriente del vergel del Edén a los querubines, y una espada flamígera que se revolvía a todos lados para guardar el camino del árbol de la vida», para que a partir de ese momento nadie pueda comer del fruto mágico y vivir por siempre. De modo que, mientras a lo largo de la conmovedora tragedia que ocurre en el Edén nuestra atención se halla fija exclusivamente en el árbol del conocimiento, en la gran escena final de transformación, cuando la magnificencia del Paraíso se desvanece para siempre dejando paso a la luz del día común, lo único que vislumbramos del jardín, en el que la felicidad no había sido meramente un sueño, es el árbol de la vida iluminado por los rayos tenues e inusitados de las espadas esgrimidas por los escuadrones angélicos.

Al parecer, se reconoce en general que en la narración de los dos árboles se ha deslizado alguna confusión, y que en el relato original el árbol de la vida no desempeñaba el papel puramente pasivo y espectacular qué se le atribuye en la versión actual. Algunos han pensado que originalmente existieron dos historias diferentes de la caída, en una de las cuales sólo figuraba el árbol

del conocimiento, y que esas dos historias fueron fundidas con poca pericia en un único relató por una mano que conservó una de ellas prácticamente intacta, mientras que recortó y adornó la otra hasta dejarla casi irreconocible. Muy bien pudo haber sucedido eso, pero quizás habría que buscar en otra dirección la solución del problema. En esencia, toda la historia de la caída parece ser una tentativa para explicar la mortalidad del hombre, un intento de darnos a conocer cómo la muerte surgió en el mundo. Cierto que no se dice del hombre que hubiese sido creado inmortal y que hubiera perdido la inmortalidad por su desobediencia; pero tampoco se dice que hubiese sido creado mortal. Antes bien, se nos da a entender que se le ofrecieron ambas oportunidades, la de la inmortalidad y la de la mortalidad, y que de él dependió la elección en favor de la una o la otra; porque él árbol de la vida se hallaba al alcance de la mano y su fruto no había sido prohibido; le bastaba tender la mano, cogerlo y comerlo para poder vivir eternamente. Y aún hay más: no sólo no se le prohibió al hombre comer del árbol de la vida, sino que implícitamente se le permitió hacerlo, si no es que se le animó a ello, pues el Creador le había dicho expresamente que podía comer libremente de todos los árboles que se hallaban en el jardín, con la única excepción del árbol de la ciencia del bien y del mal. De modo que, al poner en el jardín el árbol de la vida y al no prohibir comer de su fruto, Dios aparentemente tenía la intención de dar al hombre la opción o al menos la posibilidad de adquirir la inmortalidad; pero el hombre perdió la oportunidad que se le ofrecía al inclinarse por el otro árbol y comer del fruto que Dios había prohibido, con la advertencia de muerte inmediata en caso de desobediencia. Todo lo cual nos lleva a pensar que se trataba de un árbol de la muerte y no de un árbol del conocimiento, y que bastaba con probar de su fruto mortal para que, aparte de cualquier cuestión de obediencia o desobediencia a un mandato divino, el re-

sultado fuese la muerte irremediable del transgresor. Lo que de ello se deduce está por completo de acuerdo con la advertencia de Dios al hombre: «Mas de él no comerás, porque el día en que comas de él morirás sin remedio». Por consiguiente podemos muy bien suponer que en el relato original aparecían dos árboles, un árbol de la vida y un árbol de la muerte; que dependía del hombre comer de uno y vivir eternamente o comer del otro y morir; que Dios, por puro amor hacia sus criaturas, aconsejó al hombre comiese del árbol de la vida y le advirtió que no comiese del árbol de la muerte; y que el hombre, engañado por la serpiente, comió del mal árbol y perdió como castigo la inmortalidad que su benevolente Creador había intentado concederle.

Esta hipótesis tiene por lo menos la ventaja de restaurar el equilibrio entre los dos árboles y de hacer claro, sencillo y coherente el relato. Elimina al mismo tiempo la necesidad de suponer dos relatos originales y distintos que hubiesen sido torpemente hilvanados por un redactor chapucero. Pero además la hipótesis se ve apoyada por otra consideración más profunda. El personaje del Creador aparece, gracias a ella, mucho más atractivo: elimina por completo la sospecha de envidia y celos, por no decir de cobardía y malicia, que en virtud de la versión del Génesis ha quedado hasta el presente como una mancha que afea su reputación, ya que, de acuerdo con esa versión, Dios no veía con buenos ojos que el hombre llegase a poseer la ciencia del bien y del mal y la inmortalidad; deseaba seguir siendo el único en disfrutar de ambas cosas, y temía que si el hombre llegaba a conseguir una cualquiera de ellas se volvería igual a su Hacedor, lo cual no podía de ninguna manera ser tolerado. Por consiguiente prohibió al hombre que comiese del árbol de la ciencia del bien y del mal, y cuando el hombre desatendió la prohibición y comió de la fruta, Dios lo arrojó del Paraíso y le impidió retornar a él, con el fin de evitar que pu-

diese comer del otro árbol y alcanzar la inmortalidad. Los motivos de Dios eran mezquinos y su conducta despreciable,. Incluso unos y otra desentonan por completo con el comportamiento previo de Dios, que lejos de escatimar nada al hombre, había hecho todo lo posible para hacerle la vida dichosa y cómoda con la creación de un hermoso jardín que le sirviese de deleite, pájaros y animales que le divirtiesen y una mujer que le hiciera compañía y fuese su esposa. No cabe duda de que se halla mucho más en armonía, tanto con el tenor del relato como con la bondad del Creador, el suponer que éste trató de coronar su buena voluntad para con el hombre con la bendición de la inmortalidad, y que su amorosa intención se vio únicamente frustrada por la superchería de la serpiente.

Pero todavía hemos de preguntarnos por qué la serpiente engañó al hombre. ¿Qué motivos pudo tener ésta para privar al hombre, a toda la especie humana, de aquel gran privilegio que el Creador le tenía destinado? ¿No fue más que puro entrometimiento su intervención, o hubo algún designio oscuro detrás de todo el asunto? La descripción contenida en el Génesis deja sin contestar éstas preguntas. Con su mentira, la serpiente no sale ganando nada; al contrario, sale perdiendo, porque Dios la maldice y la condena, a partir de ese momento, a arrastrarse sobre el vientre y lamer el polvo. Pero quizá su conducta no fue tan gratuitamente maliciosa y desprovista de propósito como parece a primera vista. Se nos dice que era el más astuto de los animales que poblaban el lugar: ¿mostró realmente su sagacidad destruyendo las oportunidades del hombre sin por ello mejorar las propias? Muy bien podríamos suponer que en la historia original la serpiente justificó; su reputación apropiándose de la bendición de que despojó a nuestros padres; es decir, que mientras persuadía a la mujer a que comiese del árbol de la muerte, ella misma había comido del árbol de la vida y alcanzado así la inmortalidad. La suposición no es tan descabellada co-

mo podría parecer a primera vista. No son pocas las historias halladas entre los salvajes acerca del origen de la muerte — historias que relataré inmediatamente— en las que las serpientes se las ingenian para ser más listas que el hombre, o para intimidarlo con el fin de conseguir en beneficio propio la inmortalidad que originalmente estaba destinada a él: muchos pueblos salvajes creen que con el cambio anual de piel las serpientes y otros animales renuevan su juventud y son inmortales. Parece ser que los semitas tenían la misma creencia; porque según el antiguo escritor fenicio Sanchuniaton la serpiente era el animal de vida más dilatada, ya que tenía la facultad de despojarse de su piel y conservar así su juventud. Y si los fenicios explicaban de esa manera la longevidad de la serpiente y la tenían por fundada, sus vecinos y parientes, los hebreos, muy bien pudieron haber hecho lo mismo. Se sabe que los hebreos parecen haber pensado que las águilas recobran la juventud mudando las plumas; y si eso es así, ¿por qué no habrían de hacer otro tanto las serpientes con el cambio de piel? Tampoco cabe duda de que en el relato épico de Gilgamesh, uno de los monumentos literarios más antiguos de la raza semítica y bastante más antiguo que el Génesis, se encuentra expresada la idea de que la serpiente engañó al hombre y le robó la inmortalidad al apoderarse de una planta que daba la vida y que los altos poderes habían destinado para provecho de nuestra especie. En ese famoso relato se dice que el deificado Utanapistim reveló al héroe Gilgamesh la existencia de una planta que tenía la maravillosa facultad de renovar la juventud de quien la probase, planta que llevaba el nombre de «el-viejo-se-vuelve-joven»; se dice también que Gilgamesh buscó la planta y alardeó de que la comería y recuperaría así la perdida juventud, pero que antes de poder poner en ejecución su proyecto la serpiente se la robó, mientras él se bañaba en las frías aguas de un estanque o arroyo; y que, finalmente, privado de la posibilidad de realizar el acariciado sueño de la

inmortalidad, Gilgamesh se sentó sobre una piedra y lloró amargamente. Cierto que el relato no dice que la serpiente comiese de la planta y obtuviese para sí la inmortalidad; pero la omisión puede ser debida sencillamente al estado en que se encontró el texto, que resulta oscuro y defectuoso, y, aun en el caso de que el poeta que lo escribió hubiese guardado silencio al respecto, las versiones paralelas de la historia, que citaré, nos permiten colmar el vacío con un grado de probabilidad bastante elevado. Esos relatos paralelos sugieren además, aunque no puedan probarlo, que en el original de la historia, mutilado y deformado por el escritor jahvista, la serpiente actuó como mensajero enviado por Dios para llevar al hombre las gratas nuevas de la inmortalidad, y que el astuto animal cambió el mensaje en beneficio propio y para desgracia nuestra. El don de la palabra, que utilizó con fines tan reprobables, le había sido dado para que pudiese actuar como embajador de Dios ante él hombre.

En resumen, si se nos permite juzgar a partir de la comparación de las diferentes versiones difundidas entre numerosos pueblos, la verdadera historia original de la caída del hombre discurre más o menos de la siguiente manera. El bondadoso Creador, tras haber formado el primer hombre y la primera mujer con el barro de la tierra y tras haberles insuflado vida mediante el sencillo procedimiento de soplar en sus narices y bocas, puso a la feliz pareja en un paraíso terrenal en el que, libres de cuidados y fatigas, podían vivir de los frutos exquisitos de un jardín maravilloso, en el que las aves y otros animales retozaban alrededor de ambos con seguridad desprovista de temor. Para coronar su obra, Dios tenía la intención de otorgar a nuestros primeros padres el don inapreciable de la inmortalidad, aunque no sin antes haberlos hecho árbitros de su propio destino dándoles libertad para aceptar o rechazar la dádiva ofrecida. Con tal fin plantó en medio del jardín dos árboles

magníficos que daban frutos de muy diferente naturaleza; el fruto de uno de ellos llevaba la muerte al que lo gustase; el del otro concedía la vida eterna. A continuación envió a la serpiente para que saliese al paso del hombre y de la mujer y les hiciese conocer el siguiente mensaje: «No comáis del árbol de la muerte, porque el día que lo hagáis moriréis sin remedio; más bien comed del árbol de la vida y viviréis eternamente». Pero la serpiente era el más astuto de los animales creados, y en camino hacia el cumplimiento de su misión se le ocurrió la idea de cambiar el mensaje; de modo que cuando llegó al jardín maravilloso y encontró en él sola a la mujer le dijo: «Esto dice Dios: no comáis del árbol de la vida, porque si comiereis de él moriréis sin remedio: comed en cambio del árbol de la muerte y viviréis eternamente». La imprudente dio crédito a las engañosas palabras y comió del fruto fatal; lo ofreció también al marido, y él también comió. En cambio la sagaz serpiente comió del árbol de la vida. Por ese motivo los hombres han sido mortales y las serpientes inmortales desde entonces, porque las serpientes se despojan anualmente de su piel y así recobran la juventud. Si la serpiente no hubiese cambiado el amable mensaje de Dios y no hubiese engañado por consiguiente a nuestra primera madre, los inmortales habríamos sido nosotros y no las serpientes; y del mismo modo que lo hacen ellas ahora, nos despojaríamos nosotros, cada año, de nuestra piel y renovaríamos con ello eternamente nuestra juventud.

La probabilidad de que esa (o alguna parecida a esa) haya sido la forma original de la historia va apoyada por la comparación de los siguientes relatos, que por comodidad pueden ser agrupados bajo dos títulos diferentes: «La historia del mensaje alterado» y «La historia de la muda de piel».

La historia del mensaje alterado

Como muchos otros pueblos salvajes, el de los namaquas u hotentotes asocia las fases de la luna con la idea de la inmortali-

dad, e interpreta el aumento y disminución aparentes del disco lunar como un proceso real y periódico de desintegración e integración, de decadencia y renacimiento, repetido perpetuamente. Incluso interpretan la salida de la luna y su puesta diaria como si se tratase del nacimiento y la muerte del satélite. Cuentan que una vez, hace mucho tiempo, la luna quiso enviar a la humanidad un mensaje de inmortalidad, y que la liebre se ofreció para el papel de mensajero. Así pues, la luna le encargó que fuese a ver a los hombres y les dijese las siguientes palabras: «Del mismo modo que yo muero y renazco de nuevo, también vosotros moriréis y volveréis a la vida». Por consiguiente, la liebre se encaminó en busca de los hombres; pero ya fuese por olvido, ya por malicia, invirtió el mensaje y dijo: «De la misma manera que muero y no volveré a la vida, también vosotros moriréis y no volveréis a la vida». Entonces regresó donde se encontraba la luna y ésta le preguntó qué había dicho a los hombres al entregar el mensaje que ella le había encomendado. La liebre se lo dijo y cuando la luna se enteró de que el mensaje había sido cambiado se enfadó de tal manera que arrojo un bastón contra el animal y le partió el labio. Por eso el labio de las liebres se halla todavía hendido. Y la liebre escapó corriendo y aún sigue corriendo en nuestros días. Algunos dicen, sin embargo, que antes de huir clavó las uñas en el rostro de la luna, que aún conserva las huellas de la agresión, como cualquiera puede verificar por sí mismo en una noche de luna clara. Pero los namaquas todavía se sienten enojados con la liebre que les robó la inmortalidad. Los ancianos de la tribu solían decir: «Todavía estamos enfadados con la liebre, porque nos trajo un mensaje tan equivocado, y por ello no la comemos». De aquí que cuando llega el día en que un joven ya crecido pasa a ocupar su sitio entre los hombres, se le prohíba comer carne de liebre e incluso ponerse en contacto con un fuego en el que haya sido asada una liebre. Si alguien desobedece la orden, no son

raros los casos en que se le expulsa del poblado. Sin embargo, mediante el pago de una multa se le permite volver a formar parte de la comunidad.

Los bosquimanos narran una historia parecida, con algunas diferencias de poca monta. Según ellos, la luna dijo originalmente a los hombres: «Del mismo modo que yo muero y vuelvo a la vida, también vosotros lo haréis; cuando muráis no moriréis por completo, sino que resucitaréis». Pero hubo un hombre que no quiso creer la buena nueva de la inmortalidad, y no quiso tampoco quedarse callado y guardar para sí su incredulidad. Porque habiendo muerto su madre, la lloraba a grandes voces y nadie podía persuadirlo de que volvería de nuevo a la vida, y que se trataba tan sólo de una muerte pasajera. Sobre asunto tan penoso tuvo lugar una airada disputa entre él y la luna. «Tu madre está dormida», decía la luna. «Está muerta», respondía el hombre. Y no había quien los apaciguara, hasta qué por fin la luna perdió la paciencia y golpeó al hombre en la cara con el puño, y con el golpe le partió la boca. Y a continuación lo maldijo diciendo: «Su boca se quedará así para siempre, aunque sea una liebre. Porque liebre será él. Correrá velozmente a saltos y regresará dándose vuelta repentinamente. Los perros le darán caza y cuando la hayan cogido la destrozarán. Morirá sin remedio. Y los demás hombres, cuando mueran, morirán para siempre. Porque no quiso creerme cuando le pedí que no llorase por su madre, ya que ella volvería de nuevo a la vida. 'No', me respondió él, 'mi madre no volverá a la vida'. Por eso se transformará en una liebre. Y la gente morirá sin remedio, porque él me contradijo abiertamente cuando le dije que ocurriría con la gente lo mismo que ocurre conmigo, y que volverían a la vida después de que hubiesen muerto». De modo que un justo castigo recayó sobre el hombre por su escepticismo, ya que fue transformado en libre y liebre ha sido desde entonces. Pero todavía conserva restos de carne humana en el

muslo, y esa es la razón por la que los bosquimanos, cuando matan una liebre, no comen esa porción del muslo, sino que la cortan y la tiran, porque se trata de carne humana. Y los bosquimanos dicen además: «Por culpa de la liebre nos maldijo la luna y nos morimos sin remedio, Si no hubiese sido por ella, volveríamos a la vida después de muertos. Pero la liebre no quiso creer las palabras de la luna y la desmintió abiertamente». En esta versión bosquimana del relato, la liebre no es el animal que actúa como mensajero entre Dios y el hombre, sino un escéptico humano que por haber puesto en duda el evangelio de la inmortalidad fue transformado en liebre y arrastró consigo a toda la especie humana a la pérdida de la inmortalidad. Puede que esa sea una forma más antigua de la historia de la caída que la de los hotentotes, pues en ésta la liebre se limita a ser solamente una liebre y nada más.

Los nandi, del África oriental británica, cuentan una historia en la que el origen de la muerte es atribuido al mal humor de un perro, que trajo las nuevas de la inmortalidad a los hombres, pero que no habiendo sido recibido con la solemnidad debida a un embajador tan augusto, cambió el mensaje en un bufido de enojo y condenó a la humanidad al triste destino al que ha estado sujeta desde entonces. El relato dice lo siguiente. Cuando los primeros hombres vivían sobre la tierra un perro se acercó a ellos cierto día y les dijo: «Todos los hombres morirán, como muere la luna, pero a diferencia de ella vosotros no volveréis a la vida a menos que me deis, a beber leche de vuestras calabazas y a sorber cerveza con vuestras pajas. Si así lo hacéis, me arreglaré para que vayáis al río al morir y para que volváis a la vida al tercer día». Pero la gente se burló del perro y le dio a beber leche y cerveza en una bacinilla. Al perro le pareció mal que no se le sirviese en los mismos recipientes en los que se servía a los humanos, y aunque se guardó el orgullo en el bolsillo y bebió la leche y la cerveza que, le ofrecían de tan indigna manera, se fue

muy enojado diciendo: «Todos moriréis y sólo la luna retornará a la vida». Por eso cuando la gente muere ya no regresa, mientras que la luna se va y vuelve al cabo de tres días de ausencia. Si la gente hubiese dado a aquel perro una calabaza para que bebiese la leche en ella y una paja para sorber la cerveza, todos resucitaríamos al cabo de tres días después de nuestra muerte, como sucede con la luna. En este relato, no se nos dice nada acerca del personaje que envió al perro con el mensaje de inmortalidad para los hombres; pero a partir de la referencia del mensajero de la luna y de la comparación con la historia contada por los hotentotes podemos deducir, con visos de probabilidad, que fue la luna la que empleó al perro para que llevase a cabo el encargo, y que el animal, falto de escrúpulos, se condujo impropiamente y aprovechó la oportunidad que se le ofrecía para conseguir privilegios en beneficio propio, a los cuales no tenía, estrictamente hablando, derecho alguno.

En todos estos relatos se encarga a un único mensajero llevar un trascendental mensaje y se atribuye el resultado fatal de la misión al descuido o la malicia del enviado. Sin embargo, en algunos relatos de los orígenes de la muerte son dos los mensajeros despachados, y se dice que la causa de la muerte fue la tardanza del mensajero que llevaba la buena nueva de la inmortalidad, o su conducta reprobable; Se conoce una narración hotentote de la causa de la muerte, escrita conforme a esa versión de las cosas. Se dice en ella que en cierta ocasión la luna envió a un insecto con el siguiente mensaje a los hombres: «Irás a donde están los hombres y les dirás: Del mismo modo que yo muero y muriendo vivo, así también vosotros moriréis y muriendo viviréis». El insecto partió a llevar el mensaje, pero en el camino le salió al paso la liebre que deteniéndose a su lado le preguntó: «¿Cuál es la diligencia que-te ha sido encomendada?». A lo que el insecto respondió: «Me envía la luna a los hombres, para que les diga que así como ella muere y muriendo vive,

también ellos morirán y muriendo vivirán». La liebre dijo: «Como tú eres un corredor mediocre, deja que vaya yo en tu lugar». Y se fue corriendo con el mensaje mientras el insecto la seguía avanzando lentamente. Cuando llegó junto a los hombres, la liebre alteró el mensaje que se había encargado oficiosamente de entregar, y les dijo: «Me envía la luna para que os diga lo siguiente: Así como yo muero y al morir desaparezco, de la misma manera moriréis también vosotros y desapareceréis definitivamente». Luego la liebre retornó a la luna y le contó lo que había dicho a los hombres. La luna se enfadó mucho y reprochó a la liebre lo que había hecho, diciéndole: «¿Te has atrevido a decirle a la gente algo que yo no había dicho?». Y cogió un bastón que tenía al lado e hirió con él a la liebre en la nariz. Por eso la nariz de la liebre ha permanecido partida hasta nuestros días.

Una historia parecida, con algunas variaciones leves, es la que cuentan los bosquimanos tati o masarwas, que viven en el protectorado de Bechuanalandia, en el desierto de Kalahari y en algunas partes del sur de Rodesia. Los antepasados, dicen, narran la siguiente historia. La luna deseaba enviar un mensaje a los primeros habitantes de la tierra, para decirles que así como ella moría y volvía de nuevo a la vida, también ellos habrían de morir y muriendo volverían de nuevo a la vida. De modo que la luna llamó a la tortuga y le dijo: «Vete a donde están esos hombres y dales el siguiente mensaje de mi parte: diles que así como yo muriendo vivo, así ellos muriendo volverán a la vida». Pero la tortuga caminaba con gran lentitud e iba repitiendo constantemente el mensaje para sí misma con el fin de no olvidarlo. La luna se impacientó por la lentitud y la frágil memoria del animal, de modo que llamó a la liebre y le dijo: «Tú eres una corredora veloz. Toma este mensaje y llévalo a los hombres: Del modo que yo muriendo vuelvo a vivir, también vosotros muriendo viviréis de nuevo». Con lo cual la liebre partió para

cumplir su misión, pero con las prisas olvidó el mensaje, y como no quería mostrar ante la luna su falta de memoria entregó el mensaje a los hombres de la siguiente manera: «Del modo que yo muriendo vuelvo a vivir, así vosotros muriendo moriréis para siempre». Tal fue el mensaje entregado por la liebre. Mientras tanto la tortuga había vuelto a recordar las palabras que le había comunicado la luna y por segunda vez había emprendido el camino para llevar a cabo la misión que le había sido encomendada. «Esta vez —se dijo— no me olvidaré del mensaje». Llegó a donde estaban los hombres y les transmitió las palabras de la luna. Cuando los hombres las hubieron escuchado se sintieron muy irritados con la liebre, que se hallaba sentada a alguna distancia. Se encontraba mordisqueando la hierba, tras la carrera. Uno de los hombres corrió hacia ella y después de haber cogido una piedra se la arrojó. La piedra golpeó a la liebre precisamente en la boca y le hendió el labio superior; de ahí que el labio superior de las liebres haya estado hendido desde entonces. Por esa razón, hasta nuestros días, las liebres nacen con el labio hendido. Y así termina la historia.

También los negros de la Costa de Oro cuentan la historia de los dos mensajeros, que en esa versión son una oveja y una cabra. Uno de los nativos contó de la siguiente manera la historia a un misionero suizo de Akropong. Al principio, cuando existían la tierra y los cielos pero aún no había ningún hombre sobre la tierra, cayó una gran lluvia, y tan pronto como hubo cesado descendió de cielo a la tierra una gran cadena de la que pendían siete hombres. Estos hombres habían sido creados por Dios y llegaron a la tierra con ayuda de la cadena. Trajeron con ellos el fuego y prepararon en él la comida. No mucho tiempo después Dios envió del cielo una cabra para que entregase el siguiente mensaje a los siete hombres: «Existe una cosa llamada Muerte; algún día golpeará a alguno de vosotros; pero aunque moriréis, no pereceréis definitivamente, sino que vendréis a mí,

aquí en los cielos». La cabra emprendió el camino, pero al acercarse a la ciudad tropezó casualmente con un matojo de hierbas que le pareció apetitoso, de modo que se detuvo y comenzó a mordisquearlo. Cuando Dios vio que la cabra se demoraba en vez de seguir su camino, envió una oveja tras haberle entregado el mismo mensaje. La oveja cumplió su misión, pero no dijo lo que Dios le había encargado que dijese, sino que alteró el mensaje de la siguiente manera: «Cuando os llegue la muerte pereceréis y no tendréis lugar alguno adonde ir». Más tarde llegó la cabra y dijo: «Dios dice que moriréis, es verdad, pero que sin embargo no será ese vuestro fin, porque iréis a El». Pero los hombres le respondieron: «No es así, cabra; Dios no te ha dicho eso. Lo que la oveja nos ha dicho antes que tú, eso debemos esperar».

En una versión ashanti de la historia, los dos mensajeros son también una cabra y una oveja, y se atribuye la alteración del mensaje unas veces a uno de los animales y otras al otro.

Los ashanti cuentan que hace tiempo los hombres eran felices porque Dios residía entre ellos y hablaba con ellos cara a cara. Pero aquellos días dichosos no duraron mucho. Un día aciago sucedió que unas mujeres estaban triturando una mezcla de granos en un mortero, mientras Dios estaba por allí mirando. Por algún motivo desconocido les molestaba la presencia divina, por lo cual le dijeron a Dios que se marchase, y como El no lo hiciese con la celeridad suficiente, le golpearon con los mangos de mortero que empuñaban. Entonces Dios se enfadó y abandonó definitivamente el mundo, dejándolo bajo la dirección de los fetiches, y aún en nuestros días la gente dice: «Ay, si no hubiese sido por aquella mujer vieja, ¡qué felices seríamos!». Sin embargo, Dios era compasivo, e incluso después de haber subido a las alturas envió un mensaje de paz por intermedio de una cabra, para que dijese a los hombres que habitaban la tierra: «Existe una cosa que llaman Muerte y que matará a alguno

de vosotros. Pero aunque muráis no pereceréis definitivamente, sino que vendréis a reuniros conmigo en el cielo». De modo que la cabra partió con ese mensaje de alegría para los corazones. Pero antes de llegar a la ciudad vio unos matojos tentadores al lado del camino y se detuvo a ramonearlos. Cuando Dios dirigió abajo la mirada desde el cielo y vio a la cabra demorándose en el camino, envió a una oveja con el mismo mensaje portador de las jubilosas nuevas a los hombres, para que les fuese entregado sin demora. Pero la oveja no transmitió correctamente el mensaje. Muy al contrario, dijo: «Dios os advierte que moriréis y que en ese momento pereceréis definitivamente». Cuando la cabra hubo terminado de comer trotó hacia el pueblo y entregó su mensaje diciendo: «Dios os advierte de que ciertamente moriréis, pero ese no será el fin definitivo para vosotros, porque iréis a reuniros con El». Pero los hombres respondieron a la cabra lo siguiente: «No es así, cabra, no es eso lo que Dios ha dicho. Creemos que el mensaje que nos ha traído la oveja es el verdadero y el único que nos ha enviado Dios». Esa malhadada incomprensión fue el comienzo de la muerte entre los hombres. Sin embargo, en una distinta versión ashanti, los papeles desempeñados por la cabra y la oveja se hallan invertidos. La oveja es la que aporta las nuevas de la inmortalidad a los hombres, pero la cabra se le adelanta y les ofrece en cambio la muerte. En su inocencia los hombres aceptaron alegremente la muerte, sin saber de qué se trataba, y por ello desde entonces han muerto siempre.

En todas estas versiones de la historia el mensaje es enviado por Dios a los hombres, pero en otra, recogida en la región de Togo, al oeste de África, son los hombres los que envían un mensaje a Dios. Dice la leyenda que en una ocasión los hombres enviaron un perro a Dios para decirle que les gustaría volver a la vida una vez que hubiesen muerto. De modo que el perro partió a la carrera para entregar el mensaje. Pero en el ca-

mino sintió hambre y entró en una casa en la que un hombre estaba hirviendo unas hierbas mágicas. El perro se sentó y se dijo: «Este hombre está preparando algo para comer». Entretanto, la rana había partido para decirle a Dios que, cuándo muriesen, los hombres preferían no volver de nuevo a la vida. Nadie había encargado a la rana llevar mensaje alguno; se trataba de un puro entrometimiento e impertinencia de su parte. Pero a pesar de todo, ella se puso en camino. El perro, que se hallaba todavía sentado y vigilaba atentamente la cocción del caldo infernal, la vio pasar por delante de la puerta pero pensó para sí: «Tan pronto como haya comido algo no tardaré en alcanzar a la rana». Sin embargo, la rana llegó la primera y dijo a la divinidad: «Los hombres prefieren no volver a la vida una vez muertos». Más tarde llegó el perro y dijo a su vez: «Los hombres prefieren volver a la vida una vez muertos». Naturalmente Dios quedó perplejo y dijo al perro: «Verdaderamente no entiendo esos dos mensajes contradictorios. Como la primera petición que me ha llegado ha sido la de la rana, será esa la que yo conceda. No haré en cambio lo que tú me pides». Por ese motivo mueren los hombres y no vuelven de nuevo a la vida. Si la rana se hubiese ocupado de sus asuntos en lugar de mezclarse en los ajenos, los muertos habrían vuelto a la vida hasta nuestros días. Pero las ranas vuelven a la vida cuando truena al comienzo de la estación de las lluvias, tras haber estado muertas durante la estación seca en tanto sopla el viento harmatán. Entonces, mientras cae la lluvia y retumba el trueno se las puede oír croando en el pantano. Vemos pues que la rana tenía motivos particulares para alterar el mensaje. Consiguió para sí la inmortalidad que robó a los hombres.

En todas esas historias se atribuye el origen de la muerte al engaño intencionado o a la torpeza de uno de los dos mensajeros. Sin embargo, de acuerdo con otra versión de la historia, muy difundida en medio de las tribus bantúes de África, la

muerte tuvo por causa no el error cometido por el mensajero, sino la inconsecuencia de Dios, que tras haber decidido conceder a los hombres la inmortalidad, cambió de parecer y decidió hacerlos mortales o dejar que lo siguiesen siendo. Y por desgracia para los hombres, el segundo mensajero, portador del mensaje de muerte, se anticipó al primero, que llevaba las nuevas de la inmortalidad. En esa versión de la leyenda el camaleón figura como mensajero de vida y el lagarto como mensajero de muerte. Así, los zulúes dicen que al principio Unkulunkulu, es decir, el Viejo más Viejo, envió al camaleón con un mensaje que decía: «Ve, camaleón, ve y diles: ¡Que los hombres no mueran!». El camaleón se puso en camino, pero avanzaba muy despacio y se entretenía por el campo para comer los frutos púrpura del *ubukbeweyane* o los de las moreras; sin embargo, algunos dicen que el animal se subió a un árbol para calentarse al sol, tras haberse llenado la panza de moscas, y que se durmió profundamente. Entretanto el Viejo más Viejo había reflexionado y enviado un lagarto a toda prisa tras el camaleón con un mensaje muy diferente para los hombres, porque había dicho al animal: «Lagarto, cuando hayas llegado di a los hombres: ¡Que los hombres mueran!». De modo que el lagarto partió corriendo, adelantó al camaleón haragán y al llegar el primero junto a los hombres les entregó el mensaje de muerte diciéndoles: «¡Que los hombres mueran!». Después de lo cual se dio la vuelta y regresó al Viejo más Viejo que le había enviado. Pero después de su partida llegó por fin el camaleón junto a los hombres, con sus gozosas nuevas de inmortalidad, y les gritó alborozado: «Se me ha dicho: ¡Que los hombres no mueran!». Pero los hombres le respondieron: «Oh, ya hemos oído la palabra del lagarto: él nos ha dicho las nuevas: se nos ha dicho '¡Que el hombre muera!'. No podemos prestar oídos a tus palabras. A causa de las palabras del lagarto, los hombres morirán». Y desde entonces, los hombres han muerto, desde aquel día hasta el presente.

Por ello los zulúes odian al lagarto y lo matan cuando lo encuentran, porque dicen: «Este es el máximo ejemplo de lo defectuoso, porque al principio de los tiempos corrió a decirles a los hombres que tendrían que morir». Pero otros odian y persiguen o matan al camaleón porque dicen: «Este es el miserable que se demoró para decirles a los hombres que no tendrían que morir. Si nos lo hubiese dicho a tiempo ahora no estaríamos sujetos a la muerte tampoco nosotros; también vivirían aún nuestros antepasados; no habría enfermedades sobre la tierra. Se debe todo a la tardanza del camaleón».

Otras tribus bantúes, tales como la de los bechuanas, los basutos, los baronga, los ngoni y a lo que parece también la de los wa-sania del África oriental británica cuentan la misma historia casi de la misma manera. También se la encuentra bajo ropaje ligeramente diferente entre los hausas, que no son un pueblo bantú. Los baronga y los ngoni sienten aun hoy animosidad por el camaleón, que con su holgazanería trajo la muerte al mundo. Por eso, cuando atrapan un camaleón que trata de subir a un árbol le hacen abrir la boca y le echan entonces sobre la lengua un trozo de tabaco; el camaleón se retuerce y cambia de color, pasando del amarillo al verde y del verde al negro en medio de las agonías de la muerte, mientras los salvajes contemplan con regocijo sus sufrimientos y vengan de ese modo el mucho mal que esa bestia hizo a la humanidad.

De modo que en África se halla ampliamente difundida la creencia de que hubo un tiempo en que Dios tenía el propósito de conceder la inmortalidad al hombre, pero que su plan de bondad fracasó por culpa del mensajero encargado de llevar el mensaje de la buena nueva.

La historia de la muda de piel

Muchos salvajes creen que en virtud del poder de mudar periódicamente de piel ciertos animales, y en particular la ser-

piente, recobran la perdida juventud y no mueren nunca. En esa creencia, cuentan historias que explican cómo hicieron esas criaturas para recibir la dádiva de la inmortalidad, mientras que el hombre se quedaba sin ella.

Así por ejemplo, los wafipa y wabende del África oriental dicen que cierto día Dios, al que llaman Leza, bajó a la tierra y dirigiéndose a todos los seres vivos les habló de esta manera: «¿Quién desea no morir?». Por desgracia el hombre y los demás animales se encontraban entonces dormidos; solamente la serpiente se hallaba despierta y se apresuró a contestar: «Yo quiero». Esa es la razón de que los hombres y los demás animales mueran. La serpiente es la única que no muere de un modo natural. Sólo muere si alguien la mata. Todos los años muda de piel y con ello recobra la juventud perdida y sus energías.

De manera semejante los dusun, del Borneo septentrional británico, dicen que cuando el Creador hubo terminado de hacer todas las cosas preguntó: «¿Quién es capaz de mudar de piel? Si alguien puede hacerlo, ese no morirá». Sólo la serpiente oyó esas palabras, y se apresuró a contestar: «Yo puedo». Esa es la razón de que hasta nuestros días la serpiente no muera a menos que el hombre la mate. Los dusun no oyeron la pregunta divina; de lo contrario se habrían despojado de su piel y ahora no existiría la muerte para ellos.

De modo parecido los todjo-toradja, de las Célebes centrales, cuentan que una vez, hace mucho tiempo, Dios convocó a los hombres y a los animales con el fin de determinar lo que habría de dar a cada uno. Entre los dones ofrecidos por la divinidad figuraba el siguiente: «Nos desprenderemos de nuestra vieja piel». Por desgracia, en ese momento tan importante la humanidad se hallaba representada por una anciana ya senil que no oyó la tentadora propuesta. Pero los animales que mudan de piel, tales como la serpiente y los camaleones, la oyeron y aceptaron la oferta.

Igualmente los naturales de Vuatom, una de las islas del archipiélago de Bismarck, cuentan que un cierto To Konokonomiange pidió a dos muchachos que fuesen a buscar fuego y les prometió que si lo hacían no morirían nunca, mientras que si se negaban sus cuerpos perecerían, aunque sus almas o sombras sobrevivirían. Ellos no le prestaron atención, de modo que él los maldijo diciendo: «¿Cómo? ¿Habríais podido vivir eternamente y os negáis? Pues ahora moriréis, aunque vuestras almas no perezcan. Pero la iguana (*Goniocephalus*) y el lagarto (*Varanus indicus*) y la serpiente (*Enygrus*), esos vivirán, mudarán de piel y vivirán para siempre». Cuando los muchachos oyeron estas palabras lloraron amargamente y lamentaron su locura al negarse a ir a buscar el fuego que les había pedido To Konokonomiange.

Los arawaks de la Guyana británica cuentan que una vez, hace mucho tiempo, el Creador bajó a la tierra para ver cómo le iba al hombre al que había creado. Pero los hombres eran tan malvados que trataron de matarlo; de modo que él los despojó de la vida eterna y se la concedió en cambio a los animales que mudan de piel, tales como las serpientes, los lagartos y los escarabajos.

Los tamanachier cuentan una historia ligeramente diferente. Son una tribu india del Orinoco y su versión dice lo siguiente: según ellos, el Creador, tras haber residido en su compañía por algún tiempo, tomó un bote para cruzar al otro lado de las grandes aguas saladas de donde había venido. Justamente cuando estaba apartándose de la orilla los llamó y les dijo en tono amistoso: «Mudaréis de piel», con lo cual quiso darles a entender que, al igual que las serpientes y los escarabajos, también ellos mudarían de piel y recobrarían de ese modo la juventud. Pero por desgracia una anciana que oyó aquellas palabras exclamó: «¡Oh!», en un tono de escepticismo o incluso de sarcasmo que molestó de tal manera al Creador que éste cambió de

tono al instante y dijo con irritación: «Moriréis». Por ese motivo somos mortales.

Los habitantes de Nias, isla que se encuentra al oeste de Sumatra, dicen que cuando la tierra fue creada, un cierto ser fue enviado de las alturas para dar a la obra el último toque. Ese ser debería haber ayunado, pero incapaz de soportar los acosos del hambre comió unos plátanos. La elección del alimento resultó muy poco acertada, porque si se hubiese inclinado por los cangrejos de río y los hubiese comido, los hombres cambiarían ahora de piel como lo hacen los cangrejos y al hacerlo recuperarían continuamente la juventud y no morirían nunca. Pero tal como sucedieron las cosas, la muerte se ha instalado entre los hombres, como consecuencia de aquellos plátanos comidos en mala hora. En otra versión de la historia contada por las gentes de Nias se añade que «en cambio, las serpientes comieron los cangrejos, que según los pobladores de Nias mudan de piel, pero no mueren; por eso las serpientes tampoco mueren, sino que se limitan a cambiar de piel».

En esta última versión se atribuye la inmortalidad de las serpientes al hecho de que hubiesen comido cangrejos, que al mudar de piel recobran la juventud y viven por siempre. La misma creencia en la inmortalidad de los crustáceos se manifiesta en una historia samoana acerca del origen de la muerte. Cuenta que los dioses se reunieron en consejo para determinar cuál habría de ser el final del hombre. Una de las propuestas fue que el hombre mudase de piel igual que los crustáceos y recobrase así la juventud. El dios Palsy defendió, en cambio, la propuesta de que los crustáceos mudasen de piel, pero que los hombres muriesen. Cuando todavía no se había llegado a un acuerdo comenzó por desgracia a llover y se interrumpió la discusión. Los dioses corrieron a guarecerse, y con las prisas aprobaron unánimemente la propuesta presentada por Palsy. Por eso los crus-

táceos todavía mudan hoy de piel, mientras que los hombres no lo hacen.

Por consiguiente, no son escasos los pueblos que creen que el feliz privilegio de la inmortalidad, obtenible mediante el sencillo procedimiento de cambiarse periódicamente de piel, estuvo una vez al alcance de la especie humana, pero que por una desgraciada casualidad fue transferido a ciertos animales inferiores, tales como las serpientes, los cangrejos, los lagartos y los escarabajos. De acuerdo con otros, sin embargo, hubo un tiempo en que los hombres poseyeron ese don inapreciable, pero lo perdieron por causa de la imprudencia de una anciana. Así, los melanesios de las islas Banks y de las Nuevas Hébridas dicen que al principio los hombres no morían, sino que cuando se iban haciendo viejos mudaban la piel como las serpientes y los cangrejos, y resurgían jóvenes de nuevo. Hasta que un día una mujer que envejecía se encaminó al río para mudar la piel; unos dicen que era la madre del héroe legendario o mítico Qat; según otros, se trataba de Ul-ta-marama, Muda-piel del Mundo. La anciana arrojó al agua su piel vieja y observó cómo el agua la arrastraba hasta que quedó enganchada en un palo. Entonces se dirigió de vuelta a la casa, en la que había dejado a su hijo pequeño. Pero el niño se negó a reconocerla, llorando y diciendo que su madre era una mujer vieja y no aquella joven extraña. De modo que para calmar al niño, la mujer fue a buscar la vieja piel y se la puso de nuevo. Desde entonces los hombres han dejado de mudar de piel y han muerto.

En las islas Shortland y entre los kai, tribu papú del noreste de Nueva Guinea, se cuenta una historia semejante de los orígenes de la muerte. Los kai dicen que al principio los hombres no morían, sino que recobraban la juventud tras haber mudado de piel. Cuando la vieja y oscura piel se les arrugaba y afeaba entraban en el agua y se desprendían de ella, y salían con una piel nueva, juvenil y blanca. Por aquel entonces vivía una ancia-

na abuela con su nieto. Un día la anciana, cansada de sus muchos años, se bañó en el río, arrojó la vieja envoltura arrugada y regresó flamante a la aldea con su hermosa piel nueva. Transformada de ese modo, subió las escaleras y entró en la cabaña. Pero cuando el nieto la vio se puso a berrear y no quiso creer que aquella mujer fuese su abuelita. Todos los esfuerzos de ella para calmarlo y convencerlo fueron inútiles, de modo que al fin, enfurecida, regresó al río, sacó del agua la piel marchita y vieja, se la puso de nuevo y volvió a la cabaña tras haber recobrado su repulsivo antiguo aspecto de vieja bruja. El niño se alegró y dejó de llorar al verla, pero ella le dijo: «Las langostas se desprenden de su piel, pero vosotros los hombres moriréis sin remedio a partir de este día». Y, efectivamente, así ha sucedido desde aquella fecha.

Los naturales de las islas del Almirantazgo cuentan una historia similar con ligeras variaciones. Dicen que una vez, hace mucho tiempo, existió una anciana y que era frágil. Tenía dos hijos, que salieron a pescar mientras ella iba a bañarse. En medio de las aguas se despojó de la vieja piel y surgió tan joven como lo había sido hacía ya mucho tiempo. Al volver de la pesca los hijos quedaron admirados al verla. Uno de ellos dijo: «Es nuestra madre»; pero el otro respondió: «Podrá ser nuestra madre, pero debería ser mi mujer». La madre los oyó y les preguntó: «¿Qué estabais diciendo?». Y ellos le respondieron: «Nada. Sólo decíamos que eras nuestra madre». «Sois unos mentirosos», replicó ella. «Os he oído. Si hubiese sido por mí habríamos seguido creciendo hasta envejecer, tanto los hombres como las mujeres, y entonces nos habríamos despojado de la piel y nos habríamos transformado de nuevo en hombres y mujeres jóvenes. Pero será como queréis vosotros. Hombres y mujeres envejeceremos y moriremos». Tras haber pronunciado esas palabras fue a buscar la piel desechada y se la puso de nuevo, con lo cual volvió a recobrar su antiguo aspecto envejecido. En

cuanto a nosotros, sus descendientes, pasan los años y nos hacemos viejos. Pero si no hubiera sido por aquellos dos jóvenes picaros, nuestros días no tendrían fin y viviríamos eternamente.

Aún más alejados de las islas Banks, los to koolawi, tribu de las montañas de las Célebes centrales, repiten la mismísima historia, Tal como la transmiten los misioneros holandeses que la recogieron, esa versión de la muy difundida historia dice lo siguiente. En los tiempos antiguos los hombres tenían la facultad, al igual que las serpientes y los camarones, de desprenderse de la piel vieja y recobrar así la juventud perdida. Pero había una abuela que tenía un nieto. En cierta ocasión esa abuela se fue a bañar al mar y una vez en él se despojó de la piel vieja y la colgó de un árbol. Joven de nuevo, regresó a la cabaña. Pero su nieto no la reconoció y no quiso saber nada de ella. El niño repetía una y otra vez, sin que hubiese manera de hacerle cambiar de opinión: «Tú no eres mi abuela; ella es vieja y tú eres joven». De modo que la mujer regresó al lugar en donde se había bañado y se puso de nuevo la piel vieja. Y desde aquel día los hombres han perdido su antigua facultad de despojarse de la vieja piel y recobrar con ello la juventud, y mueren sin remedio.

Mientras que algunos pueblos han pensado que en los primeros tiempos del mundo los hombres eran inmortales en virtud de la facultad de despojarse periódicamente de la piel vieja, otros han atribuido el valioso privilegio a cierta simpatía lunar por la cual los hombres pasaban por estados alternos de decadencia y crecimiento, de muerte y vida, semejantes a las fases de la luna, sin morir jamás. Según este punto de vista, aunque la muerte en cierto sentido no dejaba de ocurrir, era neutralizada rápidamente por la resurrección, que por lo general tenía lugar, a lo que parece, transcurridos tres días, ya que son tres los días que median entre la desaparición de la luna vieja y la reaparición de la nueva. Así, los mentras, o mantras, una tribu de tími-

dos salvajes que vive en la jungla de la península malaya, dicen que antiguamente los hombres no morían, sino que adelgazaban cuando la luna menguaba y volvían a engordar a medida que la luna comenzaba a llenarse de nuevo. Por ello no había manera de controlar la población, que aumentaba de modo alarmante. De modo que el hijo del hombre principal de la tribu puso en conocimiento de su padre el estado de la situación y quiso saber qué se podía hacer para remediarla. El padre, alma bondadosa y tranquila, le respondió: «Deja las cosas como están». Pero uno de sus hermanos menores, con una opinión más maltusiana acerca del asunto, dijo, en cambio, al joven: «No; hagamos que los hombres mueran, como mueren los plátanos, y que dejen el lugar a su descendencia». La cuestión fue sometida al Señor de las Profundidades, el cual se pronunció en favor de la muerte. Y desde entonces los hombres han dejado de rejuvenecer como rejuvenece la luna y han muerto como muere el plátano.

En las islas Carolinas se dice que antiguamente la muerte era desconocida, o más bien que era tan sólo un sueño breve. Los hombres morían el último día de la luna menguante y volvían a la vida al reaparecer la luna nueva, tal como si se despertasen de un sueño reparador. Pero un espíritu maligno logró de alguna manera que cuando los hombres dormían el sueño de la muerte ya no volviesen a despertarse.

Los wotjobaluk, tribu del sureste de Australia, cuentan que cuando los animales eran todos hombres y mujeres, algunos morían y la luna solía decir: «Tú, levántate de nuevo», con lo cual volvían a la vida. Pero en una ocasión un hombre anciano dijo: «¡Que sigan muertos!», y desde entonces nadie ha vuelto nunca a la vida, con excepción de la luna, que ha seguido haciéndolo hasta nuestros días.

Los unmatjera y los kaitish, tribus de Australia central, dicen que los muertos solían ser enterrados al pie de los árboles o ba-

jo tierra y que pasados tres días siempre resucitaban. Los kaitish relatan cómo terminó tan feliz estado de cosas. Todo sucedió por culpa de un hombre del tótem del Sarapico[*] (nombre de cierto pájaro), que tropezó con hombres del tótem del Pequeño Wallaby[**] que enterraban a uno de los suyos. Por alguna razón desconocida los hombres del tótem del Sarapico se enfadaron y, cogiendo el cadáver, lo arrojaron violentamente al agua. Evidentemente, después de aquello el muerto no podía volver a la vida, y por eso en la actualidad nadie regresa de entre los muertos después de tres días, como solía suceder regularmente hace mucho tiempo. Aunque en este relato acerca de los orígenes de la muerte no se dice nada respecto a la luna, por analogía con las historias precedentes se puede suponer que los tres días que los muertos acostumbraban a permanecer en la tumba eran los tres días durante los cuales la luna «yace escondida en la vacía gruta interlunar».

También los naturales de las islas Fidji asocian la posibilidad de la inmortalidad humana, ya que no su real disfrute, con las fases de la luna. Dicen que hace tiempo dos dioses, la Luna y la Rata, discutían acerca del final más adecuado para los días del hombre. La Luna proponía lo siguiente: «¡Que el hombre sea como yo, que desaparezco durante algún tiempo y renazco de nuevo!». Pero la Rata opinaba: «El hombre debe morir, como mueren las ratas». Y esto último fue lo que se impuso.

Los upotos del Congo nos dicen cómo los hombres perdieron el don de la inmortalidad mientras que la luna lo conseguía. Cierto día Dios, al que llaman Libanza, envió a buscar a los habitantes de la luna y a los habitantes de la tierra. Los primeros se apresuraron a acudir a la llamada de la divinidad y fueron premiados por su presteza. «Porque —dijo Dios dirigiéndose a la luna— acudiste a mí en seguida, tan pronto como te llamé, no morirás nunca. Permanecerás muerta solamente dos días todos los meses, para que te sirva de descanso; y retor-

narás a la vida con esplendor aún mayor». Pero cuando las gentes de la tierra llegaron por fin ante Libanza, el dios se había enfadado y así les dijo: «Pues no habéis acudido a mi llamada tan pronto la recibisteis, habéis de morir un día y ya no volveréis a la vida, excepto para venir a mí».

Los bahnar de la Cochinchina oriental explican la inmortalidad del hombre primitivo no por las fases de la luna, ni por la facultad de desprenderse de la piel vieja, sino, a lo que parece, por la virtud regenerativa de un árbol determinado. Según ellos, al principio, cuando la gente moría se la enterraba al pie de un árbol llamado Long Blo, y al cabo de algún tiempo siempre resucitaba de entre los muertos, no como niños, sino como hombres y mujeres adultos. De modo que la tierra se poblaba con mucha rapidez y todos sus habitantes no formaban más que una gran ciudad bajo la presidencia de nuestros primeros padres. Con el tiempo los hombres se habían multiplicado hasta tal extremo que un cierto lagarto no podía salir a pasear sin que alguien le pisase la cola. Eso lo vejaba de tal manera que la malvada criatura hizo a los enterradores una sugerencia insidiosa. «¿Por qué enterrar a la gente al pie del árbol Long Blo? —les dijo—; enterradlos, en cambio, al pie del Long Khung y no volverán a la vida. Dejemos que mueran de una vez y acabemos con esto». La sugerencia fue aceptada, y desde entonces los hombres no han vuelto a resucitar.

En este último relato, al igual que en muchas historias africanas, el instrumento que trae la muerte a los hombres es el lagarto. Estamos autorizados a suponer que el motivo de que se le atribuya al lagarto tal flaco servicio pudo ser que ese animal, al igual que las serpientes, se desprende periódicamente de la piel, de lo cual los hombres primitivos podrían haber sacado la conclusión, como la han sacado respecto a las serpientes, de que también ese animal recobra la juventud y vive eternamente. De modo que quizá se puedan relacionar los mitos que rela-

tan cómo un lagarto o una serpiente se transformaron en el agente maléfico que trajo a los hombres la muerte con la idea antigua de una cierta envidia y rivalidad entre los hombres y los animales que mudan la piel, en especial las serpientes y los lagartos; podemos suponer que en esos casos fue contada la historia de una competición entre el hombre y sus rivales animales que se habían disputado la posesión de la inmortalidad, competición en la cual, ya fuese por malicia o por error, habían vencido siempre los animales, que de ese modo se hicieron inmortales mientras recaía sobre los hombres la maldición de la muerte.

La historia compuesta del mensaje alterado y la muda de piel

En algunos relatos de los orígenes de la muerte se combinan los incidentes de las historias basadas en la alteración del mensaje y los de las que tienen como fondo común la mudanza de la piel. Así los galla del África oriental atribuyen la muerte del hombre y la inmortalidad de la serpiente al error o a la malicia de cierta ave que falsificó el mensaje de vida eterna que le había sido confiado por Dios. La criatura que nos causó a los hombres tan grave perjuicio es un ave negra o azul oscuro, que tiene una mancha blanca en cada una de las alas y cresta en la cabeza. Se posa en las copas de los árboles y lanza un lamento parecido al balido de las ovejas; por ello los gallas lo llaman *halawaka*, que quiere decir Oveja de Dios, y explican de la siguiente manera su aparente angustia. Hubo una vez un tiempo en que Dios envió a esa ave para que dijese a los hombres que no morirían, sino que al envejecer y debilitarse se despojarían de la vieja piel y recobrarían la juventud. Para certificar el mensaje, Dios dio al ave una cresta, como distintivo de su misión. Pues bien: el ave se puso en camino para llevar a los hombres las gloriosas nuevas de la inmortalidad, pero aún no había ido muy lejos cuando se dio de manos a boca con una serpiente que devo-

raba una presa en el sendero. El ave, haciéndosele la boca agua a la vista de la carroña que estaba devorando la serpiente, le dijo: «Si me das parte de lo que comes, te diré el mensaje de Dios». «No quiero saber nada de él», respondió acremente la serpiente mientras seguía comiendo. Pero el pájaro insistió tanto que al fin la serpiente accedió de mala gana a escucharlo. «El mensaje —dijo entonces el pájaro— es el siguiente: cuando los hombres envejezcan, morirán, pero cuando envejezcas tú, te despojarás de la piel usada y recobrarás la juventud». Esta es la razón de que la gente envejezca y muera, mientras que las serpientes salen de su piel arrugada y recobran la juventud. Pero por haber alterado el mensaje, Dios castigó al incauto o malvado pájaro con una enfermedad interna y dolorosa de la que aún sufre; por eso se posa en las copas de los árboles y se lamenta.

Del mismo modo, los melanesios que viven en las costas de la península de la Gacela, en Nueva Bretaña, dicen que To Kambinana, Espíritu Bueno, amaba a los hombres y quería hacerlos inmortales. Por lo que llamó a su hermano To Korvuvu y le dijo: «Ve a los hombres y enséñales el secreto de la inmortalidad. Diles que se despojen de su piel todos los años. De ese modo se protegerán de la muerte, porque renovarán constantemente la vida. Pero di en cambio a las serpientes que a partir de este momento morirán». Sin embargo To Korvuvu desempeñó muy mal la misión que le había sido encomendada, porque ordenó a los hombres que murieran y descubrió el secreto de la inmortalidad a las serpientes. Desde entonces los hombres han sido seres mortales, mientras que las serpientes se despojan de su piel todos los años y no mueren nunca.

En Annam (Vietnam) se cuenta una historia similar acerca del origen de la muerte. Allí se dice que Ngoc Hoang envió a los hombres un mensajero de los cielos con el encargo de decirles que cuando envejeciesen deberían mudar la piel y con ello vivirían eternamente, pero que las serpientes envejecerían

y morirían sin remedio. El mensajero llegó a la tierra y dijo bastante correctamente: «Cuando el hombre se haga viejo deberá despojarse de su piel; pero cuando las serpientes se hagan viejas, morirán y serán puestas en un ataúd». Hasta ahí todo iba bien. Pero por desgracia había por, las cercanías un nido de serpientes que no pudieron por menos de escuchar las palabras del mensajero, y que al enterarse del destino a que era condenada su especie se enfurecieron y, dijeron al enviado: «Vuelve a repetir lo que has dicho, pero exactamente al contrario, pues de no hacerlo así te atacaremos». El mensajero se asustó y repitió el mensaje, pero cambió sus palabras del siguiente modo; «Cuando la serpiente se haga vieja, arrojará su piel vieja; pero cuando el hombre envejezca morirá y se le pondrá en un ataúd». Ese es el motivo de que en la actualidad todos los seres vivientes estén sujetos a la muerte, con excepción de la serpiente, que cuando envejece se despoja de su piel y vive eternamente.

Conclusión

De ese modo, partiendo de la analogía con la luna o con los animales que se despojan de su piel, los filósofos primitivos han sacado la conclusión de que, al principio, un ser bondadoso había destinado al hombre el rejuvenecimiento perpetuo, o el hombre disfrutaba ya de él, y que si no hubiese sido por causa de un crimen, un accidente o un error, todavía seguiría disfrutándolo eternamente. Los que atribuyen su fe en la inmortalidad a la mudanza de piel de las serpientes, los lagartos, los escarabajos y otros animales semejantes consideran a esos animales como rivales odiosos que nos han despojado de la herencia que Dios o la naturaleza nos tenían destinada; por ello en sus relatos nos explican lo que sucedió para que tales despreciables criaturas hayan conseguido arrebatarnos una posesión tan valiosa. Por todo el mundo se hallan difundidas historias de ese tenor, y no sería una sorpresa encontrarlas entre los semitas. El

relato de la caída del hombre que figura en el capítulo tercero del Génesis parece ser una versión abreviada del mito salvaje. Poco es lo que falta para completar su semejanza con los mitos parecidos todavía vigentes entre muchos pueblos salvajes de todo el mundo. La principal y casi la única omisión del narrador se refiere al hecho de que la serpiente hubiese comido del fruto del árbol de la vida y hubiese, por consiguiente, alcanzado la inmortalidad. Y tampoco es difícil explicar esta laguna. La vena de racionalismo que atraviesa el relato bíblico de la creación, y que lo ha despojado de muchas: peculiaridades extravagantes que adornan o desfiguran la correspondiente tradición babilónica, podía muy difícilmente dejar de encontrar un obstáculo molesto en la pretendida inmortalidad de las serpientes; y el escriba que dio forma final a la historia apartó esa piedra de escándalo del camino del creyente por el simple procedimiento de borrar por completo de la leyenda el incómodo incidente. Pero a pesar de sus esfuerzos, la profunda brecha dejada por su omisión no pasó inadvertida a los comentaristas, que han buscado en vano la parte que debiera haber desempeñado en el relato el árbol de la vida. Si mi interpretación es correcta, le ha correspondido al método comparativo, tras miles de años, encontrar lo que faltaba en el antiguo tejido, y recobrar, con su crudeza primitiva, los vivos y bárbaros colores que la mano hábil del artista hebreo trató de suavizar o borrar.

III. LA MARCA DE CAIN

Nos dice el Génesis qué cuando Caín hubo matado a Su hermano Abel fue rechazado de la sociedad para vivir errante y vagabundo por el orbe. Temiendo que lo pudiese matar cualquiera que lo encontrase, reconvino a Dios por la pesadumbre de su suerte, y Dios sintió tanta compasión por él que «puso a Caín una señal para que no lo matara nadie que lo hallase». ¿Cuál fue la marca que Dios puso al primer asesino? ¿Cuál la señal que estableció para él?

Es muy probable que nos encontremos en ese pasaje con el simple recuerdo de alguna vieja costumbre observada por los homicidas. Y aunque, verosímilmente, nunca averiguaremos cuál fue la señal o marca concreta, la comparación de las costumbres observadas por los homicidas en otras partes del mundo tal vez nos ayude a comprender al menos su significado general. W. Robertson Smith pensó que la marca en cuestión era la marca tribal, una especie de distintivo que llevaban sobre su persona los miembros de la tribu y que les servía de protección, al indicar que su portador pertenecía a una comunidad que no dejaría de vengar su muerte. Indudablemente, tales marcas son habituales entre los pueblos que han conservado el sistema tribal. Por ejemplo, entre los actuales beduinos, uno de los principales distintivos tribales consiste en una determinada manera de llevar el pelo. En muchos lugares del mundo, especialmente en África, la marca tribal consiste en un dibujo tatuado o cortado en algún lugar del cuerpo. Parece probable que tales marcas puedan servir como protección de los miembros de la tribu, tal como supuso Robertson Smith; aunque, por otro lado, conviene recordar que en un lugar hostil podrían, por el contrario, ponerlos en peligro, al publicar su condición de enemigos. Pero

aun si concedemos que la marca tribal pueda tener alguna eficacia protectora, nos parece difícil explicar de ese modo la marca de Caín. Una marca semejante protegía por igual a todos los miembros de la tribu, ya se tratase o no de homicidas. El significado total de la narración trata de demostrar que la marca en cuestión no era llevada por todos los miembros de la comunidad, sino que era algo peculiar de un asesino. Por consiguiente, parece que eso nos lleva a buscar la explicación en otra dirección.

Del relato en sí se deduce que Caín se hallaba expuesto a otros peligros, además del de ser asesinado como un proscrito por cualquiera que tropezase con él. Se representa a Dios diciéndole: «¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama hasta mí desde la tierra. Rechazado como maldito serás de este campo que ha abierto su boca para recibir por mano tuya la sangre de tu hermano. Cuando trabajes la tierra, no volverá a darte sus frutos. Errante y vagabundo vivirás por el orbe». De ese pasaje resulta obvio que la sangre del hermano muerto es considerada como algo que representa riesgo físico para el matador. Mancha el suelo y le impide fructificar. Por tanto, se piensa que el asesino ha envenenado las fuentes de la vida, y por ello ha puesto en peligro su propia supervivencia y quizá también la de otros. Desde ese punto de vista se comprende que un homicida fuese evitado y desterrado del país, para el cual su presencia representaría una amenaza continua. Se halla afectado de la peste, a su alrededor la atmósfera se halla envenenada, está contagiado de muerte; el simple contacto de sus manos bastaría para agotar la tierra. De ese modo se nos hace comprensible una cierta norma de la ley ática. Un homicida que hubiese sido expulsado, y contra el cual durante su ausencia se hubiesen presentado nuevos cargos, estaba autorizado a retornar al Atica para abogar en defensa propia; pero no podía poner pie en tierra, tenía que hablar desde un barco que, a su

vez, no podía ni siquiera echar el ancla o tender una pasarela. Los jueces evitaban cualquier contacto con el culpable, y juzgaban el caso desde la orilla sentados o de pie. Evidentemente, con esa norma se tenía la intención de poner al homicida en cuarentena, no fuese que al tocar la tierra ática,, aunque indirectamente a través de un áncora o de una pasarela, la agostase. Por el mismo motivo, si ese hombre, navegando por el mar, tenía la desgracia de naufragar en las costas del país en que había cometido el crimen de que se le acusaba, se le permitía ciertamente permanecer en la orilla hasta el paso de algún barco que quisiera tomarlo a bordo, pero se esperaba de él que se mantuviese todo el tiempo con los pies sumergidos en el agua del mar, evidentemente con el fin de neutralizar o al menos diluir el veneno que se suponía podía instilar en el suelo.

La cuarentena que la ley ática imponía a los homicidas tiene un paralelo en la reclusión a que todavía someten a los asesinos los salvajes de Dobu, una isla situada al extremo suroriental de Nueva Guinea. Al respecto, un misionero que vivió durante diecisiete años en la isla escribe lo siguiente: «Se puede hacer la guerra contra los parientes de la esposa, pero se prohíbe comer los muertos. Aquel que mata a uno de sus parientes por parte de la mujer nunca más podrá comer de la comida en general ni de la fruta del poblado de su esposa. Sólo ésta podrá prepararle la comida. Si a la mujer se le apaga el fuego, no se la autoriza a tomar brasas de otra cabaña del poblado. ¡Si se quebranta esta norma el castigo es la muerte del marido por envenenamiento de la sangre! El que mate a un pariente de sangre se verá sometido a un tabú aún más estricto. Cuando el jefe Gaganumore mató a su hermano (hijo de la hermana de la madre) no se le permitió volver a su poblado y tuvo que construirse uno para él solo. Tuvo que hacerse con una calabaza y una espátula para él solo y tener recipientes propios y exclusivos para guardar el agua y para bebería; un conjunto especial de utensilios de coci-

na; tuvo que coger en otra parte los cocos de que bebía y la fruta que comía; tenía que mantener encendido su fuego tanto tiempo como le fuese posible, y si se le apagaba no podía volverlo a encender con las brasas sacadas de otro, sino solamente mediante fricción. Si el jefe hubiese quebrantado esas normas, la sangre del hermano muerto le habría envenenado la propia y el cuerpo se le hincharía hasta que muriese de una muerte terrible».

En el caso de la isla Dobu se supone que la sangre del hombre asesinado actúa sobre el homicida como si se tratase de un veneno físico que lo mataría si, por acaso, se atreviese a poner el pié o incluso a mantener comunicación indirecta con el poblado de su víctima. Por consiguiente, su aislamiento es una precaución encaminada en su propio provecho más que al de la comunidad que trata de evitar; y es posible que las normas de la ley ática en lo referente a los homicidas tuviesen que ser interpretadas de modo semejante. Sin embargo tuviesen que ser interpretadas de modo semejante. Sin embargo es más probable que el peligro se creyese mutuo; en otras palabras, que se pensase que tanto el homicida como las personas con las que entrase en contacto fuesen susceptibles de sufrir el envenenamiento de la sangre causado por contagio. Por cierto que los akikuyu del África oriental británica sostienen que un asesino puede contagiar a otra gente un virus maligno. Creen que si un hombre que ha matado a otro llega a dormir a un poblado y come con una familia en su choza, las personas con las que ha comido contraen una enfermedad (*thahu*) peligrosa, que puede serles fatal si no son tratados a tiempo por el hechicero. La misma piel sobre la que ha dormido el homicida ha absorbido la enfermedad y podría infectar a cualquier otro que durmiese en ella. Por ello se llama a un hechicero para que purifique la choza y sus habitantes.

De manera semejante, entre los moros marroquíes «se considera a un homicida impuro en cierta medida para el resto de su vida. De debajo de sus uñas fluye el veneno, por lo cual aquel que bebe del agua en que el hombre se ha lavado las manos caerá peligrosamente enfermo. La carne de cualquier animal que él haya matado hará daño, así como la comida tomada en su compañía. Si se acerca a un lugar en el que se está abriendo un pozo, el agua huirá inmediata mente de su presencia. Me han dicho que en el Hiáina no se le permite entrar en un huerto ni en un campo de hortalizas, ni en el lugar en que se realiza la trilla, ni en un granero, ni tampoco en donde se recogen las ovejas. Una norma común, aunque no universal, es la que le prohíbe celebrar con las propias manos el sacrificio de la fiesta principal; y en algunas tribus, principalmente las que hablan berebere, una prohibición semejante alcanza a los que han matado un perro, que es un animal impuro. La sangre que ha salido de sus venas es impura y la rondan los *jnun* (genios)».

Pero en el relato bíblico de la muerte de Abel la sangre del asesino no es el único objeto inanimado que se personifica. Si se dice de la sangre que clama al cielo, también se afirma que la tierra abre la boca para recibir la sangre de la víctima. Esquilo escribe algo semejante cuando personifica la tierra y dice que el suelo bebe la sangre de Agamenón asesinado. Pero en el Génesis la atribución de cualidades personales a la tierra parece ir incluso más lejos, porque se nos dice que el asesino «rechazado será como maldito de ese campo»; y que cuando lo cultive, la tierra le negará sus frutos y él vivirá errante y vagabundo por el orbe. Al parecer se quiere dar a entender que la tierra, contaminada por la sangre y ofendida a causa del crimen, no permitirá que las semillas plantadas por el homicida germinen y den fruto; aun más, que lo rechazará del suelo cultivado que hasta ahora le servía de sustento y lo conducirá al árido yermo para vagar por él hambriento y sin cobijo. La idea de que la tierra es un

ser personal que se rebela ante el pecado de sus moradores y los arroja de su seno no es extraña al Antiguo Testamento. En el Levítico se dice que, profanada por la iniquidad humana, «la tierra vomitó a sus habitantes»; y se advierte solemnemente a los israelitas que deben obedecer las normas divinas y aceptar sus juicios, «para que la tierra no os vomite también a vosotros, cuando la profanáis, del mismo modo que vomitó a las gentes que la habitaron antes que vosotros».

Aparentemente, los antiguos griegos profesaban creencias semejantes en lo que se refiere a la contaminación de la tierra por la sangre humana vertida, o, en cualquier caso, por la sangre de la gente emparentada con el homicida; pues la tradición nos cuenta que el matricida Alcmeón, perseguido por el espíritu de su madre asesinada, Erifila, erró largo tiempo sin descanso por el mundo, hasta que al fin llegó a Delfos y la sacerdotisa del oráculo le dijo que «la única tierra en que el espíritu vengador de Erifila dejaría de acosarle era la más reciente, descubierta por el mar después de haberse producido la contaminación debida a la sangre vertida de su madre»; o, en palabras de Tucídides, que «nunca se vería libre de sus terrores hasta que hubiese encontrado una región que cuando él mató a su madre el sol no hubiese iluminado todavía, y que en aquella época las aguas no hubiesen dejado aún al descubierto, y se estableciese en ella; ya que toda la tierra restante había sido contaminada por su acto». Siguiendo las indicaciones del oráculo, descubrió en la desembocadura del Aqueloos las áridas islitas Equínadas, que se suponía creadas por el río después de la perpetración del crimen, pues sus aguas bañaban constantemente el suelo de las orillas; y en ellas estableció Alcmeón su morada. Según una de las versiones de la leyenda, el asesino había encontrado descanso durante algún tiempo en las alturas desoladas del valle de Psófide, en medio de las imponentes montañas de Arcadia, pero incluso allí el suelo se había negado a entregar sus frutos al

matricida, que se vio forzado, igual que Caín, a reemprender su fatigoso errar.

La creencia que tiene a la tierra por divinidad poderosa susceptible de profanación y ofensa por el derramamiento de sangre humana y de aplacamiento por medio de los sacrificios existe, o existía hasta época reciente, entre algunas tribus del alto Senegal, las cuales exigen se expíe la sangre vertida a causa de las heridas infligidas, aunque no hayan causado la muerte de la víctima. Así en Laro, perteneciente al país de los bobo, «el asesino pagaba dos cabras, un perro y un gallo al jefe del poblado, que las ofrecía en sacrificio de la Tierra, sobre un trozo de madera clavado en el suelo. A la familia de la víctima no se le daba nada. Los habitantes del poblado, el jefe incluido, comían después la carne de los animales sacrificados, pero en el banquete no participaban ni las familias del asesino ni las del asesinado. Si se trataba tan sólo de un ataque en el que se intercambiaban golpes, pero sin derramamiento de sangre, se pasaba por alto el incidente. Pero si salpicaba la sangre, la Tierra se sentía disgustada al contemplarla, y por ello era necesario aplacarla mediante un sacrificio. El culpable entregaba una cabra y mil conchas de cipreas (especie de molusco) al jefe del poblado, que ofrecía a la Tierra la cabra en sacrificio y dividía las cipreas entre los ancianos de la comunidad. Una vez ofrecida a la Tierra, la cabra era también repartida entre los ancianos». Pero a lo largo de la ceremonia la familia de la víctima era completamente ignorada y no recibía absolutamente nada, lo cual no dejaba de tener una explicación lógica, pues lo que se pretendía no era compensar a la parte dañada por el agravio y a expensas del causante del daño, sino aplacar a la Tierra, grande y temible divinidad ofendida por la visión de la sangre derramada. En tales circunstancias, a la parte perjudicada no le correspondía retribución alguna. Bastaba con que la Tierra hubiese sido aplacada con el alma de la cabra que le había sido ofrecida en sacri-

ficio; porque entre los bobo, igual que entre otros pueblos de raza negra, «la Tierra es tenida por poderosa diosa de justicia».

Entre los nounouma, otra tribu del alto Senegal, las costumbres y creencias referentes al derramamiento de sangre humana eran semejantes. Al homicida se le expulsaba por tres años y tenía que pagar una multa elevada en forma de ganado y conchas, no como rescate de la sangre ante la familia de la víctima, sino para aplacar a la Tierra y a las demás divinidades locales, a las que había ofendido la visión de la sangre vertida. Un sacerdote, que llevaba el título de Jefe de la Tierra, sacrificaba a la Tierra irritada el buey o bueyes, cuya carne, junto con las conchas, era luego repartida entre los ancianos del poblado, sin que la familia de la víctima recibiera nada, o todo lo más sólo una parte proporcional de la carne y del dinero. En el caso de riñas en las que no había pérdida de vidas humanas, pero se había derramado sangre, el agresor tenía que entregar un buey, una oveja, una cabra y cuatro aves de corral, que eran ofrecidos en sacrifico para calmar la irritación de las divinidades locales a la vista de la sangre vertida. El Jefe de la Tierra era el encargado de sacrificar el buey, en presencia de los demás ancianos del poblado; la oveja era ofrecida al Río; y las aves de corral a las Rocas y al Bosque. En cuanto a la cabra, el jefe de la comunidad la ofrendaba al fetiche que honraba en su choza particular. Si no se ofrecían estos sacrificios expiatorios, los dioses airados podrían vengarse matando al culpable y a su familia: eso era lo que creía.

Lo que acabamos de decir nos lleva a pensar que la marca impuesta a un homicida tenía ante todo por objeto no la protección del culpable, sino la de las personas con que se tropezaba, no fuese que como consecuencia de la relación les contaminase su impureza e incurriesen ellas también en la ira del dios ofendido o en la del espíritu que acosaba al criminal; en resumen, la marca podría haber sido un signo de peligro destinado

a advertir a la gente para que evitase la proximidad del que la llevaba, algo así como las vestiduras especiales prescritas en Israel para los leprosos.

Sin embargo, otros hechos tienden a demostrar que la marca impuesta al asesino tenía por objeto, como sucede en el caso de Caín, únicamente la protección del que la llevaba, y además que el peligro real de que lo preservaba no era la cólera de los parientes de la víctima, sino la del espíritu de ésta. En este caso parece que tocamos de nuevo el fondo de superstición del Atica, como lo hemos hecho ya al hablar de las costumbres atenienses. Platón nos cuenta que, según una creencia griega muy antigua, el espíritu de un hombre acabado de asesinar se encendía en ira contra el asesino y lo perseguía, pues le irritaba la visión del homicida que se movía libremente por los lugares familiares y queridos del muerto; por ello era necesario que el homicida abandonase durante un año su país, hasta que la ira del espíritu ofendido se hubiese calmado, y no podía regresar hasta que hubiesen sido ofrecidos sacrificios y llevado a cabo ceremonias de purificación. Si por acaso la víctima era un extranjero, el homicida tenía que evitar la tierra del hombre muerto, así como la propia, y al partir para el exilio había de seguir un camino prescrito, ya que era evidente que no resultaba beneficioso dejarlo vagar por el país con el espíritu irritado de la víctima a sus talones.

Ya hemos visto que entre los akikuyu se cree que un asesino se halla contaminado de una impureza peligrosa que puede contagiar a quienes se le acerquen. Esa contaminación (*thahu*) está relacionada con el espíritu de la víctima, como lo demuestra una de las ceremonias celebradas en expiación del hecho criminal. Los ancianos del poblado ofrecen en sacrificio un cerdo al pie de una de esas higueras sagradas que desempeñan un papel tan importante en los ritos religiosos de la tribu. Luego se regalan con las partes más suculentas del animal, pero re-

servan el tocino, los intestinos y parte de los huesos para el espíritu, del que se supone acudirá aquella misma noche y devorará los restos que se le han dejado, como si se tratase de una bestia salvaje; una vez calmada así el hambre, se abstiene considerablemente de volver al poblado para hostigar a sus habitantes. Merece mención el hecho de que un homicida akikuyu sufre la contaminación ritual (*thahu*) solamente si ha matado a un hombre de su mismo clan; la muerte de un miembro de otro clan o de otra tribu no lleva aparejada contaminación alguna.

Entre los bagesu de Mount Elgon, en el África oriental británica, un hombre culpable de homicidio está obligado a abandonar su poblado y buscar residencia en otro lugar, incluso si se ha reconciliado con los familiares del muerto, cuando éste era miembro del mismo clan o de la misma comunidad. Además tiene que matar una cabra, recoger el contenido de su estómago y con ello embadurnarse el pecho, y arrojar lo restante sobre el techo de la choza del muerto, con el fin de «aplacar su espíritu». En esa tribu, un guerrero que haya matado a un hombre en lucha deberá llevar a cabo ceremonias de expiación muy similares; y podemos suponer acertadamente que las ceremonias pretenden aplacar el espíritu de la víctima. El guerrero regresa a su poblado, pero no se le permite pasar la primera noche en su propia choza, sino que está obligado a dormir en la de un amigo. Por la noche deberá matar una cabra o una oveja y depositar en un recipiente el contenido de su estómago, para frotarse con él la cabeza, el pecho y los brazos. Si tiene hijos, deberá untarlos de manera semejante. Habiéndose protegido de ese modo, a sí mismo y a su descendencia, el guerrero se dirige intrépidamente a su choza, embadurna la entrada con el material y arroja sobre el techo lo sobrante, probablemente en honor del espíritu, que se supone posado en él, ya que no aposentado. Durante un día entero el homicida no puede tocar comida con las manos que han vertido la sangre; se lleva los alimentos a la

boca con ayuda de dos palillos que han sido preparados con esa intención. Al segundo día queda en libertad para volver a su residencia y reemprender la vida cotidiana. Esas restricciones no obligan a su mujer, que puede incluso ir a llorar sobre la tumba del hombre muerto y participar en su funeral. Con esa demostración aparente de pesar pretende ablandar los sentimientos ofendidos del espíritu y llevarlo así a que perdone a su marido.

También entre los kavirondo nilóticos, otra de las tribus del África oriental británica, el asesino es aislado de los demás miembros del poblado y vive en una choza con una anciana, que cuida de sus necesidades, cocina para él y también lo alimenta, ya que él no puede tocar con las manos la comida. El aislamiento dura tres días, al final de los cuales un hombre, que también es un asesino, o que en alguna ocasión ha matado a un enemigo durante una batalla, toma al homicida y lo lleva a alguna corriente de agua en la que lo lava por completo. Luego mata una cabra, cuece la carne y coloca cuatro trozos en otros tantos palos, y el homicida está obligado a comerlos uno tras otro; el hombre que le sirve hace ahora cuatro bolas de masa que pone también en los palos, y el homicida está obligado a tragarlas. Por último, se corta en tiras la piel del animal, y con una de ellas se rodea el cuello del asesino, y con otras dos tiras sus muñecas. Durante toda la ceremonia los dos hombres se hallan solos junto al río. Una vez terminada se le permite al homicida regresar a su vivienda. Se cree qué hasta haber llevado a cabo la ceremonia, el espíritu del muerto no puede partir para el lugar que ha de servirle de morada y flota en torno del asesino.

Entre los boloki del alto Congo un homicida no siente temor del espíritu del hombre que ha matado si su víctima pertenece a uno de los poblados vecinos, porque la zona en la que pueden moverse los espíritus de los boloki es muy reducida; pero el asesinato, que en este caso podría ser llevado a cabo sin remor-

dimientos, adquiere un cariz mucho más grave cuando la víctima pertenece al mismo poblado que el asesino, porque entonces éste se sabe al alcance del espíritu del muerto. El homicida siente entonces con intensidad el miedo a la venganza del espíritu irritado. Por desgracia no cuenta con ritos que, una vez observados, le permitirían desembarazarse de sus temores, pero en su defecto llora por su víctima como si se tratase de un hermano, descuida su apariencia, se afeita la cabeza y se lamenta con torrentes de lágrimas poco sinceras. De modo que las muestras de pesar, que podrían parecer al europeo ingenuo señales de genuino arrepentimiento y de remordimientos de conciencia, no son más que una farsa con la que se pretende engañar al espíritu.

También entre los indios omaha de América del Norte un asesino, cuya vida haya sido respetada por los parientes de la víctima, tenía que observar determinadas normas rigurosas durante un período de tiempo que variaba entre dos y cuatro años. Había de caminar descalzo, no podía comer comida caliente, ni levantar la voz, ni mirar a su alrededor. Tenía que ceñir la ropa contra su cuerpo y apretarla alrededor del cuello, incluso durante el período caluroso; no podía dejarla suelta ni llevar vestidos flotantes. No podía mover libremente los brazos; por el contrario, tenía que mantenerlos pegados al cuerpo; tampoco arreglarse el cabello, ni dejarlo suelto al viento. Nadie podía acompañarlo a comer, y no se permitía más que a un solo hombre de su clan que viviese con él en su tienda. Cuando la tribu salía a cazar, él tenía que levantar su tienda a unos cuatrocientos metros de las demás, «por si el espíritu de su víctima desencadenaba los vientos para castigarlo, y evitar así que también los otros resultasen perjudicados». Los motivos alegados en este caso para alejar del campamento al asesino nos ofrecen probablemente la clave para interpretar restricciones similares impuestas a los asesinos y homicidas de los pueblos primitivos;

no se separa de la sociedad a tales personas por aversión moral a su crimen: el aislamiento se apoya en razones de prudencia, que se manifiestan sencillamente en el temor sentido ante el peligroso espíritu del muerto, espíritu que supuestamente persigue y acosa al homicida.

Entre los yabim, en la costa nororiental de Nueva Guinea, si los parientes de la víctima han aceptado un rescate de sangre en lugar de vengar la muerte, cuidan de que los deudos del asesino les pongan en la frente una señal de tiza, «para que el espíritu no los moleste por no haber vengado su muerte, ni les haga caer los dientes o les arrebate los cerdos». Según esa costumbre el marcado no es el asesino, sino los allegados de la víctima, pero el principio subyacente es el mismo. Es natural que el espíritu del hombre asesinado se revuelva furioso contra sus parientes, que no han exigido sangre por sangre. Pero justo cuando está a punto de abalanzarse sobre ellos para aflojarles los dientes o para espantarles los cerdos, o para causarles molestias de cualquier otra índole, la visión de la señal blanca que llevan en la frente negra o de color café basta para detenerlo. Es el recibo del pago del rescate de sangre; es la prueba de que sus parientes han recibido una compensación pecuniaria, ya que no sanguinaria, por su muerte. Con ese parco consuelo tiene que darse por satisfecho y en el futuro ha de evitar molestar a sus familiares. Evidentemente se podría poner la misma señal en la frente del asesino, con el mismo propósito de demostrar que había pagado lo hecho en dinero contante y sonante, o lo que quiera que sea dinero contante y sonante en la localidad, y que por tanto el espíritu ya no tenía nada que reclamarle. ¿Fue la marca de Caín una de ésas? ¿Fue la prueba de que Caín había pagado un rescate de sangre? ¿Fue el comprobante de haber entregado dinero?

Puede que haya sido así, pero queda por considerar todavía otra posibilidad. En la teoría que acabo de indicar resulta obvio

que la marca de Caín sólo podía ser puesta sobre un homicida que hubiese matado a un hombre de la misma tribu o comunidad que él, ya que sólo se puede pagar una compensación por la muerte a miembros del mismo grupo. Pero los espíritus de los enemigos muertos en combate no son menos temibles que los de los amigos asesinados; y si no se les puede apaciguar entregando a sus parientes una determinada suma de dinero, ¿qué hacer entonces con ellos? Para proteger a los guerreros contra los espíritus de aquellos a los que habían forzado a abandonar el mundo antes de la hora que les estaba marcada se han adoptado muchos planes. Por lo visto, una de esas precauciones era la de disfrazar al asesino de modo que el espíritu no pudiese reconocerlo; otra consistía en hacer su persona de algún modo tan formidable o agresiva qué el espíritu se asustase y rehusase meterse con él. Con uno u otro motivo se pueden explicar las siguientes costumbres, que extraigo de entre un gran número de casos similares.

Entre los ba-yaka, un pueblo bantú de la cuenca baja del Congo, «se supone que un hombre que ha sido muerto en una batalla enviará su alma para que vengue su muerte en la persona del que la ha cometido; ésta, sin embargo, puede escapar a la venganza si se pone en el pelo las plumas rojas de la cola del papagayo, y si se pinta la frente de rojo». Los thonga, del África suroriental, creen que un hombre que haya matado a un enemigo en el campo de batalla se halla en gran peligro por parte del espíritu de la víctima, que lo persigue y puede hacer que enloquezca. Para protegerse frente a la cólera del espíritu, el que lo mató está obligado a permanecer durante varios días en el poblado principal en un estado de tabú, y durante ellos no se le permite reunirse en su casa con su mujer, y tiene que vestirse con ropas usadas, y comer con cucharas y platos especiales. Hace tiempo, la costumbre exigía que se le tatuase en la frente, entre las cejas, y que se le frotasen las incisiones con medicinas,

para que le saliesen granos y darle así la apariencia de un búfalo cuando arruga la frente. Entre los basutos «se purifica a los guerreros que hayan matado a un enemigo en el campo de batalla. El jefe tiene que lavarlos y sacrificar un buey en presencia de todo el ejército. También se les unta con la bilis del animal, lo cual hace que el espíritu del muerto renuncie a seguir persiguiéndolos».

Entre las tribus bantúes de los kavirondo, en el África oriental británica, cuando un hombre ha matado a un enemigo en el campo de batalla se afeita la cabeza al regresar a su casa y sus amigos le frotan el cuerpo con una pócima, consistente por lo general en excremento de vaca, con el fin de impedir que el espíritu del muerto le moleste. Entre las tribus nilóticas de los kavirondo, «si un guerrero da muerte a otro en una batalla, se le aparta de su aldea, pasa unos cuatro días en una choza separada, y una anciana le hace la comida y se la da como si se tratase de un niño, porque se les prohíbe tocar los alimentos. Al quinto día le acompaña hasta el río otro hombre, que se encarga de lavarlo; ese mismo hombre mata una cabra blanca, cuece la carne y se la da a comer; corta la piel de la cabra en tiras y con ellas le ciñe las muñecas y la frente, tras lo cual el guerrero regresa a su morada transitoria para pasar la noche. Al día siguiente se le lleva de nuevo al río, se le lava y se le presenta un ave de corral blanca; se mata y se cuece, y se le da también a comer. Entonces se le declara purificado y puede retornar a su hogar. A veces sucede que un hombre hiere a otro durante la batalla y éste muere a causa de las heridas algún tiempo después. Entonces los parientes del muerto van al encuentro del que le causó la muerte y la ponen en su conocimiento. E inmediatamente la tribu lo aísla hasta que hayan sido llevadas a cabo las ceremonias de purificación descritas. La gente dice que esas ceremonias son necesarias para liberar el espíritu del muerto, que se halla unido al hombre que le dio muerte y que sólo que-

da en libertad si se llevan a cabo las ceremonias. Si un guerrero se negase a llevarlas a cabo, el espíritu le preguntaría: '¿Por qué no realizas las ceremonias y me dejas en libertad?'. Y si el hombre sigue negándose a complacerlo, el espíritu lo agarrará por el cuello y lo estrangulará».

Ya hemos visto que entre las tribus nilóticas del golfo de Kavirondo un asesino se halla sometido a ceremonias similares a las descritas, con el propósito confesado de liberarse del espíritu de la víctima, que de no ser así lo perseguiría. La estrecha semejanza del ritual en los dos casos, junto con los motivos expresamente alegados para explicarlo, arroja abundante luz sobre el propósito esencial de las ceremonias de purificación llevadas a cabo por el homicida, tanto si se trata de un guerrero como de un asesino; ese propósito no es otro que el de liberar al hombre del espíritu de su víctima, que de lo contrario causaría su ruina. Puede que el poner tiras de piel de cabra alrededor de las muñecas y de la frente del hombre tenga por objeto disfrazarlo ante el espíritu. Incluso cuando nuestras autoridades no mencionan los espíritus de los muertos, se puede suponer con seguridad que los ritos de purificación celebrados por los guerreros, o en su favor tras el derramamiento de sangre, tienen la intención de aplacar, rechazar o engañar a los dichos espíritus irritados. Así, entre los ngoni del África central británica, cuando una expedición victoriosa se acerca a la aldea real, se detiene a orillas de una corriente, y los guerreros que hayan causado la muerte de enemigos se untan el cuerpo y los brazos con arcilla blanca, mientras que aquellos que mojaron sus espadas en la sangre enemiga tan sólo después de que alguien ya lo hubiese hecho, y fueron por tanto simples auxiliares de la muerte, sólo se blanquean el brazo derecho. Por la noche los homicidas duermen al aire libre, en el redil abierto, con el ganado, y no se acercan a sus propias chozas. Por la mañana temprano, se lavan en el río y se despojan de la arcilla blanca que

manchaba sus cuerpos. El hechicero les da entonces una poción mágica y les unta el cuerpo con una nueva mano de arcilla. Se repite el procedimiento durante seis días consecutivos, hasta que la purificación se da por terminada. Se les afeita entonces la cabeza, y una vez declarados limpios se les permite retornar a sus hogares.

Entre los borana-gallas, cuando una expedición guerrera ha vuelto, a la aldea, las mujeres lavan a los vencedores que han dado muerte a un enemigo con, una mezcla de grasa y mantequilla, y les pintan de blanco y rojo el rostro.

Los guerreros masai que han matado en el campo de batalla a miembros de otras tribus se pintan de rojo el lado derecho del cuerpo, y de blanco el izquierdo.

De manera semejante, un nandi que haya dado muerte al miembro de otra tribu se pinta de rojo una mitad del cuerpo y de blanco la otra; durante los cuatro días siguientes a la muerte se le considera impuro y no se le permite volver al hogar. Tiene que levantar un refugio junto al río y vivir en él; no se le permite acercarse a su mujer o a su compañera, y sólo se le autoriza a comer gachas y: carne de res y de cabra. Al terminar el cuarto día de cuarentena ha de purificarse con la bebida de un purgante fuerte preparado a partir del árbol *segetet*, y con la de una mezcla de leche de cabra y sangre de toro.

Entre los wagogo del África oriental, el hombre que ha matado a un enemigo en el campo de batalla se pinta un círculo rojo en torno al ojo derecho y otro negro en torno al izquierdo.

Entre los indios thompson de la Columbia británica, los hombres que habían dado muerte a gentes enemigas tenían por costumbre pintarse de negro la cara. Si no se tomaba esa precaución, se creía que los espíritus de los muertos podían cegar a sus matadores.

Un indio pima que matase a uno de sus enemigos hereditarios, los apaches, tenía que someterse regularmente a un aislamiento y purificación rígidos que duraban dieciséis días. Durante todo ese tiempo no se le permitía tocar los alimentos ni la sal, ni mirar a un fuego encendido, ni tampoco hablar con otro ser humano. Vivía solitario; en medio de los bosques, atendido por una anciana, que le traía la escasa ración de comida. Se le cubría la cabeza durante casi todo el tiempo con una torta de barro y no podía tocársela con los dedos.

Una partida de indios tinneh, que habían pasado a cuchillo a un grupo de esquimales indefensos cerca del río Cobre,: se consideró impura a causa de ello y como consecuencia observó toda una serie de curiosas restricciones durante largo tiempo. A los que habían derramado sangre directamente se les prohibió estrictamente qué cocinasen para sí o para otros; no se les permitía comer en un plato o fumar en una pipa que no fuese la suya propia; tampoco comer carne cocida, sino tan sólo carne cruda, asada al fuego o secada al sol; y con cada comida, antes de haber probado bocado, tenían que pintarse el rostro de ocre rojo, desde la nariz hasta la barbilla y a través de las mejillas hasta casi las orejas.

Entre los indios chinook de Oregón y de Washington el hombre que hubiese dado muerte a otro se hacía pintar de negro con grasa y carbón el rostro y llevaba anillos de corteza de cedro alrededor de la frente, de los muslos, de las rodillas y de las muñecas. Tras cinco días se le lavaba la pintura negra del rostro y se la reemplazaba por otra roja. Durante esos cinco días no se le permitía dormir ni tampoco tenderse en el suelo; no podía mirar a un hiño ni a gente que estuviese comiendo. Al final de la purificación colgaba de un árbol la banda de corteza de cedro que le ceñía la frente: se creía que como consecuencia el árbol se secaba y ya no daba fruto.

Entre los esquimales de la bahía Langton, el dar muerte a un indio o a una ballena eran tenidas por hazañas igualmente encomiables. Al hombre que hubiese dado muerte a un indio se le tatuaba desde la nariz hasta las orejas; al que hubiese matado una ballena se le tatuaba desde la boca hasta las orejas. Ambos héroes tenían que abstenerse de cualquier tipo de trabajo durante cinco días, y de determinados alimentos durante todo un año; en particular se les prohibía comer de la cabeza y de los intestinos de los animales.

Cuando un grupo de arunta, de Australia central, regresa de una misión de venganza en la cual han dado muerte a algún enemigo, le acosa el temor al espíritu de su víctima, que según se cree lo persigue bajo la apariencia de un pajarito que emite un grito de queja. A lo largo de los días siguientes al regreso no se les permite hablar de lo hecho, y se pintan por completo con carbón en polvo, y se adornan la frente y la nariz con ramitas verdes. Por último, se pintan de vivos colores el cuerpo y el rostro y quedan en libertad para hablar de los sucedido; pero durante la noche todavía tienen que permanecer despiertos escuchando el grito plañidero del pájaro en el cual creen oír las quejas de la víctima.

En las islas Fidji, el hombre que hubiese golpeado a otro hasta causarle la muerte durante una batalla era tenido por sagrado o tabú. El rey lo pintaba de rojo con cúrcuma, desde la raíz de los cabellos hasta los talones. Se levantaba una choza y en ella tenía que pasar las tres noches siguientes, durante las cuales no se le permitía echarse, sino que tenía que dormir sentado. Hasta que hubiesen transcurrido las tres noches no se le autorizaba a cambiar de ropa, ni quitarse la pintura ni entrar en una casa en la que hubiese una mujer. El qué esas normas tuviesen por objeto proteger al guerrero frente al espíritu de la víctima lo sugiere, si es que no lo demuestra, otra de las costumbres de esos isleños. Si los salvajes habían enterrado vivo a un hombre,

cosa que solían hacer con frecuencia, cuando cata la noche acostumbraban a levantar un fuerte alboroto por medio de bambúes, trompetas hechas con conchas marinas, y cosas por el estilo, con el fin de atemorizar al espíritu del muerto para que no intentase, regresar a su antiguo hogar. Y para que su choza ya no le resultase atractiva la desmontaban y la cubrían con todo aquello que considerasen podría parecer más repulsivo.

También los indios de América del Norte tenían la costumbre de correr por toda la aldea dando gritos estridentes y espantosos, golpeando los enseres domésticos y las paredes y techos de las tiendas, todo con el fin de expulsar al irritado espíritu de un enemigo al, que acaban de torturar hasta la muerte. En diversas zonas de Nueva Guinea y del archipiélago de Bismarck todavía se observan costumbres semejantes.

De modo que la marca de Caín pudo haber sido una manera de disfrazar a un homicida, o de darle una apariencia tan repulsiva o amenazadora que el espíritu de su víctima no pudiese reconocerlo o se mantuviese al menos apartado de él. En algún otro lugar he expuesto la hipótesis de que el traje de luto en general fue, al principio, una disfraz adoptado para proteger a los parientes que sobrevivían frente al temible espíritu del recientemente fallecido. Ya sea o, no así, lo cierto es que a veces los vivos se disfrazan para escapar a la atención de los muertos. Así, en los distritos del oeste de Timor, la gran isla del archipiélago índico, antes de que el cadáver de un hombre sea encerrado en el ataúd, sus mujeres lloran de pie a su alrededor, y tienen que estar presentes también las plañideras de la aldea, «todas con los cabellos desordenados, a fin de hacerse irreconocibles por el *nitu* (espíritu) del muerto».

También entre los herero, del África suroccidental, si un hombre se está muriendo le dice a veces a una persona que no le cae simpática: «¿De dónde sales? No quiero verte aquí», y al mismo tiempo que pronuncia estas palabras pone los dedos de

la mano izquierda de modo que el extremo del pulgar asome por entre los demás. «La persona a la que se ha dirigido el moribundo sabe entonces que éste ha decidido llevársela consigo al otro mundo (*okutuaerera*), lo que quiere decir que ha de morir. Sin embargo, en muchos casos puede escapar a esa amenaza de muerte. Para ello deberá abandonar precipitadamente el lugar en que se halla el enfermo y buscar un *onganga*, esto es, un médico-hechicero, para hacerse desnudar, lavar y pintar de nuevo y vestirse con ropas limpias. Entonces pierde el temor a la amenaza de muerte lanzada por el agonizante. Porque, se dice a sí mismo: 'Ahora nuestro padre no me conoce'(*Nambano take ke ndyi i*). Y ya no tiene por qué temer la muerte».

De igual manera podemos suponer que cuando Caín hubo sido marcado por Dios, se tranquilizó, con la confianza de que el espíritu de su hermano muerto ya no le reconocería ni lo perseguiría. Nunca podremos saber cuál fue en concreto la señal con que Dios marcó al primer asesino para protegerlo; lo más que podemos hacer es aventurar alguna hipótesis al respecto. Si se nos permite juzgar a partir de prácticas similares comunes a muchos salvajes de nuestros días, puede que Dios hubiese adornado a Caín con pintura roja, negra o blanca, o quizás con una combinación armónica de esos tres colores. Por ejemplo, pudo haberle pintado todo el cuerpo de rojo, como los naturales de las islas Fidji; o de blanco, como los ngoni; o de negro, como los arunta; o la mitad del cuerpo foja y la otra mitad blanca, como los masai y los nandi. O si prefirió concentrar sus esfuerzos artísticos en la expresión del rostro de Caín, pudo haberle pintado un círculo rojo alrededor del ojo derecho y un círculo negro alrededor del izquierdo, como hacen los wagogo; o pudo embellecerle el rostro desde la nariz a la barbilla y desde la boca a las orejas, con un toque delicado de bermellón, como lo hacen los indios tinneh. O pudo cubrirle la cabeza con barro, a la manera de los pima, o todo el cuerpo con estiércol

de vaca, igual que los kavirondo. O también pudo tatuarlo desde la nariz hasta las orejas, igual que los esquimales, o entre las cejas, como los thonga, para que le brotasen granos y darle así la apariencia de un búfalo encolerizado. Adornado de ese modo, el señor Smith —porque Caín y Smith significan lo mismo (herrero)— pudo haberse paseado por la desierta extensión de la tierra sin miedo a ser reconocido y molestado por el espíritu de su víctima.

Esta explicación de la marca de Caín ofrece la ventaja de eliminar del relato bíblico un absurdo manifiesto. Porque, según la interpretación al uso, Dios puso la marca sobre Caín a fin de protegerlo frente al asalto de otros hombres, con lo cual parece como si Dios hubiese olvidado que no existía nadie que pudiese dar muerte al asesino, ya que entonces sólo habitaban la tierra él y sus padres. De aquí que al suponer que el enemigo temido por el primer homicida era un espíritu y no un ser vivo, evitamos la irreverencia que supondría imputar a Dios un grave lapsus de memoria, difícilmente atribuible a un ser omnisciente. Por consiguiente comprobamos de nuevo que el método comparativo viene a ser un *advocatus Dei* eficaz.

IV. EL DILUVIO

Introducción

Cuando la Junta del Real Instituto de Antropología me invitó a pronunciar la conferencia Huxley anual acepté agradecido la propuesta y tuve en gran honor el que se me asociase así con alguien hacia el cual, tanto en su aspecto de pensador como en su aspecto humano, sentía profundo respeto y con cuya actitud frente a los principales problemas de la existencia simpatizaba de todo corazón. Sus obras mantendrán por mucho tiempo vivo su recuerdo; pero no está de más, a pesar de ello, que nuestros hombres de ciencia depositen año tras año una corona sobre la tumba de uno de sus más conspicuos representantes.

Buscando un asunto que resultase apropiado para la ocasión, recordé que en los últimos años de su vida Huxley dedicó parte de su bien merecido descanso al examen de las tradiciones acerca de las edades tempranas del mundo recogidas en el Libro del Génesis; y, por consiguiente, me pareció que muy bien podría escoger una de ellas como tema de mi discurso. Mi elección recayó sobre el conocido relato acerca del Diluvio universal. El mismo Huxley lo trató en uno de sus ensayos, que muestra todo el encanto de su estilo incisivo y lúcido. Su propósito fue el demostrar que si se lo toma al pie de la letra, es decir, como la historia de un diluvio que hubiese cubierto con sus aguas toda la superficie del planeta, ahogando a la totalidad de los hombres y animales que lo habitaban, el relato choca con las escuetas enseñanzas de la geología y ha de ser rechazado como una simple fábula. Lo que yo me propongo no es ni reforzar sus argumentos y conclusiones ni criticarlos, por la sencilla razón de que yo no soy geólogo y de que pecaría de impertinencia si

me atreviese a opinar sobre la cuestión. Por mi parte, la he enfocado desde un punto de vista diferente, es decir, desde el de la tradición. Se sabe desde hace tiempo que por todo el mundo abundan las leyendas acerca de una gran inundación en la que casi todos los hombres perecieron; y lo que yo he hecho ha sido tratar de recogerlas y compararlas para indagar qué conclusiones podrían deducirse de esa comparación. En resumen, mi tratamiento de los relatos consiste en un estudio comparado del folklore. Lo que me propongo es descubrir cómo surgieron los relatos y cómo llegaron a extenderse tanto sobre la faz de la tierra; la cuestión de su veracidad o de su falsedad no me interesa en principio, aunque como es natural no se la puede ignorar al tomar en consideración el problema de sus orígenes. La indagación, definida de esa manera, no es nada nuevo. Ha sido intentada a menudo, en especial en época reciente, y al llevarla a cabo he utilizado generosamente los trabajos de mis predecesores, algunos de los cuales han tratado el asunto con gran erudición y capacidad. En especial me reconozco deudor del eminente geógrafo y antropólogo alemán, ya fallecido, doctor Richard Andree, cuya monografía acerca de las tradiciones diluviales es, al igual que todos sus demás escritos, modelo de profundos conocimientos aunados al sentido común, y está expuesta con la claridad y concisión más extremadas.

Aparte del interés intrínseco de semejantes leyendas, que son recuerdos declarados de una catástrofe que de un solo golpe destruyó a casi toda la raza humana, merecen se las estudie para poner en claro su relación con una cuestión general debatida acaloradamente en la actualidad por los antropólogos. La cuestión es la siguiente: ¿Cómo explicar las numerosas y sorprendentes semejanzas que se dan entre las costumbres y creencias de razas que habitan en distantes lugares del globo? ¿Se deben esas semejanzas a la transmisión de las costumbres y de las creencias de una raza a otra, bien por el contacto inmediato,

bien a través de pueblos intermedios? ¿O han surgido independientemente en diferentes y numerosas razas como consecuencia de la evolución similar de la mente humana bajo los efectos de circunstancias parecidas? Pues bien, si se me permite opinar acerca de un problema tan debatido, diré sin vacilar que formulada como antítesis entre puntos de vista mutuamente excluyentes la cuestión me parece absurda. En la medida en que puedo juzgar, tanto la experiencia como el cálculo de probabilidades están a favor de la conclusión de que ambas causas han actuado extensa y poderosamente para producir las semejanzas observadas entre las costumbres y las creencias de razas humanas diversas: en otras palabras, la simple transmisión, con modificaciones mayores o menores, de un pueblo a otro aclara muchas de esas semejanzas, y otras muchas son explicadas si se las supone derivadas independientemente del funcionamiento similar de la mente humana como respuesta a un medio ambiente parecido. Si eso es así — y confieso que tengo este modo de pensar por el único razonable y probable—, se deduce que al tratar de dar cuenta de cualquier caso particular de semejanza que pueda ser señalado entre las costumbres y creencias de razas diferentes, no tendría sentido apelar al principio general, bien de la transmisión, bien del origen independiente; se ha de juzgar cada caso de acuerdo con sus méritos propios tras el examen imparcial de los hechos y referido a uno u otro principio, o tal vez a una combinación de los dos, según que los datos disponibles apunten en una dirección más que en la otra o mantengan justo en el medio el fiel de la balanza.

Esa conclusión general, que acepta ambos principios, tanto el de la transmisión directa como el de la independencia de los orígenes, y los tiene a ambos por verdaderos y válidos dentro de ciertos límites, resulta confirmada por la investigación particular de las tradiciones diluviales. Porque no cabe duda de que dispersas entre numerosos y diversos pueblos establecidos

en las partes más distantes de la tierra se hallan leyendas acerca de una gran inundación, y en la medida en que es posible la demostración en materias de esta índole, se puede demostrar que las semejanzas señaladas, sin lugar a dudas, en muchas de esas leyendas son debidas en parte a la transmisión directa de unos: pueblos a otros y en parte a experiencias parecidas, pero completamente independientes, ya se trate de experiencias de una gran inundación o de fenómenos que hayan hecho pensar, en la ocurrencia de grandes inundaciones en numerosas y diferentes regiones de la tierra. De modo que el estudio de esas tradiciones, dejando a un lado cualesquiera conclusiones a que pueda conducirnos en lo referente a su credibilidad histórica, puede resultar útil si contribuye a mitigar el ardor con el que se han defendido a veces las posiciones opuestas, al llevar al ánimo de los partidarios extremos de uno u otro principio la idea de que en ésta, como en tantas otras disputas, la verdad no reside exclusivamente en un lado o en el otro, sino en algún punto intermedio entre los dos.

La narración babilónica de una gran inundación

De todas las leyendas acerca de una gran inundación conservadas por la literatura, la más antigua, con mucho, es la babilónica, o por mejor decir, la sumeria, porque sabemos en la actualidad que por antigua que pueda ser la versión babilónica de la historia, los babilonios la recibieron de sus aún más antiguos predecesores, los sumerios, de quienes, a lo que parece, derivaron los elementos principales de su civilización los habitantes de la legendaria ciudad.

Desde los tiempos de la antigüedad han conocido los estudiosos occidentales la tradición babilónica acerca de una gran inundación, porque el historiador Beroso, natural de Babilonia, la recogió en una historia de su país que escribió hacia la primera mitad del siglo III antes de Cristo. Beroso escribió su historia en griego, y su obra no ha llegado hasta nosotros, pero los

historiadores griegos posteriores recogieron algunos fragmentos y los conservaron, y, por fortuna, entre ellos figura el relato acerca del diluvio. Dice lo siguiente:

La gran inundación ocurrió durante el reinado de Xisutrus, décimo rey de Babilonia. El dios Cronos se le apareció en un sueño y le advirtió que los hombres serían destruidos por una gran inundación el decimoquinto día del mes Desio, que correspondía al octavo mes del calendario macedónico. Por ello el dios le ordenó que escribiese una historia del mundo desde sus comienzos y que la pusiese a salvo enterrándola en Sippar, la ciudad del sol. Además, debería construir un barco y meterse en él con sus amigos y parientes, y hacer provisión de carne y de bebida, y llevar a él los seres vivientes, tanto los cuadrúpedos como las aves, y hacerse a la navegación tan pronto como todas las cosas estuviesen preparadas. Y cuando él preguntó: «¿Y adonde me dirigiré?», el dios le respondió: «A los dioses; pero antes deberás rogar por las cosas buenas para los hombres». De modo que obedeció y construyó la embarcación, y su longitud fue de cinco estadios y su anchura fue de dos estadios; y cuando hubo reunido todas las cosas las puso en la embarcación e hizo subir a bordo a sus hijos y a sus amigos. Y cuando la inundación ya había pasado Xisutrus soltó algunas aves. Pero como no pudieron encontrar nada pata comer ni lugar donde posarse regresaron a la embarcación. Y de nuevo transcurridos algunos días Xisutrus soltó los pájaros, que otra vez retornaron al barco con las patitas manchadas de arcilla. Por tercera vez los soltó y ya no regresaron a bordo. Con ello Xisutrus supo que la tierra ya había emergido de las aguas, de modo que separó algunas costuras del barco y al asomarse a ellas vio la costa, y condujo el barco a tierra en la cima de una montaña, y puso pie en tierra con su mujer, y su hija y el timonel. Y adoró el suelo, y levantó un altar, y una vez que hubo ofrecido sacrificios a los dioses, desapareció con los que habían descendido de la embar-

cación. Y cuando los que habían permanecido a bordo vieron que no retornaba, ni tampoco quienes le acompañaban, desembarcaron también y lo buscaron, llamándolo por su nombre. Pero Xisutrus no aparecía por ninguna parte. Mas una voz procedente del cielo los exhortó al temor de los dioses, porque él, por su piedad, había ido a morar con ellos, y su mujer y su hija y el timonel participaban de la misma honra. Y les ordenó que se dirigiesen a Babilonia, que allí desenterrasen las escrituras que él había puesto a salvo, y las diesen a conocer a los hombres. Además les dijo que la tierra que pisaban era Armenia. Y cuando hubieron escuchado esas palabras ofrecieron sacrificios a los dioses y se pusieron en camino hacia Babilonia. Pero de la embarcación que tomó tierra en las montañas de Armenia los restos han llegado a nuestros días, y algunos arrancan la brea con que había sido revestida y la emplean en encantamientos. Y cuando hubieron llegado a Babilonia desenterraron las escrituras guardadas en Sippar, y levantaron muchas ciudades, y volvieron a construir los templos, y repoblaron la ciudad de Babilonia.

De acuerdo con el historiador griego Nicolás de Damasco, contemporáneo y amigo de Augusto y de Herodes el Grande, «existe en Armenia, sobre la ciudad de Minyas, una gran montaña llamada Baris, a la que según cuenta la historia huyeron muchas gentes buscando refugio durante la gran inundación, y se salvaron; se dice también que cierto hombre que flotaba en un arca encalló en la cima, y que los restos de los maderos se conservaron durante mucho tiempo. El hombre pudo haber sido el mismo a que se refiere Moisés, legislador de los judíos». Se puede dudar acerca de si Nicolás de Damasco recogió la información en la tradición de los babilonios o en la de los hebreos; al referirse a Moisés parece damos a entender que conocía la narración del Génesis, que pudo muy bien haber sabido por intermedio de su huésped Herodes.

Durante muchos siglos los estudiosos occidentales conocieron la tradición babilónica acerca de la gran inundación solamente a través de los fragmentos griegos conservados de Beroso; a los tiempos modernos les cupo recobrar la versión original babilónica, guardada en los archivos de Asiría perdidos durante mucho tiempo. En el curso de las excavaciones de Nínive, que fueron una de las glorias del siglo XIX y que marcaron época en los estudios de la historia antigua, los exploradores ingleses tuvieron la fortuna de descubrir numerosos restos de la biblioteca del gran rey Asurbanipal, que reinó del 668 al 626 a. C., durante la espléndida decadencia del imperio asirio, y llevó con sus ejércitos el terror hasta las mismas orillas del Nilo, embelleció la capital con monumentos magníficos, y reunió entre sus muros, para la ilustración de su pueblo, vasta literatura histórica, científica, gramatical y religiosa. Los escritos, copiados en gran parte a partir de originales babilónicos, se hallan en caracteres cuneiformes grabados sobre tablillas de arcilla, que eran luego cocidas y depositadas en la biblioteca. A lo que parece la biblioteca se encontraba en uno de los pisos altos del palacio, que se derrumbó durante el último saqueo de la ciudad envuelto en llamas y en su caída redujo a trozos las tablillas. Muchos de ellos se encuentran todavía agrietados y tostados por el calor de las abrasadas ruinas. Más tarde las ruinas fueron saqueadas por anticuarios de la clase de Dousterswivel, que buscó en ellas tesoros enterrados, no del conocimiento, sino de oro y plata, y que con su codicia contribuyeron aún más a destrozar y deshacer los preciosos recuerdos. Para acabar de completar la destrucción, la lluvia, que penetra a través del suelo todas las primaveras, las empapa en agua que contiene en disolución diversas sustancias químicas, cuyos cristales, depositados en las grietas y fracturas, rompen, al crecer, en fragmentos aún más pequeños las ya destrozadas tablillas. Pero con paciencia y trabajo infinitos, George Smith, del Museo Británico, consiguió

encajar muchos de esos restos y recompuso la ya famosa epopeya de Gilgamesh, en doce cantos, o más bien tablillas, con el relato babilónico del diluvio, que aparece en la tablilla número once. Smith anunció el gran descubrimiento durante una reunión de la Sociedad de Arqueología Bíblica, el 3 de diciembre de 1872.

A *sir* Henry Rawlinson se debe la ingeniosa conjetura de que los doce cantos de la epopeya corresponden a los doce signos del zodiaco, de modo que, según aquélla, el curso del poema seguirá eventualmente el del sol a lo largo de los doce meses del año. El lugar asignado a la leyenda de la gran inundación, en el canto número once, confirma en cierta medida la teoría, ya que el onceavo mes de Babilonia coincidía con el apogeo de la estación de las lluvias, se hallaba dedicado al dios de las tormentas Ramman y se dice que su nombre significa «mes de la maldición de la lluvia». Sea como fuere, la historia, tal como aparece, es una digresión o episodio carente de cualquier conexión orgánica con el resto del poema. Se la introduce como sigue:

El héroe del poema, Gilgamesh, ha perdido a su querido amigo Enkidu, que ha muerto, y él mismo ha caído gravemente enfermo. Apesadumbrado a causa del pasado y angustiado ante el porvenir, decide salir en busca dé su remoto antepasado Utanapistim, hijo de Ubara-Tutu, para preguntarle qué debe hacer el hombre para conseguir la inmortalidad. Porque no cabía duda —pensaba Gilgamesh— de que Utanapistim conociese el secreto, ya que había sido hecho igual a los dioses y moraba ahora en algún lugar distante, dichosamente inmortal. Para llegar hasta él Gilgamesh tendrá que recorrer un camino fatigoso y lleno de peligros. Atraviesa la montaña, guardada por un escorpión hombre y un escorpión mujer, donde se acuesta el sol; recorre una senda oscura y pavorosa nunca pisada antes por ser mortal alguno; se le conduce a través de un ancho mar; atraviesa las Aguas de la Muerte por angosta pasarela y por fin llega a

presencia de Utanapistim. Pero cuando interroga a su gran antepasado acerca de la cuestión que le preocupa, a saber, qué ha de hacer el hombre para alcanzar la inmortalidad, la respuesta que recibe es desalentadora: el sabio le dice que la inmortalidad no se hizo para el hombre. Sorprendido ante tales palabras salidas de la boca de alguien que fue hombre él mismo y que goza ahora de la inmortalidad, Gilgamesh pide a su venerable pariente le explique cómo ha hecho él para zafarse de la desventurada suerte común. Para responder a esa pregunta Utanapistim cuenta la historia de la gran inundación de la siguiente manera:

Utanapistim le habló, habló a Gilgamesh: «Revelaré ante ti, ¡oh Gilgamesh!, palabras secretas, y el propósito de los dioses te manifestaré. Suripak, ciudad que conoces, se levanta en las orillas del Eufrates. La ciudad había envejecido, y con ella los dioses que la habitaban; sus corazones indujeron a los grandes dioses a enviar una gran inundación. Allí estaban Anu, padre de los dioses, el guerrero Enlil, que los aconsejaba, Ninib, que les servía de mensajero y Enugi, su príncipe. El Señor de la Sabiduría, Ea, se sentaba también entre ellos; sus palabras las repitió él en la cabaña de cañas, diciendo: '¡Oh cabaña de cañas, cabaña de cañas! ¡Oh pared, oh pared! ¡Oh cabaña de cañas, oh pared, óyeme, presta atención! ¡Oh hombre de Suripak, hijo de Ubara-Tutu, echa abajo tu casa, construye una embarcación, abandona lo que posees, pon atención por tu vida! Tus dioses te abandonan, ponte a salvo, lleva a la embarcación semilla viviente de todas las especies. En cuanto a la embarcación que has de construir, has de calcular bien sus dimensiones, su largo y su ancho han de ser mutuamente proporcionados, y deberás depositarla en el océano'. Presté atención y me dirigí a Ea, mi señor, diciendo: 'La orden, oh mi señor, que tú has dado respetaré y obedeceré. ¿Pero qué diré en la ciudad, qué les diré a sus gentes y a sus ancianos?' Ea abrió los labios y habló, y me dijo, a

mí, a su servidor: 'Así deberás responder y decirles: porque Enlil me odia ya no puedo morar en vuestra ciudad ni reposar la cabeza en la tierra de Enlil. He de ir a vivir al profundo mar, con Ea, mi señor.'» De modo que Utanapistim obedeció las instrucciones del dios Ea y reunió la madera y las demás cosas que necesitaba para construir la embarcación, y al quinto día le puso la quilla. La construyó en forma de arca, y levantó en ella una casa de ciento veinte codos de altura, y la dividió en seis pisos, y dividió cada piso en nueve habitaciones. Taponó las aberturas y embadurnó el exterior con asfalto, el interior lo calafateó con brea. Hizo traer aceite y sacrificó bueyes y corderos. Llenó jarros con vino de sésamo y con aceite y con vino de uvas; dio a beber a la gente como si fuese agua del río y celebró una fiesta como si se tratase del Año Nuevo. Y cuando el barco estuvo dispuesto llevó a él todas sus pertenencias en plata, y todas sus pertenencias en oro, y toda semilla viviente. Llevó también al arca a todos sus familiares y sus dependientes, así como el ganado que pacía en el campo y los animales que corrían por él, y a los artesanos: a todos los puso en el arca. Samash, dios del sol, había fijado un momento determinado diciendo: «'Al atardecer el señor de la oscuridad enviará lluvia copiosa. Entra entonces en el arca y enciérrate en ella'. El momento indicado se aproximó y al oscurecer el señor de la oscuridad envió raudales de lluvia. De la tormenta contemplé el comienzo, me atemorizaba verla. Entré en el arca y me encerré en ella. Al piloto de la embarcación, y también a Puzur-Amurri, el navegante, entregué el gobierno del arca flotante con todo lo que ella contenía. Al levantarse el alba subió desde el horizonte una nube negra. En medio de ella tronó Ramman; los dioses Mujati y Lugal le precedían. Como mensajeros pasaron sobre las montañas y sobre la tierra; Iragal echó abajo el mástil de la embarcación. Llegó Ninib e hizo estallar la tormenta. Los siete jueces del infierno, los Anunaki, levantaron antorchas encendidas, con su

luz alumbraron la tierra. El torbellino de Ramman ascendió a los cielos y la luz se transformó en tinieblas». La tempestad rugió durante todo un día y las aguas comenzaron a lamer el pie de las montañas. «Los hombres no sé veían unos a otros, y tampoco se los podía ver desde el cielo. Incluso en él los dioses se hallaban asustados ante el diluvio, se alejaron y subieron al cielo de Anu. Los dioses se encogían como perros y se refugiaban junto a los muros. Istar gritaba como mujer en las labores del parto, en alta voz se lamentaba la hermosa reina de los dioses con su voz armoniosa: '¡Que se transforme en polvo el día que apelé al mal en la asamblea de los dioses! ¿Por qué llamé a la batalla para la destrucción de mi pueblo? Aquellos a los que di la vida ¿dónde están? Igual que la semilla de los peces, colman el mar'. Los dioses del infierno, los Anunaki, lloraban con ella, los dioses del cielo se hallaban agobiados, se sentaban y gemían. Se cubrían la boca con las manos y se lamentaban. Durante seis días y seis noches soplaron los vientos, y los torrentes1, la tempestad y las inundaciones sumergieron la tierra, la borrasca y la torrentada rugieron al unísono como huestes guerreras. Al amanecer del séptimo día cedió la tormenta que venía del sur, se calmó el mar y la inundación se aquietó; miré a la faz del mundo y vi que se había hecho el silencio, los hombres se habían tornado en polvo. En lugar de los campos veía ante mí un extenso pantano. Abrí una tronera y la luz me hirió en los ojos. Entonces me sentí agobiado, me senté y lloré, las lágrimas corrieron por mis mejillas, porque por todos lados se extendían las desiertas aguas. En vano busqué la tierra, pero a la distancia de catorce (¿leguas?) aparecía una montaña, y en ella el bote tomó tierra; en la montaña de Nisir el bote encalló, quedó anclado firmemente y no se movió. Durante un día se mantuvo firmemente anclado y durante un segundo día se mantuvo firme y no se movió. Durante un tercer día y un cuarto día estuvo anclado con firmeza sin moverse; durante un quinto día y un sex-

to día se mantuvo firme en la montaña. Al amanecer del séptimo día solté una paloma y la dejé irse. Se marchó volando, pero como no encontró lugar alguno donde posarse regresó. Después solté una golondrina, y voló a lo lejos, pero como no encontró lugar donde posarse regresó. Solté un cuervo, y vio que las aguas se habían retirado, comió, voló libremente, grazno y ya no regresó. Entonces abrí todo a los cuatro vientos, ofrecí un sacrificio y derramé una libación sobre la cima de la montaña. Siete calderas y aun siete más puse sobre los soportes, amontoné al leña y la caña y el cedro y el mirto. Al oler el delicioso aroma los dioses se apretujaron como moscas en torno al sacrificio. Entonces, por último, llegó, también Istar y se quitó el gran collar de piedras preciosas que Anu había hecho en una ocasión para complacerla, y dijo: '¡Oh, vosotros, dioses, aquí presentes, mediante el lapislázuli que rodea mi cuello recordaré estos días; al igual que recuerdo las gemas en torno a mi garganta recordaré, estos días; no los olvidaré jamás! Que los dioses se junten alrededor del sacrificio, exceptuando a Enlil. Sólo él deberá mantenerse alejado de esta ofrenda, porque sin reflexionar envió la inundación; envió a mi pueblo a la destrucción'. Cuando Enlil hubo llegado y visto la embarcación, se encendió en ira y lo inflamó la cólera contra los dioses, que pueblan los cielos. '¿Ha escapado alguno de los mortales? Ninguno debería sobrevivir a la destrucción'. Entonces el dios de los pozos y de los canales, Nin-urta, abrió la boca y dijo al guerrero Enlil: '¿Quién de entre los dioses aquí presentes podría responder, sino Ea? Porque únicamente Ea conoce todas las cosas'. Entonces Ea despegó los labios y habló, dijo así al guerrero Enlil: 'Eres tú el que gobierna a los dioses, ¡oh guerrero!, pero te negaste a escuchar ningún consejo y enviaste atolondradamente el diluvio. Culpa al pecador de su pecado, culpa al transgresor por su transgresión, castígalo con moderación si se desmanda, pero no lo trates con dureza excesiva, pues perecerá. ¡Ojalá que

un león hubiese destrozado a la humanidad, antes que el diluvio! ¡Ojalá un lobo hubiese destrozado a la humanidad antes que el diluvio! ¡Ojalá el hambre hubiese devastado el mundo, antes que el diluvio! ¡Ojalá la peste hubiese desolado la tierra, antes que el diluvio! No he sido yo quien ha revelado el secreto de los dioses; el hombre prudente Atrakasis lo conoció durante un sueño. Ahora piensa qué deberá hacerse con él'. Entonces Enlil tomo una decisión; vino y subió a la embarcación en que yo, Atrakasis (así me ha llamado Ea), me encontraba. Me tomó de la mano y me hizo adelantar unos pasos; tomó de la mano a mi mujer y le hizo adelantar unos pasos; le hizo arrodillarse a mi lado; luego se volvió a nosotros, de pie entre los dos; nos tocó la frente y nos bendijo diciendo: 'Hasta ahora Utanapistim ha sido hombre, pero a partir de este momento, ¡que Utanapistim y su mujer sean cual los dioses, nosotros incluidos, y que levanten su morada lejos, donde desembocan los ríos!'. Así pues me tomaron y me hicieron morar lejos, donde desembocan los ríos».

Esa es la extensa historia del diluvio intercalada en la epopeya de Gilgamesh, y con la que, a lo que parece, no tenía al principio relación alguna. En una tablilla incompleta hallada, al igual que las de la epopeya de Gilgamesh, entre las ruinas de la biblioteca de Asurbanipal, en Nínive, se encuentra un fragmento de otra versión del relato. Consiste en parte de la conversación que supuestamente mantuvieron antes del diluvio el dios Ea y Noé, habitante de Babilonia y llamado aquí Atrakasis, nombre que como ya hemos visto le es dado de paso en la epopeya de Gilgamesh, aunque en todos los demás lugares de esa versión se le llame Utanapistim y no Atrakasis. Se dice que Atrakasis es el nombre original babilónico, representado por Xisutrus en la versión griega debida a Beroso de la leyenda del diluvio. En el fragmento que nos ocupa, el dios Ea ordena a Atrakasis lo siguiente: «Entra y enciérrate en la embarcación.

Toma contigo el maíz que tengas, todos tus bienes y pertenencias, tu mujer, tu familia y tus allegados, así como tus artesanos, el ganado que pasta en los campos, y los animales de la tierra, todos los que se alimentan de hierba». Al replicar, el héroe dice que nunca antes de ahora ha construido una embarcación, y ruega que el dios le dibuje en tierra un plano de ella, para que le sirva de modelo mientras la construye.

Hasta el momento las versiones babilónicas de la leyenda del diluvio datan solamente de tiempos de Asurbanipal, que reinó hacia el siglo VII a. C., y por tanto podrían ser verosímilmente posteriores a la versión hebrea y haber sido copiadas de ella. Sin embargo, en Abu Habba, donde estuvo emplazada la antigua ciudad de Sippar, y en el transcurso de las excavaciones emprendidas por el gobierno turco, se ha descubierto una tablilla incompleta que nos ofrece pruebas definitivas de la antigüedad mucho mayor de la leyenda babilónica. Contiene ésta una versión muy mutilada del relato del diluvio y se halla fechada con exactitud; porque al final hay un colofón o nota en la que se dice que la tablilla fue escrita el vigésimo octavo día del mes de Sabatu (onceavo mes babilónico), en el onceavo año del reinado de Amizaduga, es decir, alrededor del 1966 a. C. Por desgracia, el texto está tan incompleto que de él poca información se puede extraer; pero figura el nombre de Atrakasis, junto con referencias a las torrenciales lluvias y parece ser también que al arca y a la entrada en ella de los hombres que habrían de salvarse.

Otra versión muy antigua de la leyenda del diluvio salió a la luz en Nipur, durante las excavaciones llevadas a cabo bajo el patrocinio de la Universidad de Pensilvania. Se halla escrita en un fragmento pequeño de arcilla sin cocer, y ha sido fechada por su descubridor, el profesor H. V. Hilprecht, en época no posterior al año 2100 a. C. El profesor ha basado sus cálculos en el estilo de la redacción y en la naturaleza del lugar en que

fue encontrada la tablilla. En ese fragmento se cuenta la aparición de un dios que anuncia su intención de enviar un diluvio que acabará con toda la especie humana; y ordena a la persona a la que se dirige que construya una embarcación de techo sólido, a fin de que pueda ponerse a salvo, y con él los animales del campo y los pájaros del aire.

Las versiones precedentes del relato del diluvio estaban escritas en lengua semítica; pero la versión descubierta por los investigadores americanos en Nipur y recientemente descifrada está escrita en lengua sumeria, es decir, en la lengua no semítica del antiguo pueblo que, según se cree, habitaba en Babilonia antes de la llegada de los semitas y que había fundado en el valle inferior del Eufrates la notable civilización que conocemos habitualmente con el nombre de babilónica. La ciudad de Nipur, en la que se ha descubierto la versión sumeria de la leyenda del diluvio, fue el centro religioso más venerado, y quizá, también, el más antiguo, de todo el país, y el dios de la ciudad, Enlil, era el dios principal del panteón babilónico. Dado el carácter de la escritura se podría decir que la tablilla que contiene la leyenda fue escrita en tiempos del famoso Hammurabi, que reinó en Babilonia en torno al año 2100 a. C. Pero la historia propiamente dicha tiene que ser mucho más antigua; porque a finales del tercer milenio anterior a nuestra era, época en que fue escrita la tablilla, los sumerios casi habían desaparecido como raza separada, absorbidos por la población semítica que los rodeaba, y su antigua lengua se hallaba casi muerta, aunque los escribas y sacerdotes semitas todavía estudiaban y copiaban la literatura antigua y los textos sagrados conservados en ella. Por eso, el descubrimiento de una versión sumeria de la leyenda del diluvio lleva a suponer que el relato en sí data de una época anterior a la ocupación del valle del Eufrates por los semitas, que parecen haber tomado la historia de sus predecesores, los sumerios, tras haber ocupado el país. Conviene observar que la

versión sumeria de la historia del diluvio era la continuación de un relato, por desgracia muy incompleto, de la creación del hombre, y según el cual los dioses habían creado al hombre antes que a los animales. Por consiguiente, la historia sumeria está de acuerdo con lo relatado en el Génesis, en la medida en que ambos tratan de la creación del hombre y del diluvio universal como si se tratase de dos acontecimientos de la historia del mundo estrechamente relacionados; y además, la narración sumeria concuerda con el relato jahvista, en contra del Códice Sacerdotal, al decir que el hombre fue creado antes que los demás animales.

Solamente ha podido interpretarse la mitad inferior de la tablilla en que se hallaba escrito esa especie de Génesis sumerio, pero con ella nos basta para conocer las líneas principales del relato acerca del diluvio. Se nos dice que Ziugidu, o más bien Ziusudu, era a un tiempo rey y sacerdote del dios Enki, divinidad sumeria equivalente a la semítica Ea; y que día a día se ocupaba en el servicio del dios, postrado humildemente ante él y constante en la celebración de las ceremonia sagradas en el lugar santo. Para premiar su piedad, Enki le dice que a instancia de Enlil se ha decidido en la asamblea de los dioses exterminar a toda la raza humana por medio de un gran diluvio. Antes de comunicar al santo hombre un aviso tan oportuno, su amigo divino le pide que se arrime a una pared diciéndole: «Acércate a la pared a mi izquierda y en la pared hablaré contigo unas palabras». Evidentemente esas palabras se relacionan con el curioso pasaje de la versión semítica, en el que Ea comienza su advertencia a Utanapistim. «¡Oh cabaña de cañas, cabaña de cañas! ¡Oh pared, oh pared! ¡Oh cabaña de cañas, oh pared! ¡Óyeme, presta atención!». Juntos los dos pasajes, su paralelismo nos hace pensar qué el amistoso dios, incapacitado para traicionar directamente ante un hombre lo que había sido tratado entre los dioses, adoptó el subterfugio de musitarlo junto a una pared

de cañas, tras haber colocado al otro lado a su amigo Ziusudu. De modo que escuchando furtivamente el buen hombre se enteró del secreto fatal, y al mismo tiempo su divino patrón pudo afirmar más tarde que no había revelado el secreto de los dioses. La estratagema nos recuerda la conocida historia según la cual un servidor del rey Midas percibió las orejas de asno de su amo, e incapaz de contenerse musitó el secreto en un agujero del suelo que rellenó después de tierra; pero en el lugar creció un matorral de cañas, las cuales, al moverse agitadas por el viento, proclamaron en todas direcciones la vergüenza del rey. La parte de la tablilla en la que se describía, probablemente, la construcción de la embarcación y la entrada en ella de Ziusudu con su familia y amigos, se ha perdido, y en lo que queda la historia se encuentra ya en plena descripción del diluvio. Se dice que las ráfagas de lluvia y viento braman al unísono. Luego el texto continúa: «Cuando la tormenta de lluvia se hubo enfurecido sobre la tierra durante siete días y siete noches consecutivas, cuando los enfurecidos vientos hubieron arrastrado sin rumbo a la nave sobre las agitadas olas, apareció el dios Sol y cubrió con sus rayos el cielo y la tierra». Cuando la luz ilumina la embarcación, Ziusudu se pone de hinojos ante el dios Sol y le ofrece en sacrificio un buey y una oveja. En este punto se interrumpe el texto. Luego leemos que Ziusudu, el rey, se postra ante los dioses Anu y Enlil. La cólera de Enlil contra los hombres parece haberse calmado, porque hablando de Ziusudu dice: «Le di vida semejante a la de un dios», lo que quiere decir que el héroe de la leyenda del diluvio, el sumerio Noé, recibe el don de la inmortalidad, si no el de la divinidad. Además, se le concede el título de «Conservador de la simiente de la humanidad», y los dioses le hacen establecer su morada en una montaña, quizá la montaña de Dilmun, aunque la traducción del texto no es segura. Falta el final de la leyenda.

De modo que en sus elementos principales la versión sumeria de la leyenda del diluvio coincide con la versión, mucho más extensa y circunstanciada, conservada en la epopeya de Gilgamesh. Tanto en una como en otra hay un dios importante (Enlil o Bel) que decide destruir la especie humana inundando la tierra con la lluvia; en las dos hay otro dios (Enki o Ea) que advierte a un hombre acerca de la catástrofe próxima, y el hombre escucha el aviso y se pone a salvo en una embarcación; en ambas las lluvias torrenciales duran siete días, y, cuando el diluvio ha cesado, el hombre ofrece un sacrificio y es elevado al rango de los dioses. La única diferencia importante reside en el nombre del héroe, que en la versión sumeria se llama Ziusudu y en la semítica Atrakasis o Utanapistim. El nombre sumerio Ziusudu se parece al de Xisutrus que, según Beroso, es el del héroe que se salvó del diluvio; si existe alguna relación entre los dos nombres tendremos motivos nuevos para admirarnos de la fidelidad con que el historiador babilonio siguió las fuentes documentales más antiguas.

El descubrimiento de esa tablilla, tan interesante a causa de sus relatos combinados acerca de la creación y del diluvio, hace muy probable que las narraciones referentes a la historia temprana del mundo que encontramos en el Génesis no hayan nacido entre los semitas, sino que éstos las hayan tomado del pueblo civilizado más antiguo, que, miles de años antes de nuestra era, las hordas semíticas bárbaras escapadas en masa del desierto de Arabia encontraron establecido en las llanuras del valle inferior del Eufrates, y de quienes los descendientes de esos beduinos primitivos aprendieron gradualmente las artes y costumbres de la civilización, al igual que lo sucedido más tarde con los bárbaros del norte, que se revistieron de un barniz de cultura cuando se extendieron por las tierras de lo que había sido hasta entonces el imperio romano.

El relato hebreo de una gran inundación

En la antigua leyenda hebrea de una gran inundación, tal como la recoge el Libro del Génesis, los críticos bíblicos se han puesto de acuerdo en lo que se refiere a percibir en ella la presencia de dos relatos originalmente distintos y parcialmente incongruentes, que fueron combinados de modo que ofreciesen el aspecto superficial de una historia única y homogénea. Pero la labor de arreglarlos y prepararlos en uno solo fue llevada a cabo de una manera tan torpe y desmañada, que las repeticiones e incongruencias conservadas en ellos difícilmente pueden dejar de llamar la atención incluso de un lector poco atento.

De las dos versiones de la leyenda artificialmente combinadas de ese modo deriva una de lo que los críticos llaman Códice o Documento Sacerdotal (designado habitualmente con la letra P); la otra deriva de lo que los críticos conocen como Documento Jahvista o Jehovista (habitualmente designado con la letra J), que se caracteriza por el empleo del nombre divino Jehová (Jahvé, o, mejor aún, Yahweh). Los documentos difieren ostensiblemente por su carácter y por su estilo, y pertenecen a dos épocas diferentes; pues mientras el relato jehovista es con toda probabilidad el más antiguo, se admite ahora en general que el Códice Sacerdotal es el último de los cuatro documentos principales que fueron reunidos para formar el Hexateuco. Se cree que el Documento Jahvista fue escrito en Judea a comienzos de la monarquía hebrea, probablemente durante los siglos VIII o IX a. C. En cambió, el Códice Sacerdotal data del período posterior al año 586 a. C., cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, tomó Jerusalén y llevó consigo en cautividad a los judíos. En lo que concierne a la forma los dos documentos son históricos, pero mientras que el autor jehovista muestra un interés genuino por las aventuras y figuras de los hombres y mujeres que describe, el sacerdotal parece ocuparse de ellos tan sólo en la medida en que los considera simples instrumentos en el gran proyecto providencial de llevar a Israel el conocimiento de

Dios y de las instituciones religiosas y sociales por las que, de acuerdo con su divina voluntad, habrían de regular sus vidas los componentes del Pueblo escogido. La historia que éste narra es sagrada y eclesiástica antes que secular y civil; le preocupa Israel como Iglesia más que como nación. Por eso, mientras se recrea con una gran delectación en las vidas de los patriarcas y profetas a los que Dios ha dignado revelarse, pasa de prisa y corriendo por las de generaciones enteras de mortales comunes, a los que apenas si menciona por el nombre, como si no se tratase de otra cosa que de meros vínculos que conectasen una época religiosa con otra, simple hilo en el que se ensartasen a raros intervalos las joyas espléndidas de la Revelación. Las circunstancias de los tiempos en que vivió justifican suficientemente su actitud frente al pasado. La época dorada de Israel ya se había terminado; los israelitas habían perdido su independencia, y con ella las esperanzas de prosperidad y gloria mundanas. Los sueños dorados de imperio que los reinados esplendorosos de David y Salomón habían despertado en los corazones de sus súbditos, y que posible mente, como las nubes mañaneras, duraron aún algún tiempo incluso después de la desaparición de la monarquía, se habían desvanecido hacía ya muchos años en el atardecer cubierto de nubes del día de la nación, al soplo gélido de la desconsoladora realidad de la dominación extranjera. Al serle cerrados todos los caminos de la ambición puramente mundana, el irreprimible idealismo del temperamento nacional buscó su desahogo en otra dirección. Sus sueños tomaron forma diferente. Si se le cerraba la tierra, los cielos aún le quedaban abiertos, y como le había sucedido a Jacob en Bet-el, cuando sus enemigos lo acosaban por delante y por detrás, el soñador vio una escala que subía más allá de las nubes, y por la que era posible descendiesen las huestes angélicas para guardar y confortar al desesperado peregrino. En resumen, los dirigentes de Israel trataron de consolar y compensar

a la nación por las humillaciones que se veía obligada a sufrir en el plano secular, con su elevación a una posición de supremacía en lo espiritual. Para ello montaron o perfeccionaron un elaborado sistema de ceremonias religiosas, ideado para salir al paso del favor divino y acapararlo, y de ese modo hacer de Sión la ciudad santa, la joya y el centro del reino de Dios sobre la tierra. Con tales objetivos y ambiciones el tono de la vida pública se hizo cada vez más clerical, sus intereses más y más eclesiásticos y sacerdotal su influencia predominante. El rey fue sustituido por el sumo sacerdote, que llegó incluso a vestir el ropaje de púrpura y la corona dorada de su predecesor. La revolución qué vino a sustituir una serie de gobernantes temporales por otra de pontífices en la ciudad de Jerusalén fue semejante a la que convirtió la Roma de los césares en la Roma de los papas medievales.

Esa corriente de pensamiento, esa vena de aspiraciones religiosas orientada decididamente en la dirección del eclesiasticismo es la que se refleja, casi podríamos decir la que es captada por él y en él se cristaliza en el Código Sacerdotal. Las limitaciones intelectuales y morales del movimiento se reflejan en las limitaciones correspondientes del escritor. Lo único que le interesa en realidad es el aspecto formal de la religión; en lo que se recrea con auténtico gusto es en los detalles de los ritos y de las ceremonias, de las vestiduras eclesiásticas y de los objetos sagrados. En sus aspectos más profundos la religión es prácticamente un libro sellado para él; apenas dirige una mirada superficial a sus vertientes moral y espiritual; jamás trata de penetrar en los profundos arcanos de la inmortalidad y del origen del mal, que son problemas que han angustiado a los espíritus inquisitivos de todas las épocas. Por su preocupación con las minucias del ritual, con su indiferencia frente a los asuntos puramente seculares, con su predilección por la cronología y la genealogía, por las fechas y los números, en una palabra, por

los huesos descarnados de la historia en lugar de su carne y su sangre, el historiador sacerdotal recuerda a uno de esos cronistas monacales de la Edad Media que observaban lo que sucedía en el amplio mundo a través de la mezquina abertura de una celda solitaria o el vidrio multicolor de un vitral catedralicio. Su horizonte intelectual era estrecho, ante sus ojos los acontecimientos se desarrollaban en el seno de una atmósfera teñida por el medio que se interponía entre él y ellos en su contemplación. Así, la magnificencia del tabernáculo en la soledad, invisible para todos los ojos excepto los suyos, parece como si se hubiese asomado a su calenturienta imaginación gracias a los rayos púrpura de un redondo ventanal o los cristales encantadores de un mirador flameante. Incluso en los lentos procesos o catástrofes súbitas que han dado forma al universo material, o lo han transformado, apenas si discernía él otra cosa que las señales y portentos dispensados por la divinidad con el fin de anunciar la llegada de épocas nuevas marcadas por planes providenciales inéditos. Para él la obra de la creación fue un gran preludio a la institución del *Sabbath* judío. La misma bóveda de los cielos, centelleante de luminarias gloriosas, no era más que un magnífico cuadrante en el que el dedo de Dios señalaba eternamente la época correcta de las fiestas en el calendario eclesiástico. El diluvio, que acabó casi con la totalidad de la especie humana, fue la ocasión que la divinidad, arrepentida de su obra, aprovechó para establecer un pacto con los infelices supervivientes; y el arco iris, que brillaba con tornasolado resplandor contra el fondo sombrío de las nubes tormentosas, no era más que el sello divino adherido al acuerdo como garantía de su carácter genuino e irrevocable.

Porque el historiador sacerdotal fue hombre de leyes además de eclesiástico, y en su calidad de tal se esforzó en demostrar que las relaciones amistosas de Dios con su pueblo descansaban sobre una base estrictamente legal y se hallaban refrendadas

por una serie de contratos establecidos entre ambas partes con absoluta y debida formalidad. Nunca se encuentra tan a sus anchas como cuando se está refiriendo a esos acuerdos; no se cansa jamás de recordarnos la larga serie de títulos de propiedad de Israel. Ese anticuario pedante, ese ritualista rígido, en ningún otro momento relaja tan perceptiblemente su severidad habitual, en ninguna ocasión se ablanda tanto y casi se humaniza como cuando se explaya acerca de su tema favorito de contratos y acuerdos. Se conviene generalmente en que su obra maestra de narrativa histórica es el relato de las negociaciones que, con los hijos de Het, emprende el viudo patriarca Abraham con el fin de conseguir un panteón familiar para dar sepultura a su esposa. El aspecto lúgubre de la transacción no basta para calmar el celo profesional del narrador; y en el cuadro que ha trazado se perciben los toques de un artista nada mediocre, junto a la minuciosa fidelidad de un copista práctico. Después de tanto tiempo aún se desarrolla ante nuestros ojos toda la escena, del mismo modo que escenas similares se desarrollaron ante los ojos del escritor, y aún siguen desarrollándose probablemente en los países del Oriente, cuando dos jeques árabes, de maneras refinadas, discuten diestramente en torno a una cuestión de negocios, al mismo tiempo que guardan puntillosamente las solemnes formas de cortesía propias de la diplomacia oriental. Pero cuadros semejantes son muy raros en el haber de este artista. Casi nunca trató de representar panorámicas, y sus retratos son simples emborronaduras, carentes de individualidad, de vida y de color. En el de Moisés, que retocó al máximo, el gran conductor de pueblos apenas si aparece como algo más que un muñeco ataviado para distribuir la quincalla eclesiástica.

Muy distintas son las pinturas de la edad patriarcal que nos legó al autor del Documento Jahvista. Por la pureza del trazado, la ligereza y delicadeza del toque y lo cálido de los colores no

han sido superadas y tal vez ni siquiera igualadas en la literatura. En ellas se consiguen los efectos más delicados con el mínimo de pinceladas, porque cada una es Ja de un maestro que conoce instintivamente y con exactitud lo que ha de poner en la tela y lo que ha de excluir de ella. Así, mientras parece dedicar toda su atención a las figuras humanas que aparecen en primer plano y que destacan sobre el fondo, llenas de vida real y corpórea, consigue simultáneamente con unos pocos toques diestros y casi imperceptibles poner de relieve el paisaje que les sirve de fondo y completar de ese modo una estampa armoniosa que se graba profundamente en la memoria. La escena, por ejemplo, de Jacob y Raquel junto al pozo, rodeados por las ovejas del rebaño que pacen desganadamente bajo los rayos del sol de mediodía, resulta tan vivida en las palabras del escritor como lo es en el cuadro de Rafael.

Y a esa maestría exquisita en la representación de la vida humana añade una ingenuidad encantadora, una simplicidad a la antigua, cuando describe lo divino. Nos arrastra consigo a los felices días del pasado cuando aún no parecía abrir sus fauces descarnadas entre el hombre y la divinidad el abismo terrible que los separa. Nos cuenta en sus páginas cómo Dios modeló al primer hombre con arcilla, a la manera como un niño hace un muñeco de barro. Nos dice que Dios se paseaba por el jardín del Paraíso cuando refrescaba la tarde, y llamó a la avergonzada pareja que procuraba pasar inadvertida entre los árboles. Nos dice también que ese mismo Dios fabricó prendas de pieles para sustituir la escasez de los delantales de hojas de higuera con que se cubrían nuestros primeros padres; cómo cerró las puertas del arca cuando el patriarca Noé había entrado en ella; cómo percibió el grato olor de la ofrenda que se le sacrificaba; que bajó a ver la ciudad y la torre de Babel, porque a lo que parece no podía verla bien desde el cielo; cómo conversó con Abraham a la puerta de su tienda, en el calor del día, a la som-

bra de los robles rumorosos. En suma, toda la obra de este escritor delicioso se halla impregnada de un aliento de poesía, junto con algo de la fragancia y frescura de los antiguos tiempos, que le presta un encanto inefable e imperecedero.

En el relato combinado del diluvio universal que nos ofrece el Génesis, los ingredientes individuales aportados respectivamente por el escritor jahvista y por los documentos sacerdotales, resultan fáciles de distinguir tanto por sus diferencias verbales como por las materiales. Para empezar con las diferencias verbales, la más chocante es que en el original hebreo del documento jahvista se designa uniformemente a la divinidad mediante el nombre de Jehová (Yahweh), mientras que en el documento sacerdotal se emplea el nombre de Elohim. Estos dos nombres han sido traducidos, tradicional y respectivamente, por las palabras Señor y Dios. Al traducir la palabra hebrea Jehová por Señor, los traductores han imitado a los judíos, que al leer en voz alta las Escrituras acostumbran a decir Adonai, esto es, Señor, allí donde está escrito el nombre sagrado de Jehová. De aquí que el lector profano pueda adoptar con seguridad la siguiente regla general: cuando en la traducción aparezca la expresión Señor, aplicada a la divinidad, el lector deberá pensar que en los textos hebreos manuscritos aparecía el nombre de Jehová. Pero en el relato del diluvio y a lo largo de todo el Génesis, el escritor sacerdotal evita el empleo del nombre de Jehová y pone en su lugar Elohim, con el que los hebreos quieren decir ordinariamente Dios; y la razón que le mueve a adoptar esa actitud es la de que, según él, el nombre divino de Jehová fue revelado por Dios a Moisés por vez primera, de modo que no se le pudo haber aplicado en los tiempos primitivos del mundo, anteriores a Moisés. Por otro lado, el escritor jahvista no profesa la misma teoría en cuanto a la revelación del nombre de Jehová, y por tanto lo aplica sin escrúpulos a la divinidad desde los mismos comienzos de la creación.

Dejando a un lado esta distinción capital que caracteriza a los dos grupos de documentos, existen entre ellos diferencias verbales que no recoge la traducción. Así, por ejemplo, para decir «macho y hembra» el Documento Jahvista emplea unas palabras y el Documento Sacerdotal otras diferentes. Asimismo, la palabra traducida por «destruir» difiere de unos documentos a otros, y lo mismo pasa con las que el traductor ha vertido con sus correspondiente «morir» y «seco».

Pero las diferencias materiales que existen entre los documentos, jahvista y sacerdotal, son aún más notables, y dado que algunas veces consisten en verdaderas contradicciones, se puede considerar completa la prueba de que derivan de dos colecciones documentales diferentes. Así, en el relato jahvista se distingue entre animales puros e impuros, y mientras entran en el arca siete de cada especie de los primeros no se permite la entrada más que a una pareja de cada especie de los segundos. Por otro lado, el escritor sacerdotal no establece una distinción tan injusta entre los animales; por el contrario, los deja entrar en el arca en pie de igualdad perfecta, aunque al mismo tiempo limita imparcialmente el número de todos ellos a una única pareja de cada especie. Se explica semejante discrepancia del modo siguiente: para el escritor sacerdotal la distinción entre animales puros e impuros fue revelada por vez primera a Moisés por Dios, y por consiguiente no pudo ser conocida por el muy anterior Noé. En cambio, el escritor jahvista no deja que esa teoría le preocupe y da ingenuamente por sentado que la distinción entre animales puros e impuros era conocida por la humanidad ya desde los tiempos más tempranos, como si se tratase de una diferencia natural demasiado evidente como para que nadie pudiese ignorarla.

Otra importante discrepancia entre ambos escritores se refiere a la duración del diluvio. En el relato jahvista la lluvia cayó durante cuarenta días y cuarenta noches, y más tarde Noé

pasó tres semanas en el interior del arca antes de que las aguas hubiesen bajado lo bastante para permitirle tomar tierra. De acuerdo con ese cálculo, el diluvio duró sesenta y un días. En cambio, en el relato sacerdotal transcurrieron ciento cincuenta días antes de que las aguas comenzasen a bajar, y el diluvio duró en total doce meses y diez días. Dado que los meses hebreos eran lunares, doce de ellos equivaldrían a trescientos cincuenta y cuatro días, que sumados con los diez días restantes nos darían precisamente un año solar completo de trescientos sesenta y cuatro días. Puesto que el escritor sacerdotal asigna así a la duración del diluvio aproximadamente el período de un año solar, estamos autorizados a suponer con razonable certeza que vivió en una época en la que los judíos eran capaces de corregir el importante error del calendario lunar por la observación del sol.

También difieren los dos escritores cuando hablan de las causas que a su entender dieron lugar a la inundación; para el escritor jahvista las responsables fueron únicamente las lluvias, mientras que para el sacerdotal intervinieron también aguas subterráneas que salieron torrencialmente a la superficie, además de la cortina de agua que descendió del cielo.

Finalmente, el escritor jahvista dice que Noé levantó un altar y ofreció a Dios un sacrificio en señal de gratitud por haberle salvado del diluvio. En cambio, el escritor sacerdotal no menciona ni altar ni sacrificio, sin duda porque desde el punto de vista de las leyes levíticas, que él defendía, no podía existir legítimamente un altar en parte alguna que no fuese el templo de Jerusalén, y porque habría sido completamente inaudito que un simple seglar como Noé hubiese ofrecido sacrificios a la divinidad; de modo que el autor no podía soñar ni por un momento en imputar al venerable patriarca una usurpación semejante de los derechos clericales.

Por consiguiente, la comparación de los relatos jahvista y sacerdotal confirma enfáticamente la conclusión a que han llegado los críticos, según la cual se trata de dos relatos originalmente independientes, siendo el relato jahvista bastante más antiguo que el sacerdotal. Ya que el escritor jahvista ignora evidentemente la ley del santuario único, que prohibía ofrecer sacrificios en cualquier otro lugar que no fuese Jerusalén; y como el primero que la formuló explícitamente y la puso en vigor fue el rey Josías, el año 61 a. C., se deduce que el Documento Jahvista tuvo que haber sido escrito forzosamente antes de esa fecha, probablemente mucho antes. Por las mismas razones, el Documento Sacerdotal tiene que haber sido escrito después de esa fecha, probablemente mucho después, ya que el escritor reconoce implícitamente la ley del santuario único al negarse a imputar a Noé su quebrantamiento. Por consiguiente, mientras el escritor jahvista parece imbuido de una cierta simplicidad arcaica al atribuir ingenuamente a las edades más tempranas del mundo las instituciones y fraseología religiosas de su tiempo, el sacerdotal muestra la reflexión propia de edades posteriores, al elaborar una teoría definida de la evolución religiosa y aplicarla rígidamente a la historia.

Basta una comparación superficial de los relatos hebreo y babilónico acerca del diluvio para convencernos de que no son independientes, sino que uno ha tenido que derivar del otro o ambos de una fuente anterior común. Las semejanzas que existen entre ellos son demasiado numerosas y profundas para que sean accidentales. En los dos los poderes divinos resuelven destruir la especie humana con una gran inundación; en los dos hay un dios que revela anticipadamente el secreto a un hombre, que le da instrucciones para que construya una gran embarcación en la que han de ponerse a salvo él y su familia, así como la simiente de los animales de la tierra. Probablemente no se trata de una simple coincidencia accidental cuando en el relato babi-

lónico, recogido por Beroso, el héroe salvado del diluvio fue el *décimo* rey de Babilonia, y en el relato hebreo Noé fue el *décimo* descendiente de Adán. En las dos versiones el hombre favorecido por Dios, el hombre al que se le advierte de la próxima catástrofe, construye una embarcación de grandes dimensiones y varios pisos, la impermeabiliza con brea o betún y se encierra en ella con su familia y animales de todas las especies; en las dos la inundación es causada en gran medida por las copiosas lluvias y dura un número mayor o menor de días; en las dos perece ahogada toda la humanidad, con la única excepción del héroe y su familia; en las dos el hombre envía aves, un cuervo y una paloma, para ver si las aguas han descendido de nivel; en las dos la paloma regresa al arca después de algún tiempo por no haber encontrado donde posarse; en las dos el cuervo no regresa; en las dos el arca termina posándose en una montaña; en las dos el héroe, agradecido por su rescate, ofrece un sacrificio en la montaña; en las dos el dios siente el grato olor que llega hasta él y su ira se aplaca.

Hasta aquí la semejanza general entre el relato babilónico y el hebreo en conjunto. Pero si tomamos en consideración los elementos separados de la narración hebraica, veremos que el relato jahvista se parece más al babilónico que el sacerdotal. Tanto en el jahvista como en el babilónico se reviste de importancia especial el número siete. En la versión jahvista, Noé es avisado del próximo diluvio con siete días de anticipación; hace entrar en el arca siete ejemplares de cada especie de los animales puros; deja pasar siete días entre los envíos sucesivos de la paloma exploradora. En la versión babilónica el nivel de las aguas se mantiene durante siete días en su punto máximo, y el héroe dispone las vasijas del sacrificio en grupos de siete sobre la montaña.

Además, tanto en la versión jahvista como en la babilónica se hace mención especial del hecho de cerrar la puerta del arca

una vez han entrado en ella el hombre con su familia y los animales de cada especie; en ambas figura el pintoresco episodio del envío como exploradores del cuervo y de la paloma, el ofrecimiento de un sacrificio, el hecho de que los dioses sientan el grato olor y el aplacamiento consiguiente de su ira. Por otro lado, en ciertos detalles particulares el relato sacerdotal del Génesis se parece al babilónico más que el jahvista. Así, tanto en el sacerdotal como en el babilónico figuran detalles exactos acerca de la construcción del arca; en los dos se levantan varios pisos y cada piso está dividido en compartimientos; en los dos se impermeabiliza la embarcación revistiéndola con betún o brea; en los dos encalla sobre la cima de una montaña; y en los dos el héroe recibe la bendición de los dioses al salir de la embarcación.

Pero si las narraciones babilónica y hebrea se hallan íntimamente relacionadas, ¿cómo se explica esa relación? No se puede hacer derivar la babilónica de la hebrea, ya que es por lo menos once o doce siglos más antigua que ésta. Además, como ya ha observado Zimmerman, la misma esencia del relato bíblico presupone la existencia de una región susceptible de sufrir inundaciones, como es el caso de Babilonia; de modo que no se puede dudar de que la historia fue originaria de Babilonia y trasplantada a Palestina. Pero si los hebreos tomaron de Babilonia la historia del diluvio universal, ¿cuándo y cómo lo hicieron? Carecemos de información al respecto y sólo podemos hacer conjeturas. Eruditos de renombre han supuesto que los judíos tuvieron noticia por vez primera acerca de la gran inundación durante su cautividad en Babilonia, y que, por lo tanto, la narración bíblica no es anterior al siglo VI a. C. Semejante opinión podría ser defendida si poseyésemos la versión hebrea de la leyenda del diluvio debida a Ja pluma sacerdotal; porque el Códice Sacerdotal fue escrito, como ya hemos visto, durante la cautividad o después de ella, y resulta muy posible que quie-

nes lo escribieron hubiesen conocido la tradición babilónica, ya fuese oralmente o a través de la literatura local, durante el exilio o quizás después del regreso a Palestina; ya que se puede suponer razonablemente que las relaciones íntimas que la conquista estableció entre los dos países pudo haber llevado a una cierta difusión de la literatura babilónica en Palestina, y de la literatura judaica en Babilonia. Basándonos en esa teoría, algunos de los pasajes en los que el relato sacerdotal se aparta del jahvista y se acerca al babilónico pueden quizá haber sido sacados directamente de fuentes babilónicas por los escritores sacerdotales. Esos pasajes se refieren en especial a detalles de la construcción del arca, en particular al de haberla revestido de betún o brea, que es producto característico de Babilonia. Pero la narración jahvista del Génesis, que podría muy bien datar del siglo IX a. C. y que difícilmente sería posterior al VIII, prueba satisfactoriamente que los hebreos estaban familiarizados con la historia de la gran inundación bastante antes de que fuesen llevados en cautividad a Babilonia, y que la conocían en una forma bastante semejante a la de los babilonios.

Suponiendo pues que los hebreos de Palestina estuvieran familiarizados desde muy antiguo con la leyenda babilónica del diluvio, todavía hemos de preguntarnos cómo y cuándo la conocieron. A esa pregunta se le han dado dos respuestas. Por un lado se ha defendido la tesis de que los hebreos llevaron consigo la leyenda cuando emigraron de Babilonia a Palestina alrededor de dos mil años antes del nacimiento de Cristo. Por otro lado se ha dicho que una vez establecidos en Palestina, los hebreos tomaron la historia de los naturales cananeos, que, a su vez, podrían haberla conocido por medio de la literatura babilónica en algún momento del segundo milenio anterior a nuestra era. Actualmente no poseemos los medios para decidir cual de las dos suposiciones es la más correcta.

Más tarde, la imaginación judía introdujo en la historia de la inundación muchos detalles nuevos y a menudo extravagantes, con la intención aparente de satisfacer la curiosidad o halagar el gusto de una edad degenerada, que ya no se sentía satisfecha con la noble simplicidad del relato conservado en el Génesis. Entre esas adiciones charras y grotescas leemos la de que los hombres vivían cómodamente antes del diluvio, porque bastaba una siembra única para recoger una cosecha capaz de cubrir las necesidades de cuarenta años, y porque por medio de las artes mágicas eran capaces de obligar al sol y a la luna a servirlos. Durante el embarazo, los niños no estaban en el vientre de sus madres nueve meses, sino tan sólo unos días, y acabados de nacer, los críos ya eran capaces de andar y de hablar, e incluso de desafiar a los demonios. Tan cómoda y regalada vida fue la que desvió a los hombres del camino recto y los llevó a cometer los pecados que despertaron la ira de Dios — en especial los pecados de avidez y de rapacidad— y le decidieron a la destrucción de los pecadores por medio de una gran inundación. Sin embargo, por su infinita misericordia los avisó a tiempo; pues Noé, aleccionado por la divinidad, los exhortó a enmendar sus vidas y los amenazó con el diluvio como castigo de sus iniquidades; y lo hizo nada menos que a lo largo de ciento veinte años. E incluso al terminar ese período Dios dio a la humanidad una semana más de plazo, durante la cual, por extraño que parezca, el sol se levantó todas las mañanas desde el oeste y se ocultó todas las tardes por el este. Pero no hubo nada que bastase a mover al arrepentimiento a aquellos hombres malvados; únicamente se rieron del piadoso Noé y se burlaron de él cuando le vieron construir el arca. Noé aprendió a construirla con ayuda de un libro sagrado que el ángel Raziel le había dado a Adán y que contenía la totalidad del conocimiento, tanto el humano como el divino. Estaba hecho de zafiros y Noé lo guardó en una arquilla dorada cuando lo llevó al arca, donde le sirvió

como una especie de cronometro para diferenciar el día de la noche; ya que mientras duró el diluvio ni el sol ni la luna arrojaron sus rayos sobre la tierra. Y en cuanto al diluvio lo causaron las aguas macho cayendo del cielo al encuentro de las aguas hembra brotadas de la tierra. Las aguas superiores hallaron salida por dos agujeros que Dios hizo en el cielo cuando sacó de su sitio dos estrella de la constelación de las Pléyades. Y para detener el torrente de las aguas Dios tuvo que taponar después los dos orificios con otras dos estrella sacadas de la constelación de la Osa. Por eso la Osa ha venido corriendo detrás de las Pléyades hasta nuestros días: quiere que se le devuelvan sus cachorros, pero no lo conseguirá hasta el día del juicio final.

Cuando el arca estuvo preparada Noé embarcó en ella a los animales. Llegaron en número tan elevado que el patriarca no pudo dejar entrar a todos, sino que sentándose a la puerta de la embarcación los fue escogiendo uno a uno; a los animales que se tendieron ante la puerta les permitió la entrada; a los que permanecieron de pie los rechazó. Incluso después de haber aplicado estrictamente esa especie de principio de selección natural entraron en el arca no menos de trescientos sesenta y cinco especies de reptiles y treinta y dos especies de aves. No se tomó nota del número de mamíferos; al menos no se ha podido encontrar hasta el momento constancia alguna de él, pero no cabe duda de que fueron bastantes los que se salvaron, como podremos ver a continuación. Antes del diluvio los animales impuros superaban con mucho a los puros, pero después la proporción se invirtió, porque en el arca se acogió a siete parejas de cada especie de los últimos frente a sólo dos parejas de los primeros. Una de las bestias, el *reem*, tenía tales dimensiones que no cabía en el arca, por lo que Noé lo trabó al costado de la embarcación y el animal trotó detrás de ella. El gigante Og, rey de Basán, también era demasiado grande para el arca, por lo que se sentó encima y así salvó la vida. Además de Noé se halla-

ban en el arca su mujer Naamah, hija de Enós, y los tres hijos del patriarca con sus mujeres respectivas. También halló refugio en el navío la extraña pareja formada por el Engaño y la Desgracia. Al principio el Engaño se presentó solo a la entrada del arca, pero se le negó el paso alegando que solamente le estaba permitido el embarque a las parejas casadas. De modo que el Engaño se marchó y al tropezar con la Desgracia la convenció para que se uniese a él, por lo que volvieron al arca y se les permitió la entrada. Una vez que todos habían subido ya a bordo y comenzado el diluvio se juntaron alrededor de la embarcación unos setecientos mil pecadores, que rogaron y pidieron por favor se les dejase entrar y así salvarse. Como Noé se negase firmemente a acceder a sus súplicas, se lanzaron violentamente contra la puerta, con la intención de abrirse paso rompiéndola, pero las bestias salvajes que montaban guardia por todo el arca se lanzaron contra ellos y devoraron algunos, mientras los restantes morían ahogados en la inundación creciente. El arca flotó a lo largo de todo un año sobre la superficie de las aguas; cabeceó y dio bandazos en las encrespadas olas, y los que se hallaban en su interior fueron agitados como si se hubiese tratado de lentejas en un bote. Rugieron los leones, bramaron los toros, ulularon los lobos y los demás alborotaron de acuerdo con su particular naturaleza. Pero la mayor dificultad a que Noé tuvo que enfrentarse en el arca fue la cuestión del avituallamiento. Mucho tiempo después su hijo Sem confió a Eliezer, servidor de Abraham, las dificultades con que se había encontrado Noé para alimentar a toda la compañía. El pobre hombre no hacía más que subir y bajar, subir y bajar tanto de día como de noche. Porque los animales diurnos habían de ser alimentados durante el día, y los nocturnos durante la noche; y además había que servir su ración al gigante Og a través de un agujero practicado en el techo. Aunque el león estuvo enfermo de fiebres durante todo el tiempo y se mantuvo por ello relativamente tranquilo,

no por eso se mostró menos arisco y dispuesto a explotar a la menor provocación. En una ocasión, cuando Noé no le sirvió la cena con la suficiente rapidez, el altivo animal le dio tal golpe con la pata que el patriarca quedó desgraciado para el resto de su vida y por ello incapacitado para servir a Dios como sacerdote. El décimo día del mes Tamuz, Noé dejó en libertad al cuervo, para que echase una ojeada e informase acerca del estado de la inundación. Pero el cuervo encontró un cadáver que flotaba sobre las aguas y se detuvo a devorarlo, de modo que se olvidó de regresar al arca y entregar el informe. Una semana más tarde Noé envió tras él una paloma, que al fin, en su tercer vuelo, trajo de vuelta en el pico un ramito de olivo cogido en el monte de los Olivos de Jerusalén; porque el diluvio no había afectado a Tierra Santa. Al abandonar el arca Noé lloró ante la general devastación causada por la inundación. Su hijo Sem se encargó de oficiar una acción de gracias por el salvamento de todos ellos, ya que el patriarca sufría todavía los efectos de su encuentro con el león y no podía ofrecer el sacrificio en persona.

En otro relato posterior nos enteramos de algunos detalles particulares interesantes acerca de la disposición interior del arca y de la distribución de sus pasajeros. Las bestias y el ganado eran cebados abajo en la bodega, las aves ocupaban el puente intermedio y Noé y su familia se reservaban el puente de paseo. Pero se mantenía estrictamente apartados unos de otros a los hombres y las mujeres. El patriarca y sus hijos se alojaban en el costado este de la nave, mientras que su mujer y las esposas de sus hijos ocupaban el lado oeste; y entre ellos, actuando como una barrera que los separase, se encontraban los restos mortales de Adán, que se salvaron así de permanecer en una fosa inundada. Este relató, que nos regala además con las dimensiones exactas del arca expresadas en codos y con el día exacto de la semana y del mes en que los pasajeros subieron a bordo, pro-

cede de un manuscrito árabe hallado en la biblioteca del convento de santa Catalina de monte Sinaí. Parece ser que el autor fue un árabe cristiano que vivió hacia la época de la conquista musulmana, aunque el manuscrito es de fecha posterior.

Las historias griegas antiguas de una gran inundación

En la literatura de la Grecia antigua nos encontramos con las leyendas de un diluvio destructivo en el que pereció la mayor parte de la humanidad. El mitógrafo Apolodoro nos cuenta la historia de la siguiente manera: «Deucalión era hijo de Prometeo. Reinaba como soberano en el país que rodea a Ftiótide y estaba casado con Pirra, hija de Epimeteo y Pandora, primera mujer modelada por los dioses. Pero cuando Zeus quiso destruir a los hombres de la Edad de Bronce, Deucalión, advertido por Prometeo, construyó un arca, y tras haber almacenado lo necesario embarcó en ella con su mujer. Y por mandato de Zeus los cielos vertieron sobre la tierra lluvia copiosa que arrasó la mayor parte de Grecia y causó la muerte de todos los hombres con excepción de unos pocos que se pusieron a salvo huyendo a las montañas cercanas. Entonces se abrieron las montañas de Tesalia y se inundó todo el mundo, más allá del Istmo y del Peloponeso. Pero el arca de Deucalión, que flotó en el mar durante nueve días y nueve noches, encalló en el monte Parnaso, y allí él desembarcó y ofreció un sacrificio a Zeus, dios de la fuga. Y Zeus le envió a Hermes, y le permitió escoger lo que quisiera, y él escogió los hombres. Y habiéndoselo ordenado Zeus, cogió piedras y las arrojó hacia atrás por encima de la cabeza. Las piedras que arrojó Deucalión se transformaron en hombres, y las que arrojó Pirra se transformaron en mujeres. Por eso en griego se dice *laoi* para decir gente, de la palabra *laas* que significa una piedra».

En esa forma la leyenda griega no se remonta más allá de la mitad del siglo II a. C., pero el contenido es mucho más antiguo,

ya que lo relata Helánico, historiador griego del siglo V a. C., que afirma que el arca de Deucalión navegó a la deriva no hacia el Parnaso, sino hacia el monte Otris, en Tesalia. La otra versión se halla refrendada por Píndaro, que escribió antes que Helánico, hacia el siglo V a. C.; porque según el poeta, Deucalión y Pirra descendieron del Parnaso y crearon de nuevo la raza humana a partir de las piedras. Según algunos, la primera ciudad que fundaron tras la gran inundación fue la de Opus, que se hallaba situada en la fértil llanura locria, entre las montañas y el golfo euboico. Pero se dice que Deucalión fijó su morada en Cinos, puerto de Opus y situado a algunas millas de él, al otro lado de la llanura; y hasta comienzos de nuestra era se mostraba allí a los viajeros la tumba de la mujer del héroe. Los restos de este último descansaban en Atenas, según se decía. De acuerdo con Aristóteles, que escribió durante el siglo IV a. C., los destrozos causados por el diluvio en tiempos de Deucalión se hicieron sentir más acusadamente «en la antigua Helias, que es la región que rodea a Dodona y el río Aqueloos, pues ese río ha cambiado de curso en muchos lugares. En aquellos tiempos habitaban la comarca los seli y las gentes qué fueron luego llamadas griegas (*graikoi*), pero que llaman ahora helenas». Para algunos el templo de Zeus en Dodona había sido fundado por Deucalión y Pirra, que habían habitado entre los molosios de aquella región. En el siglo IV a. C., Platón menciona también, aunque sin describirlo, el diluvio que cayó en tiempos de Deucalión y Pirra, y dice que los sacerdotes egipcios ridiculizaban a los griegos por creer que el diluvio había sido solamente uno, cuando en realidad había habido varios. El cronista Paria, que estableció una tabla cronológica el año 265 a. C., afirmó que la inundación de tiempos de Deucalión había tenido lugar mil doscientos sesenta y cinco años antes de su propia época, de modo que según sus cálculos el diluvio ocurrió el año 1539 antes de nuestra era.

Diversos lugares de Grecia reclamaron la honra de haberse hallado asociados de alguna manera con Deucalión y el diluvio. Como era de esperar, la ciudad de Atenas fue uno de ellos. Los atenienses, que se adornaron con plumas prestadas, las de la remota antigüedad de su presencia en tierras áticas, no estaban dispuestos a que los dejasen de lado en el momento de tratar de la cuestión de Deucalión y el diluvio. Por consiguiente, se uncieron al carro del héroe mediante el sencillo recurso de afirmar que cuando las sombrías nubes se acumularon sobre el Parnaso y cayó la lluvia a torrentes en Licorea, donde Deucalión era rey, éste huyó en busca de seguridad a Atenas, en donde fundó al llegar un templo dedicado a Zeus Pluvioso y ofreció acciones de gracias al dios por haberlo salvado de la catástrofe. En esta breve versión de la leyenda no se menciona para nada ningún navío y parece que se nos deja en libertad de suponer que el héroe escapó a pie. Sea lo que fuere, se le atribuye la fundación del antiguo santuario de Zeus Olímpico y se le supone enterrado en la ciudad. Hasta el siglo II d. C. los atenienses mostraban con vanidad patriótica al viajero el emplazamiento de la tumba del Noé griego, próxima al templo de Zeus Olímpico, posterior y bastante más importante, y cuyas columnas en ruinas, que se alzan en grandeza solitaria por encima de la ciudad de nuestros días, todavía atraen la mirada desde lejos y dan testimonio silencioso, aunque elocuente, del esplendor de la antigua Grecia.

No era eso todo lo que los atenienses tenían para enseñar en recuerdo del tremendo cataclismo. En el interior del gran recinto ensombrecido por el vasto templo de Zeus Olímpico llevaban al transeúnte curioso hasta un recinto más pequeño, en tierra olímpica, donde señalaban una grieta del suelo de un codo de anchura. Por aquella grieta, decían, se habían escurrido las aguas del diluvio, y en ella se arrojaban todos los años tortas de harina de trigo mezclado con miel. Al principio esas tortas

tenían a los muertos por destinatarios y eran comidas por los infelices que habían perdido la vida en la gran inundación; ya que sabemos que todos los años se celebraba en Atenas un servicio conmemorativo o misa de réquiem en honor de los ahogados. Se le llamaba Festividad de los Portadores de Agua, seguramente porque aquellas caritativas gentes no arrojaban solamente tortas a través de la grieta sino también agua, con el fin de calmar la sed de los espíritus moradores del mundo inferior y rio únicamente de saciar su hambre.

Otro lugar en el que se conmemoraba con una ceremonia similar la gran inundación era la ciudad de Hierápolis, a orillas del Eufrates. En ella, *y* hasta el siglo II d. C., se adoraba a la manera de otros tiempos a las antiguas divinidades semíticas, disfrazadas con una máscara transparente que les había sido colocada, al igual que se visten estatuas antiguas con ropajes modernos, por la civilización nominalmente griega que las conquistas de Alejandro habían llevado a Oriente. El más importante de esos dioses aborígenes era la famosa diosa siria Astarté, que se manifestaba a sus adoradores griegos bajo el nombre de Hera. Luciano nos ha legado una descripción muy valiosa del templo y de los ritos extraños celebrados en él. Nos dice en ella que, de acuerdo con la opinión general, el santuario había sido fundado por Deucalión, en cuyos tiempos había tenido lugar el gran diluvio. Y a continuación, tomando como pretexto, esas palabras, nos relata la historia griega del diluvio, que según él sucedió de la siguiente manera. La raza actual de los hombres —nos dice— no es la primera de la especie humana; existió otra raza que pereció en su totalidad. Nosotros descendemos de la segunda hornada, qué se multiplicó a partir de los tiempos de Deucalión. En lo que respecta a las gentes anteriores al diluvio se cuenta de ellas que eran excesivamente perversas y desenfrenadas; porque no guardaban la palabra dada con juramento, ni ofrecían hospitalidad a los extraños, ni respetaban a los supli-

cantes, de modo que les sobrevino la gran calamidad. Se abrieron los manantiales de las profundidades, cayó la lluvia a torrentes, se hincharon los ríos y las olas del mar cubrieron la tierra hasta que no hubo más que agua, agua por todas partes, y todos los hombres perecieron. Pero Deucalión fue el único hombre que, a causa de su prudencia y piedad, sobrevivió, y sirvió de vínculo entre la primera y segunda raza de los humanos; y se salvó de la siguiente manera. Tenía una gran arca, y en ella entró junto con sus esposas e hijos, y cuando estaba entrando acudieron a él cerdos, caballos, leones, serpientes y todos los demás animales de la tierra, todos ellos por parejas. Los acogió a todos y ellos no le causaron ningún daño; y no sólo eso, sino que con la ayuda de Dios reinó entre ellos la mayor camaradería, y todos permanecieron en el arca mientras duró la inundación sobre la tierra. Tal es, dice Luciano, la historia griega del diluvio de Deucalión; pero los habitantes de Hierápolis, añade a continuación, cuentan algo maravilloso. Dicen que una gran sima se abrió en su región, y que toda el agua del diluvio se escurrió por ella. Y cuando la tierra estuvo seca, Deucalión levantó altares y fundó al lado de la sima un lugar santo que dedicó a Hera. «He visto la sima —sigue diciendo— debajo del templo, y me ha parecido muy pequeña. Si antiguamente era mayor y se redujo después a las dimensiones actuales es algo que no sé; pero la que he visto es indudablemente pequeña. En recuerdo de esa leyenda celebran la ceremonia siguiente: dos veces al año se trae al templo agua del mar; no sólo la traen los sacerdotes, sino también toda Siria y Arabia, sí, y desde más allá del Eufrates muchos hombres acuden al océano, y todos traen agua. El agua es vertida en la sima, y aunque ésta es pequeña recibe sin embargo gran cantidad de agua. Al llevar a cabo esto dicen que con ello observan la costumbre instituida por Deucalión en el santuario, en memoria a un tiempo de calamidad y de misericordia». Además, en la puerta norte del gran templo se levanta-

ban dos grandes columnas, o más bien obeliscos, de unos ciento diez metros de altura cada uno; y dos veces al año un hombre solía subirse a uno de ellos y permanecer en aquella aérea situación en la punta del obelisco durante siete días. Las opiniones diferían en cuanto a los motivos que lo llevaban a subirse a tan incómodo lugar y a lo que hacía allí arriba. La mayor parte de la gente opinaba que a esa gran altura el individuo en cuestión se hallaba al alcance de los dioses del cielo, que se encontraban lo bastante cerca como para oír distintamente la plegaria que él les dirigía en nombre de toda Siria. Sin embargo, otros se inclinaban más bien por la teoría según la cual el hombre se encaramaba al obelisco para indicar que las gentes habían subido a la cima de las montañas y a la copa de los árboles para escapar de las aguas del diluvio de Deucalión.

En esta versión griega última de la leyenda del diluvio, las semejanzas con la versión babilónica son bastante estrechas; y Plutarco aporta un detalle que aumenta aún más la similitud de ambas. Según él Deucalión soltó una paloma del arca a fin de poder juzgar por su regreso o su huida si continuaba todavía la tormenta o se había calmado ya. En esa forma, la leyenda griega de la gran inundación se hallaba indudablemente coloreada por la influencia semítica, si no moldeada conforme a ella, tanto si los tonos y la forma habían sido importados de Israel como si lo habían sido de Babilonia.

Otra ciudad del Asia Menor que parece haber alardeado de su relación con la gran inundación fue la de Apamea Cibotos, en la Frigia. El sobrenombre de Cibotos, tomado por la ciudad, es palabra griega que significa arca o cofre; y en las monedas de la ciudad acuñadas durante los reinados de Severo, Macrino y Filipo el Viejo vemos un arca que flota sobre las aguas con dos pasajeros a bordo representados de medio cuerpo arriba; al lado del arca aparecen otras dos figuras humanas, de pie, una masculina y otra femenina; y por último en el tejado del arca

hay posados dos pájaros, de uno de los cuales se decía que era un cuervo y del otro que era una paloma con un ramo de olivo en el pico. Y como si se quisiese no dar oportunidad a la duda en cuanto a la identificación de la leyenda se podía leer escrito en la embarcación el nombre de Noé, equivalente griego de la palabra con que los judíos designaban al héroe salvado del diluvio, Noah. Sin duda, con las dos figuras humanas se pretendía representar a Noé y a su mujer, una vez dentro del arca y otra fuera de ella. Esas monedas demuestran sin lugar a discusión que en el tercer siglo de nuestra era los habitantes de Apamea conocían la tradición hebrea del diluvio de Noé en la misma forma en que aparece narrada la historia en el Libro del Génesis. Muy bien pudieron haberla aprendido de sus conciudadanos judíos, que en el siglo I a. C. eran tan numerosos y tan acomodados como para entregar en una ocasión más de cuarenta y cinco kilos de oro y enviarlos a Jerusalén como ofrenda. Si en Apamea la tradición acerca del diluvio era de origen puramente judío o si era injerto de una antigua leyenda nativa acerca de una gran inundación es cosa en la que los estudiosos todavía no se han puesto de acuerdo.

Aunque el diluvio asociado al nombre de Deucalión era el más familiar y famoso, no fue el único conservado por la tradición griega. Por el contrario, las personas instruidas reconocían la existencia de tres grandes catástrofes semejantes que habían asolado el mundo en épocas distintas. La primera, se nos dice, tuvo lugar en tiempos de Ogiges, la segunda en tiempos de Deucalión y la tercera en tiempos de Dárdano. De Ogiges u Ogigo, pues de las dos maneras se escribe el nombre, se dice que fundó la ciudad de Tebas en Beocia y que reinó en ella, ciudad que de acuerdo con el docto Varrón era la más antigua de Grecia, ya que había sido construida en tiempos antediluvianos, antes de la primera de las inundaciones. La relación de Ogiges con Beocia, en general, y con Tebas, en particular es,

además, confirmada por el nombre de Ogigia aplicado a la región, a la ciudad y a una de sus puertas. Varrón nos dice que la Tebas beocia fue fundada unos dos mil cien años antes del momento en que escribe, que fue allá por el año 36 a. C.; y puesto que el diluvio, según él, tuvo lugar en vida de Ogiges, pero después de haber fundado Tebas, deducimos que en el sentir de Varrón la gran inundación ocurrió el año 2136 antes de nuestra era o poco después. De acuerdo con el historiador de la Iglesia Eusebio, la gran inundación del: tiempo de Ogiges ocurrió aproximadamente, dos mil doscientos años después de la de Noé y doscientos cincuenta años antes de la catástrofe similar de los días de Deucalión. Se diría que los primeros cristianos tenían como punto de honor reclamar para el diluvio registrado en sus libros santos una antigüedad bastante mayor que la de cualquier otro descrito en documentos simplemente profanos. El cronista cristiano Julio Africano desciende a Ogiges desde los tiempos de Noé a los de Moisés; e Isidoro, el docto obispo de Sevilla dé comienzos del siglo vil, encabeza su lisia de diluvios con el de Noé y asigna, respectivamente, a los de Ogiges y Deucalión el segundo y tercer lugar en el tiempo; según él, Ogiges fue contemporáneo del patriarca Jacob, mientras que Deucalión vivió en tiempos de Moisés. Ese obispo fue, en la medida de mis conocimientos, el primer escritor, entre otros muchos, que ha reclamado el testimonio de las conchas fósiles incrustadas en montañas remotas como testimonio de la veracidad en la tradición de Noé.

Si Ogiges fue originalmente, como parece probable, un héroe beocio antes que ático, la historia del diluvio de su tiempo pudo muy bien haber sido sugerida por las vicisitudes atravesadas por el lago Copais, que ocupaba antiguamente gran parte de Beoda central. Pues al no tener ningún desagüe en su superficie, el lago dependía enteramente, en cuanto a su drenado, de conductos subterráneos o grietas excavadas por las aguas a lo

largo del tiempo en el lecho de piedra calcárea, y según esos pasos estuviesen cegados o despejados, así subía o bajaba el nivel de la superficie. Quizá no haya existido nunca un lago en el que los cambios anuales hayan sido más regulares y acentuados que en el lago Copáis; porque mientras durante el invierno era una laguna cubierta de cañas y refugio de miles de aves salvajes, al llegar el verano se transformaba en una llanura más o menos pantanosa en la que pastaba el ganado y se sembraban y recogían cosechas. Pero en cualquier momento podía suceder que el nivel de las aguas subiese o bajase más allá de lo acostumbrado, como consecuencia de lluvias demasiado copiosas o demasiado escasas durante el invierno, o por la apertura o atascamiento accidentales de las grietas de desagüe. Del mismo modo que los autores antiguos nos hablan de ciudades que fueron cubiertas por las aguas del lago y que se levantaban en sus márgenes, el viajero de los tiempos modernos nos cuenta la huida dé los aldeanos ante la inundación que avanza o nos dice haber visto viñedos y campos de maíz sumergidos. Muy bien pudo haber sucedido que una inundación semejante, más extensa y destructora que cualquiera de sus predecesoras, haya quedado asociada para siempre al nombre de Ogiges.

La teoría según la cual el gran diluvio de Ogiges fue una inundación extraordinaria del lago Copais se halla apoyada en cierta medida por un acontecimiento paralelo que tuvo lugar en Arcadia. Ya hemos dicho que las leyendas griegas asocian el tercer gran diluvio al nombre de Dárdano. Ahora bien, de acuerdo con una versión de los hechos, Dárdano fue rey de Arcadia hasta que lo expulsó de su reino una gran inundación que anegó las tierras bajas y las inutilizó durante mucho tiempo para la agricultura. Los habitantes de la región huyeron a las montañas y durante algún tiempo se las arreglaron para vivir lo mejor que podían con la alimentación que lograban conseguir; pero al final, viendo que las tierras perdonadas por el agua no

bastaban para sostenerlos a todos, decidieron partir hacia otros lugares; algunos se quedaron allí mismo con Dimas, hijo de Dárdano, al que hicieron rey, mientras que los restantes, conducidos por Dárdano en persona, emigraron a la isla de Samotracia. Según una tradición griega, aceptada por el romano Varrón, Dárdano había nacido en el norte de Arcadia, en la antigua ciudad de Peneo. El lugar es muy significativo, porque, si exceptuamos la región del lago Copais, no se conoce en toda Grecia ningún valle que haya estado sujeto desde la más remota antigüedad a inundaciones de tal magnitud y por períodos tan largos como en el que se asentaba Peneo. Las características naturales de las dos zonas son esencialmente semejantes. En ambos casos se trata de cuencas situadas en terrenos calizos y carentes de desahogo superficial alguno; ambas recogen el agua de la lluvia que les llega procedente de las montañas próximas; ambas desaguan a través de conductos subterráneos que las aguas han horadado en el transcurso del tiempo o que han abierto en la roca los temblores de tierra; y siempre que el cieno los obstruye o que los ciega cualquier otra circunstancia, lo que antes era una llanura se convierte durante algún tiempo en un lago. Pero al lado de esas semejanzas fundamentales existen entre las dos comarcas diferencias acentuadas. Pues mientras la cuenca del lago Copais es una vasta faja de terreno llano un poco por encima del nivel del mar y la rodean peñascos bajos o pendientes suaves, la de Peneo es un estrecho valle montañoso encerrado apretadamente por todos lados entré montañas sombrías de abrupta pendiente, oscurecida la falda superior por los bosques de pinos y coronadas las empinadas cimas con nieve durante muchos meses del año. El río que sirve de desagüe a la cuenca a través de un canal subterráneo es el Ladon, el más románticamente hermoso de todos los ríos de Grecia. La imaginación de Milton halló refugio en «las arenosas márgenes del Ladon cubiertas de lilas»; incluso el prosaico Pausanias

afirmó que no había en toda Grecia y ni siquiera en países extranjeros un río más ameno; y de los recuerdos que he traído conmigo al regresar de Grecia ninguno me causa tanto deleite como el de los días que pasé siguiendo el curso del río, primero desde su nacimiento en el hermoso lago, con sus fuentes en el lado más alejado de la montaña, y después, a lo largo de la profunda garganta arbolada por la que se precipita alborotando y cayendo de roca en roca en medio de sábanas de espuma verdeblanquecina hasta que se une al sagrado Alfeo. Pues bien, el paso por el que se abre camino subterráneo el Ladon desde el valle de Peneo se ha visto obstruido ocasionalmente por los temblores de tierra, y el río ha dejado de fluir. En 1895 me encontraba en las fuentes del Ladon, y un paisano del lugar me dijo que hacía tres años había habido una conmoción violenta a causa de un terremoto y que el agua había dejado de correr durante tres horas, había quedado al descubierto la grieta que se abría en el fondo del lago y los peces se debatían en el cauce, repentinamente seco. Pasadas las tres horas brotó de nuevo el manantial y comenzó a correr un hilillo de agua hasta que al cabo de tres días se produjo una poderosa explosión y el agua brotó incontenible arrollándolo todo a su paso. Tanto en el pasado como en la actualidad se ha tenido noticia de taponamientos semejantes del río; y siempre que la obstrucción ha sido duradera, un lago de extensión y profundidad variables de acuerdo con el mayor o menor grado de oclusión del respiradero subterráneo ha ocupado el valle de Peneo. Según Plinio, la condición del valle hasta entonces había variado cinco veces, de la sequedad al anegamiento y del anegamiento a la sequedad, todas ellas causadas por temblores de tierra. En tiempos de Plutarco la inundación alcanzó tal nivel que la totalidad del valle quedó sumergida, ocurrencia atribuida por las personas piadosas a la ira algo tardía de Apolo, que, supuestamente, se hallaría enfadado con Hércules por haber robado éste en Delfos el trí-

pode profético del dios y haberlo llevado a Peneo unos mil años antes. Sin embargo, más tarde, a finales del mismo siglo, las aguas habían vuelto a bajar, porque el griego Pausanias, aficionado a los viajes, halló seco todo el valle y se enteró de la previa existencia de un lago en aquel mismo lugar sólo porque se lo dijeron.

En un valle de tal naturaleza, que ha pasado tantas veces de lo seco a lo anegado, que ha sido con tanta frecuencia en unas ocasiones extenso lago de aguas azul marino y, en otras, dilatada extensión cubierta de maizales, no se puede pasar por alto y a la ligera los relatos de grandes inundaciones; por el contrario, todo contribuye a confirmar su posibilidad. De modo que la historia según la cual Dárdano, natural de Peneo, se vio forzado a emigrar a causa de una gran inundación que cubrió las tierras bajas, encharcó los campos y empujó a los habitantes hacia las laderas superiores de las montañas podría muy bien apoyarse en hechos reales. Y otro tanto podría afirmarse de la inundación registrada por Pausanias, cuyas aguas sumergieron la antigua ciudad de Peneo, que se levantaba en el extremo norte del lago.

Se dice que Dárdano emigró de las montañas de Arcadia en que vivía a la isla de Samotracia. Según una versión de la leyenda hizo todo el camino en una balsa; pero según otra, la gran inundación le sorprendió no en Arcadia sino en Samotracia, de donde escapó montado en un pellejo inflado, y navegó a la deriva sobre la superficie de las aguas hasta llegar al monte Ida donde tomó tierra y fundó la ciudad de Dardania o Troya. Y se sabe que los naturales de Samotracia, que eran muy rigoristas con respecto a su antigüedad, reivindicaban la existencia de un diluvio propio muy anterior a cualquier otro que hubiese habido sobre la tierra. Afirmaban que las aguas del océano habían subido y cubierto gran parte de la tierra llana de la isla, y que los sobrevivientes habían huido hacia las desiertas montañas

que todavía hacen de Samotracia uno de los lugares más característicos del norte del Egeo y son visibles desde Troya en días de tiempo claro. Como el mar seguía persiguiéndolos en su retirada rogaron a los dioses acudiesen en su ayuda, y una vez a salvo establecieron hitos de acción de gracias por todo el perímetro de la isla y levantaron altares en los que siguieron ofreciendo sacrificios hasta épocas muy posteriores. Y muchos siglos después de la gran inundación los pescadores todavía sacaban en sus redes ocasionalmente capiteles de columnas de piedra que hablaban de ciudades sumergidas en las profundidades del mar. Las causas a que los samotracios atribuían la inundación eran muy peculiares. La catástrofe había sucedido, según ellos, no como consecuencia de unas lluvias excesivamente copiosas sino porque el nivel del océano había experimentado una subida extraordinaria y repentina debida a la rotura de las barreras que hasta entonces habían separado el mar Negro del Mediterráneo. El enorme volumen de agua represado tras esas barreras rompió la contención y, abriéndose paso a través de la tierra que se le oponía, creó los estrechos conocidos en la actualidad con el nombre de Bósforo y Dardanelos, que han venido comunicando desde entonces el mar Negro con el mar Mediterráneo. Cuando el impetuoso torrente atravesó por vez primera el paso acabado de abrir cubrió con sus aguas gran parte de la costa de Asia, así como las tierras bajas de Samotracia.

Ahora bien, la geología moderna ha confirmado en cierta medida esa tradición samotracia. «No hace todavía mucho tiempo —afirma Huxley— las tierras del Asia Menor estaban unidas a las de Europa a través del lugar ocupado actualmente por el Bósforo, y formaban una barrera de cientos de metros de altura que servía de dique a las aguas del mar Negro. Entonces una vasta extensión de la Europa oriental y del Asia central occidental formaba un estanque gigantesco, cuyos bordes, en su extremo inferior, se hallaban probablemente a más de sesenta

metros sobre el nivel del mar, a lo largo de la actual cuenca meridional del Obi, que desemboca en el océano Ártico. En esa represa vertían sus aguas los ríos mayores de Europa, tales como el Danubio y el Volga, y los que; entonces eran grandes ríos asiáticos, el Oxus (actual Amu Darya) y el Jaxartes, con todos los afluentes intermedios. Además recibía el agua en exceso del lago Baljash, entonces mucho mayor que ahora; y, probablemente, también la del mar interior de Mongolia. En aquellos tiempos el nivel del mar de Aral se hallaba como mínimo diez y ocho metros por encima del actual. En lugar de los mares Negro, Caspio y Aral, hoy separados, existía un vasto mediterráneo ponto-araliano, cuyos brazos y fiordos han debido de prolongarse a lo largo de los valles inferiores del Danubio, del Volga (en cuyo curso se encuentran en la actualidad conchas procedentes del Caspio, incluso a tanta distancia como la de Kama), del Ural y de los demás ríos afluentes, aunque parece ser que vertía en dirección norte sus aguas excedentes, a través de la cuenca del Obi». Se cree que tan enorme depósito de agua o vasto mar interior, limitado y contenido por un elevado dique natural que unía el Asia Menor con la península de los Balcanes, existió hasta el período pleistocénico; y se piensa también que la apertura de los Dardanelos, por la cual encontraron al fin las represadas aguas salida hacia el Mediterráneo, tuvo lugar hacia finales del Pleistoceno o incluso más tarde. Pero no se sabe con certeza si el hombre existía en Europa ya en ese período, y algunos sostienen que ya se hallaba habitada durante el Plioceno e incluso durante el Mioceno. Por tanto parece posible que los habitantes de la Europa oriental hayan conservado memoria tradicional del vasto mar ponto-araliano y de su desecación parcial como consecuencia de la perforación del paso que lo comunicó con el Mediterráneo; en otras palabras, a causa de la apertura del Bósforo y de los Dardanelos. Si todo sucedió de esa manera se podría conceder a las tradiciones samotracias un

gran contenido de verdad histórica en relación con las causas asignadas a la catástrofe.

Por otro lado, la geología no parece prestar apoyo alguno a la leyenda de la catástrofe propiamente dicha. Porque las pruebas tienden a demostrar que el estrecho de los Dardanelos no se formó súbitamente, como si lo hubiera producido un dique al reventar, ya fuese debido a la presión del agua o a la conmoción causada por un temblor de tierra, sino que por el contrario se fue abriendo gradualmente como consecuencia de un proceso lento de erosión que ha debido prolongarse a lo largo de muchos siglos, por no decir milenios; pues «limitan el estrecho estratos pleistocénicos inalterados, de más de doce metros de espesor, a través de los cuales, según las apariencias, se ha ido abriendo calladamente el paso actual». De modo que el descenso del nivel de las aguas del mar ponto-araliano hasta que se igualó con el del Mediterráneo difícilmente pudo haber sido repentino y catastrófico, e ir acompañado de una vasta inundación que hubiese cubierto las costas de Asia y Europa; lo más probable es que haya ido teniendo lugar de un modo tan gradual y lento que el total correspondiente incluso a una generación pudo muy bien pasar inadvertido a cualquier posible observador ordinario o incluso a los observadores atentos desprovistos de instrumentos de precisión. Por consiguiente, en lugar de suponer que las tradiciones samotracias han conservado recuerdo fiel de una extensa inundación producida por la apertura del paso de los Dardanelos, parece menos aventurado suponer que la historia de la gran inundación no fue más que producto de la imaginación de un filósofo de la antigüedad que adivinó certeramente el origen de los estrechos sin ser capaz de representarse la extrema lentitud del proceso por el cual la misma naturaleza los había ido excavando. En realidad, el eminente filósofo y físico Estratón, que sucedió a Teofrasto al frente de la escuela peripatética en el año 287 a. C., sostuvo esa teoría

con argumentos puramente teóricos, sin alegar que se tratase de ninguna tradición que le hubiese llegado de los tiempos más remotos, sino apoyándola en sus observaciones personales de las características naturales del mar Negro. Llamó la atención acerca de las enormes cantidades de limo arrastradas anualmente al Euxino por los grandes ríos que desembocan en él, y de ello sacó la conclusión de que si no hubiese sido por el desagüe del Bósforo la cuenca de aquel mar habría sido cegada con el tiempo. Además, expuso la conjetura de que en tiempos antiguos los mismos ríos habían sido los que habían forzado el paso a través del Bósforo, y habían permitido la salida de las aguas acumuladas; primero, hacia el Propóntide (actual mar de Mármara) y luego, a través de los Dardanelos, hasta el Mediterráneo. Pensó también que el Mediterráneo había sido al principio un mar interior y que fueron las aguas represadas las que lo unieron al océano Atlántico abriéndose paso a través del estrecho de Gibraltar. Por consiguiente podemos muy bien sacar la conclusión de que la causa que los samotracios alegan para explicar la gran inundación procedió de una especulación ingeniosa antes que de una tradición antigua.

Existen motivos para creer que la historia de un diluvio, asociada por los griegos a los nombres de Deucalión y Pirra, pudo haber sido, de modo similar, no tanto el recuerdo de un acontecimiento real como una suposición apoyada en la observación de determinados hechos físicos. Ya hemos dicho que, según una versión de la leyenda, las montañas de Tesalia se separaron a causa de un diluvio en tiempos de Deucalión, y que según otra versión diferente el arca con Deucalión a bordo navegó hasta el monte Otris, en Tesalia. Tales referencias parecen apuntar a Tesalia como lugar de origen de la leyenda, y la opinión que los antiguos tenían acerca de las causas que habían modelado los elementos naturales del país apoya poderosamente la indicación. Herodoto cuenta que, según la tradición, en tiempos re-

motos Tesalia era un gran lago o mar interior completamente encerrado entre los montes pelados de Ossa, Pellón, Olimpo, Pindo y Otris, a través de los cuales no existía aún abertura alguna que diese salida a las represadas aguas de los ríos. Más tarde, según los habitantes de Tesalia, Poseidón, dios de los mares y causante de los temblores de tierra, abrió a través de las montañas un desagüe para el lago, formando la estrecha garganta de Tempe a través de la cual el río Peneo ha avenado, desde siempre, la llanura de Tesalia. El piadoso historiador da a entender su creencia en la veracidad de esa tradición local. «Todo aquel que cree que Poseidón hace temblar la tierra —dice el historiador— y que las simas abiertas por los terremotos son obra suya, afirmará, al ver la garganta del Peneo, que fue Poseidón el que la abrió. Porque la separación de las montañas, y eso así me lo parece, es sin duda alguna efecto de un terremoto». La opinión del padre de los historiadores fue aceptada en su esencia por escritores antiguos posteriores a él, aunque uno de ellos atribuyó la creación de la garganta y el desagüe del lago al héroe Hércules, que la voz común hizo responsable de la construcción de sistemas de abastecimiento de aguas a escala gigantesca, entre otros trabajos igualmente beneficiosos al bienestar de la humanidad. Autores más prudentes o más filosóficos se contentaron con atribuir el origen del desfiladero a la acción de un simple temblor de tierra, sin referirse para nada al dios o al héroe que pudieron haber causado la tremenda conmoción.

Pero no tenemos por qué maravillarnos de que la tradición popular haya preferido en este asunto inclinarse a favor de la teoría de la intervención divina o heroica, porque en verdad que las características naturales del paso de Tempe son tales como para despertar en el ánimo temor reverente y el sentimiento de hallarse en presencia de los efectos de poderosas fuerzas primitivas que, por la escala gigantesca de sus obras, contrastan

abrumadoramente con las insignificantes fatigas del hombre. El viajero que desciende por la mañana a la profunda garganta viniendo del oeste tiene ocasión de ver, muy por encima de él, las nieves del Olimpo bañadas en resplandor dorado bajo los rayos del sol naciente, pero a medida que va bajando desaparecen las cimas de las montañas y se encuentra emparedado por muros de altura prodigiosa cortados a pico y tan próximos uno del otro en algunos lugares que casi parecen encontrarse y dejar apenas paso al río y al camino que corre al pie y, allá arriba, a la luz procedente de una delgada cinta del cielo color azul oscuro. Las rocas de la ladera del Olimpo, continuamente presentes ante los ojos del viajero, ya que el camino sigue la margen derecha o meridional del río, son incuestionablemente las más impresionantes y espléndidas de toda Grecia, y se vuelven aún más grandiosas con las lluvias cuando las cascadas descienden por sus pendientes e hinchan la suave y constante corriente del arroyo. La magnificencia del panorama culmina hacia la mitad del paso, donde un enorme peñasco escarpado eleva hacia el cielo su mole colosal, coronada la encumbrada cima con las ruinas de un castillo romano. Sin embargo, la riqueza y verdor de la vegetación templan y suavizan la sublimidad del paisaje. En algunas partes del desfiladero las rocas retroceden lo bastante como para permitir a sus pies pequeños trozos de terreno nivelado y herboso en los que los macizos de siemprevivas —laurel, mirto, olivos silvestres, madroño y el agnocasto o sauzgatillo— están festoneados con viñedos silvestres y hiedra, y jaspeados con la flor carmesí de las adelfas y el oro amarillo de los jazmines y codesos, mientras aroma el aire el perfume penetrante de millares de flores y plantas. Hasta en los lugares más estrechos sombrean las márgenes del río esparcidos sicomoros, que alargan sus raíces hasta la corriente y mojan en ella sus ramas pendientes, mientras el denso follaje forma una cortina tan espesa que casi impide el paso a los rayos del sol. Inclu-

so las desgarradas y agrietadas caras de los mismos poderosos acantilados aparecen ornadas de arbustos y robles enanos siempre que sus raíces encuentran donde agarrarse, y cuyo verdor contrasta vivamente con la superficie blanca y desnuda de la roca calcárea; mientras aquí y allá, en el muro que forman las montañas, se abren vistas de bosques de grandes robles y oscuros abetos que cubren con su manto los empinados declives. El alto arco de sombra y la suave profusión de la vegetación sorprenden al viajero tanto más, por contraste, si llega a la hondonada durante los calores del verano y tras haber atravesado las bochornosas y polvorientas llanuras de Tesalia, sin un árbol que lo proteja frente a los ardientes rayos del sol meridional, sin un soplo de brisa que refresque su frente y sin que Colina o valle alguno, por insignificantes que pudieran ser, alcancen a aliviar la insípida monotonía del paisaje. No maravilla, pues, todo lo que se ha especulado, ya desde antiguo, acerca del origen de tan grande y hermosa garganta, y que tanto la religión como la ciencia primitivas la hayan atribuido a los efectos de algún cataclismo primigenio o estallido súbito y tremendo de energía volcánica antes que a su causa verdadera: la erosión gradual y constante del agua a través de los tiempos.

Por tanto estamos autorizados a concluir con alguna confianza diciendo que la hendidura de las montañas de Tesalia rasgada según la leyenda por el diluvio de Deucalión no era otra que la garganta de Tempe. Y sin ser demasiado atrevidos podríamos quizá ir aún más lejos y aventurar la idea de que la historia de la misma inundación fue sugerida por el deseo de explicar el origen del profundo y angosto desfiladero. Ya que una vez que los hombres hubieron imaginado un gran lago cercado por las montañas de Tesalia, se les pudo haber ocurrido naturalmente la liberación violenta de esas aguas represadas y la vasta inundación que la siguió, aguas cuyo torrente, precipitándose a través de la sima recientemente abierta, barrió a su

paso las tierras bajas adyacentes y llevó consigo la ruina y la devastación. Si hay algo de verdad en esa conjetura, el relato tesalio del diluvio de Deucalión y la historia samotracia de la inundación de Dárdano se hallarían en pie de igualdad: ambos habrán sido simples deducciones extraídas de la realidad geográfica y física, y no habrán contenido reminiscencias de acontecimientos sucedidos. En resumen, ambos habrán sido lo que *sir* Edward Tylor ha llamado mitos de observación antes que tradiciones históricas.

Las historias hindúes antiguas de un gran diluvio

En los himnos védicos no se encuentra ninguna referencia a alguna gran inundación. Esos himnos forman el monumento literario más antiguo de la India y parecen haber sido escritos en épocas diversas que van desde el año 1500 al 1000 a. C., cuando los arios ocupaban todavía el Punjab y no se habían extendido hacia el este y penetrado en el valle del Ganges. Pero en la literatura sánscrita posterior aparece reiteradamente una historia bien definida del diluvio bajo formas que a la acentuada semejanza general aúnan variaciones en cuanto al detalle. Puede que nos baste con citar la más antigua versión conocida, que nos sale al paso en la *Satapatha Brahmana*, importante tratado en prosa sobre el ritual sacro, que según se cree fue escrito no mucho antes de la aparición del budismo y por consiguiente no más tarde del siglo VI a. C. Los arios ocupaban entonces el valle superior del Ganges así como el valle del Indo; pero probablemente aún no había llegado demasiado hasta ellos la antigua civilización del Asia occidental y de Grecia. Sin duda la profunda influencia de las ideas y del arte griegos llegaron siglos más tarde con la invasión de Alejandro, el año 326 a. C. En el *Satapatha Brahmana* la historia del gran diluvio se desarrolla del modo siguiente:

«Por la mañana trajeron a Manu agua para que se lavase, de la misma manera que en la actualidad tienen también la cos-

tumbre de traer agua para lavarse las manos. Cuando se estaba lavando quedó en sus manos un pez que se dirigió a él, diciéndole: 'Cuídame y te salvaré'. '¿De qué me salvarás?' 'Vendrá una inundación que arrastrará consigo a todas esas criaturas; de eso es de lo que te salvaré'. '¿Y cómo he de cuidarte?' El le respondió: 'Mientras somos pequeños nos amenaza la destrucción: el pez grande devora al pez chico. Empezarás por conservarme en un recipiente. Cuando éste se me haya quedado pequeño, cavarás un pozo y me echarás en él. Cuando el pozo se me haya quedado pequeño me llevarás al mar, porque entonces ya estaré a salvo de la amenaza de destrucción'. Muy pronto se convirtió en un *ghasha* (gran pez); porque es el pez que más crece de todos. Entonces habló y dijo: 'Tal año sobrevendrá el diluvio. Y tú me servirás con la construcción de una embarcación; y cuando crezca la inundación entrarás en ella y yo te salvaré'. Después que lo hubo cuidado de la manera indicada lo llevó al mar. Y al llegar el año que el pez le había indicado atendió su advertencia y construyó un barco, y cuando las aguas de la inundación comenzaron a subir entró en su interior. Luego el pez le salió al encuentro nadando y él le ató al tentáculo la soga del barco, y remolcado de esta suerte atravesó rápidamente las montañas septentrionales. El pez habló de nuevo: 'Te he salvado. Amarra el barco a un árbol, pero no dejes que el agua te arrastre mientras estés en la montaña. Cuando descienda el nivel de las aguas también podrás descender tú gradualmente'. Y así sucedió en efecto; él fue descendiendo poco a poco y de ahí que aquella ladera de las montañas del norte sea llamada 'descenso de Manu'. La inundación arrastró consigo a todas las demás criaturas y el único que sobrevivió fue Manu.

»Como deseaba tener descendencia se entregó a la oración y a la práctica de todo género de austeridades. Durante ese tiempo llevó a cabo también un *paka*-sacrificio: ofreció sobre las aguas mantequilla Clarificada, leche agria, suero de leche y cua-

jada. Al año brotó de ello una mujer: se solidificó y se levantó; en las huellas de sus pies se juntaba la mantequilla clarificada. Mitra y Varuna se acercaron a ella y le preguntaron: '¿Quién eres?' 'Soy la hija de Manu', replicó. 'Di que eres nuestra', le ordenaron ellos. 'No', les respondió, 'soy la hija del que me engendró'. Ellos quisieron compartirla. Accedió o no accedió a sus deseos, pero pasó por su lado y llegó junto a Manu. Este le dijo: '¿Quién eres?' 'Tu hija', le replicó. Oh, ilustre, ¿eres mi hija?' respondió él. A lo que habló ella: 'Aquella ofrenda de mantequilla clarificada, leche agria, suero y cuajada que hiciste en las aguas, con ella me has engendrado. Soy la bendición: ¡tómame en el sacrificio! Si me tomas en el sacrificio te harás rico en descendencia y ganados. Cualquiera que sea la bendición que invoques a través de mí, todo te será concedido'. Por consiguiente, la usó como bendición en mitad del sacrificio; porque lo que es intermedio entre la preofrenda y la posofrenda es la mitad del sacrificio. Con ella siguió orando y practicando austeridades, llevado del deseo de descendencia. Por medio de ella engendró esta raza, que es esta raza de Manu; y cualquiera que fuese la bendición que él invocase a su través, todo le era concedido».

Las historias hindúes modernas de un gran diluvio

Los bhil, tribu salvaje y selvática del centro de la India cuentan que, en una ocasión, hace ya mucho tiempo, un hombre piadoso (*dhobi*), que solía lavar sus ropas en el río, fue advertido por un pez de la llegada de un gran diluvio. El pez manifestó que en agradecimiento a su generosidad y constancia en alimentarlo había venido a advertirle y a instarle a que construyese un arca grande para ponerse a salvo. El piadoso hombre, por consiguiente, construyó un arca y embarcó en ella con su hermana y un gallo. Pasado el diluvio Rama envió a su mensajero para que viese cómo iban las cosas. El mensajero oyó cacarear al gallo y de esa manera descubrió el arca. Con lo cual Rama hi-

zo que llevaran el arca a su presencia y preguntó al hombre que quién era y cómo se las había arreglado para escapar. El hombre le contó lo sucedido. Entonces Rama le hizo ponerse sucesivamente de cara al norte, al este y al oeste, y jurar que la mujer que lo acompañaba era su hermana. El hombre se mantuvo firme en su afirmación de que, sin duda, se trataba de su hermana. A continuación Rama le hizo volverse hacia el sur, con lo que el hombre contradijo sus afirmaciones precedentes y aseguró que aquella mujer era su esposa. Tras eso Rama le preguntó quién había sido el que le había aconsejado ponerse a salvo, y al saber que había sido el pez le hizo arrancar inmediatamente la lengua, en pago a sus buenos oficios, de modo que los peces de esa especie carecen de lengua desde entonces. Una vez ejecutada la sentencia contra el pez charlatán, Rama ordenó al hombre que repoblase la devastada tierra. Por consiguiente el hombre desposó a su hermana y tuvo con ella siete hijos y siete hijas. El primogénito recibió de Rama el regalo de un caballo, pero como no sabía cabalgar lo abandonó en la llanura y se fue al bosque a talar árboles. De modo que se transformó en un hombre de los bosques y hombres de los bosques han sido desde entonces sus descendientes, los bhil. En ese relato bhil la advertencia del diluvio próximo dada por el pez a su benefactor humano se parece demasiado al correspondiente incidente de la historia sánscrita de la inundación para que sea independiente de ella. Se puede dudar acerca de si los bhil tomaron la historia de los invasores arios o si, por el contrario, no la habrán aprendido los arios de los aborígenes con que tropezaron en su avance a través del territorio. En favor de esta última posibilidad apunta el hecho de que la historia del diluvio falte en la literatura sánscrita más antigua y aparezca solamente en libros escritos mucho después del asentamiento de los arios en la India.

Los kamar, tribu dravídica de reducidas dimensiones, del distrito de Raipur y estados adyacentes, en las provincias centrales de la India, cuentan lo siguiente acerca de un gran diluvio: Dicen que al comienzo Dios creó un hombre y una mujer, a quienes, ya en edad provecta, les nacieron un hijo y una hija. Pero Dios envió un diluvio sobre el mundo con el fin de ahogar a un chacal que lo había irritado. La anciana pareja tuvo noticia del diluvio próximo, de modo que colocaron a sus hijos en un tronco hueco con abundante provisión de subsistencias para que les durase hasta que la inundación hubiese bajado. A continuación cerraron bien el tronco y el diluvio llegó y duró doce años. La pareja de ancianos se ahogó, junto con todos los demás seres vivientes de la tierra, mientras el tronco flotaba sobre la superficie de las aguas, Pasados doce años Dios creó dos pájaros y los envió para que averiguasen si el molesto chacal se había ahogado. Los pájaros volaron sobre todos los rincones de la tierra y lo único que descubrieron fue un tronco de árbol que flotaba sobre las aguas. Se posaron en él y oyeron de pronto voces débiles y tenues que procedían del interior. Se trataba de los niños, que comentaban la escasez de las provisiones: sólo tenían para tres días más. Entonces los pájaros se fueron volando y dijeron a Dios lo que habían visto, con lo cual Dios hizo bajar la inundación y después de haber sacado a los niños del tronco de árbol les hizo contar su historia. Luego los tomó a su cuidado, y cuando les llegó el momento se casaron, y Dios fue dando el nombre de una casta diferente a cada uno de los hijos que les fueron naciendo, y de ellas descienden todos los hombres que habitan la tierra en la actualidad. En el relato, el incidente de los dos pájaros nos trae al recuerdo el cuervo y la paloma de la historia bíblica, que pudo haber llegado a conocimiento de los kamar a través de algún misionero.

También los anal de Assam dicen que hace tiempo fue inundada toda la tierra. Se ahogaron todos excepto un hombre y

una mujer, que subieron a la cima más alta de los montes Leng y treparon luego a la copa de un árbol entre cuyas ramas se ocultaron. El árbol se levantaba al lado de una gran laguna cuyas aguas eran tan claras como el ojo de un cuervo. Pasaron la noche subidos al árbol y al llegar la mañana ¡cuál no sería su sorpresa al ver que habían sido transformados en un tigre y una tigresa! Viendo el triste aspecto del mundo, el Creador, cuyo nombre es Patian, envió a un hombre y una mujer desde una cueva de los montes para que repoblaran la tierra. Pero al salir de su caverna la pareja se sintió aterrorizada a la vista del imponente tigre y de su tigresa y se dirigió al Creador en los siguientes términos: «Oh padre, nos has enviado para que repoblemos él mundo, pero no creemos que seamos capaces de cumplir tus intenciones ya que todo el mundo se halla cubierto por las aguas y el único lugar en que podríamos plantar nuestra morada se encuentra ocupado por dos bestias feroces que nos esperan para devorarnos; danos fuerzas para deshacernos de ellas». Tras eso mataron los tigres y vivieron felizmente, y trajeron al mundo muchos hijos e hijas, con los cuales se repobló el mundo.

Las historias del diluvio en Oriente

Según los karen de Birmania sobre la tierra cayó hace tiempo un diluvio, y dos hermanos se salvaron de la inundación en una balsa. Las aguas subieron hasta alcanzar el cielo y entonces el hermano más joven vio un árbol de mango que colgaba de la bóveda celeste. Dando muestras de gran presencia de ánimo se encaramó a él y comió de su fruta, pero la inundación cedió de manera repentina y lo dejó en el aire, suspendido del árbol. Al llegar a ese pasaje la narración se interrumpe bruscamente y nos deja en libertad para que imaginemos como mejor podamos qué hizo el joven para salir de la comprometida situación. Los chingpaw o singfo de la alta Birmania cuentan con la tradición de un gran diluvio. Según ellos cuando llegó la inundación

un hombre, Pawpaw Nan-chaung, y su hermana, Chang-hko, se salvaron en un gran bote. Llevaban con ellos nueve gallos y nueve agujas. Tras algunos días de lluvia, arrojaron por la borda un gallo y una aguja para comprobar si las aguas estaban descendiendo. Pero el gallo no cantó y tampoco se oyó el choque de la aguja contra el fondo. Día tras día repitieron la operación sin conseguir mejores resultados hasta que por fin al noveno día el último gallo cantó y se oyó chocar la aguja contra una roca del fondo. Poco tiempo después el hermano y la hermana pudieron abandonar el bote, y caminaron sin rumbo hasta que llegaron a una caverna habitada por dos duendes o hadas (*nats*), macho y hembra. Los duendes rogaron a la pareja que se quedara y fuera útil y servicial, abriendo un claro en la selva, cavando el suelo, cortando leña y acarreando agua. Los dos hermanos así lo hicieron, y muy poco tiempo después ella dio a luz un niño. Mientras los padres se hallaban ausentes trabajando, el anciano duende hembra, que era una bruja, solía cuidar del niño; y siempre que éste lloraba la horrible hechicera le amenazaba con hacerle pedazos, si no se callaba, en un lugar en el que se encontraban nueve caminos. El pobre chiquillo no comprendía el significado de la horrible amenaza y seguía desgañitándose, hasta que un día la vieja bruja llena de furor lo agarró y lo llevó a toda prisa al lugar de encuentro de los nueve caminos donde lo cortó en trozos y salpicó la sangre y esparció los restos sobre los caminos y el terreno de los alrededores. Pero guardó algunos de los pedazos, y los llevó a su cueva en donde preparó con ellos un sabroso guisado. Además, puso en la cuna vacía un trozo de madera. Y cuando la madre regresó del trabajo al atardecer y preguntó por su hijo la bruja le respondió: «Está dormido. Toma y come tu arroz», de modo que la mujer comió el arroz y el guisado y luego se levantó y se acercó a la cuna, pero no encontró en ella más que Un trozo de madera. Y cuando preguntó a la bruja que dónde estaba el niño, ella le respondió con aspe-

reza: «Te lo acabas de comer». La infeliz madre huyó de la casa y en el cruce de los caminos lloró a gritos y pidió con grandes voces al Espíritu Superior que le devolviese la criatura o vengase su muerte. El Espíritu Superior se le apareció y le dijo: «Yo no puedo volver a reunir los pedazos de tu hijo, pero en cambio haré de ti la madre de todas las naciones de la tierra». Y a continuación de un camino brotaron los shan, de otro los chinos, de otro los birmanos, de otro los de Bengala y así sucesivamente todas las razas humanas; y la acongojada madre reclamó a todos como hijos suyos, porque todos habían brotado de los miembros dispersos de su hijo asesinado.

Los bahnar, tribu primitiva cochinchina, cuentan que una vez un gatito riñó con un cangrejo y lo apretó tanto con una pata que hizo un agujero en su caparazón, y el agujero puede verse aun ahora en el caparazón de todos los cangrejos. Para vengar la ofensa el cangrejo hizo que el mar y los ríos se hinchasen hasta que sus aguas llegaron al cielo y todos los seres vivos perecieron con excepción de dos, un hermano y una hermana, que se salvaron en un cofre de grandes dimensiones. En el cofre metieron con ellos una pareja de cada especie de animales, cerraron herméticamente la tapa y flotaron sobre las aguas durante siete días y siete noches. Luego el hermano oyó un gallo que cantaba en el exterior, pues los espíritus habían enviado al ave para que hiciese saber a nuestros antepasados que la inundación había bajado y que ya podían salir del cofre. De modo que el hermano puso primero en libertad los pájaros y los dejó irse volando y luego soltó los animales y por último abandonó él mismo la embarcación en compañía de su hermana y pusieron pie en tierra. No sabían cómo iban a hacer para seguir viviendo, pues ya habían comido todo el arroz que habían almacenado en el cofre. Sin embargo una hormiga negra les trajo dos granos de arroz: el hermano los plantó y a la ma-

ñana siguiente toda la planicie estaba cubierta de una cosecha abundante. Y así se salvaron el hermano y la hermana.

Los benua-jakun, tribu de aborígenes primitiva de la península malaya, en la provincia de Johore, dicen que el suelo que pisamos no es sólido, sino solamente la piel que recubre un abismo inmenso de agua. Hace mucho tiempo, Pirmari, que es la divinidad, rompió esa piel y ahogó y destruyó el mundo con una gran inundación. Pero Pirman había creado un hombre y una mujer y los puso en una embarcación de madera de *pulai* cubierta completamente por encima y sin abertura alguna. En la embarcación la pareja flotó y se balanceó durante algún tiempo, hasta que por fin el improvisado navío se detuvo y el hombre y la mujer, abriéndose paso a través de uno de los costados, pusieron pie en tierra y contemplaron este mundo nuestro que se extendía sin fin, todo alrededor, hasta el horizonte. Al principio todo estaba muy oscuro porque no había mañanas ni tardes, ya que el sol aún no había sido creado. Cuando aumentó la claridad vieron siete pequeños arbustos de rododendro y siete matas de la hierba llamada *sambau*. Entonces se dijeron uno al otro: «¡Oh, en qué situación tan triste nos encontramos, sin tener hijos ni nietos!». Pero pasado algún tiempo la mujer concibió en sus pantorrillas, y de la derecha nació un varón y de la izquierda nació uña hembra. Ese es el motivo de que los nacidos de un mismo vientre no puedan casarse. La humanidad desciende de los dos hijos de la primera pareja.

La leyenda de una gran inundación desempeña un papel importante en las tradiciones populares de los lolos, raza aborigen que ocupa las casi inaccesibles fortalezas montañosas de Yun-nan y otras provincias de la China suroccidental, en las que han conseguido mantener su independencia frente a las intrusiones de los chinos. Se hallan tan lejos del estado salvaje que incluso han inventado escritura propia, de origen ideográfico, y con ella han guardado memoria de sus leyendas, cancio-

nes, genealogías y ritual religioso. Sus manuscritos, copiados y vueltos a copiar, han sido transmitidos de generación en generación. Los lolos creen en patriarcas que viven actualmente en el cielo, pero que antiguamente habitaban en la tierra, donde habían alcanzado edades tan dilatadas como las de seiscientos sesenta e incluso novecientos noventa años y habían sobrepasado así la longevidad del mismo Matusalén. Cada familia, que comprende todas las personas unidas por un apellido común, hace sus devociones ante un patriarca particular. El más famoso de esos personajes legendarios es un cierto Tse-gu-dzih, que disfruta de muchos de los atributos de la divinidad. Fue él quien trajo la muerte al mundo, con la apertura de la caja fatal en que se hallaban contenidas sus semillas; y también fue él el causante del diluvio. La catástrofe sucedió de la siguiente manera. Los hombres eran malvados, y Tse-gu-dzih envió a la tierra a uno de sus mensajeros para que le trajese algo de carne y sangre mortales, que había de pedir a los humanos. Ninguno quiso entregárselas, salvo un solo hombre, que se llamaba Du-mu. De modo que Tse-gu-dzih se inflamó en cólera y sujetó las compuertas de la lluvia, con lo que el agua subió hasta el cielo. Pero Du-mu, que, había satisfecho la petición del dios, se salvó con sus cuatro hijos en el tronco ahuecado de un árbol *pieris*; y con ellos, en la rudimentaria canoa, se salvaron igualmente nutrias, patos salvajes y lampreas. De los cuatro hijos descienden los pueblos que conocen la escritura, tales como los chinos y los lolos. Pero las razas ignorantes descienden de las figuras de madera que Du-mu construyó tras el diluvio para repoblar la tierra. Hasta nuestros días se han venido haciendo las tablillas ancestrales, que los lolos veneran en fechas fijas del año y en las ocasiones importantes de su vida, de la misma especie de árbol en que su remoto antepasado encontró la salvación de las aguas del diluvio; y casi todas las leyendas de los lolos comienzan refiriéndose a ese remoto personaje o a la gran

inundación. Al meditar acerca del origen de esa leyenda del diluvio conviene tener en cuenta que los lolos guardan generalmente una especie de *Sabbath*, de seis en seis días, durante el cual se prohíbe trabajar en el campo y en algunos lugares se prohíbe incluso a las mujeres coser o lavar la ropa. Puestas al lado de esta costumbre, las tradiciones de los lolos acerca de los patriarcas y del diluvio parecen denunciar la influencia cristiana y A. Henry puede muy bien tener razón al atribuirlas a la enseñanza de misioneros nestorianos; porque en el siglo XIII, cuando Marco Polo visitó esas regiones, existían en Yun-nan iglesias de tal heterodoxia y se supone que ya en el año 635 d. C. llegó a China un discípulo de Nestorio.

Los kamchadales narran la historia de una gran inundación que cubrió toda la tierra en los comienzos del mundo. Algunas personas se salvaron en grandes balsas hechas de troncos de árbol atados entre sí; en ellas cargaron sus pertenencias y provisiones abundantes, y flotaron juguetes de las aguas, después de haber arrojado piedras atadas a correas en lugar de áncoras, para evitar que la inundación les arrastrase al mar. Cuando al fin bajaron las aguas del diluvio, las almadías, con la gente que llevaban a bordo, se posaron en la cima de las montañas.

En una enciclopedia china se puede leer la siguiente definición: «Tartaria Oriental. Cuando se viaja desde las costas del mar Oriental hacia Che-lu no se tropieza con arroyos ni lagunas de ninguna suerte aunque la región cuenta con montañas y valles. Y sin embargo, se encuentra en la arena, a considerable distancia del mar más próximo, caparazones de ostras y de cangrejos. Los mongoles que habitan en esos parajes cuentan una tradición que se ha transmitido entre ellos desde tiempos inmemoriales y según la cual, en la más remota antigüedad, las aguas del diluvio inundaron la comarca y cuando se retiraron dejaron la tierra cubierta de arena en los lugares que habían estado sumergidos».

Los batak de Sumatra dicen que cuando la tierra se hizo vieja y sucia el Creador, al que llaman Debata, envió una gran inundación para destruir todos los seres vivos. La última pareja humana se había refugiado en la cima de la montaña más alta y las aguas del diluvio les llegaban ya por la rodilla cuando el Señor de Todo se arrepintió de su decisión de acabar con la especie humana. De modo que tomó un terrón de tierra, lo amasó entre sus dedos, lo ató a una cuerda y lo depositó sobre las aguas en ascenso; la última pareja se subió a él y de esa manera se salvó. Cuando los descendientes de la pareja se multiplicaron el terrón aumentó de tamaño hasta que se transformó en la tierra que habitamos.

Los naturales de Engano, isla situada al oeste de Sumatra, tienen también su historia particular acerca de una gran inundación. En una ocasión, dicen, la marea subió hasta un nivel tal que cubrió toda la isla y se ahogaron todos los seres vivos con excepción de una mujer. Su salvación se debió a la afortunada circunstancia de que cuando las aguas la arrastraban su cabello se enganchó en un árbol espinoso, al que pudo entonces encaramarse. Cuando las aguas bajaron, descendió del árbol y vio con tristeza que se había quedado sola en el mundo. Como comenzase a sentir las mordeduras del hambre, se adentró en la isla en busca de comida, pero al no encontrar nada para comer regresó desconsolada a la playa, con la esperanza de que tal vez podría coger algún pez. Divisó uno, pero cuando trató de agarrarlo se le escapó de las manos y se deslizó en el interior de uno de los cadáveres que flotaban en el agua o en medio del cieno de la orilla. Dispuesta a salirse con la suya la mujer cogió una piedra y le atizó al cadáver un bonito golpe. Pero el pez saltó de su escondrijo y escapó en dirección del interior de la isla. La mujer lo siguió, pero apenas había dado algunos pasos cuando, para su gran sorpresa, se encontró con un hombre. Cuando

ella le preguntó que de dónde había salido, pues ella era la única superviviente de la inundación, él le respondió que alguien había golpeado su cadáver y como consecuencia le había devuelto la vida. Entonces la mujer le contó todo lo que le había sucedido, de modo que resolvieron tratar de devolver la vida a los demás muertos de la misma manera que había sucedido con él, es decir, golpeando con piedras los cadáveres. Con la misma rapidez con que habían tomado la decisión la pusieron en práctica. Los hombres y las mujeres ahogados revivieron al ser golpeados, y de esa manera volvió a poblarse la isla después de la gran inundación…

Los iban o dyak marinos de Sarawak, en Borneo, gustan de relatar una historia que cuenta como la raza actual de los hombres sobrevivióla un gran diluvio y como su antepasado femenino descubrió el arte de hacer fuego. La historia es la siguiente: Hace mucho tiempo unas mujeres dyak fueron a recoger ramitas de bambú para hacer fuego. Cuando ya habían cogido unas pocas caminaron sin rumbo por el bosque hasta que llegaron a lo que les pareció un gran tronco de árbol caído. Se sentaron en él y comenzaron a descortezar las ramitas de bambú, pero con gran sorpresa comprobaron que del tronco brotaban gotas de sangre a cada golpe que daban con los cuchillos. Justamente en ese momento llegaron junto a ellas unos hombres que percibieron al instante la verdadera naturaleza de lo que habían tomado por un tronco caído: se trataba de una enorme boa constrictor en pleno letargo. De modo que se apresuraron a matarla, a cortarla en trozos y a llevarla como alimento al campamento. Cuando se hallaban distraídos friendo los trozos oyeron unos ruidos extraños que salían de la sartén y en el mismo momento comenzó a llover torrencialmente. La lluvia no cesó hasta que todas las cumbres, con excepción de la más alta, se hallaron sumergidas y todo el mundo se hubo ahogado, todo ello debido a que aquellos hombres malvados habían matado y puesto a freír

la serpiente. En la inundación perecieron hombres y animales, excepto una mujer, un perro, una rata y algunas criaturas pequeñas que huyeron a la cima de una montaña muy alta. Una vez en ella buscaron refugio contra la lluvia que seguía cayendo y entonces la mujer observó que el perro había encontrado un lugar abrigado bajo una planta trepadora; porque la trepadora se agitaba con el viento y al agitarse se calentaba con el frote contra el tronco del árbol. La mujer aprovechó la sugerencia y frotando enérgicamente la trepadora contra un trozo de madera produjo por primera vez el fuego. Fue así como se descubrió la manera de hacer fuego, con el frote de dos trozos de madera, precisamente después del diluvio. Como no tenía marido, la mujer se aparejó con los utensilios de hacer fuego y de ellos concibió y dio a luz un hijo al que puso por nombre Simpang-impang, que como su nombre indica no era más que la mitad de un hombre, porque tenía solamente un brazo, una pierna, un ojo, una oreja, una mejilla, medio cuerpo y la mitad de una nariz. Sus compañeros de juegos, los animales, se sentían molestos ante tales defectos de la naturaleza, por lo que él consiguió al fin paliarlos tras haber llegado a un acuerdo con el Espíritu del Viento, que se había llevado unos granos de arroz puestos a secar por el muchacho. Al principio, cuando Simpang-impang reclamó una compensación por el perjuicio causado, el Espíritu del Viento se negó tajantemente a oír hablar del asunto; pero tras haber sido vencido por Simpang-impang en una serie de ejercicios de competición accedió por fin a pagar no en forma de gongs o de otros bienes cualesquiera, de los que carecía por completo, sino otorgándole el resto de la anatomía que le faltaba. Simpang-impang aceptó de buen grado el ofrecimiento y esa ha sido la razón de que desde entonces la gente haya nacido siempre con el número de miembros a que estamos acostumbrados.

Según una versión diferente de la historia, versión también dyak, cuando el diluvio comenzó, un cierto hombre llamado Trow construyó un bote con un gran mortero de madera, que hasta aquel momento había servido para moler arroz. En esa embarcación improvisada embarcó con su mujer, un perro, un cerdo, un ave de corral, un gato y otros seres vivientes, y con ellos se lanzó sobre las aguas. El extravagante barco resistió bien el temporal, y cuando las aguas hubieron bajado Trow y su mujer, con los animales, desembarcaron. El problema que se le planteaba entonces a Trow era el de volver a poblar la tierra, cuando casi toda la especie humana había perecido ahogada; y para resolverlo echó mano de la poligamia, tras haber creado otras mujeres a las que se apresuró a tomar por esposas; las hizo de una piedra, un trozo de madera y en general de todo aquello que le vino a las manos. De modo que muy pronto tuvo familia abundante y florida, que aprendió a cultivar la tierra y de cuyos miembros han descendido diversas tribus dyak.

Los toradja de lengua bare'e, que viven en las Célebes centrales, cuentan también de una inundación que en los comienzos del mundo cubrió toda la tierra, las más altas montañas incluidas, con excepción de la cumbre del monte Wawom Pebato; y como prueba de la veracidad de la historia señalan las caracolas marinas que pueden encontrarse en la cima de cerros que se levantan a seiscientos y más metros sobre el nivel del mar. Nadie escapó a la inundación, excepto una mujer embarazada y una hembra de ratón embarazada también, que se salvaron en la artesa donde comían los cerdos y flotaron sin rumbo, utilizando para remar un cazo en vez de un remo verdadero, hasta que las aguas descendieron de nuevo y la tierra volvió a ser habitable. Entonces la mujer, que miraba a su alrededor buscando arroz para sembrar, vio una gavilla colgada de un árbol arrancado de cuajo que había recalado en la orilla justamente en el lugar donde ella se encontraba. Con ayuda del ratón, que subió a la

copa del árbol y bajó la colgante gavilla de arroz, la mujer pudo plantarlo de nuevo. Pero antes de bajar la gavilla, el ratón exigió que en recompensa por sus servicios se reconociese para siempre a los ratones el derecho a comerse parte de la cosecha. Esa es la causa de que todos los años aparezcan los ratones y recojan de los campos de arroz maduro el premio que les es debido por su pasada ayuda; lo único que no les está permitido es comerse toda la cosecha. En cuanto a la mujer, cuando llegó el tiempo dio a luz un hijo al que tomó por esposo a falta de otro varón. De él tuvo un hijo y una hija, que fueron los antepasados de la actual especie humana.

Los habitantes de Rotti, pequeña isla situada al suroeste de Timor, dicen que hace tiempo las aguas cubrieron la tierra, que todos los hombres y animales se ahogaron y que todas las plantas y hierbas cayeron por tierra. No quedó en seco ni un centímetro de tierra. Incluso las montañas más altas fueron sumergidas, con excepción del pico de Lakimola, en Bilba, que siguió elevándose solitario por encima de las olas. En ese monte se habían refugiado un hombre y su mujer e hijos. Pasaron los meses y las aguas seguían subiendo, cada vez más arriba, de modo que el hombre y su familia vivían con gran temor de que por fin llegasen a alcanzarlos. Por ello rogaron al océano que volviese a su nivel primitivo. El océano les respondió: «Así lo haré si me entregas un animal cuyos cabellos yo no pueda contar». Con lo cual el hombre arrojó a las aguas primero un cerdo, después una cabra, más tarde un perro y luego una gallina, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos porque el océano se las arreglaba para contar exactamente los cabellos de todos ellos y seguía subiendo. Finalmente el hombre arrojó al agua un gato: eso resultó ser ya demasiado para el mar, que no consiguió contar los pelos del animal, de modo que hizo honor a su palabra y las aguas comenzaron a bajar. A continuación apareció el águila pescadora en los cielos y arrojó alguna tierra seca sobre las

aguas, con lo cual el hombre con su mujer e hijos descendió de la montaña en busca de un nuevo hogar. Entonces el Señor ordenó al águila que llevase al hombre semillas de todas las especies, tales como maíz, mijo, arroz, frijoles, zapallos y sésamo, para que pudiese sembrarlos y alimentarse de ellos con su familia. Ese es el motivo de que en Rotti, al final de la cosecha, la gente deje en la plaza del poblado, al aire libre, una gavilla de arroz, como ofrenda al monte Lakimola. Todo el mundo cuece arroz y lo trae junto con nueces de betel, cocos, tabaco, bananas y frutos del árbol del pan, para ofrecerlo a la montaña; hacen fiesta y bailan todo género de danzas para mostrar su gratitud, y le ruegan que les conceda buena cosecha también el año próximo para que la gente tenga bastante que comer.

Los habitantes primitivos de las islas Andaman, en la bahía de Bengala, narran la leyenda de una gran inundación, que puede ser mencionada en este lugar, aunque esas islas no pertenezcan hablando estrictamente al archipiélago índico. Dicen que algún tiempo después de haber sido creados, los hombres se hicieron desobedientes y comenzaron a hacer caso omiso de los mandamientos que el Creador les había impuesto al formarlos. Con ello provocaron su enfado y El envió una gran inundación que cubrió toda la tierra excepto quizá el pico de la Silla de Montar, donde el mismo Creador tenía su morada. Todos los seres vivos, los hombres tanto como los animales, perecieron ahogados, con excepción de dos hombres y dos mujeres que habiendo tenido la buena suerte de hallarse a bordo de una canoa cuando comenzó el diluvio consiguieron escapar con vida. Cuando por fin el nivel de las aguas descendió, el grupito tomó tierra, pero se hallaron en una triste situación porque todos los demás seres vivos se habían ahogado. Sin embargo, el Creador, cuyo nombre era el de Puluga, se apiadó de ellos y para su consuelo creó de nuevo pájaros y animales. Pero aún restaba la dificultad de conseguir fuego, porque durante la catástrofe se ha-

bían apagado las llamas en todos los hogares y como es natural todos los objetos estaban aún empapados. En ese momento acudió oportunamente en ayuda del grupo el espíritu de uno de sus amigos, que había perecido entre las aguas. Al ver sus apuros tomó la forma de un pejerrey y voló al cielo, donde encontró al Creador sentado al lado del fuego. El pájaro se lanzó hacia un tizón de llamas, con la intención de cogerlo en el pico y llevárselo a sus necesitados amigos de la tierra, pero con las prisas y el nerviosismo lo dejó caer sobre el mismo Creador en persona, que encolerizado ante la flagrante falta de respeto y sintiendo el escozor de la quemadura arrojó el encendido tizón contra el animal. Falló el blanco, y el proyectil incandescente pasó silbando a su lado y fue a caer rotundo en el preciso lugar en que se encontraban quejándose y ateridos por el frío los cuatro infelices. Así fue como la humanidad recobró el uso del fuego tras la gran inundación. Cuando se hubieron calentado y tuvieron tiempo de reflexionar acerca de lo que les había sucedido, los cuatro supervivientes comenzaron a murmurar y a reprochar al Creador la destrucción del resto de la especie humana: poco a poco los fue arrastrando la pasión y llegaron incluso a planear la muerte del Creador. De tan impío propósito vino a disuadirlos, sin embargo, el mismo Creador en persona, que les dijo sin morderse la lengua que más les valía ni siquiera intentarlo, porque El era tan duro como la madera, y las flechas que ellos pudieran arrojarle no llegarían ni a hacerle mella, y que si llevaban su atrevimiento a tanto como a ponerle la mano encima, El haría correr la sangre de todo hijo o hija nacidos de madre que hubiese entre ellos. Tan temible amenaza surtió efecto; les explicó, con palabras más suaves, que habían sido los mismos hombres los que habían traído el diluvio sobre sus cabezas por su obstinada desobediencia de los preceptos que El les había señalado, y que a cualquier repetición de la ofensa en el futuro no dejaría de responder con el adecuado castigo. Esa fue la

última vez que el Creador se apareció al hombre y conversó con él cara a cara; desde entonces los isleños de Andaman no han vuelto a verlo, pero no obstante continúan sometiéndose a su voluntad temblorosos y llenos de temor.

Los kurnai, tribu aborigen australiana de la Tierra de Gipps, en Victoria, cuentan que hace mucho tiempo hubo una inundación muy, muy grande; toda la tierra quedó bajo las aguas y todos los hombres negros se ahogaron, excepto uno de ellos y dos o tres mujeres, que se refugiaron en una isla de barro próxima a Puerto Albert. El agua los rodeaba por todos lados. En ese momento el pelícano, al que los kurnai llaman *bunjil borun*, apareció flotando en su canoa, y al ver los apuros de aquella pobre gente se acercó para ayudarla. Una de las mujeres era tan hermosa que se enamoró de ella. Cuando ella pretendía subir a la canoa, él la detuvo diciéndola: «Ahora no; después». De modo que tomó a bordo a todos los demás, uno por uno, y los llevó a tierra firme, y a ella la dejó para el final. Temerosa de quedarse a solas con el barquero, no esperó a que regresase de su último viaje, sino que se echó al agua y huyó nadando. Pero antes de abandonar la isla cogió un tronco y lo disfrazó con su manta de zarigüeya, y lo dejó al lado de la lumbre de modo que pareciese que se trataba de ella misma. Cuando el pelícano regresó para llevársela consigo al otro lado la llamó diciéndole: «Vamos, ya puedes venir». El tronco no respondió, por lo que el pelícano se enfureció, y abalanzándose sobre lo que creía era la mujer alargó la pierna y dio al tronco un tremendo puntapié. Como es natural lo único que consiguió fue lastimarse, y llevado del dolor y del amor propio herido ante la jugarreta que le habían hecho se sintió muy enfadado y comenzó a pintarse de blanco para ponerse en condiciones de enfrentarse al marido de la picara que había tenido el descaro de engañarlo. Se hallaba aún enfrascado en tales preparativos belicosos, y había conseguido pintar de blanco tan sólo la mitad de su negro cuerpo, cuando apareció otro pelícano, que no sabiendo qué hacer con tan extraña criatura, mitad blanca, mitad negra, la golpeó con el picó

y la mató. Esa es la causa de que ahora los pelícanos sean blancos y negros; antes del diluvio eran sólo negros.

Según los aborígenes de las cercanías del lago Tyers, en Victoria, el diluvio ocurrió de la siguiente manera: Hace mucho tiempo una rana gigantesca sorbió toda el agua de la tierra y nadie podía conseguir una gota para beber. La situación era de lo más Incómoda, en especial para los peces, que agitaban las aletas y boqueaban en los cauces secos de los ríos y mares. De modo que los animales se juntaron en conciliábulo y llegaron a la conclusión de que la única manera de obligar a la rana a que devolviese el agua que había tragado era contarle chistes hasta conseguir que se riera. En consecuencia se presentaron ante ella, y de obra y de palabra hicieron el gracioso de tal manera que cualquier persona ordinaria se habría muerto de risa. Pero la rana ni siquiera movía una ceja. Se estaba allí sentada y quieta en melancólico silencio, con sus ojos saltones y sus inflados carrillos, más grave que un juez. Como último recurso la anguila se puso de pie sobre la cola y danzó y culebreó, retorciéndose con las más ridículas contorsiones. La rana ya no fue capaz de soportarlo. Sus facciones se aflojaron y se rió hasta que las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas y el agua le brotó de la boca. Sin embargo, los animales consiguieron ahora más de lo que habían pretendido, pues el agua devuelta por la rana produjo una gran inundación en la que mucha gente pereció ahogada. Sin duda habría muerto toda la humanidad si no hubiese pasado por allí el pelícano en una canoa, que fue recogiendo a los supervivientes y poniéndolos a salvo.

Los relatos acerca del diluvio en Nueva Guinea y Melanesia

En el distrito de Kabadi de la Nueva Guinea británica, los naturales cuentan la tradición de que hace mucho tiempo un cierto hombre llamado Lohero y su hermano más joven se enfadaron con la gente que los rodeaba, y arrojaron un hueso hu-

mano a un arroyuelo. Muy pronto llegó la inundación, que formó un mar de agua, anegó las tierras bajas y empujó a la gente hacia las montañas, y poco a poco las obligó a buscar refugio en las cumbres de los picos más altos. Vivieron en ellos hasta que las aguas retrocedieron, y entonces algunos bajaron a las llanuras mientras otros permanecían en los riscos y en ellos levantaban sus viviendas y comenzaban a cultivar la tierra.

Los valmans de Puerto Berlín, en la costa septentrional de Nueva Guinea, cuentan que en una ocasión la mujer de un hombre muy bueno vio un gran pez que nadaba hacia la orilla. Llamó entonces a su marido, pero éste no fue capaz de ver el pez, por lo que ella se rió de él y le hizo esconderse detrás de un plátano para que pudiera ver sin ser visto. Cuando el hombre consiguió por fin ver el pez se asustó de tal manera que envió a buscar a su familia, un hijo y dos hijas, y les prohibió coger aquel pez y comerlo. Pero sus vecinos se armaron de arco y flechas y una cuerda, con lo que capturaron al pez y lo arrastraron a tierra. Aunque el buen hombre les advirtió que no lo comieran, no le hicieron el menor caso. Entonces él cogió apresuradamente parejas de todas las especies de animales y las subió a la copa de los árboles, mientras él y su familia se encaramaban a un cocotero. Apenas aquellos hombres malvados habían acabado de comer el pez cuando brotó agua de la tierra con tal fuerza que a nadie le dio tiempo de ponerse a salvo. Hombres y animales se ahogaron en su totalidad. Cuando el agua hubo alcanzado la copa del árbol más alto volvió a bajar con la misma rapidez con que había subido. Y el buen hombre descendió del árbol con toda su familia y volvió a cultivar la tierra.

De los naturales de Río Mamberano, en la Nueva Guinea holandesa, se dice que cuentan una historia según la cual una gran inundación causada por el desbordamiento del río cubrió con sus aguas el monte Vanessa y sólo se salvaron de ella un hombre y una mujer, en compañía de un cerdo, un canguro, un pi-

chón y un casuario. El hombre y su mujer fueron los antepasados de los hombres actuales, mientras que de las bestias y pájaros descienden las especies que existen ahora. En el monte Vanessa aún se encuentran los huesos de los animales ahogados.

Los habitantes de las Fidji dicen que hubo una vez un gran diluvio, al que ellos llaman Walavu-levu. Según unos se trató de un diluvio parcial, pero para otros fue universal. La catástrofe ocurrió de la siguiente manera: El gran dios Ndengei tenía un pájaro monstruoso llamado Turukawa que solía despertarlo puntualmente con su arrullo todas las mañanas. Un día sus dos nietos, ya fuese por accidente o a propósito, mataron con las flechas de sus arcos al pájaro y enterraron la carroña para ocultar el hecho. De modo que la divinidad se quedó dormida más de la cuenta, y como se sintiera muy disgustado por la desaparición de su ave favorita envió a su mensajero Uto para que la buscase por todas partes. Pero la búsqueda resultó infructuosa. El enviado regresó con la noticia de que no aparecía rastro del perdido animal por parte alguna. Pero una segunda búsqueda dio mejores resultados y culpó de la muerte a los dos nietos del anciano dios. Para huir de la cólera de su airado abuelo los dos pillos escaparon a las montañas y se refugiaron en una tribu de carpinteros que accedieron amablemente a construir una sólida empalizada que mantuviese a raya a Ndengei y sus alguaciles. Como lo dijeron lo hicieron, y durante tres meses el dios y sus esbirros sitiaron la fortaleza en vano. Por fin, abandonando la idea de capturar el recinto empleando medios convencionales, la burlada divinidad despidió a sus huestes y se puso a meditar en una venganza más segura. Siguiendo sus órdenes las negras nubes se apelotonaron y reventaron, y cayeron sobre la tierra sentenciada torrentes de lluvia. Una tras otra desaparecieron bajo las aguas las ciudades, los cerros y las montañas; pero durante mucho tiempo los rebeldes, a salvo en las alturas de la aldea, miraron con indiferencia la creciente marejada. Por fin,

cuando las olas lamieron los muros de madera y comenzaron incluso a filtrarse por entre los troncos, los sitiados clamaron auxilio a un dios, que, según unas versiones, les aconsejó que construyesen toda una flota con el fruto de la pamplemusa; según otras les envió dos canoas, o les enseñó a construir una por sí mismos de modo que pudieran ponerse a salvo. El que vino a rescatarlos fue Rokoro, dios de los carpinteros, en compañía de su capataz Rokola. La pareja flotó sobre las aguas entre dos grandes canoas dobles, y al mismo tiempo iba recogiendo, a los que se ahogaban y poniéndolos a salvo en las embarcaciones hasta que las aguas hubieron bajado. Otros sostienen, sin embargo, que los supervivientes se salvaron en grandes cuencos, que flotaban sobre las aguas. Sean cuales fueren las variaciones sin importancia introducidas en la leyenda de las Fidji, todas están de acuerdo en que incluso los lugares más altos fueron cubiertos por el diluvio y que los restos de la raza humana se salvaron en algún tipo de embarcación, que fue depositada al final por las aguas en retroceso en la isla Mbengha. El número de los que de ese modo sobrevivieron a la inundación fue de ocho. Dos tribus fueron completamente destruidas por las aguas; una de ellas estaba formada exclusivamente por mujeres y los miembros de la otra tenían rabo como el de los perros. Dado que los sobrevivientes de la inundación tomaron tierra en su isla, los naturales de Mbengha han reclamado para sí el rango más alto entre los nativos de las islas Fidji, y sus jefes siempre desempeñaron un papel destacado en la historia del archipiélago: solían titularse a sí mismos «súbditos únicamente de los cielos». Se cuenta también que antiguamente los naturales de esas islas mantenían siempre a punto grandes canoas por si acaso sobrevenían otros diluvios, pero en la actualidad ya no se practica esa costumbre.

Los melanesios de las Nuevas Hébridas dicen que su gran héroe legendario Qat desapareció del mundo durante un dilu-

vio, y muestran el lugar mismo desde el que se hizo a la mar para llevar a cabo su último viaje. Se trata de un ancho lago situado en el centro de la isla de Gaua. En tiempos de Puat el espacio ahora ocupado por el lago era una extensa llanura cubierta de bosque. Qat derribó uno de los árboles más altos del bosque y con el tronco caído comenzó a construirse una canoa. Mientras se hallaba ocupado en esa tarea sus hermanos solían llegarse a él y burlarse de sus esfuerzos, cuando lo veían sentado y cubierto de sudor junto a la inacabada embarcación, bajo la espesura de la densa jungla tropical. «¿Cómo te las vas a arreglar para transportar semejante canoa descomunal a través del espeso bosque hasta el mar?», le preguntaban en tono de burla. «Esperad y lo veréis», era lo único que se dignaba contestarles. Cuando la cartoa estuvo acabada hizo entrar en ella a su mujer y a sus propios hermanos y a todos los seres vivos de la isla, incluso las hormigas más pequeñas, y se encerró con todos ellos en la embarcación, a la que había dotado de cubierta. Luego cayó un diluvio; la gran hoya de la isla quedó llena de agua, que rompió el cerco de los montes en el lugar en que desciende en la actualidad hacia el mar, con rumor de trueno y entre velos de líquido pulverizado, la gran cascada de Gaua. Por allí pasó la canoa transportada por la rápida corriente a través de los montes, y poniendo rumbo al mar se perdió de vista. Los indígenas dicen que el héroe Qat se llevó consigo lo mejor de cada cosa, cuando desapareció de esa manera, y todavía esperan con nostalgia su retorno.

Las historias del diluvio en Polinesia y Micronesia

Los naturales de esos grupos de islas que con el nombre general de Polinesia y Micronesia se hallan esparcidas por el Pacífico cuentan leyendas de una gran inundación en la que perecieron muchas gentes. «Los detalles principales —se nos dice— de las tradiciones que se han impuesto entre los habitantes de los diferentes grupos son los mismos, aunque cambian en gra-

do diverso distintos aspectos de poca importancia. Los relatos de un grupo dicen que antiguamente Taaroa, el dios principal (el creador del mundo según la mitología de esas islas), enfadado con los hombres porque no obedecían los preceptos que él les había señalado, volcó el mundo en el mar, con lo que la tierra se hundió en el agua, a excepción de unos pocos *aurus* o puntos salientes que al emerger sobre la superficie formaron el núcleo principal de islas. Según el recuerdo conservado entre los habitantes de Eimeo, tras la inundación de la tierra, cuando retrocedieron las aguas, un hombre desembarcó de una canoa cerca de un lugar de la isla llamado Tiataepua, y levantó un altar o *marae* en honor del dios que veneraba y lo había salvado».

En Tahití la leyenda cuenta lo siguiente: Tahití fue destruida por el mar: no sobrevivió ningún hombre, ni ningún perro, ni ninguna ave, ni ningún cerdo. El viento se llevó los bosquecillos de árboles y las piedras. Los destruyó, y las aguas cubrieron la tierra. Pero se salvaron dos personas, marido y mujer. Cuando llegó la inundación la mujer tomó consigo su perrito, sus pollitos y su gatito; el marido cogió el cerdito. (Esos eran los únicos animales que los indígenas conocían antiguamente; y como la palabra *fanaua* es al mismo tiempo singular y plural y puesta al lado de un nombre forma su diminutivo no podemos saber a ciencia cierta si el relato se refiere a un perrito o varios perritos, y así con los demás animales). El marido era partidario de buscar refugio en el monte Orofena, montaña elevada de Tahití, alegando su altura, que suponía difícilmente alcanzable por las aguas. Pero la mujer opinaba que el mar llegaría también a la cumbre del monte Orofena, por lo que le parecía mejor dirigirse al monte O Pitohito, en donde de seguro que no los alcanzaría la inundación. De modo que al monte O Pitohito se dirigieron; y ella había tenido razón, porque las aguas cubrieron el Orofena, pero no cubrieron el O Pitohito, cuya cima sobresalía en el desierto líquido, y en ella se refugiaron. Allí

permanecieron al acecho durante diez noches, hasta que las aguas retrocedieron y las cimas de las montañas comenzaron a emerger en medio de las olas. Cuando el mar hubo vuelto a su nivel primitivo, la tierra estaba devastada y no había alimentos, tampoco había otros hombres, y los peces se pudrían en los agujeros y cavernas de las rocas. Dijeron: «Haz un agujero para los peces del mar». También el viento cedió, y cuando todo estuvo en calma comenzaron a caer del cielo los árboles y las piedras, que el viento había arrastrado a las nubes. Porque todos los árboles de la tierra habían sido arrancados por el huracán y transportados por su torbellino. La pareja miró a su alrededor y la mujer dijo: «Nos hemos salvado de las aguas del océano, pero ahora pueden matarnos o herirnos las piedras que están cayendo. ¿Cómo nos pondremos al abrigo?». De modo que cavaron un agujero, revistieron con hierba las paredes y lo cubrieron con tierra y piedras. Entonces se deslizaron en su interior, y acurrucados en él escuchaban con terror el silbido y el choque contra el suelo de las piedras que caían de las nubes. Poco a poco la lluvia de piedras se fue calmando, hasta que ya sólo caían pequeños grupos separados por largos intervalos, luego alguna que otra piedra aislada ocasional, y por último cesó por completo. Entonces la mujer dijo al marido: «Levántate y sal a ver si las piedras siguen cayendo», Pero él le respondió: «No, no saldré, no sea que alguna me caiga encima y me mate». Esperaron aún todo un día y una noche, y a la mañana siguiente él dijo: «Verdaderamente el viento se ha calmado y ya no caen piedras ni troncos de árboles, y tampoco se oye el ruido de las piedras contra el suelo». Salieron de su refugio y vieron que las piedras caídas y los troncos de árbol formaban un montón alto como un cerro. En cuanto a la tierra allí estaban el suelo y las rocas, pero el agua había arrancado los arbustos. Bajaron al llano y no podían dar crédito a sus ojos: no quedaban casas, ni cocoteros, ni palmeras, ni árboles del pan, ni hibiscos, ni hier-

ba: la inundación lo había destruido todo. Entonces cohabitaron. La mujer dio a luz dos niños, uno era un hijo, el otro una hija. Se lamentaron marido y mujer de que no hubiese con qué alimentar a los niños. La madre dio a luz de nuevo, pero seguía sin haber comida para los niños; entonces el árbol del pan dio fruto, y también el cocotero y hubo todas las demás especies de alimentos; y con el tiempo la tierra se llenó también de seres humanos, porque aquella pareja fueron los primeros padres de toda la descendencia posterior.

En Raiatea, una de las islas Leeward que pertenece al grupo de las Tahití, la leyenda contaba que poco después de que los descendientes de Taata hubiesen poblado el mundo, el dios del mar Ruahatu descansaba tranquilamente entre arrecifes de coral en el fondo del océano, cuando su reposo fue rudamente perturbado. Un pescador, que remaba en su canoa por encima del dios, habiendo olvidado su presencia o ignorándola, lanzó sus anzuelos entre las ramas de los corales que cubrían el fondo bajo las claras y transparentes aguas, con tan mala fortuna que se engancharon en el pelo de la dormida divinidad. Tras grandes esfuerzos el pescador logró desengancharlos de las olímpicas guedejas y comenzó a subirlos rápidamente. Pero el dios, encolerizado porque le habían interrumpido la siestecita subió también a la superficie echando burbujas, asomó la airada cabeza por encima de las aguas, reconvino al pescador por su impiedad y le amenazó con destruir la tierra en venganza. El atemorizado pescador se postró ante el dios marino, confesó la falta e imploró el perdón, y rogó que la sentencia pronunciada fuese dejada en suspenso, o al menos que a él se le perdonase la vida. Movido a piedad por su penitencia y por sus insistentes ruegos Ruahatu le ordenó que volviese a casa y recogiese a su mujer e hijo y que fuese con ellos a Toamarama, islita situada en medio de los arrecifes en la costa oriental de Raiatea. Allí estaría a salvo —se le aseguró— mientras la destrucción de las is-

las circundantes tenía lugar. El hombre volvió apresuradamente a su hogar, tomó con él a su mujer y a su hijo y se dirigió a la islita que habría de servirle de refugio en el atolón. Algunos dicen que llevó también consigo a un amigo, que estaba viviendo bajo el mismo techo, junto con un perro, un cerdo y un par de aves de corral; de modo que los refugiados fueron cuatro almas, junto con los únicos animales domésticos entonces conocidos en las islas. Llegaron al puerto de abrigo antes de que terminara el día, y tan pronto como el sol se hubo puesto las aguas comenzaron a subir y los habitantes de la cercana costa abandonaron sus moradas y huyeron hacia las montañas. Las aguas subieron durante toda aquella noche y por la mañana sólo aparecían por encima de las olas los picos de las montañas más altas. Poco a poco incluso ellos quedaron sumergidos, y perecieron todos los que habitaban la tierra. Posteriormente las aguas se retiraron, el pescador y sus compañeros abandonaron su refugio, recobraron sus hogares de tierra firme y llegaron a ser los progenitores de los hombres de la actualidad.

La islita de coral en la que se refugiaron esos primeros padres de la especie humana actual cuando huyeron de la inundación no levanta en su punto más alto más de un metro sobre el nivel del mar, de modo que resulta difícil comprender cómo se las arreglaron para sobrevivir, dado que las altas montañas que se levantan a cientos de metros por encima de la cercana costa quedaron sumergidas. Semejante dificultad no significa sin embargo ningún obstáculo infranqueable para la fe de los naturales; por lo general se abstienen de discutir acerca de las dudas suscitadas por el escepticismo, y en apoyo del relato señalan triunfalmente a los ojos del extraño los corales, conchas y otros materiales de origen marino que son hallados ocasionalmente enterrados cerca de la superficie en las cimas de las montañas más altas. Tiene que tratarse, afirman con convicción, de las

que fueron depositados en ese lugar por las aguas del océano cuando inundaron las islas.

Llama la atención, como podremos ver más adelante, el hecho de que en esas leyendas tahitianas se atribuya la inundación únicamente a la subida de las aguas del mar, y no a las lluvias, que no son ni siquiera mencionadas. A ese respecto el reverendo William Ellis, que se encargó de registrar esas leyendas, observa lo siguiente: «A menudo he hablado acerca de ello con los naturales, tanto de los grupos del norte como de los del sur, pero nunca les oí decir que sus tradiciones hablasen de que las compuertas del cielo se hubiesen abierto o de que hubiese llovido a raudales. En la leyenda de Ruahatu, la de Toamarama en Tahití y la kai de Kahinárii en Hawai, se atribuye la inundación a la subida de las aguas del océano. En todos los casos se supone que la ira del dios fue la causa de la inudación del mundo y de la muerte de todos sus habitantes».

Cuando Ellis habló en 1822 a los naturales de Hawai acerca del diluvio narrado en las Sagradas Escrituras, ellos le contaron una leyenda semejante que les venía siendo transmitida de generación en generación. «Dicen que la recibieron de sus padres y que según ella la tierra había sido cubierta en una ocasión por las aguas del océano, con excepción de uno de los picos de la cumbre del Mouna-Kea, en el que una pareja de seres humanos se salvó de la destrucción que afectó a todo el resto, y añaden que nunca habían oído hablar de ninguna embarcación ni de Noé, y que siempre habían estado acostumbrados a hablar de la *kai a Kahinárii* (mar de Kahinárii)».

Los maoríes de Nueva Zelanda narran una larga historia acerca del diluvio. Dicen que cuando los hombres se multiplicaron sobre la tierra y existían muchas grandes tribus, el mal se imponía por todas partes y las tribus disputaban unas con otras y se hacían la guerra. La veneración del gran dios Tane, que había creado al hombre y a la mujer, se hallaba en el olvido, y se

conculcaban abiertamente todos sus mandamientos. Vivían entonces dos profetas que no cesaban de enseñar la doctrina verdadera acerca de la separación de los cielos y la tierra, pero no se les hacía ningún caso y se les ridiculizaba diciendo que no eran más que unos impostores, pues los cielos y la tierra habían estado desde los comienzos de la misma manera en que entonces se les, veía. Los dos prudentes profetas se llamaban respectivamente Para-whenua-mea y Tupu-nuia-uta. Ellos continuaron la predicación hasta que las tribus los maldijeron diciendo: «Podéis comeros las palabras de vuestra historia como si se tratase de alimentos, y podéis comeros también las cabezas del relato». Cuando los hombres malvados dijeron las perversas palabras «comer las cabezas» los profetas se sintieron ofendidos y se enfadaron. De modo que tomaron sus hachas de piedra y abatieron algunos árboles, y los llevaron a donde nace el río Tohinga, y allí los ataron con lianas y cuerdas, para hacer una gran almadía. Después levantaron una casa sobre ella, y guardaron gran cantidad de provisiones, raíces de helecho, batata y un perro. A continuación recitaron fórmulas mágicas y pidieron que lloviese en tal abundancia que los hombres no pudiesen por menos de reconocer la existencia y el poder del dios Tañe y tuviesen que rogar en solicitud de piedad y misericordia. Luego los dos profetas embarcaron en la balsa, en compañía de dos hombres llamados Tiu y Reti, respectivamente, y de una mujer llamada Wai-puna-hau. Pero en la balsa estaban también otras mujeres. Tiu hacía en la embarcación el papel de sacerdote, de modo que rogó que cayese la lluvia y realizó conjuros. Vino la lluvia y llovió a torrentes durante cuatro o cinco días, tras los cuales el sacerdote improvisado recitó nuevos conjuros para que la lluvia cesase, y la lluvia cesó. Pero la inundación siguió subiendo; al día siguiente alcanzó el lugar en donde se encontraban nuestros héroes y un día después las aguas mecieron la balsa y la hicieron descender siguiendo el

curso del río Tohinga. La inundación parecía entonces un inmenso mar y la balsa navegaba a merced de las olas. Cuando hubieron transcurrido unos siete meses, el sacerdote Tiu dijo a sus compañeros: «No moriremos, la balsa se posará sobre la tierra firme»; y al octavo mes volvió a decir: «El nivel del mar ha bajado; la inundación ha comenzado a retroceder». Entonces los dos profetas le preguntaron: «¿Cómo lo sabes?». Y él les respondió: «Por las señales que veo en mi báculo». Porque había levantado su altar en uno de los lados de la embarcación, y ante él llevaba a cabo los ritos y repetía las fórmulas del conjuro y no dejaba de observar su báculo. Y cuando llegó el tiempo comprendió las señales del báculo, y dijo a sus compañeros: «Se han calmado los vientos violentos de las pasadas lunas, se han tranquilizado los vientos del mes en que estamos y el mar se halla en reposo». Al octavo mes la balsa ya no se movía sobre las olas como lo había hecho anteriormente; ahora cabeceaba y se balanceaba, por lo que el sacerdote comprendió que las aguas eran poco profundas y que la embarcación se aproximaba a tierra. Se dirigió a sus compañeros y les dijo: «Esta luna arribaremos a tierra firme, porque las señales de mi báculo me dicen que el mar se está haciendo menos profundo». Mientras flotaban sobre la profundidad del mar no dejaban de repetir fórmulas mágicas y de llevar a cabo ceremonias en honor del dios Tañe. Por último se posaron sobre tierra firme en Hawai. Pensaban que podrían hallar todavía vivos a algunos de los antiguos moradores del mundo, y que la tierra ofrecería un aspecto semejante al que tenía antes de la inundación. Pero todo se hallaba transformado. En algunos lugares se abrían grietas y simas y en otros el terreno estaba revuelto y confundido a causa de la inundación. Y absolutamente nadie había logrado sobrevivir. Los mismos que descendieron de la balsa y pusieron el pie en tierra firme eran los únicos que habían logrado salvarse de todas las tribus del mundo. Lo primero que hicieron al des-

embarcar fue llevar a cabo ceremonias en honor del dios y repetir fórmulas mágicas. Se postraron ante el dios Tane, y ante los Cielos (Rangi), y adoraron a Rehua y a los demás dioses; y al mismo tiempo que les prestaban acatamiento les ofrecían algas, una longitud1 igual a la de los dos pulgares del sacerdote unidos para cada uno de los dioses. A cada uno se le prestaba adoración en un lugar diferente, y cada uno tenía su altar particular ante el que eran recitadas las fórmulas mágicas. El altar eran las raíces de la hierba, un arbusto, un árbol o una mata de lino. Tales eran los altares de los dioses en aquellos tiempos, y en la actualidad si alguno de los moradores de las tribus se acerca a ellos, los alimentos que haya comido se hincharán en su estómago y le causarán la muerte. A tales lugares sagrados sólo puede aproximarse el sacerdote principal. Si las gentes comunes fuesen a esos lugares benditos y luego al volver a la tribu preparasen la comida, todos los que comiesen de ella morirían. Sobre los alimentos caería la maldición de los dioses como castigo del pecado cometido por el pueblo al profanar la santidad de los altares, y por ello morirían los que los hubiesen probado. Cuando las personas que se habían salvado en la balsa hubieron llevado a cabo las ceremonias exigidas para el levantamiento del tabú que pesaba sobre ellas, trataron de obtener fuego por fricción en uno de los lugares sacros. Y con el fuego el sacerdote encendió manojos de hierba, y sobre cada altar, al lado de la pieza destinada al dios, puso un manojo en llamas; y los sacerdotes ofrecieron las algas a los dioses en acción de gracias por haberse salvado de la inundación y por haber conservado las vidas a bordo de la balsa.

En la Micronesia, igual que en la Polinesia, se guarda memoria de una gran inundación. Los naturales de la isla Pelew dicen que en una ocasión un hombre subió a los cielos, desde donde todas las noches los dioses dirigen a la tierra la mirada de sus brillantes ojos, que son las estrellas del firmamento. El avispado

individuo robó uno de aquellos ojos luminosos y lo trajo consigo a la tierra, y desde aquel día el dinero de los isleños ha sido fabricado a partir del material de la estrella. Pero los dioses se irritaron sobremanera ante semejante robo y bajaron *in continenti* a la tierra para reclamar lo que les pertenecía y castigar al ladrón. Tomaron la apariencia de los demás hombres y fueron de puerta en puerta pidiendo abrigo y comida. Pero los hombres eran tacaños y expulsaban con malos modos a los mendigos sin darles ni siquiera un bocado o un simple sorbo de agua. Sólo una mujer vieja los recibió con amabilidad, les hizo entrar en su casa y les ofreció lo mejor que tenía para comer y beber. Por lo cual al marcharse aconsejaron a la anciana hiciese una balsa de cañas de bambú antes del próximo plenilunio, y que una vez llegada la noche de luna llena se echase a dormir en ella. La mujer lo hizo como le habían dicho. Y cuando el disco de la luna apareció completo en el firmamento estalló una tormenta terrible y comenzó a llover a raudales. Las aguas del océano subieron y subieron, cada vez más altas, e inundaron las islas, hendieron las montañas y destruyeron las moradas de los hombres; y la gente no supo qué hacer para salvarse, por lo que perecieron todos ahogados. Pero la buena mujer, profundamente dormida en su balsa de cañas, flotó a la deriva sobre las aguas hasta que su cabello se enganchó en las ramas de un árbol que crecía en la cima del monte Armlimui. Y se quedó en aquel lugar mientras la inundación retrocedía y las aguas descendían cada vez más por los flancos de la montaña. Más tarde los dioses bajaron a la tierra de nuevo, para buscar a la buena mujer que habían tomado bajo su protección, pero la encontraron muerta. Por lo cual mandaron llamar a una de sus mujeres, que vivía con ellos en el cielo, y le hicieron entrar en el cadáver de la anciana, con lo que ésta volvió a la vida. Entonces los dioses engendraron en la mujer resucitada cinco hijos, y tras haberlo hecho retornaron a su morada celeste; también regresó a su

mansión entre las estrellas la diosa que se había prestado a reanimar el cadáver de la muerta. Y los cinco hijos de los padres divinos, juntó con la madre mortal, repoblaron las islas Pelew, y de ellos descienden los actuales habitantes.

Las historias del diluvio en Suramérica

En tiempos del descubrimiento, los indios del Brasil, en las vecindades de lo que más tarde fue llamado Río de Janeiro, contaban una leyenda de un gran diluvio del que sólo se habían salvado dos hermanos con sus esposas respectivas. Según una versión las aguas cubrieron toda la tierra y perecieron todos los hombres excepto los antepasados de los narradores, que se habían puesto a salvo trepando a los árboles; sin embargo, otros opinaban que los supervivientes se habían salvado a bordo de una canoa.

Tal como la contó el francés André Thevet, que viajó por el Brasil hacia mediados del siglo XVI, la historia narrada por los indios de la zona próxima al cabo Frío era la siguiente. Un cierto brujo de renombre llamado Sommay tenía dos hijos nombrados respectivamente Tamendonare y Ariconte. Tamendonare labraba el suelo y era buen esposo y padre, y tenía mujer e hijos. Pero a su hermano Ariconte le traían sin cuidado tales aspectos de la vida. Sólo le interesaba la guerra y no tenía más deseo que el de subyugar a los pueblos vecinos e incluso a su propio y virtuoso hermano. Un día, ese guerrero truculento, al volver de una batalla trajo a su pacífico hermano el brazo amputado de un enemigo muerto en la refriega, y al mismo tiempo que se lo presentaba le dijo con orgullo: «¡Fuera contigo, que no eres más que un cobarde! Me quedaré con tu mujer y tus hijos, porque no eres lo bastante fuerte para defenderlos». El buen hombre, dolido de la soberbia de su hermano, le respondió con áspero sarcasmo: «Si eres tan valiente como afirmas, ¿por qué no traes el cadáver entero de tu enemigo?». Indignado ante la insinuación, Ariconte arrojó el amputado brazo ante la puerta

de la casa de su hermano. En el mismo momento la aldea en que vivían los dos fue transportada al cielo, pero ellos quedaron sobre la tierra. Al ver lo sucedido, y ya fuese por asombro o ira, Tamendonare golpeó el suelo con el pie con tanta fuerza que en el lugar brotó un chorro de agua tan intenso que poco a poco fueron quedando sumergidas las cimas de los cerros y pareció como si las aguas fuesen a alcanzar las mismas nubes; y la fuente siguió manando hasta que toda la tierra quedó sumergida. Al darse cuenta del peligro que los amenazaba ambos hermanos se apresuraron a subir a la montaña más alta, y una vez en ella trataron de ponerse a salvo trepando a los árboles en compañía de sus esposas respectivas. Tamendonare subió a un árbol llamado *pindoba* del que según el viajero francés que relata la historia existían dos especies, una de ellas con frutas y hojas mayores que la otra. En su huida frente a la inundación creciente arrastró consigo arriba a una de sus mujeres, mientras su hermano y la mujer de éste se subían a otro árbol llamado *mamón*. Mientras se hallaban todos sentados entre las ramas de sus recientes moradas, Ariconte dio a comer a su mujer la fruta del árbol en que se encontraban al mismo tiempo que le decía: «Parte un pedazo de la fruta y déjalo caer». Así lo hizo ella, y por el ruido del chapoteo percibieron que las aguas estaban todavía altas y que aún no era tiempo de bajar de nuevo al valle. Los indios creen que en aquella inundación se habían ahogado todos los hombres y las mujeres, excepto los dos hermanos con sus esposas, y que pasado el diluvio nacieron de aquellas dos parejas dos pueblos diferentes, a saber, los tonaseares, llamados también tupinambos, y los tonaitz hoyanans o tominus, que se hallan en refriega y guerra permanente entre sí. Los tupinambos queriendo exaltarse y ponerse por encima de sus semejantes y vecinos dicen: «Nosotros descendemos de Tamendonare, mientras que vosotros venís de Ariconte», con lo que quieren

dar a entender que Tamendonare era mejor persona que Ariconte.

El jesuita Simón de Vasconcelos recogió una versión algo diferente. En ella sólo se salva una familia y no se menciona para nada al malvado hermano. Una vez, hace mucho tiempo, dice la leyenda, un hechicero o brujo muy inteligente llamado Tamanduare recibió del gran dios Tupi la revelación de que iba a ocurrir una gran catástrofe: un diluvio inundaría la tierra y sumergiría bajo sus aguas incluso los árboles y las montañas más altas. Sólo quedaría sin cubrir un pico muy alto y en su cima se encontraría una gran palmera cuyos frutos serían semejantes a los cocos. El dios aconsejó al hechicero que buscase refugio con su familia en aquel árbol, cuando llegase el momento del apuro. Sin pérdida de tiempo Tamanduare y su familia partieron hacia la cumbre del elevado risco. Una vez a salvo en ella comenzó a llover, y llovió y llovió hasta que la tierra quedó cubierta por las aguas. La inundación alcanzó incluso la montaña en que se encontraban los refugiados y el agua llegó a cubrir su cima. Entonces el hombre trepó con su familia a lo alto de la palmera y en sus ramas permanecieron todos hasta que la inundación comenzó a bajar, y se alimentaban con el fruto de aquel árbol. Las aguas retrocedieron y ellos descendieron de su refugio, y como eran fértiles tuvieron numerosa descendencia y repoblaron la tierra inundada y devastada.

Los caingang o coroados, tribu india de Rio Grande do Sul, que es el estado más meridional del Brasil, cuentan en sus leyendas que en una ocasión ocurrió una gran inundación que cubrió toda la tierra en que vivían sus antepasados. Sólo quedaron al descubierto por encima de las aguas los picos más altos de la cadena montañosa costera que ellos llaman Serra do Mar. Los miembros de tres tribus de indios, a saber, los caingang, los cayurucres y los cames se dirigieron hacia las montañas nadando en las aguas del diluvio y sujetando con los dientes antor-

chas encendidas. Pero los cayurucres y los cames se cansaron, desaparecieron bajo las olas y se ahogaron, y sus almas fueron a morar en el vientre de la montaña. Sin embargo los caingang y algunos de los curutones consiguieron alcanzar la montaña y en ella se refugiaron, unos en el suelo, otros en las ramas de los árboles. Pasaron varios días y las aguas no se retiraban y ellos no tenían nada que comer. Ya desesperaban de conservar la vida cuando oyeron el canto de los saracuras, especie de ave acuática, que llegaron volando y trayendo cestos de tierra. Los pájaros arrojaron la tierra sobre las aguas y éstas comenzaron inmediatamente a bajar. Los indios gritaban a los pájaros para que se apresurasen, por lo cual los animales llamaron en su ayuda a los patos, y trabajando juntos consiguieron dejar al descubierto tierra más que suficiente para todos excepto los que habían trepado a los árboles, pues estos últimos habían sido transformados en monos. Cuando la inundación retrocedió, los caingang bajaron de la montaña y se establecieron a su pie. Las almas de los ahogados cayurucres y cames se las arreglaron para abrirse camino fuera del vientre de la montaña en que se hallaban aprisionados, y una vez que hubieron salido de ella encendieron un fuego y con sus cenizas uno de los cayurucres comenzó a modelar jaguares, tapires, osos hormigueros y abejas, y animales de muchas otras especies, y les dio vida y les señaló lo que habían de comer. Pero uno de los cames lo imitó y formó pumas, serpientes venenosas y avispas, sólo para que hiciesen la guerra a los animales hechos por los cayurucres, y así ha venido sucediendo hasta nuestros días.

También los carayas, tribu de indios brasileños que habita el valle del río Araguaya, cuentan la historia de una gran inundación. Junto con el Tocantins el Araguaya es el más oriental de los grandes tributarios de la vertiente meridional del Amazonas. Se dice que la tribu de los carayas se distingue de todos sus vecinos por sus costumbres y modo de comportarse así como

por sus características físicas, y la lengua que hablan no se halla relacionada con ninguna de las lenguas conocidas entre los indios del Brasil. La historia del diluvio de los carayas es la siguiente. Una vez, hace mucho tiempo, los carayas salieron a cazar jabalíes y empujaron a los animales hacia sus guaridas. Entonces comenzaron a cavar el suelo para hacer salir a los animales y a medida que iban saliendo los iban matando. Continuaron de esa manera hasta que llegaron a sacar un venado, luego un tapir y después otro venado blanco. Cavando aún a mayor profundidad dejaron al descubierto los pies de un hombre. Horrorizados ante el descubrimiento enviaron a buscar a un poderoso hechicero ¡qué conocía a todos los animales del bosque y que se las ingenió para sacar de la tierra al hombre. El hombre así desenterrado se llamaba Anatiua y era delgado de cuerpo pero grueso de panza. Y entonces comenzó a cantar: «Me llamo Anatiua, traedme tabaco que quiero fumar». Pero los carayas no entendían sus palabras. Recorrieron él bosque y volvieron con toda clase de flores y fruta qué1 ofrecieron a Anatiua. Pero él lo rechazó todo y señaló con la mano a un hombre que estaba fumando. Entonces le comprendieron y le ofrecieron tabaco. Lo tomó y lo fumó hasta que cayó al suelo sin sentido. Dé modo qué los carayas lo pusieron en una canoa y lo llevaron a su poblado. Allí él se despertó dé su desmayo y comenzó a danzar y a cantar. Pero su comportamiento y su lenguaje ininteligible asustaron a los indios, que huyeron de la aldea con armas y bagajes. Con lo cual Anatiua sé enfadó mucho y se transformó en una piraña y los persiguió., Corría detrás de ellos y llevaba varias calabazas llenas de agua. Los llamaba y les decía que se detuviesen, pero ellos no le hacían caso, por lo que él lleno de rabia rompió una de las calabazas que llevaba. Inmediatamente el agua comenzó a subir, pero a pesar de ello los carayas continuaron huyendo. El rompió otra calabaza, y luego otra y más tarde otra y cada vez el agua subía más arri-

ba hasta que al fin toda la tierra quedó inundada y sólo sobresalían por encima de las olas las cumbres de las montañas dé la boca del río Tapirape. Los carayas se refugiaron en los dos picos de aquella sierra. Anatiua entonces juntó a todos los peces para que le ayudasen a echar a los indios al agua. El *jahu*, el *pintado* y el *pacu* trataron de hacerlo, pero ninguno lo consiguió. Por último el *bicudo* (pez cuya boca alargada recuerda a un pico de ave) se las arregló para escalar la montaña por la parte de atrás y para despeñar desde la cima a los carayas. En el lugar donde cayeron hay ahora una gran laguna. Sólo se salvaron de caer unas pocas personas, que descendieron de la cima de la montaña una vez que las aguas de la inundación se hubieron retirado. En lo que respecta a este relato, el que tomó nota de él observa lo siguiente: «Aunque en general las inundaciones que ocurren con regularidad, como es el caso de las del río Araguaya, no dan lugar a historias de diluvios, tal como Thevet ha señalado correctamente, las condiciones locales son aquí favorables a la aparición de leyendas, de esa naturaleza. El viajero que después de un largo viaje entre riberas bajas e interminables descubre súbitamente los imponentes cerros cónicos del río Tapirape que surgen abruptamente sobre la llanura, comprende con facilidad por qué los carayas, que sufren mucho a causa de las inundaciones, llegaron a imaginar su historia del diluvio. Quizás en alguna ocasión cuando la inundación alcanzó alturas antes inigualadas esas montañas pudieron realmente servir de refugio extremo a los habitantes de la región circundante». Y añade a continuación: «Igual que sucede en la mayor parte de las leyendas, suramericanas acerca del diluvio, se dice en cuanto, a este diluvio particular que lo causaron no las lluvias, sino el agua que brotó de unas calabazas rotas».

También los pamaris, los abederis y los catausis, que viven junto al río Purus, cuentan que una vez hace, mucho tiempo los hombres oyeron un ruido sordo en el aire sobre sus cabezas y

en; el suelo bajo sus pies. También el sol y la luna se conmovieron, y volvieron sucesivamente rojos, azules y amarillos, y las bestias salvajes acudieron a juntarse sin temor con la gente. Un mes más tarde oyeron un estruendo y vieron que de la tierra brotaba la oscuridad e iba ascendiendo hacia el cielo, acompañad^ de truenos y de lluvia copiosa, que cegó la luz del día y el mundo. Algunos se extraviaron, otros perecieron sin saber por qué, porque todo se hallaba en estado de terrible confusión. Las aguas subieron muy altas, hasta que la tierra quedó completamente sumergida y sólo sobresalían por encima de la superficie líquida las ramas de algunos árboles muy altos. En ellos se había refugiado la gente, y allí, escondidos entre las ramas, murieron de hambre y de frío; porque estaba a oscuras y la lluvia seguía cayendo. Entonces sólo se salvaron Uassu y su mujer. Cuando bajaron al suelo pasada la inundación no pudieron encontrar ni un solo cadáver, ni siquiera un puñado de huesos blanqueados. Más tarde tuvieron muchos hijos y se dijeron hablando uno con el otro: «Vayamos a levantar nuestras casas junto al río para que si el agua vuelve a subir podamos nosotros también subir con ella». Pero cuando vieron que la tierra estaba seca y firme bajo sus pies ya no pensaron más en sus anteriores palabras. No obstante, los pamaris han venido levantando sus viviendas junto al río hasta nuestros días.

Los muratos, rama de los jíbaros ecuatorianos, tienen su propia versión de la historia del diluvio. Según ellos en una ocasión, hace mucho tiempo, un indio murato salió a pescar en una laguna del río Pastaza; cuando se hallaba enfrascado en la tarea, un cocodrilo joven vino y se llevó el cebo, por lo cual el pescador mató al animal. La madre de la cría del cocodrilo, o mejor, la madre de todos los cocodrilos, se enfureció y agitó las aguas con la cola hasta que éstas subieron de nivel e inundaron todo el terreno en torno a la laguna. Toda la gente murió ahogada, excepto un hombre que subió a un cocotero y se mantuvo

en él durante muchos días. Mientras tanto todo estaba tan oscuro como si fuese de noche. De vez en cuando el superviviente dejaba caer uno de los frutos del árbol, pero siempre lo oía chapotear al chocar con el agua que había debajo. Por fin llegó un día en que el coco al caer produjo un sonido, pero contra el suelo, con lo que el hombre supo que la inundación había bajado. Por consiguiente descendió del árbol, levantó una casa y se puso a labrar un campo. Se encontraba sin mujer, pero pronto se hizo con una cortando un trozo de su propia carne y plantándolo en el suelo; pues de la tierra así fertilizada brotó una mujer completa con la que se casó.

Los araucanos de Chile narran la leyenda de un gran diluvio en el que parecieron ahogadas todas las personas con excepción de unas pocas que se salvaron. Los afortunados sobrevivientes se refugiaron en una montaña llamada Tegteg, la tronante o la centelleante, que tenía tres picos y poseía la curiosa propiedad de flotar sobre las aguas. «De aquí se deduce —cuenta el historiador español— que ese diluvio tuvo lugar como consecuencia de alguna erupción volcánica acompañada de temblores de tierra muy intensos, y que probablemente se diferenció mucho del de Noé». Siempre que tiene lugar un movimiento de tierra violento, esas gentes huyen a refugiarse en las montañas, que ellos imaginan parecidas y a las que por consiguiente dotan en conjunto de la propiedad de flotar sobre el agua. Y explican la huida diciendo que temen que a causa de un temblor de tierra vuelva a subir el océano e inunde todo el mundo otra vez. En esas ocasiones todos llevan consigo provisiones abundantes y platos de madera para cubrirse con ellos la cabeza y evitar que se les queme caso de que la montaña al flotar sobre el agua llegue a subir demasiado y choque contra el sol. Y si se les dice que con ese fin les sería mucho más útil un plato de barro que uno de madera, puesto que éste podría que-

marse y el otro no, arguyen por lo general que sus antepasados siempre lo han hecho de esta manera.

Los ackawois de la Guyana británica cuentan una historia del diluvio adornada con multitud de detalles. Dicen que a comienzos del mundo el gran espíritu Macunaima creó pájaros y bestias y dio a su hijo Sigu el imperio sobre ellos. Además hizo brotar de la tierra un árbol grande y muy maravilloso, que daba frutos diferentes en cada una de las ramas, al mismo tiempo que crecían en torno de su tronco y en gran abundancia el llantén, los plátanos, la mandioca, el maíz y toda suerte de cereales; alrededor de sus raíces se multiplicaban también los ñames, y en resumen todas las plantas que se cultivan en la actualidad sobre la tierra crecían con la mayor abundancia en aquel árbol maravillosos o a su alrededor o debajo de él. Con el fin de extender a toda la tierra el provecho de aquel árbol Sigu decidió cortarlo y plantar sus renuevos y semillas por todas partes; así lo hizo, con la ayuda de todos los pájaros y bestias, todos excepto el mico pardo, que siendo a un tiempo perezoso y maligno se negó a tomar parte en la gran tarea de trasplante. De modo que pará impedirle que cometiese alguna trastada, Sigu le encargó de traer agua de la vecina corriente eh un cesto de mimbres, pensando que de ese modo se mantendría ocupado durante algún tiempo y emplearía sus energías mal dirigidas sin hacerle daño a nadie. Mientras tanto, continuando con el trabajó de echar abajo el árbol milagroso, descubrió qué el tocón estaba hueco y lleno de agua en la que nadaban las crías de todas las especies de peces de agua dulce. El bondadoso Sigu decidió proveer a todos los ríos y lagos de la tierra con aquellas crías, tan liberalmente que en cada depósito de agua llegasen a nadar todas las especies de peces. Pero sus generosas intenciones sé vieron inesperadamente frustradas. Porque el agua de la cavidad del árbol, que estaba conectada con el gran depósito situado en alguna parte del vientre dé la tierra, comenzó a des-

bordar; y para detener la creciente inundación Sigu cubrió el tocón con un cesto apretadamente entretejido. Los efectos de esa acción fueron los deseados. Pero por desgracia el mico pardo, cansado de su infructuosa tarea, regresó a escondidas y sintió despertada su curiosidad a la vista del cesto puesto boca abajo, que supuso escondía algo bueno para comer. De modo que lo levantó con precaución y echó una mirada debajo de él, con lo cual brotó incontenible la inundación, que arrastró consigo al mismo animal qué la había liberado y cubrió toda la tierra. Tras haber reunido al resto de los animales, Sigu los condujo al lugar más elevado de toda la región, donde crecían grandes cocoteros. Al más alto de ellos hizo subir a los pájaros y a los animales trepadores y en cuanto a los animales no trepadores y tampoco anfibios los encerró en una cueva de entrada muy angostosa que selló con cera, tras haber dado a sus ocupantes una larga espina para que pudiesen perforar el cierre y averiguar de ese modo si las aguas de la inundación habían ya retrocedido. Tras haber tomado todas esas medidas en favor de las especies más desamparadas, él y las criaturas restantes se encaramaron al cocotero y se escondieron entre las ramas. Durante la oscuridad y la tormenta que siguieron pasaron mucho frío y hambre; los restantes animales sobrellevaron sus padecimientos con fortaleza estoica, pero el macaco rojo aullador expresó su angustia con gritos tan horribles que se le inflamó la garganta y desde entonces la ha tenido siempre hinchada; esa ha sido la razón también de que hasta el momento presente haya venido naciendo con una especie de disco óseo en la laringe. Mientras tanto Sigu dejaba caer de vez en cuando semillas del árbol en el agua para calcular su profundidad por el ruido del chapoteo. A medida que las aguas bajaban crecía el intervalo que mediaba entre el momento en que él arrojaba, las semillas y el momento del choque con la superficie del líquido; y por fin, en lugar del chapoteo, el atento Sigu oyó el golpe sordo de las

semillas contra el blando suelo. Entonces supo que la inundación había menguado y se preparó con los animales para descender. Pero el pájaro trompetero o agamí trompeta tenía tanta prisa por llegar abajo que cayó directamente encima de un hormiguero, y las hambrientas hormigas-se agarraron a sus patas y las devoraron hasta los huesos. Por eso el agamí trompeta tiene aún hoy unos zancos tan delgados. Las demás criaturas aprovecharon la infeliz ocurrencia y bajaron del árbol despacio y con cautela. A continuación Sigu frotó dos trozos de madera para obtener fuego, pero justamente cuando ya había conseguido las primeras chispas miró casualmente hacia otro lado y el pavo, confundiendo la chispa con una luciérnaga, se la tragó y huyó a esconderse. La chispa quemó las tragaderas de la ansiosa ave, y ese es el motivo de que los pavos de nuestros días tengan en su pescuezo una carnosidad de color rojo. El caimán se hallaba por allí en aquel momento, sin meterse con nadie; pero como por algún motivo era un personaje poco querido, los demás animales le acusaron de haber robado y tragado la chispa. Entonces Sigu, que quería recuperar la preciosa chispa, abrió las fauces del animal y le arrancó la lengua, y por eso hasta hoy los caimanes nunca han tenido lengua para hablar.

Los arawaks de la Guyana británica creen que desde su creación el mundo ha sido destruido en dos ocasiones, una mediante el fuego y otra mediante una inundación. En ambos casos fue Aiomun Kondi, el «Grande que mora en las Alturas», el responsable, a causa de la corrupción del género humano. Pero anunció anticipadamente la catástrofe próxima, y los hombres que escucharon la advertencia se dispusieron a salvarse del incendio haciendo un agujero profundo en la arena y construyendo en él una cámara subterránea a la que dotaron de un techo sólido de madera apoyado en columnas macizas del mismo material. Sobre el techo del refugio, así construido extendieron varias capas de tierra rematadas por una última y espesa de are-

na. Tras haber alejado cuidadosamente cualquier material combustible que hubiera en las cercanías se retiraron a su escondrijo improvisado bajo tierra y se estuvieron quietos en él hasta que el rugiente río de llamas que barrió toda la superficie de la tierra hubo pasado sobre ellos. Más adelante, cuando se acercaba la destrucción de la tierra mediante un diluvio, un jefe prudente y piadoso llamado Marerewana fue advertido de la inundación próxima y se puso a salvo con su familia en una gran canoa. Temiendo que el agua le llevase a la deriva y le arrastrase hacia el mar, y queriendo al mismo tiempo permanecer en las cercanías de la tierra de sus antepasados, había fabricado anticipadamente una larga cuerda de bejucos con la cual ató la embarcación al tronco de un árbol corpulento. De modo que cuando las aguas se retiraron se encontró no lejos de su morada primitiva.

Los macusis de la Guyana británica dicen que al comienzo del mundo el buen espíritu Macunaima, cuyo nombre significa «El que trabaja durante la noche», creó el cielo y la tierra. Una vez que hubo dotado a la tierra de plantas y árboles bajó de su mansión celestial, trepó a un alto árbol y lo descortezó con una gran hacha de piedra. Los pedazos de la corteza cayeron en el río que pasaba al pie del árbol y al caer se transformaron en animales de todas las especies, Una vez que hubo creado así a los animales, el buen espíritu creó a continuación el hombre; y cuando el hombre dormía con profundo sueño apareció de pie a su lado una mujer. Más adelante el espíritu del mal se hizo dueño de la tierra, por lo cual el buen Macunaima envió una gran inundación. Sólo un hombre escapó en una canoa; ese hombre envió una rata para ver si había bajado el nivel de las aguas y la rata regresó con una mazorca de maíz. Cuando las aguas recobraron su nivel primitivo el hombre repobló la tierra de la misma manera que lo habían hecho Deucalión y Pirra, a saber, arrojando piedras por encima del hombro. En este relato

la creación especial de la mujer, la mención del espíritu del mal y el envío de la rata para explorar la profundidad de las aguas son detalles que recuerdan sospechosamente al relato bíblico, por lo que su procedencia misionera o en todo caso europea es bastante verosímil. Por otro lado, el hecho de que después del diluvio los supervivientes creasen de nuevo al género humano arrojando piedras por encima del hombro recuerda con tanta exactitud lo sucedido en la historia griega de Deucalión y Pirra que resulta difícil no pensar en alguna influencia de ella.

También entre los indios del Orinoco son corrientes las leyendas que hablan da una gran inundación. A ese respecto Humboldt observa: «No puedo abandonar esta primera cadena de las montañas de Encaramada sin llamar la atención acerca de un hecho que el padre Gili no desconocía y que me fue mencionado con frecuencia durante nuestra estancia en las misiones del Orinoco. Los aborígenes de estas tierras han conservado la creencia de que en tiempos del diluvio los antepasados se vieron obligados a refugiarse en canoas para ponerse a salvo de la general inundación, y que las olas del mar llegaron a estrellarse contra las rocas de Encaramada. No se encuentra semejante creencia aislada en medio de un único pueblo, el de los tamanaques, sino que forma parte de un sistema de tradiciones históricas; y de ellas se descubren noticias dispersas entre los maipures de las Grandes Cataratas, entre los indios del río Erevato, que cae en el Caura, y en casi todas las tribus del alto Orinoco. Si se pregunta a los tamanaques cómo escapó la raza humana a tan gran cataclismo, la 'Edad de las Aguas' como lo llaman los mexicanos, responden que un hombre y una mujer se pusieron a salvo en una montaña elevada llamada Tamanaco y situada en las márgenes del Asiveru, y que arrojando hacia atrás, por encima del hombro, los frutos de la palma mauricia, vieron como de los corazones de esos frutos brotaban hombres y mujeres, que repoblaron la tierra». Procedieron de esa mane-

ra en obediencia a una voz que les habló cuando descendían de la montaña llenos de pesar por la destrucción de la humanidad a causa de la gran inundación. Los frutos que arrojaba el hombre se transformaban en hombres; los que arrojaba la mujer daban mujeres.

Los cañaris, tribu de indios del Ecuador, que habitan en el antiguo reino de Quito, hablan de una gran inundación de la que escaparon dos hermanos subiendo a una montaña muy alta llamada Huaca-yñan. A medida que las aguas subían, subía también la montaña, de modo que la inundación nunca consiguió alcanzar a los dos hermanos refugiados en la cima. Cuando las aguas retrocedieron, los hermanos, que ya habían consumido las provisiones con que contaban, descendieron de la montaña y buscaron comida por los cerros^ y los valles. Levantaron una casita, en la que se alojaron, y fueron sobreviviendo a base de una mísera pitanza compuesta de raíces y hierbas, con muchos sufrimientos debidos al hambre y a la fatiga. Un día, tras la fatigosa búsqueda acostumbrada, regresaron a la casa y encontraron en ella comida abundante y chicha para beber, sin que; supiesen quien podría haberla preparado o traído consigo. Lo mismo sucedió durante los diez días siguientes, con lo que los hermanos se reunieron para deliberar cómo harían para enterarse de quién era el que así los socorría cuando lo necesitaban. Entonces el hermano mayor, se escondió y muy pronto vio a dos guacamayos que se aproximaban vestidos como cañaris. Tan pronto como los dos pájaros llegaron a la casa se pusieron a preparar la comida que habían traído. Cuando el hombre vio que eran dos animales hermosos y que tenían rostro de mujer salió de su escondite; pero los pájaros al verlo se enfadaron y huyeron, y no dejaron nada para comer. El hermano más joven regresó de la diaria búsqueda, de alimentos, y al no encontrar hecha la comida ni nada preparado como los días anteriores preguntó a su hermano los motivos, y al final los dos estaban

muy enfadados. Al día siguiente el hermano más joven decidió esconderse a su vez y esperar la llegada de los pájaros. Al cabo de tres días los guacamayos reaparecieron y comenzaron a preparar la comida. Los dos hombres esperaron a que los dos pájaros hubiesen terminado su trabajo y luego cerraron la puerta y los dejaron encerrados. Los pájaros se enfadaron mucho al verse así atrapados, y mientras los dos hermanos tenían agarrado al menor, el mayor se escapó. Luego, los dos hombres tomaron por mujer al guacamayo apresado y de él tuvieron seis hijos e hijas, de los cuales descienden los cañaris. Por eso los indios tienen por lugar sagrado el cerro de Huaca-yñan, que fue donde vivió la esposa guacamayo de los hermanos, y veneran a esos animales, y tienen en mucho aprecio sus plumas, con las que se adornan durante las fiestas.

Los indios de Huarochiri, que es una provincia de los Andes peruanos y está situada al este de Lima, dicen que en una ocasión, hace mucho tiempo, el mundo llegó casi a su fin definitivo. Lo sucedió fue lo siguiente. Un indio estaba atando su llama en un lugar en el que abundaban los pastos, pero el animal se resistía con gritos y quejas a la manera de esas criaturas. Entonces su dueño le dijo: «Estúpida, ¿por qué te quejas y no comes? ¿Acaso no te he traído a un lugar en él que el pasto es bueno?». Y la llama le respondió: «El estúpido lo eres tú; ¿qué sabes tú de lo que es un buen pasto? No me siento triste sin motivo ni razón, porque dentro de cinco días las aguas del mar subirán y cubrirán toda la tierra, y destruirán todo lo que hay en ella». Admirado al ver que la bestia era capaz de hablar, él campesino le preguntó si había alguna manera de que ambos se pusieran a salvó. La llama le aconsejó que juntase comida para cinco días y que la siguiese a lo alto de uña gran montaña llamada Villcacoto, que estaba entre las actuales parroquias de San Damián y San Jerónimo del Surco. El hombre hizo lo que se le aconsejaba; transportó; las vituallas sobre sus espaldas y llevó del ronzal

a la llama. Al llegar a lo alto del monte encontró reunidos en él muchos animales y pájaros de todas las especies. Apenas había llegado a aquel refugio cuando las aguas del mar comenzaron a subir y continuaron hasta que inundaron los Valles y quedaron sumergidos los cerros; solamente se elevaba por encima de ellas el pico del Villcacoto. Por fin, las aguas alcanzaron también la cima de ese monte y subieron tan arriba que los animales tuvieron que apelotonarse en un espacio muy reducido y algunos de ellos casi no pudieron encontrar donde poner los pies. El zorro tenía la cola sumergida en el agua, y ese es el motivo de que los zorros actuales tengan de color negro el extremo de la cola. Pasados cinco días las aguas de la inundación comenzaron a retroceder y el mar volvió a sus límites habituales. Pero todos los hombres de la tierra habían muerto ahogados, con la excepción de aquel único individuo, y de él desciende la raza humana actual.

También los incas del Perú cuentan con una tradición que habla del diluvio. Según ellos las aguas subieron en una ocasión hasta cubrir incluso las montañas más altas, y los seres humanos, junto con todos los animales de la tierra, perecieron ahogados. No escapó ningún ser vivo, si no fueron un hombre y una mujer, que permanecieron a flote en una gran caja y de ese modo sobrevivieron. Cuando la inundación retrocedió, el viento llevó la caja a la deriva hasta Tiahuanaco, que se encuentra a unas setenta leguas de Cuzco.

El historiador hispánico Herrera narra las leyendas peruanas acerca de una gran inundación de la manera siguiente. «Los indios ancianos relatan, habiéndola recibido de generación en generación de sus antepasados, la noticia de que muchos años antes de que existiesen los incas, cuando la región se hallaba muy densamente poblada, ocurrió una gran inundación, pues el mar rompió sus barreras y cubrió con sus aguas la tierra, y todos los hombres perecieron. Y los huancas, que viven en el valle de

Jauja, junto con los naturales de Chiquito, que habitan en la provincia de Callao, añaden que algunas personas se escondieron en los huecos y cuevas de las montañas más altas y más tarde repoblaron la tierra. Otros indios procedentes de las montañas dicen que en el diluvio murieron todas las personas excepto seis que se salvaron en balsas, y que de esas seis descienden los habitantes actuales de la región. Se está autorizado a creer que existió en realidad una inundación semejante, puesto que pueblos de tan diferentes provincias lo sostienen con unanimidad».

Los chiriguanos, tribu de indios otrora poderosa situada en el sureste de Bolivia también hacen referencia a una gran inundación. Según ellos, un cierto ser sobrenatural, poderoso y malvado, llamado Aguara-Tunpa, declaró la guerra al dios verdadero Tunpaete, creador de los chiriguanos. No se sabe a ciencia cierta el motivo de la declaración de guerra, pero se la atribuye al puro despecho o a simple espíritu de contradicción. Para irritar al dios verdadero Aguara-Tunpa prendió fuego a las praderas al comenzar el otoño o cerca de la mitad de esa estación, de modo que no sólo ardieron las plantas y árboles, sino que también perecieron entre las llamas los animales, de los cuales dependía la subsistencia de los indios en aquellos tiempos; porque aún no habían comenzado a cultivar maíz y los demás cereales, como hacen en la actualidad. Al faltarles así la comida, los indios casi se mueren de hambre. Sin embargo fueron retrocediendo ante las llamas hasta las orillas de los ríos y allí, mientras la tierra de los alrededores todavía humeaba presa de la gran conflagración, se las arreglaron para vivir de un pez que habían logrado capturar en el agua. Al ver que su presa humana estaba a punto de escapársele, el burlado Aguara-Tunpa echó mano de otro recurso con el fin de llevar a cabo su maquinación infernal en contra de la especie de los hombres. Hizo que cayese lluvia a torrentes, y confió en que toda la tribu de los

chiriguanos se ahogase en las aguas. Casi lo logró. Pero afortunadamente los chiriguanos consiguieron dejar sin efecto tan malvados propósitos. Aprovechándose de una indicación que les había hecho el dios verdadero Tunpaete buscaron una gran hoja de mate, pusieron en ella a dos niños muy pequeños, un niño y una niña, hijos de una misma mujer, y dejaron que ésa especie de minúscula arca flotase sobre las aguas con su preciosa carga. El agua seguía cayendo a chorros; la inundación creció, y se extendió por toda la superficie de la tierra, y alcanzó mucha profundidad, de modo que todos los chiriguanos se ahogaron; sólo se salvaron los dos pequeños que flotaban en la hoja dé mate. Por fin la lluvia dejó de caer y bajaron las aguas de la inundación, que dejaron tras ellas todo cubierto de fétido légamo. Entonces los niños salieron del arca, porque si hubiesen permanecido en ella habrían muerto de frío y de hambre. Como es natural, los peces y las demás criaturas que viven en el agua no murieron ahogados en la inundación, sino que por el contrario cobraron con ella nuevas energías y sirvieron después de alimento a los dos infantes. ¿Pero cómo iban a arreglárselas estos dos niños para cocer el pescado que cogían? Eso era lo difícil, pues como se puede comprender el diluvio había apagado todos los fuegos que estaban encendidos en la tierra. Pero un gran sapo acudió en ayuda de los pequeñuelos. Antes de que la inundación hubiese cubierto toda la tierra, aquella prudente criatura había tenido la precaución de esconderse en un agujero y de llevar en la boca algunas brasas, que consiguió mantener encendidas durante el diluvio soplándolas continuamente. Cuando vio que la superficie de la tierra volvía a estar seca, salió de su agujero con las brasas encendidas en la boca y dirigiéndose directamente a donde estaban los dos niños les entregó graciosamente el fuego. De ese modo pudieron asar los peces que cogían y calentar sus ateridos cuerpecitos. Con el tiem-

po fueron creciendo, y de su unión descienden los miembros de la tribu chiriguana.

En el extremo sur de Suramérica, los naturales de Tierra de Fuego cuentan una historia fantástica y oscura acerca de una gran inundación. Dicen que el sol se hundió en el mar, que las aguas subieron con gran tumulto y que toda la tierra quedó sumergida con la excepción de una única y muy alta montaña en la que se refugiaron unos pocos.

Las historias del diluvio en América central y en México

Los indios de la región de Panamá, «tenían alguna noción del diluvio de Noé y decían que entonces un hombre había conseguido escapar con vida en una canoa, junto con su mujer y sus hijos, y que de ellos había nacido más tarde toda la especie humana que había vuelto a poblar la tierra».

Los indios de Nicaragua creían que desde su creación el mundo había sido destruido por un diluvio, y que tras la destrucción los dioses habían vuelto a crear al hombre, los animales y todas las demás cosas.

«Los mexicanos —afirma el historiador italiano Clavigero—, junto con las demás naciones civilizadas, se hallaban en posesión de tradiciones claras, aunque algo Corrompidas a causa de las leyendas, acerca de la Creación del mundo, del diluvio universal, de la confusión de las lenguas y de la dispersión del género humano; y habían representado en sus pinturas rudimentarias todos esos acontecimientos. Decían que cuando cayó el diluvio sobre la humanidad nadie se salvó excepto un hombre llamado Coxcox (a quien otros dan el nombre de Teocipactli) y una mujer llamada Xochiquetzal, que se salvaron en una barquita, y que habiendo ido a posarse en una montaña que ellos llamaron Colhuacan tuvieron allí muchos hijos; los niños nacían mudos, hasta que una paloma que bajó de un gran árbol les concedió el don del lenguaje, pero de modo tal que cada uno

hablaba un idioma diferente y no podía entender a los demás. Los naturales de Tlascala afirmaban que los hombres que se habían salvado del diluvio fueron transformados en monos, pero habían ido recobrando gradualmente el uso del lenguaje y el de la razón».

En el estado mexicano de Michoacán también ha sido conservada una leyenda acerca del diluvio. Los naturales de esa región dicen que cuando las aguas comenzaron a subir, un hombre llamado Tezpi tomó consigo a su mujer e hijos y entró en una gran embarcación, a la que llevó también animales de especies diferentes y semillas de diversas clases suficientes para volver a poblar el mundo una vez pasada la catástrofe. Cuando las aguas descendieron de nivel el hombre envió como explorador a un buitre; el animal se alejó volando, pero como encontró carroña flotando sobre las aguas se abatió a comerla y no regresó a la embarcación. El hombre volvió a dejar en libertad más pájaros, pero tampoco regresó ninguno de ellos. Por último soltó un pájaro mosca, que regresó con un ramo verde en el pico. En esta narración los pájaros enviados a reconocer el terreno parecen claras reminiscencias del cuervo y la paloma de la historia bíblica, que pudo llegar a conocimiento de los indios a través de algún misionero.

Los indios huichol, que viven en una región montañosa del oeste de México próxima a Santa Catalina, tienen también una leyenda acerca del diluvio. Según cuentan hubo una vez un huichol que estaba abatiendo árboles para despejar un trozo de terreno que iba a dedicar el cultivo. Pero por la mañana se encontraba, con gran disgusto, con el hecho de que durante la noche los árboles cortados habían vuelto a crecer tan altos como antes. Era algo que resultaba muy molesto y al fin el hombre sé cansó de trabajar en vano. Al quinto día decidió probar suerte una vez más y llegar hasta las raíces del asunto. De pronto surgió del suelo, en medio del claro, una mujer anciana que llevaba

un báculo en la mano. Sé trataba nada más y nada menos que de la bisabuela Nakawee, diosa de la tierra, que hace brotar del oscuro mundo subterráneo todo lo que es verde sobre la superficie. Pero el hombre no la reconoció. La dama señaló con el báculo a los cuatro puntos cardinales, al norte, al sur, al este y al oeste, y también hacia arriba, al cielo, y hacia abajo, al centro de la tierra; y los árboles que el hombre había cortado se levantaron de nuevo como por ensalmo. Entonces él comprendió lo que pasaba, y que a pesar de todos sus esfuerzos para abrir un claro en el bosque el terreno estuviese siempre cuajado de árboles. Por lo cual se dirigió ásperamente a la anciana y le dijo: «¿Eres tú la que deshace mi trabajo continuamente?». «Sí —le respondió ella—, porque deseo hablarte». Entonces le dijo que se esforzaba en vano. «Va a venir —siguió diciendo— una gran inundación. Ya no faltan más que cinco días para que ocurra. Se levantará el viento, acerado como una navaja y ardiente como el chile, y te hará toser. Con el árbol salate (la higuera) hazte una caja que tenga tus dimensiones y enciérrate en ella tras haberle puesto una buena tapa. Coge contigo cinco granos de cereal de cada color, y cinco frijoles de cada uno de los colores; coge fuego y cinco tallos de calabaza para alimentarlo, y lleva contigo una perra negra». El hombre hizo lo que la mujer le había dicho. Al quinto día ya había preparado la caja y había metido en ella todo lo que le había sido ordenado. Entonces se metió él mismo, junto con la perra, y su benefactora cerró la tapa y recubrió todas las grietas con resina tras haber dicho al hombre que señalara cualquier abertura que viese. Una vez que la caja hubo quedado impermeable y hermética, la dama se sentó encima de ella, al mismo tiempo que un guacamayo se le posaba en el hombro. La caja flotó sobre las aguas durante cinco años. Durante el primer año navegó en dirección sur, el segundo año navegó hacia el norte, el tercer año navegó hacia el oeste, el cuarto año navegó hacia el este, y al quinto año se elevó con las

aguas que subían e inundaban toda la tierra. Al año siguiente la inundación comenzó a bajar y la caja se posó en un monte próximo a Santa Catalina, donde aún se la puede ver. Cuando la caja se posó en tierra encima del monte, el hombre abrió la tapa y vio que las aguas cubrían aún todo el mundo. Pero los guacamayos y los loros se pusieron a trabajar con un único propósito: comenzaron a excavar las montañas con el pico hasta que lograron formar varios valles por los que las aguas se escurrieron y formaron más tarde cinco mares. Entonces la tierra comenzó a secarse y brotaron los árboles y la hierba. La anciana se transformó en viento y desapareció. Pero él hombre reemprendió su trabajo de abrir un claro en el bosque, trabajo que el diluvio había interrumpido. Vivió con la perra en una cueva; por las mañanas salía hacia su trabajo y al anochecer regresaba a su hogar improvisado. La perra se quedaba en la cueva durante todo1,él día. Todas las tardes, a su regreso, el hombre encontraba pasteles recién hechos esperando su llegada, y sentía curiosidad por saber quien era el que los hacía. Cuando habían transcurrido cinco días se escondió tras unos arbustos que había junto a la cueva y se puso al acecho. Vio entonces como la perra se despojaba de su piel, la colgaba en un rincón y se ponía de rodillas a moler el grano, como si se tratase de una mujer. Sin hacer ruido él se le acercó por detrás, cogió la piel colgada y la arrojó al fuego. «¡Acabas de quemar mis vestidos!», gritó la mujer, y comenzó a quejarse de la misma manera que se quejan los perros. Pero él cogió agua mezclada con la harina, que ya estaba molida y se la echó sobre la cabeza, con lo cual ella se sintió refrescada y desde entonces ya fue siempre una mujer. Tuvieron familia muy numerosa, y sus hijos e hijas se casaron entre ellos. De ese modo se repobló el mundo y sus habitantes vivieron en cuevas.

Los indios cora, tribu de cristianos sólo de nombre cuya región limita al oeste con la de los huichol, narran también una

historia similar acerca de una gran inundación en la que ocurren los mismos incidentes de un leñador que fue advertido del diluvio venidero por una anciana, y que tras la catástrofe cohabitó con una perra transformada en esposa humana. Pero en la versión cora de la leyenda se ordena al hombre que lleve consigo en el arca al pájaro carpintero, el aguzanieves y el papagayo, junto con la perra. Y se embarca a media noche, cuando las aguas comienzan a subir. Así que la inundación hubo decrecido, esperó cinco días y luego dejó en libertad al aguzanieves para ver si era posible ya caminar sobre tierra firme. El pájaro regresó y gritó: «¡I-ui-ui!», con lo que el hombre supo que la tierra aún estaba muy húmeda. Esperó cinco días más y entonces dejó en libertad al pájaro carpintero para que viese si los árboles estaban secos y firmes. El pájaro hundió con firmeza el pico en un árbol y meneó la cabeza a un lado y a otro; pero la madera aún estaba demasiado blanda a causa del agua que había absorbido, por lo que al pájaro le costó trabajo arrancar el pico, y cuando al fin lo consiguió con un impulso violento, perdió el equilibrio y se cayó al suelo. De modo que al volver al arca dijo «¡Chiu-i, chiu-i!». El hombre comprendió la advertencia y esperó aún cinco días más, tras los cuales envió al manchado aguzanieves; esta vez el barro estaba tan seco que cuando el pájaro dio unos, saltitos las patas no se le hundieron en él; de modo que volvió a la embarcación con la noticia de que todo se hallaba en perfecto orden. Entonces el hombre se arriesgo a salir del arca y comenzó a caminar muy precavidamente, hasta que vio que todo estaba seco y llano.

En otra versión fragmentaria de la historia del diluvio contada por los indios cora parece ser que los supervivientes escaparon a la inundación en una canoa. Cuando las aguas bajaron Dios envió al buitre desde la canoa para que viese si la tierra estaba ya lo bastante seca. Pero el ave no regresó, porque se quedó a devorar los cadáveres de los ahogados. Por lo cual Dios se

enfadó con el buitre y le maldijo, y lo hizo de color negro en lugar de blanco como había sido hasta entonces; sólo le dejó del color blanco primitivo los extremos de las alas, para que los hombres supiesen cual había sido el color del animal antes del diluvio. A continuación Dios encargó a la paloma torcaz que saliese a ver sí la tierra ya estaba seca. La paloma regresó diciendo que la tierra estaba seca, pero que los ríos bajaban demasiado crecidos. De modo que Dios ordenó a las bestias que bebiesen de los ríos hasta dejarlos a su nivel acostumbrado, y los pájaros y las bestias acudieron y bebieron en los ríos, con excepción de la paloma llorona, que no quiso acudir. Por ese motivo baja ahora todos los días a beber, cuando cae la noche, porque le da vergüenza que la vean bebiendo durante el día; y durante la jornada llora y gime. En esas leyendas de los cora, los pasajes de las aves, en especial los referentes a la paloma torcaz y el buitre, parecen reflejar la influencia de las enseñanzas de los misioneros.

Las historias del diluvio en América del Norte

Los pápagos del suroeste de Arizona dicen que el Gran Espíritu creó la tierra y los seres vivos antes que al hombre; Después bajó a la tierra e hizo un agujero en el suelo, en el que encontró arcilla de alfarero. Entonces volvió a subir a su morada celestial y desde allí dejó caer la arcilla en el agujero que había abierto para extraerla. Inmediatamente surgió en el lugar el héroe Moctezuma, y con su ayuda continuó haciendo surgir todas las demás tribus en el orden debido. Los últimos en aparecer fueron los fieros apaches, que salieron corriendo tan pronto acabaron de ser creados. Aquellos primeros días del mundo fueron felices y pacíficos. El sol se hallaba entonces más cerca de la tierra que en la actualidad: sus rayos hacían uniformes las estaciones y los vestidos resultaban superfluos. Hombres y animales hablaban unos con otros: el común lenguaje establecía entre ellos vínculos de hermandad. Pero una catástrofe terrible

vino a poner término a tal edad de oro. Una gran inundación destruyó todos los seres en los que alentaba la vida: sólo escaparon a la común suerte Moctezuma y su amigo el coyote. Porque antes de que las aguas comenzaran a subir, el coyote había profetizado la llegada del diluvio y Moctezuma había obrado en consecuencia: había ahuecado el tronco de un árbol para que le sirviese de canoa y la había llevado a la cima del monte Santa Rosa. También el coyote había preparado un arca para sí, pues había derribado con los dientes una gran caña que crecía a la orilla del río, había entrado en ella y la había calafateado con resina. De modo que cuando las aguas comenzaran a subir, Moctezuma y el coyote flotaron en la superficie y así se salvaron; cuando las aguas se retiraron, el héroe y el animal se encontraron sobre Ja seca tierra. Apremiado por el deseo de saber qué porción de la tierra se hallaba ya en seco, Moctezuma envió al coyote como explorador y el animal regresó con la noticia de que al oeste, al sur y al este se extendía el mar, mientras que en el norte no había podido encontrarlo pese a haber caminado todo el día hasta sentirse agotado. Y durante todo ese tiempo, el Gran Espíritu, ayudado por Moctezuma, había vuelto a poblar la tierra de animales y de hombres.

Los pima son una tribu vecina emparentada con la de los pápagos, y dicen que la tierra y la especie humana fueron creados por un tal Chiowotmahke, que significa Profeta de la Tierra. Ese creador tenía un hijo al que llamaba Szeukha, y ese hijo vivía en el valle de Gila cuando la tierra ya estaba bastante poblada. En el mismo valle habitaba por aquel entonces un gran profeta cuyo nombre ha sido olvidado. Una noche, cuando el profeta dormía, lo despertó un ruido en la puerta. La abrió y se encontró frente a un gran águila. Ese animal le dijo: «¡Levántate, porque he aquí que sobrevendrá muy pronto un diluvio!». Pero el profeta se rió del águila con escarnio, se abrigó bien con los vestidos y de nuevo se echó a dormir. De nuevo volvió el águila

y le avisó de la catástrofe vecina, pero él tampoco esta vez le hizo caso. Por tercera vez el sufrido pájaro advirtió al profeta que todo el valle de Gila iba a quedar arrasado por las aguas, pero el atolondrado profeta siguió haciendo oídos sordos a la advertencia. Aquella misma noche se produjo la inundación y al día siguiente por la mañana no quedaba nadie vivo, a no ser un hombre, si es que se puede decir que se tratase de un hombre, porque el superviviente no era otro que Szeukha, hijo del Creador, que se había salvado flotando en una bola de goma o resina. Cuándo las aguas de la inundación retrocedieron tomó tierra cerca de la desembocadura del río de la Sal y se quedó a vivir en una cueva de la montaña; la cueva aún existe en nuestros días y en ella se pueden ver las herramientas que el dios hijo utilizó durante su estancia. Por un motivo u otro Szeukha estaba muy enfadado con el águila, aunque el ave había hecho todo lo posible para advertir al profeta del peligro que se avecinaba e inducirlo a ponerse a salvo. De modo que Szeukha, con ayuda dé una escala de cuerda, trepó a lo alto del acantilado en que residía el águila y la encontró instalada en su nido, de modo que la mató. En el interior del refugio del animal y en sus proximidades Szeukha encontró los cuerpos putrefactos y despedazados de muchos hombres, que el águila había transportado y devorado. Entonces los volvió a la vida y los envió a que repoblasen la tierra.

Los indios acagchemem, que vivían cerca de San Juan de Capistrano, en California, «no se hallaban por completo carentes de cualquier conocimiento acerca del diluvio universal, pero nunca pude saber cómo ni dónde lo habían adquirido. Algunas de sus canciones se refieren a él; y según la tradición que se conserva entre ellos sucedió que en una época muy remota las aguas del mar comenzaron a hincharse y a penetrar en las llanuras y cubrir los valles, hasta que incluso los montes quedaron sumergidos. Y de ese modo casi fueron destruidos todos los

miembros de la especie humana y todos los animales, excepto unos pocos, que se habían refugiado en una montaña muy alta que no alcanzaron las aguas».

Los indios luiseños del sur de California narran también la historia de una gran inundación que cubrió las más altas montañas y en la que se ahogaron casi todos los hombres. Pero lograron salvarse unos pocos, que hallaron refugio en una pequeña loma próxima a Bonsall. Los españoles dieron al lugar el nombre de Mora, pero los indios la llaman Katuta. Sólo la loma siguió emergiendo sobre las aguas cuando la inundación había cubierto ya todo el resto de la región. Los supervivientes se quedaron en ella hasta que las aguas retrocedieron. Aun en nuestros días se pueden ver en lo alto del cerro montones de conchas marinas y algas, junto con restos de ceniza y grupos de piedras dispuestos unos al lado de otros, lo que es claro indicio de que los indios estuvieron en aquel lugar y prepararon allí su comida. Las conchas pertenecen a los mariscos que les sirvieron de alimento, y las cenizas y piedras son lo que queda de los hogares en que hacían fuego. El cronista que da cuenta de esa tradición añade que «en los cerros próximos a Del Mar y a otros lugares situados a lo largo de la costa se encuentran numerosos montones semejantes de conchas, pertenecientes a la misma clase de las que se encuentran apiladas en grandes cantidades en las playas». Los luiseños cantan todavía una Canción del Diluvio en la que se menciona el cerro Katuta.

Una mujer india de la tribu del río Smith de California contó de la siguiente manera la historia del diluvio: En una ocasión cayó la lluvia a raudales. Llovió durante mucho tiempo y el nivel de las aguas aumentó hasta que los valles quedaron sumergidos, de modo que los indios se retiraron a las montañas. Al final la inundación los arrastró a todos y los ahogó, excepto a una pareja que se había refugiado en la cima más alta y consiguió sobrevivir. La pareja se alimentaba sólo de pescado, que

cocían colocándolo bajo sus brazos. No tenían fuego ni manera de conseguirlo, porque todo estaba aún muy húmedo. Por fin las aguas sé retiraron, y de aquella pareja solitaria descienden los indios actuales. Cuando los indios morían, sus espíritus se transformaban en venados, alces, osos, serpientes, insectos y así sucesivamente, y de esa manera la tierra se volvió a llenar de animales lo mismo que de hombres.

Según Du Pratz, historiador francés de Luisiana, la tradición acerca de un diluvio estaba muy extendida entre los natchez, que eran una tribu de indios del bajo Mississippi. Nos dice ese cronista que en una ocasión interrogó al respecto al guardián del templo en que se mantenía encendido con celo religioso el fuego perpetuo. El guardián le respondió que «las palabras recibidas de los tiempos más antiguos enseñaban a los hombres rojos que casi todos los seres humanos habían sido destruidos por las aguas con excepción de unos pocos, los cuales se habían puesto a salvo en una montaña muy alta; y que él no sabía más acerca de ese asunto, si no era que aquellos pocos sobrevivientes habían vuelto a poblar la tierra». Y Du Pratz añade: «Dado que los demás pueblos me habían contado la misma historia, me sentí seguro de que los naturales de estas regiones pensaban de la misma manera acerca de aquel acontecimiento y que no tenían la menor idea sobre el arca de Noé, lo que no me sorprendió mucho, ya que los griegos, a pesar de todos sus conocimientos, no se hallaban mejor informados que estos indios, e incluso nosotros, si no hubiese sido por las Sagradas Escrituras, no habríamos llegado a saber quizá más de lo que saben ellos». En otro momento vuelve a dar noticia de la misma tradición, aunque esta vez con algo más de amplitud. La nueva versión es la siguiente: «Dicen (los indios) que cayeron sobre la tierra lluvias muy copiosas, con tal abundancia y durante tanto tiempo que toda ella quedó cubierta por las aguas, si no fue una montaña muy alta en la que lograron salvarse algunos hombres; que el

fuego se había extinguido sobre toda la superficie de la tierra, hasta que un pájaro pequeño llamado Cui-ui, que es todo color rojo (se trata del que llaman en Luisiana pájaro cardenal), lo trajo del cielo. Lo interpreté como que se habían olvidado casi por completo de la historia del diluvio».

Entre los indios mandan existía la tradición de qué había habido una vez un gran diluvio en el que había perecido la raza humana con excepción de un solo hombre, que a bordo dé una gran canoa había buscado refugio en una montaña del oeste. Por eso, los mandan celebran todos los años ciertos ritos en memoria de la retirada de la inundación, que ellos llamaban *Mee-nee-ro-ka-h'a-sha*, que significa «el descenso o asentamiento de las aguas». El momento de la ceremonia lo marcaba el crecimiento completo de las hojas de los sauces que crecían a orillas del río, porque de acuerdo con sus tradiciones, «la ramita que el pájaro trajo de vuelta era de sauce con hojas completamente crecidas»; y el ave que había traído el brote con sus hojas era la tórtola o paloma torcaz. Esas palomas se instalaban a menudo en los bordes de las chozas de techo de barro y los indios no las mataban ni las molestaban; incluso habían adiestrado a los perros para que no las persiguiesen. En la aldea mandan se conservaba un armazón de madera con el que se pretendía representar la canoa en la que se había puesto a salvo el único superviviente del diluvio. «En el centró del poblado mandan —dice el pintor Catlin— hay un espacio circular al descubierto de unos cuarenta y cinco metros de diámetro, que los indios mantienen siempre despejado, como terreno de uso público, para la celebración de sus fiestas, desfiles, etcétera, y alrededor de él se hallan instalados los *wigwams*[*] colocados tan cerca unos de otros como sea posible y con sus puertas orientadas al centro del espacio público. En medió de ese espacio, que se halla apisonado y tiene el suelo endurecido, hay una especie dé recinto (algo así como un gran tonel puesto de pie) hecho de planchas

de madera sujetas con aros, algunas de unos dos metros y medio de altura, que los indios cuidan religiosamente y mantienen de año en año sin rayaduras ni marcas de ninguna especie y al que llaman la 'gran canoa'; se trata sin duda de la representación simbólica de un pasaje de su historia tradicional del diluvio; que como se deduce con claridad de esa característica y de otras similares y numerosas de la gran ceremonia que nos ocupa, han recibido de una u otra manera y tratan de perpetuar imprimiéndola vivamente en la mente de toda la nación. Ese objeto de superstición es el punto de encuentro de toda la raza, dada su posición en el mismo centro del poblado. A él se dirigen las devociones que tienen lugar a lo largo del año en ocasiones diversas de fiestas y servicios religiosos».

Catlin presenció en una ocasión la ceremonia anual conmemorativa de la inundación; en ella había un mimo vestido con un ropaje de pieles de lobo blancas que le colgaba de los hombros, un gorro magnífico hecho con las pieles de dos cuervos que le cubría la cabeza y una gran pipa que sostenía con la mano izquierda; ese mimo personificaba al primer hombre, o al único (*Nu-mobk-muck-a-nah*), que había escapado de la inundación. Entraba en el poblado viniendo de la pradera y se acercaba a la cabaña del fetiche o de los misterios, cuya llave tenía en su poder, y que había estado rigurosamente cerrada durante todo el año, pues se le abría solamente para celebrar los ritos religiosos que nos ocupan. A lo largo de todo el día el mimo o máscara recorría el poblado, y se detenía delante de las cabañas y daba gritos, hasta que el dueño de la vivienda en cuestión salía a la puerta y le preguntaba quién era y qué quería. La máscara replicaba narrando la terrible catástrofe que había tenido lugar sobre la superficie de la tierra cuando las aguas la habían inundado y diciendo que «él era la única persona que se había salvado de la universal calamidad; que su gran canoa se había posado en una gran montaña que se levantaba al este y en la que

ahora residía, y que había venido para abrir la cabaña del fetiche, al que era forzoso que el morador dé cada uno de los *wigwams* ofreciese el regalo de una herramienta afilada para ofrendársela en sacrificio a las aguas; porque de no hacerlo —añadía— habría una nueva inundación y nadie se salvaría, ya que con tales herramientas había sido construida la gran canoa». Tras haber visitado a lo largo de todo el día cada uno de los *wigwams* del poblado y tras haber recibido en ellos hachuelas, cuchillos o cualquier otra herramienta de filo, las dejaba al anochecer en la cabaña del fetiche, en donde quedaban depositadas hasta la tarde del último día de la ceremonia. Entonces se arrojaban en un estanque profundo que formaba el río —tal era el rito final— desde una orilla a más de nueve metros de altura, en presencia de todo el poblado reunido; «de donde nunca podrán ser recuperadas, y donde eran sin duda sacrificadas al Espíritu de las Aguas». Entre las ceremonias llevadas a cabo durante esa fiesta de la primavera por los mandan había una danza del toro que efectuaban los hombres disfrazados de búfalos y que tenía por objeto propiciar un suministro abundante de búfalos durante la estación que comenzaba; además los jóvenes se sometían voluntariamente a toda una serie de penosas torturas, en la cabaña del fetiche, con el fin de encomendarse al Gran Espíritu. Pero en los relatos de nuestros expertos no se dice nada de la medida en que se hallaban relacionados esos ritos extraños y atroces con la conmemoración del Gran Diluvio.

Esa fiesta de los mandan era conocida con el nombre de *O-kee-pa* y era «una ceremonia religiosa anual. Según esas gentes supersticiosas e ignorantes, su disfrute de la vida y su misma existencia dependían de la celebración estricta de la fiesta, ya que sus tradiciones, único género de historia que conocían, los imbuían con la creencia de que las formas singulares de aquellas ceremonias hacían que fuesen abundantes los búfalos de los que dependían para su supervivencia, y de que la omisión de

esa fiesta anual, con la de los sacrificios hechos a las aguas, haría que cayese sobre ellos una nueva edición dé la calamidad que, de acuerdo con sus leyendas, los había azotado ya en una ocasión y había destruido la totalidad de la especie humana, con la única excepción de un hombre que había buscado refugio con su canoa en una elevada montaña del oeste. Sin embargo, no se trataba aquí de una tradición propia exclusivamente de la tribu mandan, ya que entre las ciento veinte tribus diferentes que he visitado tanto en América del Norte como en América del Sur o en América central no existe ni una sola que no me haya dado noticia de tradiciones más o menos precisas o vagas acerca de semejante calamidad, de la que consiguieron salvarse una, tres u ocho personas, flotando sobre las aguas y buscando refugio en la cima de algún elevado monte. Algunas de esas tribus, establecidas tanto al pie de las montañas Rocosas como en las llanuras venezolanas o en la pampa del Sacramento de Suramérica, peregrinan anualmente a las cimas que imaginan sirvieron de puerto de salvación a los representantes de las especies antediluvianas que a ellas llegaron navegando en sus canoas o de alguna otra manera, y allí, siguiendo las instrucciones misteriosas de sus magos o hechiceros, elevan sus plegarias al Gran Espíritu y le presentan ofrendas, para que los preserve de una catástrofe semejante».

Se tiene noticia también de que los indios cherokee cuentan con una tradición según la cual las aguas cubrieron en una ocasión toda la tierra y todos los hombres perecieron, con la única excepción de una familia. Fue un perro el que reveló a su amo la catástrofe que se avecinaba. Pues el sagaz animal iba día tras día a las márgenes de un río y en ellas miraba con fijeza el agua y ladraba con angustia. Y como su amo lo castigase y le ordenase que regresara al hogar, el perro habló y puso al hombre en antecedentes del peligro que lo amenazaba. «Tienes que construir una embarcación y meter en ella todo aquello que desees

salvar; porque se aproxima un diluvio que inundará toda la tierra». El animal concluyó su profecía con la advertencia de que el hombre tenía que tirarlo al agua, pues su salvación dependía de que así lo hiciese; y para que creyese en la verdad de lo que acababa de decirle le daría una señal. El perro dijo entonces al hombre que le mirase la espalda, lo que el hombre hizo sin perder tiempo. Y efectivamente, allí estaba la señal: la espalda del perro se hallaba descarnada y se podían ver los músculos y los huesos del animal. De modo que el hombre lo creyó, lo arrojó al agua y siguió fielmente las demás instrucciones, por lo que consiguió salvarse con su familia, y de ellos desciende en línea recta la población actual del mundo.

Entre los indios de la gran raza de los algonquinos se halla muy difundida la historia que habla de un gran diluvio. Las diferentes versiones se: parecen en algunos detalles. Los delaware, tribu algonquina establecida en las proximidades de la bahía de Delaware, hablaban de una inundación que había llegado a cubrir toda la tierra y de la que se habían salvado muy pocas personas. Ellos habían conseguido sobrevivir porque se habían refugiado sobre el caparazón de una tortuga, tan vieja que su espalda estaba cubierta de musgo como la orilla de un arroyuelo. Cuando se hallaban flotando de esa manera, en pleno desamparo, un somorgujo voló hacia ellos, por lo que le pidieron que se sumergiese bajo el agua y trajese a la superficie tierra de las profundidades. El pájaro los complació pero no pudo tocar fondo. Entonces voló muy lejos y regresó con algo de tierra en el pico. Siguiendo sus indicaciones la tortuga fue nadando hasta el lugar, en el que encontraron un trozo de terreno seco. Se establecieron en él y repoblaron la región.

Los montagnais, grupo de tribus indias del Canadá pertenecientes también a la raza de los algonquinos, contaron a uno de los primeros misioneros jesuitas que un cierto ser poderoso al que llamaban Messou reconstruyó el mundo, que había sido

destruido por una gran inundación. Según ellos, cierto día Messou salió a cazar, y los lobos que utilizaba como si fuesen perros de caza entraron en un lago y quedaron retenidos en él. Messou los buscó por todas partes, hasta que un pájaro le dijo que había visto a los desaparecidos animales en medio de un lago. Entonces entró en el agua para rescatarlos, pero el lago se desbordó, cubrió toda la tierra y lo inundó todo. Lleno de asombro Messou envió al cuervo en busca de un terrón de tierra, para volver a reconstruir el mundo a partir de él, pero el cuervo no pudo encontrar ninguno. A continuación Messou envió una nutria, que se sumergió en las profundas aguas pero no pudo traer nada de vuelta. Por último, Messou despachó a una rata almizclera, que regresó con algo de limo, y con él Messou consiguió rehacer el mundo, que es este mismo en el que vivimos. Disparó flechas contra los troncos de los árboles, y las flechas se transformaron en ramas. Luego tomó venganza de los que le habían retenido a los lobos en el lago, y se casó con una rata almizclera, de la que tuvo crías con las que volvió a poblar la tierra.

En esta leyenda no se menciona a los hombres; y si no fuese por el papel que desempeñan en ella los animales, podríamos haber supuesto que el diluvio había tenido lugar a comienzos de la edad del mundo, cuando aún no había aparecido la vida sobre la tierra. Sin embargo, unos dos siglos más tarde, otro misionero católico nos cuenta que los montagnais del territorio de la bahía de Hudson relatan la historia de una gran inundación que cubrió toda la tierra y de la que se salvaron en una isla flotante cuatro personas, junto con animales y pájaros. Pero otro misionero, católico también, nos da noticia más completa de la leyenda de los montagnais. Según ella, en una ocasión Dios se enfadó con los gigantes, por lo que ordenó a un hombre que construyese una canoa espaciosa. Así lo hizo el hombre, y tan pronto como se hubo embarcado en ella comenzó el agua a

subir por todos lados, y con ella la embarcación, hasta que ya no se pudo divisar tierra por parte alguna. Cansado de no contemplar nada más que una henchida masa de agua, el hombre arrojó por la borda una nutria y el animal se sumergió bajo la superficie y trajo de vuelta un poco de tierra. El hombre cogió en su mano el barro o limo y soplando en él hizo que comenzase inmediatamente a crecer. Entonces lo depositó sobre la superficie de las aguas e impidió que se hundiera. El barro siguió creciendo hasta formar una isla, y el hombre quiso saber si se trataba de una isla lo bastante grande como para poder mantenerle; para ello colocó encima un reno, pero el animal no tardó mucho en recorrer todo el perímetro y regresar al punto de partida, con lo cual el hombre dedujo que el tamaño aún no era suficiente. Por eso siguió soplando hasta que se formaron en ella montañas, lagos y ríos. Entonces desembarcó. El mismo misionero da noticia, asimismo, de una leyenda acerca del diluvio muy extendida entre los indios crees, que habitan en el Canadá y pertenecen también a la raza algonquina. Pero esa historia contiene elementos que denuncian con claridad la influencia cristiana, pues en ella se dice que el hombre soltó primero un cuervo, y después una paloma silvestre. El cuervo no regresó a la canoa, y como castigo a su desobediencia su plumaje, que era blanco se volvió negro. La paloma regresó con las patitas llenas de barro, de donde el hombre sacó la conclusión que la tierra se había secado, y por ello desembarcó.

Parece que fue H. E. Mackenzie, que pasó muchos de sus primeros años con los indios salteaux o chippewa, rama extensa y poderosa de la cepa algonquina, el que recogió por vez primera en toda su extensión la verdadera leyenda algonquina antigua del diluvio. Se la dio a conocer al teniente W. H. Hooper, de la Armada Real, destinado en el fuerte Norman, cerca del lago del Oso, hacia la mitad del siglo XIX. La historia dice en sustancia lo siguiente:

Una vez, hace mucho tiempo, había unos indios y entre ellos un hechicero famoso llamado Wis-kay-tchach. Los acompañaban un lobo y sus dos lobeznos, que vivían en plan de intimidad con los seres humanos. Wis-kay-tchach llamaba hermano al viejo lobo y sobrinos a los lobeznos, pues para él todos los animales eran sus parientes. Durante el invierno el grupo comenzó a padecer hambre, por lo que el lobo mayor quiso marcharse con sus hijos en busca de alimentos y así se lo hizo saber a los demás. Wis-kay-tchach se ofreció a acompañarlo, de modo que partieron juntos. Pronto descubrieron las huellas de un alce. El viejo lobo y el hechicero Wis (pues así lo llamaremos de ahora en adelante por mor de la brevedad) se detuvieron a fumar, mientras los lobeznos perseguían al alce. Pasado algún tiempo y en vista de que los animales no volvían, Wis y el lobo partieron en su busca y muy pronto descubrieron sangre en la nieve, de lo que dedujeron que el alce había sido muerto. No tardaron en alcanzar a los dos lobeznos, pero no pudieron descubrir por parte alguna al alce, pues ellos se lo habían comido. Entonces pidieron a Wis que encendiese el fuego, y tan pronto lo hubo hecho apareció sobre la nieve el cuerpo entero del alce, materializado de nuevo y ya descuartizado. Los lobeznos hicieron cuatro partes con el animal abatido, pero uno de ellos se reservó la lengua y los otros dos el morro, que son partes escogidas del animal. Entonces Wis puso mala cara, por lo que los lobos le entregaron esas golosinas. Cuando hubieron acabado de devorar al animal, uno de los lobeznos anunció que haría una especie de caldo con la médula, caldo que se prepara machacando los huesos hasta reducirlos a una pasta fina e hirviéndolos después. Pronto dieron cuenta también del nuevo plato y comenzaron otra vez a sentir las mordeduras del hambre. De modo que acordaron volverse a separar. En esta ocasión el padre lobo se fue con uno de los lobeznos y Wis se quedó en compañía del otro.

Al llegar a este pasaje el relato abandona al viejo lobo y sigue las peripecias de Wis y de su sobrino, uno de los dos lobeznos. El joven animal mató algunos venados y los trajo de vuelta en el estómago; al llegar al refugio los vomitaba enteros. Por fin comunicó a su tío que ya no podía coger más venados, y el hechicero se sentó y pasó toda la noche preparando brebajes o recitando fórmulas mágicas. Por la mañana envió a su sobrino a cazar, pero le advirtió de que tuviese cuidado en los ríos y los lagos y que arrojase una rama en ellos antes de aventurarse él mismo a atravesarlos, ya que de lo contrario podría sucederle alguna desgracia. El lobezno se marchó, pero cuando se hallaba persiguiendo un venado se olvidó de los consejos que le había dado el tío y al tratar de saltar un agujero, cayó de plano en un río y los linces de agua lo mataron y lo devoraron. Qué especie de animal es el lince de agua es cosa que el narrador no sabe decirnos. Pero dejémoslo estar. Ya es bastante que esas criaturas hayan matado y devorado el lobezno. Después de haber esperado mucho tiempo la vuelta del sobrino, Wis salió a buscarlo y al llegar al sitio que el joven había tratado de saltar adivinó certeramente que había desoído sus indicaciones y había caído al agua. Entonces vio un martín pescador posado en un árbol y con los ojillos fijos en el agua. Le preguntó qué miraba con tanta atención, a lo que el pájaro respondió que estaba contemplando la piel del sobrino de Wis, el lobezno, que servía de alfombrilla ante la puerta de los linces de agua; pues no contentos con matar y devorar la joven cría los feroces animales habían añadido el escarnio a la injuria y habían destinado a un uso tan poco noble la piel. Agradecido por la información, Wis pidió al martín pescador que se acercara, le alisó las plumas de la cabeza y comenzó a envolverle el cuello con una especie de gola; pero antes de que hubiese acabado de hacerlo el pájaro salió huyendo y ese es el motivo de que los martín pescadores hayan venido teniendo hasta nuestros días solamente la mitad

de un collarín de plumas detrás de la cabeza. Pero antes de marcharse el pájaro dio a Wis una indicación de despedida; le comunicó que los linces de agua tenían la costumbre de salir a menudo a la orilla a tenderse en la arena, y que si quería vengarse de ellos tendría que transformarse en una raíz de árbol y ponerse al lado del agua, pero teniendo la precaución extrema de mantenerse perfectamente rígido y de no dejarse intimidar bajo ningún pretexto por las serpientes y ranas que los linces de agua enviarían con toda seguridad para obligarlo a marcharse. Tras recibir esas indicaciones, Wis regresó a su campamento y recogió sus instrumentos de magia; se aprovisionó también de las demás cosas necesarias, entre otras, una canoa grande en la que tuviesen cabida los animales que no saben nadar.

Antes de despuntar el día ya había terminado los preparativos y se embarcó con los antedichos animales en la espaciosa canoa. Remó entonces silenciosamente hasta la cercanía de los linces, sujetó la canoa detrás de un promontorio, tomó tierra, se transformó en una raíz y aguardó bajo ese disfraz la aparición de los linces de agua. No tardó en aparecer uno de color negro, que nadó hasta la orilla y se tendió en la arena; poco después, otro, de color gris, lo imitó. Por último apareció el de color blanco, el mismo que había matado al lobezno; sacó fuera del agua la cabeza y vio la raíz, que le pareció sospechosa; por lo que llamó la atención de sus camaradas y les dijo que antes nunca había visto allí aquella raíz. Ellos le respondieron despreocupadamente que de seguro se equivocaba y que la raíz debía de haber estado allí siempre; pero el astuto lince blanco, sin acabar de fiarse todavía, envió ranas y serpientes para que la arrancasen. Wis tuvo que echar mano de toda su sangre fría para no dejarse atemorizar y lo consiguió, por lo que el lince blanco, acalladas ya todas sus dudas, salió también del agua y se tendió sobre la arena. Wis aguardó aún algún tiempo, y luego, tras haber recobrado su forma habitual, agarró la espada y ca-

minó silenciosamente hacia donde yacía su enemigo el lince blanco. El martín pescador le había advertido que de no dirigir los golpes de la espada contra la sombra del animal, éste se le escaparía; pero Wis, movido por la impaciencia, se olvidó del consejo y trató de golpear de lleno en el cuerpo de su adversario, con lo cuál erró el golpe. El lince se lanzó velozmente hacia el agua, pero Wis no le fue a la zaga y, dirigiendo esta vez el golpe a la sombra del enemigo, consiguió herirlo gravemente. No obstante el animal se las arregló para hundirse en el río y escapar, y los otros linces con él. Inmediatamente el agua comenzó a hervir y levantarse, y Wis se lanzó hacia el lugar donde había dejado la canoa, corriendo con todas sus fuerzas. Las aguas siguieron subiendo hasta que tanto la tierra como los árboles y los cerros quedaron sumergidos. La canoa flotaba a la deriva en la superficie, y Wis, que se había preocupado de tomar a bordo todos los animales que no sabían nadar, se apresuraba ahora a recoger los que sólo podían nadar durante un rato y se afanaban a su alrededor tratando de no perecer.

Pero a pesar de toda la magia que había puesto en práctica para hacer frente a la peligrosa emergencia, Wis había pasado por alto una condición necesaria para la restauración del mundo una vez que el diluvio hubiese cesado. No tenía barro, ni siquiera una simple partícula, con la que formar el núcleo de las nuevas tierras que tendría que hacer surgir de las aguas desiertas. Por eso se puso a actuar para conseguirlo. Ató un cordel a la pata de un somorgujo y le encargó que sondease las aguas, y que siguiese descendiendo aunque perdiese la vida en el intento; porque, como le dijo, «no importa, aunque te ahogues, pues yo puedo devolverte a la vida con facilidad». Animado por esas palabras, él pájaro se dejó caer en el agua como una piedra, y el cordel se fue desenrollando con rapidez. Al final se detuvo, y Wis lo recogió, pero en el extremo venía el somorgujo muerto. Una vez vuelto a la vida como era debido el pájaro comunicó a

Wis que no había conseguido tocar fondo. De modo que, a continuación, Wis despachó a una nutria con el mismo encargo, pero ese animal no tuvo mejor suerte que el somorgujo. Entonces Wis probó con un castor, que tras haber muerto y resucitado como correspondía, informó de que había llegado a ver las copas de los árboles, pero que no había podido descender a mayor profundidad. Por último, Wis arrojó al agua una rata atada a una piedra; y allá se fueron piedra y rata hasta que el cordel terminó por aflojarse. Wis lo izó y en su extremo encontró la rata muerta, pero antes de morir el animal había conseguido aferrar con las patitas un poco de barro. Wis ya tenía lo que deseaba. De modo que devolvió la vida a la rata y extendió el barro para que se secara. Una vez seco sopló sobre él, con lo que el barro comenzó a hincharse y a crecer hasta cubrir una gran extensión. Cuando Wis creyó que el barro ya había alcanzado dimensiones suficientes, envió de explorador un lobo, pero el animal no tardó en regresar y dijo a Wis que el mundo era pequeño. Con lo cual Wis siguió soplando sobre el barro, durante bastante tiempo, y luego envió un cuervo, con el mismo encargo que le había dado al lobo. Al ver que el ave no regresaba, Wis sacó la conclusión de que el mundo ya era lo bastante grande para dar cabida a todos; de modo que desembarcó de la canoa en compañía de los animales que había guardado consigo.

Con mayor brevedad se ha registrado otra versión de la misma historia, afectada de ligeras variantes de detalle, entre los ojibwas, que vivían al sureste del lago Ontario. El relato es el siguiente: Nenebojo vivía con su hermano en medio de la espesura del bosque. Todos los días salía a cazar, mientras que su hermano, se quedaba en casa. Un atardecer, al regresar de la cacería, halló que su hermano no estaba en casa, de modo que salió a buscarlo. Pero no lo pudo encontrar por parte alguna. A la mañana siguiente volvió a salir en busca de su hermano. Cuando caminaba por las orillas de un lago vio un martín pes-

cador sentado en las ramas de un árbol que crecía junto al agua. El pájaro miraba fijamente algo que se hallaba bajo la superficie de las aguas, al pie del árbol. «¿Qué es lo que estás mirando con tanta atención?», le preguntó Nenebojo. Pero el martín pescador hizo como que no lo había oído. Entonces Nenebojo insistió otra vez diciendo: «Si me dices qué es lo que estás mirando debajo del agua, te embelleceré. Haré que tus plumas sean coloreadas». El pájaro aceptó complacido el trato y tan pronto hubo Nenebojo acabado de pintarle las plumas, se dirigió a él y le dijo: «Miro al hermano de Nenebojo, al que han matado los espíritus del agua y cuya piel utilizan ahora como alfombrilla delante de la puerta». Entonces Nenebojo volvió a preguntar: «¿Por dónde salen a la orilla esos espíritus del agua para tomar el sol?». El martín pescador le respondió: «Siempre se tienden al sol allí, en una de las calas, donde la arena está seca».

Entonces Nenebojo se despidió del pájaro. Resolvió dirigirse a la playa de arena que el martín pescador le había indicado y esperar en ella la primera ocasión que se le presentase para matar a los espíritus del agua. Comenzó meditando acerca del disfraz que más le convendría adoptar para aproximarse a ellos inadvertido y se dijo: «Me transformaré en una vieja raíz podrida». Tan pronto lo hubo pensado lo puso en práctica. Llevó a cabo la transformación con ayuda de un bastón que le acompañaba siempre. Cuando los leones salieron del agua a tomar el sol uno de ellos descubrió la raíz y dijo al que se encontraba más cerca: «Nunca he visto ahí esa vieja raíz antes de ahora. Con seguridad no se tratará de Nenebojo». Y el león al que se había dirigido, le replicó: «Nada de eso, yo he visto ahí antes esa raíz». Entonces, un tercer león se acercó a ella para mirarla de cerca y cerciorarse. Desgajó un trozo y comprobó que estaba podrido. Por lo cual los leones se tranquilizaron y se echaron a dormir. Cuando Nenebojo vio que se hallaban profundamente dormidos los golpeó en la cabeza con el bastón. Tan

pronto como los hubo tocado el agua comenzó a desbordar del lago. Nenebojo escapó huyendo pero las aguas, lo persiguieron. Mientras corría tropezó con un pájaro carpintero que le mostró el camino de una elevada montaña en la que crecía un pino muy alto. Nenebojo trepó a él y comenzó a construir una balsa. El agua le llegaba ya al cuello cuando él acabó, de construir la balsa. Entonces hizo subir a ella una pareja de cada especie de los animales que existían sobre la tierra y con ellos flotó a la deriva.

Cuando ya, hacía algún tiempo que navegaban de esa manera, Nenebojo dijo: «Me parece que las aguas no volverán a bajar nunca, por lo que será mejor, que vuelva a hacer la tierra». De modo que envió una nutria para que se sumergiese hasta el fondo de las aguas y trajese; de vuelta algo de barro; pero el animal regresó sin nada. Entonces envió un castor con el mismo encargo, pero tampoco él tuvo mejor fortuna. A continuación envió una rata almizclera para que le trajese barro del fondo del agua. Cuando el animal volvió a la superficie traía las patitas fuertemente apretadas. Al abrírselas, Nenebojo encontró entre ellas algunos granos de arena, y descubrió algunos granos más en la boca del roedor. De modo que junto todos los granos, los puso a secar y luego los sopló sobre la superficie del lago con ayuda del cuerno que utilizaba para llamar a los animales. Los granos de arena formaron una isla en el agua. Nenebojo la agrandó y envió un cuervo para que viese qué tamaño tenía. Pero el cuervo no regresó. Por eso Nenebojo decidió enviar después al halcón, la más veloz de las aves que se mecen en el aire. Pasado algún tiempo el halcón regreso y al preguntársele si había visto al cuervo por algún lado, respondió: «Le he visto que estaba comiendo los cadáveres que hay a orillas del lago». Entonces Nenebojo dijo: «A partir de ahora el cuervo no encontrará jamás nada que comer si antes no lo ha robado». Nenebojo volvió a dejar pasar algún tiempo más y envió entonces

al caribú para que comprobase el tamaño de la isla. El animal regresó en seguida y dijo que la tierra aún no era lo suficientemente grande. Por lo cuál Nenebojo sopló más arena sobre las aguas, y cuando lo hubo hecho cesó de formar la tierra.

Los indios pies negros, otra de las tribus algonquinas, que solían habitar las pendientes orientales de las montañas Rocosas y las praderas que se extienden a sus pies, cuentan una historia semejante acerca del gran diluvio de las primeras edades de la tierra. «Al comienzo —dicen—, las aguas cubrían toda la tierra y en una gran almadía flotaban a la deriva un Anciano y todos los animales. Un día el Anciano pidió al castor que se sumergiese y tratase de traer de vuelta algo de barro. El castor se echó al agua y desapareció en sus profundidades. Tardó mucho tiempo en aparecer, pero sin embargo no pudo alcanzar el fondo. Entonces probó suerte el somorgujo, y después dé él la nutria, pero las aguas eran demasiado profundas pará ellos. Por último se lanzó al agua la rata almizclera y tardó tanto tiempo en regresar que pensaron que se había ahogado, pero al fin subió a la superficie, ya medio muerta, y cuando la izaron a la balsa hallaron en una dé sus patas algo de barro. Con él, el Anciano formó el mundo y más tarde hizo los hombres».

Historias semejantes parecen ser habituales entre las tribus indias del noroeste del Canadá. No se las encuentra solamente entre las tribus de la cepa algonquina, sino también entre sus vecinos del norte, los tinneh o dené, que pertenecen a la gran familia atapasca, la más diseminada de todas las familias lingüísticas indias de América del Norte, pues se extiende desdé la costa del Ártico hasta bien entrado México, y abarca desde el Pacífico a la bahía de Hudson y desde el río Colorado a la desembocadura del río Grande. Así los crees, que pertenecen a la cepa algonquina, dicen que al comienzo vivía un viejo brujo llamado Wissaketchak que obraba maravillas con sus conjuros. Pero un cierto monstruo marino le odiaba y quería acabar con

él. De modo que cuando el brujo se hallaba remando en su canoa el monstruo agitó las aguas con la cola hasta que las obligó a desbordarse y cubrir toda la tierra. Pero Wissaketchak construyó una amplia balsa y reunió en ella parejas de todos los animales y de todos los pájaros, y de esa manera salvó su vida y la de los demás animales. Mientras tanto el malvado pez continuaba agitando las aguas con la cola y las aguas seguían subiendo hasta que llegaron a cubrir no sólo los valles sino también las montañas más altas, y al fin ya no se veía ni un pedazo de tierra que no estuviese sumergida. Entonces Wissaketchak envió al pato para que penetrase en las profundidades y trajese a la superficie la sumergida tierra; pero el ave no consiguió llegar al fondo y se ahogó. A continuación Wissaketchak envió a la rata almizclera, que después de haber permanecido largo rato en las profundidades reapareció con la boca llena de cieno. Wissaketchak lo tomó en las manos, hizo con él un disco pequeño y lo colocó sobre el agua, en la que flotó. Se parecía a los nidos que las ratas almizcleras se suelen preparar en el hielo. Poco a poco el disco fue aumentando de tamaño hasta convertirse en un montecillo. Entonces Wissaketchak sopló sobre él, y cuanto más soplaba, mayor se bacía el disco, que con el calor del sol se endureció y formó una masa sólida. A medida que iba creciendo y endureciéndose, Wissaketchak iba soltando en ella los animales, hasta que por fin desembarcó también él y tomó posesión de la tierra creada de ese modo, tierra que es el mundo que habitamos. Los indios costilla de perro y los indios esclavos, que son dos tribus dené, narran una historia similar con la única diferencia de que dan el nombre de Tchapewi al hombre que logró salvarse de la gran inundación; y dicen que mientras flotaba en la balsa a merced de las olas junto con una pareja de cada especie de animales, que había rescatado de las aguas, hizo que los animales anfibios, uno tras otro, incluidos la nutria y el castor, se sumergiesen, pero ninguno de ellos fue capaz de

traer tierra a la superficie, excepto la rata almizclera, que se sumergió la última y volvió a subir jadeando con algo de barro en las patas. Sobre ese barro sopló Tchapewi, hasta que creció tanto que formó la tierra que conocemos. Y Tchapewi volvió a poner en ella los animales, que de nuevo vivieron como acostumbraban antes del diluvio; y amarró la tierra con un recio tirante, de modo que la inmovilizó y afirmó el suelo debajo de nuestros pies.

Los indios piel de liebre, tribu también de la rama de los dené, cuentan que un cierto Kunyan, que significa Hombre Prudente, resolvió en una ocasión, hace ya mucho tiempo, construir una balsa de grandes dimensiones. Cuando su hermana, que también era su mujer, le preguntó que para qué la construía, el le respondió: «Si llega a haber un diluvio, tal como preveo, nos pondremos a salvo en ella». También dio cuenta de sus planes a otros hombres, pero todos se rieron de él y le dijeron: «Si hay una inundación nos subiremos a los árboles». Pero el Hombre Prudente siguió haciendo su balsa y ató los troncos unos a otros por medio de cuerdas hechas de raíces. Hasta que de pronto hubo una inundación tal como nunca se había conocido otra semejante. Parecía como si el agua brotase con fuerza por todos lados. Los hombres treparon a los árboles, pero el agua subió detrás de ellos y todos murieron ahogados. Excepto el Hombre Prudente, a salvo en su balsa recia y bien atada. Mientras se hallaba a merced de las olas pensaba en el futuro, y por eso reunió por parejas y recogió a bordo los animales herbívoros, los pájaros e incluso las fieras que encontró en su camino. «Subid a mi balsa —les dijo—, porque muy pronto ya no quedará tierra al descubierto». Y así fue. La tierra desapareció bajo las aguas y durante mucho tiempo nadie pensó en recuperarla. El primero que se sumergió en las profundidades fue la rata almizclera, pero no pudo alcanzar el fondo y cuando asomó de nuevo la cabeza por encima del agua estaba casi ahoga-

da, «¡No encontré tierra!», exclamó. Por segunda vez se sumergió, y cuando volvió a la superficie dijo: «He podido sentir el olor de la tierra, pero no he conseguido llegar hasta ella». Entonces le llegó el turno al castor. Se sumergió y permaneció durante mucho tiempo bajo la superficie. Por fin emergió, flotando sobre la espalda, sin aliento e inconsciente. Pero entre las uñas traía algo de barro que entregó al Hombre Prudente. El Hombre Prudente lo colocó sobre la superficie del agua, sopló en él y dijo: «¡Quiero que vuelva a haber tierra de nuevo!». Al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras soplaba sobre el barro que ¡zas! de golpe comenzó a hincharse. Entonces depositó encima de él un pajarito, y él puñado de barro se hizo aún mayor. El Hombre Prudente siguió soplando sin cesar, y el pedazo de barro no dejaba de crecer. A continuación, el hombre soltó en la isla ya formada un zorro, que recorrió todo su perímetro en un sólo día. El zorro siguió dando vueltas y más Vueltas a la isla, y ésta fue creciendo más y más. Seis veces dio el zorro la vuelta a la isla, y cuando hubo terminado de dar la vuelta número siete la tierra tenía ya las mismas dimensiones que había tenido antes del diluvio. Entonces el Hombre Prudente hizo desembarcar a los animales y los dejó sobre la tierra firme. A continuación desembarcó él mismo, con su mujer e hijo, y habló lo siguiente: «A nosotros nos toca repoblar la tierra». Y sin faltar un instante la tierra fue repoblada. Sólo restaba una dificultad que el Hombre Prudente tenía que resolver. Las aguas estaban todavía muy altas, y el problema estaba en qué hacer para que bajasen a su anterior nivel. El avetoro vio la dificultad y acudió a prestar ayuda. Se tragó toda el agua que sobraba y se tendió en la orilla como un tronco, con el vientre hinchado hasta dimensiones increíbles. Era más de lo que el Hombre Prudente había deseado. Si antes había habido demasiada agua, ahora había demasiado poca. En el apuro pidió ayuda al chorlito o frailecillo. «El avetoro —le dijo— yace ahí tendido al sol y

tiene el vientre lleno de agua. Agujeréaselo». De modo que el chorlito se dirigió con disimulo hacia donde estaba sin sospechar nada el avetoro. «Mi abuela —comenzó diciéndole en tono amistoso— sufre de dolores en el vientre». Y pasaba suavemente la mano sobre la parte dolorida del cuerpo del avetoro, como si quisiera aliviarla. Pero de pronto sacó las garras y las clavó con fuerza en el hinchado vientre del pajarillo. ¡Su zarpazo fue terrible! Se oyó entonces una especie de gorgoteo y del estómago del ave comenzó a brotar entre burbujas y espuma el agua allí encerrada. El agua siguió corriendo hasta que formó ríos y lagos, y el mundo pudo ser habitado de nuevo.

Algunos indios dené afirman que la causa del diluvio fue una nevada muy copiosa que cayó en pleno mes de setiembre. Sólo hubo un hombre que vaticinó la catástrofe y avisó a sus conciudadanos, pero ellos no le hicieron caso. «Ya trataremos de huir hacia las montañas», le respondieron. Pero todos se ahogaron. Sin embargo el anciano prudente había construido una canoa, y subió a ella cuando llegó la calamidad, y recogió a bordo los animales que se ahogaban a su alrededor. Al fin no pudo soportar por más tiempo ese género de vida, de modo que envió sucesivamente a las profundidades en busca de la inundada tierra primero al castor, y después de él la nutria, la rata almizclera y el pato ártico. Sólo este último volvió a la superficie con un poco de cieno entre las uñas, cieno que el hombre depositó sobre la superficie e hizo crecer con su aliento. A continuación y durante seis días desembarcó a los animales sobre la isla así formada. Más tarde, cuando la isla se hubo hecho mayor, puso él mismo pie en tierra. Según otros indios dené el anciano comenzó soltando un cuervo, que se detuvo a saciar el hambre en los cadáveres flotantes y no regresó a la canoa. A continuación envió una tórtola, que dio por dos veces la vuelta al mundo acabado de formar y regreso. La tercera vez volvió al caer la tarde, muy cansada, con un brote de pino en el pico. No cabe duda de

que en esta última versión la influencia de las enseñanzas de los misioneros se ha dejado sentir.

Los sarsi, tribu de indios perteneciente también a la raza de los dené, formaron antiguamente una nación poderosa, pero en la actualidad no son más que unos pocos cientos. La reserva en que viven, hermosa extensión de praderas colindante con la de los pies negros de Alberta, se encuentra un poco al sur del ferrocarril canadiense del Pacífico. Las tradiciones de esos indios hablan de un diluvio emparentado por sus principales características con el de los ojibwas, el de los crees y el de otras tribus canadienses. Según ellas, cuando el mundo fue cubierto por la gran inundación sólo se salvaron un hombre y una mujer, a bordo de una almadía, en la que también recogieron animales terrestres y pájaros de todas las especies. El hombre envió a un castor a las profundidades de las aguas. El animal se sumergió y volvió con un poco de barro que el hombre modeló con las manos hasta darle la forma de un mundo nuevo. Al principio ese mundo nuevo era tan pequeño que un pajarito podía recorrerlo, pero después se fue haciendo cada vez más grande. «Al principio —nos dijo el narrador— nuestro padre estableció en él su morada, y luego comenzaron a aparecer hombres, después mujeres, luego animales y más tarde pájaros. A continuación nuestro antepasado creó los ríos, las montañas, los árboles y todas las demás cosas que podemos ver en la actualidad». Al terminar la narración, el hombre blanco que tomaba nota de ella hizo observar a los sarsi que sus tradiciones coincidían en muchos aspectos con las de los ojibwas, si se exceptúa el hecho de que en la historia ojibwa del diluvio es una rata almizclera y no un castor la que trae a la superficie un poco de barro. La observación del hombre blanco provocó los gritos de aprobación de cinco o seis miembros de la tribu que se acuclillaban en el interior la tienda. «¡Si! ¡si! —gritaban a coro—, este hombre te ha mentido. ¡Fue una rata almizclera!, ¡fue una rata almizclera!».

En las tradiciones religiosas y en la mitología de los tlingit, importante tribu india de Alaska, desempeña un papel muy importante un personaje llamado Yehl, es decir, El Cuervo. No sólo fue el primer antepasado del clan del Cuervo, sino también el que creó al hombre. ¡Hizo crecer además las plantas, y colocó en el lugar que ocupan el sol, la luna y las estrellas. Pero ese personaje tenía un tío muy malvado, que ya había dado muerte a los diez hermanos mayores de Yehl, ya fuese ahogándolos o según otros tendiéndolos sobré una plancha de madera y cortándoles la cabeza con un cuchillo. A la comisión de crímenes tan atroces le había empujado la pasión de los celos, porque tenía una mujer joven y hermosa de la que estaba muy enamorado, y según la ley vigente entre los tlingit sus sobrinos, los hijos de su hermana, le heredarían la esposa, una vez viuda, tan pronto como, él hubiese abandonado este valle de lágrimas. Por eso cuando Yehl creció y se hizo hombre, su apasionado tío trató de hacer con él lo mismo que había hecho ya con sus diez hermanos mayores, pero todos sus intentos resultaron fallidos. Porque Yehl no era como los demás. Su madre lo había concebido tragando un guijarro de los que se encuentran sobre la arena cuando baja la marea; y con ayuda de otra piedra había conseguido hacer invulnerable al hijo. De modo que cuando el tío trató de separarle la cabeza del tronco, como tenía por costumbre, el cuchillo no hizo mella en el cuello de Yehl. Pero el endurecido villano no se dio por vencido ante ese primer fracaso e intentó dar muerte a su sobrino por otros medios. Lleno de rabia dijo: «¡Que haya una inundación!», y una inundación hubo, que cubrió incluso las más altas montañas. Pero Yehl cogió sus alas y plumas, que podía ponerse y quitarse a voluntad, y extendiendo las manos voló hacia el cielo como una flecha, del que permaneció colgado durante diez días, sujeto con el pico, días durante los cuales las aguas subieron tanto que llegaron incluso a rozarle las alas. Cuando las aguas bajaron se soltó y se

dejó caer como una piedra en el océano, donde tropezó con un banco de algas que amortiguó la caída; de situación tan desairada le vino a sacar una nutria marina, que lo puso a salvo en tierra. En esta versión tlingit de la leyenda no se menciona qué fue lo que le sucedió al resto de la humanidad durante la inundación.

Otra leyenda de los tlingit cuenta de manera diferente como El Cuervo envió una gran inundación a la tierra. Ese personaje había puesto en el mundo una mujer para que atendiese a la subida y bajada de las mareas. En una ocasión sintió la necesidad de ver lo que sucede debajo de los mares, de modo que ordenó a la mujer que fuese levantando el agua, para que él pudiese caminar a pie enjuto por el fondo del océano. Pero le encargó precavidamente que la levantase poco a poco, a fin de que al ver aproximarse la inundación los hombres tuviesen tiempo de embarcar en sus canoas provisiones suficientes y de subir a bordo ellos mismos. De modo que las aguas del océano comenzaron a subir gradualmente, y los habitantes de la tierra flotaban en ellas con sus embarcaciones. A medida que las aguas iban subiendo cada vez más alto por las laderas de las montañas, la gente veía a los osos y otras bestias salvajes que se iban agrupando en las cumbres todavía no cubiertas. Muchos osos se echaron al agua y nadaron hacia las canoas, a las que trataron de encaramarse; entonces aquellos que habían sido lo bastante prudentes como para llevar consigo los perros tuvieron ocasión de alegrarse de haber sido tan previsores, porque los nobles animales mantuvieron alejados a los osos. Alguna gente desembarcó en las cumbres de las montañas, construyó una empalizada circular para impedir el paso de las aguas y se encerró en ella, después de haber llevado las canoas al interior. Pero no pudieron llevar consigo demasiada leña para quemar, porque las canoas eran pequeñas y había en ellas poco espacio disponible. Fue una época muy atormentada y peligrosa. Los su-

pervivientes contemplaron como el agua arrancaba árboles de raíz y los arrastraba con furia en la corriente; también pasaban flotando, llevados por la carrera de las olas, grandes peces-diablo y otras criaturas extrañas. Al fin, cuando las aguas comenzaron a bajar, la gente las siguió poco a poco, por el flanco de la montaña; pero los árboles habían desaparecido en su totalidad y como no había leña con la que encender el fuego, todos perecieron de frío. Al regresar de su paseo por debajo de los océanos, El Cuervo vio los peces que se habían quedado en seco en lo alto de las montañas y en los desfiladeros, y dirigiéndose a ellos les habló de la siguiente manera: «Permaneced donde estáis y transformaos en piedras». Y así lo hicieron. Y cuando vio a la gente que iba descendiendo por las laderas, le dijo de manera semejante: «Transformaos en piedras en el mismo sitio en que os encontráis», y en piedras se transformaron. Después de que hubo destruido a toda la humanidad de esta manera, El Cuervo la volvió a crear a partir de hojas verdes. Dado que hizo de hojas verdes la nueva generación de la especie humana, la gente sabe que El Cuervo debe haber transformado en piedras a los hombres y las mujeres que sobrevivieron al diluvio. Y esa es también la tazón por la cual hasta nuestros días muere tanta gente en otoño, con la caída de la hoja; cuando las flores y las hojas se marchitan y caen, también nosotros, igual que ellas, nos vamos de este mundo.

Sin embargo, de acuerdo con otro relato, los tlingit, o kolosh, según solían llamarlos los rusos, se refieren a un diluvio universal en el que algunos hombres se salvaron en un arca de grandes dimensiones que flotaba sobre las aguas. Cuando la inundación retrocedió, el arca tomó tierra encima de una roca y se partió en dos pedazos; y esa es la razón, afirman los que narran la leyenda, de la diversidad de lenguas habladas sobre la tierra. En una mitad del arca se hallaban los tlingit, que representan a la mitad de la población del mundo; en la otra mitad se

hallaban todos los demás pueblos de la tierra, que representan la parte restante de la humanidad. Puede que esa leyenda tenga orígenes cristianos, ya que observamos en ella una mezcla de la historia de Noé y su arca y del episodio de la torre de Babel.

Los indios haida, que viven en las islas de la Reina Carlota, dicen que «hace mucho, mucho-tiempo, hubo una gran inundación en la que perecieron ahogados todos los hombres y todos los animales, a excepción de un único cuervo. Sin embargo ese animal no era un pájaro exactamente igual a los demás, sino que, como sucede con los animales de las antiguas narraciones indias, poseía en gran medida los atributos de un ser humano. Se podía poner, por ejemplo, o quitar a voluntad; la envoltura de plumas, como si se tratase de un vestido. En una de las versiones de la leyenda se dice incluso que había nacido de una mujer que no tenía marido, y que ella había confeccionado para él flechas y arcos. Cuando este personaje tuvo edad suficiente comenzó a matar pájaros con las armas que la madre le había preparado, y con sus pellejos cosidos se había hecho una especie de capa o manto. Los pájaros muertos de esa manera habían sido el pequeño pinzón de las nieves, que tiene negros la cabeza y el cuello; el mismo pájaro, de tamaño mayor, que es negro y rojo, y los pájaros carpintero mexicanos. Ese ser extraño se llamaba Ne-kil-stlas. Una vez que la inundación hubo retrocedido, Ne-kil-stlas miró a su alrededor pero no pudo encontrar ni camaradas ni compañera, por lo que comenzó a sentirse muy solo. Al fin terminó por coger una especie de berberecho (*Cardium nuttalli*) en la playa, se casó con él y siguió rumiando sin cesar su deseo de un compañero, sin apartarlo ni un momento de su mente. De vez en cuando oía bajo el caparazón del animal un grito muy débil, como si sé tratase del de un niño recién nacido, grito que se fue haciendo cada vez más fuerte hasta que por fin apareció a la vista una niña, que fue creciendo y hacién-

dose mayor hasta que el cuervo pudo casarse con ella, y de la unión de ambos nacieron los indios y fue repoblada la región».

Los indios thompson, que viven en la Columbia británica, cuentan que en una ocasión hubo una inundación muy grande cuyas aguas llegaron a cubrir la región entera si se exceptúan algunas montañas muy, altas. Los indios creen, aunque de ello no están muy seguros, que los causantes de la catástrofe fueron tres hermanos llamados Qoaqlqal, que por aquellos días se hallaban atravesando la región y realizaban milagros y transformaban unas cosas en otras, hasta que los burladores resultaron burlados y fueron ellos mismos transformados en piedras. Sea como fuere, todo el mundo murió ahogado en la inundación, exceptuando a tres hombres y el coyote; este último consiguió sobrevivir porque se transformó en un trozo de madera y logró flotar sobre las aguas, mientras que los hombres se pusieron a salvo embarcando en una canoa con la que fueron a parar a las montañas Nzukeski. En ese mismo lugar fueron más tarde transformados en piedras, junto con la canoa, y allí se los puede ver aún en nuestros días, bajo la forma de figuras de piedra. En cuanto al coyote, cuando las aguas retrocedieron lo depositaron suavemente sobre la orilla, como si se hubiese tratado de una pieza de madera, en lo que se había transformado astutamente cuando la ocasión lo había requerido. De modo que recobró su forma original y miró, en torno. Halló que se encontraba en la región del río Thompson. Escogió árboles y de ellos hizo sus esposas; los indios actuales descienden todos de tan extraño emparejamiento. Antes de la inundación no existían en el mundo ríos ni lagos, y por tanto los peces tampoco. Al retroceder las aguas del diluvio dejaron en los huecos formados por las montañas lagos de agua transparente, y por las laderas comenzaron a deslizarse los ríos, camino del mar. Esa es la razón de que en la actualidad encontremos lagos en medio de las montañas y peces en los lagos. Así que parece como si la

historia del diluvio de los indios del río Thompson hubiese sido inventada para explicar la existencia de lagos en medio de las montañas; el primitivo narrador, quienquiera que haya sido, explicó la presencia de los depósitos de agua atribuyéndola a la acción de un gran diluvio que cubrió toda la tierra, cuyas aguas, al retirarse, dejaron detrás de ellas los lagos en los valles formados por los cerros, de la misma manera que la marea al retirarse deja detrás, en los huecos de las rocas de las orillas del mar, charcos de agua salada.

Entre las tribus indias del estado de Washington parecen haber sido muy comunes las historias acerca de un gran diluvio. Así los tuanas, de Puget Sound, dicen que una vez, hace mucho tiempo, los hombres eran muy malvados, de modo que para castigarlos ocurrió una gran inundación que lo cubrió todo excepto una montaña. La gente huyó en las canoas a la montaña más alta de la región —uno de los picos de la cordillera Olympic—, y cuando el agua cubrió la cima ataron las canoas con grandes cuerdas al más alto de los árboles, pero a pesar de todo el agua también lo sumergió. Entonces algunas de las canoas rompieron las amarras y flotaron a la deriva hacia el oeste, donde viven ahora los descendientes de los que lograron de esa manera sobrevivir, una tribu que habla una lengua semejante a la de los tuanas. Ese es también el motivo, añaden, de que la tribu ahora sea tan poco numerosa. En su lengua la montaña mencionada tiene un nombre que significa «lo que sujeta o amarra», porque los fugitivos sujetaron o amarraron las canoas en ella. También mencionan una paloma que escapó volando para ver los flotantes cadáveres.

Cuando los primeros misioneros entraron en contacto con los spokanas, los narices perforadas y los cayuses, que junto con los yakimas acostumbraban a vivir en la región oriental del estado de Washington, hallaron que entre esos indios se conocía una leyenda tradicional acerca del diluvio, del que se habían

salvado a bordo de una balsa un hombre y una mujer. Cada una de las tribus mencionadas, junto con las de los cabeza chata, tenía un monte Ararat particular en el que se habían refugiado los supervivientes.

También los indios del estado de Washington que solían habitar en torno al curso inferior del río Columbia y hablaban el dialecto kathlamet de los chinook narraban la historia de una gran inundación. En algunos aspectos su narración recuerda la de los algonquinos. Cuentan que el grajo azul aconsejó a una cierta doncella que se casase con la pantera, que era cazadora de alces y, para colmo, jefe de su poblado. De modo que la joven se puso prestamente en camino hacia donde habitaba la pantera, pero al llegar allí se equivocó y en lugar de casarse con la pantera se casó con el castor. Un día bajó a la playa a esperar a su marido, el castor; éste regresaba de pescar y al verla le ordenó que levantase las truchas acabadas de coger, pero ella descubrió que no se trataba en realidad de ninguna trucha, sino tan sólo de unas ramas de sauce. Disgustada con el descubrimiento huyó del castor y terminó por casarse con la pantera, que ya debiera haber sido su primer marido. Abandonado de esa manera por la esposa de su corazón, el castor lloró por espacio de cinco días, hasta que sus lágrimas inundaron toda la tierra y la cubrieron. Las casas quedaron sumergidas y los animales se refugiaron en sus canoas. Cuando la inundación llegó casi hasta el cielo, se les metió en la cabeza coger tierra del fondo, de modo que dijeron al grajo azul: «¡Lánzate al agua y bucea, grajo!», y él les obedeció, pero no consiguió alcanzar grandes profundidades porque su cola no dejó en ningún momento de sobresalir por encima de la superficie. Entonces todos los animales intentaron bucear. El primero en sumergirse fue el visón y tras él siguió la nutria, pero ambos regresaron sin haber podido alcanzar el fondo. Por último le llegó el turno a la rata almizclera. Dijo: «Unid las canoas unas a otras». Así lo hicieron

y pusieron planchas de madera de unas a otras. Con lo cual la rata almizclera se despojó de su manto, cantó cinco veces toda su canción y sin entretenerse más se lanzó al agua y desapareció. Estuvo ausente durante mucho tiempo. Al fin subieron a la superficie algunas espadañas. Luego se hizo verano, las aguas bajaron y las canoas con ellas, hasta posarse en terreno seco. Los animales desembarcaron, pero al hacerlo se golpearon la cola contra la borda de las embarcaciones y se les partió. Esa es la razón de que ahora tanto él oso pardo como el oso negro tengan apenas un trocito diminuto de cola. Pero la nutria, el visón, la rata almizclera y la pantera regresaron a la canoa, recogieron las perdidas colas y las volvieron a sujetar en el muñón. Por eso semejantes animales tienen todavía colas de tamaño regular, pese a haberlas perdido como consecuencia de la inundación. En esta versión de la historia no se dice nada acerca de la especia humana ni de cómo logró salvarse del diluvio. Pero el relato pertenece evidentemente a ese tipo primitivo de narraciones en las que no se hace distinción neta entre los hombres y las bestias, y en que se da por sentado que los animales inferiores son tan capaces de pensar y hablar como los humanos, y también de imitarlos en su comportamiento y de vivir prácticamente igual que ellos. En la historia kathlamet se indica implícitamente esa comunidad de naturaleza mediante el casamiento de una muchacha; primero, con un castor y, más tarde, con una pantera; y la misma comunidad aparece en la descripción incidental del castor como un hombre de gran panza. De modo que al describir cómo los animales se salvaron del diluvio, puede que el narrador haya supuesto que con ello quedaba suficientemente explicada también la supervivencia de la humanidad.

En América del Norte las tribus indias no son las únicas que conservan leyendas acerca de una gran inundación: también se las encuentra entre los esquimales y entre sus parientes los

groenlandeses. En Orowiknarak, localidad de Alaska, se le dijo al capitán Jacobsen que entre los esquimales se conserva la tradición de un diluvio pavoroso que unido a un temblor de tierra arrasó con enorme rapidez la región; sólo unas pocas personas pudieron escapar en sus canoas de pieles a las cimas de las montañas más altas. También en Alaska, los esquimales de Norton Sound afirman que en los primeros días de su existencia la tierra fue inundada de modo que sólo se mantuvo por encima de las aguas una elevada montaña que había en medio de ella. Las aguas del océano comenzaron a subir y cubrieron toda la tierra, con excepción de aquella montaña. Sólo unos pocos animales lograron refugiarse en la cima y salvarse; y algunas personas se las arreglaron para mantenerse a flote en una barca que anduvo a la deriva; mientras duró la inundación se alimentaban de los peces que lograban coger. Cuando las aguas retrocedieron y las montañas asomaron de nuevo por encima de la superficie, aquellas gentes desembarcaron y tomaron tierra en las descubiertas cimas, y luego fueron bajando por las laderas siguiendo al agua que se retiraba. También regresaron a la costa los animales que habían buscado refugio en las cimas, y más tarde se reprodujeron y volvieron a poblar la tierra, cada uno con arreglo a su especie.

También los esquimales tchiglit, que viven en las costas del océano Ártico, desde Point Barrow en el oeste hasta el cabo Bathurst en el este, narran la historia de una gran inundación que se abatió sobre la superficie de la tierra y que arrastrada por el viento llegó a cubrir todas las viviendas de los hombres. Los esquimales ataron juntos varios botes hasta formar una gran almadía y en ella flotaron a la deriva sobre la superficie de las hinchadas aguas, amontonados para darse calor unos a otros bajo una tienda que consiguieron levantar sobre el movible suelo, estremecidos de frío a causa del soplo helado del viento e hipnotizados por los árboles arrancados de cuajo que pasaban

arrastrados por las furiosas olas. Al fin un mago llamado Anodjium, que quiere decir Hijo de la Lechuza, arrojó su arco al mar y dijo: «¡Ya basta, oh viento; cálmate!». Tras de lo cual arrojó también los pendientes que le colgaban de las orejas, y con eso bastó para que la inundación retrocediese.

Los esquimales centrales dicen que en una ocasión las aguas del océano subieron súbitamente y continuaron subiendo hasta que inundaron toda la tierra. El agua llegó incluso a cubrir las cimas de las montañas, y sobre ellas el hielo flotó a la deriva. Cuando las aguas bajaron, el hielo quedó retenido allá arriba y desde entonces existe en lo alto de las cumbres montañosas un casquete de nieve. También quedaron en seco muchos mariscos, peces, focas e incluso ballenas, y todavía en nuestros tiempos se puede tropezar en aquellas alturas con los caparazones y huesos de esos animales. Murieron ahogados muchos esquimales, pero también lograron salvarse muchos otros, que se habían lanzado a sus embarcaciones tan pronto las aguas habían comenzado a subir.

En lo que respecta a los groenlandeses, su historiador, Crantz, nos dice que «casi todas las naciones paganas saben algo acerca del diluvio de Noé, y los primeros misioneros encontraron también entre los groenlandeses tradiciones bastante explícitas al respecto; a saber, que en una ocasión el mundo se trastornó y murieron ahogados todos los seres humanos, con excepción de uno solo. El único sobreviviente, que era un hombre, golpeó el suelo con su bastón y del suelo brotó una mujer; más tarde, ambos repoblaron el mundo. Para demostrar la certeza de lo que afirman, que en una ocasión el diluvio cubrió toda la tierra, llaman la atención sobre las conchas y restos de peces que han sido encontrados tierra adentro, muy lejos del mar, en lugares que no pudieron ser moradas de los hombres; incluso en la cima de una alta montaña se han encontrado huesos de ballenas». Los innuit, esquimales con los que vivió durante al-

gún tiempo, adujeron ante el viajero C. F. Hall pruebas semejantes en apoyo de la leyenda. Nos dice éste que «esos esquimales cuentan la leyenda de una gran inundación que atribuyen a una marea anormalmente alta. En una ocasión me hallaba conversando con Tookoolito acerca de su pueblo y ella me dijo: 'Los innuit piensan que una vez esta tierra estuvo cubierta de agua'. Le pregunté entonces los motivos de esa creencia, a lo que me respondió: '¿Acaso no has visto nunca piedrecillas, como almejas y demás cosas semejantes que viven en el mar, allá lejos sobre las montañas?'»

Las historias africanas del diluvio

Resulta curioso que mientras las leyendas acerca de un diluvio universal se hallan difundidas con mucha amplitud por numerosas partes del mundo apenas se las puede encontrar en África. Efectivamente, se puede asegurar que en tan vasto continente no se encontrará ni una sola leyenda genuinamente nativa acerca de una gran inundación, e incluso son escasos los indicios de tales tradiciones. En la literatura del antiguo Egipto no se ha descubierto hasta el momento ni una sola. Según se dice, en el norte de Guinea «se conserva la tradición acerca de un gran diluvio que en una ocasión se extendió sobre toda la tierra; pero se halla mezclada con tantos detalles fantásticos y puramente imaginarios que sólo a duras penas se la puede identificar con el acontecimiento relatado en la Biblia». El misionero al que debemos estas palabras no nos da más detalles, de modo que no podemos juzgar qué parte de la tradición es indígena y qué parte ha sido tomada de otras leyendas de origen europeo. En las tradiciones de los naturales del bajo Congo otro misionero ha encontrado referencias a una gran inundación. «Una vez el sol y la luna se encontraron y el sol extendió algo de barro sobre una porción de la luna, y de esa forma cegó parte de su luz, y esa es la razón de que muy a menudo no veamos entero al satélite. Cuando el encuentro tuvo lugar se produjo una

gran inundación, y las gentes de aquellos tiempos se echaron al hombro las machacaderas de los morteros de gachas (*luku*) y se transformaron en monos. Los hombres que ahora pueblan la tierra fueron creados de nuevo. Según otra versión, cuando llegó el diluvio los hombres se transformaron en monos y las mujeres en lagartos: y la cola del mono es el arma del hombre. Basándose en ese detalle podríamos pensar que la transformación tuvo lugar en época muy reciente; pero los naturales del Congo no tienen ninguna leyenda relacionada con la introducción de la escopeta en su país, ni tampoco recuerdos del tiempo en que se cazaba y se pescaba con espadas, escudos, arcos y flechas y cuchillos». Se dice que los bapedi, tribu basuto de África del Sur, narran una leyenda de una gran inundación que casi acabó con toda la especie humana. El avezado misionero Dr. Robert Moffat hizo pesquisas infructuosas acerca de leyendas del diluvio entre los naturales de África del Sur; uno de los indígenas afirmaba haber recibido de sus antepasados una leyenda de esa naturaleza, pero se descubrió que la había escuchado a un misionero llamado Schmelen. «Las historias de tal naturaleza —añade el doctor Moffat—, oídas originalmente en un puesto de misiones o procedentes de algún viajero devoto, se entremezclan tanto, al pasar el tiempo, con ideas paganas y son tan modificadas por ellas que terminan por parecerse extraordinariamente a auténticas tradiciones nativas». Tras haber tomado nota de una leyenda referente a la formación del lago Dilolo, en Angola, en la cual se dice que pereció un poblado completo con todos sus habitantes, sus aves domésticas y sus perros, el Dr. Livingstone observa: «Muy bien podría ser ésta una tradición desfigurada acerca del diluvio, y es notable que haya sido la única que he oído en todo este territorio». Un amigo mío, el misionero John Roscoe, que pasó cerca de veinticinco años conviviendo íntimamente con los naturales del África central, en especial con los de Uganda, me ha dicho que no ha en-

contrado leyendas autóctonas del diluvio entre las tribus que ha conocido.

Sin embargo, investigadores alemanes han descubierto tradiciones referentes a grandes inundaciones entre los habitantes del África oriental, pero los relatos son, sin duda alguna, simples variantes de la narración bíblica, que ha llegado hasta esos indígenas a través de sus relaciones con los cristianos o con los musulmanes. Un oficial alemán ha tomado nota de una tradición de este tipo entre los masai. Dice lo siguiente:

Tumbainot era un hombre piadoso y querido por Dios. Se había casado con una mujer llamada Naipande, que le dio tres hijos: Oshomo, Bartimaro y Barmao. Tumbainot, cuando murió su hermano Lengerni, desposó, de acuerdo con las costumbres vigentes entre los masai, a la viuda, que se llamaba Nahaba-logunja, nombre que hacía mención de su cabeza estrecha y alta, señal de belleza entre esas gentes. La mujer dio a su segundo marido tres hijos; pero a consecuencia de una disputa doméstica, causada por su negativa a servir a su marido una bebida a base de leche por la noche, abandonó el hogar y se fue a vivir a uno propio, que fortificó con un seto de arbustos espinosos a fin de defenderse contra las fieras. En aquel entonces el mundo se hallaba densamente poblado, pero los hombres no eran buenos. Por el contrario, eran pecadores y no obedecían los mandamientos de Dios. A pesar de todo y por muy malos que fueran evitaban el asesinato. Pero por fin un aciago día cierto hombre llamado Nambija dio un golpe en la cabeza a otro hombre llamado Suage. Fue cosa que Dios se sintió ya incapaz de permitir y en consecuencia resolvió destruir toda la raza de los hombres. Solamente halló gracia a los ojos de Dios el piadoso Tumbainot. Dios le ordenó que construyese un arca de madera y que se encerrase en ella con sus dos esposas, sus seis hijos y las respectivas esposas de éstos, y que hiciese subir a bordo también animales de todas las especies. Una vez refugia-

dos todos en la embarcación, que Tumbainot había aprovisionado con abundancia de víveres, Dios envió lluvias tan copiosas y tan duraderas que hubo una gran inundación en la que perecieron ahogados hombres y bestias en su totalidad, con la excepción de los que se encontraban en el arca; pues el arca flotaba a salvo sobre la superficie de las aguas. Tumbainot suspiraba por que terminase el diluvio, ya que las provisiones iban escaseando. Por fin dejó de llover. Deseoso de conocer el estado de la inundación, Tumbainot soltó una paloma y la dejó irse volando del arca. Al atardecer el ave regresó fatigada y de ello dedujo Tumbainot que el nivel de las aguas debía de estar aún muy alto puesto que la paloma no había encontrado lugar donde posarse. Algunos días más tarde envió un buitre, soltándolo y dejándolo volar igual que a la paloma, pero antes tomó la precaución de sujetar una flecha a una de las plumas de la cola del animal, calculando que si éste se posaba para comer arrastraría detrás la flecha, que a su vez podría quedar enganchada en algo con que tropezase en el suelo y perderse. Así sucedió en efecto, pues al anochecer, el buitre regresó al arca sin la flecha y sin la pluma de la cola. De lo cual dedujo Tumbainot que el ave debía haberse posado sobre algún cadáver y que la inundación estaba retrocediendo. Cuando las aguas hubieron vuelto a su cauce el arca se posó en la estepa y hombres y animales desembarcaron. Al posar pie en el suelo Tumbainot vio nada menos que cuatro arcoiris, uno en cada uno de los cuatro puntos cardinales, y lo interpretó como señal del aplacamiento de la cólera de Dios.

Otro misionero alemán en la misma región da cuenta de una segunda versión de la historia del diluvio. Tomó nota de ella en el puesto de misiones de Mkulwe, junto al río Saisi o Momba, a unos treinta y dos kilómetros de la desembocadura del río en el lago Rukwa. El narrador afirmó haberla recibido de su abuelo e insistió con firmeza en que se trataba de una tradición antigua y genuina de la región y que no derivaba de los relatos de nin-

gún extranjero. Sus afirmaciones fueron apoyadas por otro de los indígenas, también amante de la verdad, que sólo contradijo a su camarada para afirmar que las palomas enviadas del arca habían sido dos y no una. La historia dice lo siguiente:

Hace tiempo los ríos bajaron hinchados. Dios dijo a todos los hombres: «Entrad en el arca. Tomad también con vosotros semillas de todas las especies y todos los animales, macho y hembra». Así lo hicieron. La inundación alcanzó gran altura, las aguas cubrieron las montañas, el arca flotaba en la superficie. Perecieron hombres y animales. Cuando las aguas descendieron y el suelo se secó el hombre dijo: «Echemos una mirada. Quizá las aguas no hayan bajado aún del todo». Entonces soltó una paloma, que regresó al arca. Esperó aún algún tiempo y soltó un halcón, pero éste ya no regresó, porque el suelo ya estaba seco. Los hombres abandonaron la embarcación, dejaron en libertad a los animales y desembarcaron las semillas.

La difusión geográfica de las narraciones acerca del diluvio

Todo lo que acabamos de decir acerca de las tradiciones referentes al diluvio basta para demostrar que ese tipo de relatos, tanto si los consideramos legendarios, como míticos, se halla muy difundido a lo largo y a lo ancho de todo el mundo. Antes de indagar cual es la relación que existe entre las diversas tradiciones y cuales han sido las causas que han dado lugar a su aparición convendría citar con brevedad las regiones en que han sido oídas. Si empezamos por Asia, recordaremos que se han descubierto tales tradiciones en Babilonia, Palestina, Siria, Frigia, la India antigua y la moderna, Birmania, Cochinchina, la península malaya y la de Kamtchatka. En líneas generales se puede decir por consiguiente que las tradiciones abundan en el sur de Asia y que faltan de modo que llama la atención en el norte, el este y el centro de ese continente. Destaca sobre todo el hecho de que los dos grandes pueblos civilizados del este de

Asia, es decir, los chinos y los japoneses, no cuenten entre sus tradiciones —al menos en cuanto a lo que alcanzan mis conocimientos— con ninguna que se refiera a una gran inundación del tipo que constituye el objeto de este capítulo, es decir, una inundación universal en la que hubiese perecido teóricamente la mayor parte o la totalidad de la especie humana; y sin embargo esos dos pueblos poseen uno de los legados literarios más antiguos que se conocen, así como también de los más abundantes.

En Europa las tradiciones referentes al diluvio son mucho más escasas aún que en Asia; se las ha encontrado en la Grecia de la antigüedad, y se ha dicho que existen también entre los lituanos, entré los habitantes del País de Gales, entre los zíngaros de Transilvania, y entre los vogul de la Rusia oriental. La historia islandesa que habla de una inundación a base de sangre de gigantes encaja muy difícilmente en el grupo de las que nos interesan.

En África, incluido Egipto, faltan de una manera que llama la atención leyendas nativas acerca de una gran inundación; en realidad no se tiene noticia hasta el momento de ninguna de ellas que sea a un tiempo sencilla y clara.

En cuanto al archipiélago índico tropezamos con leyendas acerca de una gran inundación en las grandes islas de Sumatra, Borneo y las Célebes, y entre las islas menores de Nías, Engaño, Ceram, Rotti y Flores. También las tribus nativas de las islas Filipinas y de Formosa, así como los apartados isleños de Andaman en el golfo de Bengala cuentan historias de la misma naturaleza.

En las grandes islas o continentes de Nueva Guinea y Australia nos encontramos con historias acerca de una gran inundación; también se encuentran leyendas del mismo tipo en la orla de islas menores agrupadas bajo el nombre de Melanesia,

que rodea formando un gran arco de circunferencia las de Nueva Guinea y Australia, por el norte y el esté.

Si nos adentramos aún más en el Pacífico hacia el este descubrimos tradiciones acerca del diluvio muy difundidas entre los polinesios, que ocupan las islas diseminadas y en su mayor parte pequeñas de aquel gran océano, desde Hawai al norte, hasta Nueva Zelanda al sur. En cuanto a la Micronesia, se han encontrado leyendas del diluvio entre los naturales de las islas Pelew.

En América del Sur tanto como la central y la del Norte, las leyendas acerca de una gran inundación se hallan muy extendidas. Se las ha escuchado desde Tierra de Fuego en el sur hasta Alaska en el norte, y en ambos continentes desde el este al oeste. Y no sólo se las encuentra entre las tribus indias; se han citado ejemplos de ellas hallados entre los esquimales desde Alaska al oeste hasta Groenlandia al este.

Siendo esa en general la difusión geográfica de las tradiciones que nos ocupan, a continuación deberemos preguntarnos acerca de la relación que las une. ¿Acaso se hallan genéticamente vinculadas unas con las otras o son por el contrario distintas e independientes? En otras palabras, ¿derivan todas ellas de un relato original común o han surgido de manera independiente en diferentes regiones del mundo? Al principio, y bajo el influjo de la tradición bíblica, los estudiosos se hallaban inclinados a identificar las leyendas acerca de una gran inundación, fuese cual fuese el lugar en que se las hubiese descubierto, con el familiar diluvio de Noé, y a suponerlas versiones más o menos corrompidas y apócrifas de aquella gran catástrofe, cuyo único relato auténtico y fidedigno, se hallaba registrado en el Génesis. Muy difícilmente se puede seguir manteniendo en la actualidad semejante opinión. Incluso después de haber tenido en cuenta las numerosas corrupciones y los cambios de toda suerte que sufre necesariamente la tradición oral, al ir pasando de genera-

ción en generación y de región a región a través de edades sin cuento, nos resultará todavía difícil reconocer en las diversas historias acerca de una gran inundación, a menudo peregrinas, pueriles y grotescas, las copias humanas de un único original divino. Y la dificultad se ha hecho aún mucho mayor desde que los estudios modernos han demostrado que el supuesto libro divino del Génesis no es en absoluto ningún original, sino una copia relativamente tardía de una versión babilónica o más bien sumeria mucho más antigua. No existe ningún apologista cristiano capaz de afirmar que la tradición babilónica, con su colorido fuertemente politeísta, sea una revelación primitiva de Dios al hombre; y si difícilmente se puede aplicar la teoría de la inspiración divina al original, mucho menos se la podrá aplicar a la copia.

Rechazando, pues, la teoría de la revelación o inspiración divinas por ser irreconciliable con los hechos conocidos, todavía hemos de preguntarnos si la leyenda babilónica o la sumeria, que es sin género de duda, y con mucho, la más antigua de todas las tradiciones diluviales que se conocen, no podría ser aquella de la cual proceden todas las demás. Se trata de una pregunta que difícilmente podría ser respondida afirmativamente, ya que tales afirmaciones resultan absolutamente imposibles de demostrar; y por eso la conclusión a la que lleguemos tendrá que formarse tras haber tomado en cuenta toda una serie de consideraciones que individuos distintos apreciarán de manera diferente. No cabe duda de que se podrían analizar todas las historias y descomponerlas en sus elementos principales; clasificar luego esos elementos, resumir el número de ellos que las diversas versiones tengan en común, y a partir de la suma de los elementos comunes descubiertos en una narración particular cualquiera, calcular la probabilidad de que se tratase de una versión original o derivada. Tal ha sido lo hecho, en realidad, por uno de mis predecesores en estas arduas tareas de in-

vestigación, pero no tengo la intención de repetir aquí sus cálculos. Aquellos de mis lectores que sientan inclinación por las matemáticas o por la estadística podrán consultar esos cálculos en los escritos originales de su autor o repetirlos por sí mismos a partir de los datos que se les han expuesto en las páginas precedentes. Aquí me conformaré con exponer mis conclusiones generales y con dejar que sea el lector el que las compruebe, corrija o rechace tras haberse referido a las pruebas que le he suministrado. Aparte pues de la leyenda hebrea, que se deriva sin lugar a dudas de la babilónica, y de casos modernos que muestran con claridad rasgos de la influencia tardía de los misioneros o, en todo caso, de la influencia cristiana, no creo tengamos motivos suficientes para atribuir a ninguna de las tradiciones acerca del diluvio el rango de copia de la tradición babilónica supuestamente original. Ha habido, sin duda, estudiosos de renombre que han defendido la tesis de que tanto las leyendas griegas como las de la India antigua procedían de la babilónica; puede que hayan tenido razón, pero en lo que a mí respecta no me parece que las semejanzas que existen entre ellas basten para atribuirles origen idéntico. Evidentemente en los últimos tiempos de la antigüedad los griegos tenían noticia tanto de las versiones babilónicas como de las hebreas de la leyenda acerca del diluvio, pero sus propias tradiciones referentes a una gran inundación son muy anteriores a las conquistas de Alejandro Magno, que descubrieron por primera vez ante los ojos de los eruditos de occidente los tesoros de la antigua sabiduría oriental; y en sus formas más primitivas las tradiciones griegas no muestran señales claras de haber tomado nada prestado de fuentes asiáticas. En la leyenda de Deucalión, por ejemplo, que es la más parecida a la babilónica, sólo se salvan del diluvio Deucalión y su mujer, y una vez que ya todo ha pasado se ven en la necesidad de crear milagrosamente de nuevo la especie humana, a partir de piedras, mientras que no se dice una sola

palabra acerca de la renovación de los animales, que se supone tienen que haber muerto ahogados en la inundación. Detalles que son muy diferentes de los conservados en las narraciones babilónica y hebrea, en las cuales se resuelve el problema de la multiplicación posterior al diluvio tanto de la especie humana como de las especies animales con el expediente de tomar a bordo del arca suficientes pasajeros de ambos tipos.

De modo semejante, si comparamos con la versión babilónica de la leyenda las versiones antiguas de la India, hallaremos entre una y otras grandes diferencias. El pez milagroso que desempeña un papel tan prominente en las versiones de la antigua India no tiene ninguna contrapartida evidente en la versión babilónica; aunque ha habido estudiosos que han defendido con ingenio la teoría según la cual la divinidad, encarnada en un pez, que advierte a Manu del diluvio que se aproxima, es en la leyenda hindú lo que Ea es en la leyenda babilónica, pues también Ea pone a Utanapistim en antecedentes de la catástrofe que está a punto de sobrevenir y además no parece haber duda en lo qué respecta a la naturaleza de Ea, dios acuático, concebido y representado mitad pez y mitad hombre. Si se pudiese llegar a demostrar esa relación o identidad entre Ea y la divinidad hindú correspondiente, se habría demostrado también la existencia de un vínculo sólido entre las leyendas hindúes y la babilónica. Por otro lado, en la versión más antigua de la narración hindú, aquella que se encuentra en el *Satapatha Brahmana*, Manu es el único superviviente de la gran catástrofe, y pasada la inundación tiene que crear milagrosamente una mujer, a partir de mantequilla, leche agria, suero, de leche y cuajada, productos todos que ha ofrecido en sacrificio; pues de lo contrario la especie humana habría terminado con él. Solamente en las versiones posteriores de la historia, Manu mete con él en la embarcación que ha de salvarlo todo un surtido de animales y plantas; y a pesar de todo incluso en ellas no se dice nada de

que haya rescatado a su mujer y a sus hijos, pese a que el prudente hombre se halla a bordo rodeado por toda una serie de otros hombres sabios a los que ha ido pescando de las revueltas aguas cuando estaban a punto de perecer. Semejante omisión demuestra que el filósofo carecía no sólo de afectos domésticos, sino también de la más elemental prudencia, y contrasta violentamente con la previsión práctica de su contrafigura babilónica, que en circunstancias igualmente desconsoladoras siente al menos el alivio que significa tener a su alrededor los miembros de su familia, sobre las aguas tempestuosas, y el saber que tan pronto como la inundación haya retrocedido no tendrá dificultad en llevar a cabo, con la colaboración de sus deudos, la continuación de la especie humana, empleando únicamente los medios que le ha proporcionado la naturaleza y sin tener que recurrir a ningún expediente milagroso. ¿Resulta extravagante percibir en tan curiosa diferencia entre los dos relatos el contraste que pueda existir entre la prudencia terrena del espíritu semita y el ascetismo soñador del hindú?

En conjunto, pues, existen pruebas escasas que demuestren que las leyendas griegas y las de la India antigua acerca de un diluvio derivan de la correspondiente tradición babilónica. Cuando pensamos que los babilonios, en la medida de lo que sabemos acerca de ellos, no consiguieron nunca transmitir su leyenda del diluvio a los egipcios, con los cuales mantuvieron comunicación directa a lo largo de varios siglos, no sentimos la necesidad de maravillarnos de que tampoco hayan conseguido hacerla llegar a los griegos e hindúes, más distantes, con los cuales apenas si llegaron a tener relación alguna hasta los tiempos de Alejandro Magno. Más tarde, y a través de la literatura cristiana, la leyenda babilónica ha dado sin duda la vuelta al mundo y sus ecos se han escuchado bajo las palmeras de islas de coral, en el interior de *wigwams* indios y en medio de los hielos y nieves del Ártico; pero por sí misma, prescindiendo de sus

vehículos cristiano o musulmán, se podría afirmar que apenas logró salir más allá de los límites de su suelo natal y de las regiones semíticas adyacentes.

Si entre las otras muchas tradiciones del diluvio que hemos pasado revista buscamos pruebas que confirmen la procedencia de una fuente original común y, por consiguiente, la difusión a partir de un centro único, no podemos dejar de sentirnos sorprendidos por los indicios manifiestos de semejante procedencia y difusión en las historias algonquinas de América del Norte. Las numerosas leyendas en torno al diluvio recogidas entre tribus diferentes de esa raza tan diseminada se parecen entre sí tan estrechamente que no podemos menos que considerarlas simples variaciones de una tradición común y única. En cuanto al incidente de la historia original concerniente al hecho de los diversos animales que se sumergieron bajo las aguas para traer a la superficie un poco de barro, no podemos afirmar con seguridad que se trate de un detalle de origen indígena o basado en cambio en alguna reminiscencia de las aves que soltó Noé del arca según el relato bíblico, que habría llegado a los indios a través de algún misionero o cualquier otro hombre de raza blanca.

Además, ya hemos visto que, según Humboldt, se puede descubrir una semejanza general entre las narraciones acerca del diluvio encontradas entre los indios del Orinoco; y que de acuerdo con William Ellis, una semejanza parecida existe entre los relatos polinésicos. Pudo haber sucedido que en esas dos regiones las tradiciones se hayan extendido a partir de centros locales, o dicho de otra manera, que se trate de variaciones de una historia original común.

Pero después de haber tenido en cuenta todos esos casos de difusión a partir de tales centros locales, sigue pareciendo probable la existencia de otras leyendas acerca del diluvio que hayan tenido orígenes independientes.

Todavía nos queda preguntar: ¿Cuál fue el origen de las tradiciones acerca del diluvio? ¿Cómo llegaron los hombres con tanta unanimidad a creer que en algún momento de la vida de la tierra hubo una inundación que la cubrió por entero, o, en cualquier caso, que cubrió la totalidad de la superficie habitada, y en la que pereció la casi totalidad de la especie humana? La respuesta tradicional a semejante preguntaba sido la de que tal catástrofe ocurrió en realidad, qué tenemos su descripción completa y auténtica en el Libro del Génesis, y que las numerosas leyendas acerca del diluvio que encontramos tan diseminadas por todas las partes del globo no son ni más ni menos que el recuerdo imperfecto, confuso y deformado de tan tremendo cataclismo. El argumento favorito en apoyo de esa teoría tenía su origen en las conchas y fósiles marinos encontrados en los desiertos y en las cimas de las montañas; se afirmó que habían sido dejados en tales lugares por las aguas del diluvio bíblico al retirarse. Tertuliano presentó como prueba de que las aguas habían cubierto en una ocasión toda la tierra las conchas marinas halladas en las montañas, pero no las asoció expresamente con el diluvio registrado en el Génesis. En 1517 y por motivos de restauración se hicieron excavaciones en la ciudad de Verona, y en ellas salieron a la luz multitud de curiosas petrificaciones, cuyo descubrimiento dio lugar a toda una serie de especulaciones en las que Noé y su arca no dejaron de tener, como era de esperar, un papel preponderante. Sin embargo incluso esas especulaciones tuvieron su detractor, porque un filósofo naturalista italiano llamado Fracastoro fue lo bastante decidido como para llamar la atención acerca de las dificultades que planteaba la versión popular. «La inundación de tiempos de Noé fue demasiado poco duradera —observó—, e intervinieron en ella principalmente las aguas de los ríos; y en caso de que hubiese transportado conchas a grandes distancias las hubiese esparci-

do sobre la superficie y no las habría enterrado a gran profundidad en las cimas de las montañas». Tan clara exposición de los hechos habría bastado para terminar la discusión de una vez por todas si las pasiones humanas no se hubiesen alistado en la disputa. Hacia finales del siglo XVII el terreno de la geología se vio invadido por todo un ejercito de teólogos, procedentes de Italia, España, Francia e Inglaterra, además de Alemania, que oscurecieron los pareceres y confundieron aún más lo que ya estaba bastante confuso. A partir de ese momento todos los que se negaban a aceptar la teoría de que los restos orgánicos de origen marino probaban la veracidad del diluvio bíblico quedaban expuestos a que se los, acuse de no dar fe tampoco al resto de las escrituras sagradas. Desde los tiempos de Fracastoro apenas si se había avanzado un paso en el conocimiento de la realidad, y se habían desperdiciado más de cien años en establecer el dogma de que los fósiles no eran otra cosa que el resultado de las diversiones esporádicas de la naturaleza. A continuación, los ciento cincuenta años siguientes estaban destinados a ser consumidos en sacar provecho de la hipótesis de que esos mismos fósiles habían sido depositados en los sólidos estratos geológicos por las aguas del diluvio de Noé. Nunca ha habido en la historia de la ciencia o en cualquiera de sus ramas una falsedad que haya interferido tanto como ésta la observación precisa de los hechos y su clasificación sistemática. El rápido progreso de los últimos tiempos podría ser atribuido principalmente a la determinación cuidadosa del orden de sucesión que reina en las masas minerales, determinación que ha sido llevada a cabo por medio del diferente contenido orgánico de aquéllas y de su superposición regular. Pero los sistemas de los antiguos diluvialistas les indujeron a mezclar en uno solo todos los grupos de estratos, a referir todos los aspectos a una sola causa y a un único y breve período, en lugar de atribuirlos a toda una serie de hechos que han actuado a lo largo de una

serie dilatada de épocas. Sólo percibieron los fenómenos, y de la manera en que deseaban percibirlos, unas veces falsificando los datos y otras extrayendo conclusiones falsas a partir de hechos verdaderos. En resumen, se podría contemplar a grandes rasgos el progreso de la geología, desde los últimos lustros del siglo XVII hasta finales del siglo XVIII, como la historia de la lucha violenta y constante de las nuevas teorías contra las doctrinas sancionadas por la fe implícita de muchas generaciones, y supuestamente apoyadas por la autoridad de las Sagradas Escrituras.

El error combatido de esa manera por *sir* Charles Lyell se resistió a morir. Hace menos de cien años, cuando se nombró a William Buckland catedrático de geología en la universidad de Oxford, se le pudieron escuchar las siguientes palabras pronunciadas con ocasión de su conferencia inaugural ante el claustro de profesores: «El gran suceso de un diluvio universal ocurrido en épocas todavía no demasiado remotas ha sido demostrado con pruebas tan decisivas e incontrovertibles que aun en el caso de no haber oído hablar jamás de tal acontecimiento en las Sagradas Escrituras o en cualquier otro documento depositario de autoridad, la misma geología hubiese exigido la existencia de un acontecimiento de tal índole, pues de lo contrario no se habrían podido explicar los fenómenos a que dio lugar la acción diluvial». E incluso en mis tiempos ha habido otro geólogo eminente capaz de escribir y publicar lo que sigue: «Hace tiempo que vengo pensando que la narración del Génesis en sus capítulos VII y VIII no puede ser comprendida correctamente a menos que se suponga que se trata de un diario o registro contemporáneo de los sucesos narrados y debido a un testigo visual de ellos, diario que el autor del Génesis intercaló más tarde en su obra. Las fechas de la subida de las aguas y de su retroceso, la observación acerca de los sondajes realizados sobre las cimas de los cerros cuando el nivel de las aguas alcanzó su Cota

máxima y muchos otros detalles, así como el tono general de la narración parecen exigir tal suposición, que resuelve también las dificultades de interpretación que tanto se han dejado sentir». Pero si la historia de la inundación que figura en el Génesis es el diario contemporáneo de un testigo presencial de lo sucedido, ¿cómo explicaremos las discrepancias notables que contiene en relación con la duración de la catástrofe y el número de los animales que tuvieron acceso al arca? Semejante teoría no sólo no resuelve las dificultades que llenan el relato sino que, por el contrario, las vuelve completamente inexplicables, a no ser que hagamos suposiciones a un tiempo injuriosas e injustas acerca de la veracidad del narrador o de su sobriedad.

Tampoco hemos de detenernos demasiado tiempo en otra explicación de los relatos acerca del diluvio que ha gozado de gran popularidad en Alemania a lo largo de los últimos años. Según esa hipótesis la historia del diluvio nada tiene que ver con el agua real ni con arca alguna; se trata solamente de un mito relacionado con el sol, la luna o las estrellas, o con todos ellos a un tiempo; porque si bien los eruditos que han llegado a conclusiones tan sorprendentes están completamente de acuerdo en rechazar las interpretaciones vulgarmente terrenales, no lo están en cambio en lo tocante a las minucias de su elevada teoría celestial. Algunos de ellos sostienen que el arca es símbolo del sol; otros piensan que, por el contrario, de quien se trata es de la luna, y que la brea, con la que según se dice fue calafateada, es la expresión figurada de un eclipse lunar, y que en lugar de los tres pisos o niveles que se le dio a la embarcación debemos entender otras tantas fases del satélite. El defensor más reciente de la teoría lunar trata de reconciliar las contradicciones en un plano más elevado, y para ello hace embarcar a los pasajeros del arca en la misma luna, al mismo tiempo que deja a los animales entre las estrellas, para que en ellas se las compongan del mejor modo posible. Discutir seriamente acerca de se-

mejantes hipótesis sería prestarles una atención que de ningún modo merecen. Si las he mencionado ha sido únicamente para aliviar con la sonrisa el tedio que, por ventura, pudiera provocar en el lector la larga y minuciosa exposición que nos ocupa.

Pero tras haber enviado al limbo que les pertenece todos esos productos de la mas pura fantasía nos queda aún por dilucidar la cuestión del origen de las tradiciones acerca del diluvio. ¿Se trata de tradiciones verdaderas o falsas? ¿Ocurrió la inundación a que esas tradiciones se refieren tan persistentemente o no ocurrió en realidad? Ahora bien, en lo que respecta a los relatos que hablan de inundaciones que cubrieron la totalidad de la superficie de la tierra, y que sumergieron incluso las montañas más altas y en las que perecieron ahogados la casi totalidad de los seres humanos y de los animales del planeta, podemos decir con relativa seguridad que son falsos; pues si se puede prestar confianza a las pruebas más acreditadas de la geología moderna, ningún cataclismo semejante ha ocurrido sobre la tierra a lo largo del tiempo en que el hombre ha vivido en ella. El que haya habido un enorme océano universal cubriendo toda la superficie del planeta mucho antes de la aparición del hombre en él, tal y como sostienen algunos estudiosos, es una cuestión completamente diferente. Leibnitz, por ejemplo, dijo que «la tierra fue originalmente una masa ardiente y luminosa que ha venido enfriándose a partir del momento mismo de su creación. Cuando la costra exterior se hubo enfriado lo bastante como para permitir la condensación de los vapores que flotaban sobre ella, esos vapores cayeron en forma de lluvia y formaron los océanos, un océano universal, que cubrió incluso las montañas más altas y rodeó con su manto la totalidad del planeta»; Una hipótesis similar acerca de un océano primitivo y universal, formado por la condensación del vapor de agua mientras se enfriaba gradualmente la materia originalmente fundida de que está hecho el planeta, se deduce casi necesaria-

mente de la tan celebrada teoría nebular del origen del universo, propuesta por vez primera por Kant y desarrollada más tarde por Laplace. También Lamarck «se sintió hondamente impresionado con la creencia generalizada entre los naturalistas más antiguos, según la cual el océano primitivo cubrió la totalidad del planeta mucho tiempo después de que éste se hubiese convertido en morada de los seres vivos». Sin embargo, se ha de distinguir entre tales especulaciones, incluso si se les han podido ocurrir a hombres primitivos, y los relatos acerca de un diluvio que destruyó a la mayor parte de la especie humana, porque tales relatos presuponen la existencia del hombre sobre la tierra y por lo tanto muy difícilmente podrían referirse a una época anterior al período pleistócénico.

Pero aunque las historias acerca de cataclismos tan tremendos son casi con certeza ficticias, es posible e incluso probable que bajo una corteza mítica conserven muchas de ellas un núcleo de verdad; es decir, puede que contengan reminiscencias de inundaciones que hayan afectado efectivamente a regiones particulares y que al irse transmitiendo con ayuda de la tradición popular hayan sido aumentadas hasta convertirse en acontecimientos de extensión planetaria. En los recuerdos del pasado abundan los ejemplos de grandes inundaciones que llevaron la devastación y el estrago por todas partes; y habría resultado un hecho extraño que algunas de ellas no hubiesen permanecido por mucho tiempo en la memoria de los descendientes de la generación que las sufrió. Y para encontrar ejemplos de diluvios tan desastrosos no tenemos que alejarnos mucho; en el país holandés han sido un acontecimiento bastante frecuente. En el siglo XIII, «las tierras bajas que se extienden a lo largo del Vlie y que se habían visto amenazadas a menudo se hundieron al fin bajo las olas. El océano germánico cubrió el lago interior de Flevo. El tormentoso Zuyder Zee comenzó su existencia con la destrucción de miles de poblados frisones que quedaron su-

mergidos bajo sus aguas, destrucción que alcanzó también a los habitantes de la región, y separó con simas insondables pueblos emparentados. Tan tremendo diluvio obliteró la continuidad política del país de la misma manera que lo hizo con la continuidad geográfica. Un mar tan peligroso como el que separa a los holandeses de sus vecinos anglosajones de las islas Británicas los apartó de sus parientes del este». Aún más: a comienzos del siglo XVI sopló una tempestad procedente del norte; las aguas del océano se vieron arrastradas a lo largo de las costas bajas de Zelandia, y los estrechos de Dover fueron incapaces de dejarles paso. Reventaron los diques de South Beveland, las aguas del mar barrieron la tierra, cientos de aldeas quedaron sumergidas, y enterrado bajó las olas quedó un trozo del país arrancado a la provincia. South Beveland se transformó en una isla, y el estrecho marítimo que la separa del continente ha sido llamado desde entonces la Tierra Ahogada.

En esas y en otras ocasiones no ha sido lo copioso de las lluvias sino la elevación del nivel del océano el causante de la inundación que sumergió bajo las olas grandes trozos del país holandés. Conviene, pues, observar que en no pocas tradiciones de diluvio, las causas a las que se atribuye la inundación son, de manera similar, no las lluvias intensas, sino las incursiones del océano. Así, los naturales de las islas de Nias, Engano, Rotti, Formosa, Tahití, Hawai, Rakaanga y de las islas Pelew, las tribus indias de la costa occidental americana desde Tierra de Fuego al sur hasta Alaska al norte, y los esquimales de las costas del océano Ártico atribuyen la inundación que cubrió sus tierras a la elevación del nivel ordinario del mar próximo. La aparición de ese tipo de historias por todas partes en las costas y en las islas del Pacífico es muy significativa, porque en ese océano ocurren con frecuencia grandes maremotos producidos por temblores de tierra que han inundado a menudo las mismas costas e islas en que han sido escuchadas esas historias

acerca de una gran inundación producida por la elevación del nivel de las aguas marinas. ¿No tendremos permiso para hacerlo o, más bien, no estaremos obligados a atribuir al menos algunas de esas historias a inundaciones del tipo descrito? Las mayores probabilidades parecen hallarse a favor de una relación causal más que accidental entre esos fenómenos naturales y los relatos acerca de grandes inundaciones.

En las costas en las que la conmoción producida por un movimiento de tierra va acompañada de una incursión del mar tierra adentro, o seguida por ella, resulta natural que el primer impulso de los naturales, al sentir la sacudida, sea el de buscar refugio en una altura en la que puedan sentirse a salvo de la temida irrupción del agua. Así hemos visto que los indios araucanos de Chile, que entre sus tradiciones cuentan la de un gran diluvio y que temen vuelva a ocurrir un acontecimiento semejante, huyen a ponerse a salvo en una montaña siempre que sienten la sacudida dé un terremoto. Hemos visto también que los naturales de las islas Fidji, entre los qué existe igualmente la tradición de una inundación calamitosa, solían guardar canoas preparadas para la posibilidad de que volviese a suceder algo semejante. Si tomamos en consideración esos hechos estaremos autorizados a aceptar como algo razonable, e incluso probable, la explicación que ha dado de la tradición del diluvio de las Fidji el distinguido etnólogo americano Horatio Hale. Refiriéndose a la antigua costumbre de los naturales de las Fidji de mantener preparadas canoas; para el caso de que volviese a suceder una inundación tan calamitosa como la pasada, escribe lo siguiente:

«El relato de esa costumbre (que hemos oído de otros en parecidos términos) podría inducimos a indagar si acaso no habrá podido ocurrir en la historia de las islas algo que haya dado lugar a la aparición de esa leyenda y provocado la práctica antes mencionada. El 7 de noviembre de 1837 atravesó el océano Pa-

cífico, del este al oeste, una ola inmensa que tuvo su origen en Chile a causa de la conmoción producida por un terremoto y alcanzó un lugar tan distante como son las islas Bonin, Según la relación dada por el señor Jarvis en la página 21 de su obra, en las islas Sandwich, que se encuentran al este de las costas de Hawai, el agua subió más de seis metros sobre el nivel alcanzado ordinariamente por la marea alta, inundó las tierras bajas, barrió unos cuantos poblados y destruyó muchas vidas. Hechos semejantes han sido experimentados por esas islas en diversas ocasiones. Si suponemos (lo que de ninguna manera resulta improbable) que en alguna ocasión remota, dentro de los tres o cuatro últimos milenios, cruzó el océano una ola semejante a la descrita pero dos veces más alta, y que barrió las islas Vitia (las Fidji), tuvo que quedar sumergida toda la llanura de aluvión que existe en el lado oeste de Vitilevu, que es la isla más poblada del grupo. Sin duda tuvieron que perecer ahogadas verdaderas multitudes. Otros habrían podido escapar en las canoas, y teniendo en cuenta que Mbengha es una isla montañosa y se encuentra en las proximidades de ese distrito se puede suponer con toda naturalidad que pudo servir de refugio a muchos de los que huyeron».

Una explicación semejante resultaría evidentemente válida para aclarar las demás leyendas acerca de una gran inundación recogidas en las islas del Pacífico; ya que es dado suponer que todas ellas sufrieron igualmente los efectos de maremotos similares. Al menos, dado el estado actual de nuestros conocimientos, parece lo más seguro aceptar la opinión del eminente antropólogo americano, en todo caso provisionalmente, antes que la de su colega alemán, no menos eminente, según la cual todas esas tradiciones polinesias no son otra cosa que mitos solares, lunares o estelares.

Si parte de las tradiciones acerca de una gran inundación causada por la elevación de las aguas del océano puede verse

confirmada por pruebas históricas, no existe razón alguna para que no lo sean igualmente algunas de las tradiciones acerca de los diluvios causados por la caída de lluvias copiosas y persistentes. Aquí, en Inglaterra, los que vivimos en zonas llanas del país estamos acostumbrados a las inundaciones locales producidas por esa causa; no hace aún muchos años, por ejemplo, grandes extensiones del distrito de Norfolk, incluida la ciudad de Norwich, quedaron cubiertas por las aguas como consecuencia de una precipitación de lluvia repentina y violenta semejante a un temporal. Unos pocos años atrás se inundaron por motivos similares las zonas más bajas de la ciudad de París; no sólo se sintieron ansiosos y alarmados sus habitantes; sino también todos los amigos que esa hermosa ciudad tiene en todas partes del mundo. Resulta fácil comprender entre una población ignorante y analfabeta, cuyos horizontes intelectuales difícilmente van más allá de su limitado campo de visión, que el recuerdo de una catástrofe similar, transmitida oralmente, pudo con el transcurso de unas pocas generaciones hincharse hasta transformarse en la leyenda de un diluvio universal, del que sólo habrían logrado escapar de una u otra manera un puñado de individuos especialmente favorecidos. Incluso la tradición de una riada puramente local, en la que se hubiesen ahogado muchas personas, pudo ser exagerada inconscientemente hasta darle proporciones descomunales por un viajero o colono europeo que la hubiese escuchado a los nativos interpretándola después a la luz del diluvio de Noé, que le habría sido historia familiar desde su infancia.

De este modo se ha propuesto la interpretación de las tradiciones babilónicas y hebrea acerca de un gran diluvio, atribuyéndolas a las inundaciones a que se hallaba expuesto anualmente, como consecuencia de las caudalosas lluvias y de la fusión de las nieves de las montañas de Armenia, el valle inferior de los ríos Eufrates y Tigris. «La historia se basa —se nos dice

— en el fenómeno anual de la estación de las lluvias y de las tempestades, que en Babilonia dura varios meses, durante los cuales quedan sumergidos distritos completos del valle del Eufrates. La lluvia y las tormentas han causado grandes estragos, hasta que se consiguió regular las crecidas de los ríos Eufrates y Tigris por medio de un sistema adecuado de canalizaciones; entonces lo que había sido maldición se convirtió en beneficio y dio lugar a la asombrosa fertilidad que tanto renombre dio a Babilonia. La historia hebrea acerca del diluvio narra lo sucedido durante una estación particularmente tormentosa que impresionó profundamente a las gentes de la época; y al compararla con la historia similar encontrada en las tablillas de arcilla de la biblioteca de Asurbanipal se confirma la naturaleza local del escenario del relato».

Según esa hipótesis la gran inundación fue producida por una precipitación inusitadamente copiosa dé lluvia y nieve: fue tan sólo un caso extraordinario de un fenómeno habitual, y la devastación general que produjo en el valle quedó impresa indeleblemente en la memoria de los supervivientes y de su descendencia. En favor de esa visión de las cosas se puede aducir el hecho de que en la versión babilónica y en la más antigua de las versiones hebreas de la tradición se dice que el diluvio fue causado únicamente por las copiosas lluvias.

También se puede apoyar la teoría en el hecho de las inundaciones calamitosas a que se halla expuesto aún el país todos los años como consecuencia de las mismas causas naturales. Cuando Loftus, el primero que llevó a cabo excavaciones en el lugar en que se había levantado la antigua ciudad de Érech, llegó a Bagdad, el 5 de mayo de 1849, encontró a la población en el más extremo estado de alarma y aprensión. Las nieves de las montañas kurdas se estaban fundiendo con demasiada rapidez y el Eufrates arrojaba al Tigris, a través del canal de Seglaviyya, un caudal inusitado de agua, con lo cual las aguas de este últi-

mo río habían alcanzado aquella primavera el nivel antes nunca visto de siete metros, que venía a ser más de metro y medio superior al más alto alcanzado en años ordinarios, y sobrepasaba las gran crecida de 1831, cuando el río rompió los diques y destruyó en una sola noche nada menos que siete mil viviendas, durante una época en que la peste se cebaba con tremenda crudeza en los habitantes de la infeliz ciudad. Unos días antes de la llegada del grupo inglés, el pachá turco de Bagdad había requerido a toda la población para que como un solo hombre se pusiese en guardia frente al peligro general y levantase todo alrededor de las murallas un muro de contención resistente y alto. En el exterior se colocaron esteras de cañas para mantener compacta la tierra. De esa manera se impidió que las aguas arrasasen el interior de la ciudad, aunque llegó a filtrarse, sin embargo, a través del fino suelo de materiales de aluvión, y llegó a alcanzar en los sótano más de un metro de altura. En el exterior de la ciudad subió a menos de sesenta centímetros del borde del muro. Del lado del río solamente las casas, muchas de ellas muy viejas y endebles, impidieron la penetración del agua. Fue una situación crítica. Noche y día se apostaban centinelas para vigilar los muros de contención. Si el dique no hubiese aguantado, o se hubiese hundido alguno dé los cimientos, la ciudad de Bagdad habría sido materialmente arrasada. Por fortuna se consiguió resistir la presión del agua y la inundación fue cediendo poco a poco. En muchos kilómetros a la redonda la región estaba cubierta por; las aguas, de modo qué rio había manera de ir más allá del dique, excepto en los botes que habían sido establecidos como transbordadores para mantener las comunicaciones mientras durase la inundación. Durante algún tiempo la ciudad fue una isla en medio de un vasto mar interior, y pasó todo un mes antes de que sus habitantes pudiesen poner pie más allá de sus muros. Al acercarse el verano las aguas estancadas produjeron, al evaporarse, un brote tal de ma-

laria que de una población de setenta mil habitantes murieron a causa de las fiebres no menos de doce mil.

Si la inundación causada por el deshielo de las cumbres de las montañas de Armenia puede poner en tanto peligro las ciudades del valle del río incluso en nuestros tiempos, resulta razonable suponer que lo mismo ha sucedido en la antigüedad, y que la tradición babilónica acerca de la destrucción de la ciudad de Suripak a causa de una inundación como la descrita puede hallarse bien fundada. Es verdad que a lo qué ¡parece la ciudad acabó por perecer debido al fuego antes que al agua; pero ese hecho no contradice la suposición de que, en tiempos anteriores, pudo haber sido destruida por una inundación y reconstruida más tarde.

En conjunto, pues, parece haber buenas razones para pensar que algunas, y probablemente muchas tradiciones diluviales, son tan sólo el relato exagerado de inundaciones que ocurrieron en realidad, ya fuese como resultado de lluvias copiosas, de maremotos provocados por los temblores de tierra o de otras causas cualesquiera. Por consiguiente todas esas tradiciones son en parte legendarias y en parte míticas: en la medida en que conserven en ellas los recuerdos de inundaciones que realmente ocurrieron son legendarias; en la medida en que describan diluvios universales que no han podido suceder nunca, son míticas. Pero en la revisión que hemos llevado a cabo de las tradiciones acerca del diluvio nos encontramos algunos relatos que parecen ser únicamente míticos, es decir, que corresponden a la descripción de inundaciones que nunca tuvieron lugar. Tales son, por ejemplo, las historias samotracia y tesalia de grandes inundaciones que los griegos de la antigüedad asociaron a los nombres de Dárdano y Deucalión. El relato samotracio probablemente no es otra cosa que una falsa deducción extraída de la geofísica del mar Negro y de sus desagües, el canal del Bósforo y el estrecho de los Dardanelos; la historia tesalia no es quizá

sino una errónea interpretación de las características geográficas y físicas de la cuenca tesalia, encerrada entre montañas, y de su desagüe a través de la garganta del Tempe. Por consiguiente tales historias no son legendarias sino exclusivamente míticas: se describen en ellas catástrofes que nunca ocurrieron. Constituyen ejemplos de esa clase dé relatos míticos que, con palabras de *sir* Edward Tylor, podríamos llamar mitos de observación, ya que han sido sugeridos por la observación objetiva de la naturaleza, aunque yerren al interpretar lo observado.

Otro grupo de tradiciones diluviales, del cual hemos visto también algunos ejemplos, entra asimismo dentro de la categoría de mitos de observación. Se trata de las historias acerca de una gran inundación que se apoyan en el hallazgo de fósiles marinos enterrados en las cimas de las montañas o en otros lugares muy alejados del mar. Así son los relatos escuchados entre los mongoles, los pueblos de lengua bare'e en las Célebes, los tahitianos, los esquimales y los groenlandeses. Puesto que se basan en la errónea suposición de que el mar tuvo que haber subido antiguamente por encima de las alturas en que son hallados los fósiles, se trata una vez más de deducciones falsas o mitos de observación; mientras que si se hubiese supuesto en ellas que esas alturas no lo fueron siempre, sino que hubo una época en que se hallaban por debajo del nivel del mar, habríamos tenido entonces inferencias verdaderas o anticipaciones científicas.

Por consiguiente, al mismo tiempo que existen razones para suponer que muchas de las tradiciones acerca del diluvio dispersas por toda la superficie de la tierra estén basadas en el recuerdo de catástrofes que ocurrieron realmente, no existen en cambio motivos sólidos para sostener que cualquiera de ellas tenga mayor antigüedad que unos pocos miles de años todo lo más; siempre que parecen describir cambios vastos de la configuración física del globo, que han de ser referidos necesaria-

mente a épocas geológicas más o menos remotas, se ha de pensar que no se trata probablemente del recuerdo de ningún testigo contemporáneo de lo narrado, sino de las especulaciones imaginativas de poetas muy posteriores. Comparado con los grandes fenómenos naturales de nuestro planeta el hombre es tan sólo algo del ayer, y sus recuerdos puro sueño nocturno.

V. LA TORRE DE BABEL

Uno de los problemas, más fascinantes y también de los más difíciles de resolver entre los que plantea cualquier indagación acerca de la historia temprana de la humanidad es el del origen del lenguaje. Los escritores cuyas toscas especulaciones en torno a los orígenes, de la humanidad están contenidas en los primeros capítulos del Génesis no nos han dado indicación alguna en lo que respecta a cómo, según su opinión, ha adquirido el hombre el más importante de los dones que lo diferencian de las bestias, a saber, la capacidad para el lenguaje articulado. Más bien parecen haber supuesto que tan preciosa facultad fue poseída por él desde los mismos comienzos de su existencia, y aún más, que la compartió incluso con los animales, si hemos de juzgar a partir del ejemplo de la serpiente que habla en el jardín del Edén. No obstante, la diversidad de las lenguas habladas por las diferentes razas humanas atrajo naturalmente la atención de los antiguos hebreos, y trataron de explicarla por medio del siguiente relato.

Los primeros días del mundo la humanidad hablaba un mismo lenguaje. Viajando en Una larguísima caravana de nómadas, los seres humanos que poblaban la tierra llegaron procedentes del Oriente a las grandes llanuras de Sinar o Babilonia y se establecieron en ellas. Construyeron sus casas con ladrillos, que unieron con un mortero de argamasa, porque la piedra es rara en los suelos de aluvión de aquellas vastas planicies pantanosas. Pero no contentos con levantar una ciudad que los albergara quisieron construir, con los mismos materiales, una torre tan alta que su extremo llegase hasta el cielo. Los movía el deseo de perpetuar su nombre a lo largo de las generaciones venideras y también el de impedir que los habitantes de la ciudad llegasen a

dispersarse por toda la superficie de la tierra. Pues si alguien se alejaba de la ciudad y se perdía en la llanura sin límites, le bastaría volverse hacia el oeste para ver en la distancia el perfil oscuro de la esbelta torre que se recortaría contra el cielo brillante del atardecer, o en su caso volverse hacia el este para poder admirar la cúspide de la torre iluminada por los últimos rayos del sol poniente. De esa manera habría hallado el rumbo y, guiado por el excepcional hito, reconocería el camino que habría de llevarle de vuelta al hogar. La idea era buena, pero no tuvieron en cuenta la envidia y el poder del Altísimo. Pues mientras se hallaban en plena construcción, con todas las energías puestas en el empeño, Dios descendió a la tierra para contemplar la ciudad y la torre que los hombres levantaban con tanta prisa. Lo que vio no lo dejó contento, por lo que dijo para sí: «He aquí que forman un solo pueblo y tienen todos ellos una misma lengua, y éste es el comienzo de su actuación; ahora ya no les será impracticable cuanto proyecten hacer». A lo que parece, le había asaltado el temor de que cuando la torre alcanzase el cielo los hombres se apresurarían a subir por ella y a desafiarlo en su morada, cosa que de ninguna manera podía permitirse. De modo que decidió cortar en flor el proyecto. Y se dijo a sí mismo o a sus consejeros celestiales: «Ea, bajemos y confundamos allí su lengua, a fin de que nadie entienda el habla de su compañero». Y tal como lo pensó lo hizo; bajó y confundió el lenguaje de los hombres y los dispersó de allí por toda la faz de la tierra, y cesaron de construir la ciudad y la torre. Por ello se la denominó torre de Babel, que quiere decir confusión, porque allí confundió Yahvé el habla de toda la tierra.

Sobre el tejido simple del relato, la tradición judía posterior bordó todo un rico diseño de detalles pintorescos. Por ellos nos enteramos de que la iniciativa de construir la torre nació de la franca rebelión contra la divinidad, aunque no todos los rebeldes se hallaban de acuerdo en cuanto a la naturaleza concreta

de la sublevación. Unos pretendían escalar el cielo y declarar la guerra al mismo Dios todopoderoso en persona, o derribarlo de su trono y colocar en su lugar los ídolos que los hombres pervertidos ya adoraban. Otros limitaban sus ambiciones a propósitos más modestos: querían invadir la mansión celestial y arrojar una lluvia de lanzas y flechas. La construcción de la torre duró muchos, muchos años. Llegó a ser tan alta que al final un albañil necesitó todo un año para subir al pináculo con su espuerta de ladrillos al hombro. Si por desgracia ese albañil hubiese llegado a caer y desgraciarse nadie habría sentido compasión por él, sino más bien por los ladrillos que transportaba, porque se habría necesitado otro año para volverlos a llevar hasta arriba. Trabajaban con tanto empeño que las mujeres no interrumpían la labor de cocer los ladrillos ni siquiera para dar a luz; sencillamente cogían al recién nacido, lo envolvían en un lienzo que se ataban a la espalda y seguían haciendo ladrillos como si nada hubiese acontecido. Ni de noche ni de día cesaban los hombres en su esfuerzo. Y desde las alturas mareantes disparaban flechas al cielo que caían de vuelta mojadas en sangre, de modo que ellos lanzaban gritos de triunfo y decían: «Hemos matado a los que habitan el cielo». Al fin la sufrida divinidad perdió la paciencia y volviéndose a los setenta ángeles que le guardan el trono les ordenó que bajasen a la tierra y confundiesen el lenguaje de los atrevidos hombres. Los ángeles tardaron menos en ejecutar las órdenes que en escucharlas. Los malentendidos que surgieron como consecuencia, abajo en la torre, fueron numerosos y desagradables. Un hombre, por ejemplo, que había pedido argamasa vio que le traían ladrillos, por lo cual se encendió en ira y con los mismos ladrillos abrió la cabeza de su compañero. Fueron muchos los que murieron a causa de los accesos de cólera despertados por la confusión. Y Dios castigó a los restantes en consonancia con los proyectos de rebelión que habían acariciado. En cuanto a la torre, que

quedó sin terminar, parte de ella se desmoronó y el resto fue consumido por las voraces llamas de un incendio; sólo quedó en pie la tercera parte aproximadamente. El lugar en que se levantaba la torre no perdió jamás su característica peculiar: todo el que pasa por allí olvida todo lo que sabe.

El escenario de la leyenda fue montado en Babilonia, porque Babel-es tan sólo la forma hebrea del nombre de la ciudad. La derivación popular de Babel a partir del verbo hebreo *balal* (*balbel* en arameo) que significa confundir está equivocada; el verdadero significado parece ser «La Puerta de Dios». (*Bab-il* o *Babilu*), como se deduce de la forma en que la palabra Babel aparece en las inscripciones. Probablemente tienen razón los comentaristas cuando atribuyen el origen de la historia a la impresión profunda que produjo en la sencilla imaginación de los nómadas semitas la visión de la gran ciudad; acabados de llegar de la soledad y silencio del desierto los confundió el bullicio de las calles y bazares, los deslumbraron los colores continuamente cambiantes de la agitada multitud, los aturdió el estrepitoso guirigay de las lenguas desconocidas y extrañas, los intimidó la altura imponente de los edificios y en especial la nunca vista elevación de los templos que se alzaban terraza tras terraza hasta que el brillo de sus cúspides de ladrillos esmaltados parecía competir allá arriba, entre las nubes, con el fulgor del sol. No tenemos, pues, por qué asombrarnos si los que hasta aquel momento habían morado toda su vida en tiendas tomasen por seres próximos a los dioses a los que ascendían al pináculo de semejantes y magníficas construcciones siguiendo las largas rampas en espiral, y aparecían por último allá arriba como manchitas que se moviesen.

Aun en nuestros días se pueden contemplar en Babilonia las imponentes ruinas de dos de tales gigantescos templos, que poco a poco se van convirtiendo en polvo, y muy bien pudo suceder que alguno de ellos hubiese sido el que dio lugar con su

magnificencia a la historia de la torre de Babel. Uno se levanta en medio de las ruinas de la ciudad propiamente dicha y lleva aún el nombre de Babil; el otro se encuentra tras cruzar el río, en Borsippa, a unos doce o catorce kilómetros de distancia hacia el suroeste, y lleva el nombre de Birs-Nimrud. El antiguo nombre del templo que se halla en el recinto de la ciudad era E-sagil y estaba dedicado a Marduk. El nombre original del templo de Borsippa era E-zida y lo presidía el dios Nabu, Los estudiosos no han llegado a ponerse de acuerdo acerca de cuál de ellos dos fue la llamada torre de Babel; según las tradiciones locales y las hebreas la torre legendaria fue lo que ahora son ruinas del templo de Birs-Nimrud, en Borsippa. En el lugar se ha hallado una inscripción, y por ella nos enteramos de que el antiguo rey babilónico que comenzó a construir en Borsippa el gran templo en forma de torre lo dejó inacabado y no llegó a ponerle techumbre. Pudo ser que la visión del gigantesco edificio sin terminar hubiese inspirado a los asombrados hebreos la leyenda de la torre de Babel.

Sin embargo, en la antigua Babilonia abundaban los templos semejantes a los descritos, altos y en forma de torre, por lo que la leyenda en cuestión pudo haberse inspirado en cualquiera de ellos. Por ejemplo, existen todavía en Uru los restos de uno de esos templos; la ciudad de Uru era la Ur de los caldeos y, según se dice, Abraham la abandonó para ir a vivir a Canaán. Al lugar se le da en la actualidad el nombre de Al-Muqayyar; se halla situado en la margen derecha del Eufrates, a unos doscientos diecisiete kilómetros al sureste de Babilonia. Un óvalo de lomas bajas marca el emplazamiento de la antigua ciudad. La región de los alrededores es tan llana que muy a menudo, y durante la crecida anual del Eufrates que ocurre desde marzo hasta junio o julio, las ruinas forman una isla en medio de un gran pantano y sólo se puede llegar a ellas en bote. En ese lugar bordean las márgenes del río bosquecillos de palmeras de dátiles que se su-

ceden ininterrumpidamente a lo largo de la corriente hasta su desembocadura en las aguas del golfo Pérsico. Próximos al extremo norte de las ruinas se levantan los restos de un templo en forma de torre que sobrepasan los veintiún metros de altura. El edificio tiene la forma de un paralelogramo rectangular y consta de dos pisos; los lados mayores dan al noreste y al suroeste respectivamente y tienen unos sesenta metros de longitud; los lados menores miden solamente unos cuarenta metros y medio. Como en los demás edificios babilónicos de la misma naturaleza, una de las esquinas se halla orientada casi exactamente hacia el norte. El piso inferior, que tiene algo más de ocho metros de altura, se poya en recios estribos; el piso superior mide más de cuatro metros de altura y, se levanta a una distancia del borde de la cornisa del inferior que oscila entre los nueve y los catorce metros, estando cubierto por más de metro y medio de cascotes y basura. La rampa de acceso se hallaba en la cara noroeste. Con la ayuda de un túnel perforado en la loma formada por las ruinas se comprobó que el núcleo del edificio estaba hecho de ladrillos secados al sol; sobre ese núcleo había un grueso revestimiento de ladrillos macizos parcialmente cocidos y de color rojo claro, revestimiento dispuesto en capas separadas por lechos de cañas; el grueso total era de tres metros; las paredes exteriores estaban hechas de ladrillos cocidos en el horno y había grabadas en ellas diversas inscripciones. En los cuatro ángulos de la construcción se hallaron varios cilindros igualmente escritos, depositados cada uno de ellos en el hueco dejado por la falta de un ladrillo en la capa de éstos que servía de cimientos. En excavaciones posteriores parece que se ha comprobado que los arquitectos de los templos y palacios de Babilonia, o los encargados de restaurarlos posteriormente, tenían la costumbre de colocar en los ángulos inscripciones conmemorativas grabadas en cilindros.

Una de las inscripciones grabada en los cilindros dice que el nombre de la ciudad era Ur y que el templo estaba dedicado a Sin, dios lunar de los babilonios. A continuación, añade que el rey Ur-uk, o Urengur, quien construyó el templo, lo dejó sin acabar, y que fue su hijo, el rey Dungi, el que lo terminó. El reinado del rey Ur-uk o Urengur ha sido fechado por estudiosos diferentes en años tan dispares como el 700 o el 2300 a. C. En cualquier caso los cimientos del templo fueron puestos mucho antes de la fecha asignada al nacimiento del patriarca Abraham, quizá varios siglos antes; de modo que si el anciano abandonó realmente Ur en favor de Canaán, como afirman los relatos hebreos, el edificio que nos ocupa, cuyas ruinas venerables se levantan todavía en nuestros días en el mismo lugar en que se hallaba emplazado, dominaba con su atrevida elevación el llano paisaje a través del cual serpentea el Eufrates camino del mar, y tuvo que haber sido espectáculo familiar a Abraham desde su infancia; y puede incluso que haya sido el último objeto en que se posó la mirada de sus ojos cuando, puesto en camino en busca de la Tierra prometida, se volvió para contemplar por última vez los muros de su ciudad natal medio ocultos ya en la distancia tras el verde de los bosquecillos de palmeras. También es posible que en la imaginación de sus descendientes la llamativa mole, difusa e imponente tras el cendal formado por el tiempo y la distancia, adquiriese las proporciones gigantescas de una torre que llegase hasta el cielo y que hubiese servido en tiempos ya pasados de punto de partida de todas las naciones cuando se dispersaron por la superficie del planeta.

Los autores del Génesis no dicen nada acerca de la naturaleza del lenguaje común que hablaba toda la especie humana antes de que ocurriese la confusión de las lenguas, lenguaje que según se podría suponer emplearon nuestros primeros padres para hablar entre ellos, para dirigirse a la serpiente y para responder a Dios en el jardín del Edén. En épocas posteriores se

dio por sentado que el hebreo había sido el lenguaje original de la humanidad. Parece ser que los padres de la Iglesia no tuvieron dudas al respecto; y en tiempos recientes, cuando la filología se hallaba aún en pañales, se hicieron esfuerzos denodados, aunque fallidos, para tratar de demostrar que todas las lenguas que se hablan en la actualidad en el mundo habían derivado de la hebrea supuestamente original. En tan ingenua pretensión los eruditos cristianos no se portaron de manera diferente a la de los sabios de otros credos religiosos, que vieron en el lenguaje de sus escritos sagrados no sólo la lengua hablada por nuestros primeros padres, sino también la empleada por los dioses mismos en sus conversaciones domésticas. El primero que en nuestros tiempos atacó con eficacia semejante error fue Leibnitz, que en una ocasión observó lo siguiente: «Existen tantos motivos para suponer que el hebreo fue la lengua original de la humanidad como los que hay para adoptar la opinión de Goropius, que en el libro que publicó en Amberes en 1580 trató de demostrar que la lengua hablada en el paraíso había sido el holandés». Otro escritor sostuvo la tesis de que Adán había hablado el vasco; mientras que otros, adelantándose a las mismas Escrituras, introdujeron la confusión de lenguas ya en el Edén, y así afirmaron que Adán y Eva hablaban en persa, que la serpiente había hablado en árabe y que el afable arcángel Gabriel había conversado con nuestros primeros padres en turco. Pero no acaba ahí la lista de escritores excéntricos: hubo otro que sostuvo seriamente que el Todopoderoso se había dirigido a Adán en sueco, que Adán había respondido en danés a su Hacedor y que la serpiente había tentado a Eva en francés. Estamos autorizados a suponer que semejantes teorías filológicas estaban teñidas por los prejuicios nacionales y por las antipatías que sentían hacia otros pueblos los filólogos que las habían propuesto.

Se dice que entre diversas tribus de África se han contado historias que tienen un cierto parecido con la leyenda de la torre de Babel. Así, algunos de los naturales de Zambeze, según parece procedentes de la región de las cataratas del lago Victoria, «conservan entre sus tradiciones un relato que podría estar relacionado con la construcción de la torre de Babel; pero la narración termina cuando a los intrépidos albañiles les cae sobre la coronilla todo el andamiaje». Esta breve referencia a la historia es debida al doctor Livingstone; un misionero suizo la ha recogido y publicado más extensamente. Los a-louyi, tribu del alto Zambeze, dicen que antiguamente su dios Nyambe, al que identifican con el sol, tenía la morada en la tierra, pero que más tarde subió al cielo usando una tela de araña como escala. Desde su posición allá en las alturas dijo a los hombres: «¡Adoradme!», pero los hombres lejos de hacerle caso se reunieron y dijeron: «¡Vamos, acabemos con Nyambe!». Alarmado ante una amenaza tan impía la divinidad huyó a los cielos, de los que aparentemente había vuelto a bajar por algún tiempo. Y entonces los hombres volvieron a decir: «¡Vamos, levantemos mástiles que lleguen hasta el cielo!». De modo que plantaron un mástil y encima de él otros más y así siguieron empalmándolos y treparon por ellos. Pero cuando ya habían alcanzado una altura considerable todo el tinglado se vino abajo, y los hombres que se habían mostrado pioneros en el ascenso también lo fueron en perder la vida. Así fue como terminaron.

Los bambala del Congo dicen que «los wangongo quisieron en una ocasión saber qué era la luna, de modo que se pusieron al avío para subir y echar una mirada. Comenzaron por plantar en el suelo un gran poste; a continuación un hombre trepó por él con un segundo poste en la mano que empalmó al extremo del primero, sobre el segundo empalmó un tercero y así sucesivamente. Cuando su torre de Babel había alcanzado ya altura considerable, tanta que todos los habitantes del poblado se ha-

llaban encaramados al poste gigantesco y llevaban en la mano nuevos postes para añadir a los precedentes, todo el montaje se vino abajo de pronto y todos perecieron como consecuencia de su imprudente curiosidad. Desde entonces nadie ha tratado de volver a averiguar la naturaleza de la luna».

Los naturales de Mkulwe, que viven en el este de África, cuentan una historia semejante. Según ellos los hombres se dijeron en una ocasión: «¡Hagamos una construcción alta que llegue hasta la luna!». De modo que hundieron a golpes en tierra el tronco de un gran árbol, sobre él fijaron otro tronco, y luego un tercero y un cuarto y así sucesivamente, hasta que la columna de troncos se desplomó y todos perecieron». Pero otros hombres dijeron: «¡No abandonemos ahora la empresa!», de modo que volvieron a poner tronco sobre tronco hasta que por segunda vez todo se vino abajo y volvieron a morir muchos hombres. Entonces los supervivientes renunciaron a subir hasta la luna.

Según las tradiciones de los ashanti, al principio Dios moraba entre los, hombres, pero luego, ofendido por la afrenta de una anciana y muy enojado, se retiró a su mansión celestial. Con su ausencia los hombres se sintieron desamparados, por lo que resolvieron partir en su busca. Para ello recogieron todos los largos mangos de mortero que pudieron encontrar, mangos que utilizaban para preparar sus gachas, y los fueron empalmando unos al extremo de los otros. Cuando la torre levantada de esa manera llegaba ya casi hasta el cielo vieron con gran disgusto que se les acababa la provisión de tales mangos. ¿Qué hacer?, se preguntaron. Ante el dilema, un hombre sabio se puso en pie y habló de la siguiente manera: «La solución es muy sencilla. Saquemos el mango que está debajo de todos y pongámoslo encima y sigamos haciendo lo mismo con los demás hasta que hayamos alcanzado la morada de Dios». La propuesta fue aprobada pero cuando se trató de ponerla en práctica la to-

rre se vino abajo, como muy bien podría haber supuesto un escéptico. Pero no faltaron quienes dijeron que el colapso de la torre había sido causado por las hormigas blancas, que habían carcomido el mango de la base. Fuesen cuales fuesen las causas de lo sucedido, la comunicación con Dios no fue llevada a cabo y los hombres nunca pudieron ir a visitarlo allá en las alturas.

De la gran pirámide mexicana de Cholula, la obra de mayores dimensiones de toda América debida a los aborígenes, se cuenta una historia semejante al relato bíblico acerca de la torre de Babel. La colosal fábrica, que todavía despierta la admiración del viajero que la contempla, se encuentra en las proximidades de la hermosa y moderna ciudad de Puebla, en el camino de Veracruz a la capital. Por la forma se parece a las pirámides de Egipto, pero sus dimensiones son mayores. Del suelo al extremo del vértice mide aproximadamente sesenta y un metros y la longitud de la base es dos veces la de la gran pirámide de Keops. Tiene la forma de todos los teocallis mejicanos: consiste en una pirámide truncada dividida en cuatro terrazas y con los cuatro lados orientados a los cuatro puntos cardinales. Sin embargo la acción combinada del paso del tiempo y de los agentes atmosféricos han borrado su perfil original, y los árboles y matorrales, que crecen con exuberancia, cubren la superficie de sus caras, de modo que la enorme mole ofrece el aspecto de una loma natural más que el de un túmulo creado por la mano del hombre. El edificio está hecho de hileras de ladrillos cocidos al sol y unidos con mortero; en la masa de éste se hallan empotradas piedrecillas, trozos de cerámica y fragmentos de cuchillos y armas de obsidiana. Entre las filas de ladrillos se intercalan capas de arcilla. Desde el plano de la cima, de más de cuatro mil metros cuadrados de superficie, se divisa el soberbio panorama del ancho y fértil valle que se extiende en la distancia hasta el pie de los macizos montañosos volcánicos que lo encierran, cuyas laderas se hallan cubiertas de grandes bosques,

mientras las cumbres de pórfido, desnudas y áridas, se hallan cubiertas de nieves eternas en las cotas más altas. El historiador español Durán, que escribió en el año 1579, recogió una leyenda relativa al origen de tan imponente monumento. «Al principio —nos dice—, antes de que hubiesen sido creados la luz y el sol, la tierra se hallaba en tinieblas y lobreguez, no existía ninguno de los seres creados, era completamente llana, no había ni colinas ni valles, el agua la rodeaba por todas partes y tampoco existían los árboles ni cualquier otra cosa de las creadas. Tan pronto como surgieron por Oriente el sol y la luz aparecieron sobre la tierra algunos hombres, gigantes desgarbados dueños del suelo. Esos hombres sintieron deseos de ver la salida y la puesta del sol, de modo que acordaron salir en busca del astro; para ello se dividieron en dos grupos y uno se encaminó hacia el este mientras el otro lo hacía hacia el oeste. Luego continuaron la marcha hasta que los detuvo la barrera del mar. Ante ella resolvieron desandar camino y regresan al punto de donde habían partido, así que volvieron al lugar llamado Iztacculin Ineminian. Sin saber qué hacer para alcanzar el sol y deslumbrados por su luz y su belleza decidieron levantar una torre tan alta que llegase hasta el cielo. Al buscar los materiales que les permitieran llevar a cabo su propósito encontraron una suerte de arcilla y un asfalto muy pegajoso, con lo cual se pusieron sin pérdida de tiempo a construir la torre. Cuando habían alcanzado ya toda la altura que podían, una altura tan grande que según se dice parecía que ya hubiesen llegado hasta el cielo, el Señor de las Alturas montó en cólera y dirigiéndose a los que moran en el cielo les dijo: '¿Habéis visto la osadía de los habitantes de la tierra, que han querido construir una torre tan alta y tan soberbia como para llegar hasta aquí arriba atraídos por la claridad y la belleza del sol? Pues para castigar su orgullo los confundiré; porque no se puede tolerar que quienes pueblan la tierra, criaturas de carne mortal, pretendan mezclarse con

nosotros'. Y en un abrir y cerrar de ojos, los que moran en el cielo se dirigieron a los cuatro puntos cardinales del mundo y derribaron como si lo hubiese golpeado el rayo el edificio que los hombres habían levantado. Después de eso, los gigantes, apesadumbrados y llenos de miedo, se apartaron unos de otros y se diseminaron sobre toda la superficie del planeta».

En esa tradición se perciben las huellas de la influencia bíblica no sólo en la dispersión, final de los constructores de la torre por toda la superficie de la tierra, sino también en la construcción del edificio con arcilla y asfalto; porque tales son los materiales que, según se dice en el Génesis, entraron en la fabricación de la torre de Babel, y por lo que parece los mexicanos no emplearon nunca el asfalto para tales fines y tampoco se le ha encontrado hasta hoy en las proximidades de Cholula. «La historia de la confusión de las lenguas parece haber existido también en la región, no mucho después de la conquista, y probablemente fue transmitida por los misioneros, pero no parece haber estado relacionada con la leyenda de la construcción de la torre de Babel de Cholula. Algo acerca de ella al menos aparece en la tabla de Gemelli acerca de las migraciones mexicanas, reproducida por Humboldt, en la cual se ve a un pájaro posado en las ramas de un árbol que arroja lenguas a una multitud de hombres que se hallan debajo». Apoyándose en el argumento ofrecido por tan sospechosas semejanzas, puede que Tylor tenga razón al condenar la leyenda de Cholula y calificarla de «no genuina, o por lo menos de origen reciente parte de ella».

Quizá se podría: pronunciar un veredicto semejante respecto a una conseja relatada por los karen de Birmania, tribu dotada de singular capacidad para asimilar las leyendas cristianas y disfrazarlas con una ligera tintura de colorido local. Su narración de la historia de la torre de Babel tal como la cuenta el grupo gaiko de la tribu dice lo siguiente. «Los gaikos hacen datar su genealogía de los tiempos de Adán y cuentan treinta ge-

neraciones a partir de él hasta la construcción de la torre de Babel, momento en que afirman haberse separado de los karen rojos… En tiempos de Pan-dan-man los hombres determinaron levantar una pagoda que llegase hasta el cielo. Su emplazamiento se hallaba, según suponen, en algún lugar de la región de los karen rojos, con quienes dicen vivían asociados hasta entonces. Cuando la pagoda había alcanzado ya la mitad de la distancia que separa el cielo de la tierra;. Dios bajó al mundo y confundió las lenguas de las gentes que lo poblaban de modo que ya no eran capaces de entenderse unas con otras. Entonces los hombres se dispersaron y Tan-mau-rai, padre de la tribu gaiko, se vino al oeste en compañía de ocho principales y juntos se establecieron en el valle del Sitang».

También entre los mikir, una de las muchas tribus tibetano-birmanas del estado de Assam en la India, vuelve a aparecer la historia bíblica de la torre de Babel y de la confusión de las lenguas. ¡Dicen esas gentes que hace mucho tiempo los descendientes de Ram eran hombres poderosos, y que insatisfechos con el imperio; del mundo que poseían comenzaron a aspirar a la conquista de los cielos. De modo que comenzaron a levantar una torre que según pretendían llegaría hasta las nubes. Piso tras piso el edificio se fue haciendo cada vez más alto hasta que al fin, temerosos los demonios y los dioses de que semejantes gigantes llegasen a lograr sus designios y acabasen por hacerse con el dominio de los cielos así como ya tenían el de la tierra, acordaron confundir sus lenguas y dispersarlos sobre toda la haz del planeta. Y de ahí procede la gran variedad de lenguas habladas por la especie humana.

Una vez más nos encontramos con la misma historia aunque un poco disfrazada entre los isleños del archipiélago del Almirantazgo. Dicen éstos que la tribu o familia de los lohi contaba con ciento treinta almas y tenía por jefe a un cierto Muikiu. Este Muikiu dijo en una ocasión a sus gentes: «¡Construyamos

una casa que llegue hasta el cielo!», de modo que pusieron todos manos a la obra, pero cuando estaban ya casi alcanzando la meta que se habían propuesto vino a ellos, enviado por Kali, un hombre llamado Po Awi que les prohibió llevar más adelante el proyecto. Se dirigió a Muikiu y le dijo: «¿Quién te ha dicho que construyeras una casa tan alta?». Y el jefe de la tribu le respondió: «Yo gobierno el pueblo lohi. Y dije: '¡Construyamos una casa tan alta que llegue hasta el cielo!' Si se hiciese conforme a mis deseos, nuestras casas serían tan altas que alcanzarían los cielos. Pero ahora se hará tu voluntad y construiremos bajas nuestras moradas». Acabadas de pronunciar esas palabras tomó agua y roció con ella a los miembros de su tribu, que vieron como consecuencia confundidas sus lenguas, y al no poder ya entenderse los unos con los otros se separaron y se dispersaron por diferentes regiones de la tierra. Por eso cada nación del mundo tiene ahora su propio lenguaje particular. Pocas dudas pueden caber de que se trata de una historia en la que resuena el eco de las enseñanzas dé los misioneros cristianos.

No han sido pocos los pueblos qué han tratado de explicar la diversidad de las lenguas habladas por el género humano sin tener que referirse a la historia de la torre de Babel o a leyendas semejantes. Entre los griegos, por ejemplo, se decía que durante mucho tiempo los hombres habían vivido en paz unos con otros, que no existían las ciudades ni las leyes, que se hablaba un lenguaje único y que sólo Zeus era dueño de vidas y haciendas. Al final Hermes introdujo la diversidad de lenguas y dividió a los seres humanos en naciones diferentes unas de otras. Por ese motivo surgió por vez primera entre los hombres la discordia y Zeus, irritado ante sus riñas, renunció a la soberanía que ostentaba y la entregó en manos de un héroe argivo llamado Foroneo, que fue el primer rey de los humanos. Los wasania del África oriental británica dicen que antiguamente todas las tribus de la tierra no conocían más lengua que una, pero que

con ocasión de una escasez muy severa de alimentos la gente enloqueció y se dispersó en todas direcciones mascullando extrañas palabras ininteligibles y de esa manera surgieron los diferentes idiomas. Los kachcha nagas, tribu de las montañas de Assam, explican de diferente manera la diversidad de las lenguas. Según ellos, recién creados todos los hombres pertenecían a una raza única, pero muy pronto se los destinó a dividirse en naciones diferentes. El rey de los hombres que habitaban la tierra por aquel entonces tenía una hija llamada Sitoylé. Era maravillosamente ligera de pies y gustaba de pasear por la jungla todo el santo día y de alejarse del hogar por lo cual causaba a sus padres mucha ansiedad, pues las buenas gentes temían que pudiese llegar a devorarla alguna fiera. Cierto día su padre ideó un plan para obligarla a permanecer en el hogar. Envió a buscar un cesto de semillas de lino y tras haber arrojado su contenido por el suelo ordenó a la hija que volviese a echar las semillas en el cesto, una a una, y que las contase con exactitud. Y una vez dadas esas instrucciones, que según pensaba conseguirían mantener ocupada a la joven toda la jornada e, impedirle así que saliese a pasear al bosque, se marchó. Pero a ja puesta del sol la doncella ya había conseguido volver al cesto todas las semillas y las había contado una a una, y no bien hubo acabado de hacerlo salió presurosa y se perdió por los senderos en medio de los árboles. De modo que cuando los padres regresaron del diario faenar no pudieron encontrar ni señal de la hija desaparecida. La buscaron durante días y días, y por fin llegaron a un claro de la jungla en el que encontraron a una gigantesca serpiente pitón durmiendo la siesta tras una copiosa comida, a la sombra de los árboles. Tras haber reunido a todos los hombres de la tribu, el desconsolado padre y los otros con él se arrojaron sobre el enorme animal con espadas y cuchillos. Pero a medida que golpeaban a la bestia iban cambiando de aspecto y comenzaron a hablar dialectos distintos. Los que hablaban

una misma lengua se apartaban del resto y formaban un grupo separado, y los diversos grupos así formados fueron los antepasados de las naciones que ahora pueblan la tierra. En cuanto a lo que fue de la princesa y si fue, devuelta a los afligidos padres, o si la había devorado la serpiente pitón la historia no nos lo dice.

Los kukis de Manipur, otra raza de las montañas de Assam, dan cuenta de la diversidad de las lenguas habladas por la especie humana diciendo que en una ocasión los tres nietos de un cierto jefe se hallaban jugando juntos en casa cuando su padre les ordenó que cogiesen una rata. Pero mientras los jóvenes se hallaban ocupados dando caza a la rata se abatió sobre ellos repentinamente la confusión de lenguas y ya no pudieron entenderse unos a otros, de modo que la rata consiguió escapar. El mayor de los tres hijos hablaba ahora la lengua lamyang, el segundo hablaba la lengua tado y en cuanto al tercero unos dicen que hablaba la lengua waifie mientras que según otros la que hablaba era la de Manipur. En cualquier caso los tres mozos fueron los antepasados de tres tribus distintas. Según la tribu de la bahía del Encuentro, en el sur de Australia, la diferenciación de las lenguas fue debida a una anciana malhumorada que murió hace ya mucho tiempo. Se llamaba Wurruri, vivía por algún lugar que cae al este y solía salir a pasear con un grueso bastón con el que desparramaba los restos de las hogueras que la gente encendía para calentarse mientras dormía. Cuando la cascarrabias murió los demás sintieron tanto alivio al verse por fin desembarazados de ella que enviaron mensajeros en todas direcciones para anunciar la buena nueva de su muerte. Como consecuencia se juntaron hombres, mujeres y niños, no para celebrar un duelo, sino para alegrarse en compañía por la muerte de la anciana y para celebrarlo con un banquete caníbal. Los primeros que se arrojaron sobre el cadáver y comenzaron a devorarlo fueron los raminjerar; y tan pronto cómo lo hicieron

comenzaron a hablar un lenguaje ininteligible. Las demás tribus, que vivían hacia el este, llegaron más tarde y comieron el contenido de los intestinos de la muerta, lo que les hizo hablar una lengua algo diferente de la suya anterior. Las últimas en llegar fueron las tribus que vivían al norte, y tras haber devorado los intestinos, lo único que quedaba del cadáver, comenzaron a hablar un idioma aún más diferente del de los raminjerar.

Los indios californianos maidu dicen que hasta un cierto momento todo el mundo hablaba una misma lengua. Pero un día, cuando la gente iba a celebrar una quema y tenía ya todo preparado para el día siguiente, de pronto por la noche todos comenzaron a hablar lenguas diferentes, con la excepción de marido y mujer, que hablaban la misma. Aquella misma noche el Creador, al que llaman Iniciado de la Tierra, se le apareció a cierto individuo llamado Kluksu, le dijo lo que había sucedido y le instruyó acerca de lo que convenía hacer al día siguiente cuando la gente percibiese la confusión introducida en las lenguas. Tras esa preparación Kuksu convocó a todos, porque él era el único que podía hablar todas las lenguas. Entonces le fue diciendo a cada uno en su lengua el nombre de los animales y de todas las demás cosas, les enseñó a preparar la comida y a cazar, les dio leyes y señaló las fechas en que habrían de ser celebradas las fiestas y las danzas rituales. Luego fue llamando por su nombre a cada una de las tribus y enviándolas en direcciones diferentes, tras haberles dicho en qué parte de la tierra debían fijar su morada. Ya hemos visto que los tlingit de Alaska explican la diversidad de las lenguas por medio de la historia de un diluvio, que quizás aprendieron de algún misionero o colono. Los quiché de Guatemala contaban de un tiempo, a comienzos de la edad del mundo, en que todos los hombres vivían juntos y no hablaban más que una lengua, en que todavía no adoraban figuras de piedra ni de madera y en que tenían continuamente presentes las palabras de su Hacedor, centro de

los cielos y de la tierra. Pero a medida que fueron transcurriendo los años también las tribus se fueron multiplicando y tras abandonar su antigua morada llegaron a un lugar llamado Tulan. Fue en él donde según la tradición quiché se confundieron las lenguas y tuvo origen su diversidad; los hombres cesaron de entender las palabras de los demás y se dispersaron en busca de nueva morada por todas partes del mundo.

En estas últimas historias se intenta dar cuenta de la diversidad de las lenguas habladas en el planeta sin tener que echar mano del relato acerca de la torre de Babel; y por consiguiente estamos autorizados a considerarlas, con la posible excepción de la contada por los tlingit, como esfuerzos independientes de la mente de los hombres al tratar de resolver aquel difícil problema, por más que sean escasos los resultados obtenidos.

Parte Segunda

LA EDAD PATRIARCAL

VI. LA ALIANZA DE DIOS CON ABRAHAM

Con el relato acerca de la torre de Babel y la dispersión de los hombres por toda la superficie de la tierra terminan los autores del Génesis su historia general de la humanidad durante los primeros tiempos del mundo. A continuación reducen el ámbito de su narrativa y la concentran únicamente sobre el pueblo hebreo. El relato se transforma en una serie de biografías, en las cuales se pone de relieve los sucesos venturosos de la nación, no en términos generales y vagos, sino como sucesión de cuadros de brillante colorido en los que se representan los hechos acaecidos a individuos aislados, los progenitores de la raza. La unidad que se percibe a través de las vidas de los patriarcas no es solamente genealógica; esos antepasados de Israel se hallan unidos por el vínculo de la ocupación común, además de estarlo por el vínculo de la sangre; son todos pastores y vaqueros y vagan de un lado para otro con sus rebaños y manadas en busca de pastos frescos; todavía no se han asentado y adoptado la vida monótona del campesino, que repite año tras año la misma aburrida ronda del trabajo en los mismos campos que ha labrado su padre y el padre de su padre, a lo largo de todos los días de sus vidas, antes de él. En suma, lo que han descrito los autores del Génesis es la edad pastoril, y lo han hecho con tal firmeza de trazo y colores tan vivos que el tiempo no ha conseguido difuminarlos, y que, pese a las condiciones de la vida moderna, tan diferentes de las antiguas, todavía dejan hechizado al lector con su encanto inefable. En esa galería de retratos, pintados sobre el fondo de un paisaje en calma, ocupa el primer lugar la figura majestuosa de Abraham. Al salir de Babilonia, lugar de su nacimiento, emigró, según se dice, a tierras de Canaán, y en ellas recibió directamente de Dios la promesa de

la grandeza y gloria futuras del pueblo que habría de tenerlo como padre. Para asegurar la palabra dada, la divinidad condescendió, o al menos así se nos afirma, en establecer con el patriarca una alianza según todas las reglas, en la cual se observaron las formalidades legales que eran de rigor entre los hombres en semejantes ocasiones. El relato de una transacción tan importante nos permite un interesante atisbo de los medios adoptados en las sociedades primitivas por los pactantes de una alianza, con el fin de crear un vínculo que obligase a ambas partes por igual.

Leemos en el Génesis que Dios se dirigió a Abraham en los siguientes términos: «Cógeme una becerra, una cabra y un carnero que tengan tres años, una tórtola y un pichón». Cogió, pues, Abraham todo esto «y partiólo por medio, y puso luego cada porción una enfrente de otra; mas las aves no partió. Y cuando las aves de presa bajaron sobre los cuerpos muertos, Abraham las ahuyentó. Ahora bien, estaba el sol para ponerse cuando un sueño profundo cayó sobre Abraham, y he aquí que un horror, una tiniebla grande, lo invadió. Y púsose luego el sol y se echó una densa tiniebla, y he aquí que surgió un horno humeante y una antorcha de fuego, que pasó por entre aquellos trozos de las víctimas. En aquel día pactó Yahvé alianza con Abraham».

En la descripción precedente, el horror y la tiniebla grande que invaden a Abraham al comienzo del crepúsculo son premonitorios de la llegada de Dios, que en medio de la oscuridad de la noche pasa entre los trozos de las víctimas sacrificadas bajo el disfraz de un horno humeante y de una antorcha de fuego. Al comportarse de esa manera, la divinidad lo único que hacía era cumplir con las formalidades legales exigidas por las antiguas leyes hebreas, para la ratificación de un contrato; pues sabemos por el profeta Jeremías que las partes contratantes tenían por costumbre cortar un becerro en dos y pasar en medio

de los trozos. La expresión hebrea que sirve para designar la formalización de un pacto da a entender con claridad que aquélla era la manera común de proceder en tales ocasiones. Efectivamente, la expresión dice literalmente «cortar o dividir una alianza»; y las analogías encontradas en la lengua y en el ritual griegos confirman nuestra interpretación, ya que los griegos empleaban frases similares y practicaban ritos parecidos. Así, hablaban de cortar promesas, en el sentido de juramentarse sobre ellas, y de cortar un tratado en lugar de establecer un pacto. Expresiones tales, al igual que las frases correspondientes del hebreo y del latín, derivaron sin duda de la costumbre de sacrificar víctimas y de cortarlas en trozos como una manera de añadir solemnidad a una promesa o un tratado. Por ejemplo, se nos dice que cuando Agamenón estaba a punto de partir hacia Troya al frente de los griegos, el adivino Calcas llevó a la plaza pública un verraco y lo dividió en dos partes, que puso en dirección oeste y este respectivamente. A continuación los guerreros pasaron uno tras otro por en medio de los dos trozos, espada en mano, y mojaron la hoja en la sangre del animal sacrificado. Sin embargo, algunas veces, y quizás más a menudo en el ritual griego, en lugar de pasar entre los trozos de las víctimas, la persona que formulaba una promesa se apoyaba en ellos. Así sucedía en los juicios que tenían lugar en el tribunal del Areópago de Atenas: la persona que presentaba la acusación se apoyaba para jurar sobre los trozos de un verraco, un toro y un carnero, que personas especialmente designadas habían sacrificado en días señalados. Otro ejemplo: los pretendientes que cortejaban a la bella Helena eran muy numerosos; Tíndaro, padre de la cortejada^ temía la venganza que pudiesen querer tomar los amantes rechazados; por eso, antes de llevarlos a presencia de su hija hacía que todos los candidatos prometiesen con juramento defenderla a ella y al hombre que eligiese, fuese él quién fuese; y para solemnizar la promesa sacrificaba un ca-

ballo, lo cortaba en trozos y hacía que los pretendientes jurasen apoyándose en ellos. Un ejemplo más: en la cámara del consejo de la ciudad de Olimpia había una imagen de Zeus ornada con la leyenda de «Dios de las promesas»; y poco antes de dar comienzo a los juegos olímpicos, los atletas, de acuerdo con la costumbre, junto con sus padres y hermanos e incluso con los adiestradores, juraban apoyados en los trozos de un cerdo macho que no se harían culpables de juego desleal. En Mesina había un lugar llamado la Tumba del Verraco, porque, según se decía, Hércules había intercambiado allí sobre los trozos de un cerdo macho promesas con los hijos de Neleo.

También hubo tribus bárbaras en la antigüedad que practicaban ceremonias similares cuando formulaban una promesa o establecían un acuerdo de paz. Así, los molosios solían cortar bueyes en trozos pequeños cuando formulaban un tratado o prometían respetarlo; pero no se nos dice qué se hacía con los trozos del animal durante la ceremonia. Entre los escitas, si un hombre creía haber recibido una injuria de otro, del que no podía vengarse por sí solo, pedía ayuda a sus amigos de la manera siguiente. Empezaba por sacrificar un buey y por cortar y hervir la carne, y tras haber extendido sobre el suelo el cuero maloliente se sentaba en él y ponía los brazos a la espalda como si estuviese maniatado. Tal era la forma más urgente de súplica conocida por los escitas. Mientras el hombre se sentaba de esa manera sobre el pellejo con los trozos de carne cocida a su alrededor, sus amigos y parientes, y todo aquel que decidía ayudarle, llegaban y cogían un trozo de la carne, ponían el pie derecho sobre el pellejo y prometían contribuir con un número variable de soldados, de a pie o de a caballo, abastecidos y sin gasto alguno para el suplicante, para ayudarle en su venganza contra el enemigo. Unos prometían aportar cinco hombres, otros diez, y algunos incluso más, mientras el más pobre de todos podía ofrecer únicamente sus servicios personales. De esa manera a

veces se conseguía reunir una fuerza poderosa, que reclutada así era considerada muy temible, porque los hombres que la componían se hallaban comprometidos bajo juramento a permanecer al lado de su camarada. Hasta nuestros días, en los tribunales tibetanos de justicia, «cuando se presta el juramento principal, cosa que sucede en muy contadas ocasiones, la persona que lo presta se coloca sobre la cabeza algún escrito sagrado, se sienta sobre el pellejo maloliente de un buey y come un trozo del corazón del animal. Los gastos de la ceremonia corren a cargo de la parte que presenta la acusación».

Algunas tribus salvajes de África y de la India todavía celebran ceremonias semejantes cuando hacen la paz. Así entre los kavirondo, del África oriental británica, al acordar la paz tras una guerra, la parte vencida coge un perro y lo corta en dos trozos. A continuación, los delegados de cada una de las partes agarran respectivamente los cuartos delanteros y los cuartos traseros del dividido animal y prometen mantenerse en paz y amistad sobre la mitad del perro que tienen en las manos. También entre los nandi, otra tribu de la misma región, se emplea igual ceremonia para sellar un pacto de paz. Cortan un perro en dos; las dos mitades son sostenidas por hombres que representan a las partes que han estado en litigio; y un tercer hombre dice: «¡Que el hombre que rompa este acuerdo de paz muera como este perro!». Entre los bagesu, tribu bantú de Mount Elgon, en el África oriental británica, cuando dos clanes han estado en guerra y desean hacer la paz, los representantes de ambas partes cogen un perro y lo agarran por la cabeza y por los cuartos traseros respectivamente, mientras un tercer hombre, provisto de un gran cuchillo, corta al perro en dos de un solo tajo. A continuación se arroja el cadáver a la maleza y allí se deja, y a partir de ese momento los miembros de los dos clanes pueden mezclarse libremente sin temor a ningún peligro o molestia.

En la misma región vive la tribu wachaga; cuando dos distritos han acordado coaligarse solemnemente y establecer alianza de paz, la ceremonia observada en la ratificación del tratado es la siguiente. Los guerreros de los dos distritos se reúnen y se sientan amontonados en el interior de un círculo trazado en un trozo de espacio abierto. Se rodea al grupo con una larga cuerda, cuyos extremos se atan por un lado, de modo que la asamblea de guerreros de las dos partes queda encerrada en el lazo que forma la cuerda. Pero antes de atar los extremos de la cuerda se la desplaza por tres veces, o por siete veces, alrededor del grupo, y junto con la cuerda se lleva del ronzal un cabrito. Por último, en el lado del círculo en que se atan los extremos de la cuerda se pasa ésta sobre el cuerpo del cabrito, que es mantenido estirado en toda su longitud por dos hombres, de modo que la cuerda y el animal formen dos líneas paralelas, la cuerda por encima del animal. Los desplazamientos de la cuerda y del cabrito en torno a los guerreros sentados son llevados a cabo por dos muchachos sin circuncidar y, por tanto, que no han tenido aún hijos; y la circunstancia es significativa, porque los muchachos simbolizan aquella esterilidad o muerte sin descendencia que tienen los wachaga por la mayor de las maldiciones y que atribuyen por lo general a la acción de los poderes superiores. En la mayor parte de sus tratados esos salvajes imprecan tan temida maldición sobre los perjuros y, por el contrario, hacen votos para que caiga la bendición de una progenie numerosa sobre aquellos que cumplen sus promesas. En la ceremonia que nos ocupa, el empleo de jóvenes incircuncisos tiene por objeto no sólo simbolizar la suerte que aguarda a los perjuros, sino también conjurarla sobre ellos por medio de una especie de magia afín. Por los mismos motivos, son hombres viejos los encargados de recitar las fórmulas de maldición o de bendición, porque ya han pasado la edad en que podían tener descendencia. Las fórmulas dicen lo siguiente: «Si tras haber prometido

respetar esta alianza hago algo que te dañe o maquino algo que te pueda perjudicar sin advertirte antes, ¡pueda yo ser dividido en dos como esta cuerda y este cabrito!», y el coro responde: «¡Amén!». Sigue el conjuro: «¡Que mis ganados mueran, sin quedar ninguno!»; el coro: «¡Amén!». «Pero si no falto a mi promesa, si te soy fiel, ¡vengan sobre mí las prosperidades!»; el coro: «Amén!». «¡Que mis descendientes sean tan numerosos como las abejas!»; el coro: «¡Amén!». Y así sucesivamente. Una vez que los representantes de los dos distritos han jurado el pacto, se divide en dos de un solo golpe la cuerda y el cabrito y se rocía con la sangre que mana a los pactantes, mientras los ancianos recitan una fórmula mixta que impreca bendiciones y maldiciones imparcialmente sobre las dos partes. A continuación la carne del cabrito es dada a comer a ancianos que han pasado ya de la edad en que podían tener descendencia, y se divide la cuerda en dos trozos; a cada uno de los distritos se le entrega un trozo, y ellos deberán guardarlo celosamente. En caso de que estalle una epidemia y de que los adivinos, encargados de interpretar la voluntad de los poderes superiores, la atribuyan a alguna suerte de quebrantamiento del acuerdo, cometido consciente o inconscientemente por los habitantes de la región castigada, es preciso expiar la cuerda o, como dicen los nativos, «calmarla». Pues se cree que los poderes mágicos conferidos a la cuerda por el pacto se hallan ahora ocupados activamente en vengar su violación. La reparación consiste en sacrificar un cordero y en extender su sangre y sus excrementos sobre la cuerda, al mismo tiempo que se pronuncian las palabras siguientes: «Esas gentes han cometido el mal sin saberlo, ¡oh cuerda! Hoy te ofrezco una reparación para que tú dejes de vengarte en ellas. ¡Acepta la expiación! ¡Acepta la expiación! ¡Acepta la expiación!». Las personas que han quebrantado el juramento son purificadas por el hechicero, que las rocía con una mezcla mágica hecha de sangre de tortugas, tejón de las rocas y

antílopes, junto con ciertas partes de determinadas plantas; la aspersion es llevada a cabo por medio de un manojo de hierbas cuidadosamente escogidas y va acompañada de las palabras apropiadas.

Algo diferentes, aunque conformes con el mismo tipo general, son las ceremonias celebradas al establecer un acuerdo de paz por algunas tribus de África del Sur. Así, por ejemplo, en la tribu barolong, cuando el jefe quería hacer un pacto de paz con algún otro jefe que había ido a él en busca de protección, tomaba la panza de un buey grande, hacía un agujero en ella y los dos jefes pasaban a través de él, uno detrás del otro, a fin de dar a entender por medio de esa ceremonia que, a partir de aquel instante, las dos tribus no eran más que una. De modo semejante entre los bechuanas, «cuando dos jefes querían establecer un acuerdo o celebrar un pacto mutuo hacían *tshwaragana moshwang*, es decir, sacrificaban un animal, le sacaban el contenido de la panza y las dos partes pactantes se cogían de las manos y las cubrían con aquel contenido. A lo que parece tal era la forma más solemne de establecer un acuerdo público, conocida en la región. La ceremonia fue llevada a cabo más de una vez en Shoshong mientras yo estaba allí; se trataba de jefes que acudían con sus gentes a ponerse bajo la protección de Sekhome».

Algunas de las tribus montañesas de Assam celebran ceremonias semejantes cuando pactan la paz. Las naga, por ejemplo, «utilizan fórmulas diversas para tomar juramento. La más corriente, y al mismo tiempo la más sagrada, consiste en lo siguiente: las dos partes que se van a comprometer mediante juramento cogen un perro o un ave de corral; una de las partes lo agarra por la cabeza, mientras la otra sujeta los pies o la cola del animal, y a continuación se le corta en dos con ayuda de un *dao*, para simbolizar la suerte que espera al perjuro». Según otro autor, también las siguientes son formas de prestar juramento entre los nagas: «Cuando juran mantenerse en paz o cumplir

cualquier promesa se colocan entre los dientes el cañón de un arma o una lanza, para dar a entender por medio de ese acto que si no son fieles a lo pactado se hallan dispuestos a morir, ya sea por el fuego del arma o por el hierro. Otra forma de juramento, sencilla pero igualmente comprometedora, es la siguiente: las dos partes asen los extremos de un hierro de lanza y hacen que se lo divida en dos trozos, y cada una de ellas se queda con un pedazo. Pero, según se dice, el juramento más sagrado se lleva a cabo de la siguiente manera: las partes pactantes toman un ave de corral, una lo agarra por la cabeza y la otra por las patas y tiran de él hasta que lo desgarran; quieren dar a entender con ello que la traición o el incumplimiento de la palabra dada merecerán el mismo tratamiento que el ave». Otras tribus naga de Assam tiene una forma algo diferente de poner fin a una disputa. «Los representantes respectivos de las partes en litigio agarran por los extremos una cesta de cañas en la que hay un gato vivo; a una señal convenida un tercer hombre parte el gato en dos; los pactantes entonces acaban de cortar el animal en trozos y cuidan de que sus armas o *daos* queden bien cubiertas de sangre. En una ocasión me hallaba presenciando la ceremonia y me dijeron que aquélla era una manera de establecer un tratado o acuerdo de paz, y que el que dividía el gato en dos unía a las partes litigantes con un vínculo de alianza». Entre los clanes lushei kuki de Assam, «el juramento de amistad entre jefes es algo muy importante. Se ata a un poste un *mithian* (especie de bisonte) y las partes que van a pronunciar el juramento de amistad agarran con la mano derecha una lanza y la clavan en el brazuelo del animal, con fuerza suficiente como para hacer brotar la sangre; al mismo tiempo pronuncian una fórmula según la cual antes correrán los ríos en dirección contraria al mar y volverán a la tierra de la que han brotado que ellos faltar a la promesa de mutua amistad que ahora hacen. A continuación se da muerte al animal y con su sangre

se unta los pies y la frente de los que así se comprometen por el voto. Para hacer el juramento de fidelidad todavía más vinculante cortan un trocito del hígado y lo comen crudo».

Tenemos que preguntarnos ahora acerca del significado de tales sacrificios llevados a cabo al establecer un pacto o prometer el cumplimiento de un acuerdo. ¿Qué motivos podría haber para que los partes que establecen una alianza mutua, o se comprometen mediante juramento a hacer u omitir algo, ratifiquen el acuerdo o la promesa matando un animal, dividiéndolo en trozos, apoyándose o pasando por en medio de ellos, o untándose con la sangre de la víctima? Se han propuesto dos teorías diferentes para responder a esa pregunta. Se podría llamar a una de ellas teoría *retributiva*, y a la otra teoría *sacramental* o *purificatoria*. Examinaremos primero la teoría retributiva! Según ella, el sacrificio y división en trozos de la víctima simbolizan el castigo que caerá sobre el hombre que viole el acuerdo o deje de cumplir el pacto; ese hombre morirá de muerte violenta, como ha muerto el animal que sirve de símbolo. Tal parece ser, en efecto, la interpretación dada a la ceremonia por algunos de los pueblos que la celebran. Así, por ejemplo, los wachaga dicen: «¡Que sea yo dividido en dos como lo son en este momento esta cuerda y este cabrito!». Y al dividir un perro en dos los nagas dicen: «¡Que aquel que quebrante este acuerdo sea despedazado de la misma manera que lo es ahora este perro!».

Entre los awome, pueblo del delta del Niger, más conocido para los europeos con, la denominación de pueblo de los nuevos calabares, solía emplearse una ceremonia similar para acordar la paz, y se la acompañaba de imprecaciones semejantes a las descritas. Siempre que dos poblados o dos grupos tribales se cansaban de hacerse la guerra, solían enviar representantes al antiguo poblado de Ke, situado cerca de la costa, al este del río Sombreiró, poblado en el que se guardaba un fetiche o *ju-ju* llamado Keni Opu-So. En esas ocasiones se invitaba al sacerdote

encargado del fetiche para que acudiera a presidir la ratificación de paz celebrada entre las partes beligerantes. En consecuencia, se presentaba el hombre en su canoa cubierta de hojas de palma joven, y se ponía dé acuerdo con los antiguos enemigos para que se reuniesen un día determinado y celebrasen el juramento de paz. Llegado el día señalado se reunían los pueblos que habían estado en guerra. También acudían a la reunión los habitantes de Ke. Los concurrentes traían con ellos las ofrendas necesarias, consistentes, por lo general, en ovejas, piezas de tela negras o azul oscuro, pólvora y hierba o semillas de hierba. Sobre esos dones los antiguos enemigos se hacían promesas de paz y de amistad. El sacerdote comenzaba diciendo: «Hoy nosotros, los habitantes de Ke, brindamos la paz a vuestros pueblos. A partir de este momento ninguno de vosotros abrigará sentimientos hostiles hacia el contrario». Pronunciadas esas palabras tomaba la oveja y la dividía en dos, y acompañaba el acto con las siguientes palabras: «Si cualquiera de los poblados reemprendiere la guerra contra el otro, ¡sea dividido en dos como lo es ahora este animal!». Luego levantaba la pieza de tela negra y decía: «Del mismo modo que el color de esta tela es oscuro, ¡así sea oscurecido el pueblo ofensor!». A continuación prendía fuego a la pólvora y decía: «De la manera que esta pólvora se consume, ¡así sea consumido por el fuego el pueblo que falte a la promesa aquí formulada!». Por último, tomaba la hierba y la presentaba a los concurrentes, y pronunciaba las siguientes palabras: «Si cualquiera de los poblados volviere a luchar contra el otro, ¡véase cubierto de hierba!». Como recompensa por los servicios prestados por el pueblo de Ke en su calidad de pacificadores, una antigua ley de Calabar prohibía a cualquier otro poblado hacer la guerra contra Ke; en caso de infracción los transgresores eran castigados con la pena de destierro y los demás miembros de la tribu se hallaban obligados a cuidar de la ejecución de la sentencia. En ese ritual calabar se

expresa sin ambigüedades la intención retributiva del acto de dividir en dos la oveja, intención que confirman las imprecaciones que acompañan a las demás ceremonias simbólicas.

Se da una explicación semejante al rito parecido celebrado por los nagas, y las variaciones adoptadas por la forma de pronunciar el juramento confirman esa interpretación; la mejor manera de explicar las fórmulas del pacto parece ser atribuirles intención retributiva; con ellas se quiere dar a entender que sobre el perjuro recaerán los males simbolizados. También las pruebas extraídas de la antigüedad clásica pueden servir de apoyo a la teoría retributiva. Así, por ejemplo, cuando los romanos y los albanos establecieron un acuerdo de paz, acuerdo que según Tito Livio era el más antiguo de que se tuviese noticia, el representante del pueblo romano oró ante Júpiter diciendo: «Si el pueblo romano llega a apartarse conscientemente y de acuerdo con un propósito prefijado de los términos en que este acuerdo de paz es establecido, destrúyelo, ¡oh Júpiter!, el mismo día que quebrante su promesa, de la misma manera en que yo doy muerte hoy a este cerdo macho». Y tras pronunciar esas palabras asestaba al cerdo un golpe y lo mataba con un cuchillo de pedernal. También en Homero leemos que al acordar un período de tregua los griegos y los troyanos se sacrificaban corderos, y cuando los animales daban aún en el suelo las últimas boqueadas Agamenón derramaba una libación de vino; mientras lo hacía, tanto los griegos como los troyanos exclamaban que si alguna de las partes llegaba a violar por ventura el pacto en ese momento establecido, fuese el contenido de sus cráneos derramado, como lo era el vino ahora vertido sobre el suelo.

La intención retributiva del sacrificio en los ejemplos mencionados resalta aún con mayor claridad si tenemos en cuenta una inscripción asiría en la que se recoge el solemne juramento de fidelidad que Mati'-ilu, príncipe de Bit-Agusi, prestó ante

Asur-nirari, rey de Asiría. Parte de la inscripción dice Jo siguiente: «Este macho cabrío no ha sido apartado de su rebaño y traído a este lugar para ser ofrecido en sacrificio, ya fuese al bravo guerrero (la diosa Istar), ya fuese al pacífico (la diosa Istar), ya fuese a causa de la enfermedad abatida sobre el pueblo, ya fuese por la mortandad caída sobre él, sino que se le ha traído para que Mati'-ilu pueda jurar por el animal fidelidad a Asur-nirari, rey de Asiría. Si Mati'-ilu falta a su juramento, ¡que de la misma manera que este macho cabrío ha sido apartado de su rebaño para que no pueda retornar a él ni vuelva nunca a ponerse a su cabeza, así también sea Mati'-ilu alejado de su tierra, junto con sus hijos, sus hijas y las gentes de su pueblo, y no regrese nunca a ella, ni vuelva jamás a ponerse al frente de los suyos! Esta cabeza no es la cabeza del macho cabrío, sino la cabeza de Mati'-ilu, la cabeza de sus hijos, la cabeza de sus nobles, la cabeza de las gentes de su pueblo. Si Mati'-ilu quiebra esta promesa, sea su cabeza separada del tronco, de la misma manera que se separa del tronco la cabeza de este macho cabrío. Esta pata derecha no es la pata derecha del macho cabrío; es, en cambio, el brazo derecho de Mati'-ilu, el brazo derecho de sus hijos, de sus nobles, de los miembros de su pueblo. Si Mati'-ilu quebranta este juramento, sea arrancado del hombro su brazo derecho, el brazo derecho de sus hijos, de sus nobles y de las gentes de su pueblo, de la misma manera que lo es la pata derecha de este macho cabrío». A continuación falta un gran trozo de la inscripción. Estamos autorizados a suponer que en la parte perdida se seguía describiendo el desmembramiento de la víctima, y que a medida que iba siendo arrancado cada uno de los miembros del animal el sacerdote que hacía el sacrificio proclamaba que lo así desgajado no era un miembro del macho cabrío, sino el miembro correspondiente de Mati'-ilu, de sus hijos, de sus hijas, de sus nobles, y de las gentes que lo tenían por príncipe, en caso de que llegase a faltar (y con él todos los

suyos) al juramento de fidelidad que ahora prestaba ante el que reconocía como señor, el rey de Asiría.

En los tiempos actuales encontramos en las ceremonias rituales de los pueblos salvajes sacrificios semejantes, acompañados de imprecaciones parecidas e interpretados con ellas. En la isla de Nias, por ejemplo, para ratificar un juramento solemne o un tratado de alianza, un hombre degüella un lechón al mismo tiempo que expresa el deseo de que caiga sobre su propia cabeza una muerte semejante si, por ventura, llega a quebrantar su promesa o hacerse perjuro. En la isla de Timor la manera habitual de ofrecer pruebas bajo juramento es la siguiente: el testigo toma en una mano un ave de corral y en la otra una espada y dice: «¡Oh señor dios, que moras en los cielos y en la tierra, desciende sobre mí tu mirada! Si presto juramento falso para dañar a mis semejantes, ¡caiga sobre mí el castigo! En el día de hoy presto juramento, y si no dijere la verdad, ¡sea mi cabeza separada del tronco como lo es la de esta ave!». Acabadas de pronunciar esas palabras decapita al animal sobre un bloque de madera. Entre los batak de Sumatra, cuando se reúnen los jefes para acordar la paz o para establecer un tratado solemne de alianza, se trae un cerdo o una vaca y los jefes se agrupan en torno al animal, cada uno de ellos con su lanza en la mano. Entonces se golpean los gongs y el jefe más anciano o el más respetado degüella con su cuchillo al animal; a continuación se abre en canal a la víctima, se le extrae el corazón todavía palpitante y se divide la víscera en tantos trozos como jefes participan en la ceremonia. Cada uno de los jefes pone el trozo de carne en un espetón, lo asa en las brasas o lo calienta al fuego y lo levanta en la mano diciendo: «Si alguna vez llego a faltar a mi juramento, ¡sea yo muerto como lo ha sido la bestia que yace aquí sangrante ante nosotros, y sea yo comido como lo es este trozo de corazón!». Dicho esto, se traga el bocado de carne. Cuando todos los jefes han cumplido con el mismo rito, se re-

parte el cadáver todavía humeante entre el pueblo que asiste a la ceremonia y se celebra una fiesta en la que el animal es devorado.

Otro ejemplo: entre los chin, que viven en los cerros fronterizos entre Assam y Birmania, cuando dos tribus se juran amistad se reúnen y ponen en escena un bisonte doméstico. Los hombres más respetados del poblado (los hechiceros) vierten aguardiente sobre el animal, y piden en voz baja a los espíritus respectivos que reparen en el acuerdo que está a punto de ser establecido sobre la sangre. Los jefes de las dos partes toman en la mano una lanza cada uno y puestos de pie a ambos lados del bisonte hunden las armas con fuerza en el corazón de la bestia. Si se utilizan armas de fuego en lugar de lanzas, los dos jefes disparan simultáneamente al corazón o a la cabeza del animal. Una vez muerto se le degüella y se recoge su sangre en cuencos; luego se le corta la cola y se sumerge en la sangre, y con ella los jefes y los mayores de cada una de las partes se pintarrajean mutuamente el rostro, mientras los hechiceros salmodian las siguientes imprecaciones: «¡Que la parte que quebrante este acuerdo muera de la misma manera que ha muerto este animal, y que sea enterrada fuera del poblado, y su espíritu no conozca nunca el reposo; muera también su familia y caigan sobre su aldea todas las desgracias!».

En tiempos pasados, cuando los karen de Birmania querían hacer la paz con sus enemigos, los representantes de las dos partes se juntaban y procedían de la siguiente manera: en un tazón con agua se mezclaban limaduras de una espada, de una lanza, del cañón de una escopeta y de una piedra con la sangre de un perro, de un ave de corral y de un marrano a los que previamente se había dado muerte para la ceremonia. A esa mezcla de agua, sangre y limaduras se le llamaba «el agua de hacer la paz». A continuación se partía en-dos el cráneo del perro y los representantes respectivos de las partes que entraban en el

acuerdo cogían uno de los trozos. El representante de una parte cogía la mandíbula inferior del animal y se la colgaba al cuello por medio de una cuerda, mientras el representante de la otra cogía el resto del cráneo con la mandíbula superior y se lo colgaba al cuello de manera similar. En seguida ambos hombres prometían solemnemente que sus pueblos respectivos vivirían a partir de aquel momento en paz con el otro, y para confirmar la promesa bebían el agua de hacer la paz. Una vez apurado el brebaje decían: «Ahora que hemos hecho las paces, si alguien falta al compromiso, si no se porta con lealtad para con el otro sino que, por el contrario, vuelve a hacerle la guerra y despierta los pasados resentimientos, ¡devore la lanza su pecho, la escopeta sus intestinos, la espada su cabeza; lo devore el perro, lo trague el marrano, la piedra lo devore!». En este caso se da por supuesto que la lanza, la espada, la escopeta y la piedra, así como el marrano y el perro muertos contribuirían a vengar la ofensa hecha por el perjuro, que ha mojado partes de ellos en el agua de hacer la paz.

En estos ejemplos las palabras que acompañan el sacrificio ponen de manifiesto, sin lugar a dudas, la virtud retributiva que se le atribuye: la muerte del animal simboliza la del perjuro eventual, o más bien es una forma de magia imitativa ideada para acarrear al transgresor la muerte que merece por su infidelidad.

Pero se podría muy bien preguntar si la función retributiva del sacrificio basta para explicar la notable característica del ritual hebreo y griego, consistente en pasar entre los trozos del animal sacrificado o en apoyarse en ellos. Según W. Robertson Smith, en este caso podríamos echar mano de la interpretación sacramental o purificatoria del rito. Ese autor supuso que «el hecho de que las partes pasasen por entre los trozos venía a ser como el símbolo de que se les permitía entrar en la vida mística de la víctima»; y para confirmar su teoría llamó la atención so-

bre el empleo de la misma ceremonia en casos en los cuales la idea de castigo o de retribución parece de todo punto inaplicable; y al menos algunos de esos mismos casos pueden ser explicados como modos de purificación ritual. Así, por ejemplo, en Beoda existía la antigua costumbre de cortar un perro en dos y pasar por entre los trozos cuando se quería hacer alguna purificación pública. En Macedonia se empleaba el mismo rito para purificar los ejércitos; Se cortaba un perro en dos; la cabeza y la parte anterior del cuerpo eran puestos a la derecha, la parte posterior del cuerpo con las entrañas era puesta a la izquierda, y los soldados portando armas pasaban entre los dos trozos. Al final de la ceremonia el ejército solía dividirse en dos y hacer un simulacro de combate. Otro ejemplo: se dice que cuando Peleo saqueó Yolco mató a Astidamia, mujer del rey, la cortó en trozos y obligó a los soldados a pasar entre ellos para entrar en la ciudad. Probablemente se consideraba la ceremonia como una forma de purificación, y el empleo de una víctima humana le confería un grado elevado de solemnidad. El ritual que los albanios del Cáucaso celebraban en el templo de la luna confirma esa interpretación: de vez en cuando solían sacrificar un esclavo consagrado atravesándole con una espada; el cadáver era transportado luego a un lugar determinado y la gente, para purificarse, lo pisaba al pasar. Entre los basutos de África del Sur se utiliza la siguiente forma de purificación ritual: matan un animal y lo atraviesan una y otra vez; luego hacen que la persona que ha de purificarse pase por el agujero practicado en el cadáver. Ya hemos visto que entre los barolong de África del Sur se practica un rito semejante cuando se establece un acuerdo o pacto de paz: las partes pactantes se esfuerzan en pasar a través de un agujero practicado en la panza del animal sacrificado. La costumbre de esos dos pueblos africanos nos hace pensar que el hecho de pasar entre los trozos de un animal así muerto equivale a pasar por un agujero practicado en el cadáver.

Las prácticas de los árabes de Moab confirman sin duda alguna la interpretación purificatoria, o, mejor quizá protectora, de esos ritos. Ese pueblo todavía practica ceremonias similares en épocas de pública calamidad, tales como la sequía o alguna epidemia; las explican diciendo que pretenden con ellas librar al pueblo del mal que le aflige o amenaza. Si, por ejemplo, la tribu sufre en ese momento los estragos del cólera, el jeque se pone de pie en medio del campamento y grita: «¡Redimios, oh pueblo, redimios!». Tras lo cual Cada familia toma una oveja, la sacrifica y, tras haberla dividido en dos, cuelga los trozos bajo la lona de la tienda o en dos postes colocados delante de la entrada. Entonces los miembros de la familia pasan en su totalidad por entre ellos: los niños demasiado pequeños y todavía incapaces de caminar lo hacen en brazos de sus familiares. A menudo pasan todos varias veces entre los trozos sangrientos de la víctima, ya que se cree que esos trozos de oveja poseen la virtud de desterrar el mal o la maldición que aqueja a la tribu. Del mismo recurso se echa mano en época de sequía, cuando los pastos están marchitos y muere el ganado por falta de lluvia. Se mira el sacrificio como una especie de rescate pagado por hombres y bestias. Los árabes dicen: «Este es nuestro rescate, por nosotros y por nuestros rebaños». Al preguntárseles de qué modo la ceremonia produce sus saludables efectos responden que el sacrifico se enfrenta a la calamidad y la combate. Se concibe la epidemia o la sequía, o cualquiera que pueda ser la calamidad, como un viento que soplase a través de las planicies y lo barriese todo delante de él, hasta que se encuentra con el sacrificio, que como un león le cierra el paso. Entonces tiene lugar un combate terrible: la enfermedad o la sequía son vencidas y se retiran derrotadas, mientras el victorioso sacrificio queda dueño del campo de batalla. En este caso, evidentemente, no aparece por parte alguna cualquier idea de retribución. Ni simbólica ni mágicamente se supone que la muerte de la oveja lleve

consigo la muerte de la gente que pasa entre los trozos del animal; por el contrario, se cree que esos trozos les conservarán la vida al protegerlos frente al mal que, de una manera o de otra, significa una amenaza para la existencia.

En circunstancias semejantes los chin, que habitan la región montañosa fronteriza entre Assam y Birmania, observan una costumbre muy parecida y la explican de la misma manera. Entre esas gentes, «si alguien cree que lo persigue un espíritu irritado como puede ser el espíritu del cólera, ese alguien suele por lo general practicar la siguiente ceremonia: corta un perro en dos cuidando de no dividir las entrañas, y coloca a un lado del camino los cuartos delanteros y al otro lado los cuartos traseros del animal, enlazados por los intestinos, que atraviesan el camino de un lado a otro; de esa manera se pretende aplacar la ira del espíritu y persuadirlo para que deje de perseguir al que realiza la ceremonia». Los chin personifican tan estrictamente el cólera en forma de un espíritu peligroso que cuando un grupo de ellos visitó Rangún en época de epidemias, llevaban en la mano a dondequiera que fuesen las espadas desnudas, para asustar al demonio y obligarlo a huir, y pasaron el día escondiéndose entre los arbustos para que él no pudiese encontrarlos. Los koriak, del noreste de Siberia, solían emplear métodos similares para evitar una peste o enfermedad que los amenazase. Mataban un perro, enrollaban sus intestinos entre dos postes y pasaban por debajo. Sin duda, también pretendían por ese medio dar esquinazo al espíritu de la enfermedad que, según la creencia general, encontraría en las entrañas del animal muerto un obstáculo infranqueable. Otro ejemplo más: se sabe que por lo general se supone impuras y expuestas a los ataques de seres sobrenaturales malignos a las mujeres que han, dado a luz recientemente. Por eso los zíngaros de Transilvania tienen la costumbre, cuando una mujer acaba de parir y se levanta del lecho en que ha roto aguas, de hacerla pasar por en medio de los tro-

zos de un gallo que ha sido cortado en dos, si el recién nacido ha sido un varón; pero si ha sido una hembra, el animal muerto es una gallina. Tras la ceremonia los hombres se comen el gallo o las mujeres la gallina, según el caso.

En todos los ejemplos precedentes el paso entre los trozos del animal muerto tiene intención claramente protectora y no retributiva: se cree que la carne o la sangre de la víctima representan de una manera u otra un obstáculo frente a los poderes del mal, y que les impiden seguir persiguiendo y perjudicando a la persona que ha atravesado el estrecho paso formado con esa carne o sangre. Por consiguiente, se puede llamar purificatorias a todas esas ceremonias, en el sentido más amplio del término, puesto que purifican al paciente o lo libran del influjo del mal.

Volviendo al punto de donde hemos partido, estamos ahora en condiciones de preguntarnos si la antigua forma hebrea de establecer una alianza, con el paso de los que desean ser aliados a través de los pedazos separados de una víctima propiciatoria, tenía intención retributiva o purificatoria; en otras palabras: ¿se trataba de una manera simbólica de atraer sobre la cabeza del eventual perjuro la maldición de la muerte? ¿O era más bien una fórmula mágica para librar a los pactantes de cualquier influjo maligno y protegerlos así frente a ciertos peligros a que se hallaban expuestas por igual ambas partes? Los otros ejemplos que he citado acerca del paso por entre los trozos separados de una víctima propiciatoria parecen prestar apoyo a la interpretación purificatoria o protectora del ritual hebreo; pues ninguno de esos ejemplos requiere se le explique por medio de la teoría retributiva, y algunos de ellos la excluyen decididamente. Y por otro lado, sólo se pueden explicar algunos de ellos mediante la hipótesis purificatoria o protectora. Algunos pueblos, tales como el de los chin o el de los árabes de Moab, que observan la costumbre, la explican expresamente de esa manera. No cabe duda de que cualquier tentativa de explicar el antiguo rito

hebreo deberá tener muy en cuenta sus analogías con la ceremonia árabe moderna, puesto que las dos costumbres tienen idéntica forma, y los pueblos que las practican o las han practicado pertenecen ambos a la familia semita, hablan lenguajes semitas emparentados y viven en una misma zona. Además, la región de Moab, donde los árabes observan todavía la antigua costumbre, formaba parte de la tierra de Israel, en donde residió temporalmente el anciano Abraham y estableció con Dios su pacto de alianza. Parece, pues, casi inevitable sacar la conclusión de que el rito hebreo antiguo y la costumbre árabe moderna proceden de una misma fuente original semita; los árabes de Moab todavía tienen muy presente la intención claramente protectora o purificatoria de su costumbre.

Aún queda por formular una pregunta. ¿En qué consistía o consiste la virtud purificatoria o protectora de actos semejantes? ¿Por qué se habría de pensar que el paso de un hombre entre los pedazos de un animal sacrificado serviría para protegerlo frente al mal? Robertson Smith la contesta con lo que podría ser llamada interpretación sacramental de la costumbre. Según ese autor, se creía que las personas que se apoyaban en los trozos de la víctima o que pasaban entre ellos quedaban de esa manera unidas con el animal y unas con otras mediante el vínculo de una sangre común; en realidad, sostuvo que tal forma de establecer un pacto era solamente una variante de la muy extendida costumbre conocida por el nombre de pacto de sangre, en el cual los que establecen la alianza crean artificialmente entre ellos un vínculo de consanguinidad mediante la mezcla real de unas gotas de su propia sangre. Según esa hipótesis la única diferencia material entre las dos formas de pactar es que se reemplaza la sangre animal en una de ellas por la sangre de los pactantes propiamente dichos en la otra. En apoyo de esa teoría hay mucho que alegar. En primer lugar, como ya hemos visto, las pruebas surafricanas llevan claramente a la conclusión

de que el paso por entre los trozos separados de la víctima de un sacrificio es meramente un sustitutivo del paso a través del cadáver del animal. Confirma tal conclusión el hecho de que los chin, tras cortar en dos al perro que utilizan como víctima, no lo dividen por completo, sino que conservan los cuartos delanteros unidos a los cuartos traseros por medio del cordón formado por los intestinos del animal, bajo los cuales pasa la gente; y, aunque con menor claridad, parece haber sido la misma la costumbre que tenían los koryak. La conservación del cordón formado por los intestinos del animal como vínculo que mantuviese la unión entre las, por otro lado, divididas partes de la víctima, parece claramente ser un intento de combinar la unidad teórica del animal muerto con la conveniencia práctica de dividirlo a fin de que la gente pueda pasar a través del cadáver. Pero, ¿qué sentido podría tener el hecho de poner a la gente como si dijéramos en el interior del cuerpo del animal, si no fuese la intención de investirla con algunas de las cualidades que se creían inherentes al mismo, cualidades que, según se daba por supuesto, eran susceptibles de ser transferidas a cualquiera que se identificase físicamente con el animal por medio del expediente de entrar realmente en su interior?

Las semejanzas que existen entre esa práctica y una costumbre observada por los indios de la Patagonia sugieren que ese es precisamente el concepto que se halla en el fondo del rito. Entre esas gentes, «en algunos casos, cuando nace un niño, se da muerte a una vaca o a una yegua, se extrae el estómago del animal y se abre, y en ese receptáculo, todavía caliente, se deposita al recién nacido. Con los restos del animal la tribu se regala… Existe una variante aún más salvaje de la ceremonia del nacimiento antes descrita. Si ha nacido un muchacho, la tribu a la que pertenece coge una yegua o un potro —si el padre es persona rica y destacada entre su pueblo, se coge la yegua; de lo contrario se utiliza el potro—, se le ata un lazo alrededor de cada

una de las patas, dos lazos en torno al cuello y dos lazos en torno al cuerpo. Los miembros de la tribu se reparten por los extremos de los lazos y los sujetan. El animal, sujeto de esa manera, no podrá caer al suelo. Entonces el padre del recién nacido se adelanta y abre en canal la yegua o el potro, empezando por el cuello; extrae entonces las vísceras del animal, el corazón, etcétera, y en la cavidad dejada por ellas se coloca al niño. Lo que se pretende es mantener los estremecimientos del moribundo animal hasta que el niño haya sido depositado en su interior. Creen que de esa manera se aseguran de que el acabado de nacer llegará a ser un buen jinete cuando crezca». Tanto la costumbre como los motivos aducidos en su apoyo son significativos. Si quieres hacer del niño un buen jinete, arguyen esos indios, la mejor manera posible consiste en identificarlo al nacer con un caballo, y para ello se le pone en el interior del cuerpo de una yegua o de un potro aún vivos; rodeado de la carne y la sangre del animal será corporalmente uno con él, y cuando más tarde salga a cazar se parecerá a un centauro, cuyo cuerpo humano forma una sola pieza con el cuerpo del caballo. En suma, la colocación del niño en el interior del cuerpo de una yegua o de un potro es nada más y nada menos que una práctica de magia por afinidad dirigida a revestir a un ser humano con Jas cualidades de un caballo.

Según el mismo principio, tal como dejó observado Robertson Smith, se puede explicar la forma que tenían los escitas de establecer un pacto: pisaban el pellejo de un buey previamente sacrificado. Todo el que ponía el pie derecho sobre el cuero de la bestia se hacía por ello uno con el animal y con los demás que practicaban el mismo rito; quedaban todos unidos por un vínculo de sangre común a todos ellos, y ese vínculo era garantía de mutua fidelidad. Pues el poner un pie sobre el pellejo era probablemente una manera abreviada de envolver completamente al hombre en él; de manera semejante procedían los fie-

les que acudían al santuario de la diosa siria de Hierápolis: tenían la costumbre de arrodillarse sobre la piel de la oveja que acababan de sacrificar y de cubrirse la cabeza y los hombros con la cabeza y las patas delanteras del animal; de esa guisa rogaban a la diosa, con gemidos semejantes a los balidos de una oveja, que aceptase el sacrificio del animal que acababan de ofrecerle.

Un ejemplo africano muy parecido confirma notablemente esa interpretación de la costumbre escita, interpretación propuesta por Robertson Smith. En el África oriental viven los wachaga. Es costumbre suya que los mozos reciban lo que podría ser calificado de bautismo de sangre dos años después de haber sido circuncidados. Para ello, los candidatos a la iniciación se reúnen con sus padres y con los demás hombres adultos en el poblado del jefe. Se sacrifican dos bueyes y dos cabras, cuya sangre es recogida en un pellejo de buey sujeto por varios hombres. Los mozos se desnudan, se ponen en fila, unos detrás de otros, y dan cuatro veces la vuelta alrededor del pellejo que contiene la sangre. Luego se quedan de pie y forman una fila. Un anciano pasa y va haciéndoles una pequeña incisión en ambos antebrazos. A continuación los muchachos van acercándose uno por uno al pellejo que contiene la sangre y dejan caer en él algunas gotas de la propia. Luego cogen en el cuenco de la mano un poco de la mezcla y la beben. Por último, vuelven a vestirse. A continuación se ponen en cuclillas alrededor del jefe, y, tras haber escuchado numerosos discursos que les son dirigidos, reciben cada uno de su propio padre un nombre de guerra; si el padre correspondiente ha muerto, ocupa su lugar un anciano. Entonces el jefe les dirige una arenga para recordarles que ya no son chiquillos, sino soldados, y para darles a conocer sus nuevas obligaciones. También les entrega un común escudo de armas para sus escudos o rodelas individuales, y con ello quiere dar a entender que todos pertenecen ahora a

una compañía única y la misma para todos. En este caso los mozos que han de luchar hombro con hombro en la misma compañía quedan unidos por un doble vínculo de sangre, la propia y la del animal sacrificado, que son mezcladas en el pellejo de buey que sirve de recipiente, y bebidas juntas, pues cada uno de los futuros guerreros recoge con la mano un poco de la mezcla y la bebe. Nada podría venir a demostrar con mayor claridad la justeza de la interpretación de Robertson Smith, según la cual con el pellejo de buey utilizado en el ritual escita se pretendía unir a los guerreros con el vínculo de una misma sangre.

La presente exposición acerca de la alianza de Dios con Abraham puede tal vez arrojar luz sobre un episodio muy oscuro de la historia de los cananeos. En las excavaciones que llevó a cabo en Gezer, Palestina, el profesor Stewart Macalister descubrió un cementerio de una especie muy notable. Consiste sencillamente en una cámara cilíndrica de unos seis metros de profundidad y unos cuatro metros y medio de diámetro, que ha sido excavada en la roca y a la que se entra por la parte de arriba a través de una abertura circular practicada en el techo. Parece que la cámara fue en principio una cisterna para el agua y que sirvió como tal antes de que se la transformara en tumba. En el suelo de la cámara se encontraron los esqueletos de quince seres humanos, o, más bien, catorce esqueletos y medio, pues de uno de ellos sólo se encontró la parte superior y no se pudo dar con la parte inferior. Esa mitad de esqueleto pertenecía a una joven de unos catorce años de edad; había sido aserrada o cortada por el medio, «a la altura de la octava vértebra torácica, y dado que los extremos anteriores de las costillas habían sido cortados a esa altura, resulta evidente que el corte fue efectuado cuando los huesos se hallaban soportados todavía por las partes blandas». Los otros catorce esqueletos pertenecían todos a cuerpos de varones, y dos de ellos no habían alcanzado aún la

madurez; su edad parece haberse fijado en torno a los dieciocho y diecinueve años, respectivamente. Todos los demás eran adultos completamente formados, bastante altos y fornidos. De la posición de los restos se deducía que no habían sido arrojados dentro de la cámara a través del agujero del techo, sino que habían sido depositados cuidadosamente en el suelo: hubo personas que bajaron con ellos al fondo de la cámara. Entre los huesos se encontraron numerosos trozos de carbón, lo que nos lleva a suponer que en el interior de la cámara sepulcral se llevó a cabo alguna especie de funeral, sacrificio o cualquier otro rito funerario solemne. Junto con los cuerpos fueron depositadas algunas armas de bronce bien trabajadas; puntas de lanza, un hacha y un cuchillo, lo que puede ser considerado como prueba de que el enterramiento tuvo lugar antes de la llegada de los israelitas, y por consiguiente, como prueba también de que los sepultados pertenecían a una raza que vivió en Palestina antes de los hebreos. A juzgar por la forma de los huesos, por la gran capacidad de los cráneos, por el arco del hueso de la nariz y por otras peculiaridades anatómicas, se cree que los varones son muestra representativa de una raza no muy diferente de la de los actuales árabes palestinos. Si las semejanzas corporales que existen entre esos hombres antiguos y los actuales habitantes de la región bastan para justificar que los consideremos miembros de una misma familia, podemos aventurarnos quizás a concluir que tanto unos como otros pertenecen a la raza cananea, que ocupaba la región palestina en tiempos de la invasión de los hebreos, raza que, si bien fue sojuzgada, nunca llegó a desaparecer por completo. Pues los jueces competentes en la materia opinan que los fedayines modernos o campesinos de lengua árabe de Palestina descienden de las tribus paganas que habitaban la región antes de la invasión israelita, tribus que desde siempre se han aferrado al suelo en que viven y a las que nunca se ha alcanzado a destruir, aunque las hayan sumergido,

ocasionalmente, las oleadas sucesivas de conquistadores que han ocupado el país. Si lo dicho es cierto, cabe suponer que la mitad del esqueleto de la joven muchacha de Gezer es reliquia de aquella costumbre de sacrificar víctimas humanas que desempeñaba un papel tan importante en la religión de los cananeos, costumbre que ha llegado a nuestro conocimiento a través de los profetas hebreos y de los escritores clásicos de la antigüedad. Refuerza esa suposición el hecho de que se encontraron en Gezer numerosos esqueletos de niños enterrados en grandes jarras, debajo del pavimento del templo; pues se cree generalmente que esos restos demuestran la existencia de la costumbre de sacrificar al hijo primogénito recién nacido en honor de la divinidad local. En la localidad palestina de Taanach han sido descubiertas tumbas similares de niños pequeños, metidos en jarras colocadas alrededor de un altar labrado en la roca, lo que se ha interpretado de la manera ya descrita.

Pero aunque la mitad del esqueleto de la muchacha encontrada en la cisterna de Gezer sea verdaderamente lo que quede de un sacrificio de victimas humanas, aún hemos de preguntarnos por qué fue serrada o dividida en dos. Por analogía con el pacto de alianza establecido entre Dios y Abraham, y con los ritos semejantes a él que hemos examinado en las páginas precedentes, podemos sentirnos inclinados a suponer que la bisección de la víctima pudo haber tenido por objeto, bien una purificación pública, bien la ratificación de un acuerdo o promesa; o, para ser más explícitos, podríamos suponer que la joven fue cortada en dos y que sus conciudadanos pasaron por en medio de los trozos, ya fuese para alejar algún daño presente o amenazador, ya fuese para confirmar algún tratado solemne de paz. En primer lugar, consideraremos la interpretación purificatoria o protectora.

Ya hemos visto que cuando Peleo tomó la ciudad de Yolco hizo llevar ante él a la mujer del rey, ordenó que la cortaran en

dos y luego obligó a sus soldados a que pasasen entre los trozos de la muerta para entrar en la ciudad. No es probable que la tradición sea pura leyenda; puede muy bien contener el recuerdo de alguna costumbre barbara observada antiguamente por los conquistadores antes de entrar en una ciudad vencida. Sabemos que el hombre primitivo se siente poseído por el miedo a la magia de los extraños, y que recurre a toda una serie de ceremonias para protegerse contra ella, ya sea cuando permite la visita de forasteros, ya sea cuando él penetra en el territorio de otra tribu. El miedo a la magia hostil podría haber sido también el motivo que indujese a un conquistador a adoptar precauciones especiales con el propósito de protegerse y de proteger a sus soldados frente a las maquinaciones de los enemigos, antes de atreverse a penetrar en la ciudad que les ha arrebatado por la fuerza de la espada. Una precaución tan extraordinaria podría haber consistido en tomar un prisionero, dividirlo o dividirla en dos, según el sexo, y obligar luego a los guerreros a desfilar por entre los trozos para entrar en la ciudad. Si se prefiere la interpretación sacramental de ese rito, el paso por entre los trozos en que habría sido dividida la víctima hubiese tenido por objeto establecer un pacto de sangre entre vencedores y vencidos, y poner de ese modo a salvo a los primeros frente a las tentativas de hostilidad por arte de los segundos. De esta manera se explicaría el^ pasaje de la tradición que se refiere al tratamiento que Peleo infligió a la cautiva reina de Yolco: fue una manera solemne de llevar a cabo la unión entre los conquistadores y los conquistados. Si se aceptase esa explicación, parecería deducirse de ella que tanto los aspectos purificatorios o protectores del rito como los aspectos referentes al establecimiento de una alianza coinciden prácticamente: los invasores se purifican o se protegen frente al influjo maligno de sus enemigos, estableciendo implícitamente con ellos un pacto de sangre.

Es posible que una costumbre semita semejante sirva para explicar el esqueleto partido en dos de la muchacha de Gezer. A juzgar por los restos humanos que han sido hallados en el lugar, la ciudad fue ocupada por diferentes pueblos en épocas distintas: en la época más primitiva vivió en ella un pueblo cuyos individuos eran de baja estatura y líneas esbeltas, aunque musculosos, y que tenían la cabeza alargada y oval; ninguna de esas características pertenece a la raza semita, y todavía no se ha conseguido relacionar ese pueblo con ninguno de los que habitan o habitaron la cuenca mediterránea. A continuación vivieron en la ciudad los cananeos; si esos bárbaros conquistadores la tomaron por la fuerza es posible que hubieran inaugurado su entrada en la ciudad dando muerte a la reina o a cualquier otro prisionero del sexo femenino; pudieron haber aserrado el cuerpo de la víctima en dos y haber desfilado entre los trozos para entrar en el recinto habitado. Pero en ese caso, ¿cómo se explica la falta de la mitad inferior del esqueleto? No necesitamos suponer, como lo hizo el descubridor de los restos, que la mitad perdida fue quemada o devorada en una suerte de banquete caníbal; pudo haber sido enterrada en cualquier otra parte, quizás en la parte opuesta de la ciudad, con la intención de hacer que la influencia mágica del sacrificio se extendiese a todo el espacio comprendido entre las dos mitades; de esa manera la totalidad de la ciudad constituiría un asilo seguro para los conquistadores, y al mismo tiempo se haría invulnerable a los asaltos de los enemigos. Según se dice, un antiguo rey de Birmania procedió de manera semejante: hizo invulnerable su ciudad cortando en cuatro partes el cuerpo de un traidor y quemándolas en las cuatro esquinas del recinto. Los esfuerzos de un hermano del ejecutado, que puso sitio a la ciudad con un ejército, resultaron vanos; todos sus asaltos fueron infructuosos, hasta que la viuda del hombre sacrificado puso en conocimiento del hermano vengador que nunca conseguiría tomar la

ciudad mientras el marido muerto guardase los muros. De modo que el sitiador se las compuso para desenterrar los semidescompuestos trozos de su desmembrado hermano, y tras ello consiguió conquistar la ciudad sin hallar resistencia. También entre los lushai de Assam ocurre algo semejante. Cuando una mujer está a punto de dar a luz, sus amigos, para facilitar el nacimiento, cogen un ave del corral, la matan y dividen el cadáver en dos partes iguales. Entonces, en el extremo más elevado del poblado se pone la parte superior del ave, la que tiene la cabeza, junto con siete trozos de caña atados, y en el lugar más bajo se pone la parte inferior, junto con cinco manojos de cañas. Además, se da a la mujer un poco de agua a beber. A la ceremonia se la llama *arte-pumphelna*, es decir, «abrir el estómago con una ave de corral», porque, según se supone, es ella la que permite a la paciente dar a luz. No se menciona de qué modo produce el rito sus saludables efectos, pero podemos conjeturar que existe en ese pueblo la creencia según la cual las divididas parte del ave colocadas en los extremos del poblado protegerán el espacio comprendido entre ellas contra la incursión de los poderes malignos y especialmente demoníacos que han impedido hasta ese momento el nacimiento de la criatura.

En Gezer se hizo todavía otro descubrimiento que puede quizá servir para confirmar la teoría de la intención purificatoria o protectora del sacrifico de la muchacha cortada en dos. Excavaciones posteriores pusieron al descubierto la mitad del esqueleto de un muchacho de unos diecisiete años de edad, que, igual que el de la muchacha hallado en la cisterna, había sido aserrado o cortado en dos por la región comprendida entre las costillas y la pelvis; y lo mismo que había sucedido en el caso de la muchacha, también en éste se encontró únicamente la parte superior del cuerpo y no se pudo da con la inferior. Al lado de esos restos se encontraron los esqueletos completos de dos hombres tendidos a lo largo y rodeados de vasijas de barro. Ta-

les vasijas se hallaban a los lados de los muertos y por encima de ellos. Se descubrieron los restos debajo de los cimientos de una construcción, aunque esos cimientos no estaban directamente encima de ellos. De aquí que el profesor Macalister infiriera plausiblemente que los esqueletos son los restos de víctimas humanas que, de acuerdo con costumbres antiguas muy extendidas, habían sido sacrificadas y enterradas bajo los cimientos a fin de conferir estabilidad y firmeza al edificio o para protegerlo contra los enemigos. Los ejemplos extraídos de muchas regiones de la tierra han ilustrado con amplitud la costumbre en cuestión, por lo que consideramos inútil insistir sobre ella. Mencionaré tan sólo un caso presenciado por un testigo ocular, porque se percibe en él con claridad el encadenamiento de ideas que condujo a la institución de la práctica. Hará entre setenta y ochenta años un marinero inglés desertor, John Jackson de nombre, vivió durante casi dos años entre los habitantes de las Fidji, todavía bárbaros y paganos, y nos dejó el relato tosco, aunque valioso, de sus experiencias. Mientras se hallaba viviendo con los salvajes ocurrió que hubo que reconstruir la casa del jefe o reyezuelo local. Cierto día se hallaba Jackson en las proximidades del lugar en que se efectuaban las obras y vio como unos hombres arrastraban a otros y los enterraban vivos en los agujeros en que iban a ser asentados los postes de apoyo de la vivienda. Los naturales trataron de distraer su atención y de hacerle olvidar el cuadro que acababa de contemplar, pero él, queriendo cerciorarse de lo que había visto, corrió hasta uno de los agujeros y vio un hombre abrazado al poste, de pie y con la cabeza todavía sin enterrar. Cuando preguntó a los indígenas por qué enterraban hombres vivos con los postes de la casa le respondieron que ésta no podría mantenerse en pie por mucho tiempo si no había hombres colocados bajo los cimientos que soportaran continuamente los postes. Les preguntó entonces cómo era posible que siguieran

sosteniendo los postes aun después de muertos, y a eso le contestaron ellos que si los hombres perdían la vida en la empresa dé sostener los pilares, la virtud del sacrificio realizado induciría a los dioses a seguir sosteniendo la casa después de que los hombres hubiesen muerto.

Semejante concatenación de pensamientos podría muy bien explicar la presencia de los esqueletos de dos hombres bajo los cimientos hallados en Gezer, así como su posición; pues uno de ellos fue descubierto con la ósea mano en un cuenco, como si hubiese estado cogiendo comida para llevársela a la boca y fortalecerse así frente a la fatigosa tarea de tener que sostener los pilares. En cambio, el medio esqueleto del muchacho encontrado en el mismo lugar tiene explicación más difícil, lo mismo que la mitad del esqueleto de la muchacha hallado en la cisterna. Si lo que se pretendía era sostener los cimientos, parece obvio que hubiese sido mejor recurrir a hombres fornidos que a dos adolescentes para llevar a cabo una tarea tan fatigosa; ¿de qué hubiesen servido la mitad de un muchacho o la mitad de una muchacha para ese propósito? ¿Cómo podrían mantenerse en pie unos muros apoyados en un chiquillo o en una chiquilla sin piernas? De ahí que la teoría según la cual esas víctimas fueron sacrificadas y divididas en dos para ofrecer un sacrificio que propiciara la cimentación difícilmente pueda ser considerada como satisfactoria.

Hasta aquí nos hemos limitado a tener en cuenta únicamente la teoría purificatoria o protectora en los misteriosos sacrificios de Gezer. Volvámonos ahora a la teoría del establecimiento de una alianza y veamos si los hechos no encajan mejor en ella. Según esa teoría, el muchacho y la muchacha fueron muertos y divididos en dos no para llevar a cabo algún tipo de purificación o para proteger el lugar contra algún daño, sino para ratificar un pacto o acuerdo; se puede añadir que los pactantes habrían pasado entre los dos trozos de la víctima humana co-

rrespondiente, de la misma manera que lo hacían entre los antiguos hebreos aquellos que establecían una alianza, sólo que en este caso la víctima sacrificada era un ternero. El siguiente caso análogo podría servir para confirmar tal teoría. Ya hemos visto que los wachaga del África oriental solemnizan la alianza de dos distritos y su tratado de paz por medio de un cabrito y una cuerda que cortan en dos de un solo golpe, al mismo tiempo que ruegan que en caso de quebrantar el acuerdo o promesa puedan ellos también ser divididos en dos, como lo han sido la cuerda y el cabrito. Pero existe entre ellos otra manera de establecer una alianza, manera que, según se afirma, ha sido sancionada por su gran antigüedad. Toman a un joven y a una joven y les hacen dar tres vueltas, o siete, alrededor de los pactantes, que se han reunido para la ocasión; al mismo tiempo se pronuncian solemnes maldiciones y bendiciones no menos solemnes destinadas a caer sobre aquella de las partes que falte a su juramento en un caso, o que sea fiel a él en el otro. Luego se corta en dos, por el medio, al muchacho y a la muchacha y se entierran las cuatro mitades en la línea de demarcación que separa ambos distritos; los representantes de los dos pueblos que han hecho el tratado o establecido la alianza pasan sobre la tumba y se dirigen a sus hogares respectivos. La intención del sacrificio, según se nos dice, es maldecir implícitamente a aquel que falte a lo acordado, para que su vida o su cuerpo sea dividido en dos como lo han sido las jóvenes víctimas y para que muera sin descendencia como han muerto ellas. Se nos dice además que, a fin de que podamos entender el significado profundo de la maldición, es preciso saber que la religión de la wachaga consiste en la veneración de los espíritus de los antepasados, de modo que un hombre que muera sin descendencia no tendrá a nadie que ofrezca los sacrificios que podrían asegurarle la recepción favorable y el apoyo permanente por parte de los muertos; un hombre que haya muerto sin dejar hijos se ve

forzado a vivir eternamente solitario en el más allá, sin nadie que sacie su hambre de viandas y su sed de cerveza; pues la cerveza y la carne de res o de cordero son las cosas que los espíritus de los ya idos desean recibir con mayor ardor de manos de los parientes que les han sobrevivido.

Si esa comparación de los ritos wachaga con los de los semitas se halla bien fundada, podremos entender fácilmente y a un tiempo el porqué de que las víctimas de Gezer hubiesen sido cortadas en dos y el que se haya tratado de una muchacha y un muchacho, en lugar de haber sido una mujer y un hombre adultos. Unicamente necesitamos suponer que fueron muertos y divididos en dos para ratificar un pacto solemne; que los pactantes pasaron entre los trozos y que cada una de las partes se llevó consigo una de las mitades del muchacho o de la muchacha como garantía de la buena fe de la parte contraria, exactamente de la misma manera que entre los wachaga, ya que en ese pueblo es costumbre que cada una de las partes retorne a su hogar con la mitad de la dividida cuerda para garantizar el cumplimiento del acuerdo por parte de la otra. En Gezer nos encontramos con una mitad de la muchacha y una mitad del muchacho, en ambos casos con la mitad superior del cuerpo. No parece del todo imposible que si se prosiguen las excavaciones llevadas a cabo en Palestina lleguen a ser desenterradas las dos mitades que faltan, que los representantes de la parte contraria pudieron llevar a enterrar a su propio poblado. Podemos entender también por qué se escogieron como víctimas a un muchacho y una muchacha adolescentes en lugar de un hombre y una mujer adultos. Si las semejanzas del rito wachaga son aplicables a este caso, la intención habría sido arrojar sobre los pactantes una maldición implícita, según la cual, si una de las partes que establecía el acuerdo faltaba a su juramento, moriría sin descendencia, igual que había muerto el chiquillo entre cuyos divididos restos habían pasado. Cuando nos viene a la me-

moria el deseo apasionado por la descendencia que tenían los semitas, podemos comprender la gravedad que suponía para ellos semejante maldición, y podemos también percibir la fortaleza del vínculo que se establecía a través de ella entre los pactantes.

Por último ha de ser observado que las semejanzas con los ritos wachaga en el establecimiento de una alianza o pacto, tanto si la víctima cortada en dos es un niño como si es un adulto, apoyan con fuerza la explicación retributiva dada al ceremonial hebreo tales ocasiones, ya que en ambos casos de los wachaga se nos da a entender que la división de la víctima en dos simboliza la suerte que espera al perjuro. Sin embargo, aún puede que dependa de nosotros el interpretar el pasó por entre los trozos de la víctima dividida en el sentido pretendido por Robertson Smith; según él se intentaba con tal ceremonia identificar con la víctima a las personas que la llevaban a cabo; las personas en cuestión adquirirían de ese modo ciertas cualidades que se suponían poseídas por el muerto, y que, según se pensaba, eran susceptibles de ser transferidas a todos aquellos que entrasen en comunión con el animal, mediante el sencillo expediente de desfilar por en medio de sus trozos o por otros métodos tales como el de embadurnarse con su sangre o el de llevar consigo trozos de su pellejo. Cuando se establecía una alianza, parece ser que el motivo que existía para identificar a sus miembros con la víctima era el de conseguir, por medio de un ritual de magia por afinidad, que cualquiera de los pactantes que faltase a la promesa dada compartiese la suerte de la víctima; lo que daba fuerza vinculante al acuerdo, y la mejor garantía de su cumplimiento, era esa afinidad mágica creada de tal modo entre los compromisarios y la víctima.

Por tanto, y si el análisis que acabo de hacer de la alianza establecida entre Dios y Abraham es correcto, el rito se compone de dos elementos correlacionados pero distintos, a saber, en

primer lugar la división de la víctima en dos, y en segundo lugar el paso de los pactantes por entre los trozos. El primero de esos elementos debe ser explicado según la teoría retributiva; el segundo, según la teoría sacramental. Las dos son mutuamente complementarias, y juntas nos ofrecen una explicación completa del rito.

VII. LA HERENCIA DE JACOB O LA ULTIMOGENITURA

Trazas de ultimogenitura en Israel

Las tradiciones referentes al patriarca Jacob son más completas que las que se relacionan con su padre Isaac o con su abuelo Abraham; por eso mismo abunda más en ellas el folklore, es decir, los recuerdos de creencias y costumbres arcaicas. Era natural que los recuerdos y las fantasías se amontonasen sobre el héroe ancestral del que deriva su nombre el pueblo de Israel, así como también su sangre.

Y, sin embargo, el carácter de ese gran antepasado, tal como nos lo retrata el Génesis, tiene poco de atrayente y agradable para un lector actual, y contrasta desfavorablemente tanto con la dignidad tranquila de su abuelo Abraham como con la piedad meditativa de su padre Isaac. Si Abraham representa al jeque semita típico, valiente y hospitalario, señorial y comedido, Jacob pertenece en cambio al tipo de comerciante judío, flexible y agudo, fértil en estratagemas, despierto para todo lo que signifique ganancia, que no trata de conseguir por la fuerza lo que desea, sino mediante la astucia, y que no se muestra demasiado escrupuloso a la hora de elegir los medios que habrán de permitirle ganar a sus competidores en listeza y engañar a sus rivales. Tan poco amable combinación de avidez y astucia se revela en los incidentes más tempranos de la vida del patriarca relatados en la Biblia, a saber, los trucos con los que consiguió engañar a su hermano mayor Esaú y despojarlo de su derecho de primogenitura, así como adelantarse a él para recibir la bendición del padre común Isaac. Pues Esaú y Jacob eran gemelos, pero Esaú había nacido antes que Jacob, y por ello tenía derecho, según era costumbre generalizada, a recibir la bendición

paterna y a heredar los bienes paternos. Jacob se las compuso para suplantar a su hermano mayor Esaú utilizando medios que, para decirlo sin emplear demasiado rigor, eran muestras de prácticas muy ejercitadas. Empezó aprovechándose del hambre de Esaú para comprarle por un plato de lentejas el derecho a la primogenitura. Y más tarde se puso las ropas de su hermano, y, tras disfrazarse para parecer velludo como él, se presentó ante Isaac, ya ciego, haciéndose pasar por Esaú, y de esa manera consiguió recibir la bendición que estaba destinada a su hermano gemelo. Es verdad que la segunda de esas operaciones no había sido él quien la había ideado; no había sido de su invención la treta que jugó a su enfermo padre; la madre, Rebeca, había instigado al prometedor joven, y su nombre de soltera debería haber sido el de Aguda, a juzgar por la destreza que puso en engañar a su marido. Pero la disposición que mostró Jacob para prestarse al fraude demuestra que no le faltaban deseos de cometerlo, sino tan sólo rapidez de inventiva para imaginarlo y embaucar con él a Isaac.

Cuando no se ha alcanzado todavía un nivel notable de evolución moral, semejantes fraudes despiertan escasa o ninguna reprobación, si no es entre los que sufren directamente sus efectos; el espectador no implicado llega incluso a aplaudirlos como muestras de inteligencia y destreza superiores que triunfan sobre la simple estupidez honrada. Sin embargo, llega un momento en que la opinión pública se coloca al lado del tonto honrado y en contra del listo agudo, porque la experiencia demuestra que cualquier fraude, por muy admirables que sean, la inventiva y la previsión que signifique, daña no sólo a los individuos aislados que sufren sus efectos, sino también a toda la sociedad, pues contribuye a aflojar el único lazo que mantiene unidos a los grupos humanos, a saber, el de la mutua confianza. Cuando ya son muchos los que reconocen esa verdad sucede que el historiador comienza a juzgar los hechos de los hombres

del pasado con arreglo a un código moral desfasado, pues ni los autores de los hechos enjuiciados ni sus contemporáneos llegaron siquiera a soñar en aplicarlo a sus actos. Y si las heroicas figuras de la antigüedad parecen hallarse muy por debajo de ese código, el crítico que se las da de caritativo, en lugar de reconocer la brecha creada entre él y aquéllas por los adelantos de la moral, trata de salvarla con la búsqueda de excusas e incluso de justificaciones que palien a sus ojos actos que se siente inclinado a condenar. El procedimiento de blanquear a los moralmente negros, cuando lo determina la caridad de un corazón amable y no la vacua vanidad que lleva a crear paradojas, es imputable únicamente al que lo aplica y resulta tal vez inocuo para las demás personas, aspecto en el que difiere de la actitud contraria, consistente en oscurecer las figuras radiantes de blancura; porque un hecho tan execrable, aunque excesivamente popular por desgracia, no sólo asesta al inocente una puñalada por la espalda, sino que causa también un daño público, pues rebaja el nivel moral de todos, ya que nos despoja de aquellos modelos de virtud, demasiado raros por desgracia, cuya contemplación es más susceptible de llegarnos al alma y de encendernos en admiración y amor a la bondad que cualquier montón de tratados abstractos de filosofía moral.

Un compatriota y tocayo de Jacobo, el investigador Joseph Jacobs, ha emprendido en época reciente la tarea de defender el carácter moral del patriarca. Para ello ha tratado de limpiar la mancha caída sobre el blasón ancestral con el intento de demostrar que, en virtud de una antigua ley, el hijo más joven, es decir, Jacob; tenía derecho a la herencia, y que la estratagema a la que recurre para conseguida, de acuerdo con la narración bíblica, no fue más que una glosa añadida por el historiador a una transacción que no entendía. No me atreveré a decir si tan ingeniosa explicación corresponde o no a la realidad; pero es verdad que la antigua ley de herencia mencionada por el apologis-

ta de Jacob ha existido en muchos pueblos, y no parece haber motivos para negar que haya estado vigente en época remota entre los antepasados de Israel. La ley o costumbre en cuestión es llamada derecho del más joven o derecho de ultimogenitura, frente al derecho de primogenitura, porque otorga la herencia al hijo menor en lugar de otorgársela al mayor. En este capítulo me propongo ilustrar la costumbre por medio de ejemplos y tratar de indagar en sus orígenes.

Comenzaremos buscando otras posibles trazas del derecho del más joven o de ultimogenitura que puedan existir en el Antiguo Testamento. En primer lugar, por tanto, si Jacob suplantó a su hermano mayor no hizo otra cosa que repetir lo que su padre Isaac ya había hecho antes de él. Pues también Isaac era uno de los hermanos más jóvenes y pasó delante de su hermano mayor, Ismael, al tratarse de heredar al común padre Abraham. Y la misma norma, si es que hubo alguna norma, en que Jacob basó su conducta al tratar con su padre Isaac y con el hermano mayor Esaú, la aplicó también en su comportamiento con sus propios hijos y nietos. Pues se nos dice que Jacob prefería a su hijo José, y lo anteponía a todos los demás «porque era hijo tenido en la vejez»; y mostraba su preferencia tan abiertamente que los hermanos de José le cobraron envidia y maquinaron contra él para matarlo. Es verdad que según la narración bíblica, tal como la conocemos en la actualidad, José no era el hijo más joven de Jacob, sino tan sólo el penúltimo, pues su hermano Benjamín había nacido después. Pero podemos dar por supuesto que en la narración primitiva José era el más joven de los hermanos: el gran afecto que su padre sentía por él, la túnica de varios colores, o más bien la túnica de largas mangas con la que fue diferenciado de aquéllos, y la situación de superioridad sobre ellos que llegó a alcanzar andando el tiempo, todo apunta en aquella dirección. También el nombre de Benjamín, el más joven de los hijos de Jacob, significa «el hijo de la mano

derecha»; ese título le señala como heredero legal, como parece desprenderse del notable relato de la manera como Jacob, al bendecir a sus dos nietos, los hijos de José, mostró su deliberada preferencia por el más joven en perjuicio del mayor; según se nos dice puso la mano derecha sobre la cabeza del hermano pequeño (Efraím), y la mano izquierda sobre la cabeza del mayor (Manasés), a pesar de las protestas de su padre José, que había colocado a sus hijos delante del abuelo en posición tal que a este último no le quedaba más remedio que cubrir espontáneamente con su mano derecha la cabeza del hermano mayor, y con la izquierda la del menor; de modo que el anciano se vio forzado a tener que cruzar los brazos sobre el pecho con el fin de alcanzar la cabeza del nieto más joven con la mano derecha y la cabeza del mayor con la mano izquierda. Por consiguiente, un defensor de Jacob podría decir verazmente que éste al menos se mostró coherente durante toda su vida en su preferencia por los hijos más jóvenes y su despego por los mayores, y que no se ajustó a esa norma únicamente cuando trató de proteger sus intereses particulares.

Pero también se puede convocar a otros testigos para que hablen en favor del patriarca; en otras palabras, para que den testimonio de la existencia de una antigua costumbre del derecho del más joven o de ultimogenitura en Israel. En el Génesis leemos que Tamar, nuera de Judá, dio a luz dos mellizos llamados Peres y Zéraj, y aunque Peres fue el primero en nacer, se nos relata un curioso detalle referente al nacimiento del niño, relato cuya intención parece ser probar que Peres era en realidad, igual qué el mismo Jacob, el más joven de los dos mellizos, y no, como se podría haber pensado, el más viejo. A primera vista no aparecen claros en la narración los motivos que podrían haber llevado al autor a probar la mayor juventud de Peres frente a su hermana Zéraj; pero el relato se hace inteligible si recordamos que Peres fue el antepasado directo del rey Da-

vid, que el mismo David fue el hijo más joven de su padre, y que Samuel lo elevó premeditadamente a la realeza tras haberlo preferido a los hermanos mayores. Por consiguiente, el propósito del narrador al darnos en el Génesis lo que parecerían ser detalles inútiles si no indecorosos acerca del nacimiento de los mellizos pudo haber sido para probar que el mismo rey David fue no solamente el hijo más joven de la familia, sino que fue también descendiente del más joven de los dos nietos mellizos de Judá. Y David, a su vez, legó la corona a uno de sus hijos menores, Salomón, mientras dejaba de lado deliberadamente a uno de los mayores, Adonías, que reclamaba la herencia. Con todos esos hechos reunidos se puede defender la suposición de que en Israel la costumbre de la primogenitura o preferencia por el hijo mayor había sido precedida por otra costumbre más antigua, la de la ultimogenitura o preferencia por el hijo más joven como heredero del padre. Y la suposición resulta reforzada cuando observamos que en otras partes del mundo ha prevalecido una costumbre similar de derecho del más joven, o ultimogenitura.

La ultimogenitura en Europa

Uno de los países en los que ha sido y aún es observada la costumbre de la ultimogenitura es Inglaterra. Con el título de *borough english*, esa antigua práctica es, todavía, o lo era hasta hace poco, derecho común en muchas partes del país. El nombre inglés de la costumbre ha sido tomado en un término local empleado en un juicio en tiempos de Eduardo III. De un informe del anuario correspondiente al primer año de aquel reinado se desprende que en Nottingham había por entonces dos tipos de propiedades territoriales llamadas respectivamente *borough* (burgo) inglés y *borough* francés, y que en el caso del *borough* inglés todas las pertenencias pasaban en herencia al hijo más joven, mientras que en el del *borough* francés pasaban al hijo mayor, de acuerdo con el derecho consuetudinario. Se dice que

aún en fecha tan tardía como la de 1713 Nottingham estaba dividida en los dos *boroughs,* inglés y francés, y que las costumbres referentes a la transmisión del patrimonio seguían siendo distintas en ambos; e incluso en nuestros días se observan prácticas similares en esa comarca.

La distribución del burgo inglés, o ultimogenitura, en Inglaterra era aproximadamente la siguiente. La costumbre se extendía a todo lo largo de la línea llamada costa sajona, desde el Wash hasta las proximidades del Solent, incluida la totalidad de los condados del sureste. Para ser más precisos, la costumbre se hallaba muy arraigada en los condados de Kent, Sussex y Surrey, en un círculo de señoríos que rodeaban al Londres antiguo, y en menor medida en Essex y en el reino de East Anglian. En Sussex, el predominio de la costumbre en las tierras poseídas por enfiteusis se halla tan generalizado que a menudo se le ha tenido como derecho consuetudinario de la región; y en el *Rape of Lewes* la costumbre es, sin duda, casi universal. En Hampshire se conocen pocos ejemplos de su aplicación, pero más al oeste, gran parte de Somerset, a lo largo de toda la comarca, practicaba el derecho de la ultimogenitura. En los condados de las Midlands, la práctica era comparativamente rara: se la encontraba en la proporción de dos a tres señoríos por cada condado; pero era común en cuatro de cada cinco de las grandes ciudades danesas, a saber, en Derby, Stamford, Leicester y Nottingham, así como en otros distritos importantes, tales como Stafford y Gloucester. Al norte de la línea trazada entre el Humber y el Mersey la costumbre parece haber sido desconocida.

Sin embargo, la costumbre no se hallaba confinada a las partes sajonas del país; existía también en las regiones celtas, como por ejemplo en Cornualles, Devon y Gales. En las antiguas leyes del País de Gales se ordena que «cuando los hermanos compartan el patrimonio, el hijo más joven deberá recibir la ca-

sa de vivienda (*tyddyn*) con edificios anexos y ocho acres de tierras adyacentes, así como la hachuela, el hervidor y la reja del arado, porque un padre no puede dar ninguna de esas tres cosas a otro hijo que no sea el más joven, y aunque sean dadas como garantía nunca se las podrá enajenar». Pero la norma galesa era aplicable únicamente a heredades que tuviesen como mínimo una casa habitada; cuando se dividían propiedades de cualquier otra especie, el hijo menor no tenía derecho a ninguna clase de privilegio. En Escocia parece no haber pruebas de que la costumbre de la ultimogenitura predominase en parte alguna; pero en las islas Shetland se daba por supuesto que el hijo menor heredaría, cualquiera que fuese su sexo, la vivienda principal, en el momento de repartir la herencia.

En las leyes inglesas antiguas parece ser que el derecho de ultimogenitura se hallaba asociado generalmente con la tenencia de tierras por parte de los siervos. A ese respecto, el fallecido profesor F. W. Maitland me escribió lo siguiente: «En cuanto al predominio de la ultimogenitura he tropezado con un elevado número de casos en documentos ingleses del siglo XIII, y acertada o erróneamente se le considera siempre como evidencia, aunque no como prueba concluyente, de la tenencia de tierras por parte de los siervos; pues a lo que parece la teoría dice que estrictamente hablando no existe la *herencia* de tierras en tenencia de siervos, sino que las costumbres exigen que el señor acepte como nuevo arrendatario a un miembro de la familia del arrendatario fallecido. En este caso la elección del hijo más joven no parece forzada: al no haber herencia que transmitir, los hijos abandonan el hogar para ganarse la vida tan pronto como llegan a la edad de poder hacerlo; el hijo más joven es el que tiene más probabilidades de hallarse en el hogar paterno cuando mueren sus padres. En muchas partes en las que reina la costumbre de dividir los bienes por igual entre todos los hijos, el más joven se queda con la vivienda familiar, el hogar o

astre. Con esto no quiero ni mucho menos decir que esté demostrado el origen servil del derecho de ultimogenitura, pero lo que no se puede negar es que en el siglo XIII se consideraba propia de siervos la sucesión del hijo más joven. Podría darle a usted numerosas pruebas de esa afirmación. De esa manera se le relaciona con el *merchetum*. Muy frecuentemente se los menciona juntos: 'Sois mis villanos, porque os he sometido a tributo, me habéis pagado una compensación por el casamiento de vuestra hija, fuiste el hijo más joven de tu padre y le has sucedido en la tenencia de la tierra.'»

Conviene mencionar el hecho de que en Inglaterra el derecho de ultimogenitura no está reservado exclusivamente a los hijos varones. Son numerosos, si no centenares, los pequeños distritos en los que la ley abarca también a las hijas, y en que se prefiere a las demás coherederas la más joven de las hijas o la más joven de las hermanas o tías.

También en algunas regiones de Francia prevaleció la práctica de la ultimogenitura, es decir, el derecho preferente del hijo más joven a la herencia. Así, por ejemplo, «en algunos distritos del ducado bretón de Cornualles, el hijo más joven disfrutaba de un derecho exclusivo, que es exactamente la contrapartida del derecho del hijo mayor: el hijo nacido el último, tanto si se trataba de un hombre como de una mujer, recibía en herencia todas las posesiones comprendidas bajo el nombre de *quevaise*, mientras quedaban excluidos todos los restantes hermanos o hermanas». Se trata del derecho que las leyes francesas conocen con el nombre de *maineté*. Aunque existía la costumbre en varios extensos señoríos de Bretaña, somos incapaces de calcular el predominio de que gozaba originalmente en esa región; pues cuando los legisladores feudales codificaron las costumbres de la provincia, los nobles se opusieron al anormal uso; y se nos dice que en el siglo XVII disminuía casi diariamente la zona en que aún se practicaba. Entre los distritos que mantenían

en boga la costumbre se hallaban los ducados de Rúan, la encomienda de Pallacrec y los dominios de las abadías de Rellec y Begare. En Bretaña, lo mismo que en Inglaterra, el derecho de ultimogenitura era un incidente de la tenencia de tierras por parte de los siervos; y en Bretaña, igual que en muchas partes de Inglaterra, si un hombre moría sin dejar hijos varones, la herencia pasaba a manos de la hija más joven. Además, bajo los nombres de *maineté* y *madelstad*, la costumbre se hallaba vigente en Picardía, Artois y Hainault, en Ponthieu y Vivier, en la comarca de las ciudades de Arras, Douai, Amiens, Lille y Cassel y en la vecindad de St. Omer. En todas esas regiones el derecho de ultimogenitura abarcaba desde la transmisión de la totalidad de la herencia hasta la sucesión privilegiada en la posesión de artículos del ajuar doméstico. También en Grimbergthe, de la comarca de Brabante, se seguía la misma norma.

Asimismo predominaban tales costumbres en la región holandesa de Frisia. La más notable era la llamada *Jus Theelacticum*, o costumbre de las tierras de Theel, repartimientos o tierras distribuibles de Norden, ciudad de la Frisia oriental, no lejos de donde desemboca el Ems. Los *Theel-boors* de esa comarca continuaron hasta el siglo XIX manteniendo sus lotes de tierras bajo un sistema complicado de normas, ideado con el fin de impedir la división no rentable de las haciendas. Las tierras asignadas que alguien recibiese en herencia eran indivisibles: al morir el padre pasaban íntegramente al hijo más joven, y si el beneficiario moría sin descendencia pasaban a ser posesión de toda la comunidad.

También se pueden hallar ejemplos de ultimogenitura en las costumbres locales de Westfalia, ahora reemplazadas por el Código Civil, y en aquellas zonas de las provincias renanas que se hallaban bajo el imperio de la ley sajona, así como en el departamento de Herford, cercano a Minden, cuyos naturales afirman pertenecer a la raza sajona más pura. Según los informes

que hemos recibido, la costumbre se hallaba tan arraigada entre los paisanos, «que hasta hace muy poco tiempo ningún hijo mayor reclamaba su participación legal legítima: los hijos estaban de acuerdo en que la sucesión pasase íntegramente a manos del más joven, incluso cuando ellos no recibían legado alguno, y no pensaron nunca en reclamar contra ese estado de cosas, basado en la ley de sucesión irrevocable; e incluso si el campesino moría sin haber hecho el acostumbrado testamento, los hijos aceptaban que la indivisa herencia pasase al hijo más pequeño». En Silesia y en algunas partes de Würtemberg se ha desarrollado una costumbre semejante; en esas regiones las modernas leyes de sucesión no han conseguido quebrantar el privilegio consagrado por el tiempo de que goza el hijo más joven, cuyos derechos son conservados mediante un acuerdo secreto o por la fuerza de la opinión local. Otro caso es el de la selva del Odenwald y el de la comarca escasamente poblada que se halla al norte del lago Constanza; en ambas existen propiedades llamadas *Hofgüter*, que no pueden ser divididas, sino que pasan en herencia al hijo más joven, o, en caso de que no existan hijos varones, a la hija de mayor edad. Y, según se dice, se pueden encontrar muchos más ejemplos de esa costumbre en Suabia, en los Grisones de Suiza, en Alsacia y en otras regiones alemanas o parcialmente alemanas, en las que han existido antiguas costumbres de ese tenor, costumbres que influyen aún en los sentimientos de los campesinos, aunque han dejado de ser legalmente valederas.

No parecen haber sido descubiertas trazas del derecho de ultimogenitura en Dinamarca, Noruega o Suecia. Pero el hijo más joven goza de privilegio en la isla de Bornholm (antiguamente reino de Bornholm), distante pertenencia de la corona danesa, y también parece haber existido la costumbre en el territorio de la antigua república de Lubeck.

En el sur y en el oeste de Rusia está transformándose en costumbre la división de las antiguas familias patriarcales y el establecimiento de los hijos en hogares propios; y se dice que en esos casos se considera al hijo más joven como heredero legítimo de la vivienda familiar. A ese respecto estoy en deuda con la distinguida etnóloga polaca M. A. Czaplicka, que me ha proporcionado la siguiente información: «Es sabido que el derecho del más joven o del hijo menor ha sido la costumbre de los campesinos rusos en tiempos tan remotos como los del *Russkaya Pravda*, que fue el primer código ruso de tiempos de Iaroslav el Grande. Incluso en la actualidad es una práctica muy extendida entre los usos consuetudinarios de los campesinos rusos, lo que permite averiguar los orígenes de esa ley de sucesión. El 'derecho del menor' no es ningún privilegio, sino algo que se produce naturalmente, pues los hijos mayores, por lo general, abandonan a los padres y él hogar paterno, mientras que el más joven o los más jóvenes 'nunca se desgarran del árbol familiar'. Si bien junto con la casa de los padres el hijo más joven hereda otras propiedades, para desventaja de los hijos mayores, también hereda ciertas obligaciones: hacerse cargo de sus debilitados padre y madre y a menudo también de las hermanas no casadas. Si los hijos mayores no se han separado de los padres antes de su muerte, la casa es heredada por el hijo menor, pero éste queda sujeto al deber de ayudar a sus hermanos de más edad a establecer los hogares propios». Además, la referida investigadora añade que «no existen trazas del derecho de ultimogenitura en otra clase que no sea la de los campesinos rusos, y que entre ellos está limitado a la casa familiar o a la casa y un trozo de tierra privado, no comunal».

Hasta aquí hemos pasado revista al predominio del derecho de ultimogenitura entre los pueblos europeos de origen ario. Si pasamos ahora a las naciones de Europa que no pertenecen a la cepa aria nos enteramos de que en Hungría «era ley de las co-

marcas campesinas que el hijo más joven heredase la casa paterna y que a cambio de ese privilegio ofreciese a los demás coherederos una justa compensación. Entre los tchud del norte, el jefe de la familia está capacitado para delegar su poder en el hijo mayor o en el menor, e incluso en un extraño si así lo prefiere, pero la casa en que vive ha de dejársela forzosamente a su muerte al hijo más joven».

La cuestión de los orígenes del derecho de ultimogenitura

Ya basta con lo dicho acerca de la distribución de la ultimogenitura o de la preferencia a favor del hijo más joven en Europa. Lo que hemos de preguntarnos ahora es: ¿cuáles han sido los orígenes de una costumbre que en la actualidad nos llama la atención por extraña y sin duda injusta? Sobre esa materia abunda la especulación. Muy bien se podría empezar por citar la opinión expresada por el erudito y sensato *sir* William Blackstone en sus celebrados *Comentarios sobre las leyes inglesas*. Refiriéndose a la tenencia de tierras en arriendo en los burgos, o ciudades que gozaban del derecho de enviar miembros al Parlamento, la opone al ejercicio del cargo militar, tenencia militar o servicio de caballeros, y la mira como un resto de la libertad sajona mantenida por personas que nunca habrían abdicado de ella en favor del rey ni se habían visto obligadas a cambiarla por «el ejercicio del servicio de caballeros, más honroso, según se afirmaba, pero también más oneroso». La libertad sajona, en opinión suya, «podría explicar también de la gran variedad de costumbres relacionadas con muchas de esas tierras en arriendo de los antiguos burgos; la principal y también la más notable de todas es la llamada burgo inglés, para oponerla, podríamos decir, a las costumbres normandas y distinguirla de ellas. Glanvil y Littleton han indagado al respecto. Consiste en que es el hijo más joven y no el mayor el sucesor en la tenencia de tierras a la muerte del padre. Práctica que Littleton explica

de la siguiente manera:, 'Porque el hijo más joven, a causa de su menor edad, no es tan capaz como los mayores de valerse por sí mismo'. Ha habido, sin duda, autores que han dado razones mucho más extrañas para esa antigua costumbre: la han explicado diciendo que el señor del feudo tenía antiguamente derecho de concubinato — el llamado derecho de pernada— sobre la mujer del ocupante de las tierras, derecho aplicable a la primera noche o noche de bodas; y que, por consiguiente, la tenencia no pasaba en sucesión al hijo mayor, sino al más joven, que tenía más posibilidades de ser verdaderamente hijo de su padre. Pero no he conseguido encontrar noticia de que esa costumbre, el derecho de pernada, haya existido nunca en Inglaterra, aunque sí en Escocia bajo el nombre de *marcheta* o *mercheta*, hasta que la abolió el rey Malcom III. Y quizá se podría encontrar para la costumbre que nos ocupa, a saber, la de la ultimogenitura, un motivo más racional que cualquiera de los dos ya expuestos, yéndolo a buscar (por cierto a bastante distancia) entre las costumbres de los tártaros, entre los cuales, si hemos de creer lo que dice el padre Du Halde, predomina también la costumbre de la sucesión en el hijo más joven. La nación tártara se compone en su totalidad de pastores y ganaderos, y los hijos mayores, tan pronto como se sienten capaces de emprender por cuenta propia la vida pastoril, se separan del padre tras haber recibido una cierta cantidad de ganado, y buscan un nuevo lugar para vivir. Por consiguiente, el hijo más joven, que es el último en permanecer junto al padre, resulta de modo natural el heredero de la casa paterna, ya que los demás se han valido hace tiempo por su cuenta. Y de ese modo nos hallamos con que entre muchas otras naciones del norte existía la costumbre de que se separasen del padre todos los hijos menos uno, con lo cual este último era el heredero de los bienes familiares. De manera que existe la posibilidad de que esa costumbre, allí donde predomina, haya sido lo que queda de aquel estado pas-

toril en que vivían nuestros antepasados británicos o germanos, y que han dejado descrito César y Tácito».

No he encontrado el pasaje de Du Halde citado por Blackstone, pero sus afirmaciones son confirmadas por un historiador moderno que nos dice que «una característica todavía más peculiar de las leyes antiguamente vigentes entre los turcos y los mongoles, y que arroja además viva luz sobre su historia, es la costumbre que, a falta de otros términos, llamaré 'adopción invertida'. Las costumbres turcas regulan la sucesión de una manera muy especial; el heredero permanente, el que en cierto sentido continúa unido al terruño en que ha nacido, es el más joven de los hijos; es él quien es llamado el *ot-dzékine*, como dicen los mongoles, o el *tékine*, como dicen los turcos, 'el guardián del hogar'; es en él en quien recae la porción invariable de tierra que es mencionada por los cronistas chinos y los viajeros occidentales. Los hermanos mayores se reparten entre ellos los bienes muebles, en especial el más importante de todos, el mal, o capital, es decir, los rebaños y manadas».

Por otro lado, he comprobado la existencia de la costumbre del derecho de ultimogenitura en un grupo de tribus mongoloides que viven en el suroeste de China y en las regiones colindantes de Birmania y de la India. Si se lleva a cabo una investigación de la condición social existente en esas zonas, puede que se aclare el problema que nos ocupa. Pero antes de emprenderla quisiera decir, que, contrariamente a lo que sería de esperar si la teoría de Blackstone fuese correcta, ninguna de las tribus en cuestión es de pastoreo; todas son agrícolas y dependen casi exclusivamente para su subsistencia de los productos que obtienen con la labranza de la tierra.

La ultimogenitura en el sur de Asia

Comenzaremos con los lushai, tribu que habita en una extensa zona montañosa de Assam. Son una nación de hombres

de corta estatura, musculosos y robustos, de rostro ancho y casi lampiño, pómulos salientes, nariz corta y achatada, ojos pequeños y almendrados y color que varía a lo largo de toda una gama de matices que va del amarillo al pardo. Por consiguiente, su origen mongol es indiscutible. Y el testimonio ofrecido por su aspecto físico resulta confirmado por la lengua hablada entre ellos, que pertenece a la rama tibetano-birmana del grupo de idiomas chino-tibetano. Son un pueblo agrícola y su alimentación más común tiene como base el arroz. Sin embargo, y debido a los métodos de cultivo que emplean, se ven obligados a ser nómadas y a no residir muchos años seguidos en una comarca cualquiera. Su sistema de labranza resulta familiar a los escritores ingleses de la India bajo el nombre de *jhuming* o *jooming*. Proceden de la siguiente manera: derriban los árboles 6 el bambú de un trozo de bosque o selva, y cuando los árboles abatidos o los bambúes se han secado los queman y con las cenizas resultantes abonan la tierra. A continuación aran ligeramente la superficie del campo así obtenido, y cuando las nubes comienzan a apelotonarse y advierten con ello a los agricultores que la estación seca está a punto de terminarse y que muy pronto van a comenzar las grandes lluvias, todo el mundo sale con una cesta de semillas sobre el hombro y un cuchillo largo y ancho en la punta, llamado *dao*, en la mano. Equipada de esa manera, toda la familia labra el campo; para ello abren en el suelo grandes agujeros con los cuchillos y dejan caer en cada uno un puñado de semillas. La cosecha principal es el arroz, pero también se suele cultivar maíz, mijo, guisantes, frijoles, tabaco, algodón y una gramínea conocida con el nombre de lágrimas de David o de Job. Ese tipo de cultivo es muy antieconómico, porque raras veces se obtienen del mismo trozo de terreno, en dos años sucesivos, más de dos cosechas; al cabo de los dos años se deja la tierra en barbecho hasta que de nuevo la ha cubierto la jungla o se ha llenado de matorrales. Si el terreno que

se ha preparado para el cultivo era un bosque de bambúes, tendrán que transcurrir tres o cuatro años antes de que la tierra vuelva a ser apta para el cultivo; pero si se ha abierto el terreno en un bosque ordinario tendrán que pasar de siete a diez años antes de que se pueda volver a repetir el proceso de abatir los árboles y quemarlos. Se dice que el terreno boscoso da mejores cosechas que el de la selva dé bambúes, pero el proceso de abrirlo y limpiarlo de maleza resulta también mucho más trabajoso. De esa manera toda la tierra cultivable situada en torno de un ancho valle acaba inutilizada con el tiempo y exhausta, por lo que se impone la necesidad de emigrar a otros lugares. La elección de nuevo asentamiento es asunto de grandes preocupaciones; se envía una comisión de ancianos para que duerma sobre el terreno y extraigan presagios del cacarear de un gallo que han cuidado de llevar consigo con esa finalidad. Si el animal canta vigorosamente una hora antes de romper el día, el emplazamiento es adoptado. Un lugar puede ser ocupado durante cuatro o cinco años; antiguamente el nuevo emplazamiento del poblado podía hallarse incluso a dos o tres días de camino del antiguo. Los habitantes tienen que cargar al hombro todo lo que poseen al trasladarse de un lugar al otro, y la perspectiva de tener que moverlo todo a menudo y con trabajo disuade, naturalmente, a esas gentes de multiplicar sus pertenencias, y con ello impide el aumento y el desarrollo de la riqueza y la industria. Bajo un sistema semejante de cultivo transitorio, que es común a la mayor parte de las tribus montañesas de esa región, los campesinos no adquieren derecho alguno sobre el terreno cultivado, e incluso los jefes no reclaman la propiedad de la tierra o de los bosques. Un jefe impone su autoridad únicamente sobre los miembros dé su tribu, sea cual sea el lugar en que se encuentren en el momento y sea cual sea el lugar al que se dirigen. Entre algunas de las tribus más salvajes el trabajo de abrir el terreno y de cultivarlo era llevado a cabo en

su mayor parte por esclavos, capturados por los miembros de la tribu en incursiones cuyo propósito principal era el de conseguir siervos que los librasen de la penosa tarea.

Por lo general, las aldeas de los lushai se hallan situadas en las cimas de los riscos y se extienden descendiendo por las abruptas laderas. Son grandes, y a menudo cuentan con cientos de viviendas. Pero el gobierno británico ha llevado a esas regiones la seguridad de vidas y haciendas, por lo que ha desaparecido la antigua necesidad de congregarse en grandes aldeas fortificadas y ha comenzado a disminuir, en consecuencia, el tamaño de los poblados, al mismo tiempo que las gentes se diseminan cada vez más en caseríos e incluso en casas individuales aisladas en medio de la selva y lejos de cualquier otra habitación humana. Una característica notable de los poblados lushai, que no falta nunca en ellos, es el *zawlbuk* o sala de los solteros, en la que pasan la noche los hombres no casados y los muchachos que han alcanzado ya la edad púber, pues no se les permite dormir en las casas de los padres. También se alojan en esos edificios aparte los viajeros que visitan ocasionalmente el poblado, y en las aldeas grandes existen varios. La institución se halla muy extendida entre las tribus montañesas de la región de Assam.

Entre los lushai, cada poblado es como un estado independiente y se halla gobernado por un jefe propio. «Cada uno de los hijos de un jefe, tras haber alcanzado la edad conveniente para casarse, recibía una esposa costeada por el padre del joven, un número determinado de enseres domésticos de la casa paterna y la consigna de ir a establecerse en un poblado propio. A partir de ese momento gobernaba como jefe independiente, y sus éxitos o fracasos dependían de sus cualidades de liderazgo. No pagaba tributo alguno a su padre, pero se daba por sentado que le ayudaría en la guerra contra las aldeas vecinas; pero cuando los padres alcanzaban edad longeva no era raro encon-

trar hijos que se zafaban incluso de esa obligación, que significaba un resto de subordinación. El hijo más joven se quedaba en el poblado paterno y lo recibía en herencia, así como todos los demás bienes que poseyese el padre fallecido». De modo que las costumbres de los lushai confirman con énfasis la explicación teórica del derecho de ultimogenitura propuesta por Blackstone; pues entre esas tribus el hijo más joven hereda los bienes paternos aparentemente por el único motivo de haberse quedado el último en la casa familiar, tras haberla abandonado todos los hermanos mayores, que han salido al ancho mundo a fundar un hogar propio. Si se necesitasen más argumentos en apoyo de la teoría podría suministrárnoslos la transformación que está teniendo lugar en esas tribus en la actividad. En el último informe censual de Assam se dice que los lushai, «debido a la disminución del tamaño de los poblados, han comenzado a introducir modificaciones importantes en la costumbre según la cual el hijo más joven sucedía al padre en la posesión del liderazgo de la aldea y de los demás bienes familiares. La razón de ser de semejante sistema hereditario era que los hijos mayores fundaban pueblos propios al casarse. A fin de capacitarlos para ello se ordenaba a un cierto número de hombres principales o upas y también de hombres comunes que acompañasen al joven jefe y formasen con él el núcleo de la nueva población. Una vez que todos los hijos mayores se habían establecido por su cuenta de esa manera, no resultaba extraño que fuese el hijo más joven el que se quedase con el señorío de la aldea y con las demás propiedades a la muerte del padre, y que tomase a su cargo la atención necesitada por su anciana madre. Pero mientras no se ha notado tendencia alguna a la disminución en las familias de los jefes, sí se ha reducido a casi la mitad el tamaño de los poblados y no hay hogares bastantes para repartir entre los hijos mayores cuando estos abandonan la casa paterna. Incluso ha habido casos en que ninguno de los hijos mayores ha

sido capaz de establecerse por su cuenta en un nuevo poblado, por lo cual resulta evidente que la herencia ha tenido que pasar a manos del hijo de más edad, dadas las circunstancias, cambio que la gente ha aceptado con facilidad».

Por lo que parece, pues, entre esas tribus la costumbre de la ultimogenitura está dejando el lugar a la costumbre contraria, es decir, la de la primogenitura, debido a que las causas sociales que habían llevado a la adopción de la primera están dejando de existir. Es verdad que hasta aquí no se ha referido el autor a otra norma de sucesión que la imperante en los hogares de los jefes; pero en esencia rige la misma norma en lo que se refiere a la herencia de la propiedad privada entre las gentes ordinarias. Según un informe, «se dividen las pertenencias entre todos los hijos; sin embargo, el hijo más joven recibe la parte más importante; los demás hijos reciben partes iguales». Según un informe posterior, «la norma general es que el hijo más joven sea el heredero, pero en ocasiones también el hijo mayor reclama una parte de la herencia». Y los motivos que apoyan la costumbre en los hogares de la gente común son probablemente los mismos que rigen en los dé los jefes; pues ya hemos visto que cuando el hijo de un jefe parte a fundar una aldea propia le acompaña un cierto número de miembros ordinarios de la tribu para que sean servidores y súbditos en la nueva residencia. Resulta razonable suponer que en todos esos casos los nuevos colonos son tomados de entre los hijos mayores de las familias del poblado original, mientras que los hijos más jóvenes se quedan con sus padres en el hogar familiar y heredan a su muerte los bienes que aquéllos poseyesen.

Entre los angami, otra tribu mongol de la región de Assam, se tropieza con la costumbre de la ultimogenitura bajo una forma limitada. «Cuando el padre todavía no ha muerto, los hijos, al casarse, reciben la parte que les corresponde denlas tierras que constituyen la herencia. Y si el hombre se muere antes de

que se hayan casado todos sus hijos, los que estén aún solteros reciben de la herencia una parte igual a la recibida por los casados. Para casarse, los hijos abandonan la casa paterna y establecen vivienda propia. Por consiguiente, en la práctica casi siempre es el hijo más joven el que recibe la casa familiar en herencia». De nuevo comprobamos que la herencia de la casa paterna por parte del hijo más joven depende sencillamente del hecho accidental de que sea el último en quedarse con los padres, tras haberse ido casando todos los demás hermanos mayores que él y haber abandonado el hogar familiar para crear un hogar propio e independiente. Si sucede que en el momento de la muerte del padre aún son varios los hijos que quedan en la casa paterna sin haberse casado, el hermano más joven no gozará de ninguna ventaja frente a los mayores en el momento de repartir la herencia.

Conviene mencionar que los angami, la más numerosa tribu de los naga de Assam, no son nómadas y no emplean para cultivar la tierra los métodos primitivos y antieconómicos comunes a la mayor parte de las tribus que viven en las montañas de la región; no abren claros en la jungla ni en los bosques para cultivarlos durante algunos pocos años y dejar después que vuelvan al estado selvático en que se hallaban al principio. Lo que ocurre es lo contrario: los angami cultivan sus cosechas en terrazas permanentes labradas con grandes trabajos y habilidad en las laderas de las montañas, terrazas que riegan por medio de canales artificiales abiertos siguiendo las pendientes y prolongados a lo largo de grandes distancias hasta que alcanzan el desnivel conveniente. También sus grandes poblados fortificados son permanentes, porque los angami son un pueblo muy apegado a sus hogares y poco deseoso de abandonarlos por otros.

Los meithei, que son la raza predominante en Manipur, en la región de Assam, son un pueblo mongoloide de lengua tibetano

birmana. Aunque por la sangre y la lengua son afines a las tribus montañesas salvajes que los rodean, han alcanzado un grado más elevado de cultura social y han llegado a formar como un oasis singular de sociedad organizada y comparativamente civilizada en medio de un desierto de barbarie. Viven en poblados permanentes y aseguran su subsistencia ante todo por medio del arroz que cultivan en campos fijos. De ese modo han sobrepasado la etapa de migraciones periódicas causadas por el agotamiento de las tierras cultivables de los alrededores. En lo que respecta al derecho de sucesión vigente entre los meithei, se nos dice que «las crónicas de Manipur no son de mucha ayuda cuando se trata de averiguar las normas que rigen la herencia de la propiedad privada, y en la actualidad la economía de la nación se halla en un período de transición debido a la presión que ejercen las nuevas ideas políticas y sociales. En lo que respecta a la tierra, se la considera sujeta a la voluntad del poder que gobierna el estado. En cuanto a los bienes muebles, parece ser que es costumbre general acudir en ayuda de los hijos durante la vida del padre, y considerar al hijo más joven como heredero de la propiedad si en el momento de la muerte del padre se halla viviendo aún en el hogar familiar. Si se ha separado de los padres y vive aparte de ellos, se repartirán por igual los bienes de la herencia entre todos los hijos. Evidentemente, lo que determina la separación de los hijos del hogar paterno es el casamiento, y en ese momento se les concede alguna ayuda, así como a las hijas». Por consiguiente, vemos que entre los meithei, lo mismo que entre los angami de Assam, el hecho de que el hijo más joven sea el heredero de los bienes familiares depende únicamente de la circunstancia puramente accidental de haberse quedado el último en la casa de los padres, después de haberse casado sus hermanos mayores y haber abandonado el hogar paterno para crear uno propio en alguna otra parte. Si también se hubiese casado el hermano más joven y hubiese de-

jado la casa familiar para ir a establecerse en algún otro lugar, tampoco habría sido preferido en el momento de repartir la herencia y se habrían dividido en partes iguales los bienes entre todos los hermanos. Además vemos que también en Assam, lo mismo que sucedió en Inglaterra, la costumbre de la ultimogenitura sobrevive bajo una forma restringida después de que la población ha dejado de ser nómada y se ha asentado en poblados permanentes rodeados de tierras de labor, que son siempre las mismas, y pasan de padres a hijos, de generación en generación.

Los kachin o, como ellos se denominan, chingpaw o singfo, son una raza mongol que habita en las regiones septentrionales de la alta Birmania. Antiguamente se hallaban asentados en la región de las fuentes del río Irrawaddy, pero con el tiempo se han ido extendiendo; por el este han penetrado en la provincia china de Yun-nan y por el oeste en la provincia india de Assam. La palabra chingpaw o singfo, con la que se denominan, significa simplemente hombres. Los birmanos les llaman kachin o kakhyen. Son un pueblo de montañeses, montaraces y salvajes, y se hallan divididos en toda una serie de comunidades pequeñas o tribus diminutas; cada una de ellas tiene su propio jefe, y antes de que los ingleses ocupasen la región, los birmanos y los shan, que son más pacíficos que los kachin, vivían atemorizados por sus incursiones. Sin embargo, se dedican a cultivar el suelo y son muy diestros en la labranza; a menudo tienen sus campos en la profundidad de los valles, mientras que para edificar sus viviendas escogen las cumbres de las montañas circundantes, a mucho mayor altitud. Según se afirma, no caben dudas acerca del origen tártaro de los kachin. Sus tradiciones hablan de un hogar ancestral situado en algún lugar al sur del desierto de Gobi, y de sus desplazamientos masivos, que siempre tuvieron lugar en dirección al mediodía. El color de su tez y las demás características faciales son muy diversas, incluso en

zonas en las que aparentemente no penetró nunca la influencia birmana ni la shan, y esa diversidad sugiere que los kachin se han mezclado con los pueblos aborígenes que han ido dominando en sus desplazamientos.

Se sostiene con frecuencia que el derecho de sucesión vigente entre los kachin combina los principios de la primogenitura y de la ultimogenitura; según se dice, «ordinariamente se divide el patrimonio entre el hijo mayor y el hijo más joven; los hijos restantes que pueda haber comprendidos entre esos dos quedan desposeídos por completo y se espera de ellos que busquen fortuna por su cuenta. El hijo mayor hereda la función del padre y las tierras que pueda haber, mientras que el hijo más joven recibe los bienes muebles y los objetos de uso personal y abandona el lugar en busca de otro en el que asentarse». De acuerdo con esas referencias, que han repetido en esencia varios autores que se han ocupado de los kachin, el hijo mayor se queda en el hogar paterno y hereda las tierras familiares, mientras que el hijo más joven toma las propiedades personales o privadas y sale al mundo a abrirse camino por su cuenta. Eso es precisamente lo contrario de lo que sucede, según se dice, entre las tribus mongoles de la región emparentadas con los kachin; y muy bien podríamos sospechar que lo expuesto, debido originalmente al capitán J. B. Neufville, que lo escribió en 1828, se basa en una confusión. En todo caso, *sir* George Scott, que tuvo las mayores oportunidades de conocer las costumbres de los kachin, ha informado de manera completamente diferente acerca de sus leyes de sucesión. Según él, «entre los kachin ha existido la tendencia constante a la desintegración, igual que ha sucedido entre los tai, y el carácter montañoso de la región en que viven ha hecho que las subdivisiones hayan sido mucho más pequeñas. No cabe duda de que en épocas pasadas la desintegración fue debida también, y principalmente, a la necesidad de emigrar impuesta por el aumento de la población y por

el carácter ruinoso de los métodos de cultivo empleados. Se hizo costumbre que a la muerte del padre le sucediese su hijo más joven, mientras los hermanos mayores partían con tantos seguidores como podían conseguir y fundaban asentamientos nuevos que, si llegaban a tener éxito, se transformaban con el tiempo en tribus diferenciadas denominadas con el nombre de su fundador. La ley del burgo inglés de la comarca de Kent es, sin duda, reminiscencia de una costumbre similar practicada por las primitivas tribus de los anglos».

En alguna otra parte *sir* George Scott nos da relación instructiva de los diferentes sistemas de propiedad, tanto comunal como individual, que predominan, respectivamente, en las regiones montañosas y en los valles; las diferencias que existen entre los sistemas de propiedad dependen de las que a su vez se dan entre los sistemas de cultivo de la tierra, nómadas y permanentes o estables, practicados, respectivamente, en las montañas y en los valles. Según él, «en lo que respecta a la *taungya* o cultivo de los cerros, no existe la propiedad individual; se supone que la tierra pertenece a la comunidad como un todo, representada por el *duwa* o jefe; el sistema de cultivo no permite el uso continuado de un mismo trozo de tierra. El caso es diferente en aquellos lugares en los que se poseen tierras situadas en los valles y se cultiva arroz de clima húmedo, admitiéndose la propiedad individual de la tierra aunque con una restricción: nadie puede deshacerse de las tierras que posee y entregarlas a un extraño. Como reconocimiento de esa propiedad teórica de la tierra, el *duwa* recibe anualmente de cada familia uno o dos cestos del arroz cosechado. La familia en conjunto es la heredera de las tierras, y todos sus miembros la cultivan en común y para beneficio del conjunto. Los que abandonan el hogar paterno pierden sus derechos a participar del producto. Si la familia se divide voluntariamente, se efectúa un reparto, no sujeto a reglas definidas, con la única excepción de que el hijo más

joven recibe la parte de Benjamín así como la vivienda familiar».

En la relación precedente parece que se traza una distinción neta entre las tierras altas, cuyo cultivo es de tipo transitorio, y las tierras bajas, que son trabajadas de modo permanente; en los cerros se cultiva el arroz con arreglo al sistema de secano, mientras que en los valles se le cultiva por el sistema de regadío. La coincidencia del sistema de secano con el cultivo transitorio y del sistema de regadío con el permanente no es accidental; pues mientras el sistema de secano resulta compatible con la ocupación temporal del suelo, el sistema de regadío exige una ocupación de tipo permanente. En Java, por ejemplo, donde el cultivo del arroz alcanza las más altas cotas de eficacia gracias a un sistema de irrigación artificial, existen tierras que han dado dos cosechas al año desde tiempos inmemoriales. Ahora bien, resulta muy significativo que entre los kachin las tierras que se hallan en cultivo temporal sean mantenidas en común, mientras que las tierras sometidas a cultivo permanente son propiedad de individuos aislados. Algo similar es lo que ocurre con los lushai. Este pueblo practica el sistema nómada de agricultura y entre ellos no se conoce la propiedad privada del suelo. Los motivos son evidentes: la ocupación permanente del terreno es condición indispensable para la propiedad individual, pero no lo es, en cambio, para la propiedad colectiva o tribal. Y de la misma manera que a lo largo de la historia de la humanidad, como un todo, la vida errante del cazador, del pastor y del campesino nómada ha precedido a la vida asentada del agricultor que utiliza métodos de cultivo más avanzados, parece ser que la propiedad privada o individual de la tierra se ha desarrollado más tarde que la propiedad colectiva o tribal, y el derecho no la ha podido reconocer hasta que el suelo fue objeto de cultivo permanente. En suma, las tierras colectivas son más antiguas que las tierras particulares o privadas, y la transición

de la propiedad comunal o colectiva del suelo a la propiedad privada ha ido asociada a las mejoras introducidas en el cultivo, que a su vez, como sucede con los adelantos económicos, han contribuido poderosamente al progreso general de la sociedad.

Al igual que sus parientes birmanos, los kachin de China practican tanto la agricultura nómada como la permanente. Contemplada desde la cima de una montaña elevada, la región en que viven se alarga en todas direcciones como un mar de cerros que se extendiese hasta donde pudiese alcanzar la mirada, cumbres y laderas en gran parte cubiertas de bosques, excepto donde claros pequeños marcan el emplazamiento de poblados, o donde una abertura de las montañas revela la presencia de un río que se abre paso, curva tras curva, a través de un valle estrecho al pie de la altura en que nos encontramos. Los poblados se hallan siempre situados en las proximidades de una corriente de montaña perenne, generalmente en algún vallecito abrigado, o suben dispersándose con sus cercados por una pendiente suave, y llegan a cubrir tal vez una extensión de hasta dos kilómetros cuadrados. Las viviendas, que por lo general tienen la fachada principal mirando al este, están hechas todas de acuerdo con un mismo plano. Se las construye de bambú y por lo general miden de cuarenta y cinco a sesenta metros de largo por doce a quince metros de ancho. En esas grandes habitaciones colectivas se reserva la primera sala para recibir a los forasteros; las demás salas son la vivienda de varias familias, emparentadas por lazos de sangre o de casamiento; esas familias forman un hogar colectivo o comunal. Los aleros sobresalen de los muros y apoyados en postes forman una veranda en la que hombres y mujeres trabajan o descansan al sol durante el día, y en la que los búfalos, las mulas, los ponis, los cerdos y las aves de corral se alojan durante la noche.

Próximos a las casas hay cercados de pequeñas dimensiones en los que se cultivan amapolas de flor blanca, llantenes e índi-

go; el arroz y el maíz crecen juntos en los: declives y lomas adyacentes, divididos en terrazas que a menudo toman la forma de pequeños anfiteatros, La corriente es represada cerca de su punto más alto, y se la dirige de modo que se derrame sobre las terrazas y vuelva a su cauce en el valle situado debajo. A veces se canaliza el agua a través de conductos hechos de bambú hasta campos de arroz o viviendas distantes. Todos los años se abren nuevos claros derribando y quemando los árboles que crecen en las laderas de los cerros. Al lado de los poblados se pueden ver caminos o senderos abandonados, que habían sido trabados para llegar a antiguos claros abiertos en el bosque, acompañados de pequeños canales. El terreno recién desbrozado es removido por medio de un azadón tosco, pero las terrazas cultivadas son trabajadas con arados de madera. Las lluvias excesivas, antes que la sequía, es el peligro que más temen esos rudos campesinos. Pero, por lo general, la fertilidad natural del suelo compensa con creces sus trabajos y recogen cosechas abundantes de arroz, maíz, algodón y tabaco, todo de excelente calidad. Cerca de los poblados se levantan huertos en los que crecen los melocotones, las granadas y las guayabas; en el bosque abundan los nogales, los ciruelos, los cerezos y varias especies silvestres de zarzamoras. En los cerros más altos florecen los abedules y los robles, y hay grandes extensiones cubiertas de *Cinnamomum caudatum* y *C. cassia*, de los que se extrae y vende el aceite de cinamomo o de canelo. Todos los años se abaten miles de esos árboles para despejar nuevos terrenos de cultivo, y se los quema, troncos y ramas, allí donde han caído.

El origen mongol de esos kachin chinos puede ser observado en sus rasgos físicos, aunque se pueden distinguir en ellos dos tipos principales. El más generalizado se diferencia por el rostro redondo y pequeño, la frente baja, los pómulos salientes, la nariz ancha, los labios gruesos y salientes, el mentón ancho y cuadrado y los ojos ligeramente oblicuos y separados. La feal-

dad del rostro se ve compensada por la general expresión de buen humor. El cabello y los ojos suelen ser de color castaño oscuro y el tinte de la tez como el del ante sucio. En el otro tipo se observan rasgos más finos que recuerdan los rostros feminoides de los kachari y lepcha de Sikim. En ellos la oblicuidad de los ojos está muy acentuada y el rostro es alargado, casi como un óvalo aplastado; la barbilla es puntiaguda, la nariz aquilina, los pómulos salientes, y el color de la tez tan claro que en ocasiones se le puede confundir con el de un europeo. Ese tipo parece indicar la existencia de sangre mezclada con la de los birmanos o los shan. Los kachin son más bien de estatura corta; los miembros son ligeros, aunque bien formados, pero las piernas son desproporcionadamente cortas. Aunque no musculosos, son de complexión atlética y ágil. Suelen acarrear de la cumbres cargas de leña pará el fuego y tablas de pino o abeto que resultarían excesivamente pesadas para un europeo ordinario; y las jóvenes corren ágilmente como gacelas a lo largo de los senderos de la montaña, mientras sus rizos sueltos y negros flotan detrás de ellas empujados por el viento.

Entre esos montañeses ha predominado hasta ahora el sistema patriarcal de gobierno. Cada uno de los clanes es gobernado por un jefe hereditario con la asistencia de dignatarios cuyo cargo es también hereditario; pero resulta curioso que mientras este último cargo ha de ser desempeñado forzosamente tan sólo por el hijo de mayor edad de la familia, «la jefatura del clan pasa al hijo más joven, o en caso de no existir hijos, al hermano sobreviviente de menor edad. También las tierras se hallan sujetas a esa ley hereditaria: en todos los casos pasan al hermano más joven, o a los hermanos más jóvenes, mientras que el hermano mayor o los hermanos mayores abandonan el hogar paterno y se van a abrir claros nuevos en el bosque». De modo que entre los kachin, lo mismo que entre los lushai, el derecho de ultimogenitura parece apoyarse en la costumbre de enviar a

los hijos mayores al mundo para que se abran camino por sí mismos, mientras que el hijo menor se queda en la vieja casa familiar para cuidar de los padres.

El doctor John Anderson ha comprobado que entre los shan de China predomina una norma de sucesión semejante, basada en una costumbre similar. Los shan viven al lado de los kachin, en la provincia de Yun-nan. Entre ellos, nos dice el doctor Anderson, los jefes, ayudados por un consejo de hombres destacados, ejercen sobre sus tribus autoridad patriarcal completa y desempeñan las funciones de juez en todos los casos que se presentan, tanto civiles como criminales. El jefe, o *tsawbwa*, «es el propietario nominal de toda la tierra, pero cada una de las familias posee una cierta extensión de ella y la cultiva y entrega al jefe una parte de la cosecha. Los asentamientos de esas gentes se ven perturbados muy raramente y las tierras pasan de una generación a la siguiente; el hijo más joven las hereda, mientras que el hijo mayor o los hijos mayores, si la hacienda es demasiado pequeña, tratan de hacerse con tierras en otro lugar o se dedican al comercio. De ahí que los shan deseen emigrar y establecerse en regiones fértiles, tales como la de la Birmania británica». La mayor parte de esos shan chinos se dedica a la agricultura, y como granjeros pueden ser comparados a los belgas. Se aprovecha cada metro cuadrado de tierra; la cosecha principal es la de arroz; se le cultiva en parcelas cuadradas y pequeñas, rodeadas de diques bajos y regadas por medio de canales y esclusas. Durante el tiempo seco se toma el agua del río o arroyo más próximo, se construyen canales muy numerosos y, a través de ellos, se lleva el agua a los campos, que son regados con generosidad. A comienzos del mes de mayo, el valle, de un extremo al otro, presenta el aspecto de una extensión inmensa de encharcados campos de arroz que brillan al sol mientras el lecho del río queda casi al descubierto como consecuencia del drenado de sus aguas.

Los shan, o mejor tai, como se les debiera llamar hablando en propiedad, son el pueblo de mayor extensión y el más numeroso de los que habitan en la península indochina; van desde Assam hasta muy adentro de la provincia china de Kwang-si, y desde Bangkok al interior de Yun-nan. En la actualidad, el único estado independiente shan es Siam. El pueblo se halla emparentado con el chino, tanto por el aspecto físico como por el idioma que hablan; no cabe duda de que tanto por sus estructuras como por su vocabulario las lenguas habladas por los chinos y los shan son muy afines, y muy diferentes de las habladas por los birmanos y los tibetanos, aunque todas pertenezcan a la misma familia general de idiomas que los filólogos llaman en la actualidad tibetano-china. Si bien gran parte de su territorio es montañoso, los shan no se consideran un pueblo de montaña y prefieren asentarse en los valles llanos y extensos de origen aluvial o no que se despliegan entre las montañas. En cualquier lugar que habiten son cultivadores diligentes del suelo; sobre las planicies más grandes trazan toda una red de canales de riego; y en cuanto a las más pequeñas, desvían los ríos y arroyos por medio de diques y canales, con los que conducen el agua hasta las parcelas situadas en las faldas montañosas; si las márgenes del río son altas y hay bastante tierra llana como para compensar el esfuerzo y el coste, los shan construyen grandes norias de bambú y con ellas izan el agua hasta el lugar donde ha de ser utilizada. Sin embargo, cuando no hay manera de conseguir tierras en el valle, los jóvenes a veces solicitan tierras de la jungla, a cierta distancia del poblado, en las laderas de las montañas. No hay escasez de esos terrenos situados en la jungla, pero en ellos no es posible cultivar el arroz y han de ser dedicados a huertos o grandes bananales. Resulta curioso comprobar la existencia de la costumbre de la ultimogenitura en un pueblo comparativamente tan adelantado como el de los shan.

Se dice también que se ha observado la existencia de la costumbre de la ultimogenitura entre los chin, que habitan los cerros fronterizos situados entre Birmania y Assam. Aún no han sido determinadas con exactitud sus afinidades raciales, pero, a lo que parece, pertenecen a la gran familia mongol y hablan dialectos de la familia lingüística tibetano-birmana. La mayor parte de los chin se hallan aún en un estado de gran primitivismo, y viven en guerra con sus vecinos. Están divididos en clanes pequeños y numerosos que con frecuencia realizan incursiones en los territorios de los demás y en los poblados birmanos. En lo que respecta a su subsistencia, dependen principalmente de la agricultura y cultivan el arroz, el mijo, el tabaco, los frijoles, el sésamo y los guisantes. Pero el terreno que ocupan no es demasiado apropiado para la agricultura, porque los cerros están cubiertos de selva y maleza y atravesados por los cauces de numerosos arroyos. Sin embargo, en las proximidades de los poblados se despejan algunos trozos de terreno para el cultivo. Sus leyes relativas al casamiento y a la herencia son muy notables; entre ellas se encuentran la costumbre de dar a un hombre derecho preferente cuando se trata de casar a su prima y la norma según la cual «el hijo más joven es el heredero de una familia chin y tiene el deber de quedarse en casa con los padres y cuidar de ellos y de las hermanas». Sin embargo, en la actualidad parece haber desaparecido la costumbre de la ultimogenitura entre los haka chin; ha desaparecido o está desapareciendo para ser sustituida por la primogenitura, aunque al menos en dos de las familias o clanes, el kenlawt y el klarseowsung, el hijo más joven aún sigue heredando con regularidad la vivienda familiar, a menos que renuncie a este derecho, esté reñido Con su padre o sea leproso o loco. Antiguamente era norma invariable entre todos los clanes haka que el hijo más joven heredase la residencia de los padres; pero un tal Lyen Non, de Sangte, legó su casa a su hijo mayor en lugar de dejársela al hijo

más joven, y desde entonces casi la totalidad de los clanes ha aceptado ya la nueva modalidad de sucesión. «En lo que respecta a la propiedad de las tierras (*lai ram*), situadas en el interior de las regiones maka, el hijo mayor tiene derecho a dos tercios y el hijo menor al tercio restante».

Entre los kamee o hkamies, tribu de los cerros de Arakan, en las fronteras de Birmania, la norma que rige la herencia es la siguiente: «Si un hombre muere y deja dos o más hijos se dividen los bienes de la siguiente manera: si los hijos son dos, los bienes son divididos a partes iguales entre ellos: si los hijos son más de dos, el mayor y el más joven reciben cada uno dos partes de la herencia, mientras que los demás hermanos reciben solamente una parte cada uno». Semejante manera de dividir la herencia constituye, a lo que parece, una especie de compromiso entre las normas de la ultimogenitura y de la primogenitura, pues tanto el hijo mayor como él más joven son preferidos a los demás hermanos, y la preferencia es igual para los dos. Quizá ese compromiso indique la existencia de un proceso de transición en curso desde la costumbre de la ultimogenitura a la de la primogenitura.

Se dice también que la ultimogenitura predomina entre los lolos, raza de aborígenes numerosa y diseminada que vive en la provincia china de Yun-nan, pertenece a la familia mongol y habla una rama de la familia lingüística tibetano-birmana. Entre ellos, según un viajero inglés, «el orden de sucesión relativo a los bienes y a la función de jefe es curioso; por lo general es el hijo más joven el que sucede al padre en la propiedad de los bienes y en la jefatura del poblado, y le sigue después el hermano mayor».

Hasta aquí nos hemos ocupado de tribus de origen mongol en las que el heredero principal es el hijo más joven. Hemos de considerar ahora dos tribus en las que el heredero principal es la hija de menor edad. Son los khasi y los gato de Assam. El ori-

gen y el parentesco racial de los khasi son todavía asunto sujeto a discusión. Sin duda hablan un lenguaje que, a diferencia del de las tribus que los rodean, no pertenece a la familia mongol y se halla emparentado, a lo que parece, con las lenguas mon-kmer de Indochina, que a su vez son, según se cree en la actualidad, rama de una gran familia lingüística áustrica a la que pertenecen las lenguas habladas desde Madagascar por el oeste a la isla de Pascua por el este, y de Nueva Zelanda al sur hasta el Punjab al norte. Sin embargo, el hecho de que no hablen una lengua mongol no demuestra que los khasi pertenezcan a una raza no mongol; pues cuando un lenguaje no ha sido fijado, confiándolo a la escritura, la gente que lo habla se halla muy dispuesta a abandonarlo y a sustituirlo por otro de una raza dominante con la que por acaso hayan llegado a entrar en contacto. En nuestra época se han observado y registrado ejemplos instructivos de semejantes transiciones fáciles y rápidas de una lengua a otra entre las tribus que viven en Birmania, tribus que exhiben toda una serie de idiomas y dialectos. El aspecto físico y el temperamento de los khasi parecen indicar orígenes mongoles. Cabe decir que, según *sir* William Hunter, la fisonomía de ese pueblo es sin lugar a dudas mongol. Son gentes de corta estatura, musculosos, de pantorrillas robustas, pómulos anchos y prominentes, nariz achatada, escasas de barba, de pelo negro y liso, ojos negros o castaños, párpados oblicuos, aunque no tanto como entre los chinos y entre otros mongoles, y color de la piel que, según la localidad, varía de un castaño claro amarillento a un castaño oscuro. En cuanto a su temperamento, son alegres, despreocupados, bondadosos y muy aficionados a los chistes y bromas. Tales características sirven de apoyo a la opinión que sostiene que los khasi pertenecen a la raza mongol y no a la familia de pueblos meridionales, y principalmente tropicales, con los que se hallan emparentados por el idioma.

Sea como fuere, lo cierto es que por su modo de vida y por el nivel general de su cultura los khasi no se diferencian demasiado de las tribus de tipo mongol del Asia suroriental que practican la ultimogenitura. Viven en poblados fijos, que raramente abandonan por otros, y se ocupan principalmente en la agricultura; son campesinos laboriosos, aunque su modo de labrar la tierra sea todavía bastante ¡primitivo. Igual que la mayor parte de las tribus montañosas de la zona, obtienen tierras nuevas para el cultivo abriendo claros en el bosque, derribando los árboles y quemando los troncos caídos. Su alimentación se basa en el arroz y en el pescado seco.

El sistema social de los khasi está basado en el parentesco matrilineal, es decir, en la costumbre de establecer el parentesco únicamente a través de las mujeres. Cada uno de los clanes afirma que todos sus miembros descienden de un antepasado común del sexo femenino, no de un antepasado común varón; y los hombres cuentan su genealogía ascendiendo a través de su madre, su abuela, su bisabuela y así sucesivamente, en vez de hacerlo a través de su padre, su abuelo, su bisabuelo, etc. Y lo mismo que sucede con la sangre es lo que ocurre con la herencia. Los bienes son heredados únicamente por las mujeres y no por los hombres. La heredera es siempre la hija más joven y no la mayor; si la hermana más joven muere en vida de su madre, la reemplaza la hermana que la precede, y así sucesivamente. Si el matrimonio no ha tenido descendencia femenina, la herencia pasa a manos de la hija más joven de la hermana de la madre, luego a la hija más joven de la hija y así sucesivamente. Es verdad que al morir la madre las demás hijas tienen derecho a una parte de la herencia; pero la hija más joven recibe la parte mayor, incluidas las joyas de la familia y la casa familiar, junto con la mayor parte de lo que esta última encierra. Sin embargo, la hija menor no está autorizada a disponer de la vivienda sin contar con el consentimiento unánime de las demás hermanas,

que, por otra parte, están obligadas a llevar a cabo a sus expensas las reparaciones que sean necesarias en una casa en la que no van a vivir, puesto que se trata de la vivienda de su hermana. En cuanto a lo relativo a las tierras poseídas por la familia, a la muerte de la madre pasan a ser propiedad exclusiva de la hija más joven, pero las hermanas mayores tienen derecho a recibir su sustento de lo que esas tierras produzcan. Casi siempre viven juntas bajo un mismo techo la abuela, sus hijas y las hijas de sus hijas, o bien en viviendas separadas, pero todas dentro de un mismo cercado. Y mientras viva, la abuela es la que manda y ordena en la familia. En un hogar semejante, en el que el predominio del sexo femenino es tan acentuado, un hombre no significa nada. Si es un hijo o un hermano, prácticamente no cuenta, ya que cuando se case abandonará a la familia propia para irse a vivir con la familia de su mujer. Si es el marido de una de las mujeres, sigue sin contar para nada, porque no es miembro directo de la familia y no tiene, derecho a parte alguna de la herencia. Se le mira como un simple reproductor. Cualesquiera bienes que alcance a conseguir por los propios esfuerzos pasarán a su muerte a manos de su mujer, y tras la muerte de ésta a las hijas, de las cuales, como es de costumbre, es la hija más joven la que recibe la parte más importante. Durante toda su vida es un extraño en casa de su mujer, y cuando muere incluso sus restos son enterrados lejos de los restos de ella, fuera de la tumba familiar.

La costumbre de averiguar la descendencia siguiendo la línea femenina y de transmitir la propiedad de los bienes a través de las mujeres en lugar de hacerlo a través de los hombres es característica común de las razas no civilizadas; y originalmente pudo estar basada en la certeza del parentesco materno comparada con la incertidumbre del parentesco paterno en una sociedad en la que existía mucha libertad en las relaciones entre los sexos. Pero es ese un problema amplio y complicado cuya dis-

cusión nos llevaría demasiado lejos. En la actualidad, entre los khasi, la costumbre, cualquiera que hayan sido sus orígenes remotos, se halla limitada por la norma que establece que las hijas hayan de quedarse en casa de los padres mientras los hijos la abandonan para ir a vivir con las familias de sus esposas. Pues bajo el imperio de una norma semejante, las hijas son los únicos miembros de la familia que pasan toda su vida en el hogar familiar, por lo que resulta natural que la casa y lo que ella contenga estén en sus manos antes que en manos de los varones, que la abandonan o entran en ella solamente cuando se casan, de modo que únicamente pasan entre sus paredes una parte de sus vidas. Y las mismas razones podrían ser aplicadas al caso de la propiedad de las tierras, si éstas se hallan en la vecindad de las casas y los hijos al casarse van a establecer su morada entre las gentes de las que procede su mujer, gentes que moran en poblados distantes. Bajo tales circunstancias resulta fácil de comprender el porqué de que sean las hijas y no los hijos las que hereden los bienes de la familia, tanto muebles como inmuebles.

Pero si bien se explica de ese modo la preferencia de que son objeto las mujeres en detrimento de los hombres en lo que respecta a la herencia, aún queda sin aclarar el hecho de que se escoja como heredera a la hija más joven y se posponga a todas las demás hijas mayores que ella. Los propios khasi explican la condición favorecida de la hija más joven atribuyéndola a los deberes religiosos a los que queda obligada. Según palabras de esas gentes, «ella es la que mantiene la religión»; Lo que quiere decir que es obligación de ella el llevar a cabo las ceremonias religiosas de la familia y el hacer propicios a los antepasados. Por consiguiente, es justo que al recibir sobre sus hombros el pesado fardo de sus obligaciones religiosas para con la familia reciba también la parte mayor de los bienes. Por los mismos motivos, si llega a cambiar de religión o a cometer cualquier sa-

crilegio con la violación de algún tabú, pierde los privilegios que tenía hasta ese momento, que recaen sobre la siguiente hija más joven, como si la hija primera hubiese muerto. Semejante explicación de la posición privilegiada de la hija más joven no resulta demasiado satisfactoria, pues aún podríamos preguntarnos por qué habría de ser la hija menor considerada más adecuada que sus hermanas mayores para el desempeño de la tarea del culto a los antepasados. Para esa pregunta no parece haber respuesta. Y los motivos aducidos por otras tribus para explicar la preferencia de que es objeto el hijo más joven en el momento de heredar, a saber, el hecho de que permanezca en la casa de los padres después de que los demás hermanos mayores se han ido por el mundo a probar fortuna, no parecen adecuados para aclarar la preferencia pareja de que es objeto la hija más joven entre los khasi, puesto que entre esas gentes todas las hijas se quedan con los padres; todas las hijas permanecen mientras viven en la casa paterna y en ella reciben a sus maridos. Y, sin embargo, sería natural que esperásemos que las razones que apoyan el trato privilegiado recibido por las hijas más jóvenes fuesen análogas a las que justifican el trato privilegiado recibido por los hijos varones más jóvenes; y, por consiguiente, una teoría que explique un caso y deje sin explicar el otro con dificultad puede ser considerada adecuada.

La otra tribu que sigue la costumbre del parentesco matrilineal y del derecho de ultimogenitura a favor de la hija más joven de la familia es la de los garo, que habitan en los cerros cubiertos de densa arboleda, pero no demasiado altos, que toman su nombre del de la tribu. No cabe duda de que pertenecen a la raza mongol, pues son un pueblo activo y de corta estatura, de miembros recios y compostura marcadamente china, que habla una de las lenguas tibetano-birmana de la gran familia lingüística tibetano-china. Esas gentes narran «una historia muy precisa de su migración a partir del Tibet; de su llegada a las plani-

cies que se extienden al pie del Himalaya, de su errar hacia Oriente subiendo por el valle del Brahmaputra y del retorno posterior sobre sus pasos hasta llegar a las llanuras que se extienden entre aquel río y las colinas en las que ahora habitan. En ellas parecen haber permanecido durante algún tiempo antes de emprender el último desplazamiento que los condujo a la región montañosa que en la actualidad ocupan». La mayor parte de los bosques vírgenes que cubrían antiguamente los cerros Garo han sido destruidos para abrir espacio a los campos de labranza, y en su lugar crecen ahora los bambúes y árboles pequeños, ya que nutrida por las copiosas lluvias la jungla ha cubierto con su densa vegetación la casi totalidad de la superficie de la región, si se exceptúan los trozos de terreno despejados para el cultivo. Los garo son esencialmente un pueblo de campesinos. A lo largo de toda su vida, la tarea de un hombre comienza con la roturación del suelo y termina con ella, y a la labranza dedica todas las energías que es capaz de reunir. Su sistema de cultivo es rudo. Se comienza escogiendo un trozo de terreno situado, por lo general, en la falda de un cerro, y durante el período invernal, que dura de diciembre a febrero, se le despeja de la jungla que lo cubre. Los árboles o bambúes abatidos —pues en muchas partes de los cerros la jungla consiste únicamente en bambúes— cubren el suelo hasta finales del mes de marzo, momento en que se los quema en el mismo lugar en que se encuentran. La siembra se hace en abril y mayo, tan pronto como han caído los primeros aguaceros. No se cava la tierra ni tampoco se ara, sino que con ayuda de un bastón puntiagudo se hacen agujeros en los que se depositan algunos granos de arroz. Para sembrar el mijo se le arroja simplemente a voleo sobre las cenizas de la quemada maleza. Las tierras robadas de ese modo a la jungla son cultivadas durante dos años; luego se las abandona y quedan en barbecho por lo menos durante siete años. Por lo general se establecen los poblados en los

valles o en depresiones de las laderas de las montañas, lugares donde abunda el agua corriente. Alrededor, por todos lados, se dilata la jungla sin límites. Las casas se apoyan sobre pilares y son muy grandes: a menudo tienen más de treinta metros de largo; carecen de ventanas, por lo que el interior es oscuro y deprimente. La estancia común de la familia ocupa la mayor parte del edificio y en ella las mujeres solteras duermen en el suelo. Sin embargo existen espacios separados por tabiques en los que viven con sus maridos las hijas casadas, y el dueño de la casa junto con su esposa dispone de un dormitorio privado. Los hombres solteros no duermen en casa de los padres, sino en una casa aparte construida para ser utilizada por todos los varones no casados del poblado. En ese zaguán de solteros son alojados los forasteros transeúntes, y en él celebran también sus reuniones los ancianos. Semejantes dormitorios para solteros son institución regular entre las tribus naga de Assam, pero no se encuentran entre los khasi de las tierras altas.

Entre los garo, como entre los khasi, predomina el sistema matrilineal. La mujer es el cabeza de familia y a través de ella pasa la sucesión de los bienes. La tribu se halla dividida en un gran número de grupos familiares o «maternidades» llamados *machongs*. La totalidad de los miembros de una maternidad se dice descendiente de un antepasado común del género femenino; y todos los niños de una familia pertenecen a la maternidad de la madre y no a la del padre, cuya familia apenas si es reconocida. La herencia sigue el mismo curso y se halla restringida a la línea materna y femenina. Ningún hombre puede poseer bienes, excepto los que consiga con su propio esfuerzo; ningún hombre puede heredar bienes cualesquiera bajo ninguna circunstancia. «La ley que rige la herencia puede ser formulada brevemente diciendo que una vez que determinados bienes pertenecen a una maternidad ya no pueden salir de ella. Los hijos de una mujer pertenecen todos a su *machong* y por ello pa-

recería a primera vista que sus hijos varones se ajustasen a la norma, pero hay que tener en cuenta que se han de casar con mujeres pertenecientes a un clan diferente, y que los hijos que tengan han de pertenecer al grupo de su madre y no al de su abuela, de modo que si el hijo varón heredase los bienes de su madre, esos bienes abandonarían el *machong* a que ella pertenece en la segunda generación. Por consiguiente, es Ja hija la que debe heredar, y su hija después de ella, o, en caso de no haber descendencia, cualquier otra mujer del clan designada por algunos de sus miembros». Sin embargo, aunque ante la ley las tierras y demás bienes que posea la familia pertenezcan a la mujer, en la práctica el marido dispone de ellos libremente durante toda su vida, y aunque no puede hacer testamento sobre tales bienes, en todos los demás aspectos su autoridad es incuestionable. Por ejemplo, las tierras de cultivo de un poblado pertenecen, estrictamente hablando, a la mujer del cabecilla de la tribu; sin embargo, tanto de palabra como de pensamiento se considera que el propietario es él. Y aunque sus derechos derivan exclusivamente de su esposa, ella nunca es tomada en consideración, a menos que sea necesario mencionar su nombre en algún litigio. En la práctica, por consiguiente, una mujer es tan sólo el vehículo por medio del cual los bienes de una familia pasan de una generación a la siguiente, para provecho de los hombres principalmente.

Hasta aquí nos hemos ocupado de la preferencia legal de que son objeto las mujeres frente a los varones entre los garo, pero nada se ha dicho aún referente a la preferencia que distingue a la hija más joven frente a las demás hermanas. Es verdad que el comandante A. Playfair, al que debemos una monografía muy valiosa acerca de la tribu, no nos da ninguna indicación tocante a semejante preferencia; de lo cual podríamos inferir tal vez que la práctica de la ultimogenitura no existe ya o está desapareciendo entre los garo en la actualidad. Sin embargo, parece

haber sido común en la tribu por lo menos hasta finales del siglo XVIII; pues un inglés que visitó y estudió a los garo en 1788 tomó nota de la costumbre, que observó entre ellos. Tras describir una boda garo de la que fue testigo, sigue diciendo: «He descubierto esas circunstancias de la ceremonia del casamiento de los garo por haber asistido a la boda de Lungree, qué era la hija más joven del jefe Oodassey, una niña de siete años, con Buglun, un joven de veintitrés, hijo de un miembro ordinario de la tribu. Y debo decir que ese casamiento, tan desigual por las diferencias de edad y rango de los contrayentes, es muy ventajoso para Buglun, ya que él será quien reciba la *booneahship* (jefatura) y las tierras de cultivo a la muerte del actual jefe; pues entre los garo la hija más joven es siempre la heredera; y si existieran otros hijos nacidos antes de ella no recibirían nada a la muerte del padre, el boonneah (jefe). Lo que resulta más extraño todavía es esto: si Buglun llegase a morir, Lungree se casaría de nuevo con uno de sus cuñados; y si todos sus cuñados hubiesen muerto, se casaría con el padre; y si resultase que éste era ya demasiado anciano, lo rechazaría y tomaría en matrimonio a cualquier otro hombre de su propia elección».

Hemos visto, por consiguiente, que la costumbre de la ultimogenitura ha existido en toda una serie de tribus del suroeste de China y de las regiones adyacentes de Birmania y Assam. Con la excepción dudosa de los khasi, todas esas tribus pertenecen a la familia mongol. Se cree que su hogar ancestral se hallaba en el noroeste de China, entre los cursos superiores del Yang-tse-kiang y del Ho-angho, de donde se diseminaron hacia los cuatro puntos cardinales. Siguiendo en sus desplazamientos los valles de los ríos, bajaron por el del Chindwin, el del Irrawaddy y el del Salween hasta Birmania, y siguiendo el Brahmaputra hasta Assam. Se ha conseguido comprobar la existencia de tres oleadas migratorias sucesivas de esos pueblos; la última fue la de los kachin o singfo, que en realidad se hallaba

en curso cuando fue detenida por la conquista inglesa de las tierras altas birmanas. Los valles de los grandes ríos Brahmaputra e Irrawaddy son, sin duda, los pasadizos a través de los cuales los audaces invasores norteños llegaron de sus regiones frías y brumosas del Asia Central a las más cálidas y fértiles del sur. Siguiendo ese camino natural fueron capaces de contornear el flanco de la larga y casi impenetrable barrera representada por los montes del Himalaya, barrera que ha impedido siempre la invasión de la India por el norte. Sin embargo, en su desplazamiento hacia el sur parece ser que esas hordas no fueron nunca más allá de las escarpadas montañas cubiertas de bosques y bañadas por la lluvia de la región de Assam; se detuvieron en ellas y allí han permanecido hasta nuestros días, como si se tratase de la vanguardia de un gran ejército que contemplara desde las cumbres de sus airosos cerros y por encima del borde de sus altas mesetas los cálidos valles y las calurosas y húmedas praderas, cubiertas con una alfombra verde y aterciopelada, que sé dilatan a cientos de metros más abajo hasta fundirse con la línea del horizonte, o se ven detenidos por las azuladas montañas que se levantan en la lejanía.

El clima caluroso de la India actuó probablemente en este aspecto como protección, más eficaz frente al invasor norteño que las débiles armas de sus pacíficos habitantes. Ese invasor podía respirar a sus anchas entre los robles, los abetos y los castaños de las montañas; pero temía vivir entre las palmeras, los cañaverales y los helechos arbóreos de los valles inferiores.

No obstante, la costumbre de la ultimogenitura, es decir, de la preferencia en favor del hijo más joven, ya sea del sexo masculino o del sexo femenino, no se limita en esas regiones a las tribus mongoles. Entre los mru, por ejemplo, pequeña tribu que habita en los cerros situados entre Arakan y Chittagong, «si un hombre tiene hijos e hijas, y esos hijos e hijas se casan, él padre vivirá con el hijo más joven, que será también el que herede to-

dos los bienes al morir su progenitor». Los mru son gentes de elevada estatura, recias, de tez oscura y rasgos de tipo mongol en el rostro. Cultivan el arroz, beben leche y comen carne de vaca y de cualquier otro animal. En cuanto a su temperamento, son pacíficos, asustadizos y sencillos, y para conciliar las disputas recurren a los espíritus antes que a la guerra. Entre ellos, un joven que desee casarse tiene que prestar servicio en casa de su elegida, a las órdenes del que será su suegro, pero si es hombre rico puede sustituir ese período de servidumbre por el pago de doscientas o trescientas rupias.

La costumbre de la ultimogenitura predomina también entre los ho o larka kol, que pueblan el territorio de Singbhum, en el suroeste de Bengala. Los ho pertenecen a la raza aborigen de piel oscura de la India, y en el aspecto físico se parecen a los drávidas, aunque hablan una lengua muy distinta de la de éstos, lengua que forma parte, según se cree, de la gran familia lingüística meridional o áustrica, en la que entra también el idioma de los khasi de Assam. La raza de la que son miembros los kol solía ser llamada kolar, pero en la actualidad se le llama mundá, denominación tomada de la tribu del mismo nombre. Los ho o larka kol son un pueblo exclusivamente agrícola, y se hallan en un estado tal de adelanto que usan arados de madera con el borde de las rejas cubierto de hierro. Su hogar ancestral parece haber sido Chota Nagpur, meseta extensa y aislada situada al norte de la región que ocupan en la actualidad y en la que viven todavía sus parientes los mundá. Los ho reconocen el parentesco que los liga a los mundá y en sus tradiciones conservan el recuerdo de su emigración a partir de Chota Nagpur. Según los oraon, tribu aún más primitiva, que vive en Chota Nagpur, fue su invasión del altiplano la que indujo a los ho a abandonarlo y partir, en busca de nueva residencia más al sur. Pero resulta difícil de creer que los ho hayan cedido ante un pueblo tan: poco numeroso y aguerrido como el de los oraon.

Cualquiera que pueda haber; sido la causa de la emigración, los ho viven ahora en, una comarca salvaje y escarpada, más abrupta que los románticos valles y colinas de Chota Nagpur que abandonaron hace tiempo sus antepasados. El territorio, conocido con el nombre de Kolhan o Kolehan, es completamente ondulado, cruzado por ásperos bloques de rocas sueltas; y la vista tropieza por todos lados con cadenas de montañas que llegan a alcanzar los novecientos metros de altura. Las zonas más fértiles, más pobladas e intensamente cultivadas, de la región son las tierras bajas que rodean el puesto, militar de Chaibasa. Hacia el oeste se extiende una comarca de cerros y junglas extensas entremezclada de valles fértiles; mientras que en el extremo suroeste se alza un macizo montañoso, áspero y cubierto de bosques, conocido con el nombre, de Saranda de las Setecientas Colinas, en el que los míseros habitantes de un puñado de aldeas solitarias y pobres, agazapadas en hoyas profundas, pueden a duras penas disputarle el terreno a los tigres que rondan por la espesa jungla vecina. Los ho que viven en esas tierras1 altas aisladas son más salvajes y turbulentos que sus parientes dé las tierras bajas, y su agricultura es primitiva. Abren algunos claros en el bosque o selva que rodea sus míseros poblados; y si bien el suelo negro y rico da al principio cosechas abundantes, muy pronto queda exhausto por el sistema de cultivo rudo y elemental que practican los ho, quienes, al cabo de dos o tres años, se ven obligados a abrir nuevos claros y a levantar nuevas viviendas en alguna otra parte de la dilatada espesura. Cuando les fallaban esos recursos en tiempos de carestía, los selváticos montañeses solían hacer incursiones en los poblados de sus vecinos y regresar a sus lugares de asentamiento con todo el botín del que habían podido hacer preso. Las cosas marchan mejor en lo que respecta a sus parientes de los territorios más abiertos y fértiles del norte. En ellos, los poblados suelen estar bien situados en las alturas de los cerros y desde

ellos dominan las onduladas tierras altas y los campos de arroz cultivados en terrazas horizontales. Se marca el emplazamiento de los poblados con añosos y nobles tamarindos; este árbol, mezclado con los mangos y las nanjeas y bambúes, da un carácter acogedor al agradable paisaje. Las casas, de muros macizos y espesos, son amplias, y con sus techos de paja y limpias verandas se levantan aisladas unas de otras, cada una en su propia parcela de terreno, estando dispuestas de manera que formen, con toda una serie de edificaciones auxiliares, una especie de cuadrado con un palomar en el centro. En el prado de la aldea, cubierto de césped y sombreado por grandes tamarindos, se encuentran las grandes losas de piedra bajo las que «reposan los rudos antepasados ¡de los habitantes». En él gustan de reunirse los ancianos, bajo la sombra solemne de los árboles, cuando ya ha pasado el calor del día y terminan las faenas de la jornada, y sentados en las piedras conversan y fuman sus pipas; también en ese prado, cuando les llegue la hora, serán depositados para dormir el sueño último bajo las losas, al lado de sus padres, que los han precedido.

Cada uno de los poblados ho se halla sometido a la autoridad de un jefe, al que llaman *munda*; y un grupo de poblados, que puede ir de los seis a los doce, es gobernado por un jefe superior llamado mankie. Resulta curioso observar que las normas que rigen la sucesión en el cargo de jefe no son las mismas que regulan la herencia de los bienes privados; pues mientras la sucesión en la función de jefe se rige según el principio de la primogenitura, la propiedad de los bienes se ajusta al principio de la ultimogenitura. La distinción fue dada a conocer por el doctor William Dunbar, que nos dice lo siguiente: «En lo tocante a la transmisión de la herencia, los kol tienen costumbres singulares; entré en contacto con ellas, por primera vez, en el caso de un *mankie*, que así es como le llaman, cuyos poblados se hallan contiguos a los acantonamientos de Chaibasa. Aunque ese

hombre gobernaba un número considerable de poblados y era tenido por individuo poderoso entre los de su clase, me sorprendió constatar que su casa era pequeña y pobre y que su hermano más joven vivía en el edificio de mayores dimensiones del lugar, edificio que había pertenecido antes al *mankie* fallecido, padre de los dos. Al expresar mi sorpresa e indagar el motivo de semejante circunstancia se me dijo que a la muerte de los padres el hijo más joven recibe invariablemente la parte mayor de los bienes estrictamente personales de los fallecidos; y de ahí que el *mankie*, aunque hubiese heredado la autoridad de su padre y su condición de jefe patriarcal, estuviese obligado a entregar todas las pertenencias y bienes muebles a su hermano menor». Aunque el doctor Dunbar no lo sabía, muchos años antes el teniente Tickell se había expresado en los siguientes términos al referirse a la misma norma de transmisión de la herencia vigente entre los ho o larka kol: «El hijo que ha nacido el último hereda los bienes privados del padre, con el pretexto de hallarse menos capacitado que sus hermanos mayores para valerse por sí mismo a la muerte de los padres, pues éstos, cuando aún estaban vivos, los han ayudado a establecerse, cosa que no ha sucedido con el hijo más joven». Los motivos que justifican la diferencia entre las dos normas de sucesión no están quizá demasiado ocultos; pues mientras que a la muerte de un jefe se puede dejar sin riesgo al hijo más joven, aunque sea de menor edad, el disfrute de los bienes del padre, la prudencia aconseja, por lo general, que el ejercicio de la autoridad pública recaiga en el hijo de más edad, que tiene más experiencia.

También se ha dicho que practican una forma limitada de ultimogenitura los bhil, que son un pueblo indígena: y salvaje del centro de la India. Son gentes de baja estatura y tez oscura, nervudas y dotadas de gran capacidad de resistencia. Se dice que su nombre deriva de la palabra drávida que significa «arco», arma característica de la tribu. Han perdido su lengua original,

pero probablemente hablaban un idioma que pertenecía a una de las dos familias lingüísticas drávida o mundá (kolar). Antiguamente merodeaban como cazadores por los bosques de sus montañas natales, pero en la actualidad se han visto forzados a renunciar a la matanza, indiscriminada de animales de caza y al libre uso de los bosques en los que cometían verdaderos estragos. Ahora muchos de ellos viven en terreno abierto y se han transformado en sirvientes de las haciendas y en trabajadores de los campos. Algunos llevan tierras en aparcería, pero muy pocos tienen poblado propio. En la comarca, en el Barwani de centro de la India, por ejemplo, viven aún en un estado muy primitivo, según se dice, y la civilización les ha afectado muy poco. No tienen poblados fijos. El grupo de chozas que hace la vez de poblado es abandonado tan pronto cunde la más ligera alarma; a menudo basta la noticia de que se aproxima un hombre de raza blanca para provocar la huida de toda la población. Incluso en el recinto de lo que podría ser llamado un poblado, las chozas suelen estar muy separadas unas de otras, porque cada uno de los hombres teme la traición de sus vecinos y las intenciones de éstos acerca de su esposa. El bhil es un excelente hombre de la selva. Conoce los senderos más cortos a través de los cerros, es capaz de atravesar los pasos más abruptos y de subir por las pendientes más pronunciadas sin resbalar ni dar muestra de temor. Con palabras del sánscrito antiguo se le llama a veces *venaputra*, que significa hijo de la selva, o *pal indra*, es decir, señor de los desfiladeros. Son nombres que lo describen con exactitud. Porque al territorio en que viven se llega a través de angostos desfiladeros (*pal*) que en el pasado nadie podía atravesar sin el permiso de estas gentes. El bhil tenía siempre la costumbre de cobrar sus servicios a los viajeros, y aun hoy se halla dispuesto a hacer valer lo que considera sus justos derechos cuando los naturales del país pretenden viajar a través de la región. Como cazadores son hábiles y determinados. Co-

nocen las madrigueras de los tigres, de las panteras y de los osos y siguen pacientemente sus huellas hasta dar con ellos y matarlos. Armado únicamente de espadas, un grupo de bhil es capaz de atacar a un leopardo y reducirlo a pedazos.

Entre los bhil de Malwa occidental y de la región de Vindhyan-Satpura, que sigue el valle de Narbada, en él centro de la India, la costumbre tribal determina la herencia. La mitad dé los bienes pasa al hijo más joven, que se halla obligado a correr con los gastos del funeral, celebrado generalmente el duodécimo día después de la muerte del padre. También tiene el deber de asegurar el porvenir de sus hermanas. La otra mitad de los bienes es repartida entre los restantes hermanos. Pero si todos los hijos viven juntos, cosa que ocurre muy raramente, se reparte la herencia entre todos a partes iguales. Por consiguiente, también en esté caso parece ser que la preferencia de que es objeto el hijo más joven depende del hecho de que sea el único que Se quede con los padres hasta su muerte; si por acaso sucede que todos los hijos están viviendo bajo techo paterno en el momento de la muerte del padre, el hermano más joven rio goza de ningún privilegio y recibe únicamente una parte de la herencia igual a la recibida por los restantes hermanos.

También parece ser que predomina la costumbre de la ultimogenitura, en forma restringida, entre los badaga, pueblo de agricultores que junto con los también agricultores kota y con los toda, que son únicamente pastores, vive en los cerros Neilgherry de la India meridional. A ese respecto el doctor Rivers dice lo siguiente: «Breeks ha afirmado que entre los toda existe la costumbre de que la casa paterna sea heredada por el hijo más joven. Parece estar claro que se trata de un error y que semejante costumbre resulta completamente desconocida para los toda. Sin embargo, es costumbre badaga, y viviendo con este pueblo me dijeron que la norma es debida al hecho de que los hijos de una pareja crecen y se casan, abandonan el techo

paterno y levantan sus hogares en otra parte; mientras que el hijo más joven tiene la obligación de quedarse a vivir con los padres y servirles de apoyo mientras vivan, y una vez muertos sigue viviendo en la casa paterna, que pasa a ser de su propiedad».

Parece ser que en el territorio malayo se han encontrado restos muy escasos de la costumbre de la ultimogenitura. En Rembau, una de las provincias de la península malaya, los bienes familiares son propiedad de las mujeres. Si en la familia hay varias hijas, la hija más joven hereda normalmente la casa de la madre y se compromete a cambio dé la futura herencia a cuidar de la madre en su ancianidad.

Los batak de Sumatra son un pueblo agrícola que vive en poblados permanentes. Entre ellos, cuando un hombre muere y deja varios hijos o hermanos, es costumbre repartir la herencia entre ellos y dar al hijo menor y al mayor partes mayores que a los demás; por lo general, la parte que les toca a esos dos hermanos es el doble de la que toca a los restantes.

En la provincia de Georgia, al otro lado del Cáucaso, y de acuerdo con normas escritas, pero, a lo que parece, no publicadas, es costumbre que a la muerte del príncipe o de uno de los nobles el hijo más joven herede la casa del padre, junto con las dependencias anejas y el jardín; si existe una iglesia, también pasa a manos del hijo más joven, pero se calcula su valor y el nuevo dueño paga a sus hermanos una parte de ese valor. Cuando muere un campesino su casa y sus fincas pasan al hijo mayor, pero el granero recae en el hijo más joven.

La ultimogenitura en el noreste de Asia

Hasta aquí, todos los pueblos entre los que hemos encontrado la costumbre de la ultimogenitura son, con la excepción de los bhil, pueblos de agricultores. Sin embargo, la costumbre también predomina, hasta cierto punto, en tribus que se en-

cuentran todavía en las etapas de pastoreo o caza. Así se ha dado, noticia de que la costumbre está establecida entre los yukaghir, tribu de la familia mongol que vive en el noreste de Siberia y se dedica en parte a la caza y a la pesca y en parte al pastoreo de manadas de renos. No es posible la práctica de la agricultura, dado el rigor extremo del clima, que es el más frío de toda Siberia y sin duda uno de los más fríos de toda la tierra. «Los yukaghir, que viven en las proximidades de los ríos y se alimentan de la caza y de la pesca que capturan, son tan pobres y su modo de vida es tan primitivo que la posesión particular o privada por parte de la familia de cualquier artículo, para no hablar de alimentos, se halla casi por completo más allá de lo que son capaces de comprender. Todo lo conseguido mediante la caza o la pesca es entregado por los cazadores y pescadores a las mujeres, y la más anciana cuida de la distribución… Se reconoce hasta cierto punto la posesión individual en lo que respecta a los vestidos y a los útiles de caza, tales como la escopeta, el arco, etc. Cada uno de los miembros de la familia posee lo que llama *sus* ropas, y el cazador posee lo que llama *su* escopeta. El principio de la propiedad privada sigue siendo válido en lo que se refiere a los vestidos de las mujeres y a sus adornos, y a utensilios tales como agujas, dedales, tijeras e hilo. También son propiedad privada los útiles de fumar —la pipa, la piedra de hacer chispa, la bolsa del tabaco, la mecha— y las canoas. Pero en cuanto a todas las artes de pesca, a la casa y a los utensilios del hogar son propiedad colectiva de toda la familia… En lo que respecta a la transmisión de los bienes familiares, el principio que rige por lo general es el de la minoridad. Cuando los hermanos mayores se separan de la familia o tras la muerte de los padres van a; vivir con la familia de los padres de la mujer, los bienes familiares quedan en manos del hijo más joven. También él se convierte en propietario de la escopeta de su padre, una vez muerto éste, mientras que los vestidos y adornos de la ma-

dre pasan a ser propiedad de la hija más joven. Como ya se ha dicho, el hijo más joven no abandona la casa de sus padres para ir a vivir en casa de los suegros. Durante algún tiempo se halla al servicio de su suegro, en compensación por la esposa, y luego vuelve a vivir con sus propios padres. Los yukaghir explican la costumbre del derecho del hijo menor a la herencia con el pretexto de que el más joven de los hijos ama a sus padres más que los otros hermanos, y se siente más ligado a ellos que los que han abandonado la casa propia para ir a vivir en la ajena».

A pesar de las razones de tipo sentimental alegadas por los yukaghir para explicar la preferencia de que es objeto el más joven de los hijos en el momento de repartir la herencia, podemos suponer que entre ellos, como sucede entré las tribus que hemos visto anteriormente, los motivos reales consisten en la circunstancia de que el hijo más joven se queda con los padres y les hace compañía después de que los hijos mayores se hayan casado, yéndose a vivir fuera de la casa paterna, en casa de los padres de la mujer. La suposición se convierte casi en certidumbre cuando vemos que en aquella rama de la tribu cuya subsistencia depende de las manadas de renos, los hijos «no abandonan la casa paterna tras el casamiento, sino que permanecen con la familia y comparten sus bienes. Los hermanos se mantienen juntos, en parte debido a los lazos de parentesco que los unen y en parte por la escaseé de renos, que hace prácticamente, imposible la existencia de hogares separados». Nada podría poner mejor al descubierto los verdaderos orígenes de la costumbre de la ultimogenitura que la observación de que entre los estrechos límites de una misma y pequeña tribu, pues los yukaghir suman en total únicamente unos pocos cientos de almas, el más joven de los hijos hereda la totalidad de los bienes de la familia únicamente en aquella rama de la tribu en que es costumbre que sea el único que se quede a hacer compañía a los ancianos padres; mientras que en aquella otra rama de la tribu

en que todos los hijos permanecen bajo el techo paterno, el más joven no goza de ningún privilegio, sino que todos comparten la propiedad de los bienes a la muerte de los padres. Por otro lado, entre esos yukaghir criadores de renos, una hija casada deja la casa de sus padres y va a vivir a la de los suegros. De ahí que no reciba parte alguna de la herencia a la muerte de los padres. Cuando muere la madre, sus pertenencias personales tales como vestidos, adornos y útiles de trabajo pasan a las hijas solteras. De modo que, como vemos, las costumbres sociales que reinan entre los yukaghir criadores de renos son, en cierto grado, directamente las contrarias a las que predominan entre los khasi. Entre los yukaghir, los hijos se quedan durante toda la vida bajo el techo paterno y heredan los bienes familiares, mientras que las hijas abandonan al casarse la casa familiar y al final no heredan cosa alguna. En cambio, entre los khasi, las hijas permanecen durante toda la vida al lado de los padres y heredan los bienes de la familia, mientras que los hijos son los que dejan la casa paterna al casarse y no heredan nada. En los dos casos la herencia pasa, como es natural, a manos de los hijos que se quedan en casa, ya sean hombres o mujeres.

Entre los chukchee criadores de renos, que habitan en el extremo noreste de Asia, se concede mucha importancia a la plancha de hacer fuego, que es Una figura humana tallada toscamente en madera y destinada a la obtención de fuego por fricción. A esas planchas de hacer fuego se las personifica y se las considera sagradas: se supone que protegen los rebaños de renos y que incluso cuidan de ellos. Muchas familias tienen más de una plancha de hacer fuego, algunas de ellas relativamente nuevas, las demás heredadas de generaciones anteriores. En cualquier caso, la plancha más antigua, como si fuese una preciosa reliquia, pasa junto con la casa y sus pertenencias a ser propiedad del heredero principal, que, por lo general, suele ser el hijo de más edad o el más joven; A lo que parece, la cuestión

de si el heredero principal es el hijo mayor o el menor es decidida a favor del último que se queda en la casa paterna; pues se nos dice que «cuando el hermano mayor se va, la casa es entregada luego a un hermano más joven, que se transforma en el heredero principal».

Los koryak del noreste de Siberia sienten una reverencia supersticiosa similar por sus planchas de hacer fuego, y las tienen por divinidades del fuego doméstico, guardianes del hogar familiar, protectores mágicos de los rebaños de renos y auxiliares de los hombres en la caza y muerte de los mamíferos oceánicos. «Entre los que pertenecen al grupo marítimo, así como entre los koryak criadores de renos, la plancha sagrada de hacer fuego se halla relacionada con el bienestar de la familia, y por eso no debe ser llevada a una casa extraña. Pero si dos familias se juntan durante el invierno y viven en una misma casa, con el fin de salvar la dificultad de conseguir combustible para mantener calientes dos viviendas en lugar de una, las dos tienen consigo en la casa común sus amuletos propios, sin que ello ponga en peligro su eficacia. Por lo general, la plancha sagrada de hacer fuego es heredada por el hijo más joven o la más joven de la hijas, siempre que su marido viva en casa de los suegros y que; los hermanos mayores hayan abandonado el techo paterno para ir a levantar casa propia en otro lugar o formar rebaños propios de renos». Por consiguiente, también en este caso parece ser que la ultimogenitura viene determinada únicamente por la circunstancia de que el más joven de los hermanos permanezca en compañía dé los padres una vez que los hijos mayores los han abandonado para ir a establecerse por su cuenta; el sexo no influye en el derecho, pues el heredero puede ser tanto el hijo más joven como la hija más joven, según cual de los dos sea el último en abandonar el techo paterno.

La ultimogenitura en Africa

Entre las tribus de pastores de África, la costumbre de la ultimogenitura parece ser muy rara. La practican en forma restringida los bogo, una tribu que subsiste principalmente gracias a sus rebaños de ganado, aunque también labran la tierra hasta cierto puntó. Habitan en las lejanas estribaciones de las montañas de Abisinia, hacia el norte; el territorio carece de bosques y de corrientes de agua, pero el clima es templado y saludable. Casi durante todo el año el ganado recorre las montañas en busca de pastos nuevos, y cerca de una tercera parte de la población se mueve con él y vive en tiendas hechas de esteras de palma, que, cuando se levanta el campo para ir a otro lugar, son transportadas a lomos de bueyes. El resto de los componentes de la tribu vive en poblados permanentes de chozas de paja; pero en caso de necesidad queman las precarias viviendas y les basta una noche para partir con los rebaños en busca de nuevos asentamientos, pues la tierra abunda por todas partes. Entre los bogo predomina la costumbre de la primogenitura. El primogénito es cabeza de la familia; y la jefatura desciende también a través del primogénito de generación en generación. En efecto, el primogénito de una gran familia es considerado como alguien poco menos que sagrado e inviolable; es un rey sin poder real. Cuando un hombre muere se dividen sus bienes y el primogénito recibe la parte mayor, en la que entran las vacas blancas, que son tenidas por muy valiosas, junto con los muebles y otros elementos del menaje doméstico de la vivienda familiar. Pero la casa vacía propiamente dicha pertenece por derecho al más joven de los hijos.

Entre los nuer, pueblo de pastores que vive en las márgenes del Nilo Blanco, cuando muere el rey le sucede el más joven de sus hijos.

Entre los suk, tribu del África oriental británica, el hijo mayor hereda la mayor parte de los bienes del padre, mientras que el hijo más joven hereda los bienes de la madre. Parece que los

suk han sido al principio un pueblo exclusivamente agrícola, pero ahora hace ya algún tiempo que se hallan divididos en dos secciones: una agrícola y de pastores la otra. La regla acabada de mencionar relativa a la herencia; se halla vigente en ambas secciones de la tribu, y también entre los turkana, que es otra tribu del mismo territorio.

Algunos de los ibo, pueblo agrícola sedentario del sur de Nigeria, practican también la costumbre de la ultimogenitura o del derecho del más joven, pero entre ellos, sorprendentemente, se aplica la norma únicamente a los bienes heredados de las mujeres; no abarca los bienes heredados de los hombres, e incluso en esa forma restringida la costumbre parece ser excepcional antes que general.

El origen de la ultimogenitura

Tras haber repasado los ejemplos de ultimogenitura que encontramos actualmente entre las tribus de Asia y África estamos autorizados a concluir diciendo que la costumbre es compatible tanto con la vida de un pueblo agrícola como con la de un pueblo de pastores. Es cierto que la gran mayoría de los pueblos en los que se observa la costumbre de la ultimogenitura en nuestros tiempos se dedica principalmente a la agricultura. Pero el sistema de agricultura itinerante que muchos de ellos practican es ruinoso y exige disponer de un territorio cuya extensión no resulta congruente con la población que soporta. A medida que crecen los hijos de una familia van abandonando el techo paterno y abriendo en la jungla o en los bosques campos nuevos para el cultivo, hasta que por fin sólo queda con los padres en la casa familiar el más joven de los hijos; él es, por consiguiente, el báculo natural de los padres y el que los cuida en su vejez. Esa parece ser la explicación más natural y sencilla de la costumbre de la ultimogenitura, al menos en la medida en que se refiere a los derechos del hijo más joven. Lo confirma la práctica usual de los campesinos rusos actuales, entre los cuales

subsisten aún en nuestros días tanto la costumbre como los motivos que la apoyan. La corrobora además el hecho de que la casa paterna sea la parte de la herencia que con mayor frecuencia va a parar al más joven de los hijos; es la parte a la que tiene derecho incuestionable, incluso si no recibe nada más. La norma resulta así natural y justa si el hijo más joven es el único que vive en casa de los padres a la muerte de éstos.

Entre tribus tales como la de los khasi y la de los garo, en las que la descendencia se rige por el principio matrilineal, quizá se pueda explicar por medio de razones semejantes el hecho de que la herencia recaiga en la más joven de las hijas. Esta es por ley natural la última en casarse; e incluso entre algunos pueblos, en los que se halla incluido el de los garo, se le prohíbe expresamente que se case antes que sus hermanas de más edad. Por consiguiente, se ve forzada a permanecer en la casa familiar y a hacer compañía a los ancianos padres durante más tiempo que ellas; por lo que es el báculo de la vejez de los padres y su consuelo mientras viven, y su heredera después de su muerte. Incluso en el caso, que parece ser costumbre entre los khasi, de que también las hijas casadas permanezcan en el hogar bajo el viejo techo paterno o en casas contiguas, el cuidado de sus familias absorberá necesariamente la mayor parte de su tiempo y energías y les dejará relativamente pocos ratos de ocio para dedicarlos a la atención que necesitan los padres. Por consiguiente, también en ese caso no parece ilógica la preferencia de que es objeto la más joven de las hijas en el momento de recibir la herencia.

Como hace tiempo percibió Blackstone, la preferencia en favor de los hijos más jóvenes resulta aún más comprensible entre los pueblos que se dedican al pastoreo. Una tribu nómada de pastores de ovejas o de ganado en general necesita para su sustento un territorio relativamente extenso, por lo cual los hijos disponen de espacio suficiente cuando crecen para salir al

mundo y tratar de hacer fortuna con rebaños o manadas itinerantes propios, mientras el más joven se queda hasta el final con los viejos para alimentarlos y protegerlos en la edad provecta y para heredar sus bienes cuando al llegarles la hora vayan a reunirse con los antepasados.

Entre los beduinos, la relación que existe entre un padre y sus hijos es de tal naturaleza que da lugar fácilmente a la preferencia en favor del hijo más joven en detrimento de los hijos mayores. A ese respecto, Burckhardt, que estaba familiarizado con la vida de los beduinos, ha escrito lo siguiente: «Las riñas diarias que tienen lugar entre un padre y sus hijos en el desierto constituyen el rasgo peor del carácter de los beduinos. El hijo, alcanzada la virilidad, es demasiado orgulloso para pedir ganado al padre, ya que le bastan sus brazos para conseguir todo lo que desee; sin embargo, piensa que su padre debería ofrecérselo por propia iniciativa; al mismo tiempo el padre se siente lastimado al ver que su hijo se porta respecto a él con altanería, y de ese modo suele abrirse entre ellos una brecha que se hace generalmente tan ancha como para no cerrarse nunca. El hijo joven, tan pronto como puede, se emancipa de la autoridad del padre, aunque le siga haciendo objeto de alguna deferencia mientras continúa viviendo en su tienda; pero tan pronto como consigue hacerse con una tienda propia (su empresa permanente es llegar a tener una tienda para sí) no escucha consejo alguno ni obedece órdenes terrenales que no sean las de la propia voluntad. Un joven que todavía no haya alcanzado la pubertad demuestra respeto por el padre, no atreviéndose nunca a comer del mismo plato que él y ni siquiera a hacerlo en su presencia. Si alguien pudiese llegar a decir: 'Mira a ese muchacho, ha calmado su apetito en presencia de su padre', el hecho resultaría escandaloso. Los hijos varones más jóvenes, hasta la edad de cuatro o cinco años, son invitados a menudo a comer al lado de los padres y de su mismo plato».

También aquí, como en tantos otros casos, el momento decisivo de las relaciones que existen entre un padre y sus hijos parece ser aquel en que los hijos abandonan el techo paterno para ir a vivir por su cuenta. El altivo espíritu de independencia que manifiesta un beduino ante su padre desde el mismo momento en que deja de vivir con él bajo la misma tienda basta para destruir el afecto que el padre podría sentir, y para inducirlo, cuando llega el momento de disponer de los bienes, a pasar por encima del orgulloso e indócil hijo mayor, que se ha separado de él, y dejar todo lo que posee al hijo más joven, deferente y servicial, que ha permanecido con él bajo la misma lona. Es verdad que bajo el influjo de las leyes de Mahoma los árabes de la actualidad dividen sus bienes en partes iguales entre todos los hijos; pero antiguamente, antes del advenimiento del Islam, podían dejarse llevar a menudo del impulso de desheredar a los hijos mayores en favor del más pequeño.

Por tanto, en las etapas agrícolas o de pastoreo de la sociedad las condiciones necesarias para el surgimiento y predominio de la ultimogenitura parecen ser el territorio extenso y la población escasa. Cuando, como consecuencia del aumento del número de habitantes o por cualquier otro motivo, deja de ser fácil para los hijos el desgajarse del viejo tronco y lanzarse al ancho mundo, el derecho del hijo más joven a heredar en exclusiva puede llegar a ser puesto en cuestión por los hermanos mayores y a caer en desuso o incluso a ser reemplazado por la primogenitura, como está sucediendo en la actualidad entre los lushai de Assam. A pesar de todo, y únicamente por la fuerza de la costumbre heredada, puede seguir siendo aplicada la vieja norma, incluso cuando han desaparecido las condiciones de vida que dieron lugar a ella. De ahí procede el que la ultimogenitura exista todavía, o existiese hasta hace poco tiempo, al lado de la primogenitura en no pocos lugares de Inglaterra. De ahí también que, para volver a nuestro punto de partida, podamos

comprender las razones por las cuales entre los antiguos hebreos siguieron existiendo trazas de ultimogenitura mucho tiempo después de que las gente la hubiese abandonado en general por la primogenitura, tras haber cambiado la vida nómada de los pastores beduinos del desierto por la vida asentada de campesinos en Palestina. El historiador de tiempos posteriores, cuando la antigua costumbre de la ultimogenitura había sido olvidada ya hacía tiempo, se sorprendió al encontrarse con tradiciones que hablaban de hijos más jóvenes herederos y de hermanos mayores privados de herencia, y con el fin de explicar los casos de sucesión de los bienes que violaban sus nociones particulares acerca de la propiedad, las consideró excepciones debidas a toda una serie de motivos fortuitos, tales como algún accidente ocurrido en el momento del nacimiento, la arbitrariedad de la preferencia paterna o la avidez y astucia del hijo menor. Por tanto, de acuerdo con esa teoría, Jacob no perjudicó a su hermano mayor Esaú; no hizo más que reclamar en propio favor el derecho de sucesión que las leyes antiguas habían conferido universalmente a los hijos más jóvenes, aunque en su época ya se había introducido entre las costumbres una nueva manera de transferir la herencia, manera que favorecía al hijo primogénito en detrimento del más joven.

VIII. JACOB Y LAS PIELES DE CABRITO, O EL SEGUNDO NACIMIENTO

La bendición desviada de su objeto

En el último capítulo hemos hallado motivos para suponer que en su condición de hijo más joven, Jacob tenía, de acuerdo con una antigua costumbre, derecho preferente a la herencia de su padre, Isaac, y que las estratagemas que, según se dice, utilizó con el propósito de despojar a su hermano mayor, Esaú, de su derecho de primogenitura no fueron otra cosa que intentos por parte del historiador para explicar aquella preferencia, que tocaba a la sucesión de los bienes y que favorecía al hijo menor, en perjuicio del mayor, y que en sus tiempos, cuando él escribía, había caído ya en desuso y se había hecho casi incomprensible. A la luz de esas conclusiones me propongo en el presente capítulo considerar la artimaña que Jacob, actuando en complicidad con su madre, Rebeca, usó, según se dice para engañar a su padre, Isaac, y recibir la bendición paterna en lugar de su hermano Esaú. Yo supongo que esa historia contiene el recuerdo de una antigua ceremonia que en los últimos tiempos, cuando la primogenitura ya había desplazado generalmente a la ultimogenitura, era llevada a cabo ocasionalmente con el propósito de poner a un hijo más joven en el lugar que, como heredero, correspondía a un hijo de más edad. Cuando ya la primogenitura o sucesión en la propiedad de los bienes por parte del hijo nacido primero se había establecido con firmeza como norma reguladora de la herencia, cualquier intento de pasarla por alto habría sido mirado como quebrantamiento de la costumbre tradicional, quebrantamiento que sólo podría sancionar la observancia de alguna formalidad extraordinaria ideada con el fin de invertir el orden del nacimiento de los hijos o con el de

proteger al hijo más joven frente a determinados peligros a que podría posiblemente exponerlo el acto de despojar a su hermano mayor de su derecho a la herencia. No es necesario que supongamos que Jacob llevó a cabo realmente esa formalidad con el propósito de convertirse en heredero de su padre; pues si la costumbre de la ultimogenitura estaba aún en completa vigencia en su tiempo, él era heredero legal y no necesitaba ninguna ceremonia especial para conferirle los derechos que ya le otorgaba su nacimiento. Pero en épocas más tardías, cuando ya la primogenitura había venido a sustituir a la ultimogenitura, el biógrafo de Jacob pudo sentir la necesidad de justificar la tradicional sucesión de su héroe en la posesión de los bienes con el recurso de atribuirle la práctica de una ceremonia a la que, en tiempos del historiador, sólo se recurría en contadas ocasiones con objeto de conferir sanción legal a la preferencia de que era objeto un hijo más joven frente a sus hermanos de más edad. Más tarde aún, el1 narrador de la biografía, al que no le resultaba ya familiar la ceremonia en cuestión, pudo haber pasado por alto su significado legal y presentarla como si se tratase únicamente de un astuto subterfugio empleado por Jacob a instancias de su madre para privar a su hermano mayor de la bendición que le era debida. Si esa hipótesis es acertada, la narración del Génesis habrá llegado hasta nosotros en ese último estado de incomprensión e interpretación errónea.

Los puntos de esa historia sobre los cuales voy a llamar la atención son, en primer lugar, la sustitución del hijo mayor por el hijo más joven, y, en segundo lugar, los medios de que se valió este último para ocupar el lugar del primero. El hermano menor se hizo pasar por el otro con ayuda de la estratagema consistente en vestirse con sus ropas y en cubrirse las manos y el cuello con pieles de cabrito, con el fin de imitar la extraordinaria vellosidad del hermano mayor; y a ese acto le indujo su madre, que tomó parte activa en él ayudando al hijo a ponerse

las ropas del otro hermano y a cubrirse manos y cuello con las pieles. De esa manera consiguió Jacob, el hijo más joven, atraer sobre sí la bendición paterna que estaba destinada al hermano mayor y ocupar en su lugar el puesto de heredero de los bienes familiares. Parece posible que en esa historia se haya guardado el recuerdo de una ceremonia legal que era utilizada para poner a un hijo menor en el lugar del mayor como heredero legal de la herencia paterna.

Las pieles de sacrificio en el ritual

En el África oriental existe un grupo de tribus cuyas costumbres se parecen curiosamente en algunos puntos a las de los pueblos semitas y pueden servir para ilustrarlas y explicarlas. Pues en el lento curso de la evolución social esas tribus africanas se han quedado muy rezagadas con respecto a los pueblos semitas y han conservado, por consiguiente, con claridad y nitidez las huellas de ciertos usos primitivos que en las demás partes del mundo han sido borradas en mayor o menor medida y limadas con el curso de la civilización. Las tribus en cuestión ocupan lo que es llamado cuerno oriental de África, aproximadamente la región comprendida entre Abisinia y el golfo de Adén por el norte y el monte Kilimanjaro y el lago Victoria Nyanza por el sur. No pertenecen ni a la raza negra pura, que se halla concentrada en el África occidental, ni a la raza bantú pura, que, en líneas generales, ocupa la totalidad del África meridional, desde el ecuador al cabo de Buena Esperanza. Es verdad que entre ellas se encuentran tribus que, como la de los akamba y la de los akikuyu, hablan lenguas bantúes y pertenecen quizá en lo principal a la gran familia bantú; pero incluso en relación con ellas existen dudas acerca de hasta qué punto son verdaderas tribus bantúes y en qué grado han sido transformadas por la mezcla o contacto con tribus de otras razas. En conjunto, la raza dominante de esa parte de África es una que los etnólogos de todo el mundo llaman etíope, cuyo tipo más

puro se halla probablemente representado por los galla. Su puesto más avanzado hacia el oeste parece ser el ocupado por los bahima de Ankole, de la nación de Uganda, que son un pueblo de pastores con el que, según se cree, se hallan relacionadas las familias reales de Uganda, Unyoro y Karagwe. Entre las demás tribus de ésa familia las más conocidas son quizá las afines masai y nandi, sobre quienes tenemos la fortuna de poseer dos monografías excelentes debidas al etnólogo inglés A. C. Hollis. Al referirse a la afinidad que existe entre esas tribus y la de los galla, nos dice: «No me parece que en el pasado se haya comprendido o se haya tenido en cuenta lo bastante la parte que han desempeñado los galla en la formación de los masai, los nandi-lumbwa y otras razas tales, quizá, como la de los bahima de Uganda. En el aspecto personal, en la religión, en las costumbres y en menor medida en las lenguas habladas por muchas de esas tribus se comprueba frecuentemente el influjo ejercido por sus antepasados galla». Ahora bien, el hogar de los galla en África se halla separado de Arabia tan sólo por un angosto mar. Arabia ha sido la cuna de la raza semita, y desde la más remota antigüedad ha tenido que ser frecuente el intercambio entre los dos países y los dos pueblos. De ahí que no resulte tan extraño como a primera vista pudiera parecer el hallazgo de semejanzas entre las costumbres semitas y las etíopes. El grito dado en el monte Sión tarda sin duda mucho en llegar al Kilimanjaro, pero pudo haber ido pasando de una en otra estación intermedia a lo largo de las costas de Arabia y de África. Al decir lo que precede no pretendo expresar ninguna opinión tocante a la cuestión de si las semejanzas encontradas entre los usos semitas y los etíopes han de ser explicadas por medio de la derivación de una fuente común o por medio del influjo de circunstancias similares que habrían actuado independientemente sobre las mentes de razas diferentes. Me limito a señalar la hi-

pótesis del origen común como una alternativa que no debiera ser rechazada a la ligera.

Una vez dicho lo que antecede, para guardarme de la sospecha de que voy a buscar mis argumentos a distancias poco razonables, expondré a continuación algunos de los hechos que, en mi opinión, dan a entender que detrás de la historia del engaño del que Jacob hizo víctima a su padre Isaac yace una antigua formalidad legal.

Entre los galla es costumbre que las parejas que no han tenido descendencia adopten algún niño; y el vínculo formado por la adopción es tan estrecho que incluso en el caso de que la pareja llegue a tener más tarde hijos propios, el hijo adoptado conserva todos los derechos de la primogenitura. Para llevar a cabo la transferencia de un niño de sus padres reales a sus padres adoptivos se efectúa la siguiente ceremonia. El niño, que suele tener unos tres años de edad, es tomado de brazos de su madre y se le lleva a un bosque. Allí el padre renuncia solemnemente a todos sus derechos sobre la criatura y declara que a partir de ese momento el que era su hijo ha muerto. Entonces se mata un buey y con la sangre se le unta al niño la frente, se le pone alrededor del cuello una porción de la grasa y se le cubren las manos con un trozo del pellejo. Es evidente la semejanza que existe entre esa ceremonia y la treta empleada por Jacob: en los dos casos se envuelven las manos y el cuello de la persona indicada con el pellejo o la grasa de un animal sacrificado. Pero el significado del rito no salta a la vista. Quizá podamos descubrirlo si examinamos ritos semejantes empleados por las tribus del este de África en diversas ocasiones.

Entre esas tribus es práctica común sacrificar un animal, generalmente una cabra o una oveja, despellejarla, cortar el pellejo en tiras y colocar las tiras en torno a las muñecas o en los dedos de personas que, según se piensa, saldrán beneficiadas de la operación de una manera o de otra; puede ser que se vean li-

bres de una enfermedad que las aqueje, o que se vuelvan inmunes a ella, o que queden purificadas de alguna contaminación ceremonial, o revestidas de poderes misteriosos. Así, entre los akamba, cuando nace un niño se mata una cabra, se la despelleja, se cortan tres tiras del pellejo y con ellas se envuelven las muñecas del recién nacido, de la madre y del padre, respectivamente. Entre los akikuyu, en una ocasión similar se sacrifica una oveja, se le arranca una tira de piel de una de las patas delanteras y con esa tira se hace una especie de pulsera que se le pone en la muñeca al niño para alejar la mala suerte o contaminación ceremonial (*thahu*) que, según se piensa, afecta a todo recién nacido.

También entre los akikuyu se practica una costumbre semejante en la curiosa ceremonia del «segundo nacimiento» (*ko-chi-a-rú-o ke-ri*) o «nacido de una cabra» (*ko-chi-a-re-i-rú-o m'bór-i)*, tal como la llaman los indígenas, a la que tenían que ser sometidos antiguamente todos los niños akikuyu antes de ser circuncidados. La edad a la que se lleva a cabo el ritual varía según las disponibilidades del padre, que tiene que hacerse con la cabra u oveja necesarias para la adecuada celebración de la ceremonia; pero parece ser que el segundo nacimiento tiene lugar generalmente cuando un niño se halla en torno a los diez años o antes. Si el padre o la madre han muerto, un hombre o una mujer los sustituyen en esa ocasión, y en tal caso, a partir de ese momento, el niño mira a la mujer como si se tratase de su verdadera madre. Por la; tarde se mata una cabra o una oveja y se apartan el vientre y los intestinos. La ceremonia tiene lugar por la noche, en una choza; sólo se permite la presencia de mujeres. Se corta un trozo del pellejo de la cabra u oveja sacrificadas, un trozo de forma circular, y se le pasa por encima de un hombro y por debajo del brazo contrario del niño que ha de volver a nacer; y por encima del otro hombro y por debajo del brazo opuesto se pasa el vientre del animal. La madre, o la mu-

jer que hace sus veces, se sienta en el suelo encima de un cuero con el niño entre las rodillas. Se envuelve a la mujer con los intestinos del animal muerto; los extremos de los intestinos quedan delante del niño. La mujer se queja como si sintiese los dolores del parto, otra mujer corta los intestinos como si se tratase del cordón umbilical y el niño imita el llanto de un recién nacido. Mientras que un niño no ha nacido por segunda vez de esa manera simulada no se le permite asistir al entierro del cadáver de su padre muerto ni que ayude a llevarlo a morir entre la espesura de la selva. Antiguamente la ceremonia del segundo nacimiento se hallaba combinada con la de la circuncisión; pero en la actualidad se las mantiene separadas.

Esa es la curiosa costumbre del segundo nacimiento, tal como la practican, o la practicaban, los akikuyu, y les fue descrita al señor y la señora Routledge por indígenas que habían abandonado sus creencias tradicionales para convertirse al cristianismo. Y a pesar de ello mostraron aquellas gentes mucha repugnancia a hablar del asunto y no bastaron ni la persuasión ni el soborno para conseguir que se les ofreciese a los investigadores ingleses la oportunidad de presenciar la ceremonia. Sin embargo, su significado general parece estar suficientemente claro y no cabe duda de que el segundo título que los akikuyu aplican al singular rito, a saber, nacer de una cabra, lo pone bien de manifiesto. De hecho, la ceremonia consiste esencialmente en una simulación por la cual se pretende que la madre es una cabra y que ha dado a luz un cabrito. Así se explica el motivo de que se envuelva al niño en el pellejo y vientre de una cabra y el porqué de que se rodee tanto el cuerpo de la madre como el del niño con los intestinos del animal. En lo que se refiere a la madre, el hecho de que se le asimile a un animal es puesto de relieve quizá con mayor nitidez por un relato independiente que C. W. Hobley nos ha dejado de la ceremonia, aunque en su descripción el animal por el que la madre se hace pasar es una ove-

ja y no una cabra. La ceremonia se llama, según se nos dice, *kuchiaruo ringi,* que traducido literalmente significa «vuelto a nacer». El señor Hobley nos dice además que los akikuyu se hallan divididos en dos comunidades o grupos, los kikuyu y los masai, y que la ceremonia del segundo nacimiento difiere ligeramente de un grupo al otro. Si los padres de la criatura pertenecen al grupo masai se celebra el rito de la siguiente manera: «Pasados ocho días del nacimiento del niño, ya se trate de un varón o de una hembra, el padre de la criatura mata uña oveja y lleva su carne a la casa de la madre, que la come en compañía de sus vecinas, siempre que pertenezcan al grupo masai. Terminado el banquete se adorna a la madre con el pellejo del cuarto delantero izquierdo del animal; el pellejo se le ata desde la muñeca izquierda al hombro izquierdo. La mujer permanece de esa guisa durante cuatro días al cabo de los cuales se le quita el pellejo y se le arroja sobre la cama, en la que permanece hasta que alguien lo hace desaparecer. El mismo día que tiene lugar esa ceremonia se les afeita la cabeza a la madre y al niño. La ceremonia no tiene nada que ver con el acto de ponerle nombre al niño, acto que es llevado a cabo el mismo día de su nacimiento». En este caso parece ser que la ceremonia pretende asimilar a la mujer con una oveja; para ello se le da a comer la carne de una oveja y se la envuelve en el pellejo del animal, que luego es depositado en la misma cama en la que ocho días antes ella ha dado a luz a la criatura. Pero conviene observar que en esa modalidad del rito la simulación del segundo nacimiento tiene lugar tan sólo unos pocos días después del nacimiento real.

Pero si los padres pertenecen al grupo kikuyu, el rito del segundo nacimiento se desarrolla de la manera siguiente, en el sur del territorio akikuyu. «Al día siguiente del nacimiento del niño se mata un carnero y en un caldero se cuece parte de su grasa; cuando se la ha dejado hervir durante algún tiempo se les da a beber el caldo a la madre y al niño. No se afirmó expresa-

mente que esa ceremonia tuviese nada que ver con el rito a que nos estamos refiriendo, pero la descripción comenzó mencionándola. Cuando el niño alcanza una edad comprendida entre los tres y los seis años el padre da muerte a un carnero y con un trozo del pellejo y de la piel del vientre tres días más tarde se adorna al novicio. Los pellejos son atados al hombro derecho si se trata de un niño y al hombro izquierdo si se trata de una niña. Sin embargo, al pellejo utilizado en el caso del niño le faltan la pata y hombro izquierdos, mientras que al utilizado en el caso de la niña le faltan la pata y el hombro derechos. El niño camina adornado de esa manera durante tres días y al cuarto día el padre de la criatura cohabita con la madre. Hay, sin embargo, otro aspecto importante en la ceremonia y es que antes de ser adornado con el pellejo del carnero el niño tiene que tenderse al lado de la madre en su cama y llorar como si se tratase de un recién nacido. Unicamente después de que esa ceremonia ha sido llevada a cabo queda el niño dispuesto para que se le considere apto a ser circuncidado. Algunos días después de la circuncisión el niño vuelve a dormir en un lecho colocado en la choza de la madre, pero el padre antes de poder hacer lo mismo tiene que matar una oveja, dar al niño a beber parte de la sangre del animal y cohabitar con la madre como parte del rito».

Bajo esa forma ritual, así como bajo la descrita por el matrimonio Routledge, se pospone la ceremonia del segundo nacimiento hasta que han transcurrido algunos años después del nacimiento real. Pero en esencia, el rito parece ser el mismo: se simula con él que la madre es una oveja y que ha dado a luz un cordero. Sin embargo, tenemos que observar la incongruencia que significa el usar para los fines de esa ficción un carnero en lugar de una oveja.

Una vez descrita la ceremonia del segundo nacimiento, tal como la practica uno de los grupos de los akikuyu y después tal como la practica el otro grupo, el señor Hobley pasa a narrar-

nos otra ceremonia kikuyu, que por la forma se parece al ritual del segundo nacimiento y que es designada con un nombre parecido, aunque no idéntico (*ku-chiaruo kungi* en vez de *ku-chiaruo ringi*). Se trata de una ceremonia de adopción y se dice de ella que semeja el rito swahili llamado *ndugu kuchanjiana*. «Si una persona carece de hermanos o le faltan los padres tratará probablemente de conseguir la protección de algún hombre acomodado y de su familia. Si ese hombre está de acuerdo en adoptarlo, cogerá un carnero y lo matará, y el suplicante cogerá otro. Los ancianos se encargarán de matar este segundo animal. Se arrancarán tiras del pellejo (*rukwaru*) de la pata derecha y del pecho de los dos animales y con ellas se envolverán la muñeca y la mano de las dos personas, el adoptante y el adoptado, cada una de ellas adornada con tiras del pellejo del animal de la parte contraria. Entonces el hombre pobre pasa a ser tenido por hijo del hombre rico, y cuando llega la ocasión el último entrega parte del ganado que posee para pagar el precio de una esposa para el hijo adoptado». Con esa ceremonia resulta difícil pretender que se trata de un segundo nacimiento, pues las dos personas que intervienen en ella son del sexo masculino, pero por analogía con las costumbres descritas antes parece razonable suponer que ambas partes, el padre adoptante y el hijo adoptivo, pretenden hacerse pasar por ovejas. Además se observan ritos parecidos antes de la ceremonia kikuyu de la circuncisión. La mañana del día anterior al rito de la circuncisión se da muerte por estrangulamiento a un macho cabrío; luego se le despelleja y del pellejo se cortan tiras; a continuación se coge una tira, se la ata en torno de la muñeca derecha del candidato y se la pasa por encima del dorso de su mano; y por último se le introduce al candidato el segundo dedo de la misma mano por un ojal que ha sido practicado previamente en la tira. Se repite la misma ceremonia con todos los postulantes varones.

Otra tribu del este de África, la de los washamba, practica una costumbre semejante. Antes de llevar a cabo la circuncisión propiamente dicha se sacrifica una cabra en honor del espíritu ancestral, y del pellejo se cortan brazaletes que son colocados en las muñecas de los candidatos, así como en las muñecas de los padres y de los demás parientes. En el momento de dar muerte a la cabra, el padre del joven que está siendo circuncidado se dirige al espíritu ancestral diciendo: «Hemos venido a decirte que en el día de hoy nuestro hijo va a ser circuncidado. Protege al chico y concédele tu gracia. ¡No estés airado! Te traemos una cabra». En este caso, con el hecho de atarse tiras del pellejo del animal en torno al propio cuerpo los padres y parientes del niño que va a ser circuncidado parecen identificarse con la cabra que ofrecen al espíritu de los antepasados.

Entre los wachaga del monte Kilimanjaro, unos dos meses después de la circuncisión los jóvenes que han pasado la ceremonia se reúnen en el poblado del jefe, donde se han congregado también los brujos y los hechiceros. Se matan cabras y los muchachos recientemente circuncidados cortan tiras del pellejo de los animales y pasan el dedo medio de la mano derecha por ojales practicados en ellas. Mientras tanto los brujos preparan una poción con el contenido de los vientres de las cabras mezclado con agua y sustancias mágicas. Con esa poción el jefe rocía a los jóvenes, tal vez para completar su identificación mágica o sacramental con los animales. Al día siguiente el padre del circunciso ofrece un banquete a sus parientes. Se mata una cabra, y cada uno de los invitados se hace con un trozo del pellejo del animal y se lo pone alrededor del dedo medio de la mano derecha.

Podemos comparar esa ceremonia con otra observada entre los bworana galla cuando los adolescentes llegan a la mayoría de edad. La ceremonia recibe el nombre de *ada*, que significa frente, pero se explica eso por medio de una palabra, *jara*, que

quiere decir circuncisión. En tales ocasiones, los jóvenes en honor de los cuales se celebra el rito se reúnen con sus padres y parientes más viejos en una cabaña construida expresamente para ese fin. Entonces se sacrifica un buey, y cada uno de los presentes moja un dedo en la sangre, a la que se deja correr por el suelo; los hombres se pintan la frente con ella y las mujeres la garganta. Además las mujeres se untan con la grasa del animal sacrificado y llevan alrededor del cuello hasta el día siguiente tiras delgadas sacadas del pellejo. Con la carne del buey se celebra un banquete.

En algunas de esas tribus africanas se usan de modo semejante en la ceremonia del matrimonio pellejos de víctimas de sacrificios. Así, entre los wawanga, del territorio de Elgon, en el África oriental británica, forma parte del ritual del casamiento la costumbre siguiente: se mata un macho cabrío y se le corta una larga tira del pellejo del vientre. Luego el padre del novio, o alguno de sus parientes ancianos del género masculino, hiende la tira a lo largo y la pasa por la cabeza de la novia, de modo que le quede colgando sobre el pecho, y al mismo tiempo pronuncia las siguientes palabras: «Ahora te he puesto este pellejo sobre la cabeza; si nos abandonas por otro hombre, ¡que este cuero te repudie y te vuelvas estéril!».

También entre los wa-giriama, tribu bantú de África oriental británica, al día siguiente de su casamiento el novio mata una cabra y, tras arrancar un trozo del pellejo de la frente del animal, hace con ese trozo de cuero un amuleto y se lo da a la novia, que se lo coloca en el brazo izquierdo. Las personas que asisten a la ceremonia comen después la carne de la cabra.

En esos dos casos se aplica el pellejo de la cabra únicamente a la novia, pero entre los nandi, igualmente del África oriental británica, se le aplica también al novio. El día de la boda se elige con cuidado entre el rebaño una cabra fuerte y sana, se la unge y se la mata estrangulándola. Se le extraen a continuación las

entrañas y de la condición en que se encuentren se hacen predicciones. A continuación se despelleja al animal, y mientras las mujeres lo asan y lo comen, con el pellejo se hace rápidamente un vestido que se le entrega a la novia para que se lo ponga. Además, del mismo pellejo se cortan un anillo y un brazalete; se pone el anillo en el dedo medio de la mano derecha del novio y el brazalete en la muñeca izquierda de la novia.

También a las personas que establecen un pacto de mutua amistad se les ponen en los dedos anillos hechos con el pellejo de una cabra sacrificada. La costumbre parece ser corriente entre las tribus del África oriental británica. Así, entre los wachaga «se establecen amistades mediante la ceremonia del *Kiskong'o,* que consiste en arrancar el pellejo de la cabeza de una cabra, hacer en él un agujero y ponérselo en el dedo medio como si se tratase de un anillo». Lo mismo sucede entre los akamba: el intercambio de anillos hechos con el pellejo de la víctima de un sacrificio, víctima que ha sido comida en un banquete comunitario, sirve para afianzar el vínculo de una amistad.

Entre los akikuyu se celebra una ceremonia semejante, aunque algo más elaborada, cuando un hombre abandona su territorio y entra solemnemente a formar parte de otro. El y el representante del territorio al que está a punto de unirse se reúnen y cada uno de ellos aporta una oveja o, si están en posición acomodada, un buey. Se da muerte a los animales, «y de sus vientres se cortan sendas tiras, y también sendos trozos del pellejo de las patas. Sobre una hoja se echa sangre de cada uno de los dos animales y sobre otra hoja el contenido de los dos vientres. Los ancianos (*ki-á-ma*) hienden los dos trozos de pellejo de las patas y las dos tiras de los vientres y hacen con iodos ellos cuatro brazaletes; los procedentes del animal de una de las partes se le colocan en la muñeca derecha a la parte contraria, y viceversa. Los ancianos toman entonces las hojas que contie-

nen la sangre y los dos miembros de la transacción extienden las manos; los ancianos dejan caer algunas gotas de la sangre en las cuatro palmas extendidas, y cada uña de las dos personas pasa la sangre de sus manos a las de la otra. Se exhorta a los espectadores a que vean cómo se mezclan las sangres y a que escuchen la proclamación de que a partir de ese momento las dos personas son de una misma y única sangre». Este último ejemplo resulta instructivo, pues demuestra con claridad que el rito tiene la intención de hacer de las dos personas una sola sangre; de ahí que parezcamos obligados a explicar de acuerdo con el mismo principio la costumbre de rodearles las muñecas con tiras del pellejo de los mismos animales de que se ha tomado la sangre utilizada en la ceremonia.

Entre los wawanga del territorio de Elgon, en el África oriental británica, han de ser ofrecidos varios sacrificios antes de que se le permita a la gente sembrar el mijo. En uno de ellos se estrangula un carnero negro delante de la choza de la madre del jefe, se mete luego en el interior el cadáver del animal y se le pone al lado de la cama mirando hacia su cabecera. Al día siguiente se le saca al exterior y se abre, y el jefe, sus mujeres y sus hijos se atan tiras del pellejo alrededor de los dedos.

Los njamus, pueblo mezclado del África oriental británica, riegan sus campos con la ayuda de acequias abiertas durante la estación seca. Llegado el momento de regar las plantaciones, se abre la represa y se deja que el agua corra libremente sobre los campos; pero antes se da muerte a una oveja de un color determinado; se le da muerte por asfixia y con su grasa fundida, el contenido de los intestinos y la sangre se rocían el comienzo de la acequia y el agua. Entonces se abre la represa y la gente come la carne de la oveja sacrificada. Durante los dos días siguientes, el hombre que ha llevado a cabo el sacrificio y que debe pertenecer necesariamente a un clan determinado (el Il mayek) tiene que llevar el cuero de la oveja atado a la cabeza. Más tarde,

avanzada ya la estación, si parece percibirse que la cosecha no va a ser buena, se recurre de nuevo a los sacrificios. Dos ancianos del mismo clan que actuó de oferente la vez anterior y que podrían ser comparados a los levitas de Israel se dirigen a las plantaciones acompañados por dos ancianos de cada uno de los restantes clanes. Llevan consigo una oveja del mismo color que la otra vez, y tras haberle dado muerte y haberse regalado con ella le cortan el pellejo en tiras y cada uno de los hombres se ata alrededor de la frente una tira y la lleva así durante dos días. Entonces se separan y caminan en direcciones contrarias en torno a la plantación, al mismo tiempo que rocían el suelo con grasa, miel y estiércol, hasta que se encuentran al otro lado.

Los masai ofrecen sacrificios a Dios a intervalos frecuentes, en algunos lugares casi cada mes, para rogar por la salud de hombres o de bestias. Con leña seca se enciende en el corral una gran hoguera y se arroja en ella hojas, cortezas y polvo, que desprenden un aroma fragante y producen una gran columna de humo espeso. Dios percibe el grato olor allá arriba en su morada celestial y se siente complacido. Entonces se acerca un carnero negro, se le lava con cerveza de miel y se le rocía con el polvo de una determinada especie de madera. A continuación se da muerte al animal por asfixia y luego se le despelleja y corta en tiras el cuero. Cada uno de los presentes recibe un trozo de la carne, lo asa en las brasas y se lo come. También se le entrega una tira del cuero, con la que hace anillos; guarda uno para sí y da los demás a los otros miembros de su familia. Se tiene a esos anillos por amuletos que preservan al que los lleva de enfermedades de toda suerte. Los hombres los llevan en el dedo medio de la mano derecha; las mujeres los llevan sujetos a las grandes espirales metálicas que a modo de corbatas o lazos les adornan o más bien desfiguran el cuello.

También se observan costumbres similares en casos de enfermedad. Por ejemplo, entre los wawanga sucede a veces que

una persona enferma en estado de delirio pronuncia el nombre de un pariente muerto. Al hacerlo, la enfermedad es depositada inmediatamente a la puerta del espíritu del fallecido y se dan los pasos necesarios para habérselas eficazmente con él. Se soborna a un viejo miserable para que lleve a cabo la peligrosa tarea de desenterrar el cadáver, tras lo cual se queman los huesos sobre un hormiguero de hormigas rojas, se recogen las cenizas en un cesto y se las arroja al río. A veces se emplea un método ligeramente diferente para dar la paz al espíritu del muerto. En lugar de desenterrar sus huesos, sus parientes clavan una estaca en la cabecera de la tumba y para quedar aún más seguros vierten agua hirviendo sobre ella. Una vez que se han arreglado con el espíritu de manera satisfactoria, matan un carnero negro, se frotan el pecho con los excrementos extraídos del vientre del animal y con tiras arrancadas de su pellejo se atan la muñeca derecha. Además, el cabeza de la familia a la que pertenece el enfermo se ata una tira del pellejo en el segundo dedo de la mano derecha y la persona enferma propiamente dicha se ata otra tira del mismo pellejo alrededor del cuello. En este caso no podemos pensar que el sacrificio del carnero negro tenga por objeto aplacar y captar la buena voluntad del espíritu al que se le acaba de hundir una estaca en la cabeza y de arrojar agua hirviendo sobre los huesos. Hemos de suponer más bien que el sacrificio es debido a la sospecha que queda de que incluso tan enérgicas medidas no han bastado en la medida deseada para desarmarlo. De modo que para acabar de asegurarse, el enfermo y sus amigos se fortalecen frente a los ataques de ultratumba por medio del pellejo de la víctima de un sacrificio que les sirve de amuleto. También entre esas mismas gentes un hombre acusado de robo se dirige junto con su acusador a un árbol de una especie particular (*Erythrina tomentosa*) y los dos hunden en él sus lanzas. Tras eso la parte culpable, ya se trate del ladrón o de su injusto acusador, cae enferma. Sobré la causa de la enfer-

medad ho se nos dice nada, pero estamos autorizados a suponer que se trata de la ira del espíritu del árbol, que como es natural se enfada al ver que lo han atravesado con lanzas y que haciendo uso de un discernimiento que dice mucho a su favor dirige su cólera únicamente contra el criminal. De modo que el hombre malo enferma y nada puede curarlo si no es desenterrar el árbol y dejar al descubierto sus raíces. Pues ese, suponemos, es el único medio que existe para ajustar cuentas con el espíritu del árbol. Por consiguiente, los amigos del doliente se van al árbol y lo arrancan; al mismo tiempo dan muerte a una oveja y la devoran en el mismo lugar junto con una poción medicinal. A continuación todos los participantes en la ceremonia se atan a la muñeca derecha una tira del pellejo del animal sacrificado; y el enfermo en cuyo beneficio se lleva a cabo la ceremonia, se ata alrededor del cuello una tira del cuero y se frota el pecho con los excrementos extraídos del vientre del animal muerto. También en este caso resulta difícil considerar propiciatorio el sacrificio de la oveja; más bien tiene la intención de proteger al paciente y a sus amigos frente a la natural indignación del espíritu del árbol en caso de que no hubiesen tenido éxito satisfactorio los intentos de acabar radicalmente con él.

Además, entre esas tribus del este de África es muy común en las ceremonias de expiación la costumbre de llevar trozos de los pellejos de las víctimas de los sacrificios. Por ejemplo, entre los wachaga, si un hombre ha maltratado a su mujer golpeándola y si ésta vuelve a él, el hombre corta una oreja a una cabra y hace anillos con ella, anillos que el hombre y la mujer se ponen mutuamente en los dedos. Mientras no ha cumplido ese rito, la mujer no puede hacerle la comida ni comer en su compañía. Además, al igual que muchas otras tribus africanas, los wachaga miran al herrero con temor supersticioso y lo tienen por un ser dotado de poderes misteriosos que lo elevan por encima del nivel del común de los mortales. Ese aura de misterio y ma-

ravilla se extiende también a los instrumentos de su oficio, y en particular a su martillo, que se supone dotado de virtudes mágicas o espirituales. De ahí que él tenga que mostrarse muy cuidadoso de cómo maneja el martillo en presencia de los demás miembros de la tribu, a fin de no poner en peligro sus vidas como consecuencia de los poderes milagrosos de la herramienta. Por ejemplo, si el herrero hace simplemente el gesto de señalar a un hombre con el martillo, los demás creen que él hombre morirá sin remedio, a menos que se lleve a cabo alguna ceremonia para expiar la injuria. Por consiguiente, se da muerte a una cabra y con su pellejo se hacen dos anillos. Se pone uno de ellos en el dedo medio de la mano derecha del herrero y el otro en el dedo correspondiente del hombre cuya vida ha quedado comprometida, y se recitan fórmulas expiatorias. Se debe seguir un ritual semejante si el herrero ha señalado a alguien con las tenazas o ha quemado casualmente a alguien con las escorias del hierro que trabaja.

También los wawanga del territorio de Elgon, del África oriental británica, practican ceremonias expiatorias de rango similar. Por ejemplo, si un extraño penetra violentamente en una choza y al hacerlo cae al suelo el manto o túnica de pieles que viste, o si está sangrando de resultas de una riña y caen al suelo gotas de su sangre, uno de los moradores de la choza caerá enfermo a menos que se tomen las medidas convenientes para impedirlo. El ofensor tiene que entregar una cabra. Se da muerte al animal y se le arranca el pellejo del pecho y del vientre; se cortan tiras del pellejo, se las sumerge en el contenido de los intestinos del animal y se deja que se empapen bien; a continuación todos los que habitan en la choza se ponen tiras del pellejo así preparadas en torno a la muñeca derecha. Si alguno de los que viven en la choza ha caído enfermo antes de que se haya llevado a cabo la ceremonia descrita, se le pone en torno al cuello una tira del pellejo y se frota el pecho con los excrementos

de la cabra. Los ocupantes de la choza se comen una mitad de la cabra y la persona que ha cometido la falta u ofensa se come la otra mitad, en su propio poblado. Los wawanga creen también, igual que muchos otros salvajes, que una mujer que ha dado a luz mellizos se halla en un estado muy precario, por lo que es preciso llevar a cabo toda una serie de ceremonias de purificación antes de que ella pueda abandonar la choza, pues de lo contrario nadie sería capaz de decir qué es lo que a ella podría llegar a ocurrirle. Entre otras cosas, cogen un topo y lo matan clavándole en la nuca una estaca de madera. A continuación se le abre el vientre al animal, se le saca el contenido de los intestinos y con él la madre y los mellizos se frotan el pecho. Luego se cortan tiras del pellejo y se atan en torno de la muñeca derecha de los niños y del cuello de la madre. Se las lleva durante cinco días, transcurridos los cuales la madre se dirige al río, se lava y arroja al agua los trozos de cuero. Se en fierran los restos del topo en un agujero abierto bajo la veranda de la choza, delante de la puerta, y se le pone encima, invertido, un cacharro en cuyo fondo se ha practicado un agujero.

Por último, se podría decir que algunas de esas tribus del este de África usan de manera semejante el pellejo de las víctimas de los sacrificios en ciertos festivales solemnes, que son celebrados a grandes intervalos determinados por la amplitud de los grados de edad en que se halla dividida la totalidad de la población. Por ejemplo, los nandi se hallan divididos en siete de tales grados y las fiestas en cuestión son celebradas a intervalos de siete años y medio. En esas fiestas se transfiere el gobierno del país, de los hombres de un determinado grado de edad a los hombres del grado inmediatamente inferior en orden de ancianidad. El hechicero principal está presente y las ceremonias comienzan con el sacrificio de un toro blanco que han comprado para la ocasión los guerreros jóvenes. Una vez que los ancianos han comido de la carne del animal, cada uno de los jóvenes cor-

ta un anillo del pellejo de la bestia y se lo pone en uno de los dedos de la mano derecha. A continuación se lleva a cabo con las debidas formalidades la transferencia de poder de los viejos a quienes los siguen en edad. Los que abandonan el cargo se despojan de los pellejos que usan como distintivo de su condición de guerreros y visten los ropajes de pieles que corresponden a su nueva condición de ancianos. En la ceremonia correspondiente entre los akikuyu y celebrada a intervalos de unos quince años, cada una de las personas participantes se pone alrededor de la muñeca, antes de regresar a su casa, una tira del pellejo de un macho cabrío.

Tras haber echado un vistazo general a las costumbres que acabamos de describir, podemos llegar a la conclusión de que lo que se pretende con la ceremonia de investir a una persona con un trozo del pellejo de la víctima de un sacrifico es protegerla frente a algún daño actual o potencial; es decir, el pellejo desempeña la función de un amuleto. Esa interpretación abarca, probablemente, incluso los casos en los que se observa la costumbre con ocasión de la ratificación de un pacto o alianza, ya que al ponerla en práctica los dos miembros del acuerdo se protegen contra el peligro que supondría el quebrantamiento del mismo. De manera semejante, el extraño ritual del segundo nacimiento o del nacimiento del vientre de una cabra, que solían observar los akikuyu como preparación para la circuncisión, podría ser considerado como algo que tenía por objeto proteger a los participantes frente a un peligro que en caso contrario los amenazaría. Tocante a de qué manera se alcanzan los fines propuestos mediante tales ceremonias particulares, podemos conjeturar que con el hecho de llevar encima un trozo del pellejo del animal el hombre se identifica con la víctima del sacrificio, que de esa manera actúa a modo de amortiguador frente a los asaltos de los poderes malignos, ya sea porque se consiga persuadir o engañar a esos poderes para que se confun-

dan y tomen a la bestia por el hombre, o que se piense que la carne, sangre y cuero de la víctima se hallan dotados de una determinada virtud mágica capaz de mantener a raya a los seres malvados. Esa identificación del hombre con el animal se pone de relieve con la mayor nitidez en el rito akikuyu del segundo nacimiento, en el cual madre e hijo pretenden hacerse pasar por una cabra y por su cabritillo respectivamente. Tomando de ahí nuestros argumentos podemos suponer que en todos los casos el hecho de atar al cuerpo de una persona un trozo o tira del pellejo de una animal sacrificado es únicamente una manera simbólica de envolverla en la totalidad del pellejo para identificarla con la bestia.

El segundo nacimiento

La peregrina historia de la bendición desviada de su objeto con sus implicaciones de fraude y perfidia, puesta en marcha por una madre intrigante y un hijo ladino en perjuicio de un esposo y padre ya senil, toma un aspecto muy diferente, y bastante más respetable, si suponemos que el tinte deshonroso que exhibe le ha sido comunicado por el narrador, que fue incapaz de comprender la verdadera naturaleza de aquello que describía. Todo el asunto, si mis suposiciones son ciertas, no fue otra cosa que una ficción legal, por la cual Jacob nació por segunda vez en forma de cabra, con el único propósito de ocupar el lugar de hijo mayor de su madre, en lugar de ocupar el de hijo menor que le correspondía. Hemos visto que entre los akikuyu del este de África, pueblo de posible origen árabe, ya que no semita, un simulacro semejante de nacimiento del vientre de una cabra parece desempeñar un papel importante en la vida social y religiosa de la tribu. Nuestra hipótesis resultará confirmada en cierta medida si conseguimos demostrar que la pretensión de haber nacido por segunda vez, ya sea del vientre de una mujer o del de un animal, fue exhibida también por otros pueblos en casos en los que, por una u otra razón, se consideró conve-

niente que un hombre se despojase, por así decirlo, de su antigua personalidad y, tras haber asumido una nueva, comenzase de nuevo su vida a partir de cero. En resumen, en una etapa temprana de la historia del derecho se empleó a menudo la ficción legal de un segundo nacimiento con el propósito de llevar a cabo y poner de relieve un cambio de *status*. Los ejemplos siguientes podrían servir para ilustrar esa proposición general.

En primer lugar, entonces, se ha hecho uso del simulacro de un segundo nacimiento —y no de manera innecesaria— en casos de adopción, con objeto de convertir el hijo adoptado en un hijo verdadero de su madre adoptiva. Así, el historiador siciliano Diodoro nos informa de que cuando se elevó a Hércules al rango de los dioses, su padre divino, Zeus, persuadió a su esposa Hera para que adoptase al bastardo como se si se tratase de un hijo que hubiese nacido realmente de ella; la complaciente diosa accedió a los deseos de su esposo; se introdujo en el lecho, estrechó contra su cuerpo a Hércules y lo dejó caer al suelo de entre los vestidos con que se cubría, todo como si se hubiese tratado de un nacimiento real. Y el historiador añade que en sus propios días los bárbaros seguían el mismo procedimiento cuando adoptaban a un niño. Durante la Edad Media parece ser que en España y en otros lugares de Europa se practicaba una forma de adopción semejante. El padre o madre adoptivos tomaban bajo su manto al niño que deseaban adoptar; a veces se le hacía pasar a través de los pliegues de las flotantes vestiduras. Por ese motivo los niños adoptados eran llamados «hijos del manto». «En diversos manuscritos de la *Crónica General* se cuenta que el día que Mudarra fue bautizado y armado caballero, su madrastra se puso sobre sus vestidos ordinarios una camisa muy holgada, y le hizo pasar a través de una de las mangas y que sacara la cabeza por el extremo, con lo cual dio a entender que lo reconocía a partir de ese momento como hijo y heredero». Se dice que ese procedimiento ha sido una fórmula re-

gular de adopción en España y se ha dado la noticia de que todavía está en boga entre ciertos pueblos eslavos del sur. Así, en algunos lugares de Bulgaria, la madre adoptiva se levantaba el vestido y cubría con él al niño, al que sacaba después por arriba, a la altura del pecho. Y según se dice, entre los turcos de Bosnia «la adopción de un hijo tiene lugar de la siguiente manera: la futura madre adoptiva hace pasar a través de sus pantalones al niño que pretende adoptar, y de ese modo simula el acto del nacimiento». Y de los turcos en general se nos cuenta que «se lleva a cabo la adopción, muy común entre ellos, haciendo pasar a la persona que va a ser adoptada a través de la camisa de la persona que la adopta. Por ese motivo, para representar en turco la adopción se emplean las palabras siguientes: hacer que alguien pase a través de la camisa de uno».

En Borneo, «algunos de los klemantan (barawan y lelak, del Baram) practican una curiosa ceremonia simbólica cuando adoptan un niño. Si una pareja ha decidido adoptar un niño, tanto el hombre como la mujer guardan durante varias semanas anteriores a la ceremonia las prohibiciones respetadas, por lo general, durante los últimos meses de un embarazo. En términos generales, se pueden describir muchas de esas prohibiciones diciendo que implican la abstención de todo aquello que pueda sugerir retrasar el parto o ponerle impedimentos; por ejemplo, no se debe meter nunca la mano en un agujero estrecho para sacar algo de él; no se deben sujetar cosas con clavijas de madera; no se debe demorar uno en el umbral al entrar o salir de una habitación. Cuando llega el día fijado para la ceremonia, la mujer se sienta en su cuarto, envuelta en una especie de sábana, en la actitud adoptada generalmente cuando se da a luz; algunas personas la sujetan como si estuviese sufriendo las contracciones del parto; se empuja al niño por detrás y se le hace entrar entre las piernas de la mujer; si es un niño pequeño la mujer lo apoya en su pecho y le anima para que chupe como si

mamara. Más tarde se le da un nombre nuevo. Es muy difícil conseguir que una pareja admita que su hijo ha sido adoptado y que reconozca que no se trata de un hijo nacido realmente del vientre de la que ahora es su madre; y parece ser que esa circunstancia es debida no tanto al deseo de ocultar la adopción como a la intención de hacerla aún más completa; los padres llegan a considerar al niño de tal manera como si fuese hijo propio, que encuentran dificultad para expresar con palabras la diferencia que existe entre un hijo adoptado y un hijo que hayan tenido realmente. Es lo que sucede especialmente si la mujer ha dado de mamar al niño». Es preciso observar en este caso que ambos padres adoptivos participan en el simulacro legal del segundo nacimiento; el padre y madre adoptivos guardan las mismas precauciones que, entre ese pueblo, toman el padre y la madre reales con el fin de facilitar el verdadero nacimiento de los niños; de hecho desempeñan con tanta seriedad el papel que les corresponde en el pequeño drama doméstico que han llegado a ser casi incapaces de separar la ficción de la realidad, y les resulta difícil encontrar palabras para expresar la diferencia que existe entre el hijo que han adoptado y el hijo que han engendrado realmente. Difícilmente se podría llevar más lejos la fuerza de una simulación.

Entre los bahima, del África central, que son un pueblo de pastores, «cuando un hombre hereda los hijos de un hermano muerto, toma a los niño y los coloca uno por uno en el regazo de la principal de sus mujeres, que los acoge y abraza y los acepta de esa manera como si se tratase de hijos propios. A continuación el marido trae una correa de cuero, que suele utilizar para atar las patas de las vacas inquietas mientras las ordeña, y se la pone a la mujer en torno a la cintura, para imitar a la comadrona que ciñe el cuerpo de la parturienta después que ésta ha dado a luz. Una vez realizada la ceremonia se considera a los niños como si fuesen propios y ellos crecen con el resto de

la familia sin diferencia alguna». En ese ritual podemos percibir un simulacro del acto de dar a luz, tanto en el hecho de colocar al niño en el regazo de la mujer como en el de ceñirle la cintura con una correa de cuero, a la manera de las comadronas, que hacen lo mismo con ocasión de un alumbramiento real.

También se ha llevado a cabo el simulacro de un segundo nacimiento en provecho de personas que fueron dadas erróneamente por muertas y por las que se celebraron ritos funerarios cuando estaban ausentes, con el fin de dar reposo a sus espíritus errantes que, de otro modo, habrían acosado y hostigado a los sobrevivientes. La vuelta de tales personas al seno de sus familias resulta embarazosa, ya que, de acuerdo con los principios de la magia imitativa o de la simulación, se trata de personas teóricamente muertas, aunque en realidad estén vivas. En la India y en la Grecia de la antigüedad se resolvía el problema creado de esa manera con la ayuda de la ficción legal de un segundo nacimiento; antes de que se le permitiese mezclarse de nuevo libremente con los restantes seres vivos, el pretendido resucitado tenía que asegurar solemnemente que había vuelto a la vida tornando a nacer del vientre de una mujer. Hasta que no había llevado a cabo las ceremonias que simulaban probar su afirmación, los griegos de la antigüedad trataban a la persona en cuestión como si se tratase de un apestado, huían de su compañía y le impedían participar en cualquier tipo de celebración religiosa; en particular, se le prohibía estrictamente la entrada en el templo dedicado a las Furias. Antes de qué se le devolviesen los privilegios inherentes al estado civil de vivo, se le hacía pasar a través de la pechera del vestido de una mujer, y una niñera le daba un baño, lo envolvía en fajas y pañales y le daba de mamar a sus pechos. Algunos pensaban que la costumbre había tenido comienzo con un tal Aristino, por el que se habían celebrado ritos funerarios estando él ausente. Al regresar al hogar y

al ver que todos le evitaban como si se tratase de un apestado, recurrió en busca de consejo al oráculo de Delfos y los dioses le dieron las instrucciones pertinentes a la celebración del simulacro de un segundo nacimiento. Otros en cambio pensaban, con grandes probabilidades de estar acertados, que el rito era anterior a los tiempos de Aristino y que se había venido transmitiendo desde la remota antigüedad. En la antigua India, y en circunstancias similares, el hombre supuestamente muerto tenía que pasar la primera noche después de su reaparición metido en una cuba llena de una mezcla de grasa y agua. Al entrar él en la cuba, el padre o el pariente más próximo pronunciaban determinadas palabras, tras lo cual se daba por supuesto que el interfecto había alcanzado la condición de un embrión en el vientre materno. De conformidad con ese papel, se sentaba en silencio dentro del baño, con los puños cerrados, mientras se llevaban a cabo a su alrededor las ceremonias que, según la costumbre, se celebraban regularmente para una mujer preñada. Al día siguiente salía del baño y se le volvían a administrar todos los sacramentos que ya había recibido en su vida, como si hubiese vuelto a nacer y nunca los hubiese recibido; en particular, se casaba con una nueva mujer o volvía a desposar a la antigua con toda la solemnidad requerida. Según se dice, esa costumbre, tan antigua ella, no ha desaparecido aún del todo en la India y se la sigue encontrando incluso en nuestros días. En Kumaon, si se cree que una persona está a punto de morir se la saca de la casa y se lleva a cabo en su provecho la ceremonia de la remisión de los pecados; el oficiante es su pariente más próximo. Pero si llega a recobrarse de su enfermedad está obligada a volver a cumplir con todas las obligaciones rituales con que ya cumplió desde el mismo momento de su nacimiento, tales como ponerse el hilo sagrado y casarse, aunque a veces vuelven a casarse con sus esposas primitivas.

Pero en la India antigua se estableció también la costumbre del rito del segundo nacimiento con un propósito diferente y más solemne. Se daba por supuesto que un padre de familia de la casta de los brahmanes que llevase a cabo los sacrificios regulares bimensuales en honor de los dioses, se transformaba por ese motivo en un dios él mismo, y tenía que volver a nacer, para que se pudiese efectuar su paso de lo humano a lo divino, de la carne mortal al espíritu inmortal. Para ello se comenzaba por rociarlo con agua, con la que se quería representar el semen. Entonces él fingía ser un embrión, y en esa condición se le encerraba en una choza especial que pasaba por ser el vientre de la madre. Bajo los vestidos llevaba un cinturón y sobre ellos la piel de un antílope negro; con el cinturón se pretendía representar el cordón umbilical, y con los vestidos y la piel del antílope negro las membranas interna y externa en que se halla envuelto el embrión (el amnios y el corion). No se le permitía rascarse, ya fuese con las uñas o con un palito, porque era un embrión, y a un embrión no se le puede rascar ni con las uñas ni con un palito, pues de lo contrario se le mataría. Si se movía por la choza era porque también un feto se mueve en el vientre de la madre. Si mantenía los puños cerrados era porque un niño aún no nacido hace lo mismo. Si deseaba tomar un baño, se despojaba de la piel de antílope, pero no de los vestidos, porque un niño nace con el amnios, pero no con el corion. Con la observación de todos esos destalles nuestro hombre adquiría, además de su viejo cuerpo natural y mortal, un cuerpo nuevo y glorificado, dotado de poderes sobrehumanos y rodeado de una aureola de fuego. De modo que a través de un segundo nacimiento, regeneración de su naturaleza carnal, el hombre se transformaba en un dios.

Como se puede ver la ceremonia del segundo nacimiento servía para fines distintos, según se la emplease para devolver a la vida a un hombre supuestamente muerto o para elevar a un

hombre vivo al rango de la divinidad. En la India de la actualidad se la ha empleado y se la emplea todavía ocasionalmente como rito expiatorio para reparar el quebrantamiento de alguna costumbre ancestral. La concatenación de pensamientos a que ha dado lugar ese empleo de la ceremonia resulta bastante evidente. El pecador que ha vuelto a nacer se transforma por ello mismo en un hombre nuevo y cesa de ser responsable del pecado que ha cometido en su anterior existencia; el proceso de regeneración es al mismo tiempo uno de purificación, pues el hombre se desprende de su antigua naturaleza para adoptar otra completamente nueva. Por ejemplo, entre los korku, tribu de aborígenes de raza mundá o kolar de las provincias centrales de la India, las infracciones sociales de especie ordinaria son castigadas por el consejo de la tribu, que impone las penas corrientes, pero «en los casos más graves, tales como el de mantener relaciones sexuales con miembros de las castas inferiores, el culpable es obligado a nacer de nuevo. Para ello se le encierra en una gran vasija de barro, y cuando se le permite salir de ella se dice que ha vuelto a nacer del vientre de su madre. A continuación se le en tierra en la arena y de ella sale como reciente encarnación procedente de la tierra; luego se le hace entrar en una choza de paja a la que se prende fuego; cuando sale corriendo de la choza en llamas se le sumerge en agua y, por último, se le cortan unas hebras del mechón de pelo que llevan esas gentes en lo alto de la cabeza y se le impone una multa de dos rupias y media». En este caso parece claro que la ceremonia del segundo nacimiento tiene por objeto liberar al delincuente de la responsabilidad por sus actos anteriores mediante su conversión en una persona completamente nueva. ¿Con qué razón se le podrían pedir cuentas de un delito que alguien cometió antes de que él hubiera nacido?

Cuando el pecador que ha de ser regenerado es una persona de cuna elevada o de gran dignidad, la ceremonia del segundo

nacimiento es bastante más complicada y costosa. En el siglo XVIII, «cuando el infeliz Raghu-Náth-Ráya o Ragoba envió de embajadores a Inglaterra a dos brahmanes, éstos fueron por mar hasta Suez, pero volvieron por tierra pasando por Persia, y como es natural tuvieron que cruzar el río Indo. A su regreso se les trató como parias porque se consideraba cosa prácticamente imposible el haber viajado a través de regiones habitadas por *mlec'h'has*, es decir, tribus impuras, y seguir viviendo según las normas establecidas en los libros sagrados, y también se les imputaba el haber cruzado el Attaca. Como consecuencia de lo sucedido se celebraron numerosas reuniones y se hizo venir de todas partes a brahmanes sabios en las sagradas escrituras. La influencia y la autoridad de Raghu-Náth-Ráya no bastaron para salvar a sus embajadores. Sin embargo, la asamblea decretó que en consideración a las virtudes de los dos inculpados, reconocidas por todos, y a los motivos de su viaje a tierras extrañas, que no eran otros que el bien de la patria, se les concedía la gracia de ser regenerados y de que se les renovase la ordenación sacerdotal. Para llevar a cabo la regeneración está ordenado hacer una imagen de oro puro del poder femenino de la naturaleza, ya sea bajo la forma de una mujer o bajo la de una vaca. La persona que ha de ser regenerada es encerrada en el interior de la estatua, pero dado que una estatua de oro puro y de las dimensiones convenientes resultaría demasiado cara, basta con hacer una imagen del *Yoni* sagrado, a través de la cual han de pasar las personas sometidas al rito de la regeneración. Raghu-Náth-Ráya tenía una de esas imágenes, de oro puro y dimensiones adecuadas: los embajadores fueron regenerados y tras haber llevado a cabo las ceremonias ordinarias de la ordenación y de haber entregado a los brahmanes una cantidad enorme de ofrendas, se readmitió a los culpables en el seno de los fieles». Otro ejemplo: «Se cuenta que en cierta ocasión Tanjore Navakar traicionó a Madura y sufrió las consecuencias de su

acto; entonces sus consejeros brahmanes le dijeron que lo mejor sería que volviese a nacer. De modo que se fundió en bronce una vaca de grandes dimensiones y se encerró en su interior a Navakar. La esposa de su *guru* (maestro) brahmán hizo de niñera, lo recibió en sus brazos, le meció en sus rodillas, lo arrimó contra sus pechos y en suma le trató en todo como si fuese un tierno infante».

En la India se ha empleado también el simulacro de un segundo nacimiento con el fin de elevar a un hombre de una casta inferior a un nivel social superior al que le correspondía como consecuencia de su nacimiento real o primer nacimiento. Por ejemplo, los maharajas de Travancore pertenecen a la casta sudra, la inferior de las cuatro castas principales indias, pero al parecer, y de manera regular, se les ensalza al nivel de los brahmanes, la casta superior, por medio del ritual del segundo nacimiento, ya sea del vientre de una gran vaca dorada o de una gran flor de loto igualmente dorada. De ahí que la ceremonia sea llamada *Hiranya Garbham*, es decir, «vientre dorado», o *Patma Garbha Danam*, que significa «presente del vientre del loto», según cual sea la imagen utilizada para hacer nacer por, segunda vez al maharaja, a saber, la de una vaca o la de una flor de loto. Cuando James Forbes se hallaba en Travancore, la imagen a través de la cual se hizo pasar al potentado fue la de una vaca fabricada de oro puro; y terminada Ja ceremonia del segundo nacimiento la imagen fue reducida a pedazos y éstos distribuidos entre los brahmanes presentes. Pero cuando la ceremonia fue llevada a cabo en beneficio del rajá Martanda Vurmah, en el mes de julio de 1854, la imagen tenía la forma de una flor de loto, y según se calcula había costado unas seis mil libras esterlinas. En el interior del recipiente dorado había sido colocada una pequeña cantidad de la mezcla bendecida hecha *con los* cinco productos derivados de la vaca, a saber: leche, cuajada, manteca, orina y excrementos. Lo que nos lleva a pensar que el

maharaja vuelve a nacer de una vaca sagrada más bien que de un loto sagrado. Tras haber entrado en el recipiente, Su Alteza permaneció en el interior durante el período prescrito, mientras los sacerdotes oficiantes repetían las plegarias dispuestas pata la ocasión.

De noticias habidas más tarde tocantes a la ceremonia se puede deducir que desde entonces los maharajas han adoptado la otra forma de segundo nacimiento, quizá más ortodoxa que la que venían utilizando; es decir, a partir de la ceremonia de 1854 han venido naciendo por segunda vez del vientre de una vaca. Así, el año 1869 se hizo saber que al año siguiente tendría lugar «otra ceremonia, no menos curiosa que la anterior, llamada *Ernjagherpum*, en la cual Su Alteza el maharaja de Travancore, entraría en una vaca dorada que, terminada la ceremonia del segundo nacimiento, pasaría también a ser propiedad de los sacerdotes». En otro lugar leemos que «el maharaja de Travancore, provincia indígena del extremo sur de la India, acaba de realizar la segunda y última de las costosas ceremonias conocidas con el nombre de 'paso por el vientre de la vaca de oro', ceremonia que se ve forzado a llevar a cabo si desea elevarse al rango correspondiente a un brahmán, ya que por su origen pertenece a la casta de los sudra. La primera de las ceremonias es conocida con el nombre de *Thulapurusha danam. Thula* es una palabra del sánscrito y significa balanza; *purusha* significa hombre, y *danam* regalo de naturaleza religiosa. La ceremonia consiste en lo siguiente: el maharaja se coloca en uno de los platillos de la balanza, mientras en el otro se depositan monedas de oro hasta equilibrar el primero; las monedas son luego repartidas entre los brahmanes. La segunda ceremonia recibe el nombre de *Hirannya garbham*, en sánscrito, la palabra *hirannya* significa oro y *garbham* vientre, y con ellas se quiere dar a entender el paso por el vientre de una vaca dorada. Se fabrica un gran recipiente dorado, de tres metros de altura y dos metros y

medio de circunferencia. Luego se le llena hasta la mitad de agua, en la que se han mezclado los diferentes productos de la vaca, y los brahmanes llevan a cabo a su alrededor los ritos prescritos. A continuación el maharaja entra en el recipiente por medio de una escala ornamental construida especialmente. Al recipiente se le pone la tapadera, y el rajá se sumerge cinco veces en el líquido, mientras los brahmanes cantan a coro una mezcla de plegarias y de himnos védicos. Ese aspecto de la ceremonia dura aproximadamente diez minutos, tras los cuales el maharaja sale de la vasija y se postra a los pies de la imagen del dios de los reyes de Travancore. El sacerdote supremo entonces coloca la corona de Travancore sobre la cabeza del rajá, y después de todo eso se da por sentado que este último sé ha santificado con el paso por la vaca de oro. La ceremonia precedente en que se le pesaba, en oro lo habilitaba sencillamente para llevar a cabo la ceremonia más costosa y solemne del paso por la vaca dorada. El coste de tan curiosas ceremonias es muy elevado, pues dejando a un lado el valor real del oro se llevan a cabo muchos gastos para festejar a la numerosa concurrencia de brahmanes que se reúnen en Trevandrum en tales ocasiones. Sin embargo los rajaes de Travancore han venido celebrando esas ceremonias desde tiempo inmemorial, y si llegasen a dejar de hacerlo se miraría el hecho como un agravio contra las tradiciones del territorio, que es una verdadera ciudadela de la superstición hindú».

Si no pudiese volver a nacer nadie más que aquél capaz de permitirse aportar una vaca enorme de oro para la ceremonia parece evidente que las probabilidades de regeneración de la raza humana en general no serían sino más bien escasas y que, prácticamente, nadie podría entrar en el reino de la dicha por ese procedimiento singular si no los ricos. Afortunadamente, sin embargo, el expediente consistente en emplear una vaca real en lugar de una imagen de oro pone la ceremonia de un se-

gundo nacimiento al alcance incluso de los pobres y humildes, y abre así a la multitud una puerta del paraíso que, de otra manera, habría permanecido atrancada y aherrojada para ellos. Sin duda podemos suponer con probabilidades de acertar que al principio la ceremonia era llevada a cabo con ayuda de un animal real, y que la sustitución de una vaca de carne y hueso por una efigie dorada fue sencillamente algo ideado para satisfacer el orgullo de los rajaes y demás personas de rango elevado, para quienes habría significado una mancha en los blasones el haber nacido por segunda vez de la manera ordinaria, y al igual que el común de los mortales, del vientre de una vaca no menos común. Comoquiera que sea, lo cierto es que en algunas regiones de la India aún se sigue empleando una vaca verdadera como instrumento para llevar a cabo la ceremonia del segundo nacimiento. Así, en las regiones himalayas de las provincias del noroeste, «la ceremonia de nacer por segunda vez de la boca de una vaca (*gomukhaprasava*) tiene lugar cuando el horóscopo predice que uno de los naturales va a cometer andando el tiempo algún crimen o que le acecha alguna desgracia. Entonces se viste al niño de escarlata y se le ata sobre un tamiz o cedazo nuevo, que es luego pasado por entre las patas traseras de una vaca y llevado hacia adelante por debajo del vientre para pasarlo por entre las patas delanteras hasta la boca y hacer luego el mismo recorrido a la inversa, con todo lo cual se pretende representar el nuevo nacimiento. Al mismo tiempo tiene lugar la aspersión acostumbrada y se recitan las plegarias de rigor, con todo lo demás establecido, y el padre olfatea a su hijo de la misma manera que una vaca huele al becerro». En este caso venios que al resultar imposible, como es natural, la simulación del nacimiento con el paso real a través del vientre de la vaca verdadera se echa mano del acto simbólico representado por el paso de la criatura de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás entre las patas del animal; de esa manera se compara al niño

con un becerro y el padre desempeña el papel de la madre con el acto de oler el fruto de sus entrañas, de la misma manera que la vaca huele el suyo. De manera similar, cuando en el sur de la India un hombre ha sido expulsado de la casta a la que pertenecía se le puede readmitir si se le hace pasar varias veces por debajo del vientre de una vaca. Aunque el autor que da noticia de esa costumbre no se refiere a ella como si se tratase de la ceremonia de un segundo nacimiento, podemos razonablemente tomarla por tal a la luz de los ejemplos precedentes. Tal vez se pueda ver una mitigación aún más acentuada de la ceremonia original en la costumbre de poner en un cesto a un niño abrumado por la mala suerte y dejar el cesto ante una vaca lechera de calidad y su becerro, y permitir que el animal dé al niño unas cuantas lengüetadas, «con lo cual se eliminan las cualidades perjudiciales que el niño ha derivado de su nacimiento».

Si el rito del nacimiento del vientre de una vaca pudo de esa manera transformarse gradualmente en otro, cuyo verdadero significado nos resultaría difícil de averiguar si careciésemos del conocimiento detallado de la ceremonia, no parece improbable que el rito del nacimiento del vientre de una cabra haya podido ir degenerando igualmente a partir de su forma primitiva, tal como hemos visto que sucede entre los akikuyu, que emplean una forma muy abreviada de la ceremonia, como es la de cubrir las manos del candidato a la regeneración con el pellejo del animal. En consonancia con esa hipótesis vemos que esa última es comúnmente adoptada por los akikuyu en numerosas ocasiones y que ese mismo pueblo es el que en circunstancias de gran solemnidad lleva a cabo, en toda su extensión, la ceremonia del segundo nacimiento. ¿No resulta natural suponer que en medio de las prisas y agitación de la existencia ordinaria, cuyo ritmo no se acomoda fácilmente a la languidez de un ceremonial tedioso, la gente haya reducido el remedio eficaz del segundo nacimiento, con sus elaborados detalles, a

una forma resumida y más cómoda que pueda ser aplicada sin dilaciones innecesarias en los sucesos de menor importancia de la vida?

Conclusiones

Volviendo ahora al punto de partida supongo que la historia del engaño de que hizo objeto Jacob a su padre Isaac contiene el recuerdo de una antigua ceremonia legal con la que se pretendía nacer de nuevo del vientre de una cabra, y cuya práctica era consideradá conveniente o necesaria siempre que se quería dar preferencia a los derechos del hijo más joven a expensas de los de su hermano primogénito aún vivo; exactamente igual que en la actualidad un hombre pretende haber vuelto a nacer del vientre de una vaca siempre que desea elevarse a una casta más alta, o ser readmitido en aquella a la que pertenecía antes de que lo hubiesen expulsado como consecuencia de su mala suerte o de su conducta condenable. Pero entre los hebreos, lo mismo que entre los akikuyu, la llamativa ceremonia pudo haberse ido transformando lentamente en la sencilla costumbre de matar una cabra y aplicar trozos de su pellejo sobre el cuerpo de la persona que se pretendía hacer nacer por segunda vez del vientre del animal. En esa forma degenerada, si mis conjeturas resultan ciertas, el narrador bíblico ha interpretado erróneamente el antiguo rito y nos ha dado una noticia falsa de él.

IX. JACOB EN BET-EL

El sueño de Jacob

La traición de que Jacob hizo objeto a Esaú, tal como nos la presenta la narración bíblica, alejó como es natural a un hermano del otro. El hermano mayor se sentía dominado por un sentimiento de agravio intolerable y su temperamento apasionado le empujaba a buscar venganza de su artero hermano menor, que le había despojado de la herencia que por derecho le correspondía. Por eso Jacob temió por su vida, y su madre, que le había servido de cómplice en la impostura, compartió sus recelos y acordó ponerle a salvo en algún lugar seguro hasta que la ira del colérico, aunque también generoso y aplacable hermano, se hubiese calmado. De modo que se le ocurrió la idea de enviarlo a Harrán, donde vivía su hermano Labán. A su imaginación volvió el recuerdo de su lejano hogar, más allá del gran río, del cual, en pleno esplendor de su belleza juvenil, había sido arrancada para ser la esposa de Isaac, y tal vez la nostalgia de aquellos lejanos días consiguió conmover su corazón, más bien un poco endurecido y terrenal. ¡Qué bien se acordaba de aquel crepúsculo dorado cuando se había apeado de su camello para salir al encuentro de aquella figura solitaria que paseaba meditativa por el campo y había llegado a ser su marido! Aquella viril figura no era ahora más que un viejo senil y decrépito; y no hacía más que unas horas al anochecer del día anterior, cuando al asomarse al brocal del pozo había visto allí abajo reflejado en el agua un rostro arrugado y coronado de cabellos grises: ¡sombra y fantasma de lo que había sido! ¡Ah, cómo se nos va el tiempo de entre las manos, como si fuera arena! Le proporcionaría algún consuelo, frente a los estragos causados por los años, el que su hijo favorito volviese del lugar en que ella había

contemplado la luz por vez primera acompañado de una esposa joven y hermosa que le devolviese la imagen de su propia juventud perdida. Esos pensamientos pudieron habérsele ocurrido a la madre afectuosa al despedirse de su hijo, aunque, si hemos de creer al escritor jahvista, no le dijo una sola palabra acerca de ellos.

De modo que Jacob se fue. De Bersa-bee, lindante con el desierto del extremo sur de Canaán, se dirigió hacia el norte. Tuvo que atravesar las desoladas tierras altas de Judea; y encaminándose siempre hacia el norte por un sendero áspero y fatigoso llegó al anochecer, precisamente cuando el sol comenzaba a ponerse, a un lugar en el que, cansado y con los pies doloridos, mientras se cerraba la oscuridad a su alrededor, decidió pasar la noche. Era aquél un paraje desolado. El terreno había ido elevándose gradualmente y ahora Jacob se hallaba a más de novecientos metros sobre el nivel del mar. El aire era fresco y transparente. A su alrededor, hasta donde le permitían ver las sombras de la noche cercana, se extendía un desierto de terrenos pedregosos y rocas grises, algunas de ellas amontonadas de modo extraño formando caprichosos pilares, menhires o dólmenes, mientras un poco apartado un cerro desnudo apuntaba vagamente hacia el cielo y sus laderas parecían elevarse en sucesivas terrazas pétreas. Era aquél un paisaje deprimente y no invitaba a la contemplación demasiado prolongada. El viajero se tendió en el centro de un círculo de piedras de gran tamaño, tomó una de ellas, se la colocó por cabezal y se quedó dormido. Luego tuvo un sueño mientras dormía. Soñó que veía una escala que se apoyaba en la tierra y cuyo remate llegaba al cielo, y que los ángeles subían y bajaban por ella. Y Dios, de pie junto a él, le prometía darle toda aquella tierra, a él y a su descendencia después de él. Pero Jacob se despertó amedrentado de su sueño y exclamó: «¡Cuán terrible es este sitio! No es ésta sino la casa de Dios, y ésta es la puerta del cielo». Y cobrando miedo se

quedó inmóvil en aquel lugar hasta que rompió el día sobre el sombrío panorama y puso de nuevo al descubierto el mismo aborrecible paisaje de terrenos pedregosos y rocas grises sobre el que se habían posado sus ojos la tarde anterior. Entonces se levantó, y tomando la piedra que había colocado por cabecera, la erigió en *massebá*[*] y derramó aceite sobre su cúspide. Y denominó a aquel lugar Bet-el, es decir, casa de Dios.

Aunque abrumado por el recuerdo de la visión que había tenido durante la noche, estamos autorizados a suponer que Jacob prosiguió su camino aquel día con mejores ánimos que el día anterior confortado con el pensamiento de la promesa que había oído de labios de Dios. A medida que iba avanzando también el paisaje mismo iba tomando un aspecto más riente y alegre, en armonía con las renovadas esperanzas que se despertaban ahora en su pecho. Jacob dejó atrás las yermas tierras altas de Benjamín y descendió a los fértiles prados bajos de la tierra de Efraím. Durante horas el camino bajó siguiendo un hermoso valle alto y estrecho en cuyas laderas se escalonaban las terrazas hasta lo alto de los cerros laterales, cubiertas de higueras y olivos, mientras entre las rocas blanquecinas crecían los helechos mezclados con los ciclámenes blancos y rojos y con las flores del azafrán; y los pájaros carpinteros, los grajos y algunas pequeñas lechuzas reían, hucheaban o daban golpes ligeros, cada uno de acuerdo con su naturaleza, entre las ramas. De modo que sintiendo ligero el corazón Jacob apresuró el paso que lo acercaba a la distante ciudad en que habitaba su tío.

Los sueños en que se aparecían los dioses

Los críticos han comprobado que el relato en el que se habla del sueño de Jacob fue ideado probablemente con la intención de explicar la santidad inmemorial del lugar de Bet-el, que muy bien pudo haber sido objeto de veneración para los habitantes aborígenes del país de Canaán mucho antes de que lo invadiesen y conquistasen los hebreos. En los tiempos antiguos se ha-

llaba muy extendida la creencia de, que los dioses se manifestaban a los hombres y de que les daban a conocer en sueños sus deseos; y como consecuencia, la gente acudía a los templos y a otros lugares sagrados con el propósito de dormir en ellos y de mantener una conversación con las potencias dé lo alto durante las visiones tenidas por la noche, pues suponían esas mismas gentes del modo más natural que las divinidades o los espíritus deificados de los muertos se aparecerían más probablemente en los lugares dedicados especialmente a su culto. Por ejemplo, en Oropo, ciudad del Atica, había un santuario dedicado al adivino muerto Anfiarao, y en él los peregrinos que acudían en busca de consejo ofrecían sacrificios de carneros, a Anfiarao y a los demás seres divinos cuyos nombres se hallaban inscritos en el ara; y una vez hecha la ofrenda extendían sobre el suelo los pellejos de las víctimas y se echaban a dormir en ellos con la esperanza de recibir alguna revelación mientras dormían. Parece ser que al oráculo acudían con mayor frecuencia las personas enfermas que buscaban alivio a sus padecimientos, y que cuando lo hallaban mostraban su gratitud dejando caer monedas de oro o de plata en el manantial sagrado. Según nos ha dejado dicho Tito Livio, el antiguo templo de Anfiarao se hallaba situado en un paraje delicioso, en medio de fuentes y arroyuelos; el lugar ha sido descubierto en tiempos recientes y corresponde a la descripción del historiador. Se halla situado en un agradable vallecillo, ni demasiado ancho ni demasiado profundo, entre colinas bajas cubiertas de pinos. Lo atraviesa un arroyuelo que se abre paso, entre márgenes orladas de sicomoros y adelfas, hasta el mar distante unos dos kilómetros, aproximadamente. A lo lejos detienen la vista las azules y altas montañas de Eubea. Los grupos de árboles y arbustos que forman penachos a los lados del valle y en los que gorjean los ruiseñores, la cinta de verdes prados del fondo, la calma y aislamiento del lugar, y su aspecto recogido y soleado, todo contribuye a hacer de él refugio

de inválidos, que se amontonaban allí para consultar al dios que devolvía la salud. Tan abrigados son verdaderamente aquellos parajes que incluso en las mañanas del mes de mayo el calor de la quieta atmósfera del valle, bañado por el sol de Grecia que envía sus rayos desde un cielo limpio de nubes, puede llegar a ser sentido por un habitante de los países del norte como algo abrumador. Mas para los griegos se trataba probablemente de un calorcillo tan sólo agradable. Es verdad que, a lo que parece, el oráculo se hallaba abierto únicamente durante el verano, pues el sacerdote que cuidaba el santuario estaba obligado a permanecer en él no menos de diez días al mes, desde finales del invierno hasta el comienzo de la estación de la siembra, fecha que solía caer en el mes de noviembre, cuando las Pléyades se ponen tras el horizonte; y durante todo ese período no se le permitía ausentarse por más de tres días consecutivos. Las gentes que acudían en busca de los consejos divinos estaban obligadas a pagar, antes de nada, una tasa de no menos de nueve óbolos de plata, aproximadamente un chelín del año en que este libro fue escrito, al tesoro del templo, en presencia del sacristán, que anotaba en un libro de registro el nombre del donante y el de la ciudad a que pertenecía. Cuando el sacerdote oficiaba tenía la obligación de orar sobre las víctimas de los sacrificios y de depositar su carne sobre el ara; pero si él se hallaba ausente, la misma persona que presentaba la ofrenda podía desempeñar esos deberes. El sacerdote percibía como emolumentos el pellejo y uno de los cuartos de cada una de las víctimas ofrecidas en el altar. Se prohibía sacar del recinto cualquier porción que fuese de la carne. A las personas que se sujetaban a esas normas se les permitía dormir bajos los pórticos del santuario con la intención de recibir algún oráculo durante el sueño. En el dormitorio los hombres y las mujeres dormían aparte unos de otros, separados por el altar, los hombres tendidos al este y las mujeres al oeste.

En el gran santuario de Esculapio, cerca de Epidauro, existía un dormitorio semejante para los pacientes que acudían a consultar al Buen Médico. En tiempos recientes han sido puestas al descubierto por las excavaciones las ruinas del templo, que cubrían una gran extensión y que en su estado original formaban uno de los monumentos más impresionantes de la antigua civilización griega. Se hallan en un hermoso valle despejado y rodeado de altas montañas que por el noroeste se alzan formando picos escarpados de roca gris y desnuda, mientras que por el sur y el este tiene perfiles más suaves y laderas cubiertas de verdor. En primavera, el fondo del valle, salpicado de grupos de árboles y de matorrales, verdea con los maizales. El paisaje produce una sensación global de tranquilidad y solemnidad, con un toque agradable de soledad, pues se halla lejos de cualquier ciudad. Un valle agreste, romántico, poblado de bosques densos conduce hacia el fondo, donde se encuentran las ruinas del antiguo Epidauro, situadas en un hermoso promontorio rocoso que se proyecta hacia el mar desde una planicie llena de limoneros y cerrada por detrás por las altas montañas cubiertas de árboles. Los pacientes que habían pasado la noche durmiendo en el templo de Esculapio de la ciudad de Epidauro y que habían sido curados de sus enfermedades por intermedio de las revelaciones que habían tenido en sueños solían conmemorar la curación en tablillas que depositaban luego en el sagrado lugar, como testimonio elocuente de los poderes restablecedores del dios y de la fe salvadora de aquellos que depositaban en él su confianza. En la antigüedad, el sagrado recinto se hallaba atestado de semejantes tablillas y algunas han llegado hasta nuestros días. Las inscripciones que las cubren arrojan luz sobre unas instituciones que en muchos aspectos se parecían a los hospitales de nuestros tiempo.

Por ejemplo, leemos en una de ellas lo sucedido a un hombre que sufría de parálisis de todos los dedos excepto uno y que

acudió como suplicante al templo del dios. Pero cuando vio las tablillas que henchían el santuario y leyó las curaciones milagrosas relatadas en ellas sintió incredulidad. Sin embargo, durmió en el recinto y tuvo un sueño. Soñó que se hallaba jugando a los dados en el templo y que en el mismo momento de arrojarlos se le aparecía el dios, le cogía la mano al vuelo y le estiraba los dedos, uno tras otro, y habiéndolo hecho le preguntaba si aún seguía sin creer en lo relatado por las tablillas depositadas en el santuario. El hombre le respondió que no, que su incredulidad ya había desaparecido. «Por ese motivo —le respondió el dios—, porque antes no quisiste creer lo que veían tus ojos, te llamarás a partir de ahora Incrédulo». Al día siguiente el hombre abandonó el lugar tras haber recobrado el uso de sus miembros. Otro ejemplo: Ambrosia, una dama ateniense que era tuerta, acudió a consultar al dios acerca de la enfermedad que la aquejaba. Cuando se hallaba paseando por el interior del templo y leía las curaciones narradas en las tablillas no podía contener su hilaridad y su escepticismo ante algunos de los casos expuestos, que le parecían absolutamente increíbles y fuera de cualquier posibilidad. «¿Cómo puede ser verdad — decía para sí— que los ciegos y los lisiados recobren su integridad simplemente teniendo un sueño?». En esa disposición de ánimo tan escéptica se preparó para pasar la noche en el dormitorio, y mientras dormía tuvo la siguiente visión. Le pareció que el dios se hallaba de pie a su lado y que le prometía devolverle la visión de su ojo enfermo con la condición de que dejase en el santuario como recuerdo de su crasa desconfianza un cerdo de plata. Una vez conseguida la conformidad de ella, el dios le abrió el ojo averiado y derramó sobre él un bálsamo. Al día siguiente la dama abandonó los parajes completamente curada. Un ejemplo más: Pandaro, un hombre de Tesalia, acudió al santuario para librarse de ciertas letras escarlata, estigma que estaban condenadas a llevar sobre el vestido las mujeres adúlteras, que le ha-

bían marcado la frente. En sueños le pareció ver al dios de pie a su lado, que le envolvía la cabeza en una especie de chal y le ordenaba que al abandonar el dormitorio se despojase de él y lo depositase en el templo como memoria de lo sucedido. A la mañana siguiente Pandaro se levanto y desató el lienzo que le cubría la frente, y al mirarlo atentamente vio que las letras infamantes habían pasado de su frente al tejido. De modo que depositó el chal en el templo y partió de vuelta a su ciudad de origen. Camino de su hogar se detuvo en Atenas y envió a su servidor Equedoro a Epidauro, con cierta cantidad de dinero, que habría de ofrecer como acción de gracias en el templo. Pero también Equedoro tenía letras deshonrosas impresas en la frente, de modo que al llegar al santuario, en lugar de entregar el dinero que se le había encomendado para depositarlo en el tesoro del dios, se lo guardó y se echó a dormir bajo los pórticos, con la esperanza de verse libre de los estigmas que humillaban su frente de la misma manera que había sucedido con su amo. Pero en sueños se le apareció el dios y le preguntó si había traído algún dinero enviado por Pandaro para honrar el templo. El interfecto negó haber recibido nada de manos de Pandaro, pero prometió al dios que si le curaba se haría pintar un retrato y lo dejaría en el templo en memoria de la gracia recibida. Entonces el dios le ordenó tomar el lienzo que había envuelto la frente de Pandaro y colocárselo en torno a la propia; y que cuando abandonase el dormitorio se despojase de él, se lavase el rostro en el manantial que bajaba de la montaña y se contemplase en el espejo de las aguas. De modo que cuando se hizo de día el redomado pillo se apresuró a abandonar el dormitorio y a desatar el lienzo con que se había envuelto la frente, con la esperanza de ver impresas en él las marcas vergonzosa que le afeaban. Pero el lienzo se hallaba impoluto. Entonces se encaminó a la fuente, para lavarse, y al verse reflejado en la superfi-

cie del agua vio que al lado de las suyas propias se le habían impreso en la piel las marcas rojas de Pandaro.

En las costas agrestes y rocosas de Laconia, allí donde la gran cadena de montañas del Taigeto desciende formando riscos desnudos hasta el mar, existía antiguamente un santuario profético en el que una diosa revelaba a los mortales durante el sueño los secretos deseos que anidaban en sus corazones. En cuanto a la naturaleza de la diosa en cuestión las opiniones difieren. El griego Pausanias, que viajó por aquellos parajes, pensaba que se trataba de Ino, diosa de las profundidades del mar. Pero al contarnos su visita al templo reconoce que le fue imposible ver la imagen de la diosa, por causa de las numerosísimas guirnaldas que la cubrían por completo, ofrenda probable de los devotos que expresaban de ese modo su reconocimiento por las revelaciones que les habían sido comunicadas durante el sueño. La proximidad del mar, con el eterno y grandioso rumor de sus olas, podría hablar en favor de la pretensión de haber sido Ino la diosa titular del santuario. Sin embargo, otros sostienen que se trataba de Pasifae, representada por la luna; y muy bien pudieron haber apoyado su afirmación, antes de retirarse caída ya la noche al dormitorio sagrado, señalando el disco plateado que surcaba el cielo y se reflejaba estremecido en la superficie del agua de alguna acequia cercana. Comoquiera que fuese, parece ser que los magistrados supremos de Esparta acudieron con frecuencia al recoleto paraje en busca de los consejos divinos que esperaban recibir en medio de las nieblas del sueño, y se dice que en un momento de gran trascendencia para los espartanos uno de aquéllos magistrados había tenido un sueño preñado de malos presagios.

También la Italia antigua tuvo —lo mismo que Grecia— numerosos lugares en los que se podía consultar a los oráculos y a los que acudían afligidos los mortales en busca de revelaciones y consuelo con que supuestamente les favorecían durante el

sueño los dioses o los hombres deificados. Así en la ciudad de Drium, de la comarca de Apulia, se veneraba al adivino Calcas, y aquellos que deseaban recibir sus revelaciones le ofrecían en sacrificio un camero negro y se echaban a dormir sobre el pellejo de la víctima. Otro oráculo italiano muy antiguo y venerado era el del dios Fauno, y el modo de consultarlo se parecía al anterior. El devoto daba muerte a una oveja y se tendía sobre su piel extendida sobre el suelo, y mientras dormía tenía un sueño en el que se le revelaba la respuesta a su pregunta. Si el oráculo tenía asiento —como existen motivos para pensarlo— en una arboleda sagrada cercana a una cascada de las proximidades de Tibur, la sombra misteriosa de los árboles y el rumor de las aguas que se desplomaban en el cauce pudieron muy bien inspirar en el ánimo del peregrino un temor religioso y mezclarse con sus sueños. El pequeño templo circular que aún se asoma por encima de las aguas pudo haber sido el mismo en el que el dios rústico susurraba, según se creía, sus consejos en los oídos de los dormidos devotos.

La escala que llegaba hasta el cielo

Muy diferente de esos centros oraculares de hermosos paisajes en las antiguas Grecia e Italia era la hondonada pedregosa y desolada, entre colinas yermas, en la que Jacob se echó a dormir y tuvo la visión de los ángeles que subían y bajaban por una escala que se apoyaba en la tierra y cuyo remate llegaba hasta el cielo. La creencia en escalas semejantes, utilizadas por los seres divinos o por las almas de los muertos, nos sale al paso en otras partes del mundo. Así, mientras nos habla de los dioses del África occidental, Mary H. Kingsley nos dice que «en casi todas las series de tradiciones aborígenes de la región se encontrarán relatos acerca de una época en la que era corriente la comunicación entre los hombres de la tierra y los dioses o espíritus que viven en los cielos. Siempre se dice que tal comunicación quedó interrumpida a raíz de alguna falta cometida por los

hombres. Por ejemplo, los naturales de Fernando Poo dicen que había habido un tiempo en que no se conocía sobre la tierra infortunio ni desorden grave alguno, porque existía una escala, semejante a la que se utiliza para coger los frutos de la palmera, sólo que 'larga, muy larga', y esa escala llegaba desde la tierra hasta el cielo, de modo que los dioses podían subir y bajar por ella y atender personalmente sus asuntos mundanales. Pero un día un muchacho inválido comenzó a subir por la escala y ya había llegado muy arriba cuando su madre lo vio y comenzó a subir en su persecución. Los dioses, aterrorizados ante la idea de que los niños y las mujeres pudiesen invadir el cielo, arrojaron la escala al suelo y desde entonces la humanidad se quedó desoladamente sola».

Los toradja de lengua bare'e que viven en las Célebes centrales dicen que en tiempos pasados, cuando los hombres vivían juntos, el cielo y la tierra se hallaban unidos por medio de una planta trepadora. Un día un apuesto mancebo de origen celestial, al que llaman señor Sol, apareció sobre la tierra cabalgando un búfalo blanco. Entonces tropezó con una muchacha que trabajaba en el campo y habiéndose prendado de ella la tomó por esposa. Vivieron juntos durante algún tiempo y el señor Sol enseñó a la gente a cultivar la tierra y les proporcionó búfalos en abundancia. Pero un día sucedió que el niño que el señor Sol había tenido de su mujer se comportó mal en la casa y su padre se sintió tan ofendido que, disgustado con toda la humanidad, se dirigió a la trepadora y regresó a los cielos de donde había venido. Su mujer intentó trepar detrás de él, pero él cortó la planta y la abatió, de manera que mujer y planta cayeron a tierra y fueron transformadas en piedra. Todavía hoy se las puede ver en forma de un cerro de roca caliza que se levanta no muy lejos del río Wimbi. El cerro tiene la forma de un rollo de cuerda y se le llama cerro de la Trepadora.

Además, entre los toradja se escuchan relatos que hablan de un roten (junco de indias) enrollado, por el cual los mortales pueden subir de la tierra al cielo. Se trata de un trepadora espinosa que crece adherida a una higuera y que cada año añade un anillo más a los que ya abrazan el tronco del árbol. La persona que quiera utilizarla deberá comenzar por despertarla del sueño que la domina destrozando siete garrotes sobre las tenaces fibras de la planta. Con ello la trepadora sale de su profundo sueño, se despereza, toma una nuez de betel y pregunta a la persona qué es lo que quiere. Cuando ésta hace saber su deseo de ser llevada hasta el cielo, la planta le dice cómo y dónde debe sentarse, ya sea en uno de los espinos o en el extremo superior del vegetal, y le ordena que tome consigo siete vasijas de bambú llenas de agua para que sirvan de lastre. A medida que la trepadora se eleva en el aire se desvía unas veces hacia la derecha, otras hacia la izquierda; entonces el pasajero derrama parte del agua y la trepadora se endereza y toma la dirección correcta. Llegados a la bóveda del cielo la trepadora penetra a través de un agujero que existe en el firmamento y aferrándose con firmeza, con sus espinos, al suelo celestial espera pacientemente a que el pasajero despache los asuntos que lo han llevado allá arriba y regrese para volver a la tierra de donde ha subido. De ese modo el héroe del relato se abre camino hasta las alturas celestiales y lleva a cabo en ellas los propósitos que le han conducido a tales parajes, sean cuales sean los tales propósitos, tanto si se trata de recobrar un collar extraviado o robado, de saquear y pillar un poblado celestial o de hacer que el herrero que vive en los cielos devuelva la vida a algún pariente muerto.

Los batak de Sumatra dicen que en medio de la tierra había antiguamente una roca cuya cúspide alcanzaba hasta el cielo y por la cual determinados seres privilegiados, tales como los héroes y sacerdotes, podían subir hasta allí. Arriba, en el cielo, crecía una gran higuera cuyas raíces penetraban profundamen-

te en la materia de que están hechos los cielos hasta alcanzar la roca, con lo cual los mortales podían trepar por el tronco y llegar a las mansiones de las alturas. Pero un día un hombre despechado abatió la higuera, o quizás más bien cortó sus raíces, porque su mujer, que había bajado del cielo, retornó a él y lo dejó allí abandonado.

Los betsimisaraka de Madagascar creen que las almas de los muertos suben al cielo trepando por un cable de plata, que también sirve a los espíritus celestiales para bajar a la tierra y llevar a cabo en ella las misiones que les hayan sido encomendadas.

Distintas de esas escalas imaginarias son las escalas reales que algunos levantaron para facilitar la bajada de los dioses y de los espíritus de los cielos a la tierra. Por ejemplo, los naturales de Timorlaut, Babar y las islas Leti, del archipiélago índico, adoran al sol como principal dios masculino que fertiliza la tierra, tenida por una diosa, todos los años, al comienzo de la estación de las lluvias. Con tan benéficos fines el dios desciende hasta una higuera sagrada, y para facilitarle la llegada al suelo la gente coloca al pie del árbol una escalera de siete peldaños, escalera cuyos lados se hallan decorados con las figuras talladas de dos gallos, como si se pretendiese anunciar la llegada del dios del día con el estridente clarín de los animales.

Cuando los toradja de las Célebes centrales se hallan ofreciendo sacrificios a los dioses con ocasión de la impetración de su favor sobre una casa acabada de construir, arman dos tallos de plantas y los adornan con siete cintas de algodón blanco o de tejido de cortezas, para que les sirvan a los dioses de escalera por la que puedan descender y regalarse con el arroz, el tabaco, el betel y el vino de palma dispuestos para ellos.

También en épocas pasadas como en las actuales algunas gentes han creído o creen que las almas de los muertos suben de la tierra el cielo por medio de una escalera, y han llegado, in-

cluso, a depositar sobre las tumbas escaleras en miniatura, a fin de que los espíritus puedan subir por ellas a la mansión del eterno goce. Así, en las inscripciones de las pirámides, que se hallan entre las más antiguas muestras literarias del espíritu humano, se menciona a menudo la escalera por la cual los reyes muertos de Egipto subían a los cielos. En numerosas tumbas egipcias se ha hallado una escalera, que pudo haber sido depositada en ellas para facilitar al espíritu del muerto la salida del sepulcro, quizás incluso la subida al cielo, como en el caso de los reyes de la antigüedad.

Los mangar, tribu guerrera de Nepal, ponen extremo cuidado en proporcionar a sus muertos escaleras para que puedan trepar a la mansión celestial. «A cada lado de la tumba se ponen dos trozos de madera, de unos noventa centímetros de longitud. En uno se han tallado nueve escalones o muescas que forman una escala para que el espíritu del muerto pueda subir al cielo; en el otro cada uno de los asistentes a los funerales hace una incisión, para dejar constancia de su presencia. Al salir del sepulcro, el tío materno pronuncia un adiós solemne al muerto y le exhorta a subir al cielo por la escalera que se halla preparada para él». Sin embargo, para el caso de que el espíritu se niegue a aprovechar la oportunidad que se le ofrece de subir a las alturas celestiales y prefiera, en cambio, retornar al hogar abandonado, los miembros de la comitiva fúnebre cuidan de ponerle obstáculos en el camino y le cierran el paso con arbustos espinosos.

La piedra sagrada

A pesar de sus alrededores melancólicos e inhóspitos, Bet-el llegó a ser en época posterior el santuario más popular del reino septentrional. Allí instituyó Jeroboam la adoración de uno de los dos becerros de oro que había fabricado para que fuesen los dioses de Israel; levantó un altar y creó un sacerdocio especial para el culto en cuestión. En tiempos del profeta

Amos el santuario se hallaba bajo la especial protección del rey y era considerado como capilla real; se hallaba atestado de adoradores; se multiplicaron los altares; se complicó el ritual; se hacía frente a los gastos de mantenimiento a expensas de los diezmos recaudados en el lugar; los palacetes de verano y de invierno de los nobles y opulentos de la vecindad llegaron a ser numerosos y lujosos. Para explicar el olor de santidad que desde tiempos inmemoriales había estado unido a aquellos parajes naturalmente desolados y poco atractivos, y que poco a poco había conseguido llevar a ellos el esplendor y refinamiento del lujo, se contaba a los devotos la antigua historia de Jacob y de su sueño. Siempre que entregaban los diezmos a los sacerdotes, los devotos pensaban estar dando cumplimiento a la promesa hecha hacía mucho tiempo por el patriarca, cuando al despertar atemorizado por lo que había visto en sueños cuando dormía en medio del círculo de piedras, había prometido entregar a Dios la décima parte de todo lo que la divinidad le llegase a conceder. Y se creía que la gran columna o piedra puesta de pie, que sin duda se levantaba al lado del altar principal, era la misma piedra en la que el caminante había reposado su fatigada cabeza aquella noche memorable y a la que la mañana siguiente había erigido en *massebá* para dejar constancia de su sueño. Pues tales piedras o monolitos sagrados eran característica común de los templos hebreos y cananeos de los tiempos antiguos; muchos de ellos han sido descubiertos en sus emplazamientos originales por las excavaciones que han puesto al descubierto aquellos antiguos «lugares altos» en nuestro tiempo. Parece ser que incluso el profeta Oseas consideraba las piedras puestas de pie o monolitos como complemento indispensable de un lugar sagrado dedicado a la adoración de Jehová. Solamente en los últimos tiempos el espíritu progresista de la religión israelita condenó esos rudos monumentos calificándolos de residuos del paganismo, ordenó su destrucción y prohibió

que se los siguiese erigiendo. Parece ser que originalmente se pensaba que la misma divinidad residía en las piedras; y su temible presencia era lo que les confería la santidad que se les atribuía. De ahí que Jacob declarase que la piedra que él había levantado en Bet-el había de ser morada de Dios.

La idea de una piedra habitada por un dios o por cualquier otro espíritu poderoso no era exclusiva del antiguo Israel; la han compartido numerosos pueblos en diversas regiones de la tierra. Los árabes de la antigüedad adoraban piedras, e incluso bajo el Islam la Piedra Negra de La Meca sigue ocupando el lugar preferente en sus devociones en el templo principal de su religión. Es idea comúnmente aceptada que el profeta Isaías, o el escritor posterior que pasó por Isaías, denunció a los idólatras israelitas que adoraban las grandes piedras desgastadas por el agua que se encontraban en los barrancos rocosos y secos, derramando libaciones sobre ellas y ofreciéndoles sacrificios. Según se dice, los griegos adoraban antiguamente piedras sin labrar en lugar de imágenes. En la plaza del mercado de Farae, ciudad de Acaya, había treinta y cuatro piedras, a cada una de las cuales la gente daba el nombre de un dios. Los habitantes de Tespias, ciudad de Beocia, honraban al amor por encima de los demás dioses; y los grandes escultores Lisipo y Praxiteles esculpieron para la ciudad imágenes gloriosas de la amorosa divinidad, en mármol y en bronce. Sin embargo, al lado de esas obras del más refinado arte griego, las gentes llevaban a cabo sus devociones ante un ídolo tosco del dios que no era más que una piedra sin pulir. Los enianos de Tesalia adoraban una piedra, le ofrecían sacrificios y derramaban sobre ella el sebo de las víctimas.

En todo el mundo se ha practicado la adoración de toscas piedras; quizás en ningún lugar más sistemáticamente que en Melanesia. Así, por ejemplo, en las islas Banks y en las Nuevas Hébridas septentrionales los espíritus a los que se les ofrecen

viandas se hallan casi siempre relacionados con piedras, en las cuales se llevan a cabo las ofrendas. Determinadas piedras han estado consagradas a algún espíritu desde tiempos muy remotos, y el conocimiento de la manera apropiada de impetrar la gracia del espíritu ha sido transmitido de generación en generación al individuo particular que es, en la actualidad, su afortunado poseedor. «Pero cualquier persona puede encontrar por sí misma una piedra que lo cautive por su forma, o cualquier otro objeto, como, por ejemplo, un pulpo en su agujero, un tiburón, una culebra, una anguila, algo en fin que le parezca poco corriente y relacionado por eso mismo con algún espíritu. La persona en cuestión consigue dinero y lo esparce alrededor de la piedra o en el lugar en el que ha visto el objeto que despertó su fantasía; y a continuación regresa a su hogar y se echa a dormir. Sueña entonces que se le acerca alguien que le lleva a un lugar en el que le muestra los cerdos o el dinero que recibirá por la relación establecida entre ella y el objeto que ha encontrado. En las islas Banks ese objeto viene a ser el *tano-oloolo* de la persona, el lugar de su ofrenda, el objeto en honor de quien se la lleva a cabo con el fin de conseguir cerdos o dinero. Sus vecinos empiezan a darse cuenta de que lo tiene, y de que sus bienes en aumento proceden de allí; acuden a él, por consiguiente, y por su mediación consiguen la benevolencia del espíritu con el que ha establecido relación. La persona transmite a su hijo o a su sobrino el conocimiento relativo al espíritu. Si un hombre cae enfermo entrega a otro, del que se sabe está en posesión de una piedra mágica —se supone que el enfermo ha ofendido de alguna manera al espíritu relacionado con la piedra en cuestión—; le entrega, digo, una pequeña sarta de monedas y un trozo de la raíz del pimiento, *gea*, que se utiliza en la preparación de la bebida llamada *kawa*, el enfermo dice al poseedor de la piedra que haga *oloolo*, es decir, ofrendas. Este último toma los objetos que le han sido entregados, los lleva al lu-

gar sagrado que posee y los derrama sobre el suelo diciendo: '¡Que fulano se recobre de su dolencia!' Cuando el enfermo llega a reponerse, paga una tasa. Si alguien desea aprovecharse de la virtud de la piedra, o de lo que quiera que sea, poseída por otro, con el fin de acrecentar los bienes que tiene, ya sea en forma de dinero, cerdos o alimentos, o si quiere tener éxito en los combates, el poseedor de la piedra le llevará consigo al lugar sagrado que le pertenece, en el que son probablemente numerosas las piedras que pueden servir para los propósitos particulares del ambicioso. Este entrega dinero, quizá unos cientos de sartas de monedas de algunos centímetros de longitud. El que hace de introductor enseña al otro una de las piedras y le dice: 'Este es un gran ñame', y el devoto deposita algunas monedas. De otra piedra dice que es un jabalí, de otra que se trata de un cerdo con colmillos, y el devoto sigue depositando monedas. La idea subyacente es que al espíritu, *vui*, vinculado con la piedra le gusta el dinero que es abandonado sobre ella o a su alrededor. En caso de que el *oloolo*, es decir, el sacrificio tenga éxito, el hombre que se ha beneficiado de él paga al que posee las piedras y los espíritus».

De un relato tan instructivo sacamos la conclusión de que en esas islas puede originarse un santuario regular en la imaginación de un hombre que, habiendo dado con una piedra que le ha parecido extraña y tras haber soñado con ella, deduce que la piedra tiene que encerrar forzosamente algún espíritu poderoso que podrá servirle de ayuda y al que a partir de ese momento él y sus descendientes conservarán propicio por medio de ofrendas. Además resulta fácil de comprender que a medida que aumente la reputación de un santuario semejante acudirán a él cada vez más devotos y aumentará, por consiguiente, su esplendor, como consecuencia de la multitud de ofrendas que la gratitud o la avaricia de los devotos pueda inducirlos a depositar allí. ¿No tendremos aquí un duplicado melanesio de lo suce-

dido en Bet-el? Una interpretación a la antigua podría ver en la costumbre melanesia una imitación diabólica de un original divino.

En una de las islas Samoa el dios Turia tenía su santuario en una piedra muy lisa que era guardada en una arboleda sagrada. El sacerdote encargado del lugar tenía buen cuidado de mantenerlo limpio de hierbajos y de cubrir la piedra con ramitas para conservar caliente al dios. Cuando se le dirigían plegarias como consecuencia de brotes epidémicos, de sequías, de hambres o de guerras se cambiaban continua y cuidadosamente las ramitas. Nadie osaba tocar la piedra, no fuera a ser que brotase de ella alguna maligna influencia o algún hálito venenosos que pusiera en peligro la vida del transgresor. En otro poblado samoano se creía que dos piedras alargadas y lisas colocadas sobre una plataforma eran los padres de Saato, dios que controlaba la lluvia. Cuando los jefes y la gente en general se disponían a ausentarse durante varias semanas para practicar entre los matorrales la caza del pichón solían depositar ofrendas de taro cocido y de pescado sobre las piedras, ofrendas que acompañaban con plegarias en demanda de buen tiempo y días soleados. Se miraba con desaprobación a cualquiera que rehusase hacer ofrendas a las piedras, y si llegaba a llover se le culpaba y castigaba por haber provocado la cólera del dios del buen tiempo y haber echado a perder el deporte de la estación. Además, en tiempos de carestía, cuando la gente salía en búsqueda de ñames silvestres, tenía la costumbre de dar uno a las dos piedras en acción de gracias, pues se suponía que aquellos dioses eran los causantes del crecimiento de los ñames y que tenían poder para dirigir a las gentes hacia los mejores lugares para encontrar esas raíces comestibles. Cualquiera que pasase casualmente con un cesto de productos alimenticios solía también detenerse y depositar sobre la piedra algo de lo que llevaba. Por la noche los perros o las ratas comían las ofrendas, y en

esos casos la gente creía que los dioses se habían reencarnado temporalmente en aquellos animales para consumir las vituallas.

Los naturales de Timor, isla del archipiélago índico, se interesan mucho por los espíritus de la tierra, que habitan en las rocas y en piedras de forma poco corriente y llamativa. Sin embargo, no todas las piedras de esas características están poseídas por los espíritus, y cuando un individuo ha conseguido descubrir una tiene todavía que soñar con ella, con el fin de averiguar si se trata o no de la residencia de algún espíritu. Si durante el sueño se le aparece el espíritu y le pide un sacrificio de hombres, bestias o betel, el individuo en cuestión hace que trasladen la piedra y la coloquen junto a su casa. Piedras semejantes son objeto de la veneración de familias enteras, e incluso de poblados o territorios. El espíritu que habita en la piedra vela por el bienestar de la gente y exige que, en reconocimiento, se le entregue arroz y betel, aunque a veces llega a pedir también aves de corral, cerdos y búfalos. Al lado de la piedra se suelen poner a menudo estacas puntiagudas que son utilizadas para colgar en ellas los cráneos de los enemigos vencidos en la batalla.

En Busoga, territorio del África central situado al norte del lago Victoria Nyanza, «se dice que toda roca y piedra de grandes dimensiones tiene su espíritu, que siempre se muestra activo en un territorio, ya sea para bien o para mal. A la malevolencia de los espíritus de las rocas se atribuyen muchos tipos de enfermedades, en especial la peste. Cuando se declara la peste o cualquier otra enfermedad, el espíritu se apodera de algún individuo del lugar, ya sea un hombre o una mujer, y bajo su influencia el individuo en cuestión se sube a la roca o piedra y desde ella convoca a la gente. El jefe y el hechicero reúnen al pueblo, ofrecen al espíritu una cabra o un ave de corral y se les revela lo que deben hacer para detener el progreso de la enfer-

medad. Habiendo dado a conocer su voluntad al pueblo, el espíritu se retira de la persona de la que se había apoderado y retorna a la roca; el médium regresa al hogar para proseguir sus ocupaciones ordinarias y puede suceder que el espíritu no lo vuelva a dominar jamás». De ahí que haya muchas rocas y piedras sagradas en Busoga. Se las tiene por divinidades locales y a ellas acude la gente en toda suerte de circunstancias para solicitar algún género de ayuda. Los menkiera, del Sudán francés, al sur del Níger, ofrecen sacrificios a las rocas y a las piedras. Por ejemplo, en Sapo, el jefe del poblado es dueño de una gran piedra que se halla situada a la puerta de su vivienda. Un hombre incapaz de conseguir esposa, o uno cuya esposa es estéril, ofrece a la piedra un ave de corral, con la esperanza de que la piedra le proporcione mujer o hijos, según el caso. Entrega el ave al jefe, que la sacrifica y se la come. Si sus plegarias han sido atendidas, el hombre vuelve a ofrecer a la piedra otra ave en acción de gracias.

El oráculo principal de los indios mandan era un gran pedrusco que medía alrededor de seis metros de perímetro. Aquellos sencillos salvajes tenían fe absoluta en sus milagrosos pronunciamientos. Todas las primaveras y, en ocasiones, durante el verano, una comisión hacía una visita de cortesía a la piedra sagrada y la ahumaba solemnemente; los componentes del grupo daban una chupada a una pipa y luego se la pasaban a la roca para que ella hiciese lo mismo. Una vez llevada a cabo la ceremonia con todos los requisitos de rigor, los comisionados se retiraban a un bosquecillo próximo para pasar la noche, mientras la piedra era abandonada supuestamente para que meditase a solas. A la mañana siguiente el fruto maduro de sus reflexiones se manifestaba bajo la forma de determinados signos de color blanco que aparecían sobre su superficie, señales que algunos de los miembros de la concurrencia conseguían interpretar sin la más leve dificultad por la razón sencilla de que ha-

bían sido ellos mismos los que las habían pintado sobre la roca durante las horas de tinieblas nocturnas, mientras sus crédulos camaradas dormían profundamente. También se nos dice, hablando de los indios dakota, que un hombre «solía coger del suelo una piedra redonda de cualquier naturaleza, y pintarla, y caminar a unos pocos metros de su morada, y limpiar el terreno arrancándole la hierba en un círculo digamos de unos 30 a 60 centímetros de diámetro, y colocar en aquel lugar su piedra, o dios, como él la llamaba, y hacerle una ofrenda de tabaco y plumas de ave, y rogarle lo librase de algún peligro que había soñado o imaginado estaba a punto de amenazarlo».

Los montañeses de Escocia solían creer en una cierta hada llamada la Gruagach, considerada unas veces varón y otras hembra, que cuidaba de los rebaños y los mantenía alejados de las rocas, mientras rondaba por los prados en que pastaba el ganado. Se creía que en cada uno de los corrales de un caballero había de encontrarse uno o una Gruagach y que todas las noches había que dejarle un poco de leche en el hueco de una piedra especial que era guardada en el establo y llamada la piedra de la Gruagach. Si no se tenía esa atención con el hada, las vacas dejaban de dar leche y la nata no subía a la superficie en los tazones. Algunos afirman que sólo se derramaba leche en la piedra de la Gruagach cuando la gente partía para los pastos de verano, cuando regresaba de ellos, o cuando alguien atravesaba el establo con leche. En Holm, en East-Side y en Scorrybreck, cerca de Portree, en la comarca de Skye, todavía se pueden ver las piedras en las que se vertían las libaciones. Sin embargo, quizá resulte más acertado considerar esas piedras como las vasijas de las cuales sorbía la leche la Gruagach antes que como el lugar en que tenía su morada. Generalmente se concebía a la Gruagach como un caballero o una dama bien vestidos y de largos cabellos rubios. En algunas regiones montañosas de Noruega, hasta finales del siglo XVII, los campesinos solían guardar

piedras redondeadas a las que lavaban todos los jueves por la noche y a las que tras haber untado de mantequilla o de alguna otra especie de grasa junto al fuego, depositaban sobre paja fresca en el lugar de honor. Además, en determinadas estaciones del año sumergían las piedras en cerveza y creían que podían ser capaces de aportar felicidad y bienestar a la casa.

Esa costumbre noruega de untar las piedras con mantequilla nos trae a la memoria la historia según la cual Jacob derramó aceite sobre la piedra que erigió en Bet-el como recuerdo de la visión que había tenido mientras dormía. La leyenda es la mejor prueba de la santidad de la piedra, y probablemente se refiere a alguna antigua costumbre de ungir la piedra sagrada del santuario. Sin duda la consagración de piedras sagradas ha sido práctica muy extendida. En Delfos, cerca de la tumba de Neoptolemo, había una piedra pequeña sobre la que se derramaba aceite todos los días; y en todas las festividades se la cubría con lana sin hilar. Entre los griegos de la antigüedad, si hemos de creer a Teofrasto, era rasgo característico de las personas supersticiosas que cuando tropezaban con piedras de superficie lisa en los cruces de los caminos vertían sobre ellas aceite de un frasco que llevaban consigo y luego, tras caer de rodillas, las adoraban antes de proseguir el camino. También Luciano menciona a un hombre llamado Rutiliano, que tan pronto como divisaba una piedra consagrada o coronada se arrodillaba ante ella y, tras haber adorado a la insensible divinidad, permanecía de pie a su lado en oración por largo espacio de tiempo. En algún otro lugar el mismo escéptico escritor se refiere con sorna a las piedras coronadas de flores y bañadas en aceite que, según se suponía, daban oráculos. Al hablar de la ciega idolatría de sus tiempos de paganismo el escritor cristiano Arnobio dice: «Cada vez que divisaba una piedra consagrada, brillante de grasa, acostumbraba a adorarla como si existiese en su interior algún poder que hubiese hecho de ella su morada; la halagaba, habla-

ba con ella y rogaba al insensible bloque me concediese tales o cuales gracias».

Los warali, tribu que habita en las junglas del Konkan septentrional, pertenecientes al estado de Bombay, adoran a Waghia, el Señor de los Tigres, bajo la forma de una piedra amorfa untada con manteca clarificada y minio de plomo. Le entregan pollos y cabras, quiebran cocos en su cabeza y derraman aceite sobre él. En retribución por tantas atenciones el dios los protege contra los ataques de los tigres, les da buenas cosechas y mantiene a las enfermedades alejadas de ellos. Y en general, en el estado de Bombay, en especial en las comarcas de Konkan, los ignorantes y los supersticiosos adoran piedras como si fueran fetiches, con el fin de evitar algún mal o de curar alguna dolencia. En todos los poblados se pueden contemplar tales piedras. Los habitantes del poblado dan a cada una de ellas un nombre diferente, el nombre de algún dios o espíritu, al que temen sobremanera, en la creencia de que tiene poder sobre los demonios o fantasmas. Cuando en un poblado estalla alguna epidemia, la gente ofrece a las piedras viandas tales como aves de corral, cabras y cocos. Por ejemplo, en Poona existe una de esas piedras y está untada de aceite y pintada de rojo. Entre los toda, de los cerros Neilgherry, situados en el sur de la India, los búfalos sagrados se trasladan de un lugar a otro de los cerros durante determinadas estaciones del año. En las vaquerías sagradas existen piedras en las que se derrama leche y a las que se unta con mantequilla antes de que comience la migración. Por ejemplo, en Modr existen cuatro de esas piedras y se hallan redondeadas y pulidas, probablemente como consecuencia de la frecuente repetición de la ceremonia.

En las islas Kei, situadas al sudoeste de Nueva Guinea, cada cabeza de familia guarda una piedra de color negro a la cabecera del lugar en que se acuesta para dormir; y cuando parte a hacer la guerra o sale de viaje, o se dirige a hacer algún negocio,

derrama aceite sobre ella para asegurar el éxito de la empresa que está a punto de acometer. En lo que se refiere a los betsileo, tribu de las regiones centrales de Madagascar, se nos dice que «en numerosas regiones del país hay grandes piedras que llaman la atención de los viajeros debido a la circunstancia de que todas ellas parecen haber sido cubiertas de grasa por completo o, en cualquier caso, presentan el aspecto de haber sido bañadas por el aceite o cualquier otra grasa derramada sobre ellas. Todo eso ha dado lugar a la creencia común entre los extraños de que se trata de piedras adoradas como dioses por los betsileo. Creo que muy difícilmente se podría afirmar que han sido tratadas o veneradas como divinidades, pero acerca de lo que no puede caber la menor sombra de duda es de que se hallan relacionadas de alguna manera con cierta suerte de creencia supersticiosa. Existen en el país dos tipos de piedras aisladas que son objeto de superstición por parte de los naturales. A una de las especies, llamada *vatobétròka*, recurren las mujeres que no han tenido descendencia. Esas mujeres llevan consigo un poco de aceite o de grasa con la que untan la piedra, al mismo tiempo que la apostrofan y le prometen que si les concede un hijo volverán y derramarán sobre ella más aceite. También los mercaderes recurren a esas mismas piedras; en este caso los devotos prometen que si llegan a vender sus mercancías con rapidez y a buen precio volverán a derramar más aceite sobre la piedra o enterrarán una moneda de plata junto a ella. Las piedras son a menudo formaciones naturales aunque curiosas y algunas veces, aunque más raramente, recuerdos funerarios muy antiguos». En un determinado paraje de un paso de montaña, que resulta especialmente difícil de atravesar para el ganado, todo aquel que pertenece a la tribu akamba, del África oriental, se detiene y derrama sobre una roca determinada un poco de aceite o de grasa.

A la luz de esas analogías parece razonable suponer que existía en Bet-el una piedra sagrada, sobre la cual y desde tiempos inmemoriales habían acostumbrado a derramar aceite los devotos, porque creían que se trataba verdaderamente de una «casa de Dios» (*Beth-el*), morada de un espíritu divino. La creencia y la práctica fueron atribuidas a una revelación dispensada al patriarca Jacob en aquel lugar mucho antes de que se hubiesen multiplicado sus descendientes y hubiesen tomado posesión de la tierra. En lo que se refiere a si la historia de esa revelación corresponde a la tradición acerca de un acontecimiento real, o si fue sencillamente algo inventado para explicar la santidad del lugar en concordancia con la práctica llevada a cabo en él, es cosa ésta que no nos hallamos capacitados para dilucidar: carecemos de los medios para hacerlo. Probablemente existían en Canaán muchas de esas piedras sagradas o Bet-el, consideradas todas ellas morada de espíritus poderosos y consagradas en consonancia. Sin duda se podría afirmar que el nombre de Bet-el o casa de Dios ha sido dado comúnmente a una especie determinada de piedras sagradas de Palestina; pues los griegos tomaron de los hebreos ese nombre, bajo la forma de *baityl-os* o *baityl-ion*, y lo aplicaron a piedras descritas como redondeadas y negras, vivas o animadas por un alma, que cruzan el aire y formulan oráculos con voces susurrantes, oráculos que un mago es capaz de interpretar. Esas piedras se hallaban consagradas a diversas divinidades, que los griegos llamaban con los nombres de Cronos, Zeus, el Sol, y así sucesivamente. Sin embargo, la descripción que se nos da de esas piedras sugiere que se trataba, por lo general, de piezas pequeñas y fáciles de transportar; se dice que una de ellas tenía la forma de una esfera perfecta y que medía un palmo de diámetro, aunque aumentaba o disminuía milagrosamente de tamaño y su color variaba entre el blanco y el púrpura. También tenía grabadas en la superficie algunas letras destacadas con bermellón. Por otro la-

do, la piedra sagrada de Bet-el era probablemente una de esas columnas macizas o pilares toscos que los hebreos llamaban *massebá* y que, como ya hemos visto, solían levantarse junto a los templos antiguos de los cananeos y de los israelitas. En Palestina se han puesto al descubierto recientemente muestras bien conservadas de tales columnas o pilares, en especial las de los santuarios de Gezer y de Taanach. En algunas de ellas han sido practicados huecos, ya sea en la parte superior o en los laterales, quizá para que se echase en ellos el aceite o la sangre de las ofrendas. Podemos suponer que como ellas fue la piedra sagrada que, según se dice, erigió Jacob en Bet-el y a la que consagró después con aceite; piedra por la que sus descendientes, durante largos años, demostraron probablemente su veneración de igual manera.

X. JACOB, JUNTO AL POZO

Alentado con la visión de los ángeles y con la promesa divina de protección que había recibido en Bet-el, el patriarca siguió su camino y llegó cuando era debido al país de los hijos de Oriente. Allí encontró a las que habían de ser sus mujeres; allí encontró a sus parientes y allí, tras haber sido un pobre vagabundo sin hogar, se enriqueció y llegó a poseer rebaños y manadas numerosos. El lugar en que sucedieron todos esos acontecimientos, tan trascendentales en la vida de Jacob y de sus descendientes, no se halla definido con exactitud. El historiador, o más bien el artista literario, se contenta con dar términos geográficos vagos, al mismo tiempo que pinta con los colores mas vivos el encuentro del exiliado con su primer amor. Bajo su pluma la escena brilla con tanto intensidad como lo hace bajo los pinceles de Rafael, que la ha inmortalizado por segunda vez en los paneles del palacio del Vaticano. Se trata de un cuadro de la vida pastoril, no de la vida urbana. Los amantes se encuentran no en el tumulto y agitación de un bazar, sino en medio del silencio y la paz de los verdes prados, en los linderos del desierto, con el inmenso cielo sobre sus cabezas y rebaños de ovejas esperando tendidas pacientemente que se les diese de beber. El escritor indica la hora precisa en que tuvo lugar el encuentro; pues nos dice que aún no era pleno mediodía, y nos permite, como si dijéramos, respirar el aire fresco de una mañana de verano antes de que el día haya vivido lo suficiente para dejar paso al sofocante calor de una tarde meridional. ¿Qué lugar y qué momento más adecuado podrían haber sido imaginados para el primer encuentro de dos jóvenes amantes? Bajo el encanto de la hora y del escenario, incluso el carácter duro e interesado de Jacob se ablandó para dejar paso a algo parecido

a la ternura; por una vez olvidó el frío cálculo de beneficios y pérdidas y dejó en libertad los impulsos amorosos, para mostrarse, incluso, casi galante: pues a la vista de la gentil damisela que se aproximaba con los rebaños corrió al pozo y tras haber apartado la pesada piedra que cubría el brocal, dio de beber a las ovejas. Luego dio un beso a su hermosa prima y se echó a llorar. ¿Se acordaba en ese momento de los ángeles vistos en el sueño que había tenido en Bet-el y le pareció que uno de ellos se había encarnado y se le ponía delante? Nunca lo sabremos. De lo que no cabe duda es de que por unos momentos el egoísta calculador pareció haberse transformado en un amante apasionado. Fueron aquéllos los momentos únicos de poesía y romance de una vida prosaica e incluso algo sórdida.

Los comentaristas del Génesis se sienten un poco confusos cuando tratan de comprender el porqué del llanto de Jacob al abrazar a su linda prima Raquel. Suelen dar por supuesto que se trataba de lágrimas de alegría por haber llegado felizmente al término del viaje, y atribuyen ese modo poco corriente de manifestar satisfacción a la sensibilidad más extremada de los pueblos orientales, o a su costumbre de reprimir menos que nosotros la expresión de sus sentimientos. La explicación contiene quizá un grano de verdad; pero los comentaristas han dejado de observar a lo que parece que son pocos los pueblos en los que el llanto es una manera común y convencional de dar la bienvenida a los amigos forasteros, en especial después de una ausencia prolongada, y que como tal no se trata a menudo más que de una sencilla formalidad llevada a cabo con poca más emoción que la que acompaña a nuestro hábito de estrechar la mano o de quitarnos el sombrero para saludar. Con algunos ejemplos de la costumbre en cuestión aclararemos lo dicho.

En el mismo Antiguo Testamento nos encontramos con otros ejemplos de esa manera de saludarse practicada por parientes y amigos. Cuando José se mostró a sus hermanos, en

Egipto, los abrazó y lloró con tales voces que los egipcios que se encontraban en otras dependencias de la casa no pudieron evitar el oírlo. Pero, en esa ocasión, las lágrimas eran probablemente la natural expresión de sus sentimientos y no una simple manifestación convencional. En apoyo de esta suposición podríamos presentar el incidente de su primer encuentro con Benjamín, cuando conmovido más allá de su capacidad de control por la visión de su hermano preferido al que no había visto desde hacía ya mucho tiempo, abandonó apresuradamente el aposento en que tenía lugar la audiencia y retirado a sus habitaciones dio en ellas rienda suelta a las lágrimas, a solas, hasta que de nuevo pudo hacerse con el control de sus sentimientos; entonces se lavó los enrojecidos ojos y secó las húmedas mejillas para regresar con impasible rostro a donde lo esperaban sus hermanos. En otra ocasión, cuando José se encontró con su anciano padre Jacob en Gosen, «echóse sobre su cuello y lloró así largamente». Pero también en ese caso brotaron probablemente las lágrimas del fondo de su corazón, cuando vio la encanecida cabeza humillada ante él y recordó todo el amor que su padre le había profesado durante los días de la dorada juventud hacía tiempo ya desaparecida. Otro ejemplo más: cuando los dos amigos cordiales, David y Jonatán, se encontraron por última vez en tiempos de infortunio, les asaltó quizá el presentimiento de que ya no se volverían a ver nunca más y se echaron uno en brazos del otro y derramaron lágrimas, y más todavía David. También en este caso podemos creer sin esfuerzo que no se trataba de una emoción fingida. Otro ejemplo: en el libro de Tobías leemos que cuando éste se presentó como un extraño en casa de su pariente Ragüel, de Ecbatana de la Media, y descubrió su identidad ante él, «Ragüel saltó y lo besó, y lloró y lo bendijo». Sin embargo, una vez más en este caso podemos suponer que el acceso de llanto fue el efecto de la alegre sorpresa antes que simple conformidad con los usos sociales.

Sin embargo, comoquiera que haya sido con los hebreos, parece cosa cierta que entre los pueblos que se hallan a un nivel cultural poco elevado el derramamiento de lágrimas durante las partidas o en los encuentros es, a menudo, poco o nada más que la obediencia formal a una etiqueta prescrita por la cortesía social. Uno de los pueblos entre los cuales esa exhibición de emoción real o fingida era exigida rigurosamente a todos aquellos que pretendían haber sido bien educados era el de los maoríes de Nueva Zelanda. «Sin embargo —se nos dice—, la afectuosa disposición de estas gentes se manifiesta especialmente con ocasión de la partida o del regreso de los amigos. Si se da el caso de que un amigo salga de viaje, incluso un viaje breve como puede ser el que lo lleve a Port Jackson o a la Tierra de Van Dieman, se hace una gran exhibición externa de sentimientos: se empieza con una especie de mirada insinuante, luego un gimoteo y después una exclamación de afecto; a continuación aparece en los ojos el brillo de una lágrima; el rostro comienza a hacer visajes; los que dan el adiós al viajero se llegan más a él, le echan los brazos al cuello y en esa disposición permanecen durante largo rato. Entonces se echan a llorar abiertamente, hiriéndose cara y brazos con pedernal; por último, comienzan a dar voces de aflicción aún más estrepitosas y a sofocar, casi a fuerza de besos, caricias y lágrimas, al pobre infeliz que arde en deseos de escapar a todo ello. Con ocasión del regreso de esos amigos, o de la visita de algún pariente lejano, tiene lugar la misma escena, sólo que son más los que participan en ella: resulta difícil contener las propias lágrimas ante la visión melancólica que ofrecen los presentes y ante los lamentos de agonía y voces discordantes que todos ellos emiten. En toda la escena hay mucho de simulacro de afecto, pues todos son muy capaces de mantenerse un poco apartados de la persona sobre la que saben con certeza que van a llorar hasta que han conseguido prepararse con el auxilio de la imaginación y alcanzar el estado de

ánimo adecuado; momento en que con un rapto de fingida vehemencia asen a su víctima (pues esa es la expresión que mejor representa lo que tiene lugar) y comienzan sin demora a manejar los cuerpos propios y a actuar sobre la paciencia ajena. Un detalle merece observación: de la misma manera que ejercen control total sobre sus lágrimas, de modo que las hacen aparecer a voluntad, en el momento en que lo desean y sin que transcurran entre la orden y su ejecución más que unos breves instantes, también son capaces de interrumpir el llanto tan pronto como se les pide que lo hagan o cuando por cualquier motivo resulta incómodo o poco oportuno continuarlo. En cierta ocasión me sentí muy divertido al contemplar una escena de esa naturaleza, que tuvo lugar en un poblado llamado Kaikohi, situado a unos dieciséis kilómetros del Waimate. Una media docena de amigos y parientes acababa de regresar, tras una ausencia de unos meses, de una visita a Inglaterra. Todos se agitaban entregados a la acostumbrada rutina de llanto; cuando de pronto, dos mujeres del poblado, a una señal que les hizo una tercera, secaron sus lágrimas, cerraron las compuertas de su afecto y dijeron con toda inocencia a los concurrentes: 'Todavía no hemos terminado de llorar: iremos a poner la comida al fuego, la prepararemos y la colocaremos en los cestos, y cuando hayamos dado fin a todo eso regresaremos y acabaremos de llorar; quizá no hayamos terminado aún cuando la comida esté preparada; en tal caso podremos seguir llorando por la noche'. Todo eso fue dicho en un tono de voz quejumbroso y plañidero, y coronado con una interrogación ansiosa: '¿No es verdad que eso es lo mejor, eh? ¿No es verdad que es lo mejor, eh?' Entonces me dirigí a ellas y les llamé la atención sobre su hipocresía, y les dije que sabían perfectamente que no les importaba un pepino la posibilidad de no volver a ver jamás a aquellas mismas personas por las que habían estado derramando tan copiosas lágrimas. Su respuesta fue: 'Bah, todo el amor

de un neozelandés se encuentra en su exterior; está en sus ojos y en su boca.'» El navegante capitán P. Dillon fue víctima frecuente de semejantes demostraciones ruidosas de afecto y nos ha contado cómo se las arreglaba para responder a ellas de la manera apropiada. Nos dice lo siguiente: «Es costumbre en Nueva Zelanda que cuando parientes o amigos se encuentran después de una ausencia prolongada tocan unos con la suya la nariz de los otros y derraman lágrimas. Es una ceremonia en la que he participado a menudo por cortesía; pues si hubiese dejado de hacerlo lo habrían considerado quebrantamiento grave de los lazos de amistad y se me hubiese tenido por alguien muy próximo a un bárbaro, de acuerdo con las normas de la cortesía neozelandesa. Por desgracia, sin embargo, a mi corazón endurecido le resultaba difícil en tales ocasiones mostrar incluso la huella de una lágrima, pues no estaba hecho de una materia que se derritiese con tanta facilidad como la de los neozelandeses: pero por lo general bastaba con que me cubriese los ojos con un pañuelo durante unos momentos y con que soltase algún alarido ocasional de dolor en la lengua de los naturales, para que éstos se diesen por satisfechos con la manifestación de mi duelo. La ceremonia es pasada por alto cuando se hallan implicados europeos extraños; pero en lo que a mí se refería era indispensable, pues yo era un *thongata moury*, es decir, un neozelandés o persona del país, como ellos se complacían en denominarme». En otro lugar leemos que «la emoción caracterizaba el encuentro de los neozelandeses, pero en cambio las despedidas no eran acompañadas por lo general con tales manifestaciones externas. Al encontrarse hombres y mujeres apretaban una nariz contra otra y mientras lo hacían repetían, con un quejido lacrimoso y bajo y en medio de torrentes de lágrimas, las circunstancias mutuamente interesantes que pudiesen haber ocurrido desde la última vez que se habían visto. Entre esas gentes es desconocido el dolor silencioso. Cuando los que se encuen-

tran son parientes próximos y han estado ausentes durante mucho tiempo, el contacto de las narices y el llanto copioso pueden durar incluso media hora; si los que se encontraban eran simples conocidos accidentales, por lo general ponían rápidamente en contacto las narices y se separaban uno del otro. Ese modo de saludarse se llama *hongi* y se define como un olfateo[*]. Igual que la costumbre oriental de tomar juntos un poco de sal, destruía la hostilidad que pudiese haber entre enemigos. Durante el *hongi* los labios no se encuentran jamás, no hay besuqueo alguno».

También entre los naturales de las islas Andaman sucede algo parecido. «Los parientes que han estado separados durante algún tiempo, ya se trate de semanas o de meses, demuestran la alegría que sienten al volver a encontrarse sentándose juntos con los brazos de uno alrededor del cuello del otro, y llorando y lamentándose de una manera tal que llevaría a un extraño a suponer que sobre ellos había caído alguna desgracia irremediable; y en realidad no existe diferencia apreciable entre sus demostraciones de alegría y las demostraciones de duelo a la muerte de uno de los suyos. Las mujeres son las que inician el coro de lamentos, pero los hombres no tardan en unirse a él y se puede ver a grupos de tres o cuatro que lloran en esa disposición, a una, hasta que por simple cansancio se ven obligados a tranquilizarse». Entre las gentes de Mungeli Tahsil, de la región de Bilaspore, en la India, «es práctica invariable, cuando se encuentran parientes que no se han visto durante algún tiempo, que los miembros del sexo femenino se echen a llorar y a gemir con grandes voces. Supongamos que un hijo ha estado ausente durante algunos meses y que regresa a casa de los padres. Comenzará por ir a besar y tocar los pies de su padre y de su madre. Una vez que ha tomado asiento se le acercarán la madre y las hermanas y cada una de ellas, una tras otra, irá poniéndole ambas manos sobre los hombros llorando a grandes voces y

contándole en tono quejumbroso cualquier cosa especial que haya ocurrido durante su ausencia». Entre los chauhan de las provincias centrales de la India los buenos modales exigen que las mujeres se echen a llorar tan pronto divisan a alguna distancia a un pariente. «En esos casos, cuando una mujer encuentra a otra, ambas lloran juntas, cada una de ellas apoya la cabeza sobre el hombro de la otra y las manos en su costado. Mientras lloran cambian la posición relativa de sus cabezas dos o tres veces, y cada una se dirige a la otra en consonancia con el parentesco que las une, es decir, según se trate de la madre, la hermana y así sucesivamente. O si ha muerto recientemente algún miembro de la familia se dirigen a él o a ella diciendo con grandes exclamaciones: '¡Oh, padre mío! ¡Madre mía! ¡Hermana o hermano mío! ¿Por qué no he muerto yo, infeliz de mí, en tu lugar?' Cuando una mujer llora con un hombre abraza sus costados y apoya la cabeza en su pecho. El hombre repite a intervalos: '¡Deja de llorar! ¡No llores más!' Si dos mujeres lloran juntas, las etiqueta manda que la mayor sea la primera en dejar de llorar y que luego ruegue a su compañera que deje también de derramar lágrimas; pero si resulta dudoso cuál de ellas es la mayor, a menudo llegan a estar llorando juntas incluso una hora, lo que despierta la hilaridad de los espectadores, hasta que por fin alguien de más edad que ellas se adelanta y les ordena cesar en su llanto».

La costumbre de derramar ríos de lágrimas como señal de bienvenida parece haber sido común entre las tribus indias tanto de América del Sur como de América del Norte. Entre los indios tupí, del Brasil, que habitaban en las proximidades del actual Río de Janeiro, la cortesía ordenaba que cuando un extraño entraba en la choza en la que pensaba encontrar hospitalidad tenía que sentarse en la red o hamaca de su huésped y permanecer durante algún tiempo en esa disposición guardando un silencio pensativo. Entonces las mujeres de la casa se

aproximaban a él, se sentaban en suelo alrededor de la hamaca, se cubrían el rostro con las manos, rompían a llorar y deseaban al visitante la bienvenida, llorando y haciéndole cumplidos todo al mismo tiempo. Mientras tenían lugar todas esas demostraciones, se esperaba que el extraño llorase por su parte, en un acto de simpatía con sus huéspedes; si no era capaz de derramar lágrimas reales, lo menos que se esperaba de él era que lanzase hondos suspiros y que procurase dar a su rostro la expresión más lúgubre posible. Una vez que habían sido satisfechas debidamente esas formalidades exigidas por el código tupí de buenas maneras, el huésped, que había permanecido hasta ese momento como si fuese un espectador indiferente y desinteresado, se aproximaba a su visitante y entraba en conversación con él. Los lengua, tribu india del Chaco, «emplean entre ellos una forma singular de cortesía cuando se vuelven a ver después de una ausencia. Consiste en lo siguiente: los dos indios derraman algunas lágrimas antes de dirigirse la palabra; si no procediesen de esa manera, se sentirían mutuamente insultados o en todo caso tendrían la sensación de que el encuentro no era deseado».

En el siglo XVI el explorador español Cabeza de Vaca describió una costumbre similar observada por dos tribus de indios que habitaban en una isla próxima a las que son hoy costas del estado de Texas. «En la isla —nos cuenta el explorador— habitan dos tribus que hablan lenguas diferentes: una de ellas se llama la de los capoques y la otra la de los han. Tienen la siguiente costumbre: cuando dos se conocen y se ven de vez en cuando lloran durante media hora antes de dirigirse la palabra. Entonces el que recibe la visita se levanta el primero y da todo lo que posee al visitante, que lo acepta y no tarda en marcharse; algunas veces, sin embargo, después de haber sido aceptado el regalo, se separan incluso sin haberse dicho una sola palabra». Un francés, Nicolás Perrot, que vivió muchos años entre los indios,

en la última mitad del siglo XVII, cuenta que cuando un grupo de sioux visitaba un poblado de sus amigos los ottawa, «comenzaban, tan pronto como llegaban y de acuerdo con sus costumbres, a llorar en presencia de todo aquel con el que se encontraban, queriendo dar a entender con ello la extrema alegría que les producía el encuentro». Y el mismo viajero francés autor del relato fue más de una vez objeto paciente de tales demostraciones de aflicción. Le había enviado el gobernador de Nueva Francia para que estableciese relaciones con las tribus indias que vivían al otro lado del Mississippi y en las márgenes de este río levantó su campamento; en él recibió la embajada de una tribu vecina y aliada de los sioux, la de los ayeo, cuyo poblado se encontraba a algunos días de marcha hacia el oeste, y que querían entrar en contacto con los franceses. Un historiador francés ha dejado descrito el encuentro de aquellos embajadores indios con el infeliz Perrot. Derramaron sobre él tal cantidad de lágrimas que éstas le empaparon los vestidos; le llenaron con la baba y la porquería salidas de sus narices y bocas y le cubrieron con ello rostro, cabeza y ropas, hasta que llegó a sentirse asqueado de semejantes caricias, mientras durante todo el tiempo daban los alaridos y gemidos más capaces de romper el corazón de todo aquel que los escuchase. Por último, el regalo de algunos cuchillos y punzones tuvo el efecto de poner fin a efusiones tan ruidosas: pero a falta de intérprete entre los visitantes y los visitados, los primeros tuvieron que marcharse como habían venido, sin haber llevado a cabo sus propósitos, que habían sido manifestar sus deseos de mantener relaciones cordiales con los franceses. Algunos días más tarde volvieron a presentarse cuatro indios, uno de los cuales hablaba una lengua que los franceses conocían. Este les explicó que los cuatro procedían de un poblado situado a unas nueve leguas río arriba e invitó a los franceses a visitarlo. La invitación fue aceptada. Al aproximarse los extranjeros las mujeres huyeron a esconderse

entre los árboles y en las laderas de las montañas, llorando y elevando sus manos al cielo como si quisiesen mostrar a lo alto su aflicción. Sin embargo, se presentaron veinte de los hombres principales, que ofrecieron a Perrot la pipa de la paz y lo transportaron sobre una piel de búfalo hasta la tienda del jefe. Tras haberlo depositado en ella, el jefe y los demás comenzaron a derramar lágrimas abundantes sobre él, conforme a la costumbre, y le cubrieron los cabellos con la humedad que les brotaba de los ojos, nariz y boca. Una vez llevada a cabo la indispensable ceremonia, se secaron narices y boca y volvieron a ofrecerle la pipa de la paz. «Nunca se había visto en el mundo — añade el historiador francés—gentes que llorasen de tal manera; sus encuentros van acompañados de lágrimas; sus separaciones son igualmente lacrimosas».

XI. EL PACTO HECHO SOBRE EL MAJANO

Tras haber servido a sus suegro Labán durante muchos años y haber adquirido gran cantidad de ovejas y cabras gracias a su industria y su habilidad, Jacob se sintió cansado de tan largo servicio y decidió regresar con sus mujeres e hijos y con todo lo que poseía a la tierra de sus padres. Podemos conjeturar que no fue un simple sentimiento de nostalgia el que le llevó a tomar tal resolución. Sus años juveniles habían pasado ya hacía tiempo y los generosos impulsos que suelen acompañarlos, si él los había conocido alguna vez, habían dejado ya de gobernar su temperamento esencialmente frío y sobrio. El cálculo sosegado de las ventajas que derivarían de su acto tuvo más que ver probablemente en su determinación que cualquier nostalgia de las escenas de su juventud o cualquier afecto que pudiese haber sentido por su región natal. Mediante una feliz combinación de diligencia y astucia se las había arreglado para traspasar con el correr de los años la flor de los animales de los rebaños de su suegro a los suyos propios; vio que ya era poco más lo que se podría sacar de aquellos parajes: había exprimido al anciano como si se hubiese tratado de un limón, y había llegado ya el momento de trasladarse a otros lugares en los que pudiera resultarle más provechoso el ejercicio de su talento. Pero previendo que su pariente era susceptible de poner alguna objeción a su partida con la mayor parte de los rebaños, resolvió prudentemente evitar cualquier disputa familiar, siempre penosa, y marcharse a la francesa, sin despedidas de ninguna clase. Para eso era necesario poner a las mujeres sobre aviso. A lo que parece Jacob sentía algunos recelos acerca de la manera como iban a recibir las noticias que tenía que comunicarles, de modo que les presentó el asunto con delicadeza. Con palabras

insinuantes comenzó a referirse al cambio de actitud que respecto a él había observado en su suegro Labán; luego relató con piedad farisaica cómo Dios se había puesto de su lado y había quitado al anciano sus rebaños para dárselos a él; por último, para redondear el discurso, les contó, quizá con una luz maliciosa brillándole en los ojos, que la pasada noche había tenido un sueño en el cual se le había aparecido el ángel del Señor y le había ordenado que retornase al lugar de donde había venido. Pero pronto se dio cuenta de que todos sus esfuerzos para tratar de convencerlas habían sido innecesarios, pues sus mujeres aceptaron inmediatamente sus proyectos y confesaron con cínica franqueza sus motivos puramente mercenarios. Se quejaron de que su pródigo padre hubiese gastado todo lo que había recibido como precio cuando ellas se habían casado, de modo que ya no le quedaba nada para darles o dejarles en herencia. Por consiguiente, se hallaban completamente dispuestas a abandonarlo y a seguir a su marido a las regiones distantes y extrañas que se hallaban más allá del gran río. Pero antes de abandonar el campo con armas y bagajes la aguda Raquel recordó, afortunadamente, que aunque su padre había sido despojado de la mayor parte de sus bienes, guardaba aún consigo los dioses familiares^ de los que era lícito esperar desaprobasen y castigasen cualquier daño causado a su dueño. De modo que se las compuso para apoderarse de ellos y esconderlos entre su equipaje sin dar cuenta, sin embargo, a su marido de lo que acababa de hacer, probablemente con el temor de que algún resto de lealtad masculina le indujese a devolver los dioses robados a su legítimo propietario.

Los preparativos de tan respetable familia habían terminado ya. No quedaba más que hacer sino esperar el momento oportuno para huir sin ser vistos. Ese momento se presentó cuando Labán partió por algunos días para asistir al esquileo de las ovejas. Había llegado la hora. La gran caravana se puso en mar-

cha; las mujeres y los niños viajaban a lomos de camellos precedidas y seguidas por una procesión interminable de animales baladores. El avance era forzosamente lento, pues no era posible azuzar a las cabras y ovejas, pero tenían dos días enteros de ventaja, porque Labán no se enteró de la partida hasta el tercer día. En compañía de sus hijos, el anciano se apresuró a salir en su persecución, y tras siete días de marchas forzadas dio alcance a la larga y lenta caravana de los fugitivos, entre las hermosas montañas boscosas de Galaad, quizá en un claro del bosque, mientras las ovejas mordisqueaban la hierba, quizá en una valle profundo en el que los camellos se abrían paso pisoteando las delgadas cañas o los rebaños chapoteaban atravesando el vado. A continuación tuvo lugar entre los dos parientes un encendido altercado. Labán abrió el fuego verbal acusando a Jacob con grandes voces de haberle robado los dioses y de haber huido con sus mujeres como si se hubiese apoderado de ellas por la fuerza de la espada. A todo eso Jacob, que no sabía nada acerca de los dioses robados, replicó acaloradamente diciendo que él no era ni ladrón ni persona que escondiese bien alguno robado; que Labán tenía permiso para buscar entre el bagaje y que si las divinidades hurtadas aparecían en el equipaje de cualquiera de las personas del séquito de Jacob, Labán quedaba en libertad de disponer de la vida del ladrón. De modo que Labán registró una tras otra las tiendas, pero no pudo encontrar nada de lo que buscaba; pues la avispada Raquel había escondido las imágenes entre la enjalma del camello y se había sentado sobre ellas, y reía para sus adentros mientras su anciano padre revolvía infructuosamente su tienda.

El fracaso de su suegro en la búsqueda de los objetos robados devolvió a Jacob por completo la confianza en sí mismo, confianza que probablemente se había visto al principio algo alterada cuando el fugitivo se vio cara a cara con la persona a la que había engañado y abandonado sin decirle nada. Jacob sen-

tía ahora que se hallaba en una situación incluso de superioridad moral, de modo que procedió con gran volubilidad y fina exhibición de indignación virtuosa a invertir los términos e imponerse a su derrotado adversario. Puso de lado con amargo desprecio la forjada acusación de robo que se le acababa de echar a la cara; declaró que había ganado honradamente las mujeres y los rebaños que poseía, a cambio de muchos años de servicios diligentes; se recreó enumerando patéticamente las numerosas penalidades que había tenido que sufrir, refiriéndose al delicado sentido del honor de que había hecho gala en su oficio de pastor; y con brillante perorata redondeó el discurso diciendo que si no hubiese sido por la asistencia divina su desalmado suegro habría despedido de vacío a su fiel sirviente, sin un céntimo en el bolsillo ni un harapo que le cubriese la espalda. A semejante torrente de elocuencia, el suegro tenía escasos argumentos que oponer; habría parecido tan inferior a su respetable yerno en el don de la palabra como lo había sido en los refinamientos de la astucia. Hubiera necesitado ser mucho más astuto para vencer en el campo de la dialéctica a Jacob: el anciano acababa de descubrirlo a sus expensas. Se contentó, pues, con responder hoscamente y decir que las esposas eran sus hijas, y los hijos de ellas, hijos de él; que los rebaños eran sus rebaños, y, en resumen, que todo lo que Jacob poseía en el mundo pertenecía en realidad a su suegro. La respuesta del viejo fue algo más que una réplica cortés y bordeó incluso la mentira de circunstancias; pero ninguno de los dos tenía ganas de pelea, de modo que sin haber llegado a cruzar las espadas se manifestaron de acuerdo en separarse en paz; Jacob proseguiría su camino con toda la caravana que lo acompañaba y Labán regresaría con las manos vacías a su casa. Pero antes de separarse erigieron una gran piedra en *massebá*, y junto a ella levantaron con otras un majano, y comieron allí, de pie o sentados, sobre aquel montículo. Con el majano se pretendía establecer una especie

de frontera entre las dos partes, frontera que ninguna de ellas habría de cruzar para causar daños a la otra; y además se quería que el montículo sirviese como testigo entre ellos cuando se hubiesen alejado uno del otro; por eso le dieron el nombre de majano del testimonio, en hebreo y en arameo. El pacto fue sellado con un sacrificio y una comida en común, y luego los adversarios, ya reconciliados, al menos en apariencia, regresaron a sus tiendas respectivas; Jacob, sin duda, se sentía muy contento con los resultados de su diplomacia; no lo estaba tanto Labán probablemente, pero ya que no satisfecho, al menos guardaba silencio. Sin embargo, puso la mejor cara que pudo a todo el asunto y tras haberse levantado con el alba a la mañana siguiente dio un beso a sus hijas y nietos y se despidió de todos ellos. De ese modo partió de vuelta hacia su hogar, mientras Jacob proseguía el camino que había iniciado.

Todo el hilo de la narración precedente tiende a demostrar que la erección del majano por los dos parientes en el lugar de su separación era un monumento no a su amistad y afecto sino a su desconfianza y recelo mutuos: el montoncillo de piedras era la garantía material del cumplimiento del pacto: era como si se tratase de una escritura o documento de piedra, en el que habían puesto mano las dos partes contratantes y del que se esperaba que, en caso de que alguna de ellas faltase a lo acordado, sirviese como testigo en contra del traidor. Pues a lo que parece no se concebía al majano sencillamente como un montón de piedras, sino como una persona, un espíritu o divinidad poderosos, que vigilaría con un ojo atento a ambos pactantes y cuidaría de que respetasen el compromiso contraído. Es algo que se halla implícito en las palabras que Labán dirigió a Jacob una vez terminada la ceremonia. Le dijo lo siguiente: «Vele Yahvé sobre nosotros dos cuando nos hayamos alejado el uno del otro. Si a mis hijas maltratas o si tomas a otras mujeres a más de mis hijas, aunque nadie haya con nosotros, mira, Dios es tes-

tigo entre los dos». De ahí que al majano se le llamase también atalaya o vigía (*mispá*), además de majano del testimonio, porque actuaba de vigía y testigo al mismo tiempo.

La *massebá* y el majano a que se refiere tan pintoresca leyenda pertenecían sin duda a esa especie de rudos monumentos de piedra todavía frecuentes en Ja región del otro lado del Jordán, incluida la montaña de Galaad, en donde, según la tradición, se separaron Jacob y Labán. Al hablar de la tierra de Moab el llorado canónigo Tristram observa lo siguiente: «Parte de nuestro camino seguía las riberas del *uadi* 'Atabeiyeh, que corre en dirección sur hacia el Zerka, valle pequeño que se estrecha con rapidez. Allí, en unas orillas altas y rocosas, dimos por vez primera con un dolmen, que consiste en cuatro piedras, bastas y desnudas; tres de ellas puestas de pie de modo que forman los tres lados de un cuadrado, y la cuarta puesta sobre las otras, como si se tratase de una especie de techo. Cada una de las piedras tenía aproximadamente dos metros y medio cuadrados. Desde aquel lugar y en dirección norte tropezamos continuamente con semejantes dólmenes, a veces más de veinte en una sola mañana y todos construidos de manera muy semejante. Se hallaban invariablemente situados en las laderas pedregosas de los cerros, nunca en la cima; los tres grandes bloques puestos de punta en ángulo recto unos con los otros y sobre ellos la piedra maciza que los cubría, de unos dos a tres metros cuadrados. Son lugares de reposo favoritos de los pastores árabes, a los que vimos muy a menudo extendidos todo a lo largo encima de ellos, cuidando de sus rebaños. Los dólmenes parecen hallarse confinados al territorio comprendido entre el Calirroe y Hesbón: no los encontramos nunca en zonas semejantes situadas al sur de la región. Sin embargo, en mis visitas anteriores a Palestina he visto muchos de ellos en las zonas desnudas de la montaña de Galaad, entre el *yebel* Osh'a y Gerasa. Resulta difícil de comprender el que hayan sido erigidos en las laderas de aque-

llos cerros. Nunca encontré ninguno que constara de cuatro piedras de pie, y en muchos casos la construcción se había desplomado, pero, sin embargo, en el montón había siempre cuatro bloques, nunca más ni menos de cuatro. Dada la poca profundidad del terreno, no puede haber allí sepultura alguna bajo tierra; y en las proximidades no existen trazas de majanos o de cualesquiera construcciones sepulcrales. Es posible que los habitantes primitivos del territorio hubiesen levantado tales dólmenes en muchos otros lugares, y que los pueblos agrícolas que llegaron más tarde los hubiesen destruido y hubiesen dejado en pie tan sólo los situados en las desnudas laderas, que no tenían utilidad alguna desde el punto de vista de la agricultura. Conviene observar que las tres clases de monumentos primitivos de Moab —los círculos de piedras, los dólmenes y los majanos— existen, cada una de ellas en gran abundancia, en tres partes diferentes del territorio, pero nunca unas al lado de las otras; se encuentran los majanos únicamente en el este, en las estribaciones de las montañas árabes; las piedras dispuestas en círculo al sur del Calirroe; y los dólmenes, al norte de ese valle. Esa circunstancia podría ser explicada suponiendo que en el período prehistórico coexistieron lado a lado tres tribus diferentes, cada una de ellas con distintas costumbres funerales o religiosas. Ni que decir tiene que los árabes modernos atribuyen todos esos dólmenes a los genios».

Ya hemos visto que cuando Jacob y Labán terminaron de amontonar las piedras del majano comieron juntos sobre ellas[*]. El tomar alimentos encima de las piedras sirvió probablemente para ratificar el pacto. Para comprender la conexión que pueda haber entre las dos cosas puede sernos útil la descripción de una costumbre escandinava, descripción debida al antiguo historiador danés Saxo Grammaticus. Según él, «los antiguos, cuando elegían un rey, tenían la costumbre de ponerse de pie sobre piedras plantadas en el suelo y emitir entonces

su voto, a fin de dar a entender con la inmutabilidad de las piedras que el acto sería duradero». De hecho se pudo haber pensado que la estabilidad de las piedras se comunicaba a la persona que se subía a ellas y que de esa manera confirmaba su juramento. Así leemos de un tal rajá de Java, personaje mítico que llevaba el título de rajá Sela Perwata, «que en lenguaje común equivale a Watu Gunung, nombre que le había sido otorgado por haber permanecido en una montaña igual que si fuera una piedra, y haber obtenido de esa manera su poder y resistencia, sin cualquier otra asistencia o ayuda». En una boda brahmán de la India, el novio conduce a la novia por tres veces en torno al fuego, y cada vez que lo hace la obliga a pisar con el pie derecho una piedra de molino, al mismo tiempo que dice: «Pisa esa piedra; igual que una piedra, ¡sé firme! ¡Vence a los enemigos! ¡Humíllalos a tus pies!». Esa antigua ceremonia, prescrita por los libros rituales de los arios del norte de la India, ha sido adoptada en el sur del mismo país y ha desbordado los límites de la casta brahmán. La pareja recién casada «gira en torno al fuego sagrado y el novio toma el pie derecho de la novia y lo pone siete veces sobre una rueda de molino. Se conoce la ceremonia con el nombre de *saptapadi* (siete pies); es la parte esencial y la que establece el vínculo que caracteriza al matrimonio. Se exhorta a la novia para que su constancia sea tan invariable como la piedra sobre la que ha sido puesto su pie». Algo semejante sucede en la ceremonia de la iniciación; los jóvenes brahmanes son obligados a poner el pie derecho sobre una piedra mientras son pronunciadas las siguientes palabras: «Pisa esa piedra; como ella, ¡sé firme! ¡Destruye a los que traten de hacerte mal, vence a tus enemigos!». Entre los kookies del Cachar septentrional, durante la ceremonia de la boda «la joven pareja pone los pies sobre una gran piedra situada en el centro del poblado; cada uno de los miembros de la pareja pone un pie; y el *ghalim* (cacique o jefe) les rocía con agua y pronuncia una perorata para exhor-

tarles a que sean virtuosos en general y fieles en el matrimonio, para bendecirlos y para desearles numerosa descendencia». En Madagascar se cree que uno se puede proteger frente a la inestabilidad de la dicha terrena enterrando una piedra bajo el poste principal o bajo los umbrales de su casa.

De la misma manera podríamos explicar la costumbre de jurar teniendo un pie o ambos plantados sobre una piedra. La idea subyacente parece ser que la naturaleza concreta y duradera de la piedra puede pasar de algún modo a la persona que hace la promesa y asegurar así que ésta ha de ser mantenida. En Atenas existía una piedra sobre la cual se ponían de pie los nueve arcontes cuando prestaban juramento de gobernar con justicia y de acuerdo con las leyes. Un poco al oeste de la tumba de santa Colomba, en lona, «se encuentran las piedras negras, llamadas de esa manera no a causa de su color, que es gris, sino por los efectos del perjurio que, según afirma la tradición, recaían sobre la persona culpable de haberlo cometido después de haber prestado juramento sobre aquellas piedras a la manera usual; pues en todas las controversias resultaba decisivo el juramento que se hiciese sobre ellas. McDonald, rey de las islas, entregaba los derechos sobre las tierras a sus vasallos de las islas y del continente levantando los brazos al cielo y poniéndose de hinojos sobre las piedras negras; y en esa postura, ante numerosos testigos, juraba solemnemente no reclamar nunca los derechos que acababa de otorgar: y ese juramento equivalía a la huella de su gran sello. De ahí que cuando uno se sentía absolutamente seguro de algo que afirmaba decía con firmeza: puedo jurar esto que digo sobre las piedras negras». También en la isla de Fladda, otra de las Hébridas, existía antiguamente una piedra redonda y azul sobre la que la gente prestaba juramentos solemnes y decisivos. En la antigua iglesia parroquial de Lairg, del condado de Sutherland, se hallaba adosada a un muro contiguo una piedra llamada Piedra del Compromiso o Piedra de

empeñar la palabra. «En toda la comarca se la conocía como mediadora — se podría decir incluso que como mediadora sagrada— cuando se hacía un trato comercial, cuando una persona juraba guardar fidelidad a otra o cuando se hacía voto o promesa de lealtad. Las partes que establecían un acuerdo1 de cualquier naturaleza que fuese se tomaban de las manos por encima de la piedra y de esa manera el compromiso que adquirían era tan inviolable como juramento solemne».

Costumbres similares son practicadas por ciertos pueblos primitivos de África y de la India. Cuando entre dos bogo del África oriental, junto a la frontera de Abisinia, existe alguna discordia, a veces llegan a un acuerdo sobre una piedra determinada a la que se sube uno de ellos. Su adversario pronuncia sobre la cabeza del otro las más terribles maldiciones para el caso de que olvide su promesa de paz, y a cada una de ellas el que está sobre la piedra responde: «¡Amén!». Entre los akamba del África oriental británica se prestan los juramentos solemnes ante un objeto llamado *kitichto*, al que se cree dotado de la misteriosa facultad de causar la muerte de los perjuros. Frente al objeto son colocadas siete piedras, y el hombre que presta el juramento permanece de pie de tal manera que sus talones se apoyan sobre dos de ellas. En Naimu, poblado de los tangkhul de Assam, existe un montículo de piedras de forma peculiar sobre el cual la gente pronuncia sus juramentos solemnes. En Ghosegong, situado en los cerros Garo de Assam, hay una piedra qué los naturales utilizan para hacer sobre ella las promesas más solemnes. Comienzan por saludar a la piedra, luego se cogen de las manos y las levantan al cielo, al mismo tiempo que mantienen fijos los ojos en los cerros, y ruegan a Mahadeva sea testigo de la verdad de lo que afirman. A continuación vuelven a tocar la piedra de modo que parece que sienten gran temor de ella, y humillan la cabeza, y vuelven a invocar el nombre de Mahadeva. Y mientras hacen su declaración mantienen fija la

vista en los cerros y conservan la mano derecha puesta sobre la piedra. También los garo juran sobre piedras de origen meteórico y dicen: «¡Que Goera (el dios del trueno) me mate con una de estas piedras si he mentido!». Sin embargo, en este último caso el empleo de la piedra es retributivo antes que confirmatorio; no tiene por objeto conferir a la promesa la estabilidad de la piedra, sino invocar la venganza del dios de las tormentas sobre la cabeza del perjuro. Quizá era también la misma la intención de un juramento samoano. Cuando se sospechaba de alguna persona y se creía que era una ladrona se le hacía jurar su inocencia en presencia de los jefes reunidos; el sospechoso «depositaba sobre la piedra, o lo que quiera que fuese que se suponía representaba al dios del poblado, un puñado de hierba, y luego ponía la mano sobre ella y decía: 'En presencia de nuestros jefes, reunidos aquí, pongo mi mano sobre la piedra. Si he robado, tal como se me acusa, ¡muera yo inmediatamente!'»

En este caso, y quizá en algunos de los otros, se supone que la piedra contiene el soplo de una vida divina que la capacita para escuchar el juramento, juzgar su veracidad y castigar al posible perjuro. Los juramentos pronunciados sobre piedras concebidas decididamente como morada de la divinidad tienen carácter claramente religioso, ya que suponen la invocación a un poder sobrenatural para que haga sentir a los transgresores el peso de su ira. Pero en algunos de los ejemplos precedentes parece que la piedra actúa únicamente a través de sus propiedades físicas, tales como el peso, la densidad y la inercia; por consiguiente, en tales casos el juramento o lo que quiera que sea la ceremonia tiene carácter puramente mágico. La persona absorbe las propiedades Valiosas de la piedra, de la misma manera que podría absorber energía eléctrica de una batería; en aquel caso es, por así decirlo, petrificado por la piedra, de la misma manera que en el otro sería electrizado por la pila. Los aspectos mágico y religioso del juramento pronunciado sobre una pie-

dra no tienen por qué ser mutuamente excluyentes en las mentes de las personas implicadas. La vaguedad y la confusión son características del pensamiento primitivo y han de ser tenidas en cuenta siempre cuando se trate de separar los elementos de tan extraña composición.

Esos dos modos diferentes de pensar, el mágico y el religioso, parecen entrar juntos en el relato bíblico del pacto acordado por Jacob y Labán sobre el majano. Por un lado, las dos partes que entran en el acuerdo parecen atribuir vida y conciencia a las piedras, ya que las ponen solemnemente por testigos de su mutuo compromiso, de la misma manera que Josué invocó como testigo a la gran piedra que había bajo el roble, pues ella había escuchado las palabras que el Señor había dirigido al pueblo de Israel. Concebido de esa manera, el majano, o la columna o hito que se levantaba junto a él, era algo así como una figura de Jano dotada de dos cabezas; ambos rostros miraban en direcciones opuestas, con el propósito de vigilar estrechamente el comportamiento de las dos partes que se habían prometido fidelidad. Y, por otro lado, el acto de comer juntos sobre el majano resulta más fácil de comprender si se lo interpreta, en mi opinión, como tentativa de establecer un vínculo o unión de naturaleza simpática entre las dos partes del contrato por medio de los alimentos compartidos, mientras al mismo tiempo fortalecían y reforzaban la unión absorbiendo en sus sistemas la fortaleza y solidez de las piedras sobre las que se hallaban sentados.

Si alguno de los lectores aquejado de escepticismo duda de que el terreno sobre el cual se halla un hombre pueda afectar la calidad moral de su juramento, le recordaré un pasaje de Procopio que calmará sus dudas. Ese veraz historiador nos cuenta que en una ocasión un rey persa consiguió arrancar la verdad a un testigo mal dispuesto que tenía motivos sobrados para ser perjuro y además deseaba serlo. Pacurio reinaba en Persia; en

un momento dado sospechó que su vasallo Arsaces, rey de Armenia, preparaba una rebelión. De modo que envió a buscarlo y le acusó abiertamente de deslealtad. El rey de Armenia, indignado, rechazó la acusación y juró por todos los dioses que la idea de rebelarse no le había ni siquiera pasado por la imaginación. Con lo cual el rey de Persia, actuando de acuerdo con la sugerencia que le habían hecho sus magos, tomó medidas para desenmascarar al traidor. Hizo cubrir el piso del pabellón real con una capa de mantillo; cubrió la mitad del pavimento con abono de Persia y la otra mitad con abono de Armenia, y sobre el suelo así preparado comenzó a pasear arriba y abajo con su vasallo, reprochándole sus aviesas intenciones. Las respuestas del acusado mostraban las más curiosas discrepancias. Cuando caminaba sobre el estiércol persa juraba y perjuraba con los más terribles juramentos que era el más fiel esclavo del rey de Persia; pero tan pronto como ponía el pie sobre el estiércol traído de Armenia su tono cambiaba y se revolvía con fiereza contra su señor, lo amenazaba con vengarse del insulto que suponía desconfiar de él y blasonaba de lo que iba a hacer tan pronto como hubiese recobrado la libertad. Pero en el mismo instante en que volvía a poner los pies sobre el abono de Persia volvía a encogerse y a adular servilmente al rey persa y a entregarse a la merced de su soberano con las palabras más lastimeras. La treta tuvo éxito: el crimen fue puesto al descubierto; el mismo traidor reveló sus intenciones. Pero como se trataba de alguien de sangre real ya que era un arsácida, no se le podía condenar a muerte. De modo que se adoptó con él la práctica que solía ser tomada en todos los casos en que algún príncipe se salía del redil. Lo encerraron para todo el resto de su vida en el Castillo del Olvido, así llamado porque tan pronto como un prisionero había atravesado sus umbrales melancólicos y había rechinado sobre sus goznes la puerta al cerrarse detrás de él, quedaba severamente prohibido volver a pronunciar su nom-

bre, bajo pena de muerte. Allí se pudrían los traidores y allí acabó sus días el perjuro rey de Armenia.

Incluso en la actualidad no parece haber desaparecido de Siria la costumbre de levantar majanos como testimonio. Uno de los más famosos templos del país es el de Aarón, en el monte Hor. Los peregrinos visitan la tumba de los profetas en la montaña y ruegan al santo interceda para que los amigos enfermos se recobren de sus enfermedades, y levantan montículos de piedras como testimonio (*mashhad*) de los votos que hacen de parte de los dolientes.

XII. JACOB, EN EL VADO DEL YABBOK

Tras separarse de Labán junto al majano, Jacob, acompañado de sus mujeres e hijos, de sus rebaños y manadas, prosiguió su camino hacia el sur. Dejando atrás las alturas de las montañas de Galaad, cubiertas por los bosques y oreadas por la brisa, se sumergió centenares de metros más abajo en la profunda cortadura del Yabbok. El descenso lleva varias horas y el viajero que lo lleva a cabo siente, cuando alcanza el fondo del profundo valle, como si entrase en una región de clima diferente. De los pinares y de los fríos vientos de las altas montañas pasa, en primer lugar, tras una hora de camino aproximadamente, a la atmósfera balsámica del poblado de Burmeh, encerrado entre árboles frutales, arbustos y flores, y en el que las aguas límpidas y frías de una fuente deliciosa le apagarán la sed cuando se detenga al mediodía. Siguiendo la bajada, desciende todavía otros empinados seiscientos metros, aproximadamente, para encontrarse, en un ambiente casi de invernadero, en medio de una vegetación lujuriante y semitropical, en plenas profundidades del gran valle del Yabbok. La gargante es sumamente agreste y pintoresca. A ambos lados, los acantilados se elevan casi perpendicularmente a gran altura; allá arriba, a gran distancia, se divisa el cielo azul, por encima de los precipicios y los rápidos declives. En el fondo del imponente abismo se desliza la poderosa corriente del Yabbok. Bordea sus aguas de color gris azulado, e incluso las oculta ya a poca distancia, la densa jungla formada por elevadas adelfas, cuyas flores carmesí ponen en el estrecho valle una pincelada de color cuando comienza el verano. El río Azul, pues tal es su nombre actual, fluye con rapidez y fuerza. Incluso en épocas ordinarias el agua les llega a los caballos hasta la cincha, y a veces la corriente resulta imposible

de atravesar, pues las aguas alcanzan a lamer las hierbas y matorrales que crecen a gran altura en ambas márgenes, tanto a la derecha como a la izquierda. Por el lado opuesto o meridional el ascenso desde el vado vuelve a ser extraordinariamente empinado. El sendero da vueltas y vueltas sobre sí mismo, cada vez más arriba; en algunos momentos el viajero tiene que desmontar y llevar el caballo por la brida. Subiendo aquella larga cuesta, Jacob, que se había rezagado abajo en el vado, cuando moría ya la tarde y se acercaba rápidamente la noche, vio la caravana de camellos que se esforzaba en el ascenso, y oyó los gritos de los conductores, cada vez más débiles cuanto más se alejaban de él al irse acercando a la cima, hasta que por fin tanto la imagen de lo visto como el sonido de las voces desaparecieron a un tiempo, tragados por la creciente oscuridad y la lejanía de la distancia.

El escenario puede ayudarnos a comprender la extraña aventura que sobrevino a Jacob al cruzar el río. Había enviado a sus mujeres, a sus siervas y a sus hijos a lomos de camellos al otro lado del río y todos sus rebaños y manadas les habían seguido o precedido. De modo que se había quedado a solas en el vado. Había caído ya la noche, noche de un día de verano, y probablemente brillaba allá arriba el pálido astro nocturno; pues resulta poco probable que con una cantidad tal de ganado y equipaje se hubiese aventurado a vadear el río a oscuras o durante el invierno, cuando la corriente es rápida y profunda. Comoquiera que fuese, a la luz de la luna o en plena oscuridad, junto a las rumorosas aguas, un hombre luchó con Jacob toda la noche hasta que la aurora bañó las boscosas crestas de la cortada allá arriba, muy por encima de la pareja que se esforzaba en medio de las sombras de abajo. El extraño levantó la vista, vio la naciente luz del día y dijo: «Déjame marchar, pues raya el alba». De la misma manera se arrancó Júpiter de los brazos de la enamorada Alcmena, antes del despuntar del alba; así se desvane-

ció el fantasma del padre de Hamlet cuando cantó el gallo; también Mefistófeles en la prisión advirtió a Fausto, cuando sonaban en sus oídos los martillazos con los que se levantaba el cadalso, que se apresurase, pues el día, el último día de la vida de Margarita, comenzaba a despuntar. Mas Jacob se aferró al personaje y le respondió: «No te dejaré partir sino cuando me hayas bendecido». El extraño le preguntó el nombre y cuando Jacob se lo hubo dicho contestó: .«Ya no será tu nombre Jacob, sino Israel, por cuanto has luchado con Dios y con los hombres y has salido victorioso». Mas cuando (Jacob le preguntó diciendo: «Declárame, por favor, tu nombre», eludió la respuesta, y tras haberle dado la bendición que Jacob le había exigido desapareció. De modo que Jacob denominó al lugar Peniel, que significa Rostro de Dios, porque se dijo: «He visto a Dios cara a cara y, sin embargo, mi vida ha quedado a salvo». El sol no tardó en salir e iluminar con sus rayos a Jacob, que iba cojeando, pues durante la lucha su adversario le había tocado en la articulación del muslo. «Por eso, hasta nuestros días, los niños israelitas no comen el tendón de la cadera que se encuentra sobre el hueco del muslo; porque él tocó el hueco del muslo de Jacob, en el tendón de la cadera».

El relato resulta oscuro y es probable que algunos de sus rasgos originales hayan sido pasados por alto por los que se encargaron de la compilación del Génesis, ya que tenían un cierto olor a paganismo. De modo que cualquier explicación que se pretenda dar del mismo ha de basarse necesariamente en simples conjeturas. Pero poniéndolo en relación con las características naturales del lugar que sirvió de escenario al relato y con las demás leyendas de carácter similar que expondré más adelante, quizá podemos suponer provisionalmente que el misterioso adversario de Jacob fue el espíritu o genio del río, y que la lucha fue provocada expresamente por Jacob con el fin de conseguir que le diera su bendición. De esa manera se explicaría el

porqué de que hubiese enviado delante la larga comitiva de mujeres, sirvientes y animales y se hubiese quedado solo en el vado, en medio de la oscuridad. Pudo pensar que el tímido dios del río, asustado por el pataleo y chapoteo de tan numerosa caravana al cruzar la corriente, se ocultaría en alguna hondonada bajo la superficie de las aguas o en medio de algún matorral de adelfas, a una distancia segura, y que cuando todo hubiese pasado y hubiese vuelto a reinar el silencio, sólo interrumpido por el monótono sisear de la corriente, la curiosidad le llevaría a aventurarse fuera de su escondite y a inspeccionar el vado, escenario de todo el tumulto y agitación. Entonces el agudo Jacob, escondido al acecho, podría saltar sobre él de improviso y obligarle a luchar hasta que accediese a conceder la tan deseada bendición. Tal fue la manera que tuvo Menelao de atrapar al tímido dios marino Proteo cuando lo sorprendió durmiendo en pleno mediodía entre los becerros marinos sobre la dorada arena y le obligó a que le dijese, aun contra su voluntad, el porvenir. También Peleo cogió del mismo modo a la diosa del mar Tetis y consiguió que fuese ella, una ondina griega, su esposa. En estas dos leyendas griegas los flexibles y resbaladizos espíritus del agua se debaten entre los brazos de sus captores, se les escurren de las manos una y otra vez y adoptan formas variadas, desde la del león hasta la de la serpiente, y desde la de la serpiente a la del agua, y así repetidas veces, tratando de escapar; y hasta que no han agotado su capacidad de transformación y perdido toda esperanza de evadirse de su resuelto adversario no terminan por consentir en otorgar el don solicitado. También cuando Hércules luchó con el dios-río Aqueloos por la posesión de la hermosa Dejanira, el espíritu acuático tomó primero la forma de una serpiente y luego la de un toro, a fin de escurrirse de entre los brazos del membrudo héroe, pero todo en vano. Esos paralelos sugieren que, en la forma original de la narración, el adversario de Jacob pudo igualmente haber

cambiado de forma con el fin de desprenderse del asedio de su importuno perseguidor. Un resto de semejantes metamorfosis pueden quizás haber sobrevivido en la historia de la revelación de Dios a Elías sobre el monte Horeb; el viento, el temblor de tierra y el fuego de aquella sublime narración pueden haber sido en su primera versión disfraces asumidos uno tras otro por la reacia divinidad, hasta que, vencida por la perseverancia del profeta, se dejó oír, aunque aún en voz bastante baja. Porque es preciso observar que los espíritus acuáticos no son la única clase de seres sobrenaturales que han sido objeto del acecho de los hombres con el fin de arrancarles una bendición o algún oráculo. Así se dice que el dios frigio Sileno poseía, a despecho de sus costumbres disipadas, gran volumen de información general que, igual que en el caso de Proteo, sólo proporcionaba cuando se le forzaba a ello. Midas, rey de Frigia, consiguió apresarlo mezclando vino con el agua de una fuente de la que, en un momento de debilidad, había bebido el prudente personaje. Al despertar de su sueño de beodo, Sileno se halló prisionero y tuvo que pronunciar un largo discurso sobre la vanidad del mundo y los afanes de los hombres antes de que el rey lo dejase en libertad. Algunos de los más serios escritores de la antigüedad nos han legado un resumen más o menos exacto del sermón que el alegre borrachín pronunció junto al espumeante manantial del borde del camino o, de acuerdo con otros, en un emparrado de rosas. Se cuenta también que con ayuda de una estratagema parecida a la empleada por el rey Midas consiguió atrapar Numa a los rústicos dioses Fauno y Pico y los obligó a que con sus conjuros e invocaciones hiciesen descender del cielo al mismo Júpiter en persona.

La opinión según la cual el adversario de Jacob en el vado del Yabbok fue el mismo dios-río podría quizá verse confirmada por la observación de que ha sido práctica común de numerosos pueblos el conciliar la benevolencia de los veleidosos y

amenazadores espíritus de las aguas en los vados. Hesíodo dice que cuando uno está a punto de vadear un río debería mirar las rumorosas aguas, recitar algunas plegarias y lavarse las manos; porque aquel que atraviesa una corriente sin haberse lavado antes las manos incurre en la ira de los dioses. Cuando el rey de Esparta Cleomenes, que pretendía invadir la Argólida, llegó con su ejército a las márgenes del Erasino ofreció un sacrificio a los dioses, pero los augurios fueron contrarios al cruce. Por lo cual el rey comentó que le causaba admiración el patriotismo del dios-río, puesto que se negaba a traicionar a su pueblo, pero que a pesar de todo no dejaría de invadir la Argólida, a despecho del dios. Con lo cual llevó a sus hombres hasta la orilla del mar, sacrificó un toro en honor del mar y transportó a su ejército en barcos hasta el país enemigo. Cuando las huestes persas conducidas por Jerjes llegaron al río Estrimón, que atraviesa la Tracia, los magos ofrecieron sacrificios de caballos blancos y llevaron a cabo otras ceremonias extrañas antes de cruzar la corriente. Lúculo, a la cabeza de un ejército romano, sacrificó un toro en honor del Eufrates, cuando tuvo que cruzarlo. «Cuando llegaban a la orilla de un río, los peruanos solían tomar un poco de agua en el cuenco de la mano y bebería, al mismo tiempo que rogaban al dios-río los dejase cruzar o les concediese buena pesca, y arrojaban algunos granos de maíz a la corriente como ofrenda propiciatoria; incluso en nuestros días los indios de la cordillera toman un sorbo ritual del agua antes de atreverse a cruzar un río a pie o a caballo». Los antiguos habitantes del País de Gales «siempre escupían tres veces en el suelo antes de cruzar una corriente después de haber anochecido para evitar la maligna influencia de espíritus y brujas».

Según creen las tribus bantúes del sureste de África, «los ríos se hallan habitados por demonios o espíritus malignos y es necesario propiciarlos cuando se desea cruzar una corriente desconocida; para ello hay que arrojar al agua algunos granos de

maíz o cualquier otra ofrenda, aunque no tenga valor intrínseco alguno». Al cruzar un río, los masai, del África oriental, arrojan al agua un puñado de hierba en forma de ofrenda; pues la hierba, fuente de vida para el ganado, desempeña un papel importante en las supersticiones y en los ritos de ese pueblo. Entre los baganda, del África central, cuando un viajero pretendía vadear un río solía pedir al espíritu de la corriente le permitiese cruzarla con seguridad y arrojaría al agua, como ofrenda propiciatoria, algunos granos de café. Cuando la corriente arrastraba a una persona, sus amigos no trataban de salvarla, porque temían que el espíritu del río los arrastrase también a ellos si intentaban salvar al hombre que se ahogaba. Creían que el espíritu guardián de aquella persona la había dejado a merced del espíritu del río, por lo que tenían que dejarla morir forzosamente. En ciertos lugares de los ríos Nakiza y Sezibwa, de Uganda, había en cada una de las orillas un montículo hecho de hierba y ramitas, y todo aquel que cruzaba el río arrojaba un puñado de hierba o unas pocas ramitas en el montoncito antes de cruzar, y otro poco de hierba o de ramitas en el segundo montón después del cruce; ésa era su ofrenda al espíritu del río para conseguir pasar sin riesgo al otro lado. De vez en cuando se hacían ofrendas de más valor en aquellos dos montículos; los devotos solían traer cerveza o un animal de cuatro patas, o un ave de corral, o algún tejido de cortezas, y sujetaban la ofrenda sobre el montón y la dejaban allí tras encomendarse al espíritu. Había un sacerdote que se encargaba del culto en cada uno de esos ríos, pero no existía templo alguno. El clan bean era especialmente devoto del río Nakiza, y el padre del clan era el sacerdote. Cuando el río bajaba crecido ningún miembro del clan se atrevía a vadearlo; el sacerdote se lo prohibía terminantemente bajo pena de muerte.

En un lugar del Nilo superior llamado saltos de Karuma la corriente del río se ve interrumpida por una fila de grandes

piedras, y el agua se precipita por una larga pendiente en una especie de canal o esclusa a una profundidad de tres metros. Según la tradición de los indígenas, las piedras fueron colocadas en el lugar que ocupan por Karuma, agente o familiar de un gran espíritu que, complacido con la vista de la barrera que su sirviente había levantado, lo recompensó dando su nombre al salto. En el lugar solía estacionarse un mago con el fin de dirigir las plegarias de los que intentaban cruzar la corriente. Cuando Speke y sus colegas subieron por el Nilo en barco hasta llegar a aquellos parajes, un grupo de banyoro que viajaba con ellos sacrificó dos cabritos, uno a cada lado del río, y los desollaron de un solo golpe de cuchillo todo a lo largo del pecho y del vientre, desde la cabeza a las patas traseras. A continuación tendieron los animales sacrificados como si fueran águilas con las alas desplegadas, el dorso contra un lecho de hierba y ramitas, y los viajeros pasaron por encima de ellos, para que su viaje fuese seguro y fructífero. El mago de las cataratas se encargó de elegir el lugar del sacrificio.

El río Ituri, uno de los tributarios superiores del Congo, forma línea de demarcación entre las praderas cubiertas de hierba y los árboles de la selva. «Cuando mi canoa casi había conseguido cruzar las aguas rápidas y claras del río, que tenía en aquellos parajes una anchura de unos ciento cincuenta metros, descubrí en la orilla opuesta dos casitas en miniatura levantadas junto al borde del agua, y semejantes en todo a las cabañas de los habitantes de los poblados próximos. El anciano jefe comenzó resistiéndose a explicarme el significado de aquellas construcciones, pero al fin me dijo que las habían levantado para albergar la sombra de su predecesor, al que se le había dicho que, para recompensar los esfuerzos realizados, debía proteger el paso de aquellos que quisiesen cruzar el río. Desde entonces, cada vez que se tenía noticia de que una caravana se aproximaba con la intención de cruzar la corriente se llevaba un poco de

comida a las casitas de los espíritus, como advertencia de que la caravana que estaba a punto de atravesar el vado necesitaba la protección de la sombra». Entre los ibo, que viven en el territorio awka de Nigeria del sur, cuando se lleva un cadáver a enterrar y los porteadores tienen que cruzar una corriente de agua se ofrece al río un sacrificio de una cabra y una gallina.

Los badaga, tribu de los cerros Neilgherry del sur de la India, creen en un dios llamado Gangamma, «del que se supone se halla presente en todas las corrientes de agua y en especial en los ríos Koondé y Pykaré; antiguamente todo poseedor de ganados que tuviese que cruzar esos ríos cuando bajaban crecidos tenía la costumbre de arrojar a las aguas media rupia, porque los animales se veían a menudo arrastrados por la corriente y se ahogaban en ella. Cuando muere un badaga se enumeran sus pecados en el transcurso del funeral; entre los peores pecados cometidos por el difunto se citan las ocasiones en que cruzó el río sin haber rendido el culto debido a Gangamma». También los toda, que son otra tribu más pequeña, aunque mejor conocida, que habita en los mismos cerros que la anterior, tienen a dos de sus ríos, el Teipakh (Paikara) y el Pakhwar (Avalancha), por dioses o morada de dioses. Todos aquellos que crucen una de esas dos corrientes deben sacar el brazo fuera del manto en señal de respeto. Antiguamente sólo se permitía cruzar esos ríos en determinados días de la semana. Cuando dos hombres que son hijos de un hermano y una hermana, respectivamente, pasan juntos una de las corrientes sagradas tienen que llevar a cabo una ceremonia especial. Al aproximarse al río cogen un poco de hierba y la mastican y cada uno de ellos dice al otro: «¿Debo arrojar el río (agua)? ¿Debo cruzar el río?». Entonces bajan los dos hasta la orilla y cada uno de ellos hunde la mano en el agua y por tres veces arroja lejos de sí la que le quepa en el hueco de la palma. A continuación atraviesan ambos el río, cada uno de ellos con el brazo fuera del manto, a la manera acostumbrada.

Un cierto jefe famoso de los angoni, que viven en África central británica, fue incinerado cerca de un río; e incluso hoy, cuando los angoni cruzan la corriente, la saludan con el grito ronco y viril que dedican únicamente a la realeza. Y siempre que los angoni remontan algún río en una canoa hacen confesión general de cualquier pecado de infidelidad del que se hayan hecho culpables frente a sus esposas, a lo que parece movidos por la creencia de que si no lo hiciesen de esa manera podrían perecer ahogados. Los toradja, de las Célebes centrales, creen que los espíritus del agua habitan bajo la forma de serpientes las hoyas profundas y los rápidos de los ríos. Los hombres tienen que mantenerse en guardia frente a esos peligrosos seres. De ahí que cuando un toradja esté a punto de realizar un viaje por el río acostumbre a exclamar repetidas veces junto a la orilla: «No saldré hoy de viaje; partiré mañana». Los espíritus oyen esas palabras, y si se diese el caso de que hubiese entre ellos alguno que estuviese al acecho del paso del viajero, pensará que el viaje ha sido retrasado y dejará, en consecuencia, el ataque para el día siguiente. Mientras tanto, el avispado toradja se dejará llevar tranquilamente por las aguas río abajo mientras se ríe a hurtadillas de la simpleza del espíritu al que ha conseguido engañar.

Aunque pueden permanecer oscuros los motivos precisos que llevan a la observancia de muchas de esas costumbres relativas a los ríos, el impulso general parece provenir del temor reverencial y del espanto sentido ante ellos, a los que se concibe ya sea como seres personales poderosos, ya sea como lugares frecuentados por espíritus influyentes. La concepción de un río como ser personal se halla bien ejemplificada por una costumbre muy en boga entre los kakhyeen de la alta Birmania. Cuando un miembro de la tribu se ha ahogado al cruzar un río, el vengador de la sangre derramada acude una vez al año a las márgenes de la corriente culpable y tras llenar con sus aguas

una vasija la divide en dos con un tajo de la espada, como si se tratase de dar muerte a un enemigo humano. Se dice que en una ocasión, hace mucho tiempo, el río Nilo había cubierto las tierras de Egipto hasta una altura de dieciocho codos y el azote del fuerte viento sobre las aguas levantaba grandes olas; entonces el rey egipcio Ferón cogió un dardo y lo arrojó con fuerza contra la agitada corriente; pero su impío arrebato de cólera fue bien castigado, pues perdió la vista. En otro lugar leemos también que cuando Ciro, en su marcha hacia Babilonia, cruzó el río Gindes, uno de los caballos blancos sagrados que acompañaban al ejército en marcha fue arrastrado por la corriente y murió ahogado. Enfurecido ante el sacrilegio, el rey amenazó al río con reducir tanto el nivel de sus aguas que una mujer llegaría a ser capaz de vadearlo sin tener que mojarse las rodillas. En consecuencia, puso a sus soldados a trabajar y abrieron canales por los cuales desviaron el agua del río, cuyo cauce quedó casi al descubierto. Y en una actividad tan inútil empleó el verano que debiera haber dedicado a sitiar Babilonia el déspota supersticioso, únicamente para satisfacer un capricho infantil.

Pero no son los espíritus de los ríos las únicas divinidades acuáticas a las que han osado castigar o combatir hombres determinados y resueltos. Una tormenta arrastró el primer puente que Jerjes había tendido para cruzar el Helesponto con su ejército, y el rey, en un arrebato de cólera, sentenció a los estrechos a recibir trescientos latigazos y a que se los cargase de cadenas. Y los encargados de ejecutar la sentencia descargaron los golpes sobre la superficie de las aguas al tiempo que decían: «¡Oh aguas amargas, vuestro dueño ordena que se os castigue de esta manera por el daño que le habéis hecho cuando él no os lo había hecho a vosotros! Pero el rey Jerjes os cruzará, lo queráis o no. Y mereceréis que ningún hombre os ofrezca sacrificios, porque sois traidores y salobres». De los antiguos celtas se dice que arremetían resueltamente contra las olas que venían a

estrellarse contra las rocas de la costa, y que las alanceaban y daban mandobles contra ellas, con lanzas y espadas, como si fuese posible herir o poner en fuga al mismo océano. Los toradja de las Célebes centrales cuentan que una de sus tribus, proverbial por la estupidez de sus miembros, llegó un día a la orilla del mar cuando la marea estaba baja y levantó sin demora una cabaña en la misma playa por debajo del nivel que solía alcanzar la marea alta. Cuando las aguas subieron y amenazaron con echar abajo la cabaña, los indígenas las miraron como habrían mirado a un monstruo que tratase de devorarlos, por lo cual intentaron apaciguarlo arrojando en medio de las olas todo el arroz de que disponían. Pero como la marea seguía subiendo, arrojaron contra ella todas sus espadas, lanzas y cuchillos de cocina, aparentemente con la intención de herir a la peligrosa criatura o de asustarla y obligarla de esa manera a retroceder. En una ocasión, cuando un grupo de arafoo, tribu de montañeses de la costa norte de la Nueva Guinea holandesa, practicaban el deporte de la tabla hawaiana (el *surf)*, la resaca arrastró a tres de ellos mar adentro y murieron ahogados. Para vengar la muerte de sus camaradas dispararon contra las constantes olas durante horas con sus escopetas, arcos y flechas. Semejantes personificaciones del agua, a la que se toma por un ser personal al que se puede dominar o asustar con el uso de la violencia física, pueden ayudarnos a comprender el extraño relato de la aventura de Jacob en el vado del Yabbok.

La tradición según la cual un tendón del muslo de Jacob sufrió distensión en el curso de la lucha con su adversario nocturno es evidentemente una tentativa de explicación del hecho de que los hebreos se nieguen a comer el tendón correspondiente del muslo de los animales. Tanto la tradición como la costumbre han sido halladas entre algunas tribus de indios de América del Norte, cuyos miembros suelen cortar y desechar los tendones del corvejón de los ciervos y venados que cazan.

Los indios cherokee apoyan la práctica en dos razones. Según la primera de ellas, «ese tendón, cuando se le corta, se contrae y penetra en la carne; por tanto, cualquiera que por desgracia llegase a comerlo vería cómo sus miembros se le contraían de la misma manera». La segunda de las razones que alegan es que si se pusiese a caminar, se sentiría fatigado muy pronto. Ambas razones aceptan implícitamente el principio de la magia por afinidad, aunque lo apliquen de manera diferente. Por un lado, se supone que si alguien come un tendón que se contrae, el tendón correspondiente de su propio cuerpo se contraerá también. Por el otro, parece darse por sentado que si alguien destruye el tendón, absolutamente necesario para que el animal pueda caminar, también él se verá incapacitado precisamente de la misma manera. Ambas explicaciones se hallan completamente en consonancia con el modo de pensar de los salvajes. Cualquiera de ellas podría servir para dar cuenta del tabú hebreo. Según esa teoría, la narración del Génesis ofrece sanción religiosa a una norma que se basaba originariamente en una cuestión de magia simpática.

La historia de la lucha de Jacob con su fantasmal adversario y de la bendición que logró arrancarle al romper el alba se asemeja estrechamente a una superstición de los antiguos mexicanos. Estos pensaban que el gran dios Tezcatlipoca solía rondar por las noches bajo el disfraz de un hombre de enorme estatura envuelto en una sábana de color gris ceniciento, hombre que se paseaba llevando la cabeza en la mano. Cuando las personas miedosas topaban con la temible aparición caían desmayadas al suelo y morían poco tiempo después. Pero en una ocasión, un hombre valiente luchó cuerpo a cuerpo con el fantasma y le dijo que no lo dejaría marchar hasta que hubiese salido el sol. Pero el espectro le rogó que lo soltase y le amenazó con maldecirlo si no accedía a la petición. Sin embargo, el hombre consiguió mantener sujeta a la terrible criatura hasta que el alba estaba a

punto de romper, cuando el espectro cambió de tono y ofreció conceder al hombre cualquier cosa que éste le pidiese, ya fuesen riquezas o fuerza invencible, si lo dejaba escapar antes de que se hiciese de día. El humano vencedor en esa pugna con un enemigo sobrehumano recibiría de su vencido enemigo cuatro espinas de una especie determinada como señal de su victoria. Pero un hombre verdaderamente valiente no hubiese aceptado la oferta y habría arrancado el corazón del pecho del fantasma, lo habría envuelto en un lienzo y lo habría llevado a su casa. Tal fue lo que hizo el héroe del relato, si hemos de creer a sus autores. Pero cuando el hombre desenvolvió el bulto para ufanarse de su trofeo no encontró en él más que unas cuantas plumas, una espina, o tal vez solamente algunas cenizas, o incluso algún harapo mugriento.

XIII. LA COPA DE JOSE

Cuando sus hermanos bajaron a Egipto a comprar grano durante el período de hambre y estaban a punto de salir de regreso hacia su hogar en Palestina, José hizo esconder su copa de plata, la copa que utilizaba para beber, en la boca del costal de Benjamín. Luego, cuando los hombres ya habían salido de la ciudad y no estaban aún lejos, envió a su mayordomo tras ellos para que los acusara de haber robado la copa. Se llevó a cabo, en consecuencia, un registro de los costales y la copa fue hallada en el interior del saco de Benjamín. El mayordomo echó en cara a los hermanos la ingratitud que demostraban hacia José, que se había mostrado hospitalario con ellos y cuya amabilidad habían recompensado con el robo de la preciosa copa. «¿Cómo habéis vuelto mal por bien?», les preguntó. «¡Es la misma copa de plata en que bebe mi amo y con la que él hace sus augurios! Habéis obrado mal en lo que habéis hecho». Y cuando los hermanos fueron llevados de vuelta a la ciudad y conducidos a presencia de José, éste repitió los mismos reproches y les dijo: «¿Qué es lo que habéis hecho? ¿No sabéis que un hombre como yo tiene el poder de adivinar?». De lo que podemos inferir que José se vanagloriaba en particular de su capacidad de descubrir a los ladrones por medio de su copa de adivinación.

El arte de adivinar por medio de una copa no ha sido cosa rara tanto en épocas antiguas como en las modernas, aunque el procedimiento particular para llevar a cabo las adivinaciones no ha sido siempre el mismo. Así, en la vida del filósofo neoplatónico Isidoro leemos que aquel sabio se encontró con una mujer sagrada que poseía un talento divino de naturaleza notable. Esa mujer acostumbrada a echar agua limpia en una copa de cristal y a partir de las figuras que observaba en el agua prede-

cía las cosas que habían de suceder en el futuro. Tales predicciones hechas a partir de las figuras observadas en el agua formaban una rama especial de adivinación a la que los griegos dieron el nombre de hidromancia; a veces se ponía en el agua una especie determinada de piedra preciosa con el fin de evocar las imágenes de los dioses. Se dice que el rey Numa adivinaba por medio de las imágenes de los dioses que veía en el agua, pero no se habla para nada de que utilizase una copa con ese fin; con mayor probabilidad se supone que contemplaba las divinas figuras en un estanque formado por la fuente sagrada Egeria, a cuyo espíritu estaba dedicado. Cuando la gente de Tralles, en Caria, quiso averiguar cuál sería el resultado de la guerra contra Mitrídates, emplearon a un muchacho que, tras mirar el agua afirmó ver en ella la imagen de Mercurio, y bajo la inspiración de la manifestación divina cantó los sucesos por venir en ciento sesenta versos. Se dice de los persas que eran muy aficionados al arte de adivinar por medio del agua; en realidad se dice que dicho arte llego a Occidente procedente de Persia.

No sabemos si José utilizaba su copa mágica para descubrir a los ladrones o también para adivinar otras cosas, pero podemos conjeturar que se suponía extraía sus inferencias de las figuras que se le aparecían en el agua. Indudablemente esa manera de adivinar sigue aún hoy siendo practicada en Egipto, y puede haber estado en boga en ese país tan conservador desde la mas remota antigüedad. Su nombre moderno es el de espejo mágico. «Se emplea con mucha frecuencia el espejo mágico. Un muchacho puro e inocente, de no más de doce años de edad, toma una copa llena de agua y adornada con inscripciones y se le hace mirar en ella; al mismo tiempo se le pone debajo del casquete con que se cubre, y de manera que le sobresalga por encima de la frente, un papel que contiene también determinadas inscripciones; se le envuelve en nubes de incienso y mientras tan-

to el encargado de hacer los conjuros murmura determinadas sentencias. Al cabo de cierto tiempo se le pregunta al muchacho qué es lo que está viendo, a lo que responde que ve personas que se mueven en el agua, como si ésta fuese un espejo. El mago ordena al muchacho dirija al espíritu ciertos mandamientos, tales como el de levantar una tienda o traer café y pipas. Las órdenes son obedecidas inmediatamente. El nigromante se dirige entonces a los espectadores curiosos y les pide que nombren a cualquier persona a la que deseen ver, a lo que ellos responden dando un nombre de persona viva o muerta, indistintamente. El muchacho ordena al espíritu que haga comparecer a la persona en cuestión. Bastan pocos segundos para que la tal haga su aparición y el muchacho procede a describirla. Sin embargo, y de acuerdo con lo que he podido observar por mí mismo, la descripción es siempre muy diferente de la realidad. El muchacho se disculpa diciendo que la persona que ha sido conducida ante él no aparece justamente en el centro de la escena, sino que permanece siempre envuelta en sombras; pero en otras ocasiones ve a las personas realmente y en movimiento. Cuando se comete un robo se consulta algunas veces al espejo mágico, como he tenido ocasión de comprobar una vez. (A eso se le llama *darb el mandel*). Las acusaciones del muchacho recayeron sobre una persona cuya inocencia fue satisfactoriamente comprobada más tarde; a lo que parece, el muchacho le había imputado intencionadamente el crimen para vengarse de ella. Por esa razón, semejantes experimentos, antiguamente muy en boga, han sido estrictamente prohibidos por las autoridades, aunque se siguen practicando».

A veces en Egipto el espejo mágico utilizado en la adivinación no está formado por el agua vertida en una copa, sino por la tinta derramada en el hueco de la mano del nigromante, pero el principio en que se basa la práctica y el procedimiento empleado para llevarla a cabo son los mismos en ambos casos. El

adivino afirma ver en la tinta las figuras de las personas vivas o muertas que el cliente le ha rogado convocase por medio de sus artes mágicas. También se recurre al espejo mágico de tinta, como se recurría al espejo mágico de agua, para descubrir a un ladrón y para otros fines. Las personas que son capaces de ver algo en la tinta son un muchacho antes de haber alcanzado la pubertad, una virgen, una esclava negra y una mujer embarazada, pero, a lo que parece, el más comúnmente empleado es un muchacho impúber. En la palma de la mano se le dibuja con tinta un cuadrado mágico y en el centro del cuadrado una cierta cantidad de tinta vertida actúa de espejo mágico. Mientras el adivino está mirando en él se quema incienso y se echan al fuego trozos de papel en los que han sido escritos conjuros. Cuando Kinglake estaba en El Cairo envió a buscar a un adivino y lo invitó a que demostrara sus habilidades. El mago, hombre de edad y de aspecto imponente, dotado de flotante barba, vestido de manera pintoresca y muy acorde con la ceremonia, a saber, con un gran turbante y amplias hopalandas, llevó consigo a un muchacho para que escrutase la superficie de un poco de tinta derramada en la palma de su mano y describiese la imagen de la persona que el inglés tuviese a bien desear ver. Kinglake pidió que se trajese en imagen a Keate, el anciano rector de su colegio de Eton, dómine brutal a la antigua, corto de estatura y escaso de paciencia, dotado de cejas espesas e hirsutas de color rojo y otros rasgos en consonancia. En respuesta a su petición el joven adivino aseguró estar viendo en el espejo de tinta la imagen de una hermosa muchacha de cabellos rubios, ojos azules, piel blanca y labios rojos. Ante la carcajada estruendosa de Kinglake, el desconcertado mago dijo que seguramente el muchacho había pecado y perdido la inocencia, y sin más explicaciones lo envió escaleras abajo de un puntapié.

Modos semejantes de adivinación han sido puestos en práctica en otras partes del mundo. Así en Escandinavia la gente so-

lía acudir a un adivino la tarde de los jueves para ver en una vasija con agua el rostro del ladrón que les había robado. Los habitantes de Tahiti «tienen una manera de descubrir a los ladrones siempre que han sido robados objetos cualesquiera; acuden a una persona dotada del don de la adivinanza que, según creen, les mostrará siempre el rostro del ladrón reflejado en el agua transparente de una calabaza». Algunos adivinos del sureste de Nueva Guinea afirman descubrir el rostro de un culpable en un poco de agua en el que ha sido vertido algo de aceite de coco. Entre los esquimales, cuando un hombre ha salido al mar y no ha regresado cuando se le esperaba, un mago se encarga de averiguar por medio del espejo mágico si el hombre ausente se halla muerto o vivo. Para ello alza con una varilla la cabeza del pariente más próximo de la persona por cuya suerte se teme; en el suelo se encuentra una vasija con agua, y en ese espejo el mago afirma contemplar la imagen del marino ausente, ya sea junto a su volcada canoa o sentado en ella y remando apaciblemente. De esa manera es capaz de animar al inquieto pariente roído por la ansiedad al asegurarle que su deudo se encuentra sano y salvo o de confirmar sus más negros temores con las noticias de su muerte.

Pero el espejo mágico no es la única forma de adivinación en la que el instrumento material empleado en el descubrimiento de la verdad es una vasija con agua. En la India, para descubrir a un ladrón, se escriben los nombres de los sospechosos en bolas individuales de pasta o de cera y se arrojan las bolas en una vasija con agua. Se cree que la bola en la que se halla escrito el nombre del ladrón flotará en la superficie del líquido, en tanto que las demás se irán al fondo. En Europa, los jóvenes solían recurrir a numerosas formas de adivinanza la víspera del día de san Juan, en el mes de junio, para averiguar su suerte en el amor. Así, en el condado de Dorset, una muchacha, al irse a dormir solía escribir las letras del alfabeto en pequeños trozos

de papel y los arrojaba luego en una jofaina de agua, con las letras escritas hacia abajo, y esperaba encontrar a la mañana siguiente al levantarse la inicial del nombre de su futuro marido vuelta hacia arriba, mientras las demás letras seguían vueltas hacia abajo.

A veces se pretendía averiguar el destino por medio de las más variadas sustancias, que eran arrojadas en una vasija con agua, y se escudriñaban después las posiciones o configuraciones que asumían para deducir de ellas la respuesta. Por ejemplo, entre los bahima o banyankole, tribu de pastores del centro de África que habita en la nación ugandesa, un curandero o hechicero solía a veces tomar una vasija con agua y arrojar en ella determinadas hierbas que provocaban la formación de espuma; luego dejaba caer en el agua cuatro granos de café, anotaba las posiciones que adoptaban y deducía los deseos de los dioses de acuerdo con la dirección en que apuntaban los granos o con el lado que mostraban hacia arriba al flotar. Entre los garo de Assam, un sacerdote solía adivinar a veces con ayuda de una taza de agua y unos pocos granos de arroz crudo. Sostenía la taza de agua con la mano izquierda y dejaba caer los granos de arroz, uno a uno, invocando el nombre de un espíritu con cada grano que caía. El espíritu que ha sido nombrado justamente en el momento en que dos de los granos que flotan sobre el agua tropiezan uno con otro es el mismo cuyo favor ha de ser conciliado. En las tierras altas de Escocia, el arte de adivinar por medio de las hojas de té o por los posos de té depositados en el fondo de la taza era puesto en práctica con gran minuciosidad. Incluso ahora, según nos han dicho, son muchas las jóvenes que acuden a los que adivinan el porvenir por ese procedimiento, los cuales, sin más exigencia que la invitación a tomar una taza de té, predicen a las ansiosas damiselas los más fantásticos emparejamientos. Se predice a partir de la disposición que ha adoptado el sedimento de las hojas de té en la taza después de

haber lavado con los restos de la infusión los bordes, al hacer girar la taza en la dirección *deiseal* o de las agujas del reloj y luego vaciarla; seguidamente se procede a la lectura o interpretación. En Inglaterra se llevan a cabo profecías semejantes con ayuda de las hojas del té o de los posos del café que quedan en el fondo de las tazas. También en Macedonia la gente adivina por medio del café. «Una burbuja aislada en el centro de la taza presagia que la persona que la sostiene cuenta con un amigo fiel y verdadero. Si se forma un círculo de burbujitas junto al borde de la taza, eso quiere decir que la persona en cuestión es voluble en sus afectos y que su corazón se halla dividido entre varios objetos de adoración. También en lo que respecta a los posos del café se observan y explican en consonancia a las formas que adoptan: si se extienden alrededor de la taza en forma de riachuelos y pequeños arroyos se anuncia una cantidad de dinero, y así sucesivamente».

En Europa continental, la forma favorita de adivinación consiste en verter plomo o cera fundidos en una vasija que contiene agua y en interpretar las formas que toma la sustancia al solidificarse en el seno del líquido. A esa forma de indagar el futuro se ha recurrido en Lituania, en Suecia, en Escocia y en Irlanda. También en Irlanda se pensaba que las hadas eran las que enviaban una cierta enfermedad llamada *esane,* y a fin de pronosticar su evolución o para averiguar el tratamiento conveniente se pedía a los adivinos que interrogasen a los carbones que habían dejado caer en un recipiente con agua pura y cristalina.

Se puede conjeturar que José haya adivinado con su copa de plata por medio de uno de esos métodos.

Parte Tercera

LOS TIEMPOS DE LOS JUECES Y LOS REYES

XIV. MOISES EN EL CESTILLO DE MIMBRES

Se puede decir que con la vida de José termina la edad patriarcal de Israel. Con una serie brillante de esbozos biográficos, vividos por su colorido y maestros por la delineación de los personajes, se ha descrito la emigración de los patriarcas desde las orillas del Eufrates a las riberas del Nilo. En ese punto el historiador los abandona temporalmente. El telón desciende terminado el primer acto de la obra representada, y, cuando vuelve a levantarse, el escenario es el mismo, pero han transcurrido supuestamente unos cuatrocientos años tras la acción del acto anterior, y la familia patriarcal se ha transformado en una nación. A partir de ese momento comienza la historia del pueblo de Israel; la primera figura destacada es la de Moisés, gran dirigente y legislador, del que se dice que liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto y que lo guió en su errar a través del desierto de Arabia, que formó sus instituciones y, por último, que murió a la vista de la Tierra prometida sin haber entrado en ella. No parece haber motivos suficientes para pensar que en esos grandes rasgos no sea correcta la tradición que se refiere a él. En la historia de sus hazañas, igual que en las historias de tantos héroes nacionales que le precedieron o le siguieron, épocas posteriores han bordado sin género de duda sobre el tejido austero de los hechos las alegres figuras de la fantasía; pero, no obstante, el cambio introducido de esa manera en la tela no ha sido de tal magnitud como para llegar a deformar la trama original hasta hacerla irreconocible. Todavía podemos percibir los miembros del hombre debajo de las coloreadas vestiduras del mago que se enfrentó al faraón e hizo descender siete plagas sobre las tierras de Egipto; encontramos aún los rasgos humanos detrás del nimbo de gloria sobrenatural que brilla en torno

del rostro del santo y profeta cuando desciende de la montaña en la que acaba de conversar con Dios y de recibir de las manos divinas un nuevo código de leyes para el pueblo israelita. Sin duda resulta notable el hecho de que, aun hallándose Moisés mucho más próximo que los patriarcas a la frontera de la historia, aparecen en el relato de sus andanzas, mucho más que han entrado en las vidas de ellos, los elementos de lo maravilloso y de lo milagroso. Aunque se dice de vez en cuando que los patriarcas han tenido comunicación con la divinidad, ya sea cara a cara o a través de visiones, a ninguno de ellos se le atribuye la ejecución de aquellas señales y maravillas que con tanta frecuencia aparecen en la vida de Moisés. Vemos a los patriarcas como hombres en medio de otros hombres; vemos que persiguen fines comunes a los demás hombres y que comparten con ellos las alegrías y tristezas comunes a toda la humanidad. Por otro lado, Moisés, desde el comienzo hasta el final de su vida, es presentado como un personaje aparte, imbuido de una gran misión; que, por consiguiente, se mueve en un plano más elevado que el correspondiente al común de los mortales; y que difícilmente muestra señales de las fragilidades que afectan a todos los hombres, que, tratadas con pincel delicado, añaden tanto color viviente a los retratos de los patriarcas. Ese es el motivo de que la sencilla humanidad de Abrahám, de Isaac y de Jacob nos llegue a todos más profundamente que la espléndida, pero solitaria, figura de Moisés.

Al igual que todos los demás acontecimientos de su vida, el nacimiento de Moisés se halla en las tradiciones rodeado de una atmósfera de leyenda. Muerto José y sus hermanos, sus descendientes, los hijos de Israel, fueron prolíficos, se multiplicaron e hiciéronse, según se dice, numerosos y poderosos en grado extraordinario; de modo que los egipcios comenzaron a mirarlos con temor y desconfianza y trataron de poner freno a su desarrollo amargando sus vidas con duros trabajos; pero

cuanto más los oprimían, más se multiplicaban y propagaban, por lo que el rey de Egipto habló a las parteras hebreas y les ordenó que matasen a todos los hijos varones nacidos de mujer israelita. Sin embargo, las parteras no hicieron lo ordenado por el rey, sino que dejaron vivir a los niños, y cuando el faraón las llamó y les pidió cuentas de la desobediencia apelaron a un subterfugio y evadieron el castigo. Entonces el faraón dio orden a todo el pueblo de que arrojase al río a todo niño que naciese de hebrea. Por consiguiente, cuando nació Moisés su madre lo escondió tres meses, mas como no pudiese tenerlo oculto más tiempo, cogió una cestilla de mimbres, o más bien de papiro, la calafateó con betún y pez, puso en ella al niño y la colocó en el juncal, a orillas del Nilo. Pero una hermana del infantito se apostó a lo lejos para ver lo que pasaba. Y bajó la hija del faraón a bañarse en el Nilo, mientras sus doncellas se paseaban por la orilla del río. Divisó la cestilla en medio del juncal y envió a su sierva para que la trajese. Abrióla, miró, y hete aquí un parvulito que estaba llorando. Compadecióse de él y exclamó: «¡Este es niño de los hebreos!». Mientras la princesa lo contemplaba, la hermana del niño, que había permanecido aparte observando lo que ocurría, se acercó y dijo a la hija del faraón: «¿Voy a llamarte una nodriza de entre las hebreas para que te críe el niño?». Y la princesa le respondió: «Ve». Y fue la joven y llamó a la madre del niño. Díjole la hija del faraón: «Llévate este niño y críamelo, y yo te daré salario». Tomó, pues, la mujer al niño y lo crio. Crecido que hubo el niño llevóselo a la hija del faraón, la cual lo prohijó y púsole por nombre Moisés, pues dijo: «En verdad que lo he sacado (*mesitihu*) del agua».

Aunque este relato del nacimiento y crianza de Moisés se halla libre de elementos sobrenaturales, ofrece, sin embargo, características de las que se puede sospechar razonablemente pertenecen al dominio del folklore más que a la historia. A fin de, a lo que parece, aumentar lo maravilloso de la vida del hé-

roe, el autor del relato gusta de describir de qué manera se vio amenazado en el momento de su nacimiento el gran hombre y cómo logró salvarse de la muerte inminente tan sólo gracias a lo que a los ojos del vulgo no pasaría de una simple casualidad, aunque en realidad se trató de una intervención del dedo del destino, que se interpuso con el fin de preservar al niño para las elevadas empresas que lo estaban aguardando. Es probable que en la mayoría de los casos se deban contemplar tales incidentes como simples adornos debidos a la imaginación del narrador, pinceladas pintorescas que añade para realzar los efectos de una historia sencilla a la que considera indigna de la grandeza del asunto.

De acuerdo con la tradición romana, el mismísimo fundador de Roma se halló expuesto a graves peligros durante su infancia, y hubiese perecido si no hubiese sido por la intervención providencial de una loba y de un pájaro carpintero. La historia es la siguiente. En las laderas de los montes Albanos se levantaba la gran ciudad blanca de Alba Longa y en ella reinaba una dinastía de reyes llamada *Silvii*, es decir, de los bosques; eran todavía un pueblo de pastores y como tales apacentaban sus rebaños en las colinas de Roma, mientras los lobos rondaban por las hondonadas pantanosas que se extendían entre ellas. Sucedió, pues, que uno de los reyes de Alba, llamado Proca, dejó dos hijos, Numitor y Amulius, de los que Numitor era el primogénito y destinado por el padre para que lo sucediese en el trono. Pero su hermano menor, movido por la ambición y falto de escrúpulos, se las arregló para arrojar del trono mediante la violencia a su hermano mayor y ocupar su lugar. No satisfecho con lo conseguido trató de afianzar el poder que había usurpado, y para ello quiso privar de herederos a su ofendido hermano. En consecuencia hizo matar al hijo único de Numitor y persuadió o forzó a la hija de su hermano, llamada Rea Silvia, para que se dedicase al culto de Vesta e hiciese votos de perpetua virgini-

dad. Pero la mujer faltó a sus votos. Se descubrió que la virgen vestal había concebido, y cuando se cumplió el tiempo acostumbrado dio a luz dos niños gemelos. La madre afirmó que el padre de las criaturas había sido el dios Marte, pero el desalmado tío se negó a admitir las excusas y ordenó que los dos niños fuesen arrojados al río. Sucedió, sin embargo, que el Tíber se había salido de madre y había inundado las orillas, por lo que los siervos encargados de la tarea de dar muerte a los infantes no pudieron acercarse a la corriente principal y tuvieron que depositar el arca que contenía a los niños en aguas poco profundas, al pie de la colina del Palatino. Allí dejaron a los niños abandonados a su suerte, y allí una loba, atraída por sus lloros, los encontró, les dio de mamar y los lamió para limpiarlos del cieno que los cubría de la cabeza a los pies. Hasta la época del imperio se levantó en aquel mismo lugar una estatua de bronce que representaba a una loba amamantando a dos niños y conmemoraba la tradición; en la actualidad se la conserva en el museo capitolino de Roma. Algunos dicen que un pájaro carpintero ayudó a la loba a alimentar y cuidar de los niños abandonados; y puesto que tanto la loba como el pájaro eran seres consagrados a Marte, la gente extrajo de esa circunstancia nuevos argumentos para apoyar la teoría de la divina parentela de Rómulo y Remo.

Historias tan maravillosas parecen haber sido atribuidas particularmente a los fundadores de dinastías o de reinos, de los que habían sido olvidados el nacimiento y las circunstancias de los primeros años de sus vidas, de modo que el autor de los relatos aplicó su fantasía para rellenar los huecos dejados por la memoria. La historia de los pueblos de Oriente ofrece ejemplos de encanto similar arrojado sobre los oscuros orígenes de un imperio poderoso. El primer rey semita que subió al trono de Babilonia fue Sargón el Viejo, que vivió en torno al año 2600 a. C. Fue conquistador temido y constructor incansable. Se

labró un gran nombre, y, sin embargo, a lo que parece, no había conocido a su propio padre. Al menos es lo que deducimos de una inscripción que, según se dice, había sido grabada en una de sus estatuas. En el siglo VIII a. C. se hizo una copia de esa inscripción y se la depositó en la biblioteca real de la ciudad de Nínive, donde fue encontrada en tiempos modernos. En ese documento el rey narra la historia de sus primeros años de la manera siguiente;

> «Sargón, rey poderoso, rey de Agade: ese soy yo; mi madre fue humilde; a mi padre no lo conocí, y el hermano de mi padre mora en las montañas. Nací en Azuripanu, que se levanta en las márgenes del Eufrates. Mi oscura madre me concibió y me trajo al mundo en secreto: me depositó en un cestillo de mimbres, cuyas aberturas cerró con pez y betún.
>
> »Y me arrojó al agua, pero las aguas no me cubrieron. El río me condujo a las manos de Akki, el regador. Me mantuvo a flote, y hasta Akki, el regador, me llevó. Akki, el regador, con… me sacó del agua. Akki, el regador, como si fuera su propio hijo… me crió. Akki, el regador, me nombró su jardinero. Cuando era jardinero, la diosa Istar me tomó bajo su protección, y durante… cuatro años goberné el reino. He imperado sobre los pueblos de negra cabeza, sobre ellos he gobernado».

La precedente historia del abandono de Sargón niño en un cestillo de mimbres a orillas del río se parece extraordinariamente a la historia similar del abandono de Moisés entre las espadañas del Nilo, y dado que según todas las apariencias es mucho más antigua que la tradición hebrea, pudo haber sucedido que los autores del Exodo la conociesen y que hubiesen copiado su relato tomándolo del episodio correspondiente del original babilónico. Pero también es posible que tanto la historia babilónica como la hebrea sean brotes independientes del árbol común de la imaginación popular. Dado que carecemos de pruebas que demuestren sin dejar lugar a dudas cuál de las dos hipótesis es la verdadera, cualquier dogmatismo al repecto estaría completamente fuera de lugar.

En el *Mahabharata*, gran relato épico de la India, aparece una leyenda semejante a las anteriores, que viene a confirmar, por

tanto, y en cierta medida, la teoría del origen independiente de las narraciones hebrea y babilónica; pues resulta aventurado suponer que los autores de aquella epopeya tuviesen conocimiento alguno de las tradiciones semitas. El poeta nos cuenta que Kunti, o Pritha, hija del rey, fue la amante del dios Sol, del que tuvo un hijo, «gallardo como un habitante de los cielos», «vestido de armadura, adornado con brillantes pendientes de oro, dotado de los ojos fieros del león y de las recias espaldas del buey». Pero avergonzada de su fragilidad y temerosa de la cólera de sus reales padres, la princesa, «tras haberse puesto de acuerdo con la nodriza, depositó al niño en un cestillo impermeable hecho de mimbres, cómodo y abrigado, al que envolvió cuidadosamente en lienzos. Y con los ojos arrasados en lágrimas lo confió a las aguas del río Asva». Hecho lo que antecede regresó a palacio con el corazón apesadumbrado, ante el temor de que su fiero señor pudiese llegar a descubrir su secreto. Pero el cestillo con el niño flotó río abajo hasta llegar al Ganges, que lo depositó a la orilla, en las proximidades de la ciudad de Champa, perteneciente al territorio suta. He ahí que un hombre de la tribu suta y su mujer paseaban por las márgenes de la corriente y divisaron el cestillo, lo sacaron del agua y al abrirlo encontraron en él un niño recién nacido, «(hermoso) como el sol matutino, vestido de dorada armadura, adornado el bello rostro con brillantes pendientes en las orejas». Y sucedió que la pareja no había tenido descendencia, de modo que cuando el hombre contempló la hermosura del tierno infante se volvió a su esposa y le dijo: «Sin duda los dioses han tenido en cuenta que carezco de hijos y me han enviado éste para que lo adopte». Y lo hizo tal como había dicho; y lo educó, y el niño se transformó andando el tiempo en un hábil arquero, y su nombre fue Karna. Pero su madre verdadera, la de sangre real, supo continuamente de él gracias a las espías que había dispuesto.

También se cuenta una historia semejante acerca del abandono y crianza de Trakhan, rey de Gilgit, ciudad situada a una altura de unos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, en el mismo corazón del nevado Himalaya. La ciudad goza de clima agradable, se encuentra bien situada en el centro de su comarca, y la rodean tierras fértiles abundantes, por lo que Gilgit parece haber sido desde épocas remotas asiento de toda una serie de señores que gozaron de dominio más o menos indisputado sobre los valles y comarcas vecinos. Entre ellos fue especialmente famoso el llamado Trakhan, que reinó aproximadamente a comienzos del siglo XIII a. C. Se dice de él que fue el más poderoso y altivo de los reyes de Gilgit, y la tradición aún se ocupa hoy de sus andanzas y realizaciones. La historia de su nacimiento y abandono es la siguiente. Su padre, Tra-Trakhan, rey de Gilgit, había tomado por esposa a una mujer de cierta acomodada familia de Darel. El rey era muy aficionado al polo, por lo que solía ir todas las semanas a Darel para entregarse a la práctica de su juego favorito con los siete hermanos de su esposa. Un día les dominó tanto la pasión del juego que acordaron jugar con la condición de que el que resultase ganador haría matar a los que perdiesen. La competición fue larga y habilidosa, pero al final el rey ganó la partida, y de acuerdo con lo convenido hizo, como verdadero deportista, dar muerte a sus siete cuñados. Al regresar al hogar, sin duda en un estado de ánimo lleno de euforia, contó a la reina el desarrollo de la partida, junto con su colofón, necesario aunque penoso. No sólo no compartió la reina su alegría, sino que, por el contrario, el asesinato o más bien la ejecución de sus siete hermanos le pareció muy mal, de modo que resolvió tomar ejemplar venganza. Puso, pues, arsénico en la comida del rey y éste no tardó en ir a hacer compañía a los otros, mientras la reina ocupaba el trono. Pero las cosas habían sucedido de tal manera que cuando la reina había puesto en ejecución su proyecto se hallaba ya embarazada

con un hijo del rey, y pasado un mes aproximadamente después de la muerte de éste dio a luz un niño al que puso por nombre Trakhan. Pero tan profundo era el dolor que sentía por la muerte de sus hermanos, que no soportaba la vista del hijo del asesino, de modo que terminó poniendo al tierno infante en una caja de madera y arrojándola secretamente al río. La corriente arrastró la caja río abajo hasta el pueblo de Hodar, bastante alejado y perteneciente a la comarca de Chilas. Y sucedió que cuando la caja pasaba flotando por aquellos parajes, dos pobres hermanos se hallaban en la orilla recogiendo ramitas; se les ocurrió la idea de que aquel cofrecillo podría contener algún tesoro, de modo que uno de ellos penetró en el agua y trajo la arqueta a tierra. A fin de no despertar la codicia de los posibles espectadores si exponían ante ellos el esperado tesoro, los dos hermanos escondieron el cofre en una haz de ramas y lo llevaron a la casa en que vivían. Una vez en ella lo abrieron y cuál no sería su sorpresa al encontrar en él un hermoso niño aún con vida. La madre de los dos crió a la criatura con todo el cuidado de que fue capaz, y parecía como si el niño hubiese traído bendiciones a la casa, pues mientras antes de encontrarlo eran pobres, ahora se hacían cada día más ricos, de modo que atribuyeron el cambio acaecido en su suerte al hallazgo del cofre sobre las aguas del río. Cuando el muchacho hubo cumplido los doce años se despertó en él el deseo ardiente de ir a Gilgit, de la que había oído hablar a menudo. De modo que se puso en camino hacia allá en compañía de sus dos hermanos adoptivos, pero en el curso del viaje se detuvieron todos durante algunos días en un lugar llamado Baldas, en la cima de una colina. Su madre seguía siendo reina de Gilgit, pero había caído gravemente enferma y como no hubiese nadie para sucedería en el trono las gentes estaban buscando un rey que viniese de cualquier parte y accediese a reinar sobre ellos. Una mañana, cuando el estado de cosas era el descrito y todos los ánimos se

hallaban en suspenso sucedió que los gallos del poblado comenzaron a cantar, pero en lugar de lanzar, como de costumbre, un kikirikí dijeron «*Beldas tham bayi*», que correctamente traducido significa «Hay un rey en Baldas». De modo que los hombres salieron inmediatamente a la búsqueda de cualquier extraño que pudiese encontrarse por los alrededores. Los mensajeros tropezaron con los tres hermanos y los llevaron sin tardanza a presencia de la reina. Como Trakhan era gallardo y de aspecto majestuoso, la reina se dirigió a él y en el curso de la conversación se enteró de la historia de su vida hasta aquel momento. Con gran sorpresa y alegría la reina comprendió que aquel muchacho tan bien parecido no era otro que su propio y perdido hijo, al que en un momento de rabia y odio transitorios había arrojado al río. De modo que lo abrazó contra su pecho y lo proclamó heredero legítimo del reino de Gilgit.

Se ha dicho que historias tales como la del abandono de Moisés sobre las aguas del río son recuerdo de la antigua costumbre de poner a prueba la legitimidad de los hijos; para ello se les arrojaba al agua y se esperaba a ver si nadaban o se hundían; los niños que permanecían a flote eran considerados hijos legítimos, los que se iban al fondo, ilegítimos, y se les rechazaba por bastardos. Teniendo en cuenta esa hipótesis resulta significativo el hecho de que en varias de esas historias se representa el nacimiento del niño como algo sobrenatural, cosa que los cínicos tienden a considerar sinónimo delicado de ilegitimidad. Así en las leyendas griegas los niños Perseo y Telefo tuvieron por padre al dios Zeus y al héroe Hércules respectivamente. En las leyendas romanas, los gemelos Rómulo y Remo fueron engendrados en el seno de una virgen por el dios Marte. Y en la epopeya del continente índico la princesa atribuyó el nacimiento de su hijo al abrazo del dios Sol. Por otro lado, en la historia babilónica, el rey Sargón, menos afortunado o más honrado que sus pares griego, romano o de la India, confesó francamen-

te que su padre era desconocido. El relato bíblico del nacimiento de Moisés no ofrece indicación alguna de que su legitimidad fuese dudosa; pero si tenemos en cuenta que su padre Amram se había casado con su tía paterna, que Moisés fue el fruto de ese casamiento y que las leyes judías posteriores condenaban semejantes matrimonios por considerarlos incestuosos, podemos quizá, sin pecar de falta de caridad, suponer que en la versión original de la historia la madre de Moisés tenía motivos para abandonar a su hijo sobre el agua más particulares que la orden general del faraón de arrojar al río a todos los hijos varones nacidos de hebrea. Sea como quiera, parece ser que la ordalía del agua fue recurso empleado por los pueblos más diversos para poner a prueba la legitimidad de un niño y decidir si se le había de dejar vivir o sí había que suprimirlo. Así se dice que los celtas sometían la cuestión de la legitimidad de su descendencia al juicio del Rhin; arrojaban los niños al agua, y si se trataba de hijos bastardos, el río puro y austero los ahogaba, pero si eran legítimos, los hacía flotar sobre la superficie y los conducía gentilmente a la orilla para depositarlos en los brazos de las angustiadas madres. De modo semejante, en el centro de África se le dijo al explorador Speke que «en Ururi, provincia de Unyoro, sometida a la jurisdicción de Kimeziri, renombrado gobernador, se cubre a los niños recién nacidos con adornos de cuentas y se los arroja al Nyanza para comprobar su legitimidad; si los niños se van al fondo, se da por supuesto que su padre no fue el que debería haber sido; pero si se mantienen a flote, el padre los reconoce por suyos».

XV. SANSON Y DALILA

Entre los graves jueces de Israel, la jovial figura de Sansón ofrece un extraño contraste. Sin duda el escritor sagrado nos informa de que Sansón fue durante veinte años juez de Israel, pero no nos cuenta ni uno siquiera de los juicios que emitió en su papel judicial; y si hemos de juzgar la naturaleza de sus sentencias a partir de la de sus actos, estaremos autorizados a dudar de que haya sido ornato destacado de los tribunales. Su talento parece haberse inclinado más bien del lado de los alborotos y pendencias, del incendio de campos y olivares y del merodeo por los barrios de mujeres de mala vida; en resumen, parece haber brillado más en el papel de personaje libertino y calavera que en el de juez severo y concienzudo. En lugar de ofrecernos la aburrida lista de sus sentencias legales, el escritor nos presenta el relato divertido, aunque no edificante, de las aventuras de Sansón, aventuras amorosas y guerreras o más bien actos piratas; pues si aceptamos, como estamos forzados a aceptar, la versión bíblica del relato acerca de semejante jaranero bravucón, éste nunca declaró francamente la guerra a los filisteos ni encabezó ninguna insurrección nacional de su pueblo contra los que eran supuestamente sus opresores; se limitó a hacer esporádicas incursiones contra ellos, a solas, como paladín o caballero andante aislado, y los abatió con la mandíbula de un asno o cualquier otra arma por el estilo que cayese en sus manos. E incluso en semejantes expediciones de rapiña (porque Sansón no sentía escrúpulo alguno a la hora de despojar a sus víctimas de los vestidos que llevasen puestos y probablemente incluso de sus bolsas), la idea de liberar a su pueblo de la servidumbre fue, según las apariencias, la última cosa que le hubiese pasado por la imaginación. Si llevaba a cabo verdaderas matan-

zas de filisteos, cosa que hizo por cierto y con la mejor voluntad del mundo, no lo hacía por motivos altruistas de naturaleza patriótica o política, sino tan sólo para satisfacer cualquier rencor personal que sintiese contra ellos por los agravios que le hubiesen hecho a él mismo o a su mujer o su suegro. Desde el principio hasta el final, su historia es la de un aventurero, extremado egoísta y sin escrúpulos, gobernado por arranques de pasión caprichosa e indiferente a cualquier cosa que no fuese la gratificación de sus antojos momentáneos. De la vulgaridad y falta de originalidad de la más trivial bellaquería lo redimen únicamente aquellos elementos de fortaleza sobrenatural, valor temerario y cierto humor sombrío que en conjunto elevan dicha historia a una especie de epopeya burlesca al estilo de Ariosto. Pero esas características, si bien comunican cierta picardía al relato de sus hazañas, no llegan, sin embargo, a disminuir el sentimiento de incongruencia que nos asalta al contemplar la figura grotesca de semejante pendenciero fanfarrón y bravucón lado a lado con las solemnes efigies de santos y héroes del Panteón de la historia de Israel. La verdad parece ser que en la extravagancia de su colorido el cuadro que representa a Sansón debe más al pincel del narrador de leyendas que a la pluma del historiador austero. Los incidentes maravillosos y secundarios de su poco ejemplar carrera flotaban probablemente a la deriva como leyendas populares sueltas en la corriente de la tradición oral mucho antes de que cristalizasen en torno al recuerdo referente a una persona real, valiente montañés fronterizo, especie de Rob Roy a la hebrea, cuyo temperamento colérico, atrevido coraje y fuerza corporal prodigiosa lo distinguieron como campeón de Israel en más de una incursión impetuosa al otro lado de la frontera para devastar los feraces campos de Filistea. Porque no existen motivos suficientes para dudar de que haya una base firme de realidad por debajo de la transparente y frívola superestructura fantástica que cubre la

leyenda de Sansón. Los cuadros de su vida, desde su mismo nacimiento hasta su muerte, han sido situados en lugares y pueblos definidos con tal minuciosidad que semejante circunstancia habla poderosamente a favor de una tradición local genuina, y con la misma fuerza en contra de la teoría de un mito solar al que querrían reducir la historia del musculoso héroe algunos escritores.

La mano del narrador se revela con la máxima claridad en el relato de la catástrofe que le ocurre al héroe como consecuencia de las maquinaciones de una mujer falsa, que se las arregla para arrancarle el secreto de su extraordinaria fortaleza y entregarlo después en manos de sus enemigos. El relato se desarrolla de la manera siguiente:

«Más sucedió después de eso que se enamoró en el valle de Soreq de una mujer cuyo nombre era Dalila. Y los príncipes de los filisteos subieron adonde ella y dijéronle: 'Sedúcelo y observa dónde estriba su enorme fuerza y cómo le podríamos vencer y lo ataríamos para reducirlo. Nosotros te daremos cada uno mil cien sidos de plata'. Preguntó, pues, Dalila a Sansón: 'Declárame, por favor, dónde estriba tu enorme fuerza y con qué habrías de ser atado para reducirte'. Respondióle Sansón: 'Si me ataran con siete nervios frescos que aún no se hubieran secado, quedaría debilitado y vendría a ser como otro hombre cualquiera'. Entonces los príncipes de los filisteos subieron a ella siete nervios frescos aún, no enjutos, y lo ató con ellos. Tenía ella gentes en acecho apostadas en la alcoba; y díjole a Sansón: '¡Los filisteos sobre ti, Sansón!' El rompió los nervios como se rompe un hilo de estopa cuando siente el fuego. No se descubrió, pues, el secreto de su fuerza. Entonces dijo Dalila a Sansón: 'Mira, me has engañado y me has dicho mentiras. Declárame ahora, por favor, como se te puede atar'. Y él le contestó: 'Si me ligaran bien con siete cordeles nuevos, con los cuales no se haya hecho aún ninguna operación, quedaría debilitado y ven-

dría a ser como un hombre cualquiera'. Tomó, pues, Dalila cordeles nuevos y lo ató con ellos, y le dijo: '¡Sansón, los filisteos sobre ti!' En tanto, los acechadores estaban apostados en la alcoba. Y él rompió como un hilo las cuerdas de sobre sus brazos. Y dijo entonces Dalila a Sansón: 'Hasta aquí me has engañado y dicho mentiras. Declárame con qué se te podría atar'. Respondióle él: 'Si tejes las siete guedejas de mi cabeza con los lizos, *y los clavas con una clavija al muro, quedaría debilitado y vendría a ser como un hombre cualquiera' Adormecióle, pues, ella y tejió las siete guedejas de él con los lizos*[*] y los clavó con la clavija y díjole: '¡Sansón, los filisteos sobre ti!' Entonces él despertó de su sueño y arrancó la clavija del telar y la urdimbre. Y no se supo el secreto de su fuerza. Díjole ella: '¿Cómo afirmas: te amo, cuando tu corazón no está conmigo? Ya van tres veces que te has burlado de mí sin declararme en qué estriba tu enorme fuerza'. Sucedió pues que como le importunase ella con sus palabras todos los días y le atormentase, y él se angustiara hasta desear la muerte, le descubrió todo su corazón y le dijo: 'No ha pasado navaja por mi cabeza, pues soy nazareno consagrado a Dios desde el seno de mi madre. Si fuere rapado desaparecería de mí mi fuerza y quedaría debilitado y vendría a ser como un hombre cualquiera'. Dalila vio que él le había descubierto todo su corazón y envió a llamar a los príncipes de los filisteos y les dijo: 'Subid esta vez, pues me ha declarado todo su corazón'. Los príncipes de los filisteos subieron, en efecto, y trajeron consigo la plata prometida. Ella adormeció sobre sus rodillas a Sansón, llamó al hombre apostado al efecto e hizo cortara las siete guedejas de la cabeza de aquél. Con ello comenzó él a deprimirse y su fuerza se retiró de él. Entonces exclamó ella: '¡Sansón, los filisteos sobre ti!' Despertó él de su sueño y dijo para sí: '¡Saldré como otras veces y me desembarazaré de ellos!' Mas no sabía que Yahvé se había retirado de él. Así, pues, los filisteos lo apresaron, le sacaron los ojos, lo bajaron a Gaza, lo aherrojaron con

cadenas y viose reducido a dar vueltas a una muela en la cárcel».

De manera que se suponía que la fuerza extraordinaria de Sansón residía en sus cabellos, y que bastaría con rapar los largos e hirsutos rizos que le caían sobre los hombros y que habían permanecido sin tonsura desde su infancia para despojarlo de su vigor sobrehumano y reducirlo a la impotencia. En diversas partes del mundo ha existido una creencia semejante, referente a hombres y mujeres vivos, tocante en especial a la reivindicación de poderes que, como los de Sansón, se hallaban por encima de los corrientes en seres ordinarios. Así los naturales de Amboyna, isla de las Indias orientales, solían afirmar que su fuerza residía en sus cabellos y que los abandonaría caso de que permitiesen se les tonsurase. Un criminal sometido a tortura en un tribunal holandés de la isla perseveró en la negación de su culpabilidad hasta que se le cortó el cabello, tras lo cual confesó inmediatamente. Un hombre, que había sido acusado de asesinato soportó sin doblegarse las torturas más específicas ideadas por sus torturadores hasta que vio a uno de ellos de pie a su lado con un par de tijeras en las manos. El hombre preguntó qué objeto tenían aquellas tijeras, y al decírsele que le iban a cortar con ellas los cabellos, les rogó que no lo hiciesen y abrió su corazón ante ellos. En casos posteriores, cuando la tortura fracasaba al pretender arrancar alguna confesión a un prisionero, las autoridades holandesas adoptaron la costumbre de raparles los cabellos. Los naturales de Ceram, otra isla de las Indias orientales, creen todavía que si se les corta el pelo a los jóvenes se los debilita y deja sin energía.

Aquí en Europa se solía pensar que los poderes malignos de magos y brujas residían en sus cabellos y que nada era capaz de producir impresión alguna en aquellos malvados mientras conservasen su mata de pelo. De ahí que en Francia se acostumbrase a afeitar todo el cuerpo de las personas acusadas de brujería

antes de entregarlas a los torturadores. En Toulouse, Millaeus presenció el tormento dado a unos individuos, de los que no se consiguió arrancar confesión alguna hasta que se les despojó de sus ropas y se les afeitó por completo, de la cabeza a los pies; sólo entonces reconocieron ser culpables de los cargos presentados contra ellos. Hubo también una mujer que llevaba aparentemente una vida virtuosa y que fue sometida a tormento tras haber sido acusada de brujería; consiguió soportar los más crueles dolores sin que se doblegase su constancia, hasta que al fin, tras haber sido completamente depilada confesó su culpabilidad. El célebre inquisidor Sprenger se contentaba con rapar la cabeza de la supuesta bruja o hechicera; pero su colega Cumanus, hombre más minucioso, hizo afeitar el cuerpo entero de cuarenta y una mujeres antes de enviarlas a la hoguera. La autorización para tan riguroso proceder le venía nada menos que del mismísimo Satán, pues fue el Maligno en persona el que en un sermón predicado desde el púlpito de la iglesia de North Berwick reconfortó a sus numerosos servidores y les aseguró que ningún daño podría jamás llegar a acaecerles «mientras conservasen sus cabellos, y nunca debieran permitir que ninguno de ellos cayese». También en Bastar, provincia de la India, «si se considera culpable de brujería a un individuo, la multitud lo golpea, se le rapan los cabellos, pues se supone que en ellos reside su capacidad para cometer maldad, y se le arrancan los dientes delanteros a fin de —según se dice— impedirle pronunciar conjuros o fórmulas mágicas de encantamiento… Las mujeres sospechosas de brujería tienen que sufrir el mismo tratamiento que los hombres; si se las considera culpables se les aplica el mismo castigo, y tras haberles cortado la mata de pelo, sus cabellos son colgados de un árbol, en algún lugar público, para edificación de los paseantes».

También entre los bhil, raza ruda del centro de la India, cuando se había acusado de brujería a una mujer y tras haberle

sometido a formas diversas de persuasión, como por ejemplo la de colgarla cabeza abajo de un árbol y la de frotarle los ojos con pimienta, se le cortaba un rizo de los cabellos de la cabeza, rizo que era a continuación enterrado en el suelo, «a fin de que el último vínculo que existía entre ella y su primitiva capacidad para obrar el mal quedase destruido».

De manera semejante, entre los aztecas de México, cuando magos y brujas «habían llevado a cabo sus perversos actos y llegaba el momento de poner término a sus vidas reprobables, alguien los apresaba y rapaba los cabellos de la coronilla, con lo cual los despojaba de todos sus poderes de encantamiento y brujería, y entonces por medio de la muerte ponían fin a sus odiosas existencias».

No es, pues, ninguna maravilla que una creencia tan extendida llegase a penetrar en los cuentos de hadas, los cuales, pese a todas las licencias con que los adorna la imaginación, reflejan como si se tratase de espejos las creencias reales predominantes en una época u otra entre las gentes que conocían y repetían las narraciones. Los naturales de Nias, isla situada al oeste de las costas de Sumatra, cuentan que en una ocasión un jefe llamado Laubo Maros fue expulsado por un terremoto de Macassar, lugar de las islas Célebes, y tuvo que emigrar con sus seguidores a Nias. Entre los que siguieron su mismo destino y lo acompañaron a las nuevas tierras estaban su tío y la esposa de éste. Pero el ruin sobrino se enamoró de la mujer de su tío y se las arregló para poseerla, con ayuda de una estratagema. El burlado marido huyó a Malaca y rogó al sultán de Johore le prestase ayuda para tomar venganza de la ofensa que se le había hecho. El sultán accedió a los ruegos y le declaró la guerra a Laubo Maros. Mientras tanto, sin embargo, el poco escrupuloso jefe había fortificado su asentamiento con una barrera impenetrable de aguzados bambúes, que resistió todas las tentativas del sultán y sus gentes para tomar el recinto al asalto. Derrotado en campo

abierto, el astuto sultán recurrió a una estratagema. Regresó a Johore y allí cargó un barco con esterillas españolas. A continuación1 navegó de vuelta a Nias y tras echar el ancla frente al fuerte enemigo cargó sus cañones con las esterillas españolas, en lugar de cargarlos con balas y metralla, y abrió fuego sobre el reducto. Las esterillas volaron como granizo a través del aire y muy pronto cubrieron con su espesor el afilado borde de la empalizada del fuerte y el terreno de sus proximidades. La trampa había sido tendida y el sultán se puso a la espera para ver qué sucedía a continuación. No tuvo que esperar durante mucho tiempo. Una anciana que merodeaba por la playa recogió una de las esterillas y vio las demás tentadoramente dispersas a su alrededor. Llena de alegría ante el descubrimiento transmitió las buenas noticias a sus convecinos, los cuales se apresuraron a correr al lugar que la anciana les indicaba, de modo que en un abrir y cerrar de ojos no sólo quedó la cortante empalizada despojada de las esterillas que la cubrían sino también destrozada y derribada en tierra. De modo que el sultán de Johore y sus huestes no tuvieron otra cosa que hacer más que ponerse en marcha y tomar posesión del fuerte. Sus defensores huyeron, pero la persona de su malvado jefe cayó en manos de los enemigos victoriosos. Se le condenó a muerte, pero se tropezó con grandes dificultades a la hora de llevar a cabo la sentencia. Lo arrojaron primero al agua, pero el océano lo devolvió a la playa sano y salvo. Lo arrojaron a una hoguera ardiente, pero las llamas se apartaron de él y no le quemaron. Dirigieron sus espadas contra todas las partes de su cuerpo, pero el acero se negó a traspasarlo. Entonces se dieron cuenta de que se las habían con un mago o hechicero, de modo que consultaron a su mujer para saber qué tenían que hacer para darle muerte. Igual que Dalila, la mujer reveló el secreto fetal. Sobre la cabeza del jefe crecía un cabello tan duro como el alambre de cobre, y era ese alambre el que protegía su vida. De modo que

se le arrancó aquel cabello y el jefe entregó su espíritu. En este último relato, así como en algunos de los siguientes, no es solamente la fuerza, sino _ también la vida del héroe la que supuestamente reside en sus cabellos, por lo que la pérdida del pelo supone su muerte.

Relatos semejantes al de Sansón y Dalila eran muy abundantes en el saber popular legendario de la antigua Grecia. Se dice que Nisus, rey de Megara, tenía en mitad de la cabeza un cabello dorado o púrpura, y que estaba predestinado a morir tan pronto le fuese arrancado. Cuando Megara fue sitiada por los cretenses, la hija del rey, Scila, se enamoró de Minos, rey de los sitiadores, y arrancó el cabello fatal de la cabeza de su padre, de modo que el rey de Megara murió. Según otra versión de lo sucedido, lo que residía en su cabello dorado no era la vida de Nisus, sino su fuerza; al arrancarle el cabello se quedó sin fuerzas y no fue capaz de enfrentarse a Minos, que lo mató con su espada. En esa forma la historia de Nisus se parece extraordinariamente a la de Sansón. También se cuenta que Poseidón hizo inmortal a Pterelao al hacer que sobre su cabeza creciese un cabello dorado. Pero cuando Tafos, el reino de Pterelao, fue sitiado por Anfitrio, la hija de Pterelao se enamoró de Anfitrio y dio muerte al padre, pues le arrancó el cabello dorado del que dependía su vida. En un cuento popular griego actual la fuerza de un hombre reside en tres cabellos dorados que nacen en su cabeza. Cuando su madre se los arranca, el individuo en cuestión se siente débil y tímido y sus enemigos le dan muerte. Otra historia también griega, en la que podemos quizá descubrir reminiscencias de la historia de Nisus y Scila, cuenta que un cierto rey, que era el hombre más fuerte de su tiempo, tenía en el pecho tres grandes cabellos. Pero cuando se fue a la guerra contra otro rey y su propia mujer le cortó a traición los tres cabellos, se convirtió en el más débil de los hombres.

La historia en que Sansón fue engañado por la falsedad de su querida Dalila, que le obligó a traicionar el secreto de la fuerza que poseía, se encuentra, también, en relatos muy semejantes, pertenecientes al folklore de los celtas y de los eslavos, con la diferencia, sin embargo, de que en los relatos celtas y eslavos se dice que la fuerza o la vida del héroe reside no en sus cabellos, sino en algún objeto externo, tal como un huevo o un pájaro. Así, en un relato ruso se cuenta que un cierto brujo llamado Kashtshei o Koshchei el Inmortal arrebató a una princesa de su hogar y la mantuvo prisionera en un castillo dorado. Sin embargo, un príncipe se abrió paso hasta ella un día en que la princesa se hallaba paseando triste y desconsolada por el jardín del castillo. Animada ante la posibilidad que se le ofrecía de huir en compañía de su salvador, la princesa buscó al mago o brujo y lo engatusó con palabras halagadoras y falsas, diciéndole: «Dime, queridísimo amigo, te lo ruego, ¿no morirás nunca?». «No por cierto, no moriré», le respondió él. «Bien, —le replicó ella—, ¿y dónde reside tu muerte? ¿Reside acaso en tu morada?». «Puedes estar seguro de ello —díjole él—; se halla en la escoba, debajo del umbral». Con lo cual la princesa cogió la escoba y la arrojo al fuego, pero a pesar de que la escoba quedó reducida a cenizas, el inmortal Koshchei siguió con vida; ni siquiera se le chamuscó uno de los cabellos. Frustrada su primera tentativa, la astuta desvergonzada se enfurruñó y dijo al mago: «Tú no me amas de verdad, pues no me has dicho de qué dependía tu muerte; a pesar de todo, no estoy enfadada contigo, sino que te amo de todo corazón». Con esas palabras lisonjeras trataba de conseguir que el mago le revelara la verdad acerca de su condición inmortal. Dé modo que él se echo a reír y le dijo: «¿Por qué quieres saberlo? Bueno, está bien, para que veas que te amo te revelaré el secreto. Hay un campo en el que se levantan tres grandes robles verdes y entre las raíces del mayor de ellos vive un gusano. Si algún día llega alguien a descubrir y

aplastar ese gusano, entonces moriré». Cuando la princesa hubo oído esas palabras se fue derechamente a su amante y le dio cuenta de ellas; y él investigó hasta que logró encontrar los tres robles, y desenterró el gusano y lo aplastó. Entonces regresó corriendo al castillo del mago, sólo para enterarse de que éste seguía aún con vida. De modo que la princesa comenzó a lisonjear de nuevo a Koshchei y a sonsacarlo, y esta vez, vencido por su astucia él le abrió su corazón y le descubrió la verdad. «El secreto de mi vida —le dijo— se halla lejos de aquí y es difícil de encontrar, pues está en medio del ancho océano. Rodeada por las aguas se encuentra una isla, y en la isla se levanta un roble verde, y bajo las raíces del roble hay un cofre de hierro y en el cofre un cesto pequeño, y en el cesto una liebre, y en la liebre un pato, y en el pato un huevo; y aquel que consiga encontrar el huevo y romperlo, me matará al mismo tiempo». Como es natural, el príncipe salió en busca del huevo fatal y cuando lo tuvo en sus manos se presentó ante el mago inmortal. El monstruo trato de matarlo, pero el príncipe comenzó a apretar el huevo. Ante eso el mago comenzó a dar grandes gritos de dolor y tras volverse a la malvada princesa que sonreía y reventaba de vanidosa satisfacción a su lado le dijo: «¿No fue acaso por amor a ti por lo que te descubrí el secreto de mi vida? ¿Y es así como me lo has pagado?». Se dirigió entonces a donde estaba su espada, que colgaba de una clavija en la pared y alargó la mano hacia ella; pero antes de que hubiese podido alcanzaría, el príncipe aplastó el huevo, y en aquel mismo instante el inmortal mago había muerto.

En otra de las versiones de la misma historia, cuando el astuto mago engaña a la traidora mujer y le dice que su vida depende de la escoba, ella la coge y le da una capa de color dorado, de modo que cuando el mago acude a comer y la ve sobre el umbral, brillante y dorada, le pregunta ásperamente a la princesa: «¿Qué quiere decir eso?». «¡Oh! —responde ella—, he querido

que veas el amor que siento por ti». «¡Oh, ingenua mujer! —respondió él—, yo estaba bromeando. Mi vida depende de la empalizada de roble que hay allá fuera». De modo que al día siguiente, cuando el mago estaba ausente, el príncipe llegó y dio una mano de color dorado a toda la empalizada; y al anochecer, cuando el mago estaba cenando, miró por la ventana y vio que la empalizada brillaba como si fuese de oro. «Dime, por favor, ¿qué puede ser eso?», le dijo a la princesa. «Ya ves cómo te respeto —le respondió ella—; si eres caro a mi corazón, igualmente cara a él es tu vida. Por eso he hecho dorar la empalizada, en la que reside el secreto de tu vida». Estas palabras agradaron al ogro, que sin poder reprimir por más tiempo su corazón rebosante de gratitud puso al descubierto su pecho ante la mujer y le reveló el secreto fatal del huevo. Cuando el príncipe, ayudado por algunos animales amigos, consiguió apoderarse del huevo, lo guardó en el pecho y retornó al castillo del ogro. El ogro en persona se hallaba sentado y asomado a la ventana, en un estado de ánimo muy melancólico; y cuando el príncipe se presentó ante él y le mostró el huevo, los ojos del ogro se oscurecieron y él se volvió de pronto muy manso y amable. Pero cuando el príncipe comenzó a jugar con el huevo y a pasárselo como bromeando de una mano a otra, el inmortal Koshchei comenzó a ir de un lado del aposento al otro, y cuando el príncipe aplastó el huevo, Koshchei el Inmortal cayó al suelo y murió.

En un relato servio se cuenta que un cierto ogro llamado Puro Acero se apoderó por la fuerza de la mujer de un príncipe y la mantuvo secuestrada en una cueva. Pero el príncipe se las arregló para ponerse en comunicación con ella y le dijo que tenía que persuadir a Puro Acero para que le revelara el secreto de su gran fuerza. De modo que cuando Puro Acero regresó al hogar la mujer del príncipe le dijo: «Dime ahora en qué reside la gran fuerza que posees». Y él le respondió: «Mujer, mi fortaleza reside en mi espada». Entonces ella comenzó a rezar y se

volvió de cara a la espada. Al verlo Puro Acero se echó a reír y dijo: «¡Oh, mujer ingenua! Mi fortaleza no se halla en la espada, sino en mi arco y mis flechas». Y ella se volvió hacia donde estaban esas armas y comenzó a orar. Pero Puro Acero dijo: «Veo, mujer, que ha sido un buen profesor el que te ha enseñado a averiguar dónde reside mi fuerza. Casi podría afirmar sin temor a equivocarme que tu marido vive aún y que ha sido él quien te ha enseñado». Pero ella le aseguró con las más extremadas muestras de sinceridad que nadie le había enseñado. Cuando la mujer vio que Puro Acero le había vuelto a engañar, dejó pasar algunos días y volvió a preguntarle dónde o en qué residía su fuerza prodigiosa. Y él respondió: «Puesto que tanto te preocupa saber el secreto de mi fuerza, te lo revelaré esta vez de verdad. Muy lejos de aquí se levanta una montaña enorme; en la montaña vive un zorro; el zorro tiene un corazón en su interior; en el corazón vive un pájaro y en ese pájaro se halla el secreto de mi fortaleza. Sin embargo, no es tarea fácil sorprender al zorro, porque tiene la extraña capacidad de transformarse en las criaturas más variadas». Al día siguiente, cuando Puro Acero salió de la cueva para atender a sus asuntos, el príncipe se presentó ante su esposa y ella le dio cuenta del secreto de la fuerza del ogro. De modo que él se puso en camino hacia la montaña, y en ella, aunque el zorro, o más bien la raposa, adoptó las más variadas formas, se las arregló, con la ayuda de algunas águilas amigas y la de algunos halcones y dragones para atraparla y darle muerte. Luego arrancó el corazón del animal, y del corazón extrajo al pájaro, al que quemó en una gran hoguera. Y en aquel mismo instante Puro Acero cayó muerto.

En otro relato también servio se nos dice que había una vez un dragón que residía en un molino de agua y que se comió a los dos hijos de un rey, uno después del otro. El tercero de los hijos del rey salió en busca de sus desaparecidos hermanos, y al llegar al molino encontró en él solamente a una anciana: nin-

gún rastro quedaba de sus dos hermanos. La anciana le descubrió la maldad temible del personaje que residía en el molino y lo que aquel ser había hecho con los dos hermanos mayores del príncipe; luego rogó a éste que huyese cuanto antes, para no exponerse a correr la misma suerte desgraciada de sus dos desventurados hermanos. Pero él era al mismo tiempo valiente y astuto, de modo que se dirigió a ella y le dijo: «Escúchame bien y oye con atención lo que te voy a decir. Pregunta al dragón adonde va y en dónde está el secreto de su fuerza; entonces besa todo aquel lugar en que él te diga reside ese secreto, como si lo amaras tiernamente, hasta que averigües la verdad; y luego ven adonde yo esté y revélamelo». De modo que cuando el dragón llegó de vuelta al hogar la anciana comenzó a interrogarlo. «¿Dónde, en el nombre de Dios, has estado todo el día? ¿Adonde vas que tan lejos se halla? ¿No me dirás nunca dónde has estado?». A lo que el fiero dragón replicó: «Bien, mi querida vieja, es verdad que hago un largo viaje». Y la anciana trató de sonsacarlo y le dijo: «¿Y por qué te vas tan lejos? Dime dónde reside tu fuerza. Si supiese dónde reside tu fuerza, no sé lo que haría, movida de mi amor por ti; cubriría de besos el lugar que fuese». Con lo cual el dragón sonrió y dijo a la mujer: «Ahí se encuentra el secreto de mi fuerza, en la piedra de ese hogar». Con lo que la mujer comenzó a besar y a acariciar apasionadamente aquella piedra; y el dragón al verlo soltó un gran carcajada. «Mujer tonta y simple —le dijo—, mi fuerza no se encuentra en ese lugar. Se halla, en cambio, en el hongo arborescente que hay enfrente de la casa». Y la mujer comenzó a acariciar y a cubrir de besos el oscuro tronco de aquel árbol. Mas el dragón volvió a reír y dijo: «¡Aléjate de ahí, vieja, pues mi fuerza se halla en otra parte!». «¿Dónde está pues?» inquirió la anciana. «Mi fuerza —contestó él— se halla a gran distancia de este lugar, y tú no podrás llegar hasta allá. Muy lejos, en otro reino y bajo la ciudad donde vive el rey, se encuentra un gran lago; en ese lago vi-

ve un dragón; en el interior del dragón vive un jabalí; en el interior del jabalí vive un pichón, y en el pichón reside mi fortaleza». El secreto había sido descubierto. De modo que a la mañana siguiente, cuando el dragón había salido para entregarse a sus ocupaciones ordinarias, que no eran otras que las de devorar bonitamente a la gente, el príncipe acudió a entrevistarse con la anciana y recibió de ella la confidencia del secreto de la fuerza del dragón. No hace falta decir que el príncipe se las ingenió para llegar al lago del país distante y que una vez en él dio muerte al dragón que lo habitaba, tras una terrible escaramuza, y que le arrancó el pichón que moraba en su interior, pichón en el que residía la fuerza del primer dragón ocupante del molino. Tras haber interrogado al pichón y haberle descubierto éste lo que era necesario hacer para devolverles la vida a los dos hermanos devorados por el poco escrupuloso dueño del molino, el príncipe retorció el cuello al ave y sin duda alguna el miserable dragón murió en aquel mismo instante, aunque el autor de la narración no haya querido decirnos nada al respecto.

Incidentes similares ocurren en los relatos celtas. En la isla de Islay solía haber un violinista ciego que se ganaba la vida contando historias. En una de ellas había una vez un gigante que raptó a la mujer del rey y se llevó también los dos mejores caballos del monarca y los encerró a todos en su guarida. Mas los caballos atacaron furiosamente al gigante y lo malhirieron de tal forma que apenas podía arrastrarse. Entonces el gigante dijo a la reina: «Si hubiese sido yo mismo en persona el que guarda mi alma, esos caballos me habrían dado muerte hace tiempo». A lo que ella replicó: «¿Y dónde está, pues, tu alma, querido mío? Por los libros juro que me haré cargo de ella y la cuidaré como si fuera la mía propia». «Se encuentra en la piedra de Bonnach», le respondió él. De modo que a la mañana siguiente, cuando el gigante hubo salido para resolver sus asun-

tos, la reina adecentó y adornó sobremanera la piedra de Bonnach. Al caer la noche regresó el gigante a su hogar, y dirigiéndose a la reina le dijo: «¿Qué ha sido lo que te ha llevado a adornar y adecentar de tal manera la piedra de Bonnach?». Y ella respondió: «Lo hice porque tu alma reside en ella». «Ya veo — contestó él— que si hubieses sabido dónde de verdad se encuentra mi alma, habrías dado muestras del respeto que sientes por ella». «En verdad que es cierto eso que dices», replicó ella. «No es ahí donde se halla mi alma —agregó el gigante—; mi alma se halla de verdad en el umbral». A la mañana siguiente ella limpió y embelleció el umbral con todos los medios a su alcance, y cuando el gigante regresó a la casa lo vio y le dijo: «¿Qué te ha inducido a limpiar y embellecer el umbral de esa manera?». «Lo hice porque en él se encuentra tu alma», replicó ella. Y él le dijo: «Ya veo que si hubieses sabido dónde de verdad se encuentra mi alma la habrías hecho objeto de los cuidados más extremados». «Por cierto habría sucedido tal como lo dices», le aseguró ella. «Pero no es ahí donde se encuentra mi alma —respondió él—; hay bajo el umbral una gran losa; debajo de la losa se encuentra un carnero castrado; en el vientre del carnero hay un pato y en el vientre del pato un huevo: mi alma se encuentra en ese huevo». Por la mañana, cuando el gigante se hubo ido, levantaron la gran losa del umbral y surgió el carnero. Abrieron en canal al carnero y el pato asomó la cabeza. Cortaron en dos al pato y extrajeron el huevo a la luz del día. Y la reina tomó el huevo y lo aplastó entre las manos, y en aquel mismo instante el gigante, que regresaba a casa cuando ya se iba acercando la noche, se desplomó muerto al suelo.

Otro ejemplo más. En el condado de Argyle se cuenta una historia según la cual había una vez un gigante enorme, rey de Sorcha, que se apoderó por la fuerza de la mujer del pastor de Cruachan y la escondió en la caverna que le servía de morada. Pero con la ayuda de algunos animales complacientes el pastor

consiguió averiguar dónde se encontraba la caverna en que moraba su enemigo y en la que se hallaba encerrada su mujer raptada. Por fortuna, el gigante no se hallaba en casa en aquel momento; de modo que después de haber dado de comer a su fatigado esposo, la mujer lo escondió entre unos vestidos, en el extremo superior de la cueva. Cuando el gigante regresó de su paseo matutino olió el ambiente y dijo a la mujer: «En esta caverna se siente el olor de un extraño». Pero ella le aseguró que sin duda se equivocaba, pues no había entrado nadie más que un pajarillo al que había asado en el fuego. «Y me gustaría que me dijeras dónde guardas tu vida para que yo pueda tomarla a mi cuidado». «Mi vida se halla en aquella piedra gris que ves allí», le replicó él. De modo que a la mañana siguiente, cuando el gigante se hubo ausentado, la mujer tomó la piedra indicada y la adornó con esmero y la colocó en el lugar preferente de la caverna. Por la noche, al regresar a su hogar, el gigante vio la piedra y pregunto a la mujer: «¿Qué es eso tan adornado que veo ahí?». «Es tu misma vida —le respondió ella—, y por eso hemos de tratarla con el mayor cuidado». «Ya veo que te preocupas mucho por mí, pero mi vida no se encuentra ahí», dijo él. «¿Dónde se encuentra, entonces?», volvió a preguntar ella. «Se halla en una oveja gris, en la ladera de aquel cerro de más allá», le contestó él esta vez. Y cuando por la mañana se hubo ido, la mujer hizo que le trajeran la oveja gris, la adornó con el mayor esmero y la puso en el lugar preferente de la cueva. Y cuando el gigante regresó al hogar al caer la noche vio la adornada oveja y preguntó a la mujer: «¿Qué es aquello tan adornado que veo allí?». «Se trata de tu propia vida, amor mío», le respondió ella. A lo que él contestó diciendo: «Tampoco se halla ahí mi vida». Con lo que ella se enfadó y dijo: «¡Vaya! Por tu causa me estoy afanando para protegerla y cuidarla y tú no me has dicho la verdad ninguna de estas dos veces». Y entonces él le dijo: «Me parece que ya ha llegado el momento de que te la diga y no te la

siga ocultando. Mi vida se halla debajo de los pies del gran caballo que hay en el establo. Allí abajo hay un lugar en el que existe un lago pequeño. Sobre el lago hay siete cueros de color gris, y sobre los cueros hay siete trozos de césped de terreno baldío, y debajo de todo ello hay siete tablas de roble. Hay una trucha en el lago, y un pato en el vientre de la trucha, un huevo en el vientre del pato, y una espina de endrino en el interior del huevo, y mientras que esa espina no sea masticada y quede reducida a pulpa nadie podrá darme muerte. Si alguien toca los siete cueros grises, los siete trozos de césped del terreno baldío y las siete tablas de roble, yo lo sentiré, dondequiera que me hallare. Y tengo una hacha colgada encima de la puerta; a menos que alguien la coja y corte con ella y de un solo golpe todo lo que antes te he enumerado, el lago no podrá ser alcanzado; y si alguien llega a alcanzarlo yo lo percibiré». Al día siguiente, el gigante abandonó la caverna y se fue a cazar en los cerros colindantes, de modo que el pastor de Cruachan salió de su escondite y se las arregló, con la ayuda de los mismos animales amigos que ya le habían auxiliado antes, para apoderarse de la espina fatal y masticarla antes de que el gigante pudiera presentarse en el lugar; no bien había logrado reducirla a pulpa, el gigante cayó muerto sobre el duro suelo.

Los naturales de Gilgit, ciudad de las montañas del noroeste de la India, cuentan una historia muy semejante a las anteriores. Según ella había una vez un ogro que gobernaba la ciudad de Gilgit y era su rey; y el ogro se llamaba Shri Badat y había impuesto sobre sus súbditos una contribución de niños tiernos, que convenientemente aderezados le eran servidos regularmente a la hora de la cena. De ahí que se le conociese con el sobrenombre de Devorador de Hombres. Tenía este sujeto una hija llamada Sakina, o Miyo Khai, que solía pasar los meses de la canícula en un lugar delicioso de las montañas, a gran altura, mientras Gilgit se asfixiaba en medio del calor bochornoso del

valle, mucho más abajo. Y sucedió que un día se hallaba un gallardo príncipe llamado Shamsher cazando por casualidad en las montañas, muy cerca de los parajes que servían a la princesa de lugar de veraneo; y como se sintiese fatigado de la caza, se echó, en compañía de los jóvenes de su séquito, sobre la verde hierba para descabezar un sueñecito al pie de una rumorosa fuente y bajo la agradable sombra de los copudos árboles; pues era ya mediodía y el sol quemaba a rabiar. Fuese por acaso o porque el destino así lo había querido, una doncella de la princesa bajó justamente entonces a coger agua de la fuente y vio a los forasteros que dormían junto a ella, por lo que se apresuró a regresar al lado de su señora y a poner en su conocimiento lo que había visto. La princesa se sintió muy enfadada ante semejante intrusión de su retiro, por lo que ordenó que trajesen inmediatamente a los indeseados huéspedes a su presencia. Pero tan pronto hubo puesto los ojos sobre el gentil príncipe, su enfado desapareció como por ensalmo. Se puso a conversar con él, y aunque la mañana se transformó en tarde y la tarde en noche, y el príncipe rogó se le permitiese partir y bajar de la montaña, la princesa lo retuvo, pendiente de sus labios, mientra él le contaba sus aventuras y valerosas hazañas. Al fin ella no pudo ocultar sus sentimientos por más tiempo; le declaró su amor y le ofreció su mano. Mano que él aceptó de buen grado, no sin alguna vacilación, sin embargo, pues temía que el cruel padre de la princesa, el rey, no consentiría nunca en que ella se casase con un perfecto desconocido, tal como lo era él. De modo que resolvieron mantener en secreto el casamiento, y desde aquella misma noche fueron marido y mujer.

Pero apenas había conseguido el príncipe la mano de la princesa cuando ya le empezaron a rondar por la imaginación ideas más ambiciosas y se propuso no descansar hasta haberse hecho también con el reino. A tal fin comenzó a instigar a su mujer para que diese muerte a su padre y provocase una rebelión

contra él. Locamente enamorada de su marido, la princesa consintió en maquinar contra la vida de su real padre. Pero había un obstáculo que impedía la realización de sus designios; pues Shri Badat, el rey, era descendiente de los gigantes, y por serlo no temía se le atacase con espadas o con flechas, pues tales armas eran incapaces de hacer mella o arañazos en su cuerpo, y nadie sabía de qué estaba hecha en realidad su alma. Por consiguiente lo primero que tenía que hacer el ambicioso príncipe era averiguar la naturaleza exacta del alma de su suegro; ¿y quién más capacitada para arrancarle al rey su secreto que su propia hija? De modo que un día, ya fuese con la intención de satisfacer un simple capricho momentáneo o con la de poner a prueba la fidelidad de su mujer, el príncipe le dijo que tan pronto como las hojas de un determinado árbol comenzasen a marchitarse y a ponerse amarillas, ella no volvería ya a ver a su padre con vida. Y sucedió que aquel otoño, pues el verano tocaba ya a su fin, las hojas del árbol comenzaron a marchitarse y a amarillear antes de lo acostumbrado; y ante el espectáculo de las amarillas hojas que caían del árbol, la princesa pensó que había llegado la última hora de la vida de su padre, de modo que movida quizá del remordimiento por las ideas de asesinato que había estado acariciando últimamente en su corazón, bajó de la montaña lamentándose y regresó a Gilgit. Mas para su sorpresa, en el castillo encontró a su real señor en pleno disfrute de su robusta salud acostumbrada y de su apetito canibalesco. Sintiéndose un poco desconcertada se excusó por su repentino e inesperado regreso de su residencia veraniega en la montaña y adujo en su descargo que un hombre piadoso le había predicho que con la caída de las hojas de un árbol determinado también su padre querido se marchitaría y moriría. «Hoy mismo — prosiguió diciendo la princesa— las hojas han comenzado a amarillear, de modo que sentí temor por tu vida, y, en consecuencia, acudí para arrojarme a tus pies. Pero doy gracias a la

divinidad de que la previsión no haya resultado cierta y de que el piadoso anciano haya resultado un falso profeta». El corazón paternal del ogro se sintió conmovido por aquella prueba de afecto filial, de modo que el rey habló así a su hija: «Oh, hija mía afectuosa, nadie hay en el mundo que pueda matarme, pues nadie hay que conozca de qué está hecha mi alma. ¿Cómo puede hacerse daño a nadie si no se conoce antes su naturaleza? No hay poder humano capaz de infligir daño alguno a mi cuerpo». A lo que la princesa replicó diciendo que su felicidad dependía de la vida y seguridad de su padre, y que puesto que ella era lo más querido que existía en el mundo para él, tampoco él debiera temer revelarle el secreto que atañía a su alma. Con que ella conociese ese secreto, ya sería suficiente para que pudiese anticiparse a cualquier predicción desventurada, para que pudiese protegerlo contra cualquier peligro que lo amenazase y para poderle demostrar el amor que sentía por él con la entrega de sí misma a la consecución de la seguridad de su amado padre. Sin embargo, el cauto ogro no confió en las palabras que acaba de oír y, al igual que Sansón y los gigantes de los relatos de hadas, trató de contentarla con respuestas falsas o evasivas. Mas al fin, vencido por su insistencia o ablandado por sus halagos, le reveló el secreto fatal. Le dijo, pues, a la princesa que su alma de ogro estaba hecha de mantequilla, y que tan pronto como viese un gran fuego encendido en el castillo o en sus proximidades podría estar segura de que habría sonado el último día de la vida de su padre; pues, ¿cómo podría resistir la mantequilla de que estaba hecha su alma el calor ardiente del incendio? Y no adivinaba el infeliz que con aquella confesión se estaba traicionando y se ponía inerme en manos de una débil mujer e hija ingrata que había estado maquinando contra la vida de su padre.

Transcurridos unos pocos días, que la princesa pasó en compañía de su excesivamente confiado padre, la traidora regreso a

su residencia de las montañas, en donde encontró a su amado esposo Shamsher que la esperaba con ansiedad. Mucha alegría le produjo a él la revelación del secreto concerniente al alma del rey, pues estaba decidido a no ahorrarse penas ni fatigas en la empresa de privar de la vida a su suegro, y ahora veía despejado el camino que lo conduciría a la realización de sus proyectos. Para llevar adelante el plan contaba con la colaboración de los propios súbditos del rey, que deseaban ardientemente desembarazarse del ogro odioso y salvar así las vidas de los niños que aún quedaban vivos y arrebatarlas a las mandíbulas insaciables del monstruo. No se engañó el príncipe en sus cálculos, pues habiendo sabido el pueblo que un libertador se hallaba al alcance de la mano, le concedieron de buena voluntad la adhesión buscada y se pusieron de acuerdo con él para idear una treta que les permitiese desafiar al ogro en su guarida. El plan adoptado finalmente tenía el gran mérito de su extremada sencillez. En las cercanías del castillo real y a su alrededor se iba a encender una gran hoguera, de modo que al calor de sus llamas no le quedase al alma de mantequilla del rey otro remedio que fundirse y evaporarse. Pocos días antes de que el complot fuese puesto en ejecución, el príncipe envió abajo a su mujer, de vuelta a Gilgit, a la residencia de su padre el rey, con instrucciones precisas para que guardara el secreto de la maquinación y para que calmara cualquier inquietud que el ya medio senil ogro pudiera llegar a sentir, y le diera una sensación de falsa seguridad. Y ya estaba todo preparado para llevar adelante el plan. En mitad de la noche la gente comenzó a salir de sus casas con antorchas encendidas y haces de leña en las manos. A medida que se iban aproximando a los muros del castillo el alma de mantequilla del rey iba sintiéndose más y más intranquila; el rey se sintió dominado por la inquietud y a pesar de lo avanzado de la hora no pudo menos que enviar a su hija para que averiguase qué era lo que estaba sucediendo, que le causaba

tan extraño desasosiego. La hija, ingrata e infiel, salió, pues, en medio de la noche y tras demorarse un poco por los alrededores para dar tiempo a que los portadores de las antorchas se aproximasen aún más al castillo, regreso al lado de su padre y trató de devolverle la tranquilidad asegurándole que sus temores no tenían fundamento, pues no estaba sucediendo nada extraordinario. Pero ya el presentimiento de algún mal próximo y amenazador se había hecho demasiado fuerte en el ánimo del rey y no bastaron los razonamientos de su hija para ahuyentarlo, de modo que salió de su cámara en persona y se dirigió a averiguar por sí mismo qué estaba sucediendo, con lo que halló la oscuridad de la noche traspasada por la luz de millares de antorchas que se aproximaban al castillo. No había tiempo para la vacilación ni para perderlo. El ánimo del rey pronto se sintió resuelto. Saltó en el aire y desplegando sus alas de ogro se dirigió volando hacia Chotur Khan, región de nieve y hielo situada en medio de las empinadas montañas que circundan Gilgit. Y allí se escondió bajo un gran glaciar; y allí también ha permanecido hasta nuestros días, puesto que su alma de mantequilla no puede derretirse en medio del hielo. Sin embargo los habitantes de Gilgit creen que el ogro regresará algún día para volver a reinar sobre ellos y seguir devorando con hambre redoblada a los niños de corta edad. De ahí que todos los años, una noche del mes de noviembre, aniversario del día en que el ogro fue expulsado de Gilgit, la gente encienda grandes hogueras y las mantenga ardiendo mientras dura la oscuridad, con el fin de rechazar al espíritu del ogro si acaso se decidiera a regresar. Durante esa noche nadie se atreve a irse a su casa a dormir; de modo que para ayudar a que pase el tiempo, todos cantan y danzan alrededor del fuego hasta que llega el alba.

La semejanza general de este relato del continente indio con la leyenda de Sansón y Dalila y con los cuentos celtas y eslavos es bastante evidente. Su parecido con ellos sería probablemente

aún más estrecho si el narrador hubiese recordado las respuestas falsas o evasivas que el ogro dio a su hija para ocultar el secreto referente al alma; pues por analogía con las historias paralelas hebrea, eslava y celta podemos suponer que el taimado monstruo trató de engañarla y le aseguró que su alma se hallaba guardada en el interior de objetos con los que en realidad no tenía relación alguna. Quizá llegó a afirmar que su alma se encontraba en las hojas de un árbol determinado y que cuando esas hojas amarillearan también su vida se hallaba próxima a su fin; aunque en la versión actual de la historia esa falsa afirmación es puesta en boca de una tercera persona y no en la del mismo ogro.

Todos esos relatos celtas, eslavos y del continente índico se parecen al de Sansón y Dalila en su trama o esquema general, pero se diferencian de él por lo menos en un aspecto importante. Pues en la historia de Sansón la simpatía del oyente recae por completo sobre el traicionado personaje, que aparece adornado con características amables de patriota y defensor de su pueblo; sus hechos maravillosos despiertan nuestra admiración; sus sufrimientos y muerte provocan en nosotros la compasión; nos causa aborrecimiento la traición de la astuta mujerzuela que con sus mentirosas protestas de afecto trajo sobre la cabeza de su amante tan inmerecidas calamidades. Por otro lado, en las historias de la India y en las celtas y eslavas el interés dramático de la situación se halla completamente invertido. Se pinta al traicionado mago o hechicero con los trazos más repulsivos; se trata simplemente de un desalmado que abusa de su gran poder con fines perversos; nos repelen sus crímenes, nos alegra su derrota y aplaudimos o disculpamos la astucia de la mujer que al traicionarle hace que se cumpla el destino del monstruo, pues con su actitud la mujer no hace otra cosa que vengar algún daño grave que el personaje le ha hecho a ella misma o al pueblo sometido a él. Así, en las dos diferentes ver-

siones de la misma historia general los papeles de la víctima y del verdugo se hallan cambiados: en una de las versiones es el mago el que toma el papel de víctima inocente, mientras que la mujer representa el papel de artero villano; en cambio, en la otra versión sucede todo lo contrario: el ogro es el personaje villano y la mujer representa el papel de víctima inocente, o en todo caso, como en el relato de la India, el de amante apasionada y vengadora natural. Caben pocas dudas de que si cayese en nuestras manos la versión filistea de la leyenda de Sansón y Dalila los papeles aparecerían invertidos; veríamos a Sansón descrito como el villano sin escrúpulos que robaba y asesinaba a los indefensos filisteos, y a Dalila como la víctima inocente de la brutal violencia del bandido; a Dalila, cuyo vivaz ingenio y gran valentía consiguió vengar a un tiempo las ofensas hechas a ella misma y librar a su pueblo del monstruo que durante tanto tiempo y con tanta crueldad lo había afligido. Sucede así que en la guerra que tiene lugar entre naciones o entre grupos contrarios los papeles desempeñados por el héroe y el villano son objeto de fácil inversión, según el punto de vista desde el que se los considere. Visto desde uno de los lados, el mismo personaje aparecerá como el más impoluto y albo de los héroes, mientras que contemplado desde el otro lado nunca habrá existido un villano más negro. De una parte se le recibirá con lluvias de rosas, mientras del otro será cubierto de una lluvia de improperios y apedreado. Podemos casi decir que todo aquel que ha llegado a desempeñar algún papel relevante en la historia ha sido como un arlequín, cuyo disfraz particular ha variado según se le mirase de un lado o del otro, desde la derecha o desde la izquierda, por delante o por detrás. Sus amigos y sus enemigos lo contemplan desde lados opuestos y ven, por consiguiente, tan sólo aquella particular tonalidad de su traje que se halla vuelta hacia ellos. El historiador imparcial debe esforzarse en contemplar a esos arlequines desde todos los puntos de vista y en re-

presentarlos con sus trajes o máscaras de varios colores, nunca tan blancos como parecen a sus seguidores, ni tan negros como querrían verlos sus adversarios.

XVI. EL HAZ DE LOS VIVOS

El viajero que después de haber atravesado los campos de cultivo del centro de Judea cabalga hacia el este, en dirección al mar Muerto, atraviesa primero toda una serie de colinas onduladas y valles áridos cubiertos de retama y hierba. Pero a medida que prosigue el camino el panorama va cambiando ante su mirada; desaparecen la hierba y los cardos y se va penetrando poco a poco en una región desolada y seca en la que la monotonía de las grandes extensiones de arena amarilla o parda, de quebradas rocas calcáreas y de guijarros dispersos se ve tan sólo aliviada por los arbustos espinosos y las trepadoras jugosas. No se ve ni un solo árbol, ni una vivienda humana, ni una señal de vida aparece ante la mirada del viajero, kilómetro tras kilómetro. Los riscos siguen a los riscos, en sucesión monótona y aparentemente interminable, todos igual de blancos, escarpados y agudos, sus lados estriados por el lecho seco de innumerables torrentes, y sus crestas recortándose afiladas y dentadas contra el cielo, que cubre con su manto al caminante mientras asciende desde las anchas planicies de greda blanca y blanda sembrada de pedernales que separan a un risco aislado del siguiente que se levanta un poco más allá. Las pendientes, más próximas de esos cerros desolados parecen como desgarradas y hendidas por canalones; las alturas más distantes ofrecen el aspecto de gigantescos montones de polvo. En algunos lugares el suelo resuena como si estuviera hueco bajo la pisada de los caballos; en otros las piedras y la arena resbalan con los cascos de los animales; y en los numerosos barrancos las rocas fulgen con brillo de horno bajo el despiadado sol que cae a plomo sobre ellas desde un cielo sin nubes. Aquí y allá, a medida que proseguimos el camino hacia el este, la desolación del paisaje se ve

aligerada momentáneamente por un vislumbre del mar Muerto, cuyas aguas de color azul oscuro aparecen en un hueco de las colinas, y contrastan agradablemente con el colorido pardusco y opaco del desértico primer plano. Una vez vencida la última pendiente, el viajero se asoma al borde de los grandes acantilados y un panorama maravilloso se despliega ante él. A unos seiscientos metros por debajo de sus pies se extiende la superficie del mar Muerto, visible en toda su longitud de un extremo al otro, sus márgenes como una larga serie de peñascos almenados, bastión tras bastión, separados por gargantas profundas, mientras blancos promontorios se adentran en las aguas azules y tranquilas; más allá del lago se elevan las montañas de Moab hasta fundirse en la lejanía con el azul del cielo. Si ha descubierto el lago por encima de las fuentes de En-guedi, el viajero se encuentra en la cima de un anfiteatro de acantilados casi verticales, a lo largo de los cuales desciende un camino, o más bien escalera áspera y zigzagueante, cortado en la superficie del precipicio, camino que lleva a una pequeña planicie que tiene forma de herradura y baja suavemente hasta el mismo borde del agua. No queda más remedio que desmontar y llevar de la brida a los caballos a lo largo del vertiginoso descenso; el que cierra la marcha del grupo debe prestar atención extremada y ver donde pone el pie, pues un ligero resbalón puede soltar alguna piedra que si se precipitase por el despeñadero y llegase a golpear a los viajeros que se hallan más abajo podría empujarlos y hacerlos caer al fondo del barranco. Al pie del farallón las abundantes y templadas aguas de la fuente de En-guedi, «manantial del cabrito», brotan de la roca con fuerza y forman una cascada cubierta de espuma que se abre camino en medio de un oasis verde de lujuriosa vegetación semitropical, oasis que sorprende al caminante tanto más cuanto mayor es el contraste que forma con la soledad árida y monótona que ha estado atravesando fatigosamente a lo largo de muchas horas. Aquellos

parajes solitarios son lo que los hebreos llamaron Yesimón, que significa desolación, el desierto de Judea. Desde la amargas pero brillantes aguas del mar Muerto ese desierto se alarga directamente hasta el mismo corazón del territorio y llega hasta la falda del monte de los Olivos, a menos de dos horas de las puertas de Hebrón, Belén y Jerusalén.

A esas melancólicas soledades huyó el acosado David en busca de refugio cuando lo perseguía su implacable enemigo Saúl. Mientras se hallaba en aquel escondite con el grupo de hombres derrotados que había conseguido reunir a su alrededor acudió a visitarlo Abigail, la hermosa y prudente esposa del hacendado ovejero Nabal, el cual debiera estarle obligado al bravo proscrito, pues éste se había abstenido de robarle ninguna oveja y había obligado a sus hombres a que respetasen a los pastores. Pero el áspero y perverso patán se mostró insensible a las consideraciones de que había sido objeto, y rechazó con injurias la petición, formulada en los términos más corteses, que el capitán del grupo le había presentado para que los proveyese de víveres, a él y a sus hombres. La injuria hirió en lo más vivo el delicado sentido del honor del capitán, que se puso en camino para atravesar las colinas al frente de cuatrocientos hombres, cada uno de ellos con su espada de ancha hoja al costado, y dirigirse a la hacienda del rústico; pero antes de llegar a ella la mujer le salió al paso en medio de aquellos páramos. Con palabras suaves consiguió aliviar el orgullo herido del airado capitán y satisfacer, quizá mejor que con palabras, la avidez de sus hombres con una recua de asnos cargados de comida y bebida. David se sintió ablandado. La hermosura de la mujer, sus palabras amigables, la contemplación de los asnos cargados de cestos: todo ejerció algún efecto. Recibió a la mujer, que ofrecía disculpas por la conducta de su marido, con la más extremada cortesía, le prometió protección, no sin darle a entender antes el espectáculo que el sol habría contemplado a la mañana siguiente al le-

vantarse sobre los terrenos de la hacienda si ella no hubiese tenido aquella iniciativa de salirle al paso; y sin más la despidió, tras haberla bendecido. La palabra había sido dada. Los desterrados dieron media vuelta y seguidos sin duda por los asnos cargados con los cestos desanduvieron el camino por donde habían llegado. Abigail pudo muy bien haber sonreído y exhalado un suspiro de alivio cuando vio desaparecer al otro lado de la cuesta más próxima la columna de hombres fornidos y de rostro atezado que se alejaba a paso vivo. Luego, volviéndose en dirección a su hogar pudo caminar apresuradamente, con el pecho descargado del peso que lo había oprimido, hacia la casa donde la esperaba su grosero marido con los labriegos que lo servían, ignorantes tanto el uno como los otros de lo que acababa de suceder al otro lado de las colinas, mientras ellos bebían copiosamente hasta muy tarde para celebrar el esquileo de los rebaños. Aquella noche, colocada bajo el signo del alcohol, la mujer de buen seso no dijo nada a su marido. Pero al día siguiente, cuando éste ya tenía la cabeza despejada de los vapores del vino, Abigail le contó lo que había hecho, y «el corazón de Nabal se le paralizó en su interior y se quedó como de piedra». La sorpresa resultó excesiva para su sistema nervioso y al cabo de diez días Yahvé lo hirió de muerte y Nabal expiró. Su viuda dejó pasar un tiempo prudencial y luego partió a donde estaba David y fue su esposa.

Entre los cumplidos que la seductora Abigail hizo al susceptible capitán de la cuadrilla con ocasión de su primer encuentro figura uno que merece nuestra atención. Abigail inclinó su rostro ante David y se postró en tierra. Y caída a sus pies exclamó: «Y aunque se levante alguno para perseguirte y atentar contra tu vida, la vida de mi señor será guardada como en el haz de los vivos junto a Yahvé, tu Dios, en tanto que la vida de tus enemigos la lanzará como del hueco de una honda»[*]. Sin duda, el lenguaje es metafórico, pero para un lector actual de la Biblia la

metáfora resulta extraña y oscura. Viene a querer decir que se podían poner a salvo en una bolsa las almas de los seres vivos, y que en el caso de que se tratase de las almas de los enemigos se podía deshacer el haz o abrir la bolsa y echar al viento las almas. Muy difícilmente pudo habérsele ocurrido idea semejante a un hebreo, incluso aunque no se tratase más que de una forma de hablar, a menos que estuviese familiarizado con una creencia contemporánea en el sentido de que las almas pudiesen ser tratadas de esa manera. Para nosotros el alma es algo inmanente al cuerpo y permanece unida a él mientras dura la vida, por lo que la idea expuesta en el versículo bíblico resulta completamente disparatada. Pero no sucedería lo mismo para muchos pueblos cuyas ideas acerca de la vida difieren ampliamente de las nuestras. Existe de hecho una creencia muy difundida entre los salvajes, según la cual se puede, y a menudo se hace, extraer el alma del cuerpo de un individuo sin por eso causarle la muerte inmediata. Por lo general son los espíritus, los demonios o las personas malintencionadas las responsables, pues si tienen algún agravio contra una persona le roban el alma con el fin de matarla; ya que si su siniestro intento tiene éxito y consiguen retener el alma en su poder durante tiempo suficiente, la persona caerá enferma y morirá. Por ese motivo aquellos que consideran idénticas su alma y su sombra o el reflejo de sus cuerpos en la superficie del agua sienten a menudo temor mortal de una cámara fotográfica, porque piensan que el fotógrafo que ha tomado sus imágenes les ha desposeído con ellas de sus almas o sombras. Citaré un ejemplo sacado de una multitud de ellos. En un poblado de Alaska, situado en el curso inferior del río Yukón, un explorador había armado su cámara fotográfica para sacar una placa de los esquimales mientras éstos se movían alrededor de sus viviendas ocupados en sus faenas habituales. Cuando se hallaba enfocando la cámara, el cabecilla del poblado se aproximó a él e insistió en echar una mira-

da a lo que estaba sucediendo bajo el paño. Se le permitió hacerlo, de modo que miró con viva curiosidad y asombro durante un minuto las figuras qué se movían en la placa esmerilada del visor; luego saco de un tirón la cabeza de debajo del paño y exclamó a grandes voces dirigiéndose a su pueblo: «Este hombre ha atrapado vuestras sombras en esta caja». Tras lo cual el pánico se extendió por todo el grupo y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron todos atropelladamente en sus casas. Según ellos, una cámara fotográfica o un paquete de fotografías era una caja o haz de almas preparadas para el transporte como si se tratase de las sardinas de una lata.

Pero a veces se extraen las almas de sus cuerpos respectivos con la mejor de las intenciones. Parece ser que el salvaje cree que nadie puede morir definitivamente mientras su alma permanezca intacta, ya sea en el interior de su cuerpo o fuera de él; de ahí que infiera que si se las arregla de alguna manera para sacarse el alma del cuerpo y ponerla a salvo en algún lugar protegido en el que nada pueda hacerle daño, será prácticamente inmortal, siempre que su alma permanezca intacta y sin ser molestada en su refugio de salvación. Por eso en épocas de peligro el salvaje prudente acostumbra a sacarse el alma del cuerpo o a sacar la de un amigo y a dejarlas en depósito, como si dijéramos, en algún lugar seguro hasta que el peligro haya pasado y cada uno pueda volver a hacerse con su legítima propiedad espiritual. Por ejemplo, mucha gente ve la mudanza a una casa nueva como empresa sembrada de peligros para su alma; de ahí que en Minahassa, comarca de las Célebes, en tales críticas circunstancias un sacerdote recoja las almas de todos los miembros de la familia en una bolsa y las ponga a salvo hasta que el peligro ha pasado, y las devuelva luego a sus dueños respectivos. También en las Célebes del sur cuando se aproxima el momento en que una mujer ha de dar a luz, el recadero que va a buscar al médico o a la comadrona toma consigo una cuchilla o

cualquier otra cosa hecha de hierro. El objeto, cualquiera que sea, representa el alma de la parturienta, alma que en esos momentos de peligro se supone en mayor seguridad fuera que dentro del cuerpo de su propietaria. Por eso el médico deberá cuidar con celo extremado el objeto en cuestión, pues si por acaso llegase a extraviarlo el alma de la enferma desaparecería también con él. De modo que el doctor lo guarda en su casa hasta que el parto ha tenido lugar; entonces devuelve el objeto precioso y recibe a cambio una cantidad de dinero como honorarios. En las islas Kei se puede ver a veces colgado un coco vaciado, cortado por la mitad y vueltos a unir cuidadosamente los dos pedazos. Se trata de un receptáculo en el que se guarda el alma de un niño recién nacido para ponerlo a salvo de los demonios, que podrían querer apoderarse de ella. Pues en esos lugares del mundo el alma no se aloja definitivamente en su morada de barro hasta que el barro ha tomado consistencia firme. Los esquimales de Alaska adoptan una precaución semejante en el caso del alma de un niño enfermo. El hechicero-curandero conjura el alma y le hace entrar en un amuleto, que guarda luego en su bolsa de medicinas, lugar seguro si los hay, a lo que parece, para evitar al alma cualquier daño. En algunas regiones del sureste de Nueva Guinea, cuando una mujer va a algún lugar distante llevando consigo a su hijo pequeño en un envoltorio, «ata a sus faldas o mejor aún a la bolsa o envoltorio en que lleva al niño un largo sarmiento de vid o de enredadera de modo que vaya arrastrando por el suelo detrás de ella». Pues en caso de que el espíritu del niño se salga del cuerpo, deberá contar con algún medio para retornar a él trepando desde el suelo; ¿y qué medio más conveniente para ese fin que un largo sarmiento o tallo de enredadera?

Mas tal vez los ejemplos más parecidos a «el haz de los vivos» o «la bolsa dé los vivientes» los proporcionen los haces de *churinga*, es decir, de piedras y ramas alargadas y planas que los

arunta y otras tribus del centro de Australia guardan con el máximo cuidado y en el mayor secreto en cuevas y en grietas de las rocas. Cada una de esas piedras y ramitas misteriosas se halla relacionada íntimamente con el espíritu de algún miembro del clan, muerto o vivo; pues tan pronto entra el espíritu de un niño en una mujer para nacer de ella, una de esas ramas o piedras sagradas es arrojada en el lugar en el que la mujer sintió que la criatura se le movía en el seno. Siguiendo las instrucciones que ella le da, el padre del niño busca la piedra o rama que le corresponden, y una vez la ha encontrado o la ha arrancado del más próximo árbol de madera dura la entrega al cacique del lugar, que la deposita con las demás en el escondrijo sagrado dispuesto entre las rocas. Esas valiosas ramas y piedras ligadas estrechamente a los espíritus de los miembros de la tribu o clan suelen ser a menudo dispuestas cuidadosamente en haces o grupos. Forman el bien más preciado de la tribu, y se disimula hábilmente a la vista los lugares en que se las guarda: se cierra la entrada de las cuevas con piedras dispuestas con tanta naturalidad que no despiertan la menor sospecha. No sólo es sagrado el lugar preciso en que se encuentran los objetos, sino también sus alrededores. Nunca se pone la mano encima de los árboles o plantas que crecen en aquel lugar; nunca se molesta a los animales salvajes que hallan refugio en el escondite. Y si un hombre que huye de sus enemigos o que lleva a cabo una venganza de sangre se refugia por casualidad en el santuario, se halla a salvo mientras permanezca dentro de sus confines. La pérdida de la *churinga* de la tribu, que así llaman sus componentes a las piedras y ramas sagradas asociadas con las almas de todos los miembros vivos o muertos de la comunidad, es el peor mal que le puede ocurrir a uno de esos pueblos. Ha habido casos en que hombres blancos atolondrados las han robado; los indígenas han llegado a estar entonces hasta una quincena en el campo, alejados del poblado, llorando y gimiendo por la pérdi-

da, y cubriéndose el cuerpo con arcilla blanca de pipa, que es su emblema de duelo por los muertos.

En esas creencias y costumbres de los habitantes del centro de Australia referentes a la *churinga* tenemos, como muy bien han observado Spencer y Gillen, «una modificación de la idea que halla expresión en el folklore de tantos pueblos, y según la cual, el hombre primitivo, que tiene a su alma por un objeto concreto, imagina que la puede poner apartada en algún lugar seguro, si lo necesita, separada de su cuerpo, de modo que si éste resulta destruido por una u otra causa, su parte espiritual permanece sin embargo intacta». No quiere eso decir que los arunta de los tiempos actuales crean que aquellas piedras y ramas sagradas sean los receptáculos reales y verdaderos de sus espíritus, de modo que si una de esas piedras o ramas es destruida también será necesariamente destruida la persona, hombre, mujer o niño cuyo espíritu esté asociado con ella. Pero en sus tradiciones encontramos restos evidentes de la creencia de sus antepasados, que tenían la costumbre de depositar realmente sus almas en aquellos objetos sagrados. Por ejemplo, se dice que algunos miembros del tótem del Gato Montés guardaban los espíritus en su *churinga*, que solían colgar de un mástil sagrado levantado en medio del campamento, cuando partían para la caza. Y al regreso de la expedición, solían descolgar sus *churingas* respectivas del mástil y volver a llevarlas consigo como antes de la salida. La intención de esa costumbre de dejar colgadas las *churingas* en un mástil del campamento cuando partían de caza pudo muy bien haber sido el poner las almas en un lugar seguro mientras durase su ausencia.

Por tanto existen bastantes motivos para pensar que los haces o envoltorios de piedras y ramas sagradas, que los arunta y otras tribus del centro de Australia esconden todavía con tanto celo en lugares secretos, eran considerados antiguamente como depósitos en los que se alojaban las almas de todos los miem-

bros de una comunidad. Mientras aquellos haces o paquetes permaneciesen atados con seguridad en el santuario también las almas de la gente se encontrarían al abrigo de cualquier peligro, pudieron haber pensado aquellos pueblos: pero si se llegaban a abrir o deshacer los haces o envoltorios y se dispersaba al viento su precioso contenido tendrían, lugar las consecuencias más fatales. Resultaría arriesgado asegurar que los semitas primitivos pusieron nunca a salvo sus almas en piedras y ramas que guardaban en las cuevas y hendiduras de sus soledades o desiertos nativos; pero no es arriesgado suponer que una costumbre de esa naturaleza explicaría de manera natural y fácil las palabras que Abigail dirigió al perseguido proscrito: «Y aunque se levante alguno para perseguirte y atentar contra tu vida, la vida de mi señor será guardada como en la bolsa de los vivientes junto a Yahvé, tu Dios, en tanto que la vida de tus enemigos la lanzará como del hueco de una honda».

Comoquiera que sea, aparentemente los hebreos han venido estando familiarizados hasta tiempos muy recientes con una costumbre o práctica de brujería, con la que se pretendía coger o retener las almas de personas vivas a fin de causarles daños graves. Las brujas que practicaban esa modalidad de magia negra fueron denunciadas formalmente por el profeta Ezequiel en los siguientes términos:

«Y tu, ¡oh hijo del hombre!, encárate con las hijas de tu pueblo que vaticinan de propia inventiva, y profetiza contra ellas. Y les dirás: Así afirma el Señor Yahvé: ¡Ay de las que cosen redecillas para todas las articulaciones de las manos y fabrican velos para cubrir la cabeza de personas de todas las estaturas, a fin de cazar las almas! ¿Acaso queréis cazar las almas de mi pueblo y vais a conservar con vida vuestras propias almas? Me profanáis entre mi pueblo por unos puñados de cebada y unos bocados de pan, anunciando la muerte a almas que no deben morir y prometiendo la vida a almas que no deben vivir, enga-

ñando a mi pueblo, que escucha la mentira. Por eso así afirma el Señor Yahvé: Heme aquí contra vuestras redecillas, con las cuales cazáis las almas al vuelo; yo las arrancaré de vuestros brazos y soltaré las almas que al vuelo capturáis; y rasgaré vuestros velos y libraré a mi pueblo de vuestras manos, sin que permanezcan ya en vuestro poder como presa, y conoceréis que yo soy Yahvé»[*].

Las prácticas nefandas de aquellas mujeres, prácticas que el profeta denuncia, consistían a lo que parece en intentos de coger almas descarriadas con redes y pañuelos y de dar muerte de esa manera a algunas personas, manteniendo sus almas en odioso cautiverio, así como de salvar la vida de otras, probablemente de gente enferma, capturando sus errante almas y devolviéndolas a los cuerpos que habían abandonado. En muchos lugares del mundo los brujos y hechiceras han adoptado y adoptan todavía con la misma finalidad prácticas semejantes. Por ejemplo, los caciques o jefes de los poblados de las islas Fidji solían arrebatar con grandes pañuelos las almas de los criminales, con lo cual los pobres infelices, privados de aquella indispensable parte de sus personas, no tardaban en languidecer y morir. Los brujos de la isla del Peligro, que se halla en el océano Pacífico, cogían las almas de los enfermos por medio de trampas o redes, que ponían o tendían en las proximidades de los dolientes, y permanecían al acecho hasta que un alma caía aleteando en la trampa y se enredaba en sus mallas, después de lo cual la muerte del paciente era inevitable, más tarde o más temprano. Las redes estaban hechas de hilo grueso y resistente, y sus mallas tenían diferentes medidas, para poder coger así almas de todos los tamaños, tanto grandes como pequeñas, gruesas o delgadas. Entre los negros del oeste de África, «las brujas tienden continuamente trampas para coger el alma que abandona el cuerpo de su propietario mientras éste duerme; y una vez atrapada, la sujetan bien sobre el suelo de la canoa con lo

que la persona en cuestión enferma y el alma se encoge y marchita. En este caso se trata de una práctica regular de las brujas, que obran conforme a su naturaleza; y no es asunto de odio o venganza individuales. A la bruja no le importa quién es el dueño del alma, como si dijéramos sonámbula, que cae en sus redes, pues la devuelve a su dueño a cambio del pago de una cantidad determinada. También los curanderos, que son hombres de reputación profesional inmaculada, suelen tener asilos para las almas extraviadas, es decir, almas que han estado errantes y se encuentran a la vuelta que ha ocupado su lugar un *sisa*, que es algo así como un alma de baja categoría… Esos curanderos guardan almas y se las suministran a quienes carecen de ellas». Entre los baoul, que viven en la Costa del Marfil, sucedió una vez que el alma de un jefe fue arrancada por los encantamientos mágicos de un enemigo suyo, que se las arregló para encerrarla en una cajita. Para recuperarla, dos hombres sostenían una pieza de la vestimenta del paciente mientras una bruja pronunciaba determinados conjuros. Pasados unos momentos la bruja declaró que el alma se encontraba ya en la pieza de ropa, que, en consecuencia, fue enrollada y colocada apresuradamente alrededor del inválido a fin de devolverle el espíritu que lo había abandonado. Los magos malayos atrapan las almas de las mujeres de las que se hallan enamorados cogiéndolas en los turbantes y luego van por todas partes durante el día con el alma de la querida de su corazón en los pliegues de la banda con la que se envuelven la cabeza, mientras que durante la noche la ponen debajo de la almohada. Entre los toradja, que viven en las Célebes centrales, el sacerdote que salía en compañía de un grupo armado durante una expedición solía llevar alrededor del cuello y colgándole sobre el pecho y la espalda una sarta de conchas marinas, con el propósito de atrapar en ellas las almas de los enemigos; las conchas eran ramificadas y presentaban salientes diversos, de modo que se suponía que

una vez atraídas a las conchas las almas enemigas, las ramificaciones y los picos les impedirían escapar. El sacerdote procedía de la siguiente manera para tender y poner cebo a su atrapa-almas: una vez que los guerreros habían penetrado en territorio hostil, el sacerdote se llegaba durante la noche al poblado que pretendían atacar a la mañana siguiente, y una vez allí, en la cercanías de la entrada, se despojaba de sus sartas de conchas y la depositaba sobre el camino formando un círculo, y en el centro del círculo enterraba un huevo y las entrañas de un ave de corral, que la tropa había sacrificado en su propio poblado antes de ponerse en marcha, con el fin de averiguar si los augurios eran favorables o contrarios a la expedición, A continuación el sacerdote recogía la sarta de conchas y la balanceaba siete veces sobre el punto en que habían sido enterrados los restos del ave, al mismo tiempo que evocaba a las almas de los enemigos y decía las siguientes palabras: «¡Oh, alma de fulano!», y aquí nombraba a uno de los habitantes del poblado; «Ven y pisa el ave que he enterrado; pues eres culpable, has hecho el mal, ¡ven!». Entonces se quedaba a la espera y si las conchas producían un sonido tintineante se sabía que el alma del evocado había acudido y se había enredado entre los salientes de las conchas. Al día siguiente, el propietario del alma así atrapada acudía aun en contra de su voluntad al lugar en que permanecían esperándolo al acecho los mismo que le habían conseguido capturar el alma, y allí se convertía en víctima fácil de sus armas.

Semejantes costumbres podrían servir para explicar las actividades de las brujas hebreas condenadas por Ezequiel. Aquellas perdidas mujeres solían coger, a lo que parece en sus velos, las almas errabundas, velos que arrojaban sobre la cabeza de sus víctimas, y mantenían encerrados a sus espirituales cautivos en una especie de redecillas que llevaban cosidas al Codo de sus vestidos.

Así, pues, los hebreos mantuvieron hasta el comienzo de los tiempos históricos la creencia de que el alma es un objeto que puede ser separado del cuerpo a voluntad, que puede arrancársele a una persona sin que por ello esa persona deje de seguir viviendo, y que puede serle arrancada ya sea mediante los procedimientos reprobables de las brujas o a instancias del mismo propietario del alma en cuestión, que desea en este caso ponerla a salvo por un período más o menos breve en algún lugar seguro. Tal es lo que parece, al menos. Un gran profeta nos habla de las brujas hebreas ocupadas en su infernal menester de atraer con señuelo las almas ajenas; otro profeta no menor nos permite por su parte echar una mirada a una dama elegante de la ciudad de Jerusalén que va de un lado para otro, ocupada en sus diarios asuntos, llevando consigo en un cofrecillo nada más y nada menos que su misma alma. Tras haber descrito, arrastrado por una vena de censura y desdén puritanos, a las presuntuosas hijas de Sión, que caminan por las calles con mirada lánguida, pasitos menudos y pies tintineantes, Isaías pasa a enumerar la larga serie de joyas y adornos, vestidos y chales, velos y turbantes, y en general de atavíos y perifollos que solían exhibir aquellas damas lujosas y elegantes. En su lista de objetos femeninos llamativos figuran las que él llama «casas del alma». La expresión, traducida literalmente, no aparece más que en ese pasaje de todo el Antiguo Testamento. Los traductores modernos y los comentaristas de la Biblia siguen a san Jerónimo y traducen la expresión original por «cajas de perfumes», «frascos de aromas» o algo por el estilo. Pero muy bien ha podido suceder que esas casas del alma no hubiesen sido otra cosa que amuletos en los que supuestamente guardaba el alma aquel que los llevaba. Los comentaristas del pasaje reconocen que muchos de los adornos citados por el profeta eran probablemente dijes mágicos, tal como lo son aun en nuestros días los adornos personales usados a menudo por los orientales. Preci-

samente la palabra que viene después de casas del alma en el texto ha sido traducida por «amuletos» en la versión revisada de la Biblia; y deriva de un verbo que significa encantar, hechizar, cautivar o ejercer hechicería.

Pero esa teoría acerca de las casas del alma no excluye necesariamente su identificación con los frascos de aromas. A los ojos de un pueblo que como el hebreo identificaba el principio vital con el aliento, el simple acto de oler un perfume pudo fácilmente revestirse de apariencia espiritual; la perfumada aspiración inhalada pudo parecerles inhalación de vida, adición hecha a la esencia del alma. De ahí que habría resultado natural considerar el objeto fragante en sí, ya fuese un frasco de aromas, una flor o el incienso, como centro radiante de energía espiritual, y por consiguiente, como lugar adecuado para depositar el alma siempre que se considerase necesario desprenderse de ella durante algún tiempo. Por muy aventurada que pueda parecemos semejante idea, no tuvo que parecérselo igualmente a las gentes sencillas del pueblo ni a sus mejores intérpretes, los poetas:

> «Te he enviado recientemente una guirnalda de rosas,
> no tanto para honrarte a ti
> como para proporcionarle la ocasión de que tus manos
> nunca llegasen a marchitarse.
> Pero tu te limitaste a exhalar tu aliento sobre ella
> y me la devolviste;
> desde entonces, cuando se abren sus pétalos
> y desprende su aroma, te juro,
> que no es su perfume el que siento,
> sino el tuyo».

O también:

> «Ihr veblühet, süsse Rosen,
> Meine Liebe trug euch nicht»[*].

Pero si no resulta extraño el pensamiento de que la belleza puede comunicar así parte de su vida y de su alma al alma de la rosa para evitar que se marchite, tampoco resulta extravagante suponer que la mujer hermosa puede exhalar también su alma en el frasco de perfumes que lleva consigo. En todo caso esas fantasías del mundo de la antigüedad, si es que se trata de fantasías, podrían servirnos para comprender con facilidad el porqué de que se llamase a un frasco de aromas «casa del alma». Pero el folklore relativo a los perfumes aún no ha sido estudiado. Cuando se lleve a cabo la investigación de esa rama del folklore, como se ha hecho con tantas otras, el estudioso podrá encontrar en los poetas explicaciones para muchas cosas, pues ellos perciben intuitivamente lo que la mayor parte de nosotros tenemos que averiguar por medio de la reunión laboriosa de hechos concretos. No cabe duda de que sin un toque de imaginación poética resulta muy difícil penetrar en la intimidad del corazón de las gentes. Un frío racionalista llamará en vano a la mágica puerta envuelta en rosas del país de la imaginación; el portero que la cuida no franqueará el paso al señor Académico Empollón.

XVII. SAUL Y LA PITONISA DE EN-DOR

Una de las figuras más trágicas de la historia de Israel es la de Saúl, primero de los reyes de esa nación. Descontento con el régimen de los sumos sacerdotes, que declaraban gobernarlo en el nombre de Dios y según sus instrucciones directas, el pueblo había clamado por un rey civil, y el último de aquéllos, el profeta Samuel, había cedido a regañadientes ante su insistencia y había ungido a Saúl como rey de Israel. La revolución llevada a cabo de esa manera fue la misma que habría tenido lugar en los estados pontificios si alguna vez sus habitantes, cansados de la opresión y mal gobierno eclesiásticos, se hubiesen alzado contra los papas y hubiesen obligado al pontífice reinante, cuando aún tenía bien agarradas en las manos las llaves del cielo, a renunciar al cetro terrenal y a ponerlo en manos de un monarca secular. Sagaz hombre de negocios al mismo tiempo que eclesiástico de la más rígida naturaleza, Samuel se las había arreglado no sólo para ungir, sino también para escoger al nuevo rey sobre el que ahora convergían las esperanzas de Israel.

El hombre que Samuel había elegido tenía las características capaces de despertar la admiración y conseguir el acatamiento de la multitud. Su elevada estatura y aire majestuoso, su apuesta presencia, su diestro generalato y su intrépido coraje en el campo de batalla, todo le distinguía como líder natural de los hombres. Y, sin embargo, por debajo de ese exterior aparatoso, aquel brioso y popular soldado escondía defectos fatales: temperamento colérico, disposición celosa y suspicaz, flaqueza de la voluntad, ánimo vacilante y, sobre todo, una melancolía obsesiva que llevaba a veces a su intelecto, nunca demasiado brillante por otra parte, hasta los mismos bordes de la locura. En esos momentos sombríos sólo los sedantes acordes de la músi-

ca solemne eran capaces de aclarar y disipar la profunda depresión que nublaba su alma; y uno de los cuadros más gráficos que nos legó el historiador hebreo es el que representa al gallardo rey sentado en un escabel y presa de la más honda melancolía, mientras el muchacho tañedor de arpa, David, rubicundo el rostro, permanecía de pie a su lado arrancando suaves melodías a las estremecidas cuerdas del instrumento, hasta que el ceño cedía en la real frente y el sufriente rey hallaba una tregua para sus agitados pensamientos.

Quizá con su entendimiento perspicaz Samuel había descubierto aquellas flaquezas, e incluso contado con ellas, cuando inclinándose ante la voluntad popular consintió aparentemente en que lo sustituyesen en la dirección suprema de los asuntos de la nación. Pudo haber hecho el cálculo de poner a Saúl como testaferro ornamental, máscara florida que bajo los rasgos marciales del bravo pero también manejable soldado ocultaría el rostro severo del inflexible profeta; pudo haber tenido la intención de tratar al rey como si fuese un muñeco coronado e investido de autoridad real, muñeco que danzaría en el escenario nacional al son que le tocase su invisible consejero detrás del telón. Si fueron esos los cálculos que hizo al elevar a Saúl al trono de Israel, sus esperanzas resultaron ampliamente confirmadas por los acontecimientos. Pues mientras Samuel vivió, Saúl fue poco más que una herramienta en manos mucho más fuertes que las suyas. El profeta fue, sin duda, uno de esos personajes despóticos y fanáticos, fundidos en molde de hierro que, confundiendo sus propios e inconmovibles propósitos con la voluntad de los cielos, marchan constantemente en derechura hacia el fin que se han trazado y aplastan a su paso cualquier oposición que se les presente, con el corazón fortificado contra cualquier sentimiento tierno de humanidad o de piedad. Mientras Saúl consintió en obedecer las órdenes imperiosas de su mentor y en poner la conciencia en sus manos, como quien la

pone en manos de su confesor, se le permitió graciosamente pavonearse ante los ojos del vulgo con la simbólica corona sobre la cabeza; pero tan pronto como se atrevió a desviarse el grueso de un cabello de la autoridad despiadada impuesta sobre él por su director espiritual, Samuel destrozó su monarca títere y lo arrojó a un lado, como si se hubiese tratado de un instrumento que ha dejado de tener utilidad para los fines que le son propios. El profeta escogió en secreto un sucesor de Saúl en la persona del músico David, y apartándose con indignación del ya arrepentido rey, al que la conciencia había empezado a atormentar, se negó a volver a verlo y continuó llorándolo como a un muerto hasta el mismo final de sus días.

A partir de ese momento las cosas le fueron mal a Saúl. Privado del fuerte brazo en el que durante tanto tiempo se había apoyado confiadamente, su trayectoria se hizo más irregular y excéntrica. Su melancolía se hizo más profunda. Aumentaron sus sospechas, y su humor, siempre incierto, se volvió ya incontrolable. Se dejó llevar de estallidos de furia. Atentó contra la vida no sólo de David, sino también de su propio hijo Jonatán, y aunque esos arranques de ira apasionada fueron seguidos a menudo por otros no menos apasionados de remordimiento, el deterioro irreversible de su carácter, que anteriormente había sido noble, se manifestó de manera inconfundible.

Mientras las nubes se amontonaban espesas sobre él en el ocaso de su vida, sucedió que los filisteos, a los que había hecho la guerra durante largos años, invadieron el país más numerosos que nunca. Saúl convocó a las milicias de Israel para hacer frente al enemigo, y los dos ejércitos acamparon en las laderas enfrentadas de dos cerros separados por el ancho valle de Yizreel, que se extendía entre ambos. Era la víspera de la batalla. Al día siguiente se decidiría la suerte de Israel. El rey esperaba la contienda decisiva con profunda aprensión. Sobre su ánimo abatido pesaba como una losa de plomo. Se consideraba aban-

donado de la mano de Dios, pues todos sus intentos de atisbar el futuro y levantar el velo que lo cubría habían sido infructuosos. Ninguna forma legítima de adivinación había dado resultado. Los profetas guardaban silencio; los oráculos permanecían mudos; ninguna visión nocturna acudía a arrojar un rayo de esperanza en su dormir pesado y sin sueños. Incluso no podía ya recurrir a la música, que antiguamente había tenido la facultad de desterrar de él los cuidados. Su misma violencia había alejado de su lado al tañedor experto que con mano hábil había acariciado tan a menudo las cuerdas de su arpa y despertado las melodías que dormían en ellas, para llevar al atormentado espíritu del rey el olvido momentáneo de sus penas. En su desesperación, los pensamientos del rey se volvieron irresistiblemente hacia Samuel, consejero fiel al que en días más venturosos nunca había acudido en vano en solicitud de ayuda. Pero Samuel yacía en su tumba de Ramá. Sin embargo, una idea acudió a la imaginación de Saúl. ¿No podría tal vez hacer salir de su tumba al muerto vidente y arrancar palabras de esperanza y consuelo de sus labios fantasmales? La cosa era posible, aunque difícil; pues Saúl había hecho desaparecer del país a los nigromantes y adivinos, y, en general, a todos los que practicaban la magia negra. Interrogó a sus sirvientes y éstos le dijeron que todavía vivía en el poblado de En-dor una pitonisa, a no demasiados kilómetros de distancia yendo hacia el norte, entre las colinas de la vertiente más alejada del valle. El rey decidió consultarla y, si era posible, acallar las dudas y temores que tanto le atormentaban. Se trataba de una empresa rodeada de peligros, pues entre él y la residencia de la adivina se interponía el ejército completo de los filisteos. Hacer el viaje a la luz del día habría sido lo mismo que encaminarse a una muerte cierta. Era necesario esperar la caída de la noche.

Tras haber dejado todo dispuesto para la batalla, el rey se retiró a su tienda, pero no con la intención de dormir. La fiebre

que alteraba su pulso le impedía el descanso, de modo que esperó impaciente el momento en que podría ponerse en camino al abrigo de las tinieblas nocturnas. Por fin el sol se puso detrás del horizonte, las sombras se hicieron más espesas, y el tumulto del campo se fue calmando hasta que todo hubo quedado en silencio. El rey entonces se despojó de las vestiduras reales con las que hacía pocas horas se había presentado ante el ejército, y, disimulando su elevada estatura bajo un vestido común, levantó la cortina de su tienda y seguido por dos asistentes se sumergió en medio de la oscuridad de la noche. A su alrededor, iluminadas tan sólo por la luz de las estrellas, yacían las dormidas formas de sus soldados, tendidos en grupos sobre el desnudo suelo, en torno de las armas amontonadas, mientras las brasas mortecinas de las hogueras iluminaban aquí y allá con resplandor vacilante y fugitivo las figuras de los durmientes. En la ladera opuesta, hasta donde la mirada era capaz de alcanzar, parpadeaban los fuegos de centinela del enemigo, y los sones distantes de la música y de la parranda, arrastrados a este lado del valle por la brisa nocturna, hablaban del triunfo que los insolentes adversarios contaban obtener al despuntar el día.

Tras cruzar en línea recta la planicie, los tres aventureros alcanzaron el pie de las colinas, y manteniéndose apartados del último puesto de avanzada del campamento filisteo, comenzaron el ascenso de la pendiente. Un camino solitario los condujo por encima del repecho de una cuesta al mísero poblado de En-dor, cuyas chozas de paredes de barro se aplastaban contra las rocas del desnudo y pétreo declive. A lo lejos, en dirección al norte, el monte Tabor aparecía blanco y macizo recortado contra el cielo, mientras en la más distante lejanía la cumbre nevada del Hermón aparecía pálida y fantasmal a la luz de las estrellas. Pero los caminantes no tenían tiempo ni disposición para la contemplación del nocturno panorama. El hombre que abría la marcha condujo al rey hasta una casita pequeña; una

luz brillaba en la ventana; el guía llamó con golpes suaves a la puerta. En el interior parecían hallarse a la espera de ellos, pues una voz de mujer les invitó a entrar. Así lo hicieron, y, tras haber cerrado la puerta a sus espaldas, se hallaron en presencia de la pitonisa. El escritor sagrado no nos ha dicho nada acerca del aspecto de aquella mujer, de modo que nos hallamos en libertad para imaginárnosla según nuestro capricho. Pudo haber sido joven y hermosa, rubios sus cabellos y brillantes sus ojos; o pudo haber sido una bruja de boca desdentada y piel rugosa, mirada turbia y cabellos grisáceos, la barbilla casi tocando el extremo de la nariz, doblada la espalda bajo el peso de la edad y de los achaques. Nunca lo sabremos, y, por su parte, el rey se hallaba sin duda demasiado preocupado para prestar mucha atención al aspecto de aquella a quien había ido a consultar. Saúl le expuso directamente el objeto de la visita. «Te ruego me adivines por el espíritu de Pitón —díjole—, y hagas se me aparezca el que yo te diré». Pero la mujer se resistió e hizo recordar a su visitante, en el que no había reconocido al rey Saúl, el bando real contra los nigromantes y los adivinos; y que ella se jugaba la vida si accedía al requerimiento que él le había expuesto. Tan sólo después de que el corpulento forastero, con ademán a medias imperativo, a medias suplicante, le hubo asegurado por su honor que ningún daño caería sobre ella por causa de su acto, acabó consintiendo en ejercer sus poderes sobrenaturales en provecho del que así se lo solicitaba. Preguntó, pues, la mujer: «¿A quién debo hacer que se te aparezca?». «Haz que se me aparezca Samuel», le contestó él. La petición alarmó a la pitonisa, que fijó atentamente los ojos en su visitante y descubrió en él al rey Saúl. Creyendo que había sido cogida en una trampa, la mujer lanzó tremendos gritos y dijo al rey: «¿Por qué me has engañado? Pues tú eres Saúl». Pero el rey consiguió calmarla asegurándole su real clemencia y la instó a que siguiese adelante con sus encantamientos. En consecuencia ella se puso

a la tarea, y, fijando la mirada intensamente en lo que a sus visitantes pareció únicamente el vacío, muy pronto dio a entender con la expresión extraviada y agitada que estaba viendo algo que permanecía oculto para los demás. El rey le preguntó qué era lo que veía, a lo que ella respondió: «Veo un ser sobrenatural que sube de la tierra». Y preguntóla Saúl: «¿Qué forma tiene?». Y contestó ella: «Es un anciano que sube, y está cubierto con un manto». Comprendió, pues, Saúl que era Samuel el aparecido, y se inclinó rostro en tierra y le hizo reverencia. Pero el fantasma le preguntó ásperamente: «¿Por qué me has turbado y me has obligado a subir?». A lo que contestó Saúl: «Estoy en grave apuro, pues los filisteos me han movido a la guerra, y Dios se ha apartado de mí y no me ha vuelto a responder, ni mediante los profetas, ni a través de los sueños; por eso te he llamado, para que me digas lo que he de hacer». Pero el desventurado monarca encontró al espíritu tan duro e implacable como lo había sido durante su vida el profeta, que había vuelto airado la espalda al rey cuando éste había intentado desobedecer lo que se le había mandado. En tono cruel e inhumano el anciano inexorable echó en cara al tembloroso suplicante su atrevimiento al venir a consultar, él, el dejado de la mano de Dios, al profeta de la divinidad. Le volvió a reprender por su desobediencia; le volvió a recordar la profecía según la cual le sería arrancada la corona de la cabeza para ser depositada sobre las sienes de David; le anunció el cumplimiento de la predicción, y completó su fiera invectiva con la declaración de que el día siguiente tendría lugar la derrota de Israel a manos de los filisteos, y de que antes de que se hubiese vuelto a poner el sol, Saúl y sus hijos habrían bajado al mundo de las tinieblas a hacer compañía al irritado profeta. Pronunciadas tan tremendas palabras, el torvo espectro se hundió en tierra y Saúl cayó al suelo desvanecido.

De tan gráfica narración deducimos que la práctica de la necromancia o evocación de los espíritus de los muertos con el fin de obtener de ellos algún oráculo era corriente en el antiguo Israel, y que las severas leyes con que se la prohibía no alcanzaban a hacerla desaparecer por completo. A partir del comportamiento de Saúl podemos ver cuán enraizada se hallaba la costumbre en la religión o en la superstición populares de la gente, puesto que el rey, en su apremiante necesidad, no vaciló en solicitar los servicios de los mismos nigromantes a los que cuando se hallaba en el cenit de su prosperidad había desterrado con un bando. Su ejemplo pone de relieve aquella tendencia a dejarse caer en el paganismo que los profetas de Israel observaron y deploraron en sus paisanos, y que nunca dejó de manifestarse sobre todo en momentos de calamidad o peligro extraordinarios, cuando los recursos de la religión ortodoxa parecieron mostrarse ineficaces. Se conoce la existencia de una ley vigente en Israel, ley que en su forma actual es probablemente muy posterior a los tiempos de Saúl, aunque pudo muy bien sin embargo salir al paso de una costumbre muy antigua, por la que se condenaba a morir apedreados a todos aquellos que tuviesen espíritus familiares o ejerciesen la magia, es decir, aparentemente a todos los que se dedicasen a evocar los espíritus de los muertos con Ja finalidad de arrancarles algún oráculo. Mas entre las prácticas paganas restauradas mucho tiempo después del reinado de Saúl por el rey Manasés se encontraba la de la necromancia o nigromancia; este supersticioso monarca hizo salir de los escondrijos y rincones en que se habían refugiado al huir de la severidad de la ter a los practicantes de aquellas artes tenebrosas, y les permitió dedicarse públicamente a sus actividades a plena luz del día. Sin embargo, poco después de él, Josías, rey piadoso, emprendió la reforma a fondo de la religión nacional y volvió a incluir entre los criminales a los nigroman-

tes, brujas y mayos que con el rey precedente habían conocido un breve período de esplendor.

Del relato de la entrevista de Saúl con e] espíritu de] profeta Samuel se deduce con claridad que el fantasma resultaba risible únicamente para ja hechicera, y que el rey, aunque no pudiese verlo personalmente, le podía escuchar y responder directamente a sus preguntas. De lo que podemos concluir sin riesgo que esa era una de las maneras acostumbradas de ponerse en contacto con los muertos; que así procedían regularmente los magos y hechiceras israelitas; esos personajes pretendían ser capaces de hacer venir de las profundidades a los espíritus y afirmaban verlos, mientras que sus crédulos clientes no veían cosa alguna y se limitaban a escuchar una voz más o menos cavernosa, que llevados de su simplicidad aceptaban que era la del fantasma, aunque en realidad no fuese probablemente más que la voz de la misma pitonisa o de alguno de sus colaboradores. En tales casos, fuese cual fuese el origen de la voz escuchada, no parecía salir de la boca del mago de turno, sino de algún punto situado fuera de él, en el que el crédulo inquiridor creía se encontraba el invisible espectro. Semejantes efectos audibles podían ser fácilmente conseguidos por medio de la ventriloquia, que tiene la ventaja de permitir al nigromante trabajar sin la ayuda de ningún colaborador y por consiguiente reducir el riesgo de que la superchería llegue a ser descubierta.

La pitonisa de En-dor dijo a Saúl que el espíritu de Samuel subía de la tierra, y con el ejercicio de sus talentos vocalizadores pudo muy bien hacer que pareciese salir del suelo una voz cavernosa y de ultratumba que el rey confundió con el lenguaje del fallecido profeta, pues se suponía que los fantasmas evocados de sus tumbas solían hablar con tales voces huecas y rechinantes. Sin embargo, el nigromante no siempre se molestaba en proyectar sus palabras fuera de sí mismo; a menudo se contentaba con hacerlas brotar de su vientre y de hacerlas pasar ante

sus sencillos oyentes por las mismas palabras del espíritu familiar que lo habitaba o del venerable espectro que acudía a su llamada. De ahí que se dijese que el espíritu familiar o el fantasma se hallaban en el interior del nigromante; los acentos sobrenaturales parecían brotarle del estómago. Pero fuese cual fuese el lugar de que pareciesen salir las voces, ya se tratase de las entrañas de la tierra o de las entrañas del hechicero, es probable que el fantasma propiamente dicho nunca se hubiese dejado ver; pues podemos muy difícilmente pensar que en el rudimentario estado de desarrollo de las artes hebreas pudiesen los magos de aquel pueblo, como lo pueden sus colegas de edades muy posteriores, pudieran, digo, provocar el asombro e incluso el terror de sus fieles con la exhibición en cuartos oscuros de las figuras de duendes, que trazadas con pigmentos inflamables sobre las paredes y encendidas en el momento adecuado mediante la aplicación del calor de una antorcha, surgiesen repentinamente en la penumbra con brillante esplendor para confirmar los misterios de la fe con las demostraciones de la ciencia.

La práctica de la necromancia era probablemente común no sólo entre los hebreos, sino también entre otras ramas de la raza semita. En el duodécimo canto de la epopeya de Gilgamesh parece encontrarse una referencia evidente a ella. En ese canto vemos al héroe Gilgamesh que llora a su fallecido amigo Eabani. En medio de su congoja, Gilgamesh apela a los dioses y les pide traigan ante él, del mundo de ultratumba, el alma de su difunto camarada. Pero una después de otra, las divinidades confiesan carecer del poder necesario para satisfacer la petición. Por último, Gilgamesh se dirige a Nergal, dios de los muertos, con las siguientes palabras: «Descorre la puerta que cierra la cámara sepulcral y abre la tierra para que el espíritu de Eabani, igual que un soplo de viento, puede levantarse del suelo». El dios condescendió amablemente a escuchar las palabras de la plegaria de Gilgamesh. «Y descorrió (Nergal) la puerta que ce-

rraba la cámara sepulcral, y abrió la tierra; e hizo que el espíritu de Eabani se levantase del suelo igual que un soplo de viento». Gilgamesh conversa con el fantasma de esa manera evocado de las vastas profundidades del mundo subterráneo, y recibe de él la revelación del estado luctuoso en que se hallan los moradores de ese mundo, pues en él triunfan los voraces gusanos y todas las cosas se hallan cubiertas del polvo de la decadencia y la descomposición. Sin embargo, lo sombrío del cuadro resulta aliviado en cierta medida por la información que el aparecido se digna conceder, referente al consuelo que significa para las almas de los guerreros muertos durante la batalla los ritos funerales, y a la condición deplorable en que se encuentran en cambio aquellos cuyo cadáver ha sido abandonado insepulto encenagado en el barro de los campos.

Los antiguos griegos se hallaban familiarizados con la costumbre de evocar las almas de los muertos con el fin de obtener de ellos alguna información o para calmar su ira. La primera referencia a la necromancia que aparece en la literatura griega se halla en el conocido pasaje de *La Odisea* en que Ulises pone la proa a las tierras tenebrosas que se encuentran en los últimos confines del océano, y una vez en ellas llama a los espíritus que habitan en los infiernos. Para ponerse en contacto con ellos tiene que cavar un hoyo, hacer a su alrededor libación a todos los muertos, sacrificar ovejas encima del agujero y dejar que corra su sangre en él. Al instante se congregan las débiles y sedientas almas de los fallecidos, y tras haber bebido atragantadas la sangre cuentan sus cuitas al héroe, que se sienta al lado del hoyo, en la mano la desenvainada espada, y no permite que las inanes cabezas de los muertos se acerquen a la sangre antes de que haya aparecido Tiresias y respondido a las preguntas que le hace Odiseo.

Parece ser que en la antigua Grecia los nigromantes no llevaban a cabo la práctica de llamar a las sombras de ultratumba en

cualquier lugar indiscriminado, sino sólo en determinados puntos definidos que, según se creía, comunicaban directamente con el mundo de los muertos por medio de pasos o aberturas, por las cuales los espíritus ascendían a nuestro mundo o regresaban al suyo cuando se les convocaba o despedía. Tales lugares especiales eran llamados oráculos de los muertos, y sólo en ellos, al menos es eso lo que parece, se podría despachar cualquier tipo de asunto con las sombras de los fallecidos.

Uno de esos oráculos de los muertos se encontraba en Aornum, en la región de Tesprotia, donde, según se cuenta, el músico legendario Orfeo evocó el alma de su amada y perdida Eurídice, aunque la evocó en vano. En época posterior, Periandro, tirano de Corinto, envió un representante al mismo oráculo para que consultase el espíritu de Melisa, fallecida esposa de Periandro, y le preguntase qué se había hecho de un depósito que un forastero había dejado a cargo del marido y que había sido extraviado. Pero el espectro se negó a responder a la pregunta y se quejó de sentir frío y hallarse desnudo, pues los vestidos que habían sido enterrados con él no le servían de nada, ya que no habían sido quemados previamente. Recibida esa respuesta, Periandro hizo publicar una proclama por la que las mujeres de Corinto eran convocadas a reunirse en el templo de Hera. Así lo hicieron todas, obedeciendo la llamada y vestidas con las más finas galas de que disponían, como si se hubiese tratado de acudir a una fiesta; pero tan pronto como estuvieron juntas, el tirano rodeó con su guardia la festiva asamblea y obligó a todas las mujeres que la componían, casadas y solteras indistintamente, a que se despojasen de sus ropas, con las que hizo a continuación un gran montón, al que prendió fuego en honor de su muerta esposa. Transmitidos por medio de las llamas, los vestidos llegaron a su destino; porque cuando más tarde Periandro volvió a consultar el oráculo y repitió la pregunta referente al depósito, el espíritu de su esposa, ya vestido y abrigado,

respondió de buena voluntad. A lo que parece, toda la vecindad de aquella sede oracular se hallaba asociada con los espíritus de los muertos, ya que no rondada por ellos; pues a las corrientes de las proximidades se les dio el nombre de los ríos infernales. Al lado del asiento del oráculo corría el Aqueronte, y no muy lejos de él el Cocito, «así llamado por los lamentos angustiosos escuchados en la desconsolada corriente». Quizá se podría identificar el lugar exacto en que era llevada a cabo toda esa comunicación con el otro mundo con una aldehuela llamada en la actualidad Glyky, en la cual se han encontrado trozos de columnas de granito y fragmentos de una cornisa de mármol blanco, que podrían indicar el emplazamiento de un templo antiguo. El río Aqueronte, llamado en la actualidad Suliotico o Fanariotico, nace aquí entre las agrestes y áridas montañas del que fue famoso Suli, y sus aguas turbias, perezosas y cubiertas de hierbajos se van abriendo camino sinuoso a través de un gran trecho de llanura pantanosa, hasta desembocar en el mar. Antes de llegar a la llanura procedente de las montañas, que se levantan detrás de él como un muro enorme de color gris, el río corre por una garganta honda y sombría, uno de los estrechos valles más profundos y oscuros de toda Grecia. A ambos lados de la corriente se levantan, perpendiculares desde el mismo borde del agua, precipicios de cientos de metros de altura, salientes y hendiduras empenachados con encinas y arbustos enanos. A mayor altura, donde los lados del valle se abren y abandonan la perpendicular, las montañas se remontan a alturas superiores a los novecientos metros, mientras realzan la sombría magnificencia del escenario los negros bosques de pinos que se agarran a sus empinadas laderas. Un sendero peligroso que sigue un estrecho reborde lleva hasta muy arriba de la ladera montañosa, y el viajero que se permite mirar hacia abajo y penetrar con la vista en la imponente profundidad de la barranca descubre allá en lo hondo las aguas rápidas del río,

que se apresuran cubiertas de espuma y se lanzan a veces en una cascada que se desploma en un abismo tenebroso, pero tan lejos, tan lejos, que incluso el rugir de las aguas que caen al vacío se pierde a mitad de camino y no llega a alcanzar el oído del impresionado caminante. En la totalidad del panorama se combinan en tal medida elementos de grandeza, soledad y desolación que el conjunto llega a oprimir la mente y a despertar en ella sentimientos de temor religioso y de melancolía, de modo que termina por hallarse predispuesta a la comunicación con los seres sobrenaturales. No hay por qué maravillarse, pues, si en esas ásperas montañas, en esos melancólicos pantanos, en esas tristes corrientes de agua, creían los antiguos contemplar los lugares predilectos de los espíritus de los muertos.

Otro oráculo de los muertos se hallaba en Heraclea de Bitinia. El rey espartano Pausanias, que derrotó a los persas en la batalla de Platea, acudió a visitar aquel oráculo, y en él trató de hacer salir de las profundidades al espíritu de una doncella bizantina llamada Cleónice, y de captar su voluntad, pues le había dado muerte accidentalmente. El espíritu de la joven se apareció al rey y le anunció en términos bastante ambiguos que todas sus inquietudes desaparecerían tan pronto como hubiese retornado a Esparta. La profecía se cumplió, en verdad, pues el rey no tardó en morir.

No nos ha llegado información alguna referente al modo que tenían los espíritus de aparecerse y responder a las preguntas que se les hacían en esos lugares; de ahí que no podamos decir si los fantasmas se dejaban ver por el mismo que los interrogaba o solamente por el mago que los conjuraba y los traía de la morada de los muertos; tampoco sabemos si la persona favorecida con esas apariciones las veía en sueños o en estado de vigilia. Sin embargo, se sabe que en algunos de esos oráculos griegos de los muertos la comunicación con las almas de los fallecidos tenía lugar durante el sueño. Tal era, por ejemplo, la cos-

tumbre imperante en el oráculo del adivino Mopso de Cilicia. Plutarco nos cuenta que en una ocasión el gobernador de Cilicia, escéptico en religión y amigo de los filósofos epicúreos, que se burlaba de lo sobrenatural, decidió poner a prueba el oráculo. Para ello escribió una pregunta en una tablilla, y sin haber comunicado a nadie lo que había escrito, la envolvió en un lienzo, selló el envoltorio y lo entregó a uno de sus libertos, con la orden de llevarlo al oráculo y plantear al vidente la pregunta así formulada. En consecuencia, el hombre pasó la noche durmiendo, de acuerdo con la costumbre, en el santuario de Mopso, y a la mañana siguiente se presentó ante el gobernador y le dio cuenta de un sueño que había tenido. Había visto a un hombre bien parecido de pie a su lado, que había abierto los labios, y tras haber pronunciado una única palabra, «negro», se había desvanecido inmediatamente. Los amigos del gobernador, que se habían reunido para escuchar el mensaje del otro mundo y reírse de él, se miraron sin saber qué hacer con tan lacónica respuesta, pero, en cambio, el gobernador, tan pronto hubo oído la palabra comunicada a su servidor, cayó de rodillas y mostró en el rostro las señales de la mayor devoción. Los motivos de postura tan poco habitual en él aparecieron con claridad a la vista de todos cuando fue traída la tablilla, y roto el sello que celaba la pregunta fue leída ésta, en voz alta, ante los presentes. Pues lo que el gobernador había escrito en la blanda cera era lo siguiente: «¿Debo sacrificar un toro blanco o uno negro?». Lo adecuado de la respuesta dejó sin aliento incluso a los incrédulos filósofos epicúreos; y en lo que respecta al gobernador en persona, ofreció el toro negro en sacrificio y siguió venerando hasta el fin de sus días al muerto adivino Mopso

El piadoso Plutarco, que da cuenta con evidente satisfacción de tan triunfante refutación de una trivial falta de fe, nos ha dejado el relato de otro incidente de similar naturaleza que se de-

cía había ocurrido en Italia. Un individuo llamado Elíseo, que era hombre muy rico y había nacido en la ciudad griega de Terina, de la región del Brucio (actual Calabria), había perdido a su único hijo y heredero, Eutino, que había muerto de muerte misteriosa y súbita. Temeroso de que en la extraña muerte de quien había de ser el heredero de todos sus bienes hubiese intervenido la mano del hombre, el acongojado padre recurrió al oráculo de los muertos. Ofreció en él un sacrificio y de acuerdo con lo acostumbrado en tales consultas cayó dormido y tuvo un sueño. Le pareció ver a su propio padre, de pie junto a él, de modo que le rogó y suplicó lo ayudase a descubrir al autor de la muerte del hijo. «Con ese preciso propósito he venido —le respondió el espectro—, y te ruego aceptes lo que te va a comunicar el joven que me acompaña»; y señalaba al pronunciar las anteriores palabras a un joven que se encontraba a sus espaldas y que se parecía como una gota de agua a otra gota de agua al hijo cuya pérdida lloraba Elíseo. Sorprendido ante la extraordinaria semejanza, el desconsolado padre preguntó al muchacho: «¿Quién eres tú?», a lo que el fantasma respondió: «Soy el espíritu de tu hijo. Toma». Y entregó a Elíseo una tablilla en la que había grabados unos versos, según los cuales su hijo había muerto de muerte natural, pues la muerte le resultaba más atractiva que la vida.

En la antigüedad, los nasamón, tribu del norte de Libia, solían dormir sobre las tumbas de sus antepasados con el fin de tener sueños oraculares; probablemente creían que las almas de los fallecidos se levantaban de sus tumbas para advertir y consolar a sus descendientes. Algunas de las tribus tuareg del desierto del Sahara practican todavía la misma costumbre. Cuando los hombres se hallan ausentes, en expedición a lugares lejanos, sus mujeres, vestidas con sus más escogidas ropas, acuden a tenderse sobre las tumbas antiguas, en las que tratan de comunicarse con el alma de alguno que pueda darles noticias de

sus maridos. Solicitado por ellas se presenta un espíritu llamado Idebni, que se les aparece bajo la forma de un hombre. Si la mujer consigue agradar al espíritu, éste le cuenta todo lo sucedido durante la expedición; pero si fracasa en sus tentativas de ganarse su benevolencia, el espíritu la estrangula. Algo semejante ocurre en el Sahara septentrional. «En las proximidades del *uadi* Augidit existe un grupo de grandes tumbas de forma elíptica. Las mujeres azgar, cuando desean recibir noticias del marido, hermano o amante ausentes, acuden a esos lugares y se echan a dormir en ellos. Se dice que creen con seguridad que han de tener apariciones en las que se les revelarán las noticias buscadas». También los toradja, que viven en las Célebes centrales, tienen la costumbre de ir a dormir algunas veces a las tumbas, con el fin de pedir consejo en sueños a algún espíritu.

La descripción más completa de la evocación del espíritu de los muertos que pueda hallarse en la literatura griega pertenece a la tragedia titulada *Los Persas*, del gran poeta Esquilo. El escenario de la obra teatral se levanta junto a la tumba del rey Darío, en la que la reina Atosa, mujer de Jerjes, espera con ansiedad noticias de su esposo y del poderoso ejército que ha levantado y conducido contra Grecia. Llega un mensajero con las nuevas de la completa derrota de los persas en la batalla de Salamina. Llevada del pesar y la consternación, la desventurada reina decide evocar de la tumba el espíritu de Darío y pedirle consejo en tan gran emergencia. Y para ello ofrece sobre la tumba libaciones propiciatorias de leche, miel, agua, vino y aceite de oliva, mientras al mismo tiempo el coro entona himnos con los que pide a las sagradas deidades infernales restituyan el alma de Darío de las tinieblas de aquella mansión a la luz del día. Correspondiendo a los ruegos aparece la sombra de Darío, y al enterarse del desastre que ha caído sobre el ejército persa aconseja y pone sobre aviso al afligido pueblo. En la narración se da a entender con claridad que el espíritu aparece a

plena luz del día, y no tan sólo en un sueño, ante aquellos que lo han evocado; pero nunca podremos saber con certeza si el poeta describe alguna forma griega o persa de necromancia o si simplemente está haciendo uso de su imaginación. Probablemente la descripción está basada en ritos llevados a cabo ordinariamente por los nigromantes griegos, ya fuese en los oráculos permanentes de los muertos o en las tumbas de las personas individuales a las que se deseaba consultar. El filósofo pitagórico Apolonio de Tiana conjuró, según cuenta su biógrafo Filostrato, el alma de Aquiles y la hizo salir de su sepulcro de Tesalia. El espíritu del héroe brotó del montículo que lo cubría y se apareció bajo la forma de un joven apuesto y de elevada estatura, que se puso a conversar con el sabio de la manera más afable, y se quejó de que los habitantes de Tesalia habían dejado hacía ya mucho tiempo de traer ofrendas a la tumba, por lo que le rogaba que les llamase la atención y les reprochase su negligencia. Cuando Plinio era todavía joven, cierto gramático llamado Apion afirmó haber evocado el espíritu de Homero y haberle preguntado acerca de sus padres y del lugar de su nacimiento; pero se negó a revelar las respuestas que le había dado el espectro; de ahí que las edades posteriores no hayan podido aprovechar los resultados de la audaz empresa para resolver en sus mismas fuentes el problema relativo a aquellas circunstancias personales del poeta.

El también poeta Lucano nos ha dejado, en su ampuloso y poco elegante estilo, el tedioso relato de la entrevista que, según él, había mantenido Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande, con una maga de Tesalia poco antes de la batalla de Farsalia. Deseoso de conocer por anticipado cuál habría de ser el resultado del enfrentamiento, el indigno hijo de tan gran padre, como lo llama Lucano, echó mano, no de los oráculos legítimos de los dioses, sino de las artes viles de brujas y nigromantes. Ante su requerimiento, una bruja asquerosa, que tenía la

morada entre las tumbas, devolvió a la vida el cadáver de un individuo que no había recibido sepultura, y el espíritu de tal manera devuelto temporalmente a su morada terrena expone la conmoción que ha presenciado entre las sombras del mundo de los muertos ante la noticia de la catástrofe que no tardará en caer sobre el mundo romano. Una vez entregado el mensaje, el individuo muerto pide como favor particular se le permita morir por segunda vez definitivamente. La bruja concedió lo que se le solicitaba, y con gran amabilidad levantó una pira en honor del muerto, a la que éste se dirigió sin ayuda alguna y en la que fue reducido a cenizas. No cabe duda de que las hechiceras de Tesalia gozaban de amplia fama en la antigüedad, y resulta bastante probable que la necromancia fuese una de las artes negras que profesaban; pero no se puede confiar en la descripción ricamente coloreada que nos da Lucano acerca de los ritos que aquellas mujeres empleaban al evocar a los espíritus. Más verosímil resulta la noticia que nos da Horacio en lo que se refiere a los procedimientos empleados por dos brujas; según parece, aquellas mujeres derramaban la sangre de un cordero negro en un hoyo, cuando querían evocar a los espíritus para que respondiesen a las preguntas que se les formulaban. Tíbulo habla de una hechicera que conjuraba a los espectros de los muertos y los hacía salir de sus tumbas por medio de cánticos; y durante el reinado de Tiberio, un joven de prosapia, pero algo escaso de luces, llamado Libo, que tenía cierta afición por la magia negra, pidió a un tal Junio que le evocase los espíritus de los muertos por medio de exorcismos.

Según se dice hubo más de un emperador romano inicuo que recurrió a la necromancia con la esperanza de mitigar el espanto que en su inquieta conciencia despertaba, como si fuese un espíritu sediento de venganza, el recuerdo de los crímenes que había cometido. Sabemos que el monstruoso Nerón no volvió a conocer la paz del espíritu después que hubo dado

muerte a su madre Agripina; a menudo confesó que se sentía perseguido por el espíritu de la muerta y por las Furias, que lo acosaban con látigos y antorchas encendidas, y que los ritos mágicos con los que intentaba conjurarla y hacerle venir del mundo de los muertos para aplacar su ira resultaban inútiles. También Caracalla, tirano enloquecido y sangriento, soñaba que lo acosaban espada en mano los fantasmas de su padre Severo y de su hermano Geta, asesinado; y para tratar de aliviar el terror que le invadía solicitó la ayuda de los magos. Entre los espíritus evocados en su provecho se contaron los del padre del emperador y los del emperador Cómodo. Pero de los espectros así sacados de su tumba ninguno se dignó conversar con el regio asesino, con la excepción del blando espíritu de Cómodo, y aun él se negó a pronunciar cualquier palabra de consuelo o esperanza, y se limitó a hacer oscuras alusiones a un terrible juicio próximo, lo que tuvo la única virtud de llenar de nuevo espanto la ya demasiado atormentada alma de Caracalla.

Además de los pueblos civilizados, también han practicado las artes de la necromancia los pueblos bárbaros. En algunas tribus africanas ha predominado la costumbre de consultar a los espíritus de reyezuelos o jefes muertos, para obtener oráculos, por medio de un sacerdote o sacerdotisa, que se decía inspirado por el alma de algún gobernante muerto y pretendía hablar en su nombre. Por ejemplo, entre los baganda, que vivían en el centro de África, se levantó un templo al espíritu de cada rey muerto y en él se conservó reverentemente la mandíbula inferior del personaje; pues aunque parezca curioso, la parte del cuerpo a la que se agarra con mayor persistencia el alma de un baganda muerto es la mandíbula. El templo, gran cabaña cónica del modelo corriente, se hallaba dividido en dos; había en él una cámara interior y una cámara exterior; la preciosa mandíbula erá guardada a salvo en un pequeño recinto excavado en el suelo de la cámara interior o *sancta sanctorum*. El profeta o

médium, cuya tarea consistía en dejarse inspirar de vez en cuando por el espíritu del monarca fallecido, practicaba su sagrado oficio bebiendo un sorbo de cerveza y un sorbo de leche en la calavera real. Cuando el espíritu deseaba manifestarse, se sacaba de la cámara interior la mandíbula, envuelta en un adornado paquete que se colocaba sobre un trono de la cámara exterior, donde se congregaba la gente para escuchar el oráculo. En tales ocasiones, el profeta de turno se acercaba al trono y dirigiéndose al espíritu le informaba del asunto que había suscitado la reunión. Luego fumaba una o dos pipas de tabaco casero; el humo despertaba en él el espíritu profético, de modo que empezaba a hablar y delirar, con la misma voz y expresiones características del fallecido monarca; pues se pensaba que en esos momentos de trance le poseía el alma del rey. Sin embargo, sus rápidas palabras resultaban difíciles de entender, por lo que un sacerdote que se encontraba allí para tal fin las interpretaba y traducía para aquel que había hecho la consulta. El rey del momento consultaba periódicamente de ese modo a sus antecesores muertos acerca de asuntos de estado, y visitaba uno tras otro los templos en que eran guardadas con religioso celo las sagradas reliquias.

Entre las tribus bantúes que habitan la gran meseta del norte de Rodesia, los espíritus de los jefes muertos se apoderan a veces del cuerpo de hombres o mujeres vivos y profetizan por su boca. Cuando un espíritu se adueña de esa manera de un individuo, éste comienza a rugir como un león, y las mujeres se juntan y comienzan a tocar los tambores, al mismo tiempo que dan grandes gritos para advertir que el jefe ha acudido a visitar el poblado. La persona poseída anuncia guerras futuras y pone a la gente en guardia contra la próxima visita de leones. Mientras le dura el arrebato profético, no se le permite al médium comer nada que haya sido cocido, sino tan sólo masa de pan sin fermentar. Sin embargo, el don de la profecía suele descender

sobre las mujeres más que entre los hombres. Esas profetisas dan a conocer que las posee el alma de algún jefe muerto, y cuando sienten la inspiración divina se pintan de blanco la cara para llamar la atención; luego se cubren de harina, que tiene propiedades religiosas y santificantes. Una de las mujeres comienza a tocar el tam-tam, mientras las otras danzan y cantan al mismo tiempo un canto extraño dividido por curiosos intervalos. Finalmente, cuando han conseguido alcanzar las cimas requeridas de exaltación religiosa, la mujer poseída se deja caer al suelo y prorrumpe en un canto bajo y casi inarticulado, que en medio del silenció respetuoso de los presentes es interpretado por el hechicero; éste afirma que se trata de la voz del espíritu en persona.

Entre los negros de lengua ewe del sur de Togo, cuando se han terminado las exequias funerales, se acostumbra a evocar el espíritu del fallecido. Sus parientes llevan al sacerdote un poco de comida preparada y le dicen que desean traer agua para el espíritu del hermano desaparecido. El sacerdote recibe en consecuencia de ellos alimentos, vino de palma y conchas de ciprea o cauri, que hacen el oficio de dinero; luego se retira a su aposento con ellos y cierra la puerta detrás de sí. Entonces evoca al espíritu, que al presentarse comienza a llorar y a conversar con el sacerdote. A veces hace observaciones generales acerca de la diferencia que existe entre la vida en este mundo nuestro y la vida de la morada de los muertos; otras veces entra en detalles acerca de las circunstancias de su propia muerte; a menudo menciona el nombre del malvado brujo que lo ha matado con sus encantamientos. Cuando los amigos del hombre muerto que esperan fuera oyen los lamentos y quejas del espíritu que salen del cerrado aposento, se sienten movidos a compasión y exclaman a voces: «¡Te compadecemos!». Por último, el espíritu les desea que se consuelen y se va. Una tribu de negros de las fronteras de Liberia, los kissi, suele consultar como oráculos a

las almas de jefes muertos por medio de estatuillas que levantan los indígenas junto a las tumbas de los fallecidos. Para llevar a cabo la consulta, se colocan las estatuillas sobre una plancha de madera que sostienen dos hombres sobre la cabeza; si esos porteadores permanecen inmóviles, se supone que el espíritu ha respondido «no» a lo preguntado; si se mueven de un lado a otro o de delante atrás, se supone que la respuesta ha sido «sí». En la isla de Ambrym, una de las Nuevas Hébridas, se emplean también estatuas de madera que representan a los antepasados, con el fin de establecer comunicación con las almas de los muertos. Si un hombre se encuentra en apuros, toca un pito cuando cae la noche, en las proximidades de la estatua del antepasado, y si oye un ruido cree que el alma del pariente muerto ha penetrado en su imagen, con lo cual cuenta sus cuitas a la efigie y ruega al espíritu le preste su ayuda.

Los maoríes de Nueva Zelanda temían y reverenciaban los espíritus de sus consanguíneos, en especial los de los jefes y guerreros muertos, de los que se creía se mantenían constantemente ojo avizor sobre los supervivientes de la tribu, para protegerlos durante las batallas y para anotar cualquier transgresión de las leyes sagradas del tabú. Normalmente esos espíritus moraban bajo tierra, pero podían regresar al mundo terrenal a voluntad, y penetrar en el cuerpo de los vivos o incluso en la sustancia de los objetos inanimados. Algunas tribus guardaban en sus casas pequeñas imágenes labradas en madera, dedicadas cada una de ellas al espíritu de un antepasado, del que se suponía penetraba en la imagen con motivo de ocasiones particulares a fin de mantener conversaciones con los vivos. Semejantes espíritus ancestrales (*atua*) podían comunicarse con los vivos durante el sueño, y también, más directamente, hablando con ellos en el curso de la vigilia. Sin embargo, sus voces no se parecían a las de los mortales, sino que consistían en una especie de sonidos misteriosos mitad silbido, mitad susurro. El autor

inglés al que debemos todos esos detalles gozó del privilegio de conversar de esa manera con las almas de dos jefes que llevaban muertos largos años. La entrevista tuvo lugar gracias a los buenos oficios de una anciana, una especie de pitonisa de En-dor maorí, a cuyos conjuros acudían, según se suponía, los espíritus ancestrales de la tribu.

En Nukahiva, una de las islas Marquesas, los sacerdotes y las sacerdotisas aseguraban poseer el poder de evocar los espíritus de los muertos, que tomaban residencia temporal en los cuerpos de los médiums y desde allí conversaban con los parientes vivos. La ocasión en que se solía evocar a los espíritus solía ser, por lo general, la enfermedad de algún miembro de la familia, de cuya parte sus amigos deseaban tener el provecho del consejo espectral. A comienzos del siglo XIX vivió en la isla un escritor francés, que presenció personalmente una de esas entrevistas con el espíritu de un muerto y nos dejó su descripción. El encuentro tuvo lugar por la noche en la casa de una persona enferma, y su objeto era averiguar el curso que iba a seguir la enfermedad. Actuaba como médium una sacerdotisa, que dio la orden de apagar todas las luces y dejar a oscuras la habitación. Se evocó el espíritu de una mujer que había muerto hacía ya unos años y había dejado detrás de ella no menos de doce viudos inconsolables que llorasen su pérdida. El hombre ahora enfermo era uno de los doce viudos, y aunque había sido el marido favorito de la fallecida, el espíritu de ésta le anunció la muerte próxima sin ambages ni circunloquios. Pareció como que la voz de la muerta provenía al principio de una gran distancia y que se acercaba cada vez más, hasta instalarse en el mismo techo del recinto.

En las ceremonias de iniciación, que son llevadas a cabo todos los años, los marindinis, tribu de las costas meridionales de Nueva Guinea holandesa, evocan del mundo de los muertos las almas de los antepasados; para ello se juntan y durante una ho-

ra dan recios golpes en el suelo con el extremo inferior de hojas de cocotero. La evocación tiene lugar durante la noche. También los toradja de lengua bare'e, que habitan las Célebes centrales, evocan en sus fiestas las almas de los jefes y héroes que han muerto, espíritus guardianes del poblado, y para ello golpean el suelo del templo con bastones.

Entre los kayan de Borneo, cuando surge una disputa referente al reparto de los bienes de una persona recientemente fallecida, se recurre algunas veces a los servicios de un mago o bruja, que evoca el espíritu del muerto y le interroga acerca de sus intenciones en lo tocante a la distribución de sus propiedades. Sin embargo, la evocación no puede ser llevada a cabo hasta que haya sido recogida la cosecha posterior a la muerte de aquel al que ahora se pretende interrogar. Una vez llegado el día en que ha de ser celebrada la entrevista, se fabrica una casita de juguete para albergar en ella al espíritu visitante, y se la coloca en la veranda de la casa, al lado de la puerta de los aposentos del hombre muerto. Además, para que el espíritu pueda regalarse y descansar de su largo viaje, se ponen en la casita que se le ha destinado alimentos, bebida y cigarrillos. El mago se instala junto a la morada de juguete que servirá de albergue temporal al espíritu y entona la invocación; en ella pide al alma del muerto que acuda a alojarse en la casita que ha sido dispuesta para él, y va mencionando uno tras otro el nombre de todos los miembros de su familia. De vez en cuando echa una mirada a la casita, y al fin anuncia que han sido consumidos los alimentos y bebida ofrendados al espíritu. La gente cree entonces que el alma evocada ha entrado en la casita que había sido hecha para ella; el brujo hace como que está prestando atención a un murmullo que viene del interior y hace ademanes de sorpresa o chasquidos con la lengua de vez en cuando. Por último, declara la voluntad del muerto en lo referente a la distribución de los bienes, y para ello habla en la primera persona e imita el

modo de hablar y demás peculiaridades del muerto. Por lo general se obedecen las instrucciones recibidas de esa manera y se zanja la disputa.

Los batak, del centro de Sumatra, creen que las almas de los muertos, al ser incorpóreas, sólo pueden comunicarse con los vivos a través de la persona de un vivo, de modo que para conseguir tal comunicación escogen a un médium apropiado que, en su condición de vehículo del mensaje espectral, imita la voz, los ademanes, la forma de andar e incluso la forma de vestirse del muerto, y lo hace con tanta fidelidad que los familiares sobrevivientes se sienten a menudo impulsados a derramar lágrimas ante la estrecha semejanza. Por boca del médium, el espíritu revela su nombre, menciona a sus conocidos y da cuenta de los asuntos a que se dedicó aquí en la tierra. Descubre secretos familiares que había mantenido guardados durante su vida, y ese descubrimiento lleva a sus parientes la certeza de que se trata realmente del espíritu de su fallecido hermano que conversa ahora con ellos. Si uno de los miembros de la familia está enfermo, se pregunta al espíritu cuál será el desarrollo de la enfermedad, si el paciente vivirá o morirá. Si estalla una epidemia, se evoca al espíritu y se le ofrecen sacrificios, para que preserve al pueblo del contagio. Si un hombre carece de descendencia, se dirige al espíritu a través de un médium y le pregunta qué debe hacer para tener hijos. Cuando se ha perdido algo o algo ha sido robado, se conjura a un espíritu para que diga si los bienes desaparecidos habrán de ser recobrados. Si alguien se ha extraviado en medio de la selva o en alguna otra parte y no ha regresado al hogar, los angustiados amigos recurren una vez más al espíritu, para que les diga a través del médium correspondiente qué le ha sucedido al desaparecido y dónde se le ha de buscar. Si se le pregunta a un médium de qué manera toma posesión de él el espíritu de un muerto, dice que ve al espíritu que viene hacia él, y que siente como si su cuerpo

fuese arrastrado, que sus pies se hacen más ligeros y le parece dar grandes saltos, que las personas que están a su alrededor le parecen de menor tamaño y como si hubiesen adquirido un tinte rojizo, y que sucede como si las casas girasen a su alrededor. Pero la posesión no es continua; de vez en cuando, durante el arrebato, el espíritu abandona el cuerpo del médium y se mueve por las cercanías. Una vez pasado el trance, el médium suele caer enfermo y a veces termina por morir.

La necromancia ha sido practicada por los hombres en medio de las nieves y de los hielos del Ártico, lo mismo que en las selvas y bosques tropicales. Entre los esquimales de la península de Labrador vivía un chamán que solía hacerse agradable a sus amigos mediante la evocación de los espíritus de los muertos, siempre que los vivos deseaban saber noticias referentes al bienestar de los fallecidos o de las peripecias sucedidas a los parientes ausentes en el mar. El mago comenzaba vendando los ojos del que deseaba hacer la consulta, y luego daba tres golpes cortos y secos en el suelo con un bastón. Al tercer golpe el espíritu hacía su aparición y respondía a las preguntas que le dirigía el chamán. Una vez suministrada la información requerida, el espíritu solía ser despachado y enviado de vuelta a su morada habitual con otros tres golpes dados en el suelo. Esa especie de necromancia recibía el nombre de conjuro del bastón. Los esquimales de Alaska emplean un procedimiento parecido para llamar a sus muertos. Ese pueblo cree que los espíritus de los fallecidos emergen del mundo subterráneo y penetran en el cuerpo del chamán, que habla en voz alta con ellos, y tras haber escuchado la respuesta a lo que deseaba saber los envía de vuelta a la morada de ultratumba con una patada en el suelo. Los escépticos afirman que las respuestas dadas por el espíritu a las preguntas que se le hacen son producto de la ventriloquia.

En China, donde el culto a los muertos forma parte principal de la religión del pueblo, la práctica de la necromancia es, natu-

ralmente, común; en la actualidad parece ser que los que se dedican a ella son principalmente las mujeres ancianas. Tales nigromantes, por ejemplo, abundan en Cantón y en Amoy. Durante su residencia en Cantón, el archidiácono Gray presenció numerosas manifestaciones de las habilidades de aquellas mujeres.

Según se dice, la costumbre de evocar a los espíritus de los muertos para consultarlos se halla muy extendida en Amoy, donde los nigromantes son mujeres que no tienen otra profesión. Los miembros del sexo masculino no tienen una opinión demasiado elevada de la veracidad de esas mujeres, y decirle a un hombre, en el curso de una conversación ordinaria, que «levanta a los muertos de sus tumbas», es considerado casi como una ofensa, equivalente a lo que sería llamarle mentiroso. De ahí que esos nigromantes del sexo femenino prefieran por lo regular reservar sus prácticas para las personas de su mismo sexo, a fin de no arriesgarse a exponer los elevados secretos de su profesión a la burla de los escépticos individuos del sexo masculino. De modo que cuando el cliente es una mujer, toda la operación es llevada a cabo a puerta cerrada, en los aposentos privados de la consultante; en caso contrario la consulta tiene lugar en la sala principal, sobre el altar doméstico, y pueden asistir a ella todos los habitantes de la casa. Son muchas las familias que tienen por norma interrogar, por intermedio de esas hechiceras o pitonisas, a todos los familiares muertos, por lo menos una vez, no mucho después de que él o ella hayan fallecido, y se interesan acerca de si las almas se encuentran a gusto en el otro mundo, o si necesitan de algo que la familia pueda hacer por puro amor por ellas con el fin de mejorar de alguna manera su incómoda situación. Se escoge para llevar a cabo la ceremonia un día de buen agüero, y luego se friega y barre a fondo la habitación, porque los espíritus sé caracterizan por su profunda aversión al polvo y a la suciedad. Sobre el altar do-

méstico se depositan alimentos y golosinas y se quema incienso, para seducir al espíritu y atraerlo a la entrevista; y si ésta ha de tener lugar en una cámara cerrada y en secreto, se utiliza una mesa ordinaria en lugar del altar. En este caso, una vez llegada la médium, es necesario que una de las mujeres vaya al altar, en donde se encuentran depositadas las tablillas que según las creencias de esas gentes sirven de morada a las almas de los miembros fallecidos de la familia. La mujer enciende en el altar dos velas y tres bastones de incienso, e invita al espíritu de turno a que abandone su tablilla y la siga. Entonces, con el incienso entre los dedos, regresa despacio a la habitación en que ha de tener lugar el encuentro e hinca los bastoncillos en un cuenco o taza que contiene un poco de arroz sin cocer. Entonces la médium empieza su trabajo y comienza a entonar fórmulas de encantamiento al mismo tiempo que tañe las cuerdas de una lira o golpea el parche de algún tambor. Poco a poco sus movimientos se hacen convulsos, se balancea hacia adelante y hacia atrás, y brota el sudor de su piel. Todas esas cosas son tenidas por pruebas de que el espíritu ha llegado. Dos mujeres sostienen a la médium y la depositan en una silla; la médium cae entonces en un estado de semisomnolencia y permanece durante algún tiempo como si estuviera ausente, con los brazos apoyados sobre la mesa. A continuación las presentes le cubren la cabeza con un velo negro, y en ese estado hipnótico comienza ella a responder las preguntas que se le formulan; al dar las respuestas la médium se agita en su asiento, se estremece, y golpea nerviosamente la mesa con los puños o con un bastón. Por su boca habla el espíritu y cuenta cuál es su situación en el otro mundo, y da instrucciones a los asistentes acerca de lo que pueden hacer para mejorarla o incluso para redimirle por completo y definitivamente de los sufrimientos que le atormentan. Informa también acerca de las vicisitudes que corren los sacrificios que se le ofrecen; si esos sacrificios llegan normalmente a

su destino, intactos, o si sufren alguna pérdida o daño en el proceso de transmisión de uno a otro mundo; da cuenta también de sus deseos y de sus necesidades. Asimismo da, en provecho de sus parientes, algunos consejos referentes a los asuntos domésticos, aunque sus palabras resultan a menudo ambiguas y sus observaciones tienen a veces poca o ninguna relación con aquello que se le ha preguntado. De vez en cuando, la médium mantiene en un susurro monólogos o más bien conversaciones con el espíritu. Por último, la médium o vidente se estremece de pronto, se despierta y poniéndose de pie declara a los asistentes que el espíritu se ha ido. Tras haberse quedado con el arroz y los bastoncillos de incienso del cuenco, recibe sus honorarios y se despide de los consultantes. «Como es de suponer, las diversas etapas de la condición de la médium a lo largo de toda la conferencia son consideradas por los asistentes como otros tantos momentos diferentes de la comunicación con el otro mundo. Pero nosotros estamos autorizados a tenerlos por síntomas de desarreglos psíquicos y de alteraciones nerviosas. Los espasmos y convulsiones de la médium son interpretados como señales de que está poseída por un espíritu, ya se trate de aquel que ha sido consultado o de aquel otro con el que ella tiene comunicación normalmente y que es además el responsable de las dotes de vidente de la médium, dotes que le permiten después ver al espectro evocado. Y los raptos hipnóticos son, según propia confesión, aquellos momentos en que su alma la abandona, para dirigirse al otro mundo y en él encontrarse con el espíritu de turno y conversar con él. Cuando habla en un susurro es que se halla en comunicación con el espíritu que la posee o con el espectro que ha sido consultado. Se podría preguntar cómo es que el alma de la médium se ve obligada a desplazarse hasta el otro mundo para entrevistarse con un espíritu del que se dice habita en las tablillas que hay sobre el altar. Mas para semejante pregunta no parece haber respuesta».

A partir de este relato se podría pensar que a veces las hechiceras o pitonisas chinas no evocan directamente las almas de los muertos, sino por intermedio de un espíritu familiar que las sirve y se halla bajo sus órdenes. Así, el archidiácono Grey nos informa que «en China, igual que en otros lugares, se encuentran personas — por lo general mujeres ancianas— que aseguran tener a su servicio espíritus familiares, y que se dicen dotadas de la capacidad de hacer venir a este mundo las almas de los muertos para conversar con los vivos». En ese particular, las hechiceras chinas se parecen a las antiguas pitonisas hebreas, que a lo que parece dependían de los espíritus familiares para evocar los espectros; pues cuando Saúl quiso entrevistarse con el espíritu de Samuel, le dijo a la hechicera: «Te ruego me adivines por el espíritu conjurador de los muertos y hagas se me aparezca el que yo te diré».

Todos esos ejemplos podrán servir para evidenciar cuán extendida ha estado la práctica de la necromancia entre todas las razas humanas.

XVIII. EL PECADO DE EMPADRONAMIENTO

En los dos libros de Samuel y en el libro de Crónicas o Paralipómenos figuran dos conocidos relatos por los cuales nos enteramos de que hubo un período en la vida de Jehová en que ese Dios alimentaba singular antipatía contra la práctica del empadronamiento y la consideraba un crimen de peor catadura incluso que el de pisar un umbral o el de hervir la leche[*].

Según parece, Jehová, o Satanás, inspiró a David la poco afortunada idea de contar el pueblo de Israel. Cualquiera que haya podido ser el origen inmediato de la inspiración —pues sobre ese punto discrepan los autores sacros— sus resultados, o al menos sus consecuencias, fueron desastrosas. El censo de la gente fue seguido inmediatamente de una epidemia de peste, que la opinión popular consideró justa retribución por el hecho de haber cometido el pecado de empadronamiento. La excitada imaginación de los individuos azotados por la peste llegó incluso a ver en las nubes la figura del Angel exterminador con la espada desenvainada dirigida contra la ciudad de Jerusalén; algo similar a lo ocurrido durante la gran peste que asoló la ciudad de Londres; si hemos de creer a D. Defoe, una gran multitud que se congregó en las calles de la infortunada ciudad creyó contemplar suspendida en el aire la misma terrible aparición. Mas en el caso del pueblo hebreo, el Angel de la Muerte no volvió a su funda la desenvainada espada, y no cesó el duelo en las calles de Jerusalén hasta que el contrito rey no hubo confesado su pecado y ofrecido un sacrificio para aplacar la cólera de la ofendida divinidad.

Las objeciones que Jehová, o más bien los judíos, oponían a la práctica del empadronamiento parecen no ser otra cosa que

un caso particular de la aversión general que sienten muchas gentes ignorantes a que se las cuente, o a que se les cuente el ganado o cualesquiera otros bienes que posean. Tan curiosa superstición, pues no se trata de otra cosa que de eso, se halla muy extendida entre los pueblos de raza negra de África.

Por ejemplo, entre los bakongo, que viven en las tierras bajas del Congo, «se cree que el hecho de que una mujer cuente a sus hijos así, uno, dos, tres, etcétera, trae muy mala suerte, pues los espíritus al acecho podrían oírla y quitarle alguno de los contados y hacerle morir. Incluso a los mismos adultos no les gusta que los cuenten, porque temen que el contarlos sería una manera de atraer sobre ellos la atención de los espíritus malignos, y que por el hecho de haber sido contados no tardarían en morir. En 1908 los funcionarios del gobierno del Congo quisieron hacer un empadronamiento, con el objeto de establecer un nuevo impuesto, y enviaron por todo el territorio a un destacamento de soldados al mando de un oficial, para llevar a cabo el recuento. A él se habrían opuesto de buena gana los bakongo, pero el oficial tenía consigo demasiados soldados; y aun así no resulta improbable que hubiesen tenido lugar enfrentamientos entre los blancos y los negros de otras partes de África, no porque los naturales se opusiesen a la nueva tasa que se les pretendía imponer, sino por el temor a dejarse contar y a arriesgarse a que los espíritus malos fijasen su atención en ellos y acudiesen a hacerlos morir». En las montañas del Congo existe otro pueblo, el de los bangala o boloki, que siente temores semejantes. «Los naturales están sujetos a una superstición y prejuicio muy enraizados entre ellos, a saber, el de negarse a que les sean contados los hijos, pues creen que de permitirlo o de dar cuenta del número exacto de ellos, los espíritus malignos lo oirán y acudirán a arrebatarles parte de la descendencia; de modo que cuando se le hace a una de esas gentes una pregunta tan sencilla como la de '¿Cuántos hijos tiene usted?', se le despiertan inmedia-

tamente los recelos supersticiosos y contestará al que sin malicia alguna le interroga: 'No lo sé'. Y si se insiste en tener una respuesta definida, responderá que tiene sesenta hijos, o ciento treinta, o en general cualquier otra cifra que en ese momento le haya acudido a la imaginación; e incluso entonces está pensando en los que de acuerdo con la costumbre indígena relativa al parentesco son tenidos por hijos suyos; y a quien pretende engañar no es al que le interroga, sino a los espíritus malignos, ubicuos y en constante acecho; y para ello cita una cifra lo suficientemente amplia como para disponer de un buen margen de seguridad».

Tampoco los masai, del África oriental, cuentan nunca sus hombres o sus bestias, ya que de hacerlo morirán, o así lo creen al menos, los unos o los otros. De ahí que al numerar grandes multitudes de gente o grandes rebaños de ganado lo hagan solamente en cifras redondas; cuando se trata de grupos pequeños de individuos o de cabezas de ganado son capaces de dar el total con aceptable precisión, sin necesidad de contar uno por uno los elementos del grupo de que se trate. Sólo se puede contar una a una a las personas o animales muertos, porque como se comprende fácilmente ya no existe entonces peligro alguno de muerte como consecuencia del recuento.

Los wa-sania, que viven en el África oriental británica, «se oponen con todas las fuerzas a que se los cuente, pues creen que uno de los que hayan sido contados no tardará en morir después de ello». Para los akamba, otra tribu de la misma región, las condiciones de vida del ganado son cosa que los trae con gran cuidado; de ahí que la gente observe celosamente determinados preceptos supersticiosos, pues se cree que su quebrantamiento traería grandes desgracias a los rebaños. Una de esas normas prohíbe terminantemente el recuento de los animales; de modo que cuando las manadas y rebaños regresan al poblado, el dueño se limita a echar una mirada por encima, pa-

ra tratar de descubrir si falta alguna bestia. Además, en esa misma tribu, el infortunio inherente al recuento no afecta solamente al ganado, sino que abarca a todos los seres vivientes de cualquier especie, y sobre todo a las muchachas. Por otro lado, otra autoridad acerca de los akamba nos dice que «no parece existir entre ellos ninguna superstición referente al recuento de las cabezas de ganado; un hombre que posea un rebaño numeroso desconoce el número exacto de animales que lo componen; pero él o sus mujeres no dejarán de percibir durante el ordeñado y con rapidez si un animal de tales o cuales características se halla ausente. Sin embargo, un individuo conoce exactamente el número de sus hijos, pero siente gran repugnancia a manifestarlo ante cualquiera que no pertenezca a la familia. Cuenta la tradición que un hombre llamado Mundawa Ngola, que vivía en las colinas Ibeti, tenía muchos hijos e hijas e iba por todos lados jactándose de lo numeroso de su familia, y diciendo que bastaban él y sus hijos para oponerse a un posible ataque por parte de los masai; y sucedió que cierto día, durante la noche, los masai cayeron sobre él y su familia y los exterminaron a todos; y las gentes de la región lo consideraron justo castigo de la vanagloria que había manifestado».

Entre los akikuyu, tribu también del África oriental de habla inglesa, «resulta difícil obtener cifras, incluso aproximadamente correctas, con respecto a las dimensiones de una familia. Mientras en otros lugares resulta natural hablar con una madre acerca de sus hijos, entre estas gentes se advierte enseguida que es una falta de tacto, por no decir otra cosa más grave. Se piensa que mencionar el número de los hijos que se tienen es algo que trae mala suerte; sentimiento sin duda similar a la aversión que, según el Antiguo Testamento, sentían los hebreos a dejarse contar. Se suele responder evasivamente a la pregunta relativa al número de hijos con un cortés 'venga a verlo usted mismo.'»

Los galla, del África oriental, creen que el recuento de las cabezas de ganado es cosa de mal agüero, y que de esa manera se impide el aumento de los rebaños. También los hotentotes piensan que es de muy mal agüero contar los miembros de una comunidad o de un grupo, pues creen que uno de los contados caerá enfermo y morirá. Según se dice, hubo una vez un misionero que por ignorar la superstición contó a la gente que trabajaba para él y pagó con la vida su imprudencia.

La aversión supersticiosa a contar la gente parece estar generalizada en todo el norte de África; en Argelia, los naturales se opusieron tenazmente a todos los intentos franceses de empadronamiento, y, según dice, la oposición se hallaba basada en gran medida en ésa repugnancia sentida al recuento. Y tampoco se limita la aversión al hecho de contar a las personas; aparece también cuando se trata de contar medidas de grano, operación que se halla revestida de carácter sagrado. Por ejemplo, en Orán, la persona encargada de contar medidas de grano debe hallarse en estado de pureza ceremonial, y en lugar de ir diciendo: uno, dos, tres, y así sucesivamente, lo que dirá es lo siguiente: «En el nombre de Dios», en lugar de uno; «dos bendiciones», en lugar de dos; «la hospitalidad del Profeta», en vez de tres; «ganaremos, si Dios quiere», en lugar de cuatro; «en el ojo del diablo», en vez de cinco; «en el ojo de su hijo», por el seis; «es Dios quien colma nuestra medida», por el siete; y así sucesivamente, hasta el doce, que es sustituido por «la perfección pertenece a Dios». Así también en Palestina, al contar las medidas de grano, algunos mahometanos dicen, para la primera, «Dios es uno»; para la siguiente, «nadie semejante a El»; para la tercera, sencillamente «tres»; y así sucesivamente, «cuatro», «cinco», etcétera, para las siguientes. Sin embargo, «existen algunos números de mala suerte, el primero de los cuales es el cinco, de modo que en lugar de mencionar esa cifra se suele decir 'tu mano', pues son cinco los dedos de la mano; también el

siete es otro número nefasto, por extraño que pueda parecer, de modo que cuando se llega a él se guarda silencio o se le sustituye por la simple palabra 'bendiciones'; en lugar del nueve los mahometanos suelen decir, 'reza en el nombre de Mahoma'; también resulta frecuente la omisión del once, y el que mide el grano suele decir 'hay diez', y pasar luego directamente al doce». Al reemplazar de esa manera los números ordinarios se pretende quizá engañar a los espíritus malignos que pueden estar al acecho para robar el grano o dañarlo, y que son supuestamente demasiado estúpidos como para comprender esos sorprendentes sistemas de numeración.

En el archipiélago de las Shortland, que se halla en el Pacífico occidental, la construcción de una casa para el jefe va acompañada de toda una serie de ceremonias y prácticas rituales. El techo es de paja, y cada uno de los remates está formado por una capa gruesa y maciza hecha con las hojas del árbol del marfil vegetal. A los que construyen la casa no se les permite que cuenten las hojas de ese árbol que recogen, pues se considera que el contarlas es de mal agüero. Y sin embargo, si el número de hojas recogidas no alcanza a cubrir el necesario, si se han recogido menos de las que hacían falta, la casa deberá ser abandonada, por muy adelantada que se encuentre ya la construcción. Por tanto, la pérdida originada por un error de cálculo semejante puede ser cuantiosa, y de sus posibles dimensiones podemos deducir lo seria que debe ser entre esos indígenas la aversión a contar las hojas, puesto que prefieren exponerse a perder todo el trabajo realizado antes que contarlas.

Entre los indios cherokee de América del Norte se observa la siguiente norma: «Los melones y las calabazas no han de ser contados con exactitud ni examinados con minucia mientras están creciendo en sus matas, pues de lo contrario se interrumpirá la maduración». En una ocasión, el oficial que se hallaba al mando del fuerte Simpson, en Columbia británica, llevó a cabo

el censo de los indios de los alrededores, y muy poco tiempo después murieron muchos de resultas de una epidemia de sarampión. Como era de esperar, los indios atribuyeron la calamidad al hecho de que se los hubiese contado, y en eso hicieron lo mismo que habían hecho los hebreos de tiempos del rey David, que achacaron la devastadora peste al pecado de empadronamiento. Los indios omaha «no conservan ningún registro de su edad; piensan que si cuentan los años que tiene les sobrevendrá alguna desgracia».

En la época actual se pueden encontrar ejemplos de semejante superstición en Europa y en Inglaterra. Los lapones solían evitar el contarse y publicar su número; y quizá aún lo sigan haciendo. Temen que semejante recuento resulte agorero y que sobrevenga una gran mortandad entre sus gentes. En las montañas de Escocia «se tiene por cosa de mal agüero el contar los individuos de una familia o las cabezas de ganado que poseen, y especialmente si se hace en viernes. El que pastorea las vacas conoce a cada uno de los animales entregados a su custodia por el color, el tamaño y otras señas particulares, pero es muy posible que ignore por completo el número total de reses que componen la manada. Y los pescadores no gustan de decir el número de salmones o de otra especie de peces que han capturado en una salida a la mar o en una sola operación de tendido de las redes, pues temen que si lo hiciesen se iría al traste su buena suerte». Aunque las palabras precedentes han sido tomadas de un escritor del siglo XVIII, se sabe que supersticiones semejantes se hallaban aún extendidas por Escocia bien entrado el siglo XIX, y es muy probable que en nuestros días aún no hayan desaparecido del todo. Nos han dicho que en las islas Shetland «el recuento del número de ovejas, de las cabezas de ganado, de los caballos, de los peces pescados o de cualquiera de las pertenencias de una persona, ya sean animadas o inanimadas, ha sido considerado siempre como algo que trae mala suerte. Se ha di-

cho también que hubo un tiempo en que se hallaba extendida la creencia de que la aparición de brotes de viruela seguía siempre a la realización de un censo». Entre los pescadores de las costas del noreste de Escocia se prohíbe contar, bajo ningún pretexto, el número de los botes que se hallan en la mar, y no se han de contar tampoco los componentes de cualquier grupo de hombres, mujeres o niños. No había nada que despertase tanto la cólera de un grupo de pescadores que caminasen trabajosamente a lo largo de un camino para vender su pescado como apuntarlos con el dedo y comenzar a contarlos en voz alta así:

«Uno, dos y tres
pescadores ahí ves;
los proteja san Andrés
este mes y otro mes».

También solían irritarse las pescaderas de Auchmithie, localidad de las costas del condado de Forfar, cuando una banda de rapaces traviesos hacía como que las contaba señalándolas con el dedo y repitiendo a coro el estribillo siguiente:

«¡Una, dos y tres!
¡Una, dos y tres!
Un montón de pescaderas
las que ahí se ven».

También traía desgracia el contar los peces cogidos o los botes de la flotilla del arenque.

En el condado de Lincoln, «no había granjero que se atreviese a contar con demasiada exactitud sus corderos durante la época de la cría. Se puede suponer que tal repugnancia se hallaba relacionada con la creencia de que el recuento exacto proporciona a los poderes malignos información que pueden luego utilizar para causar algún daño a los objetos contados. *'Brebis comptées, le loup les mange'*, dicen los franceses. Contar las ovejas es darlas al lobo. He conocido a un pastor que mostraba señales

evidentes de incomodidad cada vez que su amo, hombre que parecía no saber bien lo que se traía entre manos, aunque en otros aspectos resultase ser el mejor de los amos, insistía en querer que se le informase todas las mañanas del número exacto de corderos que las ovejas habían parido el día anterior. Puede ser que, por motivos parecidos, alguna gente, cuando se le pregunta qué edad tiene, responda: 'Tengo la de mi lengua y un poco menos, que la de mis dientes'. En *Melusine*, Gaidoz observa que los ancianos no debieran declarar su edad, y que si se insiste demasiado en preguntársela, debieran responder que tienen la misma edad que sus dedos meñiques. Los habitantes de Godarville, en Hainault, replican: 'Tengo la edad de un ternero, doce meses cada año.'» En Inglaterra, la repugnancia supersticiosa a contar las ovejas no se halla limitada al condado de Lincoln. Un amigo mío, que vive actualmente en un pueblo del sur del condado de Warwick, me escribió hace unos años lo siguiente: «Las supersticiones tardan en morir. Ayer he preguntado a una mujer cuántas ovejas tenía su marido. Me dijo que no lo sabía; y luego, al notar mi sorpresa, añadió: 'Como usted bien sabe, señor, trae mala suerte el contarlas'. Y añadió a continuación: 'Pero todavía no hemos perdido ninguna'. Sin embargo, su marido es jefe de correos, es dueño de la tienda de la aldea y en su propia opinión se halla muy por encima de sus conciudadanos campesinos».

En Dinamarca se dice que nunca se deberían contar los huevos que está empollando una clueca, pues de lo contrario se corre el riesgo de que la madre pise los huevos y mate los pollitos. Y cuando las crías han salido ya del cascarón, tampoco se las debe contar, para que no caigan en las garras de los halcones o de los milanos. Tampoco se debe contar la fruta ni las flores, pues éstas podrían marchitarse y la fruta podría caer del árbol antes de haber madurado. En el norte de la península de Jutlandia se cree que si se cuentan los ratones cogidos por el gato, o

los que uno alcanza a descubrir, los roedores se multiplicarán; y si lo que se cuentan son piojos, moscas o cualesquiera otras sabandijas, se multiplicarán igualmente. Entre los griegos y los armenios existe la superstición de que si un hombre cuenta sus verrugas, éstas se le multiplican. Por otro lado, los alemanes piensan que si una persona cuenta demasiado a menudo el dinero que posee, ese dinero irá disminuyendo gradualmente. En el alto Palatinado, que es una región de Baviera, la gente afirma que no deben ser contados los panes que hay en el horno, pues de lo contrario saldrán crudos. En la alta Franconia, también región bávara, se dice que cuando hay pastelillos en el horno no se los debe contar, porque si se hace, la Mujercita de los Bosques, que es muy golosa y que se muere por un pastel, no podrá robar ninguno, y así, al verse privada de un alimento que le es tan necesario, morirá, y con ella todas las de su especie, con lo cual los bosques se consumirán y terminarán también por morir. Por consiguiente, para impedir que el país se quede sin sus bosques, se recomienda encarecidamente no contar los pastelillos que hay en la bandeja del horno. En el noreste de Escocia solía observarse una prescripción similar, aunque por motivos ligeramente diferentes. «Cuando una familia había cocido su pan en el horno, debía abstenerse de contar las hogazas. Las hadas se comían siempre las hogazas que habían sido contadas; éstas no solían durar lo acostumbrado».

En resumen, podemos suponer con razonable grado de seguridad que la repugnancia que los judíos del tiempo de David sentían contra él censo no tenía otro origen que la simple superstición; falsa creencia que se pudo ver confirmada por un brote de peste que se manifestó inmediatamente después de haber sido realizado el censo. En nuestros días parece ser que aún persiste entre los árabes de Siria la misma aversión, pues nos han dicho que a un árabe no le gusta que nadie cuente las tien-

das, los jinetes o el ganado de su tribu, por temor de que le sobrevenga alguna desgracia.

En épocas posteriores el legislador judío suavizó la condena que pesaba sobre el censo, hasta el extremo de permitir que la nación entera fuese empadronada, con la condición de que cada individuo pagase al Señor medio siclo, como rescate, para que ninguna plaga estallase y asolara al pueblo. Con la percepción de tan moderada tasa, la divinidad acallaba, a lo que parece, los escrúpulos que pudiesen asaltarla como consecuencia del hecho de permitir se cometiese el pecado de empadronamiento.

XIX. LOS GUARDIANES DEL UMBRAL

En el templo de Jerusalén había tres funcionarios, sacerdotes a lo que parece, que tenían el título de Guardianes del Umbral[*]. ¿En qué consistía exactamente su función? Pudieron haber sido simples porteros, pero su título da a entender que eran algo más que eso; pues tanto en tiempos antiguos como en tiempos modernos el umbral ha sido objeto de muy numerosas supersticiones. El profeta Sofonías pone en labios del mismo Jehová las siguientes palabras: «Y castigaré también en aquel día a cuantos saltan sobre el umbral, los que llenan la casa de su señor de violencia y fraude»[**].

De esa denuncia se podría deducir que saltar sobre el umbral, saltar encima del umbral, era considerado pecado, que en unión de los de violencia y engaño atraía la cólera de Dios sobre la cabeza del pecador. En Ashdod, el dios filisteo Dagon tenía también por pecaminosos tales saltos, pues sabemos que sus sacerdotes y devotos ponían extremo cuidado en no pisar el umbral del templo cada vez que entraban en él. El mismo escrúpulo ha imperado en esas mismas regiones hasta nuestros días. El capitán Conder nos da cuenta de una creencia siria, por la cual «trae mala suerte pisar el umbral». En la puerta de todas las mezquitas «hay un barrote de madera atravesado, para impedir que los fieles pisen el umbral y obligarlos a que salten por encima de él, y se observa la misma costumbre en los santuarios rústicos». Esos santuarios rústicos son las capillas de los santos, y existen prácticamente en todos los pueblos de Siria; constituyen el verdadero centro de la religión de los campesinos. «Se demuestra el mayor respeto por la capilla, pues se supone que en ella reside continuamente la presencia invisible del

santo. El campesino se descalza antes de entrar, y tiene cuidado de no pisar el umbral».

El que esa superstición haya perdurado en Siria hasta nuestros días nos hace suponer que en el templo de Jerusalén los Guardianes del Umbral pudieron haber sido vigilantes puestos a la entrada del sagrado lugar para impedir que los que entraban en él pisaran el umbral. Tal conjetura viene confirmada por la observación de que en otros lugares los Guardianes del Umbral tenían precisamente esas mismas funciones. Cuando Marco Polo visitó el palacio de Pekín en tiempos del famoso Kublai Kan, vio que «en las puertas del salón (o dondequiera que pueda encontrarse el emperador) se hallan de pie parejas de hombres fornidos y de elevada estatura, parecidos a gigantes, uno a cada lado de la entrada, armados de garrotes. Su misión consiste en cuidar de que nadie pise el umbral al entrar; si por acaso alguno llega a hacerlo, lo cogen y le dejan completamente desnudo; para recobrar sus ropas el transgresor tiene que pagar una multa; otras veces, en lugar de desnudarlo, los guardianes le dan una tanda de bastonazos. Si por acaso llega algún extranjero que ignora la costumbre, existe una especie de barones nombrados para advertirlos de ella y actuar de introductores. Esas gentes piensan en realidad que trae mala suerte el pisar el umbral. Sin embargo, no se espera de nadie que cumpla con la norma de nuevo cuando vuelve a entrar en el recinto, pues en esos momentos algunos se hallan en tan mal estado que muy difícilmente pueden discernir donde posan el pie». Por lo que cuenta fray Odorico, miembro de una de las órdenes mendicantes que viajó por el Oriente a comienzos del siglo XIV, parece ser que a veces aquellos Guardianes del Umbral no daban opción alguna al transgresor, sino que caían violentamente sobre él con sus bastones o garrotes, cuando había tenido la desgracia de poner el pie en el lugar prohibido. Cuando el monje De Rubruquis, que fue enviado a la China como embajador del

rey Luis IX, se encontraba en la corte de Mangu Kan, sucedió que uno de sus compañeros dio un traspiés en el umbral al salir de la habitación. Los vigilantes lo apresaron inmediatamente y le hicieron comparecer ante «el Bulgai, que es el canciller o secretario del tribunal encargado de juzgar los casos de vida o muerte». Sin embargo, al enterarse de que la ofensa había sido cometida por pura ignorancia, el canciller perdonó al culpable, pero no le volvió a dejar entrar nunca en ninguna de las residencias del emperador. El monje tuvo suerte de haber salido del asunto con la piel entera. Y los huesos doloridos no era de ninguna manera lo peor que le podía ocurrir a una persona en tales circunstancias en aquellas regiones de la tierra. Plano Carpini, que viajó por Tartaria en torno a la mitad del siglo XIII, algunos años antes de la embajada de Rubruquis, nos cuenta que cualquiera que tocase el umbral de la cabaña o tienda de un príncipe tártaro solía ser sacado afuera, arrastrado por un agujero hecho a propósito debajo de la tienda o cabaña, y luego ejecutado sin piedad. La creencia que se hallaba detrás de tales restricciones aparece expresada nítidamente en un dicho mongol: «No pises el umbral; es pecado».

Pero durante la Edad Media, ese respeto por el umbral no se hallaba limitado a los tártaros o a los pueblos mongoles. Los califas de Bagdad «obligaban a todos los que entraban en su residencia a postrarse en el umbral de la puerta, en el que habían incrustado un trozo de la Piedra Negra del templo de La Meca con el fin de hacer a dicho umbral más venerable para todas las gentes que habían sido acostumbradas a poner la frente en contacto con él. El umbral se elevaba sobre el suelo, y habría sido un crimen poner el pie sobre él». En épocas posteriores, cuando el viajero italiano Pietro della Valle visitó el palacio de los reyes persas de Ispahan a comienzos del siglo XVII, observó que «se demuestra sentir la más extremada reverencia por la puerta de entrada, tanto que nadie se atreve a poner el pie en un esca-

lón de madera que hay en ella, algo más elevado que el pavimento, y aun por el contrario la gente lo besa de vez en cuando como si se tratase de algo precioso y sagrado». Cualquier criminal que consiguiese atravesar ese umbral y penetrar en el palacio se hallaba como acogido a sagrado y no se le podía molestar. Cuando Pietro della Valle se encontraba en Ispahan vivía en el palacio un hombre de rango elevado, al que el rey quería dar muerte. Pero el transgresor había tenido la habilidad de penetrar rápidamente en palacio y en él se hallaba a salvo de cualquier violencia; no obstante, si se hubiese arriesgado a poner un pie fuera del umbral habría sido capturado y ejecutado inmediatamente. «A nadie se le niega la entrada en palacio; pero al haber atravesado el umbral, que besa con devoción, tal como he dicho antes, tiene derecho a exigir protección. En suma, ese umbral es objeto de tal veneración que su nombre, *Astane*, sirve para denominar la corte y el mismo palacio real».

Semejante respeto por el umbral y repugnancia a pisarlo se halla entre los pueblos bárbaros lo mismo que entre los civilizados. En las Fidji, «el sentarse en el umbral de un templo es tabú para todos excepto para los jefes de más elevado rango. Todo el mundo se muestra cuidadoso de no pisar el umbral de un lugar destinado especialmente a los dioses; las personas de categoría lo salvan de un salto, sin poner el pie en él; los demás lo pasan de rodillas y apoyando las manos en el suelo. La misma costumbre es observada cuando se trata de atravesar el umbral de la casa de un jefe. Realmente no existe mucha diferencia entre un jefe de alto rango y una de las divinidades de segundo orden. El primero se tiene a sí mismo por algo muy semejante a un dios, y así le considera también su pueblo; y algunas veces alardea públicamente de su condición divina». En el África occidental, «a la entrada de un poblado el camino se halla a menudo cerrado con una valla móvil y temporal. Sólo permanece abierto una especie de pasaje arqueado y estrecho formado por

árboles jóvenes que se hallan adornados con guirnaldas de hojas o flores. La valla, por muy precaria que pueda parecemos; tiene por objeto impedir la entrada a los malos espíritus, pues de los adornos de los arbolillos cuelgan amuletos mágicos. Cuando estalla alguna guerra contra otra tribu, se pone ante la entrada una barrera de troncos de árboles, y protegidos por ella, como detrás de una barricada, los indígenas pelean contra enemigos demasiado humanos, no espirituales. A veces se defiende aún más el estrecho corredor por medio de un tronco delgado colocado horizontalmente en el umbral del pasillo y clavado en el suelo. Un forastero que penetre en el pasaje debe poner cuidado para pasar por encima de ese tronco sin pisarlo. Si se espera alguna gran calamidad se salpica a veces el pasaje con la sangre de una oveja o cabra sacrificadas».

Tampoco en Marruecos se permite a nadie sentarse en el umbral de una casa o a la puerta de una tienda; si alguien lo hiciere, se cree que no tardará en caer enfermo, o que traerá mala suerte a los habitantes de la casa. Los korwa, tribu dravídica de Mirzapur, se abstienen de tocar el umbral de una casa tanto al entrar en ella como al salir. Los kurmi, que son la clase principal de labradores de las provincias del centro de la India, dicen que «nadie debiera sentarse nunca en el umbral de una casa; pues el umbral es el asiento de Laksmi, diosa de la riqueza, y sentarse en él es poco respetuoso con la divinidad». Los calmucos creen que es pecado sentarse en el umbral de una puerta.

En la mayor parte de los casos que acabamos de citar, la prohibición de tocar el umbral o de sentarse en él es general y absoluta; a lo que parece nunca se le permite a nadie hacerlo en ningún momento y absolutamente bajo ningún pretexto. Solamente hay un caso en que la prohibición es temporal y condicional; entre los nandi parece ser que a un hombre se le prohíbe tocar el umbral de su propia casa únicamente mientras su mujer está amamantando a un hijo; pero entonces la prohibi-

ción no afecta tan sólo al umbral, sino que se extiende a todo lo que la casa contiene, con excepción del lecho en que el hombre se acuesta. Sin embargo se dan también otros casos en los que la prohibición se refiere expresamente tan sólo a determinadas circunstancias particulares; aunque podría ser aventurado inferir que su alcance es realmente tan limitado, y que en cualesquiera otras circunstancias la gente se halla en libertad de usar el umbral a discreción. Por ejemplo, en Tánger, cuando un individuo ha vuelto de la peregrinación a La Meca, sus amigos acostumbran a tomarlo en brazos y llevarlo hasta el lecho pasando por encima del umbral sin pisarlo. Pero sería equivocado suponer que dada esa costumbre, en Marruecos, en cualquier otro momento y en cualesquiera otras circunstancias, está permitido depositar libremente a una persona en el umbral de una casa, o que esa persona, ya se trate de un hombre o de una, mujer, puede sentarse tranquilamente en él; pues ya hemos visto que en Marruecos nunca se le permite a nadie bajo ningún pretexto sentarse en el umbral de una casa o en la entrada de una tienda. También en Marruecos se hace que una mujer acabada de casar atraviese en brazos el umbral de la casa de su marido; los parientes de la novia cuidan de evitar que toque el umbral. Esa costumbre de llevar en brazos a la novia al atravesar por primera vez el umbral de su nueva casa está muy extendida por todo el mundo, y se la ha estudiado e interpretado de maneras muy diversas tanto en épocas pasadas como en las más modernas. Convendrá, pues, mostrar algunos ejemplos de ella antes de que nos preguntemos acerca de su significado.

En Palestina, en la actualidad, «a menudo se lleva en brazos a la novia, al atravesar el umbral, cuidando de que sus pies no lo toquen, pues de lo contrario se cree que traería mala suerte». Las precauciones que toman los chinos para evitar que la novia toque el umbral son más complicadas. Entre los hakka, por ejemplo, cuando la novia llega ante la puerta de la casa de su

marido, «una mujer de edad le ayuda a descender de la silla de manos; esa mujer de edad, que actúa en nombre del marido, atraviesa el umbral llevando a la novia en brazos; sobre el umbral se deposita una cuchilla de arado al rojo vivo empapada en vinagre». El procedimiento que acabamos de describir varía quizás algo de unos lugares de China a otros. Según otra noticia, que es válida probablemente para Cantón y sus alrededores, cuando la novia desciende de la silla de manos que la ha transportado hasta el umbral de la casa de su esposo, «se la coloca sobre las espaldas de un servidor del sexo femenino y se le hace pasar por encima de un montón de carbones encendidos; a ambos lados de los carbones ha sido dispuesto el calzado llevado en la procesión, que es ofrecido como regalo al marido. En el momento de pasar por encima del fuego de carbones, otra sirvienta sostiene sobre la cabeza de la novia una bandeja con algunos pares de palillos chinos, arroz y nueces de betel». Entre los mordvin, de Rusia, es, o solía ser, uno de los asistentes a la boda el que llevaba a la novia en brazos al atravesar el umbral de la casa del marido. En Java y en otras de las islas del mar de la Sonda es el novio mismo el que lleva en brazos a la novia al atravesar el umbral. En Sierra Leona, cuando los asistentes a la boda se acercan al pueblo del novio, una mujer de edad se echa a las espaldas a la novia, cubierta con un velo fino, «pues a partir de ese momento no deberá verla ningún individuo del sexo masculino, hasta que el matrimonio haya sido consumado. Sobre el suelo se extienden esterillas, para que los pies de la persona que lleva a la novia no lo toquen; de esa manera se lleva a la novia hasta la casa del que va a ser su marido». Entre los atonga, tribu del África central británica, que vive al este del lago Nyassa, la novia es conducida por doncellas hasta la casa del novio, donde la espera él. Ante el umbral se detiene y no lo cruza hasta que el novio le ha entregado una azada. Entonces cruza con un pie el umbral de la entrada, y el novio le entrega unos

dos metros de tela. Por último, la novia pone ambos pies en el interior de la casa y permanece junto a la entrada; ahí se le hace un regalo de cuentas de collar o algo semejante.

En estos últimos ejemplos la abstención de pisar el umbral cuando la novia entra en su nuevo hogar se halla implícita antes que expresa. Pero entre los pueblos arios, desde la India hasta Escocia, ha sido costumbre que la novia, en tales ocasiones, evitase con extremo cuidado el contacto con el umbral, ya fuese saltando sobre él o atravesándolo en brazos o sobre las espaldas de otra persona. Así, por ejemplo, en la antigua India se hallaba establecido que la novia había de cruzar el umbral de la casa de su marido adelantando primero el pie derecho, pero sin pisar el umbral. Y se dice que los eslavos meridionales de Mostar, en Herzegovina, y los bocca di cattaro obedecen aún la misma norma. Entre los albaneses, cuando el cortejo nupcial llega a la casa del novio, sus componentes tienen cuidado de cruzar el umbral de las habitaciones, en especial el de la habitación en donde se hallan depositadas las coronas nupciales, adelantando en primer lugar el pie derecho. En Eslavonia, es el padrino de la boda el que lleva en brazos a la novia al cruzar el umbral de la casa del novio. También en Grecia, en la actualidad, se evita que la novia pise el umbral y se la lleva en brazos. Igual sucedía en la antigua Roma; cuando la novia entraba en su nuevo hogar se le prohibía tocar el umbral con los pies, y para evitarlo se la llevaba en brazos. En algunos lugares de Silesia, la mujer es llevada en brazos al atravesar el umbral de su nueva residencia el día de la boda. También en las comarcas rurales del Altmark se acostumbra, o se solía acostumbrar, a que la novia sea llevada en carruaje o en una carreta hasta la casa del que va a ser su marido; entonces el novio la toma en los brazos y cruza con ella el umbral, sin permitirle que sus pies toquen el suelo, y la deposita sobre la piedra del hogar. En la Suiza de habla francesa se tenía la siguiente costumbre: una mujer de edad

recibía a la novia a la entrada de la casa del novio y le arrojaba sobre la cabeza tres puñados de trigo. Entonces el novio la cogía en brazos y atravesaba con ella el umbral, cuidando de que sus pies no tocasen el suelo. Se dice que la costumbre de atravesar el umbral del nuevo hogar llevando en brazos a la recién casada era practicada antiguamente en la Lorena y en otros lugares de Francia. En el País de Gales «se creía que era de mal agüero que una novia pusiese los pies en el umbral o en sus proximidades; por ello la recién casada, al regresar de la ceremonia nupcial, era llevada en brazos al atravesar el umbral del que sería a partir de ese momento su nuevo hogar. Las que eran llevadas en brazos de esa manera, solían ser más tarde mujeres afortunadas; mientras que las que preferían entrar en la casa por su propio pie, más tarde sufrían dificultades». En algunos lugares de Escocia, incluso en fechas tales como las de comienzos del siglo XIX, cuando el cortejo nupcial llegaba a la casa del novio, «se llevaba a la joven esposa en brazos, al atravesar el umbral, o el primer escalón de la entrada, para ponerla a salvo contra cualquier brujería o mal de ojo que le fuese echado».

¿Qué significado tiene esa costumbre de llevar en brazos a la novia al atravesar el umbral de la casa del que va a ser su marido? Plutarco dijo que en Roma la ceremonia podía ser una especie de recuerdo del rapto de las Sabinas, mujeres de las que se apoderaron por la fuerza los primeros romanos, para hacerlas sus esposas. Igualmente ha habido escritores modernos que han defendido la tesis de que el rito en cuestión es reliquia o resto de una antigua costumbre según la cual se raptaba a las mujeres de tribus hostiles y se las llevaba por la fuerza a la casa de quienes las habían capturado. Pero en contra de esa teoría se puede aducir el hecho de que la costumbre de cruzar el umbral con la novia en brazos sólo muy difícilmente puede ser aislada de la que hace que la novia pase por encima del umbral sin tocarlo con los pies. En esta última costumbre no existen indicios

de violencia o fuerza; la novia entra libremente y por su propia voluntad en la casa del novio, y adopta la única precaución de no tocar el umbral con los pies al hacerlo; y al menos, en la medida de lo que sabemos al respecto, se trata en este caso de una costumbre tan antigua como la otra, puesto que es la que figura entre las prescripciones de los libros de leyes de la antigua India, libros en los que no se menciona para nada la práctica de llevar a la novia en brazos al cruzar el umbral. Por consiguiente, de ahí podemos sacar la conclusión de que la costumbre de llevar en brazos a la novia al cruzar el umbral de la casa del novio es solamente una especie de precaución por la que se quiere evitar que los pies de la mujer entren en contacto con el suelo, y se trata por consiguiente de un aspecto particular de la escrupulosa abstención de entrar en contacto con el umbral, abstención que hemos encontrado diseminada por muchos pueblos de la tierra. Si se necesitasen más argumentos para combatir la teoría de que la costumbre de llevar en brazos a la novia es recuerdo de la costumbre más antigua de raptarla violentamente, nos los proporcionarían los hábitos nupciales predominantes en Salsette, isla cercana a Bombay; en esa isla el tío materno atraviesa el umbral de la casa llevando en brazos al novio, y a continuación es éste el que lo atraviesa llevando en brazos a la novia. Dado que nadie osará probablemente explicar esa costumbre de llevar al novio en brazos al atravesar el umbral como reliquia de otra costumbre de capturar maridos, tampoco se debería interpretar el hábito equivalente de llevar en brazos a la novia al cruzar el umbral como recuerdo de una época en la que se solía salir a la caza de las esposas.

Pero aún no hemos respondido a nuestra pregunta. ¿Qué razón ha podido haber que justifique esa aversión a tocar el umbral? ¿De dónde proceden tan complicadas precauciones encaminadas a evitar el contacto precisamente con esa parte de la casa? Parece probable que todas esas costumbres de evitar el

contacto con el umbral se hayan basado en la creencia, de origen religioso o supersticioso, de algún peligro relacionado con el umbral y que acechase a los que se sentaban en él o lo tocaban con los pies. El docto Varrón, uno de los padres de folklore, sostenía que la costumbre de llevar en brazos a la novia al atravesar el umbral tenía por objeto impedirle cometer un sacrilegio, pues sacrilegio hubiera sido, sin duda, pisar algo que había sido consagrado a la casta diosa Vesta. Al atribuir así la costumbre a los escrúpulos religiosos, el romano Varrón se hallaba mucho más cerca de la verdad que el griego Plutarco, que propuso se atribuyese la ceremonia a la costumbre, o en todo caso a un solo ejemplo de ésta, de apoderarse de las mujeres por la fuerza. Es cierto que, en opinión de los romanos, el umbral se hallaba, según parece, revestido de un elevado carácter sacro, pues no sólo se le consagraba a Vesta, sino que incluso se le atribuía en exclusiva un dios, especie de divino portero o Guardián del Umbral, llamado Limentino, al que los padres de la Iglesia trataron de mala manera, pues la humilde situación a que se le destinaba en esta vida hizo que fuese blanco preferido de las majaderías de escritorzuelos irreverentes.

En todas partes se ha supuesto que los espíritus rondaban los umbrales, y bastaría esa creencia por sí sola para dar cuenta de la aversión sentida a sentarse o a poner los pies en ellos puesto que esos actos molestarían y disgustarían, como es fácil de comprender, a los seres sobrenaturales que tenían su residencia en tales lugares. Así, en Marruecos, la gente cree que los duendes rondan el umbral, y esa creencia parece explicar la costumbre de llevar a la novia en brazos al atravesar el de su nuevo hogar. En Armenia se tiene a los umbrales por lugares de reunión de los espíritus; y dado que se cree que los recién casados se hallan particularmente expuestos a las influencias malignas, los precede un hombre, que lleva en la mano una espada para protegerlos y que va trazando una cruz con ella en la pared, enci-

ma de las puertas. En la Rusia pagana, los espíritus de la casa solían tener, según se dice, su asiento en el umbral; y de acuerdo con esa tradición, «en Lituania, cuando se está construyendo una casa nueva, se coloca sobre el umbral un crucifijo de madera o algún otro objeto que proceda de generaciones antiguas. También en ese país, cuando se vuelve de la iglesia con un niño acabado de bautizar, el padre acostumbra a detenerse en el umbral y a sostener sobre él, durante algunos momentos, al niño en brazos, 'con el fin de poner al nuevo miembro de la familia bajo la protección de las divinidades domésticas'. Una persona deberá hacer siempre la señal de la cruz al atravesar un umbral; y en algunos lugares se piensa que no debería sentarse nunca en él. Los niños enfermos a los que se supone víctimas de algún mal de ojo son lavados en el umbral de sus cabañas, para que con la ayuda de los penates, que según se cree tienen en él su morada, pueda la enfermedad ser expulsada del hogar». Entre los alemanes reina la superstición que prohíbe pisar el umbral al entrar en una casa nueva, puesto que de hacerlo se «lastimaría a las pobres almas»; y en Islandia la gente cree que todo aquel que se siente en el umbral de un patio será atacado por los fantasmas.

A veces, aunque no siempre, se cree probablemente que los espíritus que rondan el umbral son los de seres humanos fallecidos. Naturalmente, eso sucederá siempre que sea costumbre enterrar a los muertos, o a alguno de ellos, delante de la casa y a su entrada. Por ejemplo, entre los wataveta, del África oriental, «los hombre que han tenido descendencia son enterrados por lo regular a la puerta de la cabaña de la más vieja de sus esposas sobrevivientes, que tiene la obligación de cuidar de que sus restos no sean desenterrados por alguna hiena extraviada. Sin embargo, la familia muinjari y el clan ndighiri prefieren hacer la tumba en el interior de la cabaña de la esposa. Las mujeres son enterradas junto a la puerta de sus propias cabañas. Aquellos

que no son llorados por un hijo o una hija son arrojados a un pozo u hoyo que ha sido abierto a una distancia no muy grande del grupo de cabañas, y nadie se da por enterado si aparece algún animal de rapiña y desentierra y devora los restos». En Rusia, los campesinos entierran bajo el umbral a los niños nacidos muertos; de ahí que se pueda pensar que las almas de esas criaturas que no llegaron a nacer rondan el lugar. También en Bilaspore, comarca del centro de la India, «un niño que ha nacido muerto o uno que ha fallecido antes de la ceremonia del *chhatti* (sexto día, el de la purificación), no es sacado de la casa para enterrarlo, sino que se le coloca en una vasija de arcilla (una *ghara*) y se le entierra a la entrada de la casa o en el patio. Algunos dicen que se hace así para que la madre puede tener otro hijo». En el distrito de Hissar, del Punjab, «los bishnoi entierran en el umbral a los niños fallecidos, pues creen que haciéndolo así facilitan el retorno del alma de la criatura muerta a la madre. La costumbre se halla también en boga en el distrito de Kangra, en el que se entierra el cuerpo delante de la puerta trasera de la casa». Y en lo que se refiere al norte de la India en general, se dice que «cuando un niño muere, se le entierra habitualmente bajo el umbral de la casa, pues se cree que al pisar diariamente los padres la tumba, el alma de la criatura fallecida volverá a reencarnar en la familia». La misma creencia en algún tipo de reencarnación podría explicar la costumbre, común en el centro de África, de enterrar delante de la puerta de la casa la placenta, e incluso debajo mismo del umbral; pues son numerosos los pueblos que piensan que la placenta es una persona, hermano o hermana gemelos del niño acabado de nacer, y al que sigue poco después de su entrada en este mundo. Con el entierro del niño o de la placenta bajo el umbral, la madre confía, a lo que parece, en que al pisar diariamente la tumba, el espíritu del niño o el de su supuesto hermano gemelo entrará de nuevo en su seno y volverá a nacer.

Resulta bastante curioso el hecho de que en algunos lugares de Inglaterra, y hasta nuestros días, se haya venido aplicando remedio semejante a parecida desgracia acaecida entre las vacas, aunque es probable que las personas que practican la costumbre o que la recomiendan no sepan con exactitud de qué manera tiene lugar la cura. En el municipio de Cleveland, del condado de York, se dice que «es un hecho, de ninguna manera carente de razones que lo apoyen o que se oponga a la experiencia, que si una de las vacas de una vaquería por desgracia alumbra un becerro prematuro, el resto de las vacas del mismo edificio seguirá con toda probabilidad idéntica suerte; lo que, como es natural, representa una grave pérdida para el propietario. La profilaxia a la antigua, como preventivo popularmente prescrito para hacer frente a tal contingencia, solía ser levantar el umbral del establo en que había tenido lugar el infortunado suceso, abrir un hoyo profundo en el lugar así dejado al descubierto, un hoyo suficientemente profundo en verdad como para dar cabida al ternero abortado que va a ser enterrado en él, de espaldas, con las cuatro patas estiradas verticalmente hacia arriba, tiesas con la rigidez de la muerte, y luego cubrirlo todo y volver a dejarlo como estaba». Un despierto individuo del condado de York, al que el Dr. Atkinson interrogó acerca de la persistente observancia de una costumbre tan extraña, replicó: «¡Oh sí!, aún son muchos los que lo hacen. Mi propio padre lo hizo también, de esto hace ya muchos años, por lo que a estas alturas los restos ya deben de haber desaparecido, y yo voy a tener que volver a hacerlo». Evidentemente, aquel hombre creía que no era razonable esperar que la beneficiosa influencia del becerro enterrado durase para siempre, y que era necesario darle nuevo impulso con un nuevo enterramiento. De manera semejante, el administrador de una granja próxima a Cambridge escribía no hace aún muchos años: «Un vaquero procedente de Suffolk me dijo recientemente que el único remedio para

las vacas cuando había una epidemia de abortos era enterrar uno de los becerros prematuros en un camino por el que el rebaño pasase diariamente». Hace más de cien años, un anticuario inglés había tomado nota del mismo remedio: «Un becerro nacido prematuramente o abortado, enterrado en el camino por donde pasa ordinariamente el ganado, impedirá en gran medida que suceda entre las vacas tal contratiempo. Así se practica por lo general en Suffolk». Quizás se creía antiguamente que el espíritu del becerro enterrado penetraba en una de las vacas que pasaban a diario por encima de los restos del animal y volvía de esa manera a reencarnarse; pero resulta poco probable que haya sobrevivido hasta nuestros días, en Inglaterra, una idea tan explícita acerca del modo de operar de la costumbre.

Por consiguiente, el misterio que rodea al umbral en la imaginación popular puede ser debido en parte a la antigua costumbre de enterrar a la entrada de la casa niños o animales muertos. Pero esa costumbre no basta para explicar del todo la superstición, ya que esta última afecta como hemos visto tanto a las casas como a los umbrales de las tiendas, y hasta donde alcanzan mis conocimientos no existen pruebas de la costumbre de enterrar a los muertos a la entrada de una tienda, y la probabilidad de tal costumbre es muy remota. En Marruecos se supone que quienes rondan el umbral de las viviendas no son los espíritus de los muertos, sino los duendes.

El carácter sagrado del umbral, sea cual fuere la naturaleza exacta de los seres espirituales que dan pie a ese carácter, es puesto de manifiesto por la costumbre de ofrecer sacrificios de animales en el umbral y obligar a las personas que entran en la casa a pasar por encima de la sangre derramada. A menudo tales sacrificios son ofrecidos cuando una novia está a punto de entrar por vez primera en la casa del que va a ser su marido. Por ejemplo, entre los brahui de Beluchistán, «si se trata de

gentes en situación económica desahogada, conducen a la novia a su nuevo hogar a lomos de camellos en una litera o *kajava*, mientras el novio cabalga a su lado a caballo. En caso contrario tienen que hacer el camino de la mejor manera que puedan. Y tan pronto como llegan a la nueva residencia se da muerte a una oveja en el umbral, y se obliga a la novia a pisar la sangre derramada sobre el suelo, de tal manera que quede marcada en ella la huella del tacón de su calzado. Parte de la sangre es recogida en un tazón, y en él se deja caer un manojo de hierba; entonces la madre del novio hace con la sangre una marca en la frente de la novia en el momento en que ésta atraviesa el umbral». También en Mehardeh, lugar de Siria, con ocasión de una boda se sacrifica una oveja delante de la puerta de la casa en que va a vivir la pareja, y la novia pisa la sangre derramada mientras está aún caliente. A lo que parece, practican la costumbre tanto los griegos como los protestantes. De manera similar, «los coptos de Egipto sacrifican una oveja tan pronto como la novia entra en la casa del novio; y se obliga a la novia a pisar la sangre derramada sobre el umbral, a la entrada». Entre los bambara del Niger superior es costumbre ofrecer en el umbral de la casa sacrificios a los muertos, y con la sangre de las víctimas se embadurnan las paredes laterales de la entrada. También en el umbral saluda a las sombras de los antepasados el niño encargado de acarrear las semillas desde la casa al campo en el tiempo de la siembra, de acuerdo con el ceremonial. Esas costumbres parecen indicar que, en opinión de los bambara, las almas de sus parientes muertos fijan su morada con especial predilección en el umbral del antiguo hogar.

Tan diversas costumbres resultan inteligibles dada la creencia de que el umbral es lugar rondado por los espíritus, que han de ser propiciados en momentos críticos de la vida por las personas que lo cruzan al entrar o salir de la casa. La misma creencia serviría para explicar por qué han sido tan numerosos los

lugares en los que la gente se ha abstenido cuidadosamente de tocar el umbral, y por qué en algunos sitios la prohibición del contacto ha sido mantenida por vigilantes puestos para ese fin a la entrada. Tales vigilantes pudieron haber sido los Guardianes del Umbral del templo de Jerusalén, aunque en el Antiguo Testamento no ha sido conservada noticia alguna acerca de las que habían de ser las obligaciones de su cargo.

XX. LAS ENCINAS Y LOS TEREBINTOS SAGRADOS

Entre los árboles sagrados de los antiguos hebreos la encina y el terebinto parecen haber ocupado un lugar destacado. Los dos abundan aún en Palestina. Los dos árboles son muy distintos por su naturaleza, pero su aspecto general es muy semejante, y por consiguiente parece ser que los antiguos hebreos confundían uno con el otro, o al menos que los incluían en una misma clase, pues les dieron nombres muy semejantes. En determinados pasajes del Antiguo Testamento no siempre es fácil determinar si se trata de una encina o de un terebinto.

En la actualidad hay en Palestina tres especies corrientes de encinas. La más abundante de las tres es la encina de hojas perennes y espinosas (*Quercus pseudo coccifera*). Por su aspecto general y por el color de las hojas, ese tipo de encina se parece muchísimo a la encina común en nuestras tierras, pero las hojas son espinosas y muy diferentes, y se parecen más a las hojas del acebo. Los nativos llaman *sindian* a ese árbol, mientras que *ballout* es el nombre genérico que dan a todas las especies de encina. Esa encina de hojas perennes y espinosas «es con mucho el árbol que más abunda en toda Siria, pues cubre las colinas rocosas, las de Palestina en especial, con un denso breñal de árboles de dos metros y medio a tres metros y medio de altura, ramificados ya casi desde las mismas raíces; sus hojas pequeñas, perennes y espinosas son muy abundantes, con mucha bellota. En el monte Carmelo forma las nuevas décimas partes de la vegetación arbórea, y es casi tan abundante en los flancos occidentales del Antilíbano y en muchas pendientes y valles del Líbano. Incluso en localidades de las que ha desaparecido en la actualidad abundan en el suelo las raíces, que son desenterradas para que sirvan de combustible, lo mismo que sucede en los

valles que se encuentran al sur de Belén. Como consecuencia de la destrucción indiscriminada de los bosques que está siendo llevada a cabo en Siria, ese tipo de encina alcanza raramente sus dimensiones normales».

La segunda especie de encinas halladas en Palestina es la encina valonia (*Quercus aegilops*). Es árbol de hojas caducas, y por su aspecto y tamaño se parece muchísimo a la encina de Inglaterra; nunca forma matorral en torno a las raíces; sus troncos corpulentos y nudosos, de uno a dos metros de circunferencia, alcanzan alturas comprendidas entre los seis y los nueve metros. El follaje es denso, y los árboles, que crecen principalmente en terreno abierto, dan al paisaje el aspecto de un parque. Es raro hacia el sur, pero abunda en cambio en el norte. Se le encuentra diseminado sobre el Carmelo, abunda en el Tabor y al norte de esa montaña forma un bosque. En Basán casi llega a desplazar a la especie de hojas perennes y espinosas, y se trata, sin duda, de la encina de Basán a la que los profetas hebreos se refieren como modelo de orgullo y fortaleza; pues en esa región el árbol alcanza dimensiones magníficas, en especial en los valles más bajos. Los nativos comen sus bellotas, realmente grandes; los tintoreros usan, con el nombre de valonia, las caperuzas del fruto y las exportan en grandes cantidades.

La tercera especie de encinas encontradas en Palestina (*Quercus infectoria*) es también árbol de hojas caducas; las hojas son muy blancas por la parte inferior. No abunda tanto como las otras dos especies, pero crece en el Carmelo y se encuentra en grandes cantidades en las cercanías de Kedes, la antigua Kedesh Neftalí. El árbol resulta muy llamativo como consecuencia de sus excrecencias esféricas, muy numerosas y de color castaño oscuro rojizo, y de superficie viscosa y brillante. El canónigo Tristram no vio en parte alguna grandes ejemplares de esa especie de árbol, y no lo encontró en absoluto al sur de Samaria.

Los campesinos aún sienten una supersticiosa veneración por las encinas que tanto abundan en tan numerosos lugares de Palestina. Así, hablando de un hermoso encinar situado en las cercanías del lago de Fiala, en el norte de Palestina, Thomson observa: «Se cree que estas encinas a cuya sombra nos sentamos están habitadas por duendes y otros espíritus. Casi todos los poblados de estos *uadi* y de las montañas próximas cuenta con uno o más de estos gruesos árboles, que son sagrados por aquella misma superstición. Se cree que muchos de los que existen en esta región son morada de ciertos espíritus llamados *Benat Ya'kob*, es decir, hijas de Jacob, extraña y oscura denominación para la que nunca he podido obtener explicación razonable. Parece tratarse de restos de la antigua idolatría, que aunque eliminados formalmente por las severas leyes de Mahoma, no han podido ser nunca arrancados por completo de la mente de las gentes; sin duda los musulmanes son tan estúpidamente dados a tales supersticiones como cualquier otra clase de las que forman la comunidad. Y sin duda se halla relacionada con esa creencia la costumbre de enterrar al pie de esos árboles a los santos y profetas de esas gentes, y de levantar en esos lugares *muzars*, es decir, santuarios abovedados, en su honor. Todas las sectas no cristianas creen que los espíritus de esos santos gustan de volver a este mundo, y que en especial suelen visitar los lugares en los que se halla su tumba».

En el encantador poblado de Bludan, retiro favorito de los habitantes de Damasco durante el verano, se encuentran «los restos de un antiguo templo dedicado al dios Baal; y los que viven en el lugar aún sienten veneración supersticiosa por el bosquecillo de encinas de gran edad que se levanta en las pendientes próximas a las ruinas». «En el *wely* Barado, próximo a Damasco, donde los musulmanes celebran aún ciertas ceremonias festivas de origen pagano, he visitado dos encinares de árboles de hoja perenne, que son 'lugares para formular deseos' para los

campesinos. Si a alguien se le cumplen los deseos por los cuales hizo alguna promesa, acude a uno de los encinares, un determinado día del año, y rompe en él un tarro de loza; o deposita una vasija nueva en una pequeña gruta que hay debajo de una roca, en el otro. Estando allí eché una mirada al interior de la gruta y la vi llena hasta la entrada de las vasijas de barro aún enteras depositadas como ofrenda. En el primer encinar se podía ver el montón de fragmentos de cacharros de cerámica». En Beinu, en el norte de Siria, existe otro encinar sagrado. Entre los árboles se levanta una iglesia griega en ruinas. Se nos dice también que «en un pueblo turco, en el norte de Siria, se encuentra una gran encina, muy antigua, que es tenida por sagrada. La gente quema incienso ante ella y le trae ofrendas, exactamente como si se tratase de alguna capilla o lugar de oración. No existe tumba de santo alguno en los alrededores, sino que el pueblo en general rinde culto al árbol mismo».

Muy a menudo se encuentra uno tales veneradas encinas aisladas o en grupo al lado de esas capillas de blanca cúpula en las que supuestamente ha sido enterrado algún santo mahometano, capillas que pueden ser vistas de un extremo de Siria al otro. Muchas de esas cúpulas blancas y bosquecillos verdes coronan la cima de los cerros. «Pero nadie sabe cuándo se transformaron en lugares dedicados al culto, ni quién los transformó, ni qué motivos existieron para la transformación. Muchos se hallan dedicados a los patriarcas y a los profetas, algunos a Jesús y a los apóstoles; otros llevan el nombre de héroes tradicionales y otros más honran a lo que parece personas, lugares y acontecimientos de interés únicamente local. Muchos de esos 'lugares altos' provienen probablemente de edades remotas, y han llegado hasta nosotros en su estado original a través de todos los cambios de dinastías y de religiones que han tenido lugar a su alrededor a lo largo de los siglos. Es cosa que resulta fácil de creer, pues algunos de ellos son en la actualidad objeto

de visita de las comunidades más antiguas de la región, comunidades opuestas unas a otras: árabes del desierto, mahometanos, drusos, cristianos, e incluso judíos. Por consiguiente es posible que tengamos en esos 'lugares altos situados bajo los verdes árboles, en las cumbres de los montes y en la cima de los cerros', no sólo emplazamientos de la más remota antigüedad, sino también monumentos todavía existentes, con sus bosquecillos y sus cúpulas, de las antiguas supersticiones del hombre; y si bien esa circunstancia no nos llevará a sentir mayor veneración por ellos, aumentará en cambio el interés con que los examinemos. Existe uno de esos 'lugares altos', con sus bosquecillos de encinas venerables, en la cumbre del Líbano, al este del pueblo de Jezzin. La cumbre del monte tiene forma oval, y los árboles crecen con regularidad alrededor de ella».

Con respecto a lo mismo, otro escritor, que se detuvo largo tiempo en Tierra Santa, observa: «El viajero que atraviesa Palestina encuentra a menudo grupitos de árboles por encima de los cuales asoma la blanca cúpula de un pequeño edificio de piedra, cuyas paredes contrastan con el color verde oscuro del follaje; y al preguntar de qué se trata, se le contesta que se trata de un *wely*, o santo, es decir, de su supuesta tumba. Habitual, pero no invariablemente, se encuentran tales edificios en lo alto de las colinas, y se les puede ver desde muchos kilómetros a la redonda; algunos de ellos son incluso como hitos o mojones que sirven de punto de referencia de una gran extensión. Quiénes fueron esos *ouliah* es cosa que en su mayor parte se ha perdido en la noche de los tiempos; pero en realidad se puede decir que señalan el emplazamiento de algunos de los antiguos lugares altos de los cananeos, que como sabemos por muchos pasajes del Antiguo Testamento no fueron destruidos en su totalidad por los israelitas cuando ese pueblo se apoderó de la tierra, y se convirtieron más tarde en ocasión frecuente de pecado para ellos. Por lo general, aunque no siempre, crece alrededor del

wely un grupito de árboles. En la actualidad la encina es el árbol encontrado con mayor frecuencia en esos bosquecillos; también lo fue, a lo que parece, en los tiempos bíblicos, en especial en las comarcas onduladas. Además de la encina, que pertenece invariablemente a la especie de hojas perennes y no a la especie de hojas caducas habitual entre los ingleses, se encuentra también el terebinto, el tamarisco, el *Ziziphus spina christi*, que los europeos llaman a veces *Dôm*, y otros árboles. En algunas ocasiones, en lugar de un bosquecillo se levanta un único árbol solitario de grandes dimensiones, a cuya sombra se cobija el *wely*, El santuario en sí suele consistir ordinariamente en un sencillo edificio de piedra, casi siempre desprovisto de cualquier tipo de ventana, aunque lleva un *mihrab*, es decir, un nicho u hornacina para las oraciones. Por lo general se le mantiene en buen estado, y se le da de vez en cuando una mano de cal, tanto por dentro como, por fuera. A veces se encuentra una tumba en el interior, bajo la cúpula, feo montón de piedras cubiertas de cal, de un metro de altura aproximadamente y por lo general de longitud desproporcionada; el montón de piedras de la llamada tumba de Josué, que se encuentra cerca de Es Salt, al este del Jordán, mide más de nueve metros de largo».

De modo semejante, el capitán Conder, refiriéndose a la religión real y no a la nominal de los campesinos sirios de la actualidad, escribe lo siguiente: «La religión oficial de la región es el islamismo, el sencillo credo de 'un solo Dios y un solo enviado de Dios'; y sin embargo, se puede vivir meses en los lugares apartados de Palestina sin ver nunca una mezquita ni oír una sola vez la voz de algún muecín llamando a la oración. Mas no por eso la gente carece de religión, que por el contrario impregna cada uno de los actos de su vida cotidiana… En casi todos los pueblos rurales se encuentra un pequeño edificio coronado con una cúpula blanqueada con cal: se trata de la capilla sagrada del lugar; se la llama con los nombres más diversos: *ku-*

bbeh, cúpula; *mazar*, capilla; o *mukâm*, lugar de morada. La palabra *mukâm* es hebrea, y aparece en la Biblia para designar aquellos 'lugares' de los cananeos que los israelitas destruyeron obedeciendo las órdenes de Yahvé: 'Debéis destruir… todos los lugares… sobre las altas montañas, encima de las colinas y bajo todo árbol frondoso'. (Deut, XXI, 2). Lo mismo que sucedía en tiempos de Moisés ocurre en la actualidad: por lo general los *mukâm* se hallan en lugares destacados. En lo alto de una elevación, o a la espalda de una montaña, la pequeña cúpula blanca brilla alegremente bajo los rayos del sol. A la sombra de las ramas frondosas de la encina o el terebinto, al lado de una palmera solitaria, o entre los viejos árboles del loto que crecen junto a una fuente, uno tropieza constantemente con las pequeñas construcciones, que se levantan aisladas o rodeadas por las tumbas de un cementerio de reducidas proporciones. Siempre se consideran sagrados los árboles que crecen junto a los *mukâm*, y las ramas que se desprenden de ellos son conservadas en el interior del sagrado recinto.

»La importancia de los *mukâm* se escalona según grados diversos; a veces, como sucede en Neby Jibrin, no hay más que un trozo de tierra desnuda en la que se amontonan unas pocas piedras; otras, como sucede en la mezquita de Abu Harireh (uno de los acompañantes del Profeta), próxima a Yebnah, el edificio tiene pretensiones arquitectónicas, y se halla adornado con inscripciones y cantería ornamental. Sin embargo, el *mukâm* típico es una pequeña construcción de mampostería moderna que forma un cuadro de unos tres metros de lado, con una cúpula redonda cuidadosamente blanqueada con cal, y un *mihrab*, nicho de oración, labrado en la pared que da al sur. La fachada, alrededor de la puerta, y la piedra del dintel se hallan pintadas con grandes brochazos de alheña color naranja; al lado del umbral se ha depositado un cántaro con agua para que sirva de refresco al peregrino. En el interior hay por lo regular un peque-

ño cenotafio, orientado con la cabeza hacia el oeste; se supone que el cuerpo correspondiente a esa cabeza yace sobre el lado derecho y mira a La Meca. A veces cubren el suelo unas pocas esterillas; y otras se encuentran en el interior del recinto un arado o algún otro objeto de valor, que han sido depositados en el *mukâm* para ponerlos a salvo incluso de los más osados ladrones, pues ninguno se atrevería a incurrir en el desagrado del santo en cuya tumba han sido depositados los bienes y puestos bajo su custodia.

»Esos *mukám* representan la verdadera religión de los campesinos. Es un lugar sagrado, puesto que se trata de un sitio en el que ha 'estado' en alguna ocasión algún santo, según se cree (el significado de la palabra *mukâm* es 'lugar en donde alguien se ha detenido'), o que ha sido consagrado como consecuencia de alguna relación posterior con la historia del personaje reverenciado en él. Es el centro desde el que se supone irradia la influencia del santo, que en algunas ocasiones, si se trata de un jeque poderoso, llega a cubrir incluso un radio de más de treinta kilómetros a la redonda. Si es propicio, el jeque derrama sobre sus fieles la buena suerte, la salud y, en general, todo tipo de bendiciones; si se halla encolerizado, en cambio, los castigará con infortunios palpables, con la locura e incluso con la muerte. Si un hombre comienza a comportarse de muy extraña manera, sus convecinos suelen decir: '¡Oh, el jeque lo ha castigado!'; y se dice que un campesino prefiere confesarse autor de un asesinato que ha cometido y confiar en que su buena estrella le permitirá eludir el castigo, antes que cometer perjurio en la tumba de un santo de renombre, y arriesgarse a la muerte cierta que no dejarán de traer sobre él las potencias espirituales.

»El *cultus* de los *mukâm* es muy sencillo. Hay siempre una persona que tiene la custodia del edificio; unas veces se trata del jeque civil o alcalde del pueblo; otras de un derviche, que

vive en las proximidades; pero hay siempre alguien que se cuida de llenar de agua el cántaro de la entrada y de mantener el lugar en buenas condiciones. Todos sienten el mayor respeto por la capilla, habitada continuamente por la presencia invisible del santo. Los campesinos se descalzan antes de entrar en el recinto, y evitan cuidadosamente pisar el umbral; al aproximarse emplean la fórmula siguiente: 'Con tu permiso, ¡oh, bendito entre los benditos!', y se abstienen de cualquier acto que pudiera resultar ofensivo para el *numen* del lugar. Cuando reina la enfermedad en un pueblo, se llevan al *mukâm* ofrendas votivas; con frecuencia he tenido ocasión de ver pequeñas lámparas de loza ofrendadas por alguna madre o esposa pobre, cuyo hijo o marido estaba enfermo, para que estuviesen encendidas delante del sepulcro del santo. Para cumplir una promesa hecha al santo se lleva a cabo un sacrificio llamado *kôd*, que quiere decir 'retribución': en las proximidades del *mukâm* se da muerte a una oveja, y se la devora en el curso de un festín celebrado en honor del benéfico jeque».

Las ramas que caen de los árboles sagrados, ya se trate de encinas, terebintos, tamariscos u otros, que crecen al lado de esos santuarios locales, no pueden ser utilizadas como combustible; los mahometanos creen que si empleasen la sagrada madera en menesteres tan bajos como el de producir calor para la comodidad de la gente, la maldición del santo no dejaría de hacerse sentir sobre ellos. De modo que resulta sorprendente ver en esos lugares grandes montones de ramas que se pudren tiradas por el suelo, sin que nadie las aproveche, en una región en la que escasea la leña. Unicamente durante las fiestas celebradas en honor del santo se atreven los musulmanes a quemar la madera sagrada. Los campesinos cristianos son menos escrupulosos; a veces emplean subrepticiamente las caídas ramas para alimentar el fuego del hogar doméstico.

De modo que el culto en los lugares altos y bajo los verdes árboles, contra el que tronaron los profetas hace miles de años y fue prohibido por los reyes piadosos de aquellas mismas épocas, persiste aún en nuestros días, a lo que parece, a despecho de todos los esfuerzos realizados para erradicarlo. Para que se vea lo poco que influyen sobre unos campesinos ignorantes la caída de los imperios y las revoluciones morales y espirituales que cambian la faz del mundo civilizado.

Veamos ahora algunos ejemplos particulares de esos santuarios locales. En las alturas próximas al lago de Fiala, en el norte de Palestina, hay una loma, y en la loma «un soto de nobles encinas, que forman una arboleda verdaderamente venerable en la que se respira genuina melancolía religiosa». En medio de los árboles se levanta el *wely* o tumba del santo jeque Otman Hazury; se trata tan sólo de una tumba musulmana corriente rodeada de un muro ruinoso de piedra. Justamente debajo de ella, en uno de los lados de la loma, hay una fuentecita que recibe su nombre del santo. También en la cumbre del *yebel* Osh'a, el más alto de los montes de Galaad, se puede contemplar la supuesta tumba del profeta Oseas, sobre la que extiende sus ramas una encina magnífica de hojas perennes. La tumba es objeto de veneración para musulmanes, cristianos y judíos, indistintamente. La gente solía acudir en peregrinación al lugar, y una vez en él ofrecía sacrificios, recitaba sus oraciones y se regalaba con un festín. El panorama que se divisa desde lo alto es tenido por el más hermoso de toda Palestina, y le gana en belleza, aunque no en amplitud, a otro más famoso, el contemplado desde la cima del monte Nebo; desde lo alto de ese monte contempló Moisés, poco antes de su muerte, toda la Tierra prometida, en la que no había de entrar, que se extendía a sus pies hasta el lejano horizonte bañada en un juego de luces y sombras de color púrpura, de un lado al otro del hondo valle del Jordán.

También se halla rodeada de encinas venerables la supuesta tumba de Abel, en lo alto de una roca, al lado del río Abana, del Líbano. Se trata de una construcción abovedada del tipo ordinario, y es centro de peregrinación para los musulmanes. En Tell el Kadi se encuentra una asociación similar de tumbas y árboles. El nombre significa loma del Profeta, el antiguo Dan, donde brotan las fuentes inferiores del Jordán. El lugar forma una elevación natural del terreno, de roca caliza, y alcanza unos veinticinco metros de altura y más de ochocientos metros de anchura. Se levanta al borde de una extensa planicie, por debajo de una larga serie de olivares y claros entre las encinas, que descienden desde Banias, donde se encuentran las fuentes superiores del Jordán. Son parajes muy agradables. En el lado oeste de la loma, un casi impenetrable soto de encinas, cañas y adelfas absorbe el agua de los manantiales inferiores del Jordán, fuente maravillosa semejante a un gran estanque burbujeante, de la que se dice es la más grande de las fuentes aisladas, no sólo de Siria, sino también del mundo. En el lado oriental de la loma, extendiendo sus ramas sobre otro de los arroyos que vierten sus aguas en el recién nacido Jordán, se levantan, uno al lado del otro, dos árboles imponentes, una encina y un terebinto, a cuya sombra se cobijan las tumbas de santos musulmanes. Sus ramas están cubiertas de trozos de tela y de otras ofrendas sin valor.

Aunque no crezcan al lado de las tumbas o capillas de los santos, los árboles sagrados se hallan cubiertos de jirones de tela ofrecidos por los ignorantes campesinos. Así, en Seilun, emplazamiento del antiguo Shiloh, «hay una encina grande y, majestuosa llamada Balutat Ibrahim, es decir, encina de Abraham. Se trata de uno de los 'árboles habitados' tan comunes en este país, y en sus ramas cuelgan los supersticiosos campesinos pedazos de sus ropas, con el fin de ganarse la voluntad de los seres misteriosos que según se supone tienen en él su residencia».

«Unos kilómetros más atrás hemos pasado junto a un grupo de grandes encinas, y las ramas inferiores de una de ellas estaban cubiertas de trozos de tela de todas las formas y colores imaginables. ¿Qué significado tiene toda esa ornamentación? Se trataba de uno de los 'árboles habitados' en los que se supone tienen su morada los espíritus malignos; y se cuelgan esos jirones de tela de las ramas para proteger al caminante contra la maligna influencia de esos seres. Hay muchos de esos árboles por todo el país, y los supersticiosos habitantes temen dormir debajo de ellos». Se puede ver uno de esos árboles rondados por los espíritus en el sitio de la antigua Beirut. Se trata de una encina venerable que crece al lado de un precipicio. En sus ramas la gente cuelga trozos de sus ropas, pues cree que el árbol tiene poder para curar las enfermedades. Una de las raíces forma un arco sobre el suelo, y las personas que sufren de lumbago o dolores reumáticos se arrastran por debajo de él con la esperanza de verse libres de sus dolencias. Las mujeres que se hallan encinta también pasan a gatas por debajo de él, con el fin de tener un parto feliz. El día 21 de septiembre, hombres y mujeres pasan toda la noche bailando al lado del árbol, los hombres con los hombres, las mujeres con las mujeres. Es un árbol tan sagrado que en una ocasión un escéptico se atrevió a cortar una de las ramas y el brazo se le paralizó.

En diversas partes del valle superior del Jordán hay encinares y tumbas de santos dedicados a las hijas de Jacob. En la ciudad de Safed se encuentra uno de esos santuarios. Se trata de una mezquita pequeña, en la que hay una tumba, lugar según se cree en el que habitan con todo el esplendor de la juventud las hijas del patriarca. En la puerta de la tumba se ofrece incienso. Un oficial atrevido, posteriormente muy recompensado, que formaba parte de una expedición que recorría Palestina con fines científicos, abrió la tumba y escudriñó todos los rincones, tratando de encontrar a las damas que según la tradición tenían

en ella su morada; pero no tuvo éxito. El hecho de asociar a las hijas de Jacob con las encinas sugiere tal vez la creencia antigua en ninfas de los bosques o dríades.

Las palabras hebreas traducidas ordinariamente por encina y terebinto son muy parecidas; la diferencia que existe entre ellas es en parte únicamente la que encontramos entre los puntos vocálicos añadidos al texto por los escribas masoretas de la Edad Media. Los eruditos no se han puesto de acuerdo en cuanto a la correcta traducción de las palabras, de modo que cuando nos encontramos con una u otra de ellas en el Antiguo Testamento resulta en cierta medida dudoso si el árbol a que se hace referencia es en realidad una encina o un terebinto. El terebinto (*Pistacia terebinthus*) es un árbol todavía abundante en Palestina. Crece aislado o en grupos dispersos en medio de los bosques de encinas. Los indígenas lo llaman árbol *butm*. El terebinto es «un árbol muy corriente en las partes meridional y oriental del país, y se le encuentra por lo general en lugares demasiado calientes y secos para las encinas, cuyo lugar ocupa en esas zonas, a las que se parece mucho por su aspecto cuando se le contempla a una cierta distancia. Raramente crece formando grandes arboledas, y nunca bosques, si no que suele alzarse aislado y fantasmagórico en alguna barranca desnuda o en la falda de alguna colina, donde nada más que él descuella por encima de los arbustos y matorrales bajos. A comienzos del invierno, cuando pierde las hojas, se parece aún más a las familiares encinas, con su tronco achaparrado y nudoso que se desparrama en ramas irregulares y pequeños vástagos. Las hojas son pinadas, las hojuelas, mayores que las del lentisco, y su tonalidad es la del verde rojizo muy oscuro, aunque no tan oscuro como la del algarrobo o la acacia. Hacia el norte, ese árbol comienza a escasear, pero en las antiguas Moab y Ammón, y en la zona que rodea al Hesbón, es el único que alivia la monotonía de las ondulaciones y de las ilimitadas sendas para ovejas trashumantes; y

en los pocos valles que se encuentran al sur del Yabbok hemos encontrado muchos de esos árboles de tamaño mayor que el de cualesquiera otros de los hallados al oeste del Jordán».

Mas si hemos de juzgar por la frecuencia relativa de las alusiones a ambas especies de árboles en las narraciones de los viajeros, el terebinto es en Palestina menos común que la encina, y a lo que parece es con menor frecuencia que ella objeto de veneración supersticiosa. Sin embargo, no son raros los ejemplos de semejante veneración por ese árbol. El canónigo Tristram nos dice que «muchos terebintos siguen siendo aún en nuestros días objeto de veneración en la zona en que se encuentran; y los jeques beduinos prefieren que los entierren al pie de un árbol solitario. Los que viajan a Oriente recordarán la 'Madre de los jirones de tela', al borde del desierto, terebinto cubierto de arriba abajo con las ofrendas votivas de la superstición o el afecto»; y en alguna otra parte el mismo escritor menciona un terebinto cubierto de trozos de tela en las fuentes del Jordán. En Moab, «los árboles sagrados —el roble, la encina, el terebinto, el algarrobo, el olivo, la especie particular no tiene importancia— son encontrados bajo un doble aspecto, ya sea en conexión con algún santuario o aislados. En el primer caso parecen no tener origen independiente al del lugar sagrado que dan sombra, ni tener funciones distintas a las de la influencia adscrita al santo (*wely*) que los hizo crecer y que los vivifica y protege. El segundo tipo de árboles sagrados no goza del privilegio de tener un santuario en las inmediaciones; se levantan solitarios, junto a una fuente, sobre una colina o en la cima de un monte… Cerca de Taibeh, no lejos de Hanzireh, al suroeste de Kerak, pasé por las cercanías de un terebinto sagrado de follaje denso y verde, cubierto de trozos de tela y muy venerado por los árabes de la región. Les pregunté dónde se hallaba la tumba del santo. 'No hay tumba alguna en este lugar', me replicó un árabe que estaba terminando de hacer sus devociones.

'Pero entonces, ¿por qué acude usted aquí a orar?', seguí preguntándole. 'Pues porque hay un santo', me replicó con prontitud. '¿Dónde está ese santo?', le dije. 'Todo el suelo que el árbol cubre con su sombra es morada del santo; pero también habita en el tronco, en las hojas y en las ramas del árbol». También entre las ruinas de una fortaleza romana llamada Rumeileh, en Moab, crecé un verdeante terebinto del que ningún árabe se atrevería a cortar una rama, por temor a que lo castigase inmediatamente el espíritu del santo que tiene su morada en el árbol y ha hecho de él sus dominios. Al preguntarles si el santo vivía en el árbol, unos árabes respondieron que era su espíritu el que daba al árbol su vigor y lozanía, mientras que otros dijeron que el espíritu moraba a la sombra de las ramas; pero en general sus ideas acerca de la cuestión resultaban imprecisas, y sólo en una cosa estuvieron de acuerdo, a saber, en decir «sólo Dios lo sabe». El padre Jauseen, al que debemos esas referencias a los terebintos sagrados de Moab, nos dice «que el espíritu o *wely* que es objeto de veneración en el árbol tiene su morada circunscrita por él; no puede abandonarlo, vive en él como en una prisión. Su situación difiere por consiguiente de la del santo propiamente dicho y de la del antepasado, que no se hallan confinados en un lugar, sino que pueden desplazarse libremente a los parajes en los que son invocados por sus devotos. Cuando por motivos de devoción un beduino, para obtener alguna curación, pasa la noche bajo uno de esos árboles sagrados, a menudo el espíritu del santo se le aparece durante el sueño y le hace algún encargo o le pide que le ofrezca algún sacrificio. Siempre se le obedece».

En estos últimos casos el santo del árbol es probablemente nada más y nada menos que un antiguo espíritu de los árboles pagano, que ha conseguido sobrevivir, bajo una forma escasamente disfrazada, al paso de los siglos de predominio cristiano y mahometano. Teoría confirmada por el relato en el que el pa-

dre Jauseen nos habla de la veneración supersticiosa que sienten los árabes por esos árboles. «El magnífico grupo de árboles —nos dice— llamado Meiseh, al sur de Kerak, goza del mismo renombre y del mismo culto. De manera semejante tampoco el árbol de ed-De al cubre la tumba de ningún santo *wely*; sin embargo, su reputación es muy grande y considerable su poder. Me fue imposible poner en claro si había allí algún santo; según piensan las personas con las que he conversado, es al árbol mismo al que hay que temer. ¡Ay del árabe que se atreva a cortar una rama, un ramo o incluso una sola de las hojas! El espíritu o el poder del árbol le castigaría sin tardanza, incluso podría fulminarlo de muerte. Un beduino había dejado al pie un saco de cebada, durante unas horas tan sólo, puesto bajo su protección. Dos cabras, que se alejaron de un rebaño de las inmediaciones, encontraron el saco y se comieron la cebada. Entonces el árbol envió tras ellas un lobo y el lobo las devoró a su vez aquella misma noche. Sin duda es el mismo árbol el que castiga, de la misma manera que es también el árbol el que derrama sus beneficios. En el contacto con sus hojas se encuentra la curación de las enfermedades, la salud. En Meiseh, en ed-De 'al, los beduinos jamás dejan de frotarse el rostro y los brazos con un ramo verde del árbol, ya sea con la intención de verse libres de alguna dolencia o con la de adquirir vigor y fuerza renovados. El simple contacto basta para que los impregne la virtud que reside en el árbol. A su sombra acuden los enfermos, para dormir al pie del tronco y ser curados de sus enfermedades. En sus ramas son colgados los pedazos de vestidos y de telas, tan variados por sus colores y por su forma. El día en que el jirón de tela es atado a una rama del árbol, la enfermedad debe abandonar el cuerpo del doliente —según me han asegurado—, porque queda sujeta al árbol al atar a sus ramas el pedazo de vestido. Otros, con un vislumbre racional, sostienen que el trozo de tela no es otra cosa sino el recuerdo de una visita hecha al árbol. A veces,

un árabe que pasa junto al árbol ata a sus ramas un trozo de tela, o deposita al pie su cayado, como muestra de respeto, o para ganarse la voluntad del árbol en futuro beneficio propio o de la familia. De hecho, no resulta raro encontrarse con árabes que atan a las ramas de un árbol sagrado trozos de tela de color rojo o verde (nunca negro y raras veces blanco), con el fin de conseguir la salud para un hijo preferido. En Meiseh encontré, atados a una rama, varios mechones de pelo. El que me acompañaba me dio las siguientes explicaciones: 'Ha sido una mujer enferma la que ha venido en visita al árbol; se ha trasquilado el pelo en señal de veneración por el árbol.'»

En la región de Moab, cálida y seca, el terebinto es el árbol principal; mientras que el roble o la encina predominan sobre todo en las regiones frías y lluviosas septentrionales, en Galilea y en los montes de Galaad. Es natural, por consiguiente, que el terebinto sea predominantemente el árbol sagrado de las comarcas del sur, y que la encina o el roble lo sean de las del norte. Mas a lo largo de toda la Palestina en conjunto, si hemos de creer a los que han viajado por ella, la encina parece ser el árbol más común y, por consiguiente, tal vez, también el que con mayor frecuencia es objeto de culto por parte de los campesinos. De modo que cuando consideramos la tenacidad y persistencia de formas idénticas de superstición a través de las edades parece resultar justificada la conclusión de que en la antigüedad también era la encina el árbol más venerado por los idólatras habitantes del territorio. De ahí se deduce que cuando surgen dudas acerca de si la palabra hebrea que aparece en el Antiguo Testamento para designar el árbol sagrado debe traducirse por encina o terebinto, se deberá dar preferencia a la primera. Conclusión que viene confirmada por la actitud general de los antiguos traductores griegos y de san Jerónimo, que al traducir esos pasajes dudosos se inclinaron habitualmente por la solución de escribir encina y no terebinto. En general, pues, los en-

cargados de revisar la edición de la Biblia en nuestra lengua han hecho bien al traducir las palabras en cuestión siempre por encina y no por terebinto, con la excepción de dos pasajes en que ambas palabras aparecen juntas en un mismo versículo. En esos dos pasajes los traductores ponen encina donde dice *allon*, y terebinto donde dice *elah*. En todos los demás lugares prefieren encina donde el original dice *elah*; pero al margen mencionan la palabra terebinto, como indicación de que también es posible esa traducción. En lo que sigue me propongo seguir su ejemplo y citar la edición revisada de la Biblia.

Los hebreos idólatras de la antigüedad rendían culto a las encinas: dan prueba de ello los profetas, que denunciaron la superstición. Así, el profeta Oseas dice: «Sobre las cimas de los montes sacrifican, y sobre las colinas queman ofrendas, bajo la encina, el álamo y el terebinto, porque es grata su sombra. Por eso se prostituyen vuestras hijas, y vuestras nueras cometen adulterio. No castigaré a vuestras hijas porque se prostituyan, ni a vuestras nueras porque cometan adulterio, por cuanto ellos mismos se apartan con las rameras, y con las hieródulas ofrecen sacrificio». El profeta se refiere en ese pasaje a la costumbre de la prostitución religiosa, que era llevada a cabo a la sombra de los árboles sagrados. También el profeta Ezequiel dice, cuando se refiere a las arboledas sagradas de sus compatriotas paganos: «Y sabréis que yo soy Yahvé cuando yazgan sus caídos en medio de sus ídolos, alrededor de sus altares, en toda la colina elevada, en las cumbres todas de los montes y bajo todo árbol verde y todo terebinto ramoso, allí donde han quemado perfume de suave olor a todos sus ídolos». Isaías, igualmente, dirigiéndose a los pecadores que han abandonado los caminos de Dios, les dice: «Os sonrojaréis, pues, de los grandes árboles en que os deleitasteis, y os abochornaréis de los huertos que elegisteis». Aún más; el autor de la profecía tardía que es atribuida a Isaías, denuncia la idolatría de su tiempo con las si-

guientes palabras: «Vosotros, los que os inflamáis a la sombra de las encinas, y bajo los verdes árboles; que sacrificáis a los niños en los valles, y bajo las hendiduras de las rocas». El sacrificio mencionado en ese pasaje es sin duda el de niños en honor de Moloch. Jeremías alude a la misma costumbre en unas palabras apasionadas dirigidas al pecador Israel: «También en los bordes de tu vestido hallóse sangre de las almas de pobres inocentes. No la encontré en la perforación, sino en todos esos lugares»[*]. Por tanto, parecería como si la sangre de los niños sacrificados fuese derramada sobre el tronco de las encinas sagradas, o al menos ofrecida a ellas de alguna manera. A este respecto deberá recordarse que se acostumbraba a degollar a las víctimas antes de entregarlas a las llamas, de modo que resultaba perfectamente factible emplear su sangre a modo de ungüento o libación. Los galla, del África oriental, vierten la sangre de animales al pie de los árboles sagrados, a fin de impedir que se sequen, y en algunas ocasiones extienden sobre sus troncos, y sobre sus ramas, sangre, mantequilla y leche. Los masai, que viven también en el este de África, rinden culto a una especie de higuera parásita que va cubriendo gradualmente la totalidad del tronco del árbol original con espirales brillantes y blanquecinas de raíces y ramas desnudas. Los masai tratan de ganarse la buena voluntad de esos árboles sacrificando una cabra y vertiendo su sangre al pie del tronco. Cuando los nounouma del Sudán francés ofrecen sacrificios a la Tierra para obtener buenas cosechas, vierten la sangre de aves de corral sobre el tronco de los tamarindos y de otros árboles. Los bambara, que habitan en el Níger superior, sacrifican ovejas, cabras y aves de corral a sus baobabs o a otros árboles sagrados, y untan el tronco con la sangre de las víctimas, al mismo tiempo que dirigen sus plegarias al espíritu que tiene su morada en el árbol. De manera semejante, los prusianos antiguos rociaban con la sangre de las víctimas de sus sacrificios la encina sagrada de

Romove; y Lucano dice que en el bosque druídico de Marsella se lavaban con sangre humana todos los árboles.

Mas si bien en los últimos tiempos de Israel el culto a las encinas o a los terebintos fue objeto de las denuncias de los profetas, que lo calificaron de rito pagano, también existen pruebas abundantes que demuestran que en un período anterior las encinas y los terebintos desempeñaban un papel importante en la religión popular, y que el mismo Jehová se hallaba íntimamente asociado con ellos. En todo caso, resulta notable la frecuencia con la que se nos dice que Dios o sus ángeles se han manifestado a los antiguos héroes o patriarcas bajo las ramas de una encina o un terebinto. Así, la primera aparición de que tengamos noticia, la de Jehová a Abraham, tuvo lugar junto a la encina o terebinto oracular de Sikém, y en el mismo lugar erigió Abraham un altar a la divinidad. Se nos dice también que Abraham vivió junto a los terebintos o encinas de Mamré, en Hebrón, y que también allí levantó un altar al Señor. Y fue precisamente en ese mismo lugar, junto a las encinas o terebintos de Mamré, donde, mientras se hallaba sentado a la puerta de su tienda bajo el ardor del mediodía, se le apareció Jehová bajo la apariencia de tres hombres; y allí, a la sombra de aquellos árboles, la divinidad compartió la leche, el requesón y la carne que el hospitalario patriarca le ofreció. También, de la misma manera, el ángel del Señor llegó y se sentó bajo la encina o terebinto de Ofrá, y Gedeón, que se hallaba ocupado en la trilla del trigo, le ofreció y sirvió la carne y el caldo de un cabrito, además de pan ázimo sin levadura, para que los comiera a la sombra del árbol. Pero el ángel no quiso comer lo que se le ofrecía y ordenó en cambio a Gedeón que depositase la carne y los panes sobre una roca, y que derramase el caldo; una vez se le hubo obedecido, tocó la roca con el extremo, del cayado e hizo brotar fuego de ella, y las llamas devoraron la carne y las tortas de pan. Tras lo cual el visitante celestial, o tal vez solamente arbó-

reo, desapareció, y Gedeón, al igual que Abraham, su antecesor, levantó allí mismo un altar.

Había una encina o terebinto oracular en las cercanías de Sikém, así como también en Mamré; pero no sabemos si se trataba del mismo árbol bajo el cual Dios se había manifestado ante Abraham. Su nombre, encina o terebinto de los augures, parece indicar que un grupo de magos o druidas, si los podemos llamar de esa manera, habían fijado sus cuarteles junto al árbol sagrado, con el fin de interpretar ante quienes lo solicitasen el rumor de las hojas agitadas por el viento, el arrullo de las palomas torcaces posadas en las ramas o cualesquiera otros presagios que el espíritu de la encina expresase en beneficio de sus devotos. El hermoso valle de Sikém, rodeado de olivos, bosquecillos de naranjos y palmeras, y regado por riachuelos abundantes, es quizá aún uno de los más hermosos parajes de toda la Palestina, y parece haber sido desde muy antiguo un centro importante del culto a los árboles. En todo caso, nos encontramos una y otra vez en su historia con la mención de encinas o terebintos que, basándonos en el contexto, parecen haber sido sagrados. Así, Jacob tomó los ídolos o «dioses extraños» de su casa, junto con los zarcillos que le habían servido probablemente de amuletos, y los enterró bajo la encina o terebinto de Sikém. Según Eustacio, el árbol era un terebinto, y en su tiempo la gente de los alrededores todavía lo veneraba. A su lado se levantaba un altar, en el que eran ofrecidos sacrificios. También fue bajo el terebinto o encina que había junto al santuario del Señor en Sikém donde Josué cogió una piedra grande y la erigió como testimonio, y dijo al pueblo: «Mirad, esta piedra servirá de testimonio contra nosotros, pues ella ha oído todas las palabras que Yahvé nos ha dicho, y también contra vosotros, para que no reneguéis de vuestro Dios». Y junto a la encina de la *massebá* que hay en Sikém los hombres de la ciudad proclamaron rey a Abimélek. Pudo suceder que se creyera que la en-

cina o terebinto se hallaba en alguna especie de relación estrecha con el rey; pues en alguna otra parte se menciona un árbol llamado, la encina del rey, en los límites de las tierras de la tribu de Aser. Y de acuerdo con un testimonio escrito los huesos de Saúl y de sus hijos fueron enterrados bajo la encina o terebinto de Yabés. También cuando murió Débora, nodriza de Rebeca, fue sepultada por bajo de Bet-el, al pie de la encina que se llamó del llanto. Esa encina del llanto pudo haber sido el mismo árbol en el que, según las instrucciones recibidas del profeta Samuel, había de encontrarse Saúl, poco antes de su coronación, con tres hombres que subían a Bet-el a ofrecer sacrificios al Señor, hombres que saludaron a Saúl y le dieron dos de los tres panes que llevaban. Ese encuentro del futuro rey con tres hombres junto a la encina del Tabor nos trae a la memoria el encuentro similar de Abraham con Dios bajo la apariencia de tres hombres, junto a las encinas de Mamré. En el relato original, el saludo a Saúl de los tres hombres junto a la encina pudo muy bien haber tenido algún significado más profundo que el que se desprende de la forma en que ha llegado hasta nosotros la narración. Si ponemos ese relato junto al de la coronación de Abimélek bajo una encina, podríamos pensar que se esperaba que el espíritu de la encina, quizá bajo forma triple, bendijese al rey justo antes de su proclamación. A la luz de esa teoría el entierro de los huesos de Saúl bajo una encina parece adquirir nuevo significado. El rey, que al comienzo de su reinado había sido bendecido por el dios de la encina, fue muy acertadamente depositado para su eterno reposo bajo el árbol sagrado.

Pero de todos los árboles santos de la antigua Palestina, el más famoso y el más popular, con mucho, era, a lo que parece, la encina o terebinto de Mamré, donde Dios se reveló a Abraham, fundador de la nación israelita, bajo la apariencia de tres hombres. ¿Se trataba de una encina o de un terebinto? Los testimonios de la antigüedad son contradictorios, pero las

pruebas parecen inclinarse a favor del terebinto. El historiador Josefo dice que en su tiempo se exhibían en Hebrón muchos monumentos a Abraham, construidos con gran delicadeza, con mármol muy hermoso, y que a seis estadios de la ciudad se levantaba un terebinto muy grande, del que se decía se hallaba en aquel lugar desde la misma creación del mundo. Aunque Josefo no lo diga, podemos suponer que se trataba del mismo terebinto junto al cual Abraham conversó con los ángeles. Por otro lado, Eusebio afirma que el terebinto todavía existía en sus tiempos, a comienzos del siglo IV d. C., y que el lugar era considerado todavía sagrado por las gentes de las inmediaciones. Había un cuadro piadoso que representaba a los tres huéspedes misteriosos que habían compartido la hospitalidad de Abraham bajo los árboles; la imagen situada en el centro se hallaba realzada con respecto a las otras dos, y el buen obispo veía en ella al mismo «Nuestro Señor en persona, salvador nuestro, al que adoran incluso aquellos que no lo conocen». Las gentes de los alrededores adoraban por igual a los tres ángeles. Esos ángeles nos traen sorprendentemente a la memoria los tres dioses cuyas imágenes eran veneradas en la encina sagrada de Romove, centro religioso de los paganos prusianos. Quizá, por alguna razón que desconocemos, se concebía bajo forma trimórfica al dios del árbol, tanto en Hebrón como en Romove. Un peregrino de Burdeos, autor del más antiguo *Itinerario de Jerusalén* conocido, escrito en el año 333 d. C., nos dice que el terebinto se encontraba a unos tres kilómetros de Hebrón, y que se había levantado junto a él una hermosa basílica, por orden de Constantino. Sin embargo, por su manera de referirse al árbol, nos parece que «el terebinto» no era en sus tiempos más que el nombre de un lugar, y que el árbol propiamente dicho había desaparecido. Y no cabe duda de que san Jerónimo, que escribe más tarde, en el mismo siglo, parece dar a entender que el árbol ya no existía. Pues dice que la encina de Abraham o de Mamré ha-

bía sido exhibida hasta los tiempos de Constantino, y que el «lugar del terebinto» era objeto de veneración supersticiosa por parte de las gentes de los alrededores, porque Abraham había conversado en él con los ángeles.

Cuando Constantino decidió levantar una iglesia junto al árbol sagrado escribió una carta a Eusebio, obispo de Cesarea, y le comunicó sus intenciones. El obispo copió, por fortuna, la carta, en su biografía del emperador. Cito a continuación el pasaje que se refiere al árbol santo: «Se dice que el lugar llamado 'en la encina de Mamré', lugar en el que Abraham tuvo supuestamente su morada, ha sido contaminado de varias maneras por ciertas personas supersticiosas; pues se ha dado noticia de que en él han levantado los más condenables ídolos, que se ha erigido allí mismo un altar contiguo y que son ofrecidos constantemente sacrificados impuros. Por tanto, teniendo en cuenta que todo eso resulta extraño para los tiempos que corremos e indigno de la santidad del lugar, quiero que sepa Vuestra Gracia que he escrito al noble conde Acacio, amigo mío y persona apropiada, y le he ordenado que sin más tardanza haga entregar al fuego los ídolos que fueren encontrados en el lugar arriba mencionado, y que su altar sea derribado; y que todo aquel que después de este decreto osare cometer cualquier acto impío en aquellos parajes sea reo del correspondiente castigo. Hemos dado órdenes para que el lugar sea realzado con la construcción de una basílica, que lo purificará y hará que se transforme en centro de reunión para las personas piadosas».

Se observará que en esa carta el emperador habla del árbol dándole el nombre de encina y no de terebinto; y también lo llaman encina los historiadores de la Iglesia Sócrates y Sozomeno. Pero a su testimonio sólo se le puede dar escaso crédito, ya que probablemente los tres siguieron al pie de la letra la versión de la Biblia de los Setenta, en la que se llama encina al árbol santo, y no terebinto. Y es probable que únicamente por de-

ferencia a la autoridad de la versión de los Setenta el mismo Eusebio se refiere a «la encina de Abraham», precisamente en el mismo pasaje en que nos dice que el terebinto se hallaba aún en pie en su tiempo. El historiador religioso Sozomeno nos ha legado una descripción curiosa y de gran valor de la fiesta que hasta los tiempos de Constantino, e incluso más tarde, era celebrada todos los veranos junto al árbol sagrado. Sus palabras son las siguientes:

«He de dar cuenta ahora del decreto que el emperador Constantino expidió con respecto a lo que es llamada la encina de Mamré. Ese lugar, que llaman en la actualidad 'terebinto', se encuentra a quince estadios al norte de Hebrón y a unos doscientos cincuenta estadios de la ciudad de Jerusalén. Es una historia genuina la de que, junto con los ángeles enviados contra los habitantes de Sodoma, el Hijo de Dios se le apareció a Abraham y le anunció que le iba a nacer un hijo de su esposa Sara. Allí se sigue celebrando todos los años durante el verano un festival famoso, al que acuden las gentes de los alrededores, así como los habitantes de los lugares más remotos de toda la Palestina, además de los fenicios y los árabes. También se congregan en el lugar muchos comerciantes, que compran y venden, pues todo el mundo despliega sus mejores galas con ocasión de la fiesta. Los judíos le conceden gran importancia porque se enorgullecen de tener al patriarca Abraham como fundador del pueblo de Israel; los griegos lo hacen por razón de la visita de los ángeles; y los cristianos también, porque allí se le apareció al piadoso patriarca, junto con los ángeles, aquel que andando el tiempo se hizo hombre a través de la Virgen para salvación de toda la humanidad. Cada uno, de acuerdo con sus creencias, honra el lugar; unos oran ante el Dios de todo lo creado; otros invocan a los ángeles y hacen libaciones de vino, o queman incienso, u ofrecen en sacrificio un buey, una cabra, una oveja o un gallo. Pues todos han cuidado durante el año un animal escogi-

do, con la intención de regalarse ellos y sus familias en el día de la fiesta celebrada en aquellos parajes. Y todos también se abstienen allí del contacto carnal con sus esposas, ya sea por el respeto que sienten hacia el lugar, o por el temor a que la ira del Señor caiga sobre ellos en forma de alguna desgracia, aunque las mujeres no dejan de embellecerse y adornar sus personas con el máximo cuidado, como en ocasión de una gran fiesta, y se muestran sin recato en público. Sin embargo, no se observan conductas censurables, aunque los individuos de ambos sexos se mezclan libremente y duermen en compañía unos de otros. Pues el suelo está arado y se halla completamente despejado, y no hay casa alguna, si no es la antigua casa de Abraham, junto a la encina, y el pozo que el mismo patriarca excavó. Pero mientras dura la fiesta nadie saca agua del pozo. Pues siguiendo la costumbre griega unos ponen allí lámparas encendidas; otros hacen libaciones de vino, o arrojan en su interior tortas, dinero, perfumes o incienso. Por ese motivo, probablemente, las aguas se han vuelto impropias para la bebida, como consecuencia de la contaminación debida a todo lo que se ha arrojado en ellas. La realización de todas esas ceremonias, según el ritual griego, fue notificada al emperador Constantino por su suegra, que había acudido al lugar en cumplimiento de una promesa».

Por consiguiente, parece que en Hebrón sobrevivió con pleno esplendor, hasta el reconocimiento oficial de la Iglesia cristiana, el antiguo culto pagano del árbol sagrado y del pozo de Abraham. También, a lo que parece, la feria celebrada al mismo tiempo que la fiesta estival atraía mercaderes de todos los puntos cardinales del mundo semita. Feria que desempeñó un papel muy triste en la historia de los judíos; pues en ella, cuando los romanos sofocaron la última rebelión judía, el año 119 d. C., fueron vendidos como esclavos una verdadera multitud de hombres, mujeres y niños cautivos. De modo que la nación judía se deshizo en el mismo lugar en que según la tradi-

ción había sido fundada por Abraham, junto a la encina o terebinto sagrado de Mamré. El árbol en cuestión, o más bien su sucesor, es mostrado hasta nuestros días en medio de una pradera situada a unos dos kilómetros y medio de Hebrón. Se trata de una encina de hojas perennes (*Quercus pseudo coccifera*), hermosa y anciana, el más noble de los árboles del sur de Palestina. La circunferencia del tronco mide siete metros, y sus ramas alcanzan a cubrir un espacio de unos veintiocho. De modo que la larga rivalidad existente entre la encina y el terebinto, tocante a cuál de esos dos árboles tendría el privilegio de levantarse en Mamré, se ha fallado a favor de la encina. En las proximidades de Hebrón no se levanta ni siquiera un único terebinto de gran tamaño.

XXI. LOS LUGARES ALTOS DE ISRAEL

Son numerosos los pasajes del Antiguo Testamento en que se nos habla de los «lugares altos» de Israel; se nos dice que en el antiguo Israel los centros de culto regular religioso estaban situados en alturas naturales, sombreadas con frecuencia, quizá casi siempre, por el espeso follaje de árboles venerables. En su mayor parte esos santuarios parecen haber carecido de muros y haberse hallado a cielo descubierto, aunque tal vez se extendiesen algunas veces tapices alegres de muchos colores para proteger los objetos sagrados, un poste de madera hincado en el suelo o una piedra puesta de pie, de los ardientes rayos del sol estival o de los violentos aguaceros de las lluvias del invierno. A esos lugares acudieron durante siglos los israelitas, después de su asentamiento en Palestina, para ofrecer sacrificios; y allí, a la sombra de viejas encinas o terebintos, llevaron a cabo sus devociones, dirigidos por reyes o profetas piadosos, sin que los afectase ningún sentimiento de culpabilidad, antes al contrario, animados por la persuasión en que se hallaban de que sus actos eran agradables a los ojos de Dios y ganaban su bendición. Pero la multiplicación de los santuarios tiene el inconveniente de favorecer en las personas ignorantes el nacimiento de la creencia en la multiplicación correspondiente de las divinidades que son objeto de culto en los templos; y de ese modo la doctrina de la unicidad de Dios, cara a las mentes privilegiadas de Israel, tendía a caer en pedazos frente al reconocimiento tácito de toda una serie de dioses o *Baalim*, señor cada uno de ellos de su propia altura boscosa, dispensador cada uno de los dones de la lluvia y el sol, de la fructificación y de la fecundidad, a un grupito de pueblecillos que dirigían hacia él sus ojos como los dirigen a sus santos patrones los de Italia, para pedir su bendición y da

prosperidad de los rebaños y manadas, de los campos, de las viñas y de los olivares. La facilidad con la que el monoteísmo teórico podía transformarse insensiblemente en un politeísmo práctico despertaba la aprensión de los profetas, y la ansiedad con la que contemplaban semejante decadencia teológica se transformaba fácilmente en ardiente indignación moral como consecuencia de los ritos sensuales de los cuales aquellos hermosos escenarios, aunque consagrados, como podría parecer, por la naturaleza misma a la pureza y a la paz, a los pensamientos celestiales y a la meditación, eran con demasiada frecuencia silenciosos y, casi podríamos añadir, avergonzados y mal dispuestos testigos. Y tales consideraciones de tipo religioso y ético se veían reforzadas por otras que podríamos llamar políticas, aunque para el entendimiento de los antiguos hebreos, que lo contemplaban todo a través del velo dorado de la divinidad, tuviesen el aspecto de amenazas o sentencias impuestas por el señor supremo de todos los acontecimientos sobre las cabezas de pecadores y malvados. El poder creciente de los grandes imperios asirio y babilónico comenzó amenazando, y más tarde extinguiendo,, las libertades de los pequeños reinos palestinos; y la catástrofe cercana fue prevista y profetizada con gran antelación por las inteligencias más privilegiadas de Israel, que envolvieron sus predicciones y pronósticos en el cendal poético de la forma profética. Al meditar sobre los peligros que amenazaban al país, se les ocurrió la idea de que una de las fuentes principales de la amenaza se hallaba en el culto religioso de los lugares altos, que con sus tendencias politeístas ofendían la majestad de un Dios único y verdadero, y con sus seducciones inmorales insultaban su pureza. Creyeron que las raíces del mal eran de índole religiosa, de modo que el remedio que propusieron para curarlo era también de naturaleza religiosa. Consistía en acabar con el culto de los lugares altos y con todo el desenfreno concomitante, y en concentrar la totalidad del ceremo-

nial religioso del país en la ciudad de Jerusalén; en ella el ritual, más regular y solemne, limpio de cualquier impureza, había de asegurar con su intercesión diaria, sus sacrificios fragantes y sus agradables cánticos, el favor y la protección divinos sobre toda la nación. La idea, nacida y desarrollada en los corazones y en los cerebros de los grandes profetas, tomó forma práctica con la memorable reforma del rey Josías; pero la medida, acariciada con tanto cuidado y puesta en práctica con tantas esperanzas, demostró ser incapaz de detener la decadencia del reino de Judá y de impedir su caída. Desde el día en que fueron abolidos los lugares altos y se constituyó como único santuario nacional legítimo el templo levantado sobre el monte Sión, apenas si pasó una generación antes de que Jerusalén abriese las puertas al enemigo y la flor de sus hijos fuese llevada en cautiverio a Babilonia.

El conocimiento que poseemos acerca de los santuarios locales en los que, de acuerdo con la interpretación religiosa de la historia judía, gravitaba en gran medida, según se creía, el destino de la nación, procede en parte de la denuncia de que los hicieron objeto los profetas, en cuyas invectivas la asociación frecuente de los lugares altos con los verdes árboles hace suponer que la presencia de árboles, en especial quizá de árboles de hoja perenne, era característica corriente de esas elevaciones sagradas. Así, Jeremías, al hablar del pecado de Israel, dice que «sus hijos se acuerdan de sus altares y de sus *asherim* junto a todo árbol verde y sobre los altos collados». Y en otro lugar afirma: «Y dijome Yahvé en tiempos del rey Josías: ¿Has visto lo que ha hecho la apóstata Israel? Fuese sobre todo monte alto y bajo todo árbol frondoso, y allí fornicó». Y Ezequiel, que habla en nombre de Dios, dice: «Pues cuando los introduje en la tierra que, alzando mi mano, había jurado darles, vieron cualquier colina elevada y cualquier árbol frondoso, ofrecieron allí sus sacrificios y entregaron allí su ofensiva ofrenda, y allí depositaron sus

perfumes de suave olor, y derramaron allí sus libaciones». Y en el Deuteronomio, que según la opinión general es en esencia el libro de la ley sobre el que basó su reforma el rey Josías, se pronuncia la condena de los lugares altos y de sus aditamentos idólatras con las siguientes palabras: «Debéis destruir por completo todos los lugares donde han dado culto a sus dioses los pueblos de que vais a apropiaros: sobre las altas montañas, encima de las colinas y bajo todo árbol frondoso. Demoleréis sus altares; haréis pedazos sus *massebás,* destruiréis sus *asherim* y quemaréis al fuego las esculturas de sus dioses; así extirparéis su nombre de aquel lugar». En fecha anterior, cuando aún no se habían desprestigiado aquellas cumbres de verdes colinas, vemos al rey Saúl sentado en una de ellas: «Se hallaba entonces Saúl sentado en Guibá, bajo el tamarisco que hay en la altura, con la lanza en la mano y rodeado de todos sus servidores».

Hemos visto que en Palestina, hasta los tiempos actuales, muchas de tales alturas, coronadas por grupos de árboles venerables, en especial de encinas de hoja perenne, reciben todavía el homenaje religioso de los campesinos de los alrededores, aunque su antiguo carácter pagano se halla superficialmente cubierto con la tradición de que un santo mahometano descansa bajo su sombra solemne. Resulta razonable suponer, con algunos autores modernos, que han pasado mucho tiempo en Tierra Santa, que muchos al menos de esos sombreados lugares altos de las colinas son los mismos exactamente en que los antiguos israelitas ofrecían sacrificios y quemaban incienso, y que a despecho del celo de los reformadores y de los ataques de los iconoclastas los santuarios inmemoriales de esos miradores han seguido siendo a lo largo de los siglos el centro real de la religión popular. Quizá podamos ir aún más adelante y decir que esas alturas arboladas, que se elevan llamativamente sobre la gran extensión de campos pardos y olivares verdeazul, son los últimos representantes supervivientes de los antiguos bos-

ques primitivos que originalmente cubrían el paisaje durante kilómetros; hasta que la industria del hombre los fue eliminando de las tierras bajas para dejar libres las tierras de cultivo, mientras su superstición toleró que quedasen en las alturas los restos de tales arboledas, alturas que fueron el último refugio de las divinidades selváticas frente al hacha del leñador. Por lo menos parece que los bosquecillos sagrados tuvieron esos orígenes en todas partes; y la semejanza que existe entre ellos nos lleva a suponer que causas similares han producido en Palestina efectos también similares.

Por ejemplo, los akikuyu, del África oriental británica, «son esencialmente un pueblo agrícola y sólo tienen muy poco ganado, pero hay cabras en todos los poblados, y a menudo también ovejas. Para abrir campos dé cultivo se ven obligados a despejar muchos metros cuadrados de terreno, abatiendo los árboles que crecen sobre ellos, y las malezas, que son quemados a continuación, con lo cual dan al suelo su extraordinaria fertilidad. Probablemente hubo un tiempo en que los bosques de Kenia se juntaban con los de los aberdares, y en que toda esa tierra era un enorme y único bosque. La única señal que de todo eso queda en la actualidad son unas pocas colinas, con sus cimas coronadas de árboles, diseminadas sobre todo el país. Se trata de colinas sagradas, y no se permite echar abajo las arboledas que crecen en las cumbres. Esa circunstancia las ha salvado de seguir la misma suerte que el resto de los bosques». La colina que lleva el nombre de Kahumbu «es una de la alturas coronadas de árboles sagrados; esas arboledas sagradas son muy numerosas en las tierras habitadas por los kikuyu. Dado que no se permite cortar los árboles ni los matorrales o monte bajo que crece entre ellos, por temor de que sobrevenga alguna enfermedad epidémica en el país, las dichas colinas se hallan cubiertas por lo general de grandes árboles que se levantan en medio de una densa mata de vegetación baja. Ese monte bajo de la colina de

Kahumbu es refugio favorito de hienas, que han llegado huyendo de los campos abiertos y cultivados en los que no podían hallar ya ninguna guarida. En lo alto de la colina hay un trozo de suelo plano rodeado de matorral. Es el lugar en que son ofrecidos los sacrificios, y se le llama *athuri aliakuru*. Si el hambre asola la región o si la sequía dura demasiado tiempo, se decide recurrir a la ofrenda de algún sacrificio. Todo el mundo se queda en sus cabañas; nadie tiene permiso para abandonarlas, con excepción de catorce ancianos (*wazuri*). Esos hombres, sacerdotes electos de la colina, suben a la cima con una oveja; en tales ocasiones el dios, llamado Ngai, no acepta cabras. Llegados arriba encienden una hoguera y dan muerte a la oveja tapándole las narices y sujetándole la boca hasta que muere por asfixia. A continuación se despelleja al animal; más tarde el hijo de uno de los ancianos que han subido a la colina recibirá el pellejo y lo usará como vestido. Luego se hierve la oveja; en la grasa se hunde una rama que ha sido despojada de las hojas y con ella se rocían las hojas de los árboles del contorno. A continuación, los ancianos comen parte de la carne; si no lo hiciesen el sacrificio no sería aceptado por la divinidad. Se quema en el fuego el resto de la carne: más tarde baja Ngai a comerla. No bien se ha llevado a cabo todo el ceremonial que acabamos de describir, cuando los ancianos están aún bajando de la colina, retumba el trueno y se abren las compuertas del cielo; la lluvia cae con tal fuerza que los hombres han de taparse la cabeza con los vestidos y echar a correr hacia las cabañas. Luego el agua baja de lo alto de la colina e inunda las laderas». Se dice también que el sacrificio que el profeta Elías ofreció en lo alto del monte Carmelo tuvo la virtud de acabar con la sequía que había afligido al pueblo de Israel durante varios años consecutivos; apenas se había dado fin al ritual cuando una nube surgió del océano y oscureció el cielo; y el rey idólatra, que había presenciado el fracaso de los falsos profetas, tuvo que correr cuesta abajo en

su carro de dos ruedas, y escapar por la llanura, para ponerse a cubierto de la lluvia torrencial que comenzaron a verter, como si del diluvio se hubiese tratado, los encolerizados cielos.

Los munda de Chota Nagpur, en Bengala, «no fabrican imágenes de sus dioses, ni rinden culto a ningún símbolo, sino que creen que si bien los dioses son invisibles para la mirada de los mortales, también pueden, cuando se acierta a ganar su voluntad con el auxilio de los sacrificios que se les ofrecen, fijar su morada durante algún tiempo en lugares que les son especialmente dedicados. De modo que los dioses tienen sus 'lugares altos' y sus 'arboledas'; los primeros son simplemente macizos rocosos a los que el hombre no ha añadido ni quitado nada; las segundas son fragmentos de los bosques originales; sus árboles, preservados cuando por vez primera se abrieron claros en la floresta para conseguir campos de cultivo, son conservados cuidadosamente, no sea que los dioses selváticos que habitan esos lugares, perturbados por la tala masiva de los árboles que les sirven de refugio, abandonen la localidad y dejen desamparados a sus habitantes. Incluso en la actualidad, si se destruye un árbol del bosque sagrado (*jahira* o *sarna*), los dioses demuestran su enojo reteniendo las lluvias que corresponden a la estación». Todos los poblados munda tienen en sus alrededores «un bosquecillo, resto de la floresta primitiva; se ha dejado intacto, para morada de los dioses, cuando se abrieron claros para despejar las tierras necesarias al cultivo. En ellos se supone que se detienen Desauli, dios tutelar del poblado, y su mujer, Jhár-Era o Mabúrú, cuando acuden a escuchar los deseos de sus devotos. Hay un Desauli en cada poblado, y su autoridad no va más allá de los límites del poblado al que pertenece la arboleda que le es propia; si un hombre perteneciente a un poblado trabaja en otro distinto está obligado a hacer sus devociones ante los Desauli de los dos. Las divinidades de las arboledas son responsables de la bondad o escasez de las cosechas y se les honra

con especial énfasis en el curso de todas las festividades agrícolas importantes. También se recurre a ellas en casos de enfermedad». A este respecto, otro autor nos dice que «aunque la mayor parte de la floresta primitiva en la que se establecieron los primeros munda, después de derribar los árboles necesarios para dejar tierras libres para el cultivo, ha desaparecido bajo el hacha o la quema-jara[*], son numerosos los poblados munda en los que todavía se conservan espacios de la selva original para que sirvan de *sarnas* o bosques sagrados. En algunos poblados mundari, sólo un grupo pequeño de árboles antiguos representa en la actualidad la selva original y sirve como *sarna* del poblado. Esos *sarnas* son los únicos templos que poseen los munda. En ellos residen los dioses del poblado, dioses que periódicamente son objeto de culto y a los que se ofrecen sacrificios».

Podemos suponer que esos Desauli locales, que residen en arboledas sagradas, residuo de la selva original, y tienen a su cargo la prosperidad de las cosechas, corresponden muy aproximadamente a los *Baalim* de Canaán, que como ellos tienen la morada en los árboles que coronan las alturas de las colinas adyacentes a los pueblos, y que en ellas, en esas alturas, reciben la ofrenda de los primeros frutos o primicias de la tierra, que los campesinos les llevan como muestra de gratitud por lo abundante de las cosechas y lo oportuno de las lluvias que caen del cielo.

También en las fronteras que separan a Afganistán de la India, «las colinas fronterizas se hallan a menudo desprovistas de campos de cultivo o de habitaciones humanas, pero el viajero no puede ir muy lejos sin atravesar algún *zyarat* o santuario bendito, en el que los fieles adoran a los dioses y les ofrecen sacrificios. Muy frecuentemente se hallan situados en la cumbre de algún monte o encima de alguna roca inaccesible, y nos traen al recuerdo los lugares altos de los israelitas. En torno a la tumba crecen algunos ejemplares atrofiados del tamarisco o del

Zizyphus jujuba. De las ramas de esos árboles penden numerosos trozos de tela y jirones multicolores de ropas, porque todos aquellos que formulan alguna petición en la tumba se sienten obligados a dejar un trozo de tela bien visible como testimonio de la promesa que han hecho a cambio del favor que solicitan». Una tumba famosa de esa especie se halla en la cadena montañosa que lleva el nombre de Solimán. «Pese a su difícil acceso, la visitan todos los años cientos de peregrinos; los enfermos son transportados en camillas hasta el lugar, subiendo las pronunciadas pendientes con la esperanza de que los cure la bendición del santo. A menudo se lleva a los enfermos, sujetos a lomos de camellos o sobre las espaldas de los amigos, a uno u otro de esos *zyarats*, situados a veces a distancias comprendidas entre los cien y los doscientos kilómetros. Otra característica de esas tumbas de santos es que su santidad es tan universalmente reconocida que las gentes pueden dejar en ellas con seguridad cualquier cosa que les pertenezca, durante períodos de tiempo prolongados, con la certeza de volverla a encontrar intacta al regreso, que puede tener lugar incluso varios meses más tarde, exactamente en el mismo estado en que la dejaron. Privilegio distintivo de esas tumbas es que en ellas es pecado cortar madera de cualquiera de los árboles que crecen a su alrededor. Por ese motivo las tumbas son los únicos lugares verdes que existen en las colinas, despojadas vandálicamente por las imprevisoras tribus del manto de árboles y matorrales que originalmente las cubría».

Tales *zyarats* afganos o tumbas de santos, situadas en los montes, presentan semejanza evidente y estrecha con los actuales *wely* de Palestina. Ambos tipos de santuario se hallan por lo general situados en lo alto de las colinas y rodeados de árboles que no pueden ser abatidos ni podados; se supone también en ambos que la santidad que los distingue emana del hecho de tratarse de tumbas de santos musulmanes; en ambos es cos-

tumbre depositar bienes con la absoluta seguridad de que permanecerán inviolados; y en ambos igualmente los peregrinos suelen dejar el recuerdo de sus visitas colgando jirones de la tela de sus vestidos en las ramas de los árboles.

También entre los cheremises, de Rusia, «en la actualidad hay bosquecillos aislados que sirven de lugar de oración y de ofrenda de sacrificios; se los conoce con el nombre de *kjus-oto*. Mas en tiempos pasados los cheremises ofrecían sus sacrificios a los dioses en pleno corazón de la selva. Las manifestaciones de la divina voluntad, por ejemplo el súbito nacimiento de un manantial, solían marcar por lo general los lugares que las gentes escogían para hacer sus oraciones. Los cheremises de Ufa buscaban preferentemente lugares altos que se hallasen en las proximidades de algún arroyo; y a pesar de que el hacha del leñador ha despojado a la comarca circundante de su manto de verdor, esas alturas siguen siendo sagradas».

Si hemos de juzgar por esas analogías, las arboledas y montes sagrados de la Palestina antigua, que tanto enojo causaban a los últimos profetas, pudieron haber sido restos de una floresta primitiva, islas de verdura que han quedado solitarias en lo alto de algunos cerros aislados para que sirviesen de refugio a las divinidades del bosque, expulsadas por el hacha del campesino de las extensas arboledas que eran antes su habitáculo; las mismas divinidades que, en su condición de propietarios genuinos de la tierra o *Baalim*, seguían siendo consideradas por los usurpadores como acreedoras al tributo que les era justamente debido por el fruto arrancado al suelo que antiguamente les había pertenecido en exclusiva. El mismo poste sagrado o *asherah*, que era complemento acostumbrado de los santuarios locales, pudo no haber sido otra cosa que el tronco de uno de los árboles santos despojado de sus hojas y ramas, ya fuese por la mano del hombre o como consecuencia de la decadencia debida a causas naturales. Hasta en el día de hoy se puede percibir en los

kayan de Borneo el proceso de formación de semejantes emblemas religiosos que está teniendo lugar entre esos indígenas. Esas gentes creen en la existencia de unos espíritus amenazadores, a los que llaman *Toh*; y cuando despejan algún trozo de terreno en la jungla para plantar arroz, «es corriente dejar en pie en algún lugar que se eleve por encima del terreno circundante algunos árboles, con el fin de no ofender al *Toh* de la localidad privándolo de la totalidad de los árboles, pues se supone que éstos le sirven de lugar de descanso ocasional. A menudo se despoja a esos árboles de todas sus ramas, excepto las últimas, las situadas más arriba; y a veces se amarra transversalmente en el desnudo tronco un poste, a cierta altura del suelo, y se cuelgan en él manojos de hojas de palmera; los niños usan como juguete un objeto que llaman 'toro-bramador', y lo cuelgan del poste, para que se balancee y vibre al soplo de la brisa».

XXII. LAS VIUDAS QUE NO HABLAN

Entre muchos pueblos del mundo, si no todos, la ocurrencia de una muerte en la familia ha llevado consigo obligaciones; los deudos del fallecido han tenido que observar determinadas normas, encaminadas en general a poner trabas de distintos aspectos a la libertad de que suelen disfrutar las personas en su vida cotidiana; y cuanto más estrecho es el parentesco existente entre el familiar y el fallecido, tanto más estrictas y molestas suelen ser las restricciones impuestas a la libertad de aquél o aquélla. Aunque los motivos que llevan a poner esos impedimentos a la libertad de las personas suelen ser desconocidos por los mismos que se someten a ellos, son numerosas las pruebas que apuntan a la conclusión de que muchos, por no decir la mayor parte, tuvieron su origen en el temor al espíritu del muerto y en el deseo de escapar a sus no deseadas atenciones; para ello se recurre a eludir su observación, a rechazar sus insinuaciones y, en último caso, a inducirlo o a obligarlo a la aceptación de su suerte, en la medida al menos en que se abstenga de molestar a sus parientes y amigos. Los antiguos hebreos observaban numerosas restricciones cuando ocurría alguna muerte, restricciones a las que se refiere incidentalmente el Antiguo Testamento o que son impuestas expresamente por él. A la lista de normas que fijan cuál ha de ser la conducta de las personas que guardan luto, lista que puede hacerse a partir de las Sagradas Escrituras, se podría quizá añadir una que viene sugerida por la etimología y confirmada por costumbres similares predominantes en otros pueblos, aunque los escritores sagrados nunca la inculcaron ni se refirieron a ella.

La palabra hebrea que se traduce por «viuda» se halla posiblemente relacionada con un adjetivo que significa «mudo»[*].

Si esa etimología es correcta, vendría a resultar que los hebreos llamaban a las viudas «mujeres que no hablan». ¿Qué motivos habría para llamar mujer que no habla a una viuda? Yo me imagino, con todas las reservas debidas, que el epíteto puede ser explicado mediante una costumbre muy extendida que impone por algún tiempo a una viuda la obligación de guardar silencio absoluto tras la muerte de su marido. A veces la obligación abarca un período de tiempo considerable.

Así, entre los kutu, tribu del Congo, las viudas guardan luto durante tres meses lunares. Se rapan la cabeza, se despojan de la casi totalidad de los vestidos hasta quedar poco menos que desnudas, se embadurnan el cuerpo con arcilla de color blanco y pasan los tres meses completos en la casa sin pronunciar una sola palabra. Entre los sihanaka, de Madagascar, las obligaciones a que está sujeta una viuda son semejantes a las anteriores, pero el período de silencio es aún mayor y dura al menos ocho meses, y en algunos casos incluso un año. Durante todo ese tiempo la mujer se abstiene de ponerse cualquiera de los adornos que usaba ordinariamente, se cubre con una especie de estameña burda y áspera, y se le da para comer tan sólo un plato desportillado y una cuchara rota. No está autorizada a lavarse la cara ni las manos, sino tan sólo la punta de los dedos. De esa guisa pasa todo el día en la casa, y no ha de hablar a nadie que acuda a ella. Entre los nandi, del África oriental británica, mientras la viuda guarda luto se la tiene por impura y no ha de hablar más que susurrando, aunque no se le prohíbe hacerlo totalmente.

Al describir la tribu nishinam de indios californianos, un escritor, que conocía bien a ese pueblo tal como era en las tempranas postrimerías del siglo XIX, dice que «en torno a Auburn, una esposa leal deja de hablar completamente, sea cual sea la ocasión que se presente o el pretexto que pudiera inducirla a hacerlo, durante varios meses, a veces incluso durante todo un

año o aún más tiempo, tras la muerte de su marido. De hecho tan singular he tenido demostración personal. En otros lugares, como por ejemplo junto al río Americano, habla únicamente en un susurro durante varios meses. A medida que se baja hacia el territorio de los cosumnes la costumbre en cuestión desaparece».

Entre los indios kwakiutl, de la Columbia británica, las viudas deben permanecer sentadas e inmóviles durante los cuatro días siguientes a la muerte del marido, con las rodillas dobladas y la barbilla apoyada en ellas. Luego tienen que permanecer aún dieciséis días más en el mismo lugar, pero se les concede el privilegio de estirar las piernas, aunque no el de mover las manos. Durante todo ese tiempo nadie está autorizado a hablar con ellas. Se cree que si alguien se atreviese a romper el tabú del silencio y hablase con la viuda, se le castigaría con la muerte de alguno de los parientes. Los viudos tienen que ajustarse exactamente a las mismas normas cuando se les muere la esposa. También entre los bella coola, tribu india de la misma región, la viuda tiene que ayunar durante cuatro días, y durante ese período no puede hablar una sola palabra; se piensa que si lo hiciese vendría el espíritu de su marido y le pondría la mano en la boca, y de ese modo la haría morir. También los viudos tienen que observar la misma norma a la muerte de sus esposas, y por idénticas razones. En este caso es preciso decir que se obliga a la mujer, o al marido en su caso, a guardar silencio por temor a atraer la atención peligrosa y fatal del espíritu del cónyuge muerto.

Pero no existe pueblo alguno que observe esa curiosa costumbre del silencio más estrictamente que algunas de las tribus salvajes del norte y del centro de Australia. Así, entre los waduman y los mudburra, dos tribus que viven junto al río Victoria, en el territorio septentrional, no sólo se hallan sujetas a la ley del silencio las viudas de un individuo, sino también las esposas

de los hermanos del muerto; el silencio dura de tres a cuatro semanas, las semanas posteriores al fallecimiento. Durante ese período el cadáver permanece en una plataforma hecha de ramas y colocada en la copa de un árbol; y en ella se queda hasta que toda la carne ha desaparecido de los huesos. Entonces se envuelven los huesos en corteza de árbol y se les lleva a un lugar especial en el que los miembros de la tribu se sientan en círculo y lloran alrededor de ellos. Una vez llevada a cabo esa ceremonia funeral, se recogen de nuevo los huesos, se les lleva otra vez al árbol y en él se quedan definitivamente. Mientras dura el tiempo que transcurre entre la muerte y la colocación final de los huesos en el árbol, nadie puede comer el animal o planta que eran tótem del fallecido. Pero una vez que los huesos han sido depositados en su lugar de descanso definitivo entre las ramas de un árbol, uno o dos de los ancianos de la tribu penetran en la selva en busca de algunos ejemplares del animal o planta que era tótem del muerto. Si, por ejemplo, el individuo fallecido tenía por tótem al bermejizo[*], los ancianos capturarán unos pocos de ellos y los llevarán de vuelta al campamento. Una vez ahí se encenderá un fuego y se asará en él a los bermejizos. Mientras se les está asando, las mujeres que han estado sujetas a la ley del silencio, es decir, las viudas del fallecido y las esposas de sus hermanos, se acercan al fuego y tras haber pronunciado en voz alta las palabras «*¡Yakai! ¡Yakai!*», ponen la cabeza en el humo. Entonces uno de los ancianos les toca ligeramente en la cabeza y luego extiende la mano para que ellas le muerdan un dedo. Con esa ceremonia queda levantada la prohibición de hablar que pesaba sobre las mujeres hasta ese instante; a partir de entonces se encuentran de nuevo en libertad para hablar de la manera acostumbrada. Por último, algunos de los parientes del sexo masculino del individuo fallecido se comen los bermejizos asados, y una vez hecho eso todo el pueblo puede tomar parte en el banquete.

También en la tribu de los arunta, que viven en el centro de Australia, las viudas de un individuo recientemente fallecido se untan el cabello, la cara y los pechos con arcilla blanca de pipa y se mantienen en silencio durante algún tiempo, hasta que ha sido llevada a término la ceremonia que les devuelve el uso de la lengua. La ceremonia es la siguiente: Cuando una viuda desea se le levante la prohibición de hablar que pesa sobre ella, coge un recipiente de madera de regulares dimensiones lleno de alguna semilla comestible o de pequeños tubérculos y se unta con arcilla blanca de pipa; lo hace todo en el campamento de las mujeres, en el que ha estado viviendo desde la muerte de su esposo. Cargada con el recipiente y acompañada por las mujeres que ha buscado con ese propósito, se dirige al centro del campamento general, que se halla a mitad de camino entre las dos secciones ocupadas por las dos mitades de la tribu. Una vez en él todas se sientan en el suelo y lloran a grandes voces, con lo cual los hombres, que se hallan con respecto a ellas en la situación real o a efectos de clasificación de hijos y hermanos más jóvenes del fallecido, acuden y se unen al grupo. Entonces esos hombres toman de las manos de la viuda la vasija llena de semillas comestibles o de tubérculos, y mientras la sujetan tantos como puedan hacerlo gritan con grandes voces: «*¡Wah! ¡Wah! ¡Wah!*». Todas las mujeres, con la excepción de la viuda, dejan de llorar y se ponen a lanzar el mismo grito. Pasado un breve intervalo, los hombres mantienen cercano al rostro de la viuda, pero sin llegar a tocarlo, el recipiente de semillas o tubérculos, y lo pasan de una mejilla a la otra de la mujer, mientras todos gritan de nuevo: «*¡Wah! ¡Wah! ¡Wah!*». Ahora la viuda deja de llorar y reproduce el mismo grito, sólo que con menor intensidad. Transcurridos algunos minutos se pasa el recipiente de semillas o tubérculos a los hombres que forman las filas posteriores del grupo, quienes se hallan de cuclillas en el suelo y sujetan con ambas manos sus escudos; entonces los golpean con fuerza

contra la tierra, frente a las mujeres, que se encuentran de pie. Una vez hecho todo eso, los hombres se dirigen a sus campamentos y comen los alimentos que la viuda trajo en el recipiente; la viuda se encuentra ya en libertad para hablar todo lo que quiera, pero aún sigue teniendo el cuerpo untado con la arcilla de pipa.

Spencer y Gillen explican de la siguiente manera el significado del curioso rito por el cual las viudas pertenecientes a la tribu arunta recobran la libertad de conversación: «El significado de la ceremonia simbolizado por la recogida de los tubérculos o las semillas comes tibies es que la mujer está a punto de recomenzar a cumplir las obligaciones ordinarias de la vida femenina, funciones de las que en gran medida se abstenía mientras se encontraba en el campamento entregada a lo que podríamos llamar su profundo dolor por la muerte del esposo. En realidad es muy semejante al significado que tiene entre determinados pueblos mucho más civilizados la transición del papel de cartas con bordes negros anchos al papel con márgenes negros estrechos. La ofrenda entregada a los hijos y a los cuñados más jóvenes tiene por objeto demostrarles que la mujer en cuestión ha llevado a cabo lo que correspondía al primer del duelo, y al mismo tiempo ganar su voluntad, ya que se supone que estos hombres, en especial los cuñados jóvenes, se sentirán durante algún tiempo disgustados porque la mujer continúa viva cuando su marido ha muerto. En realidad, si uno de los hermanos jóvenes del fallecido tropezase en el monte con la esposa del hermano muerto entregada a las ocupaciones ordinarias de las mujeres, tales como la de recoger ñames, cuando aún no hubiese transcurrido mucho tiempo desde el fallecimiento del esposo, y la matase con la lanza, se le perdonaría. Las únicas razones que los indígenas dan para justificar tan hostiles sentimientos son las de que la visión de la viuda los ofende mucho, porque les trae a la memoria el recuerdo del fallecido. Sin embargo, esa

razón parece insuficiente, pues los hermanos mayores del muerto no sienten la hostilidad que dicen sentir los hermanos menores; es muy probable que la explicación verdadera del comportamiento de los jóvenes cuñados esté relacionada de alguna manera con la costumbre que hace que la viuda, cuando ha pasado ya el período final de luto, se transforme en mujer de uno de ellos, al que tienen que comenzar por evitar».

También entre los unmatjera y los kaitish, otras dos tribus del centro de Australia, se le quema a una viuda el pelo, con un tizón, casi hasta la misma piel, y ella se cubre el cuerpo con las cenizas del fuego del campamento. Durante el tiempo que dura el duelo, la mujer se vuelve a cubrir el cuerpo de vez en cuando con las cenizas. Se cree que si no lo hiciese, el espíritu del marido fallecido, el *atnirinja*, que la sigue a todas partes, la mataría y le arrancaría la carne de los huesos. Además, se le daría la razón al hermano más joven del marido muerto si la matase o la golpease fuertemente por haberla encontrado en un momento cualquiera durante el período de luto riguroso sin llevar encima aquella señal de duelo. La mujer también ha de observar la obligación de guardar silencio, por lo general durante muchos meses después de la muerte del marido, hasta que se la levanta el cuñado más joven, hermano del esposo fallecido. En esa ocasión, la mujer ofrece al cuñado una cantidad muy grande de alimentos; él coge una pequeña porción de ellos y le toca a ella ligeramente los labios, para darle a entender que a partir de ese momento se encuentra en plena libertad para hablar tanto como le acomodare, y para entregarse a las obligaciones ordinarias del sexo femenino.

Pero entre los warramunga, otra de las tribus del centro de Australia, la orden de silencio impuesta a una mujer tras la muerte de su marido es mucho más amplia y fuera de lo común. No sólo debe guardar silencio durante todo el período de duración del luto, que puede llegar incluso a dos años, la viuda

del fallecido; también han de mostrarse mudas y por el mismo dilatado término la madre del muerto, sus hermanas, sus hijas y su suegra o suegras. Y aún hay más; no sólo se encuentran sujetas a esa ley del silencio la madre verdadera, la esposa verdadera, las hermanas verdaderas y la suegra verdadera del muerto, sino también muchas otras mujeres, que según las reglas de parentesco propias de esos indígenas entran bajo aquella denominación; se trata de mujeres que para nosotros no tendrían parentesco alguno con el fallecido, y se hallan obligadas a enmudecer, puede que por un año, puede que sea por dos. Por eso no es cosa poco corriente encontrarse con un campamento warramunga donde la mayor parte de las mujeres no pueden hablar. Incluso cuando ya ha terminado el período del luto alguna mujer prefiere seguir absteniéndose de hablar y comunicarse únicamente por medio de señas, y llegan a adquirir mucha destreza en esa nueva forma de relación. No es raro ver en un campamento a un grupo de mujeres sentadas en silencio completo que mantienen, sin embargo, conversación animada e ininterrumpida por medio de los dedos, o mejor de las manos y de los brazos, pues muchos de los signos consisten en posiciones diversas de las manos y los codos. Hace algunos años había en Tennant's Creek una anciana que hacía más de veinticinco años que no abría la boca, sino era para comer o beber, y que probablemente se ha muerto sin haber vuelto a pronunciar una sílaba desde entonces. Sin embargo, cuando tras un tiempo más largo o más corto de silencio absoluto una viuda warramunga desea recobrar la libertad para hablar, se dirige a los hombres que se hallan respecto a ella en la relación tribal de hijos, y como es de costumbre en tales casos les ofrece una cantidad determinada de alimentos. La ceremonia en sí es muy sencilla; la mujer trae la comida, por lo general un gran pastel de semillas de hierba, y va mordiendo por turno un dedo a todos los hombres que han de liberarla de la obligación de guardar silencio que pesa sobre

ella. Una vez hecho eso, vuelve a tener libertad para hablar cuando quiera. Sólo resta por decir que en la tribu de los warramunga una viuda se trasquila los cabellos, se abre con un cuchillo la piel a lo largo de la línea que separa una banda de cabellos de la otra y se cauteriza con un tizón la abierta herida. Las consecuencias de tan horrible mutilación son a menudo bastante graves.

En la tribu dieri, también del centro de Australia, una viuda no tiene permiso para volver a hablar hasta que se la ha secado y desprendido por sí misma del cuerpo la capa de arcilla blanca con que lo ha cubierto en señal de duelo. Mientras eso no ha sucedido, a lo largo de un período que puede incluso llegar a durar varios meses, sólo puede comunicarse con los demás por medio del lenguaje de señas.

Pero ¿por qué razón habría de estar obligada una viuda a guardar silencio por un tiempo más o menos largo tras la muerte de su esposo? Los motivos que respaldan esa extraña costumbre podrían reducirse tal vez al temor de atraer la peligrosa atención del espíritu del consorte fallecido. Los bella coola, indios de California, alegan sin duda esa razón, explícitamente, pues dicen temer al fantasma del muerto. También entre los unmatjera y los kaitish es el miedo el motivo que lleva a la viuda a cubrirse el cuerpo de ceniza. A lo que parece, con esas costumbres se trata de evitar al espíritu del muerto o de causarle repugnancia y rechazo. La viuda le elude con el silencio, y lo rechaza o le causa repugnancia con el abandono de los adornos y galas, con el trasquileo o quemado de los cabellos, con la aplicación de ceniza o de barro sobre el cuerpo. Semejante interpretación resulta confirmada por determinadas particularidades de las costumbres australianas.

En primer lugar, entre los waduman y entre los mudburra la viuda está obligada a guardar silencio tan sólo mientras queda carne adherida a los huesos del difunto marido; tan pronto co-

mo la descomposición ha sido completa y los huesos han quedado limpios, ella vuelve a recuperar el uso de la palabra. Porque parece ser creencia común que el espíritu prolonga su estancia junto a los restos en descomposición mientras la carne no ha desaparecido por completo, y que tan sólo después de que ya no quedan más que los huesos descarnados parte él hacia el mundo más o menos distante de los espíritus. Allí donde predomina esa creencia resulta natural que la viuda se abstenga de hablar mientras la descomposición del cadáver de su marido está en curso, pues sólo durante ese período se encuentra el espíritu rondando por los alrededores y puede atraerlo, el sonido de la voz familiar.

En segundo lugar, la relación que entre los arunta, los unmatjera y los kaitish une a la esposa con los hermanos más jóvenes del difunto esposo apoya la suposición de que el motivo de las restricciones que se le imponen a la mujer es el temor sentido ante el espíritu del muerto. En esas tribus el hermano más joven del fallecido esposo parece ejercer una especial vigilancia sobre la viuda mientras dura el luto; cuida de que ella observe estrictamente las normas establecidas para tales ocasiones, y tiene derecho a castigarla severamente e incluso a matarla en caso de que las quebrantase. Además, entre los unmatjera y entre los kaitish es el hermano más joven del muerto el que al fin libera a la viuda de la obligación del silencio y la devuelve a la libertad de la vida ordinaria. Ahora bien, esa relación especial que existe entre la viuda y el hermano más joven del fallecido esposo resulta inteligible si se supone que al final del período de luto la mujer se convertirá en esposa del cuñado, como ocurre generalmente bajo la forma común del levirato, que asigna la viuda de un individuo a uno de sus hermanos más jóvenes. La costumbre existe actualmente en las tres tribus, arunta, unmatjera y kaitish, en que la mujer observa la prohibición de hablar y se halla en la relación mencionada con respecto a los her-

manos más jóvenes de su difunto marido. Entre los arunta la costumbre es que al finalizar el período del luto la viuda se transforme en esposa de uno de los hermanos más jóvenes del fallecido; y en lo que respecta a los unmatjera y a los kaitish, se nos notifica que «ese traspaso de la viuda a un hermano más joven, pero nunca a un hermano más viejo que el esposo muerto, es característica sobresaliente de esas tribus». De manera semejante, en la tribu dieri, que obligaba a las viudas a guardar silencio en señal de duelo, la esposa del fallecido se casaba con su hermano, que se transformaba en nuevo marido de la mujer, y al que sus hijos llamaban igualmente padre. Pero entre razas rudas, que piensan que el espíritu de un individuo ronda a su mujer viuda y que la molesta con sus atenciones no deseadas, se cree que el casamiento con la viuda conlleva naturalmente determinados riesgos para el novio, riesgos dimanantes de los celos sentidos por el fallecido rival, que se resiste a dejar a su mujer en brazos de otro. En otro lugar he citado ejemplos de esos peligros imaginarios que rondan en torno al casamiento de una viuda, y que nos pueden ayudar a comprender por qué entre las tribus australianas en cuestión el hombre mantiene tan vigilante atención sobre la conducta de la viuda del hermano mayor fallecido. Los motivos no son probablemente tanto el respeto desinteresado por el honor del hermano muerto, como la preocupación egoísta acerca de la propia seguridad, que se vería amenazada si el joven implicado se atreviese a casarse con la viuda antes de que ella se hubiese desembarazado por completo del espíritu de su fallecido esposo mediante la observancia de las precauciones generalmente tomadas en tales ocasiones, entre ellas la norma que obliga a la mujer a guardar silencio.

Por tanto, la analogía que existe entre las costumbres propias de pueblos muy separados unos de otros apoya la conjetura de que también entre los antiguos hebreos, en algún momento temprano de su historia, se pudo haber dado por supuesto que

una viuda guardaría silencio durante un tiempo determinado tras la muerte de su esposo con el fin de desembarazarse del espíritu del muerto; y, además, probablemente, la observancia de esa precaución pudo haber sido particularmente impuesta por el hermano más joven del fallecido, que, de acuerdo con la costumbre del levirato, tenía la intención de desposarla cuando hubiesen pasado los días del luto. Pero sé debería observar que, aparte de la analogía, las pruebas directas de que entre los hebreos hubiese existido ese silencio obligatorio de las viudas se reducen a una etimología dudosa; y teniendo en cuenta que las inferencias sacadas de la etimología para explicar unas u otras costumbres son extraordinariamente precarias, no se puede afirmar que la conjetura que nos ocupa tenga grandes probabilidades de resultar acertada.

Parte Cuarta

LA LEY MOSAICA

XXIII. EL LUGAR QUE OCUPA LA LEY MOSAICA EN LA HISTORIA DE LOS JUDIOS

Antes de iniciar el examen de algunas leyes judías particulares, sería bueno considerar brevemente qué lugar ocupa la ley mosaica como un todo en la historia de Israel, en la medida en que ese lugar ha sido determinado por el análisis crítico debido a los eruditos modernos.

El resultado más importante y el mejor demostrado de la crítica histórica y lingüística aplicada al Antiguo Testamento es la prueba de que la legislación que aparece en el Pentateuco, en la forma en que se la presenta actualmente ante nosotros, no pudo haber sido promulgada por Moisés en el desierto y en Moab, antes de la entrada de los israelitas en Palestina, y que sólo pudo haber tomado su aspecto final y definitivo en algún momento posterior a la captura de Jerusalén por Nabucodonosor, el año 586 a. C., cuando los judíos fueron arrancados de su tierra y llevados al exilio. En resumen, la parte legal del Pentateuco, tal como la conocemos nosotros, no pertenece a los períodos primitivos de la historia de Israel, sino a una fecha muy posterior; lejos de haber sido promulgada antes de que la nación se hubiese establecido en la Tierra prometida, parece por el contrario que hasta el término de la independencia nacional muy poco se había escrito y publicado de ella; y su-mayor parte, incluido lo que los críticos llaman Códice Sacerdotal, parece haber sido elaborada por vez primera en su forma actual y puesta sobre el papel ya sea durante la cautividad o al término de ella.

Pero es necesario distinguir con cuidado entre la edad de las leyes propiamente dichas y las fechas en que fueron dadas por

vez primera al mundo bajo la forma de códigos escritos. Bastarán muy pocas consideraciones para que comprendamos que las leyes no surgen repentinamente sobre la arena, armadas de la cabeza a los pies, como surgió Atenea de la cabeza de Zeus, en el momento en que se las codifica. Legislación y codificación son dos cosas muy diferentes. Por legislación se entiende la aprobación y sanción autoritarias de determinadas reglas de conducta que hasta ese momento no habían sido observadas, o que no habían sido legalmente vinculantes antes de que los actos que imponen su cumplimiento hubiesen sido aprobados por la autoridad suprema. Pero incluso, las leyes nuevas son raramente, o nunca, innovaciones totales; casi siempre presuponen y descansan sobre una base de costumbres existentes y opinión pública vigente, que concuerdan en mayor o menor medida con las nuevas normas que han sido preparadas en silencio para su buena acogida en el ánimo de la gente. Incluso el monarca más despótico del mundo se vería incapacitado para imponer por la fuerza sobre su pueblo una ley absolutamente nueva que fuese en contra de la tendencia y corriente de la disposición natural de los individuos, que ultrajase las opiniones y hábitos hereditarios de la gente, que hiciese caso omiso de sus sentimientos más queridos y de sus aspiraciones más acariciadas. Incluso en el decreto aparentemente más revolucionario existe siempre un elemento conservador que consigue asegurar el consentimiento y obediencia generales de una comunidad. Solamente las leyes que de alguna manera concuerdan con el pasado de una nación tienen capacidad para moldear su futuro. Pretender reconstruir la sociedad humana desde los cimientos es idea de visionarios; idea que no trae aparejado daño alguno mientras se halle confinada en las utopías de filósofos y soñadores impenitentes; pero idea peligrosa y potencialmente desastrosa cuando la intentan poner en práctica individuos, ya sea demagogos o déspotas, que por su misma pretensión demues-

tran su ignorancia acerca de los principios fundamentales del problema que tan drásticamente desean resolver. La sociedad es un producto, el resultado de un proceso de desarrollo y no una estructura; y aunque podemos modificar ese producto o ese proceso de desarrollo y darle formas más agradables, de la misma manera que un jardinero con sus conocimientos consigue brotes de formas más atractivas y de aroma más placentero a partir de las flores más humildes de los campos y los prados, de las riberas de los ríos y de los setos de los caminos, no podemos en cambio crear de nuevo la sociedad, como tampoco puede el jardinero crear un lirio o una rosa. De modo que en toda ley, igual que en toda planta, hay un elemento que pertenece al pasado, un elemento que si pudiese ser seguido en dirección a sus orígenes últimos nos haría retroceder hasta los más primitivos períodos de la historia de la especie humana en el primer caso, y de la vida de la planta en el segundo.

Y cuando pasamos de la legislación a la codificación, la posible antigüedad de las leyes codificadas resulta tan evidente que parece casi superfluo insistir acerca de ella. El más famoso de los códigos, el *Digesto* o *Las Pandectas* de Justiniano, es una compilación de extractos procedentes de los escritos de juristas romanos más antiguos y reproducidos literalmente con las mismas palabras utilizadas por sus autores, cuyos nombres figuran cuidadosamente con cada una de las citas aisladas. De modo que este código no es una serie de leyes nuevas, sino tan sólo una colección nueva de las leyes antiguas que habían estado vigentes en el imperio romano durante siglos. De los códigos modernos, el más celebrado es el francés debido a Napoleón; pero aunque ese código reemplazó al inmenso número de sistemas de jurisprudencia locales e independientes, tan extenso que había hecho decir a un observador de la época que en Francia un viajero cambiaba de leyes más a menudo que de caballos, no por ello formó un cuerpo legislativo completamente

nuevo; al contrario, ese código es «producto del derecho romano y del consuetudinario, junto con las ordenanzas de los reyes y las leyes promulgadas durante la Revolución». Pero sería superfluo multiplicar los ejemplos modernos.

En el mundo semita, el curso de la legislación ha sido probablemente similar. El más antiguo código del mundo que ha llegado hasta nosotros es el dé Hammurabi, rey de Babilonia, que gobernó hacia el año 2100 a. C. Pero no existen motivos para suponer que las normas que figuran en él hubiesen sido creaciones *ex-nihilo* del legislador real; al contrario, tanto el cálculo de probabilidades como las pruebas encontradas apoyan la teoría de que aquel rey se limitó a levantar su estructura legislativa sobre cimientos ya existentes de costumbres y usos inmemoriales, que, al menos en parte, habían llegado hasta él de generación en generación desde los antiguos predecesores de los semitas en Babilonia, los sumerios, y que habían sido consagrados desde muy antiguo por las ideas populares preconcebidas, sancionados por los reyes y administrados por los jueces. De modo similar, los críticos que adscriben el núcleo principal de la llamada legislación mosaica a las generaciones que preceden inmediatamente o siguen a intervalos no demasiado grandes a la pérdida de la independencia nacional, reconocen sin reservas que, incluso en la última de sus formas, esa ley no sólo registra, sino que también impone costumbres e instituciones ceremoniales, muchas de las cuales, y entre ellas las más fundamentales, son sin género de dudas bastante anteriores a la época en que se dio al Pentateuco su forma final, cosa que ocurrió en el siglo V a. C. Semejante conclusión, relativa a la dilatada antigüedad de las principales instituciones rituales de Israel, resulta ampliamente confirmada si la comparamos con las instituciones de otros pueblos; pues esa comparación revela en las costumbres hebreas no escasas huellas de barbarie e incluso de ferocidad; huellas que de ninguna manera pudieron ser impresas

por vez primera en ellas, en las costumbres hebreas, durante la codificación final de las leyes, sino que debieron ser incorporadas en épocas probablemente muy anteriores, al despuntar de los tiempos históricos. En las páginas que siguen llamaré la atención sobre algunas de esas huellas; pero su número podría ser ampliado sin necesidad de grandes esfuerzos. Costumbres tales, por ejemplo, como la de la circuncisión, la impureza ritual de las mujeres, y la utilización de chivos expiatorios son análogas a otras costumbres que han existido y todavía existen en tribus salvajes de muchas partes del mundo.

Creo que lo que acabo de decir bastará para disipar los recelos por ventura despertados; resultaría erróneo suponer que, por el hecho de atribuir fecha tardía a la codificación final de las leyes hebreas; también atribuyen los críticos de la Biblia fecha reciente al origen de las leyes recogidas en el código. Mas antes de seguir adelante convendría quizá aclarar otra posible interpretación errónea de lo dicho, que podría surgir con relación a la teoría crítica. Aunque no se pueda demostrar que procede de Moisés ninguna, o alguna que otra, de las leyes llamadas mosaicas que figuran en el Pentateuco, tampoco se puede extraer de tal circunstancia la conclusión de que el gran legislador haya sido únicamente un personaje mítico creado por la imaginación del pueblo o de los sacerdotes, e inventado para explicar los orígenes de la constitución religiosa y civil de la nación. Semejante inferencia iría en contra de las pruebas particulares que hablan en favor de la realidad histórica de Moisés, y se opondría también a las leyes generales de la probabilidad; pues nunca ocurren, o lo hacen tan sólo muy raramente, grandes movimientos religiosos y nacionales sin la energía conductora de grandes líderes. Muy difícilmente se podrían comprender los orígenes del judaísmo sin Moisés; de la misma manera que no se comprenderían los orígenes del budismo sin Buda, los del cristianismo sin Jesús o los del mahometismo sin Maho-

ma. En la actualidad existen fuentes de información que tienden sin duda a suponer que la historia es el resultado de los ciegos impulsos colectivos de las masas, que prescinden de la iniciativa y de la dirección de mentes extraordinarias; pero esa suposición, nacida de la falsa y perniciosa doctrina de la igualdad natural de los hombres y fomentada por ella, contradice las enseñanzas de la historia tanto como las experiencias de la vida real. Las multitudes necesitan un caudillo; y sin él poseen poca o ninguna capacidad para construir lo que quiera que sea, aunque sí la tengan para la destrucción. Sin hombres que descuellen por sus ideas, por sus palabras, por sus actos y por su influencia sobre sus contemporáneos, nunca ha surgido y nunca surgirá una gran nación. Moisés fue uno de esos hombres, y con justicia se le puede considerar como verdadero fundador de Israel. Despojado de los detalles milagrosos, que cristalizan en torno a la memoria de los héroes populares con la misma naturalidad con que el musgo y los líquenes se adhieren a las piedras, la noticia que se nos da de él en las historias primitivas de los hebreos es probable y sustancialmente correcta; Moisés unió a los israelitas contra sus opresores egipcios, los condujo a la libertad en el desierto, hizo de ellos una nación, imprimió en sus instituciones religiosas y civiles el sello de genialidad que le caracterizaba, los llevó hasta las llanadas de Moab y murió a la vista de la Tierra prometida sin haber podido llegar a entrar en ella.

En la complicada multitud de leyes que componen gran parte del Pentateuco, los críticos distinguen actualmente, por lo general y como mínimo, tres grupos o cuerpos legislativos que difieren uno del otro tanto por el carácter como por la fecha. Por orden cronológico son esos grupos el Código de la Alianza, el Deuteronómico y el Códice Sacerdotal. Unas breves palabras acerca de esos documentos ayudarán quizá al lector a comprender el lugar que cada uno de ellos ocupa en la historia de la

legislación judía, al menos en la medida en que ese lugar ha sido determinado por las investigaciones de los críticos. Los argumentos que sirven de apoyo a esas conclusiones son demasiado numerosos y complejos para que se los pueda citar aquí; aquel de los lectores que desee conocerlos los hallará expuestos sin reservas en numerosas publicaciones al respecto, fácilmente accesibles.

Por lo general, se admite que el documento más antiguo de los que forman el Pentateuco es el llamado Código de la Alianza, que contiene la parte del Exodo comprendida entre los capítulos XX, 22 y XXXIII, 33. Se ha llamado también a sus disposiciones Primitiva Legislación. Estrechamente relacionado con él se halla el texto comprendido entre los versículos 11 y 27 del capítulo XXXIV del Exodo, que a veces ha sido llamado Libro Menor de la Alianza. El Código de la Alianza se halla encajado en el pasaje elohísta que, según la opinión general, fue escrito en la parte septentrional de Israel en fecha no posterior a la primera parte del siglo VIII a. C. El Libro Menor de la Alianza pertenece al Documento Jahvista, escrito, según se supone generalmente, en Judea, en fecha algo anterior a la del pasaje elohísta, quizá durante el siglo IX a. C. Pero las leyes propiamente dichas existían probablemente en un código o códigos sueltos mucho antes de que se las incorporase en aquellos documentos; e incluso se puede suponer que antes de que se las hubiese codificado, las leyes eran observadas regularmente en forma de reglas de las costumbres o derecho consuetudinario, y aun muchas de esas costumbres eran muy anteriores a los tiempos de que se tiene memoria. En conjunto, en el Código de la Alianza se refleja la vida tal como era en los días de los jueces y de los primeros reyes. «La sociedad a que se refiere esa legislación tiene una estructura muy sencilla. La vida se apoya en la agricultura. La riqueza está constituida por el ganado y por los productos agrícolas, y las leyes acerca de la propiedad se refie-

ren únicamente a ellos. Los principios relativos a la justicia civil y a la criminal son los todavía vigentes entre los actuales árabes del desierto. Su número se reduce a dos: la venganza y la indemnización pecuniaria. Se trata el asesinato con la ley del desquite sangriento; sin embargo, el homicida inocente puede buscar asilo ante el altar de Dios. Al lado del asesinato figuran el robo de personas, ofensas contra los padres y la hechicería. Otras ofensas son castigadas por el mismo que las ha sufrido o son objeto de arreglos privados llevados a cabo en el interior del templo. Los daños a las personas caen bajo la ley de la venganza o del desquite personal, lo mismo que el asesinato. El ojo por ojo, diente por diente, sigue siendo la costumbre que predomina entre los árabes; y, sin duda, en Canaán, lo mismo que en el desierto, el ofendido trataba generalmente de conseguir venganza por sus propios medios».

El segundo cuerpo distinguido por los críticos en el Pentateuco es el Código Deuteronómico. En él entra la mayor parte del libro actual del Deuteronomio, a excepción de la introducción histórica y de los capítulos finales. En general, los críticos parecen hallarse de acuerdo en reconocer que el Código Deuteronómico es en esencia el códice de la Torá, encontrado en el templo de Jerusalén el año 621 a. C., y en el cual el rey Josías apoyó su reforma religiosa. Los rasgos principales de esa reforma fueron, en primer lugar, la supresión de todos los santuarios locales o «lugares altos» que existían sobre toda la extensión del territorio; y, en segundo lugar, la concentración del culto ritual de Jehová únicamente en el templo de Jerusalén. Son medidas enérgicamente inculcadas por el Deuteronomio; y de las directrices de ese libro parece haber sacado el rey reformador tanto los ideales que se propuso hacer realidad como el ardiente celo religioso que le animó y sostuvo en la difícil tarea. Pues de las bendiciones que el autor del Deuteronomio promete como premio a la obediencia de las leyes, y de las maldicio-

nes que anuncia caerán sobre la cabeza de quienes las infrinjan, se deduce con facilidad la profunda impresión que la lectura del libro causó en la mente del piadoso monarca.

La reforma de esa manera inaugurada por el rey Josías tuvo mucha importancia, no sólo por las medidas que puso en vigor, sino también por la manera en que fueron promulgadas. Por lo que sabemos, era la primera vez que en la historia de Israel se publicaba un código escrito, con la autoridad del gobierno, para que fuese la norma suprema de conducta de toda la nación. Hasta ese momento el derecho había sido consuetudinario, no estatuido; en su mayor parte había existido únicamente en forma de costumbres, a las cuales se adaptaba todo el mundo como acatamiento a la opinión pública y por la fuerza del hábito; sus orígenes eran atribuidos a tradiciones antiguas, o se habían perdido por completo en las nieblas de la antigüedad. Es verdad que algunas de las costumbres habían sido puestas por escrito y compiladas en códigos breves; al menos uno de esos códigos ha llegado hasta nosotros: es el que llamamos Código de la Alianza. Pero no parece que esos escritos hubiesen recibido sanción social alguna; probablemente eran simples manuales de circulación privada. Parece ser que los depositarios reales de las leyes eran los sacerdotes de los santuarios locales, sacerdotes que transmitían de viva voz y de generación en generación las ordenanzas del ritual y de la religión, con las cuales en las sociedades primitivas se hallaban casi inseparablemente unidas las normas morales. Sobre todos los puntos de aplicación dudosa, en todas las disputas legales, se consultaba a los sacerdotes; la gente aceptaba lo que ellos decidían, no tanto como jueces humanos ordinarios, sino más bien como portavoces de la divinidad, cuya voluntad averiguaban e interpretaban por medio de las suertes y demás tipos de oráculos. Esas decisiones orales de los sacerdotes fueron la ley primitiva del pueblo israelita; eran la Torá, según su significado propio de dirección o

instrucción autoritarias, mucho antes de que la aplicación de esas palabra llegase a ser circunscrita primero a la ley en general y más tarde a la legislación escrita del Pentateuco en particular. Más en su sentido original de dirección o instrucción, la Torá no correspondía únicamente a las lecciones dadas por los sacerdotes; incluía también las instrucciones y advertencias formuladas por los profetas, llevados de arranques que ellos mismos y sus oyentes consideraban inspiración de la divinidad. Por consiguiente, había una Torá profética, además de otra sacerdotal; pero al principio, y después durante mucho tiempo, las dos coincidían en ser orales y no escritas.

La publicación del Código Deuteronómico en forma escrita marcó un hito, no sólo en la historia del pueblo judío, sino también en la de la humanidad. Fue el primer paso dado hacia la canonización de las Escrituras, y a través de él hacia la sustitución de la palabra hablada por la palabra escrita como suprema e infalible regla de conducta. La consumación del proceso con la terminación del Canon, que tuvo lugar en los siglos posteriores, puso grilletes al pensamiento; en el mundo occidental, desde entonces, los pensadores no han conseguido nunca llegar a liberarse por completo y con éxito de tales ataduras. Antes, la palabra hablada gozaba de libertad, y por consiguiente también era libre el pensamiento, puesto que el discurso no es otra cosa que pensamiento vocalizado y expresado. Los profetas disfrutaban de libertad completa, tanto de pensamiento como de palabra, porque se creía que sus palabras y pensamientos eran inspirados por la divinidad. Incluso los sacerdotes se hallaban lejos de apegarse fanáticamente a la tradición; aunque no se pensase que Dios hablaba a través de ellos, se concedían un amplio margen de libertad a la hora de hacer funcionar el sistema oracular de las suertes y demás dispositivos mecánicos a través de los cuales se dignaba la divinidad manifestar su voluntad a los que deseaban ansiosamente conocerla. Pero en cuanto co-

menzaron los oráculos a ser registrados por escrito, también se hicieron estereotipados e inmutables; abandonaron la fluidez anterior y se solidificaron, tomando la forma cristalina con toda su dureza y persistencia; la literatura muerta había reemplazado a algo vivo y en continuo desarrollo; el escriba había desplazado al profeta e incluso al sacerdote, en la medida en que las funciones del sacerdote eran de oráculo y no rituales. A partir de ese momento Israel se transformó en el «pueblo de la Biblia»; el conocimiento y sabiduría supremos ya no iban a ser alcanzados por medio de la observación independiente, ni por la investigación libre acerca del hombre y de la naturaleza, sino a través de la interpretación servil de unos escritos. El autor tuvo que ceder el puesto al comentarista; el carácter de la nación, que había creado la Biblia, tuvo que adaptarse a la tarea de escribir el Talmud.

Aunque podemos establecer con bastante seguridad la fecha de publicación del Código Deuteronómico, no poseemos información alguna acerca de la fecha de su composición. Fue descubierto y promulgado el año décimo octavo del reinado de Josías (621 a. C.), y tuvo que haber sido escrito durante los dieciocho años que precedieron a su descubrimiento o durante el reinado de Manasés, que fue inmediatamente anterior a Josías; pues a partir de los indicios internos se puede demostrar que el libro no puede ser más antiguo y que tuvo que haber sido escrito forzosamente en algún momento del siglo VII a. C. Teniendo en cuenta todo lo que se conoce, la hipótesis más probable parece ser la de que el Deuteronomio fue escrito durante el reinado de Manasés, y que bajo el gobierno cruel y opresor de aquel rey impío fue escondido en el templo, para que el rey no lo hallase, y que allí permaneció oculto hasta que las obras de restauración del edificio sagrado emprendidas por el devoto Josías lo pusieron al descubierto. Sin embargo, es verdad que algunos han supuesto que tanto el libro como su pretendido hallazgo

fue una artimaña de los sacerdotes del templo, que por medio de un engaño piadoso se las arreglaron para hacérselo pasar al crédulo Josías como una obra de dilatada antigüedad. Mas esa acusación es tan injusta como poco caritativa; así se lo parecerá a todo aquel que considere sin reservas mentales la previsión liberal hecha por el nuevo código en lo referente a la recepción en Jerusalén de los sacerdotes rurales, a quienes la destrucción de los santuarios locales había privado de sus medios de subsistencia. Aquellos sacerdotes, privados de la posición que hasta ese momento habían ocupado y de las subvenciones que habían sido su *modus vivendi*, reducidos al estado de vagabundos sin hogar, llegaron a Jerusalén, y allí, sin más dilaciones ni dificultades, se les puso al mismo nivel que a sus colegas urbanos y se les concedió el disfrute completo de la dignidad y de los emolumentos de la categoría sacerdotal. Probablemente no haremos otra cosa sino justicia al clero de la capital si suponemos que se atenían estrictamente a la vieja y buena máxima que dice: *Beati possidentes*, y que si no hubiese sido por la cruel compulsión de las leyes nunca hubiesen abierto los brazos y la bolsa a los hermanos necesitados que venían del agro.

Quienquiera que haya sido el desconocido autor del Deuteronomio, no se puede negar que se trató de un patriota y reformador desinteresado, y que le movía el amor genuino que sentía por su país y el deseo honrado de una religión y una moralidad puras, que creía puestas en peligro por las prácticas supersticiosas y los excesos lascivos de los santuarios locales. Es difícil de decir si fue un profeta o un sacerdote, pues fácilmente se percibe en el libro la mezcla de materiales sacerdotales, o en todo caso legales, con el espíritu profético. Parece fuera de cualquier duda que escribió inspirado por la influencia de los grandes profetas del siglo VIII a. C., Amos, Oseas e Isaías; como ellos, aceptó la superioridad de las normas morales sobre las meramente rituales, y propuso un sistema de legislación basado en

principios religiosos y éticos, en la piedad y en la benignidad, en el amor a Dios y en el amor al hombre; y al recomendar esos principios a sus oyentes y a sus lectores cae naturalmente en un tono de alegato intenso e incluso patético, más en consonancia con el ardor y animación de un orador que con la calma y gravedad del legislador. El lector actual de los escritos de ese personaje tiene la impresión de estar oyendo a un predicador que se deja llevar por el impulso de su elocuencia apasionada, dirigida a una audiencia cautivada por sus palabras bajo las resonantes bóvedas de una vasta catedral. Casi nos parece estar viendo la mirada encendida y los gestos animados del orador; nos parece percibir el timbre de sus sonoros acentos que despiertan los escondidos ecos del techo abovedado y hacen estremecerse a los oyentes movidos por emociones cambiantes de tranquilizante seguridad y esperanza, de remordimientos y pesar dolorosos, de desesperación y terror abrumadores. Y, finalmente, la voz del predicador deja paso al silencio, con una nota aguda de tremenda advertencia, de ardiente anuncio de la cólera divina que se hará sentir sobre la cabeza del pecador y del desobediente. Como ha dicho muy bien un crítico eminente, el discurso de ese orador sagrado no tiene igual en todo el Antiguo Testamento, en lo que se refiere a lo sostenido de la energía declamatoria.

Y, sin embargo, aunque sin ningún género de duda fueron los motivos más puros los que apoyaron la reforma, y que se la llevó a cabo con un impulso de entusiasmo genuino, el estudioso de la religión dado a la filosofía estaría justificado si expresase sus dudas acerca de si la centralización del culto en un santuario único, mirada desde un punto de vista teórico, no habría sido un retroceso antes que un adelanto; y si, mirada desde un punto de vista práctico, no iría acompañada de ciertos inconvenientes que neutralizarían en bastante medida sus ventajas. Por un lado, para el modo de pensar actual, acostumbrado a la idea

de un Dios no sujeto a límite alguno de espacio ni de tiempo, y por tanto igualmente accesible a los creyentes en cualquier lugar y en cualquier momento, la pretensión de que sólo se le podía rendir el culto adecuado en la ciudad de Jerusalén podría parecer infantil, ya que no absurda. No cabe duda de que la concepción abstracta de una divinidad omnipresente encuentra expresión más adecuada en una multitud de santuarios distribuidos a todo lo largo y ancho del país, que en un santuario único localizado en la capital. Y, por otro lado, considerado el asunto desde el punto de vista de la conveniencia práctica, la primitiva religión sin reformar ofrecía algunas ventajas evidentes sobre la reformada. Bajo el sistema antiguo los individuos tenían, como si dijéramos, a su Dios a las mismas puertas de sus casas y podían dirigirse a El en cualquier ocasión de dudas y dificultades, de tristeza y de aflicción. En cambio, bajo el nuevo sistema no sucedía lo mismo. A menudo, para llegar al templo de Jerusalén el campesino israelita tenía que recorrer un largo camino; y si tenemos en cuenta las infinitas ocupaciones que exigían su presencia en sus míseros campos, muy raras veces se le ofrecía ocasión de hacer el largo viaje. No debemos asombrarnos, pues, si aquellos hombres, sujetos a las nuevas disposiciones, no dejaban de suspirar algunas veces por las antiguas; tampoco ha de maravillarnos el que, para ellos, la destrucción de los santuarios locales fue un sacrilegio tan grave como podría serlo para los campesinos de nuestro propio país la demolición de todas las iglesias rurales y la tala de los viejos olmos y de los tejos inmemoriales a cuya sombra solemne «duermen el sueño eterno los rudos antepasados del poblado». Cuál no sería la tristeza de nuestros rústicos labriegos si un día desapareciesen de su vista, para no volver, los familiares campanarios grises o las espadañas recortadas contra el cielo, ocultos aquéllos en el seno de las arboledas o asomadas éstas por encima de la redondez de las colinas. Con cuánta frecuencia no tenderían el

oído, en vano, tratando de escuchar el dulce son de las campanas sabáticas, que se hace sentir sobre los campos y los montes para llamar a los fieles a la oración semanal en el mismo recinto en que tanto ellos como sus padres y los padres de sus padres se habían congregado tan a menudo para adorar al Padre común de todos, que está en los cielos. Muy bien podemos suponer que esos fueron los sentimientos de los habitantes de Judea cuando el huracán de la reforma pasó arrasándolo todo. Con el corazón apesadumbrado pudieron haber presenciado la obra de los iconoclastas, obra de destrucción y devastación. Había sido allí, en lo alto de aquella colina —pudo muy bien pensar uno de esos habitantes—, bajo la sombra del frondoso ramaje de aquella encina, donde él y sus padres antes de él habían llevado año tras año los primeros haces de doradas espigas de la cosecha o los primeros racimos púrpura de la vendimia. Con cuánta frecuencia había contemplado el humo azul del sacrificio que se elevaba en espiral hacia el cielo, atravesando derechamente el aire inmóvil por encima de los árboles, y con cuánta frecuencia había imaginado al mismo Dios rondando por aquellos lugares, quizá en aquella nube hendida que se veía allí adelante y a través de la cual penetraban hasta la tierra los rayos del sol envueltos en un cendal de gloria, aspirando con deleite el grato aroma y bendiciendo al adorador y su ofrenda. Y ahora el alto de la colina había quedado desnudo y desolado; habían derribado los viejos árboles que durante tanto tiempo le habían dado su sombra; habían destrozado la piedra antigua y gris en la que tan a menudo había derramado su libación de aceite, y estaban esparcidos sus fragmentos sobre el suelo. Aparentemente, Dios había abandonado aquellos lugares; había partido para la capital, y si el campesino quería volver a encontrarlo tendría que seguirle en su desplazamiento. ¡Larga y fatigosa jornada la que llevaba a Jerusalén!; y el hombre del campo sólo podía emprenderla en muy contadas ocasiones; entonces

dejaba atrás laboriosamente colinas y valles, cargado con las ofrendas, y llegaba a la ciudad santa; se abría camino entre la multitud que llenaba sus estrechas calles y se mezclaba al fin con el ruidoso tumulto del recinto sagrado; y allí esperaba, con su cordero en brazos, al final de una larga fila de devotos, cubierto el cuerpo con el polvo de los caminos e hinchados los pies por la larga travesía, mientras el sacerdote, carnicero a un tiempo, con las mangas levantadas, iba dando muerte a los animales que le eran presentados; hasta que por fin le llegaba el turno a nuestro hombre, y los borbotones de la sangre de su oveja contribuían con un pequeño arroyuelo al lago color carmesí que ya cubría el pavimento. Bien, pensaría suspirando; ellos, los que sabían más, le habían dicho que era mejor hacerlo de esta manera, y quizá fuese verdad que Dios prefería morar en estos edificios impresionantes y en estos patios espaciosos, contemplar toda aquella sangre derramada y escuchar todos aquellos cánticos que salían del coro del templo; mas, a pesar de todo, por su parte no podía evitar que sus pensamientos volviesen con algo semejante al pesar hacia el silencio de las colinas, la sombra deliciosa de los grandes árboles inmemoriales y el dilatado panorama del tranquilo paisaje. Sin embargo, no cabía duda de que los sacerdotes eran más sabios que él y sabían mejor lo que hacían; de modo que no cabía más que decir, ¡hágase la voluntad de Dios! Tales pudieron haber sido los pensamientos que se le ocurrieron a más de uno de los sencillos labriegos a lo largo del camino, en su primera peregrinación a Jerusalén después de la reforma. Quizá no fueron pocos los que por vez primera contemplaron el esplendor y suciedad de la gran urbe; pues podemos suponer, con grandes probabilidades de estar en lo cierto, que los rústicos de la Judea de entonces eran tan amigos de permanecer en sus casas y no aventurarse por los caminos como lo son en la actualidad los campesinos de nuestras aldeas más remotas, pues como es sabido son muchos

aún los que nacen y mueren en el mismo lugar, sin haberse alejado jamás a lo largo de toda su vida sino unos pocos kilómetros de su lugar de nacimiento.

Mas, en el reino de Judea, a la reforma le quedaba muy poca vida. Desde el momento en que Josías introdujo las medidas conducentes al restablecimiento moral de su pueblo, apenas pasó más de una generación antes de que los ejércitos de Babilonia cayesen sobre Jerusalén, capturasen la ciudad y llevasen consigo en cautiverio al rey y a sus desdichados súbditos. Las mismas causas que habían acelerado la introducción de las reformas impidieron llevarlas a cabo por completo. Pues, no se puede dudar de que el temor creciente a la conquista extranjera fue uno de los motivos principales que dispusieron a las conciencias y movieron los brazos de los mejores judíos para poner orden en la casa antes de que se hiciese demasiado tarde, no fuese que el reino meridional viniese a sufrir, a manos de los babilonios, la misma suerte que había sufrido un siglo antes, a manos de los asirlos, el reino septentrional. La tormenta había venido incubándose hacía ya mucho tiempo por el Oriente, y ahora sus negros nubarrones cubrían ya todo el cielo de Judea. En medio de la oscuridad de la tormenta próxima, en los oídos el rumor amenazante del distante trueno, el rey piadoso y sus ministros trabajaron laboriosamente en la reforma, de la que esperaban tuviese la virtud de alejar el amenazador peligro. Pues llevados por la fe incondicional en lo sobrenatural, que constituía la fuerza o tal vez la debilidad de la actitud de Israel ante el mundo, atribuyeron el peligro en que se encontraba la nación a los pecados de sus miembros, y creyeron que el avance de los ejércitos invasores podía ser detenido suprimiendo el culto pagano y regulando mejor el ritual de los sacrificios. Amenazados con la desaparición de su independencia política, los israelitas nunca pensaron en recurrir a aquellas armas simplemente humanas a las que habría echado mano instintiva-

mente, en semejante emergencia, un pueblo menos religioso. Levantar fortalezas, reforzar los muros de Jerusalén, armar y adiestrar a los varones de la población, buscar la ayuda de aliados de fuera: esas eran las medidas que el sentido común habría dictado a las mentes de los gentiles; mas para los judíos habrían significado desconfianza impía en Jehová, pues sólo El podía salvar a su pueblo de las asechanzas de sus enemigos. Verdaderamente, los hebreos concebían tan poco que los acontecimientos de la historia fuesen debidos a la acción de causas puramente naturales, como atribuían a las mismas causas la caída de la lluvia, la dirección del viento o el cambio de las estaciones; se contentaban con percibir el dedo de Dios tanto en los asuntos de los hombres como en los fenómenos de la naturaleza; y esa tranquila atribución última de todas las cosas a un agente sobrenatural representaba, frente a la fría consideración de las medidas políticas en los salones del gobierno, un obstáculo casi tan grande como el que se oponía a la investigación desapasionada de las fuerzas físicas en el laboratorio.

Sin embargo, no bastó el fracaso total de la reforma emprendida por Josías, a la hora de hacer frente a la catástrofe que amenazaba a la nación, para conmover en lo más mínimo la fe de los judíos en su interpretación religiosa de la historia. Su confianza en la eficacia de los ritos y ceremonias de la religión, a la hora de satisfacer la necesidad más imperiosa del bienestar nacional, lejos de verse perdida por el derrumbamiento simultáneo de la reforma y de todo el reino, resultó, según todas las apariencias, antes fortalecida que debilitada por la catástrofe. En lugar de sentirse inclinados a dudar de la perfecta sabiduría de las medidas que habían adoptado, los judíos pensaron, por el contrario, que el fracaso se debía a que aquellas medidas no habían sido puestas en práctica con la necesaria energía; y, por consiguiente, aún no habían acabado de acomodarse al cautiverio de Babilonia cuando ya comenzaron a idear un sistema aún

más complicado de ritos religiosos, con el cual esperaban recobrar el favor divino que les había sido retirado y conseguir el retorno de los exiliados al país de sus antepasados. El primer esquema del nuevo proyecto fue trazado por el profeta Ezequiel, en su destierro del río Chebar. Ezequiel era sacerdote, además de profeta, por lo que tuvo que hallarse familiarizado con el ritual del primer templo, de modo que el sistema que propuso como programa ideal de reforma para el futuro se hallaba sin duda basado en su experiencia del pasado. Pero al mismo tiempo que aceptaba muchas de las cosas antiguas, proponía también otras muchas que resultaban nuevas, como, por ejemplo, la celebración de sacrificios más solemnes, regulares y completos; la separación más tajante entre los clérigos y los laicos, y el aislamiento más rígido del templo y de sus recintos frente al contacto con lo profano. El contraste que existe entre Ezequiel, que fue posterior al exilio de Babilonia, y los grandes profetas que le precedieron es extraordinario. Mientras estos últimos habían puesto todo el énfasis de sus enseñanzas en la virtud moral y habían desdeñado la idea de que los ritos y las ceremonias fuesen la mejor o, incluso, la única manera abierta al hombre para ponerse en comunicación con Dios, Ezequiel parece invertir la relación entre ambos aspectos, pues apenas si dice nada acerca de la moralidad, mientras se explaya en cambio a gusto acerca del ritual. El programa que ese profeta dio a conocer en los comienzos de la cautividad babilónica fue desarrollado posteriormente por los pensadores y escritores de la escuela sacerdotal que existía entre los exiliados, hasta que, tras un período de incubación que duró más de un siglo, fue lanzado al mundo en plena madurez el sistema de la ley levítica: lo hizo Esdras, en Jerusalén, el año 444 a. C. El documento en el que se condensó el fruto de tantos trabajos y meditaciones fue el Códice Sacerdotal, que constituye el esqueleto del Pentateuco. Con él comenzó el período de judaísmo, e Israel acabó de

transformarse de una nación en una Iglesia. El Códice Sacerdotal, que constituyó la piedra angular del edificio, es el tercero y último de los tres cuerpos de leyes que los críticos señalan en el Pentateuco. La doctrina fundamental de la crítica moderna aplicada al Antiguo Testamento se basa en lo reciente de la fecha de ese códice.

XXIV. NO COCERAS EL CABRITO EN LA LECHE DE SU MADRE

Un lector actual se siente naturalmente sorprendido cuando entre los solemnes mandamientos supuestamente dados por Dios al antiguo Israel se encuentra con el precepto que reza: «No cocerás un cabrito en la leche de su madre». Y su sorpresa, lejos de disminuir, aumenta extraordinariamente cuando estudia con atención uno de los tres pasajes en los que figura ese mandamiento; pues del contexto del pasaje parece desprenderse, como han observado muchos críticos eminentes, desde Goethe en adelante, que el mandato de no cocer un cabrito en la leche de su madre era verdaderamente uno de los Diez Mandamientos. El pasaje se encuentra en el capítulo treinta y cuatro del Exodo. En ese capítulo se nos narra lo que pretende ser la segunda revelación de los Diez Mandamientos a Moisés, cuando el caudillo, enfadado con la idolatría en que habían incurrido los israelitas, rompió las tablas de piedra en que había sido escrita la primera versión de los mandamientos. Lo que se nos da aparentemente en el capítulo es, por tanto, una segunda edición de los Diez Mandamientos. Que eso es así parece estar fuera de duda si nos detenemos a leer los versículos que preceden a la lista de los mandamientos y los versículos que la siguen. Así, pues, el capítulo comienza con las siguientes palabras: «Y Yahvé dijo a Moisés: tállate dos tablas de piedra como las primeras, y yo escribiré sobre las tablas las palabras que había sobre las primeras que quebraste». Sigue a continuación el relato del encuentro de Dios con Moisés sobre la cumbre del monte Sinaí, y el de la segunda revelación de los mandamientos. Y al final del pasaje leemos estas palabras: «Y Yahvé dijo a Moisés: escríbete estas palabras, porque a tenor de ellas he pac-

tado alianza contigo y con Israel. Y Moisés permaneció allí con Yahvé cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua; y escribió sobre las tablas las palabras de la alianza, los Diez Mandamientos». Por consiguiente, no cabe discusión acerca de la intención del autor del capítulo; para él, los mandamientos dados en ese lugar eran los Diez Mandamientos.

Pero en ese caso surge una dificultad, pues los mandamientos que figuran en ese capítulo del Exodo concuerdan sólo parcialmente con los mandamientos incluidos en la versión mucho más familiar del Decálogo, que encontramos en el capítulo vigésimo del Exodo, en primer lugar, y de nuevo en el capítulo quinto del Deuteronomio. Además, en esa aparentemente segunda versión del Decálogo, de la que nos ocupamos en este momento, los mandamientos no se hallan enunciados con la brevedad y precisión que caracterizan a la primera versión, de modo que resulta menos fácil definirlos con exactitud. Y la dificultad de aislarlos del contexto resulta antes aumentada que disminuida por la aparición de una versión paralela a la primera en el Código de la Alianza, que, como ya hemos visto, ha sido generalmente reconocida por los críticos modernos como el más antiguo cuerpo del Pentateuco. Al mismo tiempo, además de hacer más difícil el aislamiento de los mandamientos de su contexto, la existencia de una versión repetida en el antiguo Código de la Alianza nos proporciona una prueba nueva de la genuina antigüedad de la versión del Decálogo en la que está incluido el mandamiento «No cocerás el cabrito en la leche de su madre».

En cuanto a la mayor parte de esa antigua versión del Decálogo, los críticos están de acuerdo; difieren únicamente en lo que se refiere a la identificación de una o dos de las ordenanzas y en lo tocante al orden de otras. La siguiente es la enumeración de los mandamientos dada por el profesor K. Budde en su *Historia de la Antigua Literatura Hebrea*. Se basa en la versión del

Decálogo que figura en el capítulo treinta y cuatro del Exodo, pero en lo tocante a uno de los mandamientos prefiere la versión repetida del Decálogo que aparece en el Código de la Alianza:

1. No adorarás a otro Dios.
2. No te fabricarás dioses de fundición.
3. Todo primer nacido es mío.
4. Seis días trabajarás, mas en el séptimo descansarás.
5. Guardarás la fiesta de los ácimos, en el tiempo señalado, del mes de Abib.
6. Celebrarás la fiesta de las semanas, de las primicias de la siega del trigo, y la fiesta de la recolección al tornar del año.
7. No ofrecerás junto con pan fermentado la sangre de mi sacrificio.
8. No guardarás hasta la mañana siguiente la grasa del sacrificio de la fiesta de Pascua.
9. Las primicias de los primeros frutos de tu tierra traerás a la casa de Yahvé, tu Dios.
10. No cocerás el cabrito en la leche de su madre.

La enumeración de los mandamientos propuesta por Wellhausen es similar, excepto que ese autor omite el mandamiento que dice: «Seis días trabajarás, mas en el séptimo descansarás». Y en su lugar pone: «Celebrarás la fiesta de la recolección cuando el año está para dar nacimiento a otro nuevo», que incluye como precepto separado, en lugar de ponerlo como parte de otro.

En general, coincide con las enumeraciones de Budde y de Wellhausen la lista de mandamientos adoptada por el profesor R. H. Kennett; pero este autor difiere de Budde al tratar del precepto de la celebración de la fiesta de la recolección como

de un mandamiento separado; y se distingue de Wellhausen en que, en contra de éste, conserva el mandamiento de trabajar seis días y descansar el séptimo; además, se diferencia de los otros dos porque omite el mandamiento de no fabricar dioses de fundición. Igual que la reconstrucción del Decálogo debida a Wellhausen y la debida a Budde, la del profesor Kennett se basa en la versión que figura en el capítulo treinta y cuatro del Exodo. La lista del profesor Kennett es la siguiente:

1. Yo soy Jehová, tu Dios; no adorarás a otro Dios (versículo 14).
2. Guardarás la fiesta de los ácimos; durante siete días comerás panes ácimos (v. 18).
3. Todo primer nacido es mío, y todo primer parto macho de tu ganado, ya mayor, ya menor (v. 19).
4. Guardarás mi sábado; seis días trabajarás, mas en el séptimo descansarás (v. 21).
5. Celebrarás la fiesta de las semanas, de las primicias de la siega del trigo (v. 22).
6. La fiesta de la recolección celebrarás, al tornar el año (v. 22).
7. No sacrificarás (literalmente, matarás, herirás) la sangre de mi sacrificio junto con pan fermentado (v. 25).
8. No guardarás hasta la mañana siguiente la grasa del sacrificio de la fiesta de Pascua.
9. Las primicias de los primeros frutos de tu tierra traerás a la casa de Yahvé, tu Dios (v. 26).
10. No cocerás el cabrito en la leche de su madre (v. 26).

Cualquiera que sea la que de esas dos reconstrucciones del Decálogo adoptemos, su diferencia con la versión de los Diez Mandamientos a que estamos acostumbrados es en extremo sorprendente. Aquí nada se dice de la moralidad. Sin excep-

ción, los mandamientos se refieren única y exclusivamente a asuntos de ritual. Se trata de preceptos religiosos, en el sentido estricto de la palabra, porque definen con escrupulosa y casi diríamos excesivamente minuciosa precisión la apropiada relación entre el hombre y Dios. Mas en lo referente a la relación de los hombres entre sí, ni una palabra. La actitud de Dios hacia el hombre en esos mandamientos es como la de un señor feudal hacia sus vasallos. Estipula con claridad que los hombres le han de pagar lo que le corresponde hasta el último céntimo; mas en cuanto al comportamiento de unos hombres con respecto a otros, en la medida en que ese comportamiento no influya sobre el pago de lo que se le debe, eso no parece ser de su incumbencia. ¡Qué enorme diferencia con los seis últimos mandamientos de la otra versión! «Honra a tu padre y a tu madre. No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No presentarás falso testimonio contra tu prójimo. No desearás la casa de tu prójimo, no codiciarás su mujer, ni su sierva, ni su toro, ni su asno, ni nada de lo que pertenece a tu prójimo».

Si preguntamos cuál de esas dos versiones discrepantes del Decálogo es la más antigua, la respuesta no es dudosa. Por fortuna, sería contrario a las reglas de la analogía el suponer que unos preceptos morales que habían formado parte de un código antiguo habían sido eliminados de él más tarde para dejar el sitio a unos preceptos relativos únicamente a cuestiones de ritual. ¿Resultaría plausible que, por ejemplo, la orden de no robar hubiese sido reemplazada más tarde por otra que dijese: «No guardarás hasta la mañana siguiente la grasa del sacrificio de la fiesta de Pascua»? ¿O que el mandamiento que dice «No matarás» hubiese sido eliminado del código para poner en su lugar el que ordena: «No cocerás el cabrito en la leche de su madre»? Todo el curso de la historia humana rechaza semejante suposición. Las probabilidades están a favor de la opinión de que la versión moral del Decálogo, si podemos llamarla de esa

manera a partir del elemento que predomina en ella, fue posterior a la versión ritual, porque la tendencia general de la civilización ha sido, sigue siendo y confiamos en que siempre lo será, la que insiste en la superioridad de la moral sobre el ritual. La insistencia acerca de ese punto es la que dio fuerza primero a las enseñanzas de los profetas y más tarde a las del mismo Jesús. Probablemente no nos equivocaríamos demasiado si llegásemos a saber que el paso del Decálogo ritual al moral fue llevado a cabo bajo la influencia de los profetas.

Pero aunque podamos suponer con seguridad, como creo que podemos hacerlo, que la versión ritual del Decálogo es la más antigua de las dos, aún nos queda por preguntar: ¿por qué el precepto de no cocer el cabrito en la leche de su madre era considerado de tanta importancia como para asignarle un lugar en el código primitivo de los hebreos, mientras que otros preceptos, que a nosotros nos parecen revestidos de mucha mayor importancia, como por ejemplo, las prohibiciones de matar al prójimo, de robar y de cometer adulterio, no figuraban en él? El mandamiento en cuestión ha demostrado ser un hueso difícil de roer para los críticos, que lo han interpretado de muy diversas maneras. Se ha dicho que en el conjunto completo de leyes rituales se encontrará difícilmente una norma que Dios haya inculcado con mayor frecuencia o que los hombres hayan desvirtuado más gravemente que la prohibición de cocer el cabrito en la leche de su madre. Un precepto con el que la divinidad, o en cualquier caso el legislador, se tomó tantas fatigas para que quedase bien impreso en las mentes de los hombres, tiene que ser muy merecedor de que lo estudiemos con atención; y si los comentaristas han fracasado hasta este momento en poner en claro su verdadero significado, su fracaso pudo ser debido al punto de vista desde el que enfocaron el asunto, o a lo incompleto de los datos que poseían, más bien que a la dificultad intrínseca del problema en sí. Tanto en tiempos antiguos como

en otros más modernos encontró apoyo la teoría según la cual se trataría de un precepto de refinada humanidad; pero esa suposición contrasta con el estilo del código en el que se encuentra el mandamiento. Al menos, de lo que se deduce de lo restante del Decálogo primitivo, el legislador no tiene en cuenta para nada los sentimientos de los seres humanos; tanto menos probable resulta, pues, que se sintiese preocupado por los sentimientos maternales de las cabras. Más plausible resulta la teoría que afirma que la prohibición iba dirigida contra alguna práctica de magia o idolatría, que el legislador reprobaba y deseaba eliminar. Algunos eminentes eruditos, desde Maimónides a Robertson Smith, han aceptado esa explicación y la han considerado la más probable, pero no se dispone de pruebas que la apoyen; pues poca, por no decir ninguna fe se puede dar a una afirmación no demostrada de un escritor medieval anónimo, miembro de la secta judía karaíta, que dice que «existía entre los antiguos paganos la costumbre de que cuando se había acabado la recolección de las cosechas se solía cocer un cabrito en la leche de su madre y luego, como rito de magia, se rociaba con la leche los campos, los árboles, los huertos y los jardines, pues se creía que de esa manera el suelo se mostraría más fértil al año siguiente». En tanto que esa explicación supone que en la raíz de la prohibición se encontraba alguna idea supersticiosa, muy bien pudo ser correcta; y, por consiguiente, podría valer la pena indagar si se pueden descubrir entre las rudas tribus de pastores de los tiempos actuales prohibiciones análogas y los motivos que las respaldan, pues a primera vista parece lógico que la norma tenga más sentido en pueblos cuya subsistencia dependa de los rebaños y manadas, que en otros que viven del producto de sus campos y huertos.

Ahora bien, entre actuales tribus africanas de pastores, parece existir aversión muy extendida y profundamente enraizada a hervir la leche de los ganados, aversión que se funda en la

creencia de que una vaca cuya leche haya sido hervida ya no volverá a dar leche, y que el animal se morirá como consecuencia del daño que se la habrá hecho de esa manera. Por ejemplo, gran parte de la dieta de los indígenas mahometanos de Sierra Leona y de los territorios circundantes está formada por la leche y la mantequilla de las vacas; pero esas gentes «nunca hierven la leche, porque temen que la vaca dejará de producirla, y se niegan incluso a vendérsela a alguien que se empeñe en hacerlo. Los bullom alimentan un prejuicio semejante en relación con las naranjas, y se niegan a vendérselas a los que tienen la costumbre de arrojar al fuego sus peladuras, pues creen que con ello se hará que la fruta deje de madurar y caiga del árbol antes de tiempo». De modo que, a lo que parece, entre esas gentes la aversión a hervir la leche se basa en el principio de la magia simpática. Incluso después de haber extraído la leche del animal se supone que sigue teniendo con él tan estrecha y vital relación que cualquier daño causado a la leche no dejará de ser sufrido simpáticamente también por la vaca. Por tanto, hervir la leche en una cazuela es como hervirla en las ubres de la vaca; es como secar un manantial en su nacimiento. Esa explicación resulta confirmada por las creencias de los mahometanos de Marruecos, aunque entre ellos la prohibición de hervir la leche se halla limitada tan sólo a un período determinado tras el nacimiento de un becerro. Esas gentes piensan que «si hierven la leche y ésta se derrama sobre el fuego las ubres de la vaca enfermarán, o el animal dejará de dar leche, o la leche tendrá poca nata; y que si por acaso cae en el fuego el calostro o primera leche de la madre, tras el nacimiento de un becerro, morirán la vaca o el becerro. Entre los ait wäryâgäl, la primera leche de la vaca no puede ser hervida después del tercer día, y hasta que hayan transcurrido cuarenta días del nacimiento de la cría; si durante ese período se hirviese esa leche, el becerro moriría o la leche sería deficiente en materia grasa». En este caso, la

prohibición de hervir la leche no es absoluta; se limita únicamente a un tiempo determinado tras el nacimiento del becerro; puede que se crea que durante ese tiempo existe una relación simpática más estrecha entre la vaca y la leche y el becerro que la que pueda existir en cualquier momento posterior. La limitación de la norma tiene, pues, significado, y confirma antes que invalida la explicación de la prohibición que aquí sugerimos. La confirma aún más la superstición que se refiere al efecto que tiene sobre la vaca el hecho de la caída de la leche sobre el fuego; caso de que semejante accidente ocurra en tiempo ordinario, se supone que la vaca o la leche sufrirán algún daño; pero si ocurre poco después del nacimiento de un becerro, cuando a la leche espesa y cuajada se le da en nuestro país el nombre especial de calostro, se supone que la vaca o el becerro pueden morir. Evidentemente, se cree que si en tales momentos críticos cayese en el fuego el calostro sería lo mismo que si la vaca o el becerro cayesen en medio de las llamas y fuesen consumidos por ellas. Así de estrecho parece ser el vínculo simpático que une la vaca, el becerro y la leche. El mecanismo mental subyacente podría ser ejemplificado por la superstición paralela existente entre los toradja, de las Célebes centrales. La gente es muy aficionada al vino de palma, y con sus heces se forma un fermento muy bueno para el pan. Pero algunos toradja se niegan a desprenderse de esas heces y a dárselas a los europeos para que las utilicen como levadura, pues temen que el árbol del que procede el vino en cuestión dejará de darlo y se secará, caso de que viniese a acontecer que las heces entrasen en contacto con el fuego durante el proceso de cocción del pan. Esa repugnancia a exponer al calor del fuego las heces del vino extraído de la palma, por miedo a que el árbol de que ha sido extraído el vino a que pertenecen esas heces pueda secarse como consecuencia del contacto, es en todo semejante a la aversión de las tribus africanas a poner la leche en contacto con el calor

del fuego, por miedo a que la vaca de la que procede la leche en cuestión pueda secarse e incluso llegar a morir. También semejante en todo es la repugnancia que sienten los bullom a dejar que sean arrojadas al fuego las peladuras de las naranjas, por temor a que el árbol del que procede la fruta así tratada resulte afectado por el calor y a partir de ese momento caigan los frutos antes de haber llegado a la madurez.

Una oposición a hervir la leche por temor a causar daño a las vacas es compartida por las tribus de pastoreo del centro y del este de África. Cuando Speke y Grant se encontraban haciendo su memorable jornada desde Zanzíbar hasta las fuentes del Nilo, atravesaron el territorio de Ukuni, que queda al sur del lago Victoria. El reyezuelo del país vivía en el poblado de Nunda y «era dueño de trescientas vacas lecheras, y sin embargo todos los días surgían dificultades a la hora de comprar leche, y nos veíamos obligados a hervirla, para evitar que se cortase y poder conservarla hasta el día siguiente, por si entonces no podíamos procurárnosla. Pero los naturales se oponían a esa práctica, y afirmaban que 'las vacas dejarían de dar leche si seguíamos hirviéndola'». De manera semejante, Speke nos cuenta que algunas mujeres de la tribu wahuma, a las que trataba de oftalmías que padecían, le traían alguna leche; pero añade: «Sin embargo, no podía hervir la leche, a menos que lo hiciese en secreto, pues de lo contrario habrían interrumpido sus regalos, ya que se quejaban de que la práctica de hervir la leche era algo así como un acto de brujería o encantamiento, por el cual les sobrevendría algún daño a los ganados: los animales podrían enfermar y morir». Entre los masai, del este de África, que eran, o solían ser, una tribu exclusivamente de pastores y dependían en orden a la subsistencia de sus manadas de ganado, el hervir la leche «es una ofensa odiosa, y sería considerada motivo suficiente para pasar a cuchillo una caravana. Se cree que las vacas dejarían de dar leche». También los baganda, del África central,

pensaban que el hervir la leche haría que las ubres de los animales se secasen, y entre esas gentes a nadie se le permitía hervir la leche, excepto en un único caso, que era el siguiente: «Cuando la vaca que acababa de tener un becerro volvía a ser ordeñada por vez primera tras el nacimiento de la cría, se le daba la leche al pastor de la vacada y él la llevaba a un lugar determinado de los pastos, donde, de acuerdo con las costumbres dominantes entre esas gentes, mostraba la vaca y su becerro a los restantes pastores, sus colegas. Entonces dejaba hervir lentamente la leche hasta que espesaba y formaba como una masa, de la cual comían luego todos, el pastor en cuestión y sus compañeros». Entre los bahima o banyankole, tribu de pastoreo del centro de África, tanto la regla como la excepción son similares a las descritas. «No se debe hervir la leche antes de tomarla, pues el acto de hervirla puede poner en peligro al ganado y causar la muerte de algunas vacas. Por motivos ceremoniales se la hierve cuando se le corta el cordón umbilical a un becerro, y entonces, la leche que había sido sagrada se transforma en leche común. La leche de una vaca que haya parido recientemente un becerro es tabú durante algún tiempo, hasta que el cordón umbilical del becerro se desprende; durante ese tiempo algún miembro de la familia se aísla de los demás y bebe la leche, pero ha de poner cuidado extremado en no tocar la leche de ninguna otra vaca». Igualmente entre los thonga, tribu bantú del sureste de África, «la leche de la vaca durante la semana siguiente al alumbramiento de un becerro es tabú. No se le puede mezclar con la leche de otras vacas, porque el cordón umbilical del becerro no se ha desprendido aún. Sin embargo, puede ser hervida y consumida por los niños, pues ¡éstos no cuentan! Después de eso, nunca se hierve la leche; no por causa de algún tabú debido a cierto tipo de temor, sino solamente porque no es costumbre. Los naturales de la región no dan razones claras que expliquen esos tabúes relativos a la leche». Es posible que

los thonga hayan olvidado las razones originales en que se apoyaban semejantes restricciones habituales tocantes al uso de la leche; dado que sus tierras se hallan situadas en territorio portugués, en la bahía Delagoa y en sus proximidades, la tribu ha estado durante siglos en contacto con los europeos, y, por consiguiente, su estado es menos primitivo que el de las tribus del centro de África, que hasta mediados del siglo XIX vivieron completamente aisladas de la influencia europea. Sin embargo, de las semejanzas halladas entre esas tribus de pastores, que a causa de su prolongado aislamiento han preservado con escasos cambios sus ideas y costumbres primitivas, podemos extraer con seguridad la conclusión de que también en el caso de los thonga el motivo original de la aversión a hervir la leche era el temor a causar daños por simpatía a las vacas de las que había sido extraída la leche en cuestión.

Volviendo a los bahima del África central, llegan incluso a decir que «si un europeo echa leche al té, matará a la vaca de donde procede la leche». En esa tribu «predominan extrañas creencias relativas al conocimiento que tienen las vacas de lo que se hace con su leche; uno se acostumbra pronto a oír a las personas que le traen la leche contar fábulas tales como la de que hay vacas que se niegan a dejarse ordeñar de nuevo porque alguien les ha hervido la leche». Las palabras precedentes denuncian quizá algo de incomprensión tocante a las creencias indígenas acerca de la cuestión; si se juzga por analogía, se supone que dejará de brotar la leche, no porque la vaca se niegue a darla, sino porque no puede hacerlo, ya que sus ubres se han secado por efecto del calor del fuego en el que ha sido hervida la leche. También entre los banyoro, otra tribu de pastores del centro de África, existe la norma de que «no se puede hervir la leche, ni calentarla al fuego, a causa del daño que se le puede infligir así al ganado». Igualmente, entre los somalíes del este de África, «nunca se hierve la leche de las camellas, por miedo a

embrujar a los animales». La misma prohibición predomina, quizá por idénticos motivos, entre los galla meridionales de la misma región, entre los nandi, del África oriental británica, y entre los wagogo, los wamegi y los wahumba, tres tribus de la que hasta hace poco ha sido llamada África oriental alemana. Y entre las tribus del Sudán angloegipcio, «la mayoría de los hadendoa se niegan a hervir la leche, y en eso se les parecen los artega y los ashraf».

También se ha informado de que entre algunos de los pueblos europeos más atrasados han existido hasta nuestros días reliquias de semejantes creencias en la relación simpática que existe entre una vaca y su leche. Así, por ejemplo, entre los estonios, cuando se va a hervir la leche recién ordeñada de una vaca que ha parido recientemente, se ponen bajo la vasija, antes de echar en ella la leche, un anillo de plata y un platito. Se hace de ese modo «con objeto de que las ubres de la vaca sigan en perfecto estado y de que la leche siga siendo buena». Además, los estonios creen que «si al hervir la leche se derrama sobre el fuego, las ubres de la vaca enfermarán». De la misma manera, los campesinos de Bulgaria dicen que «cuando la leche, al hervir, se sale y cae sobre el fuego, la cantidad de leche que da la vaca disminuye y puede incluso llegar a ser nula». En estos últimos casos no parece haber escrúpulos en cuanto al hecho de hervir la leche, pero sí es fuerte la oposición a quemarla dejándola caer en el fuego, pues se supone que si se quema la leche, la vaca de la que procede sufrirá algún daño, ya sea que se le enfermen las ubres o que disminuya la cantidad de leche producida. Ya hemos visto que los mahometanos de Marruecos creen algo semejante en lo que se refiere a los efectos perniciosos de dejar que la leche que hierve en una cazuela se salga y caiga sobre el fuego. No hay necesidad alguna de suponer que esa superstición se ha extendido desde Marruecos a Estonia, pasando por Bulgaria, o en dirección contraria, de Estonia a Marruecos

pasando igualmente por Bulgaria. La creencia ha podido muy bien aparecer independientemente en los tres países como consecuencia de las leyes elementales de la asociación de ideas, que son comunes a la mente de todos los seres humanos y que se hallan en los cimientos de la magia simpática. Una concatenación de ideas semejante podría explicar la norma predominante entre los esquimales, por la cual no se debe hervir agua en el interior de una vivienda mientras dura la estación de la pesca del salmón, porque «es malo para la pesca». Podemos suponer, aunque nadie nos lo diga, que se cree que hervir agua en la casa durante esa época del año daña por simpatía al salmón del río o lo asusta, y de ese modo la pesca se ve perjudicada.

Ese miedo de poner en peligro la fuente principal de subsistencia pudo haber sido el responsable del antiguo mandamiento hebreo: «No cocerás el cabrito en la leche de su madre». Según esa teoría, la prohibición alcanzaría el hecho de cocer el cabrito en cualquier leche, porque la cabra de la que procediese la leche resultaría dañada por la operación, tanto si se trataba de la madre del cabrito en cuestión o no. El hecho de que se mencionase especialmente la leche de la madre pudo haber sido debido a varias causas; por un lado, tenemos un simple asunto de comodidad, pues lo más probable es que para cocer un cabrito se emplease la leche de su madre, que sería la que se hallaría más a mano; por otro lado, se pudo muy bien suponer que, en caso de resultar alguien dañado, era más lógico pensar en la madre del animal, que se hallaba más próxima a él, que en cualquier otro animal; por último, se pudo pensar que el acto de cocer el cabrito era más dañoso para la cabra que el acto más simple de limitarse a hervir su leche. Pues al hallarse relacionada con el recipiente en que se llevaba a cabo la operación por un doble vínculo de simpatía, ya que tanto el cabrito como la leche en que se le cocía procedían del vientre del animal, había doble probabilidad de que la cabra en cuestión fuese la dañada, más

que cualquier otra cabra, o incluso llegase a morir como consecuencia de los efectos del calor y de la ebullición.

Pero se podría preguntar: si la prohibición se refería únicamente al hecho de hervir la leche, ¿por qué se menciona en el mandamiento el cabrito? La práctica, ya que no la teoría, vigente entre los baganda, nos ofrece la respuesta a esa pregunta. Entre esas gentes se tiene por gran golosina la carne cocida en leche, por lo que los jóvenes traviesos y demás personas sin principios, que piensan más en satisfacer sus gustos que en el posible daño causado a los animales del rebaño, no se pararán en barras para salirse con la suya y tener ocasión de regalarse, sin tener en cuenta para nada los sufrimientos que su pecaminosa gula causa a las indefensas cabras y vacas. Por consiguiente, el precepto hebreo que dice «No cocerás el cabrito en la leche de su madre» pudo haber tenido por objetivo a incrédulos y pocos piadosos individuos del tipo mencionado, cuyos goces secretos eran condenados por la opinión pública, por asestar un golpe fatal al alimento fundamental de la comunidad. Por tanto, resulta comprensible el que a los ojos de un pueblo de pastores primitivo pudiese parecer el acto de hervir la leche un crimen más odioso que el robo o el asesinato. Pues mientras el robo y el asesinato causan el daño a individuos aislados únicamente, el hervir la leche, lo mismo que el envenenamiento de los pozos, parece poner en peligro la existencia de toda la tribu, pues la priva de su fuente principal de alimentación. Esa podría ser la explicación de que en la primera versión del Decálogo hebreo falten los mandamientos que condenan el robo y el asesinato, y figure en cambio el que prohíbe cocer el cabrito en la leche de su madre.

La idea de que existe un vínculo simpático entre un animal y la leche que ha sido extraída de él parece explicar algunas otras reglas observadas por los pueblos de pastoreo, reglas para las que, al menos en parte, no ha sido hallada aún explicación sufi-

ciente. Así, pues, la leche es el alimento básico de los damara o herero, que viven en el suroeste de África, pero esas gentes no lavan nunca las vasijas o recipientes en que echan la leche, pues creen firmemente que en caso de que lo hiciesen las vacas dejarían de producirla. A lo que parece, para ellos es un hecho que el lavar el sedimento que deja la leche en un recipiente sería lo mismo que lavar los posos de la leche en las ubres de la vaca. Entres los masai es norma que «se ordeñe la leche en calabazas especialmente dispuestas para el efecto, y que en esas calabazas no entre nunca el agua; para limpiarlas se utilizan las cenizas del fuego».

Mientras los herero se abstienen de lavar con agua las vasijas de la leche, en pura consideración por las vacas, los bahima, pueblo también de pastores, tienen por norma no lavarse ellos mismos, por motivos semejantes. «No se lavan ni los hombres ni las mujeres, pues lo consideran pernicioso para el ganado. Por eso, para limpiar la piel usan un baño seco; en lugar de mojar el cuerpo con agua, lo cubren con una mezcla de mantequilla y una especie de tierra roja; y una vez que la piel está seca se frotan con mantequilla hasta que haya penetrado bien debajo de ella». Si una persona se echa agua sobre el cuerpo, «se dice que el ganado, y también la familia del infractor, sufrirán algún daño».

Además, hay tribus pastoriles que creen que sus ganados resultan afectados simpáticamente no sólo por la naturaleza de la sustancia empleada en la limpieza de las vasijas de la leche, sino también por el mismo material de que la vasija está hecha. Así, por ejemplo, entre los bahima, «no se utilizará jamás para la leche un recipiente de hierro; solamente se pueden emplear recipientes de madera, odres o cazuelas de barro. Creen que si se empleasen vasijas de otros materiales el ganado resultaría dañado y las vacas podrían incluso llegar a caer enfermas». De modo que, entre los banyoro, los recipientes para la leche son

casi en su totalidad, o bien de madera o, sencillamente, odres, aunque en algún poblado se pueden encontrar también para guardar la leche vasijas de barro. «No se utilizan vasijas de metal; los pueblos de pastores no permiten que se vierta leche en tal tipo de recipientes, por miedo a que las vacas sufran algún daño a causa de ello». De manera parecida, entre los baganda «se hacían de barro la mayor parte de los recipientes para la leche, con excepción de unos pocos, que se hacían de madera; los indígenas se oponían al uso de recipientes de hojalata o de hierro, porque pensaban que resultaban perjudiciales para las vacas»; y entre los nandi, «para la leche sólo se permite usar odres o calabazas. Si se emplease cualquier otro material, se cree que las vacas resultarían dañadas». A menudo, los akikuyu piensan que «ordeñar un animal en cualquier otra vasija que no sea la media calabaza acostumbrada, por ejemplo, en un recipiente europeo de esmalte blanco, es hacer que probablemente se le retire la leche».

La teoría de que una vaca sigue estando en comunicación física directa y simpática con su leche, incluso después de que se la haya ordeñado, es llevada por algunas tribus pastoriles hasta el extremo de prohibir incluso que la leche entre en contacto ya sea con la carne o con las hortalizas, pues se cree que tal contacto dañará a la vaca de la que la leche procede. Así, por ejemplo, los masai se toman las mayores molestias para evitar que la leche entre en contacto con la carne, porque reina entre ellos la opinión de que ese contacto no dejaría de hacer que apareciese alguna enfermedad en las ubres del animal del que procediese la leche en cuestión, y que nunca se volviese a obtener de él una sola gota de leche. De ahí que muy raramente se les pueda inducir a vender la leche, y que aun entonces lo hagan de muy mala gana, por temor a que el comprador ponga en peligro la salud de los animales al no respetar la prohibición de poner la leche en contacto con la carne. Por los mismos motivos se opo-

nen terminantemente a poner leche en una vasija que haya sido utilizada para cocer carne, y a poner carne en un recipiente que haya contenido leche, y por eso suelen disponer de dos grupos de vasijas independientes, según el fin a que se las destine. A ese respecto, las creencias y costumbres de los bahima son semejantes. En una ocasión, un oficial alemán, acampado en el territorio de esas gentes, les ofreció una de las cazuelas que llevaba consigo, a cambio de uno de los recipientes que los indígenas usaban para la leche, pero éstos se negaron al trueque, alegando que si se vertía leche en un recipiente en el que se hubiese cocido carne, la vaca que había dado la leche en cuestión caería enferma y moriría.

Pero no es sólo en un recipiente donde se prohíbe que la leche y la carne entren en mutuo contacto; tampoco se han de encontrar en el estómago de una persona; porque incluso el contacto en esas condiciones resultaría dañino para la vaca, cuya leche sería "así contaminada. De ahí que las tribus de pastores que se alimentan de la leche y la carne de sus ganados se muestren cuidadosas de no incluir en una misma comida leche y carne; esas gentes dejan pasar bastante tiempo entre una comida en la que haya entrado carne y otra en la que entre la leche, y a veces incluso emplean un emético o purgante, con el fin de limpiar a fondo el estómago de uno de los alimentos antes de que se le permita recibir el otro. Por ejemplo, «la alimentación de los masai consiste exclusivamente en carne y leche; los guerreros toman leche de vaca, mientras que las mujeres la beben de cabra. Se tiene por gran delito tomar leche (que nunca se hierve) y carne juntas, en una misma comida, de modo que los masai viven durante diez días exclusivamente de leche, y luego los diez días siguientes exclusivamente de carne. Hasta tal punto se siente repugnancia a poner esos dos alimentos en contacto, que antes de pasar de una especie de comida a la otra, las gentes masai toman un purgante». Esas normas referentes a

la dieta son especialmente indicadas para los guerreros. Tienen la costumbre de no comer otra cosa que leche y miel durante doce o quince días, y luego nada más que carne y miel por otros doce o quince días. Pero antes de pasar de una dieta a la otra toman un purgante enérgico, que consiste en leche mezclada con sangre, mezcla de la que se dice produce el vómito además de la limpieza de los intestinos, de modo que, al final, ya no queda resto alguno en los estómagos de los alimentos anteriores al cambio de dieta; así de escrupulosas son esas gentes para no poner en contacto la leche con la carne o la sangre. Y se nos dice expresamente que no se hace eso de ninguna manera en consideración a la propia salud y bienestar, sino en consideración por el ganado, pues se cree que las vacas darían menos leche si se dejase de observar lo prescrito. Si, oponiéndose a las costumbres, un masai se sintiese tentado a comer carne y leche un mismo día, comenzaría por tratar de prevenir las malas consecuencias de su acto con la introducción en la garganta de un tallo de hierba, a fin de producir el vómito antes de pasar de un elemento de la dieta al otro. Igualmente sucede entre los washamba, que viven en el este de África y nunca toman leche y carne en la misma comida; creen que si lo hiciesen seguiría invariablemente la muerte de la vaca de la que procediese la leche en cuestión. De ahí que muchos de ellos muestren repugnancia cuando se trata de vender la leche de las vacas a los europeos, pues temen que el comprador, ignorante o descuidado, podría causar la muerte de los animales al mezclar en el estómago la carne y la leche. También los bahima son un pueblo de pastores y se alimentan principalmente de la leche de sus ganados, pero los jefes y los principales de las aldeas añaden carne a la dieta láctea. Mas, «la carne de res o cualquier otro tipo de carne es consumida solamente por la noche, y se la acompaña con cerveza. Esas gentes no comen ningún tipo de vegetales con la carne, y también evitan beber leche hasta que hayan transcurrido

varias horas después de la comida; por lo general, se deja pasar una noche desde que se come carne hasta que de nuevo se vuelve a tomar leche. Existe la creencia arraigada de que las vacas caerían enfermas si se llegase a mezclar la leche en el interior del estómago con carne u hortalizas». De la misma manera, también, los banyoro, pueblo de pastoreo, se abstienen de tomar leche hasta que no hayan pasado unas doce horas después de una comida de carne y cerveza; dicen que es necesario ese período de abstinencia, pues si se «come indiscriminadamente leche y carne el ganado caerá enfermo». Entre los nandi, del África oriental británica, «no se pueden tomar juntas carne y leche. Si se toma leche, no se podrá comer carne hasta que hayan pasado veinticuatro horas. La carne cocida en alguna especie de sopa ha de ser comida primero; sólo a continuación se podrá comer, si se desea, algo de carne asada: una vez se ha comido carne, no se podrá tomar leche hasta que hayan transcurrido doce horas, y entonces únicamente después de haber tragado un poco de agua con sal. Si no se tiene a mano sal, que se toma de los lamederos, se podrá beber en su lugar un poco de sangre. En el caso de niños pequeños se hace excepción a la regla, así como en el de niños y niñas que hayan sido circuncidados recientemente, las mujeres que han tenido un aborto, y las personas muy enfermas. Todos ellos pueden comer carne y leche en una misma comida, y se les llama *pitorik*. Si cualquier otra persona quebranta la norma se la azota a conciencia». Entre los suk, pueblo pastoril de la zona de habla inglesa del este de África, se prohíbe comer carne y leche en un mismo día. Aunque los autores que han informado de las normas predominantes entre los suk y entre los nandi a ese respecto no indican las razones que pueda haber para la prohibición, por analogía con las tribus de que hemos hablado anteriormente podemos suponer, con grandes probabilidades de estar en lo cierto, que entre los nandi y los suk también el motivo para prohibir el

consumo simultáneo de leche y carne es el temor a que el contacto de los dos alimentos en el estómago del consumidor pueda resultar dañino e incluso mortal para las vacas.

Los israelitas de la actualidad observan reglas similares, aunque algo menos estrictas, en cuanto a la separación de la carne y la leche. El judío que haya comido carne o caldo de carne no debe probar queso o cualquier otro derivado de la leche hasta que haya pasado por lo menos una hora; los más estrictos observantes de la regla amplían el plazo incluso hasta seis horas. Además, se mantienen separadas con cuidado la leche y la carne. Se dispone de juegos de vasijas separados para las dos cosas; cada vasija lleva una marca especial, y una que haya contenido leche no podrá ser utilizada para cocer carne o contenerla. También se dispone de dos juegos de cuchillos, uno para cortar la carne y el otro para el queso y el pescado. Además, no se cuecen al mismo tiempo y en un mismo fogón leche y carne, y tampoco se los sirve a la mesa simultáneamente; incluso deberían ser diferentes los manteles empleados al servir un tipo u otro de alimento. Si una familia es pobre y no se puede permitir el lujo de disponer de dos manteles, debiera por lo menos lavar su único mantel, antes de servir leche sobre él, después de que se le hubiese utilizado para servir carne. Esas normas, en las que la sutileza de los rabinos ha bordado toda una serie de finas distinciones, derivan, según se afirma, del mandamiento que ordena no cocer el cabrito en la leche de su madre; y a la vista de las pruebas mencionadas en este capítulo, podemos muy difícilmente dudar de que tanto las normas como el mandamiento en cuestión pertenecen juntos a una herencia común, transmitida a los judíos desde los tiempos en que sus antepasados eran ganaderos nómadas que vivían principalmente de la leche de los rebaños, y que se sentían tan temerosos de ver disminuir sus recursos como se sienten en la actualidad las tribus pastoriles de África.

Pero la contaminación de la leche con la carne no es el único peligro contra el cual las tribus de pastoreo de África, en interés de sus ganados, tratan de protegerse por medio de las normas referidas a la dieta. Se muestran igualmente solícitos para que la leche no sea contaminada por los vegetales; de ahí que se abstengan de tomar leche y hortalizas en la misma comida, porque piensan que la mezcla de los dos tipos de alimento en los estómagos daría lugar de alguna manera a que los animales del rebaño sufriesen daños. Así, entre los bahima, pastores de Ankole, «ningún miembro de los clanes puede comer diversas especies de hortalizas, tales como guisantes, habas y batata, a menos que se abstenga de tomar leche durante varios meses después de haber hecho una comida de aquellas hortalizas o verduras. Si llevado por el hambre una persona comiese de esos vegetales, deberá ayunar durante algún tiempo después de haberlos comido; deberá comer preferentemente plátanos, pero aun entonces deberá guardar ayuno por diez o doce horas antes de vol ver a tomar leche. Se cree que beber leche cuando aún se tienen en el estómago restos de una comida de vegetales pone en peligro la salud de las vacas». También sucede los mismo entre los bairo, de Ankole, ya que «su comida ordinaria consiste en batatas y maní, por lo que no se les permite tomar leche, pues se supone que el ganado sufriría algún daño». Cuando Speke se hallaba viajando por el territorio de los bahima o wahuma, como él los llama, sintió la incomodidad de semejante escrúpulo; porque aunque abundaba el ganado, la gente «no podía vendernos leche, porque comíamos aves de corral y una especie de habas llamadas *maharagué*». «Desde que entramos en Karagué no pudimos conseguir ni una gota de leche, ya fuese como regalo o a cambio de dinero; y me hubiese gustado saber qué motivos tenían los wahuma para rehusárnosla. Habíamos oído decir que esas gentes sienten temores supersticiosos; que si alguno de ellos comía carne de cerdo, pescado o al-

gún ave, o también la especie de haba llamada *maharagué*, y luego probaba los productos derivados de la leche de sus vacas, el ganado perecería». A las preguntas de Speke, el reyezuelo del lugar replicó que «sólo los pobres pensaban de esa manera; y que visto que lo necesitábamos mandaría apartar una de sus propias vacas para nuestro uso particular». Entre los banyoro, «las clases medias que mantienen vacas y cultivan algún producto hortícola ponen extremo cuidado en lo que se refiere a su dieta: no comen productos vegetales y toman leche en la misma comida, o sin que haya pasado algún tiempo entre la ingestión de esos dos tipos de productos. Los que han tomado leche por la mañana no vuelven a tomar ningún otro alimento hasta la noche, y los que toman leche por la noche no comen ningún producto vegetal hasta el día siguiente. Los productos que evitan con mayor cuidado son las batatas y las habas, y todo el mundo, tras haber comido esos alimentos, se abstiene cuidadosamente de tomar leche durante dos días. Se debe esa precaución al deseo de impedir que en el estómago la leche entre en contacto con carne o con productos vegetales; se cree que si se come cualquier comida indiscriminadamente, el ganado caerá enfermo». De ahí que en esa tribu «jamás se le ofrezca leche a un extraño cuando visita un poblado, porque puede ser que haya comido antes cualquier tipo de alimentos considerados perjudiciales para el bienestar del ganado, que sufriría si la persona en cuestión bebiese leche antes de haber ayunado durante el tiempo suficiente para eliminar por completo de su aparato digestivo los restos de alimentos vegetales que pudiera contener; se demuestra la hospitalidad con el ofrecimiento al visitante de algún otro tipo de alimentos, como, por ejemplo, carne de res y cerveza, que le preparará para una comida a base de leche en la mañana del día siguiente. Si no hubiese leche suficiente para satisfacer las necesidades de los habitantes del poblado, algunos de ellos comerían productos vegetales por la noche, y

ayunarían hasta la mañana siguiente. Si no se dispusiese de plátanos y la gente estuviese obligada a comer únicamente batatas, sería necesario abstenerse de tomar leche durante dos días, después de haber comido las batatas, hasta que el organismo volviese a estar limpio».

En esa tribu se prohíbe en absoluto a los pastores el consumo de cualquier producto vegetal, porque «se dice que resulta peligroso para la salud de los animales el que sus cuidadores tomen ese tipo de alimentos». Puesto que se encuentra en contacto continuo con las manadas de reses, el pastor tiene muchas más probabilidades que la gente ordinaria de poner en peligro la salud de los animales con el contenido indiscriminado de su aparato digestivo; por tanto, resulta evidente que es el sentido común el que dicta la norma de alejar por completo al pastor de cualquier dieta a base de productos vegetales.

Entre los baganda, «no se permite a nadie comer habas, ni caña de azúcar, ni beber cerveza, ni fumar cáñamo indio y al mismo tiempo tomar leche; la persona que había tomado leche se abstenía de tomar ningún alimento durante horas; sólo después de esa especie de ayuno podía ingerir alguno de los alimentos prohibidos; y tenía que evitar el tomar leche durante un período similar después de haber tomado aquellos alimentos». Entre los suk, a un hombre que haya mascado mijo crudo se le prohíbe tomar leche durante siete días. No cabe duda, aunque no se diga, de que en esas dos tribus se basa la prohibición en la creencia de que semejante dieta mixta no dejaría de tener efectos perniciosos sobre la salud de los ganados. También entre los masai, que se muestran tan solícitos del bienestar de sus animales, y tan convencidos de los sufrimientos que se les infligiría caso de hervir la leche o de tomarla juntamente con la carne, se prohíbe estrictamente a los guerreros el consumo de cualquier comida a base de productos vegetales. Un guerrero masai prefiere morir de hambre a tomar esos alimentos;

el insulto mayor que se le puede hacer es simplemente el ofrecérselos; si se llegase a olvidar de lo que se debe a sí mismo y comiese los alimentos prohibidos, quedaría degradado y no habría mujer que quisiese tenerlo por marido.

Los pueblos de pastores que creen que el consumo de alimentos de naturaleza vegetal podría poner en peligro la fuente principal de subsistencia de que disponen, pues haría disminuir o incluso interrumpiría del todo la producción de leche, no se sienten inclinados a procurar el desarrollo de la agricultura. Por consiguiente, no resulta sorprendente enterarse de que «en Bunyoro, los pueblos de pastoreo evitan las faenas agrícolas: se dice que es dañino para la mujer de un miembro de un clan pastoril el cultivar la tierra, ya que si lo hiciese el ganado podría resultar perjudicado». Entre los clanes de pastoreo de ese país, «las mujeres no llevan a cabo otros trabajos diferentes de los de hacer mantequilla y lavar las vasijas de la leche. Siempre se ha considerado degradante el trabajo manual y se cree que el cultivo del suelo es perjudicial para los ganados». Incluso entre los baganda, que además de contar con rebaños de ganado trabajan diligentemente el suelo, una mujer no puede cultivar su huerto durante los primeros cuatro días posteriores al nacimiento de un becerro de una de las vacas del marido; y aunque no se mencione el motivo de la prohibición, podemos, a la vista de los ejemplos mencionados a lo largo del capítulo, suponer que las razones que apoyan esa abstención obligatoria de los trabajos agrícolas no son otras que el temor de que al llevarlos a cabo en momento semejante la mujer pueda amenazar la salud, o incluso la vida, del recién nacido becerro y de su madre.

Además hay tribus pastoriles que se abstienen de comer determinados animales salvajes, en la creencia expresa o implícita de que si lo hacen, si comen la carne de semejantes criaturas, el ganado resultará perjudicado. Por ejemplo, entre los suk del África oriental británica, «solía existir la superstición de que

comer la carne de un cierto cerdo salvaje llamado *kiptorainy* haría secarse las ubres del ganado del individuo que lo hiciese; pero desde que ese pueblo ha bajado a la llanura, en la que no existe dicho cerdo, la superstición se ha transformado en simple tradición». Y en la misma tribu se cree que «si un hombre rico come pescado, se secarán las ubres de sus rebaños». Entre los nandi, «no se puede comer determinados animales, si es posible encontrar otro tipo de alimentos. Los animales prohibidos son el kobo[*], la cebra, el elefante, el rinoceronte, la caama del Senegal y el antílope común y el azul. Si un nandi come la carne de uno de esos animales, no podrá tomar leche durante los cuatro meses siguientes por lo menos, y aun entonces podrá hacerlo solamente después de haberse purificado por medio de una purga hecha a partir del árbol *segetet* mezclada con sangre». Sólo hay un clan nandi, el kipasiso, que se halla exento de esa restricción: sus miembros pueden tomar leche al día siguiente de haber comido alguna pieza cazada. Con ciertas limitaciones, a los nandi se les permite comer determinados animales; entre ellos se considera impuro el kobo; a menudo se alude a él con un nombre (*chemakimwa*) que significa «el animal del que no se puede hablar». Y entre las aves selváticas el francolín es objeto de la misma repugnancia que el kobo; se puede comer su carne, sin duda, pero el que lo haga deberá abstenerse de tomar leche durante los meses siguientes. No se mencionan los motivos de tales restricciones, pero a la vista de los casos ya señalados, podemos suponer confiadamente que el abstenerse de leche durante varios meses, después de haber comido determinados animales o aves salvajes, viene dictado por el temor a perjudicar a las vacas al poner en contacto en el estómago del infractor de la prohibición la leche del animal con la carne de la pieza de caza. Es posible que sea un temor semejante el que explique una norma existente entre los wataturu, del este de África: todo aquel que haya comido la carne de un determinado antílope lla-

mado *povu* en swahili no podrá tomar leche hasta el día siguiente.

Además, puede que sea conveniente considerar si la aversión que sienten algunas tribus pastoriles al consumo de carne de caza en general, no podrá derivar del mismo temor supersticioso a causar daños al ganado con la contaminación de su leche con la carne de animales salvajes durante el proceso de la digestión. Por ejemplo, los masai, en su estado natural, son un pueblo únicamente de pastores y viven exclusivamente de la carne, la leche y la sangre de sus ganados; se dice de ellos que rechazan todo tipo de caza, incluido el pescado y las aves. «Los masai —ha dicho un autor— se abstenían de comer la carne de los animales salvajes cuando en tiempos pasados disponían de ganados suficientes; pero en la actualidad, los que han perdido las reses que poseían comienzan a comer carne de venado». Dado que ese pueblo no cazaba animales salvajes y sólo perseguía a los animales carnívoros que diezmaban los ganados, las manadas de animales graminívoros salvajes se volvieron extraordinariamente mansas en todo el territorio de los masai, de modo que no era raro el ver antílopes, cebras y gacelas pastando tranquilamente, sin el menor asomo de temor, entre el ganado vacuno, en las proximidades de las aldeas masai. Sin embargo, aunque en general los masai no cazaban ni comían animales salvajes, hacían dos excepciones en la norma, y esas excepciones son importantes. «El antílope africano —se nos dice — es uno de los pocos animales de caza perseguidos por los masai. Se le atrae con cebo y luego se le persigue y alancea». Por extraño que parezca, los masai comen la carne de ese animal, pues lo tienen por una especie de vaca. Otro animal salvaje que los masavi cazaban y comían era el búfalo, al que tenían en estima tanto por la carne como por el pellejo; pero, según se ha dicho, los masai no consideran animal de caza al búfalo. Probablemente, igual que sucede con el antílope y con mucha mayor

razón, consideran al búfalo como una especie de vaca; y en caso de que sea así, el motivo de que maten y coman búfalos tanto como antílopes es el mismo, a saber, la creencia de que esos animales no difieren esencialmente del ganado, y de que, por tanto, se les puede matar y comer legítimamente como si de ganado se tratase. La conclusión práctica parece bastante razonable, aunque la clasificación zoológica de la que se deduce deje algo que desear. Los bahima, otra tribu pastoril que vive principalmente de la leche de los rebaños, han adoptado reglas similares en cuanto a su dieta, basadas en una clasificación semejante del reino animal; pues se nos informa de que «hay unas pocas especies de animales salvajes que esos indígenas comen, especies que se reducen a las que son consideradas parientes de las vacas, como por ejemplo los búfalos y una o dos clases de antílopes, kobos y caamas». Por otro lado, «se tiene por mala la carne de las cabras, ovejas, aves y toda especie de peces, y se la prohíbe terminantemente a todo miembro de la tribu», lo que parece debido a que esos animales, incluso echando mano de la más liberal interpretación del género bovino, no pueden ser considerados como una especie de vacas. De ahí que al no permitírseles comer nada más que muy pocos animales salvajes, los bahima pastoriles den muy poca importancia al ejercicio de la caza, aunque acostumbren a perseguir a los animales de presa siempre que causan dificultades; «los demás animales de caza son dejados casi enteramente a disposición de los miembros de clanes agrícolas, que suelen poseer algunos perros y salen de caza para completar su dieta». También para los clanes de pastoreo entre los banyoro está prohibida la carne de la mayor parte de los animales salvajes, y por consiguiente los miembros de esos clanes raramente salen de caza, si no es cuando se hace necesario perseguir y matar los leones y leopardos que se ceban en los ganados; por consiguiente, «la caza se halla principalmente limitada a los miembros de clanes agrícolas, que se en-

tregan a ella únicamente con el propósito de conseguir alimentos».

Muy bien puede suceder, pues, en todos esos casos, que la aversión de las tribus de pastoreo al consumo de carne de caza derive de la creencia según la cual las vacas resultarían directamente dañadas si su leche entrase en contacto con la carne de los animales salvajes en el estómago de los miembros de la tribu, y que la consiguiente amenaza para la salud del ganado sólo puede ser evitada ya sea mediante la total abstención de carne de caza, o en todo caso siempre que se deje pasar el tiempo suficiente entre la ingestión de la carne y el consumo de leche, a fin de permitir que el estómago se vacíe completamente de uno de los manjares antes de admitir el otro. Las notables excepciones que hacen algunas de esas tribus a la regla general, al permitir el consumo de animales salvajes que en mayor o menor medida se asemejan al ganado vacuno, nos trae a la memoria la antigua distinción practicada por los israelitas entre animales puros e impuros. ¿Podría haber sucedido que esa distinción entre animales puros e impuros se hubiese originado a partir de la tosca zoología de un pueblo pastoril, que hubiese dividido el reino animal en dos categorías únicas, la de los que se parecían y la de los que se diferenciaban del ganado doméstico, y que sobre la base de esa clasificación fundamental hubiese establecido una ley de la mayor importancia, por la cual se permitiría el consumo de la primera clase de animales y se prohibiría el consumo de la segunda? La norma actual que distingue entre animales puros e impuros, tal como figura en el Pentateuco, es quizá demasiado sofisticada para admitir que se la pueda reducir a tan escasos y sencillos elementos; sin embargo, su principio fundamental nos trae curiosamente a la memoria las costumbres de las tribus africanas que hemos estado repasando: «Estos son los animales que podéis comer de entre todas las bestias que hay sobre la tierra: toro, res lanar y res cabría; cier-

vo, gacela, gamo, cabra montés, búfalo, antílope y gamuza. Y todo el que tiene pezuña hendida y casco partido y que rumia, entre los animales, podéis comerlo». En ese pasaje la condición que hace a un animal apto para el consumo humano es su afinidad zoológica con los rumiantes domésticos, y de acuerdo con ella, con esa condición, se incluyen correctamente entre los animales que pueden ser comidos diversas especies de ciervos y de antílopes, exactamente como lo que sucede entre los bahima y los masai, que por motivos similares incluyen en su dieta la carne de diversas especies de antílopes. Sin embargo, la lista dietética de los hebreos es bastante más liberal que la de los masai, y aun si hubiese tenido sus orígenes, como parece posible, en un estado puramente pastoril, ha sido probablemente ampliada con adiciones sucesivas para acomodarla a las necesidades y preferencias de un pueblo agrícola.

Hasta aquí he tratado de poner de relieve determinadas analogías entre costumbres hebreas y africanas relativas a la cocción de la leche, la regulación de la dieta mixta de leche y carne y la distinción establecida entre animales puros e impuros, comestibles y no comestibles. Si esas semejanzas se hallan bien cimentadas tienden a demostrar que las costumbres hebreas relativas a todos esos aspectos surgieron en los estadios pastoriles de la sociedad, y que por tanto confirman las tradiciones nativas de los israelitas, según las cuales sus antepasados han sido pastores nómadas que iban de un lugar para otro con sus rebaños y manadas, de unos pastos a otros, durante mucho tiempo, antes de que sus descendientes, pasando al otro lado de los vados del Jordán, procedentes de las herbosas tierras altas de Moab, se estableciesen en las feraces tierras de Palestina y adoptasen la vida asentada de campesinos y plantadores de viñas.

XXV. LAS INCISIONES POR LOS MUERTOS

En el antiguo Israel, las personas que guardaban luto acostumbraban a mostrar su dolor por la muerte de sus seres queridos con la práctica de incisiones en sus propios, cuerpos y con el trasquilado de parte de sus cabellos, de modo que la cabeza quedase cubierta de calvas. Al predecir la desolación que había de sobrevenir sobre la tierra de Judá, el profeta Jeremías anuncia que las gentes morirán y que no habrá nadie para enterrarlas ni para llevar a cabo los ritos funerales de costumbre. «Morirán, pues, grandes y pequeños en esta tierra, y no serán sepultados ni llorados; nadie se hará incisiones ni decalvará por ellos». También en Jeremías se lee, más adelante, que después de que el rey Nabucodonosor hubo llevado cautivos a Babilonia a los judíos, «llegaron hombres de Sikém, de Shiloh y de Samaria, ochenta hombres, con la barba rapada y los vestidos rasgados, cubiertos de incisiones y trayendo en las manos oblaciones e incienso para ofrecerlos en la casa de Yahvé». Para mostrar el dolor que sentían ante la gran calamidad que había caído sobre Judá y Jerusalén, aquellos piadosos peregrinos adoptaban el porte y atributos del luto más riguroso. También los profetas más antiguos mencionan entre las señales ordinarias de duelo permitidas, e incluso recomendadas por la religión, la práctica de decalvarse la cabeza, aunque no la de hacerse incisiones en el cuerpo. Así, por ejemplo, Amos, el más antiguo de los profetas de quienes han llegado escritos hasta nosotros, anuncia la ruina de Israel en nombre del Supremo Yahvé: «Trocaré vuestras fiestas en duelo y todas vuestras canciones en endecha; cubriré todos vuestros lomos de saco y toda cabeza de calvez; la pondré como en duelo por hijo único, y su final cual día amargo». Igualmente dice Isaías: «Y aquel día el Señor, Yahvé-Se-

baot, hizo un llamamiento (invitando) a llanto, a duelo, a decalvarse y a vestirse de saco». Y Miqueas profetiza y anuncia las calamidades que habrán de sobrevenir al reino meridional, e invita a sus habitantes a contar anticipadamente con sus infortunios y a decalvarse como si fuesen personas que guardasen luto: «Decálvate y ráete por los hijos de tus delicias; ensancha tu calva como el buitre, pues fueron deportados lejos de ti». Se hace ahí una comparación con el buitre, que tiene cabeza y cuello desnudos de plumas y sólo cubiertos de pelusa. E incluso después de que esas profecías se hubieron cumplido, pues los babilonios habían conquistado el reino de Judá, el profeta Ezequiel escribió todavía, desde el exilio: «Y se ceñirán sacos y los cubrirá el terror, y en todo rostro habrá confusión, y todas las cabezas estarán rasuradas».

Las mismas costumbres de hacerse incisiones en la piel y de afeitarse parte de la cabeza en señal de duelo parecen haber existido también entre los vecinos de los judíos, los filisteos y los moabitas. Pues Jeremías dice: «Gaza ha quedado decalvada, han enmudecido Asquelón y el resto de sus valles. ¿Hasta cuando te harás incisiones?». Y refiriéndose a la desolación de Moab, el mismo profeta exclama: «Pues todas las cabezas están decalvadas, y todas las barbas rapadas; en todas las manos hay incisiones, y sobre los lomos, sacos. Sobre todos los terrados de Moab y en sus plazas todo es lamentación». E Isaías habla de la siguiente manera: «La hija de Dibón ha subido a las alturas para llorar sobre el Nebo, y sobre Medebá ulula Moab. En todas sus cabezas hay calvas y toda barba está pelada. En sus calles se ciñen de saco, sobre sus terrados y en sus plazas todo ulula y da rienda suelta al llanto».

Sin embargo, con el tiempo esas costumbres, durante mucho practicadas sin molestar a nadie por los israelitas que guardaban luto, llegaron a ser tenidas por bárbaras y paganas, y en consecuencia se las prohibió en los códigos de leyes elaborados

en los últimos años de la monarquía judía y durante o después de la cautividad de Babilonia. Así, en el Código Deuteronómico, que fue promulgado en Jerusalén el año 621 a. C., aproximadamente una generación antes de la conquista de la ciudad por los babilonios, se dice que: «Hijos sois de Yahvé, vuestro Dios. No os tatuéis ni os decalvéis entre los ojos por un muerto, pues eres un pueblo santo para Yahvé, tu Dios, y Yahvé te ha escogido a fin de que constituyas para Él el pueblo de su propiedad entre todos los pueblos que sobre la haz de la tierra existen». En este caso se basa la prohibición en la posición religiosa peculiar que ocupa Israel en tanto que pueblo escogido de Jehová, y se exhorta a la nación a que se distinga absteniéndose de determinadas formas de expresar el luto, formas que hasta ese momento había practicado sin por ello cometer pecado, y que eran observadas todavía por los pueblos paganos que vivían a su alrededor. En la medida en que podemos opinar, la reforma tuvo lugar cuando los sentimientos se hicieron más refinados y se rebelaron contra tan extravagantes expresiones de duelo, por considerarlas contrarias tanto al buen gusto como al humanitarismo; pero, como de costumbre, el reformador revistió sus preceptos con el ropaje de la religión, y no lo hizo a partir de consideraciones deliberadas de política y buenas costumbres, sino tan sólo porque, de acuerdo con las ideas predominantes en su tiempo, no era capaz de concebir otra sanción definitiva de la conducta humana que no fuese el temor de Dios.

En el Código Levítico, compuesto durante el exilio o después de él, se repiten las mismas prohibiciones. «No raparéis en círculo el extremo lateral de vuestra cabeza ni rasurarás el extremo lateral de tu barba. No haréis incisión a vuestra carne a causa de un muerto, ni os haréis tatuaje. Yo, Yahvé». Sin embargo, parece que el legislador pensó que no sería cosa fácil eliminar con un simple golpe de pluma costumbres que se hallaban profundamente arraigadas en las mentes del pueblo y que ha-

bían sido consideradas inocentes durante mucho tiempo; pues un poco más adelante, como si se sintiese escéptico en cuanto a la posibilidad de desviar a la nación de sus antiguas formas de expresar el duelo por los muertos, insiste en que al menos los sacerdotes se abstengan completamente de ellas: «Y dijo Yahvé a Moisés: habla a los sacerdotes aaronitas y diles: Nadie se contamine con cadáver de alguno de sus conciudadanos, como no se trate de sus parientes más próximos… Ni se ha de contaminar, él, que es señor entre sus conciudadanos, con sus parientes, ni ha de profanarse. No se raparán la cabeza, ni se cortarán el borde lateral de su barba, ni harán incisión en su carne. Permanecerán santos para su Dios y no profanarán el nombre de su divinidad». Cualesquiera que hayan sido las dudas que asaltaron al legislador en relación con la eficacia completa del remedio que aplicaba al mal, resultaron justificadas por los acontecimientos posteriores; pues muchos siglos después de él, san Jerónimo dice que son aún muchos los judíos que se hacen incisiones en los brazos y que se afeitan ciertas partes de la cabeza, como señal de duelo por los muertos.

Las costumbre de afeitar o rapar la cabeza y de hacer incisiones en el cuerpo, o de mutilarlo, ha estado muy extendida entre todos los pueblos del mundo. Me propongo ahora dar ejemplos de pueblos que han practicado esas dos costumbres y reflexionar acerca de su significado. Prestaré atención especial a la costumbre de causarse heridas, de lacerarse o de hacerse incisiones en el cuerpo, pues me parece la más sorprendente y también la más misteriosa de las dos.

Entre los pueblos semitas, los antiguos árabes, igual que los antiguos judíos, practicaban ambas costumbres. Las mujeres árabes que guardaban luto desgarraban sus vestiduras exteriores,, se arañaban el rostro y los pechos con las uñas, se golpeaban y causaban magulladuras con el calzado y se cortaban los cabellos. Cuando falleció el gran guerrero Chalid ben al Valid,

no quedo una sola mujer en su tribu, la banu mugira, que no se cortase mechones de cabellos para depositarlos en la tumba. En los tiempos actuales tales prácticas aún están en boga entre los árabes de Moab. Tan pronto como se ha muerto alguien, las mujeres de la familia se desgarran el rostro con las uñas hasta que hacen brotar la sangre, y desgarran también sus vestiduras hasta la cintura. Y si el muerto es un marido, un padre o cualquier otro pariente igualmente cercano, se cortan las largas melenas o trenzas y las depositan sobre la tumba o las cuelgan de la piedra que hace las veces de lápida conmemorativa en la cabecera. O también clavan en el suelo dos estacas, una a la cabecera de la tumba y la otra a los pies, y tienden una cuerda de una a otra, y luego atan a esa cuerda los mechones de pelo que se han cortado.

Igualmente en la antigua Grecia, las mujeres que lloraban la pérdida de parientes queridos y muy allegados se cortaban el pelo y se arañaban las mejillas, e incluso a veces el cuello, con las uñas, hasta que hacían brotar la sangre. También los hombres griegos se cortaban el pelo en señal de duelo y de respeto por los muertos. Homero nos dice que los guerreros griegos que sitiaban Troya cubrieron con sus cortadas cabelleras el cadáver de Patroclo, y que Aquiles depositó en la mano de su muerto amigo el mechón de sus cabellos que había sido consagrado al río Esperqueo: efectivamente, el padre de Aquiles había prometido cortar aquel mechón de la cabeza de su hijo en honor del río cuando el héroe hubiese regresado victorioso de la guerra de Troya. También se dice que Orestes depositó uno de los rizos de su pelo sobre la tumba de su asesinado padre Agamenón. Pero la legislación de corte humanístico de Solón de Atenas, igual que la legislación humanista del Deuteronomio en Jerusalén, prohibió la bárbara costumbre de arañarse y desgarrarse la piel en señal de duelo; y aunque parece que las leyes no prohibieron expresamente la práctica de cortarse mechones

de pelo en señal de duelo, quizá cayó también en desuso en Grecia, desplazada por la creciente civilización; al menos resulta significativo el hecho de que ambos modos de manifestar el dolor por la pérdida de los parientes y los amigos nos resultan conocidas principalmente a partir de los escritos de los poetas que describieron la vida y costumbres de las edades heroicas, edades que se han quedado muy atrás en el pasado.

En la antigüedad, las mujeres asirías y las armenias tenían también la costumbre de arañarse el rostro en señal de duelo, cosa de la que nos informa Jenofonte, que probablemente presenció esas manifestaciones de dolor durante aquella retirada de los Diez Mil, en la que participó como soldado y que más tarde inmortalizó como poeta. Tampoco era desconocida en la antigua Roma la misma costumbre; pues una de las leyes de las Diez Tablas, basadas en la legislación de Solón, prohibía a las mujeres desgarrarse las mejillas con las uñas en señal de duelo. El romano Varrón, erudito y estudioso de la antigüedad, dejó dicho que la costumbre consistía en esencia en la ofrenda de sangre a los muertos, y que la sangre extraída de las mejillas de las mujeres era un sustituto imperfecto de la sangre de los esclavos o de los gladiadores sacrificados sobre las tumbas. Las costumbres de los salvajes actuales, como veremos en seguida, confirman en cierta medida esa interpretación del rito. Virgilio ha representado a Ana cuando se desfigura el rostro con las uñas y se golpea el pecho con los puños tras haber recibido la noticia de la muerte en la pira de su hermano Dido; pero no se puede estar seguro de si al hacer esa descripción el poeta tenía en la imaginación las prácticas funerales de los cartagineses o las de los antiguos romanos.

Cuando lloraban la muerte de un rey, los antiguos escitas se rapaban los cabellos todo alrededor del cráneo, se hacían incisiones en los brazos, se laceraban la frente y la nariz, se cortaban trozos de las orejas y se atravesaban la mano izquierda con

una flecha. Entre los hunos, las personas que querían expresar su dolor por alguna muerte tenían la costumbre de hacerse cortes largos en el rostro y de trasquilarse el pelo; así fue llorado Atila «no con lamentaciones y lágrimas femeninas, sino con la sangre de hombres». «En los países eslavos se ha concedido gran importancia desde tiempos inmemoriales a la expresión ruidosa del pesar por la muerte de los individuos. Antiguamente se honraba a los muertos con la laceración del rostro de los que deseaban expresar su duelo; y la costumbre todavía persiste entre algunos de los habitante de Dalmacia y de Montenegro». Entre los mingrelianos del Cáucaso, cuando ha fallecido alguien en una casa, los que desean expresar su duelo se arañan el rostro y se arrancan mechones de cabellos; según un relato, llegan incluso a afeitarse el rostro por completo, cejas incluidas. Sin embargo, según un relato diferente, sólo son las mujeres las que se entregan a esas demostraciones de dolor. Reunidos en la cámara mortuoria, la viuda y los parientes más próximos del muerto del género femenino se dejan llevar por la vehemencia de su pesar, o en todo caso lo exhiben arrancándose a puñados los cabellos, arañándose el rostro y los pechos y reprochando al muerto su conducta irrespetuosa al dejarse morir. Los mechones de cabello que se arranca la viuda durante esas demostraciones son luego depositados en el ataúd. Entre los osetes del Cáucaso, en ocasiones similares los parientes se reúnen; los hombres se descubren la cabeza y las posaderas y se azotan con látigos hasta que brota la sangre; las mujeres se arañan el rostro, se muerden los brazos, se retuercen los cabellos y se dan golpes en los pechos, todo ello acompañado de los gritos más desgarradores.

En África, la costumbre de hacerse cortes en el cuerpo en señal de duelo, si se deja a un lado lo que se ha dicho, que en ese continente los individuos se suelen cercenar las coyunturas de los dedos, resulta relativamente rara. Entre los abisinios, cuan-

do se desea mostrar el dolor por la muerte de un pariente consanguíneo, acostumbran a raparse el pelo, a cubrirse la cabeza con ceniza y a arañarse la piel de las sienes hasta hacer brotar la sangre. Cuando ha ocurrido alguna muerte entre los wanika, del este de África, los parientes y amigos de la persona fallecida se reúnen, se lamentan a grandes voces, se trasquilan la cabeza y se arañan el rostro. Entre los kissi, tribu que vive en la frontera de Liberia, las mujeres, en señal de duelo, se cubren el cuerpo y en especial los cabellos con una capa espesa de barro, y se arañan el rostro y los pechos con las uñas. En algunas tribus kafir, del sur de África, las viudas solían encerrarse a solas durante un mes tras la muerte del marido, y antes de reintegrarse a la vida ordinaria del hogar, pasado aquel período, tenían que despojarse de sus ropas, lavarse por completo todo el cuerpo y lacerarse el pecho, los brazos y las piernas con piedras afiladas.

Por otro lado, si la laceración del cuerpo en señal de duelo ha sido raramente practicada en África, ha sido en cambio frecuente entre las tribus indias de América del Norte. Así, por ejemplo, a la muerte de un pariente, los indios dené, del noroeste de América, solían hacerse incisiones en el cuerpo, raparse los cabellos, desgarrarse los vestidos y revolcarse en el polvo. También entre los knisteneaux, o crees, que se hallaban extendidos sobre una amplia zona del oeste del Canadá, para expresar el duelo «se proferían grandes lamentaciones; y si la persona fallecida era muy querida, los parientes próximos se cortaban el pelo, se atravesaban las partes carnosas de los muslos y brazos con flechas, cuchillos, etc., y se ennegrecían el rostro con carbón». Entre los kigani, rama de los indios thlinkeet o tlingit de Alaska, mientras un cadáver se quemaba en la hoguera funeral, los parientes congregados tenían la costumbre de torturarse sin piedad, y para ello se azotaban los brazos y se los laceraban, se magullaban el rostro con piedras, y así sucesivamente. ¡Y no se enorgullecían poco de esos tormentos que a

sí mismos se infligían! En esas melancólicas ocasiones otros indios thlinkeet se contentaban con quemarse el pelo o chamuscarlo metiendo la cabeza en medio de las llamas de la pira funeraria; mientras que algunos, quizá más discretos o menos afectados por la desgracia, se limitaban a dejarse corto el pelo y a ennegrecerse el rostro con las cenizas del muerto.

Entre los indios cabeza chata, del estado de Washington, era costumbre que los hombres y las mujeres más valientes llorasen ritualmente la muerte de un guerrero arrancándose trozos de la propia carne y arrojándolos al fuego. Y entre los indios de esa zona, «en caso de algún desastre tribal, como por ejemplo la muerte de un jefe distinguido, o cuando una tribu hostil daba muerte a un grupo de guerreros, todo el mundo se entregaba a demostraciones del más extremado dolor, y se arrancaba los cabellos, se producía cortes en el cuerpo con cuchillos de pedernal y a veces incluso se causaba heridas de consideración». Entre las tribus chinook y otras del río Oregón o Columbia, era costumbre que los parientes de la persona fallecida destrozasen los bienes del muerto, se cortasen el cabello y se desfigurasen e hiriesen el cuerpo. «El que veía a aquellos salvajes cubiertos con la sangre de las heridas que a sí mismos se habían infligido, pensaba que no sobrevivirían a semejantes actos de crueldad; pero aquellas heridas, aunque malas, no resultaban peligrosas. Para hacérselas, el salvaje se coge entre los dedos pulgar e índice un trozo de piel, lo estira con fuerza hacia arriba y luego lo atraviesa con un cuchillo, de modo que cuando la piel recobra su posición original quedan en ella dos chirlos de aspecto desagradable, parecidos a dos agujeros de bala, de los cuales mana con abundancia la sangre. Con esas heridas, y a veces con otras de naturaleza más grave, los parientes próximos de la persona fallecida se desfiguran por completo».

Entre los indios de la península de California, cuando tiene lugar alguna muerte, los que desean mostrar a los parientes de

la persona fallecida el respeto que les merecía se esconden al acecho de ellos, y cuando pasan salen del escondrijo, casi a gatas, y emiten un doliente y quejumbroso *hu, hu, hu*, mientras se golpean la cabeza con piedras aguzadas y afiladas hasta que la sangre les cae por los hombros. Aunque se les ha prohibido frecuentemente tan bárbara costumbre, siguen muy apegados a ella. Entre los gallinomera, rama de los indios pomo, que viven en el valle del río Ruso, de California, «tan pronto como una persona ha dado el último suspiro, depositan el cadáver respetuosamente sobre la pira funeraria y la prenden fuego. Las escenas extrañas y repugnantes que siguen a continuación, los alaridos que hielan la sangre en las venas, los lamentos, las laceraciones autoinfligidas que esas gentes se producen mientras arde la pira son demasiado terribles para descritas. Joseph Fitch dice que ha visto a un indio volverse tan frenético que se lanzó de cabeza contra la ardiente hoguera, arrancó del cadáver un trozo de la carne ardiendo y lo devoró a la vista de todos». En algunas tribus de indios californianos, los parientes más allegados se cortan mechones de pelo y los arrojan a las llamas de la pira, al mismo tiempo que se golpean el cuerpo con piedras hasta que hacen brotar la sangre.

Para demostrar su dolor por la muerte de un pariente o amigo, los indios culebras, de las montañas Rocosas, tenían la costumbre de hacerse incisiones en las partes carnosas del cuerpo y cuanto mayor era el afecto que sentían por la persona fallecida, tanto más profundos eran los cortes que se hacían. Esos indios aseguraron a un misionero francés que el dolor que sentían por la muerte del ser querido se escapaba a través de aquellas heridas. El mismo misionero nos relata su encuentro con grupos de mujeres de la tribu de los indios cuervos, que guardaban luto por la muerte de un pariente; sus cuerpos se hallaban de tal modo cubiertos y desfigurados por la sangre coagulada, que su aspecto resultaba tan lamentable como horrible.

Durante algunos años después de la muerte, las infelices criaturas estaban obligadas a repetir los ritos del duelo cada vez que pasaban por las proximidades de las tumbas de sus parientes; y mientras quedase sobre ellas un solo coágulo de sangre, se les prohibía lavarse.

Entre los comanches, famosa tribu de indios montados de Texas, por lo general se daba muerte a los caballos de una persona fallecida y se los enterraba para que ella pudiese montarlos al dirigirse a las Felices Praderas de Caza; y también se le quemaban todos los bienes que hubiese poseído, para que pudiese encontrarlos a su disposición al llegar al otro mundo. Sus viudas se juntaban alrededor de los caballos muertos, y con un cuchillo en una mano y una piedra de afilar en la otra proferían ruidosos lamentos al mismo tiempo que se daban grandes cuchilladas en los brazos, las piernas y el cuerpo, hasta que caían exhaustas por la pérdida de sangre. En señal de duelo, en tales ocasiones los comanches cortaban las crines y las colas de los caballos, rapaban la propia cabeza, y se laceraban el cuerpo de diversas maneras.

Entre los arapaho, las mujeres expresaban el luto acuchillándose levemente los antebrazos y los brazos, así como las piernas por debajo de las rodillas. En esa tribu india, los que querían expresar su duelo se destrenzaban el cabello y a veces se lo cortaban; cuanto mayor era el cariño que sentían por la persona fallecida, mayor era también la cantidad de pelo que se cortaban. Los mechones cortados eran enterrados con el cadáver. Además, también cortaban y depositaban en la tumba las crines y la cola del caballo que llevaba los restos mortales del fallecido hasta su lugar de reposo último. Cuando alguien moría, los sauk y zorros, otra tribu india, «se hacían cortes en los brazos, en las piernas y en otras partes del cuerpo; no tenían por objeto tales agresiones ni la propia mortificación ni el deseo de producirse dolor, lo que tendría la virtud de distraer la atención de

los dolientes y apartarla del recuerdo de la pérdida sufrida; se basaban, al contrario, en la creencia de que el pesar sentido es algo interno, y que la única manera de aliviarlo es proporcionarle una salida por la que pueda escapar».

De igual manera, los dakota o sioux se laceraban los brazos, muslos, piernas, el pecho, y así sucesivamente, tras la muerte de un amigo; y el autor que nos informa de la costumbre cree probable que la practicasen con el fin de aliviar el dolor mental que sentían, pues esos mismos indios, cuando querían mitigar un dolor físico, tenían con frecuencia la costumbre de hacerse un corte en la piel y chuparse la sangre, al mismo tiempo que entonaban canciones o más bien fórmulas mágicas a las que sin duda se atribuía el efecto de ayudar a la curación.

Entre los kansas o konza, rama de la cepa sioux, que han dado nombre a uno de los estados de Norteamérica, las viudas, a la muerte de sus maridos, tenían la costumbre de hacerse cortes en la piel y de cubrirse el cuerpo con barro; también descuidaban el vestido, y en ese estado melancólico permanecían durante un año, pasado el cual el hermano sobreviviente de más edad del fallecido marido tomaba por esposa, sin más ceremonia, a la mujer correspondiente.

Las costumbres relativas a la expresión del duelo por parte de las viudas eran semejantes a las anteriores entre los indios omaha, de Nebraska, que formaban también una rama de la familia sioux. «A la muerte del marido, las mujeres indias muestran la sinceridad de su dolor con la entrega de todo lo que poseen a sus vecinos, exceptuando los vestidos más imprescindibles para cubrirse el cuerpo con decencia. Abandonan el poblado y se levantan una cabaña propia, con hierba o cortezas de árboles; se mortifican con el corte de la cabellera, se hacen incisiones en el cuerpo, y en su aislado refugio se lamentan continuamente. Si el esposo fallecido ha dejado algún hermano, éste, pasado un intervalo determinado, toma a la mujer y la lleva a

vivir con él, y la considera como esposa, sin haber llevado a cabo ninguna otra formalidad». Mas entre los omaha no eran solamente las viudas las que se sujetaban a semejantes austeridades en señal de luto. «Los parientes del muerto se cubren el cuerpo de arcilla blanca, se hacen incisiones con un trozo de pedernal, se cortan trozos de la piel y de la carne y se atraviesan el pellejo con flechas; y si se produce alguna marcha, caminan con los pies descalzos a una cierta distancia de los demás miembros de la tribu, para mostrar la sinceridad de su aflicción». Entre esos indios, «cuando muere un hombre o una mujer muy respetados, a veces tiene lugar la ceremonia siguiente. Los jóvenes que se hallan al comienzo de sus vidas se juntan en una tienda próxima a aquella en que vivía el muerto y se despojan de sus ropas con excepción del taparrabos; cada uno de ellos se hace dos cortes en el brazo izquierdo, y a través del ojal practicado de esa manera se introduce una ramita de sauce con hojas en uno de los extremos. Mientras la sangre brota y se desliza hasta el penacho de hojas que les cuelga del brazo, los jóvenes se desplazan en fila a la vivienda en que yace el muerto. Una vez allí, se forman en línea frente a la tienda, hombro con hombro, y mientras marcan el ritmo con el ramito de hojas de sauce, cantan al unísono el canto funerario, el único de su tipo que hay en la tribu… Terminado el canto, uno de los parientes próximos de la persona fallecida avanza hacia los cantores, y tras levantar una mano para expresar su agradecimiento, va arrancando de los brazos respectivos las ramitas de sauce, y tirándolas al suelo». Además, como señal de dolor por la muerte de un pariente o de un amigo, los indios omaha solían cortarse mechones de los cabellos y depositarlos sobre el cadáver.. Igualmente^ entre los indios de Virginia, las mujeres que lloran a un muerto se cortan a veces las trenzas y las depositan en la tumba con el cadáver.

Entre los indios de la Patagonia, cuando tenía lugar alguna muerte, los que deseaban mostrar su dolor por la pérdida sufrida hacían una visita de condolencia a la viuda o a algún otro pariente del muerto, y lloraban, se lamentaban con grandes voces o cantaban de la manera más desconsoladora, al mismo tiempo que derramaban lágrimas abundantes y se pinchaban brazos y muslos con espinas afiladas para hacer brotar la sangre. A cambio de esas demostraciones de aflicción se les entregaban objetos tales como collares de cuentas u otras baratijas. Tan pronto como los fueguinos se enteraban de la muerte de un pariente o de un amigo estallaban en demostraciones vehementes de dolor, lloraban y gemían; se laceraban el rostro con los bordes afilados de conchas y se rapaban el pelo de la coronilla. Entre los ona, una tribu de Tierra del Fuego, la costumbre de lacerarse el rostro en señal de duelo quedaba limitada a las viudas o demás parientes del sexo femenino del fallecido.

Los antiguos turcos solían hacerse cortes en el rostro, con los cuchillos, para demostrar su dolor por el fallecimiento de algún ser querido, de modo que sangre y lágrimas les corrían por las mejillas a un tiempo. Entre los orang sakai, primitiva tribu pagana, que vive dedicada a la agricultura y a la caza en la casi impenetrable jungla del este de Sumatra, los parientes de una persona fallecida tienen la costumbre de hacerse cortes en la cabeza con los cuchillos y de dejar que la sangre gotee libremente sobre el rostro del cadáver, antes de enterrarlo. También entre las tribus de habla roro, que viven en una zona situada en la desembocadura del río San José, en la Nueva Guinea británica, cuando ha tenido lugar una muerte, los parientes del sexo femenino de la persona fallecida se cortan la piel del cráneo, el rostro, los pechos, el vientre, los brazos y las piernas con conchas afiladas, hasta que la sangre las cubre y caen al suelo desfallecidas. En las tribus koiari y toaripi, de Nueva Guinea británica, las personas de luto se cortan con conchas afiladas o con

trozos de pedernal hasta que la sangre brota en abundancia. También en Vate o Efate, isla de las Nuevas Hébridas, el fallecimiento de una persona era ocasión de grandes demostraciones de duelo, y los que estaban de luto se arañaban el rostro hasta conseguir que la sangre lo cubriese. Igualmente, en Malekula, otra isla de las Nuevas Hébridas, los que querían manifestar su duelo se daban grandes cuchilladas en el cuerpo.

Los galelaríes de Halmahera, isla situada al oeste de Nueva Guinea, hacen ofrenda de sus cabellos al alma de una persona fallecida que sea pariente de ellos, el tercer día después de la muerte, que es el día siguiente al del entierro. Una mujer que no ha tenido pérdidas recientes en su familia, se encarga de oficiar sobre los que guardan luto, y les corta simplemente las puntas de los pelos de las cejas y las de los mechones de pelo que les caen sobre las mejillas. Una vez trasquilados, esos individuos van a bañarse al mar y se lavan el pelo con cocos rallados, para purificarse de la huella dejada en ellos por la muerte; pues se cree que la persona que toca o se acerca simplemente a un cadáver queda impura; Un vidente, por ejemplo, pierde la capacidad para ver los espíritus, o al menos se cree eso, si se contamina de aquella manera, o simplemente si come alimentos que hayan permanecido bajo el mismo techo que un cadáver. En caso de que los deudos dejasen de ofrecer sus cabellos al muerto y no se purificasen después, el alma del hermano o hermana fallecidos no los abandonaría: eso se cree, al menos. Por ejemplo, si alguien ha muerto lejos de su hogar y su familia no ha tenido noticias de su muerte, de modo que los miembros restantes no han cortado sus cabellos en honor del muerto ni se han lavado al tercer día, el espectro (*soso*) del muerto los perseguirá y los molestará cualquiera que sea la tarea a que se entreguen. Si abren cocos, no conseguirán obtener aceite; si muelen sago, no obtendrán harina, si salen a cazar no descubrirán la caza, y así sucesivamente. Hasta que se hayan enterado del fa-

llecimiento, y se hayan cortado los cabellos y tomado el baño ritual, no cesará el espíritu de ponerles trabas a lo que emprendan, y de molestarlos de todas las maneras. El misionero holandés, bien informado, que da cuenta de esas costumbres, cree que la ofrenda de cabellos tiene por objeto engañar al ingenuo espíritu y hacerle creer que sus amigos le han seguido al más allá; pero me parece que podemos suponer, sin miedo a equivocarnos, que no existe espíritu dotado de credulidad tal como la necesaria para confundir unos cuantos mechones de cabellos con las cabales personas a las que esos mechones pertenecían.

Parece ser también que las muy diseminadas ramas de las razas polinesias del Pacífico han observado costumbres del género de las descritas. Así, por ejemplo, en Otaheite, cuando ocurría una muerte, se solía llevar el cadáver a una casa o cabaña llamada tupapow, construida especialmente con esa finalidad, y en ella se le dejaba hasta que la putrefacción era completa y no quedaban más que los huesos mondos y limpios. «Tan pronto como se deposita el cadáver en el *tupapow* se reanudan las demostraciones de duelo. Las mujeres se reúnen, y el pariente más allegado, que se clava varias veces en la coronilla un diente de tiburón, las lleva hasta el recinto; la sangre brota abundante de la cabeza así maltratada y se la recoge cuidadosamente en piezas de lino que son depositadas en el ataúd. Las restantes mujeres siguen el ejemplo, y la ceremonia es repetida cada dos o tres días, mientras no decaiga el celo y el dolor sentido por los participantes. También se reciben en piezas de tejido las lágrimas igualmente derramadas en tales ocasiones, y se las deposita asimismo en ofrenda al muerto; algunas de las personas más jóvenes se cortan los cabellos, y los mechones son puestos en el ataúd junto con las demás ofrendas. La costumbre se apoya en la creencia de que el alma de la persona fallecida, que, según piensan esas gentes, existe como algo separado del cuerpo, ronda el lugar en el que se halla depositado el cadáver, contem-

pla las acciones de los vivos y se siente agradecido por las demostraciones de afecto y dolor que se le dediquen». Según un escritor posterior, los habitantes de Tahití, cuando estaban de luto, «no sólo se lamentaban con las voces más grandes y patéticas, sino que también se rasgaban la piel, se desgarraban las vestiduras y se hacían cortes con dientes de tiburón o con cuchillos, de la manera más desagradable. El instrumento utilizado por lo regular era una caña pequeña, de unos diez centímetros de longitud, con cinco o seis dientes de tiburón fijados a ambos lados. Todas las mujeres se proveían de él en el momento de su casamiento, y lo usaban a discreción cuando sobrevenía alguna muerte. Para algunas no llegaba a ser suficiente y se preparaban una especie de instrumento parecido a un mazo de fontanero, de unos trece a quince centímetros de longitud, redondeado por el lado que servía de empuñadura, y armado por el otro extremo con dos o tres filas de dientes de tiburón incrustados en la madera. Con él, cuando se les moría algún pariente o amigo, se cortaban sin piedad y se golpeaban la cabeza, las sienes, las mejillas y el pecho hasta que la sangre fluía con abundancia de las heridas. Al mismo tiempo emitían los gritos más desaforados y patéticos; y su retorcida compostura, sus cabellos desordenados y arrancados, la mezcla de sangre y lágrimas que les cubría el cuerpo, los gestos extraviados y la conducta desordenada les daban a veces un aspecto horroroso y casi inhumano. Eran principalmente las mujeres las que se entregaban a semejantes actos de crueldad, pero no eran ellas solas; también los hombres cometían en esas ocasiones atrocidades semejantes, y no sólo se producían incisiones en el cuerpo, sino que acudían armados con garrotes y otras armas igualmente mortíferas». En esas ceremonias funerales las mujeres llevaban a veces unos delantales cortos que levantaban por un extremo para recibir la sangre que les manaba de las heridas, y mientras tanto, con la otra mano, se aplicaban los golpes. El

mandil empapado en sangre era puesto al sol a secar y luego se le daba como regalo y muestra de afecto a la familia que estaba de luto, la cual lo guardaba celosamente como prueba de lo elevado de la estima en que había sido tenido el sujeto fallecido. A la muerte de un rey o de un jefe principal, sus súbditos se juntaban, se mesaban los cabellos, se laceraban el cuerpo hasta que la sangre los cubría y a menudo entablaban batallas con garrotes y piedras hasta que uno o más perdían la vida. Esas peleas celebradas a la muerte de un jefe pueden ayudarnos a comprender de qué manera surgieron en Roma los combates de gladiadores; pues los mismos escritores de la antigüedad nos dicen que esos combates tuvieron lugar por vez primera durante los funerales de grandes hombres, y que venían a sustituir al asesinato de personas cautivas. En Roma, la primera exhibición de un combate entre gladiadores fue debida a Junius Brutus, que la organizó en honor de su padre fallecido, el año 264 a. C.

Entre las mujeres de Otaheite, el empleo de dientes de tiburón como navaja para hacer brotar la sangre de la cabeza no se hallaba limitado a las ocasiones de muerte. Si el marido de una mujer, o su hijo, o los parientes o amigos del marido sufrían un accidente, la mujer se laceraba el cuerpo con los dientes de tiburón; incluso si el hijo no hacía más que caerse y lastimarse, la madre mezclaba su sangre con las lágrimas del niño. Pero si se moría un niño, la casa se llenaba de parientes que se hacían cortes en la cabeza y proferían grandes lamentos. «En tales casos, además de las otras muestras de duelo, los padres se cortan el pelo de la mitad de la cabeza, y lo dejan largo en la otra mitad. A veces sólo se rapan una superficie de forma cuadrada encima de la cabeza; otras veces sólo se dejan los cabellos de ese cuadrado, y se rapan el resto; en ocasiones se dejan sobre ambas orejas unos tufos de pelo; en otras, en cambio, sólo se dejan el tufo de pelo sobre una oreja: y aun en otras se rapan media cabeza y se dejan la otra media sin rapar; y esas señales de do-

lor son conservadas a veces durante dos años e incluso tres». Esas palabras pueden servir de ejemplo de la costumbre israelita de hacerse calvas en la cabeza en señal de duelo.

En las islas Hawai o islas Sandwich, cuando moría un rey o un gran jefe, la gente mostraba su dolor «mediante los ultrajes personales más repulsivos, no sólo desgarrándose por completo las vestiduras, sino golpeándose ojos y dientes con piedras y porras, arrancándose el pelo y quemándose y desgarrándose la piel». Parece ser que, de todas esas mutilaciones, la de arrancarse a golpes los dientes era en aquellas ocasiones la más corriente y popular. La practicaban los dos sexos, aunque quizá los hombres con mayor frecuencia que las mujeres. Cuando moría un rey o un jefe importante se esperaba que los jefes menores relacionados con él por lazos de sangre o de amistad manifestasen su apego hacia el muerto con el sacrificio de uno de los dientes delanteros, que se rompían con una piedra; y cuando lo habían hecho, sus seguidores se sentían obligados a imitarlos. A veces un individuo se rompía los dientes personalmente; otras encargaba la tarea a uno de sus amigos, que utilizaba un palo como escoplo y una piedra como martillo; apoyaba un extremo del palo sobre el diente condenado y golpeaba el otro extremo con la piedra, hasta que el diente saltaba de su sitio o se rompía. Si los hombres sentían temor de someterse a esa operación, las mujeres se encargaban a menudo de llevarla a cabo mientras ellos dormían. Raramente se extraía más de un diente de cada vez; pero dado que la mutilación tenía lugar a la muerte de todos y cada uno de los jefes de alto rango o que tenían autoridad, pocos hombres adultos podían ser vistos con toda la dentadura intacta; muchos de ellos habían perdido incluso los dientes delanteros de las dos mandíbulas, lo cual, aparte de otros inconvenientes, tenía el efecto de hacer que el habla de aquellas gentes fuese defectuosa. Algunos, sin embargo, osaban singularizarse y conservar casi todos sus dientes.

También los tongan, cuando estaban de luto se golpeaban los dientes con piedras, se producían quemaduras en el cuerpo, se golpeaban la cabeza con dientes de tiburón hasta hacer brotar la sangre en abundancia y se atravesaban con lanzas la cara interna dé los muslos, los costados por debajo de los sobacos, las mejillas y los labios. Cuando el marino inglés desterrado William Mariner vivió entre los tongan, a comienzos del siglo XIX, presenció y describió gráficamente el duelo extravagante que tuvo lugar por la muerte de Finow, rey de Tonga. Los jefes y nobles, congregados en aquella ocasión, nos cuenta William Mariner, mostraron su dolor con las incisiones y heridas que se hacían en el propio cuerpo por medio de porras, piedras, cuchillos o conchas afiladas; uno de cada vez o dos o tres a un tiempo entraban en medio del círculo formado por los espectadores y manifestaban mediante aquellos actos su profundo dolor por la muerte de su fallecido señor y amigo, y el gran respeto que sentían por su memoria; uno de ellos, por ejemplo, exclamaba: «¡Finow! Sé bien lo que piensas; has partido para Boloton (el país de los muertos) y has dejado a los tuyos con la sospecha de que yo o alguno de tus allegados te éramos infieles; mas, ¿dónde están las muestras de infidelidad? ¿Dónde hay un solo ejemplo de falta de respeto?». Y al pronunciar esas palabras se asestaba golpes violentos y se hacía cortes profundos en la cabeza con una porra, una piedra o un cuchillo, y exclamaba de vez en cuando: «¿Acaso no es esto prueba de mi fidelidad? ¿No demuestra quizá lealtad y afecto hacia la memoria del guerrero muerto?». Otro, tras pasear de un lado a otro con agitados y descompuestos movimientos, al mismo tiempo que hacía remolinear una porra, se daba con sus bordes dos o tres golpes violentos en la parte superior de la cabeza o en el occipucio; luego se detenía súbitamente y, mirando fijamente el instrumento cubierto de sangre con el que se había herido, decía a voces: «¡Ah, porra querida! ¿Quién habría de decir que me ibas

a rendir este servicio y que me permitirías demostrar el afecto y el respeto que siento por el finado Finow? ¡Oh, que no pueda nunca volver a abrir el cráneo de algunos de sus enemigos! ¡Ay! ¡Qué valiente y poderoso guerrero hemos perdido! ¡Oh, Finow, deja de dudar de mi lealtad; convéncete de mi fidelidad!». Algunos, más violentos que los demás, se herían hasta el hueso con golpes tan nutridos y enérgicos que se desplomaban en tierra y perdían durante algún tiempo el uso de los sentidos. Otros individuos, durante las exequias de Finow, se afeitaban la cabeza y se quemaban las mejillas con rollos de tela encendida; y al frotarse las heridas con bayas astringentes las hacían sangrar. Entonces extendían la sangre en torno a las heridas, formando círculos de casi cinco centímetros de diámetro, con lo que adquirían un aspecto muy raro; y todos los días se volvían a frotar las heridas con las bayas, de modo que la sangre brotaba de nuevo. Para mostrar el afecto que sentían por su amo fallecido, los pescadores del rey se golpeaban y abrían la cabeza con los remos de las canoas. Además, todos ellos se atravesaban cada una de las mejillas con tres flechas, en dirección inclinada, de modo que mientras las puntas quedaban en el interior de la boca, los extremos posteriores caían sobre los hombros; se mantenían las flechas en posición mediante otra flecha atada a los extremos posteriores de aquéllas, sobre la espalda del individuo, de modo que formasen un triángulo. En tan extraña disposición, los pescadores caminaban en torno a la tumba, al mismo tiempo que se golpeaban el rostro y la cabeza con los remos, o se pellizcaban la piel del pecho y la atravesaban de lado a lado del pellizco con una lanza, todo ello con la intención de mostrar su afecto por el jefe fallecido.

De la misma manera, era costumbre en las islas Samoa que las personas de luto manifestasen su dolor mediante desesperados lamentos y sollozos, desgarrándose los vestidos, arrancándose los cabellos, haciéndose quemaduras con tizones encendi-

dos, magullándose el cuerpo a golpes y haciéndose chirlos con piedras aguzadas, conchas marinas afiladas y dientes de tiburón, hasta que el cuerpo se les cubría de sangre. Se llamaba a esa ceremonia «ofrenda de sangre» (*taulanga toto*); mas, según Georges Brown, esa expresión no quería decir que la sangre fuese ofrecida a los dioses; indicaba únicamente el afecto sentido por el muerto y la aflicción por su pérdida. Igualmente, en Mangaia, una de las islas Hervey, tan pronto exhalaba el último suspiro un individuo,, sus parientes más allegados se pintaban de negro el rostro, se cortaban mechones de los cabellos y se desgarraban el cuerpo con dientes de tiburón, hasta que la sangre corría libremente. En Raratonga era costumbre romperse los dientes delanteros con una piedra, en señal de duelo. También en las islas Marquesas, «a la muerte de un gran jefe, su viuda y las mujeres de la tribu proferían alaridos penetrantes, al mismo tiempo que se hacían cortes en la frente, en las mejillas y en los pechos con astillas de bambú. La costumbre ha desaparecido, al menos en Nukahiva; pero en el grupo del sureste las mujeres todavía se pliegan al uso, y con la sangre corriéndoles por el rostro a causa de las heridas profundas que se han hecho, se entregan a grandes demostraciones de dolor, durante los funerales de sus parientes».

Entre los maoríes de Nueva Zelanda, las costumbres funerales eran semejantes a las descritas. «Las esposas y los parientes allegados, en especial los del sexo femenino, manifestaban su aflicción con los cortes que se hacían en la frente y en el rostro, con conchas marinas o pedazos de obsidiana, hasta que la sangre corría en abundancia; y dejaban que los regueros sangrientos se secasen en las mejillas, de modo que cuanto más cubierto le quedase el rostro con la sangre coagulada tanto mayor se suponía era el respeto que sentían por el muerto; siempre se cortaban el pelo en señal de duelo; generalmente los hombres cortaban tan sólo el pelo de uno de los lados de la cabeza, desde la

frente hasta el cuello». Según otra noticia, las incisiones que los maoríes se hacían en señal de luto no se limitaban en modo alguno a la frente y al rostro. «Los parientes y amigos más allegados del fallecido, junto con los esclavos, u otros servidores o dependientes, si poseía alguno, se cortaban de la manera más lastimosa y ofrecían a los ojos de los europeos la imagen más horripilante. El individuo en cuestión sostenía entre el pulgar y el tercer dedo un trozo de pedernal (que quedaba santificado por la sangre derramada por él y por la finalidad a que se le destinaba), y lo apretaba de tal manera que sus agudos extremos se hundían en ambos dedos hasta aparecer por encima de las uñas. Se comenzaba la operación por el centro de la frente y se continuaba el corte haciendo una curva por las sienes y las mejillas, hasta la barbilla; también se hacen incisiones en las piernas, los brazos y el pecho, de la manera más despiadada; y los pechos de las mujeres, que se hacían cortes más extensos y profundos que los hombres, quedaban a veces lastimosamente heridos».

Pero quizá en ninguna otra parte del mundo se ha practicado más sistemáticamente o con mayor severidad esa costumbre de hacerse incisiones los vivos para honrar a los muertos que entre los rudos aborígenes de Australia, pueblos situados en la parte más baja de la escala social. Así, por ejemplo, entre las tribus del oeste de Victoria, un hombre guardaba luto por su fallecida esposa durante tres lunes. En días alternos, durante la noche, se lamentaba y enumeraba las buenas cualidades de la muerta, y se laceraba la frente con las uñas hasta que la sangre le corría por las mejillas; también se cubría la cabeza y el rostro con arcilla blanca. Si la había amado tiernamente y deseaba mostrar su dolor por haberla perdido, se hacía en la cintura tres quemaduras, en forma de líneas paralelas, con un tizón encendido de corteza de árbol. Una mujer lloraba a su fallecido esposo durante doce lunas. Se rapaba el pelo al cero y se que-

maba los muslos con brasas encendidas que apretaba contra ellos por medio de un trozo de corteza de árbol, hasta que el dolor le hacía gritar de agonía. Cada dos días, por la noche, se lamentaba y enumeraba las buenas cualidades del muerto, y se hacía incisiones en la frente hasta que la sangre le corría por las mejillas. Al mismo tiempo se cubría cabeza y rostro con arcilla blanca. Estaba obligada a hacer todo eso durante tres lunas, bajo pena de muerte. Los niños que se hallaban de luto por la muerte de sus padres se hacían cortes en las cejas.

Entre los naturales del centro de Victoria, los padres de la persona fallecida solían hacerse cortes terribles; el padre se golpeaba y se hería la cabeza con un *tomahawk*[*], mientras la madre se quemaba los pechos y el vientre con un tizón. Lo hacían todos los días, durante varias horas, hasta que se terminaba el período de luto. Las viudas de esas tribus no sólo se quemaban los pechos, brazos, piernas y muslos con tizones, sino que también se frotaban las heridas con ceniza y se arañaban el rostro hasta que la sangre formaba una pasta con la ceniza. Entre los kurnai, del sureste de Victoria, las personas de luto se hacían cortes y se daban cuchilladas con piedras afiladas y hachas de guerra hasta que la sangre brotaba a chorros de sus cabezas y cuerpos. En la tribu mukjarawaint, del oeste de Victoria, cuando moría un individuo, sus parientes lo lloraban y se hacían incisiones con *tomahawks* y otros instrumentos afilados durante siete días.

Entre las tribus de los ríos Murray inferior y Darling inferior, las personas que guardaban luto se chamuscaban la espalda y los brazos, y a veces incluso el rostro, con tizones encendidos, y se causaban heridas terribles; a continuación se postraban boca abajo sobre la tumba, se arrancaban el pelo a puñados, se frotaban la cabeza y el cuerpo con tierra en abundancia y se abrían las recientes úlceras hasta que la mezcla de barro y sangre les daba un aspecto lamentable. Entre los kamilaroi, gran

tribu del este de Nueva Gales del Sur, las personas que guardaban luto, en especial las mujeres, solían cubrirse la cabeza y el rostro con arcilla blanca y luego se hacían cortes en la cabeza con hachas hasta que la sangre les manaba sobre la capa de arcilla, hasta los hombros, donde la dejaban secar. Al referirse a un entierro que había tenido lugar entre los naturales de la región del río Murray, un escritor dice que «en torno al ataúd había muchas mujeres, parientes del fallecido, que se lamentaban y gemían amargamente, se hacían cortes en los muslos, en la espalda, en los pechos y en los brazos con conchas afiladas, trozos de pedernal y otros objetos hasta que la sangre les corría copiosamente de las heridas».

En las tribus kabi y wakka, del sureste de Queensland, en las proximidades del río Mary, el duelo duraba aproximadamente seis semanas. «Todas las noches se mantenía durante horas un lamento general y prolongado, al mismo tiempo que las personas se laceraban el cuerpo con trozos aguzados de pedernal u otros objetos cortantes. Los hombres se contentaban con hacerse unas pocas incisiones en la parte de atrás de la cabeza, pero las mujeres se acuchillaban de la cabeza a los pies y dejaban que la sangre se les secase encima de la piel». En la zona de Boulia, del centro de Queensland, las mujeres expresaban el luto haciéndose incisiones en los muslos, tanto por la parte de adentro como por la de afuera, con piedras aguzadas o trozos de vidrio, de modo que dibujaban en la carne una serie de líneas paralelas; en otras zonas vecinas de Queensland, los hombres se hacían en los lugares correspondientes de los muslos una única incisión en forma de cruz, grande y mucho más profunda. Los miembros de la tribu kakadu, del territorio septentrional de Australia, se hacen cortes en la cabeza en señal de duelo, hasta que la sangre les corre por el rostro y les gotea sobre los hombros. Lo hacen tanto los hombres como las mujeres. Más tarde se recoge parte de la sangre en un trozo de corteza y

a lo que parece se la deposita en un árbol próximo al lugar en que ha muerto la persona llorada de esa manera.

En la tribu kariera, del oeste de Australia, cuando ha tenido lugar alguna muerte, los parientes, tanto del sexo masculino como del femenino, gimen y se hacen cortes en el cuero cabelludo hasta que la sangre les gotea sobre los hombros. Se corta la melena del muerto y se la guarda; los parientes la llevan sobre ellos, en forma de collar. Entre los narriyeri, tribu del sur de Australia, se solían secar parcialmente los cuerpos de los muertos poniéndolos a fuego lento; luego se les despellejaba, se les teñía de ocre rojo y se les depositaba desnudos sobre plataformas. «Todos los amigos y parientes del muerto prorrumpen es ese momento en grandes lamentos y quejas. Se rapan los cabellos casi al cero, y se untan el cuerpo con una mezcla de aceite y carbón en polvo. Las mujeres se untan el cuerpo con una especie de ungüento muy repugnante; se golpean y hacen cortes al mismo tiempo que profieren violentos gritos de dolor. Los parientes tienen cuidado de hallarse todos presentes y de no escatimar las apropiadas señales de aflicción, para que no se sospeche que han sido cómplices de la muerte».

En la tribu arunta, del centro de Australia, los hombres están obligados a hacerse cortes en el hombro en señal de duelo por la muerte de sus suegros; si no lo hacen, se les pueden tomar las mujeres para entregarlas a otro hombre, con el fin de aplacar la ira que el muerto siente ante la conducta impropia de su yerno. Los hombres arunta muestran, por lo general, en sus hombros las cicatrices que manifiestan que han cumplido como debían sus obligaciones para con sus fallecidos suegros. También los parientes del sexo femenino de una persona fallecida de la tribu arunta se cortan y hieren en muestra de dolor, y se entregan a una especie de frenesí al hacerlo, aunque, a pesar de toda su aparente excitación, tienen siempre buen cuidado de no herirse en partes vitales, y dan escape a su furor limitando sus autoa-

gresiones a la cabeza, los hombros y las piernas. En la tribu warramunga, del centro de Australia, las viudas se rapan el pelo, se hacen un corte a lo largo de la línea central del cuero cabelludo y pasan sobre él un tizón encendido, a menudo con las consecuencias más graves. Otros parientes del sexo femenino del fallecido, entre los warramunga, se contentan con abrirse el cuero cabelludo con golpes repetidos de una porra, hasta que la sangre les mana sobre el rostro; mientras que los hombres se dan en los muslos cuchilladas más o menos profundas con sus cuchillos. Se procura abrir todo lo posible esas heridas de los muslos y para ello se atan fuertemente en torno de las piernas y a ambos lados de los cortes unos cordeles. Las cicatrices que quedan después de esa operación son permanentes. Se ha visto a un hombre que tenía nada menos que la marca de veintitrés de esas heridas, que se había infligido en ocasiones diferentes, en señal de duelo. Además, algunos warramunga se cortan el pelo al cero para expresar el luto, se queman el cráneo y se untan el cuero cabelludo con arcilla de pipa, mientras que otros se cortan el bigote. Todas esas operaciones se ajustan a reglas muy definidas. No se deja al capricho de los que lloran una muerte la operación de acuchillarse los muslos y ni siquiera la de cortarse el pelo o el bigote; las personas que se entregan a esas demostraciones de dolor han de estar relacionadas con el muerto de determinadas maneras y no de otras; y la relación ha de ser del tipo clasificatorio o de grupo, que es el único que reconocen los aborígenes australianos. En esa tribu, «si muere un hombre que se halla en una relación particular con otro, éste deberá hacer lo apropiado, que puede ser darse una cuchillada en el muslo o cortarse el pelo, sin que tenga nada que ver la circunstancia de que conozca o no personalmente al muerto, o que el fallecido haya sido el amigo más querido de aquél o su peor enemigo».

Es preciso observar que en esas incisiones practicadas en honor de los muertos entre los australianos, la sangre que es vertida por los afligidos es, a veces, aplicada directamente sobre el cadáver, y otras se la deja gotear sobre la misma tumba. Así, por ejemplo, entre ciertos tribus del río Darling, algunos hombres tenían la costumbre de colocarse junto a la abierta fosa y de hacerse mutuamente cortes en la cabeza con un bumerán; y luego asomaban el sangrante cráneo por encima del borde del agujero, para que las gotas de sangre cayesen sobre el cadáver. Si se tenía en mucha estima a la persona fallecida, se repetía la operación después de haber cubierto el cadáver con algunas paletadas de tierra. Igualmente en la tribu milya-uppa, que ocupaba la región que se extiende junto al lago Torrowotta, al noroeste de Nueva Gales del Sur, cuando el muerto había sido un guerrero, los que querían manifestar su dolor por la pérdida se hacían unos a otros cortes en la cabeza y la dejaban sangrar encima del cadáver depositado en la tumba. También en la tribu bahkunjy, de Bourke, junto al río Darling, «tuve ocasión de presenciar un funeral, y el viudo, que resultó ser la persona más afectada por la muerte, de entre todos los presentes, saltó al interior de la tumba, se abrió en dos la melena con las manos y recibió en la línea divisoria del pelo un buen golpe, asestado con un bumerán por otro indígena que había saltado a la tumba detrás de él. Brotó, como consecuencia, un buen chorro de sangre. Luego el viudo realizó la misma operación con su camarada. Toda la ceremonia tuvo lugar, me imagino, en el lecho de hojas, antes de que el cadáver hubiese sido depositado en él». Entre los arunta del centro de Australia, los parientes femeninos del muerto solían arrojarse a la tumba, y una vez en ella hacerse cortes en la cabeza propia o en las ajenas con las porras empleadas en las batallas o con las estacas empleadas para escarbar la tierra, hasta que la sangre, que corría sobre la arcilla de pipa con que se

habían cubierto el cuerpo, goteaba libremente en el interior de la fosa.

También en un entierro que tuvo lugar junto al río Vasse, en el oeste de Australia, estaba presente un escritor; según él, una vez abierta la fosa, los indígenas tendieron el cadáver a su lado, y luego «se dieron cuchilladas en los muslos y cuando brotó la sangre dijeron todos: 'He traído sangre', y dieron una fuerte patada en el suelo, con lo que salpicaron la sangre todo alrededor; a continuación, se limpiaron las heridas con puñados de hojas y las arrojaron ensangrentadas de ese modo sobre el cadáver».

Merece asimismo mención el hecho de que los aborígenes australianos a veces arrojan sobre el cadáver de sus amigos muertos los mechones de pelo que se han cortado, de la misma manera que dejan gotear sobre él la sangre de las heridas que se han infligido. Así, George Grey cuenta que «los naturales de numerosas regiones de Australia, durante un funeral, se cortan trozos de la barba, los chamuscan y los arrojan sobre el cadáver; algunas veces le cortan la barba al muerto, la ponen al fuego y luego se frotan el propio cuerpo y el del muerto con los pelos chamuscados». Al comparar las costumbres funerales australianas de la actualidad con las antiguas de los hebreos, Grey añade: «Los indígenas del sexo femenino se hacen cortes invariablemente y se arañan el rostro en señal de duelo por el muerto; también se decalvan literalmente entre los ojos, que es también siempre uno de los lugares donde se desgarran la piel con las uñas».

Entre los rudos aborígenes de Tasmania, las costumbres funerales son, a lo que parece, semejantes a las descritas. «Tras haberse cubierto las afeitadas cabezas con arcilla de pipa y haberse untado el rostro con una mezcla de carbón y grasa de *emú*[*], las mujeres no sólo lloran, sino que también se laceran el cuerpo con piedras y conchas afiladas e incluso se queman los muslos con tizones. Se arrojan flores a la tumba y se entrelazan

arbolillos para cubrir con ellos a los seres queridos. Los mechones de cabellos cortados en señal de aflicción eran arrojados encima de la ya cubierta fosa».

Ya hemos pasado revista a las costumbres de hacerse incisiones en el cuerpo y de raparse el pelo en señal de duelo por la muerte de una persona, costumbres practicadas por una porción considerable de la humanidad, desde las naciones más civilizadas de la antigüedad hasta los salvajes más atrasados de los tiempos actuales. Hemos de preguntarnos ahora: ¿qué significado tienen esas costumbres? Los nicobarenses se afeitan la cabeza y las cejas con el propósito confesado de disfrazarse ante el espíritu del muerto, cuyas atenciones y deferencias desean evitar, y al que, aparentemente, creen incapaz de reconocerlos una vez se hayan cortado el pelo. ¿Cabe imaginar, pues, que hubiesen sido adoptadas las dos costumbres mencionadas con el fin de engañar al espíritu o de causarle repugnancia con el subterfugio de hacer irreconocibles o incluso repulsivos ante sus ojos a sus parientes? Según esa teoría, las dos costumbres se apoyan en el temor al espíritu del muerto; con los cortes en la propia carne y el rapado de los cabellos, los que se hallan de luto esperan que el espíritu será incapaz de reconocerlos, o que en caso de que los reconozca se alejará de ellos disgustado ante el repugnante aspecto de las cabezas calvas y de los cuerpos ensangrentados, de modo que en cualquiera de los dos casos dejará de molestarlos.

¿De qué manera se ajustan esas hipótesis con los hechos a que hemos pasado revista en las páginas anteriores? No cabe duda de que en algunas de las ceremonias funerales de los australianos interviene el temor al espíritu del muerto, pues hemos visto que entre los arunta, si un hombre no se lastima como conviene a la muerte de su suegro, el espíritu de éste, según se supone, se encoleriza de tal manera que la única manera de aplacar su ira consiste en arrancar a su hija de los brazos del

irrespetuoso yerno. Además, en las tribus unmatjera y kaitish del centro de Australia, las viudas se cubren el cuerpo de ceniza y repiten esa demostración de duelo mientras dura el período de luto, porque si dejasen de hacerlo «el *atnirinja*, o espíritu del muerto que las sigue constantemente de un lado para otro, las mataría y les arrancaría la carne de los huesos». En esas costumbres es evidente el temor al espíritu del muerto, pero a lo que parece no existe la intención de engañarlo o de causarle repugnancia con la transformación de la persona que guarda luto en un monstruo irreconocible o repulsivo. Al contrario, las costumbres funerarias australianas parecen tener por objetivo llamar la atención de los espíritus sobre las personas que guardan luto, para que las vean y queden satisfechos con las demostraciones de dolor ante la pérdida irreparable que ha significado para ellas el fallecimiento. Los arunta y otras tribus del centro de Australia temen que si no manifiestan lo bastante su aflicción por la muerte, el espíritu de la persona fallecida se sentirá ofendido y se vengará. Y en lo que se refiere a la costumbre de cubrirse el cuerpo con arcilla blanca de pipa, se dice que «no se pretende en modo alguno ocultar ante el espíritu del muerto la identidad de la persona que está de luto; al contrario, se quiere ponerla de relieve y llamar la atención sobre ella, para que el espíritu pueda ver que se le llora como es debido». En resumen, parece ser que las costumbres funerales del centro de Australia tienen por objeto agradar o propiciar al espíritu, antes que escapar a su atención o excitar su repugnancia. Esa es la verdadera intención de las prácticas funerales australianas; así lo da a entender claramente la costumbre de dejar gotear la sangre que brota de los cuerpos de los que guardan luto, sobre el cadáver o en la fosa, y la de depositar los mechones de pelo cortados sobre el cuerpo inanimado, pues muy difícilmente se podrían interpretar esos actos como otra cosa que un tributo pagado al espíritu del muerto o una ofrenda que le es presenta-

da, ya sea con la intención de causarle placer o de aplacar su cólera. Igualmente hemos visto que entre los orang sakai de Sumatra, los que guardan luto dejan gotear la sangre que mana de sus heridas cabezas sobre el rostro del muerto, y que en Otaheite se tenía la costumbre de recoger en trozos de tela la sangre que manaba de las heridas que se hacían los que querían expresar su duelo, y que esos trozos de tela eran luego depositados en el ataúd junto con el cadáver. Además, tanto en los tiempos antiguos como en los moderno, los árabes, los griegos, los mingrelianos, los indios de América del Norte, los tahitianos y los habitantes de Tasmania, así como los aborígenes de Australia, han observado la costumbre de depositar junto al cadáver o en la fosa los mechones cortados del pelo de los que guardaban luto. De ahí que parezcamos justificados si llegamos a la conclusión de que el deseo de complacer al espíritu o de causarle algún bien ha sido, al menos, uno de los motivos que han llevado a muchos pueblos a practicar las mutilaciones corporales que en este capítulo nos han ocupado. Pero decir eso no es lo mismo que afirmar que la única intención con que han sido practicados semejantes actos de crueldad ha sido el deseo de propiciar al espíritu del muerto. Muy bien ha podido suceder que pueblos diferentes hayan tenido motivos diversos para infligirse semejantes sufrimientos o desfiguraciones, y entre ellos pudo haber sido a veces uno el de eludir o engañar al peligroso espíritu del muerto.

Aún hemos de preguntarnos cómo es posible suponer que la ofrenda de sangre y cabellos tiene la virtud de agradar o de resultar conveniente para el espíritu. ¿Se cree que el espíritu meramente se complace ante ellos por considerarlos expresión del genuino pesar que sus amigos sienten por la pérdida del ser querido? Es evidente que esa puede parecer la interpretación que los habitantes de Tahití dan a la costumbre, pues junto con la sangre y los cabellos ofrecían a las almas de los muertos las

lágrimas, y creían que los espíritus «contemplaban los actos de los vivos, y se sentían complacidos ante semejantes manifestaciones de afecto y dolor». Sin embargo, aunque concedamos la mayor importancia posible al egoísmo de los salvajes, probablemente seremos injustos con los primitivos espíritus si suponemos que exigían de sus parientes y amigos un tributo de sangre, lágrimas y mechones de cabellos sin otro motivo que el brutal placer sentido ante la contemplación de los sufrimientos y privaciones a que se sometían los que estaban de luto. Parece más probable que al principio se creyese que el espíritu se beneficiaba de manera más tangible y material con tales demostraciones de afecto y devoción. Robertson Smith ha sugerido que la ofrenda de la sangre de los afligidos parientes y amigos al espíritu del muerto tenía la intención de establecer un pacto de sangre entre el muerto y los vivos, y confirmar o establecer de ese modo relaciones amistosas con los poderes espirituales. En apoyo de esa opinión se refirió a los usos comunes entre algunas de las tribus australianas del río Darling, las cuales, además de hacerse heridas en la cabeza y de dejar gotear la sangre sobre el cadáver, tenían la costumbre de arrancar un trozo de carne del muerto, secarlo al sol, cortarlo en pedacitos pequeños y repartirlos entre los parientes y amigos de la persona fallecida, que luego los chupaban, unos para conseguir valentía y fortaleza física, mientras otros los arrojaban al río para conseguir la crecida de las aguas o abundancia de peces, según cuál fuese la necesidad sentida en aquel momento. En ese caso, la ofrenda de sangre al muerto y el acto de chupar su carne parecen significar una relación de mutua conveniencia entre los vivos y las personas fallecidas, tanto si tomamos por alianza esa relación o no. Igualmente, entre los kariera, del oeste de Australia, que se hacen brotar la sangre en honor del muerto, se le corta el pelo al cadáver y con él se hacen sartas y collares con las que se adornan luego los parientes. De nuevo parece haber en este ca-

so un intercambio de favores entre los vivos y los muertos; los vivos ofrecen al muerto la sangre que brota de su cuerpo, y el muerto les entrega a cambio sus cabellos.

Sin embargo, esas indicaciones de intercambio de buenos servicios entre los que lloran una muerte y el fallecido son harto escasas y superficiales para que garanticen el hecho de que las mutilaciones corporales y las heridas que se infligen los desconsolados parientes tienen siempre, o incluso por lo general, la intención de establecer un pacto de ayuda y protección mutuas con el muerto. Se puede interpretar razonablemente la gran mayoría de las costumbres examinadas en este capítulo como prácticas beneficiosas para el muerto llevadas a cabo por los vivos, pero pocas o ninguna de ellas, aparte de las que acabo de citar como propias de las tribus australianas, parecen significar que el espíritu del muerto devuelva a los vivos alguna de las muestras de afecto que éstos le dan. Por consiguiente, la hipótesis según la cual las incisiones que practican en su propio cuerpo los que están de luto por la muerte de un ser querido tienen por objeto establecer un pacto de sangre entre los vivos y la persona fallecida, debe ser rechazada, a lo que parece, basándonos en el hecho de que las pruebas de que disponemos no la apoyan en absoluto.

Las costumbres de algunos de los salvajes que se producen tales mutilaciones y heridas parecen ofrecernos una explicación más sencilla y evidente de ellas. Así, hemos visto que entre las tribus australianas del río Darling predomina la costumbre de hacerse heridas en la cabeza y dejar gotear la sangre sobre el cadáver de la persona fallecida. Ahora bien, existe entre esas mismas tribus, o existía, al menos, la costumbre de que al llevar a cabo la ceremonia de iniciación a la edad adulta, «durante los dos primeros días los jóvenes beben solamente sangre de las venas de los brazos de sus amigos, que se prestan de buen grado a ofrecerla. Atan con ligaduras la parte superior del brazo,

cortan una vena de la superficie inferior del antebrazo y dejan correr la sangre en un recipiente de madera o en un trozo de corteza cortado en forma de plato. El joven iniciado se arrodilla en su lecho, formado con las ramitas de un matorral de fucsias, y se inclina hacia adelante, mientras mantiene las manos a la espalda y lame con la lengua, como si fuera un perro, la sangre contenida en el recipiente que ha sido puesto delante de él. Más tarde se le permite comer la carne, así como la sangre de un pato». También entre esas mismas tribus del río Darling, «se alimenta a una persona enferma o muy débil con la sangre de sus amigos del sexo masculino, que se les extrae del cuerpo siguiendo el procedimiento descrito más arriba. El inválido la toma en crudo por lo general; la coge entre el pulgar y los demás dedos como si se tratase de mermelada y se la lleva así a la boca. También he visto cómo se la cocía en un recipiente de madera poniendo en ella unas cuantas brasas encendidas». Hablando igualmente de las mismas tribus, ese mismo autor nos informa que «a veces es necesario trasladar el campamento a algún otro lugar, y hay que hacer un largo viaje a través de un terreno árido, con un enfermo inválido, que es llevado por los individuos más fuertes, los cuales se prestan voluntariamente a hacerse cortes y dejar correr la sangre, hasta que se sienten débiles y sufren desvanecimientos, con el fin de proporcionar el tipo de alimentación que consideran más apropiado para una persona enferma». Pero si esos salvajes no tenían reparo en dar su sangre para alimentar a los amigos que enfermaban o se hallaban muy débiles, ¿por qué no habrían de haber hecho lo mismo y con idéntica finalidad con respecto a los amigos fallecidos? Igual que casi todos los salvajes, los aborígenes australianos creen que el alma humana sobrevive a la muerte corporal; ¿qué cosa habría, pues, más natural que el que los afligidos parientes y amigos suministrasen al alma separada del cuerpo los mismos alimentos fortalecedores que tan a menudo habían en-

tregado para que sus amigos, todavía vivos, recobrasen las perdidas energías? Por los mismos motivos, cuando Ulises arribó al país de los muertos, en las distantes y oscuras tierras de los cimerios, dio muerte a varias ovejas y dejó que su sangre goteara en un hoyo que había abierto, para que los debilitados espíritus, que acudieron ávidamente al convite, se regalasen con la sangre y adquiriesen así la necesaria energía para conversar con el navegante.

Pero si las personas que estaban de luto ofrecían su sangre para regalo del alma del muerto, ¿qué decir de la ofrenda paralela de los cabellos? Se pudo haber creído que el espíritu de los muertos bebía la sangre que se le ofrecía, pero difícilmente podremos suponer que su hambre llegaba a extremos tales como el de llevarlo a devorar los cabellos. Sin embargo, es preciso recordar que, en opinión de algunos pueblos, los cabellos son asiento especial de las energías físicas de su dueño y que, por consiguiente, al cortárselos y brindárselos a los muertos se pudo haber supuesto que con ello se les ofrecía una fuente de energía no menos copiosa y cierta que la representada por la sangre que igualmente se les daba a beber. Si fuese así, resultaría inteligible el paralelismo que existe entre las costumbres funerales de hacerse cortes en el cuerpo y cortarse mechones de los cabellos. No obstante, las pruebas de que disponemos son demasiado escasas como para poder afirmar con seguridad que tal es el verdadero significado de esas prácticas.

Sin embargo, la revisión precedente confirma en la medida de lo posible la teoría de que la costumbre tan extendida de que los vivos se hiciesen cortes en la piel y se rapasen los cabellos con ocasión de la muerte de un pariente o amigo tenía por objeto originalmente complacer o beneficiar de alguna manera al espíritu de la persona fallecida; y por consiguiente, allí donde tales costumbres han predominado, se puede dar por demostrado que los pueblos que las observaban creían que el alma se-

guía viviendo después de haberse separado del cuerpo y deseaban mantener relaciones amistosas con ella. En otras palabras, la observancia de esos usos implica la propiciación o culto de los muertos. Dado que los hebreos, a lo que parece, se hacían desde muy antiguo incisiones en el cuerpo y se cortaban el pelo en honor de sus parientes y amigos fallecidos, podemos tranquilamente incluirlos entre los numerosos pueblos y naciones que en una época u otra han practicado el culto a los antepasados; culto que, entre todas las formas de religión primitiva, ha disfrutado probablemente de la más amplia popularidad y ha ejercido la más profunda influencia sobre el género humano. Probablemente se recordaba en Israel hasta casi finales de la monarquía la conexión existente entre esas costumbres funerales y el culto a los muertos, por lo que los reformadores religiosos de aquellos tiempos tenían más que sobrados motivos para prohibir la extravagante exhibición de dolor, que consideraban con justicia enraizada en las prácticas paganas.

XXVI. EL BUEY QUE ACORNEABA

En el Código de la Alianza, que es el más antiguo cuerpo de leyes incluido en el Pentateuco, se halla escrito que «cuando una res vacuna acorneare a un hombre o a una mujer que muriere, el animal será lapidado y no se comerá su carne; pero el dueño de la res será absuelto. Mas si el animal fuere acorneador de antiguo, y habiendo sido advertido el dueño no lo hubiere guardado y aquél matare a un hombre o una mujer, la res será lapidada y también su dueño será muerto». En el Códice Sacerdotal, muy posterior al de la Alianza, se expone mucho más extensamente la norma que regula el castigo aplicado a los animales homicidas, como parte de la ley general de la venganza de la sangre, que fue revelada por Dios a Noé después del Diluvio: «Pues en verdad yo pediré cuenta de vuestra sangre como de vuestra vida: de mano de cualquier animal la reclamaré y reclamaré asimismo de mano del hombre, de mano de su propio hermano, la vida del hombre. Quien vertiere la sangre del hombre, por medio del hombre será su sangre vertida».

El principio de la venganza de la sangre ha sido aplicado de la misma manera rigurosa por tribus salvajes; verdaderamente algunas de ellas han llevado el principio de la venganza aún más lejos, incluso con la destrucción de objetos inanimados que habían causado accidentalmente la muerte de seres humanos. Por ejemplo, los kookies o kukis de Chittagong, del noreste de la India, «igual que todos los pueblos salvajes, son de la naturaleza más vengativa; siempre se ha de derramar sangre a cambio de la sangre; incluso si un tigre mata a alguno de ellos, en las cercanías de un poblado, la tribu completa se levanta en armas y sale en persecución del animal; luego, si se alcanza a matarlo, la familia del hombre muerto celebra un festín con los restos

del animal, en venganza por haber matado éste a aquél. Y si la tribu no consigue dar muerte al animal durante esa primera partida generalizada de caza, la familia del fallecido está obligada a perseverar en la caza; pues hasta que haya matado al tigre culpable o a algún otro y celebrado un festín con sus despojos, los restantes habitantes del poblado les harán el vacío y los considerarán como extraños y ajenos al lugar. Igualmente, si un tigre mata a alguien en el transcurso de una partida de caza o a uno de los guerreros que participa en alguna expedición bélica, ninguno de los dos grupos puede regresar al poblado, cualquiera que haya sido el éxito que hayan tenido en lo tocante al objeto de su salida, sin haber dado muerte al tigre asesino, pues de lo contrario caerán en desgracia en el poblado y se rehuirá su compañía. Ejemplo aún más notable de ese rencoroso espíritu vengativo es el siguiente: si un hombre que caiga accidentalmente de un árbol pierde la vida en la caída, sus parientes se reúnen y derriban el árbol; y por muy grande y voluminoso que sea lo reducen a astillas, que luego esparcen a los cuatro vientos, por haber sido causa, como dicen ellos, de la muerte de un hermano».

Igualmente los aino o ainu, pueblo primitivo del Japón, se vengan del árbol del que haya caído uno de los suyos, en caso de que éste haya perdido la vida en el accidente. Cuando ocurre una desgracia semejante, «se enciende la cólera del pueblo, y todo el mundo declara la guerra al árbol. Se reúnen todos y se lleva a cabo una ceremonia que llaman *niokeush rorumbe*. Cuando se le interroga al respecto, un ainu dice: 'Si una persona subiere a un árbol y cayera de él y muriere, o si alguien cortase un árbol y éste le cayese encima y la matase, tal muerte será llamada *niokeush*, y se le atribuirá a la multitud de demonios que tienen su morada en las diversas partes del tronco y de las ramas y hojas. Por eso el pueblo deberá reunirse y abatir el árbol, y luego reducirlo a trozos pequeños que deberán ser diseminados a

los cuatro vientos. Pues a menos que se lleve a cabo su destrucción, el árbol seguirá siendo peligroso, a consecuencia de los demonios que continuarán habitándolo. Mas si el árbol es demasiado voluminoso y no resulta fácil dividirlo en trozos pequeños, se le abandona en el lugar en que ha caído, y se le marca con claridad, para evitar que nadie se acerque a él.'» Entre los aborígenes del oeste de Victoria, los parientes de un hombre muerto quemaban siempre la lanza u otra arma enemiga que lo hubiese matado. Igualmente algunos de los naturales del oeste de Australia solían quemar la punta de la lanza que hubiese matado a uno de los suyos; y explicaban la costumbre diciendo que el alma del hombre asesinado se adhería a la punta del arma que lo había matado y no podía abandonarla y partir hacia el país de los muertos hasta que aquella punta hubiese sido quemada. Si se ha cometido un asesinato entre los akikuyu, del África oriental británica, los ancianos o principales del poblado toman la lanza o espada con la que ha sido perpetrado el crimen, la golpean hasta que pierde el filo y luego la arrojan a una hoya profunda del río más cercano. Y dicen que si no procediesen de esa manera el arma seguiría siendo causante de muertes. Un autor que ha estudiado personalmente algunas de las tribus del África oriental británica nos dice al respecto que «se mira con horror y temor supersticioso al arma que haya causado la muerte de un ser humano. Por haber causado la muerte una vez, tendrá una tendencia maligna a llevar por siempre consigo la muerte. Por eso, entre los akikuyu y los atheraka, los ancianos le quitan el filo y la entierran. Los akamba proceden de manera diferente, más acorde con su espíritu industrioso. Entre ellos reina la creencia de que la flecha que haya matado a un hombre no perderá jamás su condición mortífera, pues el peligroso espíritu que la posee mora con su dueño. También el arco se halla poseído por el mismo espíritu, y por ello el mkamba (mkamba es el singular de akamba) que haya matado a alguien

con él, tratará de inducir a otro mediante engaños para que lo acepte. Al principio la flecha asesina se halla en manos de los parientes del muerto, que la arrancan de la herida y la esconden durante la noche en algún lugar cercano al poblado del que haya sido disparada. La gente del poblado la busca, y si la encuentra, o bien la devuelve al poblado de origen, o bien la deja en cualquier camino, con la esperanza de que pase alguien y la recoja y de que la maldición quede transferida a él. Pero la gente sabe ya de qué va la cosa y, por consiguiente, la mayoría de las veces la flecha se queda con su primer dueño».

En el código malayo de Malaca hay una sección que trata de los búfalos ariscos y del ganado vacuno en general, y en ella se ordena que «si el animal se hallare atado en la selva, en un lugar por el que la gente no acostumbre a pasar, y en él acorneare a alguien y le diere muerte, se le castigará igualmente con la muerte». Entre los toradja de habla bare'e, de las Célebes centrales, «la venganza de la sangre abarca también a los animales; se debe matar a un búfalo que haya dado muerte a un hombre». La cosa es bastante natural, pues «los toradja creen que un animal no se diferencia del hombre más que por su apariencia externa. Si el animal no puede hablar es porque su pico o su hocico son diferentes de la boca del hombre; si el animal camina a cuatro patas es porque sus manos (las patas delanteras) son diferentes a las manos del hombre; pero la naturaleza interna del animal es la misma que la del hombre. Si un cocodrilo da muerte a alguien, la familia de la víctima puede entonces matar un cocodrilo, es decir, el cocodrilo asesino o cualquier otro animal de esta clase; mas si se da muerte a más cocodrilos que hombres, el derecho a la venganza revierte a los cocodrilos, y esos animales podrán ejercer sin riesgo su derecho contra uno u otro miembro de la especie humana. Si no se le da a un perro la porción de caza que le corresponde, la próxima vez se negará a tomar parte en la expedición, porque se sentirá agraviado. Los

toradja son mucho más sensibles que nosotros en lo que respecta a los animales; en especial consideran muy peligroso el burlarse de un animal. Un toradja protestaría vivamente y anunciaría tormentas asoladoras y tempestades de agua si por ejemplo viese a alguien vestir a un mono con ropas de hombre. Y nadie puede reírse impunemente de un perro o de un gato». Entre los bogo, tribu de las regiones septentrionales de Abisinia, se condena a muerte al toro, la vaca o cualquier otra cabeza de ganado que haya dado muerte a un hombre.

A la entrada de un poblado ba-yaka, en el valle del río Congo, Torday vio una horca construida con tosquedad, de la que pendía el cadáver de un perro. Y le dijeron que el animal había sido ladrón notorio y que había tenido la costumbre de hacer incursiones mortíferas en el corral de las aves, y por ello se le había condenado a muerte y se le había colgado, para público escarmiento. Entre los árabes de la Arabia Pétrea, si un animal ha dado muerte a una persona, su dueño está obligado a deshacerse de él, expulsándolo de su compañía y persiguiéndolo a los gritos de «¡Sarnoso, sarnoso!». Y no puede volver a hacerse con el animal, so pena de tener que pagar el rescate de la sangre debido por el homicidio cometido por el bruto. En caso de que los causantes de una muerte humana hubiesen sido una oveja o una cabra de un rebaño, como por ejemplo en el caso de que hubiesen hecho resbalar por una pendiente pronunciada una gran piedra, y que no se supiese con certeza cuál había sido el animal en particular que había causado el desaguisado, habría que espantar y expulsar a todo el rebaño persiguiéndolo con los gritos de «¡Fuera, fuera, bichos sarnosos!».

En la antigüedad, otras naciones, además de la judía, tuvieron normas semejantes de justicia retributiva. En el *Zend-Avesta*, antiguo cuerpo de leyes de los persas, se halla escrito que si «el perro rabioso, o el que muerde sin haber ladrado, destroza una oveja o hiere a un hombre, el perro es responsable y deberá

pagar las consecuencias de su acto, como si se tratase de un asesinato intencionado. Si el perro destroza una oveja o hiere a una persona, se le cortará la oreja derecha. Si destroza otra oveja y vuelve a herir a otra persona, se le cortará la oreja izquierda. Si destrozare una tercera oveja o hiriese por tercera a una persona, se le cortará el pie derecho. Si destrozare por cuarta vez una oveja o hiriese por cuarta vez a una persona, se le cortará el pie izquierdo. Si destrozase por quinta vez una oveja o hiriere por quinta vez a una persona, se le cortará el rabo. Por consiguiente, deberán atarlo al poste; por los dos lados del collar deberán sujetarlo. Si así no lo hicieren, y el perro rabioso o el perro que muerde sin avisar, destrozare una oveja o hiriere a un hombre, lo pagará como si se tratase de un asesinato intencionado». Sin duda se admitirá que en esas disposiciones el legislador persa trata a los perros molestos con gran consideración, puesto que les ofrece nada menos que cinco ocasiones diferentes para reformar el carácter antes de aplicar al delincuente irrecuperable el castigo máximo impuesto por las leyes.

En Atenas, verdadero corazón de la civilización antigua en su época de máximo esplendor, había un tribunal especial dedicado exclusivamente a juzgar a los animales u objetos inanimados que hubiesen causado la muerte de seres humanos o que los hubiesen herido. El tribunal se reunía en la casa consistorial, es decir, en el lugar que hacía las veces de ella entre aquellas gentes (el *pritaneo*), y eran jueces nada menos que el rey titular de toda el Atica y los cuatro reyes titulares de las diversas tribus áticas. Dado que la municipalidad era probablemente el más antiguo centro político de Atenas, si exceptuamos el recinto de la Acrópolis, cuyos empinados riscos y ceñudos almenajes se levantaban inmediatamente detrás del tribunal, y dado que los reyes tribales titulares representaban a los antiguos monarcas que habían dominado la región durante centurias antes de que los habitantes del Atica hubiesen derribado la monarquía e

implantado la forma de gobierno republicana, nos hallamos autorizados a suponer que el tribunal establecido en aquel venerable edificio y presidido por jueces tan augustos era extraordinariamente antiguo; la naturaleza de los casos que eran sometidos a juicio ante él confirma la conclusión, ya que para encontrar costumbres paralelas a ellos hemos tenido que acudir a la tosca justicia de las tribus salvajes que viven en las junglas de la India, de África y de las Célebes. Los delincuentes que eran presentados ante aquel tribunal no eran hombres o mujeres, sino animales y objetos o proyectiles de piedra, madera o hierro que le habían caído a alguien sobre la cabeza y le habían roto el cráneo, cuando se desconocía la mano que los había lanzado. No sabemos que se les hacía a los animales hallados culpables; pero se nos da noticia de que los reyes tribales condenaban al exilio a los objetos inanimados que habían dado muerte a un hombre o una mujer al caerles sobre la cabeza. Todos los años se juzgaba por asesinato el hacha o el cuchillo que habían sido utilizados para degollar una res vacuna en la Acrópolis durante la fiesta dedicada a Zeus; los augustos jueces se sentaban detrás de la mesa del tribunal y juzgaban solemnemente el arma; y todos los años se le declaraba culpable y se le condenaba a ser arrojada al mar. Para poner en ridículo la afición de los atenienses a reunirse para juzgar a alguien o algo, el poeta cómico Aristófanes ha descrito en una de sus obras a un viejo medio loco sentado en un tribunal que juzgaba a un perro, con todas las formalidades legales, por haber robado y comido un queso. Quizá la idea de la famosa escena, que copió Racine en su única comedia *Les Plaideurs*, pudo habérsele ocurrido al poeta ateniense mientras vagaba un rato entre los espectadores que asistían a las sesiones del tribunal, y contemplaba con risa contenida el juicio llevado a cabo contra un delincuente de los géneros canino, bovino o asnal, cargados con la culpa de haber mordido, acorneado o pateado, o de haber asaltado de cual-

quier otra manera, con malicia y alevosía, a cualquier infeliz burgués de Atenas.

Por extraño que parezca, el gran filósofo del idealismo, Platón en persona, puso bajo el manto de su autoridad esas peregrinas reliquias de una jurisprudencia bárbara, con su propuesta de incluirlas en el cuerpo de leyes del estado ideal que imaginó hacia el fin de sus días. Sin embargo, es preciso confesar que cuando acometió la empresa de escribir *Las Leyes*, la trémula mano del anciano filósofo había perdido mucho de su habilidad, y que, a pesar de las grandes dimensiones de la tela en que se halla pintado su último cuadro, sus colores palidecen al lado del esplendor visionario de La República. Pocos libros muestran tan visiblemente impresas en sus páginas las señales de la decadencia del esplendor imaginativo de un genio que se halla en el declive que lo conducirá a la tumba. En esa su última obra, el sol de Platón brilla débilmente a través de las espesas nubes que se han amontonado con el crepúsculo. En el pasaje en el que el filósofo propone el establecimiento de procedimientos legales copiados de los de la municipalidad ateniense se lee lo siguiente: «Si una bestia de carga o cualquier otro animal diere muerte a una persona, exceptuando el caso en que el animal se halle compitiendo en uno de los espectáculos públicos, los parientes del muerto deberán denunciar al animal y acusarlo de asesinato; jueces serán aquellos magistrados públicos que los allegados al muerto quieran escoger; y si el animal fuere hallado culpable se le dará muerte y se arrojarán sus restos más allá de los límites del lugar. Mas si un objeto inanimado cualquiera, exceptuando el rayo o cualquier otro proyectil enviado por la mano de Dios, privare de la vida a un ser humano, ya fuere cayendo sobre él o porque él tropezare con el objeto en cuestión, el pariente más próximo del muerto hará expiación por sí mismo y por todos los suyos y nombrará juez a su más cercano vecino; y si el objeto fuere hallado culpable, se le arrojará al otro

lado de los límites de la ciudad, igual que ha sido determinado en el caso de los animales».

La denuncia de los objetos inanimados bajo la acusación de homicidio no era algo peculiar de la Atenas de la antigua Grecia. Una de las leyes de la isla de Tasos ordenaba que se llevase ante los tribunales cualquier objeto inanimado que habiendo caído sobre alguien le hubiere causado la muerte, y que en caso de que fuere declarado culpable se le arrojase al mar. Pues bien, en el centro de la ciudad de Tasos se levantaba la estatua de bronce de un luchador famoso llamado Teágenes, que en vida había ganado un número considerable de premios por sus peleas victoriosas en el ring, por lo que su memoria era grata a los ciudadanos, que lo tenían por uno de los más conspicuos representantes de las glorias locales. Y sucedió un día que un individuo de baja condición moral, que sentía alguna suerte de despecho hacia el fallecido luchador, se llegó a la estatua y le propinó varios fieros latigazos; como repitiese la operación una noche y otra noche, la estatua, que hasta entonces había soportado el ultraje con altivo silencio, se cansó al fin, e incapaz de soportar por más tiempo el indigno tratamiento se levantó de su asiento, y cayendo de plano, cuan larga era, sobre su cobarde asaltante, lo aplastó, matándolo. Mas los parientes del muerto no soportaron en silencio paciente lo ocurrido, sino que, haciendo uso del derecho que les reconocían las leyes, denunciaron a la estatua por asesinato y consiguieron que fuese hallada culpable, sentenciada y arrojada al mar. En la ciudad de Olimpia prevalecía una ley semejante, o, en todo caso se sentía un escrúpulo similar, en lo que se refería a las estatuas homicidas. En cierta ocasión, un niño se hallaba jugando entretenido entre las patas de un buey de bronce que se levantaba entre los muros del recinto sagrado, y sucedió que al ponerse de pie bruscamente la infeliz criatura se dio un solemne porrazo en la cabeza contra el insensible y broncíneo vientre de la bestia, del cual

porrazo quedó atontado y perdió la vida al cabo de no demasiados días. Entonces las autoridades de Olimpia acordaron sacar al buey fuera de los muros de la ciudad, por considerarlo culpable de asesinato premeditado; mas el oráculo de Delfos contemplaba el caso desde un punto de vista más benigno, y considerando que la estatua no había procedido con malicia culpable, consiguió se emitiese un veredicto de muerte accidental. Las autoridades lo aceptaron, y siguiendo las instrucciones dadas por el oráculo llevaron a cabo en honor del buey de bronce las solemnes ceremonias de purificación que eran costumbre en los casos de homicidio involuntario. Se dice también que cuando murió Escipión el Africano, una estatua de Apolo que había en Roma se sintió tan afligida que lloró durante tres días. Los romanos consideraron excesivo tanto dolor, por lo que siguiendo el consejo de los augures, hicieron trizas a la demasiado sensible escultura y arrojaron sus trozos al mar. Y tampoco en Roma se hallaban siempre los animales a salvo de la severidad de las leyes. Existía una norma o costumbre antigua que la tradición atribuía al reformador y legislador real Numa, según la cual si un hombre arrancaba con su arado algún mojón o hito, no sólo él, sino también el buey que le había ayudado y colaborado en la comisión del sacrilegio, eran entregados a la merced del dios de los mojones o de los límites, lo cual quiere decir, en otras palabras, que tanto él como sus bestias quedaban fuera de la protección de las leyes y cualquiera podía darles muerte con arreglo a su capricho, sin que por ello se le exigiese responsabilidad alguna.

Ideas semejantes y los actos basados en ellas no han estado siempre limitadas a las tribus salvajes y a los pueblos civilizados de la antigüedad pagana. Hasta fecha relativamente reciente, en el mismo continente europeo los animales inferiores eran considerados en determinados aspectos responsables ante las leyes. Los animales domésticos eran llevados ante los tribunales pe-

nales comunes y se los condenaba a muerte si eran hallados culpables. Los animales que no entraban en aquella categoría se hallaban bajo la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos y se les aplicaba el castigo del destierro o la muerte mediante los exorcismos y la excomunión. Y no se crea de ninguna manera que se trataba de penas ligeras, si hemos de creer a los que nos cuentan que san Patricio logró, mediante exorcismos, que los reptiles de Irlanda se arrojasen al mar o que se hiciesen de piedra; y que san Bernardo excomulgó a las moscas que le importunaban y con ello las hizo caer al suelo, muertas. La prerrogativa de llevar a los animales domésticos ante los tribunales se asentaba como sobre una roca en las leyes judías del Código de la Alianza. En todos los casos se nombraba abogados que se encargasen de la defensa de los animales, y los procedimientos, la vista de la causa, el pronunciamiento de la sentencia y su ejecución eran llevados a cabo con el más estricto respeto de las formalidades de la justicia y de la majestad de la ley. Las investigaciones de los estudiosos franceses de la antigüedad han puesto al descubierto las actas de noventa y dos procesos que fueron llevados ante los tribunales franceses desde el siglo XII al XVIII. La última de las víctimas que fue castigada en ese país bajo lo que podríamos llamar «actos providenciales judíos» fue una vaca, que el año del Señor de 1740 sufrió la pena máxima prevista por las leyes. Por otro lado, el título de las autoridades eclesiásticas para ejercer jurisdicción sobre los animales que viven en libertad y sobre bestezuelas, tales como las ratas, las langostas, los gusanos y así por el estilo, no era de ningún modo explicable, al menos a primera vista, con claridad perfecta y absoluta falta de ambigüedad a partir de las Sagradas Escrituras y, por consiguiente, tuvo que ser deducido de ellas siguiendo una cadena de razonamientos en la que los eslabones más adamantinos parecen haber sido los siguientes. En primer lugar, tenemos que Dios maldijo a la serpiente por haber engañado a Eva;

luego, que David maldijo al monte Guilboa, por causa de las muertes de Saúl y Jonatán, y, por último, que nuestro divino Salvador maldijo la higuera porque no tenía higos cuando no le correspondía, puesto que no era estación de esa fruta; de modo que se deduce claramente que la Iglesia católica tiene de igual manera poder y autoridad completos para exorcizar, excomulgar, anatematizar, execrar, maldecir y condenar a todo ser viviente y a toda criatura inanimada del universo sin excepción. Verdad es, no obstante, que algunos canonistas eruditos, hinchados de la vanidad de los conocimientos meramente humanos y de la filosofía mal llamada por ese nombre, se vanagloriaron de una serie de argumentos que a los entendimientos de individuos ordinarios no pueden por menos que parecer irrebatibles. Alegaron que la autoridad para juzgar y castigar una ofensa implica la existencia de un contrato, un pacto o una estipulación entre el poder supremo que formula las leyes y los individuos que se someten a ellas; que los animales inferiores, al estar desprovistos de inteligencia, no habían establecido nunca ninguno de tales contratos, pactos o estipulaciones, y que, por consiguiente, no se los podía castigar legalmente por actos que habían cometido sin tener conocimiento de las leyes. Argüían además que la Iglesia, si quería mostrarse justa, no podía proscribir a las mismas criaturas a las que rehusaba bautizar, y llamaban encarecidamente la atención sobre el precedente ofrecido por el arcángel san Miguel, que al luchar con Satanás por la posesión del cuerpo de Moisés no presentó ante ningún tribunal acusación alguna contra la Vieja Serpiente, sino que dejó que fuese el Señor quien la reprendiera. Sin embargo, todos esos sofismas y argucias, de fuerte sabor racionalista, no afectaron en nada el sólido bastión de la autoridad de las Escrituras y de los usos tradicionales en los que apoyaba la Iglesia su jurisdicción. Y por lo general el modo que tenía de ejercerlos era el siguiente:

Cuando los habitantes de una determinada zona sufrían a causa de las incursiones o de la excesiva abundancia de animales molestos o de insectos, presentaban queja contra los mencionados animales o insectos ante el tribunal eclesiástico conveniente, y el tribunal nombraba peritos para que comprobasen los daños e informasen acerca de ellos. A continuación se designaba de oficio a un abogado para que defendiese a los animales y Exhibiese las razones que hubiere para no dictar auto de comparecencia contra ellos. Tras eso, el tribunal los citaba por tres veces, y si no se presentaban para responder por sí mismos, se les juzgaba en rebeldía. A continuación, el tribunal pasaba notificación a los animales para advertirles que debían abandonar la zona en un plazo especificado, so pena de mandato bajo juramento solemne; y si no se marchaban en la fecha prevista o antes de ella, se les exorcizaba o conjuraba con la debida pompa. Mas a lo que parece los tribunales se mostraban muy remisos a llevar los asuntos hasta el extremo de la proclamación del destierro, y recurrían a todos los subterfugios y expedientes posibles para eludir, o al menos retrasar, la desagradable necesidad. Los motivos para que se dieran tantas largas al lanzamiento del eclesiástico rayo pudieron muy bien haber sido el solícito miramiento por los sentimientos de las criaturas que habrían de ser fulminadas por él; sin embargo, algunos escépticos afirmaban que las verdaderas razones eran el temor que se sentía a que los animales no hiciesen caso alguno de la condena y que en lugar de retirarse tras haber sido lanzado el anatema contra ellos, se mostrasen fértiles bajo sus efectos y se multiplicasen sin tasa, cosa que según se dice sucedió en algunos casos. Los abogados de los tribunales eclesiásticos no se hallaban preparados para negar que realmente hubiese tenido lugar tan poco natural multiplicación de las alimañas bajo los efectos de la excomunión, pero la atribuían, apoyándola en todos los argumentos de que podían disponer, a las tretas del dia-

blo, al cual, como sabemos por lo sucedido a Job, se le permite deambular por el mundo para mayor fastidio y molestia del género humano.

Por otro lado, los habitantes de la parroquia, los feligreses que se hallaban en retraso con respecto al pago de los diezmos, no podían esperar razonablemente que les alcanzasen los beneficios derivados de la maldición. De ahí que una de las lumbreras del foro tocante a esas materias hubiese escrito que la primera cosa que era preciso tener en cuenta cuando uno quería desembarazarse de la plaga de langosta, era acudir al templo y ponerse al día en el pago de los diezmos; y apoyaba tan saludable doctrina en la gran autoridad del profeta Malaquías, que representa a la divinidad reprochando en los términos más severos a los judíos que se han retrasado en el pago de lo debido a los sacerdotes del templo, pintando con los más atractivos colores las bendiciones que hará llover sobre ellos si se animan a pagar, y empeñando su palabra de que tan pronto hubiese recibido lo que se le adeudaba destruiría las langostas que devoraban las cosechas. La urgencia de la llamada a la piedad de los devotos para que aflojasen el cordón de sus bolsas nos hace pensar en el bajísimo nivel a que debían hallarse los fondos del templo en los tiempos del profeta. Su conmovedora exhortación pudo haber proporcionado el texto de los elocuentes sermones predicados en circunstancias similares desde más de un púlpito durante la Edad Media.

Y ya basta con lo dicho acerca de los principios generales en los que se apoyaba el juicio y condena antiguos de los animales en Europa. Unos pocos ejemplos de esos casos, tanto civiles como eclesiásticos, nos ayudarán a poner en el lugar debido la sagacidad de nuestros antepasados, ya que no a aumentar el respeto que sintamos por la majestad de la ley.

Un pleito que enfrentó a los habitantes del municipio de St. Julien con un insecto de la familia de los coleópteros, insec-

to que en la actualidad llaman *Rhynchites auratus* los naturalistas, duró con intervalos brillantes más de cuarenta y dos años. Por último, los habitantes, cansados del largo proceso, propusieron se estableciese un compromiso, por el cual se renunciaba a perpetuidad en favor de los insectos a un trozo fértil de terreno, que se les adjudicaba para su uso único y exclusivo. El abogado de los animales interpuso objeción a la propuesta, que habría restringido excesivamente la natural libertad de sus clientes; mas el tribunal, denegando la objeción, nombró asesores para que examinasen las tierras ofrecidas, y como las hallasen convenientemente provistas de arboleda y de agua y en todos los aspectos adecuadas para ser habitadas por los insectos, las autoridades eclesiásticas ordenaron se transcribiese en la forma legal debida el título traslativo de dominio y que se ejecutase. Las gentes suspiraron aliviadas al contemplar próximo el feliz desenlace del asunto que los libraría a un tiempo de los molestos insectos y del no menos fastidioso pleito; pero su alegría se mostró demasiado prematura. Las indagaciones llevadas a cabo pusieron al descubierto el triste hecho de que en los terrenos graciosamente cedidos a los insectos existía una mina o cantera de tierra de ocre, utilizada como pigmento, y aunque hacía ya tiempo que la cantera se hallaba agotada y que ya no quedaba en ella un solo grano de lo que había justificado su apertura, había un individuo que poseía un antiguo derecho de tránsito por ella, derecho que no podría seguir ejerciendo sin causar innumerables molestias a los nuevos propietarios, sin contar el riesgo a sufrir daños corporales a que se expondrían éstos, como, por ejemplo, el de morir aplastados por la planta desconsiderada de algún caminante distraído. El obstáculo resultó fatal; se invalidó la sentencia, y de nuevo comenzó todo el proceso. Cómo o cuándo terminó es cosa que quizás nunca llegaremos a saber, porque el documento que lo recoge se halla incompleto. Lo que se sabe de cierto es que el pleito comenzó

el año 1445, y que aún duraba, el mismo u otro igual a él, en el año 1487; de lo que podemos deducir con grandes probabilidades de estar acertados que las gentes de St. Julien no obtuvieron reparación y que los insectos coleópteros siguieron siendo dueños del campo de batalla.

Otro proceso llevado a cabo contra las ratas de la diócesis de Autun, a comienzos del siglo XVI, adquirió gran notoriedad por el papel desempeñado en él por el señor Bartolomé de Chasseneux, o Chassenée, como se le conoce más generalmente, abogado y jurisconsulto famoso, que ha sido llamado el Carbón de Francia, y que puso los cimientos de su fama en esa ocasión, con su brillante defensa de las ratas. Sucedió que las ratas habían causado grandes estragos en las cosechas y habían devorado la casi totalidad de los cultivos de una considerable extensión de la Borgoña. Los habitantes entablaron querella y se citó a las ratas para que comparecieran ante los tribunales y respondiesen a los cargos. Se hizo la citación de forma perfectamente regular: para impedir cualquier posible error se describía en ella a los demandados como animales inmundos, de color grisáceo, que vivían en agujeros, y fue publicada de la manera usual por un funcionario del tribunal, que la leyó en voz alta en los lugares más frecuentados por las ratas. A pesar de todo, el día fijado para la comparecencia, las ratas no se presentaron ante el tribunal. En representación de sus clientes, su abogado alegó que las notificaciones habían tenido carácter muy individual y local, y que dado que él asunto afectaba a todas las ratas de la diócesis, había que volver a notificarlas a todas, sin olvidar ningún rincón de la zona. Habiéndosele reconocido el alegato, se ordenó a los curas de las parroquias de la diócesis que emplazasen a las ratas para un día determinado. Como llegado el día no se hubiese presentado rata alguna ante el tribunal, Chasseneux alegó que dado que la convocatoria afectaba a la totalidad de sus clientes, jóvenes y viejos, enfermos y sanos, eran ne-

cesarios grandes preparativos y había que llevar a cabo determinadas disposiciones, por lo que solicitaba se les concediese a sus defendidos una prórroga de tiempo. Se le concedió lo que pedía y se fijó otro día para la comparecencia; sin embargo, tampoco entonces se presentó rata alguna. Su abogado ahora objetó contra la legalidad de las notificaciones bajo determinadas circunstancias. Una notificación de aquel tribunal, arguyó con gran plausibilidad, implicaba un salvoconducto para las partes notificadas, tanto en el camino de ida hacia los tribunales como en el de regreso al hogar; pero sus clientes, las ratas, aunque deseosas de presentarse ante el tribunal en obediencia a las notificaciones, no se atrevían a asomarse fuera de sus agujeros, amenazadas como estaban sus vidas por los numerosos y mal intencionados gatos de que disponía la parte contraria. «Hágase que la parte demandante —prosiguió Chasseneux— se comprometa, bajo graves penas pecuniarias, a evitar que sus gatos molesten a mis clientes y las notificaciones serán inmediatamente obedecidas». El tribunal reconoció la validez de la alegación, pero los demandantes se negaron a hacerse responsables de la conducta de sus gatos, de modo que la fecha de comparecencia de las ratas ante el tribunal fue pospuesta *sine die*.

Otro ejemplo. En 1519 el municipio de Stelvio, en el Tirol, entabló proceso criminal contra los topos o ratas de los campos (*lutmäuse*), que causaban daños en las cosechas, «pues dejaban las tierras llenas de agujeros y de madrigueras, de modo que impedían el crecimiento de la hierba y de cualquier otro vegetal». Mas, «a fin de que las dichas ratas queden en disposición de dar cuenta de su conducta con el alegato de sus exigencias y de sus necesidades», se encargó su defensa a un abogado, Hans Grienebner de nombre, «con el propósito de que no tengan nada de qué quejarse con respecto a estos procedimientos». El abogado que representaba a la parte demandante era Schwarz

Minig, y las pruebas que ofreció por boca de numerosos testigos demostraron, sin lugar a dudas, la realidad de los graves daños inferidos por los demandados en los campos de los querellantes. El abogado defensor trató, como era su deber, de sacar el mejor provecho posible de un caso perdido por parte de sus representados. Alegó en su favor los muchos beneficios que habían supuesto para la comunidad, y en especial a los cultivos, con la destrucción de insectos y larvas perjudiciales y con la remoción y fertilización de las tierras, y terminó el alegato expresando la esperanza de que en caso de que sus clientes perdiesen el pleito y fuesen sentenciados al abandono de sus actuales residencias, se les asignaría otro lugar adecuado para vivir. Además, pidió, como cosa de la más elemental justicia, se les concediese salvoconducto que los garantizase contra los daños que pudiesen provenir de perros, gatos o cualesquiera otros enemigos. El juez reconoció lo razonable de esta última demanda y haciendo gala de gran humanidad, no sólo concedió el salvoconducto pedido, sino que también dio un plazo ampliado de catorce días más en beneficio de aquellas ratas que pudiesen hallarse por entonces preñadas o bajo la carga de hijos de corta edad.

Aún más. En el año 1478 las autoridades de Berna entablaron proceso legal contra la especie de sabandija conocida popularmente con el nombre de *inger*, que parece haber sido un insecto coleóptero del género *Brychus*, y acerca del cual se nos informa, y es cosa que podemos creer con facilidad, que ni un único ejemplar había sido descubierto en el arca de Noé. El caso llegó ante el obispo de Lausanne, y se arrastró durante mucho tiempo. Los acusados, que habían demostrado resultar muy destructivos para campos, prados y huertos, fueron notificados de la manera acostumbrada para que compareciesen y respondiesen de su conducta; su abogado se encargó de hacerles llegar la notificación, y según ella habrían de presentarse ante Su Se-

ñoría el obispo de Lausanne, en Wifflisburgo, al sexto día después de la notificación, a la una de la tarde en punto. Mas los insectos dieron oídos sordos a la convocatoria, y su abogado, un tal Jean Perrodet, de Friburgo, parece haber desplegado no poca habilidad y energías en defensa de sus clientes. En todo caso la sentencia les fue desfavorable, y el rayo eclesiástico fue arrojado sobre sus cabezas en los siguientes términos: «Nos, Benedicto de Montferrand, obispo de Lausanne, etc., habiendo atendido los ruegos de los muy altos y poderoso señores de Berna contra el *inger* y la fútil e inadmisible respuesta de éste, y habiéndonos fortificado para la ocasión ante el Señor Crucificado y teniendo presente el santo temor de Dios, único de quien son justos todos los juicios, y habiendo sido asesorados en esta causa por un consejo de hombres versados en las leyes, reconocemos, por tanto, y confesamos en este escrito de nuestra mano que la querella contra la detestable sabandija e *inger*, que son dañinas para las hierbas, para los viñedos, los prados, los granos y demás frutos, es válida, y ordenamos que se los exorcice en la persona de Jean Perrodet, su abogado. En conformidad con esto descargamos sobre ellos el peso de nuestra maldición y condena y les ordenamos obediencia y los anatematizamos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para que abandonen campos, tierras, cercados, simientes, frutos y cosechas y dejen la región. En virtud de la misma sentencia os declaro y afirmo excomulgados y desterrados, y por el poder de Dios Todopoderoso seréis llamados malditos y vuestro número decrecerá de día en día, dondequiera que vayáis, a fin de que ninguno de vosotros quede vivo si no es para el servicio y provecho del hombre». Las gentes de la zona habían esperado el veredicto con gran ansiedad y habían recibido con júbilo alborozado la sentencia. Pero su alegría tuvo corta duración, pues por extraño que parezca los contumaces insectos desafiaron aparentemente la condena eclesiástica, y se dice que si-

guieron causando daños entre los habitantes de Berna y atormentándolos por sus pecados, hasta que los pecadores echaron mano del remedio acostumbrado, penoso pero eficaz, de pagar los diezmos.

En el siglo XIII, los habitantes de Coire, capital del cantón de los Grisones, en Suiza, pleitearon contra los insectos coleópteros de color verde oscuro llamados cantáridas, en el electorado de Maguncia. El juez ante el que fueron citados, movido a la piedad por lo diminuto de sus cuerpos y por su juventud extremada, les concedió un protector y abogado, que habló en su favor y consiguió se les diese un trozo de tierra al que fueron desterrados. «Y hasta hoy —añade el historiador—, ha sido respetada la costumbre en la debida forma; todos los años se guarda para la cantáridas un determinado trozo de terreno, y en él se reúnen ellas, y a ningún hombre causan molestias».

Otro caso más. En un proceso contra las sanguijuelas, llevado a cabo en Lausanne, en 1451, se llevó a presencia del tribunal a unos pocos ejemplares de los animalitos, para que escuchasen la sentencia pronunciada contra ellos, sentencia que los condenaba a abandonar la zona en el plazo de tres días. Mas dado que los bichos se mostraron contumaces y no quisieron obedecer la orden de destierro, se les exorcizó con la debida solemnidad. Pero la forma de exorcismo adoptada en esa ocasión difería ligeramente de una que era usada de ordinario, de modo que algunos canonistas la criticaron acerbamente mientras otros tomaron con ardor su defensa. Los doctores de Heidelberg, en particular, entonces centro famoso de estudios, no sólo expresaron su entera y unánime aprobación del exorcismo, sino que impusieron también silencio a todos los impertinentes entrometidos que se atrevían a hablar en contra de él. Y aunque reconocían cándidamente que se desviaba algo de la fórmula establecida y utilizada en tales casos, llamaban triunfalmente la atención sobre su eficacia, demostrada por los resultados con-

seguidos, pues inmediatamente después de publicada la sentencia las sanguijuelas habían comenzado a morir a diario, hasta que se hallaron exterminadas por completo.

Entre las plagas animales contra las que se abrió proceso, la de las orugas parece haber sido una de las más frecuentes. El año 1516 los habitantes de Villenose entablaron querella contra esos destructivos insectos, y el caso fue llevado ante el preboste de Troyes, que al pronunciar la sentencia advirtió a las orugas se retirasen en el plazo de seis días de los viñedos y tierras de Villenose, y los amenazó de solemne maldición y condena caso de que dejasen de obedecer la advertencia. En el siglo XVII, los habitantes de Strambino, lugar del Piamonte, sufrían daño considerable causado por las orugas, a las que ellos llaman *gatte*, que destrozaban los viñedos. Cuando la plaga duraba ya varios años y los remedios usuales consistentes en plegarias, procesiones, bendición de los campos y así por el estilo habían demostrado su ineficacia para acabar con ella, el alguacil notificó con las debidas formalidades a los insectos la orden de que compareciesen ante el podestá o alcalde para responder a los cargos que habían sido presentados contra ellos como consecuencia de los daños que causaban a los cultivos en toda la zona. Se celebró la vista de la causa el año 1633, y en los archivos municipales de Strambino aún se conservan los documentos del pleito. He aquí la traducción de la notificación de comparecencia presentada contra los animales.

> «En el año del Señor de 1633, a 14 de febrero, ante la presencia del Ilustrísimo señor Girolamo di San Martino, y de los señores Matteo Reno, G. M. Barberis y G. Merlo, cónsules de Strambino, en representación de todos. Puesto que por varios años en el mes de marzo y durante la primavera de cada año ciertos animalitos aparecen bajo la forma de gusanos, llamados *gatte*, los cuales gusanos, desde el mismo momento de su nacimiento roen y devoran las ramas y los brotes de las viñas de las tierras de los dichos señores y también de las gentes comunes. Y dado que todo poder viene de Dios, a quien todas las criaturas deben obediencia, incluso las irracionales, y que todas acuden en busca de recurso a la justicia temporal cuando ningún otro remedio humano se muestra eficaz. Apela-

mos, por consiguiente, en esta emergencia ante Vuestra Excelencia, en contra de aquellos dañinos animales, para que sean forzados a desistir de sus condenables acciones y abandonar los viñedos, y para que se los convoque a comparecer ante el tribunal para dar cuenta de los motivos que podrían tener para no abandonar las dichas prácticas destructivas, bajo pena de expulsión de la zona y confiscación de bienes. Y para que se proclame en voz alta y públicamente la declaración de ejecución, y se exponga en el mismo tribunal una copia de ella.

»Dado que habiendo sido probadas todas esas cosas, ha ordenado el Señor Podestá a los dichos culpables animales que comparezcan ante el tribunal para exponer los motivos que los inducirían a no desistir de los daños previamente mencionados. Nos, Girolamo di San Martino, Podestá de Strambino, con los aquí presentes, conminamos y ordenamos judicialmente a los animales llamados *gatte* para que el día cinco de los corrientes comparezcan ante Nos y expongan las causas que los llevarían a no desistir de sus actos delictivos, bajo pena de expulsión y confinamiento en un lugar determinado. Declaramos se ejecute lo presente mediante publicación y la exposición de una copia en el mismo tribunal, para que sea válida a partir del 14 de febrero de 1633.

Firmado: San Martino (Podestá)».

En la vecina provincia de Saboya, a partir del siglo XVI, «existía una costumbre muy curiosa y antigua, por la cual las orugas que causaban daños graves a los cultivos, así como otros insectos, eran excomulgados por los sacerdotes. Los curas acudían a los devastados campos en compañía de dos abogados, uno en representación de los insectos, el otro en representación de la parte contraria. El primero argüía que puesto que Dios había creado los animales, y entre ellos los insectos, antes de haber creado al hombre, los primeros tenían derecho preferente al producto de los campos; el segundo contraatacaba diciendo que era tanto el daño causado a las cosechas que los campesinos no podían pasar por alto la destrucción, incluso si los insectos tenían derecho de preferencia. Tras un juicio muy prolijo, los insectos eran excomulgados por el sacerdote, que les ordenaba permaneciesen en un trozo de terreno que se les concedía, y que no saliesen de sus límites».

La costumbre de proceder legalmente contra bichos perjudiciales existía aun durante la primera mitad del siglo XVIII, y la Iglesia se encargó de trasplantarla al Nuevo Mundo. En el año

1713, los hermanos franciscanos de la provincia de Piedade, perteneciente al estado brasileño de Marañón, denunciaron a las hormigas de la región, porque los minúsculos animales se habían abierto camino traidoramente bajo los cimientos de su monasterio y habían penetrado en las bodegas de los dichos hermanos, con lo cual habían socavado los muros del edificio y amenazaban con su total ruina. Y no contentas con minar tan insidiosamente los cimientos del sagrado edificio, las dichas hormigas habían entrado además subrepticiamente en la despensa, y se habían llevado la harina destinada al consumo de los hermanos. Cosa absolutamente intolerable y que no había de ser sufrida bajo ningún concepto, por lo que tras haber sido aplicados otros remedios sin haber obtenido resultado positivo alguno, uno de los frailes expuso la Opinión de que, volviendo al espíritu de humildad y simplicidad que había sido característica tan eminente del seráfico fundador de la Orden, el cual había llamado a todas las criaturas sus hermanos o hermanas, tales como el hermano Sol, la hermana Luna, el hermano Lobo, la hermana Golondrina y así sucesivamente, se debía presentar querella contra las hermanas hormigas ante el tribunal de la divina Providencia, y se debía nombrar abogados que representasen a las partes querellante y querellada, y también que el obispo, como representante de la justicia suprema, debía juzgar el caso y emitir sentencia.

La sabia propuesta fue aprobada, y tras haber sido adoptadas las disposiciones necesarias para la celebración del juicio, el abogado de la parte demandante presentó la denuncia. Una vez que el representante de los demandados acusó recibo de ella, el de los demandantes abrió el caso y presentó motivos justificativos de la protección que sus representados exigían por parte de las leyes. Mostró que sus virtuosos clientes, los frailes, vivían de la caridad pública y mendigaban el sustento entre los fieles con grandes trabajos e incomodidades; mientras que las hormigas,

cuyas costumbres morales y norma de vida eran abiertamente contrarias a los preceptos evangélicos, y habían sido por eso miradas con horror por el mismo san Francisco, fundador de la Orden, subsistían gracias al pillaje y el engaño, puesto que no satisfechas con el producto de sus mezquinos robos trataban con franca violencia de hacer que todo el edificio se desplomase sobre las coronillas de sus víctimas, los hermanos. Por consiguiente, se conminaba a los acusados para que presentaran los motivos que justificasen su conducta; y se solicitaba que en caso de que se negasen a hacerlo se los sentenciase a la máxima pena prevista por las leyes, a saber, que se les diese muerte por medio de algún género de enfermedad o por la acción de alguna inundación, o en todo caso que no se dejase ni uno solo con vida en toda la zona.

Por su parte el abogado de la parte contraria, las hormigas, arguyó que habiendo recibido del Supremo Hacedor el don de la vida, estaban obligadas por ley natural a preservarla, ayudándose para ello de los instintos naturales implantados en ellas; que al obedecer a esos instintos servían a la Divina Providencia, con el ejemplo de prudencia, caridad, piedad y demás virtudes que daban a los hombres; y que para probarlo aducía y citaba tales y cuales conocidos pasajes sacados de las Sagradas Escrituras, de san Jerónimo, del abad Absalón e incluso de Plinio; que las hormigas trabajaban mucho más duramente que los frailes, pues los pesos que transportaban excedían frecuentemente con mucho al peso y volumen propios, y sus ánimos excedían también a sus fuerzas; que a los ojos del Creador los mismos hombres no eran más que gusanos; que sus clientes se hallaban en posesión del terreno mucho antes de que los querellantes hubiesen llegado y se hubiesen establecido en el; que, por consiguiente, los frailes y no las hormigas deberían ser expulsados de unas tierras a las que no tenían otro derecho que el derivado de un acto de usurpación, y finalmente que los de-

mandantes debían defender sus viviendas y alimentos por medios humanos, a lo que los demandados no se opondrían, mientras éstos, los demandados, continuaban con su modo de vida habitual, obedeciendo las leyes que les imponía la naturaleza y recreándose en la libertad de la tierra, tanto más cuanto que la tierra no pertenece a los demandantes, sino al Señor, pues se ha dicho que «la tierra es del Señor, y los frutos de ella».

A esa respuesta siguieron réplicas y contrarréplicas, en el curso de las cuales el abogado de la parte acusadora se vio obligado a admitir que en el debate había cambiado mucho la opinión que tenía acerca de la culpabilidad de los acusados. Total, que el juez, después de haber considerado detenidamente las pruebas presentadas, sentenció que los frailes deberían señalar un terreno de las proximidades conveniente para la habitación de las hormigas, y que los insectos deberían trasladarse inmediatamente a su nueva residencia bajo pena de sufrir la mayor de las excomuniones. Mediante tal acuerdo, observó el juez, ambas partes quedarían satisfechas y reconciliadas; pues las hormigas debían tener presente que los frailes habían venido al lugar para sembrar la semilla del Evangelio, mientras que las hormigas podían ganarse la vida fácilmente en cualquier otro lugar e incluso con menos trabajos y fatigas. Habiendo sido pronunciada tal sentencia con judicial gravedad, se escogió a uno de los frailes para que la hiciese llegar a conocimiento de las hormigas, cosa que él hizo leyéndola en voz alta al pie de los hormigueros. Los insectos la aceptaron lealmente, y se pudo ver cómo abandonaban apresuradamente en largas columnas sus madrigueras y se dirigían en línea recta a los terrenos que se les había señalado como residencia.

Aún más. En el año 1733 las ratas y ratones se hicieron muy molestos en el pueblo y tierras de Bouranton. Los había a montones en las casas y graneros y causaban grandes destrozos en campos y viñedos. Por consiguiente, los habitantes del lugar

entablaron pleito contra las alimañas y se vio la causa ante el juez Louis Gublin el 17 de septiembre de 1733. Los acusadores estaban representados por el procurador fiscal, y los acusados por un tal Nicolás Gublin, que defendió a sus clientes diciendo que también ellos eran criaturas de Dios y que tenían derecho a la vida, por tanto. A lo que el abogado de la acusación replicó que de ninguna manera quería él ser un obstáculo en el curso de la vida de los dichos animales, sino que, al contrario, estaba dispuesto a señalarles un lugar al que pudiesen retirarse y establecer en él su morada. El defensor de los ratones y ratas pidió entonces se le concediesen tres días de plazo para que sus clientes pudiesen llevar a cabo el traslado. Habiendo escuchado a ambas partes, el juez resumió lo dicho y pronunció sentencia. Dijo que tomando en consideración los grandes daños causados por los dichos animales, los condenaba a retirarse en el término de tres días de las casas, graneros, campos cultivados y viñedos de Bouranton; no obstante, les dejaba en libertad para que si lo juzgaban conveniente se trasladasen a los lugares desérticos, a los terrenos no cultivados y a los caminos, siempre que de ninguna manera hiciesen daños en los campos, casas y graneros; de lo contrario se vería obligado a recurrir a Dios por medio de la censura de la Iglesia y la excomunión que había de pronunciarse contra ellos. La sentencia, transcrita en debida forma, fue firmada de propia mano por el juez, Louis Gublin.

Resulta fácil de entender que en tales casos se encomendase la ejecución de la sentencia a las autoridades eclesiásticas antes que a las autoridades civiles. No era físicamente posible que un verdugo corriente, por muy robusto, dedicado y activo que fuese, colgase, decapitase o ejecutase por cualquier otro medio a la totalidad de las ratas, ratones, hormigas, moscas, mosquitos, gusanos y demás alimañas de toda una zona; mas lo que es imposible para el hombre no lo es de ninguna manera para Dios, ante quien incluso lo más imposible es fácil, de modo que re-

sultaba lógico y razonable dejar que los ministros de Dios se las entendiesen con un problema que excedía con mucho de la capacidad de un magistrado civil y de su auxiliar el verdugo. Por otro lado, cuando los culpables no eran los animales libres, sino los domésticos, el problema de habérselas con ellos resultaba mucho más sencillo y se hallaba sin duda dentro de las capacidades del poder civil. En tales casos, por tanto, la justicia seguía su curso ordinario; no había la menor dificultad para arrestar a los criminales y para llevarlos, tras un juicio justo, a la horca, al tajo o a la hoguera. Ese es el motivo de que en aquellos tiempos las alimañas recibiesen la atención eclesiástica, mientras que los animales domésticos tenían que someterse al rigor del brazo secular.

Por ejemplo, una cerda y su camada de seis cerditos, propiedad de un tal Jehan Bailli, alias Valot, fueron procesados en Savigny, el año 1457, bajo la acusación de «haber cometido asesinato y homicidio en la persona de Jehan Martin, de cinco años de edad, hijo de Jehan Martin, del dicho Savigny». Tras haber examinado a conciencia las pruebas presentadas, el juez dictó sentencia ordenando que «la cerda de Jehan Bailli, alias Valot, en virtud del asesinato y homicidio cometido y perpetrado por la dicha cerda en la persona de Jehan Martin de Savigny, sea confiscada y entregada a la justicia de *madame* de Savigny para que sufra la pena máxima prevista por las leyes y se la cuelgue por los cuartos traseros de un árbol inclinado». La sentencia fue ejecutada; pues en el expediente referente al caso, que aún se conserva, se dice que: «Nos, Nicolas Quaroillon, juez antes mencionado, ponemos en conocimiento de todos que inmediatamente después de los antedichos procedimientos, de hecho y verdaderamente, entregamos la dicha cerda al señor Etienne Poinceau, agente del tribunal superior de justicia y residente en Chalons-sur-Saone, para que fuese ejecutada de acuerdo y según la forma y tenor de nuestra dicha sentencia, la

cual entrega de la dicha cerda habiendo sido hecha por nos, como ha quedado dicho, inmediatamente el dicho señor Etienne condujo en una carreta la dicha cerda hasta un árbol curvado situado en el término judicial de la dicha *madame* de Savigny, y en ese árbol inclinado el señor Etienne colgó a la dicha cerda por los cuartos traseros y ejecutó nuestra dicha sentencia de acuerdo con su forma y tenor». En cuanto a los seis cerditos, aunque se los halló manchados de sangre, «dado que de ninguna manera pareció que los dichos cerditos hubiesen devorado al dicho Jehan Martin», se postergó la causa, después de que su dueño hubo dado fianza de que los traería a presencia del tribunal caso de que apareciesen nuevas pruebas que los acusasen y demostrasen que habían contribuido con su homicida madre a devorar al dicho Jehan Martin. Al abrir de nuevo el caso, y como no hubiese nuevas pruebas que los acusasen y su dueño se negase a aceptar la responsabilidad de la conducta posterior de los encausados, el juez sentenció que «los cerditos pertenecen y corresponden como bienes sin dueño a la dicha *madame* de Savigny y se los adjudicamos como mandan la razón, los usos y las costumbres del país».

Aún más. En el año 1386, una cerda le desgarró el rostro y un brazo a un muchacho de Falaise, localidad de Normandía, y de acuerdo con la ley del Talión, es decir, ojo por ojo, diente por diente, se la condenó a ser mutilada de la misma manera y colgada a continuación. La criminal fue conducida al lugar de la ejecución ataviada con chaleco, guantes y un par de calzoncillos y cubierto el rostro con una máscara humana para que su semejanza con un delincuente ordinario fuese completa. La ejecución costó diez sueldos, diez ochavos y un par de guantes entregados al verdugo para que no se manchase las manos al llevar a cabo sus deberes profesionales. En ocasiones la ejecución de animales resultaba mucho más cara. He aquí la cuenta

de la ejecución de una cerda que había devorado a un niño en Meulan, localidad próxima a París, el año 1403:

> «Gastos acarreados por el animal durante su estancia en prisión, seis sueldos.
>
> *Item*. Al verdugo, que vino de París a Meulan para llevar a cabo la dicha ejecución por encargo y orden del alguacil y del procurador del rey, 54 sueldos.
>
> *Item*. Al dueño de una carreta por llevar la cerda al lugar de la ejecución, seis sueldos.
>
> *Item*. Por las cuerdas para atarla y sujetarla, dos sueldos, ocho ochavos.
>
> *Item*. Por un par de guantes, dos ochavos».

En 1266 se quemó en Fontenay-aux Roses, lugar cercano a París, una cerda por haber devorado a un niño; la orden de ejecución fue dada por los funcionarios de justicia del monasterio de santa Genoveva.

Sin embargo, aunque parezca que las cerdas sufrieron con frecuencia la pena máxima prevista por las leyes, no fueron ellas los únicos animales que tuvieron ese destino. En 1389 se procesó en Dijon a un caballo, de acuerdo con los informes dados por los magistrados de Montbar, y fue condenado a muerte por haber matado a un hombre. Igualmente, en el año 1499, las autoridades de la abadía cisterciense de Beaupré, próxima a Beauvais, condenaron a un toro «a la horca, incluso hasta darle muerte», porque «había matado en un arranque de furia a un joven muchacho de unos catorce o quince años de edad en el señorío de Cauroy, dependiente de esta abadía». En otra ocasión, un granjero de Moisy, el año 1314, dejó escapar un toro furioso. El animal corneó a un hombre tan gravemente que le causó la muerte al cabo de unas pocas horas. Habiendo tenido noticia del accidente, Charles, conde de Valois, ordenó se detuviese al toro y se le llevase a juicio. Lo cual fue hecho en consecuencia. Los funcionarios del conde recogieron toda la información necesaria, recibieron las declaraciones de los testigos y demostraron la culpabilidad del toro, que fue, por tanto, condenado a muerte y colgado en la horca de Moisy-le-Temple.

Más tarde se presentó ante el Parlamento apelación contra la sentencia dictada por los magistrados del conde, pero el Parlamento la rechazó y dijo que el toro había recibido lo que se merecía, aunque el conde se había excedido en sus derechos al mezclarse en el asunto. En fecha tan próxima a nosotros como la de 1697 fue quemada en la hoguera una yegua por decreto del Parlamento de Aix.

En Basilea, el año 1474, se juzgó y condenó a un gallo viejo por el delito de haber puesto un huevo. El abogado de la acusación demostró que los huevos de gallo tenían valor incalculable para la preparación de ciertas pociones mágicas; que un brujo prefería hallarse en posesión de un huevo de gallo antes que ser dueño de la mismísima piedra filosofal; y que en los países donde reina el paganismo Satanás hace que las brujas empollen los dichos huevos, de los cuales nacen animales extremadamente dañinos para los cristianos. Tales hechos resultaban demasiado patentes y notorios para que se los pudiera rebatir, de modo que el abogado del animal prisionero no intentó siquiera discutirlos. Admitiendo en su totalidad lo dicho por su honorable colega, él preguntaba qué intención maligna se había probado tuviese su cliente al ejecutar el simple acto de poner un huevo. ¿Qué daños había causado a ningún animal o persona con su acto? Además, argüía, el poner un huevo es un acto involuntario y, por consiguiente, no cae bajo el alcance de las leyes. En cuanto a la acusación de hechicería, si se la presentaba contra su cliente, la rechazaba él de plano y desafiaba a la acusación para que citase un único caso en el que Satanás hubiese establecido algún pacto con un miembro de la especie de las bestias. El ministerio público replicó alegando que si bien el diablo no hacía tratos con las bestias, entraba a veces en ellas, y para confirmarlo citaba el conocido caso de los cerdos de Gadarene, y llamaba encarecidamente la atención sobre el hecho de que aquellos animales, aunque poseídos por los demonios y,

por consiguiente, instrumentos involuntarios de ellos, como lo había sido el acusado en el momento de poner el huevo, habían sido castigados severamente, pues se les había hecho precipitarse por una pendiente pronunciada a las aguas del lago, donde habían perecido. Precedente tan notable produjo a lo que parece profunda impresión en el tribunal; en todo caso, el gallo fue condenado a muerte, no tanto en su condición de gallo, como en la de brujo o diablo que había tomado la forma del ave; y ésta y el huevo que en mala hora había puesto fueron quemados en la hoguera con toda la solemnidad de una ejecución regular. Se dice que en este caso el expediente fue muy voluminoso.

Si Satanás hacía padecer de esa manera a los animales en el Viejo Mundo no hay razón para suponer que no los hiciera sufrir también en el Nuevo. De modo que nos sentimos sorprendidos al enterarnos de que en Nueva Inglaterra, «había en Salem un perro que se comportaba de muy extraña manera, por lo cual los que poseían el don de la visión espectral declararon que un hermano de los jueces causaba los padecimientos del pobre animal, pues lo montaba sin dejarse ver. El individuo en cuestión salió bien librado, pero el perro fue colgado de la manera más injusta. Otro perro fue acusado de hacer padecer a otras personas, que caían en los paroxismos de su mal cuando el animal fijaba la vista en ellas, de modo que también se le colgó».

Se dice que en Saboya los animales aparecían a veces como testigos de una causa, lo mismo que en el banquillo de los acusados, y que su testimonio era válido en determinados casos bien definidos. Si alguien penetraba en la casa de otro durante las horas que median entre el anochecer y el amanecer y el dueño mataba al intruso se consideraba el acto como homicidio justificado. Pero se pensaba que también era posible que algún hombre malvado que viviese solo consiguiese convencer a otro

para que lo visitase durante la noche y que después, tras haberle dado muerte, dijese que la víctima había entrado en la casa para robar y que la había matado en legítima defensa. Para precaverse contra semejante contingencia y para conseguir que el asesino confesase su culpabilidad, las sagacísimas leyes estipulaban que cuando se produjese un asesinato en tales circunstancias no se había de reconocer sin más la inocencia del solitario habitante de la casa, sino que se le había de exigir que la demostrase haciendo comparecer como testigos a un perro, un gato, un gallo o cualquier otro ser viviente que le hiciese compañía y que habiendo presenciado el homicidio pudiese atestiguar con conocimiento de causa la inocencia de su dueño. Se obligaba al solitario inquilino a que hiciese declaración de inocencia en presencia del animal, y si el cuadrúpedo o ave no le contradecía se le eximía de cualquier culpa, pues las leyes daban por sentado que la divinidad tomaría directamente cartas en el asunto y hablaría por boca del gato, perro o gallo en cuestión de la misma manera que había hablado ya una vez por la boca de la burra de Balaam antes que permitir que un asesino escapase sin el castigo que le correspondía.

Igual que en la vieja y legendaria Grecia, parece ser que en la Europa moderna los objetos inanimados han sido a veces castigados por sus fechorías. Tras la revocación del edicto de Nantes, en 1685, se ordenó fuese demolida la capilla protestante de La Rochelle, pero quizá debido a su valor se guardó la campana. Sin embargo, para hacerle expiar el crimen de haber convocado a los herejes a la oración se la sentenció a ser azotada primero y luego a ser enterrada y vuelta a desenterrar con el fin de simbolizar su nuevo nacimiento al pasar a manos de los católicos. A continuación se le explicó la doctrina y se la obligó a arrepentirse y a prometer que nunca más volvería a caer en el pecado. Tras tan amplia y honrosa enmienda la campana fue readmitida en el seno de la verdadera Iglesia, bautizada y regalada o

más bien vendida a la parroquia de san Bartolomé. Mas cuando el gobernador envió la cuenta de la campana a las autoridades de la parroquia éstas se negaron a pagarla alegando que la campana, en su condición de recién convertida al catolicismo, deseaba acogerse a la ley recientemente promulgada por el rey, que daba a los nuevos conversos una prórroga de tres años para saldar sus deudas.

En el derecho inglés subsistió hasta mediados del siglo XIX una reliquia del mismo modo antiguo de pensar, en la doctrina y la práctica del *deodand*. Había una norma de derecho consuetudinario por la cual no sólo el animal que hubiese causado la muerte de una persona, sino también un objeto inanimado que la matase, tal como una carreta que le pasase por encima o un árbol que le cayese sobre la cabeza, eran *deodand*, es decir, dados a Dios, por lo cual eran confiscados en nombre del rey y vendidos y el producto de la venta entregado a los pobres. De ahí que en todos los procesos por homicidio el gran jurado de acusación tasase siempre el instrumento causante de la muerte a fin de que la cantidad equivalente de dinero pudiese ser entregada al rey o a su apoderado para que lo destinase a obras piadosas. De modo que en la práctica se vino a considerar los *deodands* como simples confiscaciones en nombre del rey. Miradas de esa manera eran muy impopulares, y en los últimos tiempos, los jurados, de acuerdo con los jueces, solían suavizar la confiscación atribuyendo la muerte a cualquier objeto de poco valor o incluso a una porción de un objeto determinado. Sin embargo, ese resto tan curioso de la barbarie primitiva no fue abolido por la ley hasta el año 1846. Mientras arrastró su existencia por los tribunales fue la piedra en la que siempre tropezaban los legisladores filósofos, que se esforzaban en reducir las normas del derecho inglés a los principios más elementales de la razón natural y de la equidad, sin saber cuán insondable es el abismo de ignorancia, superstición y salvajismo sobre el

que se apoya precariamente la delgada capa de las leyes y civilización modernas. Así, Blackstone suponía que la intención original de la confiscación del instrumento causante de una muerte era la compra de misas por el alma de la persona que había perecido accidentalmente; de ahí que pensase que en rigor los *deodand* deberían ser entregados a la Iglesia y no al rey. El filósofo Reid opinaba que la intención de la ley no era castigar al animal u objeto inanimado que habían causado la muerte de un ser humano, sino «inspirar en las gentes el respeto reverencial por la vida humana».

Hay bastantes más probabilidades de que las acertadas sean las conjeturas de *sir* Edward Tylor; para él, la costumbre del *deodand* y todas las demás de castigar animales o cosas por los daños causados a las personas derivan del mismo impulso primitivo que lleva al salvaje a morder la piedra en la que ha tropezado, o la flecha que lo ha herido, o que mueve al niño, y a veces incluso a la persona adulta, a dar una patada o golpear el objeto inanimado que lo ha molestado. El principio, si podemos llamarlo así, en que se basa ese impulso primitivo ha sido expuesto por Adam Smith con su acostumbrada lucidez, perspicacia y sentido común. «Las causas del dolor y del placer — dice Adam Smith—, cualesquiera que sean, o cualquiera que sea su modo de operar, parecen ser los objetos que en todos los animales despiertan inmediatamente esas dos pasiones, a saber, la gratitud y el resentimiento. Son ellas, las pasiones, excitadas tanto por los objetos animados como por los inanimados. Durante breves momentos sentimos cólera incluso contra la piedra que nos ha herido. Un niño la golpea, un perro le ladra, una persona colérica puede incluso llegar a maldecirla. Sin duda basta con reflexionar unos instantes para que esos sentimientos desaparezcan, y no tardamos en darnos cuenta de que un objeto carente de sentimientos no es lo más adecuado para satisfacer en él cualquier deseo de venganza. Sin embargo, cuando el

daño es muy grande, el objeto que nos lo ha causado se nos hace para siempre desagradable y nos produce satisfacción el quemarlo o destruirlo de cualquier otra manera. Deberíamos tratar de esa misma forma todo aquel instrumento que hubiese causado accidentalmente la muerte de un amigo, y a menudo, deberíamos también sentirnos culpables de una especie de inhumanidad si dejásemos de descargar en él esa absurda forma de venganza».

Los estudios modernos realizados acerca del progreso espiritual de la especie humana han apuntado la posibilidad de que en los primeros tiempos de la especie la tendencia natural a personificar objetos externos, ya fuesen animados o inanimados, en otras palabras, a otorgarles los atributos de los seres humanos, no era en absoluto corregida, o sólo se la corregía en grado muy escaso, como reflejo de las distinciones que el pensamiento más avanzado iba estableciendo entre los seres animados y los inanimados primero, y entre el hombre y los brutos después. En ese estado nebuloso de la mente humana resultaba fácil y casi inevitable igualar los motivos que impulsan a la acción a un ser humano con los impulsos que mueven a un animal, e incluso con las fuerzas impersonales que causan la caída de un árbol o el movimiento de una piedra. En medio de semejante confusión mental, los salvajes se vengaban deliberadamente de los animales o cosas que los habían herido o molestado, y la niebla intelectual en la que eran posibles tales acciones oscurecía aún los ojos de los legisladores primitivos que, en épocas y parajes diversos, han consagrado los mismos sistemas bárbaros de venganza vistiéndose con el ropaje solemne de la ley y la justicia.

XXVII. LAS CAMPANILLAS DE ORO

En el Código Sacerdotal se ordena lo siguiente: «También harás el manto del efod todo de púrpura violácea. En la orla inferior del manto pondrás granadas de púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí, todo alrededor; y alternando con ellas campanillas de oro. Aarón (es decir, los sacerdotes) lo llevará al oficiar para que se oiga el tintineo cuando entre él en el santuario ante Yahvé y cuando salga, y así no muera»[*].

¿Qué motivos habría para que el sacerdote, vestido con su ropaje violeta, la orla inferior del manto con sus granadas dé púrpura violeta moviéndose al compás de sus pasos, temiese morir si no se escuchaba el tintineo de las campanillas de oro tanto al entrar en el santuario como al abandonarlo? La respuesta más plausible parece ser la de que con el tintinear de las campanillas sagradas se pretendía ahuyentar los espíritus malignos y envidiosos que, según se suponía, acechaban a la entrada del santuario prestos a lanzarse sobre el tan ricamente aparejado ministro y a llevárselo con ellos tan pronto como cruzaba el umbral para desempeñar su sagrado ministerio. Al menos, esa opinión, que ha encontrado apoyo por parte de numerosos eruditos modernos, se halla muy favorecida por el principio de analogía; pues ha sido creencia común, desde los días de la más remota antigüedad hasta los actuales, que el sonido del metal tiene la capacidad para provocar la huida de demonios y espíritus, ya se trate del tintineo musical de unas campanillas, del son grave y profundo de una gran campana, de la estridencia de unos címbalos, del retumbar lento y pausado de un gong, o del simple retiñir de platos de bronce o hierro a los que se hace entrechocar o que son golpeados con mazos o palillos. De ahí que en el curso de las ceremonias de exorcismo ha sido práctica co-

mún que el celebrante hiciese sonar una campanilla que tenía en las manos o que llevase sujeto a cualquier pieza de sus vestiduras un manojo de campanillas que sonaban con cada uno de los movimientos que hacía. Algunos ejemplos mostrarán la gran antigüedad y difusión de tales creencias y costumbres.

Según Luciano, los espectros huían al son del bronce y del hierro; y el mismo autor contrasta la repulsión que el entrechocar de esos metales producía sobre los espíritus con la atracción que el tintineo de las monedas de plata ejercía sobre las mujeres de una clase determinada. En Roma, cuando los espíritus de los muertos visitaban el antiguo hogar, como tenían por costumbre hacerlo todos los años en el mes de mayo, el dueño de la casa les ofrecía un refrigerio frugal de judías negras y luego solía mostrarles la puerta e invitarlos a abandonar la casa diciéndoles: «Espíritus de mis antepasados, ¡marchaos!», al tiempo que reforzaba su petición u orden con el sonar del bronce. Y al desaparecer el paganismo no expiraron con él todas esas nociones relativas a la repugnancia que sienten los espíritus por el tintineo del metal. Siguieron existiendo con toda su fuerza bajo el cristianismo, durante la Edad Media, e incluso mucho tiempo después. El erudito comentarista cristiano John Tzetzes nos asegura que el tañido del bronce era tan eficaz para ahuyentar las apariciones como los ladridos de un perro, afirmación que pocos hombres razonables se sentirían inclinados a discutir.

Pero en los tiempos cristianos el sonido considerado como más aborrecible que ningún otro al oído de espíritus malévolos y trasgos ha sido el dulce y solemne tañido de las campanas de la iglesia. En el primer Concilio Provincial de la ciudad de Colonia se dijo que, en opinión de los frailes, el sonido de las campanas que llamaban a los fieles a oración aterrorizaba a los demonios y les obligaba a huir, y que apaciguaba también al espíritu de las tormentas y las potencias del viento. Sin embargo, los propios miembros del Concilio se inclinaron, a lo que pare-

ce, a atribuir tan feliz resultado más bien a las fervientes plegarias de los fieles que al retumbo musical de las campanas. También en el libro de oraciones conocido con el nombre de *Pontifical Romano* se reconoce la virtud de una campana de iglesia, dondequiera que se oiga su tañido, para ahuyentar los poderes del mal, los amenazadores y ruidosos espíritus de los muertos y los espíritus de las tormentas. Un gran canonista del siglo XIII, Durando, en su antiguamente famoso y popular tratado acerca de los oficios divinos, nos dice que «en las procesiones se tocan campanillas para asustar a los demonios y hacerlos huir. Pues cuando esos espíritus escuchan las trompetas de la Iglesia militante, es decir, las campanillas de la procesión, sienten miedo, de la misma manera que un tirano cualquiera se atemoriza si oye sonar en su territorio las trompetas de un rey poderoso enemigo suyo. Y ésa es también la razón de que cuando se observa que se está fraguando una tormenta las iglesias hagan sonar las campanas, a fin de que los demonios, al escuchar las trompetas del rey eterno, es decir, las campanas, se sientan aterrorizados y huyan y se abstengan de atizar la tormenta». A ese respecto, el estudioso inglés de la antigüedad, capitán Francis Grose, amigo del poeta Burns, escribe lo siguiente: «Antiguamente se tocaba la campana de los muertos por dos razones: la primera, para pedir las oraciones de los buenos cristianos en favor de un alma a punto de abandonar este mundo; y la segunda, para ahuyentar a los espíritus malignos que se hallaban agazapados al pie del lecho del moribundo y en los rincones de la casa prestos a lanzarse sobre su presa o, en todo caso, a molestar y aterrorizar al alma en el momento de su tránsito. Pero el tañer de aquella campana (pues Durando nos asegura que los espíritus infernales sienten mucho temor del son de las campanas) les mantenía a distancia; y el alma, como si se tratase de una liebre perseguida por los perros, tomaba la delantera, o tomaba ventaja de lo que los deportistas llaman fuero. De ahí,

quizá, derivaba el hecho de que, dejando a un lado el exceso de esfuerzo que exigía, se cobrase precio elevado por hacer sonar la campana mayor de la iglesia; pues al ser su sonido más potente los espíritus tenían que alejarse a mayor distancia para dejar de oírla, y la infeliz alma podía cogerles mayor delantera; por otro lado, dado que se la oía a mayor distancia, tenía ocasión de solicitar en beneficio del moribundo las plegarias de mayor número de personas. También, W. de Worde menciona en *La Leyenda Dorada* esa repugnancia de los espíritus por las campanas. 'Se ha dicho que los espíritus malos que moran en la región del aire vacilan mucho cuando oyen tocar las campanas, y ésa es la razón de que se hagan sonar las campanas cuando amenaza el trueno y cuando tienen lugar grandes tempestades y desórdenes atmosféricos, a fin de que los espíritus malignos y demás canalla tomen temor y huyan y cese la violencia de la tempestad.'»

En su versión poética de *La Leyenda Dorada*, Longfellow ha introducido con gran acierto esa pintoresca superstición. En el prólogo nos muestra la aguja de la catedral de Estrasburgo en medio de la noche y de la tormenta, y a Lucifer y las potencias del aire volando a su alrededor y tratando de echar abajo la cruz y de acallar el importuno clamor de las campanas:

«LUCIFER. ¡Más bajo! ¡Más bajo!
¡Descended aún más!
Asid las vociferantes campanas.
Y su clamor, su retumbo,
contra el pavimento apagad,
desde el arrogante campanario.
VOCES. Todo tu furor
es aquí ineficaz.
Pues las campanas han sido consagradas,
y con agua bendita rociadas,
y desafían todos los extremos de tu ira».

Y por encima del fragor de la tormenta y del furor de las legiones infernales se escucha la voz solemne de las campanas:

«Defuctos ploro!
Pestem fugo!
Festa decoro!»

Y de nuevo

«Funera plango
Fulgura frango,
Sabbata pango.»

hasta que los derrotados demonios se ven obligados a huir en medio de las tinieblas, dejando atrás la catedral incólume, en la que en medio de la oscuridad se ve al arcángel san Miguel, con la espada desenvainada, fulgurante en oro y carmesí sobre los vidrios de las emplomadas ventanas, mientras ellos se pierden en la distancia y los persiguen en su huida los sones retumbantes del órgano y las voces del coro que cantan,

«Nocte surgentes
Vigilemus omnes!»

De las dos razones que Grose asigna al toque de difuntos podemos dar por supuesto que la primera y original era la intención de ahuyentar los espíritus malignos y que el propósito de rogar las oraciones de los fieles cristianos por el alma del moribundo era secundario y derivado. En cualquier caso, parece que originalmente se comenzaba a tocar la campana cuando la persona no había muerto aún, pero se observaban señales de que no tardaría en hacerlo. Es cosa que se deduce de no pocos pasajes que los estudiosos de la antigüedad han conseguido entresacar con laboriosidad de los escritos de autores antiguos. Así, en su *Anatomie of Abuses* (Anatomía del ultraje), Stubbes nos relata el final terrible de un individuo muy dado a jurar y a soltar palabrotas del condado de Lincoln: «Por último, viendo la gente

que se acercaba el fin, hicieron que sonara la campana, y el enfermo, al oírla que tocaba por él, se enderezó y se sentó vehementemente en el lecho, mientras decía: '¡Sangre de Cristo! ¡No me conseguirá agarrar todavía!', con lo cual comenzó a brotarle sangre por los dedos de los pies, por los dedos de las manos, por las muñecas de los brazos, por la nariz y la boca, por las articulaciones de sus miembros, sin cesar hasta que ya no le quedó en el interior del cuerpo una sola gota. Y de esa manera acabó la vida mortal de aquel violento blasfemo». También, cuando lady Catherine Grey se moría cautiva en la Torre de Londres, el alcaide de la fortaleza viendo que la prisionera se le escapaba de las manos sin que él pudiese hacer nada por evitarlo y sin permiso del rey, se dirigió al señor Bokeham y le dijo: «¿No sería mejor avisar en la iglesia para que den el toque de difuntos?». A lo que ella, percibiendo que su fin se aproximaba, elevó los ojos al cielo y dijo: «¡Señor!, en tus manos encomiendo mi espíritu; buen Jesús, recibe mi alma». De modo que para aquella mujer, lo mismo que para muchos otros, el sonido de la campana de difuntos era el *nunc dimittis*. Otro ejemplo: un escritor de la primera mitad del siglo XVIII, refiriéndose al cristiano moribundo que ha conseguido dominar sus pasiones, dice que «si tarda tanto en perder el uso de los sentidos será capaz de escuchar incluso el toque de difuntos por él sin sentirse acongojado».

La forma aparentemente primitiva en que la antigua costumbre ha venido siendo transmitida aquí y allá hasta nuestros días, sugiere con fuerza que el propósito verdadero del toque de difuntos era ahuyentar a los espíritus malignos que se cernían invisibles en el aire sobre el moribundo, antes que notificar a las personas lejanas el próximo fallecimiento y pedirles una oración por el alma a punto de abandonar su envoltura mortal. Así, en algunas partes de las montañas Eifel, región de la Prusia renana, cuando un enfermo se hallaba a punto de mo-

rir sus amigos solían hacer sonar una campanilla de mano, llamada campana de Benedictus, «con el fin de mantener a los espíritus malignos apartados del moribundo». Igualmente, en Neusohl, lugar del norte de Hungría, parece haber existido la costumbre de hacer sonar suavemente una campanilla cuando una persona se hallaba moribunda, «para que el alma que estaba a punto de abandonar el cuerpo, llevada por la muerte, pudiera permanecer todavía algunos momentos más en la tierra junto al cada vez más rígido cadáver». Una vez muerta la persona en cuestión se hacía sonar la campanilla un poquito más lejos, luego aún más lejos, cada vez a mayor distancia del cuerpo de la persona fallecida, hasta que se la hacía sonar al otro lado de la puerta de la casa, y una vez más en torno a toda la vivienda, «para acompañar al alma en los primeros momentos de su viaje sin retorno». A continuación se enviaba recado al sacristán de la parroquia para decirle que ya podía empezar a tocar el toque de difuntos en la campana de la iglesia. También se dice que existía una costumbre semejante en los montes de Bohmerwald, que separan Bohemia de Baviera. El motivo que se le atribuye, a saber, el deseo de retener por unos instantes el alma que se va mediante el dulce son de las campanas, resulta demasiado sentimental para ser primitivo; sin duda, el verdadero motivo original era, igual que en el caso de la costumbre parecida de las montañas Eifel, mantener alejados a los demonios, que podrían apoderarse de la indefensa alma en el momento de su partida. Sólo después de que la pequeña campanilla haya llevado a cabo esa amable misión y haya acompañado con su dulce tintineo al alma que se separa del cuerpo puede comenzar a tocar la campana grande en el campanario para que sus sones graves y profundos puedan seguir como ángeles guardianes al espíritu fugitivo que se encamina a la morada lejana de los muertos.

En un pasaje famoso de su *Purgatorio*, el Dante logra, con gran belleza, aplicar el concepto del toque de difuntos al sonido de la campana de vísperas, que los marinos distantes en el mar oyen de atardecida como si la campana tocase por la muerte del día o por el ocaso del sol, cuando el astro desaparece por algunas horas detrás del horizonte carmesí. Casi igualmente famosa es la versión de ese mismo pasaje debida a Byron:

> «¡Hora amable!, que despierta anhelos y ablanda el ánimo de aquellos que surcan los mares, el primer día, cuando se han arrancado de los brazos de sus amigos; o inunda de melancolía el alma del peregrino cuando el lejano toque de vísperas le hace estremecer, semejante a quien llora la decadencia del día moribundo».

Y con no menor belleza ha aplicado nuestro gran poeta Gray el mismo pensamiento al toque de queda que suena al anochecer entre los majestuosos tejos y olmos del atrio de una iglesia rural:

> «Doblan las campanas del toque de queda y anuncian la partida del día que se va».

Es verdad que hay algo solemne y conmovedor en el sonido de las campanas de una iglesia oído en esos momentos y lugares; para decirlo con palabras de Froude, despierta en la memoria el eco de un mundo ido. El poeta americano Bret Harte expresó bien esos sentimientos cuando escuchó, o más bien imaginó que escuchaba, las campanas que llamaban al Angelus en la hacía tiempo abandonada iglesia de la misión de Dolores, en California:

> «Campanas del Pasado,
> cuya música ha mucho olvidada
> hincha aún el vasto espacio,
> y tiñe el austero crepúsculo del Presente
> de encanto legendario.
> Oigo vuestra llamada,
> y contemplo el sol que muere

en las rocas, las ondas y la arena,
cuando las voces de la Misión,
fundiéndose con armonía,
siguen la costa y circundan el pagano lugar.
Dentro del círculo de vuestro encanto
no llueven plagas ni el mildiú ataca;
ni la fiera inquietud, ni la avidez,
ni la baja ambición
atravesar consiguen tan aéreos muros.
Llevado en la hinchazón de vuestras ondas dilatadas
que en la distancia se pierden
alcanzo a tocar el remoto pasado;
veo el resplandor moribundo de la hispánica grandeza,
su sueño del ocaso y su final.
¡Oh campanas majestuosas!, cuyos bronces consagrados
nos recuerdan la fe antigua.
……
¡Oh campanas sonoras!,
que adormecéis con vuestro mágico sonido
el espiritual rebaño».

Un pasaje característico de Renan alcanza a transmitir el mismo sentido del poder de las campanas para tocar el corazón y provocar en la mente pensamientos solemnes; felizmente en ese autor, las convicciones austeras del escéptico en materia de religión se hallaban suavizadas por la delicada percepción del artista literario. Renan protesta contra el árido racionalismo del teólogo alemán Feuerbach y exclama: «¡Quisiera Dios que el señor Feuerbach hubiese sumergido su espíritu en manantiales de vida más ricos que los de su exclusivo y altivo germanismo! ¡Ojalá sentado en medio de las ruinas de los montes Celio y Palatino hubiese escuchado el sonido de las campanas eternas, que resbalaba y moría en las abandonadas colinas donde una vez se había levantado Roma! ¡O desde las costas solitarias del Lido hubiese oído el carillón de san Marcos rodando sobre las quietas ondas de la laguna! ¡Que hubiese contemplado Asís y sus portentos místicos, su doble basílica y la gran leyenda del

segundo advenimiento de Cristo de la Edad Media trazada con mano magistral por Cimabue y Giotto! ¡O hubiese saciado la vista en la contemplación de la dulce y soñadora apariencia de las vírgenes de Perugino; o aun hubiese visto en san Domenico de Siena a santa Catalina en éxtasis! Entonces, el señor Feuerbach no habría, sin duda, hecho objeto de acerba crítica a la mitad de la poesía humana ni habría dado tales gritos como si quisiese apartar de sí el espectro del Iscariote».

Tales testimonios acerca del efecto ejercido por las campanas de las iglesias sobre las emociones del que las escucha pertenecen también al folklore relativo al asunto. No podremos jamás comprender las ideas de la gente si no tenemos en cuenta el vivo colorido que les prestan el sentimiento y la emoción; y mucho menos podemos divorciar las ideas y los sentimientos cuando nos movemos en la esfera de lo religioso. No existen barreras infranqueables entre los conceptos de la razón, las sensaciones de los sentidos y los sentimientos del alma; con facilidad se mezclan y funden unos con otros al influjo de la emoción, y pocas cosas son capaces de despertar a ésta con más fuerza que el poder de la música. Apenas se ha intentado aún llevar a cabo el estudio de las bases emocionales del folklore; los estudiosos han concentrado sus esfuerzos casi exclusivamente en los aspectos racional y lógico del mismo, o como dirían algunos, en sus aspectos irracionales e ilógicos. Pero no cabe duda de que han de esperarse grandes descubrimientos de la futura exploración de la influencia que han ejercido las pasiones en la formación de las instituciones y en el destino de la humanidad.

A lo largo de toda la Edad Media y hasta los tiempos modernos también se echaba mano muy a menudo de las campanas de las iglesias para ahuyentar con su sonido a brujas y hechiceros, que se juntaban invisibles en el aire para realizar sus malvadas fechorías en detrimento de hombres y bestias. Había de-

terminados días del año que eran preferidos por esos miserables para llevar a cabo sus silenciosas reuniones o aquelarres, como se los llamaba, y, por consiguiente, se hacía doblar las campanas especialmente en esos días, a veces a lo largo de toda la noche, pues al amparo de la oscuridad brujas y magos solían llevar a cabo la mayor parte de sus maleficios infernales. Por ejemplo, en Francia existía la creencia de que las brujas poblaban el aire especialmente durante la noche de santa Agata, el día 5 de febrero; y por eso, para ahuyentarlas, se hacía doblar las campanas de las parroquias durante esa noche; parece ser que en España reinaba también la misma costumbre, o al menos en algunas partes de ella. Igualmente una de las épocas del año preferida por todo el brujerío era la víspera del día de san Juan, el 24 de junio; y, por consiguiente, en Rotemburgo, ciudad de Suabia, las campanas de la iglesia tocaban durante toda la noche, desde las nueve hasta el romper del alba del día siguiente, mientras las honradas gentes atrancaban bien sus ventanas y tapaban rendijas y grietas, no fuese que las horribles criaturas trataran de colarse de rondón en las viviendas. También solían escoger brujas y brujos para sus aquelarres la víspera del día de Reyes y la famosa noche de Walpurgis, en la víspera del primero de mayo; y era costumbre esos días, en diversas partes de Europa, ahuyentar la aborrecible aunque también invisible tropa con el ruido infernal hecho con instrumentos diversos, ruido al que contribuían también en buena medida las campanillas de mano y el restallar de los látigos.

Pero aunque brujas y magos escogían determinadas épocas del año con preferencia a otras para celebrar sus impías reuniones, no había noche en la que algún caminante retrasado no los pudiese encontrar entregados a sus quehaceres abominables, ni ninguna en la que no tratasen de penetrar por la fuerza en las casas de las gentes honradas, que se hallaban tranquilas en sus lechos, aunque de ningún modo seguras. Por eso era necesario

hacer algo para proteger contra tales amenazas nocturnas a los pacíficos ciudadanos. De modo que los vigilantes o serenos que recorrían durante la noche las desiertas calles en el ejercicio de sus obligaciones de represión del crimen común se encargaban también del deber adicional de alejar a las temidas potencias del aire y de las tinieblas, que rondaban por todas partes como leones hambrientos en busca de cualquier posible presa. Para llevar a cabo sus propósitos, el vigilante nocturno contaba con armas espirituales de dos categorías, pero igualmente eficaces por sus efectos; hacía sonar una campanilla y entonaba una bendición, y si los durmientes de la vecindad despertaban exasperados por el tintineo de la primera, los calmaba y reconfortaba quizá la salmodia de la segunda, y les traía a la memoria, antes de que los volviese a acoger la niebla del sueño, que no se trataba nada más que —usando las palabras de Milton— de

> «… el soñoliento conjuro del campanillero
> que guarda las puertas contra la asechanza
> de brujas malvadas e impío hechicero».

La bendición que rompía de tal manera la quietud de la noche solía ir envuelta en un ropaje poético de tan enorme calidad que los versos de los campanilleros se hicieron proverbiales desde aquellas épocas. Se puede deducir su contexto general de las cuartetas que Herrick, en *El hombre de la campanilla*, pone en boca de uno de aquellos guardianes públicos, cuyas plegarias nocturnas causaron a menudo al poeta, lo mismo que causaron probablemente a Milton, más de una hora de irritado insomnio:

> «Del fragor de incendios pavorosos
> véaste libre:
> de asesinos, Benedícite.
> De las desgracias que puedan acechar
> vuestro placentero sueño nocturnal
> la Merced divina os proteja, y mantenga

alejado de vosotros mientras descansáis
al demonio con toda su hueste infernal.
Pasada ya la una, son casi ya las dos.
Señores míos todos, buen día os dé Dios».

Addison nos cuenta que escuchaba a menudo al hombre de la campanilla cuando comenzaba su homilía de medianoche con la introducción usual, la misma que había venido repitiendo noche tras noche durante todo el invierno, a sus mansos oyentes, a lo largo de los últimos veinte años:

«¡Oh, criatura mortal nacida en el pecado!».

Y aunque tan poco amables palabras pudiesen despertar pensamientos piadosos en la imaginación de un Addison, parecerían más bien adecuadas para despertar sentimientos de indignación y cólera en el pecho de gentes más vulgares, que se veían sacadas de su primer sueño únicamente para recordarlas, a una hora muy poco razonable, la doctrina del pecado original.

Ya hemos dicho que, según cuentan los autores medievales, se acostumbraba a tañer las campanas de las iglesias durante las tormentas con el fin de ahuyentar a los espíritus malignos que, según se suponía, eran los causantes de la conmoción. Pues a ese mismo respecto, un antiguo escritor alemán del siglo XVI que bajo el nombre supuesto de Naogeorgus compuso un poema satírico contra las supersticiones y abusos de la Iglesia católica, nos dice que:

«Si acaece que potente se oye el trueno retumbar
y de la tormenta el violento ímpetu se empieza a desatar,
es maravilla ver cómo los malvados se echan a temblar
en castigo de su incrédula impiedad y estéril desconfiar.
En el campanario sin tardanza el estruendo hace doblar
las campanas, con sones portentosos y solemne voltear
—tal estrépito y fanfarria no se suele acostumbrar—,
hasta que en los cielos solitarios cesa el trueno de bramar.
Pues en esas campanas bautizadas, si lo hemos de creer,

residen tales fuerzas y magnífico poder
que es cosa de un momento las tormentas someter
y de las tempestades el furor desvanecer.
Y o mismo vi una vez, en el pueblo de Numburgo, de Turingia
la comarca,
una campana que de su nombre orgullosa se jactaba:
'El santo nombre de María me dieron cuando fui bautizada,
la virtud de mi tañido pone en franca desbandada
al trueno restallante, la dañina tormenta y la hueste malvada.'
Cuando tales cosas las campanas son capaces de hacer,
no es portento alguno si corren los papistas al oirías tañer
sí se anuncia el granizo, viene la tormenta o la tempestad
se hace temer,
o rueda el trueno, o cruza el cielo relámpago fiero
que amenaza caer».

Durante la Edad Media, se nos dice, en toda Alemania se acostumbraba a tocar las campanas de las iglesias cuando tronaba; y los habitantes de la parroquia pagaban al sacristán unos honorarios especiales en grano por sus esfuerzos al tirar de la cuerda en esas emergencias. En algunos lugares se siguieron pagando esos honorarios hasta fecha tan reciente como la de mediados del siglo XIX. Por ejemplo, en Jubar, comarca del Altmark, cuando había tronada el sacristán estaba obligado a tocar la campana de la iglesia y cada labriego le entregaba cinco «gavillas del trueno» de grano por las molestias que se tomaba para evitar la destrucción de las cosechas. Refiriéndose a la costumbre, tal como se la practicaba en Suabia alrededor de la mitad del siglo XIX, un escritor alemán nos dice que «en la mayor parte de las parroquias católicas, en especial en las montañas de Suabia, se hace sonar las campanas cuando hay tronada a fin de alejar el granizo y evitar los daños que podría causar el rayo. Numerosas iglesias cuentan con campanas especiales para ese fin; por ejemplo, en el monasterio de Weingarten, cercano a Altdorf, hay una campana a la que llaman 'Bendita campana de sangre', y que se toca cuando hay tronada. En Wurmlingen se

hace sonar la campana de monte Remigio, y si se consigue hacerlo con la debida anticipación ningún rayo llega a caer en parte alguna de la zona. Sin embargo, los pueblos próximos, como, por ejemplo, Jesingen, se sienten a menudo disgustados con el sonar de la campana porque creen que, además de alejar el trueno, aleja también la lluvia». Respecto a la ciudad de Constanza en particular, dice el autor que cuando estallaba una tormenta se ponían a tocar no sólo las campanas de la ciudad, sino también las de los alrededores; y como habían sido bendecidas eran muchos los que creían que su tañido ponía por completo a salvo frente al rayo. E incluso movidos por el celo no eran escasos los que ayudaban al sacristán a tirar de la cuerda, y se colgaban de ella con todo el peso, para hacer que las campanas volteasen fuerte. Y aunque algunos de esos voluntarios, según se nos dice, fueron fulminados por el rayo en el propio acto de tocar las campanas, no por ello los demás se sintieron desanimados para seguir haciéndolo. En tales ocasiones incluso los niños hacían sonar campanillas hechas de plomo o de otros metales, adornadas con figuras de santos y bendecidas en la iglesia de santa María de Loreto de Steiermerk, o en Einsiedeln. Bajo ciertas tendencias feudales, los vasallos estaban obligados a tocar las campanas de la iglesia en diversas ocasiones, pero en especial cuando había tronada.

Las campanas eran consagradas con toda solemnidad, y las gentes en general suponían que los sacerdotes las bautizaban. No cabe duda de que se les daba nombre, y de que se las lavaba, bendecía y rociaba con óleos santos «para ahuyentar y expulsar los espíritus malignos». A menudo, las inscripciones grabadas en el metal de las campanas se referían a la capacidad que, según se suponía, tenían para dispersar las tormentas de truenos, relámpagos y granizo; algunas de ellas atribuían francamente tales poderes a la campana misma; otras, con mayor modestia, rogaban a Dios protegiese a los fieles de esas calamidades; por

ejemplo, en Haslan, una campana llevaba grabadas en latín las siguientes palabras: «Del rayo, del granizo y de la tempestad, ¡libéranos, Señor Jesucristo!». Al referirse a St. Wenefride's Well, del condado de Flint, el viajero y estudioso de la antigüedad Pennant, que vivió en el siglo XVIII, nos informa de que «se bautizó también con su nombre una campana de la iglesia. No pude enterarme de quiénes habían sido los padrinos, que, como de costumbre, debieron de ser gentes ricas. Durante la ceremonia todos agarraron de la cuerda, dieron nombre a la campana y el sacerdote la roció con agua bendita y la bautizó en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; a continuación la cubrió con vestiduras de calidad. Terminada la ceremonia, los padrinos dieron una gran fiesta e hicieron muchos regalos, que recibió el clérigo en representación de la campana. Consagrada de esa manera, se le confirieron grandes poderes; el de calmar las tormentas (cuando se la hacía sonar); de alejar la tronada, y de ahuyentar los espíritus malignos. Esas campanas bendecidas llevaban siempre alguna inscripción». La que figuraba en la campana que nos ocupa, según Pennant, decía lo siguiente:

Sancta Wenefreda, Deo hoc commendare memento.
Ut pietate sua nos servet ab hoste cruento.

Y un poco más abajo figuraban estas palabras:

Protege prece pia quos convoco, Virgo Maria.

Sin embargo, el erudito padre jesuíta Martín Del Río, que publicó una obra detallada acerca de la magia a comienzos del siglo XVII, negó con indignación que se tuviese la costumbre de bautizar las campanas, aunque reconocía abiertamente que se les daban nombres de santos, que se las bendecía y que las autoridades eclesiásticas las consagraban. Que el tañido de las campanas de la iglesia imponía salutíferas limitaciones a los espíritus malos, y que desviaba o calmaba las tempestades desen-

cadenadas por esos enemigos del género humano, era, en opinión del erudito jesuita, un hecho experimentado a diario y demasiado evidente para que se lo pudiera negar; pero atribuía resultados tan felices únicamente a la consagración o bendición de las campanas, y de ninguna manera a su forma o a la naturaleza del metal en que habían sido fundidas. Rechazaba como superstición pagana la idea de que el sonido del bronce bastase por sí solo para ahuyentar a los demonios, y consideraba ridícula la suposición de que una campana de iglesia perdiese su virtud milagrosa si la apadrinaba y le daba nombre —no había manera de hacerle decir bautizaba— la concubina del sacerdote. Bacon condescendió a mencionar la creencia de que «el ruidoso voltear de las campanas de una ciudad populosa ha conseguido alejar el trueno y purificar el aire contaminado con la peste»; pero sugirió una explicación física del supuesto efecto con la adición de las palabras siguientes: «Todo eso puede ser debido también a la presión del aire y no al mero sonido del bronce».

Aunque todas las campanas bendecidas poseían sin duda en medida exactamente igual la propiedad maravillosa de poner en fuga brujas y trasgos, y con ello la de evitar los daños que causan el trueno y los rayos, algunas campanas eran más famosas que otras y se las prefería a la hora de poner en práctica sus benéficos poderes. Tales eran, por ejemplo, la campana de san Adelmo, en la abadía de Malmesbury, y la gran campana de la abadía de san Germán, de París, que eran tocadas regularmente para alejar el trueno y las tormentas. En la antigua catedral de san Pablo, de Londres, había una dotación especial destinada a «hacer sonar la campana consagrada durante las grandes tormentas de rayos y truenos». Sin embargo, las hazañas de las campanas europeas a ese respecto han quedado disminuidas por las de las campanas de Caloto, municipio de Colombia, aunque probablemente se debe adscribir la fama mayor de las

campanas de Caloto no tanto a cualquier superioridad intrínseca que pudieran poseer, sino más bien a la frecuencia extraordinaria con la que ocurren tronadas en aquella región de los Andes, lo cual permitía a las campanas de la ciudad ocasiones de distinguirse más numerosas que las que eran el lote ordinario de campanas de iglesia cualesquiera. A este respecto voy a citar las palabras de un eminente estudioso y marino español que viajó por América del Sur durante la primera mitad del siglo XVIII. La jurisdicción de Popayán, nos dice ese autor, se halla sujeta a tempestades de truenos y rayos y a temblores de tierra con mayor frecuencia incluso que la ciudad de Quito. «Mas de todas las zonas de esa jurisdicción se tiene a Caloto por aquella en la que con mayor frecuencia se desatan tempestades de truenos y relámpagos, lo cual ha puesto en boga las campanas de Caloto, que usan no pocas personas, pues están firmemente persuadidas éstas de que las dichas campanas poseen virtudes especiales contra el rayo. Y verdaderamente se cuentan tantas historias a ese respecto que uno no sabe ya qué creer. Sin dar crédito a lo que se dice y tampoco sin rechazarlo de plano, dejando más bien a cada uno en libertad de formarse su propia opinión, me limitaré a mencionar únicamente la que es más aceptada en esta región. La ciudad de Caloto, en cuyo territorio viven numerosos indios de una raza llamada paeze, era antiguamente muy grande, pero los indios la asaltaron por sorpresa, consiguieron entrar en ella, pusieron fuego a las casas y exterminaron a los habitantes; entre los muertos se hallaba el sacerdote de la parroquia, que era objeto preferido del odio de los indios por haber predicado el Evangelio, que contrariaba abiertamente sus costumbres y manera de vivir, pues condenaba como locura y perversidad su idolatría y les reprochaba acerbamente lo que tenía por torpeza extrema de sus vicios. Incluso la campana de la iglesia no escapó al furor de los indios, pues había despertado también su rencor al recordarles con su

tañido la obligación en que se hallaban de acudir a recibir las enseñanzas de la religión. Tras muchos e infructuosos esfuerzos para destrozarla pensaron que lo mejor que podían hacer era enterrarla bajo tierra a fin de que la visión de ella nunca más les trajese a la memoria los mandamientos de Dios, que trataban de ponerles trabas a la libertad ele que gozaban. Al recibir la noticia de la rebelión, los españoles de los alrededores de Caloto formaron un ejército, y tras haber tomado venganza cumplida de los rebeldes en el curso de una batalla en la que muchos perecieron, reconstruyeron la ciudad, desenterraron la campana y la volvieron a colocar en la torre de la nueva iglesia, y a partir de ese momento los habitantes de Caloto observaron con gran alegría y admiración que cuando se fraguaba en el aire una tempestad el tañido de las campanas la alejaba, y si el cielo no se aclaraba por completo y el tiempo no mejoraba del todo al menos la tempestad se iba a descargar a otra parte. La noticia del milagro se extendió como reguero de pólvora, de modo que comenzaron a llegar peticiones de trocitos de la campana maravillosa para hacerlos servir de badajo de campanillas y poder aprovechar así, a nivel individual, la virtud que aquella poseía, lo cual en una zona en la que las tempestades solían ser tan frecuentes y terribles era algo que tenía gran valor. Y a eso debe Caloto su reputación en cuanto a las campanas».

El gran hallazgo de que se puede alejar el trueno y apagar el relámpago por el sencillo medio de hacer sonar una campanilla o campana no ha estado confinado a las naciones cristianas de Europa y a sus descendientes del Nuevo Mundo; la han compartido al menos algunos de los pueblos paganos y salvajes de África. Se nos da noticia de que «el pueblo bateso utiliza campanillas para alejar el maligno espíritu de las tormentas; la persona que haya sido herida por el rayo o en el incendio que el rayo ha provocado lleva campanillas en torno a los tobillos durante las semanas que siguen al accidente. Cuando amenaza

lluvia, y en Uganda la lluvia suele venir acompañada casi siempre por el trueno y los relámpagos, esa persona se pasea durante una hora por el poblado, con las campanillas tintineantes en las piernas y una varilla de papiro en la mano, acompañada de tantos miembros de su familia como se hallen al alcance en esos momentos y no ocupados en quehaceres insoslayables. Todo aquel que haya sido fulminado y muerto instantáneamente por el rayo no es enterrado en la casa, como suele ser costumbre, sino que se le lleva a alguna distancia y se le entierra en las proximidades de una corriente, en algún trozo de bosque. Sobre la tumba se depositan las vasijas y demás utensilios domésticos que poseyese el finado, y a la puerta de la cabaña o choza sobre la que hubiese caído el rayo, ahora como es natural reducida a un montón de ruinas, se deposita un sacrificio de azadas y se deja en ese lugar durante varios días. Es curioso observar la eficacia que se atribuye a las campanas y a las corrientes de agua, como en algunas antiguas supersticiones europeas».

Dado que parece poco probable que los bateso hayan aprendido esas cosas de los misioneros, podemos quizá otorgarles crédito total por la invención de la costumbre de ahuyentar a los espíritus malignos de las tormentas mediante las campanas y por la de apaciguarlos con la ofrenda de cacerolas y azadones depositados tanto en el escenario de la devastación que esos espíritus han provocado como en la tumba de su víctima. Los chinos recurren también a los gongs, que a efectos prácticos pueden ser considerados como campanas, en lo que respecta a la neutralización de los efectos indeseables del trueno; mas las circunstancias que rodean el uso de esos instrumentos son peculiares. Si una persona cae enferma de viruela y las pústulas aparecen en su piel antes de que haya transcurrido el séptimo día y siempre que retumbe el trueno, se encomienda a algún miembro de la familia la tarea de golpear un gong o tambor, al que se tiene a punto para tales emergencias. El batidor recibe la

ayuda de otro miembro de la familia, que le informa de cuando el trueno se ha alejado ya, pues el que hace sonar los instrumentos produce demasiado ruido como para que pueda darse cuenta por sí mismo de si los graves retumbos que llegan a sus oídos son los de los golpes que propina en el parche del tambor o en el metal del instrumento o más bien el fragor del trueno que se aleja. Todo ese golpear de gongs o de bombos tiene por objeto, a lo que parece, evitar que las pústulas de la viruela revienten o se abran; mas las explicaciones que los chinos añaden para poner en claro la relación que existe entre los actos llevados a cabo y los efectos que son esperados de ellos no resultan de ninguna manera satisfactorias. Si juzgamos por analogía con las costumbres corrientes en Europa podremos suponer que, originalmente, se pensaba que era el demonio del trueno el responsable de que las pústulas reventasen, y que se le podía ahuyentar si se golpeaba un gong o se redoblaba un tambor.

Mas aunque los salvajes son perfectamente capaces de descubrir por sí mismos la estratagema de poner en fuga a los espíritus malignos mediante la producción de grandes sonidos ruidosos, existen hechos que demuestran que se hallan también dispuestos a adoptar de los europeos cualesquiera costumbres o prácticas que en su opinión puedan servir para los mismos fines. Dos misioneros, que vivieron con los naturales de Port Moresby, de la Nueva Guinea británica, recogieron un ejemplo de esa adopción de prácticas ajenas. «Una noche, durante una tormenta de truenos —dicen los misioneros—, escuchamos un estruendo formidable en la aldea; los indígenas golpeaban sus tambores y daban grandes gritos con el propósito de alejar a los espíritus de las tormentas. Cuando ya habían cesado tanto el golpear de los tambores como la vociferación, también se había disipado la tormenta, y los habitantes del poblado se hallaban satisfechos. Un sábado por la noche, empleando métodos semejantes, expulsaron a los espíritus causantes de la enfermedad

que había ocasionado la muerte de varios de los indígenas. Cuando se empleó por vez primera la campana de la iglesia, los naturales dieron gracias al señor Lawes por haber dispersado, como confesaron, a numerosas bandadas de espíritus venidos del interior. De la misma manera mostraron gran contento al oír ladrar a un hermoso perro que había sido domesticado en la vivienda de la misión (los dingo o perros salvajes de Australia no ladran), pues se sentían seguros de que ahora no les quedaría a los espíritus otro remedio que huir hacia el interior. Por desgracia los espíritus se acostumbraron pronto tanto a los ladridos del perro como al tañido de la campana. De modo que los jóvenes tuvieron que volver a salir por la noche, a menudo ocultándose aterrorizados detrás de los árboles y de los matorrales, bien armados de arcos y flechas, para abatir a los perniciosos espíritus». Así, pues, los salvajes de Port Moresby están de acuerdo por completo con la opinión del erudito comentarista John Tzetzes, según la cual para ahuyentar a los espíritus no hay nada tan eficaz como el estruendo del bronce y el ladrar de un perro.

Algunos de los indios pueblo, de Arizona, expulsan a las brujas por medio del sonido de las campanas; pero probablemente aprendieron a hacerlo de los antiguos misioneros españoles, pues antes de la llegada de los europeos el empleo de los metales, con la excepción del oro y de la plata, y por tanto la fabricación de campanas, era completamente desconocido por los aborígenes de América. Un oficial americano ha descrito una de esas escenas de exorcismo, que tuvo ocasión de presenciar en un poblado de los moqui, colgado, como muchas de las aldeas de los indios pueblo, en el borde de una alta meseta que descuella sobre las tierras fértiles del valle que hay al pie de ella:

«Los moqui creen implícitamente en las brujas y en el brujerío y para ellos el aire que respiran está plagado de espíritus malignos. Los moqui que viven en Oraybe se libran de las in-

fluencias malignas con el canto de himnos y el son de campanillas. Mientras me hallaba en compañía del general Crook en esa ciudad aislada y muy poco conocida, en el otoño de 1874, tuve la buena suerte de presenciar ese extraño modo de encantamiento. Parecía que se había congregado la totalidad de los habitantes del poblado, y tras haber entonado a grandes voces y con tono de desafío un himno o letanía de sonido musical, acentuado por el enérgico tocar de una campana, se pusieron todos en fila y avanzaron con rapidez por la senda que conducía de la cresta del precipicio al huerto de melocotones que había debajo. Los participantes en la ceremonia, en la que desempeñaban el papel más importante numerosas mujeres, daban saltos y cabriolas siguiendo las lindes del huerto, deteniéndose breves momentos en las esquinas, sin dejar de cantar ni un momento en tono elevado y sacando de la campana todo el partido posible. A una señal del líder todos corrieron hacia los árboles, de los cuales, en menos de una hora, fueron arrancados los deliciosos melocotones que con su peso doblaban las ramas, y los niños y las mujeres indias los llevaron al poblado situado arriba». Con toda esa danza en torno al huerto y con la vociferación del canto y el frenético tocar de la campana se pretendía, sin duda, ahuyentar a los espíritus o brujas que, según se suponía, se hallaban encaramados en las ramas de los melocotoneros saciándose hasta el hartazgo con las frutas deliciosas.

Sin embargo, el uso de campanas y gongs con el fin de alejar a los seres malvados ha sido familiar entre pueblos numerosos, que para nada necesitaban haber tomado de las naciones cristianas de Europa ni los instrumentos ni su modo de utilizarlos. En China, «el instrumento principal para la producción de ruidos con el fin de alejar brujas y demonios es el gong. Ese bien conocido platillo de bronce es en realidad rasgo característico del pueblo chino y se pueden escuchar sus sones a diario en todo el imperio, en especial durante el verano, cuando aumenta la

tasa de mortalidad y, por tanto, aumenta con ella la necesidad de alejar a los espíritus malos. Los útiles efectos de los gongs resultan intensificados por el entrechocar de los címbalos de latón y por el estrépito de los tambores de cuero y madera. Muy a menudo grupos de hombres, e incluso de mujeres, tocan durante horas los gongs, címbalos y tambores. Ninguno de los vecinos protesta; nadie se queja de que le interrumpan el sueño nocturno; por consiguiente, tan extraña música tiene que resultar agradable a los oídos chinos, o bien se la escucha como algo meritorio llevado a cabo gratuitamente por gentes amables preocupadas íntimamente con el bienestar y salud públicos y privados». En el sur de China esas ceremonias solemnes y públicas de exorcismo son llevadas a cabo principalmente durante el verano, cuando con los calores de la estación brota el cólera con fuerza y las creencias populares atribuyen sus estragos a la maligna influencia de los demonios que flotan invisibles en el aire. Las ceremonias tienen por objeto alejar a esos espíritus malévolos de las casas y de los hogares. Un comité se encarga de la organización y se cubren los gastos mediante suscripción; por lo general, los mandarines de la comunidad encabezan la lista de donaciones con sumas bastante abultadas. El acto concreto de expulsión de los demonios es llevado a cabo por procesiones de hombres y muchachos que recorren las calles y baten la zona, en el sentido más literal de la expresión, mientras golpean con hachas y espadas a los invisibles enemigos y los aturden con el clamor de los gongs, el estrépito de las campanas, el estallido de la cohetería y las descargas y detonaciones de las carabinas que portan.

En Annam, el exorcista, en el momento de expulsar de una casa particular a los demonios de la enfermedad, tañe las cuerdas de un laúd y hace tintinear una sarta de campanillas de cobre atadas al dedo gordo de uno de sus pies, mientras sus ayudantes lo acompañan haciendo sonar instrumentos de cuerda y

tambores. Mas los oyentes interpretan el sonido de las campanillas como el que procede del cuello de un animal montado por alguna divinidad que acude al galope en socorro del actor principal. También las campanillas desempeñan un papel importante en los ritos religiosos de Birmania. En cada una de las grandes pagodas hay docenas de ellas, y según parece la gente es muy aficionada a la sonoridad y dulzura de su música. En la actualidad se dice que su empleo tiene por objeto no tanto la expulsión de los espíritus malignos, como el anunciar a los espíritus guardianes que han sido cantadas las alabanzas de Buda; de modo que al concluir sus devociones los fieles dan a conocer que han llevado a cabo sus deberes piadosos con tres toques de campanilla. Sin embargo, estamos autorizados a pensar que tal interpretación es una de esas reflexiones por medio de las cuales una religión avanzada justifica y consagra la conservación de un antiguo rito bárbaro que fue instituido originalmente con fines menos refinados y estéticos. Quizá también en Europa el tañer de las campanas de las iglesias, cuyo sonido se hizo amable por su dulzura intrínseca y las tiernas asociaciones que provocaba en muchos corazones piadosos, era llevado a cabo para ahuyentar de la casa de oración a los demonios, antes de que llegase a ser considerado como un medio sencillo para convocar a los fieles a la oración en el lugar santo.

Sin embargo, entre pueblos más rudos de Asia el uso de campanillas en ritos de exorcismo puro y simple se ha arrastrado hasta nuestros días. En una ceremonia funeral observada durante la noche entre los miquemi, tribu tibetana próxima a la frontera septentrional de Assam, un sacerdote, cubierto fantásticamente con dientes de tigre, plumas multicolores, campanillas y conchas, llevaba a cabo una danza salvaje con el propósito de exorcizar a los espíritus malignos, mientras las campanillas tintineaban y las conchas entrechocaban en torno a su persona. Entre los kiranti, tribu del Himalaya central, que entierran a

sus muertos en lo alto de las colinas, «el sacerdote tiene que estar presente durante el entierro, y a medida que avanza junto al cadáver hacia la tumba golpea de vez en cuando con un palito un recipiente de cobre, al mismo tiempo que invoca el alma de la persona fallecida y le desea que vaya en paz y que se reúna felizmente con las otras que la han precedido en el camino al más allá». Ese golpear de un objeto de cobre durante un entierro ha podido tener por objeto, bien el acelerar la partida del espíritu hacia el lugar que le corresponde, bien alejar a los demonios que podrían molestarle en el camino. Pudo haber sido uno u otro de esos motivos el que en la antigüedad, cuando moría un rey de Esparta, hacía que las mujeres saliesen a la calle y las recorriesen dando golpes en una cacerola. Entre las tribus bantúes de los kavirondo, del África oriental británica, cuando una mujer se ha separado de su esposo y vuelto con los suyos sigue considerando como una obligación, a pesar de todo, llorar la muerte de él y participar en las ceremonias funerales que sean llevadas a cabo en su poblado. Para ello, «se ata a la cintura, en la espalda, un cencerro del ganado, recoge a sus amigos y todos juntos trotan hacia el poblado del muerto, mientras la campana va sonando de manera muy melancólica durante todo el camino». También en ese caso se puede pretender con el sonar de dicho cencerro mantener a prudente distancia al espíritu del muerto o, quizá, también llamar su atención sobre el correcto comportamiento de su viuda, que lo llora como es debido. En las comarcas del sureste del Borneo holandés existe entre los dyak la costumbre de hacer sonar gongs noche y día durante todo el tiempo que un cadáver permanece en la casa. La melancólica música comienza tan pronto como el moribundo ha exhalado el último suspiro. Se toca la melodía con cuatro gongs, cada uno afinado en un tono diferente, y se los golpea alternativamente con intervalos regulares de unos dos segundos. Hora tras hora, día tras día, suena la música, y

según se dice nada hay tan sobrenatural, ni siquiera el toque de difuntos de la Iglesia católica, que tanto conmueva al oyente como las notas solemnes de esos gongs fúnebres que suenan monótonamente y se van desvaneciendo poco a poco sobre los anchos ríos de Borneo.

Aunque no se nos dice el porqué de que los dyak de esa parte de Borneo batan continuamente los gongs cuando ha muerto alguien, podemos suponer que se tiene la intención de mantener alejados a los espíritus malignos antes que anunciar el fallecimiento a los parientes y amigos distantes; pues si sólo se tuviese la intención de poner en conocimiento de la vecindad el hecho de la muerte, ¿qué motivo habría para seguir tocando los gongs día y noche mientras el cadáver se encuentra en la casa? Por otro lado sabemos que en Borneo el sonido de los instrumentos metálicos es empleado a veces expresamente con el propósito de expulsar a los demonios. Un viajero inglés que recorrió el norte de Borneo cuenta que en una ocasión se alojó en una gran casa de los dusun, en la que habitaban hasta unos cien individuos con sus familias: «Al caer la noche se pusieron a tocar una rara especie de música en unos panderos metálicos. Se percibía claramente en ella un ritmo y melodía misteriosos, y cuando pregunté si aquello era *main-main* (es decir, si estaban haciéndolo por diversión) me respondieron que no, que un hombre se encontraba enfermo y que tenían que tocar toda la noche para mantener alejados a los espíritus malignos». También los dusun del norte de Borneo expulsan solemnemente de sus poblados a los espíritus malignos una vez al año, y durante el acto de expulsión se hacen sonar campanillas y se tocan gongs para apresurar la partida de los demonios. Mientras los hombres golpean gongs y tambores, las mujeres van en procesión de casa en casa, bailando y cantando al rítmico entrechocar de una especie de castañuelas de latón, que llevan en las manos, y al tintineo de campanillas, también de latón, que les

cuelgan en manojos de las muñecas. Una vez expulsados de las viviendas los demonios, las mujeres los persiguen aún hasta la orilla del río, en la que hay dispuesta una almadía para transportarlos más allá de los límites del territorio de la aldea. Figuras de hombres, mujeres, animales y pájaros hechas con las hojas de la palmera sagú adornan la balsa, y para hacerla aún más atractiva se depositan sobre sus troncos ofrendas de alimentos y vestidos y de vasijas de cocina. Una vez a bordo los espirituales pasajeros sueltan las amarras y la barca flota libre a merced de la corriente hasta que dobla el recodo más alejado del río y desaparece en medio de la selva. De modo que se envía a los demonios a un largo viaje del que se espera no vuelvan jamás.

Cuando en agosto de 1845 *sir* Hugh Low visitó una aldea de los dyak de las colinas de Sebongoh se le recibió con mucha pompa por ser el primer europeo que llegaba a aquel lugar. El viajero inglés se unió de buena voluntad a una plegaria dirigida al sol, a la luna y al rajá de Sarawak, en la que se pedía que la cosecha de arroz fuese abundante, que los cerdos fuesen prolíficos y que las mujeres fuesen bendecidas con descendencia numerosa de hijos varones; y fue señalando las peticiones y acentuándolas con el lanzamiento a cortos intervalos hacia el cielo de pequeños puñados de arroz amarillo, posiblemente con la intención de llamar la atención de las tres potestades o divinidades hacia las humildes plegarias de sus adoradores. Tras haberse entregado a tan edificantes devociones en una especie de escenario público situado delante de la casa, *sir* Hugh regresó a la veranda, donde el jefe del poblado, según las propias palabras del visitante, «ató a mi muñeca una campanilla, al mismo tiempo que me pedía que yo hiciese lo mismo con otra que me había entregado con ese fin y que se la atase a él en torno de la misma articulación de su mano derecha. Tras eso comenzaron a tocar los ruidosos gongs y tan-tanes, colgados de los maderos de un extremo de la veranda, y el jefe ató otra campanilla alre-

dedor de mi muñeca: su ejemplo fue seguido esta vez por todos los ancianos presentes, cada uno de los cuales me dirigió algunas palabras, o más bien las murmuró para sí mismo, palabras de las que no conseguí captar el significado ni adivinar el objeto. Cada uno de los que llegaron entonces traía con él varios bambúes de arroz cocido, y cada uno de ellos, a medida que se presentaba, añadía una más a las campanillas que había ya en mi brazo, de modo que éstas habían comenzado ya a hacérseme incómodas, por lo que solicité como favor se me atasen las que quedaban en la muñeca izquierda si con ello no se perturbaba la ceremonia. Y los que vinieron después hicieron lo que les había rogado, y amablemente me ataron las campanillas en el otro brazo». Aunque *sir* Hugh Low no explica el significado de esa costumbre de cargar de campanillas a un visitante para honrarlo, probablemente porque no lo conocía, podemos suponer que se tenía la amable intención de mantener alejados de él a los espíritus malignos.

El sacerdote patari de Mirzapur y numerosas clases de ascetas de toda la India llevan campanillas y carracas de hierro, que hacen sonar cuando caminan con el propósito de mantener alejados a los demonios. A lo que parece con similares intenciones, una clase especial de sacerdotes del diablo, entre los gonda, llamados ojhyals, llevan siempre campanillas colgadas del cuerpo. Parece probable que sean motivos semejantes los que en todas partes se hallen detrás de la costumbre de ponerse campanillas en los vestidos y en diversas partes del cuerpo, en especial en los tobillos, en las muñecas y en el cuello, ya sea en ocasiones particulares o durante prolongados períodos de tiempo: podemos suponer que originalmente se creía que el tintineo de las campanillas protegía a quienes las llevaban del ataque de demonios o espíritus. Por eso, en las provincias del sur de China es costumbre que los niños pequeños lleven campanillas; también las llevan los niños de las provincias del norte, pero éstos

van menos cargados de ellas; y las mujeres napolitanas llevan en los vestidos adornos de plata con campanillas como amuletos que las guardan contra el mal de ojo. Los yezidi, que tienen fe firme en el diablo, llevan a cabo al término de una de sus fiestas de peregrinación una ceremonia de la que podemos suponer pretende mantener alejado del rebaño de los fieles a ese voraz lobo. Se desnuda a un hombre y se le viste con el pellejo de una cabra, y alrededor del cuello se le cuelga una sarta de campanillas. Con esos arreos camina a gatas en torno a los congregados y emite sonidos que pretenden ser el balido de una cabra macho. Se cree que la ceremonia santifica a los reunidos, pero nosotros podemos suponer que esos efectos son alcanzados mediante el acto de rodear a los creyentes con una especie de cerco espiritual que resulta infranqueable para el enemigo de todo el género humano. Probablemente con la misma intención un sacerdote badaga, del sur de la India, se ata campanillas a las piernas antes de atreverse a caminar descalzo sobre las brasas encendidas de un foso de fuego, en el curso de una ceremonia solemne con la que se pretende, a lo que parece, conseguir abundancia en las cosechas.

En África, las campanillas son muy utilizadas por los aborígenes para ahuyentar los espíritus malignos, y no hay la menor necesidad de suponer que la costumbre haya sido siempre, o ni siquiera generalmente, tomada de prestado por los habitantes originales del continente a los europeos, puesto que los negros han creído en los espíritus y han conocido los metales y la manera de trabajarlos desde tiempos inmemoriales. Por ejemplo, el pueblo de habla yoruba de la Costa de los Esclavos cree que existen ciertos espíritus malvados llamados *abikus* que rondan por los bosques y los lugares deshabitados, y que llevados por el hambre devoradora que sienten se hallan muy dispuestos a establecer su morada en el interior de los cuerpos de las personas. Para conseguirlo están atentos al momento en que tiene

lugar la concepción de un ser humano y penetran entonces en el embrión situado en el vientre de las mujeres. Esos niños, cuando nacen, enferman y languidecen porque los hambrientos demonios que residen en su interior consumen lo mejor de los alimentos destinados a fortalecer a las criaturas. Para librar al infeliz niño de tan molesto huésped la madre suele ofrecer al demonio un sacrificio de comida, y mientras el espíritu maligno se halla ocupado en devorarlo la solícita mujer se aprovecha de su distracción y ata campanillas y anillos de hierro a los tobillos del niño, y más anillos de hierro a su cuello. Se cree que el entrechocar de los anillos y el tintineo de las campanillas tienen la virtud de mantener alejados a los demonios; de ahí que sea cosa frecuente ver a niños que caminan con los pies cargados de adornos de metal. Entre los baganda y los banyoro del centro de África se solía atar a los pies de los niños que comenzaban a andar pequeñas campanillas; y se explicaba esta costumbre diciendo que ellas ayudaban al niño a caminar o que le fortalecían las tiernas piernecitas; mas tal vez se tenía originalmente la intención de proteger al pequeño durante esos meses críticos frente a las asechanzas de los espíritus malos. Posiblemente con la misma intención, entre los baganda, los padres de niños gemelos solían llevar campanillas en los tobillos durante las largas y complicadas ceremonias que las creencias supersticiosas de su pueblo imponían en tales casos a marido y mujer; y continuamente, tanto durante el día como durante la noche, se tocaban tambores especiales, uno por el padre y el otro por la madre.

Entre los bogo del norte de Abisinia, cuando una mujer ha dado a luz recientemente sus amigas encienden una hoguera a la entrada de la casa y la madre con el niño camina en torno a ella, lentamente, al mismo tiempo que se hace mucho ruido con campanillas y hojas de palmera con el fin, según se dice, de ahuyentar los espíritus malignos. Se dice también que los gon-

da de India «siempre golpean un disco de latón cuando nace un niño, de modo que el sonido le pueda penetrar en los oídos y haga salir así cualquier obstrucción que pudiera impedirle la audición». El motivo asignado en este caso a la costumbre no es probablemente el original; más plausible resulta que en principio se pretendiese con el sonido del disco de latón proteger a la madre y al niño recién nacido contra los asaltos de los demonios, lo mismo que sucedía en el caso de las campanillas tocadas en similares circunstancias entre los bogo. Así, en las leyendas griegas se dice que los curetes bailaron alrededor de Zeus niño al mismo tiempo que golpeaban los escudos con las lanzas para cubrir los lloriqueos del recién nacido, no fuese que sus llantos atrajesen la atención de Cronos, su desnaturalizado padre, que tenía la costumbre de devorar a su descendencia tan pronto como salía del vientre de la madre. Podemos suponer que en esa leyenda griega se recoge el recuerdo de una antigua costumbre observada con el propósito de proteger a los niños pequeños frente a las numerosas causas de mortalidad infantil que los hombres primitivos podían atribuir a la acción de espíritus peligrosos y malévolos. Para ser más explícitos podemos suponer que en tiempos antiguos, cuando nacía un niño entre los griegos, el padre y sus amigos tenían la costumbre de armarse con lanza o espada y con el escudo y llevar a cabo una dan2a guerrera en torno a la criatura al mismo tiempo que golpeaban los escudos con las armas, en parte para ahogar con el ruido el llanto del recién nacido, a fin de evitar que sus gritos atrajesen a los espíritus que rondaban al acecho en el aire, y en parte también para ahuyentar con el estrépito a los demonios; mientras que para completar la derrota de los invisibles enemigos blandían las armas y hendían y perforaban vigorosamente con ellas el vacío aire. Al menos la conjetura viene apoyada por los siguientes ejemplos.

Un sacerdote español que escribía hacia comienzos del siglo XVIII ha descrito como sigue las prácticas observadas por los tagalos de las islas Filipinas cuando nacía alguna criatura. «El *patianak*, que algunos llaman trasgo o duende (si no se trata de una ficción, sueño o de los efectos de la simple imaginación), es el genio o demonio que acostumbra a molestarlos… A él atribuyen los efectos de un mal parto, y dicen que para hacerles daño, o para conseguir que extravíen el camino, ese ser misterioso se sube a un árbol o se esconde en algún lugar próximo a la casa en la que vive la mujer que está a punto de dar a luz, y desde allí canta a la manera de los que van de camino, etc. Para neutralizar los actos malvados del patianak, los naturales se desnudan y se arman de coraza, bolo, lanza y demás armas y de esa guisa se sitúan en el caballete del tejado, y también bajo la casa, lugares en los que dan cuchilladas y tajos al aire con el bolo y hacen numerosos gestos y movimientos encaminados al mismo fin». Según otra versión de la noticia, el marido y sus amigos se arman de espada, escudo y lanza y equipados de esa manera cortan y atraviesan furiosamente el aire, tanto encima del tejado de la casa como debajo de ella (pues las casas se levantan del suelo sobre estacas), con el propósito de aterrorizar y ahuyentar a los peligrosos espíritus que podrían causar daños a madre e hijo. Esos hombres armados que alejan de la criatura recién nacida al demonio con los tajos y lanzadas que dan al aire parecen ser la contrapartida salvaje de los antiguos curetes griegos.

Las creencias similares relativas al peligro que amenaza a los niños recién nacidos proveniente de enemigos espirituales han llevado a los salvajes kachin, de Birmania, a la adopción de precauciones muy parecidas con el fin de guardar a la madre y a su retoño. «En el momento de dar a luz la mujer, la comadrona dice: 'El niño se llamará esto o lo otro'. Si la buena mujer dejara de hacerlo, algún *nat* o espíritu maligno que se hallase por las

inmediaciones podría ser el primero en dar nombre a la criatura y con ello la haría languidecer y morir. Si tanto la madre como el hijo se encuentran bien, todo el mundo come y bebe alegremente y se bromea con el afortunado padre. Mas si el parto resulta demasiado laborioso resulta evidente entonces que los *nats* están interviniendo en él, por lo que se piden los servicios de un *tumsa* o vidente. Este hombre se dirige a otra casa del poblado *y* en ella consulta los bambúes (*chippawt*) para tratar de descubrir por medio de ellos si es el *nat* de la casa el que está interfiriendo, o si en cambio es un nat de la jungla el que ha venido y expulsado al *nat* guardián. A esos *nats* de la jungla se les llama *sawn*, y son los espíritus de los que han muerto al nacer o de muerte violenta. Como es natural están ansiosos de compañía, de modo que penetran en las casas pata tratar de apoderarse de la parturienta y del recién nacido. Si el bambú interrogado declara que el que está enfadado es el *nat* de la casa se trata de aplacarlo con la ofrenda de licores o mediante un sacrificio por la vía ordinaria. Mas si se comprueba que es un *sawn* el que ha tomado posesión del terreno se hace precisa la acción inmediata. Alrededor de la casa se disparan escopetas, así como a lo largo de los caminos que conducen a la aldea; debajo de la casa se disparan flechas, se blanden *dhas*, que son como espadas o cuchillos largos, sobre el cuerpo de la mujer, y por último se apilan trozos de viejos trapos, chiles y demás materiales susceptibles de producir un olor lo bastante desagradable bajo las levantadas tablas del piso y se les prende fuego y con ello se asusta y ahuyenta incluso a los más atrevidos y pertinaces espíritus». Respecto a esto mismo, un misionero católico nos informa de que entre los kachin, cuando está teniendo lugar un parto difícil, «es costumbre acusar a los espíritus de las mujeres que murieron al dar a luz de intentar causar la muerte de la madre y por ello se monta toda una cacería de ellos. Los nativos revuelven hasta los más escondidos rincones de la casa,

blandiendo lanzas y cuchillos, haciendo toda clase de ruidos, tanto más eficaces cuanto mayor es su sonoridad; incluso llegan a despojarse de las ropas junto a la paciente con el fin de horrorizar a los espíritus malignos. En la casa y fuera de ella se queman hojas putrefactas junto con arroz, pimienta y todo lo capaz de producir un humo apestoso; y sin cesar lanzan gritos, disparan carabinas, lanzan flechas, dan golpes y tajos con los cuchillos y espadas y penetran en la selva por el camino principal, sin abandonar toda esa conmoción, hasta que llegan al torrente más cercano, en el que, según piensan, consiguen definitivamente ahuyentar al sawn».

Cuando una mujer calmuca se halla con los dolores del parto su marido extiende una red en torno de la cabaña y corre de un lado a otro blandiendo una estaca y gritando: «¡Vete, demonio!», hasta que ha nacido el niño; hace todo eso con el fin de mantener a raya al espíritu maligno. Entre los nogais, tribu de tártaros, «cuando nace un muchacho todo el mundo acude a la puerta de la casa armado de cacerolas y levanta un gran estrépito con el fin, según dicen, de ahuyentar al diablo e impedirle que ejerza sus maléficos poderes sobre el espíritu de la criatura». En Boni o Bone, principado de las Célebes del sur, cuando una mujer se halla con los dolores del parto los hombres «a veces lanzan gritos o disparan una escopeta con el fin de ahuyentar de esa manera a los demonios o espíritus malos que están retrasando el nacimiento». Y cuando nace un príncipe, tan pronto como se le ha cortado a la criatura el cordón umbilical y se le ha separado de la placenta, se golpean y hacen sonar todos los instrumentos de metal empleados en la expulsión de los demonios «a fin de ahuyentar a los espíritus malignos». Con el mismo propósito se tocan tambores en las islas Aru, que se hallan al suroeste de Nueva Guinea, cuando un parto se retrasa demasiado. Según los naturales de las proximidades del golfo Burton, en el lago Tanganika, el espíritu de un cierto río que

desemboca en él es muy poco amigo de las mujeres preñadas, a las que impide dar a luz. Cuando una mujer se cree objeto de sus maquinaciones ordena que se ofrezcan determinados sacrificios y que se lleven a cabo algunas ceremonias determinadas. Se reúnen todos los habitantes del poblado y golpean tambores en las proximidades de la choza o cabaña en que se halla confinada la paciente, y gritan y danzan «para ahuyentar a los malos espíritus». Entre los Cingaleses de Ceilán cuando ha tenido lugar un nacimiento, «los gritos de la criatura son ahogados por los de la comadrona para que los espíritus de la selva no perciban la llegada a este mundo del niño y no le causen daño». De la misma manera, los antiguos romanos creían que las mujeres que habían dado a luz recientemente eran mucho más susceptibles de ser atacadas por el dios de los bosques, Silvano, que se introducía por la noche en las casas con el fin de vejar y de molestar a las puérperas. Por eso durante la noche tres hombres solían acercarse a los umbrales de la casa armados respectivamente con un hacha, un mango de mortero y una escoba; se detenían en cada una de las entradas, y mientras los dos primeros hombres golpeaban el umbral con el hacha y el mango, el tercero lo barría con la escoba. De esa manera creían proteger a la madre frente a los ataques de la divinidad de los bosques.

De manera semejante podemos suponer que en la antigua Grecia era costumbre, al principio, que hombres armados protegieran a las mujeres que iban a dar a luz y que las defendiesen contra sus enemigos espirituales con las danzas que ejecutaban en torno a ellas y con los golpes que daban en los escudos con las lanzas y espadas; e incluso cuando ya la antigua costumbre había caído en desuso entre los hombres desde hacía ya mucho tiempo, la leyenda podría narrar todavía cómo habían celebrado el rito los curetes en torno a la cuna de Zeus niño.

Pero dejando atrás esta digresión hemos de volver a ocuparnos del empleo de campanillas cuando se trataba de rechazar

los asaltos de espíritus y demonios. Entre los sunar, que son los que se dedican al trabajo del oro y de la plata en las provincias del centro de la India, es decir, los orífices y plateros, los niños y las jóvenes llevan brazaletes huecos en los tobillos, y en el interior de esos brazaletes hay campanillas que suenan con los movimientos de las personas que los llevan; mas cuando una mujer casada ha tenido ya varios hijos se desprende del brazalete hueco y lo sustituye por uno macizo. «En la actualidad se dice que si las jóvenes llevan en los tobillos brazaletes huecos con campanillas en su interior es para que se conozcan en todo momento las andanzas de la dueña y evitar que le asalte la tentación de hacer cosas prohibidas en los rincones oscuros. Pero la razón verdadera ha sido probablemente que esos objetos servían para ahuyentar los espíritus». Entre los nandi del África oriental británica, cuando una joven alcanza la edad en que ha de ser circuncidada recibe de sus enamorados y admiradores, en préstamo, campanillas de regular tamaño, que llevan usualmente ellos mismos en las piernas, pero que en esa solemne ocasión transfieren temporalmente a la damisela. Una joven popular entre sus conocidos recibe a veces diez, e incluso veinte, campanillas, y las lleva todas encima cuando se la somete a la dolorosa operación. Tan pronto como ésta ha sido llevada a cabo la joven se pone de pie y agita las campanillas sobre la cabeza, y a continuación se dirige al encuentro de su novio y le devuelve las campanillas que él le ha prestado. Si supiésemos por qué llevan regularmente los guerreros nandi campanillas en las piernas sabríamos también, probablemente, por qué las jóvenes llevan las mismas campanillas en la ceremonia de la circuncisión. A falta de información al respecto podemos suponer que se tiene a las campanillas por amuletos que protegen a los dos sexos frente a los peligros sobrenaturales a que cada uno de ellos se halla expuesto permanente o temporalmente en virtud de sus funciones especiales.

En la región del Congo, los naturales temen que los demonios les penetren en el cuerpo por la boca mientras beben; por eso en tales ocasiones recurren a diversos artificios para mantener alejados a esos seres peligrosos, y uno de esos artificios consiste en tocar una campanilla antes de cada trago de agua. Se ha visto en una ocasión a un jefe que se tomó de esa manera diez tarros de cerveza y que tocaba la campanilla mágica cada vez que se llevaba a los labios el bocal, al mismo tiempo que, a manera de precaución adicional, un muchacho enarbolaba la lanza del jefe delante de aquel dignatario para impedir que los demonios se le introdujeran en el vientre junto con la cerveza. En esa región también las gentes suelen llevar como amuletos campanillas que han sido encantadas por el hechicero, y esos amuletos tienen la virtud de proteger a su dueño contra la fiebre, los proyectiles y la langosta y de volverlo invisible. Entre los bakerewe que habitan en Ukerewe, la isla más grande del lago Victoria, se acostumbra a colocar una campanilla inmediatamente encima de la puerta de las casas y todas las personas que entran en la vivienda ponen cuidado en hacerla sonar golpeándola con la cabeza, no para anunciar su llegada como sucede en Europa, sino para mantener alejados a los espíritus malignos y para deshacer los encantamientos de los brujos. En el oeste de África, el sonido de las campanillas sirve para completar el estruendo general que acompaña a la expulsión periódica de trasgos de las moradas de los hombres.

Pero en África el llevar campanillas es cosa característica en especial de los sacerdotes, de los adivinadores y de los hechiceros cuando llevan a cabo sus solemnes ceremonias, ya sea con el fin de expulsar a los demonios, de curar las enfermedades o de revelar la divina voluntad a los mortales. Por ejemplo, entre los akamba del África oriental británica, los magos llevan campanillas o cencerros de hierro atados a una correa de cuero y los hacen sonar cuando están prediciendo el porvenir; se supo-

ne que el tintineo de la campanilla atrae la atención de los espíritus. Uno de esos hechiceros dijo a C. W. Hobley que había soñado que Dios le encargaba que llevase puesta aquella campanilla, de modo que él hizo un viaje especial al territorio de los kikuyu para conseguirla y al regreso ofreció un convite de cerveza y sacrificó un buey para ganarse la voluntad de los espíritus. Entre los galla del África oriental la casta de los sacerdotes (*lubas*) es diferente de la casta de los exorcistas (*kalijos*), mas tanto los unos como los otros llevan campanillas cuando celebran los ritos que les son propios; y el exorcista va armado además de un látigo, con el que no vacila en golpear vigorosamente a su paciente con el fin de expulsar al demonio, que según se supone se ha apoderado de la persona enferma. También entre los fan del Gabón un hechicero ocupado en detectar un brujo lleva atadas a las muñecas y a los tobillos numerosas campanillas, y afirma que el sonido de ellas le sirve de guía para encontrar al culpable en medio de la multitud de ansiosos y excitados mirones. Los ho de Togo, en el oeste de África, creen en la existencia de una especie de demonio que trabaja como un esclavo o espíritu sin experiencia, que hace multiplicarse milagrosamente las conchas que sirven de dinero en el lugar en que un hombre las guarda y también las cosechas en sus campos. El nombre del ser tan servicial es Sowlui, y es cosa curiosa que los ho den precisamente el mismo nombre al sonido de las campanillas que los sacerdotes de esa tribu, como los sacerdotes hebreos de la antigüedad, se sujetan a la orla de las vestiduras. Entre los banyoro del centro de África, el dios del lago Alberto se ponía en comunicación con los mortales a través de una profetisa que llevaba una orla de conchas y de campanillas de hierro en sus vestidos de cuero, y cuando caminaba la orla se movía igual que las ondas de un lago. En la misma tribu el dios de la abundancia, llamado Wamala, que aumentaba la descendencia humana lo mismo que la del ganado y las cosechas, era repre-

sentado por un adivinador, que pronunciaba oráculos en nombre de la divinidad. Cuando se hallaba dominado por el trance profético se colocaba campanillas en los tobillos y dos pellejos blancos de becerro alrededor de la cintura, con una hilera de campanillas de hierro colgándole del borde inferior de las pieles.

Estos ejemplos pueden ser suficientes para demostrar cuan extendido ha estado el uso de las campanillas en los ritos mágicos o religiosos y cuan general ha sido la creencia de que su tintineo tenía la virtud de ahuyentar a los poderes malignos. De algunos de los ejemplos que he citado se desprende que, a veces, se supone que el sonido de las campanillas no sirve para alejar a los demonios tanto como para llamar la atención de espíritus benévolos o guardianes, mas en conjunto la virtud de atracción de esos instrumentos musicales en el ritual primitivo es bastante menos pronunciada que la repulsiva. El empleo de campanillas con fines de atracción más que de repulsión puede corresponder a aquel estado más adelantado de la conciencia religiosa en el que el temor al diablo es superado por la confianza en Dios, o cuando el deseo de los corazones piadosos no es tanto huir del demonio como acercarse a la divinidad. De una manera o de otra las costumbres y creencias recogidas en este capítulo pueden servir para ilustrar, y quizá para explicar, la costumbre judía con que lo hemos comenzado, ya fuera que se creyese que el sacerdote repelía a los demonios cuando atravesaba el umbral del templo llevando sus vestiduras de color violeta, o que llamaba la atención de la divinidad por medio del tintineo de las campanillas de oro.

INDICE ANALITICO

Aarón, hermano de Moisés, su tumba en el monte Hor, 334; en el libro del Exodo, 558

Aaronitas, sacerdotes, 509, 558

Abana, río, en Líbano, 440

Abel, 50, 53; su supuesta tumba, 440

Abigail, 380-382, 385

Abimélek, su coronación bajo una encina, Abisinia, abisinios, 268, 274-275, 331, 536, 580; sus costumbres funerarias, 512-513

Abortos de becerros, enterrados bajo el umbral del establo, 430-431

Abraham, sus tratos con los hijos de Het, 81-820 su alianza con Dios, 205 ss.; la partida de Ur hacia Canaán, 191, 192, 205; y sus hijos Ismael e Isaac, 232; la encina de, 440, 447, 449, 450-451; su encuentro con los tres hombres junto a las encinas de Mamré, 447-449; el pozo que él excavó, 451

Absalón, abad, 549

Abu Habba, emplazamiento de la antigua ciudad de Sippar, 75

Abu Harireh, mezquita, 437

Acacio, conde amigo de Constantino el Grande, 449

Acaya, en Farae, 309

Aceite, vertido sobre piedras sagradas, 299, 314-316

Ackawois, de la Guyana británica, su relato del diluvio, 133-135

Acrópolis de Atenas, 537

Acuerdos de paz, formas de concluirlos, ver Paz, acuerdos de Adán, 25, 26, 31, 32, 85, 88, 90, 193, 197

Adam (hombre), 11; hecho de arcilla roja, 25

Adamah, en hebreo, tierra, suelo, 11, 25

Addison, sobre el hombre de la campanilla, 567

Adivinación, por medio de una copa, 545-346; a través del agua, 345-346; por la tinta, 347; por medio de hojas de té o posos de café, 349; también por medio de plomo o cera fundidos, 349

Adonai, en lugar de Hehová, al leer las Escrituras en voz alta, 83

Adonías, hijo de David, dejado de lado por su padre, 223

Adopción, ceremonia de, entre los galla, 276; entre los kikuyu, 279-280; ficción de un nuevo nacimiento como, 288; entre los klemantan, 289

Adornos, que sirven de amuletos, 388-389

Afganistán, las arboledas sagradas y *zyarats*, 457-458

África, relatos sobre la creación del hombre, 20-21; la marca tribal, 50; relatos sobre el diluvio, 169-172, 173; narraciones parecidas a la de la torre de Babel, 193-1:95; ceremonias en los acuerdos de paz, 208-210, 211-212; la ultimoginetura, 268-269; temor supersticioso de ciertas tribus al herreo, 285; los juramentos sobre las piedras, 331-332; la aversión a contar o ser contados, 413-414, 415; respeto por los umbrales, 424; sacrificios a los árboles sagrados, 446; las tribus de pastores, sus recipientes para hervir la leche, 489-490; incisiones en los cuerpos y rapado de cabellos en ceremonias funerarias,

511-512; utilización de campanillas para ahuyentar a los espíritus malignos, 512, 579-580, 584-585

— central, rocas y piedras sagradas, 312, los bahima, 348; los baganda, 405; los banyoro, 340, 586

— oriental, tribus cuyas costumbres se asemejan a las de los semitas, 274-287; uso de pieles de víctimas de sacrificios en las transferencias de gobierno, 286; la aversión a contar o ser contados, 414-416; costumbres funerarias, 429, 576-577

— occidental, relatos de escaleras celestiales, 305; trampas tendidas a las almas por las brujas, 387; se hacen sonar campanillas para expulsar a los trasgos, 585; los ho, de Togo, 586

Agamenón, su asesinato, 53; forma de tomar juramento a los griegos, 206; liberación de, 213; ofrenda de cabellos en su tumba, 510

Agami trompeta, ver Pájaro trompetero

Agricultura, nómada, entre los lushai, 241; entre los naga, 244; sistema permanente 587de, 244, 245, 247-248; entre los garo, 257; desatendida por los pueblos del pastoreo, 502. *Ver también* Cultivo

Agripina, madre de Nerón, su espíritu evocado por el hijo, 404

Agua, de la Muerte, en la epopeya de Gilgamesh, 71; en Atenas, la Festividad de los portadores de, 93; linces de, animales míticos en el relato algonquino de una gran inundación, 154-155; espíritus de, ver Espíritus, del agua; personificada, 342-343; de hacer la paz, 215, *ver también* Paz, acuerdos; adivinación por medio de, 345-349; ordalía, para probar la legitimidad de los recién nacidos, 359-360

Aguara Tunpa, ser sobrenatural entre los chiriguanos, 139-140

Aguilas, se supone que recobran la juventud, 30; anunciando el diluvio, 145-146

Ahogados en un río, se vengan sus muertes, 342

Ahogarse, hombres en trance de, el temor a salvarlos, 339

Ainó, de Japón, talan los árboles causantes de muertes, 534

Ainu, *ver* Aino

Aislamiento, de los homicidas, 51-58; de los guerreros que han matado a algún enemigo, 59-63

Ait wäryâgäl, de Marruecos, sus normas en relación con el calostro, 490

Aix, Parlamento, ordenó la ejecución de una yegua, 553

Akamba, de África oriental británica, lenguas y parentesco, 275; ceremonias con ocasión de un nacimiento, 276; uso de pieles de las víctimas de sacrificios en los tratados de alianza, 281-282; la costumbre de Ungir determinadas piedras, 315; forma de jurar sobre las piedras, 331-332; resistencia a contar el ganado o decir el número de sus hijos, 415; cómo disponen de las armas con las que han matado a un hombre, 535; campanillas o cencerros de hierro llevados por los hechiceros, 585

Akikuyu, de África oriental británica, creencia en el contagio causado por un homicida, 53, 56; lengua y parentesco, 275; ceremonia del segundo nacimiento, 276-279, 287, 296-297; el «nacido de una cabra», 276-278, 287, 296-297; sus dos comunidades, 278, 279; ceremonias de adopción, 279; de circuncisión, 277, 280, 287; uso de pieles de víctimas de sacrificios en las alianzas, 286-287; de pieles de cabra en el ceremonial, 287; creen que es mala suerte decir el número de sus hijos, 415; sus arboledas sagradas, 455-456; creencias en lo que se refiere a las vasijas para la leche, 496; mellan las armas con las que han matado a alguien, 534-535

Alaska, los esquimales, 21, 62, 64, 167-169, 173, 182, 187, 348, 382, 383, 409-410, 494; relatos sobre la creación del hombre, 21; sobre una gran inundación, 162-164, 167-168, 169, 173, 182; los indios tlingit, 162-164, 200, 512; los kigani, 512

Alba Longa, 355

Albania, albaneses, sus costumbres en relación con el paso del umbral, 426

Albanios, del Cáucaso, ritos de purificación, 216

Albanos, montes, 355

Albanos, de Alba Longa, su pacto con los romanos, 213

Alberto, lago, en África central, el dios de, y su profetisa, 586

Alboroto, para ahuyentar a los espíritus, en las islas Fidji, 63

Alcmena y Júpiter, 336

Alcmeón, el matricida, perseguido por el espíritu de su madre, 53, 54

Alejandro Magno, 93, 175, 177

Alemania, investigadores y misioneros en África, 44, 67, 170, 172; las hipótesis sobre los relatos del diluvio, 178, 180; la ultimogenitura, 237; creencias con relación al recuento del dinero, 419; supersticiones acerca del cruce del umbral, 426, 429; las campanas de las iglesias tocan para alejar a los malos espíritus, 565; y durante las tormentas, 568-569. *Ver también* Prusia, prusianos

Alfeo, río, 98

Alianza, de Dios con Abraham, 205ss.; ratificación, partiendo por la mitad a las víctimas de sacrificios, 206, 208-212, 215-218, 227-228; utilización de pellejos de víctimas de sacrificios en, 281-287;

Código, ver Código de la Alianza

Alimentos tomados sobre las piedras, propiedades mágicas de, 329-330

Almas, de los muertos, suben al cielo por un cable de plata, 306; escaleras para uso de, 307-308; se las encierra en una bolsa para ponerlas a salvo, 383; de seres vivos, se recogen y guardan, 381-385; se cree poder extraerse al hombre en vida, 382; las

brujas y magos las atrapaban con redes y trampas, 385-387, 388

Almirantazgo, islas, relato sobre el origen se la muerte, 43; el de una historia parecida a la de la torre de Babel, 197-198

Al-Muqayyar, la antigua Ur de los caldeos, 191

A-louyi, del alto Zambeze, historias semejantes a la de la torre de Babel, 193-194

Alsacia, la ultimogenitura, 237

Altares en encinas y terebintos sagrados, 446-448

Altdorf, y el monasterio de Weingarten, 568

Altmark, ceremonias matrimoniales, 426; tañido de campanas para alejar las tormentas, 568

Alto Senegal, el culto a la Tierra, 54, 55

Amboyna, creencia de que la fuerza de una persona reside en sus cabellos, 364

Ambrym, isla, en las Nuevas Hébridas, comunicación con los muertos, 406

América, relatos sobre la creación del hombre, 21-25; relatos sobre el diluvio, 128ss.; difusión de las tradiciones diluviales, 173

— central, relatos de un diluvio, 141-144, 150.

— del Norte, historias del diluvio, 144-169, 173, 177 *también* América; Indios americanos

— del Sur, relatos del diluvio, 128-140, 150, 173. Ver *también* América; Indios americanos.

Americano, río, 461

Amiens, la ultimogenitura en la comarca, 236

Amizaduga, rey de Babilonia, 75

Ammon, los terebintos, 442

Amos, profeta, 308, 479, 507

Amoy, evocación de los muertos, 410-412

Amram, padre de Moisés, 360

Amuletos, se hacen entrar en ellos a las almas de los niños mediante conjuros, 383; como ornamento, 388-389

Amulius, rey de Alba Longa, 355

Ana, su luto por Dido, 511

Anal, de Assam, su relato de una gran inundación, 107-108

Anatiua, desenterrado por los indios carayas, 131

Andaman, islas, relato de un diluvio, 116-117, 173; el llanto como forma de saludo, 321

Anderson, Dr. John, sobre la ultimogenitura entre los shan, 250-251

Andes, cordillera, la frecuencia de las tormentas, 570

Andree, Dr. Richard, sobre relatos de inundaciones, 67

Anfiarao, adivino muerto, su santuario en Oropo, 300-301

Anfltrio, y la muerte de Pterelao, 367

Angami, de Assam, la ultimogenitura, 244, 245; su sistema de agricultura permanente, 244

Angel del Señor, su encuentro con Gedeón, 447

Angelus, Bret Harte sobre, 563-564

Angola, el lago Dilolo, 170

Angoni, de África central británica, ceremonias en el cruce de los ríos, 341. *Ver también* Ngoni

Anillos y pulseras, hechas con la piel de animales víctimas de sacrificios, 276, 281, 283-286

Animales, en el arca de Noé, discrepancias en cuanto a los puros e impuros, 84, y la explicación que dan los hebreos para aclarar la distinción, 505-506; se cortan en trozos para ratificar alianzas y juramentos, 206-220, 227, 229; sacrificados en los umbrales, 431-432; salvajes, algunas tribus de pastoreo se abs-

tienen de comer su carne, 502-504; en ocasiones, han sido castigados por herir o matar a las personas, 533-538, 539, 551-553. 55¿; la venganza de sangre con, 522, 535; personificación, 535-536; la Iglesia católica los ha exorcizado en ocasiones, 540-542, 551; como testigos en juicios por asesinato, 555. *Ver también* Castigo de animales homicidas; ejecución de animales; juicio y castigo de animales; persecución de animales

Ankole, los bahima, 275; los bairo, 500

Annam, relato sobre el origen de la muerte, 48; uso de campanas en los exorcismos, 575

An-odjium, un mago en las leyendas esquimales, 168

Antiguo Testamento, idea de la personificación de la tierra, 53; trazas de ultimogenitura, 232-233; el llanto, como forma de saludo, 318-319; las «casas del alma», 388-389; la aversión de los hebreos a dejarse contar, 415; los Guardianes del Umbral, 432; encinas y terebintos, 433, 441, 444; los «lugares altos» de los cananeos, 436, 452; ritos funerarios, 460; la ley mosaica, 471; y el Deuteronomio, 479-480; la crítica moderna basada en la fecha del Códice Sacerdotal, 484

Antílope negro, piel, en el simulacro del segundo nacimiento, 291

Anu, el padre babilónico de los dioses, 72-74, 77

Anunaki, personajes de la mitología babilónica, 73

Aornum, en Tesprotia, el oráculo de la muerte, 399

Apamea Cibotos, en Frigia, leyenda sobre una gran inundación, 95

Apion, un gramático del que se dice evocó el espíritu de Homero, 403

Apolo, su ira contra Hércules, 98; su estatua en Roma, destrozada, 539

Apolodoro, su relato sobre el diluvio de Deucalión, 91

Apolonio de Tiana, la evocación del espíritu de Aquiles, 403

Apulia, en Driumse veneraba al adivino

Calcas, 304

Aquelarres de brujas y hechiceros, 565

Aquelo os, el dios río, 54, 92; y Hércules, 337

Aqueronte, río de Tesprotia, 399-400

Aquiles, su espíritu evocado por Apolonio de Tiana, 403; ofrenda de cabellos al difunto Patroclo, 510

Arabes, el manuscrito sobre el arca de Noé hallado en el convento de santa Catalina, en el monte Sinaí, 90; ceremonias en recuerdo del diluvio, 94; su país fue cuna de la raza semita, 275; el culto a las piedras, 309, 329; en la fiesta junto a la encina de Mamré, 450; la ley del Talión, 476; las mujeres acostumbran a arañarse el rostro y raparse los cabellos en señal de duelo, 509; costumbres funerarias, 529

— de la Arabia Pétrea, medidas que se toman con los animales que hayan dado muerte a personas, 536

— del Moab, ceremonias de redención, 217, 219; su culto a los terebintos, 442, 443; costumbres funerarias, 508, 509-510. *Ver también* Moab — de Siria, la aversión a contar sus tiendas, jinetes o ganado, 420. *Ver también* Siria

Arafoo, de Nueva Guinea holandesa, sus ataques al mar, 343

Araguaya, río brasileño, en las historias de los indios carayas sobre una gran inundación, 130, 131

Arakan, los kumis, 18-19; los kamee, 252-253; los mru, 260

Aral, mar de, su nivel en la antigüedad, 100

Araña, en el relato de la creación del hombre, 19

Arañarse la cara, en señal de duelo, 509, 510, 511, 517

Ararat, monte, 166

Arawaks, de la Guyana británica, su relato sobre el origen de la muerte, 41; su relato de un diluvio, 135

Arbol, de la ciencia del bien y del mal, 26-29; de vid a, 27-32; de la muerte, 29-32; en Moab, morada de un espíritu o *wely*, 443; el dios del, concebido bajo forma trimórfica, tanto en Sikém, 448, como en Hebrón y Romove, 449

Arboledas sagradas, *ver* Sagradas, arboledas; Arboles sagrados

Arboles, espíritus de, atravesados con una lanza, 284; sagrados, 443-445; y los sacrificios de sangre que se les hacen, 445-446, 450; su culto fue denunciado por los profetas hebreos, 445, 446, 453-454; huesos de personas fallecidas depositados en, 462; se abaten los que han causado la muerte de alguna persona, 534. *Ver también* Sagradas, arboledas

Arca de Noé, en el relato del diluvio, 85-86, 88-90, 178, 179, 533, 545; el manuscrito sobre, hallado en el con ven to de santa Catalina de monte Sinaí, 90; interpretado como símbolo del sol y la luna, 180.*Ver también* Diluvio universal Arcadia, leyenda de una gran inundación, 97-98, 99

Arcilla, el primer hombre fue hecho de, 11-25; cuerpos de homicidas recubiertos de, 61, 64; en las patas de los pájaros soltados por Xixutrus, 69; para embadurnarse con ella en señal de duelo, 463, 466, 523, 524, 527, 528

Arcontes, en Atenas, su juramento sobre una piedra, 331

Areópago, los juicios que allí tenían lugar, 206-207

Argelia, la aversión a contar o ser contados, 416

Argólida, Cleómenes, rey de Esparta, pretendió invadirla, 338

Argyle, condado, historia del rey de Sorcha y el pastor de Cruachan, 372-373

Ariconte, héroe de una leyenda brasileña sobre el diluvio, 128-129

Arios, su establecimiento en el Punjab, 104; su historia de una gran inundación, 107; el pisar una piedra, como parte de su rito matrimonial, 330; abstención por parte de la recién casada de pisar el umbral de su nuevo hogar, 426; de Europa, *ver* Pueblos arios de Europa

Ariosto, Ludovico, y la leyenda de Sansón y Dalila, 362

Aristino, su pretensión de haber nacido de nuevo, 290, 291

Aristófanes, en *El banquete*, su relato acerca del estado primitivo del hombre, 25; acerca del juicio contra un perro, 537

Aristóteles, sobre el diluvio en tiempos de Deucalión, 91-92

Arizona, los indios hopi o moqui, 23, 574; los indios pima, 23-24, 61-62, 64; relatos sobre un diluvio, 144-146; los indios pueblo, 574

Arlequin es, en la historia, 378

Armas, las que han matado a alguien se destruyen o queman, 534-535; de fuego, se disparan para ahuyentar a los malos espíritus de las parturientas, 583

Armenia, en la narración babilónica de una gran inundación, 69-70; la fusión de la nieve de sus montañas provoca el desbordamiento del Tigris y Eufrates, 184-186; el rey Arsaces, 333-334; supersticiones sobre el recuento de verrugas, 419; las mujeres se arañaban la cara en señal de duelo, 510

Arnobio, y el culto a las piedras, 314

Aromas, frascos de, para guardar las almas, 389

Arras, la ultimogenitura en la comarca, 236

Arroz, sistemas seco y húmedo de su cultivo, 247-248

Arsaces, rey de Armenia, su traición fue descubierta, 333-334

Arteaga, del Sudán angloegipcio, su negativa a hervir la leche, 493

Artois, la ultimogenitura, 236

Aru, islas, protección de las mujeres que han dado a luz recientemente contra los demonios, 583

Arunta, de Australia central, 384-385; precauciones hacia los espíritus de los asesinados, 62-63, 64; el silencio de las viudas, 463-464, 466-467; laceraciones corporales en las ceremonias funerarias, 525, 526, 528

A-se-lu, espíritu esquimal, 21

Aser, tribu, 448

Ashanti, su versión sobre el origen de la muerte, 37-38; su historia semejante a la de la torre de Babel, 194-195

Ashdod, el dios filisteo Dagonen, 421

Asherah (singular), *asherim* (plural), postes sagrados en los «lugares altos» de Israel, 454) 459

Ashraf, del Sudán angloegipcio, su negativa a hervir leche, 493

Asia, narraciones acerca de una gran inundación, 95, 99-101, 172-173, 175; utilización de instrumentos metálicos para alejar a los malos espíritus, 574-579

— Menor, 95, 99, 100

— meridional, la ultimogenitura, 240-265

— nororiental, la ultimogenitura, 265-268, 269

— occidental, los arios en el Punjab, 104

Asiría, los archivos recuperados en Ninive, 70; intención retributiva de los sacrificios, 213-214; las mujeres se arañaban el rostro en señal de duelo, 510

Asís, basílica, 564

Asociación de ideas, magia simpática basada en, 494

Asquelón, en el relato de Jeremías, 508

Assam, relatos sobre la creación del hombre, 19; leyendas sobre una gran inundación, 108-109; historias semejantes a la de la torre de Babel, 197, 198-199; relatos sobre el origen de la diversificación de las lenguas, 198-199; ceremonias de paz, 210-211, 212; juramentos de amistad, 211, 214-215, 219; sacrificios de animales, 217-218, 219; ceremonias para facilitar los partos, 225; la ultimogenitura, 240, 242-245, 246-247, 250-252, 254-255, 258-259, 270, 271; sistemas agrícolas de cultivo, 241, 244, 247-249, 251, 254, 257; los dormitorios comunales para solteros, 248-249, 257; lengua y características físicas de sus habitantes, 253-254; el principio matrilineal, 254-255, 258-259, 270; como lugar de establecimiento de tribus mongoles, 259; juramentos sobre las piedras, 332; la venganza de los ahogados, 342; formas de adivinación, 348-349; la protección a las parturientas, 581-583; ceremonias funerarias de las tribus tibetanas vecinas de sus fronteras, 576

Astarté, en Hierápolis, 93, 94, 221. *Ver también* Hera

Astidamia,, muerta por Peleo, 216, 224

Asurbanipal, descubrimiento de los restos de su biblioteca, en Nínive, 70, 75, 185

Asur-nirari, rey de Asiría, 213, 214

Atapasca, familia de lenguas indias americanas, 158

Atenas, la tumba de Deucalión, 91, 92; templo de Zeus Olímpico, 92; Festividad de los Portadores de Agua, 93; juicios en el tribunal del Areópago, 206-207; las consultas oraculares, 302; allí se detuvo Pandaro de vuelta a Tesalia, 303; la piedra sobre la que juraban los arcontes, 331; proceso y castigo de animales y objetos inanimados, 537-538

Atenea, surgiendo de la cabeza de Zeus, 471

Atheraka, de África oriental británica, mellan las armas con las que han matado a alguien, 535

Atica, leyes sobre homicidios, 51, 52, 55; el santuario de Anfiarao, en Oropo, 500; su rey como juez en el *pritaneo* de Atenas, 537

Atila, luto por, 511

Atkin son, reverendo J. C, sobre el enterramiento de becerros prematuros bajo el umbral del establo, 430

Atletas en Olimpia, su juramento, 207

Atonga, de África central británica, ceremonias del paso del umbral por parte de la novia, 426

Atosa, mujer de Jerjes, su evocación del espíritu de Darío, 402

Atrakasis, héroe del relato babilónico sobre el diluvio, 74, 75, 78. *Ver también*

Utanapistim

Auchmithie, en el condado de Forfar, irritación de las pescaderas al ser contadas, 418

Australia, leyendas acerca de la creación del hombre, 13; las historias de un diluvio, 117-118, 173; laceraciones en el cuerpo entre los aborígenes en señal de luto, 523-531

— central, relatos acerca de la resurrección de entre los muertos, 45; las *churingas* de los aborígenes, 384-385; costumbres funerarias, 525-526, 528

— central y del norte, ritos funerarios de las viudas y demás mujeres después de una muerte, 462-468

— occidental, costumbres funerarias, 524-525, 526-527, 530; los aborígenes queman las lanzas con las que han matado a alguien, 534

Austrica, familia lingüística meridional, 253, 260

Autun, proceso contra las ratas en su diócesis, 543

Aversión de la gente a contar o ser contada, 413-420

Avetoro, en el relato de un diluvio, 160

Awome, o nuevos calabares, del delta del Niger, sus ceremonias de paz, 211-212

Azgar, tribu del Sahara septentrional, 402

Aztecas, su costumbre de trasquilar el pelo a brujas y magos, 365

Azul, río, nombre actual del Yabbok, 335

Baal, templo, 435

Baalim, entre los cananeos, señores de las alturas boscosas, 452, 457, 459

Babel, torre, 164, 188ss.; leyendas judías posteriores relativas a, 189-190

Babil, templo en Babilonia, 190

Babilonia, concepción acerca de la creación del hombre, 11; la historia de una gran inundación, 68-78, 85-87, 176, 186; el cautiverio de los judíos, 79, 87, 453, 471, 482, 484, 507, 508; inundaciones anuales, 172, 184-185; leyendas hebrea, griega e hindú del diluvio derivadas de, 87, 174-175. *Ver también* pp. 94, 188, 190, 191, 192, 205, 342, 357, 473, 482

Bacon, lord, sobre el toque de campana en caso de tormenta, 570

Badaga, de las colinas Neílgherry, la ultimogenitura, 264; ofrendas de los naturales a los ríos cuando los cruzan, 340-341; sacerdotes con campanillas sujetas a las piernas cuando caminan sobre brasas, 579

Baganda, de África central, ceremonias al cruzar los ríos, 339; espíritus de reyes muertos consultados como oráculos, 405; negativa a hervir la leche, 492; la costumbre de cocer a escondidas carne en la leche, 494-495; normas sobre las vasijas para la leche, 496; prohibición de tomar verduras y leche al mismo tiempo, 501; descuido de la agricultura por miedo a da-

ñar al ganado, 502; campanillas sujetas a los pies de los niños, 580; campanillas en los tobillos de los padres de niños gemelos, 580. *Ver también* Uganda

Bagdad, las inundaciones, 185-186; veneración del umbral en los palacios de los califas, 423

Bagesu, de África oriental británica, costumbres en lo que se refiere al homicidio, 56-57; ceremonias de paz, 208

Bagobas, de Mindanao, su narración acerca de la creación del hombre, 18

Bahima, o banyankole, de Ankole, afinidades étnicas, 275; formas de adopción 289-290; adivinación por medio del agua, 348; negativa a hervir la leche, 491, 492, 493; no se lavan por miedo a dañar las vacas, 495-496; reglas para mantener separadas la leche y la carne, 497; no toman leche y carne juntas, 498; ni beben leche comiendo verdura, 499-500; sólo comen la carne de determinados animales salvajes, 504

Bahkunjy, tribu australiana, sus costumbres funerarias, 526

Bahnar, de la Cochinchina oriental, relatos sobre el origen de la muerte, 46; sobre un diluvio, 109-110

Bailli, Jehan, procesamiento de una cerda de su propiedad, 551-552

Bairo, de Ankole, no beben leche cuando comen verduras, 500

Baityl-os, baityl-ion, en griego, piedras redondas y negras, 316

Bakewere, del lago Victoria Nyanza, se sirven de las campanas para protegerse de los espíritus malignos, 585

Bakongo, del bajo Congo, el disgusto a ser contados, ellos o sus hijos, 413-414

Balaam, la divinidad habló por boca de su burra, 555

Ballenas, ceremonias observadas entre los esquimales de la bahía Langton por haberles dado muerte, 62

Ballout, denominación genérica de la encina en Palestina, 433

Bambala, del Congo, su relato parecido al de la torre de Babel, 194

Bambara, del Niger superior, ofrecimiento de sacrificios a los muertos en el umbral de la casa, 432; sus sacrificios a los árboles sagrados, 446

Bangala, ver Boloki

Banias, el Tívoli sirio, 440

Banks, islas, relato de la creación del hombre, 15; historia de cómo los hombres no sabían morir, 42; el culto a las piedras, 309-310

Banquete, El, de Platón, 25

Bantúes, tribus del sureste de África, relato sobre el origen de la muerte, 38-40; creencia de que los ríos están habitados por demonios o espíritus malignos, 339; de Rodesia, consulta a los espíritus de jefes muertos, como oráculo, 405-406; del golfo de Kafvirondo, ver Kavirondo

Banu mugira, tribu árabe, ritos funerarios, 509

Banyankole, de África central, *ver* Bahima

Banyoro, de África central, sacrificios al cruzar los ríos, 340; negativa a hervir la leche, 493; normas referentes a las vasijas para contenerla, 496; no beben leche cuando comen verduras, 500-501; las tribus de pastores se abstienen de comer la carne de la mayoría de los animales salvajes, 504; los niños llevan campanillas, 580; las profetisas portan orlas de conchas y campanillas de hierro, 586

Boababs, sacrificios rituales, 446

Baoul, de la Costa del Marfil, el alma de un jefe, encerrada en una caja, 387

Bapedi, del sur de África, relato de una gran inundación, 170

Baram, en Borneo, 289

Barawan, de Borneo, sus ceremonias de adopción, 289

Bareè, lengua hablada por los toradja, *ver* Toradja

Baris, monte, 70

Barolong, del sur de África, su forma de hacer la paz, 210, 216

Baronga, del sur de África, culpan al camaleón de haber traído la muerte al mundo, 39

Barro, se embadurna la cabeza de los homicidas, 62; también los deudos y amigos del muerto en señal de duelo, 512

Basan, en Palestina, 89, 434

Basilea, gallo juzgado y ejecutado, 553-554

Bastar, una provincia de la India, rapado y tortura de brujas, 265

Basutos, su historia del origen de la muerte, 39; purificación de los guerreros que han dado muerte a un enemigo, 59-60; historias de una gran inundación, 170; en qué consisten sus ceremonias de purificación, 216

Batak, de Sumatra, relato de un diluvio, 112; cómo ratifican las alianzas, 214; normas sobre la herencia, 264-265; historia de la primitiva unión del cielo y la tierra, 306; evocación de los muertos, 408-409

Bateso, de Uganda, uso de campanillas para alejar a los espíritus de las tormentas, 572; costumbres en relación con las personas que han sido heridas por un rayo, 572

Bautismo de sangre entre los jóvenes wachaga, 221-222

Baviera, supersticiones acerca del recuento de panes y pastelillos, 419; las montañas de Böhmerwald, 562-563

Ba-yaka, bantúes del bajo Congo, precauciones que toman hacia los espíritus de los hombres asesinados, 59; ejecución de un perro que había robado, 536

Bean, clan de los baganda, especialmente devoto del río Nakiza, 339

Beaupré, cerca de Beauvais, toro condenado por las autoridades de la abadía cisterciense, 553

Beber, en una calavera para inspirarse, 405; se supone que los demonios penetran en el cuerpo al, 584-585

Becerro de oro, culto, 308

Becerros prematuros, enterrados bajo el umbral del establo, 430-431

Bechuanas, del sur de África, sus leyendas sobre el origen de la muerte, 39; cómo establecen alianzas, 210

Bedel, tártaros de Siberia, su relato sobre la creación del hombre, 14-15

Beduinos, sus distintivos tribales, 50; violentas relaciones entre un padre y los hijos ya crecidos, 270-271; las tumbas de los jeques, 442; se frotan rostro y brazos con ramos verdes de terebinto, 444

Begare, abadía, 236

Beinu, en Siria septentrional, el encinar sagrado, 435

Beirut, antiguo, el árbol encantado, 440-441

Bel, o Marduk, dios babilónico, 11, 78, 191

Belén, en Palestina, 380, 433

Beluchistán, las novias pisan la sangre de una oveja vertida en el umbral, 431-432

Benat Ya kob (hijas de Jacob), espíritus, 434

Bendición de Isaac, cómo la con siguió

Jacob, 273-274

Bengala, golfo, las islas Andaman, 173

Benjamín, «hijo de la mano derecha», 232, 247, 299, 345; su encuentro con José, 318

Benuajakun, de la península malaya, su relato de un diluvio, 110

Beocia, y su relación con Ogiges, 95, 96; formas de purificación pública, 216; los habitantes de Tespias rendían culto al amor, 309

Berberecho, su matrimonio con un cuervo, 164-165

Berna, las autoridades persiguieron una especie de sabandija llamada *inger*, 545-546

Beroso, su relato de la gran creación del hombre, 11; sobre la tradición babilónica de una gran inundación, 68, 70, 75, 78, 85

Bersa-bee, en el desierto de Canaán, Jacob se alejó en dirección al norte, 298

Betel, Jacob en, 80, 298ss., 314, 317; el templo, 308; la «casa de Dios», 299, 309, 316; la encina, 448

Betsileo, de Madagascar, sus piedras sagradas, 315

Betsimisaraka, de Madagascar, su historia de un cable entre el cielo y la tierra, 306

Bhil, de la India central, su relato acerca de un diluvio, 106-107; forma de vida, 263-264; la ultimogenitura, 264, 265; la costumbre de rapar el pelo y torturar a las brujas, 365

Bila-an, de Mindanao, en las islas Filipinas, su relato acerca de la creación del hombre, 17-18

Bilaspore, en la India, el llanto como forma de saludo, 321-322; niños recién nacidos enterrados en la entrada de las casas, 429-430

Bilis de animales sacrificados, se embadurna con ella a los asesinos, 60

Birmania, los karen, su versión acerca de la creación del hombre, 14; relatos de un gran diluvio, 108, 172; historia semejante a la de la torre de Babel, 197; ceremonias para firmar la paz, 214-215; los chin, 217; una ciudad de, su rey la hizo inexpugnable por medio de sacrificios humanos, 225; la ultimogenitura, 240, 252, 259; los kachin, 245-250, 259-260, 581-583; como lugar de establecimiento de tribus mongoles, 259; concepción de los ríos como seres humanos, 342; campanillas en los ritos religiosos, 575-576, 578; los dusun, 577

Birs-Nimrud, templo en ruinas, en Borsippa, 190, 191

Bisección de víctimas de sacrificios, en las alianzas, juramentos y purificaciones, 206-219; humanas, 222-229. *Ver también* Sacrificios; Víctimas de sacrificios

Bishnoi, del Punjab, enterramiento de niños muertos en el umbral de las casas, 430

Bismarck, archipiélago, relato sobre el origen de la muerte, 41

Bisontes, víctimas de sacrificios en promesas de amistad, 214-215

Blackstone, *sir* Williams, sobre la ultimogenitura, 238, 240, 243, 270; sobre la *mercheta*, 239; sobre el *deodand*, 556

Blancos, caballos, sacrificados al río, 338

Blanqueado, del rostro de los mediums como forma de atraer la atención de los espíritus, 405-406; con arcilla blanca de pipa, del cuerpo de las viudas en el duelo, 463, 466, 527, 528, *ver también* Arcilla Bludan, en las cercanías de Damasco, 435

Bobo, del alto Senegal, sus costumbres en relación con los derramamientos de sangre y homicidios, 54-55

Bocca di cattaro, sus costumbres relacionadas con el cruce del umbral de su nuevo domicilio por parte de la novia, 426

Bogo, de África oriental, formas de vida y reglas de sucesión, 268; la costumbre de prestar juramento sobre una piedra, 331; sacrificio del ganado que haya causado la muerte a personas, 536; hacen sonar campanillas para ahuyentar a los espíritus malignos del cuerpo de las mujeres que han dado a luz recientemente, 580

Böhmerwald, montes, en Bohemia, el toque de difuntos, 562

Bokor, entre los nativos de Malekula, un creador, 15

Bolivia, historias de un diluvio, 139-140

Boloki, o bangala, del alto Congo, sus costumbres en relación con el homicidio, 57-58; negativa a contar los hijos, 314

Boloton, el país de los muertos, entre los tonganos, 520

Bombay, estado, las piedras sagradas, 314; en la isla Salsette, es el novio a quien cruzan en brazos sobre el umbral, 428

Boni, o Bone, principado de las islas Célebes, golpean instrumentos de metal y disparan armas de fuego para ahuyentar a los malos espíritus del cuerpo de las mujeres que han dado a luz recientemente, 583

Bonin, islas, y el maremoto del Pacífico, 183

Bonnach, nombre de piedra en un a leyenda celta, 371

Borana— gallas, pintan el rostro de quienes han dado muerte a un enemigo, 61. *Ver también* Galla Borgoña, proceso contra las ratas en la diócesis de Autun, 543

Borneo, los dyak, 16; relatos de un diluvio, 113-114, 173; ceremonias de adopción, 289; los kayan, 408, 459; uso de gongs, campanillas y otros instrumentos de metal en los exorcismos, 577

Bornholm, isla de la corona danesa, privilegios de hijo más joven, 237

Borough inglés, 234-236, 247; *sir* William

Blackstone sobre, 238-239

Borsippa, las ruinas del templo de Birs-Nimrud, 190, 191

Bósforo, se dice que su apertura provocó una gran inundación, 99-100, 101, 187

Bosnia, turcos de, formas de adopción, 288. *Ver también* Turcos

Bosquimanos, sus relatos acerca del origen de la muerte, 33-34

Bosquimanos tati, o masarwas, de Bechuanalandia, desierto de Kalahari y sur de Rodesia, su historia del origen de la muerte, 35-36

Boulia, en Queensland, las costumbres funerarias, 524

Bouraton, persecución de ratas y ratones por sus habitantes, 550-551

Bourke, John G., sobre el exorcismo de brujas mediante campanillas entre los indios pueblo, 574

Bourke, el río Darling, la tribu bahkunjy, 526

Bowditch, isla, historia de la creación del hombre, 14

Brabante, la ultimogenitura en Brimbergthe, 236

Brahamanes, cabeza de familia, simulacro de un segundo nacimiento, 291-292; utilización de una piedra en las ceremonias de boda, 330

Brahmaputra, río, su valle como vía de emigración, 256, 259

Brahui, dé Beluchistán, paso de la novia sobre la sangre derramada en el umbral de su nuevo hogar, 431-432

Brasil, relatos acerca de un diluvio, 128-132; los indios tupi, 322-323

Brazaletes ceremoniales, hechos con la piel de animales sacrificados, 276-277

Bret Harte, sobre el Angelus, 563-564

Bretaña, la ultimogenitura, 236

Bronce, ruido de, para ahuyentar espíritus, 559-560; armas de, en Palestina, 222

Brown, Dr. George, sobre la «ofrenda de sangre» en los ritos funerarios samoanos, 521

Brujas y magos, se suponía que su poder residía en los cabellos, 364-365; atrapan a las almas de los humanos con trampas o redes, 386-387; evocan a los muertos, 403-404; se tañen las campanas de las iglesias para ahuyentados, 565-566

Buckland, William, sobre las pruebas que demuestran que existió un diluvio universal, 179

Buda, budismo, 104, 474; campanillas en su culto, 576

Budde, profesor K., sobre los primitivos

Diez Mandamientos, 486, 487

Bueyes, víctimas de sacrificios en ceremonias de purificación, 55, 59-60, y en los juramentos, 207, 210, 450; acorneadores, 533ss.; proscritos en Roma por arrancar mojones al arrastrar el arado, 539

Buitre, por qué es negro y blanco, 144; en el relato de un diluvio, entre los masai, 171; en las profecías de Miqueas, 507

Bulgai, canciller de la corte de Mangu Kan, 422

Bulgaria, formas de adopción, 288; negativa a hervir la leche, 493-494

Bullom, de Sierra Leona, se niegan a arrojar pieles de naranja al fuego, 490, 491

Bunyoro, pueblos de pastoreo que evitan cultivar la tierra, 502. *Ver también*

Banyoro

Burckhardt, J. L., sobre las relaciones entre padres e hijos mayores beduinos, 270-271

Burdeos, el peregrino autor de *Itinerario de Jerusalén*, 449

Burns, poeta, 560

Burton, golfo, en el lago Tanganika, los nativos de la región protegen de los espíritus a las mujeres que han dado a luz recientemente, 583

Busoga, en África central, culto a las rocas y piedras, 312

Butm, nombre que dan los palestinos al terebinto, 441

Bworana galla, de África oriental, ceremonia de acceso a la mayoría de edad, 280-281. *Ver también* Galla Byron, lord, sobre el toque de vísperas, 563

Caballos, destruyeron a los primeros hombres hechos de arcilla, 19-20; en el arca de Deucalión, 93; su utilización en los juramentos, 207; blancos, sacrificados a los ríos, 338; se da muerte a los de hombres fallecidos, 514; las colas y crines se cortan en las ceremonias de duelo, 514; juzgados y condenados, 553

Cabello, se supone que la fuerza de las personas reside en, 364-367; dorado, se cree que en él reside, además, la vida, 366-367; en señal de duelo, se corta y ofrenda a los muertos, 507-517, 528-529, 532; esparcido sobre los cadáveres, 516; el del muerto lo llevan sus parientes en forma de collar, 524

Cabeza de Vaca, sobre el llanto como forma de saludo entre los indios norteamericanos, 32

Cable de plata, que conecta el cielo con la tierra, 306

Cabras portadoras de mensajes de inmortalidad al hombre, 36-38; sacrificios rituales, 55, 56, 57, 221-222, 285, 312, 446, 450; se cortan en trozos en los juramentos de fidelidad, 213-214, 281; su pellejo se usa en ceremonias rituales, 60, 221, 276, 281, 285, 579; en la ceremonia del segundo nacimiento o «nacido de una cabra», entre los akikuyu, 276-278, 287, 296-297; en las de circuncisión, 280; el dios Ngai, de los akikuyu, en ocasiones no las acepta para sus sacrificios, 455; en el primitivo Decálogo, 489; los masai no comen su carne, 504

Cabrito, se corta en dos trozos en las ceremonias de paz, 208-209, 211, 227, 229; pieles de, y Jacob, o el segundo nacimiento, 273ss.; no se debe cocer en la leche de su madre, 485ss.

Cadáveres secados sobre fuego lento, entre los narriyeri, 524-525

Café, posos, adivinación a través de, 349

Caída del hombre, 26ss., 48

Caín, la marca de, 59ss. Calavera real, el *médium* bebe en ella para inspirarse, 405

Calcas, el adivino, 206, 304

Califas de Bagdad, la veneración del umbral de sus palacios, 423

California, relatos sobre la creación del hombre 21-23; acerca de un diluvio, 146-147; los indios maidu, 200; los indios gallinomera, 513; la misión española de Dolores, 563. *Ver también* Indios californianos

Calirroe, la actual Zerka Main, en Moab, 329

Calmucos, su veneración a los umbrales, 424; mantienen a los demonios alejados de las parturientas, 583

Calostro, normas observadas respecto a, 490-491

Caloto, en Colombia, la fama de sus campanas, 570-572

Calvicie artificial en señal de luto, 507-509, 519, 527

Camaleón, mensajero de la inmortalidad a los hombres, 39; algunas tribus africanas lo odian y matan, 39-40; y el lagarto, su historia, 39

Cambridge, enterramiento de terneros prematuros muertos en caminos transitados por el ganado, 431

Campana, de la capilla protestante de La Rochelle, 555; de Benedictus, 562; de los muertos, *ver* Toque de difuntos. *Ver también* Campanas de iglesia; Campanillas de oro

Campanas de iglesia, se tañen para alejar las tormentas, 559-560, 567-569, 570-573; a los malos espíritus, 559-564; o para ahuyentar a brujos y brujas, 565-566; consagración, 569-570

Campanillas, de oro, 588ss.; prendidas en las vestiduras de los sacerdotes judíos, 558, 586; se cree que ahuyentan a los demonios, 558; usadas en exorcismos, 559-560, 565-567, 572-580, 584-586; como protección contra los rayos, 572-573; se cuelgan de los visitantes a los que se desea honrar, 578; los sacerdotes y ascetas de la India las llevan sobre ellos, 579; y las mujeres napolitanas, 579; también los niños en China, 579, en África, 580, y entre los sunar, 584; se hacen sonar para impedir que los demonios entren en el cuerpo, 584-586; utilizadas por sacerdotes, hechiceros y curanderos en África, 585; se usan en el ritual religioso para atraer o rechazar, 586. *Ver también*

Campanas de iglesia

Canaán, cananeos, su historia del diluvio fue tomada por los hebreos, 87; Abraham abandonó Ur para residir en, 191, 192, 205; la oscura historia de los sacrificios de Gezer, 222-225; veneración por el lugar de Bet—el, 300; las piedras sagradas de sus santuarios, 308-309, 316; los «lugares altos», 308, 435-437¡, 439, 452ss.; los *Baalim*, o señores de las alturas boscosas, 452, 457, 459; la ley del Talión, 476

Canales, sistema de, en Babilonia, 185

Canción del Diluvio, de los indios luiseños, 147

Cangrejo, en el relato sobre el origen de la muerte, 41-42; se supone que recobra la juventud con la muda del caparazón, 42; en el relato de una gran inundación, 109

Canoas, preparadas por una posible inundación, 120, 183

Canon, realización, 477

Cantáridas, pleito de los habitantes de Coire contra, 546

Cantón, la necromanda, 410; la costumbre de conducir a la novia sobre carbones encendidos, 425

Capitolino, museo, en Roma, la figura en bronce de una loba, 356

Caracalla, evocó los espíritus de Severo y Cómodo

Carmelo, monte, sus bosques de encinas, 433, 434; sacrificio de Elías para impetrar la lluvia, 456

Carne, no debe ponerse en contacto con la leche, 496-499; de reses, no se come a la vez que se bebe leche, 496-501

Carneros, usados en los juramentos, 206; negros, como víctimas de sacrificios, 282, 283, 284; una vez sacrificados, se duerme sobre sus pieles, 300, 304

Carolinas, islas, relato acerca del origen de la muerte, 44-45

Carpini, plano, sobre el hecho de tocar el umbral de la tienda de un príncipe tártaro, 422-423

Cartagineses, sus prácticas funerarias, 511

Casamientos, uso de pieles de víctimas de sacrificios en, 281; por rapto, supuestas reminiscencias, 427-428

Casas, comunales, 248-249, 257; «del alma», denunciadas por Isaías, 388-389

Caspio, mar, como antiguo integrante de un vasto mediterráneo ponto-araliano, 100

Cassel, la ultimogenitura en los distritos de los alrededores, 256

Castigo, de animales homicidas, 533-538, 539, 551-553, 556, *ver también* ejecución de animales, juicio y castigo de animales, Persecución de animales; de objetos inanimados que hayan causado la muerte de alguna persona, 534-535, 537, 538-539. 555-557, *ver también* Juicio y castigo de objetos inanimados; Objetos inanimados

Castillo del Olvido, en el relato de Procopio, 334

Castor, en los relatos acerca del diluvio, 155, 158, 159, 160, 161, 162

Catlin, George, sobre la historia de los indios mandan referente a un diluvio, 148-149

Cáucaso, los albanios, 216; los mingrelianos, 511; los osetes, 511

Cautiverio de los judíos en Babilonia, 79, 453, 470, 482, 484, 507, 508

Caza, los pueblos de pastoreo no la suelen comer, 502-505; abunda en el país de los masai, 503-504

Caza de almas, Ezequiel denunció esta práctica, 385-386

Cefisos, río de Beocia, 12

Ceilán, 19, 583

Célebes, islas, relatos sobre la creación del hombre, 15-16; sobre el origen de la muerte, 40-41, 43-44; sobre una gran inundación, 114-115, 173, 187; los toradja, 306, 307, 341, 342-343, 387-388, 402, 408, 491, 535; en el alumbramiento de un niño, el alma de la madre se guarda aparte, 383; en Minahassa un sacerdote recoge las almas de todos los miembros de una familia, 383; y en Boni se ahuyenta a los demonios y espíritus malos con gritos y disparos, cuando una mujer está en parto, 583

Celtas, regiones, el *borough* inglés en, 234, 235; los antiguos, arremetían contra las olas del mar, 342; probaban la legitimidad de sus hijos arrojándolos al Rhin, 360; semejanza de alguna de sus leyendas con la de Sansón y Dalila, 367-369, ^ 371-373, 377

Cenizas, cuerpos tiznados con, en señal de luto, 528

Centralización del culto en un solo santuario, su insuficiencia teórica e inconveniencia práctica, 480

Cera fundida, en las formas de adivinación, 349

Ceram, isla, historia de una gran inundación, 173; creencia de que la fuerza de una persona reside en sus cabellos, 364

Cerdas, juzgadas y ejecutadas, 551-553

Cerdos, los suk no comen su carne, 502; como víctimas de sacrificios, en ceremonias de purificación, 56; para ratificar un juramento, 214; salvajes

Cielo y tierra, relatos de una antigua comunicación entre, 305-308

Ciervos, tendones del corvejón, algunas tribus indias de Norteamérica acostumbran a cortarlos y tirarlos, 343

Cimerios, la arribada de Ulises a su país, 398, 531

Cingaleses, de Ceilán, protegen a los recién nacidos de los espíritus del bosque, 583

Cinnamomum, cassia, 249; *caudatum*, 249

Cinos, puerto de Opus, morada de Deucalion, 91

Circuncisión, entre los wachaga, 209, 221, 280; los kikuyu, 277, 280; los wasamba, 280; en la ley mosaica, 474; entre los nandi, 498; femenina, en los nandi, 584

Ciro, su venganza del río Gindes, 342

Clavigero, F. S., sobre la historia de un diluvio entre los mexicanos, 141

Cleomenes, rey de Esparta, sus sacrificios al río y el mar, 338

Cleónice, Pausanias evocó su espíritu, 400

Cleveland, municipio del condado de York, entierro de becerros prematuros bajo los umbrales, 430

Cobre, río, en Alaska, 62

Cocito, río cercano al Aqueronte, en cuya corriente se escuchaban lamentos angustiosos, 399

Coco, aceite, utilizado en ritos de adivinación, 348

Cochinchina, los bahnar, 46; relatos de una gran inundación, 109-110, 172

Códice Sacerdotal, 10, 76, 79-87, 471, 474, 484, 533, 558; el escritor, 81, 82, 84

Codificación y legislación, su diferencia, 471

Código de Napoleón, 473; de la Alianza, 475, 477, 486, 533, 540; malayo, 535;

Deuteronomio, *ver* Deuteronomio; Le vírico, ver Levítico; Sacerdotal, ver Códice Sacerdotal

Código escrito, sustituyó a la tradición oral con la reforma de Josías, 476-479

Cofres, almas encerradas en, 387

Coire, sus habitantes procesaron a las cantáridas, 546

Cole, *ver* Ho

Cólera, sacrificio de perros para combatirlo, 217-218, 219; su personificación, 218

Colonia, el Concilio Provincial acerca del poder sobrenatural de las campanas, 559

Colorado, río, en las narraciones de una gran inundación, 158

Columbia, u Oregon, río del estado de Washington, 166; las tribus chinook, 513

Columbia británica, relato de un diluvio, 165-167; los nativos rechazan los censos, 417; el silencio de viudas y viudos entre los indios, 461-462, 466. *Ver también*

Indios americanos, de Columbia británica

Columnas sagradas en los santuarios cananeos, 308-309. *Ver también* «Lugares altos».

Cómodo, la evocación de su espíritu por Caracalla, 404

Concubinato con la mujer del arrendatario, el supuesto derecho, 239

Conchas, las fósiles evidencian la realidad del diluvio de Noé, 96, 178-179; también las marinas prueban su existencia, 114, 168, 178; ensartadas, para atrapar en ellas las almas de los enemigos, 387-388

Conder, capitán C. R., sobre la mala suerte que supone pisar el umbral, 421; sobre los *mukâms,* sepulcros de los santos mahometanos, 437-439

Confesión de los pecados en el cruce de un río, $41

Con fusión de las lenguas, relatos, 189, 196-201

Congo, relatos sobre el origen de la muerte, 45-46

— alto, costumbres en relación con el homicidio, 57-58; la negativa a contar los hijos, 314

— bajo, las precauciones que se toman contra los espíritus de los asesinados, 59; tradiciones acerca de un diluvio, 169-171; oposición de los nativos a contarse o ser contados, 413-414; la ejecución de animales, 536; se hacen sonar campanillas para evitar que los demonios entren en el cuerpo mientras se bebe, 584-585

Consagración de las campanas de las iglesias, 569-570

Constantino, emperador, su templo, junto a la encina de Mamré, 449; la carta a Eusebio, 449-450

Constanza, el tañido de las campanas de iglesia durante las tormentas, 568

Contaminación causada por el homicidio, 51-53. 55, 56

Continencia en las fiestas religiosas, 451

Copa, de José, 345 ss.; como instrumento para la adivinación, 345-346

Copais, lago en la Beocia central, hoy desaparecido, 12; sus cambios anuales, 96-97

Coptos, de Egipto, la costumbre de que la novia atraviese el umbral de su nuevo hogar pisando la sangre de una oveja sacrificada, 432

Corderos, negros, sacrificados para evocar a los espíritus, 404; es de mala suerte contarlos, 418

Cornualles, *borough* inglés, 234-235; de la Bretaña francesa, la ultimogenitura, 236

«Cortar una alianza», «cortar promesas», 206

Costa de los Esclavos, pueblos de lengua yoruba, creen en la existencia de espíritus malignos que rondan por los bosques, 579-580

Costa de Marfil, los baoul, 387

Costa de Oro, relato sobre el origen de la muerte, 36

Costa sajona, con referencia a la ultimogenitura, 234

Costilla del hombre como origen de la mujer, 9, 10, 14-15, 23

Coxcox, o Teocipactli, en un relato mexicano del diluvio, 141

Coyote, en el relato sobre la creación del hombre, 22; profecías sobre la llegada de un diluvio, 145; en el relato de una gran inundación, 165

Crantz, D., sobre el relato groenlandés de un diluvio, 168-169

Creación del hombre, 9ss.

Creador, con forma de escarabajo, 24-25

Cristiandad nestoriana en China, 111

Cronos, su advertencia a Xixustrus de que piensa destruir a los hombres por medio de un diluvio, 69; materializado por los griegos en piedras consagradas, 316; devorando a sus hijos, 580-581

Crook, general, en el territorio de los moqui, 574

Cruachan, en las narraciones celtas, 372,373

Cruce, de ríos, ceremonias, 338-342; del umbral, se debe adelantar el pie derecho, 426

Crustáceos, se supone que son inmortales porque mudan la piel, 42; según los esquimales centrales, los encontrados en las cimas de las montañas quedaron allí a consecuencia de una gran inundación, 168

Cuchillo de pedernal, usado en los sacrificios, 213

Cuerda, cortada en dos trozos, en las ceremonias de paz, 209

Cuerno oriental de África, 274-275

Cuervo, creó a la primera mujer, 19, 21; fue soltado desde el arca, 73-74, 90, 152; en las historias algonquinas de una gran inundación, 151, 152, 156, 157; y la tórtola, en el relato de un diluvio entre los indios dené, 161; en la religión y mitología de los tlingit, 162-164; cómo volvió a crear a la humanidad después del diluvio, 163; en la mitología de los indios haida, 164-165

Cultivo, sistema nómada, 241, 247-249; sistema permanente, 244, 245, 247-249; del arroz, sistemas de secano y regadío, 247-248. *Ver también* Agricultura

Culto, a las piedras, 309-310, 312; a los ríos, 338-341; a los árboles, denunciado por los profetas hebreos, 445, 446, 453-454; la centralización en un solo santuario, su insuficiencia teórica e inconveniencia práctica, 480; a los muertos, 532; el de los antepasados constituye la forma de religión primitiva más ampliamente difundida y de mayor influencia, 532

Cumanus, inquisidor, rapaba a las brujas, 364-365

Curaciones reveladas en sueños en los santuarios, 300

Curanderos o hechiceros encargados de descubrir brujerías, 585-586

Curetes, protegieron a Zeus niño, 580-581, 584

Cuzco, las leyendas de los indios peruanos, 24, 139

Czaplika, M. A., etnóloga polaca, sobre la ultimogenitura en Rusia, 237-238

Chaco, los indios lengua, 323

Chaibasa, puesto militar en la India, 261, 262

Chasseneux, o Chassenée, Bartolomé de, defensor de las ratas, 543

Chauhan, de las provincias centrales de la India, el llanto como saludo, 322

Chebar, río, el destierro del profeta Ezequiel, 483

Cheremises, de Rusia, su relato acerca de la creación del hombre, 20; sus arboledas sagradas, 458

Chile, relato de un gran diluvio, 133, 283

Chin, de los cerros fronterizos entre Asamy Birmania, juramentos de amistad, 214-215, 219; sacrificio de un perro cuando hay cólera, 217-218, 219; personifican el cólera, 218; la ultimogenitura, 252

China, misioneros nestorianos, 111; enciclopedia, 112; no se conservan tradiciones acerca de un diluvio, 172-173; la ultimogenitura, 240; los kachin, 248-249; los shan, 251-252; emigración de las tribus mongoles, 259-260; necromancia y evocación de los muertos, 410-412; los Guardianes del Umbral, 422; precauciones al objeto de evitar que las recién desposadas pisen los umbrales, 425; uso de gongs en los exorcismos, 572-573, 574-575; y de campanillas, 579

Chindwin, río, utilizado por los primitivos pueblos mongoles como vía de penetración en Birmania, 259

Chingpaw, de la alta Birmania, *ver* Kachin

Chinigchinich, una deidad californiana, 21

Chiow otmahke, un creador, según los pima, 145

Chittagong, los kumis, 18-19; los kookies o kukis, 533-534; los mru, 260

Chivos expiatorios, 474

Cholula, en México, la pirámide, 195; relato parecido al de la torre de Babel, 195-197

Chorlito, o frailecillo, en un relato del diluvio, 160

Chota Nagpur, 19, 260, 261; los mundá, 19, 456

Chotur Khan, región de nieve y hielos, en una leyenda de los montañeses de Gilgit, 377.

Chukchee, del noroeste de Asia, las planchas para hacer fuego, 267; ultimogenitura, 267

Chiringa, bastones y piedras sagradas de los aborígenes del centro de Australia, 384-385

Dagon, dios filisteo, sus adoradores no pisaban el umbral de su templo, 421

Dalila, y Sansón, 362-364, 366-367,377,378

Dálmacia, se laceran el rostro en señal de duelo, 511

Damara, *ver* Herero

Damasco, la marcha de sus habitantes hacia Bludan durante los calores del estío, 435

Dan, la antigua, en las fuentes inferiores del Jordán, 440

Dante, sobre el toque de vísperas, 563

Danza del toro, entre los mandan, 149

Dardanelos, la gran inundación debida a la apertura del estrecho de, 100-101, 187

Dardania, o Troya, fundada por Dárdano, 99. *Ver también* Troya

Dárdano, el diluvio de su época, 95, 97, 98-99, 104, 187; nacido en Peneo, 97, 98, emigró a Samotracia, 97, 99; fue arras-

trado por el mar sobre un pellejo hinchado a la deriva hasta el monte Ida, donde fundó Troya, 99

Darío, la reina Atosa evocó su espíritu, 402-403

Darling, río, costumbres funerarias de los aborígenes de sus riberas, 523-524, 526, 530-531

Daulis, en Fócida, sus ruinas, 12

David, rey, y Salomón, 79; el hijo más jo ven, 233; su encuentro con Jonatán, 318-319; y Abigail, 380-381; aludido por el espíritu de Samuel, 395; su pecado por empadronar al pueblo de Israel, 413, 417, 420; su maldición al monte

Guilboa, 540

Daw son, sir J. W., sobre el relato del diluvio en el Génesis, 179-180

Debata, un creador, 112

Débora, nodriza de Rebeca, enterrada bajo una encina, 448

Decálogo, el primitivo, 485-489, 495; contraste entre los aspectos ritual y moral, 488-489; el moral está elaborado bajo la influencia de los profetas, 488. *Ver también* Diez Mandamientos

Defoe, Daniel, sobre el Angel Exterminador, 413

Dejanira, y Hércules, 337

Delagoa, bahía, el frecuente contacto de los thonga con europeos, 492

Delfos, oráculo, 533, 290, 539; el trípode, 98; unción de piedras, 314

Demonios, hombres armados los alejan de las mujeres que han dado a luz recientemente, 580-584. *Ver también* Espíritus

Deodand, ley inglesa, 556-557

Derby, *borough* inglés en,

Derecho, supuesto, de concubinato con la mujer del arrendatario, 239; consuetudinario oral israelita, 476, más antiguo

que el escrito, 476-478; del más joven, ver *Ultimogenitura*

Desauli, dios tutelar de los poblados mundá, 456-457

Desio, octavo mes del calendario macedónico, 69

Deucalión, y el diluvio, 91-96, 175; su tumba en Atenas, 92; se dice que fundó el santuario de Hera, en Hierápolis, a orillas del Eufrates, 93; así como sus servicios conmemorativos, 94; su relato del diluvio se asocia con Tesalia, 101-102, 104, 187

Deuteronómico, Código, ver Deuteronomio

Deuteronomio, sobre la condenación de los «lugares altos», 454, 476; como 5.º libro del Pentateuco, 475-480; posibles fechas de composición y promulgación, 477-479; la influencia de los antiguos profetas, 479; su carácter ético y religioso, 479, 5TO» los Diez Mandamientos, 485; prohibición de las incisiones por los muertos, 508

Devon, el *borough* inglés, 234

Día de Reyes, víspera, los aquelarres, 566

Dialecto, *ver* Lenguas Dido, luto por, 511

Dientes de los asistentes a un duelo, se los arrancan, 519-520, 522

Dieri, del centro de Australia, el silencio de las viudas, 466, 467

Diez Mandamientos, los primitivos, 485-489, 494, 495. *Ver también* Decálogo

Diez Tablas, leyes, sobre los ritos funerarios, 510

Diezmos, pago de, como la mejor forma de ahuyentar a la langosta, 542

Difuntos, toque, *ver* Toque de difuntos

Difusión, de costumbres y creencias, 67-68; geográfica de las narraciones del diluvio, 172-177

Digesto o *Pandectas*, de Justiniano, 472

Dijon, juicio y condena de un caballo, 553

Dilolo, lago de Angola, 170

Diluvio universal, 66ss.; el relato sumerio, 68, 75-78, 174; el babilónico, 68-78, 85-87, 174, 186; el hebreo, 78-90; en el Génesis, 83-85, 88, 95, 174, 178; discrepancias en torno a su duración, 84; comparación de los relatos babilónico y hebreo, 85-88; y Noé, 85-86, 88-90, 178, 179, 533, 545; el manuscrito árabe hallado en el convento de santa Catalina, en el monte Sinaí, 90; historias griegas antiguas de una gran inundación, 91-106, 176; en relación con las monedas encontradas en Apamea Cibotos, 95; conchas y fósiles marinos, como argumento a favor de su existencia, 96, 114, 168, 178-179, 187; historias hindúes antiguas de un gran diluvio, 104-106, 176; historias hindúes modernas, 106-108; en Oriente, 108-112; en el archipiélago índico, 112-117; en Australia, 117-118; en Nueva Guinea y Melanesia, 118-121; en Polinesia y Micronesia, 121-128; en Suramérica, 128-140; en América central y México, 141-144; en América del Norte, 144-169; Canción del, entre los indios luiseños, 147; conmemoración anual entre los indios mandan, 149-150; leyendas en África, 169-172; difusión geográfica de sus narraciones, 172-177; relación entre unas y otras, 173-177; no es el origen de todos los demás relatos sobre una gran inundación, 173-174, 178; el origen de las narraciones acerca del diluvio, 177-187; componentes legendario y místico, 186-187; la venganza de sangre, revelada a Noé una vez terminado, 533

Dillon, capitán navegante, sobre el llanto como saludo, 320-321

Dimas, hijo de Dárdano, 97

Dinamarca, no hay trazas del derecho de ultimogenitura, 237; es mala suerte contar los huevos, pollos, las flores y frutas, 419

Dinero, creencia alemana sobre su recuento excesivo, 419

Diodoro Siculo, sobre el simulacro del segundo nacimiento en la adopción, 288

Dios, envía un mensaje de inmortalidad a los hombres, 36-37; se revela a Elias en el monte Horeb, 337

Dioses, sangre de, en la creación del hombre, 11, 15; sueños en los que se aparecen, 300-304; incisiones en su honor, 509

Disfraces para engañar a los espíritus, 62, 527

Diwata, un creador, 18

Dobu, isla de Nueva Guinea, reclusión de los homicidas, 51-52

Documento, Jahvista, 10-11, 76, 79, 82-88, 475; escritor, 25, 26, 31, 82, 85; la versión del relato del diluvio, 83-88; Sacerdotal, *ver* Códice Sacerdotal Dodona, templo de Zeus, se cree que fue erigido por Deucalión y Pirra, su esposa, 92

Dólmenes en Palestina, 328-329

Dolores, misión española en California, 563

Dooadlera, un creador, 15

Dormir en los santuarios para recibir revelaciones durante el sueño, 300-304

Dorset, condado, la adivinación por medio del agua, 348

Douai, la ultimogenitura en la comarca, 236

Dousterswivel, anticuario, 70

Dragón, cuya fuerza residía en un pichón, historia servia, 370-371

Drium, ciudad de Apulia, oráculo de Calcas, 304

Druidas, su bosque sagrado de Marsella, 446; semejantes a, en Sikém, 447

Du Halde, sobre la ultimogenitura entre los tártaros, 239

Du Pratz, sobre el relato de los indios natchez de la creación del hombre, 23-24; su narración de la leyenda natchez sobre el diluvio, 147-148

Du—mu, héroe de la historia de los lolos acerca de un diluvio, ni

Dunbar, Dr. Williams, sobre las normas en cuanto a la herencia entre los hoolarkakol, 262

Dungi, hijo de Ur-uk, rey de Ur, 192

Durán, Diego, sobre la historia mexicana semejante a la de la torre de Babel, 195-196

Durando, G., sobre el poder de las campanas de iglesia, 599, 560

Dusun, del Borneo septentrional británico, su relato del origen de la muerte, 40; usan campanillas y otros instrumentos de metal para ahuyentar a los espíritus malignos, 577-578

Dyak, del Borneo británico, su relato sobre la creación del hombre, 16; historias sobre un diluvio, 113-114; del Borneo holandés, tocan gongs mientras el difunto permanece en la casa, 577; reciben a los visitantes sujetando campanillas a su cuerpo, 578. *Ver también* Borneo; Dyak marinos

Dyak marinos, o iban, de Sarawak, su relato de la creación del hombre, 16; historias de un gran diluvio, 113-114. *Ver también* Borneo; Dyak

Ea, dios babilónico de la sabiduría, 72, 74, 75. 77. 78; es deidad acuática, y parte de su cuerpo tiene forma de pez, 176

Eabani, su espíritu, evocado por Gilgamesh, 397, 398

East Anglian, reino, y el *borough* inglés, 234

Ecbatana de la Media, lugar de Ragüel, pariente de Tobías, 319

Ecuador, relatos del diluvio, 132-133, 137-138

Edad, gente reacia a confesarla, 419

«Edad de las Aguas», denominación de los indios mexicanos a los tiempos de una gran inundación, 137

Edén, el jardín, 26-32, 188, 192, 193. *Ver también* Paraíso

Eduardo III, y el *borough* inglés, 234

Efate, isla, ver Yate

Efraím, y Manasés, Jacob los bendijo, 232-233; las tierras bajas de, 299

Egeo, mar, 99

Egipto, egipcios, narraciones mitológicas sobre la creación del hombre, 11, 20-21; sobre el número de diluvios habidos, según sus sacerdotes, 92; no existen relatos del diluvio, 169, 173, 176; escaleras para que los reyes, una vez muertos, pudieran subir al cielo, 307; el rey Ferón, 342; adivinación por medio del agua, el espejo mágico o la tinta, en la actualidad, 346-347; las novias cruzan el umbral pisando la sangre de una oveja sacrificada, 432. *Ver también* pp. 19;, 318, 353, 474

Eifel, montañas en Renania, la campana de Denedictus, 562, 563

Einsiedeln, donde se bendecían las campanillas de los niños, 569

Ejecución de animales, 533, 535-538, 551-555

Elgon, territorio en África oriental británica, los wawanga, 281, 282, 285-286. *Ver también* Mount Elgon

Elias, Dios se le reveló sobre el monte

Horeb, 337; su sacrificio en el monte

Carmelo impetrando la lluvia, 456

Eliezer, servidor de Abraham, 89

Eliot, John, sobre la ultimogenitura entre los garo, 259

Elíseo, discípulo del profeta Elias, y el hijo de la sunamita, 11

Elohim, nombre hebreo de la divinidad, 83

Elohísta, pasaje, y el Código de la Alianza, 475

Ellis, reverendo William, sobre la historia tahitiana de la creación, 14; sobre los relatos polinesios de inundaciones, 124, 177

Emigración de tribus mongoles desde China a Birmania y Assam, 259-260

Empadronamiento, el pecado de, 413ss.; oposición supersticiosa a, 414, 416, 417-418, 420; permitido por los legisladores judíos a cambio del pago de medio siclo por persona, 420

Encina de Abraham, o de Mamré, 440, 447. 448, 449. 450, 451

— del llanto, 448

— de Mamré, *ver* Encina de Abraham— del rey, 448

— sagrada de Romove, 446, 449

— o terebinto de los augures, 447

— o terebinto de Ofrá, *ver* Ofrá

Encinas, en Palestina, 433-434; sus tres diferentes especies, 433-434; los campesinos las miran con veneración supersticiosa, 434-437; no se encuentran al sur de Samaria, 434; la traducción hebrea del término, 444-445; los profetas hebreos denunciaron su culto, 446-448; y terebintos en Mamré, 447-451; en relación con los reves, 448; como espíritu trimórfico, 449

Encuentro, bahía del, al sur de Australia, el relato del origen de las lenguas narrado por las tribus del lugar, 199-200

En-dor, la pitonisa, 391-397, 407, 412; el poblado, 394

Enfermedades causadas por los espíritus, 283-284

Enfermos alimentados con sangre de amigos, 531

Engano, isla al oeste de Sumatra, el relato de una gran inundación, 112-113, 173, 182

En-guedi, manantiales, en el desierto de Judea, 380

Enianos, de Tesalia, veneración a una piedra, 309

Enki, dios sumerio, 77, 78

Enkidu, en la epopeya de Gilgamesh, 71

Enlil, el guerrero, dios babilónico, 72, 74, 76, 77, 78.

Ennegrecimiento de la cara, en los duelos, 512, 522, 525, 527; o cuerpo, de los asesinos, 62-63

Enós, suegro de Noé, 89

Enterramiento, de los muertos en el umbral de la casa, 429-430; de las placentas, en el mismo lugar, 430

Enygrus, una clase de serpiente que se cree es inmortal, 41

Epidauro, curaciones realizadas durante el sueño en el santuario de Esculapio en, 301-303

Epimeteo, padre de Pirra, 91

Equínadas, islas, en la desembocadura del río Aqueloos, refugio del matricida Alcmeón, 54

Erasino, río, sacrificio de Cleomenes, rey de Esparta, 338

Erifila, asesinada por su hijo Alcmeón, 53, 54

Erythrina tomentosa, árbol de una especie particular, 284

E-sagil, o Esagila, templo de Babilonia consagrado a Bel, o Marduk, que pudo haber sido la torre de Babel, 191

Esaú, engañado por Jacob, 230-233, 272, 273-274, 298

Escala de Jacob, 299

Escaleras, que llegaban hasta el cielo, 305-308; para facilitar el descenso de los dioses o los espíritus, 307; en las tumbas, para uso de los muertos, 307-308

Escandinavia, costumbres en la elección de un rey, 330; adivinación por medio del agua, 347

Escarabajo, creador de un hombre de barro, 24-25

Escitas, su forma de prestar juramento de lealtad, 207, 221, 222; se mutilaban el cuerpo en los duelos por la muerte de un rey, 511

Escocia, escoceses, sin pruebas de la existencia de la ultimogenitura, 235; la piedra de la Gruagach, 313; formas de adivinación, 349; se niegan a contarse o dejarse contar, 417-418; en el noreste, no deben contarse las hogazas que hay en el horno, 420; se lleva a las novias en brazos sobre el umbral, 426, 427 *ver también* Tierras altas de Escocia

Escrituras, *ver* Sagradas Escrituras Esculapio, santuario en Epidauro, curas realizadas durante el sueño, 301-303

Escupen antes de cruzar un río después del anochecer, en el País de Gales, 339

Esdras, promulgó las leyes levíticas, 484

Eslavos, los meridionales, sus formas de adopción, y su respeto por los umbrales, 426; paralelismo de sus leyendas con la de Sansón y Dalila, 367-369; se laceran el rostro en señal de duelo, 511

España, españoles, escritos y relatos sobre las historias de un gran diluvio entre los araucanos, 133; sobre los indios peruanos, 24, 139; acerca de la pirámide de Cholula, 195; de magia, 570; y sobre las costumbres de los tagalos filipinos, 581; en California, 146; y en la antigua misión de Do lo res, 563-564; formas de adopción, 288; el explorador Cabeza de Vaca, 323; las esterillas en las leyendas de los aborígenes de la isla Nias, 366; las campanas de las parroquias doblaban para ahuyentar a las brujas, 565; marinos, en América del Sur, 571

Esparta, espartanos, los magistrados supremos acudían al santuario de Ino, o Pasifae, 304; su rey Cleomenes pretendió invadir la Argólida, 338; golpeaban cacerolas en los funerales de sus reyes, 576

Espejo mágico, como forma de adivinación, 346-347, 348

Esperqueo, río, la consagración del cabello de Aquiles, 510

Espíritu Superior, en la tradición de un gran diluvio entre los kachin o chingpaw, 109

Espíritus, de hombres o mujeres asesinados, se supone que rondan al asesino, 53-54, 55-56; ciertas costumbres funerarias van encaminadas a propiciarlos, 56, 529; temor a, 57, 460, 466, 528; disfraces para engañarlos, 60, 62-64, 527"528; de animales muertos, se suponía que vengaban los quebrantamientos de las alianzas y juramentos, 215; causan enfermedades, 283-284; de los árboles, atravesados con una lanza, 284; enojosos, como deshacerse de ellos, 284; piedras consagradas a, 309-311; los malévolos de las rocas, 312; formas variadas que toman al aparecerse, 337; su morada se encuentra en las orillas de los ríos, 340-341; se les ofrece sangre para que beban, 398; de reyes muertos, consultados como oráculo en África, 404-405; ancestrales, consultados en China, 410-412; familiares, evocación de los muertos a través de, 412; de las encinas, en Palestina, llamados hijos de Jacob, 434, 441; o *wely*, en Moab, residen en los árboles, 442-443; temor a, 460, 466, 527-529; de los maridos muertos, se resisten a abandonar los cadáveres en descomposición mientras los huesos tienen adherida todavía carne, 466; se fortalecen al beber sangre, 531; se cree que el sonido de las campanas ahuyenta a los del mal, 558, 559-560; «sin experiencia» entre los ho, 586. *Ver también* Demonios

— del agua, en los relatos de los indios ojibwas de una gran inundación, 156-157; se metamorfosean, 337-338; propiciados en los vados, 338-341; se supone que en los ríos habitan los malignos, 339; su morada se encuentra en las orillas de los ríos, 340-341; con forma de serpiente, 341; modo de engañarlos, 341

Esqueletos partidos en dos trozos, de víctimas humanas, encontrados en Gezer, 222-229

Esquilo, sobre el asesinato de Agamenón, 53; sobre la evocación del espíritu de Darío por la reina Atosa, 402-403

Esquimales, de Alaska, su relato sobre la creación del hombre, 21; sus costumbres en relación con los homicidas, 62, 64; relatos de una gran inundación, 167-169, 173, 182, 187; adivinación en el agua, 348; creen que las fotografías quitan el alma a las personas, 382; ponen el alma de los niños enfermos en el interior de las bolsas en que los curanderos guardan sus medicinas, 383; la necromancia, 409-410; de la península de Labrador, necromancia, 409; su repugnancia a hervir el agua durante la pesca del salmón, 494

Es Salt, y la supuesta tumba de Josué, 437

Essex, el *borough* inglés, 234

Estaca, se clava en la tumba de un espíritu molesto, 283-284

Estatuas y estatuillas de antepasados, se utilizan para consultar sus espíritus, 406-407

Estonia, estonios, fórmulas supersticiosas para hervir la leche, 493, 494

Estornudo, como síntoma de vida, 11, 13

Estrasburgo, la aguja de su catedral, en *La Leyenda Dorada*, 560

Estratón, sobre la apertura del Bósforo y el estrecho de Gibraltar, 101

Estrimón, río de la Tracia, el sacrificio de caballos blancos, 338

Etíope, raza de África oriental, 275; la semejanza de sus costumbres con las de los pueblos semitas, 275-276

Eubea, en Grecia, sus azules y altas montañas, 300

Eufrates, río, en la leyenda babilónica del diluvio, 72; épocas anteriores a la ocupación de su valle por los semitas, 76, 78; bañando a Hierápolis, 93, 94; sus desbordamientos, 184-186;

Abraham y, 191, 192; el to ro sacrificado por Lúculo, 338-339; la emigración de los patriarcas, 353

Eurídice, y Orfeo, 299

Europa, escasez de tradiciones referentes al diluvio, 173; la ultimogenitura, 234-238; adivinación por medio del plomo fundido o la cera, 349; creencia en que el poder de las brujas y magos reside en su cabello, 364-365; la resistencia a contar personas o animales, 417-420; negativa a hervir la leche, 493; juicio y castigo de animales y objetos inanimados, 540-548, 550-554, 555-557; el tañido de las campanas de sus iglesias sirve para alejar a los malos espíritus, 572, 575, 576

Eusebio, obispo de Cesarea, sobre la fecha de los diluvios de Ogiges y Deucalión, 96; sobre la encina de Mamré, 449-450; carta de Constantino a, 449-450

Eustacio, sobre el terebinto de Mamré, 447

Euxino, y el limo arrastrado por los ríos que allí desembocan, 101. *Ver también* Ponto-araliano, mediterráneo

Eva, la polinesia, 14

Evocación de los muertos en épocas antiguas y modernas, 396-412. *Ver también* Necromancia

Ewe, lengua, historias de la creación del hombre en las tribus que la hablan, 21; evocación de los muertos en ellas, 406

Exodo, 2.º libro del Pentateuco, 357, 47;, 485-487, 558

Exorcismos, de animales e insectos, por la Iglesia católica, 540-542; campanillas que se usan, 559-560, 565-567, 572-580, 585-586

Expiación, por homicidio, 56-64; por quebrantar un tratado, 209-210; utilización dé pellejos de víctimas de sacrificios en, 284-285; por quebrantar alguna costumbre ancestral, 292

Exposición de personajes famosos a graves peligros durante su infancia, las leyendas, 355-359

Expulsión, de los espíritus del cuerpo de los asesinados, 63; anual de brujas y magos, 565-566; asimismo anual de espíritus malignos, 577

Extraños, temor a la magia de, 224, 225

Ezequiel, denunció a las mujeres que perseguían a las almas, 385-386, 388; sobre el culto a los árboles, 445-446; y a los «lugares altos», 454, su propuesta de reformas religiosas, 483-484; sobre los ritos funerarios, 507-508

E-zida, templo babilónico en ruinas, en Borsippa, la posible torre de Babel, 191

Fakaofo, isla, *ver* Bowditch

Falaise, en Normandía, ejecución de una cerda, 552

Fan, de África occidental, su relato sobre la creación del hombre, 21; sus hechiceros llevan campanillas, 585

Fanariótico, río, *ver* Aqueronte, río

Farae, en Acaya, las piedras sagradas, 309

Farsalia, la batalla, 403

Fauno, el oráculo, 304; atrapado por Numa, 338

Fausto y Mefistófeles en la prisión, 336

Fedayines, de Palestina, 223

Felices Praderas de Caza, de los indios de América del Norte, 514

Fenicios, sobre la inmortalidad de la serpiente, 30; en la fiesta junto a la encina de Mamré, 450

Fernando Poo, historia de una escalera celestial, 305

Ferón, rey de Egipto, se dice que arrojó un dardo contra el Nilo, 342

Festividad de los Portadores de Agua, en Atenas, 93

Feuerbach, Renan sobre, 564

Fiala, lago en el norte de Palestina, 434, 439

Fidji, islas, sus leyendas sobre la inmortalidad humana, 45; ahuyentan a los espíritus de los muertos, 63; trato a los homicidas, 63, 64; su relato de un gran diluvio, 119-120; mantienen preparadas sus canoas ante posibles nuevos diluvios, 120, 183; probable maremoto que las sumergió en parte, 183; sacrificios humanos en la fundación de los poblad os, 226; la costumbre de atrapar con pañuelos las almas de los criminales, 386; su veneración de los umbrales, 423-424

Fiesta anual en la encina de Mamré, 450

Filipinas, islas, relato de la creación del hombre, 17-18; historias de una gran inundación, 173; los tagalos, 581

Filip o el Viejo, en las monedas de Apamea

Cibotos, 95

Filisteos, Sansón y, 361-364; Saúl y, 393, 394, 395; su respeto por los umbrales, 421; ritos funerarios, 508

Filomela, sus amores con Proene, 12

Filóstrato, sobre el espíritu de Aquiles, 403

Finow, rey de Tonga, luto a su muerte, 520-521

Fitch, Joseph, sobre los indios gallinomera, 513

Fladda, una de las Hébridas, se tomaba juramentos sobre una piedra azul, 331

Flint, condado, bautizo de campanas de iglesia, 569

Flores, isla, en el archipiélago índico, leyendas acerca de una gran inundación, 173

Fócida, la creación del hombre, 11

Folklore, con relación a los poetas, 390; sus bases emocionales, 565

Fontenay-Aux Roses, cerca de París, ejecución de una cerda, 553

Forbes, James, sobre el simulacro del segundo nacimiento en Travancore, 294

Formas variadas que toman los espíritus al aparecerse, 337

Formosa, historias de una gran inundación, 173, 182

Foroneo, héroe argivo, primer rey de los humanos, según las antiguas narraciones griegas, 198

Fósiles marinos, como prueba de la existencia de un diluvio, 178-179, 187

Foto grafía, creencia en cuanto a que puede privar al cuerpo humano de su alma, 382

Fracastoro, Girolamo, sobre las pruebas acerca de la existencia de un diluvio aportadas por los fósiles marinos, 178

Francia, sus teólogos invadieron a finales del siglo XVII el campo de la geología, 178; la ultimogenitura, 236; rapaban a las brujas, 364; embajadores en China, 422; conducen a las novias en brazos sobre los umbrales, 426-427; el sistema de leyes de carácter local antes de la Revolución, 473; juicio y castigo de animales, 540; doblan las campanas para ahuyentar a las brujas, 565

Franciscanos de Brasil, denunciaron a las hormigas, 548

Friburgo, el proceso seguido contra los insectos *inger*, 545

Frigia, el rey Midas, 77, 338; la leyenda de una gran inundación, 95, 172

Frijoles negros, como ofrenda a los espíritus en Roma, 559

Frío, cabo, en Brasil, 128

Frisia, ultimogenitura, 236

Froude, J. A., sobre el sonido de las campanas de iglesia, 563

Frutos, a partir de ellos se creó de nuevo el género humano después del diluvio, 137

Fuego, descubierto por el roce de una trepadora contra un árbol, 113; cómo se obtuvo después del diluvio, 113-114, 116, 140; planchas de hacer, se consideran sagradas, 267-268; fiesta anual del, en Gilgit, 377; de carbón, la costumbre de conducir a la novia a su nuevo hogar pasando por encima de, 435; foso de, los sacerdotes badaga caminan descalzos sobre unas brasas encendidas, 579

Fueguinos, su relato de una gran inundación, 140; costumbres funerarias, 516. *Ver también* Tierra de Fuego Fuerza del hombre, especialmente en el caso de brujas y magos, se cree reside en los cabellos, 364-367

Fumar, ante una piedra oracular, 312-313; como forma de entrar en trance profético, 405

Fundación de poblados, sacrificios humanos entre los habitantes de las islas Fidji, 226

Funerales, combates de gladiadores con motivo de, 519; en ellos se golpean instrumentos de metal, 576-577

Furias, santuario, 290; persiguieron a Nerón, 404

Ftiótide, reino de Deucalión, 91

Gabón, los fan, 21, 585

Gacela, península de, en Nueva Bretaña, 47

Gadarene, los cerdos poseídos por los demonios, 554

Gaidoz, M., sobre las personas mayores y su edad, 419

Gaiko, grupo de los karen de Birmania, su relato semejante al de la torre de Babel, 197

Galaad, sus montañas boscosas, 326, 335, 444; los rudos monumentos de piedra, 328, 329, 439

Galelaríes, de la isla Halmahera, al oeste de Nueva Guinea, su ofrenda de cabellos a los muertos, 517

Gales, *ver* País de Gales

Galilea, 444

Galla, de África oriental, su historia sobre el origen de la muerte, 47; afinidades étnicas, 275; ceremonias de adopción, 276; creen de mal agüero contar el ganado, 416; sus sacrificios a los árboles sagrados, 446; se niegan a hervir la leche, 493; los sacerdotes y exorcistas llevan campanillas, 585. *Ver también* Borana gallas; Bworan a galla Gallin as, sacrificio después de un parto, en Transilvania, 218

Gallo, en las historias hindúes del diluvio, 106; sacrificio después de un parto, 218, 225; juzgado y ajusticiado por poner un huevo, 553-554; huevos de, su poder mágico, 554

Ganado, es de mala suerte contarlo, 414, 415, 417-418, 420; sacrificado, por haber causado la muerte de alguien, 535-536. *Ver también* Vacas

Gangamma, dios río de los badaga, $40

Garo, de Assam, la ultimogenitura, 253, 258-259, 270; su origen mongol, 256; sistemas agrícolas, 257; sus poblados, 257; se rigen por el sistema matrilineal, 258-259, 270; juramentos sobre piedras de origen meteórico, 332; formas de adivinación por medio del agua, 348-349

Garo, cerros, 256, 257, 332

Gato Montes, tótem, entre los arunta, 385

Gatos, sacrificados en ceremonias de paz, 211

«Gavillas del trueno», tributo entregado al sacristán de la iglesia de Jubar, en Altmark, para que tocase las campanas durante la tormenta, 568

Gaza, 364, 508

Gedeón, su encuentro con el ángel, 447

Gemelos, o mellizos, y la ultimogenitura, 233; purificación de la madre, 285-286; entre los baganda, sus padres llevaban campanillas en los tobillos, 580

Gamelli, sobre la migración de aves en México, 196

Génesis, la explicación de la creación del hombre, 9-11, 15; nada dice del color de la arcilla empleada en la creación de Adán, 25; historia de la caída del hombre, 26ss., 48-49; es posterior a la epopeya de Gilgamesh, 30; la muerte de Abel a manos de Caín, 50; atribución de cualidades personales a la tierra, 53; Huxley y, estudio de tradiciones acerca de las edades tempranas del mundo, 66; su posible conocimiento por parte de Nicolás de Damasco, 70; y las narraciones sumerias de la historia temprana del mundo, 76, 78; el relato combinado del diluvio universal, 83-85, 88, 95; como origen de todas las leyendas referentes al diluvio, 174, 178-180; posible copia de una versión babilónica o sumeria, 174; falta de referencias sobre el lenguaje común hablado por la especie humana, 192; sobre los materiales empleados en la construcción de la torre de Babel, 196; la alianza de Dios con Abraham, 206; la descripción poco atrayente de Jacob, 230; la ultimogenitura, 233; errónea interpretación de la primogenitura de Jacob, 274; encuentro de Jacob con su prima Raquel, 318; diferencias en la traducción de la versión original a la autorizada, 329-330; la lucha de Jacob con el dios río en el vado del Yabbok, 336-337; prohibición en algunos pueblos de comer el tendón de la corva de los animales, 343

Georgia, provincia transcaucásica, la ultimogenitura, 265

Gerash, los dólmenes, 329

Geta, hermano de Caracalla, su asesinato, 404

Gezer, en Palestina, sacrificios humanos, 222-229; las columnas sagradas, 316

Gibraltar, estrecho de, 101

Gilgamesh, y la planta que servía para recobrar la juventud, 30-31; su epopeya, 30, 71-74, 78; conoce por Utanapistimla

historia del diluvio, 71-75; la necromancia, en el duodécimo canto de su epopeya, 397-398

Gilgit, su enclave y gobernantes, 358-359, 373; el rey o gro, cuya alma era de mantequilla, 373-377; la fiesta anual del fuego, 377

Gili, padre, su relato de las leyendas de una gran inundación entre los indios del río Orinoco, 136

Gillen, F. J., ver Spencer, *sir* Baldw in

Gindes, río castigado por Ciro, 342

Gladiadores, combates de, en los funerales de Roma, 519

Glanvil, sobre el *borough* inglés, 234

Glyky, aldehuela de Grecia, posible emplazamiento de un antiguo oráculo, 399

Godarville, en Hainault, la resistencia a decir su edad por parte de los habitantes, 419

Goethe, sobre los primitivos Diez Mandamientos, 485

Gonda, de la India, el uso de campanillas e instrumentos metálicos, 579-580

Gongs, su utilización en China para exorcismos, 572-573, 574-575; en Borneo, 577-578, donde se hacen sonar mientras el muerto permanece en la casa, 577

Goniocephalus, la iguana, 41

Goropius, sobre el lenguaje hablado en el Paraíso, 193

Gran Espíritu, un creador, 144-145, 149

Grande, río, en las historias de una gran inundación, 158

Grandes hombres, necesitados como jefes, 474-475

Grano, forma de contarlo en Argelia y Palestina, 416

Grant, J. A., y Speke, capitán J. H., sobre los escrúpulos de los bahima a hervir la leche, 491

Gray, archidiácono J. H., y el culto a los muertos en China, 410, y su evocación, 412

Gray, Thomas, sobre el toque de queda, 563

Grecia antigua, griegos, leyendas sobre la creación del hombre, 11-13; se pensaba que la sangre derramada contaminaba la tierra, 53-54; creencias en relación a los espíritus de los asesinados, 55-56; historias de una gran inundación, 91-104; la diosa Hera, 93, 94, 221, 288, 599; escasez de tradiciones referentes al diluvio, 173; leyendas del diluvio que no parece deriven de las babilónicas, 175, 176; leyendas sobre el origen y diversificación de las lenguas, 198-199; la forma de ratificar los juramentos, 206-207, 216; troyanos y, ceremonias al acordar una tregua, 213; simulacro de un segundo nacimiento, 290; los dioses se manifestaban a los hombres a través de los sueños, 300-304; adoración de las piedras, 309, 316; relatos sobre personas cuya vid a y fuerza residía en los cabellos, 366-367; la necromancia, 398-402; en la fiesta celebrada bajo la encina de Mamré, 450-451; costumbres funerarias, 510, 529; castigo de animales y objetos inanimados, 537-539, 55; la protección de los recién nacidos, 580-581; y de las mujeres a punto de dar a luz, 584

— moderna, supersticiones referentes al recuento de verrugas, 419; las novias no deben pisar el umbral de su nuevo hogar, 426; la recién desposada pisa la sangre de una oveja sacrificada en el umbral de su nuevo domicilio, 432; en señal de duelo, se cortan mechones de pelo que depositan junto al cadáver, 529

Grey, lady Catherine, en la Torre de Londres, 562

Grey, sir George, sobre las costumbres funerarias de los aborígenes australianos, 527

Grienebner, Hans, en el proceso criminal contra los topos o ratas de los campos, 544

Grisones, en Suiza, la ultimogenitura, 237; pleito contra las cantáridas, 546

Groenlandeses, relato acerca de una gran inundación, 167-169, 173, 187

Grose, capitán Francis, sobre el toque de difuntos, 560

Gruagach, hada en la que creían los montañeses de Escocia, 313

Guacamayo, como esposa de dos hombres en las narraciones de los indios cañaris, sobre una gran inundación, 138

Guardianes del Umbral, 421ss. *Ver también* Umbral, Guardianes de Guatemala, los indios quiché, 200

Gublin, Louis, juez en un proceso contra ratones y ratas, 550

Gublin, Nicolás, defensor de ratas y ratones en el mismo proceso, 550

Guerreros africanos, se les protege de los espíritus de sus víctimas muertas en el campo de batalla, 56-57, 59-63, 64

Guibá, la colina donde reposó el rey Saúl, 454

Guilboa, monte, maldito por el rey David, 540

Guinea, la tradición de un gran diluvio, 169

Guyan a británica, relato sobre el origen de la muerte, 41; sobre el diluvio, 133-136

Hacha, o cuchillo, para los sacrificios realizados anualmente en Atenas, 537

Hadas, se cree que comen los pasteles y pastelillos que hayan sido contados,: 419-420

Hadendoa, del Sudán angloegipcio, se niegan a hervir la leche, 493

Hainault, la ultimogenitura, 236; los habitantes se resisten a decir su edad, 419

Hakachin, ver Chin Hakka, de China, acostumbran a cruzar a la novia en brazos sobre el umbral de su nuevo hogar, 425

Hale, Horacio, sobre el relato de los habitantes de las islas Fidji referente a una gran inundación, 183-184

Halmahera, isla al oeste de Nueva Guinea, 517

Hall, C. F., sobre el relato esquimal de una gran inundación, 169

Hamlet, y el fantasma de su padre, 336

Hammurabi, rey de Babilonia, 76; Código de, 473

Hampshire, el *borough* ingles, 234

Harapos, los campesinos sirios los cuelgan de los árboles, 440; también los árabes, 442; en Afganistán lo hacen las personas enfermas, 457-458

Harrán, residencia de Labán, tío de Jacob, 298

Harte, Bret, poeta americano, sobre el Angelus, 563

Haslan, y la inscripción grabada en la campana, 569

Hausas, del norte de África, historias acerca del origen de la muerte, 39

Hawai, islas, los relatos acerca de un diluvio, 124-125, 173, 182; maremoto en, 183; laceraciones en el cuerpo como señal de duelo, 529-520

Haz de los vivos, 379ss.

Hebreos, su idea respecto al origen de la humanidad, 11, 13; el relato de una gran inundación, 78-90(su naturaleza compuesta, 83; comparación con el babilónico, 85-88174, 175; posteriores añadidos judíos, 88-90); la distinción entre animales puros e impuros, 84, 89, 505; se supone que su lengua fue la primitiva de la humanidad; 192-193; formas de ratificar una alianza, 206, 216, 218, 219; la ultimogenitura, 271-272; piedras consagradas en santuarios, 308-309, 316; no comen el tendón de la corva de los animales, 343; su creencia en que el alma po-

día separarse del cuerpo a voluntad, 388; las palabras traducidas como encina o terebinto, 444-445; sus profetas denunciaron el culto a los árboles, 445, 446, 453-454; y Moisés 474-475; los antiguos, carecían del sentido de las leyes naturales, 482-483; costumbres en relación con la dieta de leche y carne, 494, 495, 499, 505-506; ritos y costumbres funerarios, 508, 527, 532. *Ver también* Israel, israelitas; Judea, judíos; semitas; y pp. 30, 327, 380, 385-386, 433, 450, 460-461, 467, 488, 509, 558, 586

Hebrón, y los terebintos de Mamré, 447-451

Heces del vino de palma, no está permitido calentarlas, 491

Heidelberg, opinión de los doctores sobre un caso de exorcismo, 546-547

Hélade, la antigua, 91

Helénico de Mitilene, historiador griego, sobre el diluvio de Deucalión, 91

Helena, sus pretendientes, cómo se les tomaba juramento, 207

Helesponto, castigado por Jerjes, 342

Helicón, pico, 12

Henry, A., sobre las enseñanzas de los misioneros nestorianos, 111

Hera, nombre griego que se daba a Astarté en Hierápolis, 93; el templo, 93, 94, 221, 399; adoptó a Hércules, 288. *Ver también* Astarté

Heraclea, en Botinia, el oráculo de los muertos, 400

Hércules, robó el trípode de Apolo, en Delfos, 98; hizo la garganta de Tempe, en Tesalia, 102; sus pactos con los hijos de Neleo, 207; la ceremonia de su adopción por Hera, 288; lucha contra el dios río Aquelo os por la posesión de Dejanira, 337; y su hijo Telfo, 360; cómo hizo inmortal a Pterelao, 367

Herencia de Jacob, o la ultimogenitura, 230ss.

Herero, o damara, de África suroccidertal, conjuros de los agonizantes, 63-64; rehúsan limpiar las vasijas de la leche, 495-496

Hermano, el más jo ven de un hombre muerto, su relación especial con la viuda, 463-465, 466-468

Hermes, fue enviado por Zeus a Deucalión, 91; se dice que causó la diversificación de las lenguas, 198

Hermón, monte, su nevada cumbre contemplada por Saúl, 394

Herodes el Gran de, su conocimiento de la historia del diluvio, tal como se la contó a Nicolás de Damasco, 70

Herodoto, sobre la desecación de Tesalia a través de la garganta de Tempe, 102

Herrera, A. de, sobre el relato de una gran inundación entre los indios peruanos, 119

Herrero, mirado con temor supersticioso en ciertas tribus africanas, 28;

Herrick, en *El hombre de la campanilla*, 566-567

Hervey, islas, las costumbres funerarias, 522

Hervir la leche, se piensa que daña a las vacas, 489-495

Herzegovina, las costumbres de la novia en el cruce del umbral, 426

Hesbón, los dólmenes, 329; los terebintos, 442

Hesíodo, sobre las ceremonias que han de observarse al cruzar un río, 338

Het, sus hijos, las negociaciones con Abraham, 81

Hexateuco, 79

Hidromancia, predicciones hechas a partir de las figuras en el agua, 345

Hierápolis, a orillas del Eufrates, 93; se dice que Deucalión fundó su templo, 93, 94; se cree que las aguas del diluvio se alejaron de, 94; ceremonias conmemorativas del diluvio, 94; sacrificio de ovejas, 221

Hierbas, o ramitas, como ofrenda al cruzar los ríos, 339

Hierro, su sonido se utiliza para ahuyentar a los espíritus, 559; campanillas, las llevan los hechiceros y profetas, 585-586

Higueras, sagradas, 56, 306-307; en un relato mexicano sobre el diluvio, 142; en las leyendas de los toradja, 306

Hijas, como herederas en los sistemas matrilineales, 254-259; de Jacob, espíritus de las encinas de Palestina, 434, 441

«Hijo de la mano derecha», título del heredero legítimo, 232

«Hijos del manto», así se llamaba a los niños adoptados en algunos lugares de Europa durante la Ed ad Media, 288

Hilprecht, profesor H. V., y sus descubrimientos en las excavaciones de Nipur, 75-76

Himalaya, cordillera, 256,259, 296, 358,576

Hissar, distrito del Punjab, 430

Hkamies, *ver* Kamee

Ho, cole, o larka kol, de Bengala, su lengua y afinidades raciales, 260-261; su país y forma de vida, 261-262; normas sobre la transmisión de la herencia, 262-263

—, de Togo, los sacerdotes llevan campanillas entre sus ropas, 58;

Ho-ang-ho, río, el primitivo emplazamiento de los mongoles se cree situado en su curso superior, 259

Hobley, C. W., sobre el rito akikuyu del segundo nacimiento, 278; sobre las ceremonias de adopción entre los kikuyu, 279; sobre las costumbres de los hechiceros akamba, ;8;

Hofgüter, propiedades que no pueden ser divididas, 237

Hojas de té, adivinación por medio de, 349; perennes, encinas de, en Palestina, 433; asimismo en Palestina, caducas, encinas de, 433-434

Holanda, inundaciones, 182

Hollis, A. C., sobre los masai y los nandi, 275

Hombre, creación de, 9ss; Caída de, 26ss; perdió la inmortalidad, 28-32, que poseía porque mudaba la piel, 42-44

Hombre de la campanilla, El, 566-567

Hombres armados, que ahuyentan los demonios del cuerpo de las mujeres que han dado a luz recientemente, 580-584

Homero, sobre las ceremonias de tregua entre griegos y troyanos, 213; su espíritu evocado por Apion, 403; sobre las ofrendas de cabellos a los muertos, 510

Homicidas, contaminados, 51-53, 55, 56; tatuados, 59, 62; apartados y recluidos, o desterrados, 51-52; purificación, 56-58, 59-63

Hooper, teniente W. H., y las leyendas algonquinas de una gran inundación, 152

Hor, monte, la tumba de Aarón, 334

Horacio, sobre la evocación de los muertos por las brujas, 404

Horeb, monte, antiguo nombre del Sinaí, la revelación de Dios a Elias, 337

Hormigas, perseguidas judicialmente por los franciscanos en Brasil, 548-550

Hormiguero, en el relato de la Creación, 19

Hotentotes, o namaquas, relatos sobre el origen de la muerte, 32-33, 34, 35; creen que es de mala suerte contar los miembros de una comunidad, 416

Huarochiri, en los Andes peruanos, relato de los indios acerca de una gran inundación, 138

Hudson, territorio de la bahía de, los montagnais, 152; los relatos de una gran inundación entre las tribus indias, 158

Huesos de muertos, depositados en los árboles, 462; se cree que los espíritus se resisten a abandonarlos mientras hay carne adherida a ellos, 466

Huevo, la vida de un mago en su interior, 368-369, 371-372, 373; puesto por un gallo que luego fue juzgado y ajusticiado, 553-554

Humboldt, A. de, sobre el relato de una gran inundación entre los indios del río

Orinoco, 136-137, 177; reprodujo las tablas de Gemelli sobre las migraciones de aves en México, 196

Hungría, la ultimogenitura, 238; en Neusohl, al norte, el suave tañido de una campanilla cuando una persona agoniza, 562

Hunos, sus costumbres funerarias, 511

Hunter, *sir* William, sobre los khasi de Assam, 253

Huxley, T. H., la conferencia anual, 66; ensayo sobre el diluvio, 66; sobre la supuesta inundación provocada por la apertura de los estrechos de Bósforo y los Dardanelos, 99-100

Iaroslav el Gran de, la ultimogenitura en el código del *Ruskaya Pravda*, 238

Iban, *ver* Dyak marinos

Ibo, del sur de Nigeria, la ultimogenitura, 269; sus sacrificios a los ríos, 340

Ida, monte, se dice que Dárdano fue arrastrado hasta allí por el mar, 99

Identificación de las personas con las víctimas de los sacrificios, 287

Iglesia católica, autorizada para exorcizar seres vivientes e inanimados, 540-541

Iguanas, se cree que son inmortales porque mudan de piel, 41

Il mayek, clan de los njamus, 283

Imprecaciones en las ceremonias para acordar la paz, 211-212, 213, 214

Impureza ritual de la mujer en la ley mosaica, 474

Incas peruanos, sus tradiciones del diluvio. *Ver también* Cuzco; Herrera, A. de; Indios peruanos; Perú

Incisiones por los muertos, 507ss.; prohibidos en el Levítico, 509

India, relatos sobre el origen del hombre, 18-21; el establecimiento de los pueblos arios, 104-107; historias modernas del diluvio, 106-108, 172; los bhil, 263-264; la ultimogenitura, 264, 265; el simulacro del segundo nacimiento, 291-296; el llanto como forma de saludo, 321-322; la novia pisa una piedra de molino como parte de la ceremonia matrimonial, 330; formas de adivinación para el descubrimiento de ladrones, 348; rapado y tortura de brujas y hechiceros, 364; se entierra a los niños nacidos muertos bajo los umbrales para asegurar su resurrección, 429-430; los *zyarats*, en la frontera de Afganistán, 457-458; los ascetas y sacerdotes se sujetan campanillas y carracas de hierro, 579; los sunar, de niños, llevan pulseras con campanillas en los tobillos, 584

— antigua, historias de un gran diluvio, 104-106, 172; las narraciones del diluvio no derivan del relato babilónico del mismo, 175-176; simulacro del segundo nacimiento, 290-293, 295; la costumbre por la que la novia evitaba pisar el umbral de la casa de su marido, 426

Indico, archipiélago, relato de un gran diluvio, 112-118, 173

Indios abederis, de Brasil, su relato del diluvio, 132

— acagchemem, de California, su relato de la creación del hombre, 21; el del gran diluvio, 146

— algonquinos, relatos del diluvio, 151-156, 158-159, 166; su amplia difusión, 177

— americanos, sus relatos sobre la creación del hombre, 21-25; de la Columbia británica, se ennegrece el rostro a los homicidas, 61; su relato de una gran inundación, 165; su resistencia a set censados, 417; y el silencio de las viudas, 461-462, 466; las historias de un diluvio, 144-169; el llanto como forma de saludo, 322-324; los gallinomera, 513; costumbres funerarias, 529; expulsan a las brujas con el sonido de campanas, 574. *Ver también* América del Norte;

Indios norteamericanos — apaches, 61, 45

— arapaho, sus costumbres funerarias, 514

— araucanos, de Chile, su relato del diluvio, 133, 183

— ayeo, tribu vecina y aliada de los sioux, 323

— bella-coola, de la Columbia británica, el silencio de viudas y viudos, 461-462, 466

— cabeza chata, del estado de Washington, su relato del diluvio, 166; se laceran el cuerpo en señal de duelo, 512-513

— caingang, o coroados, de Río Gran de do Sul en Brasil, su relato de una gran inundación, 130

— californianos, el silencio de las viudas, 461; laceraciones en señal de duelo, 513. *Ver también* California

— cames, de Brasil, 130

— canadienses, relatos acerca de un diluvio, 151-152, 156-162; las costumbres funerarias, 512

— cañaris, de Ecuador, su relato de una gran inundación, 137-138

— capoques, antigua tribu de las islas costeras de Texas, 323

— carayas, de Brasil, su relato de un diluvio, 130-132

— catausis, de Brasil, relato de un gran diluvio, 132

— cayurucres, de Brasil, 130

— comanches, de Texas, costumbres funerarias, 514

— cora, de México, su relato de una gran inundación, 143-144

— coroados, ver Indios caingang — costilla de perro, tribu tinneh de Canadá, su historia de una gran inundación, 159

— crees, o knisteneaux, de Canadá, historia de un diluvio, 152, 158-159, 161; costumbres funerarias, 512

— cuervos, las mujeres se laceran el cuerpo durante las ceremonias funerarias, 514

— culebras, de las montañas Rocosas, se laceran el cuerpo en señal de duelo, 514

— curutones, de Brasil, 130

— cherokees, su relato acerca de un diluvio, 150-151; motivo por el que cortan los tendones de los ciervos que cazan; su oposición a contar la fruta, 417

— chinook, de los estados de Oregon y Washington, costumbres observadas por los homicidas, 62; hablan el dialecto kathlamet, 166; ritos funerarios, 513

— chipepewa, *ver* Indios salteaux — chiriguanos, de Bolivia, su relato de un diluvio, 139-140

— dakota, *ver* Indios sioux

— dené, *ver* Indios tinneh

— delaware, del grupo algonquino, su relato de un gran diluvio, 151

— diegueños, de California, su historia de la creación del hombre, 22-23

— esclavos, de Canadá, y su historia de una gran inundación, 159

— del estado de Washington, costumbres observadas por los homicidas, 62; relatos de un gran diluvio, 165-167; sus costumbres funerarias, 512-513

— gallinomera, de California, sus costumbres funerarias, 513

— haida, de las islas Reina Carlota, su relato de una gran inundación, 164-165

— han, de las islas costeras de Texas, 323

— hopi, o moqui, del suroeste de Arizona, su relato de la creación del hombre, 23; se libran de las influencias malignas cantando y tocando campanillas, 574

— huancas, de Perú, su relato de una gran inundación, 139. *Ver también* Herrera, A. de; Incas peruanos; Indios peruanos; Jauja, valle; Perú — huichol, del oeste de México, su relato del diluvio, 142-143

— jíbaros, *ver* Indios muratos

— kansas, o konza, del estado de su nombre, costumbres funerarias, 515

— kawakipais, ver In dios diegueños

— kigani, de Alaska, se laceran el cuerpo en señal de duelo, 512

— knisteneaux, *ver* Indios crees

— kwatiutl, de Columbia británica, el silencio de las viudas y viudos, 461

— lengua, de Paraguay, su relato de la creación del hombre, 24-25; el llanto como forma de saludo, 323

— luiseños, del sur de California, su relato de una gran inundación, 146-147

— maidu, de California, su relato sobre la creación del hombre, 21-22; sobre el origen de la diversidad de lenguas, 200

— maipures, de las Grandes Cataratas del río Orinoco, 137

— mandan, relato de un gran diluvio, 148-150; la danza del toro, 149; sus piedras oraculares, 312-313

— montagnais, de Canadá, su relato de una gran inundación, 151-152

— moqui, ver Indios hopi

— muratos, o jíbaros, de Ecuador, relato sobre el diluvio, 132-133

— narices perforadas, relato del diluvio, 166

— natchez, de Luisiana, historias sobre la creación del hombre, 23-24; las tradiciones acerca de un diluvio, 147-148

— nishinam, de California, el silencio de las viudas, 461

— norteamericanos, ahuyentan a los espíritus de los asesinados, 61-62; el dialecto kathlamet, 166-167; cortan y desechan los tendones del corvejón de los ciervos que cazan, 343; se laceran el cuerpo en señal de duelo, 512-515. *Ver también* América del Norte; Indios norteamericanos

— ojibwas, del sureste de Ontario, su relato de una gran inundación, 156-158, 161

— omaha, de Nebraska, apartan a los homicidas, 58; son reacios a contar los años que tienen, 417; costumbres funerarias, 515-516

— Ottawa, el llanto como forma de saludo, 323

— paeze, de Caloto, en Colombia, 571

— pamaris, de Brasil, su relato de un gran diluvio, 132

— pápagos, del suroeste de Arizona, su relato de una gran inundación, 144-145

— de la Patagonia, ceremonias en los nacimientos, 220-221; sus costumbres funerarias, 516

— peruanos, su relato de una nueva creación del hombre después del diluvio, 24; historias de una gran inundación, 138-139; sus ofrendas a los dioses río, 339. *Ver también* Herrera, A. de; Incas peruanos; Perú

— piel de liebre, una tribu tinneh, su historia de una gran inundación, 159-160

— pies negros, tribu algonquina de las montañas Rocosas de Alberta, en Canadá, su relato de un diluvio, 158, 161

— pima, de Arizona, su relato de la creación del hombre, 23; aíslan a los homicidas, 61-62, 64; su historia de un diluvio, 145-146

— pomo, de California, costumbres funerarias, 513

— pueblo, del suroeste de Arizona, usan campanas para exorcizar a las brujas, 574. *Ver también* Indios hopi-quiché, de Guatemala, su relato sobre el origen de la diversidad de las lenguas, 200

— del río Smith, en California, su historia del diluvio, 147

— salteaux, o chippewa, de la rama algonquina, su relato del diluvio, 152-156

— sarsi, de la rama tinneh, de Alberta, en Canadá, su relato del diluvio, 161-162

— sauk, costumbres funerarias, 514

— sioux, o dakota, las ofrendas a las piedras, 313; vecinos de los indios ayeo, 323; se laceran el cuerpo en señal de duelo, 514-51;

— spokanas, del estado de Washington, su relato del diluvio, 166

— tamanachier, del río Orinoco, su relato sobre el origen de la muerte, 41

— tamanaques, del río Orinoco, su relato de una gran inundación, 137

— thlinkeet, ver In dios tlingit

— thompson, de Columbia británica, se ennegrece el rostro a los homicidas, 61; su relato de una gran inundación, 16;

— tinneh, o dené, de Canadá, sus normas en relación con los homicidas, 62, 64; narraciones de un diluvio, 158-162; costumbres funerarias, 512

— tlingit, o thlinkeet, de Alaska, sus historias de una gran inundación, 162-164; cómo explican el origen de la diversidad de las lenguas, 164, 200; sus costumbres funerarias, 512

— tominus, de Brasil, ver In dios tonaitz hoyanans

— tonaitz hoyanans, o tominus, de Brasil, su historia de una gran inundación, 129

— tonaseares, de Brasil, su historia de una gran inundación, 129

— tuanas, de Puget Sound, en el estado de Washington, su relato de una gran inundación, 165-166

— tupi, de Brasil, el llanto como forma de saludo, 322-323

— tupinambos, de Brasil, *ver* Indios tonaseares

— de Virginia, ofrenda de cabellos en las ceremonias de duelo, 516

— zorros, costumbres funerarias, 514

Indochina, península, 251, 253

Indra, en las narraciones de los korku sobre la creación del hombre, 19

Inger, una especie de sabandija procesada por las autoridades de Berna, 545-546

Inglaterra, ingleses, los teólogos invadieron el campo de la arqueología a finales del siglo XVII, 178; la ultimogenitura, 234-236, 245, 271; adivinación por medio de las hojas de té y posos de café, 349; repugnancia supersticiosa a contar animales o cosas, 417-418, 419; medidas que se toman para combatir las epidemias entre el ganado, 430-431

Iniciado de la Tierra, un creador entre los indios maidu, de California, 21-22, 200

Iniciación, ceremonias, los jóvenes beben en ellas la sangre de los amigos, 531

Inmortalidad, el hombre la perdió, 28-32, porque la poseía debido a que mudaba la piel, 42-44

Innuit, esquimales, su historia de una gran inundación, 169

Ino, o Pasifae, su santuario en Laconia, 304

Instituciones, ceremoniales en Israel, su remota antigüedad, 473-474

Inundaciones, a causa de la elevación del nivel de los océanos, 182-183; debido a las lluvias copiosas, 184-185, 186

Iona, las piedras negras, 331

Iragal, dios babilónico de la peste, 73

Irlanda, la adivinación por medio de carbones en el agua, 349; reptiles, exorcizados por san Patricio, 540

Irrawaddy, fuentes, antiguo asentamiento de los kachin, 245; su valle constituyó una vía de emigración, 259

Irrigación, sacrificios previos a, 282-283

Isaac, padre de Jacob, hijo de Abraham, 230, 354; e Ismael, 232; cómo le engañó

Jacob, 273; la época en que se comprometió con Rebeca, 298

Isaías, profeta, sobre el culto a los cantos rodados, 309; denunció las «casas del alma», 388-389; sobre el culto a las encinas, 445; su influencia en el autor del Deuteronomio, 479; sobre los ritos funerarios, 507-508

Isidoro, filósofo neoplatónico, su encuentro con la pitonisa sagrada, 345

Islandia, historia de una gran inundación de sangre de gigantes, 173; las creencias referentes al acto de sentarse en el umbral, 429

Islay, isla, relato celta acerca de un gigante cuya alma se hallaba en el interior de un huevo, 371-372

Ismael, e Isaac, 232

Ispahan, culto a los umbrales en los palacios de los reyes, 423

Israel, israelitas, el Levítico y la obediencia a la norma divina, 53; las vestiduras especiales para los leprosos, 55; la ultimogenitura, 230-233; los «lugares altos», 308, 316, 435-436, 452ss., 476; los niños no comen el tendón de la corva de los animales, 336; instituciones ceremoniales, su remota antigüedad, 473-474; la sólida fe en lo sobrenatural; sus antepasados fueron pastores nómadas, 499, 505-506; las incisiones por los muertos, 507-510, 519, 532. *Ver también* Hebreos; Judíos; y pp. 79, 80, 81, 94, 205, 219, 223, 274. 309. 333. 343. 353, 554, 561, 391. 395, 396, 437, 445, 446, 448, 451, 471, 475, 478, 482, 483, 484, 485, 508

Istar, diosa babilónica, 73, 74, 213, 356

Italia, sus historiadores y viajeros, 141, 422, 423; el naturalista Girolamo Fracastoro, 178; los teólogos invadieron el campo de la geología a finales del siglo XVII, 178-179; sueños oraculares, 304; los oráculos de los muertos, 401; precauciones contra el mal de ojo, 579

Itinerante, o nómada, sistema de agricultura, 241, 247

Itinerario de Jerusalén, 449

Ituri, río, ceremonias al cruzarlo, 340

Ius Theelacticum, 236

Jackson, John, un marinero, sobre los sacrificios realizados al poner los cimientos de la casa de un reyezuelo en las islas Fidji, 226

Jacob, con Raquel, 82; supuestamente contemporáneo de Ogiges, 96; su carácter, 230, 354; los engaños de que hizo víctimas a su padre y hermano, 230-233, 272, 273-274, 276, 298; la herencia de, 230-233; y José, 232, 318; bendice a Efraím y Manasés, 233-234; y las pieles de cabrito, o el segundo nacimiento,

273ss.; en Bet-el, 298ss.; su sueño, 299, 308; la escala de, 299, 305; junto al pozo, 317ss.; su pacto sobre el majano, 32; ss.; su salida de Harrán, 325-326; la discusión con Labán, 326-528, 329; en el vado del Yabbok, 335ss.; se le contrajo un tendón del muslo, 343; paralelismo de una leyenda mexicana con el relato de su lucha contra un ángel, 344; las hijas de, espíritus de las encinas en Palestina, 434, 441; y el terebinto de Sikém, 447

Jacobs, Joseph, sobre la ultimogenitura, 231-232

Jacobsen, capitán, y los relatos de una gran inundación entre los groenlandeses, 167

Jahvista, o Jehovista, Documento, ver Documento Jahvista

Jano, 333

Japón, no existen tradiciones acerca de un diluvio, 172-173; los aino toman venganza de los árboles que han causado la muerte de alguien, 534

Jauja, valle peruano, los huancas, 139

Jauseen, padre Antonino, sobre el culto a los terebintos por los árabes de Moab, 433

Java, el cultivo del arroz, 247; se dice que un rajá mítico adquirió su fuerza de una piedra, 330; el novio conduce a la novia en brazos hasta el interior de su nuevo hogar, 425

Jefe de la Tierra, un sacerdote del alto Senegal, 55

Jefes muertos, sus espíritus consultados como oráculo en África, 404-407

Jehová, diferencias en el uso de su nombre que aparecen en el Pentateuco, 83; relacionado con las encinas y terebintos sagrados, 446-447

Jenofonte, sobre las costumbres de las mujeres sirias y armenias de arañarse el rostro en señal de duelo, 510

Jeremías, sobre la ratificación de acuerdos entre los hebreos, 206; sobre los Guardianes del Umbral, 421; sobre el culto a las

encinas, 445-446; sobre los postes sagrados, o *asherim*, 435-454; sobre ritos funerarios, 507, 508

Jerjes, sacrificó caballos blancos al río

Estrimón, 338; su castigo al Helesponto, 342; y la reina Atosa, 402

Jeroboam, instituye el culto al becerro de oro en Bet-el, 308

Jerusalén, capturada por Nabucodonosor, rey de Babilonia, 79, 453, 471, 482, 507, .508; lugar del único altar legítimo, 8;; el monte de los Olivos, 90, 380; las elegantes damas, Isaías las denunció, 338; la concentración de cultos y supresión de santuarios locales o «lugares altos», 453, 476; se aseguró el porvenir de los sacerdotes rurales separados del culto de los «lugares altos», 478-479. *Ver también* pp. 80, 95, 380, 413, 450-451, 480, 483, 484, 510

Jesingen, en Alemania, sus habitantes estaban descontentos con el sonido de la campana de monte Remigio, 568

Jesús, 43;, 474, 488

Jezzin, poblado en la cumbre de la cordillera del Líbano, y los «lugares altos», 436

Jhár-Era, o Mabúrú, esposa del dios tutelar Desauli, 456

Jhuming o jooming, sistema itinerante de cultivo, 241

Johore, en la península malaya, 110, 36;, 366

Jonatán, y David, su encuentro, 318; su padre Saúl atentó contra su vida, 392; el monte Guilboa y su muerte, 540

Jordán, río, en la región del otro lado, de, se encuentran monumentos hechos de piedras toscas, 328; la supuesta tumba de Josué, al este de, 437; sus fuentes, 440, 442; encinares y tumbas de santos, 441; vadeado por los pastores nómadas antepasados de los israelitas en su marcha hacía Palestina, 505-506

José, hijo de Jacob, él preferido de su padre, 232; encuentro con su padre y hermanos, 318; la copa de, 34; ss.

Josefo, sobre los terebintos de Hebrón, 448-449

Josías, rey de Judea, su reforma, 8;, 396, 454, 476, 482, 483; y el Deuteronomio, 478

Josué, invocación a la gran piedra bajo el roble, 333; su supuesta tumba cerca de Es Salt, 437; la piedra del testimonio, 448

Jóvenes cortados en dos trozos al establecer una alianza, 222, 223-226, 227-228, 229

Jubar, en la comarca de Altmark, la campana de la iglesia suena durante las tormentas, 568

Judá, cuarto hijo de Jacob, y los mellizos que tuvo su nuera Tamar, 233

Judá, reino, 453, 507

Judea, judíos, su legislador Moisés, 70; su cautiverio en Babilonia, 79, 87, 453, 471, 482, 484, 507, 508, 509; la leyenda de una gran inundación y las monedas halladas en Apamea Cibotos, de Frigia, 95; la desolación de su desierto, 298, 379-380; matrimonios incestuosos, 360; las objeciones a la práctica del empadronamiento, 413, 420; en la fiesta bajo la encina de Mamré, 450; el lugar que ocupa la ley mosaica en su historia, 471ss.; los karaitas, 489; tienen por norma no tomar carne y leche o queso junto, 459; los principios de la justicia retributiva, 536; el uso de campanillas por sus sacerdotes, 558, 586. *Ver también* Hebreos, Israel, israelitas; Semitas

Juicio y castigo de animales en la antigua Grecia, 537-538, 539; en la Europa moderna, 540-548, 550-554, 555. 556; y en el Nuevo Mundo, 548-550, 554-555. *Ver también* Castigo de animales homicidas; Ejecución de animales; Persecución de animales

— de objetos inanimados en la antigua Grecia, 537, 538-539, 555; y en la Europa moderna, 555-557

Julio Africano, cronista cristiano, sobre la fecha del diluvio de la época de Ogiges, 96

Junio, durante el reinado de Tiberio, Libo le pidió que invocase a los muertos mediante con juros, 404

Junius Brutus, y las exhibiciones de gladiadores en Roma, 519

Juok, el creador entre los shilluks, 20

Júpiter, era invocado al concluir un tratado, 213; y Alcmena, 336; obligado a descender de los cielos, 338

Juramentos, sobre trozos de animales, 206-207; modo griego de ratificarlos, 206-207; de amistad, ceremonias de toma de, 208-216; realizados sobre las piedras, 215. 331-333; aspectos mágico y religioso de, 333

Justiniano, el *Digesto* o *Pandectas*, 472

Jutlandia, península, en el norte no se deben contar los ratones, piojos, pulgas o alimañas, 419

Juventud, los pueblos primitivos creían que se recobraba comiendo de cierta planta, 30-31; o mudando de piel, 30, 40-46

Kabadi, distrito de Nueva Guinea británica, el relato de una gran inundación, 118

Kabi, tribu de Queensland, en Australia, sus costumbres funerarias, 524

Karachi, de Sikim, sus rostros feminoides, 249-250

Kachcha, nagas, de Assam, relatos sobre la diversidad de las lenguas, 198-199

Kachin, kakhyeen, chingpaw o singfo, de la alta Birmania, su relato de un gran diluvio, 108-109; su origen mongol, 245-246; la ultimogenitura, 246-247, 250; agricultura, 247-249; casas comunales, 248-249; emigraciones, 259-260; vengan a los aho-

gados, 342; protegen de los demonios a las parturientas, 581-583

Kafir, del sur de África, el luto de las viudas, 512

Kahumbu, colina coronada de árboles sagrados en la región de los kikuyu, 4; ;

Kai, de Nueva Guinea, relato sobre el origen de la muerte, 43

Kaitish, de Australia central, relato sobre el origen de la muerte, 45; costumbres que guardan las viudas, 464-465, 466, 467; el luto de las mujeres viudas, 528

Kakadu, tribu de Queensland, en Australia septentrional, laceraciones en señal de duelo, 524

Kakhyeen, ver Kachin

Kalahari, desierto, los bosquimanos tati, o masarwas, 3;

Kamar, pequeña tribu drávida de las provincias centrales de la India, su historia de un gran diluvio, 107

Kamchadales, de Asia oriental, el relato de una gran inundación, 111

Kamee, o khamies, de Arakan, reglas para la transmisión de la herencia, 252-253

Kamilaroi, del este de Nueva Gales del Sur, sus costumbres funerarias, 524

Kamtchatka, península, las tradiciones diluviales, 172

Kangra, distrito, en el Punjab, los niños muertos son enterrados bajo la puerta trasera de la casa, 430

Kant, Emmanuel, acerca de la teoría de un primitivo océano universal, 181

Karaíta, secta judía, el relato de un rito mágico, 489

Karen, de Birmania, el relato de la creación del hombre, 14; el de un gran diluvio, 108, 172; historia semejante a la de la torre de Babel, 197; ceremonias para firmar la paz, 215

Kariera, del oeste de Australia, sus costumbres funerarias, 524

Kama, hijo del dios Sol y la princesa

Kunti, o Pritha, 357-358

Karuma, saltos, en el Nilo superior, sacrificio de cabritos, 340

Kathlatnet, dialecto, el relato de una gran inundación entre los indios norteamericanos que lo hablan, 166-167

Kautsch, E., su traducción de la Biblia al alemán, 421

Kavirondo, tribus bantúes de África oriental británica, toman precauciones frente a los espíritus de los asesinados, 60, 64; su forma de llevar a cabo los juramentos de paz, 208; las viudas usan un cencerro de ganado, 576-577

Kayan, de Borneo, su evocación de los muertos, 408; acostumbran a dejar de cortar algunos árboles para uso de los espíritus, 459

Kedesh Naftalí, en Palestina, se encuentran encinas en una gran cantidad, 434

Kei, islas, relato sobre la creación del hombre, 15-16; las piedras sagradas, 315; guardan las almas de los niños en el interior de los cocos por motivos de seguridad, 383

ICenia, sus bosques, 455

Kenlawt, clan o familia de los haka chin, 252

Kennett, profesor R. H., sobre Jeremías (II, 34), 446; sobre los primitivos Diez Mandamientos, 487

Kent, el *borough* inglés, 234, 247

Keops, pirámide de Egipto, con una base inferior a la de Cholula, en México, 195

Kerak, en Moab, y los terebintos sagrados, 442, 445;

Khasi, de Assam, relato de la creación del Hombre, 19; su idioma y aspecto físico, 253, 260; afinidades, 253; agricultura,

254; su sistema matrilineal, 254-2;;, 270; la ultimogenitura, 254-25;, 259

Khnoumou, dios egipcio, creador del hombre, 11

Kikuyu, una comunidad de los akikuyu, ver Akikuyu

Kilimanjaro, monte en África oriental, 27;, 280

Kinglake, A. W., sobre la adivinación en Egipto por medio de la tinta, 347

Kingsley, Mary H., sobre las historias africanas de la comunicación entre dioses y hombres, 30;; sobre las brujas que cazan almas en África occidental, 387

Kipasiso, clannandi, sus miembros, excepcionalmente, pueden tomar leche al día siguiente de comer carne de la caza, 503

Kiranti, tribu del Himalaya central, golpean vasijas de cobre en los funerales, 576

Kissi, de las fronteras de Liberia, consultan como oráculo a las almas de los jefes muertos, 406; sus costumbres funerarias, 512

Klarseowsung, clan o familia de los haka chin, 252

Klemantan, de Borneo, las ceremonias de adopción, 289

Koiari, de Nueva Guinea británica, se laceran el cuerpo en señal de duelo, 516

Kol, *ver* Ho

Kolar, o mundá, raza, 260, 263, 292

Kolosh, nombre ruso de los tlingit, 164

Kombengi, el hacedor del hombre según los toradja, 15-16

Konkan, en Bombay, las piedras consagradas, 314

Kookies, del Cachar septentrional, pisan una piedra en la ceremonia de casamiento, 330; matan vengativamente cualquier animal salvaje que haya producido víctimas entre ellos, 533-534. *Ver también* Kukis

Korku, de las provincias del centro de la India, su relato de la creación del hombre, 19; el simulacro de un segundo nacimiento, 292

Korwa, tribu drávida de Mirzapur, su veneración de los umbrales, 424

Koryak, del noreste de Siberia, sus métodos para evitar, la peste, 218, 220; la ultimogenitura, 267-268

Koshchei el In mortal, en un relato ruso, 367-369

Kota, de los cerros Neilgherry, en la India meridional, 264

Kublai Kan, en la visita de Marco Polo al palacio de Pekín, 422

Kukis, de Manipur, relato sobre el origen de la diversidad de las lenguas, 199; de Chittagong, su ley del Tallón, 533-534

Kumaon, en la India, simulacro del segundo nacimiento, 291

Kumis, de los cerros de Arakan y Chittagong, en la India oriental, relato sobre la creación del hombre, 18-19

Kunti, o Pritha, madre de Karna y amante del dios Sol, 357-358

Kunyan, héroe de un relato del diluvio entre los indios piel de liebre, 159-160

Kurdistán, la fusión de la nieve de sus montañas, 185

Kurmi, pueblo de labradores del centro de la India, su veneración de los umbrales, 424.

Kurnai, del suroeste de Victoria, su relato de una gran inundación, 117-118; se laceran el cuerpo en señal de duelo, 523

Kutu, del Congo, el silencio de las viudas, 461

La Rochelle, la campana de una capilla protestante, castigada por herejía, 555-556

Labán, suegro de Jacob, su vivienda en Harrán, 298; tuvo a su servicio a su yerno, 325; su discusión con él, 326-328; su pacto con Jacob sobre el majano, 327-328, 329-330, 333

Labrador, península de, los esquimales, 409

Laceraciones en el cuerpo en señal de duelo, ver Incisiones por los muertos

Laconia, templo de Ino o Pasifae, 303-304

Ladon, río, desagüe del valle de Peneo, 97, 98

Ladrones, formas de adivinación para descubrirlos, 346, 347-348

Lagarto, en el relato de la creación del hombre, 21; en las narraciones sobre el origen de la muerte, 39, 46; y el camaleón, historia, 39; los zulúes los odian y matan, 39; se supone que son inmortales porque mudan de piel, 41, 46; impidió que los hombres pudiesen resucitar, 46

Lágrimas de los asistentes a un duelo, ofrecidas a los muertos, 518

Lai, diosa de los toradja, 15-16

Lakimola, pico, en la isla Rotti, 115

Laksmi, diosa de la riqueza entre los kurmi, 424

Lamarck, sobre la teoría de un primitivo océano universal, 181

Langosta, plaga, se consigue alejarla mediante el pago de diezmos, 542

Laplace, sobre un primitivo océano universal, 181

Lapones, son reacios a que se los cuente, 417

Larka kol, o lurka cole, *ver* Ho

Laubo Maros, jefe cuya vida se decía residía en uno dé sus cabellos, 364-366

Lausanne, el obispo juzga y condena a una especie de sabandija llamada *inger*, 545-546; el proceso a las sanguijuelas, 546-547

Leche, ofrecida a las piedras, 313; derramada sobre las piedras sagradas, 315; y sobre las tumbas, 402; ofrendada a los árboles, 446; no se debe cocer un cabrito en la de su madre, 485ss.; se teme dañar a las vacas si se hierve, 489-495; existen normas especiales para el uso que ha de darse a la primera leche de la vaca que ha parido recientemente, 492-493; las vasijas que la contienen no deben lavarse, y hasta el mismo material de que están hechas se supone afecta a la vaca, 496; no debe ponerse en contacto con la carne ni tomarse a la vez que ésta, 497-499; tampoco se debe tomar junto con vegetales, 496, 498, 499, 502

Lechón, como víctima de sacrificio para ratificar un juramento, 214

Legislación, y codificación, su distinción, 471-472; primitiva, reflejaba la tendencia a la personificación de las cosas, 557

— mosaica, los matrimonios considerados como incestuosos, 360; su fecha tardía, 473-474; la circuncisión, 474; la impureza ritual de la mujer, 474. *Ver también* Ley, mosaica

Legitimidad de los niños, se comprobaba mediante la ordalía del agua, 359

Leibnitz, sobre la teoría de un primitivo océano universal, 181; sobre la suposición de que el hebreo fue la lengua original de la humanidad, 193

Leicester, el *borough* inglés, 234

Lelak, de Borneo, sus ceremonias de adopción, 289

Lenguaje, historias sobre su origen, 188; el que se hablaba en el Paraíso, teorías, 193; diversidad de, relatos sobre su origen, 198-201; de señas, las mujeres lo usan en Australia después de una muerte, 466

Lenguas y dialectos, ewe, 21, 406; bereber, 53; kathlamet, 166, 167; semítica, 219; arábiga, 223; tibetano-birmana, 244-245, 252, 253; tibetano-china, 251; mon-kmer, 253; mongol, 253; áustrica, 253, 260; roro, 516; yoruba, 579-580; bare'e, *ver* Toradja

Leones, en el arca de Deucalión, 93

Lepch a, de Sikim, sus rostros feminoides, 249

Leprosos, vestiduras especiales en Israel para, 55

Levíticas, leyes, y el altar de Jerusalén, 85; promulgadas por Esdras, 484, *Ver también* Levítico

Levítico, 3.º libro del Pentateuco, advertencia a los israelitas para que obedezcan las normas divinas, 53; prohíbe las incisiones en honor de los muertos, 509

Lewin, capitán, T, H., sobre la historia de la creación del hombre entre los kumis, 18-19

Ley, mosaica, 70; y el lugar que ocupa en la historia de los judíos, 471ss., su fecha tardía, 473-474; la circuncisión, 474; y la impureza ritual de la mujer en, 474; el Deuteronomio es sustancialmente el libro de, 476; del Tallón, 476, 552, *ver también* Venganza de sangre; del *deodand*, 556-557

Leyenda Dorada, La, acerca de los poderes de las campanas de iglesia sobre los espíritus malignos, 560

Leyenda y mito de las tradiciones diluviales, su distinción, 186-187

Leyes, sajonas, en relación con la ultimogenitura, 237; como ficción legal, en la que se introducía un cambio de *status* en el derecho primitivo, 288; nuevas, se desarrollaron gradualmente y no fueron objeto de creación súbita, derivando de las costumbres y la opinión pública, 471-473; de tipo local, en Francia antes de la Revolución eran múltiples y diversas, 473; naturales, los antiguos hebreos se resistían a reconocerlas, 484; levíticas, ver Levíticas, leyes

Libaciones, ofrecidas a las piedras, 309, 313; de leche, miel, agua, vino y aceite de oliva ante la tumba, 402-403

Líbano, las encinas, 433,440; la cumbre, 436

Libanza, un dios entre los upoto, 45

Liberia, los kissi, 406, 512

Libro Menor de la Alianza, 475

Licorea, en el Parnaso, donde Deucalión era rey, 92

Liderazgo, regulación de su transmisión a través de la primogenitura, 262-26}

Liebre, trae el mensaje de la inmortalidad a los hombres, 32-34, 35-36; su origen, 33; y el insecto, historia, 35; y la tortuga, narración, 35-36

Lille, la ultimogenitura en la comarca, 236

Limentino, dios romano de los umbrales, 428

Linces de agua, en los relatos algonquinos de una gran inundación, 154-15;

Lincoln, condado, es mala suerte contar los corderos, 418; el tañido de campanas, 561

Lisipo, sus esculturas al amor, 309

Littleton, sobre el *borough* inglés, 239

Lituania, narraciones del diluvio, 173; la adivinación, 349; supersticiones acerca de los umbrales, 429

Livingstone, Doctor David, sobre los relatos del diluvio en África, 170; sobre otro, también africano, semejante al de la torre de Babel, 193

Loba, amamantó a Rómulo y Remo, 355-356

Lobos, en el relato algonquino de una gran inundación, 153-156

Lods, A., sobre la interpretación de un pasaje bíblico, 386

Loftus, W. R., sobre las inundaciones en Bagdad, 185

Lohero, en las narraciones tradicionales de Nueva Guinea británica, 118

Lolos, raza aborigen del suroeste de China, 110-111; su relato del diluvio, 111; la ultimogenitura, 253

Londres, la gran peste, 423; la antigua catedral de san Pablo, 570

Long Blo, el árbol mágico de los bahnar, 46

Longfellow, sobre las campanas de iglesia, en *La Leyenda Dorada*, 560

Lorena, transportan a la novia en brazos sobre el umbral, 427

Loto, flor dorada, simulacro del segundo nacimiento a partir de, 294

Low, *sir* Hugh, sobre el uso de campanillas en Borneo, 578

Lübeck, república, privilegios del hijo más joven, 237

Lucano, acerca de la bruja de Tesalia que evocaba a los muertos, 403-404; sobre los sacrificios humanos en el bosque druídico de Marsella, 446

Luciano, sobre él templo de Hierápolis, 93; sobre los sonidos del bronce y el hierro como forma de hacer huir a los espíritus, ; 59

Lóculo, sacrificio de un toro al río Eufrates, 338-339

Lugal, dios babilónico, 73

«Lugares altos» en Israel, 308, 316, 435-437, 439, 452ss., 476; denunciados por los profetas hebreos, 308, 439, 453-454; y abolidos, 437, 453-455, 476; su condena en el Deuteronomio, 454, 476; todavía, son objeto de veneración religiosa en Palestina, 454-455, 458-459

Luis IX, enviando embajadores a la corte china, 422

Luisiana, los indios natchez, 23-24, 147

Luna, su creación, 17, 22; teoría bárbara sobre las fases, 32; en vía mensajes de inmortalidad a los hombres, 32-34; se asocia con la idea de la resurrección, 44, 45; se asegura que el arca de Noé es su símbolo, 180; templo de, 216

Luo Zaho, dios supremo entre los aborígenes de la isla Nias, 16-17

Lurkacole, ver Ho

Lushai, de Assam, sus ceremonias para facilitar los partos, 225; sistema de agricultura nómada, 241; sus poblados, 241-242; la ultimogenitura, 242-244, 250, 271

Lushei kuki, clanes de Assam, sus pactos de amistad, 211

Luto, del homicida por su víctima, 57-58; el vestido de, se trata quizá de un disfraz para desorientar al espíritu del muerto, 63; por los muertos la costumbre de lacerarse el cuerpo y cortarse el pelo, ver

Incisiones por los muertos; costumbres de los aborígenes australianos con la intención de propiciar a los espíritus, 527-529

Lyell, *sir* Charles, acerca de las conchas y fósiles como argumento para demostrar la existencia del diluvio, 179

Llama que hablaba, en el relato de los huarochiri sobre una gran inundación, 138

Llanto, como forma de saludo, 318-324; en el Antiguo Testamento, al encontrarse dos amigos, 318-319; entre los maoríes, 319-321; entre los nativos de las islas Andaman, 321; en la India, 321-322; entre los indios americanos, 322-324

Macalister, profesor Stewart, sobre los sacrificios humanos en Gezer, 222, 226

McDonald, rey de las islas, su juramento sobre las piedras negras, 331

Macedonia, ganó la batalla final a Grecia, 12; rito de purificación de los ejércitos, 216; la adivinación por medio del café, 349

Mackenzie, H. E., sobre el relato algonquino del diluvio, 152

Macrino, monedas acuñadas durante su reinado, 95

Macunaima, un creador, 133, 136

Macusis, de la Guyana Británica, su relato de una gran inundación, 136

Machong, grupos familiares o «maternidades» entre los garo, 258

Madagascar, la gran familia lingüística áustrica, 253; los betsimisaraka, 306; piedras sagradas, 315; usan una piedra como talismán, 330-331; los sihanaka, 465

Madre, asimilada a una oveja, en la ceremonia del segundo nacimiento, 278

«Madre de los jirones de tela», un terebinto, 442

Magia imitativa, 216; simpática, o por afinidad, 221, 229, 343, 490-491, 493, 494, 495, 496; de los extraños, temor a, 224, 225; basada en la asociación de ideas, 494

Mágicos y religiosos, aspectos de los juramentos sobre las piedras, 332-333

Magos, sacrificaron caballos blancos al río

Estrimón, 338

Maguncia, electorado, en el proceso contra las cantáridas, 546

Mahabharata, la historia del abandono y salvación del príncipe Karna, 357-358

Mahadeo, o Siva, creador del hombre en las narraciones de los korku, 19

Mahadeva, es invocado por los garo en sus juramentos, 332

Mahometanos, la ley sobre el reparto de propiedad entre todos los hijos, 271; formas de contar las medidas de grano, 416; santos, sus tumbas en Siria, 421, 435-436, 437-439, 440; de Sierra Leona y Marruecos, supersticiones respecto a hervir la leche, 490, 494. *Ver también* Marruecos; Moros; Sierra Leona
Maimónides, sobre la prohibición de hervir un cabrito en la leche de su madre, 489

Maineté y *madelstad*, derechos de sucesión del hijo más joven, 236

Maitland, F. W., sobre el *borough* inglés, 235

Majano, el pacto de Jacob hecho sobre, 325ss.; del testimonio, 327, 328, *ver también Mispá*; personificados, como garantía de un pacto, 328; en Siria, como testimonio, 334. *Ver también Massebá*

Mala suerte, la atrae el acto de contar o dejarse contar, 413-420; también, pisar el umbral, 421-432

Malaca, en las leyendas de los naturales de la isla Nias, 365; código, lo que dispone acerca del ganado que haya causado la muerte de alguien, 535

Malaquías, sobre el pago de diezmos, 542

Malaya, península, los mentras, 44; el relato de una gran inundación, 110, 172; restos de ultimogenitura, 264; los magos atrapan las almas de las mujeres con los turbantes, 387; código, 535

Malcom III, rey de Escocia, abolió la *mercheta*, 239

Maldiciones, proferidas al firmar tratados, al jurar lealtad, etc., 208-209, 211-213

Malekula, isla, una de las Nuevas Hébridas, relató sobre la creación del hombre, 15; laceraciones en el cuerpo en señal de duelo, 517

Malmesbury, la campana de san Adelmo, 570

Malwa occidental, región de la India central, los bhil, 264

Mamré, las encinas y terebintos, 447-451

Manasés, rey, su reposición de la necromancia, 396; el Deuteronomio fue escrito quizá durante su reinado, 478

Manasés, y Efraím, hijos de José, la bendición de su abuelo Jacob, 232-233

Mandíbulas de reyes muertos, conservadas por los baganda, 405

Mangaia, isla de las Hervey, costumbres funerarias, 522

Mangar, de Nepal, sus escaleras para los muertos, 307-308

Mangu Kan, recibiendo al monje De Rubruquis en su corte, 422

Manipur, los kukis, 199; la ultimogenitura entre los meithei, 244-245

Mankie, el jefe superior entre los ho, 262

«Mano derecha, hijo de», título del heredero legítimo, 232

Mantequilla, con ella se untaban las piedras sagradas, 513-314; el alma de un ogro estaba hecha de, 375

Mantras, *ver* Mentras

Manu, héroe del antiguo relato hindú sobre un diluvio, 105-106, 176

Maoríes, de Nueva Zelanda, su relato de la creación del hombre, 13; el del diluvio, 125-127; el llanto como forma de saludo, 319-320; la evocación de los muertos, 406-407; laceraciones en el cuerpo en señal de duelo, 522

Mar, elevación de su nivel a causa de tempestades o maremotos, 182-183; es atacado con armas, 342-343

Marca de Caín, 50ss.

Marco Polo, su viaje a China en el siglo XIII, 111; sobre los Guardianes del Umbral en el palacio de Pekín, 422

Marcheta, ver *Mercheta*

Marduk, *ver* Bel

Maremotos, como causa de inundaciones, 182-183

Margarita, y Fausto, 336

Marindinis, de Nueva Guinea holandesa, su evocación de los muertos, 407-408

Mariner, William, sobre las laceraciones en el cuerpo en señal de duelo entre los tongan, 520-521

Mármara, mar de, 101. *Ver también* Bósforo

Marquesas, islas, evocación del espíritu de los muertos por sacerdotes y sacerdotisas, 407; las mujeres se laceran en señal de duelo, 522

Marruecos, sobre la contaminación de los homicidas, 52-53; supersticiones acerca del cruce del umbral, 424, 425, 428, 431; y sobre el acto de hervir la leche, 490, 494. *Ver también* Mahometanos; Moros

Marsella, sacrificios humanos en el bosque sagrado druídico, 446

Marte, padre de Rómulo y Remo, 355-356, 360

Martillo, se cree que el del herrero está dotado de virtudes mágicas, 285

Martín pescador, en el relato algonquino de un gran diluvio, 154, 156

Mary, río, en Queensland, 524

Más joven, hijo, como heredero, 232-233, 266; la hija, como heredera entre los khasi, 254-2;;; y los garo, 2;8-2;9; el porqué de esta costumbre, 269-270; *ver también* Ultimogenitura; el hermano, de un hombre muerto, su especial relación con la viuda de éste, 463, 464, 466-467

Masai, de África oriental, pintan el cuerpo de los que matan a enemigos, 61, 64; se conoce una tradición relativa a una gran

inundación, 170-172; sus afinidades étnicas, 27;; la ceremonia del segundo nacimiento, 278; usan las pieles de las víctimas de sacrificios, 283; sus ceremonias al cruzar ríos o arroyos, 339; no les gusta contar hombres o animales, 414-415; rinden culto a los árboles, 446; se niegan a hervir la leche, 495; evitan que la carne y la leche entren en contacto, 496-497; a sus guerreros no les permiten comer alimentos vegetales, 501; antiguamente, no comían ni caza ni pesca, 503; aunque aquélla abunda en el país, 503-504; su lista dietética, 505

Masarwas, *ver* Bosquimanos tati

Massebâ, las piedras sagradas de los santuarios cananeos y los «lugares altos» de Israel, 308, 316, 327, 328-329, 448, 454

«Maternidades» o *machong*, entre los garo, 258

Mati-ilu, príncipe de Bit-Agusi, su juramento de fidelidad, 213-214

Matrilineal, sistema, entre los khasi, 254-255; entre los garo, 258

Mbengha, isla, en las Fidji, el relato de un diluvio, 120, 183-184

Meca, La, la Piedra Negra, 309, 423; costumbres de los peregrinos al volver de, 424-425; cenotafio en los *mukâm* orientados hacia, 438

Mediterráneo, mar, salida de las aguas del mar interior ponto-araliano hacia, 100-101

Mediums humanos, o espíritus de las rocas, 312; poseídos por los espíritus de los jefes y reyes muertos, 405-406; se blanquean el rostro para llamar la atención de los espíritus, 405-406; se comunican con los muertos, 407-412

Mefistófeles, y Fausto, en la prisión, 336

Megara, reino de Nisus, 366-367

Meiseh, al sur de Kerak, en el Moab, los árboles sagrados, 443, 444

Meithei, de Manipur, la ultimogenitura, 244-245

Melanesia, relatos sobre el origen del hombre, 15-16; sobre el de la muerte, 42, 47; el de un diluvio, 120-121, 173; culto a las piedras, 309-310

Melisa, Periandro consultó su espíritu, 399

Melu, un creador entre los bila-an, de Mindanao, 17-18

Menelao, y Proteo, 337

Menkiera, del Sudán francés, sus sacrificios a las piedras y rocas, 312

Mensaje alterado, historia, 32-40

Mentras, o mantras, de la península malaya, su relato sobre el origen de la muerte, 44

Mercurio, su imagen en el agua, 346

Mercheta, o *marcheta*, o derecho de concubinato por parte del señor feudal con motivo del casamiento de la hija de un ocupante de alguna de sus tierras, 239

Mesina, La tumba del Verraco, 207

Messou, héroe del relato sobre una inundación entre los montagnais, 151

Meulan, cerca de París, una cerda devoró a un niño, 553

México, los michoacanos, 24, 141-142; historias del diluvio, 141-144, 158; los indios huichol, 142-143; los indios cora, 143-144; la pirámide de Cholula y la leyenda semejante a la de la torre de Babel, 195-197; paralelismo de una antigua superstición con la historia de la lucha de Jacob en el vado de Yabbok, 344; los aztecas apresaban y rapaban a magos y brujas, 365

Micronesia, los relatos de una gran inundación, 127-128, 173

Michoacán, relatos sobre la creación del hombre, 24; relatos acerca del diluvio, 141-142

Midas, rey de Frigia, y sus orejas de burro, 77; cómo atrapó a Sileno, 338

Midlands, condados, el *borough* inglés, 234

Mikir, de Assam, tienen una historia parecida a la de la torre de Babel, 197

Milton, sobre el río Ladon, 97-98; sobre el hombre de la campanilla, 566

Milya-uppa, tribu del noroeste de Nueva Gales del Sur, se hacen cortes en señal de duelo, 526

Millaeus, sobre el rapado de magos, 364

Minahassa, en las islas Célebes, se guardan en una bolsa las almas de la familia con motivo del traslado a una nueva casa, 383

Mindanao, en las islas Filipinas, relatos sobre la creación del hombre, 17-18

Mingrelianos, del Cáucaso, sus costumbres funerarias, 511, 529

Mining, Schwarz, abogado en el proceso contra los topos instruido en el municipio de Stelvio, 545

Minos, en el sitio de Megara, 367

Mioceno, la existencia del hombre en el período, 100

Miqueas, sobre las ceremonias de duelo, 507

Miquemi, tribu tibetana, usan campanillas en los exorcismos, 576

Mirzapur, los korwa, 424; el sacerdote patari lleva campanillas, 579

Mispá, atalaya o vigía, 328

Mitos de observación, 104, 187

Mitrídates, derrotado por Sila, 12; la adivinación de los resultados de la guerra contra, llevada a cabo por las gentes de Tralles, 346

Mkulwe, misión en África oriental, la versión de la historia de un diluvio contada entre los nativos de la región, 172; historia semejante a la de la torre de Babel, 194

Moab, los árabes, 217, 219, *ver también*

Arabes del Moab; los monumentos primitivos, 328, 329; las montañas, 380; los terebintos en, 442-445; y Moisés, 471, 475; como lugar de origen de los antepasados de los israelitas, 506; ceremonias de duelo, 508, 509-510

Moctezuma, héroe del relato de una gran inundación, 144-145

Moffat, Dr. Robert, sobre la ausencia de relatos acerca del diluvio en el sur de África, 170

Moisés, legislador de los judíos, citado por

Nicolás de Damasco, 70; en el Códice Sacerdotal, 80; se dice fue contemporáneo de Ogiges, 96; o de Deucalión, 96; en el cestillo de mimbres, 353ss.; carácter histórico de su persona, 353-354, 474-475; niño, que la hija del faraón encontró y adoptó, 354-355; hijo de un matrimonio considerado más tarde incestuoso, 360; en Moab, al frente de los israelitas, 471, 474-475. *Ver también* Ley mosaica y pp. 437, 439, 485, 509, 541

Moisy-le-Temple, toro enloquecido juzgado y colgado, 553

Mojones, ley romana sobre su arrancamiento, 539

Moloch, sacrificio de niños a, 445

Molosios, entre ellos vivieron Deucalión y Pirra, 92; su forma de reafirmar un tratado, 207

Mon-kmer, lenguas, 253

Mongoles, su tradición de un diluvio, 112, 187; rasgos típicos, 240, 249, 254; la ultimogenitura entre las tribus y pueblos de esa raza; 240-254; su emigración desde China a Birmania y Assam, 259-260; el respeto por los umbrales, 423

Montañas, relato de sus desplazamientos, 133

Montbar, los magistrados en el proceso seguido contra un caballo, 553

Montenegro, se laceran el rostro en señal de duelo, 511

Montferrand, Benedicto de, obispo de Lausanne, ver Lausanne

Mopso, el adivino, su oráculo en Cilicia, 401

Moral, cambios en la norma, 231

Mordvin, de Rusia, cruzan a la novia en brazos sobre el umbral de su nuevo hogar, 425

Moros, de Marruecos, su idea acerca de la contaminación provocada por el homicidio, 52-53; supersticiones sobre el acto de hervir la leche, 490, 494. *Ver también*

Mahometanos; Marruecos

Mortalidad del hombre, relato sobre su origen, 28-29

Moscas, excomulgadas por san Bernardo, 540

Mostar, en Herzegovina, los eslavos meridionales, 426

Mota, isla de las Banks, historia de la creación del hombre, 15

Mount Elgon, en África oriental británica, los bagesu, 56-57, 208. *Ver también*

Elgon, territorio

Mru, de Arakan, la ultimogenitura, 260

Muda de piel, historia, 40-46, 47-49

Mudarra, la adopción por su madrastra, 288

Mudburra, tribu del norte de Australia, el silencio de las viudas, 462-463, 466

Muerta, persona erróneamente dada por, se le obliga a simular que nace por segunda vez, 290-291

Muerte, árbol de la, en el jardín del Edén, 29-32; historias sobre el origen de, 31-49; Agua de, en la epopeya de Gilgamesh, 71; de un rey, peleas entre los súbditos con ocasión de, 519

Muerto, mar, 379, 380

Muertos, resurrección al cabo de tres días, 44-4; escaleras para uso de las almas de, 307-308, *ver también* Almas, de los muertos; su evocación en épocas antiguas y modernas, 396-412, *ver también* Necromancia; oráculos de, 398-399, 400-406; representados por estatuillas que se emplean para consultar sus espíritus, 406; enterrados a la entrada de la casa, 429-430; se les ofrecen sacrificios sobre los umbrales, 432; las incisiones en su honor, 507ss.; ofrendas de cabellos a, 507-517, 528-529, 532; se les ofrece sangre, 510-511,516-517, 526-532; sus propiedades son destruidas, 513; sus cuerpos son secados a fuego lento por algunos pueblos, 524-525; culto, 532

Muinjari, familia o clan de los wataveta, 429

Mujatí, dios babilónico, 73

Mujer, creada de una costilla del hombre, 9, 10, 14-15, 23; sin hijos, unge piedras para conseguir descendencia, 315; como *médium* o intérprete de los espíritus, 405-406; como nigromante o hechicera, 410-412; su impureza ritual en la ley mosaica, 474; se desgarra las vestiduras, lacera su rostro y se rapa el cabello en señal de duelo, 509-511, 516, 522

Mujer Estrella Matutina, la primera mujer según los indios maidu, 22

Mujercita de los Bosques, creencias bávaras en relación a, 419-420

Mukam, «lugar de morada», los sepulcros de los santos mahometanos, 437-439

Mukjarawaint, tribu de Victoria occidental, en Australia, se laceraban el cuerpo en señal de duelo, 523

Mula y Mulai, en el relato korku de la creación del hombre, 19

Mundá, o mundari, de Chota Negpur, en Bengala, los relatos sobre la creación del hombre, 19-20; sus arboledas sagradas, 456-457; o kolar, raza, 260, 263, 292

Mungeli Tahsil, de la provincia de Bilaspore, en la India, el llanto como forma de saludo entre las gentes, 321-322

Murray, río, costumbres funerarias de los aborígenes de sus riberas, 523-524

Mutilaciones de ciertas partes del cuerpo para agradar a los espíritus, 529-530

Muzârs, santuarios abovedados de los santos mahometanos, 434, 437

Naamah, mujer de Noé, 89

Nabal, y David, 380, 381

Nabucodonosor, rey de Babilonia, conquistó Jerusalén, 79, 471, 507

«Nacido de una cabra», entre los akikuyu, 277-278, 287, 296-297. *Ver también* Segundo nacimiento

Nacimiento, ceremonias entre los indios de Patagonia, 220-221, y entre los akam-ba, 276.

— sobrenatural, en la leyenda, 359-360; segundo, ver Segundo nacimiento

Naga, tribu de Assam, ceremonias de paz, 210-211, 212; su sistema de agricultura, 244; los dormitorios comunales para solteros, 257

Nakawee, diosa de la tierra, entre los indios huichol, 142-143

Nakiza, río, en Uganda, 339

Namaquas, ver Hotentotes

Nandi, de África oriental británica, su relato sobre el origen de la muerte, 34; se pintan el cuerpo cuando han dado muerte a un enemigo en batalla, 61, 64; su forma de hacer la paz, 208, 211; sus afinidades étnicas, 275; uso de pieles de sacrificios en los casamientos, 281; grados de edad, 286; su transferencia periódica de poder, de los mayores a la generación más joven, 286; veneración de los umbrales, 424; el silencio de las viudas, 461; se niegan a hervir la leche, 493; costumbres en relación con las vasijas para leche, 496; no toman carne y leche juntas, 498; ceremonias de circuncisión, 498, 584; se abstienen de comer ciertos animales salvajes, 502-503

Nantes, edicto de 1685, 555

Naogeorgus, Thomas, sobre el uso de campanas de iglesia para alejar las tormentas, 567-568

Napoleón, código, 473

Nápoles, las mujeres llevan, amuletos en los vestidos, 579

Nariz, laceraciones, en las ceremonias de duelo, 511

Narriyeri, del sur de Australia, sus costumbres funerarias, 524-525

Nasamón, tribu del norte de Libia, sus sueños oraculares en las tumbas, 402

Ndara, diosa, entre los toradja, 15

Ndengei, dios superior, entre los nativos de las islas Fidji, 119, 120

Ndighiri, clan de los wataveta, 429

Nebo, monte de Palestina, 439, 508

Nebraska, los indios omaha, 58, 417, 515-516

Necromancia, entre los antiguos hebreos, 308; en la epopeya de Gilgamesh, 397-398; en los antiguos griegos y romanos, 398-404; en África, 404-406; en Polinesia, 406-407; en el archipiélago índico, 407-409; entre los esquimales, 409-410; en China, 410-412

Negro, mar, su desbordamiento trajo como consecuencia una gran inundación, 99-101, 187

Neilgherry, cerros, en la India meridional, 264, 315, 340

Neleo, promesas intercambiadas entre sus hijos y Hércules, 207

Nenebojo, héroe del relato ojibwa de una gran inundación, 156-158

Neoptolemo, su tumba en Delfos, 314

Nepal, los mangar, 307-308

Nergal, dios babilónico de los muertos, 398

Nerón, evoca el espíritu de su madre

Agripina, 404

Nestorio, sus discípulos en China, 111

Neufville, capitán, J. B., sobre la ultimogenitura entre los kachin, 246

Neusohl, en el norte de Hungría, el toque de difuntos, 562

Ngai, dios, sacrificios en su honor para traer la lluvia, 455-456

Ngoni, de África central británica, sus leyendas sobre la inmortalidad del hombre, 39; la costumbre de pintar el cuerpo de los homicidas, 61. *Ver también* Angoni

Nias, isla, historia sobre la creación del hombre, 16-17; telato sobre el origen de la muerte, 41-42; las narraciones acerca de un gran diluvio, 173, 182; forma de ratificar los juramentos, 214; se cuenta la historia de un jefe cuya vida residía en uno de sus cabellos, 365-366

Nicaragua, relatos del diluvio, 141

Nicobar, islas, costumbres funerarias, 527

Nicolás de Damasco, sobre una gran inundación, 70

Niger, río, los awome, en el delta, 211-212; los menkiera, del Sudán francés, 312; los bambara, en el superior, 432, 446

Nigeria, sur de, los ibo, 269

Nigromancia, *ver* Necromancia

Nilo, río, Asurbanipal condujo a sus ejércitos hasta las orillas, 70; los saltos de Karuma, sacrificio de cabritos entre los banyoro, 340; se dice que el rey Ferón le arrojó un dardo, 342; la emigración de los patriarcas a sus riberas, 353; en la leyenda de Moisés, 354, 357, 359, 360; las fuentes, 491

— Blanco, los shilluks, 20-21; los nuer, 268-269

Ninib, mensajero de los dioses babilónicos, 72, 73

Ninive, la biblioteca de Asurbanipal hallada en el transcurso de las excavaciones, 70, 75, 356

Niños, se guardan sus almas en recipientes por motivos de seguridad, 383; aversión supersticiosa a contarlos, 413-414; se entierran bajo los umbrales para asegurar su resurrección, 429-430; sacrificados a Molo ch, 445-446

Nipur, las excavaciones, 75, 76

Nisir, montaña, en la leyenda babilónica del diluvio, 73

Nisus, rey de Megara, y su cabello dorado o púrpura, 366-367

Njamus, de África oriental británica, usan pellejos de ovejas sacrificadas, 282-283

Noé, ver Diluvio universal Nogais, tribu tártara, ahuyentan al demonio de las mujeres que han dado a luz recientemente, 583

North Berwick, Satanás en el púlpito de la iglesia, 365

Noruega, la ultimogenitura, 237; embadurnan las piedras con mantequilla, 314

Norwich, inundaciones debidas a lluvia repentina y violenta, 184

Nottingham, el *borough* inglés, 234

Nounouma, del alto Senegal, sus costumbres en relación al derramamiento de sangre y el homicidio, 55; sus sacrificios a los árboles, 446

Novias, conducidas en brazos sobre el umbral, 425-428; pisan sobre la sangre de una o veja sacrificada derramada sobre el umbral de la casa de su marido, 431-432; rapto de, teoría, 427-428

Novio, conducido en brazos al atravesar el umbral, después de su casamiento, 428

Nuer, de las márgenes del Nilo Blanco, la ultimogenitura, 268

Nueva Bretaña, relato sobre el origen de la muerte, 47-48

Nueva Gales del Sur, costumbres funerarias de los kamilaroi, 524y de los milya-uppa, 526

Nueva Guinea, relato sobre el origen de la muerte, 43; costumbres en relación con el rescate de sangre, 58-59; relatos del diluvio, 118-119, 173; adivinación por medio del agua, 348; forma de rescatar almas perdidas de niños, 383

— británica, costumbres funerarias, 516; utilización de tambores y campanas para ahuyentar a los malos espíritus, 573-574

— holandesa, el relato de una gran inundación, 119; los arafoo, 343; los marindinis, 407-408

Nueva Inglaterra, ejecución de perros, 554-555

Nueva Zelanda, narraciones sobre la creación del hombre, 13; tradiciones diluviales, 173; el llanto como forma de saludo

entre los maoríes, 319-321. *Ver también* Maoríes

Nueva Hébridas, relato de la creación del hombre, 15; relatos sobre la primitiva inmortalidad del hombre, 42; historia de un gran diluvio, 120-121; el culto a las piedras, 309-310; juramentos solemnes sobre las piedras, 331; estatuas de madera para establecer comunicación con las almas de los muertos, 406; costumbres funerarias, 516-517

Nuevos calabares, *ver* Awome

Nukahiva, isla de las Marquesas, la evocación de los muertos, 407; entre las mujeres ha desaparecido la costumbre de lacerarse en señal de duelo, 522

Numa, cómo atrapó a Pico y Fauno, 338; sus adivinaciones por medio del agua, 345; su ley con relación a los mojones, 539

Numitor, abuelo de Rómulo y Remo, 355

Nutria, en los relatos del diluvio, 152, 15;, 157, 158, 159, 161

Nyambe, dios sol entre los a-louyi, del alto

Zambeze, 193-194

Nyassa, lago, 426

Objetos inanimados, castigados por causalla muerte de personas, 534-535, 537, 538-539, 555-557 *Ver también* Castigo de objetos inanimados; Juicio y castigo de objetos inanimados

Observación, mitos, 104, 187

Océano, teoría sobre la existencia de uno primitivo universal, 181

Odenwald, la ultimogenitura, 237

Odisea, La, Ulises invoca a los muertos, 398

Odiseo, *ver* Ulises Odorico, fray, en relación con los Guardianes del Umbral en Pekín, 422

Ofrá, la encina o terebinto, 447

Ofrendas, a las piedras, 309, 310, 312, 313; de sangre de Ulises, 398, 531, y en los ritos funerarios samoanos, 521

Og, rey de Basán, y el arca de Noé, 89, 90

Ogiges, u Ogigo, rey de Tebas, el diluvio de su época, 95-97

Ojhyals, sacerdotes del diablo entre los gonda, 579

O-kee-pa, fiesta anual de los indios manda

Olimpia, imagen de Zeus, el «Dios de las promesas», 207; juramento de los atletas, 207; ley que castigaba a las estatuas homicidas, 539

Olimpo, monte, y la garganta del Peneo, 102, 103

Olivos, monte de, en las historia del diluvio, 90; hasta allí se alcanza el desierto de Judea, 380

Ona, de Tierra de Fuego, se laceran el rostro en señal de duelo, 516

Ontario, en Canadá, relato de una gran inundación entre los ojibwas, 156-158

Opus, primera ciudad fundada después del diluvio, 91

Oraculares, piedras, 312-313; sueños en los santuarios, 300-304, y sobre las tumbas, 402-403

Oráculos, revelados en sueños, 300-304; de los muertos, en la antigua Grecia, 398-401, 402-403; en África, 404-406

Orán, la forma de contar el grano, 416

Orang sakai, de Sumatra, se laceran la cabeza en señal de duelo, 516, 529

Oraon, de Chota Nagpur, el relato de su asentamiento en la región, 261

Oraybe, los moqui, 574

Ordalía del agua, para atestiguar la legitimidad de los recién nacidos, 359-360

Orejas de cabra, anillos hechos de, 285

Orestes, la ofrenda de sus cabellos al fallecido Agamenón, 510

Orfeo, y Eurídice, 399

Origen, de la muerte, relatos, 31-49; de las narraciones acerca del diluvio, 177-187; del lenguaje, 188; de la ultimogenitura, 238-240, 266, 269-272

Orinoco, río, relatos sobre el origen de la muerte, 41; de una gran inundación, 136-137, 177

Oropo, el santuario de Anfiarao, 300-301

Orugas, procesos seguidos contra, 547-548

Oseas, profeta, sobre los «lugares altos» de Israel, 308; su tumba en los montes de Galaad, 439; sobre el culto a los árboles, 445; su influencia sobre el autor del Deuteronomio, 479

Osetes, del Cáucaso, laceraciones en el cuerpo en señal de duelo, 511

Ossa, monte, y la garganta del Peneo, 102

Otaheite, costumbres funerarias, 517-519, 529. *Ver también* Tahiti

Ot-dzéquine, entre los mongoles, el hijo más joven, heredero en la sucesión, 240

Otris, monte de Tesalia, hasta el que se dice que Deucalión fu e arrastrado por las aguas, 91, 102

Oveja de Dios, entre los galla, un cierto pájaro encargado de llevar el mensaje de inmortalidad a los hombres, 47

Ovejas, en historias sobre el origen de la muerte, 36-38; y cabras, en leyendas y costumbres, 36-38, 276-277; como portadoras de mensajes de inmortalidad a los hombres, 37-38; sacrificio de, en las ceremonias de purificación, 55, 276; para sellar la paz, 212; en las de redención, 217; en los pactos, 221; y en las del segundo nacimiento, 276-279; es identificada con la madre en ésta última, 277-278, 287; también sacrificada en la incor-

poración de un akikuyu a un nuevo territorio, 282, para obtener buenas cosechas, 282-283, 44^; y en los umbrales, cuando la recién desposada entra en su nuevo hogar, 431-432; igualmente, en ciertas ceremonias religiosas, 450; y para impetrar la lluvia, 455-456

Pacífico, océano, maremoto en, 183-184

Pacto, hecho sobre el majano, 325ss.; de sangre, *ver* Sangre, pacto

Pacurio, rey de Persia, cómo descubrió la traición de su vasallo Arsaces, rey de Armenia, 333-334

País de Gales, escasez de tradiciones referentes al diluvio, 173; el *borough* inglés, 234-235; el *tyddyn*, 23;; costumbres al cruzar los ríos después de haber anochecido, 339; se conduce a las novias en brazos por encima del umbral, 427

Pájaro, trompetero, por qué tiene unas zancas tan delgadas, 135; carpintero, en el relato ojibwa de una gran inundación, 157, también se dice que tomó parte en la alimentación y protección de Rómulo y Remo, 356

Palatinado, alto, los panes que hay en el horno no deben ser contados, 419

Palestina, su tierra rojiza, 25; conocimiento de la leyenda babilónica del diluvio, 87; lugar de asentamiento de los israelitas, 87, 272, 452, 471, 506; las tradiciones diluviales, 172; razas que alberga, 223, 224-225; *massebá* puestas recientemente al descubierto, 316, 329; forma de contar las medidas para grano, 416; conducen a la novia en brazos por encima del umbral, 425; encinas y terebintos sagrados, 433ss.; *ver también* Encinas, en Palestina; el monte Nebo, 439, 508; los «lugares altos» son todavía objeto de veneración religiosa, 454-455, 458-459

Paloma, enviada desde el arca de Noé, 73, 90, 94, 95, 152, 171, 172; en las tradiciones de los indios mandan, 148; en las de

los tuanas acerca de una gran inundación, 166

Palsy, dios samoano, 42

Pallacrec, encomienda, la ultimogenitura o *maineté*, 236

Panamá, relato del diluvio, 141

Pandaro, en el templo de Esculapio, en Epidauro, 303

Pandectas, Las, de Justiniano, 472

Pandora, esposa de Epimeteo, la primera mujer modelada por los dioses, 91

Panopeo, cerro de Fócida, supuesto escenario de la creación del hombre, 11, 12

Pantorrillas, la concepción y nacimiento en, 110

Paraguay, historia de la creación de la humanidad, 21; los indios lengua, 24-25

Paraíso, terrenal, 27, 29, 193; perdido, 27.

Ver también Edén, jardín

Paralipómenos, libro, y el pecado del empadronamiento, 413

Paria, cronista, sobre la fecha del diluvio de Deucalión, 92

París, inundación en, 184; ejecución de una cerda en Meulan, 552-553; y de otra en Fontanay-aux-Roses, 553; la campana de la abadía de san Germán, 570

Parnaso, monte, se dice que Deucalión desembarcó allí después del diluvio, 12, 91, 92

Partos, protección de la mujer después de, 218; ceremonias para facilitarlos, 225; mientras dura, se guarda el alma de la parturienta por motivos de seguridad, 383; asimismo, se le protege de los demonios mediante campanillas, hombres armados, etc., 580-581

Pasifae, o Ino, su supuesto santuario en Laconia, 304

Pastaza, río de Ecuador, 132

Pastoreo, pueblos de, la ultimogenitura, 239-240, 270-271; en África se niegan a hervir la leche por temor a dañar el ganado, 489-493; sus normas basadas en la existencia de un vínculo simpático entre la vaca y su leche, 496; aquéllas tampoco les permiten que la leche entre en contacto con la carne o los vegetales, 496-503; en algunos, no se permite comer alimentos vegetales a los guerreros, 501; descuidan la agricultura, 502; se abstiene de ingerir carne de animales salvajes, 502-504

Patian, un creador, entre los anal, de Assam, 108

Pato ártico, en el relato de los indios tinneh sobre el diluvio, 161

Patriarcal, la edad, 203ss.; el final de, 353

Patriarcas, longevos entre los lolos, 110-111

Patroclo, la ofrenda de cabellos a su cadáver, 510

Pausanias, cronista griego, sobre el río

Ladon, 98; sobre el valle de Peneo, 98; sobre el santuario de Ino, o Pasifae, 304

Pausanias, rey de Esparta, evocó, el espíritu de Cleónice, 400

Pavos, por qué tienen carnosidades colgantes de color rojo, 135

Pawpaw Nan-chaung, en una leyenda de los singfo acerca de un gran diluvio, 108

Paz, acuerdos, las ceremonias para llevarlos a cabo, 207-215; imprecaciones en, 211-212, 213, 214

Pecado de empadronamiento, 413ss.

Peces, en la antigua historia hindú, acerca del diluvio, 105, 175; en el relato bhil del diluvio, 106-107; milagrosos, en leyendas sobre el diluvio, 175-176; es mala suerte contarlos, 418; no deben comerse, 502, 504

Pejerrey, en la leyenda de una gran inundación de los naturales de las islas Andaman, con siguió fuego después de finalizada

aquélla, 116

Pekín, Guardianes del Umbral en el palacio, 422

Peleas entre los súbditos a la muerte de un rey, 519

Peleo, y Astidamia, 216, 224; y Tetis, 337; su promesa, 510

Pelew, islas, relato de la creación del hombre, 15; la narración de un gran diluvio, 127-128, 173, 182

Pelícanos, por qué son blancos y negros, 117-118

Peligro, isla, se tienden trampas a las almas de los enfermos, 386-387

Pelión, monte de Tesalia, 102

Pellejos, o pieles, de cabra, en ceremonias rituales, 60, 221, 276, 281, 28;, 579; de buey, en las alianzas, 207, 221-222; de carneros, se duerme sobre ellos, 300, 304

Penates, tienen su morada en los umbrales de las casas, 429

Peneo, la antigua ciudad, al norte de Arcadia, lugar de nacimiento de Dárdano, según la tradición griega, 97-99; el tío, y la llanura de Tesalia, 102

Peniel, o Rostro de Dios, en el vado del Yabbok, 336

Pennant, viajero y anticuario, acerca de la campana de St. Wenefride's, 569

Pentateuco, su parte legal no incluye los periodos primitivos de la historia de Israel, 471, 472, 473; su relación con la llamada legislación mosaica, 473, 474; comprende tres cuerpos de leyes, 47;; lugar que ocupa el Códice Sacerdotal en, 484; el Código de la Alianza como el más antiguo de ellos, 486, 533; la distinción entre animales puros e impuros, 50;

Pequeño Wallaby, tótem de los kaitish, y la resurrección de los muertos, 45

Peres y Zéraj, mellizos nacidos de Judá, cuarto hijo de Jacob, y su nuera Tamar, 223

Periandro, tirano de Corinto, consultó el espíritu de su esposa Melisa, 399

Permanente, sistema de agricultura, 244, 245, 247-248

Pernada, derecho, *ver* Concubinato Parra, como esposa de un hombre, 142-143

Perrodet, Jean, abogado defensor en la causa seguida contra los *inger* 545, 546

Perros, en historias sobre la creación del hombre, 18-20; llevan al hombre un mensaje de mortalidad, 34; en los relatos sobre el origen de la muerte, 38; presagian una gran inundación, 150-151; sacrificados en juramentos de amistad, 208, 210, 211, 215, en ritos de purificación, 216-218, 219-220, y durante la peste, 218; juicio y castigo de, 536, 537, 554-555

Perrot, Nicolás, sobre el llanto como forma de saludo entre los indios sioux, Persas, Los, tragedia de Esquilo, 402

Persecución de animales, en la antigua

Grecia, 537-538539; en la moderna

Europa, 540-548, 550-555; en Brasil, 548-550. *Ver también* Castigo de animales homicidas; Ejecución de animales;

Juicio y castigo de animales

Perseo, hijo de Zeus, 360

Persia, persas, en el regreso de los embajadores enviados por Raghu-Náth-Ráya a Inglaterra, 293; el rey Ciro, 342; son muy aficionados a la adivinación por medio del agua, 346; derrotados por

Pausanias en Platea, 400; y por los griegos en Salamina, 402-403; su veneración del umbral de los palacios reales, 423; el Zend-Avesta, antiguo cuerpo de leyes, 536

Personificación, de la sangre, 53; del agua, 342-343; de los animales, 535-536; de los objetos externos, reflejada en la legislación primitiva, 557

Perú, peruanos, relatos de una nueva creación del hombre después del diluvio, 24; las leyendas de una gran inundación, 138-139; ofrendas de los indios a los dioses río, 339. *Ver también* Cuzco; Herrera, A. de; Incas peruanos; Indios peruanos

Perugino, sus vírgenes, 564

Peste, la gran, de Londres, 413

Piamonte, los daños causados por las orugas, 547

Picardía, la ultimogenitura, 236

Pico, atrapado por Numa, 338

Pie derecho, debe adelantarse al cruzar el umbral, 426

Piedade, del estado de Marañón, en Brasil, 548

Piedra de la Gruagach, 213

— Negra, en La Meca, 309, 423, *ver también* Meca, La; del Compromiso, en Sutherland, 331

Piedras, el hombre y la mujer son nuevamente creados de, después del diluvio, 91, 136; juramentos prestados sobre, gradas, 308-316, sobre las que se derrama aceite, 299, 314-316; oraculares, 312-313; Arnobio, sobre su culto, 314; negras ungidas, en las islas Kei, 315, y en lona, 331; toscas, monumentos hechos de, en Transjordania, 328-329; circulares en Moab, 329; se utilizan en las ceremonias de casamiento, 330; poseen efectos mágicos al ratificar las alianzas, 330, 331; el juramento de los arcontes, 331; de origen meteórico, 332; los semitas guardaban en ellas sus almas por motivos de seguridad, 385

Piel, historia de la muda de, 40-46, 47-49; de víctimas de sacrificios, las personas se en vuelven en ella, 221; de ovejas víctimas de sacrificio en los rituales, 221, 282-283; de sacrificio en el ritual, 274-287

Píndaro, sobre el diluvio de Deuacalión, 91

Pindo, monte de Tesalia, 102

Pirámides de Egipto, y la de Cholula en México, 195; inscripciones, 307

Pirman, deidad malaya, en la historia de una gran inundación, 110

Pirra, esposa de Deucalión, hija de Epimeteo y Pandora, 91, 92, 101, 136, 175

Pisar sobre animales víctimas de sacrificios, 340.

Pistacia terebinthus, el terebinto, 441

Pitonisa de En-dor, 391ss.

Placenta, enterrada bajo la puerta de entrada a las casas, 430-431; se supone se trata de un hermano gemelo del recién nacido, 430

Planta, que hace recobrar la juventud, 30-31; trepadora, uniendo la tierra con el cielo, 305-306

Platea, la batalla donde Pausanias derrotó a los persas, 400

Platón, en *El banquete*, sobre el estado primitivo del hombre, 25; sobre los espíritus de los asesinados, 55-46; sobre el diluvio de Deucalión, 92; acerca del juicio de castigo de animales y objetos inanimados, 538; *Las Leyes*, comparada con *La República*, 538

Playfair, mayor A., sobre los garo, 258-259

Pleistoceno, el hombre en el período, 100

Pléyades, dos estrellas fueron retiradas de la constelación, 88

Plinio, sobre el valle de Peneo, 98; acerca de la evocación del espíritu de Homero, 403; sus escritos fueron citados en un juicio contra las hormigas, 549

Plioceno, existencia del hombre, 100

Plomo fundido, formas de adivinación, 349

Plutarco, nacido en Queronea, 12; sobre el diluvio de Deucalión, 94, y el valle de Peneo, 98; acerca de los oráculos de los

muertos, 401-402; sobre la costumbre de conducir a la novia en brazos hasta el interior de su nuevo hogar, 427, 428

Poetas, con relación al folklore, 390

Point Barrow, en Alaska, 21, 168

Polinesia, relato de la creación del hombre, 13-14; historias sobre el diluvio, 121-128, 173, 177; las costumbres funerarias, 517-519

Pompeyo el Grande, 403

Pontifical Romano, sobre las virtudes de las campanas de iglesia, 559

Ponto-araliano, mediterráneo, 100-101. *Ver también* Euxino

Popayán, en Colombia, las tempestades y temblores de tierra, 571

Port Moresby, en Nueva Guinea, ruidos que hacen los nativos para ahuyentar a los espíritus de las tormentas, 573-574

Poseidón, *ver* Hércules

Povu, en swahili, cierta especie de antílope, 503

Pozo, Jacob en el, 317ss.

Praxiteles, sus esculturas al amor, 309

Precauciones que toman los asesinos frente a los espíritus de los asesinados, 60-65

Primitiva Legislación, 475

Primitivo océano universal, teoría de su existencia, 180-181

Primogenitura, reemplazando progresivamente a la ultimogenitura, 243-244, 252, 271, 274; regula la transmisión del liderazgo, 262-263

Pritaneo, o casa consistorial, el tribunal en Atenas, 537

Proca, rey de Alba Longa, padre de Numitor y Amulio, 355

Proene, sus amores con Filomela, 12

Procopio, sobre el descubrimiento del traidor Arsaces, 333-334

Profetas hebreos, denunciaron el culto a los árboles, 445, 446, 453-454; hablaban y pensaban con libertad, 477-478; desplazados por los escribas, 478

Profetisa del dios del lago Alberto, 586

Prometeo, creador del hombre, 11-12; padre de Deucalión, 91

Propiciación de los espíritus del agua en los vados, 338-342

Propiedad, de la tierra, privada, 242, 248; comunal e individual, 247; de bienes muebles, 265-266; su transmisión entre los suk, 269

Propóntide, *ver* Mármara, mar de Prostitución religiosa, denunciada por los profetas hebreos, 445

Proteo, y Menelao, 337; su gran información general, 338

Prusia, prusianos, su culto a la encina sagrada de Romove, 446, 449; renana, la campana de Benedictus, 562

Psófide, Alcmeón en el valle de, 54

Pterelao, rey de Tafos, sus cabellos dorados, 367

Puebla, en México, próxima a la pirámide de Cholula, 195

Pueblo escogido, 79

Pueblos, arios de Europa, la ultimogenitura, 237-238; de pastoreo, *ver* Pastoreo, pueblos de; de pescadores en Escocia, sus gentes se niegan a contarse o dejarse contar, 417-418

Pulseras con campanillas, llevadas en los tobillos por los niños sunar, 584

Puluga, el Creador, entre los primitivos habitantes de las islas Andaman, 116-117

Pund-jel, el Creador australiano, 13

Punjab, el asentamiento de los arios, 104; como zona límite de la familia lingüística áustrica, 253; se entierra a los niños muertos bajo el umbral para asegurar su resurrección, 430

Purificación de los homicidas, 56-58, 59-63; pública, pasando entre los trozos de la víctima, 216-217; de las madres de niños gemelos, 285-286

Purificatoria o sacramental, teoría sobre los sacrificios realizados al sellar las alianzas, 211, 216-219, 221-222, 223, 225-226, 227, 229

Puro Acero, relato servio de un ogro que tenía tal nombre, 369-370

Púrpura violácea, color del manto del efod llevado por los sacerdotes judíos, 558

Purus, río de Brasil, relato del diluvio contado por los indios que habitan sus riberas, 132

Qat, héroe y creador melanesio, 15, 42, 120-121

Qoaqlqal, los tres hermanos, según los indios thompson, causantes de una gran inundación, 165

Quebrantamiento, de un tratado, forma de expiarlo, 209-210; de alguna costumbre ancestral, 292

Queensland, costumbres funerarias, 524

Quercus, pseudo coccifera, 433, 451; *aegilops*, 433; *infectoria*, 434

Queronea, llanura, 12, 13

Quevaise, las pertenencias y posesiones que recibía en Francia el hijo, o hija, nacido en último lugar, 236

Quito, las tempestades y temblores de tierra, 571

Racine, su comedia *Les Plaideurs*, 537

Rafael, el cuadro de Jacob junto al pozo, 82, 317

Raghu-Náth-Ráya, o Ragoba, y los embajadores que envió a Inglaterra, 293

Ragüel, y el encuentro con su pariente Tobías, 319

Raiatea, una de las islas Leeward, relato del diluvio, 123-124

Rakaanga, isla, las causas de una gran inundación, 182

Rama, deidad hindú, en las historias de un gran diluvio, 106-107

Ramá, la tumba de Samuel, 393

Raminjerar, del sur de Australia, y las causas de la confusión de las lenguas, 199-100

Ramman, dios babilónico de las tormentas, 71, 73

Ranas, en el relato sobre el origen de la muerte, 38; una de ellas fue la causante de una gran inundación, 118

Rape of Lewes, el *borough* inglés en, 234

Rapto, de las sabinas, 427; de mujeres, como supuesto antecedente de ciertas costumbres matrimoniales, 427

Raquel, y Jacob, junto al pozo, 82, 317, 318; se llevó los dioses familiares de su padre Labán, 326-327

Raratonga, se rompen los dientes en señal de duelo, 522

Rata almizclera, trajo a la superficie un poco de la tierra cubierta por las aguas del diluvio, 151, 157, 159, 160, 161, 162, 167

Ratas, en el relato del diluvio, 156; juicios seguidos contra, 543-545, 550-551; de los campos, o topos, 544-545

Ratificación de las alianzas cortando en dos trozos a la víctima de un sacrificio, 206-222, 225. *Ver también* Víctimas de sacrificios

Ratones, juicios seguidos contra, 550-551

Rawan, rey de los demonios de Ceilán, 19

Rawlison, *sir* Henry, sobre la epopeya de Gilgamesh, 71

Rayo, costumbres en relación con las personas muertas por, 572

Raziel, el ángel, y el libro sagrado que dio a Adán, 88

Rea Silvia, madre de Rómulo y Remo, 355

Rebeca, esposa de Isaac y madre de Jacob, 231, 298, 273, 448

Receptáculos para guardar las almas de los niños recién nacidos, 383

Recuento, de medidas para gran o, en Argelia y Palestina, 416; de personas, animales o cosas, aversión supersticiosa, 413-420

Redención de las gentes por medio de sacrificios, 217

Redes, o trampas, para apresar almas, 385-387, 388; para mantener a los demonios a distancia de las mujeres que están a punto de dar a luz, 583

Reencarnación, se entierra a los recién nacidos muertos en los umbrales para asegurarla, 429-430

Reforma, del rey Josías, 85, 396, 454, 476, 482, 483; profética de la religión en Israel, 453

Reid, Thomas, sobre la ley del deodand, 556

Reina Carlota, islas, los indios haida, 164-165

Religiosos y mágicos, aspecto de los juramentos sobre las piedras, 332-333

Rellec, abadía, la ultimogenitura o maineté en los dominios de, 236

Rembau, en la península malaya, la ultimogenitura, 264

Remigio, monte, las campanas tocaban durante las tormentas, 568

Renan, E., sobre Feuerbach, 564-565

Reptiles, san Patricio los exorcizó, 540

República, La, de Platón, 538

Rescate de sangre, *ver* Sangre, rescate

Resurrección, al cabo de tres días, 44, 45; asociada a la luna nueva, 44-45

Retributiva, teoría, sobre el sacrificio de víctimas en las alianzas, 211-216, 218, 229, 536

Reyes, costumbre escandinava en la ceremonia de elección, 330; en África, cuando mueren, sus espíritus son consultados como oráculos, 404-405; los mediums, beben en la calavera para inspirarse, 405; en relación con las encinas, 448; laceraciones en el cuerpo a su muerte, 520

Reyezuelo, un pájaro, en el relato sobre la creación del hombre de los indios hopi, 23

Rhin, río, pruebas de la legitimidad de descendencia entre los celtas, 360

Río Grande do Soul, estado de Brasil, historia de una gran inundación, 130

Río Mamberano, en Nueva Guinea holandesa, los relatos de una gran inundación entre los nativos, 119

Río, Martín del, jesuita, sobre la consagración de campanas de iglesia, 570

Ríos, sus espíritus o genios y cómo propiciarlos, 337-342; sacrificios a, 338-340; ceremonias que se observanantes de cruzarlos, 338-341; en el País de Gales escupen antes de cruzarlos después de anochecer, 339; están considerados como dioses o morada de los dioses, 341

Ritual, pieles y pellejos de víctimas de sacrificios en, 274-287; uso de campanillas en el primitivo, 586

Rivers, Dr. W. H. R., sobre la ultimogenitura entre los badaga, 264

Rocas, espíritus malévolos de, 312; culto, 312

Rocosas, montañas, en las historias de una gran inundación, 150, 158; los indios culebras, 513

Rodesia, sur, los bosquimanos tati, o masarwas, 35; tribus bantúes, se consulta a los espíritus de los jefes muertos como oráculo, 405-406

Roja, arcilla o tierra, el hombre fue hecho de, 13, 15, 19, 25

Rokola, el capataz de Rokoro, en las leyendas de los nativos de las islas Fidji, 120

Rokoro, dios de los carpinteros entre los naturales de las Fidji, 120

Roma, romanos, la de los papas medievales, 80; forma de concluir los acuerdos de paz, 213; su fundación por Rómulo y Remo, 355-356, 360; los emperadores evocaban a los muertos, 404; se conducía a las novias en brazos hasta el interior de su nuevo hogar, 426; el rapto de las sabinas, 427; las leyes de las Diez Tablas, 510; costumbres funerarias, según Virgilio, 511; los combates de gladiadores, 519; el castigo de animales, 539; expulsión anual de los espíritus, 559; citada por Renan, 564; cómo se protegía de Silvano, dios de los bosques, a las mujeres que habían dado a luz recientemente, 583

Romove, la encina sagrada, 446, 449

Rómulo y Remo, relato de su abandono y crianza, 355-356, 360

Roro, lengua, las tribus de Nueva Guinea británica que la hablan se laceran el cuerpo en señal de duelo, 516

Roscoe, reverendo John, sobre la ausencia de relatos del diluvio en África, 170

Rotemburgo, en Suabia, tañían las campanas de las iglesias para ahuyentar a las brujas, 565-566

Roten, o junco de Indias, enrollado, pone en contacto la tierra con el cielo, 306

Rotti, isla, el relato de una gran inundación entre sus nativos, 115-116, 173, 182

Routledge, W. Scoresby, y Katherine, sobre el rito akikuyu del segundo nacimiento, 277-278, 279

Ruahatu, dios del mar polinesio, 123, 124

Rúan, ducado, la ultimogenitura o *maineté*, 236

Rubruquis, monje De, en relación con los

Guardianes del Umbral en la corte de Mangu Kan, 422

Rumeileh, ruinas de una fortaleza romana en Moab, así llamada, 443

Rusia, rusos, los cheremises, 20, 458; oriental, tradiciones de un diluvio, 173; la ultimogenitura, 237-238; la historia de Koshchei el In mortal, 367-369; la creencia de que el umbral es morada de espíritus, 429; se entierra bajo el umbral a los niños nacidos muertos, 429

Ruso, río de California, los indios gallinomera, 513

Russkaya Pravda, código ruso, la ultimogenitura, 238

Saato, dios samoano de la lluvia, 311

Sabatu, décimo primer mes babilónico, 75

Sabbath, judío, 81, 480; una festividad semejante entre los lolos, 111

Sabinas, el rapto, 427

Saboya, procedimientos legales contra las orugas, 548; los animales aparecían como testigos o como acusados en las causas criminales, 555

Sacerdotal, Documento, *ver* Códice Sacerdotal Sacerdotes, aaronitas, 509; los judíos llevan al oficiar el manto del efod todo de púrpura violácea con campanillas cuando celebran los ritos, 585-586

Sacramental o purificatoria, teoría sobre el sacrificio de víctimas al sellar una alianza, 211, 216-219, 221-222, 223, 225-226, 227-229

Sacramento, pampa de, en Argentina, la tradición de un diluvio, 150

Sacrificios, rituales de animales (bueyes, cabras, cabritos, gallos, o vejas, perros verracos) en el acto de sellar una alianza o juramento, 56, 57, 106, 207-222, 225, 276-279, 281-283, 286, 398, 431-432, 446, 450, 455-456, 531; humanos, como forma de purificación, 216, las víctimas cortadas a trozos, 222-229, Poner los cimientos de las viviendas, 226, o al establecer una alianza, 227-228; como forma de redención, 217; se identifica al hombre con las víctimas de, 287; a las piedras, 299, 309-310, 312, 314-316; a los ríos, 338-340; a los muertos, sobre el umbral, 432; a los árboles, 445-446; imploran do lluvia, 455-456; de sangre, *ver* Sangre, sacrificios

Safed, mezquita en, supuesta tumba de las hijas de Jacob, 441

Sagradas, piedras, 299, 308-316; encinas y terebintos, 433ss.; arboledas, como última reliquia de los antiguos bosques, 454-459, *ver también* Arboles sagrados

Sagradas Escrituras, 25, 83, 124, 147, 179, 460, 477, 540, 541

Sahara, los tuaregs, sueños oraculares sobre las tumbas, 402

St. Julien, municipio, se juzgó a los insectos coleópteros, 542

St. Omer, en Francia, la ultimogenitura en la comarca, 236

St. Wenefride's Well, en el condado de Flint, la campana sagrada, 569

Sakarrán, en el Borneo británico, los dyak, su relato de la creación del hombre, 16

Sakina, o Miyo Khai, en una historia de los naturales de Gilgit, 373

Sal, no se permite comerla a los homicidas, 62

Salamina, batalla, y la derrota del ejército persa, 402

Salampandai, dios dyak hacedor del hombre, 16

Salem, en Nueva Inglaterra, ejecución de un perro, 554

Salomón, rey, hijo menor de David, 79, 233

Salsette, isla cercana a Bombay, se conduce en brazos al novio y la novia por encima del umbral de su nuevo hogar, 428

Saludo, el llanto como forma de, 318-324

Salween, río, vía de penetración de los mongoles en su camino hacia Birmania, 259

Samaría, en Palestina, la ausencia de encinas, 434; aludida por Jeremías, 507

Samash, dios sol babilónico, 72

Samoa, historia sobre el origen de la muerte, 42; el culto a las piedras, 311; juramentos sobre piedras, 332; laceraciones en el cuerpo en señal de duelo, 521-522

Samotracia, Dárdano en, 97, 99; la leyenda de un diluvio, 99, 187

Samuel, llevó a David a la realeza, 233, 395;.en relación con Saúl, 391-393, 448; su espíritu evocado por la pitonisa de En-dor, 395-396, 397; sobre la práctica del empadronamiento, 413

San Adelmo, campana, en la abadía de Malmesbury, se tocaba para alejar el trueno y las tormentas, 570

San Bartolomé, parroquia, y la campana de la capilla protestante de La Rochelle, 555-556

San Bernardo, excomulgó a las moscas que le importunaban, 540

San Francisco y las hormigas, 549

San Gabriel, arcángel, supuestamente hablando en turco con nuestros primeros padres, 193

San Germán, abadía, en. París, su gran campana sonaba para alejar la tormenta y el trueno, 570

San Isidoro de Sevilla, sobre los tres diluvios, 96

San Jerónimo, en relación con la encina y el terebinto, 331; los comentaristas de la Biblia y, 389; sobre la encina de Mamré, 449; acerca de las incisiones en honor a los dioses entre los judíos, 509; citado por el abogado defensor en juicio contra las hormigas, 549

San José, río de Nueva Guinea británica, 516

San Juan, víspera, adivinaciones amorosas, 348; tiempo de brujerío, ;6;

San Juan de Capistrano, en California, los indios acagchemen, 146

San Marcos, la basílica en Venecia, el carillón, 564

San Miguel, arcángel, su lucha con Satanás en disputa por el cuerpo de Moisés, 541; en *La Leyenda Dorada*, 561

San Pablo, la antigua catedral de Londres, su campana se tocaba durante las grandes tormentas, 570

San Patricio, exorcizaba a los reptiles, 540

Sanchuniaton, escritor fenicio, sobre la serpiente, 30

Sandwich, islas, *ver* Hawai, islas

Sangre, de dioses en la creación del hombre, 11, 15; de hombres asesinados que pide venganza, 51, 0contamina la tierra, 51; personificación de, 53; rescate de, 55, 58-59; pacto, 218-219, 221-222, 224; bautismo, 221-222; venganza de, 342, 476, 533, 534, 535, como ley revelada a Noé después del diluvio, 533; ofrendada a los espíritus para que la beban y se fortalezcan, 398, 531; de oveja, sobre el umbral que cruzan las recién desposadas al entrar en su nuevo hogar, 431-432; sacrificios de, ante árboles sagrados, 445-446; ofrecida a los muertos, 510-511, 516, 526-532; ofrenda de, entre los samoanos, 521; de

amigos, en las ceremonias de iniciación, 531, también bebida por las personas enfermas o débiles, 531

Sanguijuelas, son procesadas en Lausanne, 546-547

Sánscrito, relato, de una gran inundación, 104, 107

Sansón, su país de origen, 262; su personalidad, 361-362, 375; y Dalila, 362-364, 366-367, 377, 378; la fuerza residía en sus cabellos, 363, 364, 367

Santa Agata, noche de, las campanas de las iglesias sonaban para ahuyentar a brujas y hechiceros, 565

Santa Catalina, convento, en el monte

Sinaí, el manuscrito árabe hallado sobre el arca de Noé, 90

Santa Catalina, lugar de México, los indios huichol, 142, 143

Santa María de Lo reto, iglesia, en Steiermerk, 569

Santos mahometanos, sus tumbas en Siria, 421, 435-436, 437-439, 440

Santuario único, ley del, 85, 476, 480

Santuarios, sueños oraculares, 300-304; para hombres, animales y plantas, en Australia central, 385

Sara, esposa de Abraham, 450

«Saranda de las Setecientas Colinas», en Chota Nagpur, 261

Sarapico, tótem de los kaitish, y la resurrección de los muertos, 45

Sargón el Viejo, primer rey semita de Babilonia, el relato de su abandono y salvación, 356-357, 360

Sarnas, bosquecillos sagrados de los mundá, 457

Satanás, en las leyendas de los tártaros bedel, 14-15; su sermón en North Berwick, 365; inspiró a David el hacer el censo de Israel, 413; su lucha con el arcángel San Miguel por la posesión del cuerpo de Moisés, 541; causando padecimientos a los

animales, 554; en *La Leyenda Dorada*, 560; los yezidi lo mantenían alejado, 579, y es ahuyentado por los nogais, 583

Satapatha Brahmana, relato del gran diluvio, 104-106, 176

Satpura, región de la India central, 19, 264

Saúl, persiguiendo a David, 380; su personalidad y relación con Samuel, 391-393; atentó contra la vida de David y su hijo Jonatán, 392; su encuentro con la pitonisa de En-dor, 393-396, 412; el saludo a los tres hombres junto a la encina de Mamré, 448; fue enterrado junto a un terebinto en Yabés; sentado sobre uno de los «lugares altos», 454; y el monte Guilboa, causante de su muerte, 540

Savigny, la cerda juzgada y ejecutada, 551-552

Saxo Grammaticus, sobre las costumbres escandinavas en la elección de un rey, 330

Scila, cómo traicionó a su padre Niso, 367

Scott, sir George, sobre la ultimogenitura entre los kachin, 247; y sobre sus sistemas de propiedad, 247

Schmelen, misionero, acerca de las leyendas del diluvio entre los naturales de África del Sur, 170

Sebongoh, colinas, uso de campanillas entre los dyak, 578

Segundo nacimiento, las ceremonias entre los akikuyu, 276-279, 286, 287, 296-297; simulacro, en las leyes primitivas, 287-289, y en la adopción, 288-290; en provecho de personas erróneamente dadas por muertas, 290-291; puesto en práctica por el padre de familia brahmán, 291-292; como expiación, por haber quebrantado una norma ancestral, 292; entre los korku, 292; lo llevan a cabo los maharajas de Travan core del vientre de una vaca, 293-296. *Ver también* «Nacido de una cabra».

Seilun, la antigua Shiloh, la encina de Abraham, 440

Seli, en la antigua Hélade, 92

Sem, hijo de Noé, 89, 90

Semitas, pueblos, la leyenda de una gran inundación, 30, 94, *ver también* Gilgamesh; historias acerca de la longevidad de la serpiente, 30; los que habitaron Babilonia habían tomado de los sumerios los principales elementos de su civilización, 68, al haber sido precedidos por éstos en la llegada a la ciudad, 76, 473; llegaron en masa procedentes de los desiertos de Arabia, 78; sus antiguas deidades fueron adoradas en Hierápolis, 93; ritual de las alianzas entre gentes de esa raza, 219; sacrificios humanos, 224, 228-229; tribus de África oriental, semejanza de sus costumbres con las de, 274-276; Sargón el Viejo, su primer rey en Babilonia, 356-357, 360; guardaban sus almas en bastones y piedras por motivos de seguridad, 385; costumbres funerarias, 509. *Ver también* Hebreos;

Israel, israelitas; Judíos

Serpiente, en el relato de la creación del hombre, 18-19, y la caída de éste, 26, 27, 29, 30-31, 540, 541; se supone que recobra la juventud porque muda de piel, 30, 44, 46, 47; también se cree que es inmortal por el mismo motivo, 30, 40-42, 46, 48; en el arca de Deucalión, 93; los espíritus del agua adoptan su forma, 341

Servia, historia de un ogro cuya fuerza estaba en un pájaro, 369-370; y de un dragón, que residía en un pichón, 370-371

Servir a la futura esposa, 260

Severo, monedas acuñadas durante su reinado, 95; su hijo Caracalla evocó su espíritu, 404

Sexos, la diferenciación, 24; separados por Zeus, 25

Sexto Pompeyo, su consulta a una bruja de Tesalia, 403-404

Sezibw a, río de Uganda, 339

Shamsher, príncipe de un cuento popular en Gilgit, 373-377

Shan, o tai, de China, la historia de una gran inundación, 109; atemorizados por los kachin, 246; la ultimogenitura, 250-252; su distribución y afinidades, 251; agricultura, 251

Shetland, islas, el hijo más joven hereda la casa familiar, 23;; la oposición a contar animales o cosas, porque es mala suerte, 418;

Shiloh, la actual Seilun, 440, 507

Shilluks, del Nilo Blanco, su relato de la creación del hombre, 20-21

Shortland, islas, el relato del origen de la muerte, 43; no se debe contar las hojas de palmera que se utilizan para cubrir la vivienda del jefe, 416-417

Shri Badat, rey ogro de Gilgit, cuya alma estaba hecha de mantequilla, 373-377

Siam, único estado shan independiente, 251

Siberia, leyendas sobre la creación del hombre, 14-15; los koryak, 218, 220, 267-268; los yukaghir, 265-266, 266-267

Siembra, sacrificios previos, 282

Siena, iglesia de san Domenico, en una cita de Renan, 564

Sierra Leona, se conduce a la espalda a las novias hasta el interior de su nuevo hogar, 425-426; la negativa a hervir la leche, 490

Siete, el número, su relieve en las historias hebreas y babilónicas sobre el diluvio, 86

Sigu, héroe del relato ackawois de un diluvio, 133-135

Sihai, el primer hombre, según los aborígenes de Nias, 16-17

Sihanaka, de Madagascar, el silencio de las viudas, 461:

Sikém, el valle de, 447; las encinas o terebintos sagrados, 447-448; en Je re mías, sobre el cautiverio de los judíos en Babilonia, 507

Sikim, los kachari y los lepcha, 249

Sila, sus ejércitos derrotaron a las huestes de Mitrídates, 12

Silencio, se impone a las viudas durante algún tiempo después de la muerte del marido, 460-468

Sileno, dios frigio apresado por Midas, 338

Silesia, la ultimogenitura, 237; se conduce en brazos a las novias por encima del umbral, 426

Silvano, dios de los bosques, se protege de él a las mujeres que han dado a luz recientemente, 583

Simpang-impang, el medio hombre, en las leyendas sobre el diluvio de los dyak marinos, 114

Simpática, o por afinidad, magia, 221, 229, 343, 490-491, 493, 494, 495, 496; basada en la asociación de ideas, 494

Sin, dios lunar babilónico, 192

Sinaí, monte, 90, 485

Sinar, donde se establecieron los pueblos nómadas procedentes de Oriente, 188

Sindian, una especie de la encina de hoja perenne, muy abundante en Palestina, 433

Singbhum, en el suroeste de Bengala, los ho o lárka kol, 260

Singbonga, el dios sol de los mundá, 19

Singfo, de Birmania, *ver* Kachin

Sinyaxau, o Primera Mujer, según los indios diegueños, 23

Sión, el centro del reino de Dios sobre la Tierra, 80; el monte, como único santuario israelita legítimo, 275, 453

Sippar, la ciudad del sol babilónica, 69, 70, 75_

Siria, sirios, la diosa Astarté en Hierápolis, 93, 94, y el sacrificio de ovejas en su santuario, 221; leyendas sobre el diluvio, 94, 172; las ceremonias conmemorativas del diluvio de Deucalión, 94; los majanos como testimonio, 327, 328, 334; los árabes sienten aversión a contar determinados objetos de su propiedad, 420; la creencia de que trae mala suerte pisar los umbrales, 421; tumbas de santos mahometanos, 421, 435-436, 437-439,

440; la religión de sus campesinos, 421, 437-439; las recién desposadas pisan la sangre de ovejas sacrificadas, 432; las encinas, 433-435; los manantiales del río Jordán en Tell el Kadi y Banias, 440

Siva, o Mahadeo, 19

Skye, en Escocia, las piedras sagradas, 313

Smith, río de California, relatos acerca del diluvio de los indios de la región, 247

— Adam, sobre el castigo de objetos inanimados, 5; 7

— George, su descubrimiento de las tablillas con la epopeya de Gilgamesh, 71

— W. Robertson, sobre la marca de Caín, 50; sobre la interpretación sacramental o purificatoria de la alianza, 216, 219, 221, 222, 229; acerca de la caza de almas, 386; sobre la prohibición de cocer el cabrito en la leche de su madre, 489; de las ofrendas de sangre a los muertos, 529

Sócrates, historiador eclesiástico, sobre la encina de Mamré, 450

Sodoma, citada por Sozomeno, 450

Sofonías, sobre los que saltan por encima del umbral, 421

Sol, su creación, 17, 23; según los mundá, el dios que creó al hombre, 19-20; se cree que el arca de Noé puede ser únicamente su símbolo, 180; los a-louyi lo identificaron con su dios Nyambe, 193-194; desposó a una mujer, 305-306; se supone que una vez al año desciende al interior de una higuera, 307; los griegos lo materializaban en piedras consagradas, 316; bajo la apariencia de un dios fue amante de la princesa Kunti, o Pritha, según el *Mahabharata*, 357-358, 360

Solimán, cordillera de Afganistán, 457

Solón, su legislación acerca de las costumbres funerarias, 510

Solteros, zaguanes para, entre las tribus de Assam, 257

Somalíes, se niegan a hervir la leche de camella, 493

Somerset, el *borough* inglés, 234

Sommay, brujo, en los relatos brasileños de una gran inundación, 128

Somorgujo, en el relato de una gran inundación, 151, 155, 158

Sonda, mar de, las costumbres matrimoniales en sus islas, 425

Sorcha, el rey de, y el pastor de Cruachan, historia del condado de Argyle, 372-373

Sowlui, esclavo o espíritu sin experiencia, entre los ho de Togo, 586

Sozomeno, historiador eclesiástico, sobre la encina de Mamré, 450-451; su relato de la fiesta bajo la encina, 450-451

Speke, capitán J. H., en los saltos de Karuma, en el Nilo superior, 340; sobre la ordalía del agua en el África central, 360; y J. A. Grant, acerca de la negativa a hervir la leche en África, 49:; sobre los escrúpulos de los bahima a vender leche, 500

Spencer, *sir* Baldwin, y F. J. Guillen, sobre la *churinga* de los aborígenes de Australia central, 384-385; acerca de la dispensa a las viudas de guardar silencio, entre los arunta, 463-464

Sprenger, inquisidor, rapaba la cabeza a las brujas, 364

Stafford, el *borough* inglés, 234

Stamford, *borough* inglés en, 234

Status, en las leyes primitivas, la ficción legal de cambio de, 288

Steiermerk, la iglesia de santa María de Lo reto, 569

Stelvio, municipio del Tirol, se juzgó a los topos o ratas de los campos, 544-545

Strambino, en Piamonte, sus habitantes se querellaron contra las orugas, 547-548

Stubbes, en su *Anatomie of Abuses*, sobre el toque de difuntos, 561-562

Suabia, la ultimogenitura, 237; las campanas de las iglesias tocaban para ahuyentar a las brujas, 565-566; en otras ocasiones, suenan para alejar a las tormentas, 568

Sudán angloegipcio, la negativa a hervir la leche, 493

— francés, los nounouma, 55, 446; y los menkiera, 312

Suecia, no hay trazas de ultimogenitura, 237; formas de adivinación, 349

Sueño de Jacob, 289-300

Sueños oraculares, en los santuarios, 300-304, y sobre las tumbas, 402-403; en los que se aparecían los dioses, 300-304

Suffolk, se entierra a los becerros prematuros bajo el camino por donde habitualmente pasa el ganado, 431

Suiza, misioneros en Costa de Oro, 36; los

Grisones, ultimogenitura, 237; la costumbre de que las novias crucen en brazos por encima del umbral, en la francesa, 426; procesos contra insectos, 545-547

Suk, de África oriental británica, sus reglas de transmisión de la propiedad, 269; no toman leche y carne juntas, 498-499; tampoco mijo crudo y leche, a la vez, 501; no comen la carne de cierto cerdo salvaje llamado *kiptorainy*, 502

Suli, donde naciera el río Aqueronte, 399

Suliotico, río, *ver* Aqueronte, río

Sumatra, relatos de una gran inundación, 112-113, 173; los batak, 112, 214, 264-265, 306, 408-409; los orang sakai, 516, 529

Sumerios, de ellos tomaron los primeros habitantes semitas de Babilonia los principales elementos de su civilización, 68; el

relato del diluvio, 68, 75-78, 174; fueron los predecesores de los semitas en la región que luego éstos ocuparon, 76, 473

Sunar, de la India central, los niños y las jóvenes llevan campanillas en los tobillos, 584

Suramérica, *ver* América del Sur Suripak, la ciudad babilónica destruida por una gran inundación, 72, 186

Surrey, el *borough* inglés, 234

Sussex, el *borough* inglés en, 234

Szeukha, héroe de un diluvio entre los indios pima, 145, 146

Taanach, santuario de Palestina, el altar de la roca labrada, 223, 316

Taaroa, dios principal de Tahití, 13, 14, 121

Tabaco, ofrecido a las piedras oraculares, 312. *Ver también* Fumar

Tabernáculos en la soledad, 81

Tabor, monte, en Palestina, 394, 434, 448

Tácito, en los Comentarios sobre las leyes inglesas de William Blackstone, 240

Tafos, reino de Pterelao, 367

Tagalos, de las islas Filipinas, alejan a los demonios de las mujeres que han dado a luz recientemente, 581

Tahiti, relato de la creación del hombre, 13-14, 121; el dios Taaroa, 13, 14, 121; relatos sobre una gran inundación, 122-124, 182, 187; adivinación por medio del agua, 347-348; las laceraciones en el cuerpo en señal de duelo, 518-519, 529; se depositan mechones de pelo junto a los cadáveres, 529

Tai, de China, *ver* Shan Taigeto, monte de Laconia, 303

Talión, ley, 476, 522. *Ver también* Venganza de sangre

Talmud, 478

Tamanduare, brujo, en una historia brasileña acerca de un gran diluvio, 129-130

Tamar, nuera de Judá, y sus hijos gemelos, 233

Tambores, se tocan para ahuyentar a los espíritus de las tormentas, 572-573, y alejar a los demonios de las parturientas, 583.

Tamendonare, héroe de un relato brasileño sobre una gran inundación, 128-129

Tamuz, mes del calendario hebreo, 90

Tañe, un dios creador entre los maoríes de Nueva Zelanda, 13, 125-127

Tánger, costumbres que se observan al regreso de una peregrinación de La Meca, 424-425

Tangkhul, de Assam, sus juramentos sobre las piedras, 332

Tapirape, río, en las historias de los indios carayas, sobre una gran inundación, 131, 132

Tártaros, relatos sobre la creación del hombre, 14-15; descripción geográfica de su país, 112; la ultimogenitura, 239; los príncipes no permitían que nadie tócase el umbral de su tienda bajo pena de muerte, 422-423; ahuyentan al diablo levantando un gran estrépito con cacerolas, 583

Tasmania, costumbres funerarias entre los aborígenes, 527, 529

Tasos, isla griega, juicio y castigo de objetos inanimados, 538-539

Tati, bosquimanos, o masarwas, *ver* Bosquimanos tati

Taungya, entre los kachin, el cultivo de los cerros, 247

Tcaipakomat, creador del hombre según el relato de los indios diegueños, 22-23

Tchapewi, héroe del relato de una gran inundación, 159

Tchiglit, esquimales, su relato de una gran inundación, 168

Tchud, del norte de Hungría, la ultimogenitura, 238

Teágenes, famoso luchador griego, el castigo a su estatua, 538-539

Tebas, en Beocia, su gran antigüedad, 95,96

Tékine, el «guardián del hogar», heredero legítimo entre los turcos, 240

Telfo, hijo de Hércules, 360

Tell el Kadi, o Loma del Profeta, la antigua Dan, en Siria, 440

Temor a los espíritus, 460, 466, 527-529

Tempe, garganta, se dice que fue abierta por Poseidón, o Hércules, a través de las montañas de Tesalia, 102-104, 187

Tendón, del muslo, que se le contrajo a Jacob, 343; del corvejón de los ciervos, algunos pueblos indios de América del No rte lo cortan y desechan, 343

Tennaant's Creek, el silencio de las mujeres, 465

Teocipactli, *ver* Coxcox

Teofastro, la escuela peripatética,, 101; sobre el culto a las piedras, 314

Terebintos en Palestina, 433, 436, 439, 440, 441-444, 447, 448-449, 451; venerados por los campesinos, 442; las dudas surgidas por la traducción del término hebreo que los designa, 444-445; su culto, denunciado por los profetas, 445-446

Tertuliano, sobre las conchas marinas, como prueba de la existencia del diluvio, 178

Tesalia, sus montañas fueron abiertas por el diluvio de Deucalión, 91, 102, 104, 187; la garganta de Tempe, 102-104, 187; sus polvorientas llanuras, 105; se dice que originariamente había sido un lago, 104; los dioses que se aparecían en sueños, 303; los enianos, 309; evocación de los muertos por brujas y magos, 403-404

Tespias, en Beocia, el culto al amor, 309

Tesprotia, oráculo de los muertos en Aornum, 399

Testimonio, majano de, 327, 328, *ver también Mispá*; majanos como, se encuentran todavía en Siria, 334; la piedra de, erigida por Josué en Sikém, 448. *Ver también* Majano

Tetis, diosa del mar apresada por Peleo, 337

Texas, el llanto como forma de saludo, 323; los indios comanches, 514

Tezcatlipoca, dios mexicano, sus paseos nocturnos, 244

Tezpi, héroe de un relato del diluvio entre los michoacanos, 141

Thabu, contaminación ceremonial entre los akikuyu, 52, 56, 276

Thevet, André, sobre el relato de una gran inundación entre los indios de Brasil, 128-129, 131

Thompson, río, en Columbia británica, 165

Thomson, W. M., sobre las encinas de Palestina, 434

Thonga, de África suroriental, toman precauciones contra el espíritu del enemigo muerto en batalla, 59, 64; se niegan a hervir la leche, 492

Tihuanaco, donde la humanidad fue creada de nuevo, según los indios peruanos, 24, 139

Tiberio, emperador de los romanos, 404

Tibet, formas de prestar juramento, 207-208; la emigración de los garo, 256; los miquemi, 576

Tíbulo, sobre la evocación de los muertos, 404

Tibur, oráculo, 304

Tickell, teniente, sobre la ultimogenitura entre los ho o larka kol, 262

Tierra, contaminada por los derramamientos de sangre, 53; venerada por las tribus del alto Senegal, 54-55; Je fe de, título

sacerdotal entre los nounouma, 55; olímpica, su enclave en Atenas, 92; y bosques, propiedad privada, 242, 248; comunal, su propiedad entre los kachin, 247; espíritus de, en rocas y piedras, 311-312

— Ahogada, estrecho marítimo en los

Países Bajos, 182

— de Fuego, relato de una gran inundación, 140, 173, 182. *Ver también*

Fueguinos — prometida, 192, 353, 440, 471, 475

— Santa, 90, 436, 454

Tierras altas de Escocia, la piedra de la Gruagach, 313; adivinación por medio de las hojas y los posos del té, 349; es mala suerte contar personas, ganado o peces, 417-418. *Ver también* Escocia

Tigris, río, sus desbordamientos, 184-186

Tiki, un creador maorí, 13

Timor, se enmascaran contra los espíritus, 63; la isla de Rotti, historias de una gran inundación, 115-116, 173, 182; formas de ratificar un juramento, 214; el culto a las piedras, 311-312

Tíndaro, cómo prestaron juramento los pretendientes de su hija Helena, 207

Tinta, adivinación por medio de, 347

Tiresias, las preguntas que Odiseo le hace al desembarcar en el país de los cimerios, 398

Tirol, el proceso contra los topos o ratas de los campos, 544-545

Tito Livio, acerca de la forma de concluir tratados entre los romanos, 213; sobre el templo de Anfiarao, en Oropo, 300

Tiu, héroe maorí en el relato de un diluvio, 125-127

To Kambinana, el Espíritu Bueno, en los relatos melanesios sobre el origen de la muerte, 47

— Konokonomiange, personaje en las leyendas sobre el origen de la muerte del archipiélago de Bismarck, 41

— Koolawi, tribu de las islas Célebes, su relato del origen de la muerte, 43-44

— Korvuvu, hermano de To Kambinana, tribu de Nueva Guinea británica, las laceraciones en el cuerpo en señal de duelo, 516

Tobías, su encuentro con Ragiiel, de Ecbatana de la Media, 319

Toda, de los cerros Neilgherry, en la India meridional, desconocen la ultimogenitura, 264; su culto a las piedras, 315; ceremonias que ejecutan al cruzar los ríos, 341

Todjo-toradja, de las Célebes centrales, su relato del origen de la muerte, 40-41. *Ver también* Toradja Togo, las tribus de lengua ewe, historias de la creación del hombre, 21; relato, sobre el origen de la muerte, 38; la evocación de los muertos, 406; los ho, 586.

Tonga, isla, *ver* Tongan

Tongan, de la isla de Tonga, laceraciones en el cuerpo en señal de duelo, 520-521

Topos, sacrificados en ritos de purificación, 286; proceso criminal contra, 544-545

Toque, de difuntos, 560-563, 577; de queda, 563; de vísperas, 563

Torá, su incorporación al Deuteronomio, 476; estaba constituida por las decisiones orales de los sacerdotes judíos, 477

Toradja, de lengua bare'e, de las Célebes centrales, su leyenda acerca de la creación del hombre, 15-16, 20; relato del diluvio, 114-115, 187; historia de una planta trepadora y un roten en-

rrollado que conectaban la tierra con el cielo, 305-306; las escaleras para los dioses, 307; su forma de engañar a los espíritus del agua, 341; se dice que atacan al agua con armas, 342-343; apresan las almas de sus enemigos en sartas de conchas marinas, 387-388; sus sueños oraculares sobre las tumbas, 402; evocan las almas de los jefes muertos, 408; se niegan supersticiosamente a calentar las heces del vino de palma, 491; su venganza de sangre también incluye a los animales, 535; la personificación de los animales, 535-536

Torday, E., sobre la ejecución de un perro que robó, 536

Tormentas, se tañen las campanas de las iglesias para alejarlas, 559-560, 567-569, 570-573

Toro, danza del, entre los mandan, 149; en los juramentos, 207; sacrificados en las transferencias de gobierno entre los nandi, 286, a los ríos, 338, y a los muertos, 401; furioso, juzgado y ejecutado, 553

Torre de Babel, 188ss.

— de Londres, el cautiverio de lady Catherine Grey, 562

Torrowota, lago, los milya-uppa, 526

Tortuga, en los mensajes de inmortalidad al hombre, 35-36; en los relatos acerca de un gran diluvio, 151

Toulouse, juicio por brujería, 364

Tracia, y el río Estrimón, 338

Tradiciones diluviales, *ver* Diluvio universal Trakhan, rey de Gilgit, el relato de su abandono y salvación, 358-359

Tralles, en Caria, adivinación por medio del agua, 346

Trampas, o redes, para apresar almas, 385-387, 388

Transferencia periódica de poder de los más viejos a la generación más jo ven, 286

Transilvania, los zíngaros, tradiciones referentes al diluvio, 173; costumbres observadas con las mujeres que han dado a luz

recientemente, 218

Transjordania, monumentos hechos con piedras toscas, 328. *Ver también* Jordán, río

Transmisión, u origen independiente, de creencias y costumbres, exposición en torno a, 67-68; de la herencia, 269, *Ver también* Primogenitura, Ultimogenitura

Travancore, los maharajas, el simulacro de un segundo nacimiento, 293-295

Trepad ora, planta, uniendo la tierra con el cielo, 305-306

Tres, ángeles, venerados en Hebrón, 449; días, resurrección al cabo de, 44, 45; hombres, su encuentro con Abrah amen las encinas de Mamré, 447, 448-449, y con Saúl antes de su coronación, 448

Tribunales eclesiásticos, su jurisdicción sobre los animales, 540-542, 545-547, 548-551, 553-555

Trigo, arrojado sobre la novia en el umbral de su nuevo hogar, 426

Tristram, canónigo H. B., sobre los monumentos de piedras toscas en Palestina, 328-329; acerca de las encinas de Palestina, 434; sobre el terebinto, 442-443

Trow, héroe del relato dyak sobre el diluvio, 114

Troya, o Dardania, fundada por Dárdano, 99; ceremonias para establecer una tregua, 213; la guerra de, 510

Troyes, condena de orugas, por el preboste, 547

Trozos seccionados de víctimas de sacrificios humanos y de animales, su utilización ritual, 206-219, 223-224; interpretación de la norma, 218-219, 224-225, 227-228

Tse-gu-dzih, dios de los lolos causante del diluvio, 111

Tu, Tiki o Tane, un dios creador entre los maoríes, 13

Tuaregs, del desierto del Sahara, sus sueños oraculares sobre las tumbas, 402

Tucapacha, dios creador michoano, 24

Tucídides, sobre la errabunda existencia de Alcmeón, 53-54

Tumbainot, héroe del relato masai de una gran inundación, 170-171

Tumbas, ceremonias en, para deshacerse de los espíritus enojosos, 284; escaleras en, 307; sueños oraculares al dormir sobre, 402-403; de santos mahometanos, 421, 435-436, 437-439, 440; los asistentes a los duelos hacen ofrenda de sus cabellos en, 507-517, 528-529, 532

Turbantes, almas apresadas en, 387

Turcos, la ultimogenitura, 240; formas de adopción, 288-289; se laceran el rostro en señal de duelo, 516

Turia, un dios samoano, 311

Turkan a, de África oriental británica, normas para la transmisión de la herencia, 269

Tyddyn, en las antiguas leyes del País de Gales, la parte principal del patrimonio correspondiente al hermano menor, 235

Tyers, lago, en Victoria, narraciones de un diluvio entre los aborígenes de la comarca, 118

Tylor, *sir* Edward D., sobre los mitos de observación, 104, 187; sobre la leyenda de la pirámide de Cholula, 197; acerca de la ley inglesa del *deodand* 556

Tzetzes, John, sobre el tañido del bronce como medio de ahuyentar a las apariciones, 559

Uassu, héroe de un relato brasileño sobre un gran diluvio, 132

Ubara-Tutu, padre de Utanapistim, en la epopeya de Gilgamesh, 72

Ufa, los cheremises, 458

Uganda, no se han encontrado leyendas autóctonas del diluvio, 170; los bahima, de Ankole, 275, 348; ceremonias al cruzar los ríos, 339; los bateso, 572. *Ver también* Baganda

Ukerewe, isla, en el lago Victoria Nyanza, los nativos tocan campanillas para ahuyentar a los malos espíritus, 585

Ukuni, territorio al sur del lago Victoria Nyanza, la negativa a hervir la leche por parte de los aborígenes, 491

Ulises, u Odiseo, su evocación de los espíritus ofrendándoles sangre de oveja para fortalecerlos, 398, 531

Ul-ta-marama, o Muda-piel del Mundo, en una historia melanesia sobre el origen de la muerte, 42

Ultimogenitura, o derecho del más joven, 230ss.; en Israel, 230-233; en Europa, 234-238; el profesor F. W. Maitland acerca de, 235; la cuestión de sus orígenes, 238-240, 266, 269-272; en el sur de Asía, 240-265; sustituida progresivamente por la primogenitura, 243-244, 252, 271-272, 273-274; y la primogenitura, compromiso entre ambas, 252-253; en el noreste de Asia, 265-268; en África, 268-269

Umbral, los Guardianes del, 421ss.; es pecado o mala suerte pisarlo, 421-428, 431, 432; se conduce a las novias en brazos sobre, 425-428; así también al novio en la isla Salsette, 428; se supone que es morada de los espíritus, 428-429; se entierra debajo a los niños nacidos muertos para asegurar su reencarnación, 429-430; sacrificios de animales en, 431-432; ceremonias que se celebraban en Roma para alejar a Silvano, dios de los bosques, de las parturientas, 583

Unción de piedras sagradas, 299, 313-316

Unkulunkulu,, el Viejo más Viejo, en las leyendas bantúes envía mensajes de inmortalidad a los hombres, 39

Unmatjera, de Australia central, leyendas sobre la resurrección del hombre, 45; costumbres que observan las viudas, 464-465, 466-467; las funerarias, también entre ellas, 528

Unyoro, la familia real tiene alianzas con los bahima, de Ankole, 275; comprobación de la legitimidad de los niños, 360

Upoto, del Congo, su relato del origen de la muerte, 45-46

Ur-uk, o Urengur, rey de Ur, 192

Uru, la Ur de los caldeos, en Babilonia, 191, 192

Ururi, en África central, la prueba del agua para comprobar la legitimidad de los recién nacidos, 360

Utanapistim, antepasado de Gilgamesh, y la planta que hacía recobrar la juventud, 30; su narración de una gran inundación, 71-74; también llamado Atrakasis en otra versión babilónica de la misma leyenda, 75, 78

Utopias filosóficas, 472

Vacas, como víctimas de sacrificios para establecer una alianza, 214, y en ritos de purificación, 220; ceremonia del segundo nacimiento, 294, 296, 297; dorada o de bronce, en el simulacro del segundo nacimiento, 293-295; la creencia supersticiosa de que hervir su leche puede dañarlas, 489-495, 505, así como tomarla juntamente con carne o verduras, 496-502, 503, 504-505

Vados de los ríos, propiciación de los espíritus del agua, 338-341

Valmans, de Puerto Berlín, en Nueva Guinea, su relato de una gran inundación, 119

Valonia, encina de Palestina, 433-434

Valle, Pietro della, sobre el culto al umbral del palacio de los reyes persas en Ispahan, 423

Vanessa, monte, en la historia de una gran inundación, 119

Varanus indicus, el lagarto, en las historias de los naturales de Vuatom sobre la inmortalidad, 41

Varrón, sobre la antigüedad de Tebas, 95, 96; sobre la fecha del diluvio, 96; acerca de Peneo, lugar de nacimiento de Dárdano, 97; sobre la costumbre de pasar en brazos a la novia sobre el umbral de su nuevo hogar, 428; sobre los arañazos en la cara en señal de duelo, 510-511

Vascon celos, jesuita Simón de, sobre el relato de una gran inundación entre los indios brasileños, 129-130

Vasse, río, en el oeste de Australia, las costumbres funerarias de los nativos de la región, 526-527

Vate, o Efate, isla de las Nuevas Hébridas, costumbres funerarias, 516-517

Asedíeos, himnos, en ellos no existe referencia alguna sobre el diluvio, 104

Vegetales, no deben ponerse en contacto con la leche, 496, 498, 499, 502, ni ser comidos por ciertas tribus de pastoreo, 499-500, 501, ni por los guerreros masai, 501

Venezuela, tradiciones de una gran inundación, 150

Venganza de sangre, 342, 476, 533, 534, 535; ley revelada a Noé una vez terminado el diluvio, 533; se extiende a veces a los animales, 535, 552. *Ver también* Ley del Talión

Ventriloquía, como parte de la nigromancia, 397

Veracruz, en el golfo de México, 195

Vero na, petrificaciones, posibles restos de un gran diluvio, 178

Verracos sacrificados, 206, 207, 213

Verrugas, supersticiones acerca del hecho de contarlas, 419

Vesta, los umbrales consagrados a, 428

Víctimas de sacrificios, *ver* Sacrificios Victoria, en Australia, leyendas sobre una gran inundación, 117, 118; costumbres funerarias de las tribus aborígenes, 5,23; los nativos queman las armas con las que hayan matado a amigos o parientes, 534

Victo ria, río de Australia septentrional, los waduman y los mudburra, 462

Victoria Nyanza, lago, en África oriental, 193, 275, 312, 360, 491, 585

Villen ose, sus habitantes iniciaron querella criminal contra las orugas, 547

Vindhyan, en la India central, 19, 264

Virgilio, sobre el luto de Ana por Dido, 511

Vísperas, *ver* Toque de vísperas

Acudas, que no hablan, 460ss.; son ob ligadas a guardar silencio durante cierto tiempo después de la muerte de sus maridos, 460-468; su relación especial con el hermano más joven del marido fallecido, 463, 464, 466-467; rondadas por el espíritu de éste último, 466, 467, 528-529; contraen nuevas nupcias con el hermano del muerto, 467, 515

Vivienda familiar, la hereda el hijo más jo ven, 235, 237-238, 239, 244, 245, 264, 265, 268; colectiva, de los kachin de China, 248-249; las almas de los miembros de la familia se recogen en una bolsa cuando se trasladen a una nueva, 383

Vivos, el haz de los, 379ss.

Vogul, de Rusia oriental, 173

Vuatom, isla del archipiélago de las Bismarck, relato sobre el origen de la muerte, 41

Wabende, de África oriental, su relato sobre el origen de la muerte, 40

Wachaga, de África oriental británica, sellan la paz cortando en dos trozos un cabrito y una cuerda, 208-210, 211, 227, 229; el bautismo de sangre de los jóvenes, 221-222; la costumbre de cortar en dos trozos a un chico y una chica al ratificar una alianza, 227-228, 229; ceremonias de circuncisión, 209, 221,

280; usan pieles de víctimas de sacrificios al sellar las alianzas, 281, así como en otros actos rituales, 285; el herrero de la tribu es mirado con temor supersticioso, 285

Waduman, tribu del norte de Australia, el silencio de las viudas, 462

Wafipa, de África oriental, su relato sobre el origen de la muerte, 40

Waghia, el Señor de los Tigres, adorado por los warali, 314

Wa-giriama, tribu bantú de África oriental británica, usan las pieles de víctimas de sacrificios en las ceremonias de casamiento, 281

Wagogo, de África oriental, pintan la cara de los homicidas, 61, 64; se niegan a hervir la leche, 493

Wahuma, *ver* Bahima

Wahumba, de África, oriental, se niegan a hervir la leche, 491, 493

Wakka, tribu del sureste de Queensland, sus costumbres funerarias, 524

Walavu-levu, nombre que los nativos de las islas Fidji dan a un gran diluvio, 119

Walpurgis, noche de, los aquelarres, 566

Wamala, dios de la abundancia, y su adivinador, entre los banyoro, 586

Wamegi, de África oriental británica, se niegan a hervir la leche, 493

Wangongo, del Congo, en una leyenda bambala semejante a la de la torre de Babel, 194

Wanika, de África oriental, sus costumbres funerarias, 512

Warali, del estado de Bombay, rinden culto a las piedras, 314

Warramunga, de Australia central, el silencio de las viudas, 465; sus costumbres funerarias, 525-526

Warwick, condado de Inglaterra, es mala suerte contar ovejas, 419

Wa-sania, de África oriental británica, leyendas sobre el origen de la muerte, 39; su relato sobre la diversidad de lenguas, 198; se niegan a dejarse contar, 415

Washamba, de África oriental, ceremonias en la circuncisión, 280; no toman carne y leche en la misma comida, 498

Washington, estado, tribus indias, *ver* Indios del estado de Washington

Wataturu, de África oreintal, sus normas acerca de comer carne de *povu*, 503

Wataveta, de África oriental, costumbres con referencia a los enterramientos, 429

Wawanga, de África oriental británica, usan las pieles de víctimas de sacrificios en las ceremonias de casamiento, 281, así como en otros actos rituales, 282, 283-284, 285-286

Waw on Pebato, monte en las islas Célebes, 114

Weingarten, monasterio, en Altdorf, la «bendita campana de sangre», 568

Wely supuestas tumbas de santos mahometanos en Palestina y Siria, 435, 436, 439, 442, 443, 458

Wellhausen, J., sobre los Diez Mandamientos originales, 486, 487

Westfalia, la ultimogenitura, 237

Wifflisburgo, en Suiza, el proceso contra las sabandijas *inger*, 545

Wis-kay-tchach, o Wis, hechicero, héroe de la leyenda algonquina de una gran inundación, 153-156

Wissaketchak, héroe del relato de una gran inundación en las leyendas de los indios crees, 158-159

Worde, W. de, su referencia a la repugnancia de los espíritus por las campanas, 560

Wotjobaluk, del sureste de Australia, su relato sobre el origen de la muerte, 45

Wurmlingen, en Alemania, la campana del monte Remigio se hace sonar durante las tormentas, 568

Würtemberg, la ultimogenitura, 237

Xixutrus, rey de Babilonia, héroe en el relato de una gran inundación, 69-70, 75, 78

Xochiquetzal, en las tradiciones mexicanas, mujer que se salvó de un gran diluvio, 141

Yabbok, Jacob en el vado del, 335ss.; terebintos en algunos pequeños valles al sur del río, 442

Yabés, Saúl fue enterrado bajo una encina o terebinto en, 448

Yebel, Osh'a, el más elevado de los montes de Galaad, 329, 439

Yabim, de Nueva Guinea, sus costumbres en relación con el rescate de sangre, 58-59

Yehl, o El Cuervo, en los relatos de una gran inundación de los tlingit, 162-164

Yakimas, de la región oriental del estado de Washington, 166

Yang-tse-kiang, río de China, su curso superior fue el hogar ancestral de la familia mongol, 259

Yegua, ponen al recién nacido en su interior, una vez sacrificada, como rito de magia simpática, 220-221; condenada por el Parlamento de Aix a ser ejecutada, 553

Yesimón, las tierras desoladas de Judea, 380

Yezidi, ceremonias para mantener alejado al diablo, 579

Yizreel, valle, en la batalla entre israelitas y filisteos, 393

Yolco, saqueada por Peleo, 216, 224

Yoruba, pueblos de lengua, en la Costa de los Esclavos, los niños llevan campanillas, 579-580

Yukaghir, del noreste de Siberia, sus normas respecto a la propiedad, 265-266; la ultimogenitura, 266-267

Yun-nan, en China suroccidental, los lolos, 110, 253; visitada por Marco Po lo en el siglo XIII, 111; los kachin, 246; los shan, 251

Zambeze, los aborígenes, su relato parecido al de la torre de Babel, 193-194

Zanzíbar, el viaje de Speke y Grant, 491

Zend-Avesta, antiguo cuerpo de leyes de los persas donde se castiga a los perros peligrosos, 436

Zeus, separó los sexos, 25; como autor del diluvio, 91; dios de la fuga, 91; su santuario en Dodona, 92; Pluvioso, el santuario en Atenas, 92; Olímpico, 92; primitivamente, era dueño de vidas y haciendas, 198; dios de las promesas, 207; persuadió a Hera para que adoptase a Hércules, 288; los antiguos griegos le consagraban piedras, 316; y su hijo Perseo, 360; Atenea surgió de su cabeza, 471; las fiestas en la Acrópolis a él dedicadas, 537; de niño le protegían los curetes, 580-581, 584

Zíngaros, de Transilvania, las tradiciones referentes al diluvio, 173; cómo protegen a sus mujeres después del parto, 218

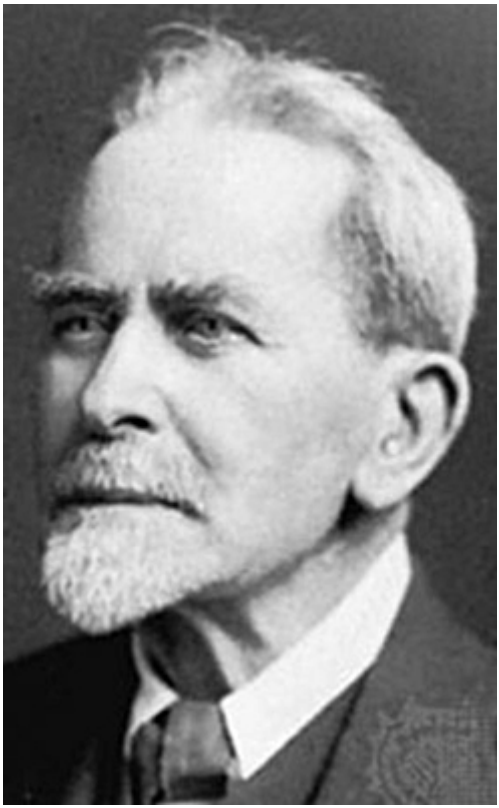
Ziusudu, o Ziugidu, héroe sumerio del relato del diluvio, 77-78

Zizyphus, spina Christi, crece en Palestina, 436; *jujuba*, en las tumbas o santuarios benditos de India y Afganistán, 457

Zulúes, su relato sobre el origen de la muerte, 39

Zuyder Zee, en Holanda, su origen, 182

Zyarats, tumbas o santuarios benditos en Afganistán, 457-458



James George Frazer (1854-1941) nació en Irlanda y cursó estudios superiores en la Universidad de Glasgow y en el Trinity College de la Universidad de Cambridge, en donde más tarde desempeñó una cátedra. Su formación humanística desembocó en un cultivo apasionado de su vocación de historiador y filósofo de la religión. Su trabajo más famoso es *La rama dorada*, publicado originalmente en doce tomos, los cuales el autor abrevió en uno, que también ha sido editado en español por Fondo de Cultura Económica (1944).

Otras obras importantes de este autor son: *The Worship of Nature; Totemism; Adonis, Attis, Osiris, Studies in the History of Oriental Religion; Totemism and Exogamy*, y *Aftermath, a Supplement to The Golden Bough*.

Notas

[*] *Curlew totem*. <<

[**] Especie de canguro. <<

[*] Tiendas o viviendas de los indios norteamericanos. *(N. del T.)*. <<

[*] Mojón o hito, erigido como monumento en recuerdo de la aparición allí tenida. *(N. del T.)*. <<

[*] Entre los brasileños actuales es corriente la expresión «darse un cheiro», que es algo así como un beso dado aspirando por la nariz más o menos ruidosamente. *(N. del T.)*. <<

[*] En el Génesis, XXXI, 46, si se trata de la versión revisada, el texto original ha sido traducido así: «… y comieron allí, junto al majano»; en cambio la versión autorizada dice: «… y comieron allí, sobre el majano». En lo que sigue cito ejemplos que concuerdan mejor con la segunda traducción que con la primera, de lo que deduzco que la versión autorizada es la correcta en lo que se refiere a este pasaje, y que la versión revisada está equivocada. El sentido principal de la preposición hebraica del original (עַל) es sin duda «sobre», y no hay motivos para no tenerlo por bueno en este texto. <<

[*] Las frases en cursiva han sido omitidas accidentalmente en el texto hebreo, pero se las puede encontrar en las versiones griegas. <<

[*] El haz de los vivos o bien, «la bolsa de los vivientes con Yahvé». *(N. del T.)*. <<

[*] Ezequiel, XIII, 17-21. Hace muchos años un amigo mío, el señor W. Robertson Smith, me sugirió la verdadera y más acertada interpretación de este pasaje, interpretación que parece habérseles escapado a los comentaristas del texto bíblico. La explicación dada por Robertson Smith es aceptada por A. Lods, *La croyance à la vie future et le culte des morts dans l'antiquité Israélite* (París, 1906), I, 47 ss. En el versículo 20 y de acuerdo con I. W. Rothstein (en R. Kittel, *Biblia hebraica*, II, 761), leo כָּם donde dice שָׁם («allí») y omito el primer לְמַרְחוֹת («al vuelo» o «como pájaros») por considerarlo repetición del segundo, y quizá resultaría más conveniente suprimir los dos y considerarlos como glosa. El término (פְּרֵחַת) es arameo y no hebreo. A demás, donde pone אֶת נַפְשׁוֹת («las almas», plural desconocido de נֶפֶשׁ) leo אֹתָן אֲפַשֵּׁם («las soltaré»), siguiendo a Cornill y otros críticos. <<

[*] No ha sido mi amor, rosas hermosas, el que os dio vuestro florecer. <<

[*] En cuanto a estos dos actos, ver más adelante, pp. 421, 485 y ss. <<

[*] Jeremías, XXXV, 4, LII, 24; 2 Reyes, XII, 9, XXII, 4, XXIII, 4, XXV, 18. En todos esos pasajes, tanto la versión autorizada como la revisada señalan erróneamente «puerta» donde debieran decir «umbral». <<

[**] Sofonías, I, 9. La versión revisada dice erróneamente «saltar por encima, salvar 'el obstáculo' del umbral». En la versión autorizada la traducción es la correcta, es decir, «saltan en el umbral» o «pisan el umbral». Los encargados de revisar la versión de la Biblia en lengua inglesa, y E. Kautsch, en su traducción de la Biblia al alemán (Freiburg i. B. y Leipzig, 1894) han violentado el sentido propio de la preposición עַל (en, a, sobre, encima de), según parece con el propósito de hacer coincidir el pasaje con I Samuel, V, 5. <<

[*] Jeremías, II, 34, en donde el término אֵלָּה (esos), que carece de sentido y procede del texto masorético, debiera ser sustituido por אֵלָה o אֵלוֹן (encina o terebinto) de acuerdo con la versión de los Setenta (επι παση δρυι) y con la siríaca. La alteración afecta únicamente a la puntuación; por lo demás el texto hebreo resulta inafectado. El sentido impreciso de la preposición עַל deja en la oscuridad si la sangre derramada era vertida sobre los árboles o tan sólo al pie de ellos. Pero el profesor Kennett me dice en una carta suya que, a su entender, la corrupción del texto de Jeremías, II, 34, es demasiado profunda para que se la pueda corregir mediante la sencilla enmienda que propongo. El profesor cree que la última parte del versículo se halla incompleta, debido a la omisión de una o varias palabras. <<

[*] «Según el sistema llamado *jara*, se prepara terreno para el cultivo abatiendo y quemando los árboles de una porción de la jungla». Para más detalles al respecto, véanse las páginas 241 y ss. <<

[*] *Alemanah*, es decir, «una viuda», se relaciona posiblemente con *illem*, que significa «mudo». Los autores del diccionario hebreo de Oxford parecen aceptar esa etimología, pues colocan juntos ambos términos y los derivan de la misma raíz. Ver *Hebrew and English Lexicon of the Old Testament*, por Fr. Brown, S. R. Drives y Ch. A. Briggs (Oxford, 1906), p. 48. <<

[*] Especie de murciélago. *(N. del E.)*. <<

[*] Antílope africano ligeramente distinto al *eland*. *(N. del E.)*. <<

[*] Hacha de guerra. *(N. del T.)*. <<

[*] Ave grande de Australia, parecida al avestruz o el casuario, también llamada *mutton-bird*. *(N. del E.)*. <<

[*] Exodo, XXVIII, 31-35. La palabra hebrea מְעִיל, que en la versión inglesa de la Biblia es traducida regularmente por

«azul», significa algo así como púrpura azulada, para distinguirla de otra palabra (אַרְגָּמָן) que significa púrpura rojiza, parecida al color carmesí, mientras que la primera tiende más al violeta. <<

ÍNDICE

El folklore en el Antiguo Testamento 2
PARTE PRIMERA 6
I. LA CREACION DEL HOMBRE 7
II. LA CAIDA 31
III. LA MARCA DE CAIN 64
IV. EL DILUVIO 86
V. LA TORRE DE BABEL 259
PARTE SEGUNDA 278
VI. LA ALIANZA DE DIOS CON ABRAHAM 279
VII. LA HERENCIA DE JACOB O LA ULTIMOGENITURA 315
VIII. JACOB Y LAS PIELES DE CABRITO, O EL SEGUNDO NACIMIENTO 375
IX. JACOB EN BET-EL 410
X. JACOB, JUNTO AL POZO 437
XI. EL PACTO HECHO SOBRE EL MAJANO 448
XII. JACOB, EN EL VADO DEL YABBOK 462
XIII. LA COPA DE JOSE 476
PARTE TERCERA 483
XIV. MOISES EN EL CESTILLO DE MIMBRES 484
XV. SANSON Y DALILA 495
XVI. EL HAZ DE LOS VIVOS 521
XVII. SAUL Y LA PITONISA DE EN-DOR 537
XVIII. EL PECADO DE EMPADRONAMIENTO 568

XIX. LOS GUARDIANES DEL UMBRAL 579
XX. LAS ENCINAS Y LOS TEREBINTOS SAGRADOS 596
XXI. LOS LUGARES ALTOS DE ISRAEL 623
XXII. LAS VIUDAS QUE NO HABLAN 634
PARTE CUARTA 646
XXIII. EL LUGAR QUE OCUPA LA LEY MOSAICA EN LA HISTORIA DE LOS JUDIOS 647
XXIV. NO COCERAS EL CABRITO EN LA LECHE DE SU MADRE 667
XXV. LAS INCISIONES POR LOS MUERTOS 697
XXVI. EL BUEY QUE ACORNEABA 734
XXVII. LAS CAMPANILLAS DE ORO 769
INDICE ANALITICO 809
Sobre el autor 957
Notas 958